Margaret MacMillan



1914

De la paz a la guerra

T

TURNER NOEMA



Margaret MacMillan



De la paz a la guerra

T

TURNER NOEMA

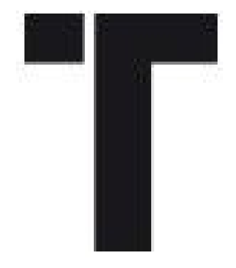


1914

De la paz a la guerra

MARGARET MACMILLAN

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ADRIÁN VITIER



COLECCIÓN NOEMA

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura



Título:

1914. De la paz a la guerra

Edición original en inglés: The War that Ended Peace. How Europe Abandoned Peace for the First World War Profile, 2013

De esta edición:

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: octubre de 2013

De la traducción del inglés: © José Adrián Vitier, 2013 Corrección y coordinación: José Antonio Montano

ISBN: 978-84-15427-83-4

Diseño: Enric Jardí

Ilustración de cubierta: Mapa-caricatura de la Primera Guerra Mundial, Walter Trier. © Archivo Aisa/Ulstein.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

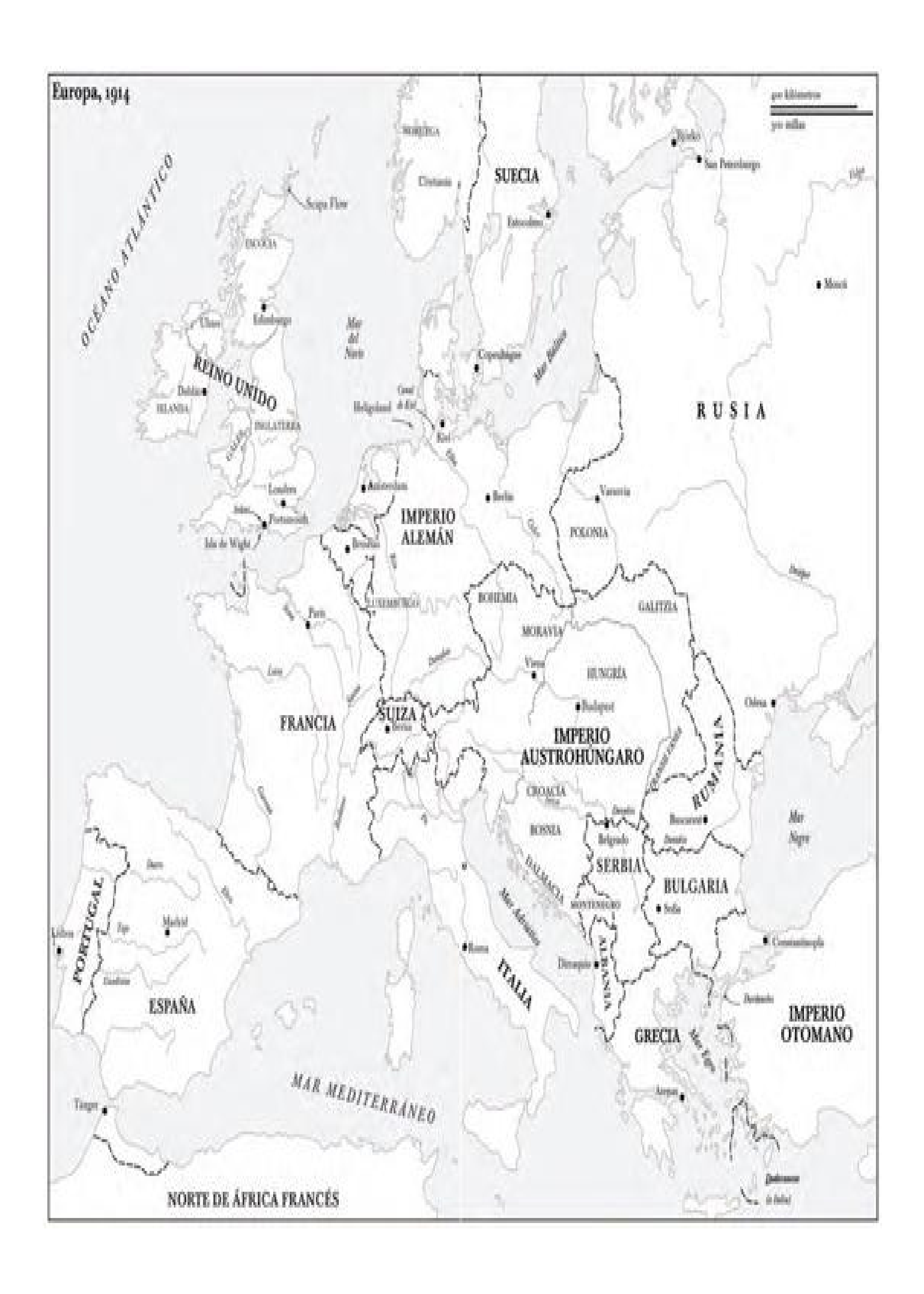
turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

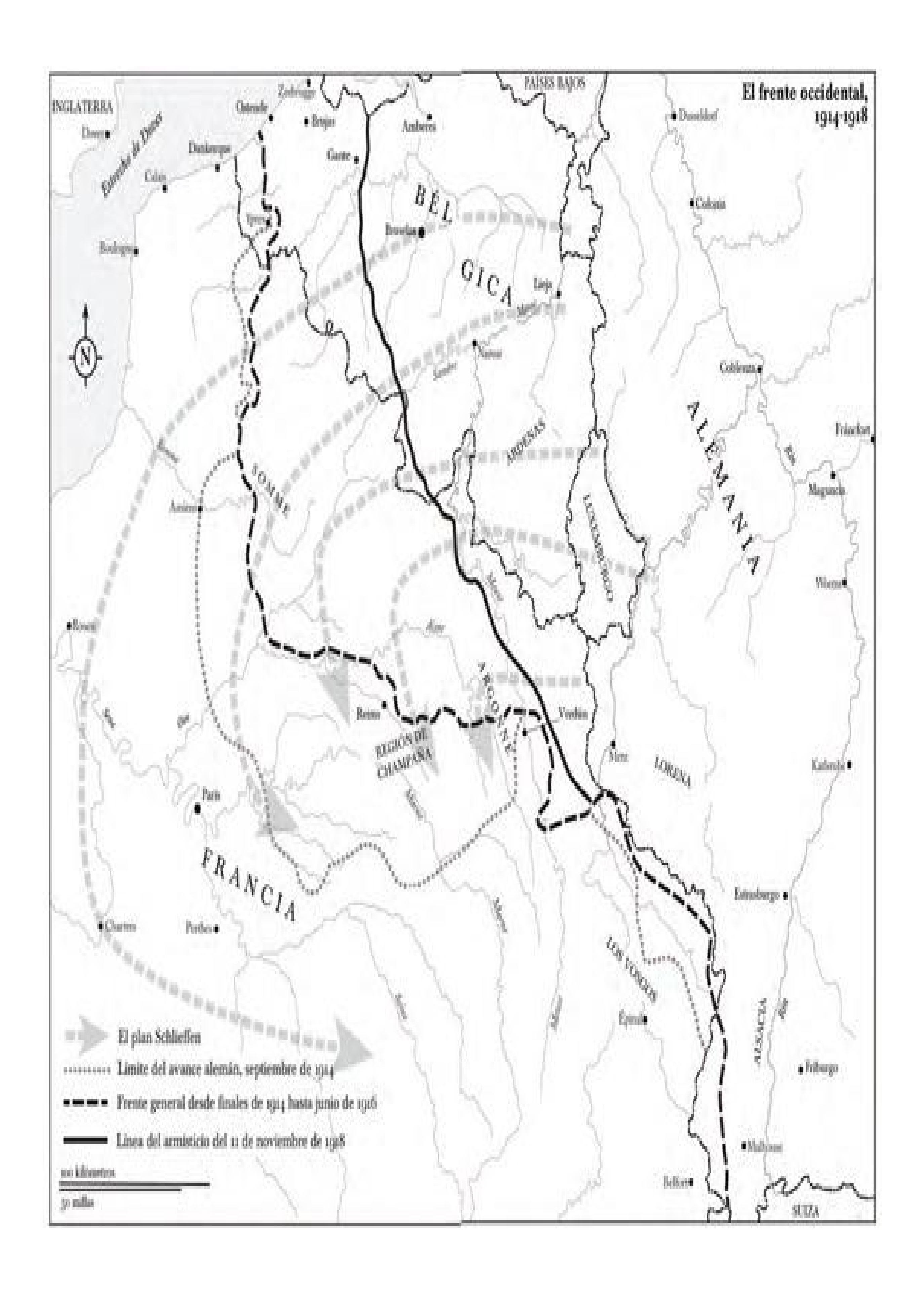
A Eluned MacMillan,

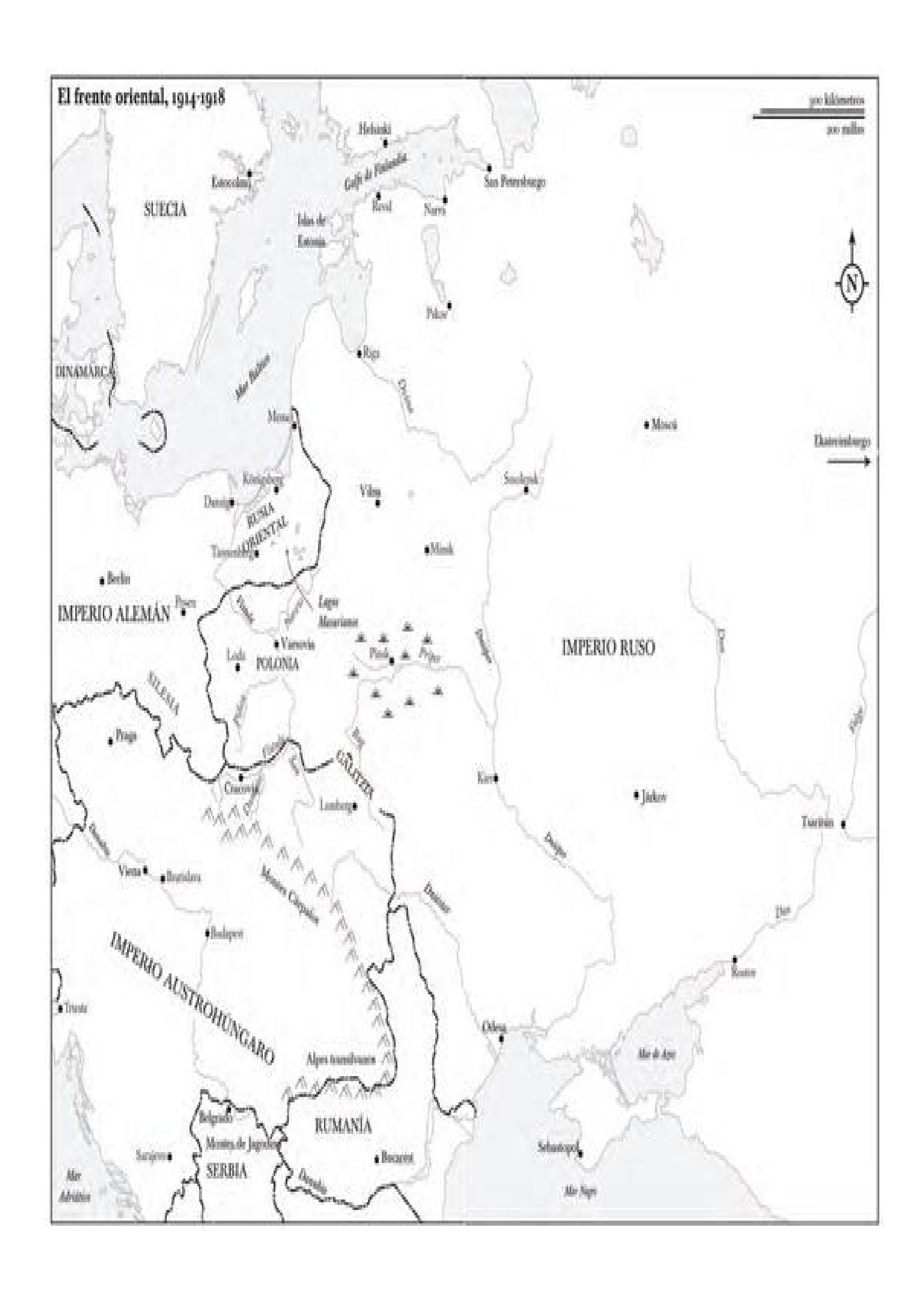
mi madre.

MAPAS



Europa, 1914
SUECIA
OCEANO ATLÁNTICO
REINO UNIDO
IRLANDA
INGLATERRA
Dublín
Edimburgo
Londres
Portsmouth
Isla de Wight
Mar del Norte
Heligoland
Copenhague
Kiel
Mar Báltico
Amsterdam
Bruselas
IMPERIO ALEMÁN
Berlín
Varsovia
POLONIA
RUSIA
Moscú
San Petersburgo
BOHEMIA
MORAVIA
GALITZIA
Viena
HUNGRÍA
Budapest
París
FRANCIA
SUIZA
Berna
IMPERIO AUSTROHÚNGARO
CROACIA
BOSNIA
DALMACIA
Belgrado
SERBIA
RUMANÍA
Bucarest
Odesa
Mar Negro
BULGARIA
Sofía
MONTENEGRO
ALBANIA
Durazzo
Constantinopla
IMPERIO OTOMANO
GRECIA
Atenas
Mar Adriático
Roma
ITALIA
PORTUGAL
Lisboa
Madrid
ESPAÑA
Tánger
MAR MEDITERRÁNEO
NORTE DE ÁFRICA FRANCÉS


El frente occidental,
1914-1918
INGLATERRA
Dover
Estrecho de Dover
Calais
Boulogne
Dunkerque
Ostende
Zeebrugge
Brujas
Gante
Amberes
PAÍSES BAJOS
Dusseldorf
Colonia
BÉLGICA
Ypres
Bruselas
Lieja
Namur
Coblenza
ALEMANIA
Fráncfort
Maguncia
Worms
ARDENAS
LUXEMBURGO
SOMME
Amiens
Rouen
ARGONNE
Reims
REGIÓN DE CHAMPAÑA
Verdún
Metz
LORENA
Karlsruhe
París
FRANCIA
Chartres
Estrasburgo
LOS VOSGOS
Épinal
ALSACIA
Friburgo
Mulhouse
Belfort
SUIZA
El plan Schlieffen
Límite del avance alemán, septiembre de 1914
Frente general desde finales de 1914 hasta junio de 1916
Línea del armisticio del 11 de noviembre de 1918
100 kilómetros
50 millas



El frente oriental, 1914-1918
Helsinki
Estocolmo
Golfo de Finlandia
San Petersburgo
Revel
Narva
SUECIA
Islas de Estonia
Pskov
Riga
DINAMARCA
Mar Báltico
Memel
Moscú
Ekaterimburgo
Königsberg
Danzig
PRUSIA ORIENTAL
Tannenberg
Vilna
Smolensk
Minsk
Berlín
IMPERIO ALEMÁN
Posen
Lagos Masurianos
Varsovia
Lodz
POLONIA
Pinsk
Pripet
IMPERIO RUSO
SILESIA
Praga
GALITZIA
Kiev
Járkov
Cracovia
Lemberg
Tsaritsin
Viena
Bratislava
Montes Cárpatos
Budapest
IMPERIO AUSTROHÚNGARO
Rostov
Trieste
Odesa
Mar de Azov
Alpes transilvanos
Belgrado
RUMANÍA
SERBIA
Sarajevo
Bucarest
Sebastopol
Mar Adriático
Danubio
Mar Negro



Los Balcanes, 1912-1914
RUSIA
Viena
Bratislava
Ipel
Budapest
Tisza
Prut
Siret
N
IMPERIO
ASUTROHÚNGARO
Danubio
Drava
Sava
RUMANÍA
BOSNIA
Belgrado
Danubio
Arges
Bucarest
Olt
SANJAK
Morava
Sarajevo
Danubio
Novi Pazar
SERBIA
Nis
MONTENEGRO
Sofía
BULGARIA
Cetinje
Mar Adriático
Marita
Skopie
Vardar
Adrianópolis
ALBANIA
Tarento
Salónica
Vlorë
ITALIA
Dardanelos
GRECIA
Mar
Egeo
IMPERIO
OTOMANO
Mar
Jónico
Atenas
Fronteras en 1913
Fronteras en 1912
150 kilómetros
150 millas

INTRODUCCIÓN

¿GUERRA O PAZ?

Ha habido tantas plagas como guerras
en la historia; pero tanto las guerras
como las plagas siempre toman por
sorpresa a la gente.

ALBERT CAMUS, La peste

Nada de cuanto ha sucedido, ni nada que haya sido deseado,
planeado o imaginado puede considerarse irrelevante.
La guerra no es un accidente: es un resultado.
Nunca se mira demasiado atrás para indagar sus causas.

ELIZABETH BOWEN, Bowen’s Court

Según una guía de viajes de 1910, Lovaina era una ciudad apagada, pero al llegar su momento ardió con un fuego espectacular. Ninguno de sus habitantes

podía imaginarse un destino así para su pequeña, hermosa y civilizada ciudad. Tras muchos siglos de paz y prosperidad, Lovaina era conocida por sus maravillosas iglesias, sus casas antiguas, su magnífico ayuntamiento de estilo gótico y su famosa universidad, fundada en 1425. La biblioteca de esta, ubicada en la vieja y distinguida Lonja de los Paños, albergaba doscientos mil volúmenes, entre ellos grandes obras teológicas y de autores clásicos, además de una rica colección de manuscritos, desde un pequeño cancionero anotado por un monje del siglo XI hasta incunables laboriosamente ilustrados a lo largo de los años. Sin embargo, a finales de agosto de 1914, el olor a humo impregnaba el aire, mientras Lovaina era arrasada por unas llamas que podían verse a kilómetros de distancia. Gran parte de la ciudad, incluida su gran biblioteca, desaparecía, al tiempo que sus desesperados habitantes escapaban penosamente hacia el campo con todo lo que podían cargar. Una estampa que llegaría a ser bien conocida en el siglo XX.

Como casi toda Bélgica, Lovaina tuvo la desgracia de hallarse en la ruta de la invasión alemana de Francia durante la Gran Guerra, que comenzó en el verano de 1914 y duraría hasta el 11 de noviembre de 1918. Los planes alemanes determinaban una guerra en dos frentes: una acción dilatoria contra Rusia en el este y, en el oeste, una invasión y derrota rápidas de Francia. Se suponía que Bélgica, un país neutral, aceptaría sin problema ser atravesada por las tropas alemanas que se dirigían hacia el sur. Como buena parte de lo que sucedería en la Gran Guerra, tal suposición resultó errónea. El gobierno belga decidió ofrecer resistencia, lo que desbarató de inmediato los planes alemanes, y Gran Bretaña, tras algún titubeo, le declaró la guerra a Alemania. Para cuando llegaron a Lovaina el 19 de agosto, las tropas alemanas ya estaban resentidas contra Bélgica, debido a lo que consideraban una resistencia irrazonable, y también nerviosas ante la posibilidad de ser atacadas por fuerzas belgas y británicas, o por civiles levantados en armas.

Durante los primeros días todo fue bien: los alemanes se comportaron correctamente, y los ciudadanos de Lovaina estaban demasiado asustados como para mostrar hostilidad hacia los invasores. El 25 de agosto llegaron nuevas tropas alemanas, en retirada tras un contraataque belga, y se propagó el rumor de que venían los británicos. Hubo disparos, muy posiblemente por parte de

soldados alemanes nerviosos y quizá ebrios. El pánico cundió entre los propios alemanes, convencidos de que estaban siendo atacados, y dieron comienzo a sus represalias. Aquella noche, y durante los días siguientes, sacaron a los civiles de sus hogares, asesinando a algunos, entre ellos al alcalde, al rector de la universidad y a varios oficiales de policía. Murieron en total unas doscientas cincuenta personas, de una población de cerca de diez mil, y muchas más fueron increpadas y golpeadas. Mil quinientos habitantes de Lovaina, desde niños hasta ancianos, fueron enviados por tren hasta Alemania, donde una multitud los recibió con burlas e insultos.

Los soldados alemanes –con la frecuente participación de sus oficiales– saquearon la ciudad e incendiaron a conciencia los edificios. Fueron destruidas mil cien casas, de las nueve mil que había en Lo-vaina. Una iglesia del siglo xv ardió hasta los cimientos y su tejado se desplomó. Cerca de la medianoche del 25 de agosto, unos soldados alemanes entraron en la biblioteca y la rociaron con gasolina. Por la mañana el edificio estaba en ruinas y su colección había dejado de existir, aunque las llamas no se extinguieron hasta días después. Un sacerdote y estudioso de la localidad se entrevistó unos días después con el embajador de Estados Unidos en Bélgica. El hombre logró contener la calma mientras hablaba de la destrucción de la ciudad, de los amigos muertos, de la desolación de los refugiados…, pero al ponerse a hablar de la biblioteca, se tapó la cabeza con los brazos y rompió a llorar.[1] “El centro de la ciudad es un montón de ruinas humeantes”, contaba un profesor a su regreso. “Por todas partes hay un silencio opresivo. Han huido todos; por las ventanas de los sótanos asoman rostros aterrorizados”.[2]

Este fue solo el principio de la autodevastación de Europa durante la Gran Guerra. Poco después del saqueo de Lovaina, los cañones alemanes acabaron con la catedral de Reims, la más hermosa e importante de Francia, que en sus setecientos años había visto la coronación de la mayoría de los reyes franceses. Allí se encontró en el suelo la cabeza de una de sus magníficas esculturas de ángeles, con su beatífica sonrisa intacta. Yprés, con su espléndida Lonja de los Paños, quedó reducida a escombros; y el corazón de Treviso, en el norte de Italia, fue arrasado por las bombas. Gran parte de esta destrucción –aunque no toda– fue perpetrada por Alemania, lo que causó un profundo impacto en la

opinión pública estadounidense y contribuyó a que en 1917 Estados Unidos entrara en la guerra. Un profesor alemán diría amargamente al término de la misma: “Hoy podemos afirmar que los nombres de Lovaina, Reims y Lusitania acabaron, casi por igual, con la simpatía de los estadounidenses por Alemania”.[3]

En comparación con lo que estaba por venir –los más de nueve millones de soldados muertos y otros quince millones de heridos, la devastación de casi todo el resto de Bélgica, del norte de Francia, de Serbia y de parte de los imperios ruso y austrohúngaro–, las pérdidas de Lovaina fueron pequeñas. Pero lo allí sucedido se convirtió en un símbolo de la destrucción insensata, del daño infligido por los propios europeos a la que fuera la zona más próspera y poderosa del mundo, y del odio irracional e incontrolable entre pueblos que tanto tenían en común.

La Gran Guerra comenzó lejos de Lovaina, en el otro extremo de Europa, en los Balcanes, en Sarajevo, con el asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero al trono austrohúngaro. Al igual que los incendios que asolaron Lovaina, aquel acto fue el detonante de un conflicto que se extendió por casi toda Europa y buena parte del mundo. Las mayores batallas y las pérdidas más cuantiosas tuvieron lugar en los frentes occidental y oriental; pero también se combatió en los Balcanes, en el norte de Italia, en Oriente próximo y en el Cáucaso, así como en extremo Oriente, el Pacífico y África. Soldados de todo el mundo llegaron a Europa provenientes de la India, Canadá, Nueva Zelanda o Australia, por parte del imperio británico; o desde Argelia o el África subsahariana, por parte del francés. China envió culíes para que transportaran suministros y cavaran trincheras para los aliados; y Japón, otro aliado, ayudó a patrullar las vías marítimas. En 1917, Estados Unidos, hostigado hasta lo intolerable por las provocaciones alemanas, entró en la guerra. En ella perdió cerca de ciento catorce mil soldados, y llegó a sentirse embaucado, metido en un conflicto en el que no tenía nada que ganar.

La paz, o algo parecido, llegó en 1918. Para entonces, Europa y el mundo eran muy diferentes. Habían caído cuatro grandes imperios: el ruso, que antaño

sometiera a pueblos tan diversos como el polaco en el oeste y el georgiano en el este; el alemán, con sus territorios polacos y de ultramar; el austrohúngaro, el gran imperio multinacional centroeuropeo; y el otomano, que aún poseía algunas zonas de Europa, la actual Turquía y casi todo el Oriente próximo árabe. Los bolcheviques habían tomado el poder en Rusia con el sueño de crear un mundo nuevo comunista, y su revolución desencadenó otras similares en Hungría, Alemania y posteriormente en China. El viejo orden internacional desapareció para siempre. Más débil y empobrecida, Europa ya no era la dueña indiscutible del mundo. Sus colonias estaban azotadas por movimientos nacionalistas, y en la periferia emergían nuevas potencias: Japón en el este y Estados Unidos en el oeste. La Gran Guerra no fue la causa del auge de la nueva superpo-tencia occidental -puesto que ya estaba en marcha-, pero sí aceleró la llegada del siglo estadounidense.

El precio que Europa pagó por la Gran Guerra fue terrible, en múltiples aspectos: en los veteranos que nunca se recuperaron psicológica o físicamente, en las viudas y huérfanos, o en las muchachas que nunca se casaron debido a la cantidad de hombres muertos. Durante los primeros años de paz, nuevos males aquejaron a la sociedad europea: la epidemia de gripe (quizá como resultado de haber removido la fértil tierra, llena de microbios, del norte de Francia y Bélgica), que segó la vida de unos veinte millones de personas en todo el mundo; la hambruna, originada por la ausencia de hombres que cultivaran los campos y de redes de transporte que hicieran llegar los alimentos a los mercados; o la agitación política, provocada por extremistas de derecha y de izquierda que empleaban la fuerza para alcanzar sus objetivos. En Viena, que había sido una de las ciudades más ricas de Europa, el personal de la Cruz Roja observó brotes de fiebre tifoidea, cólera, raquitismo y escorbuto, males que ya se creían erradicados de Europa. Y, para rematarlo, resultó que las décadas de 1920 y 1930 no fueron sino una simple pausa en lo que ahora consideran algunos la última guerra de los Treinta Años europea. Cuando en 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial, la Gran Guerra recibió un nuevo nombre.

Esta aún extiende su sombra, tanto sobre nuestro mundo como sobre nuestra imaginación. Toneladas de munición de artillería permanecen enterradas en los campos de batalla, y cada cierto tiempo alguien -quizá un desafortunado

agricultor que labra su parcela en Bélgicase suma a la lista de bajas. Cada primavera, con el deshielo, unidades de los ejércitos belga y francés tienen que recoger los proyectiles sin estallar que salen a la superficie. La Gran Guerra permanece también en nuestros recuerdos, como un capítulo oscuro y terrible de nuestra historia, en buena parte gracias a la extraordinaria profusión de memorias, novelas y cuadros, pero también debido a los vínculos familiares que muchos de nosotros tenemos con ella. Mis dos abuelos participaron en la guerra: uno en Oriente próximo, con el ejército de la India; el otro era un médico canadiense que sirvió en un hospital de campaña del frente occidental. Mi familia todavía conserva las medallas que ganaron, una espada que le había regalado un paciente agradecido en Bagdad, y una granada de mano con la que jugábamos cuando niños en Canadá, hasta que alguien se dio cuenta de que probablemente no estuviera desactivada.

También recordamos la Gran Guerra por cuanto constituye un gran enigma. ¿Cómo pudo Europa hacerse esto a sí misma, y al mundo? Hay muchas explicaciones posibles, tantas que resulta difícil decantarse por una. Para empezar, están la carrera armamentista, los rígidos planes militares, las rivalidades económicas, las guerras comerciales, el imperialismo y sus escaladas colonialistas, o los sistemas de alianzas que dividían a Europa en bandos hostiles. Las ideas y emociones a menudo traspasaban las fronteras nacionales: el nacionalismo, con sus componentes repugnantes de odio y desprecio hacia los otros; el miedo a la pérdida o a la revolución, a los terroristas y a los anarquistas; las esperanzas de cambio o de un mundo mejor; las exigencias del honor y la hombría, que implicaban no ceder ni mostrar debilidad; o el darwinismo social, que clasificaba las sociedades humanas como si fuesen especies y promovía, no ya la fe en la evolución y en el progreso, sino en la inevitabilidad de la lucha. Cabe también preguntarse por el papel y las motivaciones de cada nación: ¿las ambiciones de las potencias emergentes, como Alemania y Japón? ¿Los temores de las que estaban en declive, como Gran Bretaña? ¿La venganza de Francia y Rusia? ¿La lucha por la supervivencia del imperio austrohúngaro? En cada nación, por su parte, existían presiones internas: un creciente movimiento obrero, por ejemplo, o fuerzas expresamente revolucionarias; demandas en favor del voto femenino o de la independencia de países sometidos; o la lucha de clases, o de creyentes y anticlericales, o de militares y civiles. ¿En qué medida estos factores actuaron en favor del mantenimiento de la paz en Europa o la impulsaron a la guerra?

Las fuerzas, las ideas, los prejuicios, las instituciones y los conflictos son ciertamente factores importantes. Pero no tienen en cuenta a los individuos –que al fin y al cabo no fueron tantos– en cuyas manos estaba decir "sí, adelante, desatemos la guerra", o bien "no, detengámonos". Algunos eran monarcas hereditarios con mucho poder, como el káiser de Alemania, el zar de Rusia o el emperador austrohúngaro. Otros, como el presidente de Francia o los primeros ministros de Gran Bretaña e Italia, pertenecían a regímenes constitucionales. La tragedia de Europa y el mundo, vista desde hoy, estuvo en que ninguno de los actores clave de 1914 fue un líder con la suficiente grandeza e imaginación, ni con el suficiente coraje, como para oponerse a las presiones que empujaban hacia la guerra. Cualquier explicación de cómo se desencadenó la Gran Guerra deberá tener en cuenta que en el pasado los hombres se han visto a veces arrastrados por las grandes corrientes, pero también a veces han logrado alterar su cauce.

Resulta cómodo encogerse de hombros y decir que la Gran Guerra fue inevitable; pero se trata de una conclusión peligrosa, y más teniendo en cuenta que nuestro mundo se asemeja en algunos aspectos, aunque no en todos, al de los años previos a 1914, es decir, al mundo que fue barrido por la guerra. El de hoy se enfrenta a desafíos similares, de orden revolucionario e ideológico, como el auge de la violencia religiosa o de las protestas sociales; y también a otros que nacen de la tensión entre las naciones que prosperan y las que entran en decadencia, como China y Estados Unidos. Necesitamos pensar cuidadosamente acerca de cómo se generan las guerras y cómo podemos preservar la paz. Las naciones se enfrentan entre sí, tal como hicieron antes de 1914, en lo que sus líderes consideraban un juego controlado de alardes y simulaciones. Pero qué rápido y cuán de repente pasó Europa de la paz a la guerra en aquellas cinco semanas que siguieron al asesinato del archiduque. En otras crisis anteriores, algunas tan graves como la de 1914, Europa no perdió los estribos. Los líderes –y en buena parte sus respectivos pueblos– habían escogido resolver sus diferencias y preservar la paz. ¿Por qué no fue así en 1914?

Imaginemos para empezar un paisaje, por el que caminan personas. El terreno, la

vegetación, las colinas y los arroyos serían los componentes esenciales de Europa, desde su economía hasta su estructura social; en tanto que las brisas serían las corrientes de pensamiento que conformaban las opiniones y puntos de vista europeos. Suponga el lector que es uno de los caminantes. Tendrá distintas opciones ante sí. El clima es agradable, pero pueden verse algunas nubes en el cielo. El camino que hay por delante es fácil, porque cruza una llanura. El lector sabe que debe seguir avanzando, porque el ejercicio es bueno y porque desea llegar a un destino seguro. También sabe que mientras camina debe tener cuidado: puede haber animales peligrosos, ríos que vadear, abruptos precipicios más adelante… No se le pasa por la cabeza que pudiera caerse por uno de ellos y morir. El lector es un caminante lo suficientemente sensato y experimentado.

Y sin embargo, en 1914 Europa se dirigió al abismo en un conflicto catastrófico que traería la muerte de millones de seres humanos, desangraría sus finanzas, haría temblar imperios y sociedades hasta destrozarlos, y socavaría para siempre el dominio europeo sobre el mundo. Las fotografías de las multitudes dando vítores en las grandes capitales son engañosas. La llegada de la guerra tomó por sorpresa a la mayoría de los europeos, y su reacción inicial fue de incredulidad y conmoción. Estaban acostumbrados a la paz. Tras el fin de las guerras napoleónicas, siguió el siglo más pacífico que conoció Europa desde la época del imperio romano. Es cierto que hubo guerras, pero o bien tuvieron lugar en colonias lejanas, como las guerras zulúes en el sur de África, o en la periferia de Europa, como la guerra de Crimea; o bien fueron contiendas cortas y concluyentes, como la guerra franco-prusiana.

El empujón decisivo hacia la guerra duró poco más de un mes: entre el asesinato del archiduque austriaco en Sarajevo el 28 de junio, y el estallido en Europa de una guerra generalizada el 4 de agosto. En último extremo, las decisiones cruciales de aquellas semanas, que condujeron a Europa a la guerra, fueron tomadas por un número sorprendentemente pequeño de personas (todos ellos hombres). Pero para comprender por qué actuaron como lo hicieron, hemos de remontarnos más atrás y analizar las fuerzas que los conformaron. Necesitamos entender las sociedades e instituciones que los produjeron. Debemos tratar de comprender los valores y las ideas, las emociones y los prejuicios, que configuraban su visión del mundo. También tenemos que recordarnos a nosotros

mismos que, con escasísimas excepciones, no sabían muy bien adónde conducían a sus países y al mundo. Esto revela lo en sintonía que estaban con su propia época; la mayoría de los europeos creía que una guerra general era imposible, o improbable, o que estaba destinada a terminar rápidamente.

Al tratar de interpretar los acontecimientos del verano de 1914, deberíamos meternos en la piel de nuestros antepasados de hace un siglo, antes de insultarlos, criticarlos y acusarlos. Ya no podemos preguntarles a quienes tomaron aquellas decisiones en qué pensaban cuando dieron tales pasos en el camino de la destrucción; pero, gracias a los documentos de la época y a las memorias posteriores, podemos hacernos una idea bastante aproximada. Una cosa está clara: a la hora de tomar sus decisiones, o de eludirlas, tuvieron muy presentes otras crisis y situaciones previas.

Por ejemplo, los líderes rusos no habían olvidado ni perdonado la anexión de Bosnia y Herzegovina por el imperio austrohúngaro en 1908. Rusia, por su parte, no había respaldado a su protegida Serbia cuando esta hubo de enfrentarse una y otra vez al imperio austrohúngaro en las guerras de los Balcanes de 1912-1913. Ahora el imperio austrohúngaro amenazaba con destruir Serbia. ¿Qué sería de Rusia y su prestigio si nuevamente permanecía al margen, sin hacer nada? ¿Acaso Alemania no le había dado un respaldo total a su aliado el imperio austrohúngaro en aquellas confrontaciones? Si Rusia no hacía nada esta vez, ¿perdería a su único aliado seguro? El hecho de que estas potencias hubiesen resuelto pacíficamente otras crisis muy graves, a propósito de las colonias o en los propios Balcanes, añadió otra variable a la ecuación de 1914. La amenaza de la guerra se había esgrimido ya antes, pero entonces terceras partes presionaron decisivamente, se hicieron concesiones, se celebraron exitosas cumbres en las que se logró sortear el riesgo del conflicto. La temeridad política había obtenido resultados. Seguramente esta vez, en 1914, volvería funcionar el mecanismo. Pero no fue así. Esta vez el imperio austrohúngaro sí declaró la guerra a Serbia, respaldado por Alemania; Rusia decidió apoyar a Serbia y entró en guerra con el imperio austrohúngaro y Alemania; Alemania atacó a Francia, aliada de Rusia; y Gran Bretaña intervino en defensa de sus aliados. Así se vinieron abajo los límites.

El inicio de la guerra en 1914 generó conmoción, pero no surgió de la nada. Las nubes llevaban ya dos décadas cerrándose, y bastantes europeos se percataban de ello, alarmados. En la literatura de esos años eran muy comunes las imágenes de tormentas a punto de estallar, de diques a punto de desbordarse, de avalanchas a punto de precipitarse… Por otra parte, muchos de ellos confiaban en poder lidiar con las amenazas de conflicto y construir instituciones internacionales mejores y más fuertes, con las que zanjar de manera pacífica las disputas y volver obsoleta la guerra. Puede que aquellos últimos años dorados de Europa antes de la guerra sean más bien una elaboración de las generaciones posteriores; pero lo cierto es que en la literatura de la época había también imágenes de rayos de sol extendiéndose por todo el mundo, y de la humanidad marchando en dirección a un futuro más próspero y dichoso.

Muy pocas cosas en la historia son inevitables. Europa no tenía por qué ir a la guerra en 1914; la conflagración general pudo haberse evitado hasta el último momento, aquel 4 de agosto en que Gran Bretaña decidió finalmente participar. A toro pasado, resulta fácil distinguir los elementos que incrementaban las probabilidades de guerra: la rivalidad por las colonias, la competencia económica, los nacionalismos étnicos que desgarraban los decadentes imperios austrohúngaro y otomano, o el desarrollo de una opinión pública nacionalista que ejercía sobre sus líderes unas presiones nuevas en favor de lo que percibían como derechos e intereses de sus naciones.

Podemos ver, igual que los europeos de aquel momento, las tensiones en el orden internacional. El problema alemán, por ejemplo. La creación de Alemania en 1871 plantó de pronto una nueva gran potencia en el corazón de Europa. ¿Sería Alemania el eje en torno al cual giraría el resto de Europa, o la amenaza contra la cual habría de unirse? ¿Cómo encajarían las nuevas potencias no europeas –Japón y Estados Unidos– en un sistema mundial dominado por Europa? El darwinismo social, ese hijo bastardo del pensamiento evolucionista, junto con su primo el militarismo, fomentaron la creencia de que la competencia entre naciones estaba de acuerdo con el orden natural, y que al final sobrevivirían las más aptas. Y la implicación de esto era que probablemente

habría guerra. A fines del siglo xix, la admiración de que era objeto el ejército como la parte más noble de la nación, así como la propagación en las sociedades civiles de los valores militares, alimentaron la suposición de que la guerra era una parte necesaria de la gran lucha por la supervivencia; y de que podía ser incluso un bien para las sociedades, al, por así decirlo, ajustarlas.

La ciencia y la tecnología, que tantos beneficios trajeron a la humanidad en el siglo xix, trajeron también armas nuevas y más terribles. Las rivalidades nacionales fomentaron una carrera armamentista, que ahondó a su vez las inseguridades, acelerando y dándole ímpetu a dicha carrera. Las naciones buscaron aliados para compensar sus propias debilidades, y sus decisiones contribuyeron a acercar a Europa a la guerra. Francia, que perdía la carrera demográfica con Alemania, concertó una alianza con Rusia, en parte por sus inmensas reservas de mano de obra. Rusia tuvo a cambio acceso al capital y a la tecnología de Francia. La alianza franco-rusa hizo que Alemania se sintiera rodeada, lo cual la ató aún más al imperio austrohúngaro, y al hacerlo se vio involucrada en las rivalidades de este con Rusia en los Balcanes. La carrera armamentista naval, que Alemania concebía como un medio para forzar a Gran Bretaña a permanecer en buenos términos, lo que hizo fue persuadirla de que debía, no solo superar a Alemania, sino también abandonar su distanciamiento de Europa y acercarse a Francia y Rusia.

Se ha culpado muchas veces a los planes militares, que fomentaron la carrera armamentista y las alianzas, de crear una maquinaria de destrucción que, una vez puesta en marcha, no pudo ser detenida. A finales del siglo xix, todas las potencias europeas, excepto Gran Bretaña, contaban con ejércitos de reemplazo; una pequeña proporción de sus hombres entrenados vestía de uniforme, mientras que eran muchos más los que militaban como reservistas en la sociedad civil. Ante una amenaza de guerra, era posible formar en pocos días unos ejércitos enormes. La movilización masiva se basaba en una planificación detallada, de modo que cada hombre llegaba hasta su unidad con el equipo adecuado, las unidades se juntaban según la configuración correcta, y se trasladaban, generalmente por ferrocarril, hacia las posiciones designadas. Los horarios eran obras de arte, pero muy a menudo eran también inflexibles, y no permitían, como ocurrió con Alemania en 1914, una movilización parcial en un solo frente;

por eso Alemania fue a la guerra contra Rusia y Francia a la vez, en lugar de hacerlo solo contra Rusia. Asimismo, se corría el peligro de no movilizarse lo bastante rápido. Si el enemigo estaba en tus fronteras mientras tus hombres aún trataban de llegar a sus unidades y a los trenes, la guerra podía estar ya perdida. Aquellos horarios y planes rígidos amenazaban con dejar las decisiones finales fuera de las manos de los líderes civiles.

En un extremo de la gama de posibles explicaciones de la Gran Guerra estarían los planes; y en el otro, las nebulosas pero contundentes razones del honor y el prestigio. Guillermo II de Alemania tenía como modelo a su antepasado Federico el Grande, pero los franceses se burlaban de él llamándolo Guillermo el Tímido, por haber cedido en sus demandas durante la segunda crisis marroquí. ¿Querría pasar por algo así de nuevo? Lo que movía a los individuos movía también a las naciones. Tras la humillación de la derrota por Japón en 1904-1905, Rusia tenía una necesidad apremiante de reafirmarse como gran potencia.

El miedo también desempeñó un gran papel en las actitudes de las potencias, y en la aceptación por parte de sus líderes y ciudadanos de la guerra como herramienta política. El imperio austrohúngaro temía desaparecer como potencia si no actuaba contra el movimiento nacionalista sudeslavo dentro de sus fronteras; lo que quería decir actuar contra la atracción que ejercía una Serbia sudeslava independiente. Francia temía a su vecino alemán, más fuerte económica y militarmente. Alemania miraba hacia el este con aprensión. Rusia se estaba desarrollando y rearmando a gran velocidad; si Alemania no la atacaba pronto, ya no sería capaz de hacerlo. A Gran Bretaña la beneficiaba enormemente el mantenimiento de la paz, pero temía, como siempre lo ha hecho, que el continente estuviese dominado por una única potencia. Cada potencia, pues, temía a las otras; pero también temía a su propio pueblo. Las ideas socialistas se habían propagado por toda Europa, y los sindicatos y los partidos socialistas desafiaban el poder de las viejas clases dominantes. ¿Era esto el presagio, como muchos pensaban, de una revolución violenta? El nacionalismo étnico constituía una fuerza perjudicial para el imperio austrohúngaro, pero también para Rusia y Gran Bretaña, donde en los primeros meses de 1914 el problema irlandés era un asunto interno que preocupaba más que la política exterior. ¿Podía ser la guerra una forma de superar las divisiones internas,

uniendo al pueblo en una gran oleada de patriotismo?

Por último, y esto también vale para la época actual, no debemos subestimar la intervención en los asuntos humanos de los errores, la desorganización, o simplemente la falta de sentido de la oportunidad. La naturaleza compleja e ineficiente de los gobiernos de Alemania y Rusia hizo que sus líderes civiles no estuviesen debidamente informados sobre los planes militares, pese a las implicaciones políticas de estos. Francisco Fernando, el archiduque austriaco asesinado en Sarajevo, se había opuesto durante mucho tiempo a quienes querían resolver los problemas del imperio austrohúngaro mediante la guerra. Con su muerte desaparecía, irónicamente, el único hombre que hubiera podido evitar que su país le declarase la guerra a Serbia, deteniendo con ello la subsiguiente reacción en cadena. El asesinato tuvo lugar a comienzos de las vacaciones de verano. Muchos estadistas, diplomáticos y militares habían dejado ya sus capitales. El ministro inglés de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey, estaba observando aves; el presidente y el primer ministro franceses habían emprendido un largo viaje a Rusia y el Báltico en las dos últimas semanas de julio, y se hallaban con frecuencia sin comunicación con París.

Al poner el foco en los factores que empujaban a Europa hacia la guerra, corremos el riesgo de descuidar los que lo hacían en dirección contraria, hacia la paz. El siglo xix fue testigo de una proliferación de clubes y asociaciones que trabajaban para proscribir la guerra y promover otras opciones –como el arbitraje– que zanjaran las disputas internacionales. Hombres ricos como Andrew Carnegie y Alfred Nobel donaron sus fortunas para fomentar el entendimiento entre los países. Los movimientos obreros y los partidos socialistas del mundo se organizaron para formar la Segunda Internacional, que aprobó repetidas mociones contra la guerra y amenazó con llamar a la huelga general si estallaba alguna.

El siglo xix fue una época extraordinaria en cuanto al progreso de la ciencia, la industria y la educación; progreso que se basaba en gran parte en una Europa cada vez más próspera y poderosa. Sus pueblos estrecharon vínculos entre sí y

con el mundo, gracias a las comunicaciones cada vez más rápidas, y a través del comercio, la inversión, la emigración y la expansión de los imperios (oficiales y no oficiales). La globalización del mundo antes de 1914 solo puede equipararse con la de nuestra propia época desde el final de la guerra fría. Y estaba muy extendida la fe en que este nuevo mundo interdependiente crearía nuevas instituciones internacionales, y en que las naciones irían aceptando progresivamente unas normas de comportamiento universales. Las relaciones internacionales ya no se veían, como en el siglo XVIII, como un juego de suma cero en el que si uno ganaba, otro tenía que perder. Por el contrario, si se preservaba la paz podían ganar todos. El incremento en el recurso al arbitraje para dirimir conflictos entre países; las frecuentes ocasiones en que las grandes potencias europeas trabajaban conjuntamente para lidiar, por ejemplo, con las crisis del decadente imperio otomano; o el establecimiento de un tribunal internacional de arbitraje: todo ello parecía demostrar que, poco a poco, se iban sentando las bases de un modo nuevo y más eficiente de tratar los asuntos mundiales. Se confiaba en que la guerra llegaría a ser algo obsoleto, por su ineficacia a la hora de solventar las diferencias. Además, la guerra se había vuelto excesivamente costosa, tanto en cuanto a los recursos que las partes en conflicto debían invertir, como en cuanto a la magnitud del daño que la tecnología y las armas nuevas eran capaces de provocar. Los banqueros levantaron la advertencia de que, aunque comenzara una guerra general, esta se detendría a las pocas semanas, simplemente porque no habría modo de financiarla.

La mayor parte de la copiosa literatura sobre los acontecimientos de 1914 se pregunta, y es comprensible, por qué estalló la Gran Guerra. Pero quizá fuese mejor formular la pregunta así: ¿por qué aquella larga paz no se prolongó? ¿Por qué las fuerzas que promovían la paz, con ser poderosas, no prevalecieron? Después de todo, lo habían logrado antes. ¿Por qué falló esta vez el sistema? La posible respuesta pasa por ver cómo se habían ido reduciendo las opciones de Europa en las décadas anteriores a 1914.

Imaginemos de nuevo a nuestros caminantes. Ellos inician su viaje, como Europa, por una ancha y soleada llanura; pero llegan a bifurcaciones donde han de decantarse por un camino u otro. Aunque en ese momento no puedan darse

cuenta de las implicaciones, se encuentran descendiendo hacia un valle que se vuelve cada vez más angosto, y que podría no ser el camino que ellos hubieran preferido tomar. Todavía es posible cambiar de ruta, quizá volviendo sobre sus pasos. Esto podría resultar costoso, y además, ¿a quién le gusta reconocer que ha tomado una decisión equivocada? Quizá fuese posible escalar por alguna ladera y cruzar hasta el otro lado; pero eso requeriría un esfuerzo considerable, y tampoco se sabe qué habría allí. ¿Podría haber admitido el gobierno alemán, ante sí mismo y ante su pueblo, que la carrera armamentista naval contra Gran Bretaña no solo había sido insensata, sino que había supuesto un colosal derroche de dinero?

Este libro recorre la senda que condujo a Europa hasta 1914, destacando aquellos puntos de inflexión en que se redujeron sus opciones. Uno de ellos fue la decisión de Francia de buscar una alianza defensiva con Rusia como contrapeso a Alemania; otro fue la decisión de Alemania, a finales de la década de 1890, de iniciar una carrera armamentista naval contra Gran Bretaña. Gran Bretaña mejoró, cautelarmente, sus relaciones con Francia, y con el tiempo también con Rusia. Otro momento clave ocurrió en 1905-1906, cuando Alemania trató de dividir a la entente cordial en la primera crisis marroquí. Este intento fracasó, y los dos nuevos amigos, Gran Bretaña y Francia, se unieron aún más y comenzaron a mantener conversaciones militares secretas que estrecharon sus lazos. Las siguientes graves crisis de Europa –la crisis bosnia de 1908, la segunda crisis marroquí de 1911, y las guerras de los Balcanes de 1912 y 1913– aumentaron los posos de resentimiento, sospechas y recuerdos que determinaban las relaciones entre las potencias. Este fue el contexto en el que se tomaron las decisiones en 1914.

Es posible liberarse del pasado y comenzar de nuevo. Nixon y Mao, después de todo, decidieron a principios de la década de 1970 que sus países se beneficiarían poniendo fin a más de veinte años de hostilidad. Las amistades pueden cambiar y las alianzas pueden romperse; así lo hizo Italia al comienzo de la Gran Guerra, cuando rechazó luchar junto a los otros dos miembros de la triple alianza, el imperio austrohúngaro y Alemania. Pero a medida que pasan los años esto se vuelve cada vez más difícil, al incrementarse las obligaciones mutuas y los vínculos personales. Uno de los argumentos más convincentes que

utilizaron en 1914 los partidarios de la intervención británica fue que Gran Bretaña había hecho creer a Francia que la ayudaría y sería deshonroso retractarse. No obstante, hubo tentativas por parte de las potencias de trascender los dos sistemas de alianzas; algunas todavía en 1913. Alemania y Rusia hablaban cada cierto tiempo de cómo resolver sus diferencias, y lo mismo hacían Gran Bretaña y Alemania, Rusia y el imperio austrohúngaro, y Francia y Alemania. Pero, fuese por inercia, por el recuerdo de los enfrentamientos pasados, por temor a la traición, o por lo que fuese, tales intentos fracasaron.

Aun así, siempre estará al final esa minoría de generales, monarcas y políticos que, en el verano de 1914, tuvieron el poder y la potestad de decir sí o no. Sí o no a la movilización de los ejércitos, sí o no a las concesiones, sí o no a la ejecución de los planes elaborados por los militares. El contexto es crucial para comprender por qué fueron como fueron y actuaron como actuaron. No podemos, sin embargo, minimizar la importancia de las personalidades individuales. El primer ministro alemán, Theobald von Bethmann Hollweg, acababa de perder a su muy amada esposa: ¿influyó esto en el fatalismo con que contempló el estallido de la guerra? Nicolás II de Rusia era un personaje fundamentalmente débil, lo que seguramente hizo que le resultara más difícil oponerse a sus generales, quienes querían la inmediata movilización de Rusia. Franz Conrad von Hötzendorf, jefe del estado mayor del ejército austrohúngaro, deseaba la gloria para su país, pero también para sí mismo, y así poder casarse con una mujer divorciada.

La guerra, cuando finalmente llegó, fue tan espantosa que dio pie a una búsqueda de los culpables que aún prosigue. Mediante la propaganda y la publicación de documentos históricos, cada país beligerante proclamaba su propia inocencia, al tiempo que acusaba a los demás. La izquierda culpaba al capitalismo o a los fabricantes y traficantes de armas, “mercaderes de la muerte”; la derecha culpó a la izquierda, a los judíos, o a ambos. En la conferencia de paz celebrada en París en 1919, los vencedores hablaron de llevar a juicio a los culpables –el káiser, algunos de sus generales y diplomáticos–, pero al final aquello terminó en nada. La cuestión de la responsabilidad continúa siendo relevante, porque si Alemania fue responsable entonces resultó justo que pagase sus indemnizaciones. Si no lo fue, y esta por supuesto era la opinión general en

Alemania, y cada vez más en el mundo angloparlante, entonces las indemnizaciones y otras sanciones sufridas por Alemania resultaron profundamente injustas e ilegítimas. La opinión que prevaleció en los años de en-treguerras, como dijera David Lloyd George, fue esta: “Las naciones resbalaron hasta el caldero hirviendo de la guerra sin ninguna muestra de aprensión ni de consternación”.[4] La Gran Guerra, o bien no fue culpa de nadie, o bien fue culpa de todos. Tras la Segunda Guerra Mundial, algunos historiadores alemanes, con Fritz Fischer a la cabeza, revisaron de nuevo los archivos para demostrar que Alemania era verdaderamente culpable, y que había una siniestra continuidad entre las intenciones del último gobierno alemán antes de la Gran Guerra y las de Hitler. Estos audaces historiadores fueron cuestionados a su vez, y el debate continúa.

Se trata de una búsqueda que probablemente nunca tendrá fin. Yo misma intentaré mostrar que algunos países, y sus líderes, fueron más culpables que otros. La insensata determinación del imperio austrohúngaro de destruir Serbia en 1914, la decisión de Alemania de apoyarla incondicionalmente, la impaciencia de Rusia por movilizarse, cargan en mi opinión con la mayor responsabilidad en el estallido de la guerra. Ni Francia ni Gran Bretaña deseaban la guerra, aunque para detenerla tal vez podrían haber hecho más. Pero, al final, lo que encuentro más interesante es la pregunta de cómo fue posible que Europa, en el verano de 1914, llegara a un punto en que la guerra fue más probable que la paz. ¿En qué pensaban los que tomaron las decisiones? ¿Por qué en aquella ocasión, como habían hecho antes, no se echaron atrás? En otras palabras: ¿por qué fracasó la paz?

I

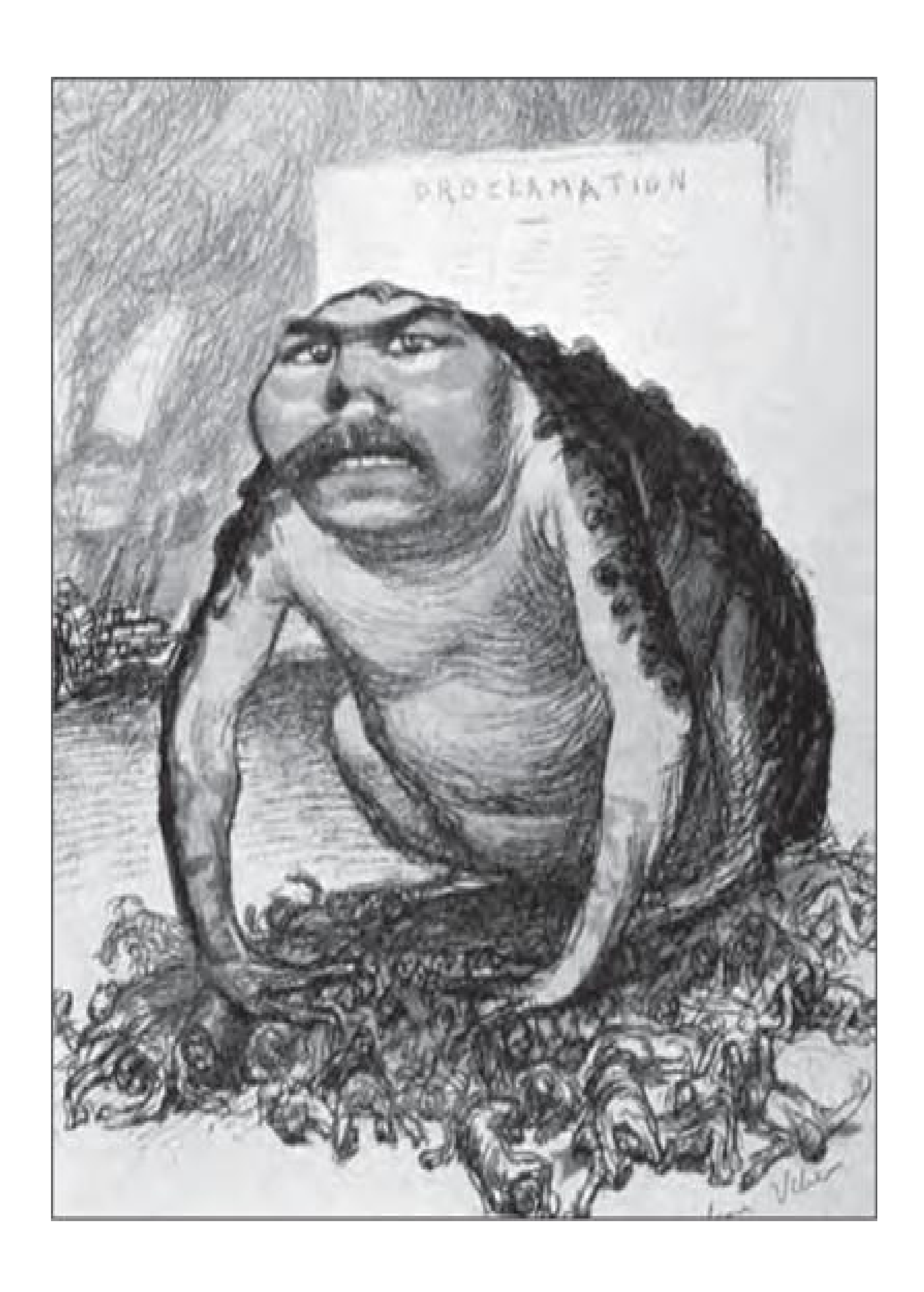
EUROPA EN 1900

El 14 de abril de 1900, el presidente de Francia, Émile Loubet, encarecía la justicia y la bondad humana en su discurso de inauguración de la exposición universal de París. Bondad hubo muy poca en los comentarios de la prensa del momento. Las exposiciones no estaban listas, el lugar era un caos polvoriento de edificios en construcción, y casi todo el mundo detestaba la estatua gigante de la entrada: una figura de mujer con un elegante vestido de noche, cuyo modelo era Sarah Bernhardt. La exposición, no obstante, fue un triunfo absoluto, con más de cincuenta millones de visitantes.

Por su estilo y contenido, la exposición era entre otras cosas una celebración de las glorias del pasado, y cada país exhibía sus tesoros nacionales –cuadros, esculturas, libros raros o manuscritos– y sus actividades típicas. Así, en el pabellón canadiense había montañas de pieles, en el finlandés se mostraba mucha madera, y los portugueses decoraron el suyo con peces. Buena parte de los pabellones europeos imitaba grandes edificios góticos o renacentistas, aunque el de la pequeña Suiza era tipo chalet. Los chinos reprodujeron una parte de la ciudad prohibida de Pekín, y Siam (la actual Tailandia) levantó una pagoda. El imperio otomano, aquel imperio mermado pero aún grande, que se extendía desde los Balcanes, en el sur de Europa, y, cruzando Turquía, hasta el Oriente próximo árabe, escogió un pabellón que era una mezcla de estilos muy similar a la composición de sus pueblos, entre los que había cristianos, musulmanes, judíos y demás. Resultaba muy apropiado que aquel pabellón, erigido con azulejos coloreados y ladrillos, arcos, torres, ventanas góticas y elementos de mezquitas y del gran bazar de Constantinopla (hoy Estambul), se asemejase de algún modo a Santa Sofía, la gran iglesia cristiana convertida en mezquita tras la conquista otomana.

El pabellón alemán lo remataba la estatua de un heraldo tocando una trompeta, lo cual resultaba bastante adecuado para la más reciente de las grandes potencias europeas. Contenía una reproducción exacta de la biblioteca de Federico el Grande; con notable tacto, los alemanes no se centraron en sus victorias militares, muchas de las cuales habían sido contra Francia. La fachada occidental, no obstante, hacía una velada alusión a la nueva rivalidad que se estaba gestando entre Alemania y la mayor potencia naval del mundo, Gran Bretaña, mostrando un mar tormentoso con sirenas cantando, y podía leerse una divisa, que se rumoreaba había sido escrita personalmente por el gobernante de Alemania, el káiser Guillermo II: "La estrella de la Fortuna invita al valiente a levar anclas y lanzarse a la conquista de las olas". En otras partes de la exposición se veían las huellas del rápido incremento del poderío de un país que existía tan solo desde 1871: el palacio de la electricidad contenía una grúa gigante alemana capaz de levantar veinticinco mil kilos.

El imperio austrohúngaro, el amigo más cercano de Alemania en Europa, tenía dos pabellones independientes para cada una de las mitades de lo que había dado en llamarse la "monarquía dual". El pabellón austriaco era un triunfo del art nouveau, el nuevo estilo de moda en Europa. Querubines y delfines de mármol jugueteaban en torno a sus fuentes, sus escaleras estaban sostenidas por estatuas gigantescas, y cada centímetro de sus paredes parecía cubierto de pan de oro, piedras preciosas, máscaras –tristes o alegres– o guirnaldas. Había un gran salón de recepciones reservado para los miembros de la casa de Habsburgo, que llevaba siglos gobernando aquel gran imperio que se extendía desde el centro de Europa hasta los Alpes y el mar Adriático. Y las exposiciones mostraban con orgullo la obra de polacos, checos y sudeslavos de la costa dálmata, apenas unos cuantos de los muchos pueblos gobernados por la monarquía dual. Al lado del pabellón austriaco, separándolo del de Hungría, se levantaba uno más pequeño: el de la diminuta provincia de Bosnia, que técnicamente pertenecía aún al imperio otomano, pero que desde 1878 era administrada por Viena. El pabellón bosnio, con sus hermosos ornamentos fabricados por artesanos de Sarajevo, su capital, parecía, según la guía Hachette, una jovencita a quien sus padres muestran por primera vez al mundo.[1] (Unos padres no precisamente felices).


PROCLAMATION

1. En la guerra de 1899-1902 entre el imperio británico y las dos repúblicas independientes afrikáners (o bóers) de Sudáfrica, la simpatía de gran parte del mundo estaba del lado de los afrikáners. Lord Kitchener en particular fue blanco de la repulsa internacional por su brutal política de quebrantar la resistencia afrikáner destruyendo sus granjas y ganado, y confinando a sus mujeres y niños en campos de concentración.

La atmósfera del pabellón de Hungría era fuertemente nacionalista (los críticos austriacos comentaron con acritud que las obras de arte típico allí expuestas eran vulgares, de colores chillones). Entre lo expuesto había también una reconstrucción de la gran ciudadela norteña de Komárom, que se interpuso en el camino de los otomanos cuando, en el siglo XVI, estos penetraron en Europa desde el sur. Más recientemente, en 1848, Komárom fue defendida por nacionalistas húngaros en su revuelta contra los Habsburgo, hasta caer en manos de las tropas austriacas en 1849. Otro salón estaba dedicado a los húsares, famosos por su valentía en las guerras contra los otomanos. Las exposiciones prestaban menos atención a los millones de personas de etnias no húngaras, como por ejemplo croatas o rumanos, que vivían dentro de las fronteras de Hungría.

Italia era un país casi tan reciente como Alemania, y también una gran potencia, más por cortesía que por méritos reales; su pabellón semejaba una enorme catedral ricamente decorada. Sobre su cúpula dorada se alzaba un águila gigantesca, que extendía sus alas en actitud triunfante. El interior estaba repleto de arte medieval y renacentista; pero las glorias del pasado podían tener un peso abrumador para un país joven y pobre. Gran Bretaña, en cambio, prefirió no llamar la atención, pese a que controlaba gran parte del comercio y la manufactura mundiales, poseía la mayor armada y su imperio era el más extenso. Su exposición la albergaba una placentera residencia campestre con entramado de madera estilo Tudor, diseñada por el joven arquitecto Edwin Lutyens, y consistía fundamentalmente en cuadros ingleses del siglo XVIII. Varios propietarios de esta nacionalidad se negaron a prestar obras de sus colecciones privadas, debido a que las relaciones entre Gran Bretaña y Francia,

tradicionalmente difíciles, estaban muy tensas en 1900.[2]

Rusia ocupaba un lugar privilegiado en la exposición, por ser el aliado favorito de Francia. Las exposiciones rusas eran enormes, y estaban repartidas por distintas localizaciones, desde un sólido palacio estilo Kremlin, dedicado a Siberia, hasta un pabellón profusamente decorado, bautizado en honor de la madre del zar, la emperatriz María. Los visitantes podían admirar, entre muchas otras cosas, un mapa de Francia confeccionado con piedras preciosas que el zar Nicolás II había enviado como presente a los franceses, y maravillarse ante la magnitud de las posesiones de los Románov. Los franceses no tenían un pabellón propio; después de todo, la exposición se había diseñado en su totalidad como un monumento a la civilización francesa, al poder francés, a la industria y la agricultura francesas, a las colonias francesas, y había salas dedicadas a los logros franceses en cada una de las exposiciones especiales. La sección de Francia en el Palais des Beaux-Arts, según la guía, fue naturalmente un modelo de lujo y de buen gusto. La exposición marcó la reafirmación del estatus de gran potencia de aquella Francia que solo treinta años antes había sido completamente derrotada cuando trató de impedir que Alemania se constituyese.

Los franceses, con todo, declararon que la exposición universal habría de ser “un símbolo de paz y armonía” para toda la humanidad. Aunque, de las naciones presentes en París, más de cuarenta fueron europeas, también tuvieron pabellones Estados Unidos, China y la mayoría de los países latinoamericanos. Pero, como si fuese un recordatorio de dónde radicaba el verdadero poder, gran parte de la exposición estaba dedicada a las colonias, de las que las potencias europeas exhibían sus posesiones. Las multitudes pudieron contemplar con asombro plantas y animales exóticos, caminar por réplicas de aldeas africanas, ver trabajar a artesanos de la Indochina francesa, o comprar en zocos del norte de África. Un observador estadounidense comentó con severidad: “bailarinas flexibles ejecutan las peores contorsiones que hayan conocido las seguidoras de Terpsícore”.[3] Los visitantes partían con la reconfortante certeza de que su civilización era superior y que sus beneficios se estaban expandiendo por todo el mundo.

La exposición parecía el modo adecuado de clausurar un siglo que había empezado con revoluciones y guerras, pero al que ahora caracterizaban el progreso, la paz y la prosperidad. Europa no había estado del todo libre de guerras durante el siglo xix, pero no podía compararse con las prolongadas luchas del xviii, ni con la Revolución Francesa, ni con las guerras napoleónicas que habían involucrado a casi todas las potencias europeas. Las guerras del xix habían sido por lo general conflictos breves –como el de Prusia y el imperio austro-húngaro, que duró siete semanas–, o guerras coloniales, en que se combatía muy lejos del territorio europeo. Los europeos debieron prestar más atención a la guerra civil estadounidense, que, además de durar cuatro años, constituyó una temprana advertencia de que la tecnología moderna, el humilde alambre de púas y las palas, estaban haciendo que la ventaja bélica se decantase hacia la defensa. Aunque en la guerra de Crimea, a mediados de siglo, habían participado cuatro potencias europeas, esto había sido una excepción. En la guerra austro-prusiana, en la franco-prusiana y en la ruso-turca, las otras potencias se habían mantenido prudentemente fuera del conflicto y habían hecho todo lo posible por restaurar la paz.

Bajo ciertas circunstancias, la guerra seguía considerándose una opción razonable para las naciones si estas no encontraban otra manera de alcanzar sus objetivos. Prusia no estaba preparada para compartir con Austria el control de los estados alemanes, y Austria estaba decidida a no concedérselo. La guerra subsiguiente zanjó la cuestión a favor de Prusia. El coste de recurrir a la guerra era alto, pero no prohibitivo. Tanto la duración como el alcance de las guerras eran limitados. Los ejércitos profesionales combatían entre sí y el daño a los civiles y a las propiedades era mínimo, en comparación con lo que estaba por venir. Todavía era posible atacar y obtener victorias decisivas. Sin embargo, tanto la guerra franco-prusiana de 1870-1871 como la guerra de Secesión estadounidense habían dejado ya entrever que el modelo estaba cambiando: el reclutamiento permitió que los ejércitos fuesen más grandes, y el aumento de la potencia de fuego, con armas mejores y más certeras, determinó que las fuerzas de los prusianos y sus aliados alemanes sufrieran cuantiosas bajas en sus primeros ataques contra los franceses. La rendición del ejército francés en Sedán no significó el final de la lucha. Por el contrario, el pueblo francés, o al menos grandes sectores de él, optaron por mantener una guerra popular. Pero incluso esta llegó a su fin. Francia y la nueva Alemania hicieron las paces y sus relaciones se fueron restableciendo gradualmente. En 1900, la asociación de

empresarios de Berlín envió un mensaje a la cámara de comercio de París con motivo de la apertura de la exposición, deseando éxitos a “esta gran empresa, que está destinada a acercar más a las naciones civilizadas del mundo, en los empeños comunes a todas ellas”.[4] La gran cantidad de visitantes alemanes que se esperaba en París ayudaría a construir, como deseaban muchos en Alemania, mejores relaciones entre ambos pueblos.

La guía Hachette afirmaba que todos los pueblos de la Tierra habían trabajado en la exposición: “Han reunido sus maravillas y sus tesoros para revelarnos artes desconocidas, descubrimientos olvidados, y para competir con nosotros en una pacífica carrera en la que el Progreso no cejará en sus conquistas”. En la exposición podían verse por doquier los temas del progreso y del futuro, desde las nuevas pasarelas móviles hasta las salas de cine. En uno de los pabellones, el Château d’Eau, con cascadas, fuentes y luces de colores que inte-ractuaban con el agua, la pieza central de una fuente gigantesca era un grupo alegórico que representaba a la Humanidad guiada por el Progreso, avanzando hacia el Futuro y derrotando a la curiosa pareja de la Rutina y el Odio.

La exposición era un muestrario de cada país, pero también un monumento a los más extraordinarios y recientes logros de la civilización occidental, en la industria, el comercio, la ciencia, la tecnología y las artes. Uno podía contemplar las nuevas máquinas de rayos X o quedar anonadado, como quedó Henry James, en el salón de las Dinamos; pero el descubrimiento más excitante de todos era la electricidad. El artista futurista italiano Giacomo Balla llamó a sus hijas Luce y Elettricità, en recuerdo de lo que vio en la exposición de París. (Su admiración por las máquinas modernas le llevaría a llamar Elica [Hélice] a su tercera hija). Camille Saint-Saëns compuso para la exposición una cantata especial en loor de la electricidad, Le feu céleste [El fuego celeste], para orquesta, solistas y coro, que fue tocada en un concierto gratuito. El palacio de la electricidad resplandecía con cinco mil bombillas, y en lo más alto de su techo se erguía el Hada Electricidad en su carroza tirada por un caballo y un dragón. Y había otras docenas de palacios y pabellones dedicados a las actividades más importantes de la sociedad moderna, como la maquinaria, la minería y metalurgia, las industrias químicas, el transporte público, la higiene y la agricultura.

Y había todavía más, mucho más. Los segundos juegos olímpicos modernos tuvieron lugar en el cercano Bois de Boulogne, como parte de la exposición. Entre los deportes participantes estaban la esgrima (donde los franceses se lucieron), el tenis (un triunfo inglés), el atletismo (dominado por los estadounidenses), la carrera de motocicletas y el croquet. En el anexo de la exposición, en Vincennes, se podían examinar los nuevos automóviles y ver carreras de globos. Raoul Gri-moin-Sanson, uno de los primeros directores de cine, ascendió en su propio globo para filmar la exposición desde arriba. Como decía la guía Hachette, el evento fue "el magnífico resultado, la extraordinaria culminación de todo un siglo: el más fecundo en descubrimientos, el más prodigioso en la ciencia, el que ha revolucionado el orden económico del universo".

A la luz de lo que estaba por ocurrir en el siglo xx, esta jactancia y autocomplacencia nos resultan penosas, pero en 1900 los europeos tenían buenas razones para sentirse satisfechos del pasado reciente y confiados en el futuro. Los treinta años posteriores a 1870 habían traído una explosión de productividad y riqueza, así como una transformación en la sociedad y en el modo de vida de la gente. Gracias a una alimentación de mejor calidad y más barata, a los adelantos en la higiene y a los espectaculares avances en medicina, los europeos vivían mucho más y estaban más sanos. La población pasó de cien millones a un total de cuatrocientos millones, y Europa fue capaz de absorber tal crecimiento gracias al incremento de su producción industrial y agrícola, y al de sus importaciones de todo el mundo. (Y la emigración funcionó como una válvula de escape: en las dos últimas décadas del siglo, unos veinticinco millones de europeos se marcharon en busca de nuevas oportunidades a Estados Unidos, y algunos millones más lo hicieron a Australia, Canadá o Argentina).

Las ciudades y pueblos de Europa iban creciendo con la llegada de cada vez más personas provenientes del campo que acudían en busca de mejores oportunidades en las fábricas, los comercios y las oficinas. En vísperas de la Revolución Francesa de 1789, París tenía unos seiscientos mil habitantes; en la época de la exposición, cuatro millones. Budapest, la capital de Hungría,

mostraba el índice de crecimiento más espectacular: en 1867 tenía 280.000 habitantes, y en los días de la Gran Guerra, 933.000. Conforme disminuía el número de europeos que vivía de la agricultura, crecía el de las clases obreras industriales y la clase media. Los obreros se organizaron en sindicatos, que a finales del siglo eran legales en la mayoría de los países; en Francia, el número de obreros sindicados se quintuplicó en los quince años anteriores a 1900, y solo un poco antes de la Gran Guerra estaba a punto de alcanzar el millón. En reconocimiento de la importancia creciente de la clase obrera, la exposición tenía muestras de viviendas piloto para los trabajadores, así como de organizaciones dedicadas a su desarrollo moral e intelectual.

Alfred Picard, el ingeniero que organizó la exposición de París, recomendaba a los visitantes que empezaran por el palacio de la enseñanza y la educación. Decía que la educación era el origen de todo progreso. El palacio mostraba currículos y métodos de instrucción, desde la escuela primaria hasta la universidad, tanto en Francia como en otros países. La guía Hachette afirmaba que la exposición de Estados Unidos merecía una visita, para ver los curiosos métodos de instrucción que preferían los estadounidenses (sin especificar cuáles podían ser). También había muestras especiales de educación técnica y científica, y de clases nocturnas para adultos. Según iba cambiando la economía de Europa, los gobiernos y las empresas fueron comprendiendo que necesitaban una población más instruida. El final del siglo xix fue testigo del auge de la educación universal y la alfabetización. En vísperas de la Gran Guerra, incluso Rusia, comúnmente considerada la potencia más atrasada de Europa, tenía en la escuela primaria a casi la mitad de los niños que vivían en ciudades y pueblos, y al veintiocho por ciento de los que vivían en el campo; su meta era llegar al cien por cien en 1922.

El incremento de las bibliotecas públicas y de la instrucción de adultos promovía la lectura, y las editoriales respondieron a los nuevos mercados masivos con historietas, ficción sensacionalista, novelas de misterio e historias de aventuras, como las de vaqueros. Surgió la prensa periódica de circulación masiva, con sus grandes y ostentosos titulares y el uso abundante de ilustraciones. En 1900, el Daily Mail de Londres tiraba diariamente más de un millón de ejemplares. Todo esto contribuyó a expandir los horizontes de los europeos, y también les hizo

sentirse parte de unas comunidades mayores que las de sus antepasados. Donde antes la mayoría de los europeos se veían a sí mismos como miembros de una aldea o una ciudad, ahora se sentían cada vez más alemanes, franceses o ingleses, como parte de algo llamado nación.

No había ninguna exposición en París dedicada específicamente al arte de gobernar, pero en muchas se mostraban las iniciativas cada vez más numerosas que acometían los gobiernos, desde las obras públicas hasta el bienestar de sus ciudadanos. Gobernar en la nueva Europa era por entonces una tarea más complicada que hacía solo treinta años, debido a que la sociedad era más compleja. La extensión de la democracia y del derecho al voto significó la expansión de un público cada vez más exigente. Ningún gobierno deseaba grandes cantidades de ciudadanos descontentos; estaban demasiado frescos en Europa los recuerdos de las revoluciones anteriores. Por otra parte, el hecho de que todos los ejércitos europeos, excepto el de Gran Bretaña, dependieran ahora del reclutamiento de jóvenes durante un número limitado de años, dio como resultado que las clases gobernantes requerían de la cooperación y la buena voluntad de las masas. Como afirmó el príncipe Yevgeny Trubetskoy, uno de los más inteligentes aristócratas rusos: “No se puede gobernar en contra del pueblo cuando es necesario recurrir a él para defender Rusia”.[5]

Los gobiernos habían descubierto que tenían que proveer a sus poblaciones de algo más que de seguridad básica. Esto tuvo que ver en parte con la esperanza de evitar conflictos sociales, pero también con el hecho de que una población activa más saludable e instruida era mejor para la economía y para el ejército. Otto von Bismarck, el gran canciller de Alemania, fue el primero en promover el moderno estado del bienestar, con cosas tales como el seguro por desempleo y las pensiones de vejez en la década de 1880, y su ejemplo fue seguido en toda Europa. Los gobiernos comprendieron también que necesitaban mejores servicios de información para poder gobernar eficazmente. La estadística se convirtió en una herramienta importante a finales del siglo XIX. Gobernar exigía ahora un personal cualificado. El antiguo método, propio de aficionados, en que los jóvenes eran escogidos para el ejército o el funcionariado según su familia y sus conexiones, ya no servía. Los oficiales que no pudiesen leer mapas o que no entendiesen de táctica o logística no podrían manejar los ejércitos modernos. Los

ministerios de Asuntos Exteriores ya no podían ser un agradable refugio para caballeros que gustasen de inmiscuirse en asuntos diplomáticos a la ligera. La llegada del nuevo e imprevisible factor de la opinión pública significó que a los gobiernos les empezó a resultar imposible manejar libremente sus asuntos exteriores.

El desarrollo de las comunicaciones, como las nuevas, rápidas y baratas oficinas de correos y telégrafos, no solo facilitó el contacto de los europeos entre sí y fomentó el sentimiento nacionalista, sino que también les hizo conscientes de lo que sucedía en otros países. También ayudó el hecho de que los viajes fuesen más fáciles y asequibles. En las ciudades, los vehículos tirados por caballos fueron dando paso gradualmente a nuevas formas de transporte, como los tranvías eléctricos. La primera línea del metro de París fue inaugurada a tiempo para la exposición (y justo a la par iniciaron sus actividades los primeros carteristas del metro). Las redes de ferrocarriles y de canales se extendieron por toda Europa, y las líneas de los vapores se entrecruzaban por los océanos. En 1850 había solo 22.500 kilómetros de vías férreas en todo el continente; en 1900, más de 288.000. Los visitantes de la exposición de París provenían de todas partes de Europa, así como de los lugares más distantes: miles de estadounidenses estuvieron aquel verano en París. Había aparecido un nuevo fenómeno: el turismo de masas. El viaje de placer, antes solo para los ricos y privilegiados –piénsese en el Grand Tour que los jóvenes de la nobleza solían hacer en el siglo XVIII–, estaba ahora al alcance de la clase media, e incluso de la clase obrera próspera. En la década de 1840, un inglés emprendedor, Thomas Cook, comenzó a utilizar los nuevos ferrocarriles para organizar las excursiones de distintas asociaciones antialcohólicas. A finales de siglo, la Thomas Cook & Son organizaba viajes para miles de turistas cada año. En 1900, como era inevitable, la empresa ofertó un programa especial de visitas a París y a la exposición.

Europa empezaba a parecerse al mundo que conocemos. Las ciudades estaban deshaciéndose de sus barrios bajos y sus estrechos callejones, y construyendo calles y espacios públicos más amplios. En Viena, el gobierno permitió la urbanización de las franjas de terreno que antes protegían el acceso a las viejas murallas de la ciudad. La Ringstrasse, con sus enormes edificios públicos y sus

elegantes bloques de apartamentos, se convirtió en el símbolo de la nueva ciudad moderna. Y Viena, como otras ciudades europeas, estaba más limpia y salubre hacia el fin del siglo, y también más iluminada, puesto que las luces eléctricas habían reemplazado el viejo alumbrado de gas. Uno quedaba sorprendido y encantado al volver a visitar las grandes ciudades europeas, decía Stefan Zweig, el famoso escritor austriaco: "Las calles eran más anchas y hermosas, los edificios públicos más imponentes, las tiendas más elegantes".[6] Cosas tan prosaicas como los mejores desagües, los baños integrados en las casas y los suministros de agua limpia significaron que algunas enfermedades antiguas como el tifus y el cólera, antes muy comunes, empezaran a desaparecer. En la exposición de 1900, el Palais de l'Hygiène mostraba orgullosa-mente los nuevos sistemas de calefacción y ventilación para edificios públicos, como los hospitales, y en una sala dedicada a la lucha contra las enfermedades ocupaba el lugar de honor un busto del gran Louis Pasteur. (Una visitante canadiense dijo que habría disfrutado más de esas exposiciones "si no hubiera habido tantos franceses horribles por todas partes").[7]

En otra exposición, dedicada a las telas y la indumentaria, los franceses mostraban la obra de sus mejores modistos, pero también las prendas de confección, que ponían la moda al alcance del consumidor de clase media. Los nuevos artículos de consumo –bicicletas, teléfonos, linóleo, libros y periódicos baratos– se estaban volviendo parte de la vida cotidiana, y los nuevos grandes almacenes, así como las compras por catálogo, los ponían a disposición de todo el que pudiese permitírselos. Y cada vez eran más los europeos que podían permitírselos. Gracias a la producción en serie, lo que antes eran artículos de lujo ahora resultaban asequibles para el común de los hogares. En la década de 1880, las fábricas alemanas producían setenta y tres mil pianos al año. Las funciones y los entretenimientos públicos eran más baratos y más elaborados. El nuevo medio del cine desencadenó la construcción de salas especiales, a menudo bellamente decoradas. Los franceses también tenían los café-concerts, donde, por el precio de una bebida o un café, los clientes podían disfrutar de uno o dos cantantes, quizá de algún comediante, e incluso de bailarinas. En Gran Bretaña, las public houses, con sus luces brillantes, sus resplandecientes adornos de latón, sus sillas tapizadas y su empapelado en relieve, ponían un toque de glamour a una salida nocturna de los miembros de las clases bajas.

Los europeos también estaban comiendo mucho mejor. Uno de los palacios de la exposición mostraba las glorias de la agricultura y la gastronomía francesas (así como una escultura colosal de la apoteosis de una botella de champán), mientras que otros, como el Palais de l’Horticulture Étrangère, exhibían productos alimenticios de distintos lugares del mundo. Los europeos comenzaban a acostumbrarse a las piñas de las Azores, el cordero de Nueva Zelanda o la carne de vaca argentina, traídos en los nuevos barcos frigoríficos o enlatados en conserva. (La sopa enlatada de Campbell ganó una medalla de oro en la exposición de París). Las mejoras en la agricultura y la utilización de nuevas tierras de cultivo en todo el mundo, así como un transporte más barato y rápido, provocaron una caída de casi el cincuenta por ciento en los precios de los productos alimenticios durante el último tercio del siglo. La vida era color de rosa, especialmente para las clases medias.

Stefan Zweig, que tenía diecinueve años en 1900, nos ha dejado un retrato de su despreocupada juventud. Su familia era próspera e indulgente, y le permitía hacer lo que quisiera en la universidad, en Viena. Era un estudiante muy poco aplicado, pero un lector incansable. Acababa de empezar su carrera de escritor, publicando sus primeros poemas y artículos. En lo último que escribió, El mundo de ayer, se refirió a los años de su juventud previos a la Gran Guerra como “la edad de oro de la seguridad”. En particular, el mundo de las clases medias era semejante a la monarquía de los Habsburgo: estable y permanente en apariencia. Los ahorros estaban a salvo, y la propiedad podía pasar con seguridad de una generación a otra. La humanidad, en especial la europea, estaba ingresando a todas luces en un estadio superior de desarrollo. Las sociedades no solo eran cada vez más prósperas y estaban mejor organizadas, sino que además sus miembros eran más amables y racionales. Para los padres de Zweig y sus amigos, el pasado era algo deplorable, en tanto que el porvenir se presentaba cada vez más resplandeciente. “Nadie creía que pudiesen producirse recaídas en la barbarie, como por ejemplo guerras entre las naciones de Europa, más de lo que creía en brujas y fantasmas; nuestros padres estaban profundamente convencidos del infalible poder unificador de la tolerancia y la conciliación”.[8] (Zweig, por entonces exiliado en Brasil, envió el manuscrito a su editor a principios de 1941. Pocas semanas después, se suicidaría junto a su segunda esposa).

Tanto esta edad de oro de la seguridad como las evidencias del progreso antes de la Gran Guerra eran especialmente notables en Europa occidental (incluida la nueva Alemania) y en las regiones más desarrolladas del imperio austrohúngaro, como sus territorios alemanes y checos. Las grandes potencias, que combinaban riqueza, territorio, influencia y poderío militar, aún eran todas europeas: Gran Bretaña, Francia, Alemania, el imperio austrohúngaro e Italia; y en la frontera oriental de Europa, Rusia, un país que nunca había sido considerado realmente europeo, iniciaba su espectacular ascenso a la condición de potencia mundial. Pese a que muchos la veían atascada en algún punto del siglo xvi, Rusia se hallaba de hecho en vísperas de un despegue económico, y quizá también político. En las muestras rusas de la exposición de París estaban los homenajes de rigor a las glorias del pasado y a la civilización rusa; pero también había locomotoras, máquinas y armas. En el pabellón específico de la Rusia asiática, los visitantes podían sentarse en vagones de ferrocarril que se mecían suavemente para dar ilusión de movimiento, mientras pasaba junto a ellos un panorama pintado de los nuevos y vastos territorios orientales de la nación. El mensaje era que una Rusia dinámica estaba adquiriendo nuevas colonias, que unía por medio del Transiberiano y a las que les llevaban los beneficios de la civilización moderna, entre ellos la tecnología para explotar sus riquezas naturales.

Esto no eran meras ilusiones por parte de los rusos. Desde la década de 1880, el desarrollo de su país había sido extraordinario en todos los aspectos. Como en el caso de otras exitosas historias posteriores –por ejemplo, la de los tigres asiáticos tras la Segunda Guerra Mundial–, la economía rusa estaba dejando de ser principalmente agrícola y comenzando a ser industrial. Los índices de crecimiento del país –a un promedio del 3, 25 por 100 anual– igualaban o superaban a los de líderes mundiales como Gran Bretaña y Estados Unidos en un periodo similar. Aunque la guerra con Japón y los subsiguientes levantamientos revolucionarios de 1905 retrasaron el desarrollo de Rusia, se recuperó rápidamente en los años anteriores a la Gran Guerra. Ya en 1913, Rusia era el mayor productor agrícola de Europa, y en lo industrial estaba alcanzando a gran velocidad a las otras potencias. En vísperas de la guerra, se hallaba en el quinto puesto entre las naciones del mundo en producción industrial.[9] Y había evidencias, entremezcladas, claro está, de que la sociedad y la política rusas iban hacia una fase más liberal.

¿Qué hubiera pasado con Rusia de no haber sobrevenido la Gran Guerra? ¿O si hubiera logrado de algún modo permanecer al margen? ¿Habría habido una revolución en 1917? Sin la guerra y el colapso del viejo régimen, ¿habrían sido capaces los bolcheviques, aquella facción revolucionaria, de hacerse con el poder e implantar sus políticas rígidas y doctrinarias? Nunca lo sabremos, pero no es difícil imaginar un camino diferente, menos sangriento y costoso, para la llegada de Rusia a la era moderna. También resulta tentador imaginar un futuro distinto para Europa. En 1900, esta tenía mucho que celebrar, y también sus potencias. Gran Bretaña, pese a tener rivales en el continente y en todo el mundo, seguía gozando de seguridad y prosperidad. Francia parecía haber dejado atrás sus décadas de revoluciones y levantamientos políticos, y estar recuperada de su humillante derrota a manos de Prusia y sus aliados alemanes en la guerra de 1870-1871. Alemania tenía la economía con un crecimiento más rápido de Europa, y estaba extendiendo velozmente su influencia hacia el este y el sur mediante el comercio y las inversiones. Parecía decidida a convertirse en el motor del corazón de Europa, y sin necesidad de emplear su poderoso ejército (como finalmente ha logrado en las últimas décadas del siglo xx). El imperio austrohúngaro había sobrevivido, lo que en sí mismo era un triunfo, y sus múltiples nacionalidades disfrutaban de los beneficios de ser parte de una unidad política y económica mayor. E Italia se iba industrializando y modernizando.

Las muestras coloniales en la exposición permitían también vislumbrar el extraordinario poder que había logrado acumular una porción muy pequeña del mundo en el curso de los siglos anteriores. Los países europeos dominaban la mayor parte de la superficie terrestre, ya fuera mediante sus imperios formales o mediante el control en la práctica de buena parte del resto, por su poderío económico, financiero y tecnológico. Se estaban construyendo en todo el mundo ferrocarriles, puertos, cables de telégrafo, barcos de vapor y fábricas, empleando experiencia y dinero europeos, y generalmente administrados por compañías europeas. Y el dominio de Europa se había incrementado espectacularmente en el siglo xix, gracias a que su revolución científica e industrial le había concedido, al menos por un tiempo, una ventaja sobre las demás sociedades. En la primera guerra del Opio entre Gran Bretaña y China, a finales de la década de 1830, los británicos emplearon un buque de vapor blindado (llamado con justicia Nemesis) contra una marina todavía equipada con los juncos de que China se

había valido durante siglos. En 1800, antes de que surgiera esta abismal diferencia de poderes, Europa controlaba aproximadamente el treinta y cinco por ciento del mundo; ya en 1814, la cifra era el ochenta y cuatro por ciento.[10] Ciertamente, este proceso no siempre había sido pacífico, y las potencias europeas habían estado varias veces al borde de la guerra en su pugna por los trofeos. Pero en 1900 las tensiones provocadas por el imperialismo parecían estar amainando. No quedaba mucho que repartir en África, ni en el Pacífico ni en Asia, y existía, o parecía existir, un consenso general en que no hubiera más anexiones bruscas de territorios de estados en declive como China o el imperio otomano, por más que su debilidad tentase a los imperialistas.

Habiendo llegado a estos niveles de poder y prosperidad, habiendo alcanzado tantos logros en tantos campos durante el siglo recién concluido, ¿por qué querría Europa tirarlo todo por la borda? Había muchos europeos, como los padres de Stefan Zweig, que opinaban que semejante temeridad y locura resultaban simplemente imposibles. Europa era demasiado interdependiente, sus economías estaban demasiado entrelazadas, como para romperse en una guerra. Eso no sería racional, cualidad muy admirada por entonces.

Se daba por sentado que, en general, la marcha del conocimiento a lo largo del siglo XIX, en todo tipo de campos, desde la geología a la política, había aportado mucha más racionalidad a los asuntos humanos. Mientras más supieran los seres humanos, acerca de sí mismos, de la sociedad o de la naturaleza, más basarían sus decisiones en hechos y no en emociones. Con el tiempo, las ciencias –incluidas las nuevas disciplinas sociales, como la sociología y la política– desvelarían todo cuanto necesitáramos saber. “La historia de la humanidad es parte integral de la historia de la naturaleza –escribió Edward Tylor, uno de los padres de la antropología moderna–, y nuestros pensamientos, voluntades y acciones se atienen a unas leyes tan firmes como las que gobiernan el movimiento de las olas, la combinación de ácidos y bases, y el crecimiento de las plantas y los animales”.[11] Ligada a esta fe en la ciencia –o positivismo, que era el nombre que recibía en la época– existía una fe equivalente en el progreso; o, como solían escribir los europeos, el Progreso. Se daba por hecho que el desarrollo humano era lineal, aunque no todas las sociedades hubieran alcanzado el mismo nivel. Herbert Spencer, el filósofo británico más leído de su tiempo,

argumentaba que las leyes de la evolución valían tanto para las sociedades humanas como para las especies. Además, el progreso era visto generalmente de manera uniforme y sin excepciones: las sociedades desarrolladas eran mejores en todos los ámbitos, desde las artes hasta la política, desde las instituciones sociales hasta la filosofía y la religión. Los países europeos iban a todas luces en cabeza (aunque cabían dudas en cuanto al ranking entre ellos). Y las demás naciones terminarían siguiendo sus pasos, algo de lo que eran ejemplos prometedores los antiguos dominios blancos del imperio británico. En la exposición, decía la guía, las muestras japonesas despertaron considerable interés; Japón se había adaptado con maravillosa celeridad al mundo moderno y era ahora un actor más en las relaciones internacionales, si no a nivel global, sí desde luego en Asia.

El otro peligro que comenzaba a amenazar la hegemonía europea provenía del oeste, del nuevo mundo. Cuando, en un principio, Estados Unidos fue excluido de la serie de pabellones extranjeros importantes que había a lo largo del Sena, el jefe de su delegación en la exposición, un rico hombre de negocios de Chicago, explicó por qué se trataba de algo inaceptable: “Por sus avances, Estados Unidos no solo merece ocupar un puesto prominente entre las naciones de la Tierra, sino también en la vanguardia del desarrollo de la civiliza-ción”.[12] En 1900 Estados Unidos ya se había recuperado de la guerra de Secesión. Su gobierno había aplastado los últimos vestigios de resistencia india, y dominaba ya su vasto territorio al completo. Los inmigrantes acudían en tropel a trabajar en sus granjas, sus fábricas y sus minas, y la economía estadounidense se expandía rápidamente. Así como Gran Bretaña había liderado la primera revolución industrial a principios del siglo XIX, a base de carbón, vapor y hierro, Estados Unidos, con su red eléctrica y su aparentemente infinita capacidad para la innovación tecnológica, iba a la vanguardia de la segunda a finales del siglo. Hacia 1902, las plantas estadounidenses producían más hierro y acero que Alemania y Gran Bretaña juntas. Las exportaciones de Estados Unidos, desde las de cigarrillos hasta las de maquinarias, se triplicaron entre 1860 y 1900. Para 1913, el país ya tenía en sus manos el once por ciento del comercio mundial, y esta cifra iba creciendo cada año.

En la exposición, el pabellón estadounidense, que acabó ocupando un sitio

privilegiado junto al río, era una maqueta del Capitolio de Washington, que tenía en su cúpula una escultura gigante representando a la Libertad montada en la carroza del Progreso tirada por cuatro caballos. El corresponsal de The New York Observer describió para sus lectores las exposiciones de Estados Unidos: soberbias piezas de escultores estadounidenses como Augustus Saint-Gaudens, magníficos muestrarios de joyas de Tiffany & Company, o relojes de pulsera y de pared que podían equipararse a los que venían de Suiza. Solamente un par de muestras de Londres y París, decía con desdén, "se aproximaban a la perfección de los trabajos de orfebrería expuestos por Estados Unidos". Y había muestras de tecnología estadounidense–máquinas de coser Singer, máquinas de escribir, enormes dinamos eléctricas– y de materias primas –cobre, trigo, oro– que estaban abarrotando los mercados del mundo. "Se hizo lo necesario –escribía el corresponsal con autocomplacencia–, para que los millones de visitantes se llevaran una profunda impresión del poderío, la riqueza, los recursos y la ambición de Estados Unidos".[13] Para él, la exposición de París palidecía en comparación con la feria universal de Chicago de 1893.[14] La suya era la voz de la nueva autoconfianza estadounidense, así como la de un creciente nacionalismo que ambicionaba jugar un papel más importante en la escena mundial.

Algunos historiadores, como Frederick Jackson Turner, argumentaban que había llegado el momento de traspasar las costas de Norteamérica y extender la influencia estadounidense hasta las islas cercanas y hasta otros países. La doctrina del destino manifiesto de Estados Unidos encontró muchos oyentes ávidos, desde hombres de negocios en busca de nuevos mercados hasta cristianos evangélicos en busca de almas que salvar. Aunque los estadounidenses no consideraban que su expansión fuera imperialista –a diferencia de las potencias europeas–, ciertamente Estados Unidos adquirió de algún modo territorios y esferas de influencia. En el Pacífico estableció una presencia tanto en Japón como en China, y se hizo con una serie de islotes, cuyos nombres – Guam, Midway, Wake– se harían famosos en la Segunda Guerra Mundial. En 1889 Estados Unidos se enzarzó en una complicada disputa con Alemania y Gran Bretaña por el reparto del archipiélago de Samoa, y en 1898 se anexionó el de Hawaii. Como resultado de la guerra hispano-estadounidense de ese mismo año, Estados Unidos se hizo con el control de las Filipinas, Puerto Rico y Cuba. Centroamérica y el Caribe se convirtieron en un patio trasero cada vez más importante, en la medida en que el flujo de inversiones estadounidenses se iba

extendiendo hacia el sur. Hacia 1910, los estadounidenses eran dueños de una parte de México mayor que la de los propios mexicanos. Hacia el norte, Canadá continuaba siendo una tentación para los anexionistas.

La creciente presencia mundial estadounidense hizo evidente algo que, en un principio, no fue bien recibido: Estados Unidos tendría que invertir dinero en una armada moderna; una armada que, además, pudiese operar tanto en el Atlántico como en el Pacífico. En 1890, en un momento en que un país pequeño como Chile tenía una marina más poderosa que la de Estados Unidos, el congreso aprobó con reticencia los tres primeros acorazados modernos estadounidenses. El crecimiento progresivo de su poderío militar fue de la mano de una creciente disposición de Estados Unidos a reafirmar sus derechos contra las demás potencias. En 1895, el nuevo secretario de Estado, Richard Olney, ascendió al rango de embajadores a la jerarquía de los delegados estadounidenses en el extranjero, para que pudiesen hablar en pie de igualdad con sus homólogos de los demás países. En ese mismo año, el testarudo y belicoso Olney intervino en la disputa de Gran Bretaña con Venezuela a causa de las fronteras de este país con la colonia británica de la Guayana para advertir a Salisbury, el primer ministro británico. “Hoy Estados Unidos es prácticamente el soberano de este continente, y su voluntad es ley para los súbditos confinados a su influencia –escribió Olney, añadiendo que– sus infinitos recursos y su posición aislada lo hacen amo de su circunstancia y prácticamente invulnerable contra cualquier potencia, o contra todas”. A Salisbury no le gustó, pero Gran Bretaña ya tenía suficientes problemas en otras partes del mundo; así que consintió en remitir la disputa a un arbitraje. Cuando Estados Unidos arrebató Cuba y Puerto Rico a España en la guerra de 1898, tampoco Gran Bretaña hizo nada. En los años siguientes, los británicos renunciaron a todo interés por construir un canal a través del istmo de Panamá, y retiraron su flota del Caribe hacia sus aguas territoriales, concediendo de facto a Estados Unidos el dominio sobre la región.

El hombre que mejor ejemplificaba el nuevo clima nacional en Estados Unidos era Theodore Roosevelt, cuyo primer y más exitoso proyecto era él mismo. Habiendo sido un niño enfermizo y poco atractivo en el seno de una familia de la vieja clase dirigente, Roosevelt llegó a ser, a fuerza de pura voluntad, un

temerario cowboy aventurero, explorador y cazador (el Teddy Bear, el osito de trapo, lleva su nombre). También es considerado un héroe de la guerra hispanoestadounidense, por la carga contra la Loma de San Juan; aunque sus numerosos críticos señalaron que en sus memorias daba la impresión de que la guerra la había ganado él solo. Henry James se refirió a "la mera encarnación monstruosa de un estruendo monstruoso y sin precedentes", y le puso de mote Theodore Rex. A Roosevelt lo movían la ambición, el idealismo y la vanidad. Su hija hizo este famoso comentario: "Mi padre siempre quería ser el muerto en el entierro, la novia en la boda y el bebé en el bautizo". En septiembre de 1900 fue nombrado presidente, cuando un anarquista disparó contra el presidente William McKinley. A Roosevelt le encantó el cargo –"el púlpito del bravucón"–, y disfrutó especialmente con la política exterior estadounidense.[15]

Como muchos de sus compatriotas, Roosevelt pensaba que Estados Unidos debía ser una fuerza que actuase en favor del bien en el mundo, promoviendo la democracia, el libre comercio y la paz, elementos que para él estaban relacionados. En su primer discurso en el congreso, en 1901, declaró: "Lo deseemos o no, hemos de reconocer de aquí en adelante que, al igual que derechos internacionales, tenemos deberes internacionales". También dejó claro que, bajo su lideraz-go, Estados Unidos respaldaría sus buenas intenciones con su fuerza efectiva, lo cual significaba una armada poderosa. "Ningún punto de nuestra política, exterior o interior, es más importante que este para el honor y el bienestar material, y sobre todo la paz, de nuestra nación en el futuro". A Roosevelt siempre le habían fascinado los barcos y el mar (lo mismo que a su contemporáneo el káiser Guillermo II de Alemania), y cumplió plenamente su palabra. La marina estadounidense, que tenía once acorazados en 1898, cuando Roosevelt pasó a ser vicepresidente, contaba con treinta y seis en 1913, y era la tercera del mundo en tamaño después de las de Alemania y Gran Bretaña. El crecimiento económico de Estados Unidos y su creciente poderío militar preocupaban a los europeos. Mientras que los británicos optaban por el entendimiento, el káiser Guillermo hablaba a cada rato de la necesidad de que las potencias europeas se unieran para hacer frente a los desafíos que, según él, representaban Japón y Estados Unidos, quizá por separado, quizá a la vez. Como el káiser era notablemente inconsistente, también habló en otras ocasiones de colaborar con Estados Unidos contra Japón. Tanto al káiser como a los propios estadounidenses les hubiera parecido fantasiosa la posibilidad de que Estados Unidos interviniese cada vez más en los asuntos de Europa en el siglo venidero,

y de que participase además, no una, sino dos veces en sus grandes guerras.

El siglo que acababa de pasar parecía demostrar que el mundo, especialmente el europeo, se alejaba cada vez más de la guerra. Con unas pocas excepciones, las grandes potencias se habían unido desde el final de las guerras napoleónicas en el concierto de Europa, para abordar los asuntos internaciones del continente. Los principales estadistas de las potencias se habían habituado a consultarse mutuamente, y distintos comités integrados por los embajadores se habían reunido con frecuencia para tratar temas prioritarios, tales como las deudas del gobierno otomano con grupos de interés foráneos. El concierto había conseguido preservar la larga paz europea desde 1815, salvaguardando tratados, insistiendo en el respeto de los derechos de las naciones, alentado la resolución pacífica de disputas y, cuando era necesario, llamando al orden a las potencias menores. El concierto de Europa no era una institución formal, sino un modo sólidamente establecido de afrontar las relaciones internacionales que prestó un gran servicio a varias generaciones de europeos.

El progreso había llegado de la mano de la paz, y la Europa de 1900 era muy distinta de la del siglo anterior, infinitamente más próspera y aparentemente mucho más estable. Las reuniones que tuvieron lugar en el palacio del congreso durante la exposición de París reflejaron las generalizadas esperanzas de que el futuro fuese todavía más luminoso. Hubo más de ciento treinta eventos diferentes, que incluyeron debates sobre la condición y los derechos de la mujer, el socialismo, la lucha contra incendios, el vegetarianismo y la filosofía.[16] El IX congreso por la Paz Universal, que se celebró allí, ganó el gran premio de la exposición por sus trabajos. “Reinaba en el mundo una atmósfera maravillosamente despreocupada –escribió Zweig–, pues ¿qué podría interrumpir aquel crecimiento, qué podría oponerse a aquella energía que extraía constantemente nuevas fuerzas de su propio impulso? Europa nunca había sido más fuerte, más rica ni más hermosa, nunca había creído más fervientemente en un futuro todavía mejor”.[17]

Ahora sabemos, naturalmente, que aquella fe en el progreso y la razón resultaron

tristemente erróneas; que los europeos de 1900 estaban abocados a una crisis en 1914 que no supieron manejar, con espantosas consecuencias: dos guerras mundiales y una miríada de contiendas menores, el auge de los movimientos totalitarios, tanto de derechas como de izquierdas, conflictos encarnizados entre distintas nacionalidades, y atrocidades a una escala inimaginable. No fue el triunfo de la razón, sino el de su opuesto. La mayoría de ellos, sin embargo, no sabía que jugaba con fuego. Hemos de intentar apartar el conocimiento de lo que sobrevendría y recordar que la mayor parte de los europeos de la época no se percataban de que ellos y sus líderes estaban tomando medidas que reducían sus opciones, y que terminaron por destruir su paz. Hemos de intentar comprender a aquella gente de hace cien años. Necesitamos acercarnos tanto como podamos a lo que ocupaba sus mentes: sus recuerdos, sus temores o sus esperanzas. ¿Y cuáles eran sus axiomas tácitos, aquellas creencias y valores de los que no se molestaban en hablar porque eran comunes a todos? ¿Por qué no vieron los peligros que se cernían sobre ellos en los años previos a 1914?

Para ser justos con aquel mundo perdido de 1900, no todos los europeos compartían la confianza general en el futuro de la humanidad, ni en su racionalidad. Por mucho que la exposición de París celebrase tanto la confianza en el progreso como el positivismo –con su fe en que la ciencia podría resolver todos los problemas–, estos dos pilares del pensamiento de finales del siglo xix estaban siendo atacados. Las pretensiones de la ciencia de revelar un universo en el que todo funcionara de acuerdo con leyes metódicas estaban cada vez más en entredicho. Los trabajos de Albert Einstein y de otros físicos sobre las partículas atómicas y subatómicas indicaban que, bajo el mundo material visible, se extendían la indeterminación y los fenómenos aleatorios. La realidad no era lo único en cuestión. También se hallaba en tela de juicio la racionalidad. Los psicólogos y los nuevos sociólogos estaban demostrando que las fuerzas inconscientes actuaban sobre los seres humanos más de lo que se suponía. En Viena, el joven Sigmund Freud inventaba la nueva práctica del psicoanálisis para sondear el inconsciente humano, y en el mismo año de la exposición publicó La interpretación de los sueños. El estudio de Gustave Le Bon sobre cómo la gente puede comportarse de formas inesperadas e irracionales cuando está en grupo causó una profunda impresión en aquella época, y aún hoy es utilizado, entre otros por el ejército estadounidense. Su libro sobre la psicología de la multitud, que vio la luz en 1895, fue un éxito popular, y se tradujo al inglés de inmediato.

La exposición de París celebraba asimismo el progreso material, pero sobre este también existían dudas. Aunque Karl Marx celebraba la destrucción creativa del capitalismo, por cuanto deshacía las viejas sociedades y traía organizaciones sociales nuevas y nuevos métodos industriales de producción, que, en última instancia, beneficiarían a los pobres y a los oprimidos, muchas personas, tanto de izquierda como de derecha, deploraban semejante proceso. Al gran sociólogo francés Émile Durkheim le preocupaba que se perdieran las viejas comunidades estables conforme la gente se fuera mudando a las grandes ciudades. Parte de los motivos por los que Pierre de Coubertin, el fundador de los juegos olímpicos modernos, valoraba tanto el deporte era porque este desarrollaba al individuo y lo armaba contra los efectos igualadores y embotadores de la civilización democrática moderna.[18] Y la vida, ¿no se estaba volviendo demasiado rápida? Los médicos habían descubierto una nueva enfermedad, la neurastenia, un agotamiento y colapso nerviosos, del cual culpaban al ritmo febril y a las tensiones de la vida moderna.[19] Un visitante estadounidense a la exposición quedó anonadado por la cantidad de automóviles nuevos que había en París: "Vuelan por las carreteras, pasan zumbando por las calles como relámpagos y amenazan con sustituir a los coches de caballos, sobre todo para el tráfico pesado".[20] En la propia exposición, los visitantes se subían y se bajaban cautelosamente de una acera móvil, y la multitud se apiñaba para ver las frecuentes caídas.

¿Y realmente era la sociedad europea superior a todas las demás? Los estudiosos de la historia de la India o China, por ejemplo, ponían en duda que Europa estuviese a la vanguardia de la civilización, y señalaban que esos dos países habían alcanzado grandes esplendores en el pasado, pero que obviamente habían sufrido un declive. De modo que podía ser que el progreso no fuese en absoluto lineal. De hecho, tal vez las sociedades pasaban por periodos cíclicos de desarrollo y decadencia, y las cosas no necesariamente iban siempre a mejor. Y, en cualquier caso, ¿qué era la civilización? ¿Eran los valores y conquistas de Occidente realmente superiores a los de otras partes del mundo y a los de otras épocas? La guía de la exposición se refería con condescendencia a la pequeña exhibición de arte japonés, diciendo que esta mostraba cómo los artistas japoneses se aferraban tenazmente a sus estilos tradicionales; pero una nueva generación de artistas europeos encontró inspiración en las artes de otras culturas

no europeas. Cuando Vincent van Gogh empleó los estilos de los grabados japoneses en sus cuadros, o cuando Picasso se nutrió de las esculturas africanas, a estos y a otros artistas europeos no les pareció que dichas obras fuesen encantadoramente primitivas ni anticuadas, sino diferentes y portadoras de conceptos que faltaban en el arte europeo. Cuando el conde Harry Kessler, un alemán urbano y culto, visitó Japón en la década de 1890, contempló Europa bajo una luz nueva y desfavorable: “Somos más fuertes en el terreno intelectual, y quizá también en el moral –aunque lo dudo–, pero, en lo que respecta a la verdadera civilización interior, los japoneses están infinitamente por delante de nosotros”.[21]

La exposición de París exhibió síntomas, fáciles de ver retrospectivamente, de aquellas tensiones que poco después destrozarían la civilización europea. Las exposiciones coloniales y nacionales, que constituían, después de todo, una demostración de fuerza, traslucían las rivalidades entre las potencias. Un famoso crítico de arte de la época se burlaba de las pretensiones francesas de liderar la civilización europea, y refirió sobre su visita a la exposición: “Francia no desempeñó el menor papel en las enormes transformaciones que el comercio y la industria produjeron en otros países, especialmente en sus constantemente peligrosos vecinos, Gran Bretaña y Alemania”.[22] Los franceses, por su parte, tenían un gran edificio dedicado por entero a la expedición del capitán Jean-Baptiste Marchand por África dos años antes, la cual estuvo a punto de provocar una guerra con Gran Bretaña; y Loubet, el presidente francés que había hablado de la justicia y la bondad humana en la inauguración, en parte había decidido celebrar la exposición en 1900 para adelantarse a los alemanes, que habían estado planeando otra para Berlín.[23] La exposición de París, según Picard, su principal organizador, no solo reflejaría el genio de Francia, sino que “demostraría que nuestro hermoso país se encuentra, hoy como ayer, a la vanguardia misma del Progreso”.[24]

Y parte de ese progreso lo constituían las artes militares. El palacio de los ejércitos y las armadas (en un edificio que semejaba una fortaleza medieval) mostraba, según la guía, los grandes avances de la década anterior en la creación de armas más destructivas. Señalaba como un equilibrio deseable el hecho de que la capacidad defensiva también se hubiera incrementado, con cosas como

placas blindadas aún más fuertes. En las secciones reservadas para los países extranjeros, los británicos habían construido una Casa Maxim, con la fachada decorada con obuses y cañones, dedicada a la nueva ametralladora del mismo nombre. Los rusos trajeron parte de su nuevo arsenal, y el emperador alemán envió una selección de sus uniformes favoritos. En el exterior, un pabellón independiente erigido por la compañía francesa Schneider mostraba su artillería. El catálogo oficial de la exposición afirmaba que la guerra era "connatural a la humanidad".[25]

La exposición contenía también augurios del sistema de alianzas que obligaría a las potencias europeas a alinearse en bandos en los años previos a 1914. El día de la apertura, el presidente francés inauguró también un nuevo puente sobre el Sena, bautizado con el nombre del difunto zar Alejandro III. Después de todo, el gobierno ruso, decía la guía, se había esforzado enormemente en colaborar con la exposición, "esta gran obra de paz". La alianza franco-rusa era reciente –había sido firmada apenas en 1894– y aún resultaba problemática, por el vínculo que suponía entre la autocracia rusa y una Francia republicana. Tenía una función tácitamente defensiva, aunque sus detalles eran secretos. Alemania, no obstante, se intranquilizó, a pesar de que contaba también con un aliado defensivo: el imperio austrohúngaro. El nuevo jefe del estado mayor del ejército alemán, el conde Alfred von Schlieffen, comenzó a hacer planes para una guerra en dos frentes, contra Rusia en las fronteras alemanas del este, y contra Francia en las del oeste.

La mayor de las potencias, el imperio británico, no tenía alianzas con nadie y hasta ese momento no era algo que le preocupara. Pero 1900 no fue un buen año. Los británicos habían marchado a la guerra despreocupadamente en Sudáfrica, el anterior contra dos repúblicas afrikáners mucho más pequeñas: el estado libre de Orange y la república de Transvaal. Un enfrentamiento tan disparejo –la totalidad del imperio británico contra dos estados diminutos– debió haber tenido un desenlace previsible, pero lo cierto es que a los británicos no les fue nada bien en la por entonces llamada guerra de los Bóers. Aunque los afrikáners ya habían huido hacia el final del verano, no acabaron de declararse vencidos hasta la primavera de 1902. Igualmente preocupante era el hecho de que aquella guerra demostró cuán impopulares eran los británicos en gran parte del mundo. En

Marsella, los lugareños dieron una cálida bienvenida a una delegación proveniente de Madagascar que iba camino de la exposición y a quienes confundieron con afrikáners. En París, una creativa casa de modas confeccionó un sombrero de fieltro gris, à la Boer. En la propia exposición, al modesto pabellón de Transvaal, con su bandera que ondeaba orgullo-sa, acudía una gran multitud, decía la guía Hachette, "para demostrar su simpatía por la heroica y pequeña nación que está defendiendo su independencia en el sur de África". Montañas de flores dedicadas "al héroe", "al patriota" o "al amante de la libertad" rodeaban el busto de Paul Kruger, su expresidente.[26]

Esa simpatía, junto con el deleite cuando las fuerzas británicas sufrían derrota tras derrota, tenía ecos en toda Europa. Los comentarios en el continente utilizaban mucho la imagen de David y Goliat. El semanario alemán Simplicissimus publicó una caricatura en la que un elefante muerto era picoteado por aves carroñeras y un torrente de hormigas se precipitaba sobre él comentando: "Más dura es la caída". Asimismo, causaron conmoción las tácticas brutales que los británicos emplearon para lidiar con las guerrillas afrikáners. El general Kitchener, quien asumió el mando, ordenó capturar a las mujeres y niños de la zona y enviarlos a campos de concentración para que no pudieran seguir alimentando y acogiendo a sus combatientes. Debido a nuevas torpezas británicas, aquellos campos se convirtieron en antros de enfermedad y muerte. Una caricatura francesa presentaba a Kitchener como un gran sapo agazapado sobre unos cadáveres de afrikáners, y también circularon caricaturas obscenas de la reina Victoria. Su hijo y heredero, el príncipe Eduardo, se negó a visitar la exposición por este motivo.[27]

Las grandes potencias dependen tanto de sus ejércitos y sus recursos como de su prestigio y de que los otros se percaten de su poder. En 1900 Gran Bretaña aparecía débil y peligrosamente sola. En una maniobra enteramente defensiva, comenzó a limar asperezas con las demás potencias, así como a buscar aliados. Sin embargo, esto también podría contemplarse como uno de los muchos pasos que condujeron a la Gran Guerra. Europa desembocaría en un sistema de alianzas que la dividió en dos bandos cada vez más suspicaces y mejor armados. Y estaba también el conjunto, minoritario sin duda, de las personas a las que no les preocupaba la posibilidad de una guerra, o que en realidad la deseaban, pues

la veían como un componente noble, necesario e inevitable de la historia humana, o como un procedimiento para resolver los problemas internos de su país. Del otro lado, estaban todos aquellos europeos, incluidos muchos de sus líderes, que pensaban que una guerra generalizada era simplemente inconcebible en el mundo moderno. Aquella confianza también resultaba peligrosa, pues conducía a creer que todas las crisis podían manejarse sin peligro y, en el caso de Gran Bretaña, que podría permanecer desligada, como siempre había preferido, del continente.

II

GRAN BRETAÑA Y SU ESPLÉNDIDO AISLAMIENTO

Tres años antes, en 1897, cuando se celebraron los sesenta años de la coronación de la reina Victoria, Gran Bretaña se había exhibido poderosa como nunca. El jubileo de diamante fue motivo de una serie de eventos por todo el mundo, desde desfiles escolares hasta fuegos artificiales y paradas militares, en Canadá, Australia, la colonia del Cabo en Sudáfrica, India, Ceilán y los muchos lugares donde ondeaba la bandera británica. En Rangún fueron liberados seiscientos presos, y en Port Said hubo una fiesta veneciana con deportes acuáticos. Un torrente de comunicados y telegramas de felicitación llegó hasta Londres desde todos los rincones del imperio. Según The Spectator, "era como si desde toda la tierra llegase un fragor de aclamación y lealtad". El corresponsal de The New York Times dijo que los estadounidenses compartían la admiración general hacia la reina y se congratulaban de que las relaciones entre Estados Unidos y Gran Bretaña fuesen ahora tan cordiales.[1]

Los fabricantes surtieron el mercado de abundantes souvenirs: naipes, jarras, platos, bufandas, medallas conmemorativas, biblias... En la propia Gran Bretaña, los pueblos y ciudades se esmeraron en organizar banquetes y bailes, y se encendieron dos mil quinientas fogatas de una punta a la otra del país. En Manchester, cien mil niños fueron invitados a un banquete especial; y en Londres, Alejandra, la princesa de Gales, organizó unos festejos por el jubileo de diamante en los que todos, hasta el más pobre y desharrapado, estaban invitados a carne asada y cerveza. Cuatrocientos mil londinenses se presentaron. Las iglesias ofrecieron servicios especiales, mientras los coros cantaban el himno O King of Kings, compuesto especialmente por sir Arthur Sullivan para el jubileo.

A sugerencia del nuevo y enérgico ministro de las Colonias, Joseph Chamberlain, la reina y su primer ministro, lord Salisbury, decidieron que el

jubileo fuera una ocasión para exhibir el imperio. Así pues, no se invitó a los monarcas europeos, y sí a los primeros ministros de las colonias autónomas y a los príncipes de la India. (Esto evitó de paso la asistencia del problemático nieto de la reina, Guillermo II de Alemania, del cual se temía que solo causase problemas). El príncipe de Gales organizó una cena especial para los primeros ministros de las colonias, y el 21 de junio la reina, demostrando una impresionante resistencia para sus ochenta y ocho años, presidió un banquete de estado en el palacio de Buckingham. Se sentó entre el heredero al trono italiano, el futuro Víctor Manuel, y el archiduque Francisco Fernando del imperio austrohúngaro, que no viviría para ascender al trono. Se trajo a veinticuatro chefs de París para la ocasión, y el centro de mesa era una corona más alta que un hombre, hecha con sesenta mil orquídeas recogidas por todo el imperio.

Al día siguiente, el martes 22 de junio, un gran desfile recorrió las calles londinenses a lo largo de diez kilómetros, desde el palacio de Buckingham hasta la catedral de San Pablo. Su "incomparable esplendor", según The Times, tenía por objeto celebrar el largo reinado de Victoria y su vasto imperio. Fue un despliegue impresionante del poderío británico. Un documental cinematográfico –uno de los primeros de la historia– muestra un escuadrón tras otro de marineros, infantes de marina, caballería montada y soldados de infantería. Los canadienses lideraban la sección que incluía a los lanceros indios, la caballería de Rodesia, la caballería ligera de Trinidad y los rifleros montados del Cabo.

Los miembros de la familia real, así como los príncipes extranjeros y los archiduques, en su mayoría emparentados con la propia reina, iban en carrozas descapotadas. Y finalmente llegó la carroza oficial tirada por ocho caballos color crema, con la diminuta figura de Victoria, vestida como se la había visto siempre desde la muerte, hacía treinta y seis años, de su amado Alberto: de negro y con un sombrero negro. No siempre había gozado de popularidad entre sus súbditos, pero aquel día recibió clamorosos y fervientes vítores. Por la noche, la reina anotó en su diario: "Creo que nadie ha recibido una ovación como la que me han dedicado, mientras recorría esos diez kilómetros de calles […]. La aclamación era ensordecedora, y todos los rostros parecían llenos de auténtica alegría. Me sentí muy conmovida y com-placida".[2] El servicio religioso, que incluía un Te Deum compuesto por el difunto Alberto, fue celebrado en el exterior, porque la

reina no podía subir la escalinata de la catedral y se negó a ser llevada en andas. (También se negó a contribuir en los gastos del jubileo).


PUCK
CHINA

2. Hacia finales del siglo XIX, las potencias europeas habían incorporado a sus imperios buena parte del mundo y a veces las rivalidades imperiales las habían llevado al borde de la guerra. China, donde la decadente dinastía manchú se esforzaba por mantener el control, parecía la siguiente presa. Mientras los europeos se encaraman en el huevo llamado China, Japón, que ahora soñaba con construir su propio imperio en territorio chino, y Estados Unidos, que se oponía al imperialismo e intentaba insistir en una política de "puertas abiertas" en China, contemplan con inquietud la escena.

El mayor espectáculo, y el despliegue más impresionante del poderío británico, fue la revista naval del sábado siguiente. En las resguardadas aguas del estrecho de Solent, entre la costa sur de Gran Bretaña y la isla de Wight, formaban ciento sesenta y cinco navíos; entre ellos, veintiún acorazados, cincuenta y tres cruceros y treinta destructores. El entusiasmo público era intenso. Habían venido espectadores desde toda Gran Bretaña, abarrotando las localidades de los alrededores, llenando las playas y alquilando docenas de embarcaciones para asistir desde ellas.[3] Vapores alemanes trajeron a una multitud de su país, fascinada por aquella exhibición de poderío naval. Más de doscientos reporteros estuvieron presentes, y por primera vez el almirantazgo destinó un barco a la prensa.[4] Tanto Japón como Estados Unidos enviaron un buque de guerra a manera de saludo. Alemania, en cambio, mandó un acorazado obsoleto. "Lamento profundamente no tener un barco mejor que poner a vuestra disposición", escribió el káiser Guillermo a su hermano, que era almirante, "mientras otras naciones brillan con sus espléndidos navíos".[5]

Cuando entró en el estrecho el yate real que transportaba a Eduardo, príncipe de Gales, en representación de su madre, la flota disparó una gran salva. El Victoria and Albert avanzó lentamente a lo largo de la flota, seguido por yates con sus invitados, el yate del almirantazgo, el Enchantress, y vapores para los miembros de la cámara de los comunes y de la cámara de los lores.[6] El príncipe, con uniforme de almirante, recibió el saludo de miles de marineros formados en las cubiertas de los navíos de guerra. Una oleada de emoción recorrió a la multitud cuando el inventor Charles Parsons apareció orgullosísimo en su nuevo barco, el

Turbinia. Con su especial turbina rápida de vapor, la nave maniobraba a gran velocidad, totalmente fuera del alcance del pesado navío de guerra que enviaron para capturarlo. (El almirantazgo se vio obligado a prestar atención a aquel invento y más tarde serían sus turbinas las que moverían sus gigantescos acorazados). Rudyard Kipling, que estuvo presente en la revista, dijo: “Jamás soñé que hubiera algo semejante bajo el sol. ¡Fue algo inaudito, indescriptible!”.[7] Al anochecer los barcos reaparecieron, contorneados por las nuevas luces eléctricas, mientras sus reflectores recorrían tanto la flota como la masa de espectadores que todavía se aglomeraba en las playas. Como había anunciado el primer ministro lord Salisbury mientras preparaban el jubileo de diamante: “Una gran revista naval sería un tipo de celebración muy adecuada”.[8]

Si la reina Victoria era un símbolo de longevidad y orden, como la Royal Navy lo era del poderío británico, su primer ministro, Robert Cecil, tercer marqués de Salisbury, parecía el epítome de la serena autoconfianza de su país y de la clase terrateniente británica. Durante siglos, la propiedad de las tierras había sido la principal fuente de riqueza e influencia en prácticamente todos los países europeos. En Gran Bretaña, unas siete mil familias, desde la pequeña nobleza con fincas de cuatro kilómetros cuadrados o más, hasta los grandes aristócratas con fincas de más de ciento veinte kilómetros cuadrados, poseían la mayor parte de las tierras cultivables, y a menudo también de los terrenos urbanos, mineros e industriales. Con toda la variedad de recursos económicos que había entre ellos, en conjunto conformaban la alta sociedad que tan bien describieran Jane Austen y Anthony Trollope. De la mano de su riqueza y su estatus, venía el poder. Los altos puestos de la sociedad civil, la iglesia, las fuerzas armadas, la cámara de los comunes y, por supuesto, la cámara de los lores estaban todos dominados por la clase terrateniente. Incluso en 1897, tras las sucesivas reformas que ampliaron el sufragio e introdujeron en la política a hombres de otras extracciones, el sesenta por ciento de los parlamentarios seguían proviniendo de dicha clase. Hombres como Salisbury consideraban que así debía ser. “Toda comunidad tiene líderes naturales –escribió en un artículo en The Quarterly Review en 1862– a quienes, si no se dejan confundir por la demente pasión por la igualdad, se volverán instintivamente. Siempre la riqueza, en algunos países la cuna, y en todos el vigor intelectual y la cultura, señalan a los hombres a quienes una comunidad que perciba las cosas de manera saludable encomendará su gobierno”. Y era la obligación de los privilegiados asumir el gobierno de sus compatriotas menos afortunados.[9]

Salisbury tenía más propensión a las dudas de lo que pudiera parecer. Su infancia había sido infeliz y espartana, incluso para lo que se estilaba en su clase. A los seis años fue enviado a su primer internado, experiencia que más tarde describiría como "vivir entre demonios". Eton no resultó mucho mejor: fue víctima de maltratos salvajes, y su padre acabó por sacarlo de allí y ponerle profesores particulares. Tal vez por culpa de estas vivencias tempranas, Salisbury era profundamente pesimista con respecto a la naturaleza humana y su tendencia al mal. También padeció durante toda su vida "tormentas de nervios", unos ataques de depresión que lo sumían en el abatimiento durante varios días.[10]

Como compensación, la vida le dio inteligencia, temple y la ventaja de pertenecer a la clase gobernante del país más poderoso del mundo. Cuando decidió que la política era su fuerte, sus relaciones le garantizaron un puesto en la cámara de los comunes. (No tuvo que molestarse en hacer campaña, puesto que su escaño no le fue disputado). Asimismo, tuvo un matrimonio largo y feliz con una mujer que lo igualaba en intelecto y fuerza de carácter. Quienes los visitaban en Hatfield, su casa de campo, se encontraban con un ambiente doméstico alegre y unos niños bulliciosos que, a diferencia de muchos niños victorianos, eran alentados por sus padres a decir lo que pensaban.

Aunque la alta sociedad lo aburría y con frecuencia se olvidaba de los nombres, Salisbury era un hombre cortés a su manera distraída. En una cena para los correligionarios del partido, se tomó la molestia de hablar con cada invitado acerca de sus intereses particulares, pero al final le dijo a su secretario personal: "Había alguien a quien no he identificado que, según usted, era fabricante de mostaza".[11] No le interesaban demasiado las aficiones usuales de los hombres de su clase, como el tiro y la caza. Los caballos no eran para él más que un medio de transporte, bastante incómodo por cierto. En sus últimos años solía montar en triciclo por motivos de salud. Vestido con un poncho de terciopelo púrpura, pedaleaba por los alrededores del palacio de Buckingham o, en Hatfield, por senderos creados especialmente para él. Un criado joven lo empujaba colina arriba y luego se montaba tras él colina abajo. (Sus nietos gustaban de hacerle emboscadas para echarle jarras de agua).[12]

Salisbury era un hombre profundamente religioso, y al mismo tiempo fascinado por la ciencia. Hatfield tenía ya capilla, y él hizo construir un laboratorio para sus experimentos. Su esposa, en palabras de su hija Gwendolen, “compartió las dolorosas experiencias que tan bien conocen los familiares de los químicos autodidactos”. En cierta ocasión se desmayó a los pies de lady Salisbury, tras inhalar el gas de cloro que acababa de fabricar. En otra, hubo una fuerte explosión en el laboratorio. Salisbury apareció “cubierto de sangre, con graves cortes en la cara y las manos, y le explicó a su aterrorizada familia –con evidente satisfacción ante el preciso cumplimiento de las leyes de la química– que había estado experimentando con sodio en una retorta sin haberla secado lo suficiente”.[13]

La familia se sintió aliviada cuando Salisbury se puso a experimentar con la electricidad, aunque tampoco esta vez los resultados fueron siempre felices. Hatfield tuvo uno de los primeros sistemas eléctricos privados de Gran Bretaña; y el primer muerto por electrocución, cuando un peón de la finca tocó un cable.[14] Por un tiempo, en Hatfield la familia y sus huéspedes tuvieron que cenar a la luz de dos primitivas lámparas arcovoltaicas, que luego fueron sustituidas por una serie de innovaciones de última moda. “Había noches –rememoraba Gwendolen Cecil–, en que teníamos que andar a tientas en la semioscuridad, iluminados tan solo por el tenue resplandor rojo de un fuego medio extinto; había otras en que un peligroso brillo culminaba en diminutas tormentas de relámpagos, para luego extinguirse totalmente”. Cuando aparecieron los primeros teléfonos, los huéspedes de Hatfield debían tener cuidado de no pisar los cables tendidos por el suelo. Aquellos aparatos eran primitivos y solo podían captar frases enunciadas clara y lentamente. Según Gwendolen, la voz de Salisbury resonaba por toda la casa, “repitiendo, con distinto énfasis y expresión: ‘Hey, tilín tilín, el gato y su violín; la vaca saltó sobre la luna’”.[15]

Con su luenga barba y su mole imponente, Salisbury se parecía, en opinión de algunos, a su contemporáneo W. G. Race, el famoso jugador de cricket victoriano. Otros lo comparaban con “una de las versiones de Dios de Miguel Ángel”.[16] Por lo general, a Salisbury le resultaba indiferente lo que los demás

pensaran de él. Siendo primer ministro, se negó a vivir en Downing Street. Cuando su padre se quejó de que, al casarse por debajo de su nivel social, las personas de la alta sociedad lo evitarían, Salisbury replicó sin más: “Las personas que me descarten por casarme con la señorita Alderson son precisamente aquellas cuya sociedad estoy ansioso por descartar”.[17]

Después de todo, era un Cecil, una de las familias más importantes de Gran Bretaña. Uno de sus antepasados más famosos, William Cecil, el primer lord Burghley, fue el consejero íntimo de la primera reina Isabel durante la mayor parte de su reinado. Y su hijo, Robert, fue ministro tanto de ella como de su sucesor Jacobo I. A la largo de los siglos, la familia fue acumulando riqueza y títulos. Jacobo I nombró conde de Salisbury a Robert, y le cedió el palacio real de Hatfield. Robert lo hizo desmantelar enseguida, y utilizó los ladrillos para construir la laberíntica casona que allí se levanta hasta el día de hoy. El rey Jorge III engrandeció aún más su título en tiempos del abuelo de Salisbury, con una sola condición: “Ahora, milord, confío en que seréis un marqués inglés y no un marqués francés”.[18] El hijo del primer marqués se casó con una joven y muy rica heredera, garantizando así la continuidad de la fortuna familiar. Aunque no le interesaba el lujo y era notoriamente desaliñado (cierta vez se le impidió la entrada al casino de Montecarlo)[19], Salisbury, con una renta anual de entre cincuenta mil y sesenta mil libras, era un hombre muy rico. Y Hatfield, si bien no estaba en la misma escala del palacio de Blenheim o Chatsworth, era una casa magnífica, con su larga galería, su salón de mármol, su biblioteca, sus salas y sus docenas de dormitorios. Salisbury poseía además una casa en Londres, con su propio salón de baile, y un chalet Cecil en las afueras de Dieppe.

Por poco convencional que fuese lord Salisbury, tanto a ojos de sus compatriotas como de los extranjeros, era un genuino representante de una de las clases más admiradas y envidiadas del mundo. En toda Europa, la clase alta importaba niñeras y palafreneros ingleses, vestía de tartán y tomaba mermelada en el desayuno. En la novela de Miklós Bánffy El reino dividido, ambientada en la alta sociedad húngara antes de la guerra, un joven noble que ha amado desde lejos a Gran Bretaña, tiene finalmente la oportunidad de ir a Londres. Le cuenta a su embajador que solo alberga un deseo: ser miembro temporal del club de caballeros más exclusivo de Londres, el St. James’s. Así pues, durante dos

semanas, se sienta en la ventana del mismo. “Era una sensación paradisíaca”. No le importaba no ver otra cosa de Londres, ni poder hablar con nadie debido a su deficiente dominio del idioma.[20]

El prestigio de la aristocracia británica pasaba, entre otras cosas, por la riqueza. Las grandes familias inglesas eran tan ricas como las más ricas de Alemania o Rusia, y en Gran Bretaña había un mayor número de ellas. Además, la prosperidad se extendía, hacia abajo, a los pequeños terratenientes y, hacia los lados, a la emergente burguesía industrial y mercantil. Como escribiera la hija de la reina Victoria, madre del futuro Guillermo II, en una carta a su madre desde Alemania en 1877: “Usted sabe cuán pequeñas son las fortunas en Alemania y cuán poco acostumbrada está la gente al lujo y al train du grande monde”. Pero, al mismo tiempo, las clases altas de toda Europa, particularmente aquellas cuyos ingresos provenían de sus propiedades rurales, percibían con un escalofrío que el mundo estaba cambiando a su alrededor. La industrialización y la extensión del poderío europeo por todo el mundo se combinaban para hacer que la agricultura fuese cada vez menos importante y lucrativa en Europa. La comida barata de las Américas y de otras partes del mundo, como Australia, beneficiaban a la clase obrera y a los empleados, pero no tanto a los terratenientes. Las rentas procedentes de la agricultura en Europa cayeron en picado durante las dos décadas anteriores, y el valor de la tierra cultivable experimentó un descenso proporcional.

Algunos terratenientes tenían la suerte de poseer propiedades urbanas, cuyo valor estaba en alza. De los ingresos de Salisbury, solo una cuarta parte provenía de las tierras cultivables y el resto de las propiedades urbanas o las inversiones. Los mayores latifundistas también lograron salvarse abriendo negocios, invirtiendo en la industria o accediendo por vía matrimonial a fortunas ajenas a sus propios círculos, como hizo el príncipe francés de Polignac con la heredera de la fortuna de la máquina de coser Singer. Pero cada vez eran más los que no lograban sobrevivir. El jardín de los cerezos, de Chéjov, o la Trilogía transilvana, de Bánffy, reflejaban la realidad de sus fincas hipotecadas hasta el cuello.

En las décadas previas a la Gran Guerra, la nobleza latifundista y la pequeña aristocracia no solo perdían terreno económicamente en tanto clases; en muchas partes de Europa, también decaían en otros sentidos. La emergente clase obrera, la burguesía y los nuevos ricos les disputaban ahora sus privilegios y competían con ellos por el poder. Las viejas clases no dominaban ya tanto socialmente: ahora, los dueños de fortunas procedentes del comercio y la industria –piénsese en los amigos del rey Eduardo VII apellidados Rothschild, Lipton o Cassels– bien podían rivalizar con ellos en mansiones hermosas y aficiones lujosas. También en la política y el gobierno los intereses latifundistas ya no contaban tanto como antes, incluso en países como Alemania. La extensión del sufragio –en Gran Bretaña el número de votantes se duplicó, de tres millones a casi seis, con las reformas de 1884 y 1885– y el replanteamiento de las restricciones al voto deshizo muchas de las viejas componendas que ponían los escaños del parlamento a disposición de los magnates locales.[21]

A Salisbury no le agradaban los cambios, aun cuando, a todas luces, él fue uno de los más afortunados. “Cosas que han estado seguras durante siglos han dejado de estarlo”, sostenía. La democracia de masas estaba socavando las clases altas tradicionales y esto era malo para la sociedad. “Él pensó y luchó en favor de este orden –dijo su correligionario lord George Hamilton– no para asegurar privilegios y prebendas, sino porque creía que su preservación aportaba el mejor material para un gobierno fiable y seguro”. En opinión de Hamilton, Salisbury se postuló únicamente en aras del bienestar de su país.[22]

Si fue así, su postulación resultó un éxito. Cuando llegó el jubileo de diamante, Salisbury había sido tres veces primer ministro, otras tantas ministro de Asuntos Exteriores, y dos ministro de la India. Afortunadamente, tenía una gran capacidad de trabajo, y la capacidad igualmente importante de bregar con la presión. No dejaba que las preocupaciones le quitaran el sueño, le contó a una sobrina; y cuando tenía que tomar decisiones, le decía a su familia, simplemente trataba de hacer el mejor esfuerzo, aunque se tratase de algo tan trivial como escoger un abrigo para darse un paseo. “Me siento exactamente igual cuando redacto un despacho del cual pudieran depender la paz o la guerra. La dificultad depende de los materiales disponibles para tomar la decisión, y no en absoluto de la magnitud de los resultados que pudieran sobrevenir. Con los resultados no

tengo nada que hacer”.[23]

Al ser nombrado primer ministro por última vez en 1895, Salisbury decidió, como había hecho anteriormente, ser su propio ministro de Asuntos Exteriores. “Nuestro primer deber –dijo públicamente pocos meses después del jubileo de diamante–, es para con el pueblo de este país, la preservación de sus intereses y sus derechos; nuestro segundo deber es para con la humanidad”. Como él creía que la hegemonía británica en el mundo era en general benéfica, en su mente ambos objetivos no resultaban incompatibles. En asuntos exteriores su estrategia era sencilla: proteger a Gran Bretaña, sus intereses y su posición en el mundo, preferiblemente sin complicaciones innecesarias tales como alianzas y acuerdos secretos. No le agradaban las que definió ante la reina como “medidas activas”.[24] Acaso se refería indirectamente a su gran rival, William Gladstone, del partido liberal, que sí creía en la intervención en Europa, por razones humanitarias si hacía falta. Salisbury pensaba que, en el mejor de los casos, Gran Bretaña podía utilizar su influencia para impedir que sus vecinos “se agarraran por el cuello unos a otros”, lo que en general sería malo para todos.[25] Y allí donde veía en peligro los intereses de Gran Bretaña, estaba dispuesto a adoptar una postura firme, hasta el punto de amenazar con acciones militares. La apertura del canal de Suez hizo que Egipto adquiriese una importancia crucial para las relaciones entre Gran Bretaña y extremo Oriente. Gran Bretaña tenía que controlarlo pensaran lo que pensaran las demás naciones, así como, para mayor seguridad, la cuenca alta del Nilo. A finales de la década de 1890, Salisbury se encontraría inmerso en una confrontación militar con Francia por el dominio del Nilo.

Como muchos de sus compatriotas, Salisbury tendía a suponer que los extranjeros eran más egoístas y menos de fiar que los británicos, y, en el caso de los latinos, más emocionales. Los griegos eran “los extorsionadores de Europa”, y cuando los franceses invadieron Túnez, aquello “caía por completo dentro del código de honor por el que se rigen habitualmente los franceses”.[26] Cuando Gran Bretaña y Alemania rivalizaban en influencia sobre el África oriental en la década de 1880, Salisbury advirtió a un joven cónsul al que acababan de enviar a la isla de Zanzíbar: “Toda la cuestión de Zanzíbar es difícil y peligrosa, pues hemos de asociarnos por fuerza con los alemanes, cuya moralidad política diverge considerablemente de la nuestra en muchos aspectos”.[27] Aunque

reflexionara acerca de la “vanidad” que suponía expandir el imperio, se empeñaba en que Gran Bretaña se llevara su parte cada vez que hubiese oportunidad: “El instinto de la nación no se dará nunca por contento sin una porción del botín que ve repartirse entre sus avariciosos vecinos”.[28]

Ninguna nación parecía desagradarle más que las otras; salvo Estados Unidos. En los estadounidenses encontraba todo cuanto le disgustaba del mundo moderno: eran codiciosos, materialistas, hipócritas, vulgares y creían que la democracia era la mejor forma de gobierno. Durante la guerra de Secesión fue un apasionado defensor del bando confederado, entre otras cosas porque pensaba que los sureños eran caballeros y los norteños no. Pero, además, porque temía el auge del poderío estadounidense. Como sombríamente escribiera en 1902: “Es muy triste, pero me temo que Estados Unidos está destinado a sobrepasarnos, y nada podrá restaurar la igualdad entre nosotros. Si hubiésemos intervenido en la guerra confederada, nos hubiera sido posible reducir el poderío de Estados Unidos a una proporción manejable. Pero esas oportunidades no se dan dos veces en la historia de una nación”.[29]

Sus opiniones sobre los extranjeros no le impidieron a Salisbury, cuando estuvo a cargo de los asuntos exteriores, colaborar con otras potencias en objetivos específicos. A finales de la década de 1880, por ejemplo, firmó acuerdos con Italia y Austria para preservar el statu quo en el Mediterráneo y los territorios aledaños. Para mantener Egipto a salvo de los franceses, que no le habían perdonado a Gran Bretaña el haberse hecho con su administración en 1882, se mantuvo en buenos términos con Alemania. En ocasiones, pese a que le desagradaba la importancia cada vez mayor de la opinión pública en las relaciones exteriores, la utilizaba para rechazar compromisos y alianzas indeseados. En la década de 1890, cuando los alemanes sugirieron formar un frente común contra los franceses, Salisbury lamentó no poder hacer nada al respecto: “Ni el parlamento ni el pueblo se dejarán guiar en lo más mínimo por el hecho de que el Gobierno hubiese acordado en secreto ir a la guerra unos años atrás”.[30] Asimismo, arguyó que a Gran Bretaña le estaba cons-titucionalmente prohibido firmar en tiempo de paz acuerdos que pudieran conducirla a la guerra; argumento tanto más socorrido, por cuanto que este país carecía de una constitución escrita.[31] Y, por encima de todo, la Royal Navy –la armada más

grande del mundo–, así como las ventajas geográficas de ser una isla, le concedían a Gran Bretaña la libertad de mantenerse por decisión propia relativamente al margen de los asuntos mundiales.

Al tiempo que consagraba sus mejores esfuerzos a librar a Gran Bretaña de todo compromiso, Salisbury intentaba prevenir el surgimiento de alianzas fuertes en su contra. Como explicó en un discurso en Caernarvon en 1888, las naciones debían comportarse como lo hace cualquier ciudadano sensato con sus vecinos:

Si queremos llevarnos bien con quienes convivimos, no hemos de andar constantemente a la caza de la oportunidad de obtener pequeñas ventajas sobre ellos, sino que debemos contemplar nuestros derechos y los de los otros con un espíritu de justicia y buena vecindad: por una parte, sin sacrificar jamás ningún derecho genuino e importante que creamos esté en trance de ser oprimido o violentado; y, por otra, absteniéndonos de convertir las pequeñas controversias en disputas envenenadas y de considerar cada diferencia una cuestión de principios.

Quienes no se cuidan de seguir una conducta razonable y de buena vecindad, proseguía diciendo, “se toparán con la oposición conjunta de dichos vecinos”.[32]

De haber coaliciones, en opinión de Salisbury –y esto reflejaba una antigua política británica–, lo mejor era que hubiese dos o más, y enfrentadas entre sí, en vez de opuestas a Gran Bretaña. Las relaciones de Gran Bretaña con Europa iban en general mejor cuando Gran Bretaña se hallaba en términos amistosos con el mayor número posible de potencias y cuando en el continente existía un equilibrio de poder que le permitiese maniobrar entre los distintos bloques. Salisbury logró convencerse a sí mismo, si bien no a las demás potencias europeas, de que con ello Gran Bretaña contribuía al orden global. Como dijo en su discurso de Caernarvon: “Hay una diferencia abismal entre el esfuerzo benévolo y bienintencionado de mantener buenas relaciones con nuestros vecinos, y ese espíritu de arrogante y taciturno ‘aislamiento’ que se ha visto

dignificado con el nombre de ‘no intervención’. Nosotros somos parte de la comunidad europea y como tal hemos de cumplir con nuestro deber”.[33]

Aunque a Salisbury le disgustaba lo que él denominaba la “jerga del aislamiento”,[34] su política exterior ha llegado a ser calificada de tal. Cuando, en enero de 1896, la reina Victoria protestó porque Gran Bretaña parecía un poco aislada, Salisbury le respondió tajantemente que el aislamiento “es un peligro mucho menor que el de vernos arrastrados a guerras que no nos conciernen”. Era una opinión compartida por sus colegas conservadores. “Nuestro aislamiento –dijo lord Goschen, primer lord del almirantazgo, en un mitin conservador en 1896–, no se debe a que seamos débiles, ni objeto de desprecio; es una elección deliberada, la de tener la libertad de actuar como escojamos en cualquier circunstancia que pueda presentarse”.[35] Aquel mismo año, primero un político canadiense, y posteriormente Joseph Chamberlain añadieron el adjetivo “espléndido”, y el término se expandió con asombrosa rapidez. Se argüía que el “espléndido aislamiento” de Gran Bretaña y su hábil manipulación del equilibrio de poder eran no solo una política deliberada, sino una postura consagrada por la tradición al menos desde los tiempos de la gran reina Isabel I, quien hubo de maniobrar entre sus rivales de Francia y España para garantizar la seguridad de Gran Bretaña. Un historiador de su reinado dijo que “un equilibrio de poder en el continente era lo más conveniente para ella, y lo más conveniente en general para este país”.[36] Montagu Burrows, profesor de historia moderna en la cátedra Chichele de Oxford, lo invistió de una significación casi mística al llamarlo “el Equilibrio”, y citó aprobadoramente la frase de Edmund Burke de que Gran Bretaña era la más apta de todas las potencias para velar por él. “No es exagerado decir que ha sido la salvación de Europa”, declaró con orgullo.[37]

Cuán autocomplaciente suena esto visto desde hoy. Incluso en aquel tiempo tenía un cierto tono desafiante. En 1897, mientras celebraba el jubileo de diamante, Gran Bretaña estaba ciertamente aislada, pero su posición en el mundo no era tan espléndida. Carecía de aliados seguros en Europa. Se hallaba involucrada en una serie de disputas y rivalidades por todo el mundo: con Estados Unidos a causa de Venezuela, con Francia en varias partes del mundo, con Alemania en África y el Pacífico, y con Rusia en Asia central y China. Incluso el imperio era una bendición no exenta de inconvenientes. Ciertamente, le confería prestigio a Gran

Bretaña, le proporcionaba mercados protegidos para sus productos, y en teoría la hacía más poderosa. En los días de la gran revista naval, una viñeta humorística del Punch mostraba a un viejo león británico llevando a cuatro leoncitos –Australia, Canadá, Nueva Zelanda y el Cabo– a ver la flota.[38] Pero a los leoncitos no siempre les entusiasmaba el pesado deber de defenderse a sí mismos, y mucho menos de defender al imperio en su conjunto.

Y el imperio siguió creciendo, y Gran Bretaña asumiendo más y más colonias y protectorados por todo el mundo, en parte para tratar de proteger los que ya tenía. Al entrar otras potencias en la pugna por los territorios, su imperio se volvió cada vez más vulnerable. Sir Thomas Sanderson, el subsecretario permanente de asuntos exteriores, dijo pocos años después: “A veces he pensado que, a ojos de un extranjero que leyese nuestra prensa, el imperio británico parecería un gigante despatarrado sobre el mundo, con dedos y pies gotosos estirados en todas direcciones, a los que no es posible acercarse sin provocar un grito”.[39] El término “hipertensión imperial” aún no había sido acuñado, pero Gran Bretaña venía padeciéndola desde la década de 1890. El poema de Kipling “Recessional” [Himno de fin de oficio], escrito poco después de asistir a la gran revista naval de Spithead, contenía una advertencia:

Distantes llamamientos diluyen nuestra armada.

En las dunas y cabos muere el fuego.

¡Ved que toda nuestra pompa de ayer

es una con la de Nínive y la de Tiro!

Juez de las naciones, perdónanos aún,

¡a menos que olvidemos, a menos que olvidemos!

Aunque Gran Bretaña lideraba todavía la producción a nivel mundial, las industrias de Alemania y Estados Unidos, más nuevas y dinámicas, ya le estaban

dando alcance. Puede que no fuesen ciertas las historias de que los soldados de juguete de los niños británicos se hacían en Alemania, pero reflejaban una preocupación cada vez mayor; entre otras cosas, acerca de la capacidad de autodefensa de Gran Bretaña.

Al ser una isla, Inglaterra se las había arreglado para mantener apenas un ejército diminuto, confiando en su armada para la defensa de sus fronteras y de su imperio. Los adelantos tecnológicos provocaron que las armadas fuesen cada vez más caras y requiriesen presupuestos cada vez mayores. “El cansado titán –decía Joseph Chamberlain– tambaleándose bajo el orbe excesivamente vasto de su destino”.[40] Al mismo tiempo, existía la preocupación de que los compromisos globales de la Royal Navy dejaban poco protegidas a las islas británicas. Desde finales de la década de 1880 algunos militares pesimistas habían venido advirtiendo de que los franceses, si quisieran, podrían barrer fácilmente la fuerza naval británica del canal de la Mancha e invadir Gran Bretaña. El propio Salisbury, en un memorándum ante su consejo de ministros en 1888, esbozó un escenario en el que se contemplaba a los franceses, liderados “por el tipo de soldado que descuella en las revoluciones”, desembarcando un sábado por la noche mientras los británicos disfrutaban del weekend. Con la ayuda de “dos o tres patriotas irlandeses”, los invasores podrían cortar los cables del telégrafo y llegar hasta Londres antes de que nadie en el ejército británico fuese capaz de reaccionar.[41] Pero esta perspectiva –y cabría cuestionarse hasta qué punto él mismo creía en ella– no le impidió seguir pasando sus vacaciones en Francia.

Las malas relaciones con este país continuaron siendo un problema para el último gobierno de Salisbury; de hecho, se temió la posibilidad de una guerra en 1898. La nueva y floreciente amistad entre Francia y otro rival del imperio, Rusia, era también preocupante. La inclinación de Salisbury por colaborar con la triple alianza de Alemania, el imperio austrohúngaro e Italia ya no parecía dispensar el contrapeso adecuado. Su escasa confianza quedó demostrada con las matanzas de armenios a mediados de la década de 1890, en lo que es hoy la parte occidental de Turquía.

Estos infortunados súbditos cristianos del imperio otomano estaban siendo diezmados por sus vecinos musulmanes, y los gobiernos, ya fuese deliberadamente o por pura incompetencia, no hacían nada para impedir las atrocidades. Durante la mayor parte del siglo, la postura británica había sido respaldar a los otomanos, a fin de impedir que los rusos se hicieran con las aguas que conducían del mar Negro al Mediterráneo. Pero el interés nacional no siempre se correspondía con la opinión pública británica, que se indignaba cada vez que el imperio otomano maltrataba a alguna de sus comunidades cristianas. De hecho, Gladstone libró toda una campaña electoral apoyándose en las atrocidades de Bulgaria y en la necesidad de que la comunidad internacional tomase medidas. Por más que le disgustara intervenir en los asuntos internos de otros países, Salisbury siempre había tenido una imagen poco halagüeña de los otomanos, y le habría encantado abandonarlos antes si Gran Bretaña no hubiese necesitado un amigo en el extremo oriental del Mediterráneo. En 1895 intentó buscar aliados –posiblemente Austria o Italia, tal vez Alemania, o incluso Rusia– con los que presionar a los otomanos para que cesasen en sus ataques contra los armenios; pero ninguna otra potencia se avino a actuar. Salisbury pasó noches sin dormir cavilando sobre esto, pero se vio obligado a aceptar que Gran Bretaña no podía hacer nada. También llegó a la conclusión de que tendría que buscar otros modos de salvaguardar los intereses de Gran Bretaña en el Mediterráneo y en el canal de Suez –el paso crucial hacia la India– que no consistiesen en el respaldo al moribundo y corrupto imperio otomano. La cuestión de cómo hacerlo permanecería en el aire algunos años. ¿Incrementar la (costosa) presencia militar en Egipto y en el Mediterráneo? ¿Aliarse con otra potencia con intereses en la región, como Francia y Rusia? Con ninguna parecía probable, dadas sus rivalidades con Gran Bretaña en otras partes del mundo.

El imperio otomano era además un motivo de preocupación por las tentaciones que ofrecía en una era imperialista. Las potencias, y sus pueblos, medían su importancia mundial por el número de colonias que poseían; pero las reservas de tierras no reclamadas se estaban agotando. África había sido repartida casi al completo en la década de 1890, así como las islas de extremo Oriente y del Pacífico. Esto hacía que solo quedasen aquellas partes del mundo donde algún viejo orden estuviese desmoronándose: por ejemplo, China, Persia o el imperio otomano. En 1898, Salisbury pronunció un famoso discurso en el Albert Hall de Londres: “Las naciones del mundo pueden dividirse, a grandes rasgos, entre las vivas y las moribundas –dijo ante un público conservador–. De un lado, están los

grandes países con un poder inmenso que se incrementa cada año, que van ganando en riqueza, en dominio, en perfeccionamiento de su organización". Del otro, estaban sus víctimas naturales, mortalmente enfermas a causa de la corrupción y el desgobierno. El proceso que Salisbury veía como más probable era peligroso en potencia: "Las naciones vivas irán invadiendo de manera gradual el territorio de las moribundas, y aparecerán rápidamente semillas y causas de conflicto entre las naciones civilizadas".[42]

Ya se las veía aparecer. En la década de 1880, Gran Bretaña y Francia se habían disputado Egipto, que nominalmente formaba parte aún del imperio otomano; y los franceses y los italianos eran rivales en Túnez. El imperio otomano había caído como un pez en una red cuyas mallas se cerraban cada vez más: préstamos de los gobiernos y bancos europeos, y con ello un mayor control foráneo sobre sus finanzas; concesiones a intereses europeos para construir ferrocarriles, buenos para el comercio pero que también contribuían a extender la influencia europea; injerencia europea en la política otomana para con sus súbditos cristianos en nombre del humanitarismo; y demandas de reformas por parte de Europa. Más adelante, cuando los otomanos ya no dieran abasto, sus territorios, que incluían parte de los Balcanes y del Oriente próximo árabe, pasarían de seguro a estar disponibles.

La expansión del imperio ruso hacia el sur y hacia el este metió a Persia en el gran juego que rusos y británicos libraban en Asia central. Los rusos eran cada vez más influyentes en el norte, mientras que los británicos procuraban consolidar su posición en el sur y a lo largo del océano índico; y ambos cortejaban al gran sah. El juego continuaba en Afganistán, que ahora se encontraba entre el territorio ruso y la India británica; en el Tíbet; y, más al este, en China.

En Asia, a las potencias europeas China les resultaba casi irresistible, dada su evidente debilidad. Estados Unidos se les sumó, aun cuando el antiimperialismo tenía hondas raíces históricas en este país. Grover Cleveland, presidente a mediados de la década de 1880 y de nuevo entre 1893 y 1897, y destacado

opositor a que Estados Unidos adquiriese colonias, declaró en su famoso primer discurso inaugural que su país permanecería fiel a sus orígenes revolucionarios y que no albergaba ninguna ambición hacia otros continentes. Pero Estados Unidos se encontraba ya predispuesto a intervenir en su propio patio trasero caribeño, y no tardaría en apoderarse de las Filipinas, Hawaii y Puerto Rico. En cuanto a China, las administraciones estadounidenses mantenían que la única política correcta era una política de “puertas abiertas”, que diera a todas las naciones acceso a la totalidad del territorio chino, en lugar de crear esferas exclusivas de intereses.

Para gran sorpresa y admiración de los occidentales, Japón, que había sorteado el peligro de convertirse en otra colonia mediante una rápida adaptación a las nuevas fuerzas del mundo, demostró tener también ambiciones imperialistas en China. Las potencias extrajeron concesión tras concesión al moribundo régimen de Pekín: tratados portuarios en virtud de los cuales los extranjeros podían vivir y trabajar bajo la protección de sus propias leyes y gobiernos; ferrocarriles, claro está, y en China estos eran protegidos por tropas extranjeras; y derechos exclusivos de minería y comercio en determinadas áreas. Los chinos percibieron claramente el surgimiento de un patrón que dejaría a su país troceado como una sandía.

Gran Bretaña dominaba cómodamente el comercio y las importaciones en China, particularmente a lo largo del valle del Yangtsé, y no le interesaba especialmente adquirir partes de China, contrayendo además la responsabilidad de administrarlas. Pero, ¿podía sentarse tranquilamente a ver a las demás potencias entrar en China y anexionarse tal vez sus territorios? Cuando Salisbury asumió el cargo en 1895, Rusia ya estaba amenazando los intereses británicos en el norte del país. Y la rivalidad por la influencia en China estaba a punto de enconarse por la intervención de otros actores, entre ellos Alemania.

A las preocupaciones de Salisbury venía a sumarse el hecho de que las relaciones con Estados Unidos, siempre complicadas, se hallaban en una fase particularmente mala. La administración de Grover Cleveland se había

inmiscuido en la vieja disputa entre Gran Bretaña y Venezuela por las fronteras de esta última con la Guayana británica. En julio de 1895, un mes después del nombramiento de Salisbury, el secretario de Estado, Richard Olney, emitió un comunicado beligerante diciendo que Estados Unidos tenía derecho a intervenir en la disputa. Citó la autoridad de la doctrina Monroe, aquella declaración maravillosamente vaga e infinitamente elástica que advertía a las potencias externas de que no interfiriesen en el Nuevo Mundo, y afirmaba que Estados Unidos "es prácticamente el soberano de este continente, y sus decretos son ley para los súbditos a quienes vayan dirigidos". Se desató un gran clamor en la prensa a ambos lados del Atlántico. El embajador estadounidense en Londres leyó ante Salisbury un largo despacho en el cual su gobierno respaldaba el derecho de Venezuela a un trozo sustancial de la Guayana británica y exigía que los británicos acatasen su arbitraje. Salisbury se tomó cuatro meses para contestar. Se negó a aceptar que la doctrina Monroe concediese a Estados Unidos autoridad alguna sobre las posesiones británicas en el Nuevo Mundo, y sugirió que los estadounidenses no tenían "ningún interés práctico visible" en una disputa fronteriza entre una posesión británica y otro país. Cleveland dijo que Salisbury estaba "completamente loco" y, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, se empezó a hablar exaltadamente de la posibilidad de una guerra. Finalmente, se llegó a un acuerdo. Salisbury dejó de oponerse a la extensión estadounidense de la doctrina Monroe, y en 1899 un arbitraje estableció leves modificaciones en la frontera. Venezuela, a la que el embajador estadounidense en Londres calificó despectivamente de "estado mestizo", consiguió muy poco. (El presidente venezolano Hugo Chávez reclamó el territorio en disputa hasta su muerte, y sus sucesores continúan haciéndolo).[43]

Salisbury también hizo concesiones en otras disputas. Cuando los franceses se anexionaron en 1896 Madagascar, donde Gran Bretaña tenía considerables intereses, lo dejó pasar sin una sola protesta. No obstante, continuaba oponiéndose a toda sugerencia de que Gran Bretaña contrajese más relaciones permanentes. Se resistía, como siempre, a preocuparse inoportunamente por cualquier rincón del globo: prefería concentrarse en las áreas de vital importancia para el imperio británico. Como le dijo al procónsul en Egipto, sir Evelyn Baring (más tarde lord Cromer), cierta vez en que cundieron temores respecto a la seguridad en el mar Rojo: "Yo no me dejaría impresionar demasiado por lo que digan los militares sobre la importancia estratégica de estos sitios. Si les dejáramos, insistirían en la importancia de establecer cuarteles

en la Luna para protegernos de Marte”.[44] A sus colegas les inquietaba verlo tan despreocupado, así como el que no tuviese una política exterior clara. Si la tenía, no era en absoluto propenso a revelarla; esta tendencia de Salisbury al secretismo se fue acusando con la edad. Lord Curzon, que trabajó bajo sus órdenes como subsecretario en el ministerio de Asuntos Exteriores, se referiría a él más tarde como “aquel extraño, poderoso, inescrutable, brillante, obstruccionista peso muerto de las altas esferas”.[45] Curzon opinaba que Salisbury empleaba con demasiada frecuencia el recurso de lanzarles huesos a los perros, los cuales, como ocurría claramente con Francia y Rusia, luego no paraban de ladrar pidiendo más. Aunque no todos sus colegas criticaban a Salisbury, a la mayoría le preocupaba que ya no fuese capaz de asumir el trabajo que involucraba su doble cargo de primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores. A finales de la década de 1890 ya se le notaban bastante los años, y además se hallaba deprimido por la prolongada enfermedad de su esposa, que le ocasionó la muerte en 1899.

Ya antes de renunciar a su puesto de ministro de Asuntos Exteriores en 1900, Salisbury había estado delegando gran parte de sus funciones como tal en su sobrino Arthur Balfour, que era líder de la mayoría de la cámara de los comunes, y en su ministro de las Colonias, Joseph Chamberlain. Estos dos hombres no podían ser más diferentes. Bal-four era sobrino de Salisbury y por tanto miembro de aquel círculo íntimo e interrelacionado que estaba en la cúspide de la sociedad británica. Como primogénito de un hombre acaudalado, poseía extensas fincas en Escocia. Era apuesto, inteligente y encantador, aunque muchos lo encontraran frío y evasivo. Un conocido suyo decía que su sonrisa era “como un rayo de luna sobre una lápida”.[46] Se rumoreaba que su corazón había quedado destrozado cuando la mujer que amaba murió de fiebre tifoidea, mientras que un amigo cercano sospechaba que había “agotado sus facultades en esa dirección” y prefería la seguridad de cómodos romances con mujeres casadas. Su gran pasión era la filosofía y, curiosamente, durante la Gran Guerra llegaría a entusiasmarse con el sionismo. Aunque trabajaba mucho, procuraba que no se notara. Salía de la cámara de los comunes a jugar al golf y luego regresaba para quedarse hasta muy tarde en traje de etiqueta. Solía recostarse en el banco “como para descubrir –decía el Punch– si era capaz de sentarse sobre los omóplatos”.[47]

Balfour encontraba a Chamberlain interesante pero antipático. Como le escribiera a una de sus amantes favoritas: “Aunque todos lo queremos mucho, Joe, de algún modo, no encaja ni se mezcla del todo, no interactúa químicamente con nosotros”.[48] Chamberlain era un próspero industrial que había ascendido por sus propios méritos, uno de los hombres nuevos cuyo auge tanto deploraba Salisbury. Nacido en el seno de una familia de clase media, había abandonado la escuela a los dieciséis años para trabajar en un negocio familiar en Birmingham fabricando tornillos. A diferencia de Balfour, se había casado (tres veces). Sus primeras dos esposas murieron al dar a luz a sus hijos, el primero Austen, y el segundo Neville, que llegaría a ser tristemente célebre como el contemporizador primer ministro de finales de la década de 1930. Su tercera esposa, a la que casi le doblaba la edad, era estadounidense, hija del secretario de la Guerra del presidente Cleveland. Por lo que todos decían, fue un matrimonio muy feliz.

Enérgico, tenaz y ambicioso, el joven Chamberlain había llevado su negocio hasta convertirlo en el mayor de su género en Gran Bretaña, y se retiró siendo un hombre muy rico a los treinta y seis años. No le gustaban los deportes y tenía pocas aficiones, salvo una insólita pasión por las orquídeas, las cuales cultivaba en invernaderos especiales (siempre llevaba una en el ojal). Se dedicó a la política con la misma tenacidad que había puesto en los negocios y llegó a ser alcalde de Birmingham. Se preocupó por la educación primaria para todos, los desagües y el agua limpia, la erradicación del chabolismo y el abastecimiento de las bibliotecas. Incluso cuando se incorporó a la cámara de los comunes como liberal, continuó siendo el gobernante indiscu-tido de la ciudad. En el parlamento sorprendió a sus colegas por no ser un demagogo desenfrenado, sino un consumado polemista que pronunciaba discursos concisos y brillantes. “Su desempeño –según el periodista británico J. A. Spender–, era acaso demasiado perfecto. ‘Todo eso está muy bien, muy bien, señor Chamberlain’, le dijo un viejo parlamentario a quien había pedido consejo, ‘pero la cámara se sentiría sumamente halagada si, de vez en cuando, usted lograra perder la compostura’”.[49]

Chamberlain continuó siendo un radical, que abogaba por las reformas sociales y atacaba a las instituciones privilegiadas, como la clase latifundista y la iglesia anglicana. Sin embargo, también desarrolló un apasionado apego por el imperio

británico, al que consideraba una fuerza benéfica para el mundo. Esta convicción le llevó a romper con los liberales en 1886, cuando estos propugnaron el autogobierno de Irlanda; Chamberlain y sus correligionarios arguyeron que aquello socavaría la unidad del imperio. Con el tiempo, los liberales unionistas, como eran llamados, se acercaron al partido conservador.[50] Chamberlain nunca defendió personalmente a sus antiguos colegas. Simplemente, siguió adelante. Según Spender, era capaz de "una concentración mortal" en aquello que estuviera haciendo, y esto era principalmente la política: "A sus ojos todo era negro o blanco, con contornos bien definidos y sin medias tintas".[51]

En sus primeros años como ministro de las Colonias, mientras lidiaba con desafíos y crisis que iban desde la del bacalao en Terranova hasta la del oro en Sudáfrica, Chamberlain cobró aguda conciencia del gran aislamiento y vulnerabilidad de Gran Bretaña. Al mismo tiempo, la opinión pública, aquel nuevo e impredecible factor en los asuntos exteriores, demandaba acciones que apuntalasen los intereses británicos en todo el globo. Chamberlain argumentaba que el aislamiento ya no prestaba ningún servicio a Gran Bretaña, y Balfour comenzaba a estar de acuerdo con él. En cuanto a Rusia, como dijera Chamberlain en un discurso en 1898, "cuando cenes con el diablo, lleva una cuchara larga". Sus pensamientos giraban cada vez más en torno a Alemania, con quien Gran Bretaña había tenido relativamente pocos conflictos. No era él el único; otras figuras clave, miembros del gobierno, almirantes, funcionarios de asuntos exteriores, escritores influyentes, comenzaban a compartir este criterio.[52]

Con la tibia aprobación de Salisbury, Chamberlain inició conversaciones con el embajador alemán en Londres acerca de un posible tratado. En 1899 dialogó amigablemente con el káiser y su ministro de Asuntos Exteriores, el príncipe Bernhard von Bülow en el castillo de Windsor, y ello lo indujo a pensar que tal vez fuera posible forjar una alianza, quizá incluyendo también a Estados Unidos. Al día siguiente de que la delegación alemana abandonara Gran Bretaña, Chamberlain pronunció un discurso en Leicester en el que habló a grandes rasgos de "una nueva triple alianza entre la raza teutónica y las dos grandes ramas trasatlánticas de la raza anglosajona, que llegaría a ser una poderosa influencia en el futuro del mundo".[53] Hubo algunos otros signos prometedores. En 1898, Gran Bretaña firmó un acuerdo con Alemania respecto a las colonias

portuguesas de Mozambique, Angola y Timor, que se hallaban a punto de salir al mercado mundial, ya que su dueño se hallaba prácticamente en bancarrota. Ambos firmantes (Portugal no fue consultado) acordaron mantener a raya a las demás potencias y dividirse entre los dos el imperio portugués. Al año siguiente, los británicos pusieron fin a una absurda querella con los alemanes por el archipiélago samoano del Pacífico sur, cediéndoles el control de la isla principal.

Ya en 1901, Chamberlain, como él mismo le dijo a un miembro de la embajada alemana en Londres, estaba a favor de una cooperación más estrecha con Alemania, y tal vez de llegar a ser miembro de la triple alianza con Alemania, el imperio austrohúngaro e Italia.[54] Bal-four estaba de acuerdo. Le parecía que el enemigo más probable de Gran Bretaña era la doble alianza de Francia y Rusia. “Es para nosotros una cuestión de suprema importancia que Italia no sea aplastada, que Austria no sea desmembrada y, a mi parecer, que Alemania no quede mortalmente atrapada entre el martillo de Rusia y el yunque de Francia”.[55]

Los alemanes no se opusieron a la idea, pero no tenían ninguna prisa por forjar una alianza en toda regla, ni por ver a Gran Bretaña convertida en miembro de la triple alianza, sobre todo porque les parecía que los británicos los necesitaban más a ellos que al revés. La guerra de los Bóers, que estalló en octubre de 1899, tan solo dos años después del triunfal jubileo de diamante, dañó severamente el prestigio y la confianza de Gran Bretaña. En los primeros meses, tras una sucesión de humillantes derrotas, surgió en este país un auténtico temor de que Francia aprovechase la oportunidad para invadirlo, y de que Rusia amenazase su posición en el océano índico.[56] En enero de 1901 murió la reina Victoria, acaso otra señal de que el viejo orden llegaba a su fin.

Las investigaciones ulteriores demostraron que los comandantes británicos habían sido incompetentes, que las fuerzas habían sido enviadas al combate sin órdenes precisas, sin mapas ni informes de inteligencia adecuados, y que el equipamiento había sido del todo insuficiente. Leo Amery, quien fuera corresponsal de guerra para The Times, escribió, por ejemplo, sobre el desastre de la batalla de Spion Kop: “No se realizó ningún esfuerzo previo por delimitar

la posición que debía ser ocupada, ni por suministrar dicha información a los oficiales al cargo. Estos tampoco se esforzaron lo suficiente por descubrir la forma de la elevación antes de atrincherarse”.[57] Aquella guerra dio lugar a profundas reformas en el ejército, pero pasaría tiempo antes de que estas resultasen efectivas.

Por si fuera poco, en aquellos años de finales de siglo la situación en China permanecía inestable, desafortunadamente para Gran Bretaña. En 1897, Alemania había utilizado el pretexto del asesinato de dos misioneros para forzar al débil gobierno chino a que le diera una concesión, que incluía un puerto en Tianjin y ferrocarriles en la península de Shandong. Este fue el desencadenante de lo que pareció, en un principio, un frenético reparto de China. Rusia se hizo unilateralmente con un puerto de aguas templadas en el extremo sur de Manchuria. El gobierno consideró la posibilidad de enviar barcos de su escuadrón chino al norte para expulsar a los rusos, pero se lo pensaron mejor, por miedo a lo que pudiera hacer Francia como aliada de Rusia. Pocos meses después, Rusia se hizo con otro puerto, justo al norte de Port Arthur, y obligó al gobierno chino a firmar un documento indicando que renunciaba a sus derechos sobre ambos puertos durante veinticinco años.

Ante el clamor de la prensa, y de colegas suyos como Chamberlain, de que Gran Bretaña tenía que hacer algo, cualquier cosa, Salisbury dijo melancólicamente: “‘El público’ exige algún tipo de compensación territorial o cartográfica en China. No será nada útil, y sí bastante caro; pero, por una cuestión de puro nacionalismo, tendremos que hacerlo”. Así pues, Gran Bretaña exigió un puerto en Weihaiwei, al norte de la península de Shandong y al sur de los puertos rusos de Manchuria. (Al final resultó inútil como puerto, pero contaba con una bonita playa de arena para nadar).[58] En 1900, y al menos esto parecía una buena noticia, Alemania y Gran Bretaña llegaron a un acuerdo en China, en virtud del cual ambos se comprometían a utilizar su influencia en favor de una política de puertas abiertas allí, que les permitiera el acceso a todas las potencias. En realidad, al menos para los británicos, esta fue una medida dirigida contra Rusia en Manchuria; lo último que deseaba Alemania era un conflicto con su vecina Rusia, con la que tenía una larga frontera terrestre en Europa. Esto se hizo evidente después del levantamiento de los bóxers.

En 1900, un movimiento nacido inicialmente contra la dinastía manchú fue hábilmente redirigido por esta contra los extranjeros de ultramar. Los misioneros, diplomáticos y hombres de negocios de Occidente fueron atacados en todo el norte de China, y en Pekín los diplomáticos extranjeros fueron asediados en el verano de 1900. Las potencias del mundo, que por una vez tenían motivos para actuar conjuntamente, reunieron a toda prisa una fuerza de liberación internacional. El levantamiento de los bóxers fue sofocado, Pekín saqueada, y el gobierno chino obligado a pagar una gran indemnización y a aceptar una injerencia extranjera aún mayor en sus asuntos. Los rusos aprovecharon la oportunidad para introducir tropas en Manchuria y, una vez concluido el levantamiento de los bóxers, esgrimieron excusas para no marcharse. Se extendieron rumores de que Rusia estaba negociando un acuerdo con China para la ocupación permanente de Manchuria. Cuando el gobierno británico pidió apoyo a los alemanes para buscar la manera de que los rusos se retirasen, la respuesta fue muy clara. Bülow declaró desde el Reichstag el 15 de marzo de 1901 que el acuerdo anglo-germano sobre China "no tenía nada que ver con Manchuria".[59]

Así se hizo más que evidente que Alemania no estaba dispuesta a ayudar a Gran Bretaña en sus intereses imperiales al precio de crearse problemas en Europa. Y, como muchos británicos se preguntaban, ¿quería realmente Gran Bretaña dejarse involucrar en las disputas de Alemania con Francia y Rusia en Europa? Con todo, los alemanes pensaban que los británicos aceptarían esta alianza, cuando comprendieran que a la larga la amistad con Alemania era su mejor opción. "No debemos mostrar intranquilidad ni impaciencia –le dijo Bülow a su subalterno Friedrich von Holstein en octubre de 1901–. Debemos dejar que la esperanza brille en el horizonte".[60]

Lord Lansdowne, quien por entonces había sustituido a Salisbury como ministro de Asuntos Exteriores, trató de mantener vivas las conversaciones con los alemanes, pero fracasó. Intentó además, sin mucho entusiasmo, un acercamiento con los rusos, que resultó igualmente improductivo. No obstante, estaba convencido, como muchos de sus colegas, de que Gran Bretaña no podía

regresar a la política de separación de Europa establecida por Salisbury. Lord George Hamilton, por entonces secretario de Estado para la India, dio cuenta de una sombría conversación con Balfour en aquel verano de 1901:

Dijo que no había podido sino convencerse de que actualmente no éramos más que una potencia de tercera categoría; y una potencia de tercera categoría con intereses que están en conflicto con los de las grandes potencias de Europa. Expuesto en estos términos elementales, se hace patente la debilidad del imperio británico, tal como existe hoy en día. Contamos con una inmensa fuerza, tanto efectiva como latente, si pudiéramos concentrarla […] pero la dispersión de nuestros intereses imperiales […] lo hace casi imposible.[61]

En aquel otoño, lord Selborne, primer lord del almirantazgo, hizo notar a sus colegas en el consejo de ministros que Gran Bretaña tenía solo cuatro acorazados en extremo Oriente, mientras que Rusia y Francia juntas pronto tendrían nueve.[62]

Sin embargo, ya en esta fase, la opinión pública de ambos países se estaba convirtiendo en un factor significativo. En el otoño y en el inicio del invierno de 1901-1902, por ejemplo, una tonta disputa pública entre Bülow, ahora canciller de Alemania, y Joseph Chamberlain, fue motivo de ira en ambos países. En aquel mismo mes, Chamberlain pronunció un discurso en Edimburgo en el que defendió a las tropas británicas de la acusación de que trataban con excesiva severidad a los civiles afrikáners. Chamberlain llegó a decir que los demás países se habían comportado mucho peor, por ejemplo Prusia en la guerra franco-prusiana. En Alemania, los nacionalistas se tomaron esto como una ofensa grave, y Bülow insistió en presentar una protesta formal ante el ministerio de Asuntos Exteriores británico. Los británicos trataron de matizar aquellos comentarios, pero se negaron a emitir una disculpa formal. Entonces Bülow decidió apelar a la opinión pública alemana con un desafiante discurso en el Reichstag en enero de 1902. Entre vítores, citó una famosa frase de Federico el Grande, según la cual todo aquel que se atreviese a criticar al ejército alemán se encontraría “mordiendo granito”. Tres días después, Chamberlain habló para un público igualmente entusiasta en su baluarte de Birmingham: “Lo dicho, dicho

está. No retiraré nada. No matizaré nada. No defenderé nada. No deseo dar lecciones a un ministro extranjero y no las aceptaré de ninguno". En privado, le dijo al barón Hermann von Eckardstein, de la embajada alemana en Londres: "no voy aguantar más que se me trate así, y ya no hay más que hablar en cuanto a una asociación entre Gran Bretaña y Alemania".[63]

El gobierno británico ya había llegado a la conclusión de que necesitaba buscar otros aliados. Con la aquiescencia de un Salisbury cada vez más agotado, exploró la posibilidad de una alianza defensiva con Japón. Esto no era tan insólito como pudiera parecer. Japón era una potencia emergente; en la década de 1890 derrotó fácilmente a China en una guerra. Curzon, que conocía bien Asia, le escribió a Salisbury en 1897: "Si las potencias europeas se están agrupando contra nosotros en extremo Oriente, probablemente nos veremos obligados, más tarde o más temprano, a hacer algo con Japón. Dentro de diez años, será la mayor potencia naval en aquellos mares".[64] Esto último resultaba atractivo para la industria naval británica, un sector siempre muy influyente, a la que le agradaban los encargos que le hacía regularmente la marina japonesa. En 1898, el almirante Charles Beresford, quien había dejado a un lado temporalmente su carrera naval para hacerse parlamentario y presidente de la liga naval, dijo en la cena anual de la asociación japonesa de Londres: "Existe una gran afinidad entre nuestras dos naciones, y una alianza entre ambas significaría mucho para la paz mundial".[65] Además, los intereses de Japón se hallaban adecuadamente confinados en extremo Oriente. No había, por tanto, el mismo peligro que en el caso de Alemania de que una alianza arrastrase a Gran Bretaña a un conflicto armado. Gran Bretaña podía utilizar a Japón para contrarrestar a Rusia en China, y tal vez para lograr que su imperio rival se lo pensara dos veces antes de continuar avanzando por Asia central en dirección a la India.

Desde la perspectiva japonesa, Gran Bretaña era la más amistosa de las grandes potencias europeas. En 1895, al finalizar la guerra chino-japonesa, Rusia, Alemania y Francia se habían unido contra Japón para obligarle a ceder parte de lo que había conquistado en China, principalmente Manchuria. Poco después, Rusia se adueñó por su cuenta de los dos puertos sureños de Manchuria y empezó a construir un atajo para el Transiberiano por el norte. Durante el

levantamiento de los bóxers, Gran Bretaña y Japón habían cooperado eficazmente. Japón, al igual que Gran Bretaña, había explorado sus posibilidades mediante conversaciones con Rusia y Alemania. Y, al igual que Gran Bretaña, llegó a la conclusión de que estas no llegarían a nada.

Justo antes de la navidad de 1901, el príncipe Ito Hirobumi, uno de los veteranos estadistas que habían supervisado la transformación de Japón desde 1868, hizo escala en Londres procedente de Rusia. Al igual que Salisbury, Ito había sido primer ministro de su país en tres ocasiones. (A diferencia de Salisbury, era también un notorio donjuán). Se supo que su visita a Gran Bretaña obedecía tan solo a razones de salud. En cualquier caso, fue recibido por Eduardo VII, quien le impuso la gran cruz de la orden de Bath. El alcalde de Londres ofreció un gran banquete en su honor. Cuando se puso de pie para devolver el brindis, Ito, según cuenta The Times, fue acogido “con prolongados vítores”. En su discurso, Ito habló acerca de la larga amistad, “de casi un siglo”, entre Japón y Gran Bretaña, así como de sus gratos recuerdos del país al que había ido a estudiar en su juventud. “Es muy natural –prosiguió diciendo–, que albergue la sincera esperanza de que perduren nuestros sentimientos de amistad y simpatía mutua, que estos sentimientos de amistad y simpatía mutua, que han existido entre nosotros en el pasado se fortalezcan cada día más en el futuro. (Vítores)”.[66] Luego visitó a Salisbury en Hatfield y a Lansdowne en su casa de campo de Bowood, y sostuvo conversaciones particularmente interesantes con este último.

El 30 de enero, se firmó la alianza anglo-japonesa. Aunque los británicos esperaban que esta abarcase también a la India, los japoneses insistieron en que se limitase a China. Ambos países acordaron seguir una política de puertas abiertas (aunque atendiendo al particular interés de Japón en Corea); permanecer neutrales en el caso de que uno de los dos fuese atacado por un tercer país; y acudir en auxilio del otro en caso de ataque por dos o más potencias. Hubo también una cláusula secreta relativa al poderío naval en la región. La armada británica y la japonesa comenzarían a hablar de cooperación contra enemigos potenciales en el Pacífico, como Francia o Rusia. La noticia del tratado fue acogida con notable entusiasmo en Japón, donde se organizaron manifestaciones públicas en respaldo del mismo. En Gran Bretaña la reacción fue más apagada, y el gobierno lo prefería así.

Gran Bretaña había abandonado una política que, sin ser estrictamente aislacionista ni centenaria, le había resultado muy útil. Durante buena parte del siglo xix había logrado establecer su comercio y su imperio sin preocuparse demasiado por las coaliciones de las potencias en su contra. Pero el mundo había cambiado y la alianza de Francia con Rusia representaba ahora un adversario formidable. Nuevas potencias como Alemania, Estados Unidos y el propio Japón socavaban también la hegemonía global británica. Su tratado con Japón era un modo de tantear el terreno, para decidir si deseaba entrar de lleno en las redes de las alianzas. En 1902, las perspectivas británicas eran alentadoras. La guerra de los Bóers había concluido finalmente en mayo de 1902, y Transvaal y el estado libre de Orange eran ahora parte del imperio británico. Y las esperanzas de que Alemania llegase a ser un aliado más firme no se habían desvanecido del todo.
En Alemania, la reacción fue en un principio de tibia complacencia. Al aliarse con Japón, Gran Bretaña se hallaba un paso más cerca de una confrontación con Rusia en Asia, y posiblemente también con Francia. Cuando el embajador británico en Berlín informó al káiser acerca del nuevo tratado, lo primero que dijo este fue: “Esos bobos parecen haber tenido un arranque de lucidez”.[67]

III

‘¡POBRE DEL PAÍS QUE TENGA A UN NIÑO POR REY!’. GUILLERMO II Y ALEMANIA

“¡Casi me parte el corazón –le escribió la reina Victoria en la primavera de 1859 a su tío Leopoldo, el rey de Bélgica–, no haber presenciado el bautizo de nuestro primer nieto! ¡No creo haber sufrido jamás decepción tan amarga como esta! ¡Y encima es una ocasión tan gratificante para ambas naciones, y estrecha tanto los lazos entre ellas, que me resulta peculiarmente humillante!”.[1] Aquel niño nacido en Prusia, e hijo de su primogénita, Victoria, era el futuro Guillermo II de Alemania, y las esperanzas que la orgullosa abuela tenía puestas en él y en la futura amistad entre sus pueblos prometían hacerse realidad.

Una alianza anglo-germana tenía mucho sentido. Alemania era una gran potencia terrestre, y Gran Bretaña una gran potencia marítima. Los intereses de Alemania se hallaban fundamentalmente en Europa; los de Gran Bretaña, en ultramar. Hasta la década de 1890, mientras estuvo bajo el control de Bismarck, Alemania se contentó con ser una potencia continental, y de esa forma ambos países no rivalizaban por la hegemonía imperial. También contribuyó el hecho de que tuvieran en Francia un enemigo común, y que compartieran el mismo temor a las ambiciones francesas. Después de todo, Prusia y Gran Bretaña habían luchado codo a codo para derrotar a Napoleón. Cuando Prusia, bajo el competente liderazgo de Bismarck, unificó los estados alemanes para conformar la nueva Alemania en 1870, Gran Bretaña se limitó a observar desde una apacible neutralidad. El gran intelectual Thomas Carlyle (autor de una elogiosa biografía de Federico el Grande) expresaba la opinión de muchos de sus colegas cuando manifestó: “El que esa noble, paciente, piadosa y sólida Alemania haya quedado finalmente soldada en una sola nación, y sea la reina del continente, en lugar de esa vaporosa, jactanciosa, gesticulante, pendenciera, inestable e hipersensible Francia, me parece el acontecimiento público más esperanzador de mi época”.[2] La creciente prosperidad de Alemania, que constituiría más adelante una fuente de preocupación en los círculos ingleses de preguerra, fue acogida

inicialmente como una buena noticia, dado el auge del comercio entre ambos países.



3. Otto von Bismarck, el Canciller de Hierro, fue un consumado estadista prusiano que, mediante una mezcla de hábil diplomacia y fuerza, provocó la creación de Alemania en 1871. En las décadas subsiguientes hizo de Alemania el centro de la política europea, enfrentando a una nación con otra y asegurándose de que Francia, el enconado enemigo de Alemania, permaneciera aislada. A Guillermo II, quien se convirtió en káiser en 1888, le incomodaba el dominio de Bismarck y, en 1890, lo destituyó, con lo cual la política exterior de Alemania fue a caer en unas manos mucho menos expertas.

Las semejanzas entre alemanes e ingleses demostraban que los dos pueblos formaban parte de la raza teutónica, que compartían los mismos valores de sensatez y sobriedad, y que tal vez siempre había sido así. Algunos historiadores argumentaron que ambas ramas –la continental y la insular– habían resistido ferozmente al imperio romano, y que a lo largo de los siglos habían creado instituciones políticas y sociales sólidas y autóctonas. La religión, todavía un factor de mucho peso en el siglo XIX, era otro punto de unión, al menos para quienes se hallaban entre la mayoría protestante de cada país. Además, en ambos países las élites eran en buena medida protestantes.[3]

Cada uno encontraba mucho de admirable en el otro. Los británicos admiraban la cultura y la ciencia alemanas. Las universidades y escuelas técnicas alemanas se convirtieron en modelos para los educadores británicos. Los estudiantes de esta nacionalidad de materias tales como la medicina tenían que aprender alemán para poder leer los últimos trabajos científicos. Los alemanes dominaban disciplinas importantes, como los estudios bíblicos y la arqueología; y la historia alemana, con su énfasis en el trabajo de archivo, la acumulación de datos y el uso de pruebas, daba la impresión de mostrar el pasado "tal como fue en realidad". Por su parte, los alemanes admiraban la literatura inglesa, especialmente a Shakespeare, así como el modo de vida británico. Aun durante la Gran Guerra, el Cecilienhof de Potsdam, construido para el príncipe heredero, tomó como modelo una casa inglesa estilo Tudor. Sus estantes, hasta el día de hoy, están llenos de obras de autores ingleses populares, desde P. J. Wodehouse hasta Dornford Yates.

A nivel personal, existían muchos vínculos, desde matrimonios hasta asociaciones de negocios en las ciudades del otro país. Robert Graves, el más inglés de los poetas, era de madre alemana. Eyre Crowe, más tarde famoso en el ministerio de Asuntos Exteriores como un firme opositor de Alemania, era hijo de una pareja mixta en Alemania y fue educado casi por completo en alemán. En un peldaño más alto de la escala social, mujeres inglesas como Evelyn Stapleton-Bretherton, natural de Sussex, se casó con el príncipe Blucher, un descendiente del gran mariscal prusiano, y Daisy Cornwallis-West, galesa del norte, llegó a ser princesa de Pless al casarse con uno de los hombres más ricos, y de una de las familias más antiguas, de Alemania. En lo alto de la escala, estaban las propias familias reales. La reina Victoria descendía de dos familias reales alemanas, los Hannover y, por parte de madre, los Sajonia-Coburgo. Ella luego se casó con un primo de la rama Sajonia-Coburgo, el príncipe Alberto. Entre los dos estaban emparentados con prácticamente todas las familias gobernantes de Alemania (además de con la mayoría de la del resto de Europa). En 1858, cuando su hija se casó con el futuro heredero del trono prusiano, pareció que se había añadido otra hebra importante a la red que conectaba a británicos y alemanes.

¿Cómo pudieron torcerse tanto las cosas? Los analistas políticos tal vez digan que el hecho de que Alemania y Gran Bretaña se hallasen en bandos contrarios en la Gran Guerra era inevitable, una consecuencia del conflicto entre una potencia global que veía desvanecerse su ventaja y el auge de un rival emergente. Se dice que estas transiciones rara vez tienen lugar de manera pacífica. La potencia hegemónica suele ser arrogante, suele predicar al resto del mundo cómo administrar sus asuntos, y suele ser insensible a los temores y preocupaciones de las potencias menores. Este tipo de potencia, como lo era Gran Bretaña por entonces, y como lo es hoy Estados Unidos, se resiste inevitablemente a admitir los indicios de su propia mortalidad, y la nueva potencia está impaciente por hacerse con una buena porción de lo que haya disponible, sean colonias, comercio, recursos o influencia.

En el siglo XIX, Gran Bretaña poseía el mayor imperio del mundo y dominaba

los mares y el comercio internacional. De un modo acaso comprensible, no demostraba la menor simpatía por las aspiraciones y preocupaciones de las demás naciones. Winston Churchill, que siempre fue un estadista con un fuerte sentido histórico, escribió poco antes de la Gran Guerra:

En tanto que otras naciones poderosas se han visto paralizadas por la barbarie y las guerras intestinas, nosotros nos hemos adueñado de una parte totalmente desproporcionada de la riqueza y del comercio del mundo. Tenemos todo el territorio que podríamos desear, y nuestro derecho a disfrutar sin intromisión alguna de estas vastas y espléndidas posesiones, adquiridas principalmente con violencia, preservadas fundamentalmente por la fuerza, a menudo parece menos razonable a los ojos de los demás que a los nuestros.

Por otra parte, Gran Bretaña irritaba a las demás potencias europeas con su inquebrantable fe en la superioridad, por ejemplo, de sus instituciones y de su política sobre las del continente, con su reticencia a adherirse al concierto de Europa, y con su calculado modo de intervenir en los conflictos solo cuando vislumbraba alguna ganancia para sí. En su escalada colonial, los estadistas británicos tendían a asegurar que solo se apropiaban de nuevos territorios en aras de asegurar los que ya poseían, o tal vez en un gesto de benevolencia hacia los pueblos sometidos, mientras que la única motivación de las otras naciones era la codicia.

Alemania, en cambio, mostraba las inseguridades y ambiciones propias de una potencia mundial emergente. Era sensible a las críticas y le preocupaba constantemente no ser tomada lo bastante en serio. Era un país grande en el corazón de Europa, y económica y militarmente más fuerte, y también más dinámico, que sus grandes vecinos: Francia, Rusia y el imperio austrohúngaro. No obstante, en sus momentos más sombríos se sentía constreñida. Su comercio se expandía por todo el mundo, compitiendo cada vez más con el de Gran Bretaña; pero esto no era suficiente. Carecía de colonias, que, junto a las concomitantes bases navales, las explotaciones de carbón y los servicios de telégrafo, constituían los rasgos distintivos de una potencia global. Además, cada

vez que intentaba incorporar territorios de ultramar, en África o en el Pacífico sur, Gran Bretaña invariablemente ponía alguna objeción. De modo que, cuando el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Bernhard von Bülow, pronunció su vehemente discurso en el Reichstag en 1897, en el que decía que Alemania reclamaba su lugar bajo el sol, fue muy bien recibido por sus compatriotas.

Gran Bretaña, al igual que muchas otras potencias dominantes antes y después, era consciente de que el mundo estaba cambiando y de que se enfrentaba a nuevos desafíos. Su imperio era demasiado grande y demasiado disperso; lo que daba pie a que los imperialistas patrios argumentaran la necesidad de incorporar todavía más territorios para proteger los que ya tenían, así como las cruciales rutas marítimas y telegráficas. Su producción industrial, aunque seguía siendo grande, lo era ahora en una proporción menor con respecto al total mundial, debido a que unas potencias nuevas como Alemania y Estados Unidos le estaban dando alcance, y otras viejas como Japón y Rusia se estaban incorporando aceleradamente a la era industrial. Y haber sido los primeros puede acarrear problemas a la larga. La infraestructura industrial británica era antigua y no se estaba renovando con la suficiente celeridad. Su sistema educativo formaba a excesivos clasicistas y a demasiado pocos ingenieros y científicos.

No obstante, sigue en pie la pregunta: ¿por qué llegó a ser Alemania el principal enemigo de Gran Bretaña cuando otros pudieron fácilmente haberlo sido? Alemania, después de todo, no era más que uno de los distintos peligros que amenazaban la hegemonía británica. Otras potencias aspiraban a su lugar bajo el sol. En los años anteriores a 1914, pudo haber habido guerras por conflictos coloniales entre Gran Bretaña y Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, o Gran Bretaña y Rusia; en todos los casos faltó poco para que estallaran. Pero estas relaciones potencialmente peligrosas se supieron manejar y las principales fuentes de conflictos fueron eliminadas. (Hoy en día hemos de confiar en que Estados Unidos y China sean igualmente sensatos y lo logren también).

Lo cierto es que hubo tensiones en las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania a lo largo de los años, una tendencia a sospechar de los motivos del otro y una

predisposición a sentirse mutuamente ofendidos. El telegrama a Kruger en 1896, en que el káiser felicitó de manera precipitada al presidente del pequeño estado independiente de Transvaal a raíz de la victoria afrikáner contra la incursión de Jameson, provocó airadas reacciones en Gran Bretaña. “El emperador alemán ha dado un paso muy grave –dijo The Times–, que solo puede ser interpretado como hostil a este país”.[4] Salisbury se hallaba asistiendo a una cena cuando recibió la noticia, y, según se dice, le comentó a una de las hijas de la reina Victoria, que tenía a su lado: “¡Qué atrevimiento, señora, qué atrevimiento!”.[5] La opinión pública británica se encolerizó. Guillermo había sido nombrado recientemente coronel honorario de los dragones reales; parece ser que los demás oficiales de este cuerpo destrozaron su retrato y arrojaron los trozos al fuego.[6] Paul Hatzfeldt, el embajador alemán en Londres, escribió a Berlín: “Era tal la exaltación general –de esto no tengo duda alguna– que, si el gobierno hubiera perdido la cabeza, o deseado por cualquier pretexto iniciar una guerra, hubiera tenido todo el apoyo del público”.[7] En vísperas de la Gran Guerra, sir Edward Goschen, el embajador en Berlín, le dijo a un colega que, en su opinión, el telegrama a Kruger había sido el comienzo de la división entre Gran Bretaña y Alemania.[8]

Aun cuando se llegó a algunos acuerdos, el proceso dejó una estela de rencor y desconfianza. Cuando Gran Bretaña creó dificultades en 1898 en las negociaciones acerca de las colonias portuguesas, el káiser escribió un airado memorándum: “¡La conducta de lord Salisbury es del todo jesuítica, monstruosa e insolente!”.[9] Los británicos, por su parte, se ofendieron profundamente por el modo en que los alemanes aprovechaban la preocupación de Gran Bretaña por el deterioro de la situación en el sur de África para obligarla a sentarse a la mesa de negociaciones. Salisbury, que no compartía el entusiasmo de Chamberlain por una alianza en toda regla con Alemania, le dijo al embajador alemán: “Pedís demasiado por vuestra amistad”.[10]

Al año siguiente, Alemania amenazó con retirar a su embajador en Londres cuando Salisbury se negó a ceder ante las exigencias alemanas sobre el archipiélago de Samoa. Impetuosamente, el káiser le envió a su abuela una carta extraordinariamente descortés, en la que criticaba a su primer ministro: “Este modo de tratar los intereses y sentimientos de Alemania ha causado en el pueblo

el efecto de una descarga eléctrica, y ha suscitado la impresión de que a lord Salisbury no le agradamos más que Portugal, Chile o la Patagonia". Y añadía una amenaza: "Si se sigue tolerando que el gobierno de lord Salisbury mantenga este tipo de actitud prepotente hacia los intereses alemanes, me temo que habrá una fuente perpetua de incomprensión y recriminaciones entre los dos países, lo que a la larga puede engendrar animosidad".[11] La vieja reina, tras consultar con Salisbury, replicó con suma dureza: "El tono en que escribís sobre lord Salisbury solo puedo atribuirlo a una temporal irritación por vuestra parte, pues de otro modo no creo que hubierais escrito de semejante modo, y dudo que alguna vez un soberano le haya escrito en tales términos a otro soberano, tanto menos a su propia abuela, respecto a su primer ministro".[12]

La guerra de los Bóers generó nuevas tensiones. El gobierno alemán tuvo, en realidad, un papel positivo, al rechazar incorporarse a una coalición de potencias para obligar a Gran Bretaña a firmar la paz con las dos repúblicas Bóers. Alemania no recibió todo el crédito que pudo haber cosechado, en parte debido al tono condescendiente y prepotente que Bülow y otros adoptaron para con Gran Bretaña. Como dijera después Friedrich von Holstein, el encargado virtual de las relaciones exteriores de Alemania: "Al actuar de manera amistosa y expresarnos de manera hostil, nos hemos caído por el hueco entre dos sillas". [Por "nos" entiéndase "Bülow"].[13]

Por lo demás, el hecho de que el público alemán, desde la emperatriz hacia abajo, apoyase mayoritariamente a los Bóers confirmaba la impresión en Gran Bretaña de que Alemania trabajaba activamente en pos de su derrota. Circulaban rumores de que algunos oficiales alemanes se estaban enrolando en los ejércitos Bóers, cuando en realidad el káiser les había prohibido participar. En los primeros meses de la guerra, Gran Bretaña capturó tres vapores postales alemanes, sospechando –erróneamente, como más tarde se vio– que transportaban material de guerra para los Bóers. (En uno de ellos, según el diplomático alemán Eckardstein, lo más peligroso que había eran cajas de queso suizo). Al demorarse los británicos en liberar los barcos, el gobierno alemán acusó a Gran Bretaña de violar el derecho internacional, en tono amenazador. Bülow, que deseaba de momento mantener la comunicación con Chamberlain, le escribió al entonces canciller Gottfried Hohenlohe: "La gravedad y la

profundidad de la desafortunada antipatía de Alemania hacia Gran Bretaña constituye un gran peligro para nosotros. Si el público británico se percatara con claridad del sentimiento antibritánico que prevalece hoy en Alemania, tendría lugar un gran vuelco en su concepción de las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania”.[14] De hecho, el público británico estaba al tanto de aquel sentimiento germano, ya que la prensa británica daba cuenta de él minuciosamente. El Atheneum Club de Londres tenía una muestra especial de historietas y artículos antibritánicos publicados en Alemania.[15]

Aunque resulta difícil medirlo en una época anterior a las encuestas de opinión, el sentir de la élite de cada país, tanto en los ministerios de Asuntos Exteriores como en los parlamentos, o entre los militares, se estaba volviendo mutuamente hostil a comienzos del siglo xx.[16] Y había un nuevo factor, desconcertante para muchos en los círculos del gobierno: el de la creciente importancia de la opinión pública. “La mala voluntad hacia nosotros es menor en las altas esferas de la sociedad, quizá también entre las clases bajas de la población, la masa de trabajadores –escribió en 1903 a Berlín el conde Paul Metternich, quien sucedió a Hatzfeldt como embajador alemán en Londres–. Pero, de todos los que hay en el medio, y que trabajan con la mente y la pluma, la gran mayoría nos son hostiles”.[17] La clamorosa demanda popular de que el gobierno alemán hiciese algo respecto a Gran Bretaña, o de que el gobierno británico plantara cara a Alemania, no solo presionaba a quienes decidían la política exterior, sino que limitaba la posibilidad de colaboración entre los dos países.

La de Samoa, por ejemplo, era una crisis que no debió existir, ya que no había grandes intereses nacionales en juego. Sin embargo, resultó innecesariamente difícil de resolver por culpa de la agitación pública, sobre todo en Alemania. “Pues aun cuando la gran mayoría de nuestros políticos tabernarios no sabía si Samoa era un pez, un ave o una reina extranjera –dijo Eckardstein–, todos se desgañitaban gritando que, fuese lo que fuese, era alemana y debía seguir siendo por siempre alemana”.[18] De repente la prensa alemana descubrió que Samoa era esencial para el prestigio y la seguridad nacionales.[19]

Pero la opinión pública suele ser voluble. Piénsese en el súbito cambio que tuvo lugar en Estados Unidos en 1972, cuando el presidente Nixon viajó a Pekín y China dejó de ser un enconado enemigo para convertirse en un nuevo amigo. Cuando la reina Victoria sufrió su última enfermedad mortal, el káiser corrió a su lado, a pesar de que aún seguía la guerra de los Bóers, y su gobierno temía un recibimiento hostil hacia él en Gran Bretaña. Él la sostuvo en brazos en sus últimos momentos, durante dos horas y media, y posteriormente afirmó haber ayudado a su tío, el nuevo rey Eduardo VII, a colocarla en su ataúd. La reina, recordaría más tarde el káiser, estaba "tan pequeña… y tan liviana".[20] The Daily Mail llamó a Guillermo "un amigo en la adversidad", y The Times dijo que merecía "un sitio perdurable en sus recuerdos y afectos". The Telegraph recordó a sus lectores que Guillermo era medio inglés: "Nunca hemos dejado de enorgullecer-nos en secreto de que la personalidad más impresionante y dotada que haya subido a un trono europeo desde Federico el Grande sea en buena medida de nuestra misma sangre". En un almuerzo antes de su partida, Guillermo abogó por la amistad: "Deberíamos formar una alianza anglo-germana, vosotros cuidaríais de los mares, mientras que nosotros nos haríamos responsables de la tierra; con una alianza así ni un ratón podría moverse en Europa sin nuestro permiso".[21]

La competencia económica; una relación tormentosa, hecha de mutuas suspicacias y franca hostilidad ocasional; la presión de la opinión pública: todo esto contribuye a explicar por qué los deseos del káiser no se materializaron, y por qué Alemania y Gran Bretaña tomaron caminos divergentes antes de 1914. Pero si Alemania y el imperio austrohúngaro hubieran vuelto a ser enemigos (como lo fueron hasta 1866), o si hubiese estallado una guerra entre Gran Bretaña y Francia, hubiera sido igualmente sencillo achacarlo a la influencia de factores similares. De modo que, una vez puestas sobre la mesa todas las cartas, la pregunta sigue en pie. ¿Por qué llegaron Alemania y Gran Bretaña a semejante antagonismo?

Parte de la explicación se halla en el modo de gobierno de Alemania, que confería demasiado poder al complejo y desconcertante personaje que se sentó en su cúspide desde 1888 hasta 1918, cuando se vio obligado a abdicar. La propaganda de los aliados culpaba a Guillermo II de haber iniciado la Gran

Guerra, y de hecho los aliados victoriosos en París consideraron en algún momento la posibilidad de llevarlo ante los tribunales. Aquello era probablemente injusto: Guillermo nunca deseó una guerra europea generalizada, y en la crisis de 1914, así como en las anteriores, su inclinación fue preservar la paz. El conde Lerchenfeld, el perspicaz representante de Baviera en Berlín antes de la Gran Guerra, creía en sus buenas intenciones: “El káiser Guillermo erró, pero no pecó”; solo que su lenguaje violento y sus indignantes declaraciones causaban en los observadores una impresión equivocada.[22] No obstante, contribuyó decisivamente a tomar las medidas que dividieron a Europa en dos bandos hostiles fuertemente armados. Cuando decidió construir una armada para desafiar el poder marítimo inglés, creó una escisión entre Alemania y Gran Bretaña, y de ahí derivó buena parte de lo que aconteció después. Además, la errática conducta de Guillermo, sus entusiasmos cambiantes y su propensión a hablar demasiado sin pararse a pensar, contribuyeron a crear la imagen de una Alemania peligrosa, de un estado inconformista que no acataba las reglas del juego internacional, y que estaba decidido a dominar el mundo.

Emperador de los alemanes, rey de Prusia, el primero entre los demás monarcas alemanes, descendiente del gran rey guerrero Federico el Grande y nieto de su tocayo Guillermo I, en cuyo reinado nació Alemania como país, Guillermo II quería dominar la escena mundial, no solo la alemana. En privado era impaciente e inquieto, de rasgos animados y expresiones rápidamente cambiantes. “Conversar con él –dijo el barón Beyens, embajador belga en Berlín antes de la Gran Guerra–, implica hacer el papel de oyente, darle tiempo para desarrollar vivazmente sus ideas, y de vez en cuando aventurar algún comentario, que su rápida mente, revoloteando de un tema a otro, atrapa con avidez”.[23] Cuando algo lo divertía Guillermo se reía estruendosamente, y cuando se enojaba sus ojos destellaban “como el acero”.

Era apuesto, rubio, de piel suave y lozana y ojos grises. En público representaba muy bien su papel de gobernante, con sus uniformes militares, sus ostentosos anillos y brazaletes y su porte erguido de soldado. Como Federico el Grande y como su abuelo, solía vociferar órdenes y garabatear comentarios lacónicos y a menudo groseros –“pescado podrido”, “basura”, “estupideces”– en los documentos. Sus rasgos componían una severa máscara, y su mirada era fría; el

célebre bigote de puntas agresivas era emparejado todas las mañanas por su barbero personal. "Nos preguntamos –decía Beyens–, con un poco de angustia, si el hombre que acabamos de ver está realmente convencido de lo que dice, o si es el más impresionante actor que ha aparecido en el escenario político de nuestro tiempo".[24]

Guillermo era un actor, un actor que en secreto dudaba de si estaría o no a la altura del papel que había de desempeñar. El veterano embajador francés en Berlín, Jules Cambon, tenía la impresión de que "S. M. tenía que hacer un gran esfuerzo, un esfuerzo inmenso, por mantener la actitud severa y digna que se espera de un soberano, y que era un gran alivio para él, al concluir la parte oficial de la audiencia, poder relajarse y entregarse a una conversación agradable, e incluso jocosa, que parecía corresponderse mucho más con la verdadera naturaleza de S. M.".[25] En opinión de Albert Hopman, un asesor naval que usualmente tendía a la adulación, Guillermo tenía "una inclinación un tanto femenina en su carácter, pues carecía de lógica, de formalidad y de verdadera solidez interior masculina".[26] Walther Rathenau, industrial alemán sumamente inteligente y perspicaz, se maravilló del contraste entre su personalidad en público y en privado en su primer encuentro con el káiser. Vio a un hombre que se esforzaba por mostrar un vigoroso dominio que no le era connatural: "Una naturaleza dirigida contra sí misma, de modo inconsciente. Muchos otros han visto esto: menesterosidad, suavidad, anhelo de compañía, una naturaleza infantil violentada, todo esto era palpable por detrás de las proezas atléticas, la alta tensión y la actividad retumbante".[27]

También en esto se parecía Guillermo a Federico el Grande. Ambos hombres tenían un lado gentil, sensible e intelectual que se sintieron obligados a reprimir a causa de sus circunstancias. Aunque Guillermo carecía del gusto exquisito de Federico, le encantaba diseñar edificios (más bien feos y pomposos). En sus últimos años se apasionó por la arqueología, y arrastraba durante semanas a su infortunada corte hasta Corfú, donde tenía una excavación. Por otra parte, no le gustaban ni el arte ni la literatura modernos. "Vaya serpiente he criado en mi seno", exclamó tras el estreno en Berlín de la Salomé de Richard Strauss.[28] El gusto del káiser se decantaba más por la música alta y estridente.[29]

Guillermo era inteligente, poseía una excelente memoria y le gustaba estar al corriente de las nuevas ideas. “Uno no puede evitar asombrarse una y otra vez –escribió un sufrido oficial a su servicio–, de la extraordinaria atención que el emperador prodiga a todas las tendencias modernas del progreso. Hoy es el radio, mañana serán las excavaciones en Babilonia, y pasado mañana tal vez discurra sobre una investigación científica libre y desprejuiciada”.[30] Asimismo era un buen cristiano, y cuando estaba de humor pronunciaba sermones llenos, como dijo Hopman, “de misticismo y crasa ortodoxia”.[31] Guillermo tenía una tendencia, bastante descontrolada por ser él quien era, a saberlo todo. Instruyó a su tío Eduardo sobre cómo debían los británicos llevar adelante la guerra de los Bóers, y le envió bocetos de acorazados a su ministerio de la Marina. (También le dio muchos consejos no solicitados a la marina británica).[32] Pretendía enseñar su oficio a los directores de orquesta y a los pintores. Como cruelmente dijera Eduardo, Guillermo era “el más brillante fracasado de la historia”.[33]

No le gustaba que lo contradijeran y hacía todo lo posible por evitar a quienes podían disentir con él o darle alguna mala noticia. Como le dijo a Holstein en 1891 el diplomático Alfred von Kiderlen-Wächter: “Él simplemente se convence a sí mismo de una opinión […]. Cualquiera que esté a favor es citado como una autoridad; cualquiera que disienta de ella ‘está siendo embaucado’”.[34] En su mayor parte, los que integraban la corte de Guillermo y sus consejeros oficiales más cercanos aprendieron a seguirle la corriente a su señor. “Cuanto más ascendemos, estas intrigas y este servilismo se vuelven naturalmente peores –dijo el conde Robert Zedlitz-Trützschler, durante siete años responsable de la casa imperial–, pues es en la cumbre donde uno abriga los mayores temores y esperanzas. Todo el que se halla en la inmediata cercanía del emperador se convierte, a todos los efectos, en su esclavo”.[35]

También sus sirvientes tenían que mantener entretenido a su señor y soportar sus bromas. A lo largo de toda su vida, el sentido del humor de Guillermo siguió siendo el de un adolescente. Se burlaba de las peculiaridades físicas: por ejemplo, de la cabeza calva del representante del estado de Baden en Berlín.[36] En sus cruceros veraniegos por el mar del Norte, Guillermo obligaba a los demás

pasajeros a salir a hacer gimnasia matutina, y encontraba muy divertido empujarlos por detrás o cortarles los tirantes. Apretaba demasiado, y a propósito, al saludar con su fuerte mano derecha y sus cortantes anillos, daba codazos a la gente o les tiraba de las orejas.[37] Cuando le atizó al gran duque Vladímir de Rusia un "resonante golpe" con su bastón de mariscal de campo, lo hizo, naturalmente, dijo Zedlitz, a modo de broma. "Nadie pudo dejar de advertir que este tipo de nonchalance distaba de complacer a estos personajes reales e imperiales, y no puedo sino temer que el emperador haya disgustado gravemente a no pocas cabezas coronadas con tales jugueteos, que difícilmente podrían ser de su agrado".[38] De hecho, el rey de Bulgaria, un país que Alemania esperaba convertir en su aliado, cierta vez abandonó Berlín "lívido de odio", después de que el káiser le diera un cachete en el trasero en público.

Aunque era mojigato en presencia de mujeres, cuando se hallaba entre hombres a Guillermo le encantaban los cuentos groseros y las payasadas, y ver robustos soldados vestidos de mujer le parecía el colmo de la comedia. "He hecho de enano –dijo Kiderlen tras una salida con Guillermo–, y apagué las luces para gran deleite del káiser. En una cantinela improvisada, C. y yo hicimos de mellizos chinos; íbamos unidos por una enorme salchicha". En 1908, el jefe de su gabinete militar murió de un infarto mientras bailaba vestido con un tutú y un sombrero de plumas.[39]

Siempre ha habido rumores de que Guillermo era homosexual, debidos en parte a su gran amistad con Philip Eulenburg, que lo era; pero esto no parece probable. En su juventud tuvo varios romances con mujeres, y al parecer sentía devoción por su esposa, la duquesa alemana Augusta Victoria, o Dona, como la llamaban. Sin embargo, al morir ella, después de la Gran Guerra, él volvió a casarse enseguida. Dona era sumamente antibritánica, extremadamente conservadora y rígidamente protestante; por ejemplo, no toleraba católicos entre sus allegados. Tampoco permitía que se presentase en la corte nadie que estuviese mínimamente implicado en algún escándalo. Berlín se acostumbró a ver a la comitiva real abandonar los teatros cada vez que Dona creía detectar algo indecente en el escenario. Beyens, el embajador belga en Berlín, hizo esta cruel pero precisa observación: "Su gran objetivo es que la vida familiar en las residencias reales sea tan acogedora y hogareña como la de un humilde

hacendado prusiano”.[40] Y a pesar de los esfuerzos de Guillermo por volverla más elegante, escogiéndole sus ropas y cubriéndola de joyas caras y ostentosas, ella misma parecía siempre la esposa de un hacendado prusiano. Según comentara cruelmente un observador, cuando ella se ponía un vestido dorado con una faja roja para asistir a un baile de la corte, “parecía un petardo de feria”.[41] Dona adoraba a Guillermo y le dio siete hijos, pero no conseguía entretenerlo. Para eso él tenía sus cruceros y sus partidas de caza con su séquito masculino. No parece que se diera cuenta de que a Eulenburg, y posiblemente a otros miembros de su círculo, no le interesaban mucho las mujeres, de modo que fue una auténtica conmoción para él cuando se convirtió en escándalo público.

El káiser, como demuestra claramente el caso de Eulenburg, no era nada perspicaz en materia psicológica. Tampoco se le daba bien comprender el punto de vista de los demás. El propio Eulenburg, posiblemente el amigo más íntimo del káiser, y alguien que lo quería por sus propios valores, escribió en 1903: “S. M. ve y juzga todas las cosas y a todos los hombres únicamente desde su perspectiva personal. Ha perdido completamente la objetividad, y la subjetividad cabalga en un corcel que da bocados y coces”.[42] Siempre fue propenso a sentirse agraviado, pero con frecuencia él mismo insultaba a los demás. Alemania era en teoría una federación de principados, siendo Guillermo el primero entre iguales; pero tan condescendiente y avasallador se mostraba con los demás gobernantes que la mayoría de ellos procuraban evitarlo.

Guillermo prefería, con mucho, hablar a escuchar. En los primeros doce años de su reinado pronunció cuatrocientos discursos oficiales y otros tantos no oficiales.[43] Toda la corte sentía angustia, decía Lerchenfeld, cuando el káiser se disponía a pronunciar un discurso, porque nunca sabían lo que iba a decir.[44] Y, de hecho, a menudo decía cosas sumamente tontas o tendenciosas. Le gustaba afirmar que “aplastaría”, “destruiría” o “aniquilaría” a quienes se interpusieran en su camino o en el de Alemania. Al inaugurar un monumento militar en Fráncfort durante el primer año de su reinado, declaró que no renunciaría a ningún territorio que sus ancestros hubiesen conquistado: “Antes dejaríamos nuestros dieciocho cuerpos de ejército y nuestros cuarenta y dos millones de habitantes en el campo de batalla que renunciar a una sola piedra”.[45] Acaso su discurso más notorio sea el que pronunció en 1900 para despedir a la expedición

alemana enviada a sofocar el levantamiento de los bóxers. Habrían de enfrentarse a un enemigo salvaje y no podían mostrar debilidad. "¡Cualquiera que caiga en vuestras manos ha de caer bajo vuestra espada!". En una sentencia que quedó fijada en la mente de los alemanes, exhortó a los soldados a ser como los hunos de antaño: "Deberéis hacer que China os recuerde durante mil años, y que ningún chino, tenga o no los ojos rasgados, se atreva a mirar de frente a un alemán".[46]

Aunque admiraba la rudeza en otros y él mismo aspiraba a ella, Guillermo era emocionalmente frágil. Le atormentaban "las dudas y los autorreproches", dijo Wilhelm Schön, uno de sus diplomáticos. Su séquito se preocupaba constantemente por su estado nervioso, su tendencia a exaltarse y sus violentos arranques de cólera.[47] Cuando se enfrentaba a situaciones –a menudo creadas por él mismo– que no podía manejar, muchas veces se derrumbaba y hablaba de abdicar; a veces hasta de suicidarse. "En momentos como esos –decía Schön–, se requerían todos los poderes de persuasión de la emperatriz para resucitar su coraje e inducirlo a continuar desempeñando su cargo, prometiendo hacerlo mejor".[48] ¿Tenía acaso –se preguntaba un agregado militar austriaco en Berlín–, como suele decirse, un tornillo suelto? Muchos de quienes trabajaban con él compartían este temor. En 1903, Eulenburg viajaba en uno de los habituales cruceros del káiser por el mar del Norte. Era una época en que Guillermo normalmente estaba tranquilo, relajado y jugando a las cartas con su fiel séquito; pero se había vuelto cada vez más temperamental. "Es difícil de manejar y complicado en todos los aspectos", le escribió desesperado Eulenburg a Bülow. Guillermo cambiaba de opinión en un momento, y sin embargo nunca dejaba de insistir en que tenía la razón. "Pálido, despotricando descompuesto –proseguía Eulenburg–, mirando nerviosamente a su alrededor y soltando mentira tras mentira, me causó una impresión tan terrible que aún no logro reponerme".[49]

Para comprender a Guillermo es necesario remontarse a su niñez; en realidad, tal vez hasta a su mismo nacimiento. Y tanto en su época como después se ha dedicado muchísimo tiempo a esta tarea. Su madre, Vicky, tenía solo dieciocho años al darlo a luz, y su parto fue terriblemente prolongado y difícil. Es posible que el recién nacido sufriera de asfixia temporal, y acaso algún daño cerebral. Una vez seguros de que Guillermo estaba vivo, los médicos se preocuparon por

la joven madre, que se hallaba en un estado lastimoso. Hasta horas más tarde no se percataron de que el brazo izquierdo del bebé estaba desencajado.[50] Este brazo nunca creció como debía, pese a toda una panoplia de tratamientos, que iban desde aplicarle descargas eléctricas hasta atarle alrededor un esqueleto de liebre. Los trajes y uniformes de Guillermo estaban cortados cuidadosamente para disimularle el defecto, pero este resultaba engorroso para un hombre a quien todos, incluido él mismo, querían ver como una gallarda figura militar a caballo.

Su madre, quien le confesó a la reina Victoria que al principio no les prestaba mucha atención a sus hijos (que llegarían a ser ocho), compensaría luego con creces esta desatención, supervisando cada detalle de su educación. Su madre la previno: “A menudo pienso que un celo excesivo, una vigilancia demasiado constante, conduce en el futuro a los mismos peligros que se desea evitar”.[51] La vieja reina tenía razón. A Guillermo le desagradaba su tutor, un hombre rígido y sin gracia que intentó darle una educación progresista. Sus padres, el príncipe heredero y la princesa, soñaban con convertir Alemania en una monarquía constitucional en toda regla y en un estado participativo moderno. Vicky no contribuyó a ello, dejando bien claro que Alemania le parecía inferior a Gran Bretaña en muchísimos aspectos. Esto se oponía a la retrógrada y conservadora corte prusiana y, en primer lugar, a Guillermo I y su extremadamente poderoso ministro, Bismarck. Aunque el joven Guillermo tuvo una intensa y a menudo amorosa relación con su madre, con el tiempo llegaría a acumular resentimiento contra ella. Lo mismo podría decirse de su relación con Gran Bretaña.

Para consternación de su madre, Guillermo gravitaba precisamente hacia aquellos elementos de la sociedad prusiana que ella más detestaba: los aristócratas terratenientes, o junkers, con su visión reaccionaria y su suspicacia por el mundo moderno; los militares, con sus cerrados valores jerárquicos; y la corte profundamente conservadora de Guillermo I. El joven príncipe admiraba muchísimo a su abuelo, el monarca que había cubierto de gloria a los Hohenzollern, al unificar Alemania bajo su gobierno. Asimismo, supo sacar partido de las diferencias entre Guillermo I y sus padres. De joven, cuando no quería acompañar a su padre en algún viaje, lograba que su abuelo interviniese. Mientras que el príncipe heredero, a instancias de Bismarck, era excluido de toda participación en asuntos de gobierno, a Guillermo se le permitía ir en misiones

diplomáticas, y en 1886 fue encomendado al ministerio de Asuntos Exteriores para que ganase experiencia, algo que a su padre nunca le fue permitido. En un raro momento de reflexión, Guillermo le contó al hijo de Bismarck que su buena relación con su abuelo, el rey, "desagradaba" a su padre: "Él no se hallaba bajo la autoridad de su padre, no recibía ni un céntimo de su padre; como todo derivaba del cabeza de familia, él era independiente de su padre".[52]

Al cumplir dieciocho años, Guillermo se incorporó a un regimiento de élite donde, como afirmaría más tarde, se sintió de inmediato como en casa. "Había vivido años de enorme temor viendo que no se valoraba mi naturaleza, asistiendo a cómo se ridiculizaba todo aquello que era para mí lo más alto y sagrado: Prusia, el ejército y todos los gratificantes deberes que encontré por primera vez en este cuerpo de oficiales, y que me han proporcionado júbilo, felicidad y satisfacción en este mundo".[53] Le encantaba el ejército, le encantaba la compañía de los demás oficiales (llenó su casa de ellos), y le encantaba especialmente que algún día todo eso fuera a ser suyo. Aquel día llegó mucho antes de lo que nadie esperaba.

El viejo rey Guillermo murió en marzo de 1888. Su hijo, quien estaba ya gravemente enfermo de cáncer de garganta, lo siguió tres meses después. Este momento es uno de los grandes puntos de inflexión de la historia moderna. ¿Qué hubiera pasado si Federico, con el apoyo de su esposa Vicky, hubiera gobernado Alemania, digamos, durante las dos décadas siguientes? ¿Se habrían alejado resueltamente del gobierno absolutista hacia una verdadera monarquía constitucional? ¿Habrían logrado imponer un control civil firme sobre el ejército? ¿Habría tomado Alemania un camino diferente en política internacional, tal vez hacia una mayor amistad, o incluso una alianza, con Gran Bretaña? Con Guillermo II, Alemania tuvo otro tipo de gobernante y un destino diferente.

El ascenso de Guillermo al trono no habría importado tanto si él hubiese sido, como su abuela, su tío y su primo, el gobernante hereditario de Gran Bretaña. Si bien estos poseían una influencia a menudo considerable, no tenían el poder de

Guillermo. Este, por ejemplo, podía nombrar a los ministros que quisiese, dirigir el ejército y conformar la política exterior de Alemania. Allí donde los gobernantes británicos tenían que lidiar con un primer ministro y un gabinete, que a su vez respondían ante un poderoso parlamento, Guillermo designaba y destituía a su antojo a sus cancilleres y ministros. Aunque estaba obligado a pedir financiación al Reichstag, él, o en la práctica sus ministros, por lo general lograban obtener lo que necesitaban. Es cierto que quienes lo rodeaban aprendieron a manejarlo (Eulenburg, antes de caer en desgracia, era particularmente hábil para ello), y que no siempre lo mantenían plenamente informado acerca de algunos temas sensibles. No obstante, él podía y solía interferir para decretar políticas y nombramientos.

Tampoco habría importado si Guillermo hubiese sido, como por ejemplo su pariente lejano el príncipe Guillermo de Wied, el rey de Albania. Pero era el gobernante de uno de los países más poderosos del mundo. Como dijo Zedlitz después de uno de los colapsos nerviosos de Guillermo: “Es un niño y siempre lo será; pero un niño que tiene el poder de hacerlo todo difícil o imposible”. Y llegó a citar el Eclesiastés: “¡Pobre del país que tenga a un niño por rey!”.[54] Y Alemania era, además de poderosa, complicada; lo que resultaba peligroso en manos de alguien como Guillermo. Era casi como regalarle un potente automóvil al Sapo del clásico infantil El viento en los sauces. (Curiosamente, Guillermo detestó los automóviles cuando aparecieron por primera vez, y alegó que asustaban a los caballos; pero tan pronto como poseyó uno se convirtió, según Bülow, en “un automovilista fanático”).[55]

Con la unificación de los estados alemanes en el Reich en 1871, Alemania llegó a ser el país más poblado de Europa al oeste de Rusia, lo que representaba una ventaja en el número de potenciales reclutas para sus fuerzas armadas. Además, el ejército alemán tenía fama de ser el mejor entrenado y con mejores oficiales de todo el mundo. Para 1911, había en Alemania sesenta y cinco millones de habitantes, mientras que Francia tenía treinta y nueve, y Gran Bretaña cuarenta. (Rusia contaba con ciento sesenta millones, una de las razones por las que constituía un aliado tan valioso para Francia). Se estaba convirtiendo rápidamente en la economía más dinámica de Europa. En 1880, Gran Bretaña era el principal país exportador, con el veintitrés por ciento del comercio

mundial, mientras que Alemania poseía el diez por ciento. Hacia 1913, Alemania pugnaba por alcanzar a Gran Bretaña: ya contaba con el trece por ciento del comercio mundial, mientras que Gran Bretaña había descendido hasta el diecisiete por ciento. Logró alcanzar a Gran Bretaña en producción siderúrgica en 1893, y en 1913 era el principal exportador mundial de maquinaria.

Con la industrialización surgieron los sindicatos, los movimientos obreros y las huelgas; incluso en Alemania, donde los beneficios sociales eran mayores que en casi todos los demás países. En 1896-1897 estalló una huelga importante en el gran puerto de Hamburgo, y desde entonces no dejó de haber huelgas periódicas en distintas partes del país, hasta el comienzo mismo de la guerra. En la mayoría de los casos los objetivos eran económicos, pero estos se fueron politizando cada vez más, pretendiendo lograr cambios en la sociedad alemana. El número de afiliados a los sindicatos creció significativamente, de menos de dos millones en 1900 a tres millones en 1914. Aún más preocupante para las clases gobernantes alemanas fue la aparición de un poderoso partido socialista. En 1912 el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) era el mayor partido del Reichstag, con casi un tercio de los escaños y del voto popular.

Alemania no era la única en sentir las presiones provocadas por estas transformaciones aceleradas pero su sistema político estaba particularmente mal equipado para bregar con ellas. Bismarck, pese a ser un gran estadista, había creado un sistema y una constitución endebles, que solo funcionaron cuando él estuvo al mando, y ni siquiera siempre. En teoría, según la constitución, Alemania era una federación compuesta por dieciocho estados diferentes. Tenía un parlamento federal, el Reichstag, elegido mediante sufragio universal masculino, con la responsabilidad de aprobar presupuestos federales. Disponía además de un consejo federal, el Bundesrat, compuesto por representantes de los estados, con el derecho de supervisar aspectos cruciales de la política exterior y del ejército y la armada. Pero una cosa era la teoría y otra la práctica. Aquel consejo nunca adquirió importancia; Bismarck no tuvo jamás la menor intención de compartir el poder, ni el suyo ni el de Prusia. Acumulaba en su persona los cargos de canciller alemán y de ministro-presidente prusiano, práctica que continuó hasta el final de la Gran Guerra. También era ministro de Asuntos Exteriores, y dirigía los asuntos extranjeros mayormente desde el ministerio de

Asuntos Exteriores prusiano. Con estas competencias, en parte coincidentes, nunca quedaba claro sobre quién recaía realmente la responsabilidad.

Pero Bismarck y sus sucesores no lograron administrar Alemania enteramente a su antojo; al pasar los años tuvieron que lidiar con un Reichstag capaz de aducir, con razón, que representaba la voluntad del pueblo alemán, y que podía suponer un formidable obstáculo para las políticas gubernamentales si amenazaba con vetar la aprobación del presupuesto. Las décadas transcurridas entre 1871 y 1914 estuvieron marcadas por una serie de crisis políticas y ocasionales puntos muertos, y tanto Bismarck como Guillermo I y sus consejeros contemplaron la posibilidad de abolir la constitución y retornar al absolutismo. “Burros”, “idiotas”, “perros”: así solía llamar Guillermo a los miembros del Reichstag, y también le gustaba decir que les iba a enseñar quién era el que mandaba de verdad en Alemania.[56]

Además del revuelo político que hubiera causado, resulta muy dudoso que semejante paso le hubiese dado a Alemania un gobierno más coherente y unificado. Bismarck y sus sucesores no creían en la negociación ni el acuerdo de políticas en el marco de un gabinete, ni al parecer tampoco en una coordinación elemental entre las diferentes ramas del gobierno. Así pues, por ejemplo, el ministerio de Asuntos Exteriores no estaba al tanto de los planes del ejército, y viceversa. Y lo cierto es que las cosas empeoraron en lugar de mejorar cuando Guillermo II llegó al trono, pues intentó ejercer un control directo sobre el ejército y la armada a través de sus propios gabinetes de consejeros, e insistió en que los ministros alemanes despacharan directamente con él. El resultado fue que hubo todavía menos coordinación y más desinformación que antes.

La nueva federación fue también como un jinete débil intentando maniobrar sobre un caballo fuerte. Prusia, que constituía el sesenta y cinco por ciento del territorio nacional, y el sesenta y dos por ciento de su población, eclipsaba y dominaba a todos los demás miembros, desde el reino de Baviera, en el sur, hasta la ciudad-estado de Hamburgo, en el norte. Y Prusia, con una asamblea legislativa estatal dominada por los conservadores, gracias a una restringida

franquicia y a un sistema de votación cuidadosamente administrado, continuó siendo un contrapeso fuertemente conservador dentro de una Alemania que veía crecer la fuerza de los moderados, los liberales y los socialistas, incluso dentro de la misma Prusia. Por otra parte, las familias prusianas de la nobleza terrateniente ocupaban una posición privilegiada en la sociedad y dominaban las instituciones alemanas, especialmente el ejército y el ministerio de Asuntos Exteriores. Sus valores –lealtad, piedad, deber, devoción a la familia, respeto a la tradición y al orden establecido, y agudo sentido del honor– eran en cierto sentido admirables, pero también conservadores, cuando no reaccionarios, y resultaban cada vez más anacrónicos en la Alemania moderna.[57]

Las personas más cercanas a Guillermo provenían de aquel mundo y compartían muchos de sus valores. Sin embargo, en los primeros años de su reinado, Guillermo se preocupó, tal vez a instancias de su madre, por mejorar la suerte de las clases más pobres de la sociedad. Esto lo llevó a un enfrentamiento con su canciller, Bismarck. Allí donde Guillermo quería mejorar las condiciones de trabajo, Bismarck deseaba aplastar el floreciente movimiento socialista. En 1890 el canciller perdió el control del Reichstag e hizo todo lo que pudo por generar una crisis política, buscando así un pretexto para acabar con él y derogar la constitución. Guillermo I acaso le habría dejado llevar a cabo semejante plan, pero su nieto no tenía intenciones de pasar por ahí. La intransigencia de Bismarck alarmaba cada vez más al nuevo káiser, y este no estaba dispuesto a dejarse aconsejar por él (ni en realidad por nadie). La confrontación final se produjo en marzo de 1890, cuando el káiser criticó a Bismarck por no mantenerlo debidamente informado ni de los asuntos exteriores ni de los nacionales, y dejó claro quién tenía la última palabra en Alemania. Bismarck dimitió y se mudó de Berlín a su propiedad campestre, donde vivió en un rencoroso retiro hasta su muerte.

Guillermo era ya dueño de sus actos, y el amo de Alemania. Su concepto de lo que significaba ser el rey de Alemania era, como cabría esperar, bastante fatuo. Como dijo en un discurso pronunciado en Königsberg poco después de su ascenso al trono: “Nosotros los Hohenzollern recibimos nuestra corona solo del Cielo, y de los deberes que conlleva solo ante el Cielo hemos de responder”.[58] No tenía intenciones, como demostró la diputa con Bismarck, de delegar sus

responsabilidades en su canciller ni en un gabinete. De hecho, incrementó el número de oficiales que debían informarle a él directamente, y estableció un estado mayor real para la supervisión del ejército. El problema estaba en que él aspiraba al poder y la gloria, y al reconocimiento, pero sin esforzarse. “Verá usted –dice la Rata sobre el Sapo en El viento en los sauces–, insiste en conducir él mismo, y es absolutamente inepto. Bastaría con que contratase a un animal decente, estable y bien entrenado, le pagara un buen sueldo y lo dejara todo en sus manos, y las cosas irían bien. Pero no, está convencido de que es un conductor nato, y nadie puede enseñarle nada. Y luego pasa lo que pasa”.

Guillermo era perezoso e incapaz de concentrarse en nada por mucho tiempo. Bismarck lo comparaba con un globo: “Si no lo agarras con fuerza por la cuerda, nunca se sabe adónde llegará”.[59] Aunque solía quejarse de exceso de trabajo, Guillermo redujo significativamente el horario de entrevistas con los jefes militares, el canciller y los ministros, que su abuelo había mantenido fielmente. Algunos ministros solo lo veían una o dos veces al año. Muchos se quejaban incluso de que el káiser no prestaba atención y protestaba si sus informes eran demasiado extensos.[60] Se negaba a leer los periódicos, y apartaba con irritación los documentos largos. Aunque insistía en hacerse cargo de las maniobras anuales de su nueva armada, perdía la paciencia al saber que debía consultar con sus oficiales y decidir los detalles. “¡Al infierno con todo! Soy el Supremo Señor de la Guerra. Yo no decido: yo ordeno”.[61]

También pasó más de la mitad del tiempo de su reinado fuera de Berlín y de su palacio en la vecina Potsdam. A Guillermo el Inquieto, como lo describiera su primo el rey Jorge V de Gran Bretaña, le gustaba viajar, puede que en parte, como sospechaba un miembro de su corte, para escapar de la agobiante mentalidad doméstica de su esposa.[62] Solía irse a sus otros palacios (tenía docenas de ellos), visitar los pabellones de caza de sus amigos e irse de crucero en alguno de sus yates. Sus ministros tenían que viajar todos los días hasta dondequiera que estuviese, y ni siquiera así lograban verlo siempre, porque “Guillermo el Súbito” era famoso por sus cambios de planes en el último minuto. Sus súbditos decían en son de broma que los alemanes ya no cantaban “Salve el Conquistador”, sino “Salve tú que vas en el expreso”.[63]

Los alemanes hacían no pocos chistes acerca de su gobernante. Siempre que el semanario satírico Simplicissimus llevaba alguna caricatura poco halagüeña de Guillermo en la cubierta, este se enfurecía contra el editor y el dibujante, pero lo único que conseguía era incrementar su circulación. Cuando construyó una avenida de la Victoria en Berlín, en 1901, y la adornó con estatuas gigantes y cursis, los berlineses la bautizaron enseguida como el Callejón de los Muñecos. Pero, por más que el káiser fuese el hazmerreír, no siempre resultaba gracioso. Un joven clasicista, Ludwig Quidde, publicó en 1894 un panfleto sobre Calígula, en el que pintaba al emperador romano acometiendo frenéticamente una tarea tras otra “en un rapto de impaciencia nerviosa”, y hablaba de de su “hambre de triunfos militares” y de su “fantástica idea” de conquistar el mar. “La teatralidad –decía–, es un ingrediente de la demencia imperial”.[64] El panfleto vendió doscientas cincuenta mil ejemplares en los años previos a 1914.

De entre todas sus responsabilidades, la que más enorgullecía a Guillermo era la relacionada con las fuerzas armadas. Según la constitución alemana (que se jactaba de no haber leído)[65], él era el comandante supremo de las fuerzas armadas alemanas; los oficiales le juraban lealtad a él y no a Alemania. “Estamos hechos el uno para el otro –le dijo Guillermo al ejército en uno de sus primeros actos tras ser nombrado káiser–, nacimos el uno para el otro, y permaneceremos unidos indisolublemente, sea la voluntad de Dios enviarnos la calma o la tormenta”.[66] Él y sus ministros consiguieron oponerse a todos los intentos del Reichstag de examinar los asuntos militares, y tendían a tratar con suspicacia a los políticos electos y a buena parte del público en general. Guillermo les dijo en una ocasión a los reclutas que debían recordar que algún día él podría llamarlos para mantener el orden en el país: “Con las recientes revueltas socialistas, es totalmente posible que yo os ordene disparar contra vuestros propios familiares, hermanos e incluso padres”.[67]

Guillermo adoraba a “Mi Ejército”, y prefería con mucho a los soldados antes que a los civiles. Cada vez que podía, les asignaba puestos gubernamentales y diplomáticos. Le encantaba cabalgar a la cabeza en los desfiles y recibir el saludo. Le encantaba participar en las competiciones militares, lo que implicaba

que su valor como ejercicio de entrenamiento era mínimo, pues él siempre tenía que ganar. Algunas veces mandaba pararlo todo para transferir fuerzas de un bando al otro (por lo general el suyo).[68] Se ocupaba mucho del uniforme (efectuó treinta y siete cambios en los uniformes militares entre 1888 y 1904), y él mismo se dejaba ver casi siempre con atuendo militar. Asimismo, procuraba mantener a su amado ejército a salvo de las corruptoras influencias del mundo moderno. Una de sus ordenanzas decía: “Por la presente, se solicita a los caballeros del ejército y la marina no bailar tango ni bailes de salón en uniforme, así como evitar a aquellas familias que ejecuten dichas danzas”.[69]

La constitución también otorgaba a Guillermo considerables facultades en asuntos exteriores: podía nombrar y destituir diplomáticos y firmar tratados. El ministerio de Asuntos Exteriores, en la Wilhelm-strasse, y el cuerpo diplomático no le despertaban el mismo afecto que el ejército. Los diplomáticos eran unos “cerdos” holgazanes, que siempre estaban poniendo obstáculos. “Le diré algo –le soltó una vez a un alto funcionario–, vosotros los diplomáticos sois unos mentirosos de mierda y la Wilhelmstrasse apesta”.[70] Con todo, Guillermo se creía un maestro de la diplomacia, e insistía en tratar directamente con los demás monarcas, a menudo con consecuencias desafortunadas. Lamentablemente, no tenía ninguna política clara más allá del vago deseo de que Alemania llegase a ser importante (y a serlo él mismo), y también, en lo posible, el de evitar la guerra. “Él era pacífico –dijo Lerchenfeld, el delegado bávaro en Berlín–, quería estar en buenos términos con todas las potencias, y a lo largo de los años ha intentado aliarse con los rusos, los ingleses, los italianos, los estadounidenses y hasta con los franceses”.[71]

Cuando Guillermo destituyó a Bismarck, la revista satírica inglesa Punch publicó una caricatura llamada “Dropping the Pilot” [Deshaciéndose del piloto]. El propio Guillermo le dijo con tono triunfante en un telegrama al gran duque de Sajonia-Weimar: “El puesto de oficial de guardia de la nave del estado ha recaído en mí […]. Adelante a todo vapor”.[72] Por desgracia, justo eso era lo que estaba a punto de hacer, y con una armada de verdad.

IV

‘WELTPOLITIK’: EL LUGAR DE ALEMANIA EN LA ESCENA MUNDIAL

En el verano de 1897 el káiser se sentía muy feliz. “Qué dicha –le escribió a su amigo Eulenburg–, tener que tratar con alguien que vive entregado a uno en cuerpo y alma, y que además comprende y quiere comprender!”.[1] El objeto de su entusiasmo era Bernhard von Bülow, su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, de quien el káiser esperaba que fuera su Bismarck, y que les pusiera a él y al país en el lugar que les correspondía, en el centro de los asuntos mundiales (lo que quizá resolviese también la tumultuosa política interna de Alemania). Lo cierto es que los años posteriores a la destitución de Bismarck no habían sido muy buenos para Guillermo: los ministros se habían aliado en su contra, los demás príncipes alemanes se habían irritado bajo su mandato y el dominio de Prusia, y el Reichstag había exigido imprudentemente tener participación en el gobierno alemán.

Guillermo y sus ministros habían contraatacado, exhortando a los alemanes a dejar a un lado sus diferencias y trabajar por una Alemania más grande; con Prusia, naturalmente, como centro. En 1890, el ministerio de Educación prusiano decretó que la historia que se enseñaba en las escuelas debía mostrar la grandeza del estado prusiano y sus gobernantes: “Uno de los objetivos fundamentales de las Volksschule [escuelas primarias] es enseñar a los niños los beneficios que reciben de la unidad nacional reconquistada, la independencia y la cultura restauradas por el arduo y abnegado esfuerzo de los gloriosos gobernantes Hohenzollern”. Guillermo estaba plenamente de acuerdo. Ante una reunión de directores de escuela, dijo: “Tenemos que formar jóvenes nacionalistas alemanes, no griegos ni romanos”.[2]

Los triunfos en el extranjero supuestamente vendrían a consolidar los distintos

estados alemanes en un Reich fuerte. Guillermo solía expresar abiertamente, con entusiasmo, sus ambiciones para Alemania y para sí mismo. Su reinado tomaría un "rumbo nuevo –le dijo a su madre–: Por siempre jamás habrá un único emperador legítimo en el mundo, y ese será el káiser alemán".[3] Y su influencia en el mundo debería ser proporcional a la de Alemania. Como le dijo a Eulenburg en 1893: "Sin ser una figura mundial, uno no era más que una burda presencia".[4] Alemania debía ser consultada en relación con el reparto de las zonas del mundo que aún parecían disponibles. "En las áreas distantes –dijo en 1900, durante la botadura de un nuevo acorazado–, no se debería tomar ninguna decisión importante sin consultar con Alemania y con el káiser alemán".[5] Se refería a sí mismo como "el arbiter mundi"; y, por supuesto, de Europa. Durante su visita a su moribunda abuela, afirmó ante el nuevo ministro británico de Asuntos Exteriores: "Yo represento el equilibrio de poder en Europa, ya que la constitución alemana deja en mis manos las decisiones de la política exterior".[6]

La realidad, que tanto irritaba a Guillermo en los primeros años de su reinado, era que las relaciones exteriores de Alemania no habían estado bien llevadas desde 1890. Allí donde Bismarck había intentado, y por lo general conseguido, mantenerse en buenos términos con las demás potencias, sus sucesores habían dejado que Alemania se alinease en un único bando, el de la triple alianza con el imperio austrohúngaro e Italia. El primer grave error había sido no renovar el tratado de Reaseguro con Rusia, en virtud del cual ambos países se comprometían a permanecer neutrales en caso de ser atacados por un tercero. El que esto fuese en parte un error delata la dejadez de los responsables de la política exterior alemana posterior a 1890. El nuevo canciller, Leo von Caprivi, era militar y, pese a ser inteligente y sensato, tenía poca experiencia en asuntos exteriores. Se dejó convencer de la no renovación por el ministerio de Asuntos Exteriores, en particular por su figura principal, Friedrich von Holstein, quien había llegado a oponerse a una amistad estrecha con Rusia. El resultado fue alentar a los rusos a mirar en otra dirección, específicamente hacia Francia, con la que firmaron un acuerdo militar secreto en 1894.

Por otra parte, lo que Holstein y sus colegas esperaban no ocurrió; a saber, un acercamiento a Gran Bretaña –que se hallaba en malos términos con Rusia y con Francia– y una mayor adhesión de esta a la triple alianza. Los británicos ya

habían llegado a un acuerdo con el imperio austrohúngaro e Italia para garantizar la seguridad en el Mediterráneo (lo que fundamentalmente implicaba oponerse a los intentos de Rusia por obligar al imperio otomano a ceder el control del crucial acceso del mar Negro al Mediterráneo, así como a las maniobras de Francia para expandir su imperio). Como consecuencia del descuido en el tratado de Reaseguro, Rusia tenía más de qué preocuparse en sus fronteras y amenazaba menos los intereses británicos en el Mediterráneo. Alemania también descubrió que sus socios en la triple alianza se iban tornando más autoritarios a medida que se debilitaba su posición.

DER WAHRE JACOB



4. Fuertemente influenciado por el teórico naval estadounidense Alfred Mahan, quien creía que el poderío marítimo era la clave del dominio mundial, Guillermo II de Alemania se dispuso a construir su propia gran armada. Inició así una costosa carrera naval contra Inglaterra, lo cual, a su vez, contribuyó a difundir entre los británicos el sentimiento de que necesitaban buscar aliados contra Alemania.

No ayudaba el hecho de que la política alemana oscilara en aquellos años, de 1890 a 1897, entre los intentos por ganarse la amistad o bien de Rusia o bien de Gran Bretaña; ni el de que los líderes alemanes pasaran una y otra vez de las lisonjas a las amenazas. Además, en las cuestiones concretas la política alemana se mostraba con mucha frecuencia incoherente. En 1894, Caprivi le dijo al embajador alemán en Londres que las islas Salomón eran de crucial importancia para Alemania; dos meses después, Berlín había perdido todo interés por ellas.[7] Los británicos no eran los únicos europeos para quienes las políticas alemanas eran un misterio. Tampoco ayudaba el hecho de que el káiser, que se tenía por un diplomático consumado, interviniese cada vez con mayor frecuencia, a menudo con resultados desastrosos. Aunque todavía son objeto de polémica los orígenes del telegrama enviado a Kruger en 1896, como muestra del apoyo del káiser a la república bóer de Transvaal en su lucha contra Gran Bretaña, al parecer dicho telegrama fue a un intento del gobierno alemán de impedir que el káiser hiciese algo peor. (Guillermo había sugerido inicialmente, entre otras cosas, establecer un protectorado alemán en Transvaal y enviar tropas alemanas a África; lo cual habría sido una misión dificultosa, dado el poderío naval británico por entonces).[8]

En 1897 la política y el gobierno alemanes dieron un giro decisivo que impulsaría a Alemania hacia una confrontación con Gran Bretaña. Guillermo, con el apoyo de Eulenburg y otros destacados conservadores, decidió que había llegado el momento de colocar a sus propios hombres en posiciones claves dentro del gobierno alemán. Entre otros cambios, trajo de vuelta a Alfred von Tirpitz, un almirante de la escuadra alemana en China, nombrándolo ministro de la Marina, lo que desató, como veremos, la carrera armamentista naval anglo-

germana. Y Bernhard von Bülow, el embajador alemán en Roma, fue designado ministro de Asuntos Exteriores. Su impacto en la política alemana fue tal vez menos espectacular que el de Tirpitz, pero también desempeñó su papel en el camino que condujo a la guerra.

Bülow, el hombre que supuestamente iba a resolver los problemas internacionales de Alemania, era un diplomático de carrera, divertido, encantador, culto e inteligente. Era también extremadamente ambicioso, y –al igual que su nuevo señor Guillermo– perezoso. “Sería un gran tipo –dijo una vez el hermano de Bülow–, solo con que su carácter estuviera a la altura de su personalidad”.[9] Aunque la familia procedía de Dinamarca, su padre había llegado a ser el nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Alemania en 1873, ejerciendo lealmente de gran subordinado de Bismarck. A este le cayó en gracia su hijo, y Bernhard ascendió sin tropiezos hasta el cuerpo diplomático, donde tuvo ocasión de recorrer las capitales del mundo, labrándose de paso una fama inveterada de donjuán. Encontró la horma de su zapato en la mujer que sería su esposa, que era hija de una prominente familia de Roma. Aunque ella estaba casada por entonces, se divorció de su marido, otro diplomático alemán, y se casó con Bülow, para cuya carrera fue un gran apoyo.

Según Holstein, quien inicialmente lo consideró un amigo, Bülow se había granjeado a lo largo de los años una merecida reputación entre sus colegas de taimado, poco fiable y escurridizo como una anguila. “Bernhard von Bülow –escribió Holstein en su diario–, es un hombre pálido sin barba ni bigote, de mirada furtiva y sonrisa casi perpetua. De intelecto más convincente que penetrante. Carece de una reserva de ideas con que hacer frente a toda contingencia, pero se apropia de las ajenas y las repite hábilmente sin revelar la fuente”.[10] Bülow era diestro en hacer sentir a los demás que habían dicho algo ingenioso, y en dar la impresión de estar compartiendo información importante con ellos. “Bernhard hace de todo un secreto –decía su suegra–. Te toma del brazo, te lleva hasta la ventana y te dice: ‘No digas nada, pero hay un perrito allá abajo que está orinando’”.[11] Una mujer que lo conoció lo comparó con un gato que atrapa ratones ofreciéndoles su queso favorito.[12]

A partir de 1897, Bülow centró toda su atención en cautivar a su nuevo señor. Guillermo, según le repetía, era “brillante”, “espléndido”, “completamente atinado”; siempre encontraba las palabras adecuadas. Manejar a los británicos es muy difícil y requiere infinita destreza, le dijo al káiser en 1900: “Pero, así como el águila Hohenzollern pudo barrer del campo al águila bicéfala austriaca y cortarle las alas al gallo francés, con la ayuda de Dios y la fuerza de Su Majestad, también sabrá lidiar con el leopardo inglés”.[13] Para reforzar este mensaje, enviaba repetidas veces a Eulenburg desmedidos elogios del káiser, a sabiendas de que llegarían a oídos de Guillermo. “De todos los grandes reyes –escribió Bülow poco después de su nombramiento–, él es con mucho el más importante Hohenzollern que jamás haya habi-do”.[14] Bülow le aseguró al káiser en persona que sería su “herramienta” y que lo ayudaría a afianzar su gobierno personal sobre Alemania.

En los primeros años, Bülow logró manejar al káiser bastante bien. Le mandaba comunicados breves aderezados con chismes, evitaba las reuniones formales, donde Guillermo se aburría, y adquirió el hábito de salir a caminar con él todas las mañanas. Los Von Bülow invitaban a Guillermo a comer y a cenar y lo mantenían entretenido. Sin embargo, Bernhard el Solícito, como lo llamara uno de sus críticos, no tenía reparos en pasar por alto o modificar las medidas más descabelladas del káiser cada vez que podía, gracias a que este a menudo olvidaba lo que había dicho al calor del momento. Tampoco deseaba Bülow llevar a efecto el golpe de estado que tanto ansiaba el káiser contra las instituciones parlamentarias alemanas. Lo que él quería era manipular al pueblo alemán y a su gobernante para, en la medida de lo posible, hacerles olvidar sus diferencias. Su política de entonces, y la de más tarde como canciller, fue la misma que promovían fuertemente Guillermo y sus consejeros conservadores: unificar las fuerzas nacionalistas y conservadoras de Alemania en apoyo de la corona, y al mismo tiempo socavar el creciente movimiento socialista, así como los regionalismos fuertes –como había por ejemplo en el sur–, que nunca habían aceptado realmente el gobierno prusiano.

La Sammlungspolitik, como se la llamaba, necesitaba un principio básico organizador, y este iba a ser el orgullo patriótico alemán. Bülow creía que el gobierno tenía que adoptar “una política valiente y generosa que sepa mantener

el júbilo en el carácter actual de [nuestra] vida nacional, una política que movilice las energías nacionales, una política que atraiga a la numerosa y siempre creciente Mittelstant [clase media]".[15] A todas luces, para lograrlo era crucial una política exterior activa. El revuelo en torno a Samoa, dijo reveladoramente Bülow, "no tiene para nosotros absolutamente ningún interés material, sino un interés ideal y patriótico". Y a los diarios alemanes les dio la orden de que trataran el tema de modo que "fortalezca la confianza interior en nuestra política exterior".[16] Su estrategia clave en los asuntos exteriores pasaba por garantizar que Alemania continuase ascendiendo en la liga de las potencias mundiales. Algo que muy bien podía significar la generación de conflictos entre las demás naciones. En 1895 le había dicho a Eulenburg: "Considero la colisión anglo-rusa no una tragedia, sino 'un objetivo ardientemente deseable'".[17] Se trataba de dejar que esos dos se agotaran mutuamente mientras Alemania se fortalecía en silencio.

Dadas las especificidades del panorama político, Bülow era partidario de mantener la triple alianza con el imperio austrohúngaro e Italia, y en privado no le desagradaba la idea de un acuerdo con Gran Bretaña. Le parecía mucho mejor para Alemania permanecer neutral ante el prolongado conflicto entre Gran Bretaña y Rusia. "Hemos de mantenernos independientes de ambos –escribió–, y ser el fiel de la balanza, no el péndulo que oscila de un lado a otro".[18] De inclinarse hacia alguna de las dos potencias, probablemente sería hacia Rusia, pues le parecía que, a la larga, probablemente terminaría siendo la más fuerte. En cuanto a los británicos, pensaba que antes o después comprenderían que debían mantenerse en buenos términos con Alemania, habida cuenta de la hostilidad de Gran Bretaña hacia Rusia y Francia. Al parecer, no se le ocurrió que los británicos pudieran hallar otras soluciones para su aislamiento.

Al dirigir la política exterior de Alemania, Bülow contó, al menos en un principio, con el apoyo de uno de los personajes más inteligentes, poderosos y extraños del ministerio de Asuntos Exteriores: Frie-drich von Holstein, del departamento político. Eulenburg llamaba a Holstein "el monstruo del laberinto", y ese mote se le ha quedado. Tal calificativo era injusto, ya que Holstein no era ningún monstruo, sino un inteligentísimo y abnegado servidor del estado alemán, quien hizo cuanto pudo en favor de sus intereses en la escena

internacional. Pero, como todos los apodos, contenía un elemento de verdad. Holstein era reservado y veía conspiraciones por todas partes. Herbert, el hijo de Bismarck, lo describió como un hombre con "una manía persecutoria casi patológica".[19] Si bien Holstein podía resultar cruel y cortante con los demás, era una persona sumamente sensible. Vivía con extrema sencillez en tres pequeños y modestos aposentos, y, además del tiro al blanco, no parecía tener otros intereses más allá de su trabajo. Rara vez se presentaba en sociedad, y hacía lo posible por evitar al káiser, cuyo desempeño desaprobaba cada vez más. Cuando el káiser trató de pasar por la Wilhelmstrasse para ver a Holstein, este se ausentó para darse un largo paseo.[20] Cuando ambos se encontraron al fin en 1904, en una gran cena, se dice que hablaron de la caza del pato.[21]

Holstein siempre rechazaba los puestos más altos dentro de la Wil-helmstrasse, prefiriendo ser el poder en la sombra, llevando un registro de los informes que entraban y salían, hilando sus intrigas y recompensando a los amigos y castigando a los enemigos. Su oficina era contigua a la del ministro de Asuntos Exteriores, y Holstein tomó por costumbre pasarse por allí a su antojo. Aunque había sido íntimo de Bismarck, que se apoyaba a menudo en él, cayó en desgracia con el viejo canciller, con su hijo y con sus seguidores, principalmente por su postura respecto a Rusia. Holstein se oponía al tratado de Reaseguro y a la idea misma de que Alemania y Rusia pudieran forjar una amistad. Acaso por haber detestado intensamente su estancia en San Petersburgo como joven diplomático, el odio y el miedo a Rusia fue uno de los pocos rasgos constantes de su política exterior.[22] Con el tiempo, él y Bülow disentirían diametralmente respecto al mismo tema.

En su primer discurso ante el Reichstag, en diciembre de 1897, Bülow expuso su visión de la política exterior alemana haciendo especial referencia a lo que parecía ser el próximo reparto de China. Su discurso estaba calculado para agradar a un amplio sector de la opinión pública alemana. "Hemos de exigir que el misionero alemán y el empresario alemán, las mercancías alemanas, la bandera alemana y los barcos alemanes en China sean tan respetados como los de las demás potencias". Alemania estaba dispuesta a respetar los intereses de esas otras potencias en Asia siempre y cuando el respeto fuera mutuo. "En una palabra: no queremos hacerle sombra a nadie, pero también nosotros

reclamamos nuestro lugar bajo el sol". El mundo debía reconocer, proseguía diciendo, que el viejo orden había cambiado: "Los tiempos en que el alemán dejaba la tierra a uno de sus vecinos, el mar al otro y se quedaba para sí los cielos, eran puros reinos doctrinales; y esos tiempos se acabaron".[23] (El discurso de Bülow fue muy bien recibido; sus frases, dijo el delegado de Württemburg en Berlín, "ya se han vuelto casi proverbios y están en boca de to-dos").[24] Dos años después, en otro discurso ante el Reichstag, Bülow empleó el término Weltpolitik por primera vez. Aunque, curiosamente, todavía hoy suele traducirse como "política medioambiental", esta palabra aludía a una política global o mundial; a una política que, además, muchos veían con la mayor suspicacia fuera de Alemania. A ella venía asociado el también inquietante concepto de Weltmachtste-llung, o "potencia mundial".

Estos términos reflejaban la noción, muy extendida entre los patriotas alemanes, de que el extraordinario progreso económico del país, la rápida expansión de su inversión y su comercio por todo el mundo, y sus avances en campos como el de la ciencia, debían traer aparejado un incremento de su prestigio mundial. Las demás naciones debían reconocer los logros de Alemania y su nueva posición en el mundo. Para los liberales esto significaba que Alemania asumiría un liderazgo moral. Como escribiría con añoranza uno de ellos, ya con la perspectiva que le daba la década de 1940: "Mis pensamientos siempre se remontan a la época en que cooperábamos en aquel espléndido empeño: trabajar por la Gran Alemania, la expansión pacífica y las actividades culturales en Oriente próximo […]. Una Alemania pacífica, grande, honrada y respetada".[25] Pero para los nacionalistas de derechas –y esto incluía al káiser y a sus más cercanos asesores, así como a los numerosos miembros de las sociedades patrióticas– aquello significaba más bien el poder político y militar, y, de ser necesaria, la guerra contra otras potencias.

En aquellos años, mientras el nuevo káiser y la nueva Alemania probaban sus fuerzas, un viejo profesor de historia atraía con sus conferencias en la universidad de Berlín a un público nutrido. Hein-rich von Treitschke fue uno de los autores intelectuales del nuevo nacionalismo alemán, y de ese anhelo de un lugar bajo el sol. A través de sus conferencias y textos, que incluían una muy popular historia de Alemania en varios volúmenes, Treitschke llevó a toda una generación de líderes alemanes a enorgullecerse del gran pasado de Alemania y

de los extraordinarios logros de Prusia y del ejército prusiano en la construcción del estado alemán. Para Treits-chke, el patriotismo era el valor más preciado, y la guerra no solo era una parte necesaria de la historia humana, sino algo noble y edificante. Solo con que Alemania aprovechase sus oportunidades, alcanzaría la hegemonía mundial, como era su derecho.[26] Era el escritor favorito de Bülow, que lo consideraba "el profeta de la idea nacional".[27] Cuando Helmuth von Moltke, el futuro jefe del estado Mayor alemán, leyó en su juventud la historia de Treitschke, quedó "cautivado", y más tarde le escribiría a su esposa que "un halo de patriotismo y amor a la patria alemana recorre la obra, sin violar la verdad histórica; es magnífica".[28] Sorprendentemente, al káiser no le interesó de manera especial; aunque le agradaba la orientación general de los escritos de Treitschke, el historiador no ensalzaba lo suficiente a los Hohenzollern.[29]

Lo que Weltpolitik significara realmente en términos de políticas concretas era otra cuestión. Cuando la idea comenzó a circular ampliamente, el conde Von Waldersee, mariscal de campo al mando de las fuerzas europeas que sofocaron el levantamiento de los bóxers, escribió en su diario: "Supuestamente seguimos una Weltpolitik. Me gustaría saber qué se supone que es eso; por el momento, no es más que un eslogan".[30] Lo que sí parecía implicar era que Alemania debía hacerse con un buen número de colonias. Treitschke, ciertamente, abogaba por ello. "Todas las naciones a lo largo de la historia –decía en sus conferencias–, tuvieron el impulso de imprimir el sello de su autoridad sobre los países bárbaros, en tanto se sintieron con fuerzas suficientes para hacerlo". Y ahora Alemania era lo bastante fuerte; su alto índice de natalidad era una prueba de la vitalidad alemana. Pero Alemania no salía demasiado bien parada en comparación con Gran Bretaña y con otros imperios: "Es, por tanto, una cuestión vital que el país demuestre una voluntad colonialista".[31]

Los alemanes como Treitschke no eran los únicos que pensaban que tener colonias era buena idea. Un axioma muy extendido en aquella época por Europa era el de que las colonias aportaban a sus dueños riquezas tangibles y los beneficios intangibles del prestigio. Y el descenso de los precios de los productos agrícolas y el ciclo de recesiones que duró desde 1873 hasta 1895 crearon en los líderes políticos y económicos de Alemania una aguda conciencia de la necesidad de exportar y de asegurar mercados extranjeros. Los críticos del

imperio remarcaban el hecho embarazoso de que el coste de administrar y defender las colonias era a menudo mucho mayor que lo que ellas aportaban; o que la inversión, el comercio y la emigración tendían a fluir hacia regiones del mundo que no eran colonias, como Estados Unidos, Rusia y Latinoamérica. Caprivi, por ejemplo, era de la opinión de que los mercados naturales de Alemania estaban en Europa central. Pero las engorrosas evidencias, como tantas veces sucede, no lograrían alterar la fe. Era tan excitante mirar un mapa y ver todas las partes coloreadas que pertenecían al país de uno… Sin duda, tener más territorios y más población, por pobres fueran o dispersos que estuvieran, significaba un mayor poder en el mundo. Y, como dijera en 1893 el entonces ministro de Asuntos Exteriores británico, lord Rosebery, adquirir nuevas colonias era “reclamar parcelas de futuro”.[32]

En Alemania, la cuestión de las colonias constituía un tema sensible. Era un país poderoso, uno de los más poderosos del mundo, y, sin embargo, hete aquí que no poseía su India ni su Argelia. Cierto que Alemania se había hecho con algunos retazos de África, pero su imperio resultaba insignificante en comparación con los de Francia y Gran Bretaña. Hasta la pequeña y burguesa Bélgica poseía el inmenso Congo. La necesidad de reducir esta desventaja y llegar a brillar como una auténtica gran potencia preocupaba cada vez más a los alemanes. Tanto en la Wilhelmstrasse como en el ejército, las ambiciones imperialistas encontraron un fuerte respaldo. Como ya había notado en 1890 el jefe del departamento colonial del ministerio de Asuntos Exteriores: “Ningún gobierno, ningún Reichstag, podría renunciar a las colonias sin humillarse ante Alemania y ante Europa. Hoy en día, la política colonial tiene partidarios en todos los rincones del país”.[33] Puede que la liga pangermánica y la sociedad colonial no tuviesen tantos miembros entre el público general, pero lo compensaban con el clamor y la vehemencia de sus demandas.

Había también escépticos, naturalmente, tanto en la izquierda como en la derecha, que aducían el gran gasto y las limitadas ganancias que tan a menudo suponían las colonias. Ni siquiera el gran Bismarck había mostrado demasiado interés por ellas (ni por una gran armada para protegerlas). Como le dijo en 1888 a un explorador que intentaba despertar su interés por África: “Mi mapa de África está aquí en Europa. Aquí está Rusia, y –señalando hacia la izquierda–,

aquí está Francia, y nosotros estamos justo en el medio; este es mi mapa de África”.[34] Su sucesor, Caprivi, adoptó prácticamente la misma actitud: “Cuanta menos África, mejor para nosotros!”.[35]

Aunque en un inicio Bülow no había sido un gran entusiasta de las colonias, no tardó en cambiar de idea e incorporarlas a su visión. En un discurso ante el Reichstag en diciembre de 1899, lanzó el siguiente desafío: “No podemos permitir que ninguna potencia extranjera, ningún Júpiter extranjero, nos diga: ‘¿Qué se le va a hacer? El mundo ya está repartido –Y añadió una ominosa profecía–: En el siglo venidero, Alemania será o el martillo o el yunque”.[36] Una pregunta peliaguda era de dónde iban a salir estas colonias, cuando el mundo ya estaba casi completamente repartido entre las demás potencias. Una posibilidad era el decadente imperio otomano, de modo que Alemania comenzó a construir ferrocarriles y prestarle dinero a su gobierno. En 1898, el káiser hizo una prolongada visita a Oriente próximo y, al calor del momento, pronunció un dramático discurso en Damasco: “El sultán y sus trescientos millones de súbditos musulmanes dispersos por el mundo, que lo veneran como su califa, pueden estar seguros de que el káiser alemán será su amigo para siempre”.[37] China, otro imperio en declive, también parecía prometedora, y la toma del puerto de Qingdao, en la bahía de Jiaozhou, y otras concesiones en la península de Shandong, parecían ser un buen comienzo. También hubo un estrafalario intento por parte de unos entusiastas del colonialismo alemán, actuando bajo la aprobación de Tirpitz, de comprar en secreto tierras en una de las Islas Vírgenes danesas del Caribe, hasta que los alemanes fuesen mayoría allí. En ese punto el gobierno alemán intervendría y le compraría a Dinamarca la totalidad de la isla para una base naval. Guillermo, afortunadamente, se opuso a este plan, que hubiera arrastrado a Alemania a una disputa completamente innecesaria con Estados Unidos, y probablemente también con Gran Bretaña.[38]

La actividad y la retórica alemanas llegaron, no obstante, a alarmar a un gobierno y a una opinión pública británicos ya predispuestos a contemplar a Alemania con suspicacia. Además, en Alemania, tanto en las esferas gubernamentales como entre el público general iba creciendo la tendencia a identificar Gran Bretaña, a menudo abiertamente, como el principal obstáculo para la Weltpolitik alemana. Las notas tomadas por los estudiantes que asistían a

las conferencias de Treits-chke revelan que este atacaba insistentemente a Gran Bretaña. Para qué, se preguntaba Treitschke en la década de 1890, tenía Alemania que "darle la razón en todo a la abuelita de un modo tan poco digno, cuando en Gran Bretaña incluso los bebés se proponen engañarnos". (No es de extrañar que una visita de Treitschke a Gran Bretaña reafirmase sus puntos de vista: Londres, según él, era "como el sueño de un diablo borracho").[39] En 1900, el embajador del imperio austrohún-garo en Berlín envió un largo y perspicaz memorándum a Viena en el que señalaba que los principales estadistas alemanes avizoraban una época, sin duda todavía lejana, en que su país reemplazaría a Gran Bretaña como primera potencia mundial, y comentaba la "anglofobia que imperaba universalmente" en Alemania.[40] Guillermo también esperaba que el futuro fuese testigo del auge de Alemania y el declive de Gran Bretaña. Como dijo en un discurso en Hamburgo en 1899: "Los viejos imperios pasan y los nuevos se encuentran en proceso de formación".

Su actitud hacia Gran Bretaña, sin embargo, así como sus relaciones con la mitad británica de su familia, eran bastante más ambivalentes que las de muchos de sus súbditos. Su madre había adoptado imprudentemente todo lo británico como modelo, y él, como se podía suponer, reaccionó de mala manera. Ella pretendía hacer de él un caballero inglés; él se convirtió en un oficial prusiano. Ella era liberal; él conservador. Guillermo llegó a odiar a su madre –y, de hecho, la trató muy mal tras la muerte de su padre–, pero algunos de los recuerdos más felices de su infancia eran los viajes a Gran Bretaña con sus padres. Había jugado con sus primos en Osborne, en la isla de Wight, y había visitado los astilleros de la marina británica. Se había subido al buque insignia de Nelson, el Victory, y una vez ayudó a disparar los cañones del St. Vincent, bautizado en honor del gran contemporáneo de Nelson. Cuando la reina Victoria lo nombró almirante honorífico de la marina británica, poco después de su ascenso al trono, Guillermo estaba exultante. "Pensar que llevo el mismo uniforme que St. Vincent y Nelson. Es una sensación embriagadora".[41] Envió a su abuelo un retrato suyo con su nuevo uniforme, que ahora procuraba vestir en todas las ocasiones posibles; incluso, según se cuenta, al asistir a una representación de El holandés errante.[42] (Su rango honorífico lo interpretó también como una invitación a brindar a los británicos innumerables consejos, que nadie le pedía, acerca de su armada).

Durante su vida adulta se quejó varias veces de “la condenada familia” inglesa; no obstante, amaba profundamente a su abuela, la reina Victoria. De hecho, ella era una de las pocas personas en el mundo a quienes escuchaba. Le disgustaban la arrogancia y condescendencia que creía ver en Gran Bretaña, pero todavía en 1911 pudo decirle a Theodore Roosevelt: “Yo ADORO Inglaterra”.[43] Daisy Cornwallis-West, que había llegado a ser princesa de Pless, opinaba que su amor y admiración por Gran Bretaña eran genuinos, y que sus frecuentes críticas eran como las de un pariente que se sentía incomprendido:

Esta era la auténtica afrenta. El emperador sentía que ni la reina Victoria, ni el rey Eduardo, ni el rey Jorge, ni el pueblo británico, lo comprendían o apreciaban verdaderamente. Consciente de su propia sinceridad y seguro de sí mismo, intentó imponernos su personalidad. De igual modo que un actor de talento a veces procura conquistar con su encanto y sutileza en su papel favorito, así el emperador intentó con demasiada frecuencia conquistar a la opinión pública británica con actos que conseguían suscitar nuestro rechazo, o peor aún, que nos aburrían o nos divertían sin más.[44]

Tal fue ciertamente el caso cuando a Guillermo, con su habitual entusiasmo, le dio por asistir a las carreras de yates de Cowes. Los británicos se sintieron en principio halagados cuando, a comienzos de la década de 1890, el káiser se hizo miembro del real club náutico (propuesto por su tío Eduardo), se compró un yate y se puso a acudir cada verano a la regata anual. La reina Victoria, que tenía que alojarlo en Osborne, con su séquito, le decía inútilmente que “estas visitas anuales no son lo que se dice deseables”.[45] Guillermo, por desgracia, era mal competidor; a menudo se quejaba de las reglas y de que era una injusticia que se le asignara un hándicap a su yate, el Meteor. Su tío se lamentaba de que Guillermo se creía “el dueño de Cowes”, y al parecer les dijo a unos amigos en 1895: “La regata de Cowes me resultaba antes algo festivo y agradable, pero ahora que el káiser ha tomado allí el mando, se ha vuelto una molestia”.[46] Y hubo otros incidentes que estropearon los días veraniegos: como cuando Salisbury, al parecer, no recibió el mensaje de acudir a una importante conversación en el Hohenzollern, el yate de vapor chapado en oro de Guillermo; o cuando la insistencia de Guillermo en continuar la carrera junto al príncipe Eduardo les hizo llegar tarde a una cena con la reina.

Las relaciones del káiser con su tío eran particularmente difíciles. Puede que a Guillermo le molestara que Eduardo, "el viejo y gordo Gales", fuese tan encantador, carismático y popular. La natural mojigatería de Guillermo, alimentada sin duda por su esposa, Dona, se escandalizaba ante la predilección de su tío por las mujeres hermosas y los amigos crapulosos; y, con ocasión de un escándalo particularmente peliagudo, le envió al príncipe una carta que de seguro no hizo nada por incrementar la simpatía de este hacia él. En sus momentos más exaltados, se refería a su tío como un Satanás, "un viejo pavo real", "el supremo intrigante y enredador de Europa".[47] Por otra parte, el error de Eduardo fue el del hombre más maduro y asentado que no logra comprender al complicado joven cuyas bravatas ocultan una cierta inseguridad. Eduardo y su esposa danesa Alejandra, que nunca le habían perdonado a Prusia el que le hubiese arrebatado Schleswig-Holstein a Dinamarca, veían a Guillermo como el epítome del militarismo prusiano. "Willy es un bravucón –dijo una vez–, y la mayoría de los bravucones, cuando uno se enfrenta a ellos, resultan ser unos cobardes".[48] En su último encuentro con Guillermo en 1909, Eduardo, ya rey, escribió algo que no era estrictamente cierto: "Sé que el emperador alemán me odia y no pierde oportunidad de decirlo a mis espaldas, mientras que yo con él siempre he sido muy amable y gentil".[49] Theodore Roosevelt tuvo la impresión de que las emociones de Guillermo eran más complicadas, que este sentía "un verdadero afecto y respeto por el rey Eduardo, al tiempo que una viva y celosa antipatía por él, y que ambos sentimientos se iban cediendo el puesto en su mente, y por tanto en su conversación".[50]

Los conflictos entre ambos probablemente comenzaron cuando el padre de Guillermo agonizaba y Eduardo llegó para consolar a su adorada hermana, la princesa heredera Victoria. Comentarios de Eduardo tales como "Guillermo el Grande tiene que aprender que vivimos a finales del siglo xix y no en la Edad Media" bien pudieron llegar a oídos del káiser. Dos meses después de su ascenso al trono, Guillermo dejó bien claro que no se reuniría con su tío en Viena, aunque ambos habían planeado por su cuenta estar al mismo tiempo en la ciudad. Eduardo se vio obligado a marcharse antes de la llegada de su sobrino. Bismarck intentó excusar el incidente ante los británicos culpando a la actitud de Eduardo hacia Guillermo: "El príncipe lo trató como un tío trata a un sobrino, en lugar de reconocer que era un emperador, aún joven pero ya bien instalado a la

mayoría de edad”. Salisbury pensaba que el káiser debía estar “un poco tocado del ala”. La reina Victoria escribió furiosa a su primer ministro: “Esto es realmente demasiado vulgar y demasiado absurdo y falso hasta el borde de lo increíble. Siempre hemos tenido una gran intimidad con nuestro nieto y sobrino y pretender que hemos de tratarlo en privado y en público como ‘Su Majestad Imperial’ ¡es una completa locura!”.[51] Le dijo a Salisbury que esperaba que las relaciones entre Alemania y Gran Bretaña no se resintiesen: “La Reina está de acuerdo que (de ser posible) no deben verse afectadas por estas miserables querellas personales; pero la Reina se teme que, con un joven tan exaltado, engreído y equivocado, y tan falto de todo sentimiento, esto pudiera en CUALQUIER momento volverse imposible”.[52]

Si ambos países hubieran sido monarquías constitucionales, las querellas familiares hubiesen agitado las aguas por un momento y generado chismes, pero sin causar daños duraderos. El problema en este caso era que el gobernante alemán tenía realmente un poder considerable y estaba dispuesto a utilizarlo para lograr su objetivo de convertir a Alemania en una potencia mundial. Lo cual significaba, para Guillermo y para muchos de su entorno, tener una armada capaz de proyectar hacia alta mar el poderío de Alemania, proteger el comercio y la inversión, y, antes que nada, las colonias alemanas, tanto las ya existentes como las futuras. En 1896 Guillermo, en un discurso de considerable repercusión había pedido ayuda al pueblo alemán “para unir firmemente este gran imperio alemán con el imperio en nuestra propia tierra”.[53] Semejante criterio no era exclusivo de Alemania; la idea de que el poderío naval resultaba un componente clave del poder mundial era comúnmente aceptada en aquel periodo. De otro modo, ¿cómo habría podido Gran Bretaña –y, de hecho, Holanda o Francia– construir y mantener sus grandes imperios?

A veces, un solo individuo logra formular aquello que ya se intuye o se sospecha; el papel del mar tuvo su gran teórico en un comandante poco conocido de la academia naval de Estados Unidos, país que no era una gran potencia naval aún. En 1890 el capitán Alfred T. Mahan publicó su clásico estudio Influencia del poder naval en la historia. Mahan era por entonces un hombre de cincuenta años, esbelto y desgarbado, al que nunca le había gustado demasiado hacerse a la mar. En muchos sentidos, resultaba lo opuesto al marinero bullicioso. Era

taciturno, reservado, y mojigato. (No permitía que sus hijas leyesen las novelas de Zola). También era excepcionalmente escrupuloso; sus hijos tenían prohibido usar los lápices del gobierno.[54]

La idea que lo haría famoso se le ocurrió leyendo la historia de Roma, al darse cuenta de cuán distintas hubieran sido las cosas si Aníbal hubiese invadido por mar en vez de cruzando los Alpes, y sobre todo si hubiese logrado recibir apoyo por mar desde Cartago. "El control del mar –pensaba Mahan–, era un factor histórico que nunca había sido valorado ni expuesto sistemáticamente".[55] Así pues, se dedicó a hacerlo. En sus libros se remitió a la historia para argumentar que, ya fuese en las guerras anglo-holandesas del siglo XVII, o en la de los Siete Años entre Gran Bretaña y Francia en el XVIII, el poderío marítimo era casi siempre el factor decisivo. Y garantizaba tanto una paz próspera como, si había guerra, la victoria. "En estas tres cosas –escribió Mahan–: la producción, con la necesidad de intercambiar productos; el transporte por mar, mediante el cual se efectúa dicho intercambio; y las colonias, que facilitan y agrandan las operaciones de transporte y tienden a protegerlo multiplicando los puertos seguros; está la clave de gran parte de la historia, y también de la política, de las naciones costeras".[56] Una armada fuerte protegía las vías cruciales de la comunicación y el comercio a través de los océanos, y, lo que era igualmente importante, permitía conquistar y mantener colonias. Sus flotas de guerra podían servir de agentes disuasorios, sobre todo colocadas en puntos estratégicos. "La flota en activo", como la llamaban Mahan y otros, no necesariamente tenía que combatir; podía utilizarse para presionar a una potencia hostil en tiempo de paz y que esta se lo pensara dos veces antes de arriesgar su propia flota, aunque fuera mayor.[57] En la guerra, sin embargo, el deber de la flota, o las flotas, era destruir al enemigo en una batalla decisiva.

Mahan y aquellos que en inglés se hacían llamar navalists [navalis-tas] no lograron convencer a todo el mundo. Existía otra escuela de pensamiento sobre la estrategia naval –una escuela que inicialmente gozó del apoyo del propio gabinete naval de Guillermo–, cuyo ideario proponía que para debilitar al enemigo y ganar las guerras había que atacar su comercio. En el mundo cada vez más interdependiente de finales del siglo xix, pocos países podían sobrevivir largo tiempo, y mucho menos librar una guerra, sin comercio marítimo. Así

pues, en lugar de invertir en grandes y costosos acorazados, tenía mucho más sentido construir cruceros y torpederos rápidos, así como submarinos de última generación, para atacar a los barcos mercantes del enemigo. En realidad, los grandes acorazados, con su pesado blindaje y su armamento, también eran buenos blancos para los barcos más pequeños y veloces, las minas y los submarinos. La guerre de course, como la llamaban los franceses, era la misma que los británicos habían empleado con bastante éxito en la época isabelina contra los galeones españoles cargados de oro y plata del nuevo mundo. Y cuando finalmente llegó la Gran Guerra, esta resultó ciertamente una de las mejores armas que Alemania esgrimió contra los aliados: la guerra submarina, librada por una rama de la marina alemana que había sido despreciada y ninguneada en tiempo de paz, casi logra cortar los suministros que Gran Bretaña necesitaba para seguir adelante con la contienda.

Las teorías de Mahan, sin embargo, contaban con la gran ventaja de parecer avaladas por la historia y de halagar el orgullo nacional. Un torpedero sencillamente no podía compararse con un gran acorazado, y el hostigamiento al comercio no resultaba tan dramático ni espectacular como un enfrentamiento entre buques poderosos. Sus escritos ejercieron una enorme influencia en Estados Unidos, donde fomentaron la ambición de Roosevelt y de otros por poseer colonias y armadas; en Gran Bretaña, donde parecían explicar la hegemonía británica; y también en Alemania. El káiser se sumergió en la lectura de Influencia del poder naval en la historia. “Justo ahora estoy, no leyendo, sino devorando el libro del capitán Mahan, y tratando de aprendérmelo de memoria”, le escribió a un amigo en 1894. Con apoyo del gobierno, el libro fue traducido al alemán y editado en fascículos, y en cada buque de guerra alemán había un ejemplar del mismo. Hasta ese momento, la principal fuerza militar alemana había sido el ejército, en tanto que su marina mantenía un tamaño reducido, ejerciendo más que nada como guardia costera. Ahora Guillermo estaba obsesionado con la idea de que Alemania necesitaba una marina fuerte de alta mar, con grandes acorazados. En una crisis entre Grecia y el imperio otomano por la isla de Creta en 1897, los británicos lograron poner fin a la disputa con su poderío naval, mientras Alemania se mantenía al margen. “Aquí vemos una vez más –se lamentaba Guillermo–, cuánto sufre Alemania por no tener una flota fuerte”.[58] Como la constitución alemana ya le concedía el mando supremo de la marina, y había hecho los pertinentes cambios organizativos para ir controlándola personalmente cada vez más, el káiser estaba en condiciones de

hacer algo para remediarlo; siempre y cuando, claro está, consiguiese del Reichstag los fondos pertinentes.

Mahan le aportó el fundamento intelectual, pero intervenía otro factor en el deseo de Guillermo de poseer una gran armada. Él había visto y admirado de cerca la marina británica desde los días de su infancia. El efecto había sido muy similar al que le produjo al Sapo de El viento en los sauces la primera visión de un automóvil: "¡Visión gloriosa y conmovedora!". De joven, había asistido en representación de su familia al jubileo de oro de la reina Victoria en 1887, y el espectáculo de la gran revista naval había elevado aún más su pasión por las armadas. En 1904, cuando su tío, ya Eduardo VII, visitó la base naval alemana de Kiel, el káiser le ofreció un brindis durante una cena en su club náutico (cuyo modelo era el de Cowes): "Cuando yo era niño, me permitieron visitar Portsmouth y Plymouth de la mano de amables tías y amistosos almirantes, admiré los orgullosos barcos ingleses en aquellos dos magníficos puertos. Entonces se despertó en mí el deseo de construir barcos como aquellos algún día, y poseer, cuando fuese mayor, una armada tan espléndida como la inglesa". Guillermo, conmovido casi hasta las lágrimas por su propia elocuencia, arrancó tres hurras al rey. La respuesta de Eduardo fue mesurada: "Mi querido Willy, siempre has sido tan gentil y amistoso conmigo que me es difícil expresar mi gratitud por todas tus bondades de un modo que realmente te haga justicia". Bülow prohibió al representante de una prominente agencia de noticias que telegrafiase a Berlín las efusiones del káiser: "Yo he redactado, como tantas veces, otra alocución imperial; igualmente amistosa, pero más sobria". Su señor se sintió bastante herido: "Has dejado fuera las mejores partes". Pero Bülow se mantuvo firme: "Si describís nuestra flota, construida con un coste tan elevado, y a veces con peligro, como el resultado de vuestras inclinaciones personales y vuestros recuerdos juveniles, no será fácil obtener del Reichstag más millones para la construcción de barcos". El káiser lo captó: "Ach, ese maldito Reichstag".[59]

El "maldito Reichstag" era un verdadero problema. No le entusiasmaba demasiado tener una marina mucho más grande. Ni los socialistas, cuyo número iba en aumento, ni los liberales y los moderados de diversas tendencias, y ni siquiera algunos conservadores estaban dispuestos a aprobar la financiación

necesaria, dado que Guillermo y su gabinete naval no lograban justificar claramente la necesidad de semejante gasto. En 1895, cuando el káiser pidió treinta y seis cruceros, el Reichstag le concedió cuatro; en 1896 rechazó todas sus demandas. A comienzos de 1897, el Reichstag volvió a cuestionar los cálculos navales del káiser. Entonces este recurrió al hombre que podría conseguirle su armada.

Alfred Tirpitz se hallaba en el otro extremo del mundo, comandando la escuadra del Asia oriental y, entre otras cosas, buscando algún puerto prometedor en la costa del norte de China. (Escogió la bahía de Jiaozhou, que Alemania se apresuró a tomar aquel otoño). Aunque en un inicio se resistió a dejar su mando y regresar a Alemania, Tirpitz se plegó a los deseos del káiser y se convirtió en ministro de la Marina (puesto en el que se mantendría durante dieciocho años). Esto constituyó otro paso crucial en dirección a 1914: Tirpitz le proporcionó al káiser la marina que anhelaba, alterando así la estrategia naval de Alemania. De este modo, Alemania adoptó el rumbo que le llevaba a colisionar con Gran Bretaña.

En 1897, Tirpitz tenía cuarenta y ocho años, diez más que Guillermo. A diferencia de muchos miembros del círculo más cercano al káiser, no provenía de la nobleza, sino de las clases profesionales cultas. Su padre era un abogado un tanto liberal que llegó a ser juez, y su madre era hija de un médico. Tirpitz creció en el este de Prusia, en lo que hoy es parte de Polonia; y absorbió el amor a Prusia y el fuerte sentido del deber hacia el rey y el país típicos de su época y de su medio. Su ídolo, entonces y para el resto de su vida, fue Federico el Grande, cuya biografía escrita por Carlyle leyó varias veces. Los primeros años del futuro almirante, sin embargo, no fueron demasiado prometedores. Era un estudiante apático, cuya principal aptitud parecía ser la de las broncas callejeras. Sin las debidas relaciones era improbable que ascendiera en el ejército, de modo que, tal vez por defecto, escogió como carrera la marina, donde se valoraba más el talento.

La marina prusiana en la que se alistó en 1865 era pequeña, y muchos de sus

barcos estaban obsoletos. Dependía de astilleros foráneos para hacer reparaciones. Era el ejército el que tenía glamour y un pasado glorioso, y el que contaba con el grueso de los recursos prusianos para la defensa. Cuando Prusia atrajo a su órbita a los demás estados alemanes para fundar Alemania, la marina jugó un papel insignificante. Pero se fue expandiendo y modernizando gradualmente, y Tirpitz ascendió poco a poco en la jerarquía militar, distinguiéndose como alguien capaz de dominar los detalles técnicos y al mismo tiempo analizar las más vastas cuestiones estratégicas. En 1888 fue designado capitán de un crucero blindado, un ascenso impresionante para alguien todavía tan joven. En 1892 ya era jefe del estado mayor naval en Berlín. Llegó a tener el apodo de "el Amo" o bien "el Eterno" (por sobrevivir allí donde otros no lo habían conseguido).

Tirpitz siempre encontraba tiempo para leer de todo, aunque su tema favorito era la historia. Asistió a las conferencias de Treitschke en Berlín y absorbió sus ideas sobre el auge inevitable de Alemania (y la también inevitable hostilidad de Gran Bretaña). Asimismo, leyó a Mahan y asimiló firmemente sus nociones sobre la importancia del poder marítimo y sobre lo necesario que era para los países poseer flotas de guerra.[60] "Un rasgo característico del combate en alta mar –le dijo a su oficial superior en 1877–, es que su único objetivo es la aniquilación del enemigo. El combate en tierra ofrece posibilidades tácticas, tales como la conquista del terreno, que no existen en la guerra en el mar. En esta solo cuenta como triunfo la aniquilación".[61] En 1894 Tirpitz escribió un memorándum importante, una de cuyas secciones, "El propósito natural de una flota es la ofensiva estratégica" tuvo gran repercusión. En ella desestimaba las afirmaciones de quienes abogaban por que las flotas tuvieran un papel defensivo, incluyendo la construcción de defensas costeras, y afirmaba que el dominio del mar "se decidirá fundamentalmente mediante el combate, como en todas las épocas". Además, llegó a convencerse de que Alemania libraba una pelea de vida o muerte por su lugar bajo el sol. La pugna por las partes del mundo aún no repartidas continuaba, y aquellos países que no lograran hacerse con las suyas entrarían en el siglo XX con un serio hándicap.[62]

Tirpitz tenía una figura imponente, con ojos penetrantes, amplia frente, gran nariz y enorme barba terminada en dos afiladas puntas. "De todos los consejeros

de Guillermo II –dijo Beyens–, ninguno trasmitía tanta impresión de fuerza y autoridad”.[63] Curiosamente, Tirpitz no amaba en exceso el mar y prefería pasar sus largas vacaciones de verano elaborando sus planes en su casa de la Selva Negra. Era también más emocional de lo que aparentaba. Aunque podía ser inexorable y decidido en sus batallas con colegas y políticos, a veces las presiones le resultaban excesivas: su secretario alguna vez lo encontró llorando en su despacho al final de la jornada.[64] Sus memorias y demás escritos están llenos de autojustificaciones y quejas hacia todos aquellos que alguna vez se le enfrentaron.

Alguien que lo conocía bien dijo que Tirpitz era “un temperamento muy enérgico. Es demasiado impetuoso como para no ser un líder. Es ambicioso, nada exigente en cuanto a sus medios, de disposición sanguínea. Muy exaltado en sus alegrías, pero sin cejar jamás en su actividad creativa, por más abatido que pudiera parecer”.[65] Su hijo diría más tarde que su divisa era: “Si un hombre no tiene el coraje de hacer algo, debe querer tenerlo”.[66] Hubiera triunfado igualmente en los negocios, pues entendía de organización, administración y creación de equipos. Un alto oficial hizo de él una valoración más ambigua, cuando Tirpitz estaba a punto de convertirse en ministro de la Marina: “Su desempeño, por lo demás positivo, en puestos de responsabilidad ha demostrado una tendencia a analizar las cuestiones desde un solo ángulo, y dedicar todas sus energías a la consecución de un fin en particular, sin prestar la debida atención a los requerimientos generales del servicio, con el resultado de que el éxito se ha alcanzado a expensas de otros objetivos”.[67] Lo mismo podría decirse de la política internacional de Alemania en los años previos a 1914.

Cuando Tirpitz asumió ese cargo bajo las órdenes del káiser, los dos hombres se habían visto en varias ocasiones. La primera parece que fue en 1887, cuando Tirpitz formó parte del séquito que acompañó al joven príncipe Guillermo al jubileo de oro de la reina Victoria. Ambos sostuvieron al parecer largas conversaciones. Pero el primer encuentro clave sucedió en 1891 en Kiel, en el Báltico, cuando, después de un debate general y poco concluyente sobre el futuro de la marina, el káiser le pidió a Tirpitz su opinión. “Entonces –contó Tirpitz en sus memorias–, le describí cómo concebía yo el desarrollo de la marina; y, como había estado anotando constantemente mis ideas sobre el tema,

pude ofrecerle sin dificultades un panorama completo”.[68]

Tirpitz llegó a Berlín en junio de 1897, y casi de inmediato tuvo una larga audiencia con el káiser. El nuevo ministro de la Marina se mostró cáustico con respecto a las ideas que cundían en la marina alemana (incluyendo las del propio káiser): lo que hacía falta era una estrategia de ataque, y no aquel hostigamiento al comercio ni aquellas medidas defensivas por las que habían abogado su predecesor y otros; lo cual significaba más acorazados gigantescos y más cruceros blindados, y muchos menos cruceros y torpederos rápidos y de blindaje ligero de los preferidos hasta entonces. Una armada semejante excitaría el orgullo de los alemanes, y –esto era música celestial para los oídos del káiser y de Bülow– contribuiría a crear una nueva unidad nacional. Y, como dejó bien claro Tirpitz, el principal enemigo de Alemania en el mar solo podía ser Gran Bretaña.

A diferencia de otros compatriotas suyos como Treitschke, Tirpitz no odiaba a Gran Bretaña. De hecho, envió a sus hijas a una célebre escuela privada, el Cheltenham Ladies College. Toda la familia hablaba excelente inglés y adoraban a su institutriz inglesa. Tirpitz era simplemente un darwinista social con una visión determinista de la historia como una serie de luchas por la supervivencia. Alemania necesitaba expandirse; Gran Bretaña, como potencia hegemónica, seguramente querría impedirlo. Por lo tanto, habría lucha; con toda seguridad económica, pero muy probablemente también militar, hasta que Gran Bretaña reconociese que no podía continuar oponiéndose a Alemania.

El objetivo fundamental de una nueva ley naval, le dijo Tirpitz al káiser en aquella primera reunión, tenía que ser “el fortalecimiento de nuestro poder e importancia políticos de cara a Gran Bretaña”. Alemania no podía vérselas con aquel país en todas partes, pero sí podía constituirse en una seria amenaza para las islas británicas por medio de bases alemanas en el mar del Norte. Providencialmente, bajo el acuerdo anglo-germano de 1890, Alemania había trocado sus derechos en Zanzíbar por la rocosa isla de Heligoland, que podía ser útil para custodiar los accesos a los puertos alemanes en el mar del Norte. De

manera que si Gran Bretaña, como Tirpitz creía probable, intentaba atacar la costa alemana o la propia armada alemana en tiempo de guerra, su flota sufriría pérdidas significativas. Su estrategia permaneció inmutable a lo largo de los años: destruir la flota británica a ciento sesenta kilómetros al oeste de Heligoland. Y Alemania contaba con la ventaja adicional de poder concentrar su flota, mientras que Gran Bretaña tenía que dispersar la suya por todo el mundo. "Como hasta los oficiales navales, almirantes ingleses y demás son plenamente conscientes de esto –le dijo al káiser–, también en el terreno político todo depende de una guerra de acorazados entre Heligoland y el Támesis".[69] Al parecer, Tirpitz no consideraba seriamente la posibilidad de que la armada británica optase por eludir una batalla a gran escala y por el contrario bloquease a Alemania desde lejos para impedir la llegada de suministros por mar, o aislase a la armada alemana cerrando el estrecho de Dover y los pasos entre Noruega y Escocia, en vez de intentar un ataque contra la costa o la armada alemanas; que fue lo que sucedió durante la Gran Guerra.[70] Y algo todavía más importante: Tirpitz tampoco acertó en cuál sería la reacción de Gran Bretaña ante su programa de construcción naval.

En los años siguientes, Tirpitz expuso ante el káiser, Bülow y sus colegas más próximos su vistosa teoría del riesgo, tan simple como audaz. Su objetivo era poner a Gran Bretaña en una posición en la que el coste de atacar a Alemania en el mar fuese demasiado alto. Gran Bretaña tenía la mayor armada del mundo y procuraba superar siempre en fuerza a otras dos armadas cualesquiera: la regla del doble poder, como se la llamaba. Alemania no intentaría igualar esto, sino que construiría una armada lo bastante fuerte como para que Gran Bretaña no se atreviese a atacarla, ya que de hacerlo correría el riesgo de sufrir daños tales que la debilitarían seriamente de cara a sus otros enemigos.

Si Gran Bretaña decidía librar al final una guerra naval contra Alemania, según Tirpitz, estaría propiciando su propio declive porque, ganase o perdiese, sufriría pérdidas. Esto alentaría a sus otros enemigos, muy probablemente a Francia y Rusia, que también tenían armadas poderosas, a atacar a la entonces debilitada Gran Bretaña. Como lo expresara el preámbulo a la segunda ley naval de Tirpitz de 1899: "No es necesario que la flota de guerra de nuestras aguas iguale a la de la mayor potencia naval. En general, esta no estaría en disposición de concentrar

todas sus fuerzas navales contra nosotros. Incluso si lograse atacarnos con una fuerza superior, la destrucción de la flota alemana dañaría tanto al enemigo que su propia posición como potencia mundial quedaría en entredicho”.[71]

Una prueba palpable de la estrechez de miras de Tirpitz es que, al parecer, no contaba con que los británicos advirtiesen este indicio tan claro de que Alemania los tenía en el punto de mira.

Y no era el único. Sus colegas, como Bülow y el káiser, contaban con tener tiempo para construir su armada hasta que esta fuese lo bastante fuerte como para llevar a cabo su estrategia. En esta “zona de peligro” en que aún era mucho más débil que Gran Bretaña, Alemania debía tener cuidado de no alarmar a su rival. Como dijo Bülow, “en vista de nuestra inferioridad naval, debemos operar con enorme cautela, como la oruga antes de convertirse en mariposa”. En veinte años, cuando su armada estuviese lista, le dijo el káiser al embajador francés, “yo hablaré otro lenguaje”.[72] Pero si no eran cuidadosos, los británicos podían verse tentados a emprender alguna acción preventiva. Lo que más preocupaba a quienes dictaban la política alemana era el miedo a otro Copenhague: el ataque preventivo de 1807, cuando la armada británica bombardeó la capital de Dinamarca y se apoderó de gran parte de la flota de este país para impedir que fuese usada en apoyo de Napoleón.[73]

Con todo, en sus momentos más optimistas, Tirpitz, el káiser y sus colegas confiaban en poder superar a Gran Bretaña sin luchar. La estrategia de riesgo se asemejaba a la disuasión nuclear durante la guerra fría, la de la destrucción mutua garantizada, como se la llamaba. Lo que impedía que la Unión Soviética y Estados Unidos se atacasen con armas nucleares de largo alcance era el conocimiento de que la parte superviviente del arsenal nuclear enemigo bastaría para contraatacar, infligiendo daños inaceptables. De hecho, Tirpitz a veces actuaba y hablaba como si en realidad no pretendiese utilizar nunca su flota de guerra; durante las varias crisis europeas anteriores a 1914, cuando se hablaba de una guerra que pudiera involucrar a Gran Bretaña y Alemania, él repetía invariablemente que la armada no estaba aún lista. Más bien parece que

esperaba, con la mera existencia de aquella flota, cumplir su objetivo de obligar a Gran Bretaña a llegar a un acuerdo.

Una vez que Alemania hubiese alcanzado aquella posición de fuerza en que su armada le mostrase a Gran Bretaña la desagradable perspectiva de una decadencia futura, los británicos comprenderían que no había más opción que aceptar lo inevitable y llegar a un entendimiento con Alemania, y tal vez incluso unirse a la triple alianza. Por esta razón, tanto Tirpitz como Bülow mostraron indiferencia ante la alianza ofrecida por Chamberlain a finales de la década de 1890. Era demasiado pronto. En un escrito posterior a la Gran Guerra (intentando demostrar que Alemania no había sido culpable de provocar el conflicto), Tirpitz declaró: "Respecto al modo de pensar del pueblo inglés que imperaba a finales de siglo, yo no creía en el espejismo de un acuerdo benévolo con el que Joseph Chamberlain tal vez hubiera podido engañarse a sí mismo, y ciertamente a algunos alemanes, en sueños infinitos. Un tratado que se correspondiese con los deseos hegemónicos ingleses nunca hubiera estado en concordancia con las necesidades alemanas. Para esto, la igualdad hubiera sido la condición previa".[74]

A las pocas semanas de su llegada a Berlín en el verano de 1897, Tirpitz ya había esbozado una ley naval completamente nueva, enfocada a lo que se llamaban navíos de línea o buques capitales: los acorazados y cruceros pesados que desempeñarían un papel decisivo en un combate marítimo total. Durante los siguientes siete años se construirían once acorazados, y a la larga la armada alemana llegaría a tener sesenta de estos navíos de línea. Significativamente, la ley establecía la fuerza de la armada y estipulaba que los tipos de barcos debían ser reemplazados automáticamente al quedar obsoletos, según un cronograma definido en la propia ley. Esto proporcionó lo que Tirpitz denominaba el "presupuesto de hierro". Tal como prometió al káiser, se propuso eliminar "la perturbadora influencia del Reichstag sobre las intenciones de Su Majestad respecto al desarrollo de la ma-rina".[75] En esta y en las siguientes leyes navales, como dijera Tirpitz en sus memorias, "el Reichstag renunciaría a la posibilidad de negar dinero para los nuevos tipos de barco, cada vez de mayor tamaño y mayor coste, a menos que estuviese dispuesto a cargar con el reproche de construir barcos inferiores".[76]

La primera ley naval de Tirpitz fue una apuesta temeraria, porque, si bien contaba con el apoyo entusiasta del káiser y de Bülow, no estaba nada claro que el Reichstag fuese a aprobarla. Tirpitz resultó ser un maestro de las intrigas y las relaciones públicas. Una de sus primeras medidas como ministro de la Marina fue crear una sección de noticias y asuntos generales parlamentarios, que se convirtió en una herramienta sumamente efectiva para movilizar a la opinión pública. En aquellos meses, mientras preparaba la ley naval, y durante las décadas siguientes, su oficina produjo un torrente de memorándums, libros, fotografías y películas. Organizó eventos especiales –por ejemplo, el envío de cien torpederos a lo largo del Rin en 1900–, y las botaduras de acorazados se fueron volviendo cada vez más aparatosas. En el periodo previo a la votación de la ley naval, en marzo de 1898, varios delegados del ministerio de la Marina se desplegaron por toda Alemania para dirigirse a los formadores de opinión, tanto del mundo empresarial como del universitario. El ministerio organizó ciento setenta y tres conferencias, imprimió ciento cuarenta mil panfletos y distribuyó ejemplares del clásico estudio de Mahan sobre el poder naval. A los periodistas se les preparó un recorrido especial por los buques de guerra y se prestó especial atención a la propaganda en las escuelas. Se recabó la ayuda de organizaciones públicas como la sociedad colonial, con sus veinte mil miembros, o la liga panger-mánica, y estas respondieron con entusiasmo, distribuyendo miles de panfletos.[77] Este no fue simplemente un caso de manipulación desde arriba: la idea de la marina atraía a los nacionalistas de todas las clases. Tenía acaso un especial atractivo para la creciente clase media, donde era vista como una carrera más liberal y accesible a sus hijos que el ejército. Y, aunque la liga naval fue fundada en 1898 como una organización de élite por un grupo de industriales, hacia 1914 tendría más de un millón de miembros afiliados.

Tirpitz se volcó en el trabajo. Hizo que un grupo de prominentes industriales y hombres de negocios emitieran una resolución en apoyo de la ley naval, y logró obtener incluso una reticente promesa de apoyo por parte de Bismarck. Visitó a los otros gobernantes de Alemania; el gran duque de Baden, por ejemplo, quedó completamente encantado, y le escribió al canciller alemán, Caprivi: “Qué personalidad tan excelente, un hombre con un carácter y una experiencia igualmente espléndidos”.[78] En Berlín, Tirpitz se pasaba horas charlando cordial-mente en su oficina con los miembros más influyentes del Reichstag.

Al reanudarse las sesiones del Reichstag en otoño, el káiser, Tirpitz y Bülow tomaron la palabra, en términos de lo más lisonjeros. Guillermo dijo que la ley era una simple medida defensiva. “Está muy lejos de nuestras mentes una política aventurera”, añadió el canciller (aunque fue en este mismo discurso donde mencionó el lugar bajo el sol para Alemania. “Nuestra flota tiene el carácter de una flota protectora –afirmó Tirpitz–, y esta ley no viene a cambiar en absoluto su carácter”. Su ley iba a facilitar mucho el trabajo del Reichstag en los próximos años, al deshacerse de los “ilimitados planes de la flota” del pasado.[79] El 26 de marzo de 1898, la primera ley naval fue aprobada sin tropiezos, con 212 votos a favor y 139 en contra. El káiser estaba extasiado: “¡He aquí a un hombre verdaderamente poderoso!”. Entre otras cosas, a Guillermo le encantó verse libre de la necesidad de obtener la aprobación del Reichstag, y se arrogó él mismo el mérito. Su director de finanzas contó que se había jactado ante él: “Engañó completamente a los miembros del Reichstag. No tenían la menor idea cuando la aprobaron, añadió, de cuáles serían sus consecuencias, pues la ley en realidad implicaba que habrían de concederle todo cuanto deseara”. Y prosiguió diciendo que era “como un sacacorchos con el que poder abrir la botella en cualquier momento. Aunque los espumarajos lleguen al techo, esos perros tendrán que pagar sin rechistar. Ahora los tengo en la palma de mi mano, y ningún poder en el mundo me impedirá beber de la botella hasta dejarla seca”.[80]

Tirpitz comenzó a trabajar de inmediato en sus siguientes medidas. Ya desde noviembre de 1898 había propuesto acelerar el ritmo de construcción de los buques principales por encima de los tres anuales que había hasta entonces. Un año más tarde, en una audiencia en septiembre de 1899, le dijo al káiser que aumentar el número de barcos era una “absoluta necesidad para Alemania, sin lo cual esta marchaba hacia su ruina”. De las cuatro grandes potencias del mundo –que para él eran Rusia, Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña–, las dos últimas solo podían ser alcanzadas por mar, por lo que el poderío marítimo era esencial. Y le recordó al káiser el concepto de la eterna lucha por el poder: “El discurso de Salisbury de que los grandes estados se vuelven cada vez más grandes y fuertes, y los pequeños más pequeños y débiles, lo hago también mío”. Alemania no podía quedarse atrás. “El poderío naval es esencial si Alemania no quiere zozobrar”. Tirpitz quería una nueva ley naval, antes de que expirase la

primera en 1903, para duplicar la flota. Alemania tendría entonces cuarenta y cinco na-víos de línea. Cierto que Gran Bretaña poseía más, "pero –prosiguió Tirpitz–, también contra Gran Bretaña tenemos buenas posibilidades gracias a nuestra posición geográfica, nuestro sistema militar, nuestros torpederos, nuestro entrenamiento táctico, nuestro desarrollo organizativo planificado y el liderazgo unificado en el monarca. Además de nuestras nada despreciables condiciones de combate. Gran Bretaña perderá [todo] deseo de atacarnos, y en consecuencia le concederá a Su Majestad suficiente presencia naval […] para llevar a cabo una política en ultramar a gran escala".[81]

El káiser no solo estuvo completamente de acuerdo, sino que se apresuró a anunciar en un discurso en Hamburgo que habría una segunda ley naval. Tirpitz tuvo que presentarla antes de lo planeado, pero el momento en realidad resultó oportuno. El estallido de la guerra de los Bóers en octubre de 1899 y la captura por parte de Gran Bretaña de unos barcos de vapor junto a las costas del sur de África a finales de aquel año, inflamaron a la opinión pública alemana. La segunda ley naval fue aprobada en junio de 1900, y efectivamente duplicó el tamaño de la armada alemana. En aquel mismo año, el káiser, agradecido, ascendió a Tirpitz al rango de vicealmirante, y eliminó su pasado burgués otorgándoles títulos nobiliarios a él y a su familia. El futuro parecía despejado para que Alemania continuase atravesando la "zona de peligro" hacia su lugar justo en el mundo.

Pero para lograr este triunfo el gobierno alemán habría de pagar un alto precio. Había comprado el apoyo de los importantes grupos de interés agrarios del partido conservador alemán (DKP), prometiéndoles un arancel que gravara el barato grano ruso, y en 1902 introdujo, en efecto, una medida proteccionista. La pérdida de un mercado importante enemistó aún más a los rusos, ya molestos por la toma alemana de la bahía de Jiaozhou y sus incursiones en el imperio otomano. La opinión pública alemana contra Gran Bretaña y a favor de una gran armada había sido útil, pero una vez excitada no era fácil de apaciguar. Y, lo más importante de todo, los británicos, tanto los formadores de opinión como el público general, habían empezado a darse cuenta. "Solo con que se quedaran quietos en Alemania –se quejaba Hatzfeldt, el embajador alemán en Londres–, pronto llegaría el día que los pollos fritos nos llegarían volando ellos solos. Pero

estos continuos sobresaltos histéricos de Guillermo II y la temeraria política naval del señor Von Tirpitz nos llevarán a la destrucción”.[82]

Tirpitz dio por sentados tres puntos cruciales: que los británicos no se daríán cuenta de que Alemania estaba creando una gran armada; que Gran Bretaña no podría responder mediante la construcción de más barcos que Alemania (entre otras cosas, Tirpitz suponía que los británicos no podían permitirse un gran incremento en su presupuesto naval); y que, al verse presionados a estrechar lazos con Alemania, Gran Bretaña no optaría por buscar amigos en otra parte. Se equivocaba en los tres.

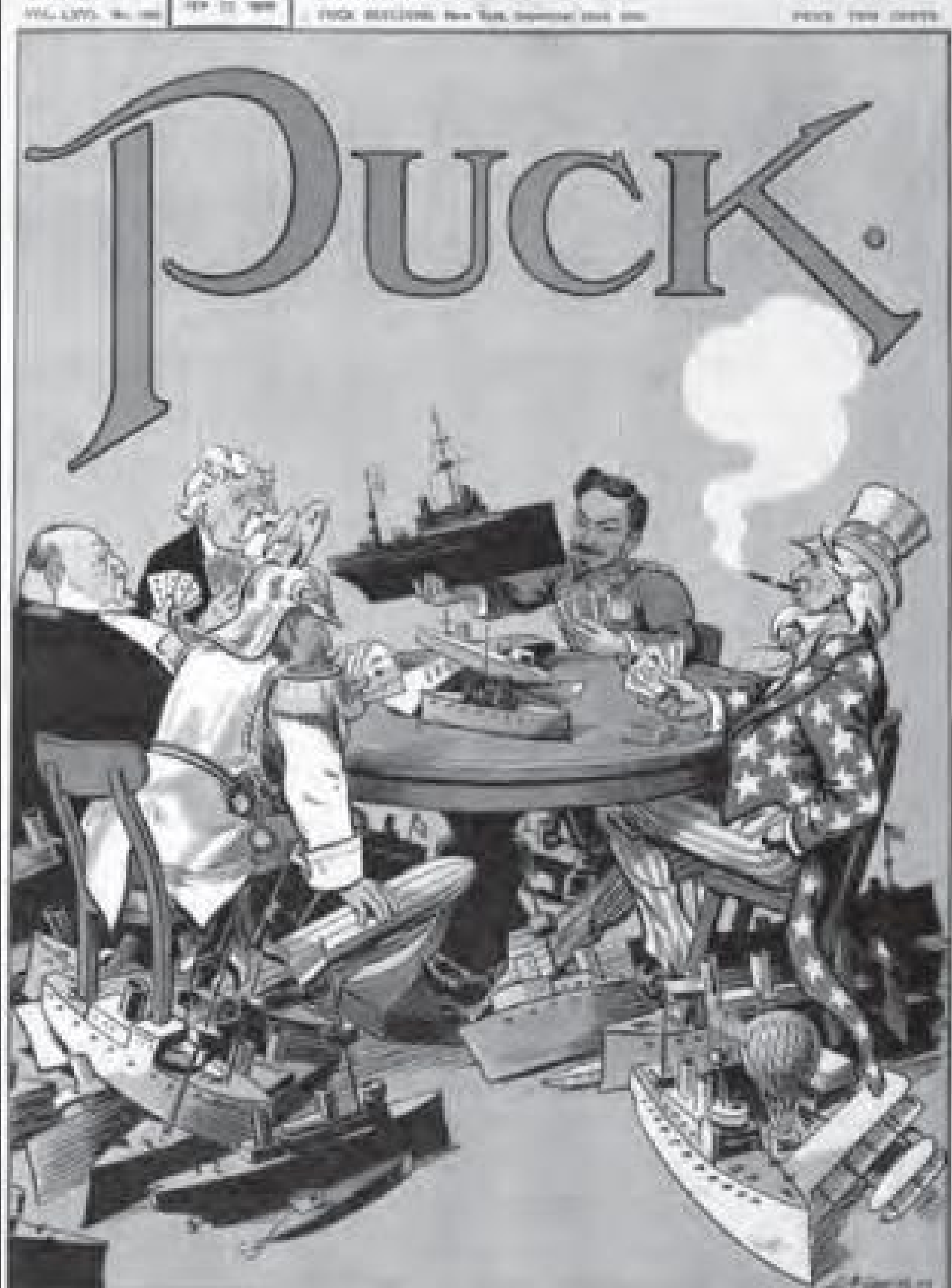
V

ACORAZADOS: LA RIVALIDAD NAVAL ANGLO-ALEMANA

En agosto de 1902 tuvo lugar otra grandiosa revista naval en las aguas protegidas que separan el puerto de Plymouth, en la costa sur de Inglaterra, y la isla de Wight, en Spithead; se celebraba la coronación de Eduardo VII, quien había sufrido un repentino ataque de apendi-citis a comienzos del verano, debido a lo cual se pospuso la investidura, así como todas las demás celebraciones. Como consecuencia, la mayor parte de los navíos se vieron obligados a partir, tanto los de las armadas extranjeras (excepto los de Japón, nuevo aliado de Gran Bretaña), como los de las escuadras de la armada británica destacadas en ultramar. No obstante, como informara con orgullo The Times, esta revista naval, aunque más limitada, constituyó un convincente despliegue del poderío naval británico. Todos los buques presentes en Spithead estaban ya en servicio activo, y todos los que pertenecían a la flota se encontraban en sus puestos para proteger las aguas nacionales de Gran Bretaña. “Puede que el despliegue sea menos espléndido que la maravillosa expresión de nuestro poder naval exhibido en estas mismas aguas hace cinco años, pero, aun así, será una clara demostración de este poder para quienes recuerdan que en estos momentos tenemos muchos más barcos en servicio en bases en el extranjero que entonces, y que no hemos sacado ni uno solo de los buques de la reserva”. Y continuaba advirtiendo The Times: “Algunos de nuestros rivales han trabajado febrilmente en este periodo y continúan aumentando progresivamente sus esfuerzos”. Era preciso que supieran que Gran Bretaña se mantenía alerta, vigilante y dispuesta a emplear los fondos necesarios para preservar su soberanía marítima.[1]

Pese a que The Times no mencionaba a los rivales de Gran Bretaña, quedarían pocas dudas para los lectores de que Alemania avanzaba rápidamente con la intención de disputarles la primacía. Aunque los británicos contaban todavía a Francia y Rusia entre sus enemigos potenciales, tanto entre las élites gobernantes como entre el público general cobraba fuerza la preocupación por sus vecinos del mar del Norte. En 1896, un popular folleto, Made in Germany, del periodista

E. E. Williams, ofrecía una perspectiva inquietante: “Surge un enorme estado mercantil que amenaza nuestra prosperidad y compite con nosotros por el comercio mundial”.[2] Miren a su alrededor, decía a sus lectores. “Los juguetes y las muñecas, así como los libros de cuentos que nuestros hijos maltratan en los jardines de infancia, están hechos en Alemania: más aún, el material de su periódico (patriótico) favorito procede también de allí, aunque no nos guste”. Desde los adornos chinos hasta el atizador de la chimenea, la mayor parte de los enseres domésticos probablemente estuvieron hechos en Alemania. Y lo que es peor: “A medianoche su esposa llega a casa tras ver una ópera hecha en Alemania e interpretada aquí por unos cantantes, un director y unos músicos formados en Alemania, con la ayuda de instrumentos y partituras hechos en Alemania”.[3]


PUCK.
NO LIMIT.

5. En los años anteriores a 1914, los países europeos entablaron por tierra y por mar una carrera armamentista cada vez más intensa y costosa. De la mano de las nuevas tecnologías llegaron buques de guerra más rápidos y fuertes, entre ellos los poderosos acorazados. Aquí Guillermo II, su tío Eduardo VII y el presidente Émile Loubet juegan una partida de póker de alto riesgo mientras que las potencias emergentes de Japón y Estados Unidos comienzan a sumarse.

Un nuevo elemento se hacía sentir en la política de Europa y sus relaciones internacionales: la opinión pública. Esta ejercería presiones inéditas sobre los líderes europeos, limitando su libertad de acción. Gracias a la expansión de la democracia y de los nuevos medios de comunicación de masas, así como a la reducción del analfabetismo, las personas no solo estaban mejor informadas, sino que se sentían más conectadas entre sí y con sus países. (En la actualidad, nosotros nos enfrentamos a nuestra propia revolución en el modo en que obtenemos información y nos relacionamos con el mundo a través de internet, y con la multiplicación de los medios sociales). En el mundo anterior a 1914, el ferrocarril, el telégrafo y más tarde el teléfono y la radio transmitían las noticias nacionales e internacionales con inusitada rapidez. Los corresponsales extranjeros se convirtieron en profesionales respetables, y los periódicos se inclinaban cada vez más por emplear a sus propios compatriotas en vez de apoyarse en los locales. Durante el desayuno, rusos, estadounidenses, alemanes o británicos podían leer sobre los más recientes logros o desastres de sus respectivos países y formarse su propio criterio, que podían trasladar a sus gobiernos. A algunos, especialmente a los miembros de las antiguas élites gobernantes, el cambio les pareció detestable. El jefe de la oficina de prensa del ministerio de Asuntos Exteriores alemán afirmó que las relaciones internacionales ya no estaban en manos de “reducidos círculos de personas distinguidas y de diplomáticos”. “La opinión pública de los países ha adquirido un grado de influencia en las decisiones políticas que antes era impensable”.[4] La mera existencia de una oficina de prensa alemana demostraba que los gobiernos comprendían la necesidad de manipular y utilizar a la opinión pública interna y externa mediante el control de la información suministrada a los periodistas, presionando a los dueños de los periódicos para que adoptaran una línea favorable a sus intereses o simplemente sobornándolos. El gobierno alemán trató de comprar apoyo en la prensa británica, pero como solo logró subsidiar un

periódico pequeño y de poca importancia, sus esfuerzos apenas sirvieron para aumentar las suspicacias de Gran Bretaña con respecto a Alemania.[5]

En 1897, The Daily Mail, diario de amplia circulación perteneciente a lord Northcliffe, publicó una serie de reportajes en los que instaba a sus lectores a “observar muy de cerca a Alemania durante los próximos diez años”. La amenaza alemana, el orgullo británico, las apelaciones al patriotismo y la demanda de contar con una fuerza naval más poderosa fueron temas recurrentes en los periódicos de Northcliffe (entre los que, en 1908, estaban The Daily Mirror, así como los más elitistas The Observer y The Times),[6] y también en otros rotativos como The Daily Express y el izquierdista Clarion. Para los editores, no se trataba tanto de crear una opinión pública como de decirle al público lo que deseaba escuchar; sin embargo, las campañas de prensa y los artículos alarmistas de hombres como Williams tuvieron el efecto de exaltar las emociones del pueblo y convertir el patriotismo en un nacionalismo patriotero.[7] Salisbury se lamentaba de que era como “llevar a cuestas un enorme manicomio”.[8]

A comienzos del siglo xx, las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania eran peores que nunca desde que Alemania irrumpiera en el mapa de Europa. El fracaso de las conversaciones entre Chamberlain y el embajador alemán en Londres, los exabruptos públicos y privados del káiser, el bien publicitado sentimiento antibritánico y probóer de la población alemana, incluso la intrascendente polémica sobre el supuesto insulto de Chamberlain al ejército prusiano, crearon un rescoldo de desconfianza y resentimiento tanto en Gran Bretaña como en Alemania. A comienzos de 1990, Valentine Chirol, corresponsal de The Times en Berlín hasta 1896, escribía a un amigo: “En mi opinión, Alemania es esencialmente más hostil que Francia o Rusia, pero aún no está lista […]. A nosotros nos mira como a una alcachofa a la que hay que ir deshojando”.[9] Encima, los estadistas británicos sospechaban, no sin razón, que a Berlín le gustaría ver a Gran Bretaña arrastrada a un conflicto con Francia y Rusia, e incluso que haría todo lo posible por estimularlo. En 1898, cuando Francia y Gran Bretaña casi se enzarzan en una guerra por sus reclamaciones enfrentadas sobre África, Guillermo II afirmó que, al hacer su máximo esfuerzo por aplacar la situación, se sentía como un transeúnte queriendo apagar un fuego

con un balde de agua. Por su parte, Thomas Sanderson, subsecretario permanente del ministerio de Asuntos Exteriores británico, comentó que el káiser semejaba a alguien "corriendo con cerillas en las manos y rayándolas sobre barriles de pólvora".[10]

Aunque ya desde la década de 1890 había preocupación en Gran Bretaña por el posible impacto de una Alemania nueva y poderosa en la correlación de fuerzas marítimas,[11] fueron las leyes navales de Tirpitz de 1898 y 1900 las que marcaron un notable incremento de la inquietud británica con respecto a Alemania. Si bien el objetivo subyacente no estaba claro todavía, en el otoño de 1902 lord Selborne, como primer lord del almirantazgo y homólogo británico de Tirpitz, les comunicó a sus colegas del gabinete: "La armada alemana está muy bien estructurada con miras a una nueva guerra con nosotros".[12] En 1903, el respetable funcionario Erskine Childers escribió su única novela, una historia apasionante de espionaje y aventuras, en la que advertía a sus conciudadanos sobre los peligros de una invasión alemana. El enigma de las arenas fue un éxito inmediato, y aún se reedita. (acabada la Gran Guerra, Childers se sumó a los rebeldes irlandeses y fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento británico. Su hijo ascendió a la presidencia de Irlanda en 1973). La prensa británica empezó a publicar artículos en los que se sugería un ataque preventivo contra la flota alemana.

Gracias a su geografía, Gran Bretaña en general había contemplado con ecuanimidad el crecimiento de fuerzas terrestres poderosas en el continente; pero no podía hacer lo mismo cuando del mar se trataba, porque la armada británica, además de un escudo, era un medio de extender su poderío y su salvavidas ante el mundo. Los niños aprendían en la escuela cómo en el siglo xvi la armada británica había vencido a la española (con cierta ayuda del mal tiempo y de la incompetencia del enemigo), y cómo a principios del siglo XIX había contribuido a la derrota de Napoleón. Con su armada, Gran Bretaña había derrotado a los franceses en la contienda de alcance mundial que fue la guerra de los Siete Años, y con ella había obtenido el control sobre un imperio que se extendía desde la India hasta Quebec. Y necesitaba de la armada para proteger ese imperio, así como su enorme red informal de comercio e inversiones que se extendía por todo el planeta.

Esta política contaba con el respaldo, no solo de las élites gobernantes, sino también de una buena parte del pueblo británico. En todo el espectro político y social, los británicos se enorgullecían de su armada y de su condición de doble potencia. En 1902, en la revista que se llevó a cabo durante la coronación, los más de cien barcos destinados a excursiones fueron alquilados por grupos que iban desde la agencia de viajes Thomas Cook e Hijos hasta el oficialista club de Cambridge y Oxford, o la sociedad cooperativa de empleados públicos. Se estima que en 1909, cuando la armada organizó una jornada especial de espectáculos en Londres, el número de espectadores fue de cuatro millones.[13] Lo que nunca fueron capaces de entender Tirpitz, Guillermo II y los suyos, entusiasmados como estaban con poseer una gran armada alemana capaz de desafiar a la británica, fue la importancia vital de la Royal Navy para los británicos; y esa incapacidad les saldría muy cara a ellos y a Europa.

“El imperio flota sobre la Royal Navy”, dijo el almirante Jacky Fisher, y al menos esta vez no exageraba.[14] Muchos eran conscientes de que Gran Bretaña debía su continua prosperidad y estabilidad a su armada. El éxito mismo de Gran Bretaña, como primera potencia industrializada del siglo xix, era también su talón de Aquiles. La prolongada salud de la economía británica dependía de su habilidad para traer materias primas de otros países y realizar sus exportaciones y, si Gran Bretaña no controlaba los mares, ¿no estaría siempre a merced de quienes lo hicieran? Además, ya en 1900 el país dependía de las importaciones para alimentar a su creciente población. De hecho, aproximadamente el cincuenta y ocho por ciento de las calorías que consumían los británicos procedía de otros países, y, tal como se encargaría de demostrar la Segunda Guerra Mundial, no había manera de sustituirlas aumentando la producción nacional.[15]

En 1890, mucho antes de que el emperador Guillermo II y Tirpitz echaran a andar el nuevo programa de construcciones navales, el United Services Institute de Londres abrió un debate que puso de relieve otra preocupación: ¿Estaba la Royal Navy en condiciones de proteger el comercio británico? ¿Disponía, por ejemplo, de suficientes cruceros veloces como para patrullar las rutas

comerciales clave del mundo o vigilar las flotas enemigas en tiempo de guerra y atacar su comercio? Hacia mediados de la década de 1890, la liga naval recién creada exigía ostentosamente que se dedicasen más fondos a la arma-da.[16] En 1902 The Daily Mail, de hecho el más popular de los nuevos periódicos de circulación masiva, encontró con qué preocuparse hasta en la gran revista naval organizada con motivo de la coronación:

Para un ojo poco aguzado, esta gran flota que reposa pacíficamente, anclada en el histórico puerto, constituye el mayor espectáculo de poderío; pero la genuina sabiduría nos exige ver más allá de la superficie y valorar cuánto le falta para estar a la altura del propósito que le dio aliento. Lo que no puede menos que impresionar al observador es su marcada debilidad en comparación con la flota que se reunió en 1897 para el jubileo de la desaparecida reina. Sin duda, nuestras escuadras son más fuertes que entonces […] pero no se puede perder de vista que, en el tiempo transcurrido, se ha desarrollado una poderosa flota en el mar del Norte, a la que es preciso tener en cuenta para ponderar la correlación de fuerzas.[17]

Como apuntó Selborne, uno de los más competentes jefes del almirantazgo del periodo anterior a la guerra: "Lo que está en juego para nosotros no puede compararse con ninguna otra potencia. Para nosotros, la derrota en una contienda marítima equivaldría a un desastre de magnitudes casi desconocidas en la historia; podría significar la destrucción de nuestra marina mercante, la paralización de nuestras industrias, la escasez de alimentos, la invasión y la fragmentación del imperio".[18]

¿Qué pasaría con la sociedad si se interrumpiera el suministro de alimentos que llegaba por vía marítima? Se suponía que la escasez, quizá incluso el hambre, afectaría primero a los pobres. En las dos décadas anteriores a 1914, muchos miembros de las clases dominantes, tanto militares como civiles, vislumbraban el panorama desalentador de una Gran Bretaña asediada por extensos disturbios, y hasta quizá por una revolución. En una reunión efectuada en el United Services Institute a finales de la década de 1890, un general del ejército se preguntaba si

realmente creían que las clases más altas estarían a salvo en tiempo de guerra. “Desde el extremo este de Londres, las masas se encaminarían al extremo oeste, saquearían nuestras casas, robarían el pan de nuestros hijos diciendo ‘si hemos de morir de hambre, es de justicia que muramos juntos’”.[19] Muy pronto sería imposible librar una guerra, escribió en 1902 el director de la inteligencia naval, el príncipe Louis de Battenberg (abuelo del duque de Edimburgo): “El pánico de los habitantes del Reino Unido, generado por la desorganización del comercio marítimo en las primeras etapas de la guerra, podría ser suficiente para barrer a cualquier gobierno empeñado en llevar la guerra hasta el final”.[20]

La hambruna, o el temor a la hambruna, pesaba cada vez más sobre los planes de guerra de la armada, al tiempo que calaba en la conciencia pública.[21] Hacia finales del siglo XIX, personas y agrupaciones influyentes hacían campaña para obligar al gobierno a tomar medidas de protección y acumulación de suministros alimentarios. En 1902, un elenco que más bien se asemejaba al de Los doce días de navidad –con sus cinco marqueses, siete generales, nueve duques, veintiocho condes, cuarenta y seis almirantes y ciento seis parlamentarios— se reunió para formar una asociación que promoviera una investigación oficial sobre los suministros alimentarios en tiempo de guerra. (Lograron que una comisión real admitiera la existencia de un problema, pero sin hacer recomendaciones reseñables).

Resulta significativo que entre los miembros de esa asociación hubiera unos cuantos líderes sindicales, quizá en un esfuerzo cada vez más importante y controvertido por captar al conjunto de las organizaciones. Nadie cuestionaba la firmeza de la clase obrera, “su patriotismo, su coraje o su capacidad de resistencia –señalaba el manifiesto de la asociación–, pero, con una población constantemente acosaada por el hambre, surgiría una situación de peligro, y de prolongarse no sería posible evitar un desastre, ni siquiera posponerlo por mucho tiempo”.[22] Desde luego que, desde antes de 1914, ya muchos miembros de las clases media y alta británicas dudaban de la lealtad y fiabilidad de la clase trabajadora. Los estudios realizados por grandes reformadores sociales victorianos como Charles Booth habían revelado las miserables condiciones en las que vivían muchos pobres, así como las consecuencias para su salud, y peor aún para su compromiso con la sociedad. ¿Estarían dispuestos los más

desfavorecidos a combatir en defensa de Gran Bretaña? ¿Y estarían en condiciones de hacerlo? Aunque Gran Bretaña carecía de un ejército de reemplazo, las revelaciones sobre la cifra de voluntarios que no reunían las condiciones físicas exigidas por el ejército durante la guerra de los Bóers aumentaban las preocupaciones en círculos oficialistas sobre la cantidad de personas disponibles para defender a Gran Bretaña en un conflicto de grandes proporciones.

Pero había otras señales alarmantes de que con el paso del tiempo la sociedad británica se fragmentaba aún más. La cuestión irlandesa había cobrado fuerza nuevamente; los nacionalistas irlandeses presionaban en favor de un gobierno autónomo, e incluso de la independencia. Los sindicatos crecían, y ya en 1900 sus afiliados sumaban dos millones (cifra que se duplicaría en 1914), concentrados en áreas cruciales para la economía británica como la minería y los muelles; las huelgas eran más prolongadas y con frecuencia violentas, y, tras la ampliación del derecho al sufragio, el poder político parecía estar ahora al alcance de los obreros y sus seguidores de la clase media. Tras las elecciones de 1906, había un partido laborista oficial con veintinueve escaños en la cámara de los comunes. El popular novelista William Le Queux publicó una novela muy popular, La invasión de 1910, en la que describía la invasión de Gran Bretaña por Alemania mientras los socialistas se manifestaban en favor de la paz y la muchedumbre gritaba “paren la guerra” por las calles de Londres. The Daily Mail publicó el libro por entregas, y envió hombres por todo Londres vestidos con uniformes azul prusia y cascos puntiagudos portando pancartas donde lo anunciaban. (A insistencia de Northcliffe, Le Queux aceptó cambiar la ruta de la supuesta invasión alemana, con el objeto de captar el mayor número posible de lectores).[23]

El gobierno conservador, al igual que el liberal que lo sustituyó a finales de 1905, se encontró en la incómoda pero familiar situación de tener que equilibrar las necesidades de defensa y las fiscales. En general, había consenso en que Alemania era una amenaza cada vez mayor y en que la armada tenía que ser lo suficientemente poderosa como para hacer frente a esta situación, así como a la amenaza más prolongada que representaban Francia y Rusia. (El ejército británico recibió aproximadamente la mitad de lo que se destinó a la armada).

No obstante, los avances experimentados en materia tecnológica, a saber, blindados más resistentes, mejores motores y armas de mayor volumen, también eran costosos. En los quince años que mediaron entre 1889 y 1904 se duplicó el coste de los acorazados —los pesos pesados entre los buques de guerra—, y el de los cruceros más rápidos y ligeros se quintuplicó. Además, la extensión de su imperio le imponía a Gran Bretaña el estacionamiento de fuerzas por todo el mundo. En las dos décadas que precedieron a 1914, el gasto general de defensa absorbió casi el cuarenta por ciento del presupuesto británico, proporción superior a la de cualquier otra potencia, y los impuestos individuales también fueron mucho más elevados.[24]

Al mismo tiempo, aumentaban los gastos del gobierno en programas sociales. Al gobierno británico, como a otros de Europa, le preocupaba el descontento interno, y consideraba que podía atemperarlo con medidas tales como la concesión de seguros de desempleo o de pensiones para los ancianos. Por otra parte, en el nuevo gobierno liberal de 1905 había radicales como David Lloyd George, para quien los gastos en bienestar social no solo eran una precaución acertada, sino también una obligación moral. ¿Podía la economía británica afrontar a la vez la construcción de nuevos barcos de guerra y las pensiones? Sucesivos ministros de Hacienda temían que esto no fuera posible. La subida de los impuestos por parte del gobierno podía ser motivo de descontento, especialmente entre las clases más pobres. El ministro de Hacienda del gobierno conservador, C. T. Ritchie, lo explicó de esta manera: “Uno de los mayores peligros que temo es que, en una época mala, con un gran desempleo y quizá una subida importante del precio del pan, el aumento del impuesto sobre la renta en un chelín dé lugar a revueltas”.[25]

Los gobiernos que se sucedieron antes de 1914 trataron de encontrar un punto intermedio entre el aumento de los impuestos y el recorte de los gastos de defensa, recurriendo al ahorro y a la eficiencia. En 1904 se creó una nueva comisión de defensa imperial para coordinar la planificación de la defensa y, si era posible, los presupuestos; se introdujeron reformas imprescindibles en el ejército después de la guerra de los Bóers y la armada entró en la modernidad. Puede que su ministro, Se-lborne, no fuera el más inteligente de los hombres; su cuñada Cecil (él estaba casado con una de las hijas de lord Salisbury) decía de

él: “Willy posee lo que podría calificarse de un sentido del humor británico primitivo […] sencillo, campechano e inagotable pese a la repetición”.[26] No obstante, era un hombre lleno de energía, consagrado a la mejora de la armada y, más importante aún, dispuesto a respaldar a los reformistas, en particular al almirante John Fisher.

Jacky Fisher, como siempre se le llamó, pasó por la historia de la armada británica y por los años de preguerra como una girándula fuera de control, lanzando chispas en todas direcciones, haciendo que unos curiosos se dispersasen alarmados y otros gritasen de admiración. De hecho, sacudió a la armada británica de arriba abajo en los años que precedieron a la Gran Guerra, bombardeando a sus superiores civiles con demandas hasta que cedían, y aplastando a quienes se le oponían dentro de la propia armada. Fisher se expresaba libremente en su propio lenguaje inimitable: sus enemigos eran “zorrillos”, “chulos”, “fósiles” o “conejos asustados”. Era un hombre duro, obstinado y en buena medida inmune a las críticas, algo nada sorprendente en alguien de origen relativamente modesto que se había abierto paso solo en la armada, desde chiquillo. Tenía también una extremada confianza en sí mismo. Una vez Eduardo VII se quejó de que Fisher no analizaba los diferentes ángulos de un problema, y el almirante le respondió: “¿Para qué perder mi tiempo analizando los diferentes ángulos si ya sé cuál es el bueno?”.[27]

Fisher podía ser encantador, y hasta hacer reír a la reina Victoria, tarea nada sencilla, así que con frecuencia era invitado a visitarla en Os-borne, en la isla de Wight. La joven gran duquesa Olga de Rusia le escribió en una ocasión: “Creo, mi querido almirante, que sería capaz de ir caminando hasta Gran Bretaña solo para bailar otro vals con usted”.[28] Por otro lado, si se enojaba podía ser peligroso, y hasta vengativo. De él dijo el destacado periodista Alfred Gardiner: “Se ríe, hace bromas, se expresa con gran genialidad, pero, más allá de estas características externas del hombre de mar, están sus tres cualidades de guerrero, ‘cruel, despiadado e implacable’, y sus tres divisas de batalla, ‘pega primero, pega fuerte y sigue pegando’”.[29] Fisher no buscaba el combate con sus opositores políticos ni con los países enemigos; pero si se presentaba, creía firmemente en la guerra total. Para Fisher, como para muchos otros en la armada británica, el gran héroe era Horatio Nelson, vencedor en la batalla naval contra Napoleón. De

hecho, Fisher, tras ser designado en 1904 primer lord del mar (jefe de operaciones de la armada), dilató su toma de posesión hasta el 21 de octubre, aniversario de la muerte de su héroe en la batalla de Trafalgar; y con frecuencia citaba a Nelson cuando dijo: “Hay que ser un —— estúpido para combatir a un enemigo en proporción de diez a uno cuando puede hacerse de cien a uno”.[30]

El heredero de Nelson nació en 1841 en Ceilán, país en el que su padre fue primero capitán del ejército y luego fallido cultivador de té. Según el propio Fisher, sus padres, a los que apenas conoció, eran muy apuestos: “Mi fealdad es uno de esos enigmas de la fisiología imposible de descifrar”.[31] Y es cierto que en su rostro había algo extrañamente inescrutable, e incluso salvaje. “Sus ojos redondos –decía Gardiner–, con pupilas curiosamente pequeñas, su boca grande, de labios carnosos y con las comisuras irremediablemente caídas, su mandíbula proyectada en sonriente desafío al mundo… todo apunta a un hombre que no pide cuartel ni lo da”. Durante años corrieron rumores de que Fisher era en parte malayo, lo que, en opinión del agregado naval alemán, explicaba por qué era tan astuto y tenía tan pocos escrúpulos.[32]

Para Fisher, Dios y la patria eran los principales objetos de fe; creía que lo justo y correcto era que Gran Bretaña dominara el mundo. Dios había protegido a su país igual que a las legendarias tribus perdidas de Israel, que un día regresarían triunfantes. En una ocasión dijo: “¿Sabes que existen cinco llaves para el mundo? El estrecho de Dover, el estrecho de Gibraltar, el canal de Suez, el estrecho de Malaca y el cabo de Buena Esperanza. Y nosotros las tenemos todas. ¿No somos acaso las tribus perdidas?”.[33] Su lectura favorita era la Biblia, en particular el Antiguo Testamento, con sus numerosas batallas, y siempre que podía iba a escuchar sermones. En cierta ocasión, a un visitante que llamó a su puerta un domingo por la mañana le dijeron: “El capitán fue a la capilla de Berkeley”. “¿Y por la tarde estará aquí?”, preguntó el visitante. “No, dijo que iba a escuchar al canónigo Liddon en San Pablo”. “¿Y por la noche?”. “Por la noche irá al templo de Spurgeon”.[34]

Fisher amaba también a su esposa y a su familia, y le gustaba bailar; pero su

pasión era la armada, y en su nombre libró una guerra contra la ineficiencia, la holgazanería y el obstruccionismo. Se le sabía capaz de echar del trabajo sin miramientos a los subordinados incompetentes. Uno de ellos dijo: “Sus asistentes nunca estábamos seguros de que al día siguiente tendríamos aún nuestro empleo”.[35] Al convertirse en primer lord del mar recibió un enorme expediente, relativo a una disput a con el ministerio de la Guerra sobre quién debía pagar las ostras de unos habitantes de las Highlands que se habían echado a perder por el agua salada cuando la armada las empujó hasta la playa; él se limitó a echar al fuego el expediente en su despacho.[36] Fisher tomó la decisión de tener un telégrafo inalámbrico sobre el almirantazgo en Whitehall, pero la oficina postal puso objeciones; así que un día aparecieron seis marineros, treparon a la cúpula e instalaron el equipamiento necesario.[37]

Alguien como Fisher tenía por fuerza que resultar controvertido, dentro de la armada y entre sus seguidores. Se le acusaba de favoritismo, y de llegar demasiado lejos y demasiado rápido con sus reformas. Pero lo cierto es que se necesitaba un cambio. Es posible que Churchill no dijera aquello de que las tradiciones de la Royal Navy eran “el ron, la sodomía y el látigo”; pero lo cierto eso no estaba muy alejado de la realidad. Durante largos años de paz, la armada se había vuelto displicente y retrógrada, y se aferraba a los viejos esquemas porque así se hacían las cosas en los tiempos del almirante Nelson. La disciplina era cruel; el gato de nueve colas, como llamaban al látigo de los castigos, podía abrir la espalda de un hombre con unos pocos golpes. En 1854, durante su primer día en la armada, el joven Fisher, de solo trece años, se desmayó al ver azotar a ocho hombres.[38] (Esta práctica fue abolida definitivamente en 1879). Los marineros comunes continuaron durmiendo en hamacas y comiendo su dieta básica de galletas duras (a veces con gorgojos) y carne inidentificable (y con los dedos). Era preciso revisar y actualizar toda la instrucción; después de todo, no tenía demasiado sentido pasar mucho tiempo navegando cuando prácticamente todos los barcos eran de vapor. Los estudios, incluso para los oficiales, se consideraban un mal necesario, y solo se impartían conocimientos básicos. Los jóvenes oficiales carecían de una formación adecuada, y ni siquiera se les estimulaba a interesarse por cuestiones tan mundanas como las prácticas de tiro, y mucho menos por la táctica y la estrategia. En realidad, según recordaba el almirante de sus primeros días en servicio, “el polo y las carreras de ponis eran más importantes que las prácticas de tiro”. A la mayoría de altos oficiales no les gustaban las armas, porque el humo ensuciaba la pintura de los barcos.[39] La

armada carecía de una academia para enseñar el arte de la guerra, y mucho menos las relaciones internacionales o la política. En general, sus principales comandantes no se molestaban con planes de guerra, aunque se les daba bien dirigir sus barcos en revistas navales o en maniobras complicadas (olvidemos que, en uno de los escándalos mayúsculos de la era victoriana, el almirante sir George Tryon condujo su barco insignia, el Victoria, directamente contra el costado del Camperdown, que se hundió junto a sus trescientos cincuenta y ocho hombres).

Las reformas de Fisher en la armada se iniciaron antes de que él mismo fuera primer lord del mar. Realmente, como comandante en jefe en el Mediterráneo y luego segundo lord del mar había hecho mucho por mejorar la formación naval, e incluso sentó las bases de una verdadera academia de guerra; había insistido en las prácticas de tiro constantes, y había promovido y estimulado a un grupo de jóvenes oficiales de talento. A sus superiores les había dicho: “¡La elevada edad media de nuestros almirantes es algo atroz! ¡Dentro de unos años estarán gotosos y con botellas de agua caliente!”.[40] Después de 1904, cuando accedió a la más alta posición de mando de la armada, emprendió cambios aún más profundos. “¡No se puede perder el tiempo! –le escribió a un amigo reformista–. ¡No hay lugar para sentimentalismos ni susceptibilidades, ni piedad para nadie!”.[41] A pesar de las protestas de sus oficiales, Fisher desechó sin compasión más de ciento cincuenta barcos obsoletos, redujo personal en los astilleros y los reorganizó para hacerlos más eficientes (y económicos) y garantizó que la preterida flota de la reserva naval contara con sus propios núcleos básicos de tripulantes a bordo, de manera que pudieran ocupar rápidamente su lugar en el mar en caso de una crisis. Su reorganización más audaz consistió en traer de regreso a una buena parte de la armada desde posiciones lejanas, y concentrar sus barcos, especialmente los más modernos, cerca de las islas británicas. Además, reunió a las escuadras dispersas, de manera que hubiese una gran flota oriental estacionada en Singapur, otra en el cabo de Buena Esperanza, otra en el Mediterráneo y otras dos, la atlántica y la del canal de la Mancha, muy cerca de Inglaterra. Esta redistribución de la armada se traducía en que, de ser necesario, podría emplear tres cuartas partes de su fuerza contra Alemania; y, siguiendo el principio de Nelson según el cual “el campo de batalla debe ser el campo de entrenamiento”, la flota atlántica y la del canal de la Mancha convirtieron en práctica habitual la realización de largos ejercicios en el mar del Norte.

Tan pronto como asumió el cargo de primer lord del mar, Fisher creó un grupo encargado de trabajar en la mayor de sus innovaciones, un nuevo superacorazado. (También diseñó un nuevo crucero de guerra pesado, el Invencible). La idea de contar con un buque de guerra que combinara velocidad, buen blindaje y artillería pesada de largo alcance ya existía, entre otras cosas porque el avance de la tecnología lo hacía posible. Por ejemplo, las nuevas máquinas de turbina eran capaces de desplazar por el agua más peso y a mayor velocidad. (En 1904, Cunard decidió colocar turbinas en sus nuevos Lusitania y Mauritania, los mayores buques de pasajeros de la época). En 1903, un italiano diseñador de barcos publicó un artículo con el bosquejo de un diseño que describía como “un acorazado idóneo para la Royal Navy”; entretanto, era conocido que las armadas japonesa, alemana, estadounidense y rusa también contemplaban la posibilidad de construir un nuevo superacorazado.[42] La contundente victoria japonesa sobre la armada rusa en el estrecho de Tsushima, en mayo de 1905, pareció demostrar que el futuro de las contiendas navales estaba en los acorazados más veloces, en los nuevos proyectiles con carga explosiva más poderosa y en los cañones capaces de dispararlos. (La flota japonesa utilizó cañones de 12 pulgadas, o 30, 5 centímetros; las medidas se refieren a la boca, lo que significa que lanzaban proyectiles verdaderamente grandes).[43] Aunque Fisher fue criticado en ocasiones por llevar la carrera armamentista naval a un nuevo nivel, con la construcción de barcos ante los cuales cualquier otro parecía obsoleto, es difícil concebir cómo podría haberse evitado semejante avance.

La comisión Fisher hizo su trabajo con gran celeridad, y el 2 de octubre de 1905 se dispuso la quilla de lo que sería el HMS Dreadnought, cuya botadura oficial por el rey se realizó en febrero de 1906, en presencia de una enorme y entusiasta multitud; y hacia finales de año el barco ya estaba listo para entrar en servicio. Dreadnought, el primero de una serie de acorazados de nuevo cuño, era el Mohamed Alí de los mares: voluminoso, rápido y letal. Los mayores acorazados producidos hasta la fecha eran de catorce mil toneladas aproximadamente, mientras que el Dreadnought pesaba dieciocho mil; la mayor velocidad a vapor alcanzada hasta entonces había sido de dieciocho nudos, en tanto que el Dreadnought podía superar los veintiuno con su motor de turbina (hecho por Charles Parsons, el que había escandalizado a la armada con la exhibición de su

Turbinia durante la revista naval del jubileo de diamante). Fisher consideraba que, para garantizar la protección, la velocidad era más importante que el blindaje, aunque el Dreadnought tenía bastante blindaje —unas cinco mil toneladas por encima y por debajo de su línea de flotación— y, al igual que Mohamed Alí, era capaz de golpear con fuerza, con diez cañones de 12 pulgadas y baterías de cañones más pequeños; y, como los cañones estaban montados sobre torretas, tanto este nuevo acorazado como sus sucesores tenían la posibilidad de disparar en derredor. Como indicó en 1905 el anuario de referencia sobre barcos de guerra mundiales, el Jane's Fighting Ships: "No es exagerado decir que, dada su velocidad, su poder de fuego, su alcance y el efecto aplastante de la concentración de fuerzas de sus proyectiles pesados, el valor del Dreadnought para el combate fácilmente duplica, y probablemente triplica, el de la mayor parte de los barcos existentes".[44]

Aunque al parecer el impulso inmediato para la construcción de los acorazados y los cruceros pesados fue el temor al poderío combinado de las armadas rusa y francesa, lo cierto es que los planificadores navales británicos tenían cada vez más la percepción de que la armada alemana sería su principal enemigo en el futuro.[45] De hecho, las relaciones con Francia y Rusia empezaban a mejorar, pero con Alemania continuaban empeorando, y los estrategas británicos asumieron que, independientemente de la política oficial alemana, la flota de este país estaba diseñada para actuar en el mar del Norte. Ejemplo de ello era que había limitado el radio del crucero y hacinado a los tripulantes en sus dependencias, lo cual supondría un problema en caso de viajes largos. Tampoco ayudó que en una carta dirigida a su primo segundo el zar, el káiser tuviera el poco cuidado de firmar como Almirante del Atlántico.[46] Ciertamente, a Fisher no le cabía la menor duda. Como dijo en 1906, cuando la carrera armamentista naval con Alemania estaba en su apogeo: "Nuestro único enemigo probable es Alemania. Alemania mantiene toda su flota concentrada siempre a pocas horas de distancia de Gran Bretaña; por lo tanto, nosotros debemos mantener una flota el doble de poderosa concentrada a pocas horas de distancia de Alemania".[47] A partir de 1907, los planes de guerra del almirantazgo se concentraron casi completamente en la posibilidad de una contienda naval con Alemania en los mares que rodean a Gran Bretaña. Algo en lo que coincidió la comisión de defensa imperial, creada para coordinar la estrategia británica y asesorar al primer ministro, que en 1910 apuntó: "Para evitar exponer a nuestras flotas al riesgo de sufrir derrotas por separado, se deberán posponer las acciones navales

en aguas remotas hasta que se logre despejar la situación en las nuestras, lo que nos permitirá disponer de una fuerza naval adecuada para tales acciones”.[48]

Con el propósito de aliviar la carga financiera que significaba la armada, el gobierno británico volvió sus ojos a los países miembros de su imperio; así que nuevos barcos fueron botados con “vino colonial”, y con nombres tipo Indostán o Buena Esperanza.[49] Los dominios autónomos “blancos” de Canadá, Australia, Nueva Zelanda y, más tarde, Sudáfrica se mantuvieron extrañamente indiferentes.[50] En 1902, aportaron colectivamente unas 150.000 libras esterlinas, cifra que después de considerables presiones del gobierno británico apenas ascendió a 328.000 en los años siguientes.[51] Canadá, el principal dominio, no aportó absolutamente nada, argumentando que no tenía enemigos cerca. Sobre esto diría Fisher: “Es un pueblo antipatriótico y codicioso que se mantiene junto a nosotros solo por los beneficios que le reporta”.[52] Solo la intensificación de la carrera armamentista naval con Alemania lograría cambiar la forma de pensar de los países subordinados al imperio. En 1909, Nueva Zelanda y Australia empezaron a producir sus propios acorazados; y en 1910 Canadá comenzó cautelosamente a crear su propia armada, adquiriendo dos cruceros británicos.

En la propia Gran Bretaña, otra parte clave del gobierno, el ministerio de Asuntos Exteriores, empezaba a compartir el criterio de la armada acerca de la amenaza alemana. Mientras la generación mayor, que había crecido en los días del espléndido aislamiento, todavía albergaba la esperanza de mantener relaciones, si no amistosas, al menos civilizadas con todas las demás potencias, la generación más joven era cada vez más antialemana. Sanderson, subsecretario permanente de Asuntos Exteriores entre 1894 y 1906, le escribió en 1902 a sir Frank Lascelles, embajador británico en Berlín, que observaba una preocupante tendencia entre sus colegas a pensar mal de los alemanes: “Existe antipatía hacia ellos, así como la percepción de que están dispuestos y ansiosos por jugarnos una mala pasada. Este estado de cosas resulta inconveniente, por cuanto existe un buen número de razones para que nuestros dos países trabajen cordialmente unidos”.[53] Algunas de las nuevas estrellas en ascenso, como Francis Bertie, futuro embajador en París de 1905 a 1918; Charles Hardinge, subsecretario permanente de Asuntos Exteriores de 1906 a 1910; o Arthur Nicolson, embajador en Rusia en el mismo periodo y más tarde subsecretario permanente

(y padre de Harold Nicolson); veían a Alemania con profunda suspicacia. Hardinge expresó una idea compartida por muchos cuando, en 1904, refiriéndose a Alemania, le escribió a Louis Mallet, futuro embajador ante el imperio otomano: “Nunca ha hecho nada por nosotros más que desangrarnos; es falsa y avariciosa, y es nuestro verdadero enemigo político y comercial”.[54] La tendencia fue marginar a quienes, una década antes de 1914, no compartían el prevaleciente pensamiento antialemán.

Aunque resulte paradójico, el hombre que con mayor fuerza manifestó las preocupaciones del ministerio de Asuntos Exteriores con respecto a Alemania era parcialmente alemán y estaba casado con una alemana. Su admiración por los grandes historiadores de ese país, su amor por la música –tocaba muy bien el piano y tenía talento como compositor amateur—, su ligero acento alemán y, según algunos, su enorme capacidad de trabajo, hacían de Eyre Crowe un espécimen algo extraño en un ministerio de Asuntos Exteriores cuyo personal procedía en gran medida, hasta aquel momento, de la clase alta británica. Crowe, hijo de un cónsul británico y una mujer alemana, creció en Alemania en un mundo de clase media alta con elevada educación, semejante a aquel del que procedía Tirpitz. Sus padres habían conocido al desafortunado emperador Federico Guillermo y a su esposa inglesa, la princesa Victoria, y compartido las esperanzas liberales de estos respecto a Alemania. Crowe sentía un profundo afecto por Alemania y su cultura, pero detestaba lo que percibía como el triunfo del prusianismo, con su autoritarismo y su énfasis en los valores militares. Al mismo tiempo, era muy crítico con lo que consideraba “el espíritu errático, dominante y a menudo abiertamente agresivo” que, en su opinión, animaba la vida pública alemana. Alemania buscaba un lugar en el mundo a la medida de su nuevo poderío, algo que Crowe comprendía y con lo que simpatizaba; pero rechazaba con fuerza la manera en que los líderes alemanes exigían a otras potencias que le cedieran colonias, amenazando su poderío militar. Como le comentó a su madre, en una carta fechada en 1896, Alemania se había acostumbrado a pensar que podía maltratar a Gran Bretaña “golpeándola como a un burro muerto; pero el animal regresa a la vida, esta vez con características de león, y eso es lo que tiene un poco confundidos a esos caballeros”.[55] En el ministerio de Asuntos Exteriores, Crowe asumió la misión de instar a sus superiores a mantenerse firmes ante lo que calificaba de chantaje alemán.

En el día de año nuevo de 1907, Crowe, recién nombrado al frente de la dirección del ministerio de Asuntos Exteriores encargada de la atención a Alemania y los otros estados de Europa occidental, le presentó a su ministro, sir Edward Grey, lo que sería su más famoso memorándum; el cual, por sus poderosos argumentos, su comprensión de la historia y su esfuerzo por entender las motivaciones alemanas, es comparable al documento conocido como "el largo telegrama" de George Kennan, enviado por este a Washington al comienzo de la guerra fría, en que explicaba el origen de la conducta soviética y la política de contención. Crowe, al igual que Kennan más tarde, argumentaba que su país se enfrentaba a un oponente que siempre trataría de sacar ventaja, a menos que se le mantuviera bajo control: "Al ceder a las amenazas del chantajista, este se enriquece, y además la experiencia ha demostrado que, aunque la víctima pueda lograr con ello una temporada de paz, lo cierto es que, tras periodos cada vez más breves de amistosa tolerancia, se repetirán las molestias y las exigencias cada vez mayores. Por lo general, se logra arruinar el negocio del chantajista cuando desde la primera vez se asume una posición decidida contra sus exigencias y se decide afrontar todos los riesgos de una situación posiblemente desagradable, en lugar de avanzar por el camino interminable de las concesiones. Pero, en ausencia de esta determinación, lo más probable es que las relaciones entre las dos partes empeoren progresivamente".[56]

Crowe explicaba que la política exterior y de defensa de Gran Bretaña estaba determinada por la geografía, tanto por su posición en la periferia europea como por su posesión de un enorme imperio en ultramar. Era casi "una ley de la naturaleza" que los británicos favorecieran una correlación de fuerzas capaz de evitar que una sola potencia obtuviera el control del continente.[57] Gran Bretaña tampoco podía conceder el control de los mares a otra potencia sin poner en peligro su existencia misma. La política alemana de fortalecimiento de su armada podría ser parte de una estrategia general de desafío a la posición británica en el mundo, o el resultado de "un arte de gobernar ambiguo, confuso y poco práctico, incapaz de percibir su propia desviación".[58] Aunque desde el punto de vista británico daba lo mismo, pues Gran Bretaña tenía que hacer frente en cualquier caso al desafío naval alemán; eso sí, con firmeza pero con calma. (Cuarenta años más tarde, Kennan ofrecía un consejo similar con respecto a la Unión Soviética). Crowe escribió: "Nada tiene más posibilidades de producirle a Alemania la impresión de lo absurdo e impracticable que es para ella empeñarse en una sucesión sin fin de costosos programas navales, que la convicción, basada

en la demostración visible, de que, por cada barco de Alemania, Gran Bretaña producirá dos, lo que mantendría inevitablemente el actual predominio relativo britá-nico”.[59]

Una vez que los británicos construyeron su primer acorazado, Tir-pitz, el káiser y sus seguidores se vieron ante una clara disyuntiva: renunciar a la carrera armamentista naval y tratar de recomponer las relaciones con Gran Bretaña, o responder intentando mantener la carrera y construyendo su propio equivalente de los acorazados. Eligiendo la segunda opción, Alemania tendría que hacer frente a elevadísimos costes: los materiales y la tecnologías nuevos, el mantenimiento y las reparaciones más sofisticados, y las tripulaciones más numerosas, todo lo cual duplicaba la suma de los buques de guerra ya existentes. Además, sería preciso reconstruir los muelles para que pudieran maniobrar barcos mayores; por su parte, el canal de Kiel, que les permitía construir sus buques en los protegidos astilleros de la costa báltica y llevarlos sin peligro después a los puertos alemanes en el mar del Norte, requeriría una ampliación y más calado.[60] Por otra parte, el dinero absorbido por la armada dejaría de estar a disposición del ejército, que se enfrentaba a una amenaza creciente desde Rusia. La decisión sobre el camino a seguir no podía posponerse por mucho tiempo, o Gran Bretaña aumentaría demasiado su ventaja.

A comienzos de 1905, meses antes de que se colocara la quilla del Dreadnought, el agregado naval alemán en Londres informaba a Berlín de que los británicos planeaban un nuevo tipo de acorazado, más poderoso que cualquiera de los existentes.[61] En marzo de 1905, Selborne presentó en el parlamento las estimaciones de gastos de la armada para el siguiente año, donde se incluía un nuevo acorazado pero sin detalles, y, aunque mencionó la comisión Fisher, dijo que no serviría en absoluto al bien común que se hiciera público su informe. Ese verano Tirpitz se retiró, como le gustaba hacer, a su casa de la Selva Negra, y allí, entre pinos y abetos, sostuvo consultas con algunos de sus asesores más cercanos. En otoño ya había tomado la decisión: Alemania construiría acorazados y cruceros de combate comparables a los nuevos producidos por Gran Bretaña. Según las observaciones de Holger Herwig, destacado cronista de la carrera armamentista naval alemana: “¡Mucho nos dice de las características del proceso de toma de decisiones en la Alemania de Guillermo II, el que el

desafío británico se aceptara sin consultar al primer ministro, los ministerios de Asuntos Exteriores y de Hacienda, ni a los dos organismos directamente responsables de la planificación naval estratégica, el estado mayor del almirantazgo y la flota de alta mar!".[62] Tirpitz presentó un nuevo proyecto de ley naval que preveía el aumento de gastos –un treinta y cinco por ciento por encima de la ley naval de 1900— para cubrir el coste de los acorazados, así como de seis nuevos cruceros. Alemania construiría dos acorazados y un crucero pesado cada año.

Desde luego, no todos los alemanes compartían los temores ni aceptaban la necesidad de una armada costosa y de gran envergadura. Incluso dentro de la propia armada había quejas de que el empeño de Tirpitz por producir más y más barcos equivalía a una reducción de los fondos destinados a personal y entrenamiento.[63] En el Reichstag, algunos diputados del centro y de la izquierda, pero también de la derecha, criticaron el aumento del déficit, causado en parte por el presupuesto naval. El primer ministro Büllow ya estaba intentado tapar los agujeros por donde se escapaba el presupuesto alemán, y preparándose para tratar con un Reichstag poco dispuesto a elevar los impuestos; pero cuando el nuevo proyecto de ley naval, la No-velle, llegaba al cuerpo legislativo, estalló por casualidad una crisis importante a propósito de marruecos, con temores de guerra, por lo que se aprobó por amplio margen en mayo de 1906.[64] No obstante, Büllow se preocupaba cada vez más por la crisis financiera que se cernía sobre Alemania, y por sus propias dificultades para lidiar con el Reichstag. Entretanto, los gastos navales no parecían tener fin, por lo que en 1907 le preguntó directamente a Tirpitz: "¿Cuándo cree usted que habrá avanzado lo suficiente con su flota como para que […] la insoportable situación política encuentre alivio?".[65] El cronograma de Tirpitz para salir de la zona de peligro (el punto en que Alemania se hubiera hecho discretamente con una armada con la suficiente fuerza como para presionar a Gran Bretaña) se escurría cada vez más hacia el futuro.

En cuanto al káiser y a Tirpitz, la responsabilidad de llevar la carrera armamentista naval a otro nivel radicaba en lo que Guillermo llamaba "la completamente loca política de acorazados de sir J. Fisher y Su Majestad". Los alemanes se inclinaban a creer que Eduardo VII estaba empeñado en tender un

cerco alrededor de Alemania. En opinión de Tirpitz, los británicos habían cometido un error al construir acorazados y cruceros pesados, y estaban molestos por eso: “Y el enojo aumentará cuando vean que les seguimos los pasos de cerca”.[66] Pero esto no menguó la ansiedad de los líderes alemanes respecto al futuro inmediato. La zona de peligro de Tirpitz no hacía más que ampliarse, y los británicos no daban señales por el momento de querer llegar a un acuerdo con Alemania. “No hay aliados a la vista”, le dijo con sorna Holstein a Bülow.[67] ¿Quién sabía lo que podrían hacer los británicos? ¿Acaso su propia historia no demostraba que eran hipócritas, taimados y crueles? El temor a un Copenhague, a un ataque británico sorpresa como el de 1807, cuando la armada británica cañoneó Copenhague y tomó la flota danesa, nunca se alejó de la cabeza de los líderes alemanes desde el comienzo de la carrera armamentista naval. En vísperas de la navidad de 1904, cuando el conflicto bélico entre Rusia y Japón causaba tensiones internacionales, Bülow le dijo a sir Frank Lascelles, embajador británico en Berlín, que el gobierno alemán había tenido serios temores de que Gran Bretaña, aliada de Japón, atacara a Alemania, que le había estado suministrando considerable apoyo a Rusia. Afortunadamente, el embajador alemán en Londres, convocado a consultas en Berlín, se las había arreglado para persuadir a sus superiores, incluso al káiser —sumamente preocupado a la sazón— de que los británicos no tenían la intención de iniciar una guerra.[68] Semejantes temores se habían abierto paso en la sociedad alemana y provocado un estallido de pánico. A comienzos de 1907, en el puerto de Kiel, en el Báltico, los padres mantenían a sus hijos en casa, sin ir a la escuela, porque habían escuchado que Fisher llegaría muy pronto. También en esa primavera, Lascelles le escribió al ministro británico de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey, lo siguiente: “Anteayer Berlín perdió absolutamente la cabeza. Se produjo una caída de seis puntos en la bolsa de valores alemana, y cundía la impresión de que estaba a punto de estallar la guerra entre Gran Bretaña y Alemania”.[69] La idea de eliminar a la flota alemana mediante una acción sorpresa pasó por la mente de algunos en Gran Bretaña, particularmente de Fisher, quien la sugirió un par de veces. “¡Por Dios, Fisher, usted tiene que estar loco!”, le dijo el rey, y la idea no prosperó.[70]

Pero en círculos militares y civiles cercanos al káiser la posibilidad de un conflicto bélico con Gran Bretaña se discutía cada vez más, dándolo por hecho; y si la guerra se acercaba, era importante acelerar los preparativos de Alemania, así como enfrentarse a los alemanes “antipatriotas”, como los socialdemócratas,

que se resistían a aumentar los gastos de defensa y abogaban por una política de amistad con las demás potencias europeas. La liga naval alemana hizo advertencias más estruendosas sobre el peligro inminente y demandó más gastos navales, al punto de atacar a su patrocinador, Tirpitz, por no actuar con suficiente celeridad. En realidad, algunas figuras prominentes de la derecha pensaban que sería posible matar dos pájaros de un tiro: el gobierno debía provocar a la izquierda y a los liberales moderados presentando en el Reichstag un presupuesto mucho más abultado para la armada, más incluso de lo que deseaba el propio Tirpitz. Así, si los diputados lo rechazaban, el káiser tendría una oportunidad excelente para disolver el cuerpo legislativo y tratar de lograr una mayoría nacionalista más favorable, o tal vez, incluso, de llevar a cabo el golpe de estado del que habló en su día, librándose de inconvenientes tales como la libertad de prensa, el sufragio universal masculino, las elecciones y hasta el propio Reichstag. A finales de 1905, mientras preparaba su Novelle, aumentó la preocupación de Tirpitz respecto a que su queridísima armada sirviera de “ariete” para abrirle el paso a cambios políticos y constitucionales en Alemania. Él no ponía objeciones al aplastamiento de la izquierda, pero temía que el intento no fraguara sin graves traumas internos y que Gran Bretaña se terminara percatando así de la rápida expansión de la armada alemana.[71]

En 1908, a medida que volvían a crecer las tensiones en Europa debido a la crisis de Bosnia, aumentaba el escepticismo de Bülow acerca del valor de la armada de Tirpitz y del aislamiento alemán en el viejo continente. De manera que le preguntó si, considerándolo “serenamente y con confianza, podía pensarse en un ataque inglés” contra Alemania.[72] Tirpitz, que afirmaría más tarde que se sintió abandonado, respondió que era improbable que Gran Bretaña atacara en ese momento, y que, por lo tanto, la política más conveniente para Alemania era seguir fortaleciendo su armada: “Cada barco que sumemos a nuestra flota de guerra incrementa el riesgo para Gran Bretaña en caso de ataque”. Descartó incluso los avisos del conde Paul Metternich, embajador alemán en Londres, de que era justamente el programa naval alemán lo que alejaba a Gran Bretaña. La principal razón de la hostilidad británica era la rivalidad económica con Alemania, y eso no iba a desaparecer.[73] Retroceder daría lugar a serios problemas políticos en el país: “Si debilitamos la ley naval, que ya peligra gravemente debido a toda esta situación –le escribió en 1909 a uno de sus leales asistentes–, no sé adónde irá a parar todo esto”.[74] El argumento definitivo de Tirpitz para mantener la carrera armamentista naval fue el mismo que utilizó

repetidamente para justificar la continuación de programas o de guerras: Alemania ya ha empleado tantos recursos que retroceder ahora equivaldría a dar por inútiles todos los sacrificios realizados. Y en 1910 escribió: “Si la flota británica lograra mantenerse a perpetuidad tan fuerte como para que un ataque contra Alemania no le comportara riesgo alguno, entonces el desarrollo naval alemán habría sido un error histórico”.[75]

En marzo de 1908, Tirpitz logró la aprobación por el Reichstag de una nueva ley naval suplementaria, la segunda Novelle, que acortaba la vida de los navíos en uso por la armada alemana, acelerando así el ritmo de reemplazo (los navíos más pequeños podían ser reemplazados además por otros mayores). De manera que, en lugar de tres nuevos buques de guerra al año, el ritmo se elevó a cuatro durante los siguientes cuatro años, bajando después a tres por año, y así para siempre; al menos, eso deseaba Tirpitz. El Reichstag volvió a aprobar un programa naval que no iba a controlar. En 1914, Alemania habría contado con el equivalente a veintiún acorazados, lo cual habría reducido considerablemente la diferencia entre Alemania y Gran Bretaña; si esta no hubiera optado por hacer lo mismo.[76] Tirpitz le aseguró al emperador que el incremento alemán no tendría consecuencias: “He estructurado la Novelle como deseaba Su Majestad, para que, tanto nacional como internacionalmente, parezca lo más pequeña e inofensiva posible”.[77] Guillermo II le envió un extenso mensaje personal a lord Tweedmouth, primer lord del almirantazgo, en el que, con el propósito de tranquilizarlo, le decía: “La ley naval alemana no va dirigida contra Gran Bretaña, ni constituye un ‘desafío a la supremacía británica en el mar’, que se mantendrá incontestable durante muchas generaciones futuras”.[78] Pero no agradó a Eduardo VII, ni a la mayoría de sus compatriotas, lo que consideró una extraordinaria injerencia de su sobrino al dirigirle una misiva a un ministro británico.[79]

Por su parte, Bülow, que tenía la nada envidiable tarea de conseguir los fondos para llevar adelante el nuevo programa de construcciones de Tirpitz, estaba empezando a pensar que Alemania no podía permitirse el lujo de mantener el ejército más fuerte y la segunda mayor armada de Europa. “No podemos debilitar el ejército –escribió en 1908–, porque nuestro destino se decidirá en tierra”.[80] Su gobierno se enfrentaba a una grave crisis financiera; la deuda

nacional alemana casi se había duplicado también desde 1900, y no resultaba fácil aumentar los ingresos. Aproximadamente el noventa por ciento de los gastos del gobierno central se concentraba en el ejército y la armada, y en los doce años que mediaron entre 1896 y 1908, debido en gran parte al naval, el gasto total militar se había duplicado, y continuaría elevándose en el futuro previsible. Cuando Bülow trató de analizar el problema del control de los gastos navales, uno de los miembros del séquito de Guillermo II le rogó no hacerlo, porque eso “entristecería mucho” al káiser.[81] Durante 1908, Bülow se esforzó en la elaboración de un plan de reformas tributarias con posibilidades de ser aprobado por el Reichstag, pero su propuesta de elevar los impuestos sobre la herencia provocó indignación en la derecha, y los nuevos impuestos sobre el consumo despertaron una reacción similar en la izquierda. Finalmente, en julio de 1909, sin lograr la solución del problema, Bülow le presentó su renuncia a Guillermo II. Tirpitz logró imponerse, porque, a fin de cuentas, contaba con el apoyo del káiser.

Los británicos, entretanto, se habían percatado del acelerado ritmo de las construcciones navales alemanas. Tal como esperaba Tirpitz, inicialmente no reaccionaron a su primera Novelle de 1906. De hecho, en diciembre de 1907 el almirantazgo había propuesto disminuir el ritmo de construcción de acorazados, de manera que en el periodo 1908-1909 solo se construiría un acorazado y un crucero pesado. Este comportamiento se ajustaba también al deseo del gobierno liberal, que había prometido ahorrar e invertir en programas sociales. Pero en el verano de 1908 comenzó a ganar terreno la preocupación, tanto entre la opinión pública como en círculos gubernamentales, por la presencia de la flota alemana en el Atlántico. ¿Qué significaba esto? Un artículo anónimo titulado “The German Peril” [El peligro alemán], publicado en julio por la prestigiosa Quarterly Review, advertía de que la invasión era probable, si Alemania y Gran Bretaña se enzarzaban en un conflicto. “Sus oficiales navales han examinado con sondas nuestros puertos, realizando esquemas y estudiado cada detalle de nuestras costas”. Según su autor (J. L. Garvin, editor del periódico dominical The Observer), unos cincuenta mil alemanes, disfrazados de camareros, se encontraban ya en Gran Bretaña listos para entrar en acción tan pronto recibieran la señal correspondiente. Poco después de publicado el artículo, el famoso aviador alemán conde Zeppelin voló a Suiza en su nuevo dirigible. En este punto, Garvin, ya en The Observer con su nombre, se lanzó a hacer nuevas predicciones acerca de la amenaza que se cernía sobre Inglaterra.[82]

En agosto de ese año, Eduardo VII hizo una visita a su sobrino Guillermo II en la pequeña y pintoresca ciudad de Kronberg. Aunque el rey iba preparado con un documento del gobierno británico que resumía su preocupación por los gastos navales de Alemania, consideró más prudente no sacarle el tema, ya que, en su opinión, “podría estropear el feliz efecto de la conversación que habían sostenido”. Después del almuerzo, todavía animado, el káiser invitó a sir Charles Hardinge, ministro permanente de Asuntos Exteriores, a fumarse un puro en su compañía. Los dos hombres se sentaron sobre una mesa de billar, uno al lado del otro. Guillermo II afirmó que, en su opinión, las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania eran bastante buenas. Según escribió en su memorándum sobre la conversación, Hardinge se permitió discrepar: “No era posible ocultar la genuina aprensión que se sentía en Gran Bretaña acerca de los motivos e intenciones subyacentes a la construcción de una gran flota alemana”, y advirtió de que, si el programa alemán continuaba su curso, el gobierno británico se vería obligado a solicitar a su parlamento la aprobación de un amplio programa de construcciones navales, algo a lo que, sin duda, el cuerpo legislativo accedería. En opinión de Hardinge, sería un escenario muy desafortunado: “No podía haber dudas de que esta rivalidad naval entre los dos países ensombrecería sus relaciones, y en apenas unos años podría derivar en una situación extremadamente crítica, en caso de producirse un conflicto grave, incluso apenas uno trivial, entre las dos naciones”.

Guillermo respondió de forma tajante, y faltando a la verdad, que no había razón alguna para la aprensión británica, que el programa alemán de construcciones navales no era nuevo y que la proporción relativa de las flotas alemana y británica se mantenía inalterada. (Según la melodramática comunicación enviada a Bülow, sus palabras a Hardinge fueron: “Eso no es más que una tontería. ¿Quién ha estado tomándole el pelo?”). Además, añadió Guillermo, para Alemania completar su programa de construcciones navales se había convertido en una cuestión de honor nacional. “No es posible aceptar un debate sobre este tema con un gobierno extranjero. Tal propuesta sería contraria a la dignidad nacional y, si el gobierno lo aceptara, generaría problemas internos. Prefiero la guerra antes que someterme a semejante dictado”. Hardinge se mantuvo firme, y alegó que se limitaba a sugerir que ambos gobiernos deberían mantener un intercambio amistoso, y que no se trataba en absoluto de un dictado.

Hardinge discutió igualmente la afirmación del káiser de que en 1909 Gran Bretaña tendría tres veces más navíos que Alemania. “Le dije que me resultada incomprensible cómo Su Majestad había llegado a determinar tales cifras sobre el poderío relativo de las dos armadas en 1909, en cuanto a buques de guerra, y no podía menos que asumir que los sesenta y dos navíos de guerra de primera clase de la flota británica a que hacía referencia incluían a todos los buques obsoletos que se podía encontrar flotando en los puertos británicos a la espera de ser vendidos como chatarra”. En su versión de la conversación, Guillermo afirmó que había puesto a Hardinge en su sitio: “Yo también soy almirante de la flota británica y lo sé perfectamente, mucho mejor que usted, que no es más que un civil y no sabe nada al respecto”. Llegados a este punto, el káiser solicitó a un asistente un resumen de la fuerza naval publicado anualmente por el almirantazgo alemán, en el que se observaba que las cifras alemanas se ajustaban a la realidad. Hardinge dijo escuetamente que el káiser le había facilitado una copia “para mi propia tranquilidad y convencimiento”, y que él le había dicho a Guillermo que no deseaba más que poder dar las cifras por buenas.

Tal como era de esperar, la versión de Guillermo es bastante diferente: Hardinge “quedó estupefacto”, y sir Frank Lascelles, embajador británico en Alemania, quien, según Guillermo, aceptaba sin reparos las cifras, ‘tuvo dificultades para contener la risa’. De conformidad con lo expresado por el káiser a Bülow, la conversación terminó cuando Hardinge le preguntó afligido: “¿No podrían ustedes detener la construcción de barcos, o construir menos?”. A lo que Guillermo respondió: “Entonces combatiremos, porque se trata de una cuestión de honor y de dignidad nacional”. En ese momento miró directamente al rostro de Hardinge, y este enrojeció, hizo una pronunciada reverencia y pidió ser excusado por sus “manifestaciones irreflexivas”. El káiser estaba encantado consigo mismo. “¿Acaso no le respondí a sir Charles como se merecía?”. No le resultó fácil a Bülow dar crédito a este relato, y sus sospechas se vieron confirmadas por los colegas presentes en la conversación, quienes afirmaron que había resultado bastante cordial. Hardinge había sido franco pero respetuoso, y el káiser había mantenido la compostura.

Es lamentable, aunque no sorprendente, que la conversación no propiciase un mejor entendimiento entre Gran Bretaña y Alemania. Las advertencias de Hardinge, en el sentido de que, si Alemania mantenía el ritmo de sus construcciones navales, su gobierno se vería obligado por la opinión pública a emprender "un amplio contraprograma de construcciones navales", fueron ignoradas. En realidad, según Bülow, Guillermo salió de las reuniones de Kronberg convencido de que había persuadido a sus visitantes británicos de que la posición alemana era correcta. Más aún, Moltke, jefe del estado mayor de su ejército, le había dado garantías de que Alemania estaba militarmente preparada, por lo que no había razón para que fuera cautelosa o bajara el ritmo de sus construcciones navales. Guillermo le aseguró a Bülow: "¡Lo único que funciona con los ingleses es la franqueza; la más cruda y despiadada franqueza es el mejor método para tratar con ellos!".[83]

En realidad, las suspicacias de los británicos eran cada vez mayores; y se vieron incrementadas por algo que, de hecho, no fue más que un movimiento inocente de la armada alemana en apoyo de sus astilleros. En el verano de 1908, Schichau, gran armador de buques de Danzig, solicitó el adelanto de un contrato para la construcción de uno de los mayores buques de guerra programados para el año siguiente, para no tener que despedir a sus trabajadores cualificados, con el consiguiente daño para toda la economía del astillero. (Cuando, después de 1945, tanto Danzig como Gdansk quedaron como parte de Polonia, los talleres de Schichau pasaron a formar parte del astillero Lenin, y posteriormente, en la década de 1980, fueron la sede del movimiento Solidaridad). La armada alemana se lo concedió, pero, aunque la fecha de finalización del acorazado siguió siendo la misma, la decisión causó una inopinada alarma en Gran Bretaña. Ese otoño, el agregado naval británico en Berlín informaba a su gobierno de la construcción de un acorazado adicional, y Gran Bretaña sacó la conclusión, correcta pero basada en una información errónea, de que los alemanes habían acelerado el ritmo de sus construcciones navales.[84]

En esta etapa se produjo uno de esos incidentes lamentables que marcarían las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania en los años anteriores a 1914. El 28 de octubre, The Daily Telegraph publicó una supuesta entrevista con el káiser, que en realidad era una versión periodística de las conversaciones que se habían

producido el año anterior entre Guillermo II y un hacendado inglés, el coronel Edward Stuart-Wortley, quien había cedido su casa al káiser durante un viaje privado. En el transcurso de varias conversaciones, o eso parece, Guillermo manifestó cuánto había deseado siempre unas buenas relaciones entre Alemania y Gran Bretaña, y que los británicos no apreciaban lo que había hecho por ellos, y también criticó la reciente amistad de Gran Bretaña con Francia. El káiser afirmó que la alianza británica con Japón era otro gran error; e hizo una velada referencia al "peligro amarillo", diciendo que, "por más que se me malinterprete, yo he construido mi flota para respaldarlos". Stuart-Wortley se creyó todos estos argumentos, y pensó que, si los británicos pudieran leer las verdaderas opiniones de Guillermo en lugar de las afirmaciones falaces de la malintencionada prensa antialemana, las relaciones entre ambos países mejorarían de la noche a la mañana. En septiembre de 1908, Stuart-Wortley entregó las notas de su conversación a un periodista de The Daily Telegraph, que las redactó en forma de entrevista y le envió el resultado a Guillermo para que le diera su aprobación.

Por una vez, Guillermo se comportó como es debido y le remitió la "entrevista" a su jefe de gobierno; pero fuese porque Bülow estaba muy ocupado, como dijo más tarde, o porque, como buen cortesano, según afirmaron sus enemigos, prefirió no incomodar a su señor, lo cierto es que apenas hojeó el documento y lo despachó al ministerio de Asuntos Exteriores, solicitando su opinión. Nuevamente la "entrevista" pasó sin el debido escrutinio, en lo que constituye otro ejemplo del caos en el que trabajaba el gobierno alemán, puesto que, conociendo las indiscreciones a que era propenso el káiser, alguien debió haber examinado el documento con cuidado. En más de una ocasión, las autoridades alemanas se habían visto en la necesidad de recurrir a sus influencias, e incluso de abonar considerables sumas de dinero, a fin de borrar sus exabruptos potencialmente embarazo-sos.[85] Lo cierto es que el documento llegó hasta las páginas de The Daily Telegraph, con Guillermo II profundamente esperanzado con ganarse la voluntad de los británicos.[86]

Para ser alguien que se preciaba ante sus funcionarios de comprender mejor a los británicos, Guillermo se equivocó tanto en la forma –entre acusatoria y autocompasiva– como en el fondo. Se quejaba de que los británicos "están locos, locos, locos como liebres de marzo". ¿Cómo era posible que no comprendieran

que Guillermo era su amigo y que lo único que deseaba era coexistir con ellos en paz y amistad? "Mis acciones deberían hablar por sí solas; pero no las perciben, sino que les hacen caso a quienes las malinterpretan y distorsionan, y esto es para mí un insulto personal y una ofensa".[87] Después de extenderse en esto, Guillermo pasaba a la crucial ayuda que había dado a Gran Bretaña durante la guerra de los Bóers, y señalaba, no sin algo de razón, que él había impedido que otras potencias europeas intervinieran en esa guerra en contra de Gran Bretaña. Más aún, había diseñado con sus propias manos un plan de campaña para las fuerzas británicas, que su propio estado mayor había examinado antes de remitirlo al gobierno británico. Y continuaba diciendo que estaba asombrado de que los británicos pudieran pensar que la armada alemana iba dirigida contra ellos cuando estaba claro que Alemania la necesitaba para garantizar el crecimiento de su imperio y su comercio. Gran Bretaña encontraría motivo de satisfacción en la armada alemana cuando percibiera que Japón no era su amigo, mientras que él, Guillermo, y su país sí lo eran.

En cualquier otro momento, los británicos no habrían prestado demasiada atención a las palabras de Guillermo, pero su publicación coincidió con el inicio de una fase inquietante de la carrera armamentista naval, tras un verano de inquietud pública ante una posible invasión alemana. En esos momentos, además, tenía lugar una grave crisis en los Balcanes por la situación de Bosnia, y algunos temían que las tensiones entre Francia y Alemania por marruecos derivaran en un conflicto bélico. Mientras que muchos tomaron aquella entrevista solo como una prueba más de la inestabilidad emocional del káiser, Crowe hizo de inmediato un análisis para el ministerio de Asuntos Exteriores en el que concluía que se trataba de un intento alemán acordado para adormecer a la opinión pública británica, y los que apoyaban el fortalecimiento de la armada clamaron por incrementar los gastos ahí. Sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores, hizo todo lo posible para contener las emociones, y le escribió a un amigo en carta privada: "El emperador alemán me agota; es como un acorazado a todo vapor pero sin timón, y un día se estrellará y provocará una catástrofe".[88]

La catástrofe estuvo a punto de producirse en esta ocasión, pero en Alemania, y casi acaba con el káiser. Alguien de su círculo íntimo escribió que "un estado de confusión primero, y de desesperación e indignación después se apoderó de

todos”.[89] Los alemanes estaban consternados e indignados de que su gobernante hubiera hecho el tonto una vez más. Tanto conservadores como nacionalistas repudiaron sus profesiones de amistad hacia los británicos, mientras que los liberales y la izquierda sentían que ya era hora de que el káiser y su régimen quedaran bajo control parlamentario. Resultó inquietante que el ministro de la Guerra prusiano fuese uno de los pocos funcionarios que le ofreció su respaldo enérgico. El general Karl von Einem le dijo al káiser que el ejército se mantenía leal y, de ser necesario, podría enfrentarse al Reichstag. Bülow, por su parte, hizo una tímida defensa de su señor en el parlamento; y Guillermo, que andaba en su usual ronda de visitas y cacerías de otoño, cayó en una profunda depresión. Tuvo que haber sido desconcertante para los invitados que le acompañaban verle alternar ataques de llanto con arranques de furia.[90] Como indicó uno de ellos: “Al ver así a Guillermo II, tuve la sensación de estar ante un hombre que percibía con asombro, por primera vez en su vida, el mundo real”.[91] Por su parte, Einem sentía que algo se había quebrado en su señor y que Guillermo había perdido para siempre la confianza en sí mismo.[92] Aunque la tormenta pasó y Guillermo II se mantuvo en el trono, tanto él como la monarquía habían quedado notablemente debilitados. El emperador nunca perdonó a Bülow por lo que consideró una traición, y el asunto se convirtió en un argumento más para prescindir de su primer ministro.

En Gran Bretaña, el artículo de The Daily Telegraph se incorporó a un apasionado debate que había en el gobierno liberal. Los liberales, que habían ganado las elecciones con la promesa de emprender reformas económicas y sociales, especialmente en lo tocante a las pensiones de vejez, se encontraron con que, debido a la carrera armamentista naval, sus gastos aumentaban en vez de disminuir; pero tampoco podían ignorar lo que parecía una grave amenaza de Alemania, ni la creciente preocupación popular. El almirantazgo, abandonado su modesto programa de 1907, había llegado a la conclusión de que necesitaba como mínimo seis nuevos acorazados. En diciembre de 1908, el primer lord Reginald McKenna llevó la propuesta al gabinete, donde el nuevo primer ministro, Herbert Asquith, se mostró partidario, pero debía enfrentarse a posturas muy divididas.

La oposición más fuerte al brusco incremento del presupuesto naval fue la de

“los economistas”, encabezados por los dos políticos más controvertidos e interesantes de la Gran Bretaña moderna: David Lloyd George, radical de modesto origen galés, hizo causa común con el aristócrata británico rebelde Winston Churchill, para oponerse a lo que ambos percibían como un gasto innecesario que pondría en peligro las reformas sociales deseables. En caso de aprobarse, Lloyd George, como ministro de Hacienda, se vería obligado a encontrar treinta y ocho millones de libras esterlinas para los acorazados, así que le dijo a Asquith que los liberales estaban perdiendo terreno en todo el país por no enfrentarse a “los enormes gastos en armamento provocados por la imprudencia de nuestros predecesores”. Lloyd George advirtió a su líder de las posibles consecuencias: “Cuando se anuncien los treinta y ocho millones de libras esterlinas que requiere la armada, el descontento de estos buenos liberales desembocará en una auténtica sedición, y este parlamento ya no servirá para nada”.[93]

La oposición conservadora, una buena parte de la prensa y organismos como la liga naval y la comisión de defensa de la cámara de comercio de Londres tomaron cartas en el asunto, al igual que los fabricantes de armamento, afectados por la depresión económica de 1908, cuando los astilleros se vieron obligados a despedir a ingenieros y trabajadores. En un folleto de los conservadores podía leerse: “Nuestra armada y nuestros empleados podrían fenecer juntos, lo que sucederá muy pronto si no se saca del poder a este gobierno”.[94] El rey hizo saber que quería ocho acorazados, deseo muy a tono con la opinión pública. “Ocho queremos y no vamos a esperar”, fue la consigna popular acuñada por un parlamentario de la bancada conservadora.

En febrero de 1909, Asquith se las arregló para alcanzar un compromiso aceptable para el gabinete: en el siguiente año fiscal, Gran Bretaña iniciaría la construcción de cuatro, a los que seguirían otros cuatro en la primavera de 1910, si su necesidad se hacía patente. (Al final, los cuatro acorazados adicionales se construyeron después de que los aliados de Alemania –Italia y el imperio austrohúngaro– dieran luz verde a sus propios programas). Los liberales aceptaron, y el gobierno pudo derrotar fácilmente una moción de censura que presentaron los conservadores con el argumento de que su política no garantizaba la seguridad del imperio. La campaña mediática fue perdiendo

fuerza poco a poco, y la atención pública se concentró en el presupuesto presentado a comienzos de abril de 1909 por Lloyd George. En su discurso, este se expresó como un radical, pero un radical preocupado por la posición de Gran Bretaña en el mundo. El presupuesto estaba diseñado para reunir fondos con el fin de mejorar la vida de los británicos pobres, para hacer la guerra "a la pobreza y la miseria"; pero no era su intención descuidar la defensa del país: "Semejante acto de irreflexión, en las actuales circunstancias de tensión entre las naciones, no sería liberalismo, sino locura. No es nuestro propósito poner en peligro la supremacía naval, de crucial importancia no solo para nuestra propia existencia, sino, en nuestra opinión, también para los intereses vitales de la civilización occidental". Para hacer frente a las reformas sociales y a la defensa, el ministro propuso aumentar los antiguos impuestos, desde el del alcohol hasta el de la herencia, e imponer algunos nuevos sobre la tierra. Los ricos, incluida la aristocracia agraria, se quejaron amargamente; el "presupuesto del pueblo", como se le empezaba a denominar, implicaba una revolución para la sociedad británica, así que amenazaron con despedir a los trabajadores de las haciendas, y el duque de Buccleuch anunció que tendría que cancelar su suscripción anual, por valor de una guinea, al club local de fútbol. Lloyd George, amante de las buenas peleas, no se arredró, sino al contrario. Dijo que los ricos habían abogado por los acorazados y ahora no querían pagar, y que, a fin de cuentas, ¿para qué servía la aristocracia? "Cuesta tanto mantener a un duque con todos sus atributos como a dos acorazados, y los dos infunden terror, solo que los acorazados duran más".[95]

En noviembre de 1909, como tal vez deseaba Lloyd George, la cámara de los lores rechazó su presupuesto, acción sin precedentes en esta instancia legislativa en lo tocante a asignaciones de fondos. Asquith disolvió el parlamento, e hizo de este tema el centro de las elecciones de enero de 1910, en las que su gobierno salió victorioso, aunque con una mayoría exigua; y en abril los lores tuvieron la sabiduría de aprobar el presupuesto. Al año siguiente, después de una prolongada tormenta política, la cámara de los lores aceptó el proyecto de ley parlamentaria que puso fin definitivamente a su dominio. A diferencia de Alemania, Gran Bretaña logró remontar su crisis financiera y mantener un estricto control parlamentario sobre sus asuntos; también ganó la carrera armamentista naval: al estallar la Gran Guerra, mientras que Alemania tenía trece acorazados, Gran Bretaña contaba con veinte, así como con una ventaja decisiva en todas las demás categorías de navíos.

La carrera armamentista naval es la clave para comprender la creciente hostilidad entre Gran Bretaña y Alemania. La rivalidad comercial, la competencia por las colonias y el nacionalismo de la opinión pública también desempeñaron su papel, pero estos factores ya estaban presentes de manera total o parcial en las relaciones de Gran Bretaña con Francia, Rusia y Estados Unidos. En ninguno de estos casos, empero, condujeron a la profundización de las suspicacias y temores que marcaron las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania en los años previos a 1914; las cosas podrían haber sido fácilmente de otro modo. Antes de 1914, Alemania y Gran Bretaña habían sido sus mejores socios comerciales respectivos (un ejemplo incómodo para quienes piensan que, cuanto mayor es el comercio entre las naciones, menor es la posibilidad de que lleguen a enfrentarse). Sus intereses estratégicos pudieron haberse combinado limpiamente, con Alemania como la mayor potencia terrestre europea y Gran Bretaña como la mayor potencia marítima.

Pero el fortalecimiento de la armada alemana no pudo menos que despertar inquietud en Gran Bretaña. Los alemanes podrían haber deseado contar con una flota de alta mar, como a menudo decían, para proteger su comercio allende los mares y sus colonias, y porque una gran armada era símbolo de una gran potencia, como lo son hoy las armas nucleares. Los británicos habrían podido vivir con eso, como lo hicieron con el creciente poderío naval ruso, estadounidense o japonés; lo que no podían aceptar eran las consecuencias de carácter geográfico: daba igual que la flota alemana estuviera en el Báltico o en los puertos de su costa del mar del Norte, en cualquier caso estaba concentrada cerca de las islas británicas, y en 1914, con la ampliación del canal de Kiel (terminado en junio de ese mismo año), los buques alemanes estaban en condiciones de evitar pasos más arriesgados al mar del Norte a través de Dinamarca, Suecia y Noruega.

Lejos de obligar a Gran Bretaña a mostrarse amistosa, como planeaba Tirpitz, la carrera armamentista naval abrió un profundo abismo entre Alemania y Gran Bretaña, y condujo a la radicalización de la élite y del pueblo de un país contra el otro. Un efecto igual de importante fue que persuadió a Gran Bretaña de la

necesidad de hacerse con nuevos aliados para contrarrestar la amenaza germana. Bülow acertaba cuando, después de la Gran Guerra, le escribió a Tirpitz que, incluso cuando Alemania había sido arrastrada a la guerra por “nuestro torpe manejo del problema de los Balcanes […] queda la duda de si Francia, y especialmente Rusia, habrían permitido que se llegara a la guerra de no haber estado tan enardecida la opinión pública en Gran Bretaña, precisamente por la construcción de nuestros grandes navíos”.[96]

¿Qué habría sucedido si una parte de los recursos dedicados a la armada se hubieran entregado al ejército? Y si se hubieran fortalecido con hombres y armas las tropas terrestres alemanas en 1914, ¿habría triunfado entonces su ataque contra Francia ese verano, como estuvo a punto de ocurrir? ¿Qué habría significado esto para la Gran Guerra y para Europa? La carrera armamentista naval también plantea el tema de la importancia de los individuos en la historia. Pues, ciertamente, la carrera naval no habría sido posible sin la capacidad económica, productiva y tecnológica de cada país para sostenerla, ni habría podido continuar sin el apoyo del pueblo; pero la verdad es que no habría empezado siquiera de no ser por la determinación y el empuje de Tirpitz y la disposición del káiser, así como por las facultades concedidas a este por la imperfecta constitución alemana para darle el máximo apoyo. Cuando Tirpitz fue nombrado ministro de la Marina, se produjo un fuerte movimiento entre las élites gobernantes en favor de una armada poderosa, pero todavía sin un respaldo popular fuerte: la convergencia entre estos dos factores se iría produciendo después, a la medida en que fue creciendo la armada.

Debido a la carrera armamentista naval, se fueron perdiendo las opciones para el mantenimiento de una paz duradera en Europa, en tanto el camino hacia la guerra se mostraba con mayor nitidez. La primera iniciativa de política exterior significativa de Gran Bretaña como resultado de dicha carrera –el paso hacia la recomposición de sus relaciones con Francia— fue defensiva; pero no es difícil ver retrospectivamente cuánto inclinó la balanza en favor de la contienda. También se puede observar en los diez años anteriores a 1914 con cuánta frecuencia y facilidad la posibilidad de la guerra, incluso de una guerra general, apareció en el debate común a lo largo y ancho de Europa.

VI

AMIGOS IMPROBABLES: LA ENTENTE CORDIAL ENTRE FRANCIA Y GRAN BRETAÑA

En 1898, un pequeño poblado de casas de adobe en el alto Nilo, con un fortín en ruinas y un puñado de habitantes que vivían a duras penas gracias a una agricultura de subsistencia, casi provoca una guerra entre Francia y Gran Bretaña. Fachoda, conocida ahora como Kodok en el nuevo estado de Sudán del Sur, fue el lugar donde co-lisionaron las ambiciones imperiales de franceses y británicos en el norte de África. Francia, que aspiraba a construir un gran imperio que se extendiera desde sus posesiones en la costa oeste hasta más allá del Nilo, atravesaba el continente hacia el este. Gran Bretaña, que mantenía Egipto bajo su control y llevaba los intereses de este en Sudán, avanzaba en dirección sur hacia sus colonias en el este de África. En un torneo de ajedrez, en el que África hacía las veces de tablero, era inevitable que una potencia imperial controlara a la otra; y para complicar más la partida, otros jugadores –Italia y Alemania— querían sumarse, así que había que darse prisa en mover pieza.

Los franceses nunca les perdonaron a los británicos que hubieran asumido el control de Egipto tras los disturbios generalizados de 1882, pese a que fue justamente a causa de la ineptitud e indecisión del gobierno francés por lo que Gran Bretaña actuó en solitario. Aunque los británicos habían pensado que su ocupación sería temporal, lo cierto es que les resultó más fácil entrar que salir, y con el paso de los años la prolongación de la administración británica fue disgustando cada vez más a los franceses. Así, para Alemania, Egipto se había convertido en una cuña muy útil para mantener distanciadas a Francia y Gran Bretaña. En Francia, un activo lobby colonial les recordaba a los políticos franceses y a la opinión pública los vínculos históricos con Egipto —¿no fue Napoleón quien lo conquistó? ¿y no fue el gran ingeniero francés Ferdinand de Lesseps quien construyó el canal de Suez?—, y exigía que Francia adquiriese otras colonias como compensación. Marruecos, cercano a la colonia francesa de Argelia, era una posibilidad atractiva; y también Sudán, en manos de Egipto

desde que una fuerza anglo-egipcia, a las órdenes del general Charles Gordon, fuera derrotada en 1885 por el Mahdi. Además, en 1893, un ingeniero francés atrajo la atención de su gobierno con la afirmación de que la construcción de represas en el alto Nilo podía acarrear todo tipo de problemas corriente abajo en Egipto. Fue así que en París se tomó la decisión de enviar una expedición que reclamara Fachoda y el territorio circundante.


PAIX
HONNEUR
VICTOIRE
ANGLETERRE ET FRANCE
TOUJOURS!
CRECY
WATERLOO
Le Président Loubet
Le Roi Edouard VII

6. A partir de 1900, brotó entre Francia e Inglaterra una nueva e inesperada amistad –la entente cordial–: el miedo común al creciente poderío alemán los alentó a dejar de lado sus antiguos odios. En 1903, Eduardo VII visitó París con muy buenos resultados, entre ellos el de conquistar a la opinión pública francesa. Aquí Eduardo y el presidente Loubet visten cada uno su atuendo nacional bajo un letrero que dice: “¡Inglaterra y Francia por siempre!”. A los lados aparecen placas con los nombres de dos de sus grandes batallas del pasado: Waterloo y Crecy, decoradas con ramos de olivo mientras que en el cartel de arriba se lee: “Paz, Honor, Victoria”.

El plan consistía en marchar subrepticiamente hacia el este desde la colonia francesa de Gabón, en la costa oeste de África; cuando fuera necesario, los líderes franceses de la expedición se harían pasar por viajeros solo interesados en explorar las posibilidades comerciales; y al llegar a Fachoda reclamarían el enclave, antes de que los británicos se percataran de lo que estaba ocurriendo. Al parecer, los franceses pensaron que encontrarían aliados locales, tal vez incluso el victorioso Mahdi y su ejército en Sudán, lo cual podría dar lugar a una conferencia internacional con el objetivo de establecer las fronteras a lo largo del alto Nilo y reabrir la cuestión del control sobre Egipto. Lamentablemente, nada les salió bien a los franceses. En primer lugar, la expedición se retrasó por diversas razones, y no partió hasta marzo de 1897. En segundo lugar, el lobby colonial francés y los periódicos que le apoyaban habían estado debatiendo sus propuestas abiertamente, y publicando mapas incluso mucho antes de que se iniciara la marcha, por lo que los británicos dispusieron de tiempo más que suficiente para responder. Incluso antes de que Marchand partiese desde Brazzaville, el gobierno británico advirtió de que cualquier movimiento de los franceses hacia el Nilo se consideraría un acto hostil.[1] Y en tercer lugar, el emperador Menelik, del estado africano independiente de Etiopía, no cumplió la promesa hecha a los franceses de permitirles el paso por su territorio a las expediciones hacia el oeste destinadas a reforzar a Marchand en Fachoda, lo que obligó a los desprevenidos franceses a realizar enormes desvíos.[2]

Durante año y medio, Marchand y otros siete oficiales franceses, junto a ciento

veinte soldados senegaleses, se mantuvieron en África luchando. Acompañada de porteadores, a menudo reclutados por la fuerza a lo largo del camino, la expedición llevaba una gran cantidad de suministros, entre ellos diez toneladas de arroz, cinco toneladas de carne en conserva, una tonelada de café y mil trescientos litros de vino tinto, así como champán para celebrar el éxito que esperaban. También cargaba con grandes cantidades de municiones, un pequeño vapor fluvial (que los porteadores tuvieron que llevar desmontado una parte del camino, a través de casi doscientos kilómetros de maleza), así como regalos para los habitantes de la zona –que generalmente huían al acercarse los extranjeros—, como dieciséis toneladas de abalorios y setenta mil metros de telas de colores. A todo esto se sumaba una pianola, una bandera francesa y semillas de vegetales.[3]

A fines del verano de 1898, cuando la expedición de Marchand llegó a las proximidades de Fachoda y del Nilo, los británicos ya tenían una idea clara acerca de su destino y su propósito; y, mientras los franceses se establecían en Fachoda, Gran Bretaña ya tenía un ejército marchando hacia el sur desde Egipto, bajo el mando del prometedor oficial general Horatio Herbet Kitchener, con la orden de reconquistar Sudán. (El joven Winston Churchill acompañaba a la tropa como corresponsal de guerra). El 2 de septiembre, las fuerzas británicas y egipcias derrotaron abrumadoramente al ejército del Mahdi en Om-durmán, en las afueras de Jartum. En este momento, Kitchener abrió las órdenes selladas enviadas desde Londres, por las que supo que debía avanzar hacia el sur corriente abajo por el Nilo hasta Fachoda y convencer a los franceses de que se retiraran. El 18 de septiembre llegó a Fachoda con cinco cañoneras y una fuerza considerable, muy superior a la francesa.

Una vez en Fachoda, las relaciones fueron perfectamente amistosas. A los británicos les impresionó la manera en que los franceses se habían instalado cómodamente, con sus jardines de flores y sus huertos de hortalizas, sobre todo de habichuelas. Los franceses, por su parte, estaban encantados de recibir periódicos recientes de su país, aunque se horrorizaron con la noticia del caso Dreyfus, que dividía a Francia. Un expedicionario llegó a decir: “Una hora después de abrir los periódicos franceses, estábamos temblando y llorando”. Kitchener le ofreció a Marchand un whisky con soda. (“Uno de los más grandes sacrificios que he hecho por mi patria –diría más tarde el francés–, fue beber ese

alcohol horrible con sabor a humo”). Los franceses ofrecieron champán tibio. Con gran educación y firmeza, las dos partes reclamaron el territorio circundante y ambas se negaron a retirarse.[4]

Las noticias sobre el estancamiento de la situación llegaron al norte, por medio de los barcos de vapor y del telégrafo. Las reacciones en París y Londres fueron mucho menos sosegadas que sobre el terreno. Desde luego, para británicos y franceses el enfrentamiento en Fachoda venía lastrado por el recuerdo de una larga y turbulenta historia común. Hastings, Agincourt, Crécy, Trafalgar, Waterloo, Guillermo el Conquistador, Juana de Arco, Luis XIV y Napoleón formaban parte del mismo cuadro: en la ribera este del canal de la Mancha la pérfida Albión, y en la otra la artera Francia; Fachoda era la continuación de una larga lucha por el dominio mundial que databa del siglo XVI. Las fuerzas británicas y francesas habían combatido por el imperio desde el río San Lorenzo hasta los campos de Bengala, y la antigua rivalidad había renacido en competiciones mucho más recientes: en Egipto, desde luego, pero también en otros puntos del decadente imperio otomano. Otro lugar en el que los dos países colisionaron fue en Asia, donde los franceses (desde Indochina) y los británicos (desde la India) se enfrentaron por la aún independiente nación de Siam. Otro tanto ocurrió en el África occidental; y en la isla de Madagascar, en el océano Índico, que los franceses, pese a las protestas de los británicos, habían ocupado en 1896. En el otoño de 1898, durante la crisis de Fachoda, los periódicos franceses publicaron titulares como “No hay rendición ante Gran Bretaña”; en tanto que los británicos advertían de que no tolerarían más trampas de los franceses. “Si nos rendimos hoy”, decía The Daily Mail, “mañana tendremos que soportar más exigencias ridículas”.[5]

Mientras tanto, entre bambalinas, en las oficinas gubernamentales de ambos países, había mucho ajetreo con la elaboración de planes de guerra para el caso de que fueran necesarios. Los británicos sopesaban las ventajas de un ataque contra la base naval francesa de Brest, y ponían a su flota mediterránea en alerta. En París, Thomas Barclay, destacado periodista y empresario británico, oyó rumores desde París de que los alcaldes de las ciudades portuarias del canal de la Mancha habían recibido órdenes de requisar las iglesias de la zona para utilizarlas como hospitales. Y escribió un artículo para el periódico local en

lengua inglesa sobre lo que les podría ocurrir a los británicos que se encontraban en Francia si estallaba la guerra. El embajador británico advirtió de que podría darse un golpe de estado contra el gobierno francés, que ya estaba tambaleante, y que si los soldados asumían el control del país era posible que vieran con buenos ojos una guerra contra Gran Bretaña capaz de unir a los franceses.

La reina Victoria le dijo a Salisbury: “No me resulta fácil darle el visto bueno a una guerra por algo tan pequeño y miserable”, y le instó a que alcanzase un compromiso con los franceses. Salisbury pensaba que los franceses no deseaban la guerra, y tenía razón.[6] A comienzos de noviembre, estos aceptaron retirar a Marchand y sus fuerzas de Fachoda (la razón oficial fue por motivos de salud). Marchand rechazó viajar a bordo de un vapor británico, y la expedición emprendió la marcha hacia el este. Llegaron a Yibuti, en el océano Índico, seis meses más tarde. (Fachoda sigue siendo pobre, pero hoy en día su población es mucho mayor, debido a los refugiados de las guerras civiles en Sudán y a la hambruna).

Al año siguiente, cuando estalló la guerra de los Bóers, la opinión pública francesa vitoreó a las repúblicas sudafricanas. La promoción de la academia militar de St.-Cyr de 1900 se hizo llamar “la promoción de Transvaal”.[7] El embajador británico en París informaba a Salisbury con pesimismo de que la opinión pública francesa se regocijaba ante las dificultades británicas: “Estoy seguro de que no escapa a Su Señoría la penosa situación que se le ofrece al representante de la Reina en un país que parece haber enloquecido de celos, desprecio y resentimiento”.[8] El presidente francés Félix Faure le comentó a un diplomático ruso que el principal enemigo de su país no era Alemania, sino Gran Bretaña, y una vez más se habló a ambos lados del canal de la Mancha de la posibilidad de una contienda bélica.[9]

La crisis de Fachoda y sus consecuencias resultaron amargas para ambas partes, pero a la vez tuvieron un efecto constructivo: pues, al igual que sucedió en la crisis cubana de los misiles de 1962, la perspectiva de una guerra total asustó a sus protagonistas; y los más sensatos empezaron a pensar en cómo evitar

confrontaciones tan peligrosas en el futuro. En Gran Bretaña, aquellos que, como Chamberlain y Balfour, preferían abandonar el aislamiento, no discriminaban entre posibles aliados: al igual que su predecesor lord Palmerston, consideraban que Gran Bretaña no tenía aliados ni enemigos permanentes, sino solo intereses permanentes. A este respecto señaló Chamberlain: “Si fuera preciso renunciar a la idea de una alianza natural con Alemania, a Gran Bretaña no le sería imposible llegar a un entendimiento con Rusia o con Francia”.[10] Puede que el barón Eckardstein, diplomático alemán cuyas memorias son entretenidas pero no muy fiables, no estuviera mintiendo cuando afirmó haber visto por casualidad, a principios de 1902, cómo hablaban Chamberlain y el nuevo embajador francés en Londres, Paul Cambon: “Después de la cena, mientras fumábamos y tomábamos café, vi de pronto a Chamberlain y Cambon marcharse a la sala de billar. Los observé mientras permanecieron allí conversando muy animadamente, durante exactamente veintiocho minutos. Desde luego, no pude escuchar lo que dijeron, salvo dos palabras: ‘Marruecos’ y ‘Egipto’”.[11]

Las dificultades para una amistad entre dos enemigos tan antiguos como Gran Bretaña y Francia eran muy superiores en este último país. De hecho, si los británicos andaban inquietos por su posición en el mundo, los franceses estaban convencidos de su propia decadencia y vulnerabilidad, lo que aumentaba su resentimiento y sus suspicacias con respecto a Gran Bretaña. El recuerdo de las glorias y humillaciones pasadas puede ser, en efecto, un fardo muy pesado; en el caso de los franceses, este incluía el glorioso y largo reinado de Luis XIV, en que Francia dominó Europa y la civilización francesa, desde la filosofía hasta la moda, era el modelo continental. Más recientemente, los monumentos, los cuadros, los libros y las rues Napoleón en prácticamente todas las ciudades y pueblos de Francia recordaban que los franceses, Napoleón y sus ejércitos habían conquistado casi toda Europa, y, aunque Waterloo había puesto fin a su imperio, Francia no había dejado de ser una gran potencia con la capacidad de influir en los asuntos mundiales. Otro Napoleón, sobrino del primero, y otra batalla, habían dado lugar a un cambio radical.

En 1870, el emperador Napoleón III había conducido a Francia a una devastadora derrota en Sedán a manos de Prusia y sus estados aliados alemanes, y, como recordaban con amargura los franceses, nadie había acudido en su

ayuda; otro punto en contra de Gran Bretaña. Después de la guerra franco-prusiana, cuando Francia luchaba por crear un nuevo régimen viable mientras se debatía en enfren-tamientos intestinos, Bismarck le había impuesto una paz onerosa: Francia tenía que aceptar la ocupación en tanto abonaba una enorme indemnización (según se ha dicho, mayor de la que Alemania finalmente le abonó a Francia tras la Gran Guerra), además de perder las provincias de Alsacia y Lorena en su frontera este. Y para rematar la humillación, el rey prusiano fue coronado emperador de los alemanes en el salón de los espejos de Luis XIV en Versalles. Como afirmaba un periodista británico: “Europa había perdido una amante y ganado un amo”. En Bruselas, un diplomático ruso expresó una opinión más visionaria: “Me parece que el 2 de septiembre [fecha en que el ejército francés capituló en Sedán] se puso la primera piedra de una futura alianza franco-rusa”.[12]

En los años siguientes, y hasta su caída en 1890, Bismarck hizo el mayor esfuerzo por impedir que Francia se vengara, jugando a la diplomacia como solo él sabía hacerlo: concertando alianzas, inclinándose hacia una u otra potencia, haciendo promesas, engatusando o amenazando; todo ello para mantener a Alemania en el centro de las relaciones internacionales y a Francia aislada y sin amigos. Rusia, también amenazada por el surgimiento de una Alemania poderosa en el corazón de Europa, y que, al igual que Francia, compartía una larga frontera con el nuevo país, podría haber sido aliada de Francia; pero Bismarck, inteligentemente, apeló al conservadurismo de los gobernantes rusos para atraer a Rusia a una alianza tripartita, la Dreikaiser-bund, con la tercera potencia conservadora, el imperio austrohúnga-ro. Y cuando las rivalidades entre Rusia y la potencia austrohúngara amenazaron con descomponer esa alianza, él negoció en secreto con Rusia el tratado de Reaseguro en 1887, el que Alemania no tuvo la precaución de renovar en 1892.

Bismarck le hizo otras promesas a Francia, como la de promover sus relaciones comerciales con Alemania. Varios bancos franceses y alemanes trabajaron conjuntamente para prestar dinero a América latina o al imperio otomano. El comercio entre las dos naciones creció, hasta el punto de que llegó a hablarse de una unión aduanera (algo que tendría que esperar aún varias décadas). Bismarck también le brindó el apoyo alemán a Francia para la adquisición de colonias en

África occidental o extremo Oriente, en lo que sería la Indochina francesa; y respaldó acciones galas en lo que había sido territorio otomano en el norte de África. Alemania también apoyó a Francia en 1881, cuando le impuso su protectorado, una forma más velada de imperialismo, a Túnez; y vio con benevolencia cómo Francia extendía su influencia hasta Marruecos. Según los cálculos de Bismarck, con algo de suerte la construcción del imperio francés haría que Francia entrara en conflicto con Gran Bretaña e Italia, o al menos impediría la amistad de Francia con estos países; y mejor aún si los franceses optaban por mirar más allá, pues eso les dejaría menos tiempo para rumiar su resentimiento por la derrota sufrida ante Alemania y por la pérdida de sus dos provincias.

En la plaza de la Concordia de París, dos de las estatuas que simbolizan las provincias francesas fueron cubiertas con un manto negro como recordatorio de la pérdida, que además fue conmemorada en ceremonias anuales, así como en canciones, novelas, cuadros y hasta en campos de batalla. Los libros de texto franceses enseñaban a sus estudiantes que el tratado de Fráncfort, que puso fin a la guerra franco-prusiana, fue “una tregua, no la paz, razón por la cual desde 1871 toda Europa vive permanentemente bajo las armas”.[13] En Francia, llamar a alguien o algo “prusiano” era un insulto mortal. Para los patriotas franceses era horrible que Alsacia y la porción sur de Lorena –de especial simbolismo, por ser el lugar de nacimiento de Juana de Arco— fueran ahora Elsass y Lothringen, y que la nueva frontera estuviera marcada por postas y fortines. Cada año, la graduación de la escuela de caballería del ejército francés visitaba la frontera a lo largo de las montañas de los Vosgos para examinar la pendiente sobre la que lanzarían una carga cuando volviese a haber una guerra entre Francia y Alemania.[14] Veintiséis años después de la derrota de Francia, mientras Paul Cambon paseaba por Versalles junto a su hermano Jules, también diplomático, sintió el recuerdo punzante de la vergüenza sufrida por Francia a manos de Alemania, “como una herida que nunca cicatriza”.[15]

Con el paso del tiempo, no obstante, la herida cicatrizó; y aunque pocos franceses estuvieran dispuestos a abandonar la esperanza de recuperar Alsacia y Lorena, al menos aceptaron que, en un futuro inmediato, Francia no podía darse el lujo de sostener otra guerra. Como señaló el líder socialista Jean Jaurès en

1887, “ni la guerra ni la renuncia”. Con notables excepciones, la siguiente generación, que alcanzó la mayoría de edad entre 1890 y 1900, no abrigaba un sentimiento tan fuerte por la pérdida de Alsacia y Lorena, ni anhelaba con pasión vengarse de Alemania. Una estridente minoría nacionalista, a la que pertenecía el general Georges Boulanger, llamado “el general Revancha”, exigía al gobierno hacer algo al respecto, pero sin llegar a exigir la guerra. Boulanger desacreditó su propia causa cuando en 1889 protagonizó un tibio intento de golpe de estado y luego huyó a Bélgica, donde se suicidó un año después sobre la tumba de su amante. Tal como señalara Adolphe Thiers, primer presidente provisional de Francia tras la catástrofe de 1870-1871: “Quienes hablan de venganza y de revancha son irreflexivos, falsos patriotas cuyas declaraciones no encuentran eco. Las personas honestas, los verdaderos patriotas, desean la paz y dejan para el futuro lejano la responsabilidad de determinar nuestros destinos. Por mi parte, deseo la paz”. Al parecer, este sentimiento fue ampliamente compartido por los sucesivos líderes franceses, aun cuando no lo manifestaran con demasiada frecuencia, por temor a los ataques de la derecha nacionalista. En general, también la opinión pública, al menos hasta el renacer nacionalista de los años inmediatamente anteriores a 1914, demostró poco entusiasmo, e incluso inquietud, ante la perspectiva de otra guerra, aunque fuese para recuperar Alsacia y Lorena.[16] Los intelectuales se mofaban de los sueños de aventuras militares. “Personalmente, no daría el meñique de mi mano derecha por esas tierras olvidadas –escribió el destacado intelectual Remy de Gourmont en 1891–, pues lo necesito para sacudir la ceniza de los cigarrillos”.[17] En círculos liberales e izquierdistas, en particular, cobraban fuerza los sentimientos pacifistas y antimilitaristas. En 1910, otro político de la derecha, al igual que Thiers, expuso cuidadosamente la posición francesa en una ceremonia de conmemoración del cuadragésimo aniversario de una de las otras derrotas clave de Francia en la contienda franco-prusiana. El presidente de Francia en el momento en que estalló la Gran Guerra, Raymond Poincaré, procedente de la zona de Lorena que se mantuvo en el país, dijo: “Francia desea sinceramente la paz y nunca hará nada para alterarla. Para mantenerla hará siempre todo lo que sea compatible con su dignidad. Pero la paz no nos condena al olvido ni a la deslealtad”.[18]

Por lo demás, en las décadas que siguieron a 1871 los franceses tenían mucho de qué preocuparse. Las animosidades procedentes de la revolución y el periodo napoleónico –religiosos contra anticlericales, monárquicos contra republicanos, izquierdistas contra derechistas, revolucionarios contra conservadores y

reaccionarios— seguían dividiendo a la sociedad francesa y socavando la legitimidad de una forma de gobierno tras otra. Incluso en 1989, cuando Francia conmemoraba el bicentenario de la revolución, hubo profundas discrepancias acerca de su significado y del modo en que había que recordarla. La tercera república, nacida de la derrota y la guerra civil, añadió más divisiones. El nuevo gobierno provisional no solo tuvo que hacer la paz con una Alemania triunfante, sino también vérselas con la comuna de París, que había asumido el poder en nombre de la revolución. Al cabo, el gobierno empleó las armas contra los comuneros, lo que dejó una cicatriz indeleble en la tercera república. Después de una semana de furibundos combates, las barricadas fueron desmanteladas, la comuna disuelta y los últimos rebeldes ejecutados en el cementerio del Père-Lachaise.

Parecía como si la nueva república fuese a durar menos incluso que la primera de 1792, derrocada por Napoleón doce años después; o que la segunda, que tuvo el mismo final a manos de su sobrino en 1851, tras apenas tres años. La tercera república tenía muchos enemigos –desde los comuneros en la izquierda hasta los monárquicos en la derecha– y pocos amigos. Como declaró Gustave Flaubert: “Defiendo a la pobre república, pero no creo en ella”.[19] En realidad, hubo momentos en que hasta los políticos de la república parecían no creer en ella –entre 1871 y 1914, Francia tuvo cincuenta gobiernos distintos—, pues se dedicaban en su mayoría a disputarse los cargos, y con frecuencia solo parecían estar interesados en lo que podían extraerle a lo que el pueblo denominó “la meretriz” o la república de los amiguetes. En 1887, se descubrió que el yerno del presidente vendía títulos honoríficos, entre ellos la legión de honor, por lo que durante algún tiempo el término “viejo condecorado” se consideró ofensivo. En 1891-1892 quebró la compañía del canal de Panamá, arrastrando consigo millones de francos y la reputación de los eminentes Lesseps y Gustave Eiffel, constructor de la famosa torre, así como de decenas de diputados, senadores y ministros. Al menos, el fallecimiento del presidente Faure en brazos de su amante dio lugar a otro tipo de escándalo. No es de extrañar que hubiera gente en Francia que buscase un héroe, un jinete sobre un brioso corcel que, con su galope, lograra darle un vuelco a la infame suerte del gobierno. Pero hasta esos hombres fracasaron, desde el mariscal MacMahon, que siendo presidente trató de hacer retornar la monarquía (una tira cómica de la época decía: “a caballo parece inteligente”), hasta el desafortunado Boulanger.

El escándalo más perjudicial de todos los de la tercera república fue el caso Dreyfus, que era, al mismo tiempo, muy sencillo en cuanto al tema central —¿había sido justa o injusta la condena al capitán Alfred Dreyfus, perteneciente al estado mayor del ejército, por entregar secretos militares franceses a los alemanes?—, y muy complicado en sus detalles, con falsificaciones, mentiras, oficiales honestos y deshonestos y sospechosos alternativos. Dreyfus, condenado injustamente con cargos amañados, dio muestras de extraordinario estoicismo y fortaleza ante al escarnio público y su castigo salvaje, mientras las autoridades militares, especialmente las del estado mayor y el gobierno, mostraban, por decirlo suavemente, una marcada falta de disposición a investigar los cargos cada vez más endebles presentados contra él. Lo cierto es que algunos miembros del estado mayor tomaron medidas para que se crearan pruebas contra Dreyfus, solo para encontrarse —como ocurriría muchos años después en Estados Unidos con el caso Watergate—con que el esfuerzo por ocultar sus delitos iniciales los fue hundiendo cada vez más profundamente en el lodo de la conspiración criminal.

El caso había estado latente durante algún tiempo, antes de que saliera a la luz en 1898. En 1894, Dreyfus fue sentenciado precipitadamente por un tribunal militar y enviado a la colonia penal francesa de la isla del Diablo, en la costa atlántica de Sudamérica. Convencidos de su inocencia, su familia y un puñado de seguidores pugnaron por que se reabriera el caso, en lo que les ayudó el hecho de que el flujo de secretos franceses a los alemanes no se detuvo; además, les sirvió de estímulo que el coronel Georges Picquart, encargado de investigar al segundo traidor, llegara a la conclusión de que el espionaje fue realizado en todo momento por el disoluto comandante Ferdinand Esterhazy, y que las deliberaciones contra Dreyfus culminaran en un fallo injusto. En vista de este indeseable resultado, las autoridades militares y sus colaboradores en el gobierno adoptaron la postura de que, fuese justa o injusta la condena a Dreyfus, el ejército no podía permitirse el debilitamiento de su prestigio y su reputación. De manera que, como premio por su trabajo, Picquart sería enviado a Túnez, donde el ejército esperaba que se pudriera; y cuando se negó a retractarse, fue destituido, arrestado y acusado con cargos tan débiles como los esgrimidos contra Dreyfus.

En enero de 1898, cuando el caso Dreyfus estaba empezando a despertar el interés público, Esterhazy fue llevado ante una corte marcial y absuelto. Dos días después, el gran escritor Émile Zola publicó su célebre carta “J’Accuse”, dirigida al presidente de la república Faure, reconocido como un hombre sensible, en la que le describía los datos del caso e incriminaba al ejército y al gobierno por orquestar una vergonzosa maniobra de encubrimiento. Acusó además a los opositores de Dreyfus de utilizar su condición de judío para promover el antisemitismo y socavar la república y sus libertades, todo eso en unos momentos en que Francia se preparaba para la gran exposición de París, que iba a coronar un siglo de verdad y libertad. Tal como esperaba, tras su desafiante misiva, Zola fue acusado de difamación por el gobierno, que, no sin ciertas dudas, lo sometió a proceso y lo sentenció por ofender al ejército. Pero el escritor huyó a Gran Bretaña antes de ser encarcelado.

Para entonces, el caso Dreyfus había desatado ya una importante crisis política, y la sociedad francesa se hallaba dividida entre los que apoyaban a Dreyfus, los dreyfusards, y sus oponentes, los antidreyfu-sards. Los radicales, los liberales, los republicanos y los anticlericales (con frecuencia estas categorías se entremezclaban) se ubicaban en la primera categoría; mientras que los monárquicos, los conservadores, los antisemitas y los seguidores de la iglesia y el ejército se agrupaban en la segunda. Aunque las divisiones entre las categorías nunca fueron muy claras, ya que dentro de las familias, entre amigos y en el seno de las distintas profesiones había posturas encontradas sobre el caso Dreyfus. “Esta guerra de cinco años de duración se libró en los periódicos –escribió Thomas Barclay, el periodista y empresario británico–, en los tribunales, en los teatros, en las iglesias y hasta en la vía pública”.[20] Una cena familiar culminó en los tribunales cuando el yerno, contrario a Dreyfus, abofeteó a su suegra, que lo apoyaba; la esposa le pidió el divorcio. Entre los artistas, Pissarro y Monet apoyaban a Dreyfus, mientras que Degas y Cézanne se le oponían. La junta editorial de un periódico dedicado al ciclismo se dividió, y los antidreyfusards se marcharon para crear su propio periódico, dedicado al automovilismo. En febrero de 1899, Paul Déroulède, un notorio an-tidreyfusard y furibundo derechista, trató de darle un golpe de estado al dreyfusard Émile Loubet, quien acababa de ser elegido presidente después de Faure. Déroulède era mucho mejor agitador que líder, así que el intento de golpe fracasó; pero ese mismo verano

otro antidrey-fusard aplastó el sombrero de Loubet con su bastón en las carreras de caballos de Auteuil.[21]

Aunque los moderados, tanto los que apoyaban a Dreyfus como los que se oponían a él, se sentían cada vez más preocupados por el futuro de la república, resultó difícil apagar el fuego encendido por este famoso caso. En 1899, Picquart fue excarcelado, y Dreyfus sacado de la isla del Diablo para hacer frente a un nuevo tribunal militar. Una muestra de hasta dónde llegaban las pasiones respecto al caso Dreyfus es lo que le sucedió al abogado de este, que fue disparado por la espalda por un individuo, al que nunca capturaron, en la ciudad conservadora de Rennes, y los transeúntes se negaron a prestarle auxilio. Por su parte, los dreyfusards hablaban confusamente de un complot de la derecha. Aunque en esta ocasión los jueces volvieron a estar divididos, Dreyfus fue encontrado culpable con circunstancias atenuantes. El veredicto y el perdón resultante de Loubet fueron demasiado para sus oponentes, y muy poco para sus seguidores. Dreyfus exigió un nuevo juicio, que definitivamente le fue concedido en 1906. El tribunal de apelaciones anuló el veredicto, y Dreyfus fue readmitido en el ejército, al igual que Picquart. Este último murió en un accidente de caza en enero de 1914; mientras que Dreyfus, que se había retirado del ejército, volvió a alistarse para combatir en la Gran Guerra. Murió en 1935.

Para sorpresa de todos, la república sobrevivió al caso Dreyfus, fue más estable de lo que a veces parecía, e incluso se benefició de la nula disposición de la mayoría de los franceses, más allá de sus profundas divisiones, para arriesgarse a otra guerra civil. Además, la continuidad era mayor de lo que mostraban las apariencias, pues, aunque los gobiernos se sucedían a gran velocidad, aparecían una y otra vez los mismos nombres. Cuando a Georges Clemenceau –furibundo político radical y periodista, que ocupó la presidencia en varias ocasiones antes y durante la guerra– lo acusaron de haber convertido el derrocamiento de gobiernos en una profesión, respondió: “Solo he derrocado a uno, porque todos eran iguales”.[22] También los empleados públicos mantuvieron la continuidad; de hecho, ganaron considerable autonomía e influencia en tanto los gobiernos iban y venían.

En el Quai d'Orsay, sede del ministerio de Asuntos Exteriores, y entre los diplomáticos franceses destinados en el exterior, prevalecía una actitud de desprecio hacia los políticos, así como reticencia a cumplir sus instrucciones; y, con algunas excepciones, los ministros de Asuntos Exteriores no mantenían su interés en los asuntos externos ni en el cargo el tiempo suficiente como para llegar a comprenderlos. Por su parte, el parlamento francés no se ocupaba demasiado de supervisarlo,[23] por cuanto el interés de sus miembros estaba más en conseguirse cargos o en participar en la batalla política. La comisión encargada de los asuntos exteriores y de las colonias era ineficaz y displicente, y en ocasiones solicitaba documentos al ministerio de Asuntos Exteriores o una entrevista con el titular, pero nada podía hacer cuando se lo negaban, lo que solía ocurrir con cierta frecuencia. El político (y destacado dreyfusard) Joseph Reinach se quejaba al embajador británico: "Sus cuarenta y cuatro miembros cotillean demasiado, comparten informaciones confidenciales con sus esposas, amantes y amigos íntimos, quienes a su vez cotillean".[24] En general, la prensa francesa tenía más información e influencia que el parlamento y, como casi la mitad de los ministros de Asuntos Exteriores de la tercera república habían sido periodistas en algún momento, tenían clara conciencia de lo útil o peligrosa que podía ser la prensa.

De cualquier manera, el caso Dreyfus provocó un daño a largo plazo. Las viejas divisiones de la sociedad francesa quedaron fortalecidas, y además se crearon agravios nuevos. Muchos elementos de la derecha reafirmaron su desprecio por los valores republicanos y liberales, en tanto que los de la izquierda reforzaron su hostilidad a las tradiciones, la religión y los militares. Los radicales se valieron del caso Dreyfus para poner al ejército bajo control, ya que percibían a este cuerpo –por cierto, injustamente– como un repositorio de conservadurismo y un refugio de aristócratas recalcitrantes. Los oficiales sospechosos de no sustentar las opiniones republicanas correctas fueron purgados, y las promociones, sobre todo a los niveles más altos, dependían cada vez más de las credenciales y los contactos políticos adecuados. La consecuencia fue que salieron perjudicados la moral y el prestigio del ejército, hasta el punto de que, por lo general, las familias respetables no deseaban que sus hijos ingresaran en él. En la década que precedió a la Gran Guerra, el número de solicitantes para el cuerpo de oficiales cayó drásticamente, así como la calidad de los mismos. En 1907, Adolphe Messimy, futuro ministro de la Guerra, que en aquellos momentos era uno de los principales críticos radicales del ejército, declaró en el

parlamento que todos los oficiales parecían carecer de una buena educación primaria. Lo cierto es que poco hizo el ejército por mejorar esta situación, pues su currículo para oficiales, incluso los de élite, era incoherente, obsoleto y falto de uniformidad. Con demasiada frecuencia se premiaba el conformismo y se ignoraba el talento. En vísperas de la Gran Guerra, el ejército francés estaba mal dirigido, excesivamente burocratizado, y era poco dado a aceptar ideas y técnicas novedosas. “Las democracias son inestables –escribió el general Émile Zurlinden, uno de los oficiales probos que habían tratado infructuosamente de resolver el caso Dreyfus–. Tienen tendencia a sospechar de los hombres a quienes el talento y las circunstancias ponen en el centro de atención, no porque desconozcan sus cualidades y servicios, sino porque tiemblan de miedo por la república”.[25]

El caso Dreyfus tuvo también ramificaciones internacionales. En ambas partes había quienes consideraban que formaba parte de una conspiración internacional más amplia. Un destacado nacionalista ejemplificaba las suspicacias de la derecha, al afirmar que “una banda de masones, judíos y extranjeros desacreditan a nuestro ejército con la pretensión de entregarles nuestro país a los ingleses y a los alemanes”.[26] Por su parte, los anticlericales simpatizantes de Dreyfus percibían la mano del papa, en especial la de los jesuitas, en todo el asunto. Fuera de la frontera francesa, el caso tuvo un efecto especialmente desafortunado entre la opinión pública británica, en unos momentos en que las relaciones entre Francia y Gran Bretaña eran ya tensas debido al incidente de Fachoda y a la guerra de los Bóers, que comenzó en 1899, poco después del insatisfactorio resultado del nuevo juicio contra Dreyfus. Los británicos, en general, estaban a favor de Dreyfus, y con el tiempo vieron el caso como una prueba más, si es que necesitaban alguna, de la volubilidad y la bajeza moral de los franceses. De hecho, cincuenta mil personas se dieron cita en Hyde Park en una manifestación de apoyo a Dreyfus. La reina Victoria envió a su lord presidente del tribunal supremo a Rennes como observador de los procedimientos judiciales, y se quejó ante Salisbury de la “monstruosa y horrible sentencia dictada contra el infeliz mártir Dreyfus”. Como expresión de protesta, además, canceló sus vacaciones anuales en Francia, ejemplo que siguieron muchos de sus súbditos; y hasta los empresarios contemplaron la posibilidad de boicotear la exposición de París de 1900.[27] El jefe del consejo municipal de París le dijo a Barclay: “Al menos es posible decir en favor de los alemanes que son des ennemis francs [enemigos francos]. Ellos no ocultan que quieren devorarnos

en cuanto puedan. Con ellos sabemos a qué atenernos, pero con los ingleses nunca se sabe nada. ¡Son deliberadamente hipócritas y pérfidos, te atraen con promesas y con palabras dulces, y, una vez que te han empujado al abismo, alzan los ojos al cielo, dan gracias a Dios por ser un pueblo moral y rezan por tu alma!”.[28]

Al comenzar el nuevo siglo, Francia se encontraba en una situación vulnerable, tanto en el interior como en el exterior. Sus relaciones con Gran Bretaña eran pésimas; con Alemania, correctas pero frías; y tensas con España, Italia y el imperio austrohúngaro, sus rivales en el Mediterráneo. No obstante, Francia se las había arreglado para dejar atrás el aislamiento en que la había colocado Bismarck, y había establecido una alianza muy importante con Rusia. Se trataba de una amistad insólita entre una república con un pasado revolucionario y una potencia autocrática del este; así como de otro paso decisivo en el camino que condujo a Europa a la Gran Guerra. Pese a que Francia y Rusia la concebían como una alianza defensiva, como suelen ser las alianzas, desde otro ángulo parecía algo bien diferente. Puesto que Polonia no había sido aún reincorporada al mapa europeo, los alemanes podían tener la percepción –como ocurría con frecuencia— de que su país se hallaba rodeado, con una potencia hostil en su frontera este y otra en la oeste. La alianza franco-rusa iría seguida de múltiples acontecimientos no menos importantes; entre ellos, la aproximación cada vez más estrecha de Alemania al imperio austrohúngaro como único aliado seguro con el que poder contar para evitar que se ampliara el cerco.

Ni siquiera Bismarck pudo mantener a Francia aislada indefinidamente; pero la incapacidad de quienes le sucedieron en 1890 para mantener el tratado de Reaseguro entre Alemania y Rusia abrió una puerta por la que rápidamente se colaron los franceses. Rusia ofrecía una salida del aislamiento, y su ubicación geográfica significaba que, en cualquier conflicto futuro con Francia, Alemania tendría que estar vigilando el este por encima del hombro. Más aún, Rusia poseía lo que a Francia le faltaba: abundante mano de obra. La pesadilla demográfica a la que se enfrentaban los franceses, y que volvería a afectarles en las décadas de 1920 y 1930, era que su población se mantenía estancada, en tanto que la de Alemania crecía. En 1914, la población alemana era de sesenta millones, frente a los treinta y nueve de la francesa; lo que, en unos tiempos en que los ejércitos se

apoyaban más en la cantidad que en la calidad, significaba un mayor potencial de soldados por parte de Alemania.

Lo que hacía receptiva a Rusia respecto a una alianza con Francia era que esta podía proporcionarle lo que con más urgencia necesitaba: capital. La economía rusa se estaba expandiendo muy rápido, y precisaba de más fondos de los que conseguía recaudar el gobierno dentro de sus fronteras. Los bancos alemanes, otrora la fuente principal de financiación externa para Rusia, ahora prestaban más dentro de la propia Alemania, donde la demanda crecía. Otra posibilidad de obtener préstamos era Londres, pero el deplorable estado de las relaciones ruso-británicas se traducía en que el gobierno y los bancos británicos se resistían a hacerle préstamos a un país que en cualquier momento podía convertirse en enemigo. De este modo, entre las principales potencias europeas solo quedaba Francia; la cual, gracias a los ahorros de su pueblo, disponía de bastante capital necesitado de buenas oportunidades de inversión. En 1888, dos años antes de que expirase el tratado de Reaseguro, los bancos franceses hicieron el primero de muchos préstamos al gobierno ruso. En 1900, Francia ya era con mucho la mayor potencia inversora en Rusia (mayor que Gran Bretaña y Alemania juntas); ella era la que alimentaba la rápida expansión de la industria y las infraestructuras rusas. En 1914, las líneas férreas utilizadas por los ejércitos rusos para trasladarse a sus fronteras habían sido construidas mayoritariamente con dinero francés. Los inversores franceses tenían una cuarta parte de todas sus inversiones extranjeras en Rusia; eso lo descubrirían, muy a su pesar, cuando los bolcheviques se hicieron con el país y cancelaron todas sus deudas con el exterior.[29]

Ambas partes tuvieron que sobreponerse al pasado: a la quema de Moscú por Napoleón en 1812; a la marcha victoriosa del zar Alejandro I y sus tropas por París dos años más tarde; y a la guerra de Crimea. Ambos tuvieron que tragarse sus desconfianzas: Rusia ante el republicanismo y el anticlericalismo franceses; Francia ante la autocracia y la ortodoxia rusas. Aunque las clases altas rusas admiraban el estilo francés, y a veces se expresaban en este idioma con mayor fluidez que en ruso; y durante el último tercio del siglo XIX, los franceses se aficionaron a las grandes novelas y la música rusas. Mejor aún, el ministerio de Asuntos Exteriores ruso y sus líderes militares se habían alarmado, a finales de

la década de 1880, ante la posibilidad de que Gran Bretaña, tenida por una potencia hostil, se uniera a la triple alianza de Alemania, el imperio austrohúngaro e Italia, en cuyo caso Rusia habría quedado tan aislada como Francia. En aquel momento, otro elemento de vital importancia era la posición del zar, quien tenía la última palabra en el asunto, y a Alejandro III empezaba a gustarle la idea de establecer una alianza con Francia. En ello influía su esposa, la cual, como miembro de la familia real danesa, detestaba a Prusia por haber derrotado a su país y haberse apropiado de los ducados de Schleswig-Holstein. Asimismo, el zar parecía haberse ofendido profundamente por la decisión alemana de no renovar el tratado de Reaseguro en 1890, de manera que, apenas un mes después de que hubiera expirado, los generales rusos hablaron con un general francés, asistente a sus maniobras militares anuales, sobre la posibilidad de un acuerdo militar.[30]

Al año siguiente, Francia y Rusia elaboraron un pacto militar secreto por el que se comprometían a acudir cada uno en defensa del otro si eran objeto de una agresión por parte de la triple alianza. El hecho de que transcurriera un año y medio hasta su ratificación indica la audacia del paso dado por ambas partes. En los diez años siguientes, hubo momentos en que parecía que la alianza franco-rusa se hacía trizas, cuando los intereses de las partes se distanciaban o colisiona-ban. Por ejemplo, en 1898 los franceses se sintieron profundamente defraudados cuando los rusos les negaron su apoyo en Fachoda. No puede decirse que esta alianza condujera en sí misma a la guerra de 1914, pero no hay duda de que su existencia se sumó a las tensiones que ya se hacían sentir en Europa.

Aunque el acuerdo era secreto, a los observadores les resultaba evidente que estaban en presencia de un giro significativo en las relaciones entre las naciones europeas. En 1891, el zar le otorgó al presidente francés la más alta condecoración rusa. Ese mismo verano, la flota francesa realizó una visita de cortesía a la base naval rusa de Kronstadt, justo al oeste de San Petersburgo, y el mundo fue testigo de la extraordinaria estampa del zar escuchando en posición de firme “La Marsellesa”, canción revolucionaria prohibida en Rusia. Dos años más tarde, una flota rusa atracó en Tolón para devolver la visita. Las multitudes francesas coreaban “¡Viva Rusia! ¡Viva el zar!”, y los visitantes fueron

agasajados con cenas, recepciones, almuerzos, brindis y discursos. Un periodista informaba: “Prácticamente no quedó mujer en París que no estuviera dispuesta a olvidar sus obligaciones para satisfacer los deseos de cualquier marinero ruso”.[31] Al embajador británico le hacía gracia el entusiasmo mostrado por los buenos republicanos hacia el zar y su régimen, pero consideraba comprensible el desbordamiento emocional de los franceses: “El pueblo de Francia, como todas las naciones celtas, es sensible y está morbosamente ávido de simpatía y admiración. La guerra alemana y sus resultados laceraron su vanidad, dejándola en carne viva, y aunque ha soportado su humillación con paciencia y dignidad, eso no significa que les duela menos”.[32]

En 1898, poco después de la crisis de Fachoda, llegó a ministro de Asuntos Exteriores el hombre que llevaría a Francia a otra alianza increíble, esta vez con su antigua enemiga: Gran Bretaña. Algo inusual en la tercera república fue lo ocurrido con Théophile Delcassé, quien permaneció en su cargo durante siete años hasta que otra crisis, esta vez por Marruecos, le obligara a presentar su renuncia. Este hombre de origen modesto, hijo de un insignificante funcionario de tribunales, procedía del sur, cerca de los Pirineos. Su madre falleció en 1857, cuando él apenas tenía cinco años, y cuando su padre contrajo matrimonio por segunda vez, la nueva esposa no mostró cariño por el niño, a quien a menudo enviaba a casa de su abuela. Una vez obtenido su título universitario, en las especialidades de francés y literatura clásica, Delcassé trató infructuosamente de escribir obras teatrales; de suerte que, para mantenerse, debió recurrir al magisterio primero y después al periodismo, que, al igual que muchos otros jóvenes franceses, consideraba una vía de acceso a la política. En 1887 contrajo matrimonio con una viuda rica dispuesta a dedicar su fortuna a la carrera de su esposo, así que dos años después logró ocupar un escaño en el parlamento francés como radical moderado. Para su primer discurso escogió el tema de la política exterior, y, según su propia valoración, fue todo un éxito.[33]

Con unas facciones poco agraciadas, de tez oscura y bajito (calzaba zapatos con alzas), Delcassé era un canciller poco atractivo, a quien sus enemigos apodaban “el Gnomo” o “el Liliputiense Alucinado”. Aunque tampoco contaba con habilidades intelectuales destacadas, resultaba eficaz porque en él se combinaban la firmeza, la capacidad de persuasión y la laboriosidad. Según decía él mismo, a

menudo llegaba a su oficina antes del amanecer y se marchaba después de medianoche. Tuvo también la suerte de que Loubet, presidente de Francia durante una buena parte de su mandato, le permitía hacer lo que le viniera en gana. (En opinión de Paul Cambon, uno de los diplomáticos más destacados de Francia, la presidencia de Loubet "no era más que un artificio útil para nada").[34] Los defectos de Delcassé eran su desprecio por la mayoría de los políticos y por una buena parte de sus colegas en el ministerio de Asuntos Exteriores, así como su debilidad por el secreto, lo que se traducía en que quienes debían conocer políticas e iniciativas francesas clave, con frecuencia las ignoraban. "No fueron pocas las veces –afirmó Maurice Paléologue, embajador francés en Rusia durante muchos años–, en que, al salir del salón, escuché detrás de mí una voz ansiosa que me decía: ¡No pongas nada por escrito!', u '¡Olvida todo lo que te acabo de decir, o quémalo!'".[35]

Aunque había aprendido a controlarse, Delcassé era un hombre de fuertes pasiones, y la mayor de ellas era la propia Francia. Al diplomático le gustaba mucho citar las palabras de su héroe nacionalista, Léon Gambetta: Francia tenía "la personalidad moral más fuerte del mundo". Como periodista había escrito artículos en los que instaba a que se les enseñara a los escolares franceses que eran superiores a los niños alemanes y británicos.[36] Al igual que a otros de su generación, la derrota de Francia en 1870-1871 le había quebrado el corazón; su hija observó que nunca lograba hablar de Alsacia y Lorena. Extrañamente, no sentía odio por los alemanes ni por la cultura alemana, y era un gran admirador de Wagner.[37] Sin embargo, daba por sentado que Francia no podría volver a acercarse a Alemania, por lo que desde el primer momento mostró un apoyo entusiasta a la alianza con Rusia.

Delcassé entendía que la revitalización nacional de Francia dependía entre otras cosas de la adquisición de colonias, por lo que desde el principio de su carrera política trabajó estrechamente con el poderoso lobby colonial. Asimismo, compartió la creciente opinión popular de que Francia tenía un destino mediterráneo, y de ahí que resultara tan difícil perdonarles la toma de Egipto a los británicos. Como otros nacionalistas franceses de la época, soñaba con la expansión de la influencia francesa en los territorios árabes del quebrantado imperio otomano; y, al igual que muchos de sus compatriotas, incluidos los de la

izquierda, creía que el dominio francés llevaría a esos pueblos los beneficios de la civilización. Como dijo acerca de Marruecos el gran líder socialista Jaurès: “Francia tiene más derecho a hacerlo, por cuanto no necesita de ataques sorpresa ni de violencia militar; y porque la civilización que ella representa es para los nativos de África, con absoluta certeza, superior al estado actual del régimen marroquí”.[38] En pos del imperio, el furibundo anticlerical Delcassé se entusiasmó con la protección de las minorías cristianas dominadas por el imperio otomano en países como Siria y Palestina. Entonces volvió la mirada al sur, es decir, al norte de África, donde Francia ya contaba con la enorme colonia de Argelia, en Marruecos, que iba cayendo progresivamente en la anarquía. Y, con tal de alcanzar los objetivos franceses, estuvo dispuesto a trabajar con los vecinos de Francia —Italia y España—, posiblemente con Alemania y, lo que era aún más importante, con Gran Bretaña.

Ya a mediados de la década de 1880, Delcassé había deseado un mejor entendimiento con Gran Bretaña, e incluso tenía un esquema más ambicioso, consistente en la creación de una triple entente con Francia, Rusia y Gran Bretaña. Para él, la firma del pacto franco-ruso en 1894 constituyó un primer paso importante; y cuando en 1898 asumió el cargo de ministro de Asuntos Exteriores, le dijo al embajador británico que consideraba “sumamente deseable” que existiera un entendimiento cordial entre Gran Bretaña, Francia y Rusia. “Verdaderamente creo que el hombrecito es honesto en este particular”, le dijo el embajador a Salisbury. Pero el primer ministro británico no estaba dispuesto a abandonar su política de aislamiento y, al final de la década, Fachoda y la guerra de los Bóers se encargaron de congelar las ya frías relaciones entre Francia y Gran Bretaña.[39]

Después de Fachoda, Delcassé se dedicó a trabajar discretamente por la adquisición de Marruecos. Así, con la trivial excusa de brindar protección a una expedición geológica, las fuerzas francesas entraron por la frontera argelina y ocuparon varios oasis de importancia capital en el sur de Marruecos. En 1902, Delcassé logró llegar a un acuerdo con los italianos, según el cual Italia tendría las manos libres en Túnez, y Francia en Marruecos. También negoció con España en lo que Cambon llamó “un estado de sobreexcitación nerviosa nunca antes visto en él, y eso es mucho decir”.[40] Este esfuerzo fracasó, debido a los

cambios de gobierno en España; pero puede que el fiasco contribuyera a convencer a Delcassé de que debía considerar seriamente alguna forma de arreglo con Gran Bretaña. De hecho, estaban presionándolo fuertemente sus amigos del lobby colonial, que habían llegado a la conclusión de que para lograr el avance de Francia era preciso abandonar sus demandas sobre Egipto a cambio del reconocimiento por Gran Bretaña del dominio francés en Marruecos.

La opinión pública francesa, un factor a tener en cuenta siempre, ya estaba empezando a cambiar. El fin de la guerra de los Bóers y el tratado británico con estos de mayo de 1902 eliminaron una de las fuentes de animosidad contra Gran Bretaña. Poco después, una abrupta crisis en América latina les hizo comprender a los franceses, no sin agrado, hasta qué punto la opinión pública británica odiaba y temía a los alemanes. Venezuela, que debía dinero a diversos intereses británicos y alemanes, se negaba a pagar, y Alemania le sugirió una expedición naval conjunta a Gran Bretaña, que aceptó con cierta reticencia. Los británicos hicieron bien en ser cautelosos, pues Estados Unidos lo vio como una violación de la sacrosanta doctrina Monroe y, siempre presto a desconfiar de Gran Bretaña, se encolerizó. En Gran Bretaña el pueblo protestó enérgicamente, y los miembros del gabinete quedaron consternados ante la posibilidad de poner en riesgo las relaciones con Estados Unidos, que recientemente habían mejorado al fin; y, con más vehemencia aún, reaccionó a la cooperación con Alemania. Kipling publicó un poema en The Times, justo antes de la navidad de 1902, en el que se preguntaba: “¿Acaso no pudisteis encontrar otra flota/con la que aliaros que la de estos?”; y continuaba para acabar con un verso enardecido:

¡Con la paz a la vista, desde los mares ingleses

recorrer medio mundo,

con una tripulación engañada, para aliarnos de nuevo

con el godo y el desvergonzado huno!

El embajador alemán en Londres, el príncipe Metternich, que respaldaba

fervorosamente la mejora de las relaciones anglo-germanas, dijo que nunca había percibido en Gran Bretaña semejante hostilidad hacia otra nación.[41]

A comienzos de 1903, Delcassé decidió que Francia debía intentar solucionar sus diferencias con Gran Bretaña y cursó instrucciones a Paul Cambon, su embajador y persona de confianza en Londres, para que iniciase conversaciones con el nuevo ministro de Asuntos Exteriores británico, lord Lansdowne.[42] A decir verdad, Cambon ya se le había adelantado bastante a su canciller, dejándole caer a Lansdowne en los dos años anteriores varias propuestas, como la de que Francia cediera sus derechos sobre la colonia británica de Terranova, consagrados en un antiguo tratado, o aceptara el control británico sobre Egipto, a cambio de que actuase como quisiera en Marruecos, o de que Francia y Gran Bretaña se dividieran este país. Los británicos habían escuchado con interés, pero no se habían pronunciado. Sospechaban, no sin razón, que Cambon actuaba por su cuenta, como era su costumbre.

El embajador Paul Cambon, hombre circunspecto, de pequeña estatura y ligeramente cojo, vestía siempre de manera impecable y estaba convencido de su propia importancia. Su carrera había sido distinguida: representante de Francia en Túnez, y más tarde embajador en España y en el imperio otomano, se había ganado una reputación de funcionario eficaz y honesto, así como de obstinado y resistente a las órdenes de aquellos a quienes consideraba incompetentes, es decir, la mayoría de sus superiores. Sostenía el criterio, y así se lo hizo saber a su hijo, de que “la historia de la diplomacia no es más que la larga relación de los intentos de los funcionarios de lograr algo y de la resistencia de París”.[43] Aunque coincidía con Delcassé en sus políticas y compartía sus ambiciones de volver a convertir Francia en una gran potencia, consideraba a los diplomáticos parte activa de la política exterior. En su época de embajador en Constantinopla, le había tomado antipatía a Rusia y había desarrollado una profunda desconfianza hacia sus ambiciones en el extremo oriental del Mediterráneo; pero era un hombre realista y veía las ventajas para Francia de una relación amistosa con ese país, aunque no creía que Rusia —“moins utile qu’embarrassante” [menos útil que molesta]— fuera de fiar. Uno de sus grandes temores era que Rusia y Alemania rehicieran su antigua amistad, porque entonces Francia quedaría una vez más aislada en Europa.[44] Al principio de su carrera, Cambon había llegado a

la conclusión de que Francia debía acercarse a Gran Bretaña. A medida que el problema de Marruecos se calentaba, además, le inquietaba lo mucho que Gran Bretaña se estaba involucrando, y que Francia iba a perderlo a menos que, en tanto fuera posible, llegase a un acuerdo sobre Egipto.

Aunque Cambon pasó una buena parte de su carrera en Gran Bretaña, desde 1898 hasta 1920, lo cierto es que no sentía especial interés por los británicos ni por su cultura, y su presencia en Londres se debió únicamente a su sentido del deber. Cuando, poco después de su llegada al país, fue invitado a cenar con la reina Victoria en el castillo de Windsor, encontró alegre y vivaz a la vieja reina, y espantosa la comida. “No toleraría semejante comida en mi casa”;[45] en lo sucesivo, nada haría cambiar su opinión sobre la cocina británica. Se opuso a la apertura de escuelas británicas en Francia, y a los franceses educados en Gran Bretaña los consideraba débiles mentales.[46] Cuando en 1904 Oxford le concedió un título honorífico para celebrar la nueva amistad entre Gran Bretaña y Francia, Cambon le escribió a su hermano Jules un relato muy crítico y gracioso sobre el calor y las interminables ceremonias. “Los versos latinos y griegos pronunciados con acento inglés me parecieron sencillamente horrorosos”. Sobre la última parte del discurso, que elogiaba la universidad, afirmó: “No hice el más mínimo esfuerzo por prestar atención, estaba exhausto”.[47] Pese a permanecer en Londres durante más de dos décadas, nunca aprendió a hablar bien el inglés. En sus reuniones con el monolingüe Grey, ministro de Asuntos Exteriores desde 1905, hablaba lenta y cuidadosamente en francés, y Grey hacía lo mismo en inglés.[48] No obstante, desarrolló una mezquina admiración por los británicos. En su opinión, el funeral de la reina Victoria fue un caos, “pero la superioridad de los británicos estriba en que no les importa parecer estúpidos”.[49]

La misión de Cambon en Londres se complicó porque los británicos todavía no contaban con una política clara hacia la entente con Francia. Además, en Marruecos estaban haciendo su propio juego y los franceses lo presentían. Aunque Gran Bretaña carecía de una política con respecto a Marruecos, en el gobierno había quienes, como Chamberlain, contemplaban seriamente la idea de convertirlo en un protectorado, o de dividirlo quizá con Alemania;[50] esto antes de que las relaciones con este país se deterioraran a comienzos de siglo. En el almirantazgo se hablaba de establecer bases navales o puertos a lo largo de las

costas de Marruecos en el Atlántico y en el Mediterráneo, o al menos impedir que lo hicieran otras naciones como Alemania, España y Francia.

Los estados fallidos o decadentes que la comunidad internacional ve hoy en día como un problema, en la época de las potencias imperialistas eran vistos como una oportunidad. China, el imperio otomano y Persia eran débiles, estaban fragmentados y aparentemente listos para ser repartidos; al igual que Marruecos, que en 1900 se deslizaba cuesta abajo hacia la anarquía. El fallecimiento en 1894 de Hassan I, un sultán fuerte y capaz, había dejado el país en manos de un adolescente, Abdelaziz. "De buena apariencia, aunque pomposo y regordete; facciones finas y hermosos ojos claros –lo describía Arthur Nicolson, diplomático británico establecido en el país–. Se le veía saludable, pero como un muchacho que come demasiado".[51] Abdelaziz demostró ser incapaz de controlar a sus súbditos, y en la medida en que aumentaba la corrupción en su administración, los poderosos líderes regionales afirmaban su independencia, los piratas atacaban a los mercaderes a lo largo de la costa y los bandidos saqueaban las caravanas en el interior y secuestraban a los ricos a cambio de rescate. A finales de 1902, una rebelión amenazaba con derrocar al deteriorado régimen.

El joven sultán jugaba en sus palacios y, como observaron los franceses, se rodeaba de servidores británicos, desde los empleados de la limpieza hasta el mecánico de sus bicicletas. (Para ser justos, tenía también un francés que le preparaba los refrescos). El asesor de mayor confianza de Abdelaziz, y comandante en jefe del ejército marroquí —y esto sí alarmaba a los franceses—, era un exsoldado británico, el caíd Maclean. "Era pequeño y rechoncho, con una barba blanca bien arreglada, y los ojos más alegres que hayan brillado jamás por encima de una gaita –apuntó Nicolson, quien le consideraba un hombre amable y honesto–. Ataviado con un turbante y una chilaba blanca caminaba por los jardines soplando una gaita y haciendo sonar la melodía de 'Las orillas del lago Lomond' bajo el sol africano".[52] En 1902, cuando Maclean visitó Gran Bretaña, fue hospedado en Balmoral y Eduardo VII le impuso la orden de caballero, la mayoría de los diplomáticos franceses llegaron a la conclusión de que sus sospechas no eran infundadas. El representante de Del-cassé en Marruecos informó desconsolado de que allí los británicos recurrían a todos los medios, desde la persuasión hasta el soborno, y, si estos no lograban sus objetivos, las

esposas de los diplomáticos británicos sabían lo que debían hacer para promover los intereses de Gran Bretaña.[53]

Cambon, no obstante, siguió presionando a Lansdowne. En el transcurso de 1902, los dos hombres habían hablado en varias ocasiones y explorado varios asuntos coloniales que se interponían aún entre sus países, desde Siam hasta Terranova. Lansdowne se mostraba interesado pero cauteloso, ya que todavía albergaba esperanzas de un entendimiento con Alemania, lo que quizá hubiera logrado si este país no hubiese emprendido la carrera armamentista naval, y si la diplomacia alemana hubiese estado más cualificada. Pero, tal y como se desarrollaban los acontecimientos, se sentía tan exasperado como muchos otros en el ministerio de Asuntos Exteriores por los métodos y la retórica de Alemania. A finales de 1901, Lansdowne le escribió a un colega: “Me ha impresionado la actitud comparativamente amistosa de los franceses. Si en este momento tuviera que despachar algún tedioso asunto menor con una embajada, preferiría la francesa antes que cualquier otra. Tienen mejores modales y, en esencia, resulta más fácil tratar con ellos que con los demás”.[54]

Al igual que Salisbury, su mentor, Lansdowne era aristócrata y descendía de una familia antigua que formaba parte del servicio público porque lo consideraba un deber. Hombre delgado y pulcro, Lans-downe se había iniciado como liberal —igual que toda su familia—, había prestado servicios en el gobierno de Gladstone, y más tarde ocupado el cargo de gobernador general de Canadá, país al que amaba, entre otras cosas, por la pesca del salmón. Luego se había distanciado de sus colegas liberales, con motivo de la autonomía de Irlanda, sumándose a los conservadores que se le oponían. En 1900, cuando a Salisbury, ya enfermo, le convencieron para que abandonase el ministerio de Asuntos Exteriores, él mismo nombró a Lansdowne sucesor, para sorpresa de algunos. Lo cierto es que, si bien Lansdowne no resultó un canciller especial ni exuberante, sí fue firme y sensato. Al igual que Salisbury, habría preferido que Gran Bretaña se mantuviera libre de ataduras, pero había aceptado, muy a su pesar, la idea de que su país necesitaba amigos; por eso apoyó la alianza con Japón e hizo acercamientos tanto a Rusia como a Alemania. Aunque ninguno de estos esfuerzos había dado resultado hasta ese momento.

En 1902, tanto en Francia como en Gran Bretaña la prensa y las cámaras de comercio abogaban por un mayor entendimiento entre los dos países; y en Egipto, el enérgico representante británico lord Cro-mer, verdadero gobernante del país, también aceptaba ya el criterio de que una solución que concediera Marruecos a Francia mejoraría la situación en Egipto para la administración británica. (Como miembros de la Caisse de la Dette, protectora de los extranjeros dueños de la deuda egipcia, los franceses habían logrado bloquear cualquier reforma financiera en Egipto).[55] A principios de 1903, Lansdowne dio un pequeño paso hacia la consecución de un acuerdo más amplio cuando él y Cambon acordaron que varios bancos británicos, franceses y españoles podrían hacer un préstamo conjunto a Marruecos. Más tarde, en marzo de 1903, el rey Eduardo VII decidió, con la aprobación de sus ministros, realizar una visita a París.

Aunque los franceses, como buenos republicanos, tenían una idea bastante exagerada de las facultades de la monarquía británica, y una tendencia a ver la posterior entente cordial como una política personal de Eduardo VII, su visita constituía un gesto de buena voluntad significativo, al tiempo que ayudaba a preparar a la opinión pública francesa para un posible pacto con Gran Bretaña. Además, apuntaba hacia una nueva actitud y un nuevo comienzo, muy similar al viaje del presidente Nixon a Pekín en 1972. Pero lo más importante de todo es que fue un éxito. Cuando Eduardo VII llegó a París, la acogida de las multitudes fue fría, incluso hostil, y hasta en ocasiones se escucharon gritos de “Vivent les boërs!” y “Vive Fashoda!”. Delcassé, que acompañaba a los invitados, decía constantemente en voz alta: “Quel enthousiasme!”. El gobierno francés brindó una espléndida atención al rey (y los comerciantes franceses se sumaron a las festividades con souvenirs especiales, desde postales hasta bastones con la cabeza del rey, y hasta un nuevo abrigo al que llamaron “Le King Edward”). Hubo un gran banquete en el palacio del Elíseo, con crème Windsor, oeufs à la Richmond, selle de mouton à l’anglaise y pudding à la Windsor, mientras el Quai d’Orsay servía jambon d’York truffée champenoise en su almuerzo. Eduardo VII se comportó de manera impecable todo el tiempo, y respondió a los brindis en excelente francés. Durante el banquete en el Elíseo habló de sus múltiples recuerdos felices de París, ciudad donde es posible encontrar “toda la inteligencia y la belleza”. En una velada en el teatro vio en el vestíbulo a una

famosa actriz francesa y le dijo: “Mademoiselle, recuerdo haberle aplaudido en Londres cuando representó usted toda la gracia y el espíritu francés”. El rumor se extendió por el auditorio y el rey fue aclamado al llegar a su balcón. Hasta las carreras de caballos a las que asistió arrojaron buenos augurios: ganó John Bull. A su partida de París, las multitudes gritaban “Vive Edouard!”, “Vive nôtre bon Teddy!”, y, desde luego, “Vive la République!”.[56]

Delcassé quedó encantado con la visita, y convencido de que el gobierno británico estaba ya listo para un tratado amplio; en parte porque, al parecer, en las conversaciones privadas Eduardo había ido más allá de lo que debía un monarca constitucional. El rey había expresado su total respaldo al dominio francés sobre Marruecos, y le había advertido a Delcassé contra el “demente y malintencionado” káiser.[57] Dos meses más tarde, el presidente Loubet y Delcassé devolvieron la visita a Londres. Antes hubo un pequeño contratiempo, cuando el rey declaró que esperaba que los funcionarios franceses vistieran el traje oficial de la corte, que incluía pantalones bombachos, en francés cullottes. En una nación como Francia, que conmemoraba a los sans-cullottes, los republicanos de las clases bajas que encabezaron la revolución de 1789, esto habría causado un alboroto; pero Eduardo VII cedió y la visita se desarrolló sin contratiempos. Ese otoño, los parlamentos de Francia y Gran Bretaña intercambiaron visitas, algo sin precedente, señal de que la entente iba más allá de los máximos niveles del gobierno.

Durante la visita de Loubet, Delcassé le dijo a Lansdowne que estaba a favor “de un acuerdo integral”, y los dos coincidieron en que Marruecos, Egipto y Terranova eran problemas pendientes, de manera que las negociaciones entre Cambon y Lansdowne tuvieron lugar en Londres durante los nueve meses siguientes, a veces con dificultades. Siam fue dividido en áreas de influencia; en tanto que las exigencias y agravios de las partes con respecto a Madagascar y a las islas Nuevas Hébridas se resolvieron con relativa facilidad. Terranova estuvo a punto de frustrar todo el acuerdo, como suele suceder con los problemas menos complicados. Evidentemente, lo que estaba en juego eran los derechos de captura que los pescadores franceses habían disfrutado a lo largo de la costa de la isla desde el tratado de Utrecht de 1713. Se produjo un considerable debate acerca de si la langosta era o no un pez; para ceder sus derechos, los franceses

exigían ser compensados en otro lugar, preferiblemente en la colonia británica de Gambia, en África occidental. Los franceses fueron tozudos, en parte debido a las presiones de sus pescadores y de las cámaras de comercio de los puertos franceses, y en parte porque sus derechos en Terranova se contaban entre los últimos vestigios del imperio francés en Norteamérica.[58] Al final, ambas partes cedieron: los británicos ofrecieron un territorio al norte de Nigeria, una pequeña porción de Gambia y algunas islas en las costas de la colonia francesa de Guinea en África occidental; en tanto que los franceses aceptaron menos de lo que habían deseado. El meollo del acuerdo fueron Egipto y Marruecos: Francia aceptó el protectorado británico en Egipto, en tanto que Gran Bretaña entregó efectivamente Marruecos a la influencia francesa. Aunque los franceses prometieron no cambiar el statu quo político en ese país, Francia quedó convenientemente a cargo de preservar el orden; así que, para garantizar la seguridad de la ruta marítima británica hacia el Mediterráneo, se decidió que no habría fortificaciones en las costas marroquíes, que en su punto más cercano se hallaban a catorce kilómetros al sur de la base naval británica de Gibraltar. Las cláusulas secretas dejaban claro que ninguna de las dos partes esperaba que Marruecos mantuviera su independencia por mucho tiempo.[59]

El 8 de abril de 1904, menos de seis años después de la crisis de Fachoda, Cambon fue a la oficina de Lansdowne en el ministerio de Asuntos Exteriores para rubricar los acuerdos. Delcassé esperaba ansioso en París, así que Cambon regresó rápidamente a su embajada para utilizar el nuevo y todavía poco familiar teléfono, que acababa de ser instalado. “¡Está firmado!”, gritó a pleno pulmón.[60] El parlamento francés aprobó el acuerdo, pese a que se criticó a Delcassé por haber hecho demasiadas concesiones. En Gran Bretaña, la noticia fue recibida con entusiasmo; en tanto aliada contra Alemania, Francia sería mucho más útil que Japón. Los imperialistas se sentían complacidos, porque Gran Bretaña se reafirmaba en su control de Egipto, mientras que los opositores del imperio estaban satisfechos por el fin de las rivalidades imperialistas. El Manchester Guardian hablaba en nombre de liberales e izquierdistas cuando afirmaba: “El valor de la nueva amistad no estriba en su capacidad para evitar disputas, sino en la oportunidad que brinda de establecer una alianza genuina entre las democracias de ambos países para el avance de la causa democrática”.[61]

En Alemania, donde los líderes nunca se habían tomado en serio la posibilidad de una amistad entre Gran Bretaña y Francia, la noticia causó impacto y consternación. El káiser le dijo a Bülow que la nueva situación era perturbadora. Ahora que Gran Bretaña y Francia ya no estaban enfrentadas “es más apremiante la necesidad de analizar nuestra posición”.[62] La bien relacionada baronesa Spitzemberg consignó en su diario: “Hay mucho pesimismo en el ministerio de Asuntos Exteriores por el acuerdo franco-británico sobre Marruecos, una de las peores derrotas sufrida por la política alemana desde la alianza dual”. La liga pangermánica, nacionalista furibunda, adoptó una resolución en la que declaraba que el acuerdo sobre Marruecos significaba un “desprecio humillante” para Alemania, que había sido tratada como una potencia de tercera clase. Los liberales nacionales, partido conservador que usualmente apoyaba al gobierno, exigieron una declaración del primer ministro, mientras el káiser pronunciaba discursos en los que afirmaba que la nueva situación mundial podría obligar a Alemania a actuar, y señalaba que las fuerzas armadas alemanas eran poderosas y estaban listas.[63]

Gran Bretaña y Alemania ya se habían distanciado, y la opinión pública de ambos países aceleraba el proceso; pero la entente cordial, como se la conocería en el futuro, contribuyó a la consolidación del abismo que las separaba. Y, aunque algunos estadistas británicos como Lansdowne pudieron pensar que se trataba tan solo de zanjar disputas coloniales, en realidad la nueva amistad entre estas dos potencias tenía repercusiones importantes para la correlación de fuerzas en Europa. Gracias a su alianza con Rusia, ahora Francia se encontraba en posición más fuerte con respecto a Alemania; aunque todavía quedaba por ver cuánto más fuerte. Muy pronto, Gran Bretaña debería escoger entre apoyar a Francia en momentos de crisis o arriesgarse a perder su amistad. Como dijo en 1907 sir Francis Bertie, a la sazón embajador en París: “El peligro que tendremos que conjurar es el de perder la confianza de los franceses hacia nuestro respaldo, porque esto les impulsaría a llegar a acuerdos con Alemania, lo cual a quienes perjudicaría sería a nosotros y no a los franceses. Al mismo tiempo, tampoco podemos alentar a los franceses a que confíen en nuestro apoyo material hasta el punto de atreverse a desafiar a los alemanes”.[64] Para bien o para mal, era probable que Gran Bretaña se involucrara en las disputas de Francia en Europa, en particular las suscitadas por el tema de Marruecos. Los alemanes también tenían intereses allí, y sintieron con razón que habían sido ignorados; no pasaría mucho tiempo antes de que Alemania demostrara su descontento.

Lloyd George recordaba en sus memorias de la guerra que el día en que se anunció la entente, él había ido a visitar al anciano estadista del partido liberal lord Rosebery. “Sus primeras palabras de saludo fueron: ‘Bueno, supongo que estás tan contento como los demás con este acuerdo francés’. Yo le aseguré que estaba encantado de que nuestras enmarañadas y confusas relaciones con Francia se hubieran arreglado al fin. A lo que me respondió: ‘Estás completamente equivocado. ¡Significa que al final habrá guerra con Alemania!’”.[65]

VII

EL OSO Y LA BALLENA: RUSIA Y GRAN BRETAÑA

En la noche del viernes 21 de octubre de 1904 había en el mar del Norte una luna casi llena, aunque cubierta en parte por la bruma. Unos cincuenta barcos de pesca de arrastre procedentes de Hull se dispersaban a lo largo de unos doce kilómetros en la zona de captura del banco Dogger, a medio camino entre el norte de Inglaterra y la costa de Alemania; no muy lejos, la flota rusa del Báltico se desplazaba rumbo al canal de la Mancha, en un viaje hacia extremo Oriente condenado al fracaso. Los barcos pesqueros tenían sus redes echadas, y sobre el puente, alumbrándose con luces de acetileno, sus tripulaciones se dedicaban a eviscerar la captura. Algo fuera de la rutina, que agradecían los pescadores. Estos se gastaban bromas y rieron al ver las luces de los acorazados y sus reflectores desplazándose por el agua. Había tanta luz que hasta podía distinguirse los rostros de los marineros rusos. "Llamé a todos los trabajadores a cubierta –afirmó el capitán Whelpton, patrón de uno de los pesqueros–, para que presenciaran lo que yo pensaba que iba a ser un espectáculo lumínico". De pronto se escuchó un toque de corneta, seguido del tableteo de la artillería y las ametralladoras. "¡Dios mío! –exclamó Whelpton–, ¡No son salvas, muchachos! ¡Al suelo, protéjanse!".[1] Los barcos no tuvieron tiempo de recoger sus pesadas redes, así que se quedaron quietos en el mar mientras el tiroteo se prolongaba durante veinte minutos. La flota rusa prosiguió su viaje, dejando tras de sí dos hombres muertos, otros cuantos heridos y un barco pesquero hundido. Poco después, uno de los barcos rusos confundió a otro de la flota con un navío de guerra japonés y también abrió fuego. El episodio al completo indicaba la confusión y los equívocos que marcaron el esfuerzo bélico ruso.

La opinión pública británica se indignó con la flota rusa —"Borrachos, como siempre", apuntaba The Daily Mail—, así como el gobierno británico, que le exigió al ruso una disculpa y una indemnización por los daños causados. Al principio, los rusos se negaron a reconocer que su flota hubiera hecho nada malo, aduciendo que tenían buenas razones para sospechar que torpederas

japonesas se habían abierto paso hacia aguas europeas con el fin de atacar a la flota rusa del Báltico. Lansdowne no aceptó esta explicación, y el 26 de octubre exigió que la flota rusa se recogiera en Vigo, en la costa atlántica española, hasta que el asunto quedara aclarado. “Si se le permite continuar viaje sin detenerse en Vigo –le dijo al embajador ruso–, posiblemente antes de terminar la semana estemos en guerra”. Los rusos respondieron al día siguiente en tono beligerante, afirmando que tenían “pruebas irrefutables” de que los japoneses se preparaban para atacar su flota. En cualquier caso, añadió el almirante Rozhdestvenski, comandante de la flota rusa del Báltico, el ataque era responsabilidad de los pesqueros, por haberse cruzado en su ruta. Esa noche Lansdowne sintió que “había idénticas posibilidades de guerra que de paz”.[2] Aunque en esta ocasión se logró abortar la guerra, el episodio del banco Dogger quedó como otra de las frecuentes alarmas bélicas que se encendían en Europa. Además, empeoró, si cabe, las relaciones entre Gran Bretaña y Rusia; y para esta, fue también una simple muestra del desarrollo de su desastrosa guerra con Japón.

Rusia había entrado en guerra con Japón en extremo Oriente por una mezcla de ineptitud, optimismo infundado sobre sus propias capacidades y desprecio por los japoneses; esto último principalmente por motivos raciales. Las ambiciones rusas de construirse una esfera de influencia en Manchuria y Corea, y tal vez de asimilarlas finalmente al creciente imperio ruso, le había arrastrado a un conflicto con otras potencias europeas –especialmente la británica– y, lo que era aún más peligroso, con Japón: un país que se modernizaba a gran velocidad, convirtiéndose en un importante actor en la escena asiática. En 1844-1845, Japón había obtenido una victoria decisiva en su enfrentamiento bélico con el moribundo imperio chino, en parte por el control de Corea. Una vez alcanzada la paz, China reconoció la independencia de esta última, con lo que se preparó el terreno para la entrada de Japón. (En 1910, Corea pasaría a formar parte del imperio japonés). Asimismo, Japón tomó posesión de Taiwán y de algunas islas cercanas, y además obtuvo concesiones para la construcción de ferrocarriles y puertos en el territorio chino de Manchuria. Esto último fue la gota que colmó el vaso para Rusia, que encabezó una acción concertada con las otras potencias europeas para obligar a Japón a retirarse de Manchuria. Los japoneses se sintieron agraviados cuando Rusia, abruptamente, empezó a obtener sus propias concesiones allí; entre ellas, la que le permitía construir un ramal sureño del Transiberiano a través del norte de Manchuria, así como un ferrocarril nortesur, y el arrendamiento de un territorio situado en su extremo sur que incluía los

puertos de Prince Arthur (hoy Lushun) y Dairen (Dalian). China era demasiado débil para reaccionar a este movimiento en el interior de su territorio, pero las otras potencias mostraron inquietud ante la agresividad rusa. El levantamiento de los bóxers creó mayores tensiones, cuando Rusia la esgrimió como pretexto para enviar sus tropas a ocupar puntos clave a lo largo de la línea férrea norte-sur, que construía a través de Manchuria, desde Harbin (provincia de Heilongjiang) en el norte, hasta los territorios arrendados en el sur. Al estallar la guerra ruso-japonesa en 1904, Rusia quedó peligrosamente aislada, cuando hasta su aliada Francia declaró con firmeza que su compromiso se limitaba al territorio europeo.



7. El oso ruso herido se vuelve contra su amo. El país estuvo al borde de la revolución en 1905, cuando sufrió una aplastante derrota militar en el lejano Oriente a manos de Japón. Aunque el régimen del zar Nicolás sobrevivió, e incluso hizo algunas reformas, otra guerra y una segunda revolución barrerían para siempre el viejo orden en 1917.

En la noche del 8 de febrero de 1904, unas torpederas japonesas lanzaron sin previo aviso un ataque contra buques rusos anclados en Port Arthur. (Resulta interesante observar que los seguidores occidentales de Japón admiraron su audacia al prescindir de la formalidad de una declaración de guerra). Una fuerza japonesa desembarcó al norte de Port Arthur para interceptar la línea férrea y atacar el puerto, mientras otra lo hizo en la cercana Corea, en Incheon (enclave que sería célebre siglo y medio después por el desembarco estadounidense durante la guerra de Corea), para avanzar rumbo norte hacia el río Yalu, en la frontera con Rusia. Pronto se hizo evidente la locura de provocar una guerra con Japón, cuando los suministros y refuerzos rusos debían llegar desde miles de kilómetros de distancia por el Transiberiano, que tenía una sola vía y cuya construcción no estaba finalizada. En los siguientes dieciocho meses, Rusia sufrió una cadena de derrotas. Port Arthur fue sitiado y la flota rusa de extremo Oriente quedó atrapada. Los intentos de romper el cerco por tierra y por mar no hicieron sino provocar más bajas rusas. Port Arthur se rindió en los primeros días de enero de 1905, cuando la mayor parte de la flota rusa del Pacífico yacía bajo el mar.

La noticia alcanzó a la flota del Báltico en Madagascar, cuando daba la vuelta al mundo para mitigar el sitio. (La flota se veía obligada a pasar por el extremo sur de África, porque los británicos no le permitían utilizar el canal de Suez). El almirante al mando decidió tratar de llegar al puerto de Vladivostok, en el Pacífico ruso. El 27 de mayo de 1905, cuando la flota entraba en el estrecho de Tsushima, entre Corea y Japón, los japoneses la estaban esperando. La batalla que siguió fue una de las victorias navales más contundentes que registra la historia. La flota rusa del Báltico fue aniquilada: más de cuatro mil hombres se ahogaron, y muchos más fueron capturados. Los japoneses apenas perdieron

ciento dieciséis hombres y unas pocas lanchas torpederas.

Rusia se vio obligada a aceptar la oferta de mediación del presidente Theodore Roosevelt; también Japón, casi al límite de sus recursos, se mostró dispuesto a dialogar. En ese mes de agosto, representantes rusos y japoneses se reunieron en un astillero naval en Portsmouth (New Hampshire). Las motivaciones de Roosevelt eran varias: para empezar, realmente creía que Estados Unidos, por ser una de las naciones civilizadas del mundo, tenía la obligación moral de fomentar la paz; pero también disfrutaba de la oportunidad que se le brindaba a su país, y a sí mismo, de estar en el centro de los grandes acontecimientos. En cuanto a las partes beligerantes, al igual que muchos estadounidenses, él no veía con buenos ojos la autocracia rusa, y en un principio había simpatizado con Japón –una "incorporación deseable" al orden internacional–, al punto de admirar la forma en que este país había roto las hostilidades mediante su ataque sorpresa contra Rusia, saltándose la formalidad de declararle la guerra. Pero cuando Japón aplastó a Rusia, Roosevelt se sintió inquieto por la posición estadounidense en Asia, y preocupado por que los japoneses pudieran empezar a interesarse por China. Después de reunir a las dos partes, Roosevelt no participó personalmente en las conversaciones, sino que se limitó a observar a distancia, desde su propiedad en Long Island, tratando de contenerse mientras se demoraban. "Lo que realmente me gustaría hacer –se quejaba–, sería dar rienda suelta a la ira, caer sobre ellos y romperles la cabeza, la de uno contra la del otro".[3] Por fin, en septiembre Rusia y Japón firmaron el tratado de Portsmouth, que adjudicaba a Japón la mitad de la isla rusa de Sajalín y las concesiones rusas en el extremo sur de Manchuria. Al año siguiente, se le concedió a Roosevelt el recién creado premio Nobel de la Paz.

La guerra no solo le costó a Rusia territorios: sufrió más de cuatrocientas mil bajas, fue destruida una gran parte de su armada y debió gastar dos millones y medio de rublos de sus menguados fondos. En noviembre de 1904, poco antes de romperse las hostilidades, el ministro de la Guerra ruso, general Alekséi Kuropatkin, le había advertido al zar: "Una guerra con Japón sería muy impopular y aumentaría el descontento hacia las autoridades". El gobernador general del Cáucaso fue más lejos, cuando le dijo a Kuropatkin: "No se debe permitir una guerra que podría convertirse en 'dinástica'".[4] Ambos tenían razón.

Desde el principio, la opinión pública no mostró excesivo entusiasmo por el enfrentamiento, y en 1904 ya había bastante descontento hacia el gobierno por parte de los intelectuales, la creciente clase media y los terratenientes más ilustrados, que desempeñaban un papel activo en los nuevos gobiernos locales.

Los periodos de desarrollo sumamente acelerados, como el experimentado por Rusia, en especial desde la década de 1890, no son fáciles de afrontar. El auge ruso trajo consigo la promesa de un futuro mejor, pero también desestabilizó a una sociedad ya de por sí fragmentada. En Moscú y San Petersburgo, los magnates habitaban magníficas mansiones y acumulaban grandiosas colecciones de arte y mobiliario, en tanto sus trabajadores vivían en la miseria y trabajaban muchas horas en condiciones espantosas. Y, mientras que en los poblados más pobres los campesinos rara vez comían carne y pasaban hambre, especialmente en los largos meses de invierno, los grandes terratenientes llevaban estilos de vida similares a los de sus homólogos de los países más ricos de Europa. Ni siquiera el extravagante príncipe Yusúpov (futuro asesino de Rasputín) podía gastar toda su fortuna, que incluía más de medio millón de acres de tierra, así como minas y fábricas, por no hablar de los búcaros de plata que gustaba de llenar con perlas y piedras preciosas sin tallar. En 1914, la condesa Kleinmichel, una de las más reconocidas celebridades de la sociedad de San Petersburgo, ofreció un pequeño baile de etiqueta a sus sobrinas: “Envié poco más de trescientas invitaciones, porque mi casa no tenía espacio para mucho más, y como la costumbre rusa es ofrecer una cena en mesas pequeñas, tampoco mi cocina podía dar más de sí”.[5]

A pesar de la represión y la censura, de todas partes llegaban demandas de poner fin a la autocracia y crear un gobierno representativo con libertades civiles. Asimismo, los habitantes del Báltico —polacos, finlandeses y ucranianos, entre muchos otros súbditos de Rusia— exigían más autonomía. Una minoría pequeña pero fanática había abandonado desde hacía mucho sus esperanzas de alcanzar reformas, y se había comprometido a derrocar al viejo orden violentamente, mediante acciones terroristas o la insurrección armada. Entre 1905 y 1909, fueron asesinados casi mil quinientos gobernadores de provincia y funcionarios. Los obreros de las industrias, cuyo número había aumentado también con el avance de la industrialización rusa, se comportaban de un modo cada vez más

militante. En 1894, año en que Nicolás II se convirtió en zar, se produjeron sesenta y ocho huelgas; diez años más tarde, hubo más de quinientas.[6] Los partidos socialistas radicales de izquierda, pese a que su prohibición seguía en vigor con sus líderes en el exilio, empezaron a asumir el liderazgo de las nacientes organizaciones obreras. En 1914, el partido mejor organizado, el de los bolcheviques, dominaba la mayoría de los sindicatos y ocupaba la mayor parte de los escaños de obreros en la Duma, el nuevo parlamento ruso.

En los años anteriores a 1914, Rusia era como un gigantesco organismo amorfo que se movía en varias direcciones al mismo tiempo, sin que se supiera qué forma terminaría adoptando. Algunas regiones rurales remotas se mantenían inalteradas, igual que durante siglos; mientras que las grandes urbes, con su luz eléctrica, sus tranvías y sus modernos almacenes, se parecían más a París, Berlín o Londres. Pero la impresión de una Rusia rural inmutable para siempre —como la percibían el zar y muchos conservadores, y más adelante algunos observadores— podía ser muy engañosa. El fin de la servidumbre en 1861, la ampliación de las comunicaciones, la reducción del analfabetismo, la migración de los campesinos hacia las ciudades en busca de empleo (con los correspondientes regresos para visitar a sus familias), estaban conmocionando la vida de las aldeas y socavando sus instituciones. Los ancianos, los sacerdotes y las tradiciones, la otrora todopoderosa administración de los poblados, carecían ya de su antiguo poder sobre la vida local.

La modernidad comprometía la seguridad tradicional de las zonas rurales y urbanas. Los creyentes aún veneraban iconos y creían en milagros y en apariciones; en tanto que los nuevos industriales se dedicaban a comprar obras de Matisse, Picasso o Braque, hasta llegar a crear las mayores colecciones mundiales de arte moderno. El arte tradicional ruso coexistió con escritores y artistas experimentales; Stanislavski y Diáguilev revolucionaron el teatro y la danza. Audaces escritores desafiaban los cánones morales aceptados, al tiempo que se registraba un renacimiento espiritual y la búsqueda de un significado más profundo en la vida. Los reaccionarios querían retrotraer el tiempo a la época anterior a la apertura de Rusia a las influencias europeas emprendida por Pedro el Grande; los revolucionarios extremistas, muchos de ellos exiliados, como Lenin o Trotski, pretendían aplastar a la sociedad rusa.

Las transformaciones económicas y sociales que en Europa occidental habían llevado un siglo o más, se daban ahora en Rusia en tan solo una generación; y este país no contaba con instituciones fuertes o profundamente enraizadas que le ayudaran a asimilar y afrontar los cambios. El país más estable de Europa, Gran Bretaña, había tardado siglos en construir su parlamento, sus consejos locales, sus leyes y sus tribunales (debiendo capear por el camino varias crisis y una guerra civil). Más aún, la sociedad británica había ido creciendo poco a poco, a un ritmo lento, y había necesitado generaciones para desarrollar sus actitudes y sus instituciones, desde las universidades hasta las cámaras de comercio, los clubes y las asociaciones, la prensa libre y todo el complejo entramado de una sociedad civil capaz de hacer que un sistema político funcione. La vecina Alemania, por citar otro caso más próximo, era un país nuevo, pero ya poseía instituciones antiguas en sus ciudades y sus estados, y contaba con una amplia clase media, segura de sí y capaz de sostener una sociedad vigorosa. El imperio austrohúngaro era más frágil y también luchaba con un naciente nacionalismo, pero contaba con una sociedad cuyas instituciones estaban más plenamente realizadas que las de Rusia.

Existen en la actualidad dos situaciones similares a aquellas con las que se enfrentó Rusia en los diez o veinte años anteriores a 1914. Una se encuentra en los estados del Golfo, que en el plazo de una sola vida humana han pasado de un estilo de vida modesto y manejable, en el que los cambios se producían pausadamente, a un mundo internacional en el que su abrupta riqueza les ha convertido en actores; de sencillas edificaciones de barro han pasado al brillo de Las Vegas y a unos rascacielos que suben cada vez más alto y más rápido. Pero los estados del Golfo tienen la gran ventaja de ser pequeños, tanto en términos geográficos como demográficos, y por esto mismo pueden ser manipulados, para bien o para mal, por fuerzas e individuos más poderosos, tanto de dentro como de fuera. Sus gobernantes, con un poco de apoyo exterior, han sido lo suficientemente hábiles como para afrontar los acelerados cambios, y si no, los han sustituido rápidamente. Para el zar, el desafío era infinitamente superior, pues se trataba de controlar de alguna forma una Rusia enorme y diversa, en la que todo era gigantesco, tanto su población como los miles de kilómetros de extensión, desde sus fronteras europeas hasta el Pacífico.

El otro ejemplo contemporáneo similar al de la Rusia de preguerra es China, país que debió afrontar los desafíos del cambio con un régimen lamentablemente no preparado para ello, y que carecía además de instituciones robustas capaces de facilitar la transición de una forma social a otra. A China le tomó casi medio siglo, y un elevadísimo coste humano, pasar del colapsado sistema dinástico antiguo al comunista, hasta alcanzar un gobierno estable; y puede decirse que aún lucha por construir las instituciones firmes que necesita si no quiere caer en un régimen cada vez menos eficiente y corrupto. No es de extrañar que la sociedad rusa, atrapada como estaba en una transición de lo viejo a lo nuevo, se resquebrajara y empezara a combarse debido al esfuerzo. Las cosas habrían podido funcionar si se hubiera dispuesto de tiempo, o si se hubiera podido evitar el dispendio de las guerras; pero ocurrió justo lo contrario, y en menos de diez años libró dos, la segunda más devastadora aún que la primera. Muchos líderes rusos, incluso los de 1914, y hasta el propio zar, conocían perfectamente los peligros de una guerra; pero para algunos constituía una tentación seductora, en tanto intento de aglutinar a la sociedad en torno a una causa noble que restañara sus divisiones. Se ha contado que en 1904 el ministro del Interior, Viácheslav Plehve, dijo que Rusia necesitaba "una pequeña guerra exitosa" que apartara la mente de las masas rusas "de la política".[7]

El enfrentamiento bélico ruso-japonés puso de manifiesto la insensatez de semejante idea. Durante los primeros meses de la guerra, el mismo Plehve saltó en pedazos por una bomba, y poco antes de que terminase, los recién constituidos bolcheviques trataron de tomar Moscú. La guerra sirvió para profundizar, y para poner encima de la mesa, el descontento de muchos rusos con su sociedad y sus gobernantes. En la medida en que afloraron las numerosas deficiencias del esfuerzo bélico, desde el mando hasta los suministros, se incrementaron las críticas contra el gobierno y, al tratarse de un régimen altamente personalizado, contra el zar. En San Petersburgo apareció una tira cómica que mostraba al zar con sus bombachas bajadas, y diciendo mientras le azotaban: "¡Déjenme en paz! ¡El autócrata soy yo!".[8] Al igual que la revolución francesa, con la que guardaba muchas similitudes, la rusa de 1905 rompió viejos tabúes, incluso el respeto hacia el gobernante del país. A los funcionarios de San Petersburgo les pareció un mal augurio que la emperatriz hubiese colgado en sus habitaciones un retrato de María Antonieta, regalo del gobierno francés.[9]

El 22 de enero de 1905, una enorme procesión de obreros con sus familias, vestidos con sus mejores ropas y entonando himnos, se abrió paso hacia el palacio de Invierno para pedirle al zar profundas reformas políticas y económicas. Muchos consideraban aún al zar “su padrecito”, y creían que bastaba con que él supiera qué iba mal para que hiciese cambios. Las autoridades, ya nerviosas para entonces, llamaron al ejército, que los reprimió brutalmente, disparando a quemarropa contra la multitud. Al final de la jornada, había varios centenares de muertos y heridos. El Domingo Sangriento ayudó a desatar lo que se convirtió en el ensayo final de la revolución de 1917, y estuvo a punto de convertirse en la revolución misma. A lo largo de 1905 —“el año de las pesadillas”, lo llamó la emperatriz viuda—, y hasta bien entrado el verano de 1906, Rusia fue sacudida por huelgas y protestas. Algunos de los muchos nacionalistas de dentro del imperio ruso vieron un resquicio para la libertad, y las manifestaciones populares contra el gobierno ruso se extendieron desde las provincias del Báltico y Polonia hasta el Cáucaso. Los campesinos se negaron a pagarles la renta a sus terratenientes, y en algunas zonas rurales se apropiaron de tierras y animales y saquearon las grandes residencias. En este periodo, cerca del quince por ciento de las casas solariegas de Rusia quedaron reducidas a cenizas.[10] En el verano de 1905, ame-nazadoramente, los marineros de la flota del mar Negro a bordo del acorazado Potemkin se amotinaron.

En otoño, el zar estaba aislado en su hacienda campestre de Tsárkoie Seló, en las afueras de San Petersburgo; los ferrocarriles y el telégrafo habían dejado de funcionar. Las tiendas al por menor se quedaron sin suministros, no había electricidad y la gente temía salir a la calle. En la propia ciudad, durante seis semanas, el sóviet de diputados obreros se convirtió en la autoridad alternativa al gobierno. El joven radical León Trotski era uno de sus principales líderes, como volvería a serlo con otro sóviet en la revolución de 1917. En Moscú, el nuevo partido bolchevique preparaba su insurrección armada. En octubre, sometido a las ingentes presiones de sus propios colaboradores, el zar, no sin reticencia, emitió un manifiesto en el que prometía una asamblea legislativa responsable, la Duma, así como derechos civiles.

Como suele ocurrir en los momentos revolucionarios, las concesiones no hicieron más que estimular a los opositores al régimen, el cual, ante el desorden generalizado, parecía a punto de desplomarse con todos sus funcionarios ineficaces y confusos. Ese invierno se amotinó un batallón del mismísimo regimiento de Nicolás, la guardia Preo-brazhenski, fundada por Pedro el Grande. Un miembro de la corte del zar escribió en su diario: “Ahora sí”.[11] Afortunadamente para el régimen, sus enemigos más resueltos estaban desunidos, y aún no se encontraban preparados para la toma del poder; en tanto que, a la luz de las promesas del zar, los reformistas moderados se mostraban dispuestos a apoyarlo. Mediante el uso a discreción del ejército y la policía, el gobierno se las arregló para restaurar el orden. Para el verano de 1906, lo peor ya había pasado... al menos de momento. El régimen se enfrentaba todavía al dilema de hasta qué punto llevar las reformas sin socavar su autoridad de manera irreversible; el mismo dilema al que tuvieron que enfrentarse el gobierno francés en 1789, o el sah de Persia en 1979. Negarse a las demandas de reformas y apoyarse en la represión crea enemigos; ceder, los estimula y da lugar a más demandas.

La guerra ruso-japonesa y el periodo subsiguiente dejaron a Rusia extremadamente debilitada en el interior y peligrosamente vulnerable en el exterior. Su armada estaba destruida, y lo que quedaba del ejército se utilizaba en gran medida contra su propio pueblo. El coronel Yuri Danílov, uno de los más eficaces oficiales rusos, apuntó: “Como comandante de un regimiento de infantería tuve la oportunidad de entrar en contacto con la verdadera vida militar y las necesidades del ejército durante 1906-1908, y no encuentro una mejor descripción para el periodo previo a 1906-1910, incluidas estas fechas e incluso algunas posteriores, que el de una total indefensión militar”.[12] Rusia necesitaba reconstruir y reorganizar sus fuerzas armadas, pero se enfrentaba a dos desafíos difíciles, si no irreductibles: una resistencia al cambio fuertemente enraizada, tanto en el estamento civil como en el militar; y el coste de semejante empresa. Con la economía de un país en desarrollo todavía atrasado, Rusia ambicionaba ser una potencia de primera línea, y para empeorar las cosas, en la primera década del siglo xx, los gastos militares se incrementaban en toda Europa, debido a la subida de los costes de la tecnología militar y al crecimiento de los ejércitos y las armadas. A partir de 1945, la Unión Soviética se enfrentó a un reto similar: se las apañó para mantenerse al ritmo de Estados Unidos en la esfera militar, pero al precio de muchos sacrificios para la sociedad soviética; y, al

cabo, ese esfuerzo contribuyó a la caída del régimen.

En Rusia, en los años posteriores a 1905, las decisiones dependían en mucho del líder supremo. Nicolás II era un monarca absolutista que podía nombrar y destituir ministros a voluntad, decidir políticas y, en tiempo de guerra, dirigir las fuerzas armadas. Antes de 1905, a diferencia de su primo Guillermo de Alemania, no tenía que preocuparse por una constitución, un parlamento electo ni los derechos de sus súbditos. E, incluso tras las concesiones de ese año, tenía más poder que el káiser o que el emperador austriaco, que debían hacer frente a un mayor control sobre sus gobiernos y sus gastos por parte de las asambleas legislativas, y que tenían además en sus imperios estados con sus propios derechos bien arraigados. Por lo tanto, el carácter del zar Nicolás y sus opiniones son de crucial importancia para comprender el camino de Rusia hacia la Gran Guerra.

Nicolás contaba apenas veintiséis años cuando, en 1894, se convirtió en zar de Rusia. La reina Victoria no había celebrado aún su jubileo de diamante y su nieto, el futuro Jorge V, ya era oficial de la armada. En Alemania, hacía seis años que Guillermo II ocupaba el trono. Nadie, ni el propio Nicolás, esperaba que llegase al trono tan rápido. Su padre, Alejandro III, era un hombre fuerte y corpulento; se dice que, en cierta ocasión, salvó a su familia sosteniendo el techo del vagón tras un choque de trenes. Pero enfermó de los riñones cuando tenía unos cuarenta años, y quizá precipitó su fin al seguir bebiendo sin medida.[13] Nicolás, que había amado y admirado a su formidable padre, se quedó muy afligido con su fallecimiento. Su hermana, la gran duquesa Olga, dijo que estaba desesperado: “No paraba de decir que no sabía qué iba a ser de todos nosotros, que él no valía en absoluto para reinar”.[14]

Probablemente no le faltaba razón. A comienzos de siglo, Rusia, con todos sus problemas, podía ser excesiva para cualquier gobernante; y para lo que estaba preparado Nicolás era para ser escudero, o alcalde de una población pequeña. Tal vez la personalidad abrumadora de su padre le había privado de confianza en sí mismo; algo que compensaba siendo rígido y obstinado en las ocasiones en que,

de haber tenido más confianza y sabiduría, hubiera podido mostrarse flexible y alcanzar compromisos. Le molestaban la oposición y el enfrenta-miento. Un antiguo tutor dijo de su pupilo: “Capta lo que escucha, pero solo el significado del hecho en sí, aislado, sin relación con el resto, separado del contexto, de los demás factores, acontecimientos, corrientes, fenómenos [...]. Carece de una visión general, más amplia, elaborada mediante el intercambio y el debate de ideas y argumen-tos”.[15] Era también notoria su indecisión. Un observador contaba que, según la opinión generalizada, “no tenía carácter, y asentía a cada uno de sus ministros aunque estuvieran diciendo cada uno una cosa”.[16] En la época del zar Nicolás, la política interior y exterior de Rusia iba a ser intermitente, errática y confusa. Tenía una excelente memoria, y sus cortesanos aseguraban que era inteligente; pero a veces se mostraba tan crédulo que parecía simplón. Por ejemplo, en cierta ocasión un contratista extranjero le persuadió de que era posible construir un puente a través del estrecho de Bering para comunicar Siberia con el norte de América. (El contratista obtendría amplias concesiones de terreno a lo largo de la línea férrea propuesta hasta el puente).[17]

Su crianza no le había preparado para comprender Rusia, y mucho menos el mundo exterior. A diferencia de Guillermo II, Nicolás tuvo una infancia feliz. El zar y la zarina adoraban a sus hijos, aunque quizá los protegieron demasiado. Nicolás, y sus hermanos y hermanas, fueron educados en el hogar, sin apenas relación con otros niños; en consecuencia, Nicolás carecía de algo que sí tenían otros monarcas como Guillermo II, Eduardo VII y Jorge V, a saber, una cierta experiencia de educación junto a otros jóvenes de su edad y, en mayor grado aún, la oportunidad de conocer a personas de distintas clases. Tampoco conocía su país. La Rusia de Nicolás y sus hermanos era una irreal burbuja de privilegios, palacios, trenes especiales y yates. Otra Rusia aparecía en ocasiones, como cuando tuvo la horrible experiencia del asesinato con bomba de su abuelo, Alejandro II, y fue llevado a su lecho de muerte. Para Nicolás y su familia, la verdadera Rusia estaba poblada por campesinos felices y leales como los que trabajaban en las haciendas imperiales, y su educación contenía muy pocos elementos que cuestionaran esa visión simplista o le permitieran tomar conciencia de los tremendos cambios que se operaban en la sociedad.[18]

Los estudios de Nicolás fueron como los de cualquier otro joven de la nobleza

ruda. Aprendió idiomas —hablaba con fluidez alemán, francés, inglés y ruso—, estudió historia, asignatura que le gustaba, y aprendió algo de matemáticas, química y geografía. A los diecisiete años recibió cursos especiales en materias como el derecho y la economía, aunque no mostró mucho entusiasmo hacia ellas. También aprendió de un tutor británico unos modales exquisitos y un fuerte autocontrol. El primer ministro, el conde Serguéi Witte, dijo de su monarca: "No he conocido a casi ningún joven con mejores modales que Nicolás II. Su fina educación disimula todos sus defectos".[19] A sus diecinueve años, Nicolás fue destinado a la guardia Preobrazhenski; disfrutaba la compañía de los jóvenes aristócratas ricos que eran sus oficiales compañeros, le encantaba el comportamiento relajado en el comedor militar, con sus muchas diversiones, y gustaba de los sencillos y ordenados días de cuartel. A su madre le comentó que se sentía allí como en casa: "¡Uno de los verdaderos consuelos de mi vida en estos momentos!".[20] Al igual que Guillermo, mantuvo durante el resto de su vida un profundo aprecio por los militares. (Y también le gustaba enredar con los detalles de los uniformes). Tal como dijo su primo el gran duque Alexander Mijáilovich: "Nicolás le tomó el gusto al servicio militar, era algo que apelaba a su naturaleza pasiva, pues uno se limitaba a cumplir órdenes sin tener que preocuparse de la amplia gama de problemas a que se enfrentaban los superiores".[21] Al concluir su servicio militar, Nicolás fue enviado a recorrer el mundo; algo que no le gustó tanto. Y le empezaron a desagradar especialmente Japón y los japoneses, después de que un policía, que se había vuelto loco, tratara de matarlo.

Incluso después de cumplidos los veinte años, Nicolás siguió siendo curiosamente inmaduro. Preocupado por la educación del futuro zar, Witte le sugirió a Alejandro III que le diera a Nicolás la oportunidad de adquirir cierta experiencia, nombrándolo presidente de la comisión para la construcción del ferrocarril Transiberiano. La reacción de Alejandro fue preguntarle: "¿Ha tratado usted alguna vez de conversar con él sobre algo realmente trascendental?". A lo que Witte respondió negativamente. "Bueno, es un niño, absolutamente –dijo el zar–. Sus opiniones son evidentemente infantiles, ¿cómo iba a poder presidir esa comisión?".[22] Al comienzo de su reinado, Nicolás se quejó a su ministro de Asuntos Exteriores en los siguientes términos: "No sé nada. El difunto zar no previó su muerte, y no me hizo participar en ningún asunto de gobierno".[23]

Delgado, buen mozo y con ojos azules, Nicolás se parecía más a su madre, una princesa danesa cuya hermana se había casado con Eduardo VII de Inglaterra. Él y su primo Jorge V se parecían mucho, especialmente cuando crecieron y ambos se dejaron una barbita puntiaguda. Sus contemporáneos encontraban a Nicolás encantador pero algo esquivo. Uno de sus diplomáticos decía que cada vez que se reunía con el zar "le impresionaba su gran amabilidad y su extrema politesse personal, su ingenio agudo y sutil con un ligero toque de sarcasmo, y una mente muy ágil aunque algo superficial".[24] Fuera de su círculo familiar inmediato y de sus cortesanos de confianza, por lo usual militares, era un hombre reservado. Una vez que se convirtió en zar, depositaba su confianza en determinado ministro en particular y luego se molestaba por depender de él, lo que marcaba el fin de la carrera de este. Poco antes del estallido de la guerra ruso-japonesa, el ministro de la Guerra, el general Kuropatkin, quiso renunciar porque la actitud del zar minaba su autoridad, y sentía que Nicolás confiaría más en él si dejaba de ocupar el sillón ministerial. El zar estuvo de acuerdo: "Parece extraño, ¿sabes?, pero psicológicamente quizá sea exacto".[25]

Nicolás heredó de su padre a uno de los estadistas más prominentes de la Rusia de preguerra: Serguéi Witte. En palabras de un diplomático británico, Witte era "un hombre fuerte y enérgico, absolutamente temerario y de extraordinaria iniciativa".[26] Como ministro de Finanzas, de 1892 a 1903, Witte situó a su ministerio en el centro del gobierno ruso, con responsabilidad en la administración de las finanzas del país y de su economía, y se esforzó por aumentar la eficiencia de la agricultura de Rusia y de sus gobiernos locales, en parte para que el país pudiera exportar grano y obtener los fondos necesarios para su desarrollo. Además, impulsó la rápida industrialización de Rusia y la explotación de sus territorios recién adquiridos en extremo Oriente. El Transiberiano fue en gran medida un proyecto de Witte. Pero el aumento de su poder le creó enemigos, entre ellos el propio zar. En 1903, Witte tuvo una audiencia prolongada y aparentemente buena con el zar: "Me estrechó la mano, me abrazó y me deseó toda la buena suerte del mundo. Regresé a casa henchido de felicidad, solo para encontrarme en mi despacho una orden escrita con mi destitución".[27]

Nicolás llevó a su reino tres creencias fundamentales: en los Ro-mánov, en la

iglesia ortodoxa y en Rusia, que para él eran prácticamente lo mismo. En su pensamiento, Dios le había confiado Rusia a la responsabilidad de su familia. “Si ven que no me preocupo demasiado –les dijo Nicolás a sus funcionarios durante la crisis de 1905–, es porque tengo una fe absoluta e inquebrantable en que el destino de Rusia, el mío propio y el de mi familia están en manos de Dios Todopoderoso, quien me ha colocado donde estoy. Ocurra lo que ocurra, me inclinaré ante Sus designios, consciente de que nunca he tenido otro pensamiento que no sea el de servir al país que me ha confiado”.[28] La veneración por su padre y la decisión de mantener el régimen tal como lo recibió de sus antecesores hizo de Nicolás un hombre profundamente conservador y notablemente fatalista. En los primeros años de su reinado, rechazó una solicitud muy moderada por parte de los representantes de los débiles gobiernos locales, los zemstvos, que pretendían poder participar más en sus propios asuntos. “Que todos sepan que, aun cuando dedico todos mis esfuerzos al bien de mi pueblo, preservaré los principios de autocracia con la firmeza y la resolución con que lo hizo mi inolvidable padre”.[29] Para Nicolás, al igual que para su padre, la autocracia era la forma de gobierno que se ajustaba mejor al pueblo ruso en toda su diversidad. En octubre de 1905, le explicó a su ministro del Interior por qué se resistía a conceder una Duma y unos derechos civiles: “¿Sabes una cosa? No apoyo la autocracia por gusto, sino únicamente porque estoy convencido de que es necesaria para Rusia. Si por mí fuese, preferiría librarme de todo esto”.[30]

El problema era que Nicolás quería conservar el poder que se le había legado, pero sin tener apenas idea de lo que deseaba hacer con él; y sin tener la capacidad de elegir buenos asesores ni escucharles. Por el contrario, tendía a apoyarse en los más próximos a él, como su madre o sus tíos y primos de la rama Románov, quienes, salvo excepciones, eran frívolos y holgazanes. También tenía una serie de asesores beatos, cuando no charlatanes, entre los que estaban el francés monsieur Philippe, excarnicero de Lyon, y el más notorio de los santones rusos, Rasputín, cuyo fervor religioso no lograba compensar sus muchos defectos. Nicolás, que ya era de por sí profundamente religioso, tuvo también sus escarceos con el espiritismo, muy de moda en Europa por aquellos años. En 1906, el embajador británico afirmó que el zar “no obtendrá excesivos consejos útiles ni ayuda por parte de un tablero ni de la comunicación con los espíritus”.[31] La influencia de la corte sobre el zar era fuente de inquietud para sus funcionarios, pero sus medios para contrarrestarla eran limitados; incluso cuando se le obligó a tener un consejo de ministros, a partir de 1905, hizo todo lo posible

por ignorarlo. A sus ministros los veía únicamente cuando él mismo lo decidía, y casi siempre por separado. En tales encuentros, se mostraba invariablemente cortés pero distante y desinteresado, excepto en temas concernientes a los asuntos exteriores, el ejército o la seguridad interior. Muchos pensaban, con razón, que no tenía confianza en ellos. A comienzos del reinado, uno de los ministros le dijo a otro: “Dios te salve de necesitar para cualquier asunto el apoyo del emperador, siquiera por un segundo; es incapaz de apoyar a nadie en nada”.[32] Sus ministros y funcionarios observaban que si sacaban a colación algún tema que él no deseaba abordar, con la mayor educación, pero con firmeza, optaba por no darse por aludido. Con los años, conforme ganaba confianza, Nicolás se fue reafirmando en esta actitud, y se hizo aún menos proclive a escuchar consejos no solicitados.

La guerra ruso-japonesa se produjo en gran medida porque Nicolás, molesto por el control de Witte sobre la política en extremo Oriente, prestó oídos a un grupo de reaccionarios ambiciosos que querían hacerse con los recursos de esa región, e instaban a Rusia a expandir su influencia hasta el norte de Corea y consolidar su control sobre Manchuria, incluso a riesgo de llegar a un enfrentamiento con Japón. Estos reaccionarios alentaron no solo la desconfianza de Nicolás hacia sus propios funcionarios, sino también su desprecio por Japón; y reforzaron su opinión de que lo mejor era mostrarse firme con “un país bárba-ro”.[33] Con su respaldo entusiasta, Nicolás despidió a Witte en 1903 y designó a un virrey especial para extremo Oriente, con lo que de inmediato empeoraron las relaciones con Japón. El ministerio de Asuntos Exteriores ruso, que había sido marginado en extremo Oriente, trató infructuosamente de calmar a una opinión internacional cada vez más preocupada por la errática política exterior rusa y por la posibilidad de una guerra. Hasta Nicolás se inquietó: “No deseo la guerra entre Rusia y Japón, y no la permitiré”. Y ordenó: “Tómense las medidas necesarias para impedirla”.[34] Pero en este punto la situación ya estaba fuera de control: los japoneses, cuyas propuestas para alcanzar un entendimiento sobre Corea y Manchuria habían sido rechazadas, decidieron ir a la guerra. Como apuntó más tarde el conde Vladímir Lamsdorff, ministro de Asuntos Exteriores ruso: “El absoluto caos de nuestra actividad política en extremo Oriente, merced a la intervención solapada de un puñado de aventureros irresponsables e intrigantes, nos ha llevado a la catástrofe”.[35]

Durante el reinado de Nicolás, sus ministros se encontraron en una situación prácticamente insostenible como servidores de Rusia y del zar. Incluso cuando tenían la más firme convicción de que determinada política era la correcta, no lograban discutir con él. Vladímir Lenin, que aún era un revolucionario poco conocido, lo llamó con perspicacia la "crisis de las alturas".[36] Empero, como el régimen estaba altamente personalizado, cuando las cosas marchaban mal, como ocurrió con la guerra ruso-japonesa, y en mucha mayor escala con la Gran Guerra, la opinión pública rusa, una fuerza cada vez más importante, tendía a echarle la culpa al zar.

Lo que lo empeoró todo y aisló aún más a Nicolás fue su matrimonio. No porque fuera infeliz, sino por todo lo contrario: lo envolvió en un ámbito doméstico que lo fue apartando cada vez más del mundo. Nicolás y Alejandra se amaban desde la adolescencia. Ella era alemana, perteneciente al pequeño ducado de Hesse-Darmstadt, aunque en tanto nieta de la reina Victoria prefería ser considerada inglesa. Por fortuna, la reina Victoria, aun siendo profundamente antirrusa, simpatizó con Nicolás y dio su consentimiento, quedando como principal obstáculo la propia Alejandra, quien al principio no podía hacerse a la idea de abandonar su fe protestante para convertirse a la iglesia ortodoxa rusa. Pero después de una enorme lucha consigo misma, y con la fuerte presión de su familia, que favorecía una alianza tan gloriosa, terminó por ceder y, hecha un mar de lágrimas, aceptó a Nicolás. (Es posible que, como ha señalado algún malintencionado, la joven también deseara apartarse de la nueva esposa de su hermano mayor).[37] Y, como suele suceder con los conversos, Alejandra acabó siendo más ferviente ortodoxa y más rusa que los propios rusos, además de una esposa dedicada en cuerpo y alma a Nicolás y a sus intereses, tal como ella los concebía.

La boda fue maravillosa y sombría al mismo tiempo, pues se planificó antes del súbito empeoramiento y muerte de Alejandro III, celebrándose una semana después del funeral. ¿Sería un mal presagio, como llegaría a decirse luego? La verdad es que la coronación un año y medio después fue mucho peor. La ceremonia en sí misma se desarrolló bien; pero ocurrió una desgracia en la gran celebración pública que siguió en las afueras de Moscú, donde se distribuía cerveza y salchichas, así como presentes conmemorativos para la ocasión.

Habían llegado rusos procedentes de todo el país, muchos en el ferrocarril nuevo, y al amanecer ya se habían congregado medio millón de personas. En un determinado momento, cundió el pánico entre la multitud, ante el rumor de que no habría suficiente para todos, y en la estampida quedaron aplastadas miles de personas; y probablemente fallecieron más de mil. Esa misma noche, la embajada francesa ofrecía un baile en el que Francia había gastado generosamente varios millones de rublos. A desgana, y cediendo a las presiones de sus ministros, que ansiaban celebrar la alianza con Francia, el zar y la zarina asistieron. Fue un grave error, que contribuyó a la reputación de insensible de la joven pareja.[38]

Alejandra era más intelectual que Nicolás y gustaba de los debates, especialmente sobre religión. Tenía un profundo sentido del deber y creía que, como buena cristiana, tenía la obligación de ayudar a los menos afortunados. Como zarina sentó un admirable ejemplo por su trabajo con múltiples organizaciones benéficas, desde las que socorrían a las víctimas de las hambrunas hasta las que cuidaban a los enfermos. Por desgracia, era al mismo tiempo muy emotiva, neurótica y terriblemente tímida. Mientras que su suegra se había incorporado sin dificultad a la sociedad de San Petersburgo y presidido con admirable compostura los sofisticados bailes y recepciones de la corte, Alejandra se veía incómoda y visiblemente infeliz en público. “Nunca dijo una sola palabra amable a nadie –apuntó críticamente una gran dama–; podría decirse que era un gran bloque de hielo que lo congelaba todo a su alrededor”.[39] Al igual que la esposa de Guillermo II, la zarina era puritana e implacable con los pecados de los demás, por lo que decidió invitar a los bailes de la corte únicamente a mujeres de reputación impoluta, con el resultado de que fueron excluidas casi todas las señoras más importantes de la sociedad.[40] Asimismo, se mostraba decidida en el apoyo a sus favoritos para determinados cargos, aunque fueran ostensiblemente inadecuados para ellos. Como indicó uno de los más encumbrados funcionarios de la corte, Alejandra tenía “una voluntad de hierro combinada con poco cerebro y ningún conocimiento”.[41]

Alejandra sumó otra desventaja a su nueva posición, aunque solo se haría visible pasados unos años: era portadora del gen de la hemofilia, enfermedad que normalmente solo aqueja a varones, y que ella había heredado de la reina

Victoria. Los hemofílicos carecen de la sustancia que hace que se coagule la sangre, por lo que cualquier herida o golpe, prácticamente cualquier accidente, puede resultar fatal. El único hijo de Alejandra y Nicolás, Alexis, padecía la enfermedad, y debido a ella estuvo a punto de morir varias veces durante su infancia. Su desesperada madre buscó por toda Rusia y Europa una cura, llevando al lecho del niño a médicos, charlatanes, adivinos, milagreros famosos y, fatalmente para la reputación de la familia imperial, al corrupto y degenerado Rasputín.

En la medida en que su salud se deterioraba, en parte debido a sus continuos embarazos, Alejandra se fue apartando de la vida social. A partir de 1905, Nicolás rara vez visitó la capital del país. Incluso su madre, que no solía criticarle, señaló: "El emperador no ve a nadie, tiene que ver a más personas".[42] Por su propio deseo, y por razones de seguridad, la familia real vivía en las afueras de San Petersburgo, en la hacienda imperial de Tsárkoie Seló, rodeada de altas cercas puntiagudas que, tras 1905, fueron coronadas con más de tres metros de alambre de púas. Durante el verano emigraban a la igualmente apartada hacienda de Peterhof, cerca del mar Báltico. También realizaban viajes en el yate imperial, y visitaban los cotos de caza imperiales o el palacio imperial de Crimea.

En el centro de toda esta magnificencia, rodeada de una complicada y estricta etiqueta, y con miles de sirvientes, guardias y cortesanos a su disposición, se hallaba una familia sencilla y feliz, cuyos integrantes eran muy celosos de su privacidad y curiosamente poco realistas. Alejandra se enorgullecía de ser ahorrativa y el zar de usar ropas gastadas. El hijo del médico de la corte escribiría más tarde: "La pequeña tierra encantada de Tsárkoie Seló dormía plácidamente al borde de un abismo, arrullada por dulces cantos de sirenas que amablemente susurraban 'Dios salve al zar'".[43] Ambos vivían dedicados a su hijo enfermo y a sus cuatro hijas, quizá excesivamente, según la percepción de Charles Hardinge cuando fue embajador británico en Rusia durante la guerra ruso-japonesa. El diplomático contaba que, extrañamente, Nicolás no pareció conmovido por los acontecimientos del Domingo Sangriento y los disturbios en la capital, y en lugar de recibir a sus asesores pasó este tiempo en cacerías —su gran pasión— y jugando con el pequeño Alexis. Hardinge comunicó a Londres:

“Solo me lo explico por ese fatalismo profundamente enraizado en su naturaleza, unido a la noción de que habrá un milagro y al final todo saldrá bien”.[44]

En 1905 fue necesaria la creciente y palpable evidencia de que su régimen perdía control sobre Rusia, así como la fuerte presión de casi todos los que le rodeaban, incluida su madre, para convencer a Nicolás de que era preciso hacer concesiones importantes, y además recuperar a Witte. A comienzos de octubre, no sin reticencia, aceptó ver a su exprimer ministro, cuya condición para regresar al cargo fue la existencia de una constitución y de libertades civiles. Nicolás trató de persuadir a su primo Nikolái Nikolaiévich para que en lugar de esto impusiera una dictadura militar, pero cedió después de una terrible escena en la que el gran duque amenazó al parecer con suicidarse allí mismo si Witte no era restituido en el cargo. En una triste carta dirigida a su madre, el zar escribió: “Mi único consuelo es que esta es la voluntad de Dios y que esta decisión seria sacará a mi amada Rusia del caos intolerable en que ha estado sumida durante casi un año”.[45] A partir de 1905, Nicolás continuó esperando algún milagro que le permitiera retractarse de sus promesas, y en los años que precedieron a la guerra hizo todo lo posible para socavar la constitución y restringir las libertades civiles. Así, la primera Duma se inauguró en abril de 1906, solo para disolverse en julio del mismo año; y en 1907 el zar emitió un decreto cambiando las leyes electorales para que las fuerzas conservadoras de los terratenientes tuvieran más representación en ese cuerpo legislativo y los liberales y la izquierda mucha menos. Además, Nicolás hizo todo lo que estuvo a su alcance para ignorar a Witte (aunque le agradecía haber obtenido de Francia un gran préstamo que salvó a Rusia de la bancarrota), y logró librarse de él poco después de la primera sesión de la Duma.

No obstante, resultaba imposible revertir completamente el curso de los acontecimientos. A partir de 1905, el gobierno tuvo que vérselas con un nuevo elemento: la opinión pública. Pese a los esfuerzos de las autoridades por censurarla, la prensa era cada vez más crítica. Los diputados de la Duma tenían libertad para expresarse allí sin temor a los tribunales. Los partidos eran aún débiles y carecían de raíces profundas en la sociedad rusa, pero con un poco de tiempo podían convertirse en fuerzas políticas formidables. Ciertamente, la nueva constitución describía al zar como poder autocrático supremo y dejaba en

sus manos el control de la política exterior, el ejército y la iglesia ortodoxa, así como la potestad de designar y destituir ministros, vetar las leyes, disolver la Duma y establecer la ley marcial. Pero el hecho mismo de que tal documento existiera implicaba que su poder no era ilimitado. La Duma era, en buena medida, un centro de debate, con sus facultades mal definidas, pero con el derecho de solicitar la presencia de ministros del gobierno para que rindiesen cuentas de sus funciones, así como el de asignar fondos al ejército y la armada, si lo decidía (aunque no podía negarse a aprobar el presupuesto militar del gobierno).

Nicolás aceptó también la existencia de un consejo de ministros, que debía funcionar como un gabinete en la coordinación y dirección de las políticas gubernamentales y cuyo presidente serviría de enlace entre todos los ministros y el zar. A su primer presidente, Witte, la situación se le hizo insostenible, porque Nicolás continuaba consultando a los ministros individualmente cada vez que se le antojaba; y su sucesor Peter Stolipin permaneció en el cargo hasta 1911, en parte porque al principio el zar confiaba en él, y en parte porque a partir de 1905 Nicolás se apartó bastante del trabajo diario relativo a las políticas del país. Por otra parte, al igual que muchos otros en los círculos gubernamentales, Nicolás le admiraba por su valor personal. En 1906, los terroristas habían volado en pedazos su residencia de verano cerca de San Petersburgo, causando varias docenas de muertos y heridos, entre estos dos de sus hijos, gravemente; pero Stolipin se había conducido con gran presencia de ánimo y autocontrol.[46]

Alto, erguido, de expresión melancólica y modales correctos, Sto-lipin impresionaba a casi todos los que le conocían. Se asemejaba a Witte en que era inteligente y vigoroso y en que, como él, condujo a Rusia hacia las reformas y el progreso. También, como su predecesor, era autoritario por naturaleza y estaba decidido a aplastar a los revolucionarios; si bien reconocía que el gobierno debía trabajar al menos con alguna de las nuevas fuerzas políticas emergentes, y se esforzó, con cierto éxito, en crear una coalición conservadora dentro de la Duma. Asimismo, con el fin de minar las simpatías del campesinado por los revolucionarios, fomentó reformas que les permitieran llegar a ser propietarios de sus tierras. A la larga, sin embargo, se repitió el viejo esquema: Nicolás sintió envidia y resentimiento por el poder de su primer ministro. En 1911, un

diplomático británico informaba de que Stolipin se hallaba deprimido e inseguro en su cargo. En septiembre del mismo año, su destino quedó sellado de manera atroz, cuando un terrorista que al parecer había sido agente de policía, se le acercó en la ópera de Kiev y le disparó a quemarropa. Algunos aseguran que, mortalmente herido, Stolipin dijo: “Este es el fin”. O, más dramáticamente: “Muero feliz por el zar”.[47] Su deceso se produjo cuatro días más tarde. De haber vivido, posiblemente hubiera sido un líder fuerte para su país en los años que siguieron; quizá incluso hubiese aportado un elemento de cautela y moderación al producirse la gran crisis europea en el verano de 1914.

Siempre hubo algo de impostado en la afirmación rusa de que era una potencia europea. Como dijera el canciller del zar Alejandro II en 1876: “Somos un gran país sin poder, y nada mejor que reconocer tal verdad. Uno puede vestirse de gala, pero debe saber que se trata de un simple asunto de vestuario”.[48] En ocasiones, Rusia había vestido sus galas y causado un efecto espectacular, como cuando ayudó a derrotar a Napoleón y, al término de las guerras napoleónicas, el zar Alejandro I desfiló por París con sus tropas; o durante las revoluciones de 1848, cuando las tropas rusas ayudaron a salvar la monarquía de los Habsburgo. Pero también había conocido la derrota: en la guerra de Crimea a mediados del siglo XIX, y en la ruso-japonesa más recientemente. Stolipin conocía a la perfección las debilidades internas y externas de Rusia en la posguerra, así como la relación entre ambas. De ahí que, a poco de ser nombrado primer ministro, comentara: “Nuestra situación interna no nos permite desarrollar una política exterior agresiva”.[49] Pero, a diferencia de sus sucesores, y consciente de que los nuevos fracasos en el exterior podrían desatar nuevas revoluciones en el interior, estaba decidido a evitar acciones internacionales provocadoras. Por otro lado, la apariencia de debilidad podía alentar a otras potencias a sacar provecho de Rusia.

El problema fundamental de este país en sus relaciones exteriores era consecuencia de su geografía, que no lo había dotado de defensas naturales contra los posibles invasores. En el transcurso de su historia, Rusia había sido víctima de sucesivas invasiones de mongoles (tártaros para los rusos), suecos, prusianos y franceses (y aún sufriría otras dos más terribles en el siglo XX a manos de los alemanes). Los tártaros gobernaron el centro de Rusia durante

doscientos cincuenta años; pero, a diferencia de lo que hicieron los moros en España, señalaba Pushkin, “no trajeron a Rusia el álgebra ni a Aristóteles”.[50] Su vulnerabilidad le dejó a Rusia otro legado: el gobierno centralizado y autoritario que finalmente surgió. En la primera obra de principios del siglo XII sobre la historia de Rusia se describe al pueblo ruso —en lo que es hoy Ucrania— como un pueblo en busca de un salvador: “Toda nuestra tierra es grandiosa y rica, pero carece de orden. Venga a gobernar y a reinar sobre nosotros”.[51] Recientemente, Putin esgrimió idéntico argumento para justificar a Stalin en la historia rusa, en el sentido de que tanto él como su régimen fueron necesarios para mantener a Rusia unida frente a la amenaza enemiga. Una consecuencia de ello fue la interminable búsqueda de la seguridad llevando sus fronteras siempre un poco más allá; y tanto fue así, que a finales del siglo XVIII, Rusia ya había absorbido Finlandia, los estados del Báltico y una parte de la Polonia dividida. Aunque crecía cada vez más hacia el este, Rusia se consideraba a sí misma una potencia europea; después de todo, Europa era percibida como el centro mundial del poder y la civilización.

En comparación con otros países europeos, Rusia fue siempre grande; pero, a partir del siglo XIX, se extendió hasta convertirse en el mayor país del mundo, en la medida en que soldados y exploradores rusos, seguidos de diplomáticos y funcionarios, extendían las fronteras hacia el sur y el este, en dirección al mar Caspio y al mar Negro, al Asia central y, a través de los montes Urales, hacia Siberia, y aún ocho mil kilómetros más hasta el Pacífico. El territorio total de Estados Unidos y el de otros países europeos cabían ampliamente en la Rusia asiática, y todavía sobraba bastante. El viajero y escritor estadounidense George Kennan (pariente lejano del gran experto estadounidense en temas soviéticos del mismo nombre) trató de explicar la inmensidad de los nuevos territorios rusos en los siguientes términos: “Si un geógrafo quisiera elaborar un atlas general del mundo, y para dibujar Siberia empleara la misma escala utilizada por Stieler para Gran Bretaña en su Hand Atlas, la página de su libro correspondiente a Siberia debería tener unos seis metros de ancho”.[52]

La categoría de imperio concedía prestigio, así como la posibilidad, no materializada aún, de acceder a recursos y riquezas; si bien traía aparejados más problemas para Rusia, cuya población se hallaba dispersa y además incluía ahora

a no rusos, a musulmanes del Asia central, coreanos, mongoles y chinos en oriente. Las nuevas fronteras aportaban a su vez nuevos vecinos, potencialmente hostiles: en extremo Oriente, China y Japón; en Asia central, el imperio británico; en el Cáucaso, Persia, a la que los británicos también le habían echado el ojo; y alrededor del mar Negro, el imperio otomano, ya en decadencia pero sostenido aún por otras potencias europeas. Además, en una época en que ser una potencia marina se consideraba cada vez más la clave del poder nacional y de la riqueza, a Rusia solo le quedaban un puñado de puertos que pudiera utilizar todo el año. Los buques procedentes del mar Negro y del Báltico debían cruzar estrechos pasajes, que en tiempo de guerra podían quedar cerrados; y el nuevo puerto de Vladivostok, en el Pacífico, estaba a miles de kilómetros de distancia del centro de Rusia y en el otro extremo de una frágil línea férrea. En la medida en que Rusia crecía como país exportador, principalmente de alimentos, el paso entre el mar Negro y el Mediterráneo, a través del estrecho del Bósforo, el mar de Mármara y el estrecho de los Dardanelos –llamados conjuntamente "estrechos otomanos"– adquirieron vital importancia; en 1914, el treinta y siete por ciento de todas sus exportaciones, y el setenta y cinco por ciento de las de grano, que eran las cruciales, salían a través de Constantinopla.[53] Según el entonces canciller Serguéi Sazó-nov, el taponamiento de esa vía, por parte de Alemania, por ejemplo, equivaldría a "una sentencia de muerte para Rusia".[54] Desde el punto de vista de Rusia, tenía mucho sentido procurarse puertos en aguas cálidas; pero, como le advirtió Kuropatkin a Nicolás en 1900, esto conllevaba ciertos riesgos: "Pese a que son de justicia nuestros esfuerzos por poseer una salida al mar Negro, otra al océano Índico y una tercera al Pacífico, tales empresas interfieren considerablemente en los intereses de casi todo el mundo, por lo que, para llevarlas a cabo, debemos estar dispuestos a enfrentarnos a una coalición formada por Gran Bretaña, Alemania, el imperio austrohúngaro, Turquía, China y Japón".[55] De todos los enemigos potenciales de Rusia, el más amenazador e inmediato parecía Gran Bretaña, con su imperio mundial.

En la propia Gran Bretaña, la opinión pública era profundamente contraria a Rusia. La literatura popular la describía como un país exótico y terrorífico: una tierra de cúpulas doradas cubiertas de nieve, y lobos que perseguían trineos en medio de bosques tétricos; la tierra, en fin, de Iván el Terrible y Catalina la Grande. En las novelas del prolífico autor William Le Queux, el enemigo, antes que Alemania, había sido Rusia. En su libro de 1894 titulado La Gran Guerra en Inglaterra en 1897, Gran Bretaña era invadida por una combinación de fuerzas

rusas y francesas, en la que los rusos eran mucho más brutales: quemaban los hogares de los británicos, les disparaban a los civiles inocentes y les clavaban las bayonetas a los niños. “Los soldados del zar, salvajes e inhumanos, no tenían piedad por los débiles y desprotegidos. Se mofaban y reían de las peticiones de clemencia, y con diabólica bestialidad se refocilaban en la destrucción que llevaban a todas partes”.[56] Los radicales, los liberales y los socialistas tenían múltiples razones para odiar a ese régimen, con su policía secreta, su censura, su ausencia de derechos humanos fundamentales, su persecución de los opositores, su represión de las minorías étnicas y su terrible historia de antisemitismo.[57] Los imperialistas, por otro lado, odiaban a Rusia porque rivalizaba con el imperio británico. Según afirmaba Curzon, viceministro de Asuntos Exteriores de Salisbury antes de ser nombrado virrey de la India, Gran Bretaña jamás podría llegar a un acuerdo sobre Asia con Rusia. Esta seguiría expandiéndose en tanto se le permitiera; y, en cualquier caso, la “duplicidad intrínseca” de los diplomáticos rusos frustraba toda negociación posible.[58] Esta fue una de las raras ocasiones en que estuvo de acuerdo con el jefe del estado mayor en la India, lord Kitchener, que le exigía a Londres más recursos para hacer frente al “amenazador avance de Rusia hacia nuestras fronteras”. Lo que les preocupaba a los británicos, concretamente, era el nuevo ferrocarril ruso, tanto lo ya construido como lo planificado, que se extendía hasta las fronteras de Afganistán y Persia, y que ahora les ofrecía a los rusos la posibilidad de recurrir a la fuerza. Aunque el término no se acuñó hasta ochenta años después, los británicos empezaron a tomar conciencia de lo que Paul Kennedy denominó “hipertensión imperial”. Como aseguró el ministerio de la Guerra en 1907, la expansión del sistema de ferrocarriles ruso le impondría una carga tan pesada al imperio británico y a su ejército para defender la India que, “a menos que reestructuremos todo nuestro sistema militar, la conveniencia o no de conservarla dependerá de que apliquemos o no una política práctica”.[59]

Siempre hubo en ambos lados quienes preferían reducir las tensiones, y también los gastos, llegando a un acuerdo sobre las principales cuestiones coloniales. En la década de 1890, los británicos estaban dispuestos a admitir que no se encontraban en condiciones de impedir que Rusia utilizara los estrechos situados entre el mar Negro y el Mediterráneo para sus barcos de guerra; mientras que los rusos, en especial los militares, se mostraban dispuestos a adoptar una política menos agresiva en Asia central y Persia.[60] En 1898, Salisbury había propuesto sostener conversaciones con Rusia para la solución de las diferencias entre

ambos países en China, pero lamentablemente no condujeron a nada; y, de hecho, las relaciones empeoraron nuevamente cuando Rusia aprovechó el levantamiento de los bóxers para trasladar sus tropas a Manchuria. En 1903, la designación de un nuevo embajador ruso en Londres abrió la posibilidad de retomar las conversaciones con un enfoque novedoso. El conde Alexander Benckendorff estaba muy bien relacionado (había sido paje del zar Alejandro III), era rico e indiscreto. También era anglófilo, liberal en sus simpatías y muy pesimista con respecto al futuro del régimen zarista. Cuando fue embajador en Copenhague le dijo a un colega, el embajador francés, que "en Rusia, a simple vista, la gente es todo sentimiento y ternura hacia el zar; exactamente como en Francia en vísperas de la revolu-ción".[61] En Londres, el embajador ruso y su esposa se integraron en la sociedad, y Benckendorff se propuso mejorar las relaciones entre su país y Gran Bretaña. De manera que, aprovechando las considerables libertades de que gozaban los diplomáticos en aquellos días de preguerra, alentó a cada parte a pensar que la otra era más favorable a las conversaciones de lo que realmente eran. En 1903, Lansdowne, ministro de Asuntos Exteriores británico, y Benckendorff sostuvieron conversaciones sobre temas de gran importancia como el Tíbet y Afganistán, pero tampoco esta vez llegaron a ninguna conclusión. Con la renuncia del gobierno conservador y las elecciones de finales de 1904, así como con el empeoramiento de las relaciones entre Rusia y Japón, aliado de Gran Bretaña, cualquier intento de reaproximación quedó truncado hasta después de la guerra ruso-japonesa.

Las revoluciones industrial y tecnológica del siglo XIX se sumaron a la carga de Rusia como gran potencia. En la medida en que se sucedían los avances, la carrera armamentista se aceleraba y encarecía. Los ferrocarriles y las producciones masivas permitían ahora crear, trasladar y avituallar a unos ejércitos más numerosos. Una vez que las demás potencias continentales emprendieron tal camino, los gobernantes rusos se sintieron obligados a hacerlo también, aun cuando sus recursos no fueran comparables a los de su vecino, el imperio aus-trohúngaro y la nueva Alemania. La alternativa, difícil de considerar, aunque no imposible, era renunciar a la idea de ser parte del club de las grandes potencias. Alexander Izvolski, canciller ruso entre 1906 y 1910, declaró que ser una potencia de segunda clase, o peor aún, "un estado asiático, sería catastrófico para Rusia".[62]

El dilema era similar al que debería enfrentarse la Unión Soviética más tarde, durante la guerra fría: las ambiciones rusas estaban plenamente desarrolladas, pero no así su economía ni su sistema tributario. En la década de 1890, Rusia gastaba menos de la mitad por soldado que Francia y Alemania.[63] Además, cada rublo empleado en el ejército era un rublo que se dejaba de invertir en el desarrollo. Según algunas estimaciones, en 1900 el gobierno ruso gastaba diez veces más en su ejército que en educación, y la marina de guerra recibía más fondos que los importantes ministerios de Agricultura y Justicia.[64] La guerra ruso-japonesa empeoraría la situación, llevando a Rusia casi a la quiebra y dejándola con enormes déficits presupuestarios. Pese a que las fuerzas armadas estaban muy necesitadas de nuevos equipamientos y de instrucción, no había fondos para ello. En 1906, los distritos militares clave en occidente, en los alrededores de Varsovia, Kiev y San Petersburgo, no recibían recursos suficientes para hacer sus prácticas de tiro.[65]

La guerra encendió de nuevo el debate sobre dónde estaban los verdaderos intereses de Rusia, si en Asia o en Europa. Durante mucho tiempo, Kuropatkin y el estado mayor ruso habían estado preocupados por el drenaje de recursos hacia el este, lejos de las fronteras europeas. La construcción del ferrocarril en el occidente ruso prácticamente se detuvo mientras Witte construía el Transiberiano, y esto en unos momentos en que Alemania y el imperio austrohúngaro, amén de pequeñas potencias como Rumanía, no cesaban de construir. En 1900, el estado mayor ruso calculaba que Alemania podía enviar quinientos cincuenta y dos trenes al día a su frontera común, mientras que Rusia solo noventa y ocho. Por razones financieras, también se congeló el crecimiento de las fuerzas armadas rusas en su territorio occidental. “Para regocijo de Alemania –escribió Kuropatkin en 1900–, al dirigir nuestra atención al extremo Oriente, le damos a ella y a Austria una superioridad decisiva sobre nosotros en cuanto a fuerzas y materiales”.[66] Una de las pesadillas de los militares rusos durante el conflicto bélico ruso-japonés fue que Alemania y el imperio austrohúngaro aprovecharan la oportunidad para avanzar contra Rusia, actuando tal vez contra la Polonia rusa, que se extendía peligrosamente hacia occidente. Por fortuna para Rusia, durante la guerra Alemania optó por una política de neutralidad amistosa, en un esfuerzo por separarla de Francia; y, tal como confirmara uno de los espías rusos en Viena, el imperio austrohúngaro estaba más preocupado con un posible ataque contra su aliada Italia.[67]

Más tarde, al concluir la guerra ruso-japonesa, mientras hacía frente a los años difíciles de la recuperación y la reconstrucción, no abandonaron a Rusia el temor ni la necesidad de tomar serias decisiones en cuanto a la asignación de recursos y a la política exterior. Si los intereses de Rusia estaban en el este, necesitaba estabilidad en el oeste, y esto implicaba una alianza, o al menos una distensión, con Alemania y el imperio austrohúngaro. En realidad, había razones históricas e ideológicas en favor de este paso: las tres monarquías conservadoras tenían interés en mantener el statu quo y en ofrecerles resistencia a los cambios radicales. Había también fuertes argumentos históricos en favor de una alianza entre Rusia y Alemania. Los vínculos entre alemanes y rusos databan de siglos atrás, cuando Pedro el Grande había importado alemanes para que trabajaran con él en sus nuevas industrias, y durante años los granjeros alemanes habían ayudado a poblar las nuevas tierras ganadas por Rusia en su expansión. Las clases altas de Rusia se habían unido en matrimonio con sus homólogas alemanas, y muchas familias antiguas llevaban apellidos germánicos como Benckendorff, Lamsdorff o Witte. Algunos, especialmente los alemanes de las posesiones rusas en el Báltico, aún hablaban más en alemán que en ruso. Los zares –incluido, naturalmente, el propio Nicolás II— solían buscar esposa en los principados alemanes. Con todo, un acercamiento a Alemania por parte de Rusia equivalía al abandono de su alianza con Francia y, casi con seguridad, de los mercados financieros franceses. Aunque, ciertamente, también había oposición a los liberales, que consideraban la alianza con Francia, y quizá a largo plazo con Gran Bretaña, como un incentivo para las fuerzas progresistas empeñadas en lograr cambios dentro de Rusia. Aunque no todos los conservadores eran proalemanes; por ejemplo, los terratenientes sufrían las tarifas proteccionistas alemanas a los productos alimentarios agrícolas. La ocupación alemana de la bahía de Jiaozhou, en el norte de China, en 1897, planteaba un desafío a las ambiciones rusas de dominar China y Corea; por lo que, en los años siguientes, el aumento de las inversiones y de la influencia alemanas en el imperio otomano, a las puertas mismas de Rusia, fueron causa de la mayor inquietud en los círculos oficiales.[68]

Por otra parte, si Rusia decidía que sus principales amenazas y oportunidades estaban en Europa, entonces necesitaba entenderse con sus enemigos del este, tanto reales como potenciales. La paz con Japón debería ir acompañada de la

solución de los problemas pendientes con China y, más importante aún, con la otra potencia imperial del este: Gran Bretaña. En política exterior, pocas opciones son irrevocables, y en los diez años anteriores a 1914 los líderes rusos trataron de mantener sus opciones abiertas, preservando su alianza con Francia pero aproximándose también a los otros tres —Gran Bretaña, Alemania y el imperio austrohúngaro—, para tratar de eliminar las fuentes de tensión.

A pesar de que, en un principio, la alianza con Francia le había acarreado contratiempos, la opinión pública rusa había llegado a ver con buenos ojos, al menos en cierta medida, la conjugación de la mano de obra rusa con el capital y la tecnología franceses. Desde luego, con el tiempo surgieron tensiones. Francia trató de utilizar su influencia financiera en Rusia para perfilar la planificación militar de este país de acuerdo con las necesidades francesas; o para insistir en que Rusia adquiriera sus nuevas armas de empresas francesas.[69] Los rusos se molestaron con este "chantaje", como en ocasiones le llamaban, que resultaba denigrante para la gran potencia rusa. Antes de 1914, el ministro de Hacienda ruso, Vladímir Kokóvtsov, se lamentaba: "Rusia no es Turquía; nuestros aliados no deben darnos un ultimátum, realmente podemos prescindir de semejantes exigencias directas".[70] La guerra ruso-japonesa también contribuyó a aumentar las tensiones, ya que los rusos pensaban que Francia no hacía lo suficiente para apoyarles; al tiempo que los franceses trataban desesperadamente de no dejarse arrastrar a una guerra junto a Rusia y contra Japón, aliado de su nueva amiga Gran Bretaña. Con todo, Francia le fue útil a Rusia en la negociación de un acuerdo sobre los daños causados por el incidente del banco Dogger. Asimismo, Delcassé le permitió a la flota rusa del Báltico, en su avance hacia Manchuria, hacer uso de los puertos de las colonias francesas de extremo Oriente.

Hasta los conservadores rusos, que todavía albergaban esperanzas de una relación más estrecha con Alemania, se consolaron con el argumento de que la alianza con Francia realmente fortalecía a Rusia y la hacía más impresionante a los ojos de los alemanes. En opinión de Lamsdorff, canciller entre 1900 y 1906: "Para tener buenas relaciones con Alemania y hacer que se comporte responsablemente, necesitamos mantener la alianza con Francia. Una alianza con Alemania significaría nuestro aislamiento, y probablemente nos conduciría a una desastrosa servidumbre".[71] Lamsdorff, hombre pequeño y quisquilloso, era un

auténtico burócrata de la vieja escuela, absolutamente fiel al zar y opuesto por completo a los cambios. El conde Leopold von Berchtold, diplomático austriaco y luego ministro de Asuntos Exteriores de su país, lo conoció en 1900 y dijo de él:

Excepto por el bigotito, estaba completamente afeitado, también la cabeza, y se sentó muy recto y erguido. En todo momento trató de impresionarme; se mostró en extremo educado, no carente de inteligencia ni de educación, un archivo ambulante: una verdadera rat de chancellerie, que de tanto husmear en expedientes polvorientos se había convertido él mismo en un pergamino. No pude por menos que sentir que tenía ante mí algo anormal, un ser envejecido pero a medio incubar, en cuyo sistema circulatorio corría gelatina aguada en vez de sangre roja.[72]

Los colegas de Lamsdorff habrían estado de acuerdo; como dijo uno de ellos, Lamsdorff era honesto y laborioso, pero “brillantemente incapaz y mediocre”.[73] Sin embargo, quizá Lamsdorff tuviera razón al pensar que los intereses de Rusia a largo plazo radicaban en mantener el equilibrio entre las potencias, y no se cerró al diálogo con ninguna de las otras potencias, tampoco con Gran Bretaña. Como le dijo en 1905 al barón Marcel Taube, funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores: “Créame, hay momentos en la vida de un gran pueblo en que esta ausencia de una orientación demasiado marcada hacia una u otra potencia es la mejor política. Personalmente, la llamo política de independencia y, si se abandona, ya verá usted un día, cuando yo no esté, que no será feliz para Rusia”.[74] Sus sucesores podrían entrar en nuevas combinaciones y enfrascarse en nuevas guerras, que, advertía él, “terminarán en una revolución”.[75] No obstante, fue prácticamente imposible para Rusia a partir de 1905 mantener sus manos libres en política exterior; por una parte porque su propia debilidad condicionaba su necesidad de aliados, y por la otra porque Europa había avanzado mucho en su fragmentación en alianzas opuestas.

A partir de 1904, creada ya la entente cordial con Gran Bretaña, Francia ejerció fuertes presiones sobre Rusia para que llegase a un entendimiento similar con

Gran Bretaña. Según el canciller Delca-ssé: “¡Grandes serían las oportunidades que se abrirían ante nosotros si pudiéramos apoyarnos simultáneamente en Rusia y Gran Bretaña para enfrentarnos a Alemania!”.[76] Desde luego, las aspiraciones de Francia a más largo plazo consistían en lograr una alianza militar plena entre las tres potencias. Los liberales rusos habrían estado satisfechos con la amistad de la principal potencia europea; pero la dirección del país era reacia, pues el zar desaprobaba a la sociedad británica y, aunque admiraba a la reina Victoria, no simpatizaba con Eduardo VII, a quien consideraba inmoral y peligrosamente liberal en sus amistades. Siendo joven, Nicolás había pasado algún tiempo con Eduardo y le había impresionado, por ejemplo, que entre sus invitados hubiera vendedores de caballos y, peor aún, judíos. Según le contó a su madre por carta: “Los primos se divertían con la situación y constantemente me hacían bromas al respecto, pero yo traté de mantener las distancias y no hablé”.[77] Pero más importante era tal vez que Nicolás consideraba a Gran Bretaña la primera rival de Rusia en el mundo, y estaba indignado con los británicos por su hostilidad durante la guerra ruso-japonesa, de la que culpaba a Eduardo VII, quien era para él, tal como le dijo a Guillermo II, “el más dañino y peligroso intrigante del mundo”.[78]

Hasta su sustitución en 1906, sus principales asesores, Witte y Lams-dorff, también se mostraron reticentes, y hasta hostiles, a la idea de un entendimiento con Gran Bretaña. Witte habría preferido revitalizar la vieja amistad con Alemania y unirse quizá a la triple alianza de esta, el imperio austrohúngaro e Italia; pero era algo poco probable, debido a las crecientes rivalidades entre Rusia y el imperio austrohúngaro en los Balcanes. Menos probable aún era la esperanza de Witte de crear una alianza continental con Francia, Rusia y Alemania que dejara aislada a Gran Bretaña.[79] Los franceses, por su parte, dejaron claro que no estaban dispuestos a enterrar sus diferencias con Alemania ni a abandonar su entente con Gran Bretaña.

No es de extrañar que Alemania hiciera cuanto estuvo a su alcance para distanciar a Francia y Rusia. Durante la guerra ruso-japonesa, el ministerio de Asuntos Exteriores alemán realizó algunos torpes esfuerzos concebidos para crear suspicacias entre Francia y Rusia. El káiser le escribía a su querido primo Nicky en inglés, idioma que compartían, aconsejándole cómo conducir la guerra

y lamentándose de las crecientes pérdidas de Rusia. Según Guillermo le contó al zar a comienzos de junio de 1904, le había dicho al agregado militar francés en Berlín que le parecía asombroso que Francia no acudiera en ayuda de su aliada Rusia en contra de la naciente potencia asiática.

Después de muchas insinuaciones y alusiones, me percaté de algo que siempre temí: que el efecto principal del acuerdo an-glo-francés era impedir que los franceses te ayudaran. Il va sans dire que si Francia hubiera estado obligada a ayudarte con su flota o armada, yo no habría movido un dedo en su contra, puesto que habría ido en contra de toda la lógica del autor del cuadro '¡Peligro amarillo!' [Guillermo le había regalado a Nicolás esta pintura, hecha por su artista favorito de acuerdo con sus instrucciones].

Más adelante, Guillermo redujo el impacto de estos amables sentimientos, al concluir su misiva con una torpe insinuación a su primo de que este era el momento indicado para que Rusia firmara un tratado comercial con Alemania.[80] En ese otoño, cuando las pérdidas de Rusia en extremo Oriente se dispararon, Guillermo y Bülow le ofrecieron en secreto a Rusia una alianza contra una potencia europea no especificada. Guillermo le escribió en privado a Nicolás: "Desde luego, la alianza sería puramente defensiva, dirigida exclusivamente contra el agresor o los agresores europeos, y sería como una mutua de seguros contra incendios". Y se quedó desolado cuando Nicolás le respondió negativamente. "Mi primera derrota personal", admitió desalentado.[81]

A Guillermo le gustaba pensar que podía manejar a Nicolás, diez años más joven y con una personalidad menos fuerte, a quien, tras uno de sus primeros encuentros, describió a la reina Victoria como "un muchacho agradable, encantador y adorable".[82] Nicolás, por su parte, consideraba a Guillermo agotador en persona, y le molestaban sus numerosas cartas con consejos que no le había pedido. Witte descubrió que una manera de hacer que su jefe aceptara algo era diciéndole que el káiser se oponía.[83] Usualmente, Guillermo mostraba poco tacto con los regalos de lo que él llamaba sus propias pinturas. Por ejemplo, la alegoría del "Peligro amarillo" mostraba a un apuesto guerrero alemán

defendiendo a la desvanecida belleza rusa. Aunque Bülow tenía su propia candidata a pintura más embarazosa: “El káiser Guillermo erguido frente al zar en actitud majestuosa y con brillante armadura, levantando un enorme crucifijo con su mano derecha, mientras el zar lo observa admirado en posición humilde y casi ridícula, ataviado con un traje típico bizantino, que parecía una bata”.[84] Como solía hacer en estos casos, el zar se retiró en educado desacuerdo. Guillermo, por su parte, estaba indignado con lo que consideraba la falta de carácter de Nicolás. Cuando durante la guerra ruso-japonesa instó al zar a luchar hasta el final, Bülow le advirtió de que no estimulara a Rusia demasiado abiertamente, porque Alemania se podía ver arrastrada al conflicto. A lo que Guillermo respondió: “Puede que como estadista usted tenga razón, pero yo soy rey, y como soberano me molesta la manera en que Nicolás se defrauda a sí mismo con su comportamiento blando; es el tipo de cosas que desacreditan a un soberano”.[85]

En el verano de 1905, mientras Rusia llamaba a la paz con Japón y el país se encontraba en medio de un torbellino, Guillermo hizo otro esfuerzo destinado a apartar a Nicolás de la alianza con Francia. Los dos gobernantes se encontraron con sus yates en aguas cercanas a la isla finlandesa de Björkö. Guillermo le mostró su solidaridad a Nicolás por la situación de Rusia, y se sumó a él en las críticas contra la perfidia de Francia y Gran Bretaña. El 23 de julio, Bülow recibió un telegrama de Guillermo, que estaba encantado de decirle que Rusia y Alemania habían alcanzado un tratado a bordo del yate del zar. “He recibido muchos telegramas extraños del káiser –diría Bülow más tarde–, pero ninguno tan entusiasta como este desde Björkö”. Guillermo se extendió en la descripción de la escena. El zar había hecho referencia de nuevo a lo dolido que estaba por la ausencia de apoyo francés a Rusia, a lo que Guillermo había respondido que por qué ellos dos, allí mismo y en ese momento, no firmaban un “pequeño acuerdo”, y sacó una copia del tratado que Nicolás había rechazado el invierno anterior. Nicolás lo leyó entero, mientras Guillermo se mantenía en silencio, rezando, según dijo, y observando su yate con las banderas ondeando con la brisa de la mañana. De pronto, escuchó a Nicolás decir: “Es excelente. Estoy de acuerdo”. Guillermo trató de no mostrar demasiado interés y le ofreció una pluma a Nicolás. Después, firmó él mismo. Un representante del ministerio de Asuntos Exteriores, enviado para estar pendiente de Guillermo, refrendó el documento en nombre de Alemania; y un almirante ruso, a quien Nicolás no permitió leer el texto, firmó obediente por parte de Rusia. “Lágrimas de felicidad humedecieron

mis ojos –continuaba la descripción de Guillermo a Bülow–, y gotas de sudor corrieron por mi espalda, y yo pensaba, Federico Guillermo III, la reina Luisa, el abuelo y Nicolás I, me siento cerca de ustedes en este instante. Por lo menos, estarán mirando desde el cielo llenos de alegría”.[86] Un mes más tarde, le escribió a Nicolás regocijándose de su nueva alianza, que les permitiría a ambas naciones convertirse en centro de poder y en una fuerza de paz en Europa. Desde luego, los otros miembros de la triple alianza —el imperio austrohúngaro e Italia— los apoyarían; y otras potencias más pequeñas como los países escandinavos no podían menos que reconocer que lo mejor para sus intereses era moverse en la órbita del nuevo bloque de poder; hasta Japón podría sumarse, lo que serviría para calmar “la prepotencia e impertinencia inglesas”. Y continuaba diciendo el káiser que Nicolás no necesitaba preocuparse por su otro principal aliado europeo: “Marianne [Francia] debe recordar que está desposada contigo y obligada por ello a compartir tu lecho, y finalmente a besarme y abrazarme a mí de vez en cuando, aunque no a entrar subrepticiamente en el dormitorio del siempre intrigante touche-à-tout de la Isla”.[87] (Esta última frase era una pulla a Eduardo VII, cuyos amoríos eran notorios).

Lo último que sintió Bülow al ver el tratado fue alegría. De hecho, se molestó por que Guillermo hubiera actuado sin consultarle antes, algo que hacía con demasiada frecuencia, y quedó consternado cuando vio que el káiser había introducido un cambio que limitaba el alcance del tratado a Europa. Una de las grandes ventajas de Rusia como aliado era que podía amenazar a la India, y de esa manera mantener a los británicos a raya en Europa. Después de consultarlo con sus colegas en el ministerio de Asuntos Exteriores, que compartieron su criterio, Bülow presentó su renuncia, puede que tan solo con la intención de darle una lección a su jefe.[88] Los sueños de Guillermo se derrumbaron, y también él. “Ser tratado así por el mejor y más íntimo amigo que tengo –afirmó en una emotiva carta dirigida a Bülow–, sin siquiera darme un argumento razonable, me ha causado tan honda consternación que me he desmoronado completamente y temo las consecuencias de esto para mis nervios”.[89] La reacción del canciller ruso Lamsdorff fue menos dramática, pero igualmente negativa. Este le sugirió al zar, con extremado tacto, que el káiser se había aprovechado de él y que el tratado era incompatible con las obligaciones contraídas por Rusia con Francia. En octubre, Nicolás le escribió a Guillermo diciéndole que el tratado requeriría la anuencia de Francia y, como esto nunca sucedería, el acuerdo de Björkö quedó de facto anulado.

En el verano de 1907, cuando Guillermo y Nicolás se reunieron de nuevo en sus yates, estuvieron presentes tanto Bülow —quien amablemente había accedido a la solicitud de Guillermo de permanecer en el cargo— como el nuevo ministro de Asuntos Exteriores ruso, Alexander Izvolski. La visita transcurrió sin contratiempos, aparte de un infortunado discurso improvisado del káiser en el que se jactó de su poderosa armada e hizo votos por que el zar muy pronto construyera una nueva. "Ahora solo falta que le dé una bofetada", apuntó acremente un asistente ruso a uno de sus homólogos alemanes.[90] Pero Björkö fue el último episodio significativo de la diplomacia personal entre dos monarcas, algo que habría parecido bastante normal en el siglo xix, pero que estaba fuera de lugar en el xx, cuando las complejidades crecientes de las sociedades modernas otorgaban más facultades a los altos funcionarios, incluso en las monarquías absolutas. Una consecuencia lamentable del suceso fue la profundización de las suspicacias hacia Alemania y hacia Guillermo que ya existían en círculos oficiales rusos y en la opinión pública en general, motivo por el cual el gobierno se vio cada vez más limitado en sus intentos por mejorar las relaciones con su vecino del este. El embajador británico informó sobre una conversación que sostuvo con el zar en 1908:

El emperador admitió que, a propósito de las relaciones de Rusia con Alemania, la libertad de prensa les había colocado a él y a su gobierno en una situación embarazosa, puesto que cada incidente que se registraba en cualquier provincia distante del imperio, fuese un terremoto o una tormenta de truenos, se le atribuía a Alemania, y recientemente tanto él como su gobierno habían recibido graves quejas sobre el tono hostil de la prensa rusa.[91]

A comienzos de 1906 Witte, que se había inclinado a favor de una alianza con Alemania, cambió al parecer de opinión, quizá por culpa del episodio de Björkö; así que le dijo a la embajada británica en San Petersburgo que lo que Rusia necesitaba en esa coyuntura crítica de su historia era la simpatía y el apoyo de una gran potencia liberal. Claro que también ayudaba el hecho de que Gran Bretaña fuese una gran potencia financiera en condiciones de hacerle a Rusia los préstamos que tan desesperadamente necesitaba. Witte consideraba que si Gran

Bretaña ofrecía pruebas palpables de su amistad, muy pronto se podría llegar a un entendimiento.[92] En realidad, ya se estaban realizando negociaciones entre el gobierno ruso y el Barings Bank, con el respaldo del ministerio de Asuntos Exteriores británico, pero, debido a los altibajos políticos en los dos países, estas no concluyeron hasta la primavera de 1906.[93] Ante las presiones de Witte, Lamsdorff accedió a iniciar conversaciones sobre Persia y Afganistán; pero estas avanzaron con lentitud, pues Lamsdorff no estaba muy entusiasmado con la idea y ambos países se hallaban preocupados por una crisis a propósito de Marruecos que amenazaba con llevar a Europa a un conflicto de grandes proporciones.

Súbitamente, en la primavera de 1906 la situación se volvió más favorable a un entendimiento. Witte fue despedido y Lamsdorff solicitó al zar que aceptara su renuncia, porque no podía hacerse a la idea de lidiar con la nueva Duma. "Tendría que pasar mucho tiempo –le dijo a Taube–, antes de que yo me dignara hablar allí con esa gente".[94] El nuevo primer ministro Stolipin era mucho más receptivo a la idea de una distensión con Gran Bretaña; en parte por la debilidad de Rusia, pero también porque reconocía que Gran Bretaña, con la renovación de su tratado con Japón en 1905, la firma de una convención con el Tíbet y unas medidas más agresivas con respecto a Persia, había logrado encerrar a Rusia en sus fronteras este y sur. El nuevo canciller, Alexander Izvolski, estaba más convencido aún de que los intereses de Rusia se hallaban en Europa y de que la clave para la reconstrucción de su estatus como potencia estaba en mantener la alianza con Francia y llegar a algún tipo de entendimiento con Gran Bretaña. En los años posteriores a 1906, estos dos hombres también coincidieron en que, a la luz de los más recientes acontecimientos de la política interna rusa, era preciso que la Duma y la opinión pública participaran en la política exterior.

Poco antes de que Izvolski tomara posesión de su cargo, Taube sostuvo una larga conversación con él en la que el nuevo canciller ruso le dijo que su objetivo era situar las relaciones con Japón sobre bases sólidas y amistosas, y "eliminar el legado del conde Lamsdorff en Asia". Una vez logrado esto, continuó, "después de algunos años, Rusia podría retomar sus relaciones con Europa, donde prácticamente había abandonado sus intereses tradicionales e históricos por causa de los efímeros sueños con extremo Oriente que nos han salido muy caros".[95] Izvolski era uno de los rusos que veía a Europa como el club al que

deseaban pertenecer por encima de todo. Como dijo en 1911, después de asumir su cargo, la política de estrechar relaciones con Francia y Gran Bretaña era “quizá menos segura, pero más digna del pasado de Rusia y su grandeza”.[96] Realmente, era más audaz que Stolipin; pero lamentablemente para la política exterior rusa, también tendía a perder los estribos en el momento menos oportuno.

Prácticamente todos coincidían en que Izvolski era agradable, ambicioso e inteligente, además de superficial, vanidoso y muy sensible a las críticas. Se asemejaba a Lamsdorff en su capacidad de trabajo y en la atención a los detalles; pero, a diferencia de su predecesor, era liberal y contaba con mucha más experiencia del mundo exterior. En palabras del diplomático alemán y futuro ministro de Asuntos Exteriores Leopold von Berchtold, Izvolski era “un hombre de mediana estatura, cabello rubio separado por una raya y rostro rubicundo; frente amplia, ojos oscuros, nariz pequeña y cejas protuberantes; viste un traje impecable y lleva monóculo”.[97] Aunque en general se le consideraba feo, Izvolski se enorgullecía de su aspecto, vestía trajes de buen corte de Savile Row, en Londres, y embutía los pies en unos zapatos demasiado pequeños, debido a lo cual, según un observador, caminaba como una paloma.[98]

Su familia pertenecía a la baja nobleza y sus medios eran modestos, pero se las habían arreglado para enviar a Izvolski a la mejor escuela de San Petersburgo, el liceo imperial Alejandro, donde había alternado con jóvenes mucho más ricos y de mejor posición social, lo que, en opinión de Taube, le había hecho esnob, egoísta y materialista. De joven, Izvolski trató desesperadamente de hacer un buen matrimonio. A una viuda bien relacionada que no aceptó su ofrecimiento le preguntaron tiempo después si lamentaba haber perdido la oportunidad de casarse con alguien de tan buena carrera: “Lo he lamentado cada día, pero me he congratulado cada noche”.[99] Al final se casó con la hija de otro diplomático ruso, pero nunca tuvo dinero suficiente como para darse el estilo de vida grandioso al que aspiraba, y corrieron siempre rumores en San Petersburgo sobre el modo en que promocionaba a los hombres ricos subordinados a él.[100] Taube, que trabajó muy cerca de él durante años, pensaba que dentro de Iz-volski pugnaban sin descanso dos hombres muy distintos: el estadista y el cortesano ambicioso.[101]

En un principio, los británicos se mostraron aprensivos ante el nombramiento de Izvolski. El embajador británico en Copenhague informó a Londres sobre una conversación sostenida con su homólogo francés, que conocía bien a Izvolski; al parecer, el nuevo canciller ruso no demostraba excesivo interés por la alianza con Francia y más bien se inclinaba en favor de los alemanes.[102] Por suerte para el futuro de las relaciones anglo-rusas, este informe resultó estar equivocado. Izvolski estaba decidido a negociar un entendimiento con Gran Bretaña, y, aunque anteriormente el zar no había reaccionado bien ante la idea, ahora estaba dispuesto a darle su aprobación.[103] La situación en Rusia empezaba a mejorar y parecía que la revolución había quedado conjurada, de manera que los británicos tenían una parte con la que negociar. Del lado británico había un nuevo gobierno liberal y un nuevo ministro de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey, quien estaba resuelto a aprovechar la oportunidad. Una de las primeras reuniones de Grey, después de tomar posesión de su cargo en diciembre de 1905, fue la que sostuvo con Benckendorff para darle seguridades al embajador ruso de que deseaba llegar a un acuerdo con su país. En mayo de 1906, sir Arthur Nicolson llegó a San Petersburgo como embajador británico, facultado por el gabinete para analizar con Izvolski los tres focos sensibles en las relaciones: el Tíbet, Persia y Afganistán. Naturalmente, no fueron consultados los habitantes de estos países, cuyo destino se decidía a miles de kilómetros de distancia.

Las negociaciones entre las dos partes resultaron largas y tediosas, como era de esperar; en opinión de un diplomático británico, "cada una pensaba que la otra era mentirosa y ladrona".[104] Hubo momentos en que las conversaciones estuvieron a punto de interrumpirse, como cuando Izvolski se inquietó por que los alemanes pudieran oponerse, o cuando el primer ministro británico, Henry Campbell Bannerman, incluyó en un discurso la inoportuna frase de "Vive la Douma!". La del Tíbet, donde se había desarrollado una buena parte del gran juego entre los agentes británicos y rusos, fue la cuestión más fácil de resolver, pues las partes acordaron no tratar de extraer concesiones del débil gobierno tibetano ni establecer relaciones políticas con el Dalai Lama y, en una cláusula que arrojaría una nube gris sobre el futuro del Tíbet, Rusia aceptó reconocer el protectorado chino sobre ese país.

Lo de Afganistán llevó más tiempo, y no se logró alcanzar un acuerdo hasta finales del verano de 1907. Los rusos hicieron las mayores concesiones, al aceptar que Afganistán se encontraba en el área de influencia británica y que Rusia solo podría tratar con el emir a través de Gran Bretaña. A cambio, esta solo prometía no ocupar ni anexionarse Afganistán, en tanto el emir respetara los acuerdos contraídos con ellos. El tema más escabroso resultó ser el de Persia, aunque las noticias del préstamo de Alemania al sah para el ferrocarril contribuyeron a mantener a ambas partes concentradas. También ayudó el que Izvolski estaba dispuesto a hacer lo necesario para lograr el acuerdo. En el verano de 1906, cuando se analizó en San Petersburgo la promoción de un banco ruso-persa en Teherán (que podría haber alarmado a los británicos), dijo enfáticamente: "Estamos tratando de consumar una alianza con Gran Bretaña y, por lo tanto, nuestra política en Persia debe ajustarse a este objetivo".[105] Tras largos debates sobre líneas de demarcación, se acordó que Persia (actual Irán) estuviera comprendida entre una zona de influencia rusa en el norte y otra británica en el sur para brindarle protección al Golfo y a las rutas hacia la India, y con una zona neutral entre ambas. El embajador británico en Teherán advirtió de que el gobierno persa, que había escuchado rumores sobre las negociaciones, estaba seriamente preocupado y molesto. Con la indiferencia típica de la época hacia el mundo no europeo, el ministerio de Asuntos Exteriores británico respondió que los persas debían comprender que el acuerdo respetaba en la práctica la integridad de su país.[106] Los estrechos situados entre el mar Negro y el Mediterráneo, fuente de tantos problemas en el siglo XIX, quedaron excluidos, puesto que la convención solo se refería a Asia; pero Grey le dio a entender a Benckerdorff que en el futuro los británicos no les ofrecerían dificultades a los rusos para acceder a ellos.[107] El 31 de agosto de 1907, se firmó en el ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia la convención anglo-rusa "con los acuerdos sobre Persia, Afganistán y el Tíbet".

Todos comprendían que había mucho más en juego que los "acuerdos". Aunque Alemania acogió públicamente con agrado la noticia, sobre la base de que servía a la paz, Bülow le dijo al káiser que ahora Alemania era el centro de la ansiedad y los celos de Gran Bretaña. En Berlín circularon rumores de guerra, mientras que la prensa alemana publicaba artículos diciendo que ahora el país estaba rodeado. En el verano siguiente, durante una revista militar, Guillermo pronunció un discurso beligerante: "Debemos seguir el ejemplo de Federico el Grande, quien, rodeado por todos lados por sus enemigos, logró vencer a uno

tras otro”.[108] Asimismo, concedió una entrevista a un periodista estadounidense de The New York Times, en la que se refirió amargamente a la “perfidia” británica y a que la guerra era inevitable. Queriendo ganarse a la opinión pública estadounidense, acusó a los británicos de traicionar a la raza blanca aliándose con Japón, y declaró que un día Alemania y Estados Unidos tendrían que luchar unidos, codo con codo, contra el “peligro amarillo”. Los funcionarios alemanes se sintieron desolados cuando tuvieron conocimiento del artículo completo. Afortunadamente, el presidente Theodore Roosevelt y los editores de The New York Times sintieron lo mismo, por lo que el artículo jamás vio la luz. Pero su contenido llegó a oídos del ministerio de Asuntos Exteriores británico, y finalmente también al francés y al japonés.[109] Para los británicos, la entrevista era una prueba más de lo imprevisible que podía ser el káiser, así que no tomaron en serio las inquietudes alemanas que traslucía. Como suele suceder en las relaciones internacionales, no comprendían que lo que a ellos les parecía una medida defensiva, desde otro ángulo pudiera parecer algo muy distinto.

A pesar de sus numerosos críticos, el gobierno británico se mantuvo satisfecho de la entente con Rusia. Como escribiría Grey en sus memorias: “El beneficio fue considerable para nosotros. Nos libramos de la ansiedad que a menudo había afectado a los gobiernos británicos; se eliminó una fuente recurrente de fricción y una posible causa de guerra; y se logró garantizar una perspectiva de paz”.[110] Se mantuvo cierta fricción, especialmente en lo tocante a Persia, donde las tensiones siguieron aflorando hasta la Gran Guerra. Los franceses estaban encantados, y albergaban la esperanza de convertir la triple entente en una fuerte alianza militar. Tanto Gran Bretaña como Rusia fueron mucho más cautelosas y guardaron distancia incluso del empleo del término “triple entente”. De hecho, el sucesor de Izvolski, Serguéi Sazónov, afirmó categóricamente en 1912 que nunca lo emplearía.[111]

En cuanto se firmó la convención anglo-rusa, Izvolski trató de acercarse a la triple alianza, mediante la firma de un acuerdo con Alemania sobre el Báltico y la proposición al imperio austrohúngaro de trabajar conjuntamente en los Balcanes. Por su parte, Gran Bretaña mantuvo la esperanza de poder reducir la carrera armamentista naval con Alemania. Pero, al cabo, se demostró que los líderes rusos no estaban en condiciones de reducir el abismo cada vez mayor que

se abría entre Gran Bretaña y Francia de una parte, y Alemania y el imperio austrohúngaro de la otra; ni tampoco de mantener a Rusia ajena a la creciente carrera armamentista. Ya en 1914, y a pesar de sus esfuerzos periódicos por escapar, Rusia se hallaba firmemente en un solo lado. Bismarck lo había advertido muchos años antes, en 1885, cuando le escribió al abuelo de Guillermo que una alianza entre Rusia, Gran Bretaña y Francia “sentaría las bases para una coalición contra Alemania más peligrosa que ninguna otra a la que se hubiera enfrentado jamás”.[112]

VIII

LA LEALTAD DE LOS NIBELUNGOS: LA DOBLE ALIANZA DEL IMPERIO AUSTROHÚNGARO Y ALEMANIA

En marzo de 1909, cuando una crisis entre Rusia y el imperio austrohúngaro motivada por Bosnia amenazaba con derivar en guerra, el primer ministro alemán, Bülow, declaró ante el Reichstag que Alemania respaldaría a su aliado de Danubio abajo con “la lealtad de los nibelungos”. Era una metáfora curiosa. Si se refería a las óperas de Wagner del ciclo del Anillo (y él conocía a la familia del compositor), entonces los nibelungos representan la avaricia y la traición. Pero si se refería a la historia de los nibelungos (como llamaban los alemanes a los reyes de Burgundia en la Edad Media), entonces ciertamente hablaba de lealtad... aunque de una lealtad que conduce a la destrucción. El mito cuenta que la corte de Bur-gundia, rodeada por sus enemigos, se negó a rendirse a Hagen, que había traicionado y asesinado a Sigfrido, y en la defensa perecieron todos los burgundios.

Pese a todas sus proclamas de lealtad, los líderes alemanes tenían sentimientos encontrados respecto al imperio austrohúngaro, de cuyas numerosas debilidades eran conscientes; y, aunque no dejaban de reconocer el encanto austriaco, pensaban que no compensaba el poco cuidado con que actuaban. El problema de Alemania eran sus pocas posibilidades de encontrar otros aliados. Ya había alejado a Gran Bretaña con la carrera armamentista naval, y los británicos no se mostrarían amistosos en tanto Tirpitz y el káiser no estuvieran dispuestos a retroceder. Lo cierto es que el mayor acercamiento de Gran Bretaña a Francia y Rusia en parte se debía al desafío alemán, y aunque los británicos dijeran, y hasta quizá creyeran, que la triple entente era de carácter defensivo y no vinculante, los tres países se habían habituado a consultarse entre sí y a hacer planes conjuntos, y sus funcionarios, tanto civiles como militares, habían creado lazos y cultivado amistades.



8. Los líderes alemanes gustaban de afirmar que Alemania respaldaba a su aliado el imperio austrohúngaro con una lealtad digna de los nibelungos. La curiosa elección de esta metáfora es una muestra de las ambigüedades y tensiones presentes en la doble alianza. Según el mito representado aquí, los nobles guerreros burgundios de la Edad Media mueren, hasta el último hombre, por culpa de las intrigas entre dos mujeres.

Si Alemania buscaba amigos, la Francia aliada militarmente a Rusia y a Gran Bretaña por la entente cordial ya no podía ser intimidada como en los días de Bismarck, y no iba a estar dispuesta por propia voluntad a aliarse con su vecino del este. Rusia era una posibilidad para Alemania por diversas razones, pero por el momento su necesidad de dinero francés y el alivio que le proporcionaba la solución de sus problemas pendientes con Gran Bretaña en oriente determinaban su resistencia a los intentos alemanes de seducción. De las grandes potencias solo quedaba Italia, que era parte de la triple alianza; pero su debilidad militar y sus discrepancias con el imperio austrohúngaro, el tercer integrante, hacían que no se pudiese confiar en ella. En el sur de Europa, si Alemania quería obtener apoyo contra Rusia o para sí misma y para el imperio austrohúngaro, las perspectivas no eran mejores: el imperio otomano estaba en franca decadencia, y los estados más pequeños del sur de Europa —Rumanía, Bulgaria, Serbia, Montenegro y Grecia— se limitaban a observar atentamente, en espera del rumbo que tomaran los acontecimientos.

Eso dejaba al imperio austrohúngaro como única opción. El embajador alemán en Viena desde 1907, Heinrich von Tschirschky, reflexionaba en 1914: “A menudo me pregunto si realmente vale la pena pegarse tanto a este estado que está a punto de saltar en pedazos y continuar con este agotador empeño de tirar de él. Pero no veo ninguna otra alternativa a las ventajas que aún comporta una alianza con la potencia centroeuropea”.[1] En los años anteriores a 1914, Alemania, con o sin razón, se sintió cada vez más acorralada (para sus vecinos, desde luego, constituía todo lo contrario: una gran potencia económica y militar que dominaba el centro de Europa); aunque con una potencia amiga al sur, el imperio austrohúngaro, podía despreocuparse de esa frontera. El conde Alfred

von Schlieffen, jefe del estado mayor alemán, que dio su nombre a uno de los planes militares más célebres del siglo xx, escribió tras abandonar su cargo en 1909: “El anillo de hierro forjado en torno a Alemania y Austria solo permanece abierto ahora en dirección a los Balcanes”. Los enemigos de Alemania y del imperio austrohúngaro —Francia, Gran Bretaña y Rusia— estaban empeñados en su destrucción, pero se encomendaban al tiempo: esperaban el momento en que las divisiones internas –en el caso de Austria, entre sus numerosas nacionalidades, y en el de Alemania, entre sus partidos políticos– hicieran su diabólica labor. En un momento determinado, “las puertas se abrirán, los puentes levadizos bajarán y unos ejércitos enormes entrarán asolando y destruyendo”.[2]

A los alemanes también les preocupaba que el imperio austrohún-garo decidiera apartarse de la triple alianza. Tanto en Rusia como en el imperio austrohúngaro había quienes aún anhelaban una alianza conservadora –entre ellos los monarcas–, con o sin Alemania; y en el imperio austrohúngaro había suficientes personas que odiaban a Italia y preferían lanzar una guerra contra este país y no contra Rusia. Para muchos patriotas austriacos resultaba difícil perdonar y olvidar que la unión con Alemania se había producido a expensas del tradicional papel de su imperio como uno de los principales estados germánicos. Tampoco ayudaba la proclividad de los alemanes a tratar a su aliado con condescendencia, como cuando el káiser decía que, en caso de conflicto, el imperio austrohúngaro sería un leal segundón, o cuando los oficiales alemanes trataban a sus homólogos austriacos con prepotencia. “Nunca tuve dudas –afrmó Bülow en sus memorias–, de que, si damos por cierta la comparación del experimentado diplomático Talleyrand respecto a que la alianza entre estados establece una relación similar a la de un caballo con su jinete, nosotros debíamos desempeñar el papel de jinete en nuestra alianza con la monarquía del Danubio”.[3]

Pero nunca llegaría a resultar tan sencillo, y Alemania iba a descubrir que su caballo iba adonde él quería, especialmente hacia los Balcanes. Al tomar al imperio austrohúngaro como aliado, Alemania tomaba a la vez sus ambiciones y sus disputas en una región del mundo ya de por sí inestable, donde la acelerada decadencia del imperio otomano no solo atraía la atención del imperio austrohúngaro y de Rusia, sino que también estimulaba los apetitos de los pequeños estados independientes de los Balcanes. Para Alemania, el desafío

consistía en reafirmar la confianza del imperio austrohúngaro en que su respaldo era firme, y al mismo tiempo impedirle actuar de manera irreflexiva. Como apuntó Bülow, con la ventaja de la mirada retrospectiva:

Existía el peligro de que, bajo una presión excesiva, la monarquía dual perdiera el control y cayera en las garras de Rusia, como cae la paloma asustada en manos de la serpiente. Teníamos que emplearnos a fondo para mantener la lealtad de Austria y, en caso de guerra –que podía evitarse si nos mostrábamos hábiles, pero que, naturalmente, era siempre una posibilidad—, estar seguros de la cooperación del ejército real e imperial, que seguía siendo formidable y eficaz pese a la debilidad interna de la monarquía. Por otra parte, teníamos que evitar que Austria, en contra de nuestro deseo, nos arrastrara a una guerra mundial.[4]

En los documentos y en los mapas, el imperio austrohúngaro aparecía como un aliado impresionante. En términos actuales, se extendía desde el sur de Polonia hasta el norte de Serbia, e incluía a la república Checa, Eslovaquia, Austria, Hungría, el extremo suroeste de Ucrania, Eslovenia, Croacia y Bosnia, así como una buena parte de Rumanía (Transilvania). Este territorio contaba con una población de más de cincuenta millones de habitantes, con un fuerte sector agrícola, con una gama de recursos que iban desde el hierro a la madera, con industrias en desarrollo y una red de ferrocarriles en rápida expansión, con un ejército que en tiempos de paz se aproximaba a los cuatrocientos mil efectivos y con una armada moderna. Sus grandes capitales, Viena y Budapest, y otras ciudades más pequeñas, como Praga o Zagreb, se habían modernizado y embellecido con sistemas de alcantarillado, tranvías, iluminación eléctrica, enormes edificios públicos ricamente decorados y sólidos edificios de pisos, para la clase media. Las universidades de la monarquía dual incluían desde la Jagellón en Cracovia (una de las más antiguas de Europa) hasta la escuela de Medicina de Viena, además de otras facultades y escuelas que crecían a paso acelerado. En 1914, el ochenta por ciento de la población del imperio sabía leer y escribir.

Aunque había áreas de la monarquía dual en las que nada parecía haber

cambiado —la vida de los campesinos en Galitzia o Transilva-nia, por ejemplo; o, en el otro extremo de la escala social, el complicado ritual de la corte en los inmensos palacios imperiales—, era imposible que el mundo moderno no afectara al imperio austrohúngaro dando lugar a nuevas comunicaciones, empresas y tecnologías, así como a otros valores y actitudes. Por ejemplo, se habían eliminado las antiguas restricciones que impedían a los judíos acceder a ciertas profesiones. Aunque, triste es decirlo, un nuevo tipo de antisemitismo virulento haría su aparición antes de 1914. Pese a que el crecimiento económico de la monarquía dual no alcanzaba al de Rusia, su promedio anual fue del 1, 7 por 100 en los veinte años previos a 1914. El imperio seguía un patrón de desarrollo similar al de Europa occidental, con un crecimiento industrial y su correspondiente desplazamiento de los campesinos desde el campo a las zonas urbanas; pese a los altibajos, la prosperidad se fue extendiendo a un sector cada vez más amplio de la población. Las tierras checas, que ya gozaban de cierto avance tecnológico y comercial, tenían mayor concentración de industrias modernas, como los importantes talleres Skoda, que producían algunas de las mejores armas de Europa. Asimismo, Viena contaba con una moderna industria en las afueras de la ciudad, incluidos los talleres Daimler. En 1900, Budapest también había avanzado y era el centro bancario para una buena parte de Europa oriental; y aunque la economía de Hungría siguió siendo ante todo agrícola, su industrialización avanzó rápidamente a partir de 1900.

Los crecientes gastos gubernamentales en infraestructuras y programas sociales ayudaban en lo que parecía un avance sostenido hacia la modernización y la prosperidad. Pero no todo era de color de rosa. Las importaciones del imperio austrohúngaro excedían con mucho sus exportaciones, por lo que la deuda del gobierno aumentaba. Sus gastos militares continuaban siendo los más bajos de las cuatro grandes potencias: en 1911 fueron de poco más de un tercio del gasto de los rusos.[5] Cualquier incremento de las tensiones internacionales tenía por fuerza que afectar a la salud fiscal del imperio austrohúngaro, además de que el progreso acarreaba inevitablemente sus propios problemas y tiranteces. Por ejemplo, los pequeños campesinos y la nobleza terrateniente menos opulenta veían disminuir el precio de productos como el trigo, debido a la competencia con Rusia. Así, en las décadas anteriores a 1914 se multiplicaron las huelgas y protestas de campesinos, y se dividieron algunas de las haciendas más antiguas. En las zonas urbanas, los artesanos, que ya no podían competir con la producción de las fábricas modernas, así como los obreros industriales, cuyas

condiciones solían ser espantosas, se organizaban y adoptaban actitudes más militantes.

En algunos aspectos, bajo la monarquía dual la política era similar a la de otros lugares de Europa: la antigua aristocracia rural esperaba subirse al tren del poder y la influencia; los radicales eran anticlericales; los liberales de clase media aspiraban a más libertades, al menos para ellos; y los nuevos movimientos socialistas deseaban reformas o en algunos casos la revolución. También en Europa, bajo el imperio austrohúngaro coexistían diversas formas de gobierno, desde la autocracia hasta la democracia parlamentaria. La parte austriaca tenía un parlamento electo, que a partir de 1907 lo fue por sufragio masculino universal; en Hungría, sin embargo, el sufragio estaba limitado a un seis por ciento de la población. Por otro lado, Francisco José, emperador de 1848 a 1916, no era tan poderoso como el zar, pero tampoco sufría las restricciones del rey de Gran Bretaña. El emperador austriaco determinaba la política exterior y era el comandante supremo de las fuerzas armadas, si bien sus facultades estaban consignadas en las leyes constitucionales. Tenía potestad para designar y destituir ministros, y además tenía poderes de excepción —a los que su gobierno recurría a menudo— para gobernar sin el parlamento; aunque no podía modificar la constitución. No obstante, el negocio del gobierno no se detenía: los impuestos se recaudaban y las cuentas se pagaban. Personalmente, el emperador era popular entre su pueblo, y la perspectiva de una revolución parecía mucho más remota que en Rusia.

La preocupación por su supervivencia a largo plazo era lo que, en las décadas anteriores a 1914, llevaba a los estadistas alemanes a preguntarse si la alianza con el imperio austrohúngaro había sido una decisión correcta, puesto que, en tiempos de crecimiento de la conciencia nacional, estaba cada vez más a merced de sus nacionalidades, al igual que el imperio otomano. En 1838, lord Durham dijo de Canadá que se componía de dos naciones enfrentadas en el seno de un solo estado; más de un siglo y medio después, el conflicto entre franceses e ingleses aún no ha terminado. Mucho mayor era el desafío del imperio austrohúngaro, que reconocía hasta diez u once idiomas principales. Esto no fue tan importante durante siglos, cuando las personas se definían por su religión, por su gobernante o su localidad y no por su nacionalidad; pero en las

postrimerías del siglo xIx el nacionalismo, es decir, la identificación como miembro de un grupo distintivo por su idioma, su religión, su historia, su cultura o su raza, se había convertido en una fuerza de cambio por toda Europa. De la misma manera que el sentido de pertenencia a algo llamado la nación alemana o italiana había conducido a la creación de un estado alemán y otro italiano, los nacionalismos polaco, húngaro, ruteno o eslovaco ejercían presiones en el interior del imperio austrohúngaro demandando mayor autonomía, cuando no la independencia.

El imperio austrohúngaro carecía de una fuerte identidad que funcionara como contrapeso y en torno a la cual pudieran aglutinarse sus ciudadanos, ya que, más que un país, era una colección de propiedades adquiridas por los Habsburgo a lo largo del milenio anterior mediante maniobras hábiles, guerras y matrimonios. Francisco José detentaba tantos títulos, desde el de conde al de emperador, que con frecuencia se escribían seguidos de muchos etcéteras. Desde luego, había quienes pensaban en un imperio multinacional formado posiblemente por una mezcla de nacionalidades, por las grandes familias aristocráticas, cuyas conexiones e intereses abarcaban todo el imperio y en ocasiones toda Europa, o por partidarios de los Habsburgo, para quienes la lealtad a la dinastía estaba por encima de todo. El ejército también constituía una organización auténticamente multinacional, en la que el tema del idioma se abordaba con sensatez: los soldados debían conocer las voces de mando y la terminología técnica básica en alemán, pero se les ubicaba en regimientos de soldados que hablaran el mismo idioma; por su parte, los oficiales debían aprender el idioma de los soldados a su mando. Se dice que durante la guerra un regimiento descubrió que el inglés era la lengua más común y decidió emplearla.[6]

Solo había otra institución verdaderamente imperial, y era la monarquía. Llevaba siglos y había expulsado a invasores y conquistadores, desde Solimán el Magnífico, de los otomanos, hasta Napoleón; y además había vivido guerras civiles y revoluciones, durante la época en que el imperio creció, luego se contrajo, creció de nuevo, para en la segunda mitad del siglo xix volverse a contraer. Los Habsburgo hacían remontar su ascendencia hasta Carlomagno, pero la primera vez que dejaron su impronta en la historia de Europa fue cuando uno de ellos fue elegido emperador sacro-romano. En los siglos siguientes, la

familia hizo prácticamente suyo el título, hasta que Napoleón lo abolió definitivamente en 1806. Pero los Habsburgo resistieron, y el emperador Francisco de Austria, tal como se titulaba ahora, vivió para ver la derrota de Napoleón y reinó hasta 1835, en que le sucedió su hijo, el gentil y simple Fernando. Su nieto Francisco José llegó a emperador en 1848, año de revoluciones en Europa, en que la dinastía se tambaleó y hasta el imperio austriaco estuvo a punto de deshacerse. Se persuadió a su tío Fernando para que abdicase, y el propio padre de Francisco José, apenas un poco más competente que su hermano (fue apodado "el Bueno" porque a nadie se le ocurrió nada mejor), también aceptó hacerse a un lado. (Los Habsburgo afrontaban enérgicamente y sin miramientos las frecuentes consecuencias de la consanguinidad). Se afirma que el nuevo emperador, que acababa de cumplir dieciocho años, dijo: "Adiós a la juventud".[7]

Buen mozo y de apariencia digna, Francisco José se mantuvo delgado y con una apostura de militar hasta el final de su vida. Sus tutores le habían diseñado un programa de estudios que incluía historia, filosofía y teología, además de idiomas: junto con el alemán, su primera lengua, el italiano, el húngaro, el francés, el checo, el polaco, el croata y el latín. Por fortuna tenía una excelente memoria y también gran capacidad de trabajo, así que se aplicó a los estudios con determinación. "Mi cumpleaños –escribiría en su diario en 1845–, y más importante aún, el decimoquinto. ¡Quince años de edad y en apenas poco tiempo concluiré mi educación! ¡Tengo que esforzarme realmente y corregir mis modales!".[8] Ese riguroso sentido del deber le acompañó toda su vida, de la misma forma que, después de los acontecimientos de 1848, mantuvo siempre el odio por la revolución, así como la decisión de preservar la dinastía y su imperio. Pero no era un reaccionario; aceptaba con cierto fatalismo que se habían producido cambios y que se podrían producir más en el futuro. Y se producirían: como la pérdida gradual de la mayor parte de sus territorios italianos, y luego, tras la derrota sufrida en 1866 a manos de Prusia, la exclusión de Austria de la confederación alemana.

Su imperio se iba encogiendo poco a poco, pero Francisco José preservó el estatus de sus gloriosos ancestros. Tan solo en Viena tenía dos palacios: el enorme Hofburg y el Schönbrunn, su favorito, construido por María Teresa como

palacio de verano (con mil cuatrocientas habitaciones y un inmenso parque). El conde Albert von Margutti, que fuera edecán del emperador durante casi veinte años, recordaba el primer encuentro: “Con el corazón palpitante ascendí lo que se conoce en Hofburg como la ‘escalinata de la cancillería’, una enorme escalera que conducía a la antesala del salón de audiencias”. Guardias luciendo magníficos uniformes permanecían de pie en lo alto de la escalera, en tanto la puerta que conducía al emperador estaba flanqueada por dos oficiales con las espadas desenvainadas. “Todo sucedió con la precisión de un reloj y sin ruido; pese a la presencia de todas esas personas, reinaba un silencio que lo extraordinario de la ocasión acentuaba”.[9]

En medio de semejante opulencia vivía un hombre de rutinas, capaz de disfrutar de una cena sencilla y de relajarse con una cacería o con unos ejercicios de tiro. Era un buen católico, aunque no pensara mucho en ello. Al igual que otros soberanos, como Nicolás II y Guillermo II, Francisco José era aficionado a la vida militar y casi siempre vestía de uniforme; también como ellos, estallaba en un ataque de ira si algún detalle del uniforme del ejército no era debidamente atendido. Por lo demás, siempre se mostraba cortés con todos, aunque sin olvidar jamás su rango. Solo una vez estrechó la mano de Margutti, como reconocimiento a una promoción. (Y Margutti siempre se lamentaría de que nadie en la corte hubiera sido testigo del gesto).[10] Para Francisco José, el arte moderno resultaba desconcertante, pero su sentido del deber le llevaba a exposiciones públicas de arte, así como a la inauguración de nuevos edificios importantes, especialmente si gozaban del patrocinio real.[11] En cuanto a la música, sus gustos iban desde las marchas militares a los valses de Strauss y, aunque le gustaba el teatro –y de vez en cuando las actrices más bonitas–, prefería los clásicos. No le gustaban la impuntualidad, la risa estridente ni las personas que hablaban demasiado.[12] Tenía sentido del humor, aunque más bien básico; cuando ascendió a la gran pirámide de Egipto, con la ayuda de unos guías beduinos, le escribió a su esposa, la emperatriz Isabel (Sissi): “Como en su mayoría solo visten una camisa, mucho queda expuesto a la vista durante el ascenso, y esa debe de ser la razón por la que las mujeres inglesas se muestran tan interesadas y felices cuando escalas las pirámides”.[13]

En sus últimos años, Francisco José durmió en un catre militar de campaña

ubicado en un dormitorio extremadamente sencillo, o, como decía Margutti, "en franca penuria". Su rutina puede calificarse de estricta y espartana, pues se despertaba apenas pasadas las cuatro de la madrugada y se hacía lavar con agua fría. Se bebía un vaso de leche, y después trabajaba solo hasta las siete o siete y media, en que empezaba a recibir a sus asesores. Desde las diez y hasta las cinco o las seis de la tarde, recibía a sus ministros y embajadores, haciendo una sola pausa de media hora para consumir un almuerzo ligero, sin compañía. Por la noche cenaba solo o con invitados. Detestaba perder el tiempo e insistía en que la comida se sirviera a ritmo acelerado, por lo que a menudo los miembros de la familia más jóvenes no tenían tiempo de comer antes de que se diera por concluida la cena. A menos que hubiera un baile o una recepción en la corte, a las ocho y media ya estaba en la cama. A pesar de la estudiada sencillez de su vida, tenía un elevado sentido de su propia dignidad y del respeto que se le debía.[14]

Francisco José había sentido adoración por su madre, una mujer de carácter fuerte. "¿Puede haber algo más querido sobre la tierra que la propia madre? –dijo cuando conoció el fallecimiento de la madre de Guillermo–. Independientemente de las diferencias que nos apartan, la madre es siempre la madre, y cuando la perdemos, una buena parte de nosotros se va con ella a la tumba".[15] Su vida personal fue complicada y con frecuencia triste. Su hermano Maximiliano fue ejecutado en México después de un fallido intento por establecer un reino allí, y su viuda enloqueció. Su único hijo, Rudolf, un joven infeliz y atormentado, se suicidó en compañía de su amante adolescente en su pabellón de caza de Mayerling. Las autoridades encubrieron el escándalo, pero no lograron contener los rumores, muchos de ellos descabelladas teorías conspiratorias. Francisco José continuó con su vida, pero a la actriz Katharina Schratt, quizá su mejor amiga, le escribió: "Ya nada volverá a ser como antes".[16] A todos sus pesares vino a sumarse que su más probable heredero sería su sobrino, Francisco Fernando, por quien no sentía especial simpatía.

Para entonces, hacía tiempo que el matrimonio de Francisco José había dejado de proporcionarle consuelo. Él adoraba a su prima Isabel, con quien había contraído matrimonio cuando ella apenas contaba diecisiete años, pero las cosas no salieron bien. Ella era encantadora, vivaz y adorable, y de niña había sido

díscola e impulsiva; lamentablemente, nunca maduró. Detestaba la corte, las ceremonias y las obligaciones, y hacía todo lo posible por eludirlas. Pero, cuando quería, podía serle de gran ayuda a su esposo; a los húngaros los conquistó de tal manera, aprendiendo su idioma y vistiendo su traje nacional, que le regalaron un palacio de verano en las afueras de Budapest. Disfrutaba cabalgando y viajando, y disfrutaba de sí misma; aunque en general se le consideraba una belleza, siempre estaba preocupada por su aspecto. Confeccionó un álbum con las mujeres más bellas de Europa, que la hacía llorar.[17] A lo largo de su vida fue una fanática del ejercicio y comió lo menos posible. "Su talle –escribió la reina Victoria en su diario–, es más breve de lo que se pueda imaginar".[18] En 1898, cuando un anarquista la apuñaló en el corazón, Isabel no murió de inmediato, porque llevaba el corsé tan ajustado que se desangró muy lentamente.

Francisco José afrontó el suceso con valentía, y continuó trabajando metódicamente en sus montones de papeles, como si de alguna manera el trabajo arduo y la atención a los detalles pudieran alejar el caos y mantener unido su imperio. Con frecuencia decía: "Dios nos ayude si alguna vez nos permitimos caer en el estilo de las razas latinas".[19] Conforme fueron pasando los años de su prolongado reinado, su posición fue cada vez más la de un jinete que cabalga dos caballos disparejos. Hungría, que durante largos años fue un reino independiente, no lograba ajustarse a la corona de los Habsburgo. La aristocracia húngara y los nobles de menor rango que dominaban la sociedad y la política tenían un elevado concepto de su idioma (diferente de casi todos los otros del mundo), su historia y su cultura, y sentían un gran orgullo por su propia constitución y sus leyes. En los años revolucionarios de 1848-1849 intentaron, infructuosamente, independizar a Hungría, y en 1867 aprovecharon la aplastante derrota sufrida por el imperio austriaco a manos de Prusia para negociar un nuevo acuerdo con el emperador, el famoso compromiso.

Este acuerdo dio lugar a una entidad cuyo nombre lo decía todo: el imperio austrohúngaro o la monarquía dual. Se trataba de una asociación entre Hungría, que todavía incluía Transilvania, Eslovaquia y Croacia, y los restantes territorios de los Habsburgo en el oeste, convenientemente llamados Austria, que abarcaban desde el Adriático y los Alpes en dirección al desaparecido reino de

Polonia, y luego al este hasta la frontera rusa. Cada parte se ocupaba de sus propios asuntos, con su propio parlamento, sus ministros, su burocracia, sus tribunales y sus fuerzas armadas. Las únicas actividades que compartían eran las de asuntos exteriores y de defensa, así como los fondos que los financiaba; cada parte con su correspondiente ministro, que se reunían como los tres ministros comunes. El otro eslabón era el propio emperador, o el rey, como se le llamaba en Hungría. Por lo demás, la monarquía dual no suponía tanto un compromiso como una negociación interminable. Delegaciones nombradas por cada parlamento se reunían una vez al año para elaborar cualquier acuerdo necesario, por ejemplo, sobre impuestos o ferrocarriles comunes; pero, a insistencia de los húngaros, solo se comunicaban por escrito, para no dar la impresión de un gobierno compartido. Las cuestiones financieras y comerciales se renegociaban cada diez años, y por lo general daban lugar a dificultades.

Puede afirmarse que, entre las principales potencias europeas, era el imperio austrohúngaro el que poseía los peores mecanismos de intercambio de información entre ministerios, y la peor coordinación de políticas. Es cierto que los tres ministros comunes se reunían de vez en cuando con los primeros ministros de Austria y de Hungría; pero, cuando abordaban temas de asuntos exteriores y defensa, no se comportaban como un ejecutivo. Entre el otoño de 1913 y el comienzo de la crisis de julio de 1914, el consejo de ministros comunes se reunió solo en tres ocasiones, y esto para tratar temas relativamente triviales. Tampoco el emperador se hacía cargo de la política en general, ni alentaba a otros para que lo hicieran. Francisco José únicamente hablaba con sus ministros por separado, y esto sobre sus respectivas áreas de responsabilidad; y, aunque mantenía invariable su rutina de trabajo, los años ya le pesaban. En 1910 cumplió ochenta, y su salud, mucho tiempo vigorosa, comenzó a fallarle. En el momento de estallar la guerra se encontraba bastante aislado, apartado de la vista del público en su palacio de Schönbrunn y reacio a intervenir en las disputas de sus ministros. Semejante vacío de poder condujo, entre otras cosas, a que diversas personalidades o departamentos fuertes llegaran a trazar políticas en áreas ajenas a las de su competencia.[20]

En un principio, los húngaros estuvieron encantados con el compromiso, y hasta iniciaron la construcción de un nuevo edificio en Budapest para el parlamento.

“No se precisa de cautela, cálculo ni ahorro”, le dijo el primer ministro húngaro a su arquitecto, que se lo tomó a pie juntillas. En el momento de su terminación, el edificio del parlamento húngaro, con un estilo arquitectónico y ornamental de reminiscencias góticas, e incluso renacentistas y barrocas, y en cuya decoración se emplearon cuarenta kilos de oro, fue el mayor del mundo; pero lo que ocurrió dentro fue desmesurado en otro sentido. La política era el deporte nacional, y los húngaros jugaban para ganar, empleando entre ellos una retórica hiriente que en ocasiones culminaba en desafíos a duelo; cuando esto empezaba a aburrirles, la emprendían contra Viena.[21] Algunas de las escenas más terribles se registraron durante una prolongada y amarga crisis entre Budapest y Viena sobre el ejército conjunto.

Sucesivos líderes políticos húngaros y sus seguidores exigían medidas encaminadas a que una buena parte del ejército de la monarquía dual fuera húngaro, con regimientos conformados exclusivamente por húngaros, comandados por oficiales húngaroparlantes y presididos por el pabellón húngaro. Esta concepción daba al traste con la eficiencia y unidad del ejército y, como señalara el agregado militar francés, en cualquier caso no había suficientes oficiales que hablaran húngaro. En 1903, cuando Francisco José trató de calmar los ánimos mediante una declaración anodina sobre que sus fuerzas armadas favorecían el espíritu de unidad y armonía y trataban con respeto a todos los grupos étnicos, lo único que logró fue echar más leña al fuego de los nacionalistas húngaros de Budapest. Los húngaros interpretaron “étnico” como “tribal”, y se tomó como un insulto mortal.[22] El parlamento húngaro quedó paralizado por el obstruccionismo, y las negociaciones entre Viena y Budapest se estancaron. A finales de 1904, cuando el primer ministro húngaro István Tisza (que ocuparía de nuevo el cargo en el verano de 1914) trató de desenredar el asunto, la oposición penetró en la cámara armada con cachiporras, puños de acero y revólveres, destruyó el mobiliario y golpeó a la guardia parlamentaria. Pese a su victoria en las elecciones siguientes, la oposición se negó a asumir el cargo hasta que Francisco José no aceptara sus demandas sobre el ejército, algo a lo que este se resistía. El estancamiento llegó a su fin en 1906, cuando el emperador amenazó con introducir el sufragio universal en Hungría. La oposición se desmoronó.

Después de todo, los húngaros tenían sus propios problemas con las nacionalidades, uno de los cuales habían logrado pasar por alto hasta ese momento. Los húngaros –o magiares, como preferían ser llamados– apenas constituían una mayoría dentro de las fronteras húngaras, pero las restricciones instituidas ponían en sus manos casi la totalidad de los escaños del parlamento. En 1900, los movimientos nacionalistas —serbios, rumanos y croatas— cobraban fuerza en toda Hungría, atizados por esta falta de poder y por el resentimiento que generaban las promociones gubernamentales de húngaros en escuelas y oficinas. Esta situación tuvo su reflejo en el auge de los movimientos nacionalistas, tanto dentro del territorio del imperio austrohúngaro como en torno a sus fronteras. En 1895, se convocó en Budapest un congreso de nacionalidades para exigir que Hungría se convirtiera en un estado multinacional. Los húngaros reaccionaron con alarma e indignación. Ni siquiera el relativamente liberal Tisza podía aceptar que hubiera dentro de Hungría otras naciones con aspiraciones nacionales legítimas. En su opinión, los rumanos, a excepción de los extremistas, eran como los campesinos de su hacienda y sabían que necesitaban trabajar con los húngaros: "Sé que son gentiles, pacíficos y respetuosos con los caballeros, y que agradecen cada elogio que reciben".[23]

Durante el tiempo que duró la monarquía dual, la ola de nacionalismo dio lugar a interminables e insolubles enfrentamientos por las escuelas, los empleos y hasta por las señales de tránsito. Una pregunta del censo que pedía a las personas dejar constancia de su lengua materna se convirtió en un indicador de la fuerza de las nacionalidades, ya que los grupos nacionales publicaron anuncios en los que instaban a los censados a dar las respuestas "correctas". Con frecuencia, los movimientos nacionalistas se solapaban con temas clasistas o de índole económica. Por ejemplo, los campesinos rumanos y rutenos desafiaron a sus terratenientes húngaros y polacos. Sin embargo, la fuerza del nacionalismo fue tal que las clases, que en otros países llegaron a formar partidos socialistas, liberales o conservadores, aquí se fragmentaron conforme a las divisiones nacionales.

Como la población austrohúngara se había mezclado tanto en el curso de los siglos, prácticamente cada localidad tenía sus propias luchas nacionalistas: en Eslovenia se enfrentaban italianos y eslovenos; en Galitzia, polacos y rutenos; y

los alemanes parecían enfrentarse a todos, a los italianos en el Tirol y a los checos en Bohemia. En 1895, el gobierno austriaco se derrumbó, porque los germanoparlantes se opusieron a admitir en paralelo clases de esloveno en la enseñanza secundaria. Dos años más tarde, el conflicto entre checos y alemanes por el empleo del idioma checo en asuntos de gobierno en Bohemia y Moravia condujo a la violencia callejera y a la caída de otro primer ministro. Y en 1904 se suscitaron violentas manifestaciones de alemanes contra el establecimiento en Innsbruck de una facultad de derecho italiana. Entretanto, había estaciones nuevas de ferrocarril que permanecían sin nombre porque no se lograba llegar a un acuerdo sobre el idioma a utilizar. Quizá no fuera casual que precisamente un vienés, Sigmund Freud, desarrollara la idea del narcisismo de las pequeñas diferencias. Tal como escribiera en El malestar en la cultura, "Son precisamente las comunidades con territorios colindantes, y relacionadas entre sí de diferentes maneras, las que mantienen constantes disputas y se dedican a ridiculizarse unas a otras".[24]

"Una aire de irrealidad lo invadía todo –decía Henry Wickham Steed, periodista británico destinado en Viena–. La atención pública se centraba en asuntos superficiales: una riña en la ópera entre un cantante checo y otro alemán, una trifulca en el parlamento por la designación de algún funcionario intrascendente en Bohemia, las atracciones de la última ópera cómica o la venta de entradas para un baile de beneficencia".[25] La generación más joven adoptaba una actitud de aburrimiento o cinismo hacia la política, o se sumaba a los nuevos movimientos políticos que prometían acabar con el embrollo mediante la violencia si era necesario. Lo cierto es que el imperio aus-trohúngaro se debilitaba y su posición internacional quedaba socavada por la "solución ineficaz de la cuestión nacional", como le escribía el futuro ministro de Asuntos Exteriores del imperio austrohúngaro, Alois von Aehrenthal, a su primo en 1899. "El defecto hereditario del austriaco —el pesimismo— se apodera ya de la juventud y amenaza con sofocar cualquier impulso idealista".[26]

Las diferencias nacionales no solo condujeron a la descomposición del comportamiento público, sino también a un estancamiento cada vez mayor en los parlamentos de la monarquía dual. Los partidos políticos, divididos como estaban por atender en esencia a su etni-cidad y su idioma, se ocupaban

fundamentalmente de fomentar los intereses de su propio grupo, o de bloquear los de los demás. Para silenciar a sus opositores, los diputados hacían sonar lo mismo una trompeta que un cencerro o un gong, tocaban tambores o lanzaban tinteros o libros; el obstruccionismo se convirtió en una práctica común. En una de las más célebres acciones de este género, un diputado alemán habló durante doce horas seguidas intentando impedir que se concediera a Checoslovaquia un estatuto de igualdad con Alemania en Bohemia y Moravia. "En nuestro país –le escribió un aristócrata conservador a un amigo–, el optimista está obligado a suicidarse".[27] Pero, de alguna forma, el gobierno se las arregló para seguir adelante, recurriendo a sus poderes de excepción. En agosto de 1914, cuando se desató la guerra, el parlamento austriaco llevaba suspendido varios meses, y no se volvería a reunir hasta la primavera de 1917.

El nacionalismo tuvo también el efecto de socavar la burocracia, ya que los partidos utilizaban los nombramientos para premiar a sus seguidores, con la consiguiente multiplicación del volumen y el coste del sistema. Entre 1890 y 1911, la burocracia creció en un doscientos por cien, debido principalmente a nuevos nombramientos. Solo en Austria se registraban tres millones de empleados públicos, en una población total de unos veintiocho millones. Hasta las decisiones más simples se enredaban en trámites burocráticos. Es decir, en la burocracia que empleaba papel negro y amarillo para las cuestiones imperiales; rojo, blanco y verde para Hungría; y marrón y amarillo para Bosnia, después de su anexión. Un simple pago de impuestos en Viena pasaba por las manos de veintisiete funcionarios distintos. En la provincia de Dalmacia, en el Adriático, una comisión creada para informar sobre el modo de mejorar la burocracia descubrió que el coste de cobrar los impuestos era el doble del monto de los mismos. La comisión ofreció un panorama desalentador de la ineficiencia y el derroche presentes en todo el país. Por ejemplo, aunque un burócrata solo debía trabajar cinco o seis horas al día, pocos lo hacían. Un funcionario nuevo del ministerio de Asuntos Exteriores afirmó que rara vez recibía más de tres o cuatro expedientes al día para trabajar, y que a nadie le importaba si llegaba tarde y se marchaba temprano. En 1903, la embajada británica tuvo esperar diez meses una respuesta sobre el impuesto al whisky canadiense. En Londres, un diplomático británico se quejaba de que "si la dilación de los asuntos en este país continúa aumentando progresivamente, muy pronto rivalizará en ello con Turquía".[28]

No es de extrañar que la opinión pública prefiriera referirse jocosamente a la burocracia como un viejo jamelgo deslomado; pero sus consecuencias estaban muy lejos de ser jocosas. El desprecio por lo que el escritor satírico vienés Karl Kraus llamó “burocretinismo” contribuyó a menguar aún más la confianza pública en su gobierno; amén de que el coste de la burocracia significaba, entre otras cosas, que había menos dinero disponible para las fuerzas armadas, que además seguían atrapadas en interminables luchas políticas. Hasta 1912, el parlamento húngaro se había negado a aceptar el aumento de la financiación o del número de hombres reclutados anualmente, a menos que se le hicieran a cambio concesiones en temas como el idioma. Hizo falta una crisis en los Balcanes, a las puertas mismas de la monarquía dual, para que se lograse una modesta mejora. Aun así, en 1914 el imperio austrohúngaro dedicaba menos fondos a su ejército que Gran Bretaña (que tenía un ejército mucho más pequeño que todas las demás potencias de Europa). El presupuesto total de defensa de la monarquía dual estaba muy por debajo del de Rusia, su enemigo más temible.[29]

Esto no significa que el imperio austrohúngaro fuera un cadáver flotando en el Danubio, como gustaban de llamarle algunos de sus aliados en Alemania; pero lo cierto es que no gozaba de buena salud. Se idearon varios remedios, pero fueron rechazados o considerados inoperantes. Durante la crisis con Hungría por el asunto del idioma y el ejército, el cuerpo castrense de la monarquía dual elaboró planes para el empleo de la fuerza militar en Hungría; pero el emperador se negó a considerarlos.[30] Las esperanzas de conseguir una burocracia verdaderamente nacional, por encima de la política, desaparecieron ante la inercia y el arraigo de los nacionalismos. En Austria se intentó el sufragio universal, queriendo así vincular a las masas más estrechamente con la corona; pero el resultado fue un mayor número de votantes en favor de los nuevos partidos nacionales populistas. También se ensayó el trialismo, un nuevo tipo de “compromiso” con los eslavos del sur. Se trataba de un término que cada vez se utilizaba más para referirse a los habitantes de la zona sur de la monarquía dual, y a otros pueblos balcánicos como los serbios, los eslovenos o los croatas. Un bloque eslavo en el sur podría haber contrarrestado al imperio austrohúngaro y satisfecho las demandas de aquellos; pero fue rechazado de antemano por los húngaros. Para muchos, el heredero al trono Francisco Fernando resultaba la última esperanza, pues era relativamente joven y enérgico, y sin duda tenía muchas ideas, por más que fuesen en gran medida autoritarias y reaccionarias. Quizá él lograse revertir los cambios y hacer de nuevo de la monarquía dual una

autocracia, con un gobierno central fuerte. lo cierto es que parecía al menos un gobernante decidido, y como tal se comportó.

Francisco Fernando era alto, buen mozo, con ojos grandes y expresivos y una voz poderosa y dominante. Aunque su bigote no llegaba a ser como el de Guillermo, también tenía las puntas graciosamente giradas. Su vida privada, más allá de las usuales indiscreciones de la juventud, era impecable. Se había casado por amor y se comportaba como buen esposo y padre. Tenía sensibilidad para las cosas hermosas, e hizo mucho por salvar el patrimonio arquitectónico del imperio austrohúngaro. Le adornaba la curiosidad intelectual y, a diferencia de su tío el emperador, leía los periódicos exhaustivamente. Al mismo tiempo, era avaricioso, exigente e intolerante. Se le conocía por su regateo con los comerciantes para obtener las pinturas y los muebles que deseaba. Era implacable con sus subordinados, hasta por las faltas más pequeñas. Odiaba a los judíos, a los masones y a quienquiera que criticara o desafiara a la iglesia católica, de la que era ferviente devoto. También insultaba a los húngaros ("traidores") y a los serbios ("cerdos"), repitiendo que debían ser aplastados. De hecho, había algo exagerado en él, tanto en lo concerniente a sus preferencias como a sus odios. Cuando iba de cacería le gustaba que le empujasen las presas hacia él en grandes cantidades, mientras disparaba sus rifles hasta ponerlos al rojo vivo. Se contaba que, en cierta ocasión, exigió que le reunieran una manada de venados y mató a doscientos, y hasta a uno de los de la batida por error.[31]

En realidad, no se esperaba que fuera el heredero al trono, pero la ejecución de su tío Maximiliano en México, el suicidio de su primo Rudolph y el fallecimiento de su propio padre de fiebre tifoidea, adquirida por beber agua del río Jordán en tierra santa, le dejó en 1896, a la edad de treinta y tres años, como siguiente sucesor masculino. (El hermano menor de Francisco José, llamado Luis Víctor, aún vivía, pero a su alrededor se amontonaban demasiados escándalos). El mismo Francisco Fernando estuvo gravemente enfermo de tuberculosis poco antes de que muriese su padre, y quedó consternado por los halagos de que era objeto su hermano menor. Pero se recuperó en un viaje por mar, y gozó de buena salud hasta 1914.

Al emperador no le importaba demasiado su nuevo heredero, y sus relaciones acusaron un marcado empeoramiento en 1900, cuando Francisco Fernando insistió en contraer matrimonio con la condesa Sofía Chotek, una joven bonita, de buena reputación y procedente de una familia aristocrática de Bohemia, pero sin el rango adecuado para un Habsburgo. Finalmente, el emperador cedió, pero no sin imponer condiciones: Sofía no recibiría el título ni los privilegios de una archiduquesa de Habsburgo, ni sus hijos podrían heredar el trono. Este desaire, que el joven sufrió amargamente, así como la indiferencia del tío hacia las opiniones de su heredero, se sumaron a la exagerada inseguridad de Francisco Fernando. Uno de sus asistentes leales aseguró que "el archiduque tiene la impresión de que se le minusvalora, y de esta percepción se deriva unos celos comprensibles hacia los altos funcionarios que gozan de gran prestigio en el ejército o en la vida civil".[32] Es posible que, como consecuencia de esto, su temperamento siempre feroz llegara a ser casi incontrolable. Había rumores entre sus asistentes, que prácticamente eran sus enfermeros, de que disparaba su revólver sin mucho cuidado; y el embajador británico en Viena contaba que el emperador estaba considerando descartarlo de la sucesión por las dudas que albergaba sobre su cordura.[33]

No se sabe cuánto había de verdad en ello —siempre corrieron numerosos rumores acerca de los Habsburgo—, pero el caso es que Francisco José fue otorgándole cada vez mayores responsabilidades a Francisco Fernando. Le entregó el precioso palacio barroco de Belvedere, le permitió establecer su propia oficina militar, y en 1913 le nombró inspector general de las fuerzas armadas, lo que implicaba considerables facultades para tratar con ellas; aunque Francisco José se mantuvo como comandante en jefe. En la medida en que Francisco Fernando fue creando su propia red de políticos, burócratas, oficiales y periodistas, el Belvedere se convirtió prácticamente en una segunda corte, donde desarrolló sus ideas para salvar a la monarquía dual, centralizando el poder y las fuerzas armadas, poniendo fin al compromiso con Hungría y creando un nuevo estado federado que incluía a húngaros, alemanes, checos, polacos y eslavos del sur. Lo cierto es que no era especialmente adepto a las instituciones parlamentarias y, de haber podido hacerlo, habría prescindido de ellas para gobernar. El conde Ottokar Czernin, ministro de Asuntos exteriores durante la guerra, dudaba de que hubiese podido conseguirlo: "La estructura de la monarquía, que tanto deseaba fortalecer y respaldar, estaba ya tan carcomida que no habría podido soportar ninguna innovación importante; de no haber sido la

guerra, probablemente la hubiera aplastado la revolución”.[34]

En materia de política exterior, Francisco Fernando prefería mantener la alianza con Alemania y llegar a un mejor entendimiento con Rusia, la otra gran potencia conservadora. En realidad, le habría encantado poner fin a la alianza con Italia, país que detestaba por múltiples razones, desde su forma de tratar al papa hasta su asimilación del reino de las Dos Sicilias, que había gobernado su abuelo.[35] Aunque se le calificaba de belicista, en realidad era más cauteloso de lo que aparentaba, porque sabía que el imperio austrohúngaro era demasiado débil y estaba demasiado fragmentado como para ser agresivo en su política exterior. Como le dijo premonitoriamente a su ministro de Asuntos Exteriores en 1913, durante la crisis de los Balcanes y antes de la Gran Guerra:

¡Sin cederlo todo, debemos hacer el máximo por preservar la paz! Sería una catástrofe entrar en guerra con Rusia, y quién puede garantizar que nuestros flancos derecho e izquierdo funcionaran; Alemania tiene que vérselas con Francia, y Rumanía se excusa debido a la amenaza búlgara. Por lo tanto, este es un momento sumamente desfavorable. Si lanzamos una guerra específicamente contra Serbia, lograremos deshacernos rápidamente de ese obstáculo, pero ¿y después? ¿A qué nos enfrentaríamos? Primero, toda Europa caería sobre nosotros con el argumento de que estamos perturbando la paz, y Dios nos ayude si nos anexionamos a Serbia”.[36]

Una de las tragedias menores del verano de 1914 es que, con el asesinato de Francisco Fernando, los nacionalistas serbios eliminaron al único hombre capaz de haber evitado que el imperio austrohúngaro fuera a la guerra. Nunca sabremos qué habría sucedido, y es posible que, en una época de nacionalismos cada vez más intransigentes, el imperio multinacional, incluso sin la guerra, estuviera condenado al fracaso.

En el caso del imperio austrohúngaro, sus políticas interior y exterior estaban íntimamente ligadas, y determinadas por las fuerzas nacionalistas con que se las

veía. Un imperio que otrora se había acercado a alemanes, italianos o eslavos del sur para atraerlos a su seno, se hallaba en la segunda mitad del siglo xix a la defensiva, tratando de impedir que los grupos nacionalistas que rodeaban sus fronteras le arrancaran territorio. La unificación de Italia había logrado ir privando al imperio austrohúngaro de la mayor parte de sus zonas italoparlantes, y los insurgentes italianos aún tenían sus ojos puestos en el Tirol del Sur. En este momento, las ambiciones serbias amenazaban con hacer lo mismo con los territorios eslavos del sur, incluidas Eslovenia y Croacia; los nacionalistas rumanos codiciaban las regiones rumano-parlantes de Transilvania; los agitadores rusos trataban de persuadir a los rutenos del este de Galitzia de que su lugar estaba realmente dentro de Rusia. Y el problema no haría más que empeorar, con el fortalecimiento de las relaciones de los grupos nacionalistas de fuera del imperio austrohúngaro respecto a compatriotas de dentro de lo que algunos dieron en llamar "la prisión de naciones".

Los pesimistas —o quizá simplemente realistas— del imperio austro-húngaro pensaban que valía la pena mantener el statu quo, e impedir divisiones mayores dentro y una decadencia más aguda fuera. El emperador se contaba entre los que sostenían esto, y también su ministro de Asuntos Exteriores hasta 1906, el conde Agenor Goluchowski. Este era buen mozo, agradable, algo perezoso (su apodo era Goluchschla-fski, en referencia a su aspecto general de somnolencia; schlaf signifca sueño) y pragmático. Tenía plena consciencia de la debilidad del imperio austrohúngaro, y creía en una política exterior discreta, sin iniciativas abruptas o estridentes. Sus políticas se fundamentaban en el criterio de que el imperio austrohúngaro necesitaba preservar la triple alianza con Alemania e Italia; mantenerse en buenos términos con Rusia; evitar desencuentros en los Balcanes o sobre el imperio otomano; y, de ser posible, mantener los acuerdos con Gran Bretaña e Italia acerca del Mediterráneo.

Los optimistas creían que la monarquía dual necesitaba demostrar, y debía hacerlo, que todavía era una gran potencia, y construir entretanto la unidad nacional. Se lamentaban de la debilidad austrohúnga-ra en el interior y en su propio entorno, así como de su incapacidad para sumarse al reparto mundial de colonias. En 1899 el embajador austriaco en Washington, un diplomático con experiencia, le escribió a uno de sus colegas:

El modo en que la política de las grandes potencias se ha desarrollado, a través de asuntos extraeuropeos, nos aparta cada vez más del papel de potencia. En el transcurso de nuestras vidas, los problemas en torno a los cuales giraban las políticas de la década de 1880 han quedado obsoletos, como el de nuestro dominio en Italia en la década de 1850 y el de nuestra rivalidad con Prusia en la siguiente. Nadie está contento. A diferencia del periodo anterior, solo queremos mantener el statu quo, y nuestra única ambición es existir.

Y concluía con un pensamiento lúgubre: “Nuestro prestigio ha caído tan bajo como el de Suiza”.[37] A las puertas mismas del imperio austrohúngaro yacían las tentaciones de ganancias en los Balcanes, y quizá más allá incluso, en la costa de Asia menor, en la medida en que el imperio otomano se aproximaba a su ocaso.[38]

Siete años más tarde, cuando la posición del imperio austrohúngaro se había deteriorado todavía más, Conrad von Hötzendorf, nuevo jefe del estado mayor y uno de los hombres más influyentes de la monarquía dual, expuso sus criterios sobre política exterior. El imperio austrohúngaro necesitaba ser convincente y positivo: para demostrarle al mundo que merecía ser tomado en serio; y, más aún, para inspirar en sus propios ciudadanos el orgullo por su país, y que se superaran con ello las agotadoras disputas internas. El éxito en el exterior, incluso en el terreno militar, le generaría mayor apoyo al gobierno dentro del país, lo que a su vez multiplicaría el respaldo a una política exterior más agresiva; y este resultado, el único posible si el imperio austrohúngaro quería sobrevivir, dependía de unas fuerzas armadas poderosas. Como señalaría Conrad años después: “Es preciso tener siempre presente que los destinos de las naciones y las dinastías se deciden en el campo de batalla y no en la mesa de reuniones”.[39]

Y no era el único en sostener estas ideas, que compartían, en realidad muchos altos oficiales de toda Europa. Lo que marcaba la diferencia en su caso era que la combinación de su propia personalidad con la incoherencia del gobierno austrohúngaro le permitía ejercer una gran influencia tanto en la política interior

como en la exterior. Con el paréntesis de un año, 1912, Conrad fue jefe del estado mayor entre 1906 y 1917: es decir, durante los años de crisis que precedieron a la guerra, la carrera armamentista y el fortalecimiento de las alianzas; en las semanas cruciales de 1914, en que el mundo entró en guerra; y, por último, durante la propia guerra, en que el imperio austrohúngaro fue de desastre en desastre.

Conrad tenía cincuenta y cuatro años de edad cuando se convirtió en el líder militar más importante de la monarquía dual, próximo al propio Francisco José, y fue un devoto servidor del imperio y de su emperador. Nacido en Viena en el seno de una familia germanopar-lante, como muchas otras en el viejo imperio, aprendió varios idiomas a lo largo de su vida, entre ellos el francés, el italiano, el ruso, el serbio, el polaco y el checo, pues consideraba que ser políglota formaba parte de la esencia misma de ser austriaco. (Después de su promoción a jefe del estado mayor asistió a la escuela Berlitz para añadir el húngaro; Francisco José decía que era preferible que aprendiera chino).[40]

Conrad era un hombre apasionado, seguro de sí y presumido (no se ponía las gafas si podía evitarlo), de gran energía y resistencia, y con una buena estampa a caballo, algo importante para los oficiales de los ejércitos europeos de la época. Sabía ser encantador, pero también arreglárselas para salirse con la suya. Sus subordinados le querían por lo general, pero a menudo se enfrentaba a colegas y superiores, incluso a Francisco Fernando, que fue el que inicialmente lo había deseado al frente del estado mayor. Los orígenes de Conrad eran relativamente modestos, al menos en comparación con otros oficiales de alta graduación (la familia de su padre pertenecía a la nobleza menor y su abuelo materno era pintor), y él había ascendido en las filas del ejército por su propio talento y por su esfuerzo. Esta última característica probablemente la aprendiera de su madre, que le abligaba a concluir sus deberes antes de cenar, y que ejerció siempre una fuerte influencia para él. Ella y la hermana de Conrad vivieron con él después del fallecimiento del padre. Conrad era un hombre que amaba y respetaba a las mujeres, y estuvo felizmente casado. En 1904, cuando su esposa murió, a la relativamente corta edad de cuarenta y cuatro años, aproximadamente uno antes de que fuera jefe del estado mayor, Conrad se quedó desolado, y sufrió el primero de lo que serían unos episodios depresivos recurrentes. Nunca había

tenido antes de esto excesiva fe en la religión, y después se volvió cínico en cuanto a las promesas de esta, y cada vez más dubitativo sobre el significado de la vida. Este pesimismo le aquejaría el resto de su existencia, y entraría en contradicción con sus repetidos llamamientos a emprender acciones positivas.[41]

Según los parámetros de la época, Conrad era un oficial poco convencional, que se aburría en las cacerías y se impacientaba con las formalidades. Por otra parte, leía abundantemente libros de historia, filosofía, política y ficción, y se formaba sus propias opiniones. Una de sus creencias fundamentales, compartida por muchos en la época, era que la existencia era lucha, y que las naciones se alzaban o caían según su capacidad de adaptación. Su esperanza era que el imperio austrohúngaro luchara, aunque a menudo dudaba de que fuera capaz. En política interna era conservador, y, al igual que su señor Francisco Fernando, era antihúngaro; en política exterior, sin embargo, era aventurero y hasta irreflexivo. Consideraba a Italia una amenaza importante, si no mayor, para el imperio; pero buscaba atraer a los ciudadanos italianos y desafiaba al imperio austrohúngaro en el Adriático y los Balcanes. Cuando Rusia quedó temporalmente neutralizada como resultado de la guerra ruso-japonesa, instó a su gobierno a lanzar una guerra preventiva para aplastar a Italia, y cuando llegó a jefe del estado mayor continuó presionando en tal sentido. “Austria no ha iniciado jamás una guerra”, le dijo Francisco Fernando. A lo que Conrad respondió: “Lamentablemente, Su Majestad”. Aunque tanto el emperador como Francisco Fernando rechazaban la idea de una guerra contra Italia, sí le permitieron a Conrad reforzar las fortificaciones en el Tirol del sur, a lo largo de su frontera, lo que exigió el desvío de los escasos recursos destinados a la modernización y equipamiento de las fuerzas armadas del imperio. Conrad también emprendió pretenciosos ejercicios con su estado mayor a lo largo de la frontera; en una ocasión practicó incluso una defensa austriaca contra Italia en la ribera del río Isonzo, uno de los más sangrientos campos de batalla en ese frente durante la Gran Guerra.[42]

Para Conrad, Serbia era otro enemigo. Después de prestar servicios con las fuerzas que aplastaron las rebeliones de Bosnia y Herzegovina, a finales de la década de 1870, desarrolló cierta animosidad contra los habitantes eslavos del sur de los Balcanes. En su opinión, estos pueblos eran primitivos, “sanguinarios y crueles”.[43] En la medida en que Serbia se fortaleció y se desplazó hacia la

órbita rusa a partir de 1900, Conrad abogó por una guerra preventiva también contra ella; pero hasta 1914 el emperador se resistió. Después de la Gran Guerra, Conrad arguyó que el imperio austrohúngaro había pagado un precio muy alto por haber perdido la oportunidad de enfrentarse contra Serbia e Italia cuando estuvo en condiciones de hacerlo. “El ejército no es un extintor de incendios, no se puede permitir que se oxide hasta que las llamas empiecen a salir por las ventanas. Pero en manos de políticos inteligentes y conscientes de los objetivos que persiguen, es un instrumento útil para la defensa crucial de sus intereses”.[44]

Las ambiciones de Conrad de hacer algo dramático y a gran escala se alimentaban del torbellino personal que era su vida. En 1907, volvió a enamorarse apasionadamente, esta vez de Gina von Reininghaus, una mujer hermosa, casada y con seis hijos, a quien le doblaba la edad. Se habían sentado juntos durante una cena y él le habló de su pena por el fallecimiento de su esposa y de su soledad. Según contaría Gina, más tarde, al abandonar la fiesta, Conrad se volvió a su ayudante y le dijo que debería abandonar Viena inmediatamente: “Esta mujer será mi destino”. En lugar de irse, Conrad le declaró su amor y la instó a divorciarse de su esposo y casarse con él. Esto no solo habría sido difícil (ella habría perdido la custodia de sus seis hijos, entre otras cosas), sino que habría provocado un escándalo perjudicial. Así que se negó. Pero, pasados unos años, Conrad y Gina se hicieron amantes con el consentimiento del esposo, que aprovechó la oportunidad para iniciar su propio romance extramatrimonial. Conrad le escribía apasionadas cartas de amor, la mayor parte de las cuales jamás enviaba, y siempre añoró casarse con ella. Durante la crisis Bosnia de 1908, le escribió que todo apuntaba a la guerra, y se atrevió a soñar que quizá regresaría victorioso: “[...] entonces, Gina, rompería las cadenas para tenerte como mi adorada esposa, la mayor felicidad de mi vida. Pero, ¿qué sucederá si las cosas van de esta manera y si esta horrible paz continúa? ¿Qué sucederá entonces, Gina? Mi destino está en tus manos, completamente en tus manos”. Ella vio esta carta por primera vez después de la muerte de Conrad en 1925, tras haber hecho gestiones en los altos niveles correspondientes para obtener la anulación de su matrimonio.[45]

Por fortuna para la paz en Europa a corto plazo, Conrad no vio realizarse su deseo de guerra en 1908, ni tampoco en las siguientes crisis que tuvieron lugar

en los Balcanes entre 1911 y 1913. El archiduque también se estaba desilusionando de su protegido y hasta quizá sentía celos de la reputación de Conrad como principal pensador y estratega militar de la monarquía dual. Además, Conrad no mostraba el respeto necesario, y no se avenía a recibir órdenes. Los dos hombres discreparon sobre el entrenamiento del ejército y sobre su empleo; Francisco Fernando habría estado dispuesto a emplearlo contra la oposición interna en Hungría y otros lugares, mientras que Conrad insistía en que se utilizara en guerras externas. La ruptura definitiva se produjo en torno a Italia, país que en 1911 se enfrentó al imperio otomano en una guerra por Libia, momento que Conrad consideró perfecto para una invasión, ya que las fuerzas italianas estaban ocupadas en el norte de África. Tanto el emperador como su heredero y el ministro de Asuntos Exteriores, Aehrenthal, rechazaron la propuesta. Luego, cuando un periódico de Viena publicó un artículo anónimo reflejando las opiniones de Conrad y atacando a Aehrenthal, el viejo emperador sintió que no tenía más opción que sustituir a su jefe del estado mayor. Pero Conrad no fue despedido sin más, sino que se le concedió un cargo importante en el ejército, para ser restituido un año después en el anterior. Aunque Francisco Fernando siguió tratándolo con desconfianza, y en 1913 le escribió al nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Leopold Berchtold, advirtiéndole de que no se dejara influir por Conrad, “porque, naturalmente, Conrad abogará de nuevo por todo tipo de guerras y por la política de formar un gran ejército para conquistar a los serbios y Dios sabe que más”.[46]

Francisco José y Francisco Fernando se preocupaban por preservar la posición del imperio austrohúngaro como gran potencia; pero eran esencialmente conservadores, como la mayoría de los estadistas del imperio, en su enfoque de las relaciones exteriores, y antes que la guerra preferían la paz. Después de las fracasadas guerras de la década de 1860, el imperio austrohúngaro se había concentrado en el establecimiento de alianzas defensivas y en tratar de eliminar las causas de los conflictos con otras potencias. Durante varios decenios mantuvo buenas relaciones con sus vecinos grandes, Alemania al oeste y Rusia al este. A este esfuerzo había contribuido el hecho de que las tres monarquías eran conservadoras y opuestas a la revolución, como se había demostrado en las guerras de la revolución francesa, en el congreso de Viena en 1815, en 1830, y de nuevo en 1848. En 1873, Bismarck había creado la liga de los tres emperadores, que duró hasta 1887; aunque la idea reaparecería varias veces hasta finales de 1907.

En 1879, el imperio austrohúngaro demostró dónde estaría su lealtad a largo plazo al firmar una alianza con Alemania cuyo propósito fundamental era la contención de Rusia. Los firmantes prometían acudir en ayuda mutua en caso de un ataque ruso; pero se mantendrían neutrales, de manera "benevolente", si un tercero atacaba a cualquiera de ellos, a menos que este tercero estuviera respaldado por Rusia, en cuyo caso intervendrían los dos. El tratado, renovado periódicamente, perduró hasta el fin de la Gran Guerra. Otra alianza importante del imperio austrohúngaro fue la triple alianza con Alemania e Italia, firmada por primera vez en 1882 y que sobrevivió hasta el estallido de la guerra en 1914. Los países firmantes se comprometían a ayudar a Alemania e Italia si cualquiera de los dos era atacado por Francia, así como a acudir en ayuda del otro en caso de ser atacado por dos o más potencias.

A pesar de que en su preámbulo se caracterizaba a la triple alianza como "esencialmente conservadora y defensiva", su creación contribuyó a la división de Europa en los años venideros tanto como la triple entente. Las alianzas, como las armas, pueden ser calificadas de defensivas, pero en la práctica su empleo puede ser ofensivo. La triple alianza, al igual que la triple entente, estimuló a sus miembros a trabajar coordinadamente en la escena internacional, y durante un creciente número de crisis; estableció lazos de cooperación y amistad; creó expectativas de respaldo en el futuro; y propició el intercambio en materia de planificación y estrategia. Los acuerdos alcanzados con la intención de crear un clima de seguridad a largo plazo, en 1914 se transformaron en un elemento de presión sobre sus miembros para que permanecieran fieles entre sí, y de este modo convirtieron un conflicto local en otro más general. Al cabo, Italia, la potencia europea más débil, demostró ser la única capaz de mantenerse al margen en 1914.

Italia se había sumado a la triple alianza, por una parte, porque el rey Humberto quería contar con un apoyo conservador en momentos en que su país atravesaba una situación de inestabilidad política y social que se asemejaba demasiado a las revoluciones; y por otra, por la necesidad de protección contra Francia. Los italianos no perdonaban a los franceses por haber ocupado el puerto de Túnez,

que durante mucho tiempo había sido de interés para Italia, ni tampoco por haberle sustraído territorio a Italia a cambio de apoyo en las guerras italianas de unificación. Por lo demás, ser parte de una alianza con Alemania, la potencia dominante del continente, satisfacía el viejo anhelo de Italia de estar entre las grandes potencias.

Pero la triple alianza unía también a Italia con el imperio austrohún-garo, relación no exenta de complicaciones. Ambas partes sabían perfectamente que en sus fronteras comunes podían surgir conflictos. El imperio austrohúngaro, que había perdido a manos de Italia las ricas provincias de Lombardía y Venecia, albergaba profundas sospechas acerca de los designios italianos sobre sus territorios, incluidas las zonas italoparlantes del Tirol del sur y el puerto adriático de Trieste, los otrora territorios venecianos de la parte superior del Adriático, y abajo, en la costa dálmata del imperio austrohúngaro, así como en lo que los patriotas italianos llamaban las "fronteras naturales" de Italia, hasta el punto más elevado de los Alpes. El decadente imperio otomano abrió nuevos horizontes a la expansión italiana al otro lado del Adriático. La Albania otomana y el estado independiente de Montenegro ofrecían lo que Italia tanto necesitaba como potencia naval: puertos. Los italianos solían lamentarse de que la naturaleza había hecho la ribera occidental del Adriático llana y fangosa, con apenas algunos puertos y sin defensas naturales; mientras que la oriental contaba con buenos puertos naturales y aguas claras y profundas. A los austriacos no les gustó que Italia permitiera la celebración en Nápoles, en 1903, del congreso nacional albano; ni que el heredero del rey Humberto se casara con una de las muchas hijas del rey de Montenegro; ni tampoco que el inventor italiano Guglielmo Marconi abriera allí la primera estación telegráfica.[47] Los italianos, por su parte, percibían al imperio austrohúngaro como el enemigo que había bloqueado la unificación y continuaba interponiéndose en la culminación del proyecto nacional italiano, además de ser hostil a las ambiciones italianas en los Balcanes. No obstante, algunos políticos italianos aducían que la triple alianza podía presionar al imperio austrohúngaro para la concesión de territorios. Como señaló uno de ellos en 1910: "Debemos aunar esfuerzos para preservar la alianza austriaca hasta el día en que estemos listos para la guerra, y ese día está aún distante".[48] En realidad, ese día estaba más cerca de lo que suponía.

Para el imperio austrohúngaro, la relación clave era con Alemania. El recuerdo de las derrotas que le había infligido Prusia en la década de 1860 se había atenuado con el tiempo, especialmente desde que Bismarck tuvo la sabia idea de ofrecerle una paz en términos generales. En ambas partes, la opinión pública cambió significativamente, llegando a confluir en un sentimiento de amistad; y después de 1905, cuando el poder ruso creció de nuevo, en un sentimiento de unidad de los teutones contra los eslavos. En los niveles más altos de la sociedad, la burocracia y el cuerpo de oficiales, predominaban los germanoparlan-tes, que sentían afinidad con Alemania y no con Rusia. Tanto Francisco José como Francisco Fernando se entendían bien con Guillermo II, y Francisco Fernando le agradecía en particular que tratara a su esposa Sofía con todos los honores. El viejo emperador simpatizó con Guillermo desde el principio, porque había depuesto al odiado Bismarck; y llegó incluso a considerarlo un amigo, algo cada vez más raro en su vida. El joven Guillermo adquirió el hábito de visitar a Francisco José con frecuencia, todos los años en el periodo inmediatamente anterior a la Gran Guerra, mostrándose siempre agradable y respetuoso, y haciendo reiteradas declaraciones de amistad hacia el imperio aus-trohúngaro. “Por cualquier razón que usted movilice sus fuerzas –le aseguró a Francisco José y a su jefe del estado mayor en 1889–, el día de su movilización será también el día de la movilización de las mías, y que los cancilleres digan lo que les plazca”. Los austriacos estaban encantados, especialmente porque los alemanes repetirían su promesa en las crisis que estaban por llegar. En ocasiones, Francisco José se preocupaba porque Guillermo era demasiado impulsivo; pero, como le dijo a su hija después de una visita en 1906, tenía confianza en sus intenciones pacíficas. “Me ha hecho bien estrechar de nuevo la mano del emperador. En la actualidad, cuando la superficie se ve tranquila pero la tormenta bulle por debajo, nunca será demasiada la frecuencia con que nos reunamos para ofrecernos mutuamente garantías, cara a cara, sobre nuestros sinceros deseos de paz y nada más que paz. En este empeño podemos confiar realmente en la lealtad mutua. A él no se le pasaría por la cabeza siquiera dejarme en la estacada”.[49]

Con los años, inevitablemente surgieron tensiones en la relación. Aunque Alemania era el principal socio comercial del imperio aus-trohúngaro, las tarifas alemanas, por ejemplo, establecidas para la protección de sus propios campesinos, afectaban a los productores del imperio. Asimismo, la economía alemana era sencillamente más expansiva y dinámica; en los Balcanes, donde el

imperio austrohún-garo acostumbraba ser la potencia económica dominante, la competencia con Alemania era cada vez más fuerte. Cuando en Alemania los periódicos atacaban a los checos, o cuando el gobierno prusiano maltrataba a su minoría polaca, ello repercutía en el imperio austro-húngaro, más allá de la frontera. El modo en que Alemania llevaba su política exterior también era fuente de preocupación para sus aliados. Goluchowski expuso la opinión generalizada cuando en 1902 le escribió al embajador austrohúngaro en Berlín:

Tomada en conjunto, la manera como se ha estado desarrollando últimamente la política alemana constituye una gran fuente de preocupación. La creciente arrogancia, el deseo de jugar a ser el maestro en todas partes y la falta de consideración con que Berlín se conduce a menudo crean un entorno sumamente incómodo en el terreno de los asuntos exteriores que no puede sino tener repercusiones nocivas, a largo plazo, para nuestra relación con Alemania.[50]

A la larga, sin embargo, las relaciones se mantuvieron firmes, porque cada parte necesitaba de la otra; y, en la medida en que se ahondaban las divisiones en Europa, sus líderes comprendían cada vez mejor que no tenían alternativa.

Mientras el imperio austrohúngaro seguía tratando de llegar a Rusia, un miembro de la triple entente, permitía que sus relaciones con los otros dos, Francia y Gran Bretaña, se debilitaran. Como dijera un joven diplomático: “Una buena esposa, tan leal que no es capaz de salir a ver a sus viejos amigos sin el consentimiento de su esposo”. Para ser justos, los viejos amigos no siempre eran amables. Francia y el imperio austrohúngaro se habían movido en direcciones políticas diferentes desde la instauración de la tercera república en 1871. En Viena, el estamento gubernamental monárquico, aristocrático y católico no veía con buenos ojos a una Francia a la que consideraba dominada por radicales, anticlericales y masones. En materia de asuntos exteriores, Francia estaba atada a Rusia y no haría nada que pudiera perturbar esta alianza crucial; por lo tanto, los mercados financieros franceses permanecían cerrados para el imperio austrohúngaro. En los Balcanes, los diplomáticos franceses intentaban atraer a Serbia y Rumanía a la triple entente, mientras las inversiones y empresas

francesas se abrían paso en los mercados austrohúngaros. Por ejemplo, en los primeros diez años del siglo xx, las firmas del imperio austrohúngaro perdían contratos en los Balcanes, en favor de la firma francesa de armamentos Schneider. De cuando en cuando, algunos estadistas franceses como Delcassé se alarmaban por la hipotética caída del imperio austrohúngaro y el surgimiento de un enorme estado alemán en el centro de Europa, pero no hacían nada por mejorar las relaciones.[51]

Con los años, las relaciones del imperio austrohúngaro con Gran Bretaña se habían estrechado, llegando a ser más cordiales que con Francia. Pese a las tradiciones radicales de Gran Bretaña, desde Viena se la veía como una sociedad más estable y conservadora que la francesa, pues allí la aristocracia todavía dominaba la política y la administración pública, como debía ser. El nombramiento en 1904 del conde Albert Mensdorff como embajador austrohúngaro se consideró un movimiento inteligente, ya que mantenía estrechas relaciones con la familia real británica y era bien recibido en los círculos aristocráticos. Por otra parte, no existían rivalidades coloniales que apartaran a Gran Bretaña del imperio austrohúngaro, como ocurría entre Gran Bretaña y Rusia; e incluso en el Mediterráneo, donde las dos eran potencias navales, compartían un mismo interés por mantener las cosas en calma, especialmente en el extremo oriental. Además, para cada una la otra se convertía en un importante contrapeso contra Rusia. Durante la guerra de los Bóers, el imperio austrohún-garo fue una de las pocas potencias que respaldaron a Gran Bretaña. “Dans cette guerre je suis complètement Anglais”, le dijo Francisco José en 1900 al embajador británico en la audiencia de los embajadores francés y ruso.[52]

No obstante, poco a poco las relaciones se enfriaron, y los acuerdos para el mantenimiento del statu quo en el Mediterráneo, que en parte se proponían bloquear el control de Rusia sobre los estrechos que comunican el mar Negro con aquel, quedaron sin efecto en 1903, cuando cada país intentó llegar a un acomodo con Rusia. Desde Londres se tenía la percepción de que el imperio austrohúngaro caía cada vez más bajo el control de Alemania, y en la medida en que la carrera armamentista naval cobraba fuerza, los británicos temían que cada nuevo barco construido por el imperio austrohúngaro reforzara los contingentes

navales alemanes. De manera que, cuando en 1907 Gran Bretaña alcanzó un entendimiento con Rusia, hizo todo lo posible por evitar cualquier medida que pudiera perturbar tan importante relación, como por ejemplo brindar apoyo al imperio austrohúnga-ro en los Balcanes o el Mediterráneo. Así, en la medida en que las relaciones del imperio austrohúngaro con Rusia se debilitaron, sus relaciones con Gran Bretaña se enfriaron aún más.[53]

Para el imperio austrohúngaro resultaba cada vez más difícil mantener buenas relaciones con Alemania y Rusia, cuando el distancia-miento entre estas dos potencias se acrecentaba. Aunque Francisco José y sus ministros de Asuntos Exteriores lamentaban la tendencia, lo cierto es que para el imperio austrohúngaro resultaba más complejo mantener sus relaciones con Rusia que con Alemania. El despertar del nacionalismo eslavo en el imperio austrohúngaro estimulaba el interés y las simpatías de Rusia, pero para el imperio esta situación añadía una complicación más a sus problemas internos, e, incluso aunque Rusia no se autodesignara protectora de los eslavos europeos, su mera existencia bastaba para despertar inquietud en sus vecinos acerca de sus intenciones.

Los cambios registrados en los Balcanes le sumaron nuevas preocupaciones al imperio austrohúngaro, pues mientras el imperio otomano se replegaba de Europa, no por propia voluntad, los nuevos estados —Grecia, Serbia, Montenegro, Bulgaria y Rumanía— se volvían amigos potenciales de Rusia, en tanto sus poblaciones eran predominantemente eslavas (aunque los rumanos y los griegos insistían en que eran diferentes) y en buena medida compartían con Rusia la religión ortodoxa. ¿Y qué ocurría con los restantes estados europeos del imperio otomano, como Albania, Macedonia y Tracia? ¿Acaso se convertirían en objeto de intrigas, rivalidades y guerras? En 1877, el ministro de Asuntos Exteriores de la monarquía dual, Julius Andrássy, señalaba que Austria y Rusia "son vecinos inmediatos y están obligados a coexistir, en paz o en guerra. Una guerra entre los dos imperios [...] probablemente concluiría con la destrucción o el desmoronamiento de uno de los contendientes".[54]

A finales del siglo xix, Rusia también percibía los peligros que entrañaba la

desintegración del imperio otomano, puesto que después de la extinción del tratado de Reaseguro ya no podría contar con la amistad de Alemania. De cualquier manera, ya estaba empezando a prestar atención a extremo Oriente, por lo que sus gobernantes veían con buenos ojos un empate con el imperio austrohúngaro en los Balcanes. En abril de 1897, Francisco José y su canciller Goluchowski fueron objeto de una cálida bienvenida en San Petersburgo, donde las bandas militares tocaron el himno austriaco mientras las banderas amarilla y negra de Austria, y roja, blanca y verde de Hungría ondeaban con la brisa primaveral junto al pabellón ruso, y el zar y sus invitados paseaban en coches descubiertos por la avenida Nevski. Esa noche los dos emperadores intercambiaron amables brindis durante un banquete de estado, y manifestaron sus esperanzas de que reinara la paz. En conversaciones posteriores, las dos partes acordaron trabajar de consuno para mantener intacto el imperio otomano y dejar claro a las naciones independientes de los Balcanes que en adelante ya no podrían enfrentarse entre sí. Como era posible que los otomanos perdieran el control sobre sus restantes territorios en los Balcanes, Rusia y el imperio austrohúngaro trabajarían juntos en una división de los Balcanes y presentarían luego un frente común ante las demás potencias. Rusia obtuvo la promesa de que, pasara lo que pasara, los estrechos otomanos permanecerían cerrados a los buques de guerra extranjeros que entraran en el mar Negro; en tanto que el imperio austrohúngaro logró un entendimiento, o al menos eso creyó, respecto a la anexión en un futuro de los territorios de Bosnia y Herzegovina ocupados por sus fuerzas desde 1878. Pero posteriormente los rusos enviaron una nota afirmando que la anexión "crearía una situación más compleja que merecería un análisis especial, en el momento y lugar adecuados".[55] En 1908, dicha situación se presentaría de manera particularmente nociva.

No obstante, en los años siguientes las relaciones entre Rusia y el imperio austrohúngaro fueron relativamente buenas. En el otoño de 1903, el zar visitó a Francisco José en uno de sus cotos de caza, y ambos analizaron el deterioro de la situación en Macedonia, por su abierta rebelión contra los gobernantes otomanos (y por matarse entre sí según se fuera un tipo u otro de cristianos). Los mandatarios acordaron presentar un frente común acerca de las reformas exigidas al gobierno otomano de Constantinopla. Al año siguiente, el imperio austrohúngaro y Rusia firmaron un tratado de neutralidad, y hasta se habló de resucitar la liga de los tres emperadores con Alemania, aunque esta idea no prosperó.

La relación no marchaba bien; ninguna de las partes confiaba totalmente en la otra, especialmente en lo tocante a los Balcanes. Si el imperio otomano iba a desaparecer, lo cual parecía muy probable, cada país quería cerciorarse de que sus intereses quedaban protegidos. El imperio austrohúngaro deseaba el surgimiento de una Albania fuerte, que bloquease el acceso de los eslavos del sur al Adriático (providencialmente, los albanos no eran eslavos); pero Rusia deseaba lo contrario. Unas veces de manera discreta, y otras abiertamente, los dos competían por la influencia en Serbia, Montenegro y Bulgaria; hasta en el caso de Macedonia ambas partes discrepaban en cuanto a los detalles de las reformas. Más tarde, las posibilidades de un en-frentamiento en los Balcanes crecieron notablemente cuando, al producirse su derrota en la guerra ruso-japonesa, Rusia volvió de nuevo su mirada a occidente. Además, una vez que Rusia enmendó sus relaciones con Gran Bretaña en 1907, ya no necesitaba apoyarse tanto en el imperio austrohúngaro para ayudarle en el Mediterráneo y tratar con el imperio otomano. En 1906 se había producido por otro lado un cambio de vital importancia en el liderazgo austrohúngaro: Conrad se convirtió en jefe del estado mayor, y Aehrenthal, que abogaba por una política exterior más activa que Goluchowski, era ahora ministro de Asuntos Exteriores. Mientras Europa comenzaba a sufrir una serie de crisis, las dos grandes potencias conservadoras se apartaban peligrosamente en los tormentosos Balcanes que yacían entre ellas.

IX

¿EN QUÉ PENSABAN? ESPERANZAS, MIEDOS, IDEAS Y PRESUPOSICIONES

A comienzos de la década de 1930, el conde Harry Kessler, hijo de una beldad anglo-irlandesa y un rico banquero alemán al que Guillermo I le otorgó un título hereditario, escribió un libro en el que analizó retrospectivamente la Europa de su juventud, anterior a la Gran Guerra:

Algo grandioso, la vieja Europa, cosmopolita y predominantemente agraria y feudal, el mundo de las bellas mujeres, los reyes galantes y las combinaciones dinásticas; la Europa del siglo XVIII y la santa alianza envejecía y se debilitaba, fenecía, y algo nuevo, joven, vigoroso e incomprensible se insinuaba. Lo sentíamos en nuestros miembros como una helada o una primavera; lo primero con un dolor sordo, lo segundo con intensa alegría.[1]

Kessler gozaba de una posición única para observar las esperanzas y los temores, y para tomar nota del pensamiento europeo en aquellos años previos a 1914. Había nacido en 1868 y alcanzado la mayoría de edad en el último cuarto de siglo; y aún estaba en la flor de la vida cuando estalló la Gran Guerra (falleció en 1937, cuando otra se aproximaba a Europa). Educado en una escuela privada británica y un colegio preuniversitario alemán, con familia en Gran Bretaña, Alemania y Francia, noble alemán y esnob que anhelaba ser intelectual y artista, y homosexual que amaba tanto a las mujeres hermosas como a los hombres, se movía con soltura entre las clases sociales, políticas, sexuales y nacionales. Sus diarios, que mantuvo durante toda su vida, están llenos de referencias a almuerzos, encuentros para tomar el té, cenas, cócteles, salidas con Auguste Rodin, Pierre Bonnard, Hugo Hofmannsthal, Vaslav Nijinski, Serguéi Diáguilev, Isadora Duncan, George Bernard Shaw, Friedrich Nietzsche, Rainer Maria Rilke o Gustave Mahler, y cuando no está en los estudios de los artistas, el ballet o el

teatro, se le puede encontrar en los bailes de la corte de Berlín o en los clubes de caballeros de Londres; ayuda a redactar el argumento y el libreto de El caballero de la rosa, de Richard Strauss, y con Theobald von Bethmann Hollweg, sucesor del primer ministro Bülow, conversa sobre las relaciones de Alemania con Gran Bretaña.



9. El incidente de Zabern de 1913 comenzó cuando un oficial alemán en un pequeño pueblo de Alsacia se refirió a los civiles del lugar de un modo despectivo que detonó las protestas populares. Las autoridades militares reaccionaron de forma exagerada, efectuando una redada contra directores de periódicos locales y arrestando a civiles con pretextos endebles. Si bien las autoridades civiles alemanas se preocuparon por poner coto a los militares, estos cerraron filas y se negaron a retractarse. Fue para muchas personas, dentro y fuera de Alemania, un ejemplo escalofriante de que el ejército alemán se veía a sí mismo libre del control civil.

Kessler se movía en círculos muy especiales; por lo tanto, lo que allí veía y oía no era necesariamente representativo de los europeos en general. (Como entonces no existían las encuestas, solo se puede tener una idea aproximada de la situación). Pero las personas que se dedican a pensar en una sociedad e intentan dar cuenta de ella suelen tener una sensibilidad especial que les permite percibir lo que está latente antes de que se manifieste de manera abierta. En el periodo anterior a 1914, y de un modo más insistente, los artistas, los intelectuales y los científicos se cuestionaban los postulados vigentes sobre la racionalidad y la realidad. Era una época de intensa experimentación en los círculos considerados entonces de vanguardia, pero cuyas ideas formarían parte de la corriente general en los decenios siguientes. El cubismo de Picasso y Braque; los intentos de los futuristas italianos, como Balla, por captar el movimiento; el estilo expresivo y fluido de la danza de Isadora Duncan; los ballets marcadamente eróticos coreografiados por Diáguilev y ejecutados por Nijinski; o las novelas de Marcel Proust: todos estos, a su manera, eran actos de rebelión. Muchos integrantes de la nueva generación de artistas sostenían que el arte no estaba para preservar los valores de la sociedad, sino que debía ser impactante y liberador. Gustave Klimt, y los pintores más jóvenes a los que él sacó de la oficialista asociación de artistas austriacos, cuestionaban la idea vigente de que el arte debía ser realista. Uno de los objetivos de la secesión vienesa fue justamente no mostrar el mundo tal cual era, sino ir más allá de la superficie y penetrar en la vida del instinto y la emoción.[2] El compositor vienés Arnold Schoen-berg, con sus reglas sobre la armonía y el orden, se liberó de las formas aceptadas de la música europea para crear obras disonantes y perturbadoras. “Por fortuna, toda teoría termina donde empiezan los instintos del hombre”.[3]

Las instituciones y valores añejos sufrían el embate de nuevas formas y actitudes; su mundo cambiaba, quizá a excesiva velocidad, y tenían que tratar de hallarle sentido. ¿Qué pensaban? Esta es una pregunta que suele aparecer a propósito de los europeos que fueron a la guerra en 1914. Las ideas que influyeron en sus opiniones sobre el mundo, lo que aceptaban sin discusión (lo que el historiador James Joll ha denominado las “suposiciones tácitas”), lo que cambiaba y lo que se mantenía inmutable, todo formaba parte sustancial del contexto en que la guerra, incluso una guerra europea generalizada, constituía una de las opciones posibles en 1914. Desde luego, no todos los europeos pensaban y sentían lo mismo; las diferencias eran enormes entre clases, países y regiones; y muchas personas, al igual que hoy, eran como los padres del escritor Stefan Zweig, que se tomaban la vida como venía, sin detenerse a pensar demasiado en la dirección que lleva el mundo. Con una mirada retrospectiva a los años anteriores a 1914, asistimos al nacimiento de nuestro mundo moderno; pero hay que detectar también la persistencia y la fuerza de las viejas formas de pensar y de ser. Por ejemplo, había millones de europeos que aún vivían en las mismas comunidades rurales que sus antepasados, llevando la misma vida que ellos. La jerarquía y el lugar de cada cual en ella, el respeto por la autoridad y la fe en Dios todavía determinaban la vida de los europeos. De hecho, sin la permanencia de semejantes valores sería harto difícil imaginar cómo tantos pudieron estar dispuestos a ir a la guerra en 1914.

Al cabo, las decisiones que llevaron a Europa a la guerra —o que no lograron conjurarla— fueron tomadas por un grupo de hombres increíblemente reducido; y estos hombres —pocas mujeres desempeñaron algún papel— procedían en general, aunque no todos, de las clases altas, fuese de la aristocracia agraria o de la plutocracia urbana; e incluso quienes procedían de la clase media, como los hermanos Cambon, eran proclives a asimilar sus valores y compartir sus criterios. La clase que conformaba las élites dominantes, civiles o militares, así como sus esperanzas y temores, es una de las claves de comprensión. Otra es su crianza y su educación. Y una tercera, el mundo más amplio que les rodeaba. Sus ideas y actitudes se habían establecido durante su juventud, veinte o treinta años antes; pero eran conscientes de cómo evolucionaban sus sociedades y de las nuevas ideas que se respiraban. Eran capaces de cambiar sus opiniones de la misma forma que lo hacen hoy en día los líderes demócratas en temas como el

matrimonio entre personas del mismo sexo.

Algo que Kessler también recogió en sus diarios fue el sentimiento prevaleciente entre las élites de artistas, intelectuales y políticos de que Europa cambiaba rápidamente, y no siempre de acuerdo con sus gustos. A menudo los líderes europeos se inquietaban por sus propias sociedades. La industrialización, las revoluciones científica y tecnológica, el desarrollo de las nuevas ideas y actitudes conmocionaban a las sociedades de toda Europa y ponían en tela de juicio antiguas prácticas y valores establecidos. Europa era un continente al mismo tiempo poderoso y atribulado. Todas las grandes potencias debieron afrontar graves y prolongadas crisis políticas antes de la guerra: en Gran Bretaña, la cuestión irlandesa; en Francia, el caso Dreyfus; en Alemania, las contradicciones entre la corona y el parlamento; en el imperio austrohúngaro, el conflicto entre las nacionalidades; y en Rusia, la cuasi revolución. En ocasiones se consideraba la guerra como una vía para superar las divisiones y las antipatías, y quizá lo fuera. En 1914, en todas las naciones combatientes se hablaba de la nación en armas, la unión sagrada donde las divisiones en clases, regiones, grupos étnicos o religiosos quedaran atrás y la nación se aglutinara bajo un espíritu de unidad y sacrificio.

Kessler formó parte de una generación que vivió en uno de los periodos más grandiosos y cambiantes de la historia social humana. Cuando tenía poco más de treinta años y asistió a la exposición de París de 1900 (que le pareció una “terrible mezcolanza inarticulada”),[4] Europa era ya muy diferente de la que conoció en su juventud. La población, el comercio y las ciudades habían crecido; la ciencia desentrañaba un misterio tras otro; y había más fábricas, más kilómetros de vías férreas, más líneas de telégrafo, más escuelas; había más dinero para gastar y más en qué gastarlo: el novedoso cine, los automóviles, los teléfonos, la electricidad y la bicicleta, así como los muebles y las ropas producidos masivamente. Los barcos eran más rápidos, y en el verano de 1900 ascendió al cielo el primer zepelín. En 1906, se realizó el primer vuelo de un aeroplano en Europa. El lema de los nuevos juegos olímpicos hubiera podido valer para Europa: “Citius, altius, fortius” [Más rápido, más alto, más fuerte].

Aunque solo en parte. Con frecuencia, una mirada a la Europa de aquel último decenio de paz nos transporta a un largo verano dorado de otra época más inocente. En realidad, la preeminencia de Europa y el aserto de que la civilización europea era la más avanzada de la historia de la humanidad estaban siempre cuestionados desde fuera y socavados desde dentro. De hecho, Nueva York competía con Londres y París como centro financiero; Estados Unidos y Japón se abrían paso a través de los mercados europeos y del poder del viejo continente en todo el mundo; y tanto en China como a lo largo y ancho de los grandes imperios occidentales cobraban auge las nuevas fuerzas nacionalistas.

Por lo demás, los cambios como los que se experimentaban en Europa tienen su precio. La transformación económica provocó enormes tensiones, y los repetidos altibajos crearon dudas sobre la estabilidad y el futuro del capitalismo. (No solamente en Viena se identificó a los judíos con el capitalismo; la inestabilidad económica alimentó la llama del antisemitismo en toda Europa).[5] Durante los últimos dos decenios del siglo xix, los precios de los productos agrícolas se mantuvieron aquí deprimidos (en parte debido a la competencia del nuevo mundo), y los efectos de tal depresión devastaron a las comunidades agrícolas, llevando a los pequeños terratenientes a la bancarrota y a los campesinos a la penuria. Aunque las poblaciones urbanas se beneficiaron de la reducción de los precios de los alimentos, todos los países europeos experimentaron caídas en sus ciclos empresariales, o estancamiento y contracción en determinadas industrias. En el imperio austrohúngaro, por ejemplo, un viernes negro puso fin en 1873 a la especulación desenfrenada, y miles de empresas grandes y pequeñas, entre ellas bancos, compañías de seguros y fábricas, fueron a la quiebra. Y, a diferencia de nuestra época, la mayoría de los países carecía de mecanismos de protección para ayudar a los desempleados, a las personas sin seguros y a los desafortunados que, por lo general, aunque no siempre, procedían de las clases bajas.

Pese a que en el transcurso del siglo xix las condiciones de trabajo habían experimentado una gran mejoría en los países de Europa occidental, en los del este la situación todavía era lamentable, puesto que la revolución industrial estaba más reciente. Incluso en países desarrollados como Gran Bretaña y Alemania, los salarios eran aún bajos y las jornadas laborales largas, en

comparación con nuestros días. A partir de 1900, cuando los precios empezaron a subir, la situación de las clases trabajadoras fue cada vez más sofocante; y, lo que quizá tenía la misma importancia, se sentían excluidas del poder y subvaloradas como personas.[6] La enorme cantidad de emigrantes que abandonaban Europa puede ser un indicio de la insatisfacción con respecto a las estructuras sociales y políticas prevalecientes, pero también de la aspiración a unas oportunidades mejores. De 1900 a 1914, aproximadamente un cinco por ciento de la población de Gran Bretaña emigró, y el grueso lo formaban trabajadores sin cua-lificación.[7] Otros optaron por quedarse y luchar, y en toda Europa, en los años anteriores a 1914, se registró un marcado aumento de la participación en los sindicatos y en las huelgas. Este incremento de las tensiones sociales y del descontento laboral preocupaba enormemente a las élites militares y políticas; pues, aunque se lograra conjurar la revolución, ¿podría una clase trabajadora enajenada producir buenos ciudadanos o, lo que era quizá más importante, buenos soldados? ¿Estarían dispuestos siquiera a defender a su país? Por otro lado, este temor podía hacer que la guerra pareciera algo deseable, ya que podía servir para apelar al patriotismo o como excusa para aplastar a los elementos rebeldes de la sociedad.

Las antiguas clases altas, cuya riqueza procedía en gran medida de la propiedad de la tierra, desconfiaban enormemente del mundo nuevo y, no sin razón, temían perder el control sobre el poder, y ver su modo de vida condenado a desaparecer. En Francia, la revolución ya había destruido una gran parte del estatus y el poder de la rancia aristocracia agraria, pero en toda Europa la aristocracia urbana y terrateniente se veía amenazada por la caída de los precios de la tierra y de los productos agrícolas, y en el nuevo mundo urbanizado se veían cuestionados sus valores. Francisco Fernando y numerosos conservadores austriacos culpaban a los judíos del fin de la antigua sociedad jerárquica, que se había fundamentado en sólidos principios cristianos.[8] Los cuerpos de oficiales de Austria y Alemania parecían víctimas del pesimismo respecto al futuro de su forma de vida,[9] lo cual muy bien pudo haber tenido influencia en la disposición de los generales para ir a la guerra en 1914. El ministro prusiano de la Guerra, el general Erich von Falkenhayn, dijo el 4 de agosto, cuando la guerra se extendía: “Aunque perezcamos, habrá estado bien”.[10]

Durante los últimos decenios de paz en Europa, las clases altas lucharon con determinación en la retaguardia; y, aunque la movilidad social aumentaba gracias a los cambios socioeconómicos, el linaje todavía era importante. Incluso en Londres, donde la sociedad siempre había estado más abierta al talento y a la riqueza, el distinguido ingeniero de minas estadounidense y futuro presidente Herbert Hoover calificó la estratificación de la sociedad británica como “una constante maravilla y una lástima”.[11] No obstante, en toda Europa los nuevos ricos de la industria y las finanzas se abrían paso hacia los círculos de las clases altas, a menudo adquiriendo títulos o casando a sus hijos con miembros de la aristocracia, transacción en la que se ofrecía riqueza a cambio de linaje y posición social. Aun así, en casi todas las potencias europeas todavía predominaban en 1914 los miembros de la antigua clase alta en los niveles superiores de la política, la burocracia, el ejército y la iglesia. Además, sus viejos valores demostraron una sorprendente flexibilidad, y de hecho penetraron en los miembros de la clase media emergente, que a su vez aspiraban a hacerse caballeros mediante la adquisición de títulos y la adhesión a las mismas normas de comportamiento honorable.

Intangible, pero aún muy valioso, el honor era —o al menos así lo creían las clases altas— algo que se adquiría por nacimiento: los caballeros tenían su honor y las clases bajas no. Desde las postrimerías del siglo XIX, cuando Europa experimentó sus acelerados cambios sociales, el honor pasó a ser tanto un atributo al que las viejas clases terratenientes podían asirse con creciente determinación, como algo que las distinguía de las nuevas clases medias, recién incorporadas a la prosperidad; y seguía siendo, en cuanto a las ambiciones sociales, el sello de un estatus mejor y más distinguido. El honor podía perderse por un comportamiento indigno (aunque la definitión de “indigno” siempre resultó algo ambigua); o por la incapacidad de defenderlo con la vida misma si era necesario, con un suicidio o un duelo (lo que a veces era lo mismo). Cuando el coronel Alfred Redl, oficial de inteligencia del imperio austrohúngaro, fue descubierto vendiendo planes militares ultrasecretos de su país a los rusos, la primera reacción de Conrad fue que a Redl debía dársele un revólver para que hiciera lo que debía. Se le dejó a solas y, en efecto, se voló la tapa de los sesos.

En la Europa del siglo XIX, los duelos por cuestiones de honor no solo

perduraron, sino que aumentaron, por ejemplo, entre los estudiantes universitarios alemanes y austrohúngaros. Para entonces, los duelos estaban ya tan saturados de reglas y rituales que fue preciso redactar instrucciones acerca de cuestiones técnicas tales como la elección de las armas, habitualmente espadas o pistolas, y el lugar del encuentro; incluso, algo más complicado, quién tenía la prerrogativa del desafío (el honor quedaba comprometido cuando el desafiante no era digno de enfrentarse en duelo) y por qué razones (por hacer trampas en las cartas u observaciones ofensivas, por ejemplo; o, como se decía en una guía austriaca, simplemente por mirar a alguien mientras hacía restallar una fusta).[12] El equivalente más cercano lo tenemos hoy en día son las bandas callejeras, en que el menor signo de falta de respeto puede llevar a la muerte.

A pesar de que los duelos fueron declarados ilegales en la mayor parte de los países europeos, las autoridades hacían la vista gorda y los tribunales se lo pensaban antes de emitir un fallo condenatorio. De hecho, a veces también se batían en duelo hombres que ocupaban puestos de poder, como el conde István Tisza, primer ministro húngaro de 1903 a 1905, y de 1913 a 1918. En Budapest había escuelas de esgrima especiales para quienes necesitaban una preparación de urgencia.[13] El político francés Georges Clemenceau, primer ministro entre 1906 y 1909, y también en los últimos días de la Gran Guerra, se enfrentó en duelo con sus opositores políticos una docena de veces, e incluso ya de anciano practicaba esgrima cada mañana.

El caso Dreyfus generó su propia ola de duelos. También en el medio artístico se aceptaba, como demostró el joven Marcel Proust al desafiar a un crítico de su obra; y Claude Debussy fue retado por el escritor belga Maurice Maeterlinck por no haberle dado un papel a su amante en la ópera Pelléas y Mélisande, cuyo libreto había escrito.[14] En Alemania, Kessler desafió a un burócrata que le responsabilizó del escándalo causado por una muestra de dibujos de Rodin donde aparecían jóvenes desnudos. El único país europeo en el que dejaron de aceptarse los duelos como algo propio de caballeros fue en Gran Bretaña. Pero, como le gustaba decir al káiser, Gran Bretaña era un país de comerciantes.

El honor y su guardaespaldas, el duelo, se tomaban especialmente en serio en los ejércitos de la Europa continental. Como apuntaba un manual del ejército austriaco en 1889: “La interpretación estricta del honor militar ennoblece al cuerpo de oficiales y le otorga en conjunto la condición de caballero”. (El entusiasmo de finales del siglo xix por la Edad Media era otra manera de eludir el mundo moderno). En el ejército francés, los oficiales podían ser despedidos por rechazar un desafío y, aunque en toda Europa abundaban las campañas en contra de los duelos, lo cierto es que no hacían mella en las autoridades militares. En 1913, Falkenhayn protestó ante el primer ministro alemán en estos términos: “Las raíces del duelo son parte de nuestro código de honor y se fortalecen en él. Para nuestro cuerpo de oficiales, este código de honor es un tesoro insustituible”.[15] De hecho, en la medida en que crecía la preocupación entre los altos mandos por el debilitamiento de su oficialidad, debido al ingreso de los hijos de la burguesía, los duelos y los códigos de honor cobraron mayor importancia como forma de inculcar los valores rectos.[16]

Como muchos de los hombres responsables de las relaciones internacionales en Europa procedían de la clase alta (y a menudo eran parientes entre sí), no es de extrañar que también ellos emplearan el lenguaje del honor y la vergüenza. (Aún hoy lo usamos de vez en cuando, aunque nos refiramos más a menudo al prestigio o la influencia de una nación). En 1909, cuando Rusia cedió ante la crisis motivada por Bosnia-Herzegovina, un general ruso escribió en su diario: “¡Vergüenza! ¡Vergüenza! ¡Mejor sería morir!”.[17] En 1911, durante una entrevista con el recién nombrado embajador ruso en Bulgaria, el zar subrayó que hasta 1917 Rusia no estaría lista del todo para una guerra, y añadió: “Aunque si los intereses vitales de Rusia y su honor estuvieran en juego y fuera absolutamente necesario, podríamos aceptar un desafío en 1915”.[18] Desafortunadamente para Europa, con frecuencia el significado de “honor” y “ofensa” para los países se determinaba tan subjetivamente como para las personas. La causa podía parecer trivial, afirmó el general Friedrich von Bernhardi, conocido autor de temas militares, pero la defensa del honor de una nación justificaba una guerra: “La máxima consumación para un estado o nación es utilizar todo su poderío en preservar su independencia, su honor y su reputación”.[19] El historiador conservador Treitschke, que tanto infuyera sobre la generación que detentaba el poder en 1914, llegó a emplear la terminología propia del duelo: “Si se ofende a la bandera de un estado, es deber de ese estado exigir una reparación; y si no se le ofrece, debe declarar la guerra, aun cuando la

causa pueda parecer trivial: porque el estado no puede escatimar esfuerzos a la hora de preservar el respeto que ha de disfrutar entre sus pares”.[20]

Había algo casi desesperado en el énfasis que se hacía en el honor, tanto individual como nacional, y que reflejaba el temor a que el éxito material de Europa, tan evidente en las nuevas ciudades, en los ferrocarriles o en los almacenes, derivara en una sociedad más vulgar y egoísta, más ordinaria. ¿No existía acaso un vacío espiritual que la religión establecida parecía incapaz de llenar? El asco ante el mundo moderno, y ante lo que el destacado poeta alemán Stefan George denominó “los años miserables de la inmundicia y la frivolidad”, hicieron que algunos intelectuales acogieran la guerra como una posibilidad de purificación social. El alemán Walther Rathenau, en quien se daba la combinación poco usual de industrial de éxito e intelectual prominente, publicó en 1912 una Crítica de la época, en la que expresaba sus preocupaciones por el impacto de la industrialización y la pérdida de los ideales y la cultura. Justo antes de la Gran Guerra, le escribió a un amigo: “Nuestro tiempo es uno de los más aciagos, entre los numerosos periodos de transición: glaciaciones, catástrofes”.[21] No obstante, Rathenau era una especie de optimista, que creía que finalmente el mundo lograría recuperar los valores espirituales, culturales y morales que perdía en las primeras etapas del capitalismo y la industrialización.[22] Su compatriota Friedrich Nietzsche, mayor que él, no tuvo esa esperanza: “Durante largo tiempo toda nuestra cultura europea se ha movido en medio de una tensión tormentosa, que aumenta de un decenio a otro, como si avanzara hacia una catástrofe; agitada, violenta, desenfrenada como un río que puja por llegar a su fin”.[23]

Nietzsche, quien a la muy temprana edad de veinticuatro años ya era profesor en Basilea, era brillante y complicado, y ciertamente tenía razón; solo que resulta difícil, si no imposible, determinar exactamente en qué tenía razón, puesto que fue un escritor prolífico, que se contradecía con frecuencia. Lo que le impulsaba era la convicción de que la civilización occidental había tomado el mal camino, concretamente desde hacía dos mil años, y de que la mayor parte de las ideas y prácticas que la dominaban eran completamente erróneas. A su juicio, la humanidad estaba condenada al fracaso, a menos que rompiera con todo y empezara a pensar de nuevo con claridad y a sentir con intensidad.[24] Entre sus

objetos de crítica estaban el positivismo, el convencionalismo burgués, el cristianismo (su padre había sido pastor protestante) y todas las demás religiones establecidas; probablemente toda organización. Se oponía al capitalismo y a la sociedad industrial moderna, así como al "vulgo" que esta producía. Nietzsche les decía a sus lectores que los seres humanos habían olvidado que la vida no era ordenada ni convencional, sino decisiva y peligrosa, y que para alcanzar las cumbres del nuevo despertar de la espiritualidad era preciso abrirse paso más allá de los límites de la moral convencional y la religión. En una de sus célebres frases proclamó: "Dios ha muerto". (Seguramente, una de las razones por las que el pensamiento de Nietzsche resultaba tan atractivo era por la eficacia con que empleaba los aforismos y las frases emblemáticas, como lo haría el filósofo Jacques Derrida posteriormente). Aquellos que abrazasen el desafío lanzado por Nietzsche serían superhombres. En el siguiente siglo, una "nueva parte de la vida" conduciría a la humanidad a mayores alturas, "incluida la cruel destrucción de todo lo que sea degenerado y parasitario". La vida, dijo, es "apropiación, daño, conquista de lo extraño y débil, supresión, severidad".[25] Los jóvenes nacionalistas serbios que llevaron a cabo el asesinato del archiduque Francisco Fernando, precipitando así la Gran Guerra, estaban profundamente influidos por el pensamiento de Nietzsche.

Su obra, pese a toda su incoherencia y su complejidad, resultaba fascinante para una generación más joven, que sentía deseos de rebelarse pero no estaba segura de contra qué. Kessler, ferviente admirador y fiel amigo suyo, escribió en 1893: "Probablemente no haya hoy día en Alemania un hombre de entre veinte y treinta años, con una educación aceptable, que no le deba en parte a Nietzsche su visión del mundo, o que no esté más o menos influenciado por él".[26] No es de extrañar que en Alemania un periódico conservador abogara por la prohibición de su obra. Parte del atractivo de Nietzsche residía en que su trabajo se prestaba a múltiples interpretaciones, con lo que cada cual hizo la suya, incluidos los socialistas, los vegetarianos, las feministas, y más tarde los fascistas. Nietzsche ya no estaba presente para explicarse: había perdido la razón en 1889, y falleció en 1900, el año de la exposición de París.

Esta suponía un homenaje a la razón y al progreso; pero Nietzsche y sus admiradores hablaban de las otras fuerzas que se agitaban en Europa: la

fascinación por lo irracional, por las emociones, por lo sobrenatural. Las personas, cada vez más numerosas, que consideraban que a la vida de finales del siglo xix le faltaba algo, no necesitaban ir a la iglesia para entrar en contacto con el mundo espiritual, pues había otras formas alternativas. Así, se hicieron populares las sesiones en que se movían los muebles, las mesas repetían el sonido (con manos invisibles y supuestamente astrales) del toque efectuado sobre ellas, aparecían de pronto luces extrañas, y los muertos se comunicaban con los vivos a través de los tableros de ouija o los médiums. Hasta Conan Doyle, creador del más célebre de todos los detectives científicos, Sherlock Holmes, demostró gran interés por lo que se denominó espiritismo. Y aunque Doyle se mantuvo en su fe cristiana, otros fueron atraídos por la teosofía, más ecuménica. La fundadora de este movimiento, la rusa madame Helena Blavatsky, prima del infinitamente más prosaico Serguéi Witte, afirmó encontrarse en comunicación con maestros ancestrales de algún lugar del Tíbet, o quizá del éter. Ella y sus discípulos entremezclaron elementos de religiones orientales, como la reencarnación, con el misticismo occidental, para hablar de un mundo espiritual invisible que constituía la verdadera realidad. Según su prédica, las razas y culturas se alternaban en ciclos de ascenso y caída, y nada se podía hacer para cambiarlo. Uno de sus seguidores fue el general Helmuth von Moltke, jefe del estado mayor alemán desde 1905, que contemplaba con triste resignación la perspectiva de una guerra generalizada.

Puede que Dios hubiera muerto y que fuese menor la asistencia a la iglesia, pero los europeos estaban profundamente interesados en lo espiritual. Las conferencias de Henri Bergson, el filósofo gentil, en el Collège de France, en París, se llenaban de estudiantes y miembros de la sociedad de moda. Bergson cuestionaba el postulado positivista de que todo es medible y explicable. El ser interior, sus emociones, sus recuerdos propios, su inconsciente, en otras palabras, su esencia espiritual, existía fuera del tiempo y el espacio, y más allá del alcance reduccionista de la ciencia. (En una de esas coincidencias imposibles de inventar, Bergson contrajo matrimonio con una prima de la madre de Proust).[27] Antes de la Gran Guerra, la influencia de Bergson se puso de manifiesto de diversas maneras, un tanto curiosas. El ejército francés tomó sus ideas sobre el ánimo o impulso vital –el élan vital— para argumentar que lo más importante en los soldados era el espíritu y no las armas. Al inicio de su carrera de intelectual prominente, Henri Massis dijo que Bergson había liberado a su generación “de la negación sistemática y del escepticismo doctrinario del pasado”.[28] En 1911,

Massis y sus amigos encabezaron una protesta contra el estamento académico, al que acusaron de pedantería y de fomentar una "ciencia hueca" mientras relegaban la educación espiritual de sus estudiantes.[29]

En su Palais des Beaux-Arts, la exposición de 1900 celebraba en gran medida las artes de antaño (una pequeña sala se dedicó a exponer obras de artistas contemporáneos franceses, y solo había un cuadro de Gustave Klimt en la exposición dedicada al arte austro-húngaro); pero fuera de allí, en París, Berlín, Moscú y Viena, los jóvenes artistas e intelectuales cuestionaban las formas, las reglas, los valores tradicionales y la idea misma de que existiese algo llamado "realidad". En la grandiosa obra de Proust En busca del tiempo perdido, la memoria es en sí misma parcial y falible, y lo que el narrador había considerado certezas sobre sí mismo y sobre los otros cambia reiteradamente.

El movimiento moderno fue tanto una revuelta como un intento de establecer nuevas formas de pensamiento y percepción, y causó inquietud entre los miembros de la generación previa. Queriendo detener esta ola, el papa Pío X hizo en 1910 que sus sacerdotes tomaran juramento contra el arte moderno. Una parte de dicho juramento decía: "Rechazo absolutamente la interpretación hereje de que los dogmas evolucionan y cambian de un significado a otro distinto del sostenido antes por la iglesia".

Es difícil calcular cuántos europeos cayeron bajo el influjo de esta profusión de ideas. Lo cierto es que los más audaces de la generación más joven sentían cada vez más hartazgo y desdén por los valores y reglas de sus mayores. Algunos se dejaban llevar por la fascinación de un mundo pagano que les parecía más libre y más a tono con la naturaleza que el suyo. El nudismo, el culto al sol, las vestimentas que imitaban las batas de trabajo sueltas y los zuecos de madera de los campesinos, el amor libre, el vegetarianismo, las comunas y hasta los barrios ajardinados, constituían una reacción contra la civilización industrial moderna. En Alemania, miles de jóvenes, hombres y mujeres, se convirtieron en Wandervogel [aves migratorias], que se iban al campo a pie o en bicicleta.[30] Aunque muchos de la generación anterior, especialmente los miembros de las

élites tradicionales, también tenían sus dudas respecto al mundo moderno, la actitud de los jóvenes les inquietaba, como les inquietaba la clase trabajadora; y a menudo por idéntico motivo. ¿Estarían dispuestos a combatir si se les convocaba? O peor aún, ¿se rebelarían contra sus propios gobernantes? Pese a que tales preocupaciones pesaban en la mente de los estrategas militares de toda Europa, esta en particular resultó infundada, pues en cuanto estalló la Gran Guerra tanto los jóvenes como los trabajadores se apresuraron a alistarse.

Es sorprendente cuántos temores se agitaban en la sociedad europea en el periodo anterior a 1914. En una inquietante comparación con nuestros tiempos, podría decirse que prevalecía una profunda ansiedad por la existencia de terroristas, es decir, de enemigos implacables de la sociedad occidental que vivían anónimamente en su seno. Al igual que sucedió con Al Qaeda tras las atrocidades del 11 de septiembre de 2001, nadie conocía el número de terroristas, ni la fuerza y extensión de sus redes; solo se sabía que parecían golpear a conciencia y que las posibilidades de la policía de atraparlos eran limitadas. En la última parte del siglo xix y la primera del xx, se registró un incremento del terrorismo en toda Europa, especialmente en Francia, Rusia, España y Estados Unidos; con frecuencia inspirado por el anarquismo, que veía en todas las formas de organización política y social un instrumento de opresión, o sencillamente por el nihilismo: los terroristas provocaban explosiones, lanzaban bombas, apuñalaban o tiroteaban, a menudo con resultados espectaculares. Entre 1890 y 1914 lograron asesinar, entre otros, al presidente francés Sardi Carnot, a dos primeros ministros de España —Antonio Cánovas en 1897, y José Canalejas en 1912—, al rey Humberto de Italia, al presidente McKinley de Estados Unidos (cuyo verdugo se inspiró en el asesinato de Humberto), a la emperatriz Isabel de Austria, al estadista ruso Stolipin y al gran duque Serguéi, tío del zar. Sus víctimas no eran únicamente individuos poderosos e importantes: las bombas lanzadas al patio de butacas durante una presentación de Guillermo Tell en Barcelona causaron la muerte de veintinueve personas, y una bomba lanzada contra el rey Alfonso XIII de España el día de su boda no alcanzó al soberano, pero mató a treinta y seis asistentes. Las acciones terroristas condujeron a las autoridades a tomar medidas represivas, en ocasiones severas, que durante algún tiempo solo sirvieron para generar más violencia.

A principios de la década de 1890, París padeció dos años de ataques terroristas. Después de que varios anarquistas fueran sancionados por su participación en una manifestación que culminó en disturbios, sendas bombas volaron en pedazos las residencias del juez y el fiscal del juicio. El ejecutor de la acción fue entregado por un camarero que sospechó de él; más tarde, una bomba estalló en el café donde trabajaba. Seis policías perdieron la vida mientras trataban de desactivar una bomba colocada en las oficinas de una compañía minera contra la que se llevaba a cabo una enconada huelga. Un anarquista lanzó una bomba contra el café Terminus, según dijo, para cobrárselas a "los buenos pequeñoburgueses" satisfechos con el estado de cosas; otro lanzó una bomba contra el pleno del parlamento francés en protesta por un mundo injusto que dejaba morir de hambre a su familia. Durante algún tiempo, la gente se abstuvo de acudir a lugares públicos por temor a los terroristas: nadie sabía dónde asestarían su próximo golpe.[31]

A estos temores se sumaba el hecho de que los terroristas fuesen tan absolutos en su condena de la sociedad que parecía imposible entenderlos. Cuando los capturaban, a menudo se negaban a dar explicaciones sobre sus actos. El asesino de McKinley se limitó a decir: "He cumplido con mi deber".[32] Otras veces escogían sus blancos al azar, lo que resultaba aterrador. El obrero italiano desempleado que causó la muerte de Isabel de Austria afirmó: "Soy anarquista por convicción. Vine a Ginebra a asesinar a un soberano para dar un ejemplo a quienes sufren y a quienes no hacen nada por mejorar su posición social. No me importaba quién fuera el soberano a quien debía asesinar".[33] Otro anarquista, que terminó su cena en una cafetería de París y luego, tranquilamente, asesinó a otro comensal, se limitó a decir: "Al matar al primer burgués que me encuentre no estoy matando a un inocente".[34] Pero, al igual que en el caso de Al Qaeda, para cuando comenzó la guerra el terrorismo ya había perdido buena parte de su apoyo, incluso en los círculos revolucionarios e izquierdistas, debido a la creciente desaprobación de sus métodos; el temor de la sociedad europea, sin embargo, no se disipó tan fácilmente.

Pero había además otro temor, más insidioso aún: el de que los terroristas tuvieran razón y la sociedad occidental minada por la corrupción estuviera en decadencia y fuese a ser arrojada al basurero de la historia. O que hubiera

llegado el momento de revitalizar la nación y prepararla para luchar por su propia supervivencia, lo cual conducía a la glorificación de las virtudes de los militares y de la guerra misma. François Coppée, ferviente nacionalista francés, conocido a menudo como el poeta de los humildes, se lamentaba ante un británico en París de que “los franceses están degenerando, se están volviendo demasiado materialistas, cada vez más dominados por el afán de lujo y de placeres, hasta el punto de ser incapaces de entregarse a las grandes causas que han constituido la gloria histórica del carácter francés”.[35] En Gran Bretaña, donde siempre se había hecho hincapié en una educación clásica, se establecía fácilmente la analogía con la decadencia de Roma, incluso con la predilección del mundo antiguo por los “vicios pocos viriles”. En 1905, un joven conservador publicó un panfleto que fue muy bien recibido, titulado Decadencia y caída del imperio británico, y algunos de cuyos capítulos rezaban: “El predominio de la vida urbana sobre la rural y su devastador efecto sobre la fe y la salud del pueblo británico”, “Impuestos excesivos y extravagancias locales”, o “Incapacidad de los británicos para defenderse a sí mismos y a su imperio”.[36] En su manual Escultismo para muchachos, el general Robert Baden-Powell, fundador de los Boy Scouts, se refería con frecuencia a la necesidad de los británicos de evitar el destino de aquel gran imperio primigenio, advirtiéndoles a sus jóvenes lectores: “Una de las causas de la caída de Roma fue que los soldados se apartaron del ideal de fuerza física cultivado por sus ancestros”.[37] El entusiasmo por diversos deportes, que cobraba auge a comienzos de siglo, reflejaba entre otras cosas la disponibilidad de mayor tiempo libre gracias a la reducción del horario laboral; pero sus defensores lo veían también como una vía para revertir la decadencia nacional y preparar a los jóvenes para el combate. El Almanach des sports aprobaba el fútbol en estos términos, cuando este nuevo deporte entró en Francia procedente de Gran Bretaña, en torno a 1900: “Una verdadera guerrita, con la disciplina necesaria y el modo de acostumbrar a los participantes a los golpes y al peligro”.[38]

Se temía que la prosperidad y el progreso estuviesen dañando a la especie humana y disminuyendo la capacidad de los jóvenes para la guerra. En opinión de algunos especialistas en medicina, la velocidad de los cambios –o, más exactamente, la velocidad en sí misma: la de los automóviles, las bicicletas, los trenes y los aviones— resultaba perturbadora para el sistema nervioso de los seres humanos. “La neurosis nos espera”, escribía un médico francés en 1910. “Nunca antes este monstruo había causado tantas víctimas; lo cierto es que la

acumulación de defectos ancestrales o los estímulos de nuestra civilización, mortales para la mayoría, nos precipitan hacia un ocio y un temor debilitadores”.[39] En 1892, Max Nordau, médico hijo de un rabino ortodoxo de Budapest, obtuvo mucho éxito con la publicación de un documento crítico en el que manifestaba preocupaciones similares contra el deteriorado arte moderno, y contra el mundo moderno en general. Degeneración, traducido a varios idiomas y comercializado en toda Europa, atacaba con energía el materialismo, la avaricia, la búsqueda incesante del placer y la pérdida del apego a la moral tradicional, tendentes a la “lascivia desenfrenada” que estaba destruyendo la civilización. Afirmaba Nordau que la sociedad europea “avanza hacia su ruina definitiva porque está demasiado desgastada y flácida para acometer grandes empeños”.[40] La imaginería sexual resulta interesante, y no era nada inhabitual en una época en que los comentaristas lamentaban a menudo la falta de virilidad de sus propias naciones.

En el mundo moderno los hombres eran cada vez más débiles —al menos, eso es lo que se temía— y hasta afeminados, y no se les daba el merecido valor a las cualidades ni a la fuerza masculinas. En opinión del mariscal de campo sir Garnet Wolseley, comandante en jefe británico entre 1895 y 1900, era una mala señal que en aquel momento la sociedad británica tuviera en tal alta estima a los bailarines clásicos y a los cantantes de ópera.[41] El alemán Wilhelm Balck, una autoridad en temas militares, autor de uno de los manuales más importantes sobre táctica, sostenía que el hombre moderno estaba perdiendo su fuerza física tanto como su “fanatismo y entusiasmo religioso y nacional de otros tiempos –y advertía–: Una mejora sostenida del nivel de vida tiende a aumentar el instinto de conservación y a disminuir el espíritu de sacrificio”.[42] Tanto en Alemania como en Gran Bretaña existía preocupación entre los militares por las lamentables condiciones físicas de sus reclutas. Un estudio realizado después de la guerra de los Bóers impresionó a la opinión pública británica al conocerse que el sesenta por ciento de los voluntarios habían sido rechazados por falta de aptitud.[43]

Además, existía la percepción de que la homosexualidad aumentaba, sobre todo entre las clases altas, lo cual seguramente debilitaría a la familia, uno de los pilares fundamentales de todo estado fuerte. ¿Acaso los homosexuales podían

ser leales a la nación? Maximilien Harden, el periodista que destruyó al amigo íntimo del káiser Philip Eulenburg, escribía que los homosexuales tenían tendencia a reunirse y formar camarillas cuyas lealtades, como las de los anarquistas o los masones, parecían trascender fronteras. En cierto modo, semejantes temores explican la razón por la que los escándalos relacionados con ellos, como el de Oscar Wilde, provocaran una indignación y una inquietud tan extendidas. En su periódico, Harden empleaba palabras como “poco viril”, “débil” y “enfermizo” para describir a Eulenburg y a sus amistades. Un destacado psiquiatra alemán, el doctor Emil Kraepelin, a quien Harden citaba como una autoridad en la materia, añadía a la lista de características de los homosexuales que eran personas sugestionables, poco fiables, embusteras, jactanciosas y celosas. “No cabe la menor duda –aseguraba Kraepelin–, de que las tendencias sexuales invertidas se desarrollan a partir de una personalidad enfermiza y degenerada”.[44]

Por otro lado, la mujer parecía reafirmarse en su fortaleza y personalidad al tiempo que abandonaba sus roles tradicionales de esposa y madre. Con toda seguridad, el cuadro de Edvard Munch del año 1894, originalmente titulado Amor y dolor, pero más conocido como Vampira, podría interpretarse como la expresión de un temor generalizado hacia la mujer capaz de succionar la vida de un hombre. En Gran Bretaña, las sufragistas militantes, una poderosa minoría que abogaba por el derecho femenino al voto, alimentaban semejantes enfoques con su declaración de guerra a los hombres. En 1906, una de sus líderes afirmó: “Lograremos una gran rebelión de las mujeres contra la subordinación de sus cuerpos y sus mentes a los hombres”.[45] Era justamente esta la razón por la que los conservadores se oponían a leyes más liberales respecto al divorcio y los anticonceptivos libres. Un médico que escribió un libro muy aclamado dirigido a las madres, en el que asesoraba sobre el control de la natalidad, fue encontrado culpable de “conducta infame en el desempeño de su profesión” por un consejo de pares.[46]

Otro indicador alarmante de que la virilidad estaba flaqueando, al menos en ciertos países, fue el descenso de la fertilidad. En Francia, la tasa de natalidad cayó abruptamente de 25, 3 nacidos vivos por 1.000 en la década de 1870, a 19, 9 en la de 1910.[47] Aunque la tasa de natalidad de su vecina Alemania descendió

levemente en el mismo periodo, aún se mantenía significativamente elevada; esto equivalía, en la práctica, a que habría más alemanes disponibles cada año para el servicio militar. En Francia, esta diferencia era objeto de debate público y de preocupación en los años previos a 1914.[48] Justo antes de la guerra, el prominente intelectual alemán Alfred Kerr declaró a un periodista del rotativo Le Figaro que lo lamentable de la civilización francesa era su decadencia. “Un pueblo cuyos hombres no quieren ser soldados y cuyas mujeres se resisten a tener hijos es un pueblo con la vitalidad embotada, condenado a ser dominado por una raza más fresca y joven. ¡Acuérdense de Grecia y del imperio romano! Es ley de la historia que las sociedades más antiguas cedan el paso a las nuevas; esta es la condición de la regeneración perpetua de la humanidad. Más tarde llegará nuestro turno, y la brutal regla se nos aplicará a nosotros. Será entonces el momento del reino de los asiáticos, o quizá de los negros, quién sabe”.[49]

La disminución de la fertilidad dio lugar a otra preocupación acerca del futuro de la sociedad europea, a saber, que la reproducción estuviese teniendo lugar entre las personas equivocadas. Las clases alta y media temían a la clase obrera como fuerza política, pero también tenían la suspicacia de que los pobres eran más susceptibles a vicios como el alcoholismo y la promiscuidad, así como a defectos mentales que transmitían a sus hijos, con el consiguiente debilitamiento de la raza. Para los racistas había aún otro motivo de inquietud, y era que el número de las personas que ellos consideraban inferiores, como los judíos y los irlandeses, se multiplicaban, en tanto que el de las clases o grupos étnicos “correctos” menguaban. Quizá no fuese una coincidencia que en Gran Bretaña la cruzada moral por el reforzamiento de la familia y sus valores (¿le suena al lector?) ganara en intensidad en la medida en que cobraba auge la carrera armamentista naval con Alemania. En 1911, el consejo nacional para la moral pública hizo un llamamiento a los británicos para que se tomaran en serio su responsabilidad a la hora de educar a los jóvenes en el respeto a la institución del matrimonio y la procreación de hijos sanos. Los firmantes, incluidos ocho miembros del consejo, varios obispos, destacados teólogos e intelectuales, así como dos rectores de Cambridge, afirmaban que esta era una manera de “hacer frente a la desmoralización que socava los cimientos de nuestro bienestar nacional”.[50] En los años que precedieron a 1914, el movimiento eugenésico, que abogaba por la reproducción y el cultivo de seres humanos como si fueran ganado o vegetales, encontró también considerable respaldo entre las élites políticas e intelectuales. En 1912 se celebró en Londres la primera conferencia

internacional sobre eugenesia, entre cuyos patrocinadores honorarios se encontraban Winston Churchill, a la sazón primer lord del almirantazgo, Alexander Graham Bell y Charles W. Eliot, presidente emérito de la universidad de Harvard.[51] Desde tales puntos de vista, la guerra parecía deseable: una forma digna de luchar contra el destino o una fórmula para revitalizar a la sociedad.

El peligro para Europa estaba en que muchos habían llegado a aceptarla como algo inevitable. En 1914, en vísperas de la guerra, Oswald Spengler concluyó su gran obra, La decadencia de Occidente, en la que exponía que las civilizaciones tenían ciclos de vida naturales y que el mundo occidental había llegado a su ocaso. Bajo tal preocupación por la degeneración y la decadencia subyacían en buena parte unos postulados, ampliamente compartidos, derivados de la teoría de la evolución de Darwin. Aunque este científico se refería a la evolución de las especies, a lo largo de miles de años y en el mundo natural, numerosos intelectuales del siglo XIX pensaron que tales ideas podían aplicarse igualmente a las sociedades. La utilización de Darwin en este contexto se ajustaba convenientemente a las opiniones sobre el progreso y la ciencia prevalecientes en ese siglo. Los darwinistas sociales, como se les conoció, creían que podían explicar tanto el surgimiento como la desaparición de las distintas sociedades con la ayuda de conceptos como el de selección natural. (Herbert Spencer, una de las figuras clave del darwinismo social, prefirió llamarle “la supervivencia del más fuerte”). Y, en un salto sin fundamento científico, que vendría a reforzar las teorías raciales, los darwinistas sociales generalmente aceptaban que los seres humanos no eran una especie única, sino una variedad de especies a las que, de manera confusa e intercambiable, denominaban razas o naciones. La confusión se acentuaba aún más, porque no siempre quedaba claro si lo que así se describía era un tipo de pueblo o una entidad política, como por ejemplo un estado. Otra dificultad surgía al tratar de determinar qué naciones estaban ascendiendo en la escala evolutiva y cuáles se hallaban condenadas a la extinción. ¿Y existía acaso alguna forma de invertir el sentido del trayecto? Los darwinistas sociales sostenían que sí, que las naciones podían y debían sobreponerse a esta situación, y si no lo lograban quizá fuese porque merecían su destino. Después de todo, el propio Darwin había añadido a su obra El origen de las especies el subtítulo de La selección natural o la supervivencia de los más aptos.

Semejantes ideas estaban muy en boga en los años previos a 1914, e incluso quienes nunca habían leído a Darwin ni a Spencer aceptaban sin cuestionamiento que la lucha era parte esencial de la evolución de la sociedad humana. No es de extrañar que el darwinismo social encontrara eco en los militares, ya que parecía justificar, y hasta dignificar, la importancia de su misión. Pero también influyó en el pensamiento de los civiles: desde escritores como Zola, hasta líderes políticos como Salisbury o empresarios como Rathenau. Lo cierto es que podía abrirle camino al pesimismo, en cuanto a que no era posible que una sociedad más débil evitara su extinción; pero también a una especie de optimismo lúgubre, ya que, mientras hubiera posibilidad de luchar, habría esperanza. Por lo tanto, a nadie sorprendió que, durante las crisis de preguerra y en el mismo año de 1914, los que tenían la capacidad de decidir optasen generalmente por la lucha. Tal como afirmó el general austriaco Conrad, cuyos escritos acusan una fuerte influencia del darwinismo social: "Un pueblo que depone las armas sella su destino".[52] Un ejemplo de hasta qué punto calaron tales actitudes fue el de un joven capitán británico que, desde las trincheras de la Gran Guerra, escribió: "Es cierto que cualquier organismo vivo que deja de luchar por su existencia está condenado a su destrucción".[53]

Otra cosa que logró el darwinismo social fue reforzar una idea mucho más antigua, como la manifestada, entre otros, por Hobbes, de que las relaciones internacionales no eran más que una interminable carrera entre las naciones por tomar la delantera; carrera en la que la guerra era no únicamente algo que cabía esperar, sino incluso desear. Un artículo publicado en el Journal of the Royal United Services Institute en 1898 se preguntaba: "¿No es acaso la guerra el gran plan de la naturaleza mediante el cual los estados degenerados, débiles o de algún modo nocivos son eliminados del concierto de las naciones civilizadas en beneficio de aquellos más vigorosos, vitales y de influencia más benéfica? Indudablemente, así es".[54] Y no solo la naturaleza se beneficiaba de la guerra, sino también cada una de las naciones. "Durante los periodos de paz prolongados todos los intereses personales y mezquinos se abren paso por la fuerza", afirmaba Bernhardi en su controvertido e influyente libro Alemania y la próxima guerra, publicado justo antes de la Gran Guerra. "El egoísmo y la intriga siembran el descontrol, y el lujo destruye el idealismo".[55] En una analogía habitual, se comparaba a la guerra con el tónico que se le da a un paciente, o con la operación necesaria para amputar un tejido necrosado. El futurista italiano y futuro fascista Filippo Tommaso Ma-rinetti afirmaba que "la guerra es la única

sanación del mundo”.[56] Lo que transpiran los diarios de Kessler, entre muchas otras cosas, es la aceptación de la guerra como posibilidad; una y otra vez, en tiempos de crisis, los amigos y conocidos de Kessler hablan de la perspectiva de que estallen las hostilidades, a menudo con total naturalidad.

Era inevitable que quienes detentaban posiciones de poder en los países europeos estuvieran influenciados por las corrientes intelectuales de su época; pero además tenían que hacer frente a algo que desconocieron los estadistas anteriores, como por ejemplo Metter-nich: la opinión pública. La índole de la política a lo largo y ancho de Europa cambiaba al mismo tiempo que la sociedad, en tanto la ampliación del sufragio abría espacio en el escenario político a nuevas clases y alimentaba nuevos movimientos. Los viejos partidos liberales que defendían el libre mercado, el imperio de la ley y los derechos humanos perdían terreno ante los partidos socialistas, en la izquierda del espectro político, y los partidos nacionalistas, cada vez más chovinistas, en la derecha. Una nueva generación de políticos se alejaba de las instituciones parlamentarias establecidas y apelaba a los temores y prejuicios populares; este populismo incluía con frecuenia el antisemitismo, especialmente entre los partidos nacionalistas. El antiguo odio hacia los judíos por haber matado a Cristo se actualizaba ahora presentándolos como extraños, por religión o por ascendencia, y ajenos a los pueblos de los territorios francés, austriaco o ruso.[57] En Viena, el político en ascenso Karl Lueger se percató de que podía movilizar a las clases más bajas apelando a sus temores al cambio y al capitalismo, a su resentimiento contra la clase media más próspera y a su odio hacia los judíos, que se interponía entre los dos primeros; y lo hizo con tanto éxito que en 1897 alcanzó el puesto de alcalde, pese a la oposición de Francisco José, y continuó siendo popular y ocupando su cargo hasta su deceso en 1910. Su habilidad como organizador político impresionó al joven Adolf Hitler, que se había trasladado a Viena en 1907.[58] El odio y el temor entre las personas se proyectaron también hacia otras sociedades, e incluso hacia el interior de la propia, contribuyendo a crear un clima propicio para la guerra.

Gracias entre otras cosas a los nuevos medios de difusión, la nación adquiría ahora su propia personalidad vibrante; recuérdese a John Bull, Marianne o el Tío Sam. Aunque, para la mayoría de los europeos, identificarse con una nación en

lugar de con una región o una ciudad era algo relativamente nuevo, muchos trataron de recuperar el tiempo perdido. Para los nacionalistas, la nación era mayor y más importante que los seres humanos individuales que la componían. A diferencia de sus integrantes, la nación era eterna, o casi eterna. Una de las presuposiciones clave del nacionalismo de finales del siglo xix era que durante siglos había existido algo llamado nación francesa o nación italiana, cuyos miembros se diferenciaban de sus vecinos por sus valores y sus prácticas comunes, por lo general mejores que las de los otros. “Desde el momento de su irrupción en la historia, los alemanes dieron muestras de ser un pueblo civilizado de primer orden”, apuntaba Bernhardi.[59] (En Europa, solamente el imperio austrohúngaro y el imperio otomano dejaron de desarrollar sentimientos nacionalistas, por razones obvias, pues ya albergaban demasiados, distintos y contradictorios). Aunque el patrón general era idéntico —los miembros de una nación se identificaban por su lengua o religión, y se vinculaban por su historia —, los contenidos de cada nacionalismo cambiaban inevitablemente. Los británicos tenían una estación de trenes llamada Waterloo, mientras que los franceses contaban con Austerlitz. En la última parte del siglo, los gobiernos de Rusia aplicaron la política de rusificar a las numerosas minorías nacionales; por ejemplo, obligaban a los estudiantes polacos o finlandeses a estudiar en ruso y a asistir a los servicios de la iglesia ortodoxa. Y el nacionalismo ruso no solo incluía el pasado de la propia Rusia, sino también, cada vez más, el paneslavismo, que otorgaba a Rusia el liderazgo natural de todos los eslavos. El nuevo nacionalismo no auguraba nada bueno para las minorías, ni en el plano lingüístico ni en el religioso. ¿Podrían alguna vez los polacoparlantes ser verdaderamente alemanes? ¿Y los judíos?[60]

No es posible afirmar que todos los nacionalistas fueran racistas; aunque había quienes consideraban las naciones especies tan distintas como lo son los perros y los gatos. Muchos profesores y aficionados entusiastas emprendieron investigaciones, midiendo cráneos y penes para hacer listas de características raciales, o examinando esqueletos para establecer clasificaciones científicas que proporcionaran un ranking de razas. Desde luego, tales clasificaciones dependían de la nacionalidad de sus autores. En Alemania, Ludwig Woltmann, médico y antropólogo social, desarrolló complicadas teorías para demostrar que los alemanes eran básicamente teutones, mientras que los franceses eran celtas, es decir, de una raza inferior. Woltmann estaba convencido de que los grandes éxitos obtenidos por Francia en el pasado se debían únicamente a las raíces

teutonas de los franceses, antes de que la cepa celta la penetrara y debilitara. Este científico pasó largas temporadas en Francia, analizando las estatuas de eminentes franceses del pasado en busca de sus características teutonas.[61]

Las ideas sobre las que se asentó el desarrollo del nacionalismo en toda Europa debían mucho a la obra de los historiadores que, como Treitschke, crearon las historias nacionales de referencia, promovidas por ligas patrióticas, como las asociaciones de veteranos en Alemania, la Ligue des Patriotes en Francia y la National Service League en Gran Bretaña. En toda Europa se celebraban las glorias nacionales del pasado y los triunfos del presente con festivales y conmemoraciones. Un distinguido soldado británico comentaría: “Aprendimos a creer que los ingleses eran la sal de la tierra, y Gran Bretaña el primer país del mundo, el más grandioso. Nuestra confianza en su poderío y nuestro convencimiento de que no había en el mundo potencia alguna capaz de vencerla se convirtieron en una idea fija que nada podía borrar, ni ningún pesimismo hacer desaparecer”.[62] En 1905 los británicos celebraron el centenario de Trafalgar, mientras que en 1912 los rusos conmemoraron el de su gran victoria contra Napoleón en Borodino. Pero al año siguiente los alemanes los sobrepasaron a los dos con una formidable celebración de la batalla de Leipzig de 1813, que incluyó el desfile de unos doscientos setenta y cinco mil gimnastas. Asimismo, el nacionalismo era promovido por ansiosos voluntarios: líderes políticos, maestros, burócratas y escritores. Se calcula que en Alemania la mayor parte de las novelas para adolescentes escritas antes de la Gran Guerra se referían al grandioso pasado militar de la nación, desde la victoria de las tribus germanas sobre un ejército romano hasta las guerras de unificación.[63] El popular novelista británico G. A. Henty, autor de más de ochenta libros de aventuras excitantes (daba igual que sus héroes estuvieran con Clive en la India, o con Wolfe en Quebec: sus tramas mostraban invariablemente el triunfo del valeroso muchacho británico), tenía muy claro su propósito: “Inculcar el patriotismo a través de mis libros ha sido uno de mis principales objetivos y, hasta donde me es posible saberlo, no he fracasado en el empeño”.[64]

Se consideraba especialmente importante la educación como método de inculcarles a los jóvenes las ideas adecuadas, porque se temía que se apropiaran fácilmente de las inadecuadas. Un manual para escuelas francesas, revisado justo

antes de la Gran Guerra, resaltaba –como razones para el patriotismo francés– la belleza de Francia, las glorias de la civilización francesa y las ideas de justicia y humanidad que la revolución había aportado al mundo. A los niños franceses se les enseñaba que "la guerra no es probable, pero sí posible; es esta la razón por la que Francia se mantiene armada y siempre dispuesta a defenderse".[65] En 1897, el ochenta por ciento de los candidatos al diploma superior francés de enseñanza media, el baccalauréat, manifestaba que el objetivo de la historia era esencialmente patriótico. Este criterio no se circunscribía a Francia; la historia que se enseñaba en los países de toda Europa se centraba cada vez más en la nación, en demostrar sus raíces profundas, su antigüedad y las glorias cosechadas. En 1905, la nueva junta de educación de Gran Bretaña publicó unas "sugerencias" para maestros que recomendaban el empleo de poemas patrióticos para la enseñanza adecuada de la historia británica (para ser justos, se sugería que se incluyeran no solo los logros de la guerra, sino también los de la paz).[66] En Alemania, donde la enseñanza de la historia equivalía generalmente a la historia prusiana, un destacado educador les dijo a los maestros que su objetivo debía ser desarrollar "un espíritu patriótico y monárquico", y hacer que los jóvenes tomaran conciencia de que tenían que estar preparados para defender a Alemania de sus numerosos enemigos. "Defender el honor, la libertad y el derecho; ofrendar la vida, la salud y la propiedad en el altar de la patria ha sido siempre motivo de regocijo para los jóvenes alemanes".[67]

A partir de aquí, las naciones necesitaban el apoyo entusiasta de sus miembros para perdurar. Estas, según muchos nacionalistas, eran como los organismos en la naturaleza: luchaban por la supervivencia y la evolución, y, al igual que los organismos, requerían alimentos y un hábitat seguro y adecuado.[68] Bernhardi argumentaba que, aunque había leyes universales que regían el ascenso y la caída de todas las naciones y sus estados, "no podemos olvidar que los estados son personalidades dotadas de diversos atributos humanos, que tienen un carácter peculiar y con frecuencia muy marcado, y que estas cualidades subjetivas constituyen factores distintivos en su desarrollo como un todo".[69] De manera que algunas personas podían hasta interpretar las leyes inmutables a su gusto. Además, naciones como Alemania, con "el mayor poder físico, mental, moral, material y político", debían prevalecer, lo cual solo podía ser beneficioso para la humanidad en su conjunto. En su opinión, lo que Alemania necesitaba era más espacio y, si fuera preciso, debía recurrir a la fuerza para obtenerlo. (Más tarde, los nazis harían de esta idea del Lebensraum [espacio vital] uno de sus

objetivos clave). “Sin guerra –insistía–, las razas inferiores o decadentes podrían fácilmente sofocar el crecimiento de elementos nuevos saludables, de lo que se seguiría la decadencia universal”.[70] En opinión de nacionalistas como Bernhardi —y se podrían aportar citas similares de escritores británicos y franceses—, las necesidades de una nación podían justificar una agresión por sí solas.

Además, el imperialismo se percibía cada vez más como una expresión del poderío y la vitalidad de una nación, así como una inversión para el futuro; y, desde luego, como una vía de expansión para obtener el espacio deseado. Como señaló Tirpitz en 1895, cuando soñaba con una gran armada alemana y con un imperio: “En mi opinión, Alemania perderá rápidamente en el próximo siglo su posición de gran potencia, a menos que seamos capaces de fomentar nuestros intereses marítimos generales enérgica, sistemática e inaplazablemente, en buena medida; también porque esta nueva y grandiosa tarea nacional, así como los beneficios económicos subsiguientes, supondrían un poderoso lenitivo, en perjuicio de los socialdemócratas, instruidos o no”.[71] (Sin tener en cuenta que la mayoría de las nuevas colonias no se sostenían por sí mismas, y que pocos europeos deseaban mudarse a África o Asia cuando podían hacerlo a Norteamérica, Sudamérica o Australia). Las escuelas británicas celebraban el día del imperio. “Sacábamos banderas del Reino Unido –recordaba un inglés perteneciente a la clase obrera–, llenábamos las aulas con banderas de las colonias y mirábamos con orgullo a los niños que señalaban aquellas enormes áreas dibujadas en rojo en el mapa del mundo, diciendo: ‘Esta, esta y esta nos pertenecen’”.[72]

Aunque en 1901 Salisbury se lamentaba de la “actual pasión por el imperialismo, como una especie de “zona atmosférica” venenosa en la que hemos penetrado”,[73] posteriormente se percataría, al igual que otros estadistas, de que en lo relativo a las colonias la opinión pública era volátil y exigente. Por ejemplo, Bülow se quedó atrapado en su disputa con Gran Bretaña por Samoa a comienzos de siglo, cuando se vio obligado a rechazar una generosa oferta de compensación de Chamberlain en otro lugar, por temor a la reacción de la opinión pública alemana, y a la igualmente importante reacción del káiser.[74] Aunque es cierto que al estallar la Gran Guerra la mayoría de las disputas coloniales en África y extremo Oriente ya estaban resueltas, quedaba la

posibilidad de un conflicto por China –donde en 1911 una revolución había dado lugar a un gobierno republicano inestable– y, más cerca de Europa, la de otro por el imperio otomano. Además, las hostilidades desatadas entre Gran Bretaña y Alemania en África y el Pacífico sur, o entre Francia y Alemania por Marruecos, continuaron aumentando la antipatía entre los respectivos pueblos europeos. En las celebraciones por el quincuagésimo quinto cumpleaños del káiser, en enero de 1914, el primer ministro alemán Bethmann Hollweg le dijo a Jules Cambon, el embajador francés en Berlín:

Durante cuarenta años Francia ha seguido una política pretenciosa y ha logrado forjarse un imperio inmenso en el mundo; está por todas partes. En el mismo periodo, Alemania ha optado por no seguir su ejemplo y permanecer inactiva. Hoy necesita su lugar bajo el sol [...]. La población de Alemania crece, día a día, a pasos agigantados; su armada, su comercio y su industria alcanzan un desarrollo sin paralelo [...] está obligada a expandirse de una manera u otra. Lo cierto es que todavía no ha encontrado el ‘lugar bajo el sol’ que le corresponde.[75]

Según la concepción de los darwinistas sociales, estas rivalidades nacionales eran lógicas. Como expresara Kurt Riezler, avezado periodista alemán que llegó a ser asesor cercano de Bethmann Hollweg: “La enemistad eterna y absoluta es en esencia inherente a las relaciones entre los pueblos”.[76] Al dar rienda suelta a la carrera armamentista naval, Tirpitz estaba convencido de que el conflicto entre la decadente potencia británica y la naciente potencia alemana era inevitable. En 1904, August Niemann, reconocida autoridad alemana en temas bélicos, escribió: “Durante siglos, casi todas las guerras han tenido por objeto defender los intereses de Gran Bretaña y casi todas han sido promovidas por Gran Bretaña”.[77] El nacionalismo no era simplemente una cuestión de orgullo por la propia nación, sino que para definirse necesitaba oponerse a otra, y se alimentaba de los temores del resto. En toda Europa, las relaciones entre Alemania y Rusia, Hungría y Rumanía, Austria y Serbia, o Gran Bretaña y Francia estaban mediatizadas, y a menudo incluso envenenadas, por temores raciales y nacionales respectivos. Cuando en 1908 una tormenta destruyó el dirigible del conde Zeppelin, los británicos sospecharon que buena parte del entusiasmo patriótico alemán y la celeridad con que su opinión pública recaudó fondos para reemplazarlo iban contra Gran Bretaña.[78] No es difícil encontrar

también ejemplos de hostilidad por parte británica; por ejemplo, en el ministerio de Asuntos Exteriores, donde aumentaba el número de funcionarios que, como Eyre Crowe, veían a Alemania con inquietud y suspicacia. En 1904 Francis Bertie, el embajador británico en Roma, le escribió a un amigo del ministerio de Asuntos Exteriores: "Tu carta del día 2 transpira desconfianza hacia Alemania, y tienes razón. Ese país no ha hecho más que desangrarnos; es falso y ambicioso, y constituye nuestro auténtico enemigo comercial y político".[79] Aunque hasta el estallido mismo de la guerra en 1914 hubo siempre británicos y alemanes que hablaban de valores compartidos, y hasta de una herencia teutónica común, sus voces fueron sofocadas por la creciente hostilidad que prevalecía en todos los niveles de la sociedad, cuya consecuencia fue limitar las opciones de los líderes de ambos países, que cedieron víctimas de sus propios cambios de opinión y de las presiones de la opinión pública. Por ejemplo, en 1912 se frustró un esfuerzo serio para reducir paulatinamente la carrera armamentista naval, por culpa de las suspicacias acumuladas y del estado de la opinión pública de ambos países.

La antipatía mutua entre Alemania y Francia era aún mayor que entre Alemania y Gran Bretaña, e igual de complicada. Ambos encontraban en el otro cosas dignas de admiración: para los alemanes la civilización francesa, para los franceses la eficiencia y la modernidad alemanas.[80] Pero los alemanes temían, no sin razón, que Francia fuera a la guerra para recuperar Alsacia y Lorena. Los estrategas alemanes consideraban a Francia su principal enemigo, y antes de la Gran Guerra los periódicos alemanes prestaban más atención a Francia que a ningún otro país europeo. Por otra parte, los alemanes podían hallar consuelo, y lo hacían, en su apreciación de que la tercera república era corrupta e incompetente, y en la de que Francia misma estaba fragmentada.[81] Con frecuencia, los que se ocupaban del tema francés hacían hincapié en la frivolidad e inmoralidad francesas (pero sin dejar de informar a sus lectores, al mismo tiempo, sobre dónde encontrar ambas cosas si viajaban a París).[82] Los franceses, por su parte, tenían la percepción de que Alemania aventajaba a Francia económica y demográficamente, pero se decían a sí mismos que los alemanes carecían de imaginación y pensaban con rigidez. En una novela de 1877, Los quinientos millones de la Begún, el popular escritor Julio Verne hace que un médico francés (que ha dedicado su vida a hacer el bien) y un científico alemán se repartan una gran fortuna de una antepasada india común. (En el momento de recibir la noticia, el alemán está escribiendo un documento titulado "¿Por qué todos los franceses padecen, en mayor o menor medida, una degeneración

hereditaria?”). Los dos deciden construir una nueva ciudad en Estados Unidos. El francés elige un lugar cerca del mar, en Oregón, para construir una ciudad que el príncipe Carlos aprobaría, basada en la “ausencia de desigualdad, paz con los vecinos, buena administración, sabiduría de sus habitantes y exuberante prosperidad”. El alemán decide construir su ciudad de acero en Wyoming, cerca de una mina, y desde su torre de observación empuja a sus trabajadores sin piedad a extraer minerales, fundirlos y producir armas, alimentándolos únicamente con “verduras marchitas, montones de queso rancio, pedazos de embutido ahumado y alimentos de lata”.[83]

Los intelectuales franceses estaban fascinados con Prusia, y en particular con el prusianismo. Se sugería que quizá el aburrido y plano paisaje de Prusia, así como su atmósfera gris, habían hecho del prusiano un pueblo adusto y codicioso. Un sociólogo francés argumentaba que un pueblo que durante siglos se había movido por todo el norte de Europa carecía de raíces, por lo que podía ser fácilmente manipulado por sus gobernantes.[84] El periodista del diario Le Figaro Georges Bourdon, que en 1913 realizó una serie de entrevistas en Alemania, o al menos eso afirmaba, para poner fin a la “insensata carrera armamentista, así como a la desconfianza e inquietud a nivel internacional”, no logró simpatizar con los prusianos, ni confiar en esa gente “naturalmente arrogante y jactanciosa”. “Fue una raza pobre y desafortunada, a la que la necesidad obligó a llevar una vida de arduo trabajo y que solo recientemente ha alcanzado cierto grado de prosperidad, y eso por la fuerza, de manera que cree en la fuerza y nunca abandona su actitud desafiante”.[85]

En ambos países se desarrollaron estereotipos acerca del otro poco halagadores y amenazantes, debidos, en parte, a una gran diversidad de publicaciones, desde libros de texto hasta novelas populares. Llama la atención el hecho de que en ambos países era frecuente representar a Alemania como un hombre vestido de uniforme (aunque los franceses lo representaban con la imagen, en parte cómica y en parte inquietante, de un soldado tosco con gran mostacho), mientras que a Francia se la representaba como una mujer (que para los alemanes podía aparecer desamparada, voluptuosa, o las dos cosas a la vez).[86] En Francia, quizá como efecto de la entente cordial, lo que antes era le vice anglais [el vicio inglés] era ahora le vice allemande [el vicio alemán]: estudios académicos franceses

pretendían demostrar que la homosexualidad era más probable entre los alemanes que entre los franceses. Uno de tales estudios ofrecía como prueba el que todos los homosexuales amaban a Wagner.[87]

En Europa había también muchos que rechazaban el nuevo fervor nacionalista. Salisbury detestaba lo que tachó de “patrioterismo”, y J. A. Hobson, importante intelectual y periodista liberal, atacó “esa mala interpretación del patriotismo, que transforma el amor hacia la propia nación en odio hacia otra y en fiero frenesí por destruir a sus habitantes”.[88] La preocupación por el efecto del nacionalismo en la guerra llegó de donde menos se esperaba. En 1890, el anciano Hel-muth von Moltke, que había planificado y supervisado las victorias de Alemania en sus guerras de unificación, aseguró ante el Reichstag que había llegado a su fin la época de las “guerras de gabinete”, es decir, las guerras decididas por gobernantes con unos fines limitados, y añadió: “La guerra actual será entre pueblos, y cualquier gobierno prudente se lo pensará dos veces antes de lanzarse a una de tal naturaleza, cuyas consecuencias son incalculables”. Dijo además que para las grandes potencias sería difícil poner fin a semejante guerra, o admitir su derrota: “¡Señores, una guerra así podría durar siete años o treinta, y que Dios proteja a quien encienda la llama en Europa, a quien se atreva a incendiar el polvorín!”.[89]

Moltke falleció al año siguiente, sin ver el surgimiento del nacionalismo ni la escalada de tensiones en Europa, ni el aumento de la retórica, las expectativas de que cada crisis pudiera derivar en guerra ni los temores a los ataques, a los espías y —aunque el término no se había inventado aún— a los quintacolumnistas que aguardaban dentro de cada sociedad para hacer su jugada. Tampoco vivió para ver el modo en que la opinión pública aceptaba y hasta acogía con agrado la perspectiva de la guerra, ni la forma en que los civiles adoptaban los valores de su mundo.

El militarismo puede significar dos cosas: una es que los militares ocupen la cúspide de la sociedad, generalmente fuera del alcance de la crítica; y la otra, más amplia, que los valores preconizados por el ejército, tales como el orden, la

disciplina, el autosacrificio y la obediencia, penetren en la sociedad civil e influyan en ella. Tras la Gran Guerra, el militarismo fue una de las principales fuerzas que impulsaron a Europa hacia el conflicto; y Alemania, o más bien el militarismo prusiano, como se le conocía entonces, fue motivo especial de oprobio, y con razón. Tanto Guillermo II como el ejército prusiano, núcleo del ejército alemán a partir de 1871, insistieron siempre en que el ejército respondiera solamente ante el káiser y en que estuviera por encima de la crítica de los civiles. Además, creyeron firmemente, y muchos civiles alemanes con ellos, que el ejército era la expresión más noble y elevada de la nación alemana.

Pero el militarismo era un fenómeno más generalizado por toda Europa, y en todas las sociedades. En Gran Bretaña, los niños pequeños vestían trajes de marinero, y en el continente era frecuente ver a niños en las escuelas con sus pequeños uniformes; en los institutos y en las universidades había cuerpos de cadetes; y los jefes de estado —excepto en la Francia republicana— portaban normalmente uniforme militar. Es raro encontrar fotos de Francisco José, Nicolás II o Guillermo II en traje de civil; y con sus funcionarios, muchos de los cuales habían pasado el servicio militar en regimientos de élite, ocurría otro tanto. La primera vez en que Bethmann Hollweg asistió al Reichstag como primer ministro lo hizo vistiendo uniforme de ma-yor.[90] Un siglo después, los únicos líderes políticos que aparecerían cotidianamente de uniforme serían militares dictadores como Sadam Husein y Muammar el Gadaf.

En aquella época, la responsabilidad por el militarismo era comúnmente atribuida por los liberales y por la izquierda al capitalismo, que, según se afirmaba, estaba empeñado en un esfuerzo supremo por el control del mundo. En su resolución final, la segunda internacional socialista decía en su congreso de Stuttgart, en 1907, que “como regla general, las guerras entre los estados capitalistas surgen de su rivalidad por los mercados mundiales, pero también por la conquista de otros nuevos, con el consiguiente proceso de sometimiento de territorios y pueblos extranjeros”.[91] Las clases dominantes enarbolaban el nacionalismo para desviar la atención de los trabajadores de sus propios intereses. Los capitalistas alimentaban la carrera armamentista y los capitalistas obtenían sus beneficios.

La idea de que las tensiones en Europa se debían a la rivalidad económica persistió mucho después de la Gran Guerra, pero no hay evidencia para sustentarla. En los años previos a 1914 aumentaron el comercio y las inversiones entre países como Gran Bretaña y Alemania, que estaban a punto de entrar en guerra. Si bien es cierto que algunas industrias se beneficiaron con la carrera armamentista, lo cierto es que les venía tan bien la tensión como la guerra misma, y a veces aún mejor, puesto que a menudo comerciaban a la vez con las diferentes partes. Antes de la Gran Guerra, la firma alemana Krupp mejoró la calidad de las fortalezas belgas, al tiempo que desarrollaba artillería pesada para que el ejército alemán la utilizara contra ellas. La firma británica Vickers concedió licencias a firmas alemanas para la producción de la ametralladora Maxim, y utilizó una licencia de la Krupp para producir deto-nantes.[92] Generalmente, los banqueros y los empresarios involucrados en las importaciones y las exportaciones no veían con entusiasmo la perspectiva de una gran guerra, que acarrearía aumentos de impuestos, perturbaciones en el comercio, grandes pérdidas y puede que incluso la bancarrota.[93] El importante industrial alemán Hugo Stinnes alertó a sus compatriotas contra la guerra, afirmando que el verdadero poder de Alemania era económico y no militar: "Permitan tres o cuatro años más de desarrollo pacífico y Alemania será el amo económico indiscutible de Europa". Él mismo, en los años inmediatamente anteriores a la guerra, adquirió propiedades en empresas francesas, así como en la explotación de mineral de hierro, y estableció una nueva compañía minera en el norte de Gran Bretaña.[94]

Al igual que sucedía con el imperialismo o el liberalismo, la reacción de los europeos al militarismo y a los militares dependía del país en que vivieran y de su situación en el escenario político. En general, antes de la guerra los dos viejos imperios ruso y austrohúngaro eran probablemente los más militaristas entre las potencias del viejo continente. En el imperio austrohúngaro, el ejército, con su cuerpo de oficiales germanoparlantes en su mayoría, era el símbolo del régimen, y por lo mismo el blanco de las suspicacias de los nacionalistas, cada vez más activos dentro del imperio. Las organizaciones civiles que promovían la preparación y los valores militares eran de tendencia nacionalista; por ejemplo, el movimiento gimnástico de Sokol, en el imperio austrohúngaro, solo admitía eslavos.[95] En Rusia, la clase política emergente veía en el ejército un brazo del

régimen absolutista, cuyos oficiales procedían de un pequeño segmento de la sociedad. La opinión pública y los intelectuales de Rusia no se enorgullecían de las conquistas coloniales ni de los pasados triunfos militares, porque tales cuestiones, al parecer, tenían poco que ver con ellos. En 1905, cuando el conflicto bélico ruso-japonés aún no había terminado, el novelista Aleksander Kuprin tuvo gran éxito con su novela El duelo, donde presentaba a los oficiales del ejército como borrachos, disolutos, venales, holgazanes, aburridos y brutales, entre otras cosas; y no parece que exagerara.[96] En los últimos años previos a la Gran Guerra, el zar y su gobierno tomaron medidas para fortalecer el espíritu marcial entre los jóvenes civiles, haciendo que los ejercicios físicos y las prácticas militares fueran obligatorias en las escuelas, así como promoviendo las agrupaciones juveniles. En 1911 Baden-Powell visitó Rusia para inspeccionarlas. Aunque la opinión pública tenía tendencia a ver con suspicacia cualquier iniciativa emanada del gobierno, esta gozó de cierto apoyo popular y se crearon algunas organizaciones, si bien nunca llegó a participar más que una pequeña parte de la juventud rusa.[97]

El militarismo y los militares provocaron también la división política de los europeos: los izquierdistas no los aprobaban, en tanto que los conservadores los admiraban. En la mayor parte de los países, las clases altas enviaban a sus hijos a que se hicieran oficiales, mientras que para las clases trabajadoras el servicio militar suponía una carga. Aunque lo cierto es que esta línea divisoria nunca fue nítida: muchos elementos de clase media, como por ejemplo los empresarios y los comerciantes, por ejemplo, se molestaban porque sus impuestos sirvieran para sostener a un ejército de holgazanes y su costoso equipamiento, mientras que otros aspiraban a los valores y el estilo de los oficiales. En Alemania, ser oficial de la reserva era indicativo de estatus social, incluso entre profesionales. Mientras tanto, los judíos, los izquierdistas, los miembros de la clase baja, o los hombres que se habían casado mal, apenas tenían oportunidad de ser seleccionados. Los oficiales de la reserva que en las elecciones votaban de manera contraria a lo esperado, o que asumían posiciones consideradas radicales, eran despedidos sumariamente.[98]

El nacionalismo creciente aumentó la importancia de los militares, en tanto defensores de la nación y, en el caso de Alemania, como sus creadores. Según le

dijo un mayor alemán al periodista francés Bourdon en 1913: “Tal o cual país puede poseer un ejército, pero Alemania es un ejército que posee un país; es por ello que todo acontecimiento de la vida pública tiene una incidencia en la vida militar; cualquier emoción, grata o no, hace que el pueblo vuelva sus ojos al ejército instintivamente”.[99] Y, por mucho que disgustara a los socialistas, en toda Europa, a las clases trabajadoras les entusiasmaba, y salían a las calles a aplaudir a las bandas y marchas militares o para celebrar los triunfos del pasado. En Gran Bretaña, los fabricantes de cigarrillos aprovecharon los sentimientos populares y las cajetillas llevaban cromos de generales y almirantes famosos. Los fabricantes de un conocido producto cárnico tuvieron mucho éxito con sus anuncios durante la guerra de los Bóers, en los que la cabalgata del comandante en jefe británico, lord Roberts, por el estado libre de Orange formaba la palabra Bovril.[100]

Desde luego, los maestros de escuela, los escritores, los generales o los políticos que exhortaban a los jóvenes a enorgullecerse de las grandes victorias militares del pasado, que les instaban en sus discursos y en sus escritos a ser obedientes y buenos patriotas y a estar siempre dispuestos a sacrificarse por el bien de su nación, o que estimulaban a los muchachos a imitar a los soldados y a los marineros de su país, y a las muchachas a prepararse para cuidarlos, no tenían idea de que estaban ayudando a preparar psicológicamente a toda una generación para la Gran Guerra. Para ellos, inculcar los valores militares no era sino parte de un esfuerzo por contrarrestar los nocivos efectos del mundo moderno e impedir la decadencia de la nación. El general sir Ian Hamilton, observador británico de la guerra ruso-japonesa, regresó al país muy preocupado por el auge de Japón y de su marcialidad. Este país, por fortuna, era un aliado, por lo que Gran Bretaña disponía de tiempo para promover en sus hijos un espíritu similar. “Desde la guardería y sus juguetes, hasta la escuela dominical y el cuerpo de cadetes, es preciso llevarle a la próxima generación de muchachos y muchachas británicos toda la influencia del afecto, la lealtad, la tradición y la educación, de manera que se inculque en sus jóvenes mentes un sentimiento de respeto y admiración por el espíritu patriótico de sus antepasados”.[101] En general, los deportes de equipo, tan reverenciados en los internados de la Gran Bretaña victoriana, se consideraban buenos porque fomentaban los hábitos saludables y, mejor aún, exaltaban el trabajo en grupo y la lealtad. Uno de los poemas más célebres de su tiempo, “Vitai Lampada” [Pasando la antorcha de la vida], de Henry Newbolt, comienza con un juego de cricket en que el bateador sabe que las esperanzas del equipo dependen de él. “¡Juega, juega! ¡Haz tu juego!”, le dice su capitán. El

siguiente verso lleva al lector a las arenas del desierto de Sudán, “teñidas de rojo”, donde una fuerza británica está a punto de ser aniquilada. Pero la voz de un niño los arenga: “¡Juega, juega! ¡Haz tu juego!”.

En los años previos a 1914, en particular en Gran Bretaña y Alemania, proliferaron entusiastas asociaciones de voluntarios de carácter militar, como las ligas de la armada, que sugieren que el militarismo no solo venía desde arriba, sino también desde la base. En Alemania, donde gracias al reclutamiento se disponía de una gran cantidad de hombres con experiencia militar, cerca de un quince por ciento de la población masculina adulta pertenecía a asociaciones de veteranos. Estas asociaciones, que eran en gran medida agrupaciones sociales, hacían funerales con honores militares para sus miembros y celebraciones con ocasión de eventos nacionales, como el cumpleaños del káiser o los aniversarios de las batallas célebres.[102] Los británicos defensores de la preparación militar reclamaban la expansión del ejército con reclutas o con voluntarios. En 1904, el héroe de la guerra de los Bóers lord Roberts de Kandahar, a quien el pueblo británico llamaba cariñosamente Bobs, renunció a su cargo de comandante en jefe para dedicarse a la National Service League, que abogaba por el entrenamiento de todos los hombres físicamente aptos para que, aunque no prestaran servicio fuera, al menos estuvieran en condiciones de defender las islas británicas. En 1906 Roberts colaboró además con Le Queux en su novela alarmista La invasión de 1910, y en 1907 publicó su propio superventas Un pueblo en armas, que abogaba por el servicio nacional, no solo por su importancia para la defensa, sino también como instrumento para superar la fragmentación social. La Liga, que en 1909 tenía registrados a treinta y cinco mil miembros, contaba principalmente con el apoyo de los conservadores, pues los liberales y los izquierdistas desconfiaban de los militares y rechazaban la idea del servicio militar obligatorio.

En ambos países, la preocupación por los jóvenes y su supuesta pérdida de valores alimentaba el militarismo, al considerarse que solo un modo de vida sano y una abundante dosis de disciplina podían ponerlos en el buen camino. En Gran Bretaña, organizaciones como la Lads Drill Association [Asociación de instrucción militar para jóvenes] y la Boys and Church Lads Brigade [Brigada de muchachos y Jjóvenes de la iglesia] trataron de llegar a los chicos de las clases

más bajas de las zonas urbanas. La más famosa de estas organizaciones, la de los Boy Scouts [Exploradores], fundada en 1908 por otro héroe de la guerra de los Bóers, Baden-Powell, logró tener cien mil miembros en solo dos años y publicar su propia revista semanal. Según el propio Baden-Powell, lo que deseaba era transformar a niños y jóvenes británicos sin profesión ni oficio, de “miserables especímenes pálidos, encorvados y enclenques fumadores empedernidos” en sanos y enérgicos patriotas.[103] En un principio, también dio entrada a las chicas en su movimiento, pero esto generó una protesta pública; una carta dirigida al semanario conservador The Spectator se quejaba de que los jóvenes, tanto los chicos como las chicas, regresaban de las excursiones por el campo en un “estado de excitación muy indeseable”. En consecuencia, Baden-Powell y su hermana crearon rápidamente las Girl Guides [Guías], uno de cuyos objetivos era la preparación de las jóvenes para que “estuvieran en condiciones de cumplir tareas prácticas en caso de invasión”.[104] Dos oficiales alemanes que también habían acumulado experiencia en África, en concreto en la brutal represión alemana de los herero, en el África sudoccidental alemana, crearon los Pfadfinder, similares a los Boy Scouts pero con “espíritu alemán”. A los Pfadfinder se les exhortaba a ser leales al káiser y a su ejército, que se mantenía armado y siempre listo para defender el país. Los militares ocupaban cargos en su comité ejecutivo, y a menudo a nivel local.[105]

En un principio, los militares y los conservadores alemanes se opusieron a la extensión de la instrucción a la sociedad, por cuanto podía crear en la población la peligrosa y radical idea de que el ejército pertenecía al pueblo. Pese a que había servicio militar obligatorio, no todos los candidatos eran llamados a filas, con el objeto de poder seleccionar reclutas de fiar, y no socialistas ni liberales.[106] El éxito de las agrupaciones juveniles organizadas por el partido socialdemócrata en los años anteriores a la guerra tuvo una gran influencia en el cambio de la mentalidad conservadora. En 1911, el káiser emitió un decreto sobre la juventud, llamando a un esfuerzo mancomunado para salvar a los jóvenes alemanes del mundo moderno, y educarlos como patriotas. Durante largo tiempo, uno de sus generales favoritos, Colmar Freiherr von der Goltz, destacado teórico militar de ideas conservadoras, había tratado de vencer la resistencia del ejército a proporcionarles entrenamiento a los jóvenes, pero ahora el káiser le daba su beneplácito a la creación de una liga de jóvenes alemanes, para prepararlos físicamente y entrenarlos en la obediencia, así como educarlos en el glorioso pasado prusiano “y que sean capaces de reconocer que el servicio a la Patria

constituye el mayor honor para un alemán". En 1914, la liga decía contar con setecientos cincuenta mil miembros, incluidos los jóvenes de otras organizaciones juveniles similares, entre los que, desde luego, no estaban los socialistas.[107]

En Francia, semejantes organizaciones nunca resultaron atractivas a las masas, atrapadas en las divisiones políticas internas de aquella sociedad. Por otra parte, en este país había una fuerte tradición anticastrense, que se remontaba a los días de la revolución francesa, cuando se consideró inicialmente al ejército un instrumento del antiguo régimen, y los gobernantes posteriores, como Napoleón y su sobrino Napoleón III, también se habían apoyado en el ejército para mantenerse en el poder. Pero con la revolución habían surgido también las milicias ciudadanas, a partir de la idea del "pueblo en armas", para defenderse de las fuerzas de la reacción; milicias que la derecha y muchos liberales de la clase media veían con profunda desconfianza. El resultado de la guerra franco-prusiana había añadido experiencias encontradas, puesto que los ciudadanos más radicales de París se habían constituido en una comuna junto con la guardia nacional, y el gobierno les había hecho la guerra con sus propias fuerzas.

Cierto es que, en medio del impacto por la derrota de 1870-1871, se debatió mucho en todo el espectro político acerca de cómo preparar a los franceses para la defensa de su país. En 1882, el gobierno decretó que todas las escuelas debían crear sus organizaciones de instrucción, los llamados bataillons scolaires; y, aunque al principio se produjo una explosión de actividad y hasta un gran desfile en París, la idea nunca arraigó en el resto del país, por lo que el gobierno discretamente abandonó el programa. En 1889, el abortado golpe de estado del general Boulanger les recordó a los buenos republicanos que el entrenamiento militar, especialmente el de la gente equivocada, podía tener consecuencias funestas. Asimismo, a partir de 1871 surgieron desde la base una serie de sociedades de gimnasia y tiro con una clara inspiración militar. (Un periódico conservador se permitió observar que no quedaba claro si el hacer ejercicios con armas y dar volteretas servirían para proteger a Francia de sus enemigos). La mayoría de las sociedades se terminaron convirtiendo en clubes sociales, donde sus miembros podían exhibirse en uniformes bien ceñidos. La sociedad en general quedó atrapada también en la política interna francesa, por lo que en los

pueblos el sacerdote organizaba una carrera y el maestro anticlerical organizaba otra.[108]

En la tercera república, el ejército no disfrutó nunca del prestigio del ejército alemán o la armada británica, y el caso Dreyfus le perjudicó aún más. De cualquier manera, la sociedad francesa estaba profundamente dividida acerca del tipo de ejército que deseaba tener. La izquierda hablaba de una milicia popular destinada únicamente a la autodefensa, mientras que la derecha abogaba por un ejército profesional con todas las de la ley. Para los republicanos, el cuerpo de oficiales era un nido de conservadores y aristócratas (categorías que solían solaparse) con criterios intensamente antirrepublicanos; el caso Dreyfus les dio la oportunidad de emprender una purga, desmovilizar a los oficiales sospechosos y promover a los aparentemente de fiar. Con frecuencia ser católico, y especialmente haberse educado con los jesuitas, parecía suficiente mácula, por lo que los oficiales más despiertos se inscribían de inmediato en logias masónicas anticatólicas.[109] En 1904 estalló un escándalo mayúsculo, cuando se supo que el ministro radical de la Guerra había persuadido a ciertos masones para que elaboraran una lista negra secreta de unos veinticinco mil oficiales sospechosos de ser católicos y antirrepublicanos. No es de extrañar que la moral del ejército cayera aún más; y tampoco ayudó a las relaciones de los cuerpos armados con el pueblo el que el gobierno los empleara cada vez más a menudo para sofocar huelgas y manifestaciones izquierdistas.[110] En los años que precedieron al comienzo de la guerra de 1914, se produjo un renacer del nacionalismo francés, pero también se revitalizó el antimilitarismo. Cada año, en el momento en que marchaban los reclutas para cumplir su servicio militar, las estaciones ferroviarias se convertían en escenarios de protestas, donde los nuevos soldados se unían con frecuencia a los manifestantes para entonar canciones revolucionarias como “La Internacional”. La disciplina del ejército se resintió; los oficiales tenían que vérselas con el alcoholismo, con insistentes actos de insubordinación y hasta con motines.[111] En los años inmediatamente anteriores a 1914, el gobierno, quizá consciente de que las cosas habían ido demasiado lejos y de que el ejército francés no estaba en condiciones de defender Francia, trató de reorganizarlo y transformarlo. Pero ya era demasiado tarde.

El káiser, desde Alemania, había disfrutado observando las tribulaciones de los

franceses. “¿Acaso es posible una alianza con los franceses? –le preguntó a Nicolás cuando el zar visitó Berlín en 1913–. ¿No ves que el francés ya no es capaz de actuar como soldado?”.[112] Pero hasta en Alemania las relaciones entre la sociedad y lo militar, y particularmente el ejército, atravesaban de cuando en cuando periodos de tirantez. La extensión del sufragio y el crecimiento de los partidos centristas y del socialdemócrata contribuyeron a poner en tela de juicio la privilegiada posición del ejército en la sociedad alemana. Pese al disgusto del káiser y su corte, el Reichstag insistió en revisar el presupuesto militar y cuestionar las políticas castrenses. En 1906, un estafador atrevido hizo algo tal vez peor, al poner en ridículo al ejército. Wilhelm Voigt, un delincuente de poca monta y de limitado atractivo, adquirió en Berlín una selección heterogénea de uniformes de oficial usados; y, vestido con lo que todos describieron como un uniforme muy gastado y poco convincente, tomó el mando de una pequeña unidad de soldados, que le siguieron obedientes hasta la ciudad cercana de Köpenick, donde se encaminó al ayuntamiento, arrestó a los oficiales superiores y se apropió de una considerable suma de dinero. Aunque finalmente fue detenido y enviado a prisión, Voigt se convirtió en una especie de héroe popular. Obras de teatro y posteriormente hasta una película representaron su hazaña, y su imagen en cera se sumó a las de las demás celebridades del museo de Madame Tussaud, en Londres. El mismo Voigt hizo una pequeña fortuna contando por Europa y Estados Unidos la historia del capitán de Köpenick. Pese a que no pocos en la propia Alemania y en países hostiles como Francia deploraron el episodio como ejemplo del servilismo de los alemanes ante la vista de un uniforme, a otros les pareció encantadoramente subversivo para con el ejército alemán.[113]

En 1913 se produjo en Alsacia un incidente mucho más grave, que puso de relieve tanto la posición privilegiada de los militares en Alemania como la capacidad del káiser para protegerla. Un joven teniente destinado en la pintoresca ciudad medieval de Zabern (actualmente Saverne, en Francia), cerca de Estrasburgo, dio pie al suceso cuando empleó un epíteto ofensivo para describir a la población local, y luego, al producirse las protestas, su superior agravó la situación arrestando a civiles, a veces a punta de bayoneta, por delitos como el de reírse de los soldados. Además, las tropas alemanas pusieron patas arriba las oficinas del periódico local que había informado sobre el episodio. Las autoridades civiles de la región se escandalizaron por aquella violación de la ley, y el gobierno de Berlín se alarmó por la posible repercusión en las relaciones con

la población local y con Francia. Aunque en aquellos momentos buena parte de la prensa alemana fue sumamente crítica con el comportamiento de los militares, y se pidieron explicaciones en el Reichstag, el alto mando militar y el káiser cerraron filas y se negaron a admitir que los oficiales estacionados en Zabern hubieran actuado mal o que se debiera tomar alguna medida disciplinaria contra ellos. (En realidad, al regimiento perpetrador de las ofensas se le retiró de Alsacia, y al oficial responsable de los arrestos se le sometió a consejo de guerra, aunque discretamente). El príncipe heredero, una pobre imitación de su padre, envió un descabellado telegrama en el que lamentaba la "insolencia" de la población local y manifestaba su esperanza de que se le diera una lección. (En una caricatura berlinesa aparecía el káiser preguntándose: "Quisiera saber dónde ha adquirido este muchacho el hábito de telegrafiar").[114] El primer ministro Bethmann Hollweg, que estaba convencido de que los soldados estacionados en Zabern habían infringido la ley y que había instado al káiser a que los disciplinara, terminó optando por su lealtad a la corona, y a principios de diciembre de 1913 se presentó ante el Reichstag defendiendo la autoridad del ejército para hacer lo que quisiera con los suyos. Pese a que el cuerpo legislativo reaccionó presentando una moción de censura contra el gobierno, que fue aprobada por amplia mayoría, gracias a la endeble constitución alemana Bethmann Hollweg pudo continuar en el cargo como si nada hubiera ocurrido.[115] En Alemania era evidente el clamor por afirmar el control civil sobre el ejército, cosa que se hubiera podido llevar a cabo. Sin embargo, siete meses después, los líderes alemanes tuvieron que tomar decisiones en medio de una grave crisis europea y con un ejército que se consideraba a sí mismo autónomo.

El término "militarismo" era reciente —al parecer se había empleado por vez primera en la década de 1860—, y su efecto en la sociedad europea de las décadas siguientes tuvo que ver tanto con el nacionalismo como con el darwinismo social, en tanto reflejo de los temores contemporáneos sobre la degeneración de la especie y de la fuerte influencia de las ideas premodernas acerca del honor. Desde antes de 1914, los europeos habían estado preparándose psicológicamente para la guerra, y semejante perspectiva les parecía a algunos emocionante. La vida se había vuelto más fácil, especialmente para las clases media y baja, pero no necesariamente más interesante. Aunque el público seguía con interés las lejanas guerras coloniales, estas no satisfacían plenamente los anhelos de grandes hazañas y de gloria. La expansión de la alfabetización y de los nuevos medios de difusión de masas —periódicos, novelas históricas y de

misterio, literatura barata o películas del oeste— mostraban otros mundos más excitantes. Los liberales antibelicistas veían desconcertados que la guerra se percibía como algo glamouroso. Como señalara un británico: "La prolongada inmunización ante la realidad de la guerra ha obnubilado nuestra imaginación. Nuestra atracción por las emociones desmerece en nada a la de las razas latinas. Nuestras vidas son aburridas, y una victoria es algo que hasta el más mezquino de nosotros es capaz de comprender".[116] Las generaciones más jóvenes se preguntaban, como a veces lo hacen en la actualidad, si estarían a la altura de un gran conflicto. En Alemania, los jóvenes que habían cumplido su servicio militar se sentían inferiores a sus mayores, que habían combatido en las guerras de la unificación, y añoraban la oportunidad de probarse a sí mismos.[117]

El futurista Marinetti no era en modo alguno el único artista que anhelaba la destrucción por medios violentos de la confortable sociedad burguesa, así como el final de lo que alguien llamó "la paz odiosa y decadente".[118] Otro italiano, el poeta Gabriele d'Annunzio, causó un profundo impacto entre los jóvenes de toda Europa con su exaltación del poder, del heroísmo y de la violencia.[119] Durante la guerra italiana contra Turquía en 1912, D'Annunzio se jactó ante Kessler del efecto de sus poemas nacionalistas, califcándolos de "tormenta de fuego y sangre que asola al pueblo italiano".[120] En Gran Bretaña, Rupert Brooke, uno de los poetas más prometedores de la joven generación, ambicionaba "algún tipo de convulsión social"; y el escritor católico Hilaire Belloc escribió: "¡Cuánto añoro la Gran Guerra que barrerá Europa como una escoba, haciendo saltar a los reyes como granos de café en una tostadora!".[121] El joven nacionalista francés Ernest Psichari, verdadero héroe para una gran parte de sus coetáneos por sus hazañas en las colonias francesas de África, atacó el pacifismo y lo que consideraba la decadencia de Francia en su libro La llamada de las armas, publicado en 1913. Recurriendo a imágenes religiosas, como solían hacer los nacionalistas en este periodo, Psichari dijo que esperaba con ilusión "la gran cosecha de la Fuerza, hacia la que nos impulsa una especie de armonía inefable que nos cautiva".[122] El poeta cayó muerto en agosto siguiente.

X

SUEÑOS DE PAZ

En 1875, la condesa Bertha Kinsky, una joven encantadora y de fuerte personalidad, pero pobre, se vio obligada a trabajar como institutriz en Viena con una familia llamada Von Suttner. No era algo inusual entre mujeres bien educadas y solteras, ni tampoco se salía de lo normal que uno de los hijos de la familia se enamorara de ella, y ella de él. Pero los padres se opusieron al matrimonio. Para empezar, porque ella era siete años mayor y porque, peor aún, carecía de fortuna; y aunque su apellido estaba entre los más antiguos de las grandes familias checas, las circunstancias de su nacimiento habían dado lugar a cierto escándalo. Su madre pertenecía a la clase media, no era noble, y tenía unos cincuenta años menos que su esposo, un general. La niña nunca fue verdaderamente aceptada por sus familiares más importantes, quienes en ocasiones la tachaban de bastarda.[1] Pese a que durante su vida adulta Kinsky tendió a rechazar sus orígenes y fue considerada por su propia clase social una radical y una librepensadora, lo cierto es que también se atuvo al estilo propio de su clase, entre cuyas características estaba la de una cierta indiferencia por el dinero.

Una vez descubierto el romance, no podía permanecer en Viena con esa familia; así que, siguiendo un impulso, se fue a París, donde consiguió el puesto de secretaria privada de un rico fabricante sueco: Alfred Nobel. Este sería el comienzo, aunque no fuesen conscientes entonces, de una asociación que militaría en favor de la paz. Ella trabajó con él solo unos meses, y después, siguiendo los dictados de su corazón, regresó a Viena y se fugó con Arthur von Suttner. La pareja partió rumbo al Cáucaso, en Rusia, donde vivió con escasos recursos hasta que Bertha descubrió que tenía talento para escribir tanto libros como relatos cortos destinados a publicaciones en alemán. (Arthur, que al parecer era un hombre con poca energía y sin carácter, daba clases de francés y de equitación). Ella descubrió por sí misma, además, los horrores de la guerra, cuando en 1877 estalló un conflicto entre Rusia y Turquía, en el que hubo

batallas en el Cáucaso y en los Balcanes. Cuando la pareja regresó a Viena en 1885, Bertha ya estaba convencida de que la guerra era algo que debía ser superado. Así, en 1889 publicó su libro ¡Abajo las armas!, la melodramática y desgarradora historia de una joven de cuna noble sobre la que se acumulan desgracias, como la ruina financiera, el cólera y la pérdida de su primer esposo, muerto en combate. Después de contraer segundas nupcias, ve partir a su nuevo esposo a la guerra declarada entre el imperio austrohúngaro y Prusia. Desafiando a su familia, la joven parte en su busca, y ve entonces con sus propios ojos las horribles condiciones de los heridos tras el triunfo prusiano. Al fin encuentra a su marido, pero lamentablemente están en París durante la guerra franco-prusiana y le disparan en la comuna. "Convicciones profundas, pero sin talento", fue el veredicto de Tolstói tras leer la novela.[2] No obstante, obtuvo un gran éxito y se tradujo a varios idiomas, incluido el inglés, y su venta le proporcionó a la autora, al menos temporalmente, los fondos necesarios para que mantenerla a ella, a su familia y a su interminable e incansable lucha por la paz.

Bertha Suttner fue una gran publicista y una soberbia activista. Entre otras muchas organizaciones, fundó la sociedad austriaca por la paz, en 1891, y editó durante muchos años su propia publicación; fue miembro activo del comité de amistad anglo-germana; bombardeó a los poderosos de todo el mundo con cartas y peticiones; escribió artículos, libros y novelas para informar a la opinión pública sobre los peligros del militarismo, el coste humano de la guerra y los medios para evitarla; y participó abundantemente en coloquios, congresos por la paz y giras de conferencias. En 1904, el presidente Theodore Roosevelt le ofreció una recepción en la Casa Blanca. Ella persuadió además a millonarios como el príncipe de Mónaco y el industrial estadounidense Andrew Carnegie de que apoyasen su obra; aunque el patrocinador más importante de la condesa fue su antiguo jefe y amigo Nobel. La fortuna de este se asentaba en la patente y producción de un nuevo y poderoso explosivo, la dinamita, cuya aplicación inmediata fue la minería, pero que a la larga multiplicó el poder destructivo de las armas modernas. En cierta ocasión, Nobel le dijo a Suttner: "Ojalá lograra producir una sustancia, o una máquina tan terriblemente eficaz en su capacidad de destrucción, que las guerras fueran del todo imposibles".[3] Nobel falleció en 1896, no sin antes haber legado una parte considerable de su fortuna a los premios de la paz. Suttner, quien una vez más atravesaba dificultades económicas, aplicó su talento para el activismo con grupos de presión en favor del premio, que le fue otorgado en 1905.



10. Antes de 1914 existía un poderoso movimiento internacional por la paz dedicado a proscribir o al menos limitar la guerra. Aunque uno de sus objetivos era poner fin a la carrera armamentista, no había tenido mucho éxito. En esta caricatura, en un extremo de la mesa Marte, el dios de la guerra, se zampa un acorazado mientras varios personajes que representan a las potencias del mundo, entre ellos la Marianne de Francia, un turco otomano, un almirante británico y el Tío Sam, exigen furiosamente su ración de armas. La pobre camarera Paz se afana cargando unas pesadas bandejas, las alas desaliñadas y la baja: "Siempre es hora del almuerzo en el club de los acorazados".

Por sus concepciones, Suttner era en gran medida un producto del crédulo siglo XIX, con su confianza en la ciencia, la racionalidad y el progreso. Pensaba que era posible convencer a los europeos de lo inútil y estúpida que era la guerra; y creía fervientemente que, una vez que abrieran los ojos, se le unirían en la lucha por la ilega-lización de la guerra. Aunque compartía las ideas del darwinismo social sobre la evolución y la selección natural, ella las interpretaba de un modo distinto al de los militaristas y los generales como su compatriota Conrad, algo típico entre los miembros del movimiento por la paz. Lo inevitable no era la lucha, sino la evolución hacia una sociedad mejor y más pacífica. "La paz –escribía Suttner–, es una condición que surgirá inevitablemente del avance de la civilización, [...] es matemáticamente irrebatible que en los próximos siglos el espíritu belicista irá experimentando una decadencia progresiva". Un destacado escritor y conferenciante estadounidense del último cuarto del siglo XIX, John Fiske, que ayudó a popularizar la idea de que era el destino manifiesto de Estados Unidos expandirse por el mundo, creía que esto sucedería pacíficamente, por medio del poderío económico de su país, y apuntaba: "El triunfo de la civilización industrial sobre la militar habrá culminado al fin". La guerra pertenecía a una etapa anterior de la evolución, y para Suttner no era más que una anomalía. Prominentes científicos a ambos lados del Atlántico se le sumaron en la denuncia de la guerra como una acción contraria a la biología, en tanto acarreaba la muerte de los mejores, la de los más talentosos y más nobles elementos de la sociedad, lo que conducía a la supervivencia de los menos aptos.[4]

El creciente interés por la paz se reflejaba también en un cambio con respecto al siglo XVIII en cuanto a las relaciones internacionales, que ya no se concebían como un juego de suma cero en el que, para que uno ganara, otro debía perder. En el siglo XIX se hablaba de un orden internacional en el que todos podrían beneficiarse de la paz, y la historia del siglo parecía demostrar que se abría paso un orden nuevo y mejor. Desde el fin de las guerras napoleónicas en 1815, Europa había disfrutado, con apenas breves interrupciones, de un largo periodo de paz, y su avance había sido extraordinario. Con toda seguridad, estos factores estaban relacionados. Además, parecía darse una mayor coincidencia y aceptación de normas universales para el comportamiento entre las naciones. Sin duda, igual que dentro de las naciones se habían generado leyes e instituciones nacionales, con el tiempo surgiría un cuerpo de leyes e instituciones de carácter internacional. El recurso al arbitraje, cada vez más utilizado en la resolución de las disputas entre las naciones, y la asiduidad con que, durante ese siglo, las grandes potencias de Europa habían trabajado conjuntamente –por ejemplo, con respecto a las crisis del decadente imperio otomano–, parecían indicar que poco a poco se creaban las bases para afrontar los asuntos mundiales de manera más eficaz y novedosa. La guerra resultaba ineficiente y demasiado costosa para la resolución de disputas.

Otra prueba de que la guerra se estaba quedando obsoleta en el mundo civilizado era la naturaleza de la propia Europa, cuyos países estaban ahora íntimamente conectados por la economía, hasta el punto de que tanto el comercio como las inversiones trascendían las alianzas. Antes de la Gran Guerra, el comercio de Gran Bretaña con Alemania fue creciendo de año en año; entre 1890 y 1913, las importaciones británicas de Alemania se triplicaron, en tanto sus exportaciones a este país se duplicaron.[5] Francia, por su parte, importaba casi tanto de Alemania como de Gran Bretaña, mientras que Alemania dependía de las importaciones de mineral de hierro francés para sus acerías. (Medio siglo después, tras las dos guerras mundiales, Francia y Alemania formarían la comunidad europea del hierro y el acero, que sería el germen de la Unión Europea). Gran Bretaña era el centro mundial de las finanzas, y gran parte de las inversiones en y desde Europa pasaban por Londres.

Por todo esto, antes de 1914 los expertos consideraban por lo general que una

guerra entre las potencias provocaría el colapso de los mercados de capitales internacionales y un cese del comercio que las perjudicaría a todas; lo que, de hecho, les impediría sostener una guerra más allá de unas pocas semanas. Los gobiernos no podrían obtener créditos, y en la medida en que escasearan los alimentos, aumentaría la inquietud entre sus pueblos. Incluso en tiempos de paz, una carrera armamentista cada vez más costosa haría que los gobiernos se endeudaran o aumentaran los impuestos, o las dos cosas, lo que a su vez conduciría al descontento popular. Las potencias emergentes, particularmente Japón y Estados Unidos, que no se enfrentaban a semejantes dificultades y disfrutaban de menor presión fiscal, resultarían más competitivas; y, según advertían destacados expertos en relaciones internacionales, existía un serio peligro de que Europa fuese perdiendo terreno, hasta perder su liderazgo en el mundo.[6]

En 1898, en una extensa obra de seis volúmenes publicada en San Petersburgo, Iván Bloch (también conocido, según la versión francesa de su nombre, como Jean de Bloch) conjugó los argumentos económicos con los elementos dramáticos propios de una guerra, para demostrar que esta debía ser ya un recurso obsoleto. Las sociedades industriales modernas podían disponer ejércitos inmensos en el campo de batalla y equiparlos con armas mortíferas que les dieran ventaja defensiva. En su opinión, las guerras se desarrollarían probablemente a gran escala, lo que daría lugar a un dispendio de recursos y de mano de obra; por esto, los conflictos se estancarían y acabarían por destruir a las sociedades implicadas. Como Bloch le dijo a William Thomas Stead, su editor británico: “En el futuro no habrá guerras, porque, ahora que está claro que equivalen al suicidio, resultarán imposibles”.[7] Además, decía, las sociedades ya no estaban en condiciones de seguir en una carrera armamentista como la europea, porque “unas condiciones así no pueden mantenerse eternamente. Los pueblos están agobiados por la carga que les impone el militaris-mo”.[8] Pese a su clarividencia, Bloch se equivocaba en su suposición de que el estancamiento no podría prolongarse por mucho tiempo. Él consideraba que las sociedades europeas no disponían de capacidad material para librar guerras a tan gran escala más allá de unos pocos meses; y que, además, la ausencia de tantos hombres, que estarían en el frente, equivaldría a la desatención de las fábricas, las minas y las granjas. Pero lo que Bloch no previó fue la capacidad latente en las sociedades europeas para movilizar grandes recursos y enviarlos a la contienda; ni tampoco su capacidad para echar mano de fuerzas de trabajo infrautilizadas,

como por ejemplo la de las mujeres.

Descrito por Stead como un hombre de “semblante benévolo”,[9] Bloch, nacido en el seno de una familia judía de la Polonia rusa y convertido más tarde al cristianismo, era lo más cercano que tenía Rusia a un John D. Rockefeller o a un Andrew Carnegie. Desempeñó un papel fundamental en el desarrollo de los ferrocarriles en Rusia y fundó varias compañías y bancos propios; pero su pasión fue el estudio de la guerra moderna. Partiendo de numerosas investigaciones y datos estadísticos, argumentó que los avances tecnológicos tales como las armas de mayor precisión y velocidad de tiro, o los explosivos de más alta calidad hacían casi imposible que los ejércitos pudieran atacar posiciones bien defendidas. La combinación de tierra, excavadoras y alambres de púas les permitían a los defensores establecer una fuerte línea de defensa, desde la cual desplegar una devastadora cortina de fuego contra sus atacantes. “No habrá nada en toda la línea del horizonte que indique de dónde proceden los proyectiles portadores de muerte”, le aseguró Bloch a Stead.[10] Según sus cálculos, el atacante necesitaría una ventaja de, por lo menos, ocho contra uno para poder abrirse paso a través del fuego.[11] En las batallas se producirían bajas masivas “de tal magnitud que sería imposible llevar la batalla a una conclusión definitiva”.[12] (Bloch compartía la pesimista opinión de que los europeos modernos, especialmente los residentes en las ciudades, eran más débiles y nerviosos que sus antepasados). De hecho, era improbable que en las guerras futuras se lograra obtener una victoria indiscutible, pues mientras el campo de batalla se convertía en una zona de muerte, las carencias en los hogares darían lugar a desórdenes, y finalmente a la revolución. Para Bloch, la guerra sería “una catástrofe que destruiría todas las instituciones políticas existentes”;[13] por esta razón, hizo todo lo posible por llegar tanto a quienes estaban en puestos de decisión como al gran público, regalando ejemplos de sus libros en la primera conferencia de La Haya, de 1899, y dando charlas, en lugares tan hostiles incluso como el United Services Institute de Londres. En 1900, Bloch financió el que una sala de la exposición de París mostrara las enormes diferencias entre las guerras del pasado y las del futuro. Poco antes de su fallecimiento, en 1902, fundó el museo internacional de la Paz y la Guerra en Lucerna.[14]

La idea de que la guerra simplemente no era racional en lo económico llegó a un

público más amplio, de manera increíble, gracias a los esfuerzos de un hombre que había abandonado la escuela a los catorce años y dado vueltas por el mundo, dedicándose a ser vaquero, criador de cerdos y buscador de oro, entre otras ocupaciones. Norman Angell era un hombre pequeño, frágil y enfermizo, pese a lo cual vivió hasta los noventa y cuatro años. Los que le conocieron en su larga vida coincidían en afirmar que era afable, entusiasta, amable, idealista y desorganizado.[15] Terminó recalando en el periodismo, y antes de la Gran Guerra trabajó en París para The Continental Daily Mail. (Además, encontró tiempo para fundar allí la primera tropa inglesa de boy scouts). En 1909 publicó un panfleto, La ilusión óptica de Europa, que fue aumentando en las sucesivas ediciones hasta convertirse en una obra más voluminosa: La gran ilusión.

Angell cuestionó la extendida idea —la gran ilusión— de que la guerra era conveniente. La conquista quizá tuviese sentido antes, cuando los países individualmente subsistían más bien con lo que producían y necesitaban menos los unos de los otros, por lo que el victorioso podía hacerse con un botín de guerra y disfrutarlo, al menos por un tiempo. Aun así, la nación quedaba debilitada por la muerte de sus mejores hijos. Francia aún estaba pagando el precio de sus grandes triunfos de los tiempos de Luis XIV y Napoleón: “Por culpa de un siglo de militarismo, Francia se ve obligada a reducir sus normas de aptitud física cada cierto número de años para mantener su poderío militar, de manera que ahora hasta los enanos de menos de un metro son llamados a filas”.[16] En la edad moderna la guerra era inútil, porque la potencia vencedora no ganaba nada con ello. En el mundo económicamente interdependiente del siglo xx, hasta las naciones poderosas necesitaban socios comerciales, así como un mundo estable y próspero en el que encontrar mercados, recursos y lugares adecuados para invertir. El saqueo de los enemigos derrotados y la ruina de los mismos perjudicaría a los vencedores. Si, por otro lado, el vencedor decidiera estimular al vencido a prosperar y crecer, ¿qué sentido habría tenido entonces hacer la guerra? A modo de ejemplo, Angell se preguntaba qué ocurriría si Alemania llegara a apoderarse de Europa: ¿iba a lanzarse acaso al saqueo de sus conquistas?

Eso sería un suicidio. ¿Dónde encontraría un mercado para su enorme producción industrial? Si se lanzara a desarrollar y enriquecer a los otros, estos

se convertirían en eficientes competidores, y para llegar a semejante resultado no habría necesitado emprender la más costosa guerra de la historia. Esta es la paradoja de la inutilidad de la conquista: la gran ilusión que la historia de nuestro propio imperio ilustra con tanta claridad.[17]

Y afirmaba que los británicos habían logrado mantener unido su imperio permitiendo que sus diversas colonias florecieran, en especial los dominios, para que todas se beneficiaran sin necesidad de un conflicto ruinoso. En opinión de Angell, los empresarios ya habían comprendido esta verdad sustancial. En las décadas anteriores, cada vez que las tensiones internacionales habían puesto en peligro la paz, los negocios se habían visto afectados, y, en consecuencia, los inversores de Londres, Nueva York, Viena o París se habían reunido para poner fin a las crisis "no por altruismo, sino para proteger sus negocios".[18]

No obstante, la mayoría de los europeos todavía pensaba —peligrosamente, en opinión de Angell— que la guerra era necesaria en determinadas ocasiones. En el continente, los estados fortalecían sus ejércitos, mientras que Gran Bretaña y Alemania se enfrascaban en una carrera armamentista naval. Los europeos quizá pensaran que sus poderosas fuerzas militares eran solo defensivas, pero el militarismo y la carrera de armamentos no hacían más que incrementar las probabilidades de una guerra. Los líderes políticos de Europa tenían que darse cuenta de esto y abandonar la gran ilusión. A este respecto, señalaba Angell: "Si los estadistas europeos fueran capaces de dejar por un momento a un lado las consideraciones irrelevantes que nublan su mente, verían que, en estas circunstancias, el coste directo de la adquisición por la fuerza excedería el valor de la propiedad adquiri-da".[19] Dado el estado de tensión que se vivía en Europa en esa época, las observaciones de Angell resultaban harto oportunas, y la acogida que tenían sus ideas alentaba a quienes abogaban por la paz. Al parecer el rey de Italia leyó su libro, y también el káiser "con ferviente interés". En Gran Bretaña, tanto el ministro de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey, como el líder de la oposición, Balfour, lo leyeron y quedaron profundamente impresionados,[20] al igual que Jacky Fisher, que lo calificó de "maná del cielo".[21] (La opinión de Fisher sobre la guerra era muy sencilla: no la deseaba, pero combatiría hasta el final si fuera necesario). Los entusiastas se reunieron para establecer una fundación, para que las ideas de lo que se denominó "angellismo" pudieran

estudiarse en las universidades.[22]

En las décadas finales del siglo XIX y en la primera del xx proli-feraron en Europa y Estados Unidos los movimientos por la paz y contra la carrera armamentista y el militarismo en general. Estos movimientos solían contar con el apoyo mayoritario, aunque no total, de las clases medias. En 1891, se estableció en Berna una oficina internacional por la paz, que existe aún, con el propósito de agrupar a las sociedades promotoras de la paz en cada país –específicamente las religiosas, como la de los amigos cuáqueros por la paz– y los organismos internacionales para la promoción del arbitraje de disputas y el desarme. Se produjeron campañas por la paz, peticiones a los gobiernos, conferencias y congresos internacionales, y se acuñaron nuevos términos como "pacifista" y "pacifismo", que abarcaban una amplia gama de posturas, desde la hostilidad hacia la guerra en cualquier circunstancia, hasta los intentos por limitarla o prevenirla. En 1889, con ocasión del aniversario de la revolución francesa, noventa y seis parlamentarios procedentes de nueve países se reunieron en París para fundar la unión interparlamentaria, que trabajaría por la resolución pacífica de las disputas entre sus naciones. En 1912 la organización contaba ya con 3.640 miembros de veintiún países, principalmente europeos, además de Estados Unidos y Japón. En el prometedor año de 1899, se reunió el primer congreso por la Paz Universal de los veinte que se celebrarían hasta 1914, con la participación de trescientos delegados de Europa y Estados Unidos.[23] El congreso celebrado en Boston en 1904 fue inaugurado por John Hay, el secretario de Estado. La causa de la paz había ganado la suficiente respetabilidad como para que el cínico Bülow acogiera un encuentro de la unión interparlamentaria en Berlín en 1908. Según relató en sus memorias, aunque estaba convencido de que "los sueños y las ilusiones" de la mayoría de los pacifistas eran una tontería, el encuentro ofrecía una buena oportunidad "para echar por tierra ciertos prejuicios antialemanes".[24]

En realidad, Bülow no necesitaba preocuparse demasiado por los pacifistas locales. El movimiento alemán por la paz nunca tuvo más de unos diez mil miembros, provenientes en su mayoría de la clase media baja. A diferencia de Gran Bretaña, por ejemplo, no atrajo a eminentes profesores, destacados empresarios ni aristócratas. Mientras que el alto clero apoyaba los movimientos

británico y estadounidense, en Alemania las iglesias generalmente los denunciaban con el argumento que la guerra formaba parte del plan de Dios para la humanidad.[25] Tampoco los liberales encabezaron el apoyo a la paz en Alemania, como sí sucedió, por ejemplo, en Gran Bretaña y Francia. En medio del embriagador entusiasmo provocado por el gran triunfo sobre Francia y la unificación de Alemania en 1871, los liberales alemanes se habían olvidado de sus antiguas reservas con respecto a Bismarck y su régimen autoritario y antiliberal, para brindarle su respaldo al nuevo imperio. Hasta el liberal partido progresista, de tendencia izquierdista, votaba sistemáticamente en favor de los fondos para el ejército y la armada.[26] La causa de la paz no era atractiva en un país cuya creación se debía a la guerra y donde los militares ocupaban un lugar de honor.

En el imperio austrohúngaro el movimiento por la paz también era exiguo y carente de influencia, además de estar cada vez más embrollado en la política nacional. Por ejemplo, los liberales germano-parlantes pasaron de oponerse a la guerra en las décadas de 1860 y 1870, a respaldar a los Habsburgo y al imperio. De hecho, continuaban abogando por la mediación en los conflictos, a la vez que apoyaban el servicio militar obligatorio y una política exterior más activa.[27] Más al este, en Rusia, el pacifismo quedaba prácticamente circunscrito a las sectas religiosas marginales como la de los doukhobors, aunque podría decirse que Tolstói constituía por sí solo todo un movimiento pacifista.

Hasta 1914, el movimiento por la paz más fuerte e influyente estaba en Estados Unidos, seguido de los de Gran Bretaña y Francia. En cada país, los pacifistas podían buscar en su propia historia —y a menudo lo hacían— ejemplos de cómo superar profundas divisiones y verdaderos conflictos, desde guerras civiles hasta revoluciones, y de sus éxitos en la construcción de sociedades estables y prósperas con instituciones que funcionaran. La responsabilidad para con el mundo de estos países tan afortunados era diseminar, en beneficio de todos, su civilización superior, pacífica. “Hemos llegado a ser una gran nación –afirmaba Teddy Roosevelt–, y tenemos que comportarnos como le corresponde a un pueblo con semejantes responsabilidades”.[28]

El pacifismo estadounidense, profundamente enraizado en la historia del país, se alimentó además, en el cambio de siglo, del movimiento progresista, que se había propuesto transformar la sociedad dentro de sus fronteras y diseminar la paz y la justicia más allá de las mismas. El clero, los políticos y los oradores itinerantes difundían el mensaje por todo el país, y los ciudadanos se organizaban para trabajar por la honradez de los gobiernos locales, la eliminación de los barrios miserables, la templanza, la propiedad pública de las empresas y la paz internacional. Entre 1900 y 1914 surgieron unas cuarenta y cinco nuevas asociaciones en favor de la paz, apoyadas por representaciones de toda la sociedad, desde rectores de universidad hasta empresarios; así como poderosas organizaciones como la unión cristiana de Mujeres por la Templanza, que contaba con sus propias secciones dedicadas a promover la paz.[29] A partir de 1895, el empresario cuáquero Albert Smiley patrocinó una conferencia anual sobre arbitraje internacional en Lake Mohonk, en el estado de Nueva York; y en 1910 Andrew Carnegie estableció el fondo Carnegie para la paz internacional, estipulando que, una vez que se alcanzara la paz, los fondos se emplearían para combatir otras lacras sociales.[30]

El excelente orador y político William Jennings Bryan, que presentó en tres ocasiones su candidatura a presidente con una plataforma progresista, se hizo famoso por su conferencia “El príncipe de la paz”, dictada en la feria de educación para adultos de Chautauqua, que se propagó desde su estado original de Nueva York a cientos de ciudades y pueblos de Estados Unidos. “El mundo entero desea la paz –afirmaba ante su extasiado auditorio–, todo corazón que late ha procurado la paz, y muchos han sido los métodos empleados para alcanzarla”. En 1912, Bryan fue nombrado secretario de Estado del presidente Wodrow Wilson, y como tal se dispuso a negociar tratados “disuasorios” que comprometieran a las partes a no declarar la guerra, a veces por al menos un año, y a someter sus disputas a arbitraje. Pese a las críticas expresas de Theodore Roosevelt, que consideraba que Bryan —“ese trombón humano”— era un tonto y sus planes inútiles, para 1914 había logrado que se firmasen treinta de esos tratados. (Aunque Alemania se negó).

Tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, los cuáqueros, no muy numerosos pero sí influyentes, desempeñaron un papel importante en el

liderazgo del movimiento; mientras que en Francia los pacifistas eran profundamente anticlericales. Se ha calculado que en este país, antes de 1914, unas trescientas mil personas participaban de alguna manera en el movimiento por la paz.[31] En los tres países dicho movimiento logró nutrirse de vigorosas tradiciones liberales y radicales de rechazo a la guerra, sobre bases morales y sociales que les permitían apelar a importantes sectores de la opinión pública. La guerra no solo era un error, sino que suponía además un despilfarro, e implicaba el desvío de recursos sumamente necesarios para corregir los males de la sociedad. El militarismo, la carrera armamentista, la política exterior agresiva y el imperialismo se consideraban males interconectados, a los que era preciso combatir para lograr una paz duradera. En cada país, una prensa de acusada tendencia liberal y las organizaciones dedicadas a causas sociales más amplias, así como destacados políticos, del estilo de Bryan o Keir Hardie, líder del partido laborista en el parlamento británico, ayudaron a divulgar el mensaje. En Francia, la Ligue des Droits de l´Homme, con sus doscientos mil miembros, aprobaba regularmente mociones en favor de la paz; en tanto que en los encuentros de profesores se debatía la configuración de un programa para el estudio de la historia que no fuera nacionalista ni militarista.[32] En Gran Bretaña, periódicos poderosos y revistas radicales como The Manchester Guardian y The Economist respaldaban medidas como el desarme y la libertad de comercio como vías para convertir el mundo en un lugar más favorable. En 1906, el nuevo gobierno liberal tuvo que afrontar las presiones de un número cada vez mayor de liberales de tendencia radical, así como del nuevo y pujante partido laborista, para que se implicara más en favor de la paz.[33]

Diversas personalidades y entidades, como los grupos religiosos, también aportaron su granito de arena a la paz tratando de acercar a los pueblos de las naciones potencialmente hostiles. En 1905, los británicos crearon el comité de amistad anglo-germana, encabezado por dos nobles radicales. Delegaciones religiosas y un grupo laborista liderado por el futuro primer ministro Ramsay MacDonald visitaron Alemania, y George Cadbury, magnate cuáquero del chocolate, invitó a un grupo de funcionarios municipales alemanes a visitar su ciudad modelo de Bournville.[34] El omnipresente Harry Kessler ayudó a organizar un intercambio epistolar público entre artistas alemanes y británicos en el que expresaban su admiración por la cultura de los otros; así como una serie de banquetes para el fomento de la amistad, que culminaron con uno ofrecido en 1906 en el hotel Savoy, donde el propio Kessler hizo uso de la palabra, al igual

que George Bernard Shaw y lord Haldane, destacado político liberal, en favor de la mejora de las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania. (Kessler encontró incluso tiempo para admirar la hermosa espalda casi desnuda y las perlas de Alice Keppel, amante de Eduardo VII, una de las numerosas celebridades de la sociedad allí presente).[35] En Francia, Romain Rolland escribió su portentosa serie de novelas de Jean Christophe, cuya figura central es un compositor alemán brillante y atormentado, que finalmente encuentra la paz y el reconocimiento en París, para mostrar su amor por la música, y también, como le dijo a Stefan Zweig, con la esperanza de contribuir a la causa de la unidad de Europa y a que sus gobiernos se parasen a reflexionar sobre el peligroso derrotero que estaban tomando.[36]

A pesar del incremento de los sentimientos pacifistas, había también grandes desacuerdos, frecuentemente enconados, acerca de cómo alcanzar un mundo de paz. Igual que hoy hay quienes afirman que la clave reside en la expansión de la democracia —con el discutible argumento de que las democracias no se enfrentan entre sí—, también en los años que precedieron al comienzo de la guerra de 1914 hubo quienes sostenían –a menudo los pensadores franceses, apoyándose en los grandes ideales de la revolución– que se podía garantizar la paz mediante la instauración de repúblicas y, allí donde fuera necesario, la liberación de las minorías nacionales para que ejercieran su propio gobierno. En 1891, un activista de la paz italiano afirmó: “De la premisa de la libertad se sigue la igualdad, cuya evolución progresiva conduce a la solidaridad de intereses y a la fraternidad entre los [pueblos] verdaderamente civilizados. Por lo tanto, la guerra entre pueblos civilizados es un crimen”.[37] La reducción de las barreras comerciales y el incentivo a la integración de la economía mundial se consideraban vías para el fomento de la paz. Este planteamiento gozó de considerable apoyo en Gran Bretaña; lo que no es de extrañar, puesto que en el siglo XIX la libertad de comercio había reportado estupendos beneficios a este país y a Estados Unidos. Asimismo, como precursores de los actuales activistas de Wikileaks, argumentaban que el objetivo fundamental debía ser acabar con la diplomacia secreta y los tratados ocultos. Una pequeña minoría, básicamente en el mundo angloparlante, seguía a Tolstói en su prédica de que a la violencia debía oponerse la no violencia y la resistencia pasiva; en el polo opuesto se defendía la idea de que había guerras justas e injustas, y que en ciertas circunstancias se justificaba la defensa contra los tiranos o contra los ataques no provocados.

Uno de los temas en que casi todos los movimientos por la paz lograron ponerse de acuerdo antes de 1914, y que avanzó más que el desarme, fue el del arbitraje en las disputas internacionales. La mediación de comisiones independientes se había utilizado en el siglo XIX con algunos éxitos de relieve, como la solución en 1871 de las reivindicaciones de los estadounidenses contra Gran Bretaña por las acciones del barco Alabama, propiedad de los confederados y construido en un puerto británico. Pese a las protestas de la Unión, los británicos habían permitido que el barco navegara en aguas profundas, donde hundió o capturó a más de sesenta navíos de la Unión. El gobierno estadounidense ganó la disputa y le exigió una indemnización a Gran Bretaña; en cuanto a Canadá, se sugirió que se conformara, pero al final Estados Unidos recibió una disculpa y el pago en efectivo de unos quince millones de dólares. Año tras año, los congresos universales por la paz aprobaban resoluciones llamado a los gobiernos del mundo a crear un sistema de arbitraje realmente viable. Hacia el final del siglo, debido a las presiones públicas, pero también a que deseaban evitar la guerra, los gobiernos se iban inclinando cada vez más por el arbitraje. Fue así como más del cincuenta por ciento de las mediaciones conseguidas entre 1794 y 1914 se produjeron después de 1890. Además, cada vez más estados iban suscribiendo acuerdos bilaterales de arbitraje. Los optimistas confiaban en que un día habría un acuerdo multilateral de arbitraje, un tribunal con suficientes facultades y un cuerpo de leyes internacionales; y quizá, pensaban los más idealistas, un gobierno mundial.[38] Como apuntó un estadounidense: “La lógica imparable del progreso humano hace que cada vez se aprecie más el arbitraje”.[39]

Otros activistas prefirieron concentrarse en el desarme, o al menos en la limitación de las armas. Puede decirse que entonces, como ahora, la existencia de armas y ejércitos, y la casi inevitable carrera armamentista, incrementaban las probabilidades de una guerra. Los mismos fabricantes de armas se convirtieron en blanco frecuente de los defensores de la paz, ya que, según estos, fomentaban deliberadamente las tensiones, y hasta los conflictos, para favorecer sus ventas. De modo que en 1898, cuando el joven zar cursó de improviso una invitación pública a las potencias mundiales para que se reunieran y analizaran el “grave problema” derivado del aumento sin precedentes del armamento, trabajando juntos en su solución, los activistas de la paz como Suttner se mostraron encantados. Lo cierto es que la invitación, con sus referencias a las “terribles

máquinas de destrucción” y a los horrores que acarrearía una guerra, podría haber sido suscrita por cualquiera de ellos. Al parecer, al zar lo animaba en parte el idealismo, pero también por consideración de orden práctico, ya que Rusia tenía dificultades para mantener un volumen de gastos similar al de las otras potencias europeas.[40] Una segunda nota de los rusos sugería los temas que podrían ser objeto de análisis, entre ellos el congelamiento del aumento de los arsenales de cada país, los límites de algunas de las armas nuevas y más mortíferas y las regulaciones sobre la conducción de la guerra.[41]

Los gobiernos de las demás potencias europeas se mostraron poco entusiastas o, como en el caso de Alemania, abiertamente hostiles ante la idea, pero tuvieron que vérselas con el entusiasmo del público; de todo el mundo llegaron peticiones y cartas instando a los delegados a trabajar por la paz. En Alemania, una declaración de apoyo al desarme obtuvo más de un millón de firmas. El documento, enviado a La Haya, daba pistas de cómo el nacionalismo acabaría socavando los esfuerzos en favor del desarme previos a 1914, ya que en él se apuntaba: “No queremos que Alemania se desarme mientras que a nuestro alrededor el mundo permanece erizado de bayonetas. No queremos ver disminuida nuestra posición en el mundo ni dejar de percibir ninguna ventaja de la que conlleva la contienda pacífica entre las naciones”.[42]

El zar, por su parte, afirmaba: “Seguiré adelante con la comedia de la conferencia, pero mantendré entretanto la daga afilada”.[43] Esta vez su tío Eduardo de Gran Bretaña estuvo de acuerdo: “Es la mayor tontería y estupidez que he escuchado jamás”.[44] Alemania asistió a la conferencia con la intención de hacerla naufragar, siempre que fuera posible hacerlo sin asumir la responsabilidad en exclusiva. Su delegación estuvo encabezada por Georg zu Münster, embajador alemán en París, a quien le disgustaba sobremanera todo lo relacionado con la conferencia, y de ella formaba parte también Karl von Stengel, profesor de Múnich, que poco antes de iniciarse las deliberaciones publicó un panfleto en el que condenaba el desarme, el arbitraje y el movimiento por la paz en su totalidad.[45] Las instrucciones que Hols-tein impartió a los delegados en la secretaría de Asuntos Exteriores precisaban: “El objetivo supremo del estado es la protección de sus intereses [...]. En el caso de las grandes potencias, estos intereses no coinciden necesariamente con la

preservación de la paz, sino más bien con la destrucción del enemigo y del rival por una adecuada agrupación de estados más fuertes”.[46]

En cuanto al resto de las potencias, tampoco el imperio austrohún-garo se mostraba entusiasta. De hecho, las instrucciones del canciller Goluchowski a sus delegados rezaban: “[...] las actuales relaciones no permiten logros sustanciales. Por otro lado, nosotros no deseamos logro alguno, al menos no en lo tocante a cuestiones militares y políti-cas”.[47] En Francia, donde el movimiento por la paz era vigoroso, el gobierno estaba más inclinado a apoyar la conferencia; aunque el canciller Delcassé temía que los delegados allí reunidos adoptasen resoluciones que obligaran a Francia a abandonar su esperanza de recuperar Alsacia y Lorena por medios pacíficos: “Por mi parte, aun cuando soy canciller, soy ante todo francés, y no puedo menos que compartir los sentimientos de los demás franceses”.[48] Gran Bretaña, que envió al almirante Jacky Fisher dentro de su delegación, se mostraba dispuesta a analizar el tema del arbitraje, pero no estaba muy interesada en el desarme. El almirante le dijo al gobierno que un congelamiento de las fuerzas navales era “bastante difícil”, y que cualquier restricción en cuanto a los armamentos nuevos o a la mejora de los existentes “favorecería los intereses de las naciones salvajes y perjudicaría a los de las más civilizadas”. En cuanto al intento de regular la guerra, “sus señorías no son proclives a comprometer al país de esta manera, por cuanto semejante disposición derivaría, casi con certeza, en recriminaciones mutuas”. El ministerio de la Guerra también se manifestó sin miramientos, afirmando que ninguna de las medidas propuestas por Rusia era deseable.[49] La delegación de Estados Unidos estuvo encabezada por su embajador en Berlín, Andrew White, y contaba además con Alfred Mahan, el promotor del poderío naval, sobre el que White escribió en su diario: “Apenas ha demostrado simpatía, si es que ha mostrado alguna, por los principales objetivos de la conferencia”.[50] En general, la posición estadounidense era de respaldo a la paz, pero de reticencia a debatir la limitación de armamentos, partiendo de que las fuerzas de Estados Unidos, tanto las navales como las de tierra, eran tan reducidas que los europeos no debían tenerlas en cuenta.[51] En el transcurso de la reunión, White se pronunció elocuentemente en este sentido, lo que dio lugar a que el agregado militar británico informara a Londres: “El almirante francés me aseguró al final del discurso que los estadounidenses habían destruido la armada y el comercio de España, y que ahora no querían que nadie les destruyera la suya”.[52]

En mayo de 1899, delegaciones de unas veintiséis naciones, entre ellas la mayoría de las potencias europeas, así como Estados Unidos, China y Japón, junto con activistas de la paz como Suttner y Bloch, se reunieron en La Haya. (El hotel donde se alojó Suttner hizo ondear una bandera blanca en su honor y en el de su causa). Los holandeses, que por razones geográficas tenían razones para temer a una guerra entre Francia y Alemania, ofrecieron una suntuosa recepción, así como una generosa hospitalidad durante toda la conferencia. En palabras de White: "Probablemente, desde que el mundo es mundo, nunca se hayan reunido tantas personas con más escepticismo y menos esperanzas respecto a los resultados de su empresa".[53] La familia real de Holanda puso uno de sus palacios a disposición de la conferencia, que optó por reunirse en el gran salón recibidor, adecuadamente decorado con enormes pinturas alegóricas a la paz en el estilo de Rubens. Los delegados no cesaban de especular respecto a las motivaciones de los rusos, que, en opinión de muchos, únicamente querían ganar tiempo para fortalecer su propio ejército.[54] Uno de los delegados alemanes, oficial del ejército, causó una desagradable impresión pronunciando un discurso excesivamente belicoso, en el que se jactó de que su país podía afrontar sin problema sus gastos de defensa, y de que para todo alemán el servicio militar era "un sagrado deber patriótico, a cuyo desempeño debe su propia vida, su prosperidad y su futuro".[55]

El delegado belga, que presidía la comisión encargada del análisis del tema armamentístico, le aseguró a su gobierno, con toda la razón, que nadie pensaba seriamente en el desarme.[56] No obstante, la conferencia tuvo como resultado algunos acuerdos, relativamente menores, acerca de las armas, tales como el establecimiento de una moratoria sobre el desarrollo del gas asfixiante y la prohibición de las balas dum-dum, que causaban heridas terribles, o del lanzamiento de proyectiles desde globos. Aprobó igualmente el que sería el primero de una serie de acuerdos internacionales sobre normas de conducta en la guerra, incluidas las del trato humanitario a civiles y prisioneros de guerra. Por último, y eso constituyó un paso significativo hacia el arbitraje internacional, la conferencia acordó el establecimiento de una convención para la solución pacífica de las disputas internacionales, con varias disposiciones, entre las que se incluían las comisiones de investigación en caso de disputas entre estados. En 1905, Rusia y Gran Bretaña se remitirían con éxito a una de estas comisiones

para la solución del incidente del banco Dogger, el del navío ruso que abrió fuego contra los barcos pesqueros británicos.

La convención también dispuso el establecimiento de un tribunal permanente de arbitraje. (Años más tarde, el filántropo estadounidense Andrew Carnegie haría una donación de fondos para el palacio de estilo neogótico dedicado a la paz en La Haya, que todavía alberga a este organismo). A pesar de que, en principio, el gobierno alemán, con pleno apoyo del káiser, intentó oponerse al tribunal, decidió finalmente que Alemania no debía quedarse sola en la oposición. El káiser declaró a propósito: “Para evitar que el zar quede como un tonto a los ojos de Europa, seguiré adelante con esta insensatez; pero en la práctica continuaré confiando únicamente en Dios y apelando solo a Él y a mi afilado sable. ¡Al diablo con todas sus decisiones!”. Los delegados alemanes se las arreglaron para añadir tantas excepciones al documento final que, tal como afirmara Münster, más bien parecía “una malla llena de agujeros”.[57] Aunque ya antes de la Gran Guerra el tribunal había logrado solucionar una docena de casos, lo cierto es que, tanto entonces como ahora, depende de la voluntad de los gobiernos llevar sus disputas ante este órgano. El gobierno alemán hizo pública su satisfacción por la “feliz conclusión” de la conferencia, mientras su delegado, Stengel, la denunciaba sin tapujos.[58] Una vez más, la diplomacia alemana había actuado con una torpeza innecesaria, dejando la impresión de ser una potencia belicosa y reticente a cooperar con las demás.

En 1904, Roosevelt convocó una segunda conferencia en La Haya, pero el estallido de la guerra ruso-japonesa forzó a posponerla hasta mayo de 1907, momento en el que el panorama internacional se había vuelto más sombrío. La carrera armamentista naval anglo-germana estaba en pleno apogeo, y la triple entente andaba gestándose. El nuevo primer ministro británico del partido liberal, sir Henry Campbell-Ban-nerman, sugirió que se incluyera en la agenda la limitación armamentista, pero, como también proclamó que el poderío marítimo británico siempre había sido una fuerza benéfica para la paz y el progreso, no es de extrañar que la reacción del continente fuera de hostilidad y cinismo.

La expansión del sentimiento popular en favor de la paz siguió preocupando a numerosas autoridades, tanto civiles como militares, que pensaban que la guerra formaba parte de las relaciones internacionales y que el pacifismo podía socavar su capacidad de recurrir al empleo de la fuerza. Igualmente, los conservadores consideraban que el pacifismo desafiaba el viejo orden establecido. Como le escribió el que fuera ministro de Asuntos Exteriores entre 1906 y 1912, Alois van Aehrenthal a un amigo: "Las monarquías se oponen al movimiento internacional por la paz, porque este contradice la idea del heroísmo, noción esencial para el orden monárquico".[59]

En Rusia, donde el gobierno quería tener las manos libres para reconstruir sus fuerzas tras las devastadoras pérdidas sufridas en la guerra reciente, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Izvolski, apuntó que "el desarme era idea de judíos, de socialistas y de histéricas".[60] Cuando, poco antes de inaugurarse la conferencia, Bülow declaró en el Reichstag que Alemania no tenía intención de discutir en La Haya la limitación de los armamentos, fue recibido con júbilo y vítores.[61] El imperio austrohúngaro siguió los pasos de su aliada, y Aehrenthal aseguró que "una declaración platónica" debería echar a un lado el tema sin complicaciones.[62] Los franceses, por su parte, se quedaron en una posición incómoda, sin saber si respaldar a su antigua aliada Rusia o a su nueva amiga Gran Bretaña, con la secreta esperanza de que todo el asunto pudiera quedar decentemente enterrado. Entonces se retractó Estados Unidos, que en un principio había dado su apoyo a la limitación armamentista; Roosevelt, cada vez más preocupado por el crecimiento del poderío naval japonés en el Pacífico, pensaba en construir sus propios acorazados.[63]

En esta ocasión, los representantes de cuarenta y cuatro países se dieron cita en La Haya, junto con, al igual que otras veces, una gran cantidad de activistas por la paz, incluidos Suttner y Stead, el periodista británico radical, quienes organizaron una cruzada por la paz internacional para ejercer presión sobre las potencias. (Poco después, este último dio un giro de ciento ochenta grados; para 1912, cuando se hundió con el Titanic, ya era un ferviente defensor de la construcción de nuevos acorazados).[64] También estuvieron representados varios países latinoamericanos, que, en opinión de un diplomático ruso, ofrecieron banquetes de "peculiar interés y atractivo". Una vez más, los holandeses se

esforzaron por ser hospitalarios, aunque debieron afrontar la competencia de los belgas, quienes organizaron un torneo medieval para divertimento de los delegados.[65]

Los británicos comprendieron que el desarme era una causa perdida, y cortésmente lo dejaron pasar. Durante la conferencia, en una sesión de veinticinco minutos de duración, el alto delegado británico propuso una resolución afirmando que "era harto deseable que los gobiernos reanudaran un estudio serio de esta cuestión".[66] La resolución se aprobó por unanimidad, y la carrera armamentista, que para entonces ya abarcaba también las fuerzas terrestres, siguió adelante. Los alemanes se comportaron más diplomáticamente que en la anterior conferencia, aunque lograron frustrar el intento de establecer un tratado internacional sobre arbitraje. Su máximo representante, Adolf Marschall von Bieberstein, también embajador ante el imperio otomano, pronunció un discurso en el que elogiaba el arbitraje, al tiempo que señalaba que no había llegado aún el momento de instaurarlo; más tarde, declaró que ni él mismo tenía claro si había estado a favor o en contra. Un delegado belga manifestó su deseo de morir sin dolor, tal como había muerto la idea a manos de Marschall.[67] Un importante opositor de Alemania en el ministerio de Asuntos Exteriores británico, Eyre Crowe, que formaba parte de la delegación de su país en La Haya, le escribió a un colega de Londres: "Evidentemente, el miedo a Alemania ha sido la impresión dominante. Este país ha seguido su derrotero tradicional, alternando el engatusamiento con la intimidación, e intrigando siempre".[68] Al igual que antes, también esta vez se introdujeron algunas tibias mejoras en las normas de la guerra; pero la reacción generalizada en la opinión pública fue que la conferencia había sido un fracaso. Suttner, por su parte, se expresó en los siguientes términos: "¡Bonita conferencia por la paz, donde solo se habla de personas heridas y enfermas, y de gente belicosa!".[69] La tercera conferencia de La Haya se fijó para 1915, así que en el verano de 1914 varios estados habían creado ya comités para prepararla.

Si en los años que precedieron a la guerra los gobiernos hicieron bien poco por el avance de la causa pacifista, al movimiento que la promovía aún le quedaba una gran esperanza: la segunda Internacional, la organización fundada en 1889 para unir a los trabajadores del mundo y sus partidos socialistas. (La primera

Internacional, fundada por el propio Marx en 1864, se había desmoronado una docena de años antes por diferencias doctrinales). La segunda Internacional era verdaderamente internacional: estaba integrada por partidos de toda Europa, así como de Argentina, la India y Estados Unidos, y se daba por seguro que crecería con el avance de la industrialización. Se mantenía unida porque compartía un mismo enemigo, el capitalismo, y una misma ideología, profundamente influenciada por Karl Marx, cuyo antiguo colaborador, Friedrich Engels, había asistido a su primer congreso y a quien sobrevivían su hija y dos yernos, que se mantenían vinculados a su desarrollo. Más importante todavía era la cantidad de integrantes de la segunda Internacional. En vísperas de la Gran Guerra, contaba con la filiación de unos veinticinco partidos diferentes, entre ellos el laborista británico, con cuarenta y dos parlamentarios, y el socialista francés, con sus ciento tres escaños y una quinta parte de los votos emitidos en Francia. El partido más importante era el social-demócrata alemán, con más de un millón de miembros: una cuarta parte de los votos alemanes, y, tras elecciones de 1912, los ciento diez escaños que le convirtieron en el partido mayoritario del Reichstag. Si los trabajadores del mundo lograban unirse —y, como Marx había afirmado en sus famosas declaraciones, estos no tenían nación, sino solo los intereses de su clase—, tendrían en sus manos los medios para impedir la guerra. El capitalismo explotaba a los trabajadores, pero también necesitaba de ellos para mantener sus fábricas produciendo, sus ferrocarriles funcionando y sus puertos operando; así como para engrosar las filas de sus ejércitos cuando fueran movilizados. “¿Que su pólvora está mojada? ¡Excelencia! ¿Acaso no ve que cuatro millones de trabajadores alemanes se han meado en ella?”.[70] En tales términos increpó un militante socialista francés al káiser. (Una de las razones por las que el ministerio de la Guerra alemán se negó durante tanto tiempo a aumentar el tamaño de su ejército fue el temor a que los reclutas provenientes de la clase trabajadora no fueran capaces de combatir con lealtad). Y cuando finalmente triunfara el socialismo, no podría haber más guerras. Como Karl Liebknecht, una de las figuras cimeras del ala izquierda del partido socialdemócrata alemán, le dijo desdeñosamente a Suttner: “Lo que ustedes tratan de lograr, la paz en la tierra, nosotros lo lograremos, es decir, la socialdemocracia, que es en verdad una portentosa liga internacional por la paz”.[71]

A Suttner no le importaban demasiado los socialistas. En su opinión, para ser útiles a la sociedad los trabajadores necesitaban la guía de sus superiores.

"Primero tienen que superar su ordinariez", decía ella.[72] En general, en las décadas anteriores a 1914, resultaron complejas las relaciones entre los socialistas y el movimiento por la paz, integrado en buena parte por miembros de la clase media. La retórica revolucionaria asustaba a las clases alta y media, mientras que los socialistas tendían a ver a los liberales como el rostro amable del capitalismo, que ayudaba a ocultarles a los trabajadores su verdadera naturaleza. En cuestiones relativas a la paz, los socialistas se desesperaban con temas más importantes para los liberales como el arbitraje y el desarme, pues para ellos lo más principal era derrocar al capitalismo causante de la guerra. En 1887, Engels había hecho una descripción lúgubre de lo que sería una futura gran guerra en Europa, con su secuela de hambrunas, muerte y enfermedades, y el derrumbe de las economías, de las sociedades y finalmente de los estados. "Docenas de coronas se irán por el sumidero, y nadie estará dispuesto a recogerlas". Era imposible predecir en qué acabaría todo. "Solo un resultado es absolutamente seguro: el agotamiento general y el establecimiento de las condiciones para la victoria final de la clase obrera".[73]

Pero, ¿deseaban realmente los socialistas europeos la victoria a semejante precio? ¿No sería mejor trabajar contra la guerra y emplear medios pacíficos para llegar al poder? La ampliación del sufragio y la mejora de las condiciones de la clase trabajadora, especialmente en Europa occidental, parecían augurar otra vía que pasara por las urnas, la ley y la colaboración entre partidos políticos cuando sus intereses se solaparan, en lugar de una revolución sangrienta. El intento de revisar la ortodoxia marxista que sostenía este cambio causó choques violentos de una clase contra otra, y penosos debates que provocaron divisiones en el seno de los partidos socialistas europeos, particularmente en el partido socialdemócrata alemán; todo lo cual dio al traste con la segunda Internacional. Después de muchos debates, en que las obras de los eminentes padres del socialismo, Marx y Engels, fueron utilizadas indiscriminadamente por ambas partes para sustentar sus posiciones, los socialistas alemanes votaron por el respeto a la ortodoxia revolucionaria. Irónicamente, en la práctica se estaban convirtiendo en reformistas, en respetables reformistas. Los sindicatos, cuyas filas crecían, estaban perfectamente preparados para trabajar con los empresarios en beneficio de sus afiliados, y, a nivel local, los socialistas que participaban en órganos como los ayuntamientos cooperaban con los partidos de clase media. A nivel nacional, sin embargo, los socialistas se mantenían apegados a su vieja posición de hostilidad, votaban siempre contra el gobierno y sus diputados

permanecían ostentosamente sentados cuando el parlamento vitoreaba al káiser.[74]

Los líderes socialistas alemanes temían, no sin razón, que a muchos gobiernos les habría gustado tener un pretexto para resucitar las leyes antisocialistas de Bismarck. Tampoco ayudaba el káiser, recordándoles públicamente a sus soldados que era probable que tuviesen que disparar contra sus propios hermanos. Las elecciones de 1907, celebradas en medio de un resurgir de los sentimientos nacionalistas, como consecuencia de la brutal represión desatada por Alemania contra una rebelión en su colonia de África sudoccidental, repercutieron en los socialistas, que fueron acusados por la derecha nacionalista de faltar al patriotismo y perdieron cuarenta de sus ochenta y tres escaños en el Reichstag. Aunque esta situación fortaleció al ala moderada del partido, y un diputado nuevo del partido socialdemócrata, Gustav Noske, prometió en su primer discurso ante el parlamento que rechazaría la agresión extranjera “tan denodadamente como cualquier representante de la burguesía”.[75] Los líderes del partido también hicieron todo lo posible por mantener controlada a su propia ala izquierda, negándose a todas las propuestas de huelgas generales o de actividades revolucionarias.[76] Si el gobierno alemán hubiera actuado con más sabiduría y detectado las múltiples señales de que el partido socialdemócrata ya no constituía una amenaza para el orden establecido, podría muy bien haber atraído a los socialistas hacia la corriente dominante. Pero el gobierno continuó tratándolos con suspicacias y dudas acerca de su lealtad; de ahí que el liderazgo socialista no encontrara muchas razones para abandonar el apoyo que, de boca para afuera, daba a la ortodoxia marxista, independientemente de lo que ellos mismos y sus seguidores hicieran en la práctica.

El personaje clave, responsable de esta mezcla de conformidad y timidez ideológica, era un hombre pequeño y delgado llamado August Bebel, principal organizador del partido, su portavoz en el parlamento y en buena medida el encargado de mantener la adhesión al marxismo. Su familia pertenecía a la clase trabajadora; su padre había sido oficial subalterno en el antiguo ejército prusiano, y su madre empleada doméstica. A la edad de trece años, Bebel se quedó huérfano, y sus parientes lo colocaron de aprendiz en una carpintería. En la década de 1860 abrazó el marxismo, y dedicó el resto de su vida a la política. Se opuso tanto a las guerras de unificación de Alemania contra Austria en 1866,

como a la guerra contra Francia en 1870, por lo que fue condenado por traición. Aunque su tiempo en prisión lo empleó en leer abundantemente y en escribir un folleto sobre los derechos de la mujer, siempre se sintió más cómodo organizando —en lo que era un verdadero maestro— que teorizando. Además, ayudó a fundar el partido socialdemócrata en 1875, y lo convirtió en una organización grande y muy disciplinada.

Bebel formó parte de la delegación alemana que asistió a la fundación de la segunda Internacional, en la cual el partido socialdemócra-ta llegaría a ser el miembro más importante, gracias a su dimensión y su disciplina. Los alemanes tenían una recomendación sencilla y estricta para los miembros de la constituyente de la Internacional: mantener presente en todo momento la lucha de clases, y no transigir ni hacer tratos con los partidos burgueses, no participar en gobiernos burgueses ni apoyar causas burguesas. En el congreso de 1904, celebrado en Ámsterdam, Bebel condenó al líder socialista francés Jean Jaurès por haber apoyado a la república francesa durante el caso Dreyfus: "Tanto la monarquía como la república son estados clasistas, modelos de estado llamados a preservar el dominio de la burguesía, diseñados para proteger el orden capitalista de la sociedad". Los alemanes y sus aliados, entre los que se contaban los socialistas franceses más doctrinarios, impulsaron una resolución de condena a cualquier intento de apartarse de la lucha de clases, "de tal forma que, en lugar de conquistar el poder político mediante la derrota de nuestros adversarios, sigan una política de entendimiento con el orden existente". Jaurès, que creía con fervor en la solidaridad socialista, aceptó la resolución. Otros podrían haberse desesperado o molestado, pero él, sin más, se dispuso a trabajar para aunar a las diferentes facciones en el movimiento socialista francés e internacional.[77]

Jaurès sencillamente pensaba que la causa era más importante que él mismo, así que no albergó resentimiento. De hecho, en su vida privada tenía amigos de otras ideologías, y en política siempre estaba presto a tratar de entenderse con sus adversarios. "Su simpatía humana era tan universal –afirmó Romain Rolland–, que era incapaz de ser nihilista o fanático, y rechazaba cualquier acto de intolerancia".[78] Entre los líderes socialistas anteriores a 1914, Jaurès destacaba por su sentido común, su comprensión de las realidades políticas, su disposición a alcanzar compromisos y su optimismo. Hombre de una imbatible confianza en

la razón y en la bondad esencial de la naturaleza humana, creyó hasta el día de su muerte que el objetivo de la política era crear un mundo mejor. Pese a haber estudiado concienzudamente a Marx y a los demás autores socialistas canónicos, su socialismo no fue nunca doctrinario. A diferencia de Marx, él no veía el desarrollo de la historia irremisiblemente vinculado a la lucha de clases; para Jaurès siempre tendrían espacio la iniciativa y el idealismo humanos, así como la posibilidad de caminos diferentes y más pacíficos hacia el futuro. Él deseaba un mundo de justicia y libertad para todos, en el que se alcanzara la felicidad. En cierta ocasión manifestó que uno de los objetivos del socialismo debía ser permitirle al ciudadano común "conocer todas las alegrías de la vida que ahora les están reservadas a los privilegiados".[79]

Hombre robusto y ancho de hombros, de expresión amistosa y hermosos ojos azules, Jaurès se proyectaba en la vida con enorme energía, y era al mismo tiempo un consumado político y un intelectual reflexivo, que habría podido convertirse en un magnífico estudioso. Tenía inteligencia y talento, pero no por ello era arrogante o desagradable. Contrajo matrimonio con una mujer aburrida y que no compartía sus intereses, pero a la cual se mantuvo fiel. Aunque perdió su fe en Dios siendo joven, no opuso objeciones a que ella les diera a sus hijos una educación religiosa. Le gustaban la comida y el vino, pero podía olvidarse de comer si estaba inmerso en su otro gran placer, la buena conversación. No prestaba atención a la riqueza ni al estatus. Su apartamento en París era cómodo pero antiguo, y su escritorio estaba formado por varias tablas sobre un caballete. Él mismo vestía descuidadamente; según aseguraba Ramsay MacDonald, que lo vio en un congreso socialista en 1907, Jaurès se paseaba con la mayor naturalidad cubierto con un gastado sombrero de paja "como un joven en un mundo nuevo, o un músico callejero sabio, que hubiese descubierto cómo llenar los momentos con feliz despreocupación".[80]

Jaurès nació en 1859 en Tarn, en el sudeste de Francia, en una familia de clase media, pero estuvo cerca de la pobreza, ya que su padre iba infatigablemente de fracaso en fracaso. Su madre, que al parecer era el pilar de la familia, se las arregló para enviarle como interno a una escuela cercana, donde obtuvo más premios que ningún otro estudiante. Su talento y sus logros le llevaron a continuar los estudios en París, y finalmente en la École Normale Supérieure,

que entonces, al igual que ahora, reunía a una buena parte de la élite francesa en formación. Ya a una edad relativamente temprana, Jaurès mostró gran interés por temas sociales, por lo que no sorprende que optase por la política. Elegido por primera vez para el parlamento en 1885, fue derrotado en 1889 y pasó los cuatro años siguientes como educador en Toulouse y prestando servicios en el ayuntamiento, experiencia práctica que le permitió apreciar la importancia de los temas cotidianos para los electores. Fue miembro del parlamento francés durante treinta y cinco años en total, y jefe del partido socialista francés durante diez de ellos. Era un excelente orador, que hablaba con gran convicción, elocuencia y emoción —al punto de sudar por el esfuerzo—, tanto en el parlamento como en los congresos socialistas o en las ciudades y pueblos de Francia, en sus giras por el país. Además, encontró tiempo para escribir copiosamente y editar el nuevo periódico socialista, L'Humanité, desde 1904, en el que publicaría más de dos mil artículos en los siguientes diez años.

Tras su derrota de 1904 en el congreso de la segunda Internacional, creció en Jaurès la preocupación por el deterioro de la situación mundial, y dedicó muchas energías a la causa de la paz. Durante largo tiempo había apoyado el arbitraje y el desarme, pero ahora se dedicó a estudiar la guerra misma; y, como era propio de él, lo hizo con seriedad, leyendo sobre teoría militar y sobre historia de la guerra, y trabajando con un joven capitán del ejército francés llamado Henry Gérard. Una noche, estando los dos hombres sentados en un café de París, Jaurès expuso cómo sería una futura guerra: "bombas y cañonazos, naciones enteras diezmadas, millones de soldados cubiertos de fango y sangre, millones de cadáveres". Años más tarde, en medio de una batalla en el frente occidental, un amigo le preguntó a Gérard por qué tenía la mirada absorta. "Siento como si todo esto me fuera conocido –respondió Gérard–. Jaurès profetizó este infierno, esta aniquilación total".[81] De puertas para adentro, Jaurès propuso transformar el ejército francés, de una fuerza profesional con una doctrina ofensiva, en una milicia ciudadana, como la suiza, en que los soldados prestaban servicios por seis meses y luego cursaran breves periodos de entrenamiento. El único objetivo de este nuevo ejército sería defender el país. En palabras de Jaurès, fue así como la revolución francesa había derrotado a los ejércitos enviados contra ella por sus enemigos, es decir, armando a la nación. No es de extrañar que sus ideas fueran rechazadas por los estamentos políticos y castrenses; si bien, retrospectivamente, su hincapié en la defensa tenía mucho sentido.[82]

Pero no tuvo demasiado éxito en la movilización de la segunda Internacional para la acción, pese a que en la agenda de todos los congresos de esta organización a partir de 1904 figuró el análisis de lo que debía hacerse para prevenir la guerra, o en el caso de una guerra europea generalizada. Por desgracia, desde el principio estuvo claro que había profundas diferencias de opinión potencialmente nocivas. Jaurès y los que compartían sus ideas, como el parlamentario laborista británico Keir Hardie, pensaban que los socialistas debían recurrir a todos los medios posibles para impedir la guerra, a saber, la agitación en el parlamento, las manifestaciones de protesta, las huelgas y, de ser necesario, una rebelión. Los socialistas alemanes, sin embargo, a pesar de su retórica revolucionaria, demostraban en la práctica la misma cautela que dentro de su país. El tema fundamental en el que diferían las partes era si debía o no llegarse a un acuerdo sobre los pasos concretos a dar en caso de producirse la guerra. Los alemanes simplemente no estaban dispuestos a comprometerse ellos, ni a comprometer de antemano a la segunda Internacional, a tomar medidas como la convocatoria de una huelga general, por mucho que la mayoría de los socialistas (y también los líderes políticos y militares europeos) consideraran que así se impediría que las naciones se enfrascaran en una guerra. Por su parte, Jaurès no estaba dispuesto a insistir en ello poniendo en peligro la unidad del movimiento socialista. Las diferencias se ocultaron con resoluciones gratas al oído, que condenaban la guerra, que afirmaban la determinación de la clase trabajadora mundial de prevenirla y que se mostraban deliberadamente ambiguas en cuanto a cómo lograrlo. Como apuntaba la resolución del congreso de Stuttgart de 1907: “La Internacional no es capaz de explicar con precisión las acciones que debería emprender la clase obrera contra el militarismo en el lugar y el momento adecuados, lo que, naturalmente, resulta distinto en cada país”.[83] Siete años después, la Internacional se enfrentaría al mayor desafío de toda su existencia.

En los restantes años previos a la Gran Guerra, la segunda Internacional mantuvo la confianza en su capacidad para trabajar eficazmente por la paz. Pese a su retórica, abandonaba en parte su antigua tendencia a ver al capitalismo en blanco y negro, como un enemigo. Con la expansión de las inversiones y el comercio, el capitalismo estaba entretejiendo una red que comunicaba al mundo, y seguramente esto podría reducir la posibilidad de una guerra. Hasta el viejo

Bebel, representante de la línea dura, señaló en 1911: "Admito sin ambages que quizá la mayor garantía de paz para el mundo sea justamente esta exportación de capital a nivel internacional". Y cuando las potencias lograron manejar las crisis de 1912 y 1913 en los Balcanes, esto pareció confirmar que ahora el capitalismo obraba en favor de la paz. En su congreso de Basilea, en 1912, la segunda Internacional llegó al punto de afirmar que, en adelante, trabajaría con los pacifistas de la clase media.[84]

Hubo también muestras alentadoras de solidaridad socialista en medio de las tensiones internacionales. En enero de 1910, los partidos socialistas de diversos países de los Balcanes se reunieron en Belgrado para buscar un terreno común. "Es preciso derribar las fronteras que separan a estos pueblos cuyas culturas son idénticas, a estos países cuyo futuro económico y político está estrechamente vinculado, y librarnos así del yugo de la dominación extranjera que priva a las naciones del derecho a la determinación de su propio destino".[85] En la primavera de 1911, cuando las relaciones entre el imperio austro-húngaro e Italia se habían vuelto especialmente tensas, los socialistas de los dos países protestaron contra la escalada de los gastos militares y la amenaza de guerra.[86] El momento de mayor esperanza llegó en el otoño de 1912, cuando estalló la primera guerra de los Balcanes y los socialistas de toda Europa organizaron manifestaciones multitudinarias –doscientos mil manifestantes en Berlín, y otros cien mil en las afueras de París– en favor de la paz, y la segunda Internacional celebró un congreso de emergencia. Más de quinientos delegados de veintitrés partidos socialistas (solo los serbios optaron por no asistir) se reunieron en la ciudad suiza de Basilea. Niños vestidos de blanco los condujeron por las calles hasta la gran catedral gótica de piedra rojiza. Destacadas personalidades del movimiento socialista tomaron la palabra para condenar esa guerra y la guerra en general, y para afirmar el poder de la clase trabajadora. Jaurès, que fue el último orador, pronunció uno de sus mejores discursos, y para concluir proclamó: "Saldremos de aquí decididos a salvar la paz y la civilización". La congregación, porque eso parecía, entonó una última canción, y el órgano tocó música de Bach. "Todavía estoy aturdida por todo lo vivido", le escribió extasiada a un amigo la revolucionaria rusa Alexandra Kollontai.[87] Tres meses más tarde, los dos mayores partidos de la segunda Internacional, el francés y el alemán, emitieron un manifiesto conjunto donde condenaban la carrera armamentista y prometían trabajar unidos por la paz.[88] No obstante, en ese mismo verano, mientras los socialistas franceses se oponían a una propuesta que aumentaría las fuerzas del

ejército francés, en el Reichstag los socialdemócratas alemanes votaban a favor de aumentarle el presupuesto al ejército alemán.

La mayor debilidad de la segunda Internacional fue el nacionalismo, y no las diferencias internacionales en materia de táctica y estrategia. Pero también este punto quedaba enmascarado por el lenguaje, puesto que, en todos los congresos anteriores a 1914, los oradores de cualquier procedencia expresaron nobles sentimientos sobre la hermandad internacional de la clase trabajadora, y seguramente la mayor parte de ellos creía en lo que decía. Pero, ya en 1891, un delegado holandés al segundo congreso de la segunda Internacional había hecho pronunciamientos incómodos pero proféticos: "Los sentimientos internacionalistas que presupone el socialismo no existen entre nuestros hermanos alemanes".[89] Otro tanto pudo haber dicho de los demás partidos socialistas, así como de los sindicatos. De hecho, el nacionalismo no era algo promovido por las clases dominantes e impuesto a las naciones, sino que tenía profundas raíces en las distintas sociedades europeas, y se manifestaba en las canciones nacionalistas de los obreros franceses o el orgullo con que los trabajadores alemanes hacían el servicio militar.[90] Quizá una mirada retrospectiva nos permita ver mejor la influencia del nacionalismo en la segunda Internacional: por ejemplo, en la incapacidad de los diferentes partidos socialistas para acordar cómo celebrar el primero de mayo; en las controversias entre los líderes de los sindicatos alemanes y franceses durante la primera crisis por el tema de Marruecos en 1905-1906; o en las críticas entre los partidos socialistas alemán y francés sobre la manera de conducirse cada uno.[91] En 1910, el intento de los socialistas en los Balcanes de crear un frente unido se frustró al año siguiente, cuando los socialistas búlgaros, que ya estaban bastante ocupados enfrentándose entre sí, la emprendieron contra los serbios.[92]

En 1908, el partido socialista austriaco criticó la anexión de Bosnia-Herzegovina por su propio gobierno, pero no se solidarizó con el resentimiento serbio causado por la medida. En realidad, los socialistas austriacos preferían creer que su país tenía una misión civilizadora en los Balcanes;[93] y no eran los únicos que lo pensaban. Aunque la teoría socialista daba por sentada la maldad del imperialismo, en los años previos a 1914 se manifestó entre los socialistas europeos una cierta tendencia a defender la posesión de colonias, sobre la base

de que una civilización superior aportaba sus beneficios a otra inferior. Algunos socialistas alemanes iban aún más lejos, argumentando que Alemania necesitaba más colonias por el beneficio económico que estas reportaban a la clase trabajadora alemana.[94] En 1911, cuando Italia lanzó una guerra abiertamente imperialista contra el imperio otomano para ocupar territorio en el norte de África, el ala derecha del partido socialista italiano votó junto al gobierno, y aunque el partido expulsó posteriormente a los diputados, su secretario dejó claro que le molestaban las presiones de la segunda Internacional: "Todas las críticas deben cesar, y todas las demandas de manifestaciones más enérgicas —de dondequiera que provengan— deben ser consideradas, con toda justeza, exageradas e irracionales".[95]

Al año siguiente, el belga Camille Huysmans, secretario general de la segunda Internacional, tuvo que abandonar temporalmente la idea de celebrar su próximo congreso en Viena, debido a las tensiones entre socialistas de diferentes nacionalidades. "La situación en Austria y Bohemia es bastante deplorable –escribió–. Nuestros camaradas allí se devoran entre sí. La discordia ha alcanzado niveles extremos. Los ánimos están caldeados y, si nos reunimos en Viena, tendremos un congreso con-fictivo y ofreceremos al mundo una imagen pésima. En esta situación están no solo los austriacos y los checos, sino que lo mismo sucede en Polonia, Ucrania, Rusia y Bulgaria".[96] Las relaciones entre los socialistas franceses y alemanes eran la piedra angular de la segunda Internacional (de la misma manera que las relaciones entre Alemania y Francia son en la actualidad fundamentales para la Unión Europea), y ambas partes solían enfatizar su significado. En 1912, empero, Charles Andler, profesor de alemán en la Sorbona, conocido por sus simpatías tanto por el socialismo como por Alemania, sacó a la luz una verdad incómoda, cuando en una serie de artículos afirmó que los trabajadores alemanes eran más alemanes que internacionalistas, y que, si por cualquier razón se llegaba a la guerra, apoyarían a Alemania.[97]

El movimiento en favor de la paz formado por la clase media demostró no ser más inmune al nacionalismo que la segunda Internacional. Los pacifistas italianos se sintieron profundamente agraviados cuando sus homólogos austriacos se negaron a protestar en favor de los derechos de las minorías (que,

desde luego, incluían a los italianos residentes en el imperio austrohúngaro).[98] Durante largo tiempo, Alsacia y Lorena habían sido motivo de discordia entre pacifistas alemanes y franceses, ya que los primeros aducían que las poblaciones de las dos provincias eran felices y prósperas bajo el dominio alemán, mientras que los franceses mostraban pruebas de su opresión, como por ejemplo el número de francófonos que emigraban.[99] La confianza mutua se hacía difícil. En 1913, un pacifista alemán señalaba: "Si nos desarmamos, habrá cien posibilidades contra una de que los franceses [...] ataquen".[100] Tampoco reinaba la confianza entre pacifistas británicos y alemanes. Cuando en 1911 se produjo la crisis por Marruecos, que puso en peligro la paz entre Gran Bretaña y Alemania, Ramsay MacDonald aseguró en la cámara de los comunes que esperaba que "ninguna nación europea piense ni por un instante que las divisiones partidistas en este país debilitarán el espíritu nacional ni la unidad nacional". Al año siguiente, un destacado pacifista alemán criticó a sus colegas por defender a Gran Bretaña, que, según dijo, "amenaza la seguridad vital de nuestro crecimiento nacional".[101] Pacifistas de toda Europa trataron de conciliar sus convicciones con su nacionalismo, estableciendo una diferencia entre guerras de agresión y guerras de defensa. También estaban de acuerdo en que era correcto defender las instituciones liberales —incluso las imperfectas— de los regímenes autocráticos. Por ejemplo, los pacifistas franceses nunca dudaron de que debían defender a la república, tal y como habían defendido sus antepasados a la revolución de sus enemigos externos.[102] En 1914, en la medida en que la crisis se agudizaba, uno de los objetivos de los líderes europeos fue persuadir a sus propios pueblos de que solo se iría a la guerra por razones de defensa.

La propia guerra fue el elemento determinante que socavó los esfuerzos por mantener la paz en Europa. Bloch había abrigado la esperanza de que el avance tecnológico hiciera de la guerra un acontecimiento más industrial y mortífero, que disiparía el glamour que la rodeaba. Pero lo que sucedió fue justo lo contrario; el avance del militarismo y la excitación misma generada por la guerra incrementaron su atractivo para muchos europeos. Incluso Angell, que tanto se había esforzado por persuadir a sus lectores de que la guerra era irracional, se vio obligado a admitir: "Hay algo en la guerra, en su historia y su parafernalia, que exalta profundamente las emociones y calienta la sangre en las venas hasta a los más pacíficos, y que apela a no sé qué instintos remotos, por no mencionar nuestra natural admiración por el valor, nuestro gusto por la aventura, por el movimiento y por las acciones intensas".[103]

XI

PENSAMIENTOS DE GUERRA

Helmuth von Moltke, el artífice de las victorias de Prusia en las guerras de unificación de Alemania, era un hombre apuesto, que, con su cruz de hierro y sus uniformes a medida, parecía exactamente lo que era: un oficial de la élite junker, la aristocracia terrateniente prusiana. Pero tal retrato resulta al mismo tiempo fiel y engañoso. Moltke el Viejo –como se le conoce para diferenciarlo de su sobrino, el jefe del estado mayor alemán en 1914– era, en efecto, un noble terrateniente prusiano, de aquella clase que había cultivado durante siglos sus tierras en el norte y el nordeste de Prusia, que llevaba una vida sencilla y honorable, y que enviaba a sus vástagos a que fuesen oficiales del ejército prusiano. Generación tras generación, a medida que Prusia se expandía, los junkers, tal como se esperaba de ellos, habían luchado y muerto a su servicio. (Algunos apellidos que figuraron en la guerra de los Siete Años reaparecen en la de Hitler). Los junkers, hombres y mujeres, eran criados para ser físicamente rudos, resignados, valientes, leales y honorables. Moltke compartía los valores conservadores de su clase, su religiosidad sencilla y su sentido del deber. Sin embargo, en lo personal, estaba lejos de "la estúpida virilidad y la puntillosa brutalidad" que caracterizaba, según el semanario satírico Simplicissimus, al oficial junker. Moltke amaba el arte, la poesía, la música y el teatro. Leía de todo, desde Goethe hasta Shakespeare y Dickens, y en varios idiomas. Tradujo algunos volúmenes de la Historia de la decadencia y caída del imperio Romano de Gibbon, y escribió una novela romántica y una historia de Polonia. Y, algo más importante para la evolución de Alemania y de su ejército, Moltke fue un hombre sumamente moderno que, de manera decisiva, comprendió que las grandes organizaciones, para poder triunfar, necesitaban cosas tales como sistematización, información e instrucción, así como una visión y una ética comunes. De haber nacido en la época correspondiente, podría haber sido el Henry Ford o el Bill Gates alemán. Pero, en la que le tocó, fue el que mejor supo estar a la altura del desafío a que se enfrentaban los cuerpos de oficiales de los ejércitos de toda Europa: cómo combinar los valores de una casta guerrera con los requerimientos de la guerra industrial. Aunque la tensión entre estos dos

factores se mantendría aún en la Gran Guerra.

Moltke, nacido en 1800, en el tiempo de las guerras napoleónicas, y muerto en 1891, vivió la transformación de la sociedad europea, de los ejércitos europeos y del modo de hacer la guerra. Tenía seis años cuando los ejércitos de Napoleón entraron en Prusia a pie o a caballo y aplastaron a su ejército en la batalla de Jena. En 1870, como jefe del estado mayor prusiano, fue el responsable de la exitosa campaña contra Francia. En esta ocasión, los ejércitos llegaron al campo de batalla en tren. Veinte años más tarde, poco antes de la muerte de Moltke, la red ferroviaria que cubría Europa se había triplicado y habían aparecido los primeros vehículos con motor de combustión interna. Antes, el tamaño de los ejércitos estaba limitado por la cantidad de suministros que podían llevar o conseguir sobre la marcha, y su alcance lo determinaba la distancia y la velocidad a que pudieran marchar los soldados. Hacia finales del siglo xix, gracias al ferrocarril, unos ejércitos mucho mayores podían cubrir distancias mucho más extensas, así como ser reabastecidos por las fábricas que, en la retaguardia, producían los materiales necesarios, desde el armamento hasta las botas.

La revolución industrial hizo posible que los ejércitos se ampliaran, y el crecimiento demográfico de Europa había incrementado las reservas de recursos humanos. Prusia fue la primera que utilizó eficazmente estas reservas; se sirvió del servicio militar obligatorio para captar reclutas de la sociedad civil y proporcionarles varios años de entrenamiento militar. Luego devolvía estos reclutas a la sociedad civil, pero manteniéndolos en reservas, en las que se ejercitaban periódicamente. En 1897 Alemania tenía 545.000 soldados en activo y otros 3, 4 millones que podían ser reincorporados a filas.[1] Las demás potencias continentales no tuvieron más remedio que seguir su ejemplo. Gran Bretaña fue la única que, gracias a la protección de los mares y de su armada, pudo mantenerse con un reducido ejército de voluntarios. En el continente, hacia finales del siglo xix, todas las potencias tenían ejércitos regulares –es decir, soldados que se encontraban efectivamente en sus unidades, con sus armas–, y ejércitos potenciales mucho mayores dispersos entre la sociedad, listos para formar en cuanto fuesen movilizados. Cuando Moltke tenía doce años y Napoleón inició su marcha hacia Moscú, el ejército francés y sus aliados

contaban con unos seiscientos mil hombres, la mayor fuerza que Europa hubiese conocido jamás. En 1870 Moltke movilizó a 1, 2 millones de hombres, entre prusianos y aliados. En 1914, dos décadas después de su muerte, Alemania dispuso de más de tres millones de combatientes.


U.S.
RUSSIA
TURKEY
FRANCE
ENGLAND
GERMANY

11. Antes de 1914 las potencias europeas llegaron a asumir la probabilidad de una guerra general. Se enfrascaron en una carrera armamentista y planeaban luchar a la ofensiva. Aquí cinco de las potencias –Inglaterra, Francia, Alemania, el imperio otomano o Turquía y Rusia– se enfrentan mutuamente, todas armadas hasta los dientes. El Tío Sam consternado mira desde lejos diciendo: "¡Esos tíos quieren el desarme, pero ninguno se atreve a ser el primero!".

La movilización de semejantes multitudes era como desplazar pueblos y ciudades enteras. Los hombres tenían que formar en sus unidades, llegar hasta la estación ferroviaria correcta y montarse en el tren asignado. Asimismo, tenían que recibir el equipamiento correspondiente, desde la comida y las armas y municiones, hasta los caballos y mulas necesarios para la caballería y el transporte una vez que abandonaban los trenes. Aquellos ríos de hombres y animales con sus equipamientos trasladándose hacia sus campos de batalla se fusionaban en unidades mayores, la división, de cerca de veinte mil efectivos en la mayoría de los ejércitos, y luego el cuerpo, integrado por dos o más divisiones. Cada división y cada cuerpo debían tener sus propias unidades especializadas, desde la de artillería hasta la de ingenieros, para poder moverse y combatir eficazmente. Cuando Alemania movilizó a más de dos millones de hombres, con sus toneladas de material y sus cerca de 118.000 caballos, en el verano de 1914, hicieron falta 20.800 trenes únicamente para dejarlos en disposición de ser trasladados a las fronteras. Trenes de cincuenta y cuatro vagones transportaron las tropas y el equipamiento hacia Francia a través del estratégico puente Hohenzollern sobre el Rin, en Colonia, cada diez minutos en las dos primeras semanas de agosto.[2] Si las cosas salían mal –como ocurrió en el caso del Transiberiano durante la guerra ruso-japonesa–, los resultados en el frente podían ser catastróficos. Los suministros podían ir en la dirección contraria a la de los hombres que los necesitaban o permanecer durante semanas y meses en alguna vía muerta, mientras hombres y unidades enteras vagaban en su busca. En 1859, Napoleón III envió una gran fuerza por tren hacia Italia para pelear contra Austria: los hombres llegaron sin mantas, alimentos ni municiones. "Hemos enviado un ejército de ciento veinte mil hombres a Italia –dijo–, sin haber mandado allí suministros". Y reconoció que aquello era "lo contrario de lo que debimos haber hecho".[3]

Moltke fue uno de los primeros que comprendió que la nueva era demandaba métodos de organización nuevos y mucho más complejos. Los ejércitos tenían que elaborar planes, trazar mapas y reunir tanta información como fuese posible de antemano, porque el tiempo entre la movilización y el combate se había reducido drásticamente. Hasta el siglo XIX, los ejércitos se movían a pie y despacio. Federico el Grande, George Washington y el duque de Wellington elaboraban sus planes al tiempo que enviaban exploradores a caballo para reconocer el terreno e intentar localizar al enemigo. En la víspera de los combates, Napoleón tenía en su mente con toda claridad la disposición de sus propias tropas y las de su adversario; extendía entonces sus mapas de guerra y emitía las órdenes para la mañana. Aquello ya no era posible: el ejército que no lograra hacer sus planes con gran antelación era un ejército inútil. Cuando Moltke se alistó en las fuerzas prusianas en 1819, estas ya poseían en forma embrionaria lo que llegaría a ser, bajo su mando, la innovación institucional más importante para los ejércitos del mundo moderno. El estado mayor se convirtió en el cerebro que aportaba ideas, organización y, en última instancia, liderazgo a los gigantescos ejércitos que se estaban formando. Los oficiales del estado mayor reunían información acerca de los ejércitos, garantizaban que los mapas estuviesen listos y actualizados, y elaboraban y probaban los planes de guerra. El imperio austrohúngaro, por ejemplo, tenía planes de guerra contra Rusia, Italia o Serbia.

Sustentando estos planes había cientos de páginas con otros de movilización y ferrocarriles, pues este era uno de los aspectos más importantes del trabajo del estado mayor. En ellos figuraba todo, desde el tamaño y la velocidad de los trenes y sus horarios, hasta la duración de las paradas para reabastecerse de agua y combustible.[4] Alemania, que en esto también fue un modelo para los demás ejércitos europeos, hacía tiempo que se había asegurado de que la construcción, administración y coordinación de los ferrocarriles se ajustaran a las necesidades militares. Para 1914, por ejemplo, las líneas del oeste, hasta Francia y la frontera belga, tenían más capacidad de la que requería el tráfico ordinario de civiles.[5] Cuando Moltke el Viejo le dijo al Reichstag que los cronogramas de movilización exigían un único horario estándar en toda Alemania, este estuvo de acuerdo de inmediato. Hasta 1914, el personal de la sección ferroviaria del estado mayor alemán lo componían unos ochenta oficiales, escogidos por su

inteligencia y no por sus orígenes familiares. (La mayor parte de ellos procedía de la clase media, y probablemente serían en nuestra época unos nerds de la informática. En sus primeros días en la sección, el general Wilhelm Groener, que sería su jefe en 1914, se pasaba los fines de semana organizando horarios de ferrocarriles con su esposa).[6] Gran Bretaña era también una anomalía entre las potencias en cuanto a los ferrocarriles; hasta 1911 no hubo apenas relación, ni consulta, entre el ejército británico y las compañías ferroviarias.[7]

Cuando Moltke se convirtió en el jefe del estado mayor prusiano en 1857, este solo contaba con un puñado de oficiales y apenas era tenido en cuenta por el resto de la oficialidad. En 1866, en la guerra contra Austria, cuando Moltke enviaba órdenes directamente a los comandantes de campo, uno de ellos dijo: "Todo eso está muy bien, pero, ¿quién es el general Moltke?".[8] Para 1871, ya con dos grandes victorias en su haber, el estado mayor alemán, como se le llamaba ahora, era visto como uno de los tesoros nacionales de Alemania, y su influencia y poder habían crecido exponencialmente. En la década de 1880, todavía bajo las órdenes de Moltke el Viejo, tenía varios cientos de oficiales y varias secciones diferentes. Y llegó a ser también el modelo de estado mayor de las demás potencias continentales; aunque ninguno tendría una posición tan exclusiva y privilegiada como el alemán.[9] En 1883 obtuvo el derecho a acceder directamente al monarca, y cada vez se veía con mayor libertad para concentrarse en la preparación y ejecución de la guerra, dejando en manos de los civiles asuntos tales como las relaciones internacionales y la diplomacia.[10] "Desde mi punto de vista –dijo Moltke el Joven–, el arte supremo de la diplomacia no estriba en preservar la paz a toda costa, sino en ir modelando permanentemente la situación política de un estado de tal manera que, a la hora de hacer la guerra, este se halle en posición de ventaja".[11] Semejantes actitudes se consideraban peligrosas, debido a que estos dos ámbitos, el militar y el civil, y estas dos actividades, la paz y la guerra, no podían separarse con tanta nitidez. El estado mayor, desde una perspectiva militar, tenía que tomar decisiones –como la famosa de invadir Bélgica en 1914– que habrían de tener serias implicaciones políticas.

A medida que la planificación de la guerra se iba haciendo necesariamente más detallada y compleja, fue surgiendo un nuevo peligro. La magnitud de los planes,

el trabajo empeñado en su creación y el que requeriría su modificación se convirtieron en argumentos para no alterarlos. En 1914, cuando el imperio austrohúngaro realizó a última hora un cambio en los movimientos de sus tropas, tuvo que revisar a toda prisa ochenta y cuatro cajas de instrucciones.[12] Los oficiales que se habían pasado una gran parte de su vida laboral asegurándose de que los planes fueran lo más infalibles posible, tenían depositado en su obra, lo reconocieran o no, un interés propio, así como su orgullo profesional. La idea de tirar por la borda años de trabajo y ponerse a improvisar era algo que rechazaban instintivamente los militares de todas las potencias europeas.[13] Además, los planificadores militares tendían a centrarse en un único escenario de guerra y no en toda una gama. Un alto oficial del departamento de planificación ferroviaria del ejército del imperio aus-trohúngaro vio el peligro de que los militares se concentrasen en perfeccionar los planes para una sola eventualidad y no se preparasen para un cambio súbito en la política exterior y en los objetivos estratégicos. En su opinión, los militares nunca lograban conciliar estas dos exigencias: “Por una parte, elaborar planes tan minuciosos como sea posible para proporcionarle al alto mando con la mayor velocidad una base para sus primeros esfuerzos; por la otra, estar preparados para cumplir el deber fundamental del ferrocarril de campaña, a saber, ‘satisfacer todas las demandas de los gobernantes en todo momento’”. Los sistemas que habían sido creados a lo largo de tantos años, se preguntaba, ¿dejaban a los gobernantes la suficiente libertad de decisión? La gran crisis de 1914 ofreció una respuesta. Cuando, en 1914, el káiser le preguntó a Moltke el Joven si era posible modificar el plan de guerra para que Alemania pudiera luchar en un solo frente –el ruso– en lugar de en el francés y el ruso al mismo tiempo, tal como estaba previsto, Moltke le respondió categóricamente que no y, aunque al káiser no le gustó, ni él ni su gobierno lo cuestionaron. A lo largo de las décadas, y no solo en Alemania, tanto los líderes militares como los civiles habían llegado a aceptar que la planificación militar era cosa de expertos, y que los civiles no tenían ni los conocimientos ni la autoridad para cuestionarlos o rebatir sus decisiones.

La acusación de que la rigidez de los planes previos a la guerra los convirtió en bombas de relojería que, una vez activadas, no podían detenerse, ha sido admitida popularmente como una de las causas, si no la principal, de la Gran Guerra. Pero, por complejos que fuesen, los militares podían –y lo hacían– modificar cada año los detalles de los cronogramas sobre ferrocarriles y movilización, según recibían nuevas informaciones, se creaban vías nuevas o se

modificaban los objetivos estratégicos. En cuanto a los objetivos generales, se podrían haber cambiado, o se podrían haber elaborado planes alternativos. Después de la guerra, el general Groener, de la sección ferroviaria del estado mayor alemán, afirmó que él y sus hombres podrían haber elaborado nuevos planes en julio de 1914 para movilizarse solo contra Rusia y no contra Francia, y sin incurrir en ninguna dilación peligrosa para Alemania. Durante la Gran Guerra, los militares descubrieron que podían elaborar planes velozmente para trasladar grandes cantidades de hombres por ferrocarril de una parte a otra del frente.[14] El primer ejemplo impactante de esta capacidad se produjo en el primer mes de la guerra, cuando el alto mando alemán del frente oriental tomó un cuerpo de ejército de cerca de cuarenta mil hombres y lo resituó ciento cincuenta kilómetros más al sur. Los planes de movilización no fueron en sí mismos el detonante de la guerra. Los que fallaron fueron más bien los líderes civiles europeos; primero por no haberse informado acerca de las implicaciones de sus planes de guerra, y segundo por no haber insistido en disponer de varios planes alternativos en vez de un solo plan maestro.

Si los planes contribuyeron en algo al estallido de la Gran Guerra, fue en la presión suplementaria que ejercieron sobre los gobernantes, al acortar el tiempo en que estos debían tomar sus decisiones. Mientras que en el siglo xviii, y aún en la primera mitad del xix, los gobiernos solían disponer de meses para pensar si deseaban o necesitaban ir a la guerra, ahora disponían apenas de unos días. Gracias a la revolución industrial, desde que se iniciaba la movilización hasta que los ejércitos estaban en sus fronteras listos para el combate podía transcurrir, en el caso de Alemania, menos de una semana, y en el de Rusia, cuyas distancias eran superiores, poco más de dos. Las potencias europeas tenían una idea bastante exacta de cuánto tardaría cada una de ellas en movilizarse y estar lista para la lucha. Era crucial no retrasarse demasiado en este proceso. Una movilización incompleta, con el enemigo ya en las fronteras y completamente movilizado, era la pesadilla de todos los militares de Europa, y también la de muchos civiles.

Lo impresionante, en cuanto a la toma de decisiones en 1914, es cómo se aceptaba que la menor demora constituía un peligro. Conrad consideraba que cada día contaba para el imperio austrohúngaro en la tarea de acumular tropas

austriacas en Galitzia, frente a la frontera rusa; cualquier dilación podía hacer que se encontraran a medio formar ante un ataque ruso masivo. El general Joseph Joffre y Moltke, el jefes del estado mayor de Francia y de Alemania, respectivamente, advirtieron a sus gobiernos de que un solo día, quizá incluso unas pocas horas, tendrían un coste terrible en vidas y en territorio ganado por el enemigo. Y los civiles, abrumados por su responsabilidad y confiando en los profesionales, no los cuestionaban, preguntándoles por ejemplo si no sería mejor preparar posiciones defensivas y esperar a que el enemigo atacase.[15] Así pues, una vez que una potencia comenzaba a movilizarse, o simplemente daba señales de estar preparándose para ello, era difícil que sus vecinos se resistieran a imitarla. No hacer nada podía ser un suicidio, y movilizarse tarde tampoco parecía mucho mejor. Tales fueron en 1914 los argumentos con que los militares instaban a sus líderes civiles a dar las órdenes. Unos argumentos similares le fueron presentados al presidente Kennedy, y con un margen de tiempo mucho menor –de minutos en vez de días–, durante la crisis de los misiles de Cuba: que si esperaba para lanzar sus misiles a la Unión Soviética sería demasiado tarde, porque los misiles soviéticos ya habrían sido lanzados. Kennedy decidió ignorar el consejo de los militares; en 1914 no todos los líderes civiles mostraron la misma independencia.

También es fácil ver, desde la perspectiva actual, que los planifica-dores militares trabajaban en el vacío. Aunque en un grado distinto según las potencias, en todas ellas los planificadores del estado mayor se veían a sí mismos como técnicos que procuraban dar con el mejor modo de defender a la nación, y dejaban las consideraciones diplomáticas y políticas en manos de los civiles. El problema, y esto es algo que siempre ha estado presente en las relaciones entre el mando civil y el militar, es que los asuntos no siempre pueden clasificarse con nitidez como “militares” o “no militares”. El estado mayor alemán decidió que tenía sólidas razones estratégicas para invadir Bélgica si quería atacar eficazmente a Francia; pero esta invasión de 1914 dañaría gravemente la reputación de Alemania entre las potencias neutrales, en especial Estados Unidos, y provocó que Gran Bretaña entrase en una guerra en la que, de no ser por tal razón, no habría entrado. Con excesiva frecuencia los civiles desconocían los planes de los militares o no se preocupaban de conocerlos; las conversaciones sostenidas durante años entre el estado mayor británico y el francés fueron una sorpresa para la mayoría de los miembros del consejo de ministros británico en 1914. Lo mismo sucedía en sentido contrario. Los

militares franceses situaron dos divisiones, que se hubieran podido emplear en otra parte, a lo largo de la frontera de Francia con Italia, para enterarse siete años después de que los gobiernos de estos dos países habían firmado un acuerdo secreto para eliminar las tensiones allí.[16]

Incluso dentro de un mismo ejército, sus distintas ramas no siempre compartían la información ni coordinaban sus esfuerzos. Bajo Jacky Fisher, la marina británica se negó a entregarle sus planes de guerra a la infantería por miedo a que se filtrase la información. En 1911, durante una larga y tormentosa reunión de la comisión de defensa imperial, el sucesor de Fisher, sir Arthur Wilson, dejó bien claro que la marina no tenía ningún plan, ni interés alguno, en cuanto a transportar tropas británicas al continente, pese a que el ejército llevaba un tiempo considerando esa posibilidad. Aunque los círculos militares alemanes temían los ataques anfibios contra la costa báltica, su ejército y su marina intentaron una sola vez, en 1904, realizar maniobras conjuntas allí.[17] Al parecer, hasta 1912, dos años antes de la Gran Guerra, el canciller alemán no fue informado del contenido del plan de guerra de su país.[18] En 1914, según cuenta el almirante Tirpitz en sus memorias, ni él ni la armada tenían la menor idea de los planes del ejército alemán.[19]

El nuevo énfasis que los militares europeos ponían en la cualifica-ción técnica no siempre cuadraba con los valores de clase de muchos de los oficiales. Cuando a un oficial británico de uno de los más modernos regimientos de caballería se le ocurrió apuntarse en la academia de estado mayor, creada, no sin cierta reticencia, por el ejército británico, un colega oficial le dijo con firmeza: “Si quieres mi consejo, no se lo digas a tus hermanos de armas, o les parecerás de lo más antipático”.[20] En el ejército del imperio austrohúngaro, los oficiales de caballería llamaban a los artilleros los “judíos de la pólvora”, e incluso para los propios oficiales de artillería la habilidad ecuestre era más importante que la cualificación técnica.[21] Aunque el aumento del tamaño de los ejércitos continentales obligó al reclutamiento de más oficiales de la clase media urbana, no pasaron a ser más apreciadas ni respetadas las habilidades técnicas o académicas; de hecho, fueron los oficiales de clase media los que incorporaron los valores aristocráticos –por ejemplo, la costumbre de batirse en duelo– y no al revés.

Esto tenía sus desventajas, y contribuyó a agrandar la brecha entre los ejércitos y sus respectivas sociedades; pero a la vez reforzó la cohesión de los cuerpos de oficiales; y además ciertos rasgos de carácter valorados por la aristocracia –el sentido del deber, el valor físico, la disposición de enfrentarse a la muerte sin dudarlo– se correspondían con las exigencias mismas del ejército. Pero el tipo de guerra que ellos concebían, por lo general, fue cayendo en lo anacrónico a lo largo del siglo xix. Los militares europeos se inspiraban en los grandes guerreros del pasado: Alejandro Magno, Julio César y, entre los más cercanos, Federico el Grande y Napoleón. Y los soldados modernos anhelaban emular los grandes ataques del pasado, con sus asaltos de infantería, su lucha cuerpo a cuerpo y sus cargas de caballería.[22] Las historias militares, incluso las de las guerras más recientes, reforzaban la visión romántica y heroica de la guerra y se recreaban en las acciones y la destreza individuales. Los analistas europeos de la guerra ruso-japonesa se quedaron admirados ante los soldados japoneses que luchaban y morían como auténticos guerreros; y también preocupados por el hecho de que los europeos ya no fueran capaces de lo mismo.[23] Pero la guerra a que los europeos debían enfrentarse en 1900 era significativamente distinta de las del pasado. La revolución industrial había producido armas más poderosas, más eficaces, más precisas y de mucho mayor alcance, por lo que a menudo los soldados no veían al enemigo que mataban. Era mucho más fácil defender posiciones que atacar: aún no había avances tecnológicos como la aviación o los vehículos blindados, capaces de quebrantar una sólida defensa. Como dijera un general francés tras la dilatada batalla de Verdún en la Gran Guerra: “Tres hombres y una ametralladora pueden detener a un batallón de héroes”.

Las armas de fuego, desde el armamento reglamentario de los soldados hasta la artillería, se hicieron más fuertes y duraderas con los avances metalúrgicos; con los nuevos explosivos, entre ellos los inventados por Alfred Nobel, podían disparar mucho más lejos; y con los cañones estriados resultaban mucho más precisas. Los soldados de la época de Napoleón tenían mosquetes que, con un buen entrenamiento, lograban recargar –de pie– y disparar tres veces por minuto, con un alcance efectivo de apenas cuarenta y cinco metros. (Para lo cual los soldados no debían disparar hasta ver el blanco de los ojos del enemigo). Hacia 1870, los soldados disponían de rifles con un alcance efectivo de hasta medio kilómetro; además, podían cargar y disparar seis veces por minuto, y tendidos en

el suelo, sin exponerse al fuego enemigo. Para 1900 los rifles resultaban precisos –y letales– a una distancia mayor, a veces hasta de un kilómetro, y las nuevas ametralladoras podían disparar cientos de balas por minuto. Tales cifras se habían incrementado vertiginosamente, y seguirían haciéndolo: la artillería de campo, que tenía un alcance medio de poco más de medio kilómetro en 1800, llegó a casi siete kilómetros en 1900; los cañones pesados, a menudo montados en trenes, tenían un alcance de diez kilómetros. De modo que los atacantes que avanzaban hacia el enemigo debían sobrevivir a varios kilómetros de fuego de artillería y a varios cientos de metros de intenso fuego de rifles y ametralladoras.[24]

Bloch advirtió acerca de esto último, la zona de fuego, y de la creciente ventaja de la defensa; y también acerca de la posibilidad de impasses en el campo de batalla, que podían durar meses o años. Pero los planificadores militares de toda Europa desestimaron su estudio. Después de todo, Bloch encarnaba todo lo que ellos tendían a desdeñar: judío de nacimiento, banquero y pacifista. Cuando, en el verano de 1900, dictó tres conferencias en el United Services Institute, el público, compuesto ante todo por militares, escuchó cortésmente, pero no dio señales de quedarse demasiado convencido por lo que Bloch había dicho. “Una especie de antijingoísmo o antimilitarismo –opinaba un comandante general–; una especie de humanitarismo remilga-do”.[25] En Alemania uno de los principales historiadores militares del momento, Hans Delbrück, dijo: “Desde un punto de vista científico, esta obra no resulta muy recomendable. Es una compilación bastante acrítica y mal estructurada; aunque está adornada con ilustraciones, el tratamiento es el de un aficionado, y contiene una ingente cantidad de detalles que no tienen nada que ver con el problema real”.[26] Como el propio Bloch denunciara, los militares constituían una casta sacerdotal que no gustaba de la intromisión de los profanos: “La ciencia militar ha sido desde tiempo inmemorial un libro con siete sellos, y nadie, salvo los iniciados, es digno de abrirlo”.[27]

Pero los militares europeos sí eran conscientes del problema, y ya le habían prestado atención. ¿Cómo no habrían de hacerlo? Ellos mismos habían probado las nuevas armas y estudiado sus efectos en las guerras recientes. Algunos analistas militares europeos habían presenciado la guerra de Secesión

estadounidense de 1861-1865, o la guerra ruso-turca de 1877; y habían visto en persona cómo unas buenas posiciones defensivas, en las que se combinaban las trincheras y el fuego rápido, habían devastado a los atacantes y causado muchas más bajas entre ellos que entre los defensores. En la batalla de Frede-ricksburg, en 1862, por mencionar un solo ejemplo entre muchos, la Unión lanzó oleadas de soldados contra posiciones confederadas bien defendidas. Todos los ataques fracasaron, y la Unión perdió más del doble de soldados que la Confederación. Se cuenta que los heridos de la Unión, desperdigados por el campo de batalla, rogaban a sus camaradas que cesasen sus infructuosos ataques. Una prueba más reciente para los militares europeos era la guerra franco-prusiana, en la que, por ejemplo, 48.000 alemanes habían defendido una línea de unos treinta y cinco kilómetros contra 131.000 franceses.[28] Y más recientes aún eran las aportadas por la guerra de los Bóers y la ruso-japonesa: granjeros bóers bien escondidos bajo tierra habían infligido devastadoras pérdidas a los británicos en sus ataques frontales, y lo mismo había ocurrido en el extremo Oriente.

En tanto los pacifistas esperaban que el progreso volviese obsoletos los conflictos armados y esgrimían como prueba de su locura guerras como la ruso-japonesa y la de los Bóers, los militares y también muchos líderes civiles europeos no podían concebir un mundo sin guerra; un prejuicio reforzado por las ideas del darwinismo social de que las sociedades tenían enemigos naturales hereditarios, con los que los conflictos resultaban inevitables. Los militares franceses, por ejemplo, desarrollaron en los años previos a la Gran Guerra la teoría de una Alemania “eterna”, decidida y mortal enemiga de Francia. Despacho tras despacho, los agregados militares en Berlín advertían a sus superiores de que Alemania era una fuerza oscura y maligna que no se detendría hasta destruir Francia.[29] Los militares alemanes tenían una visión equivalente de Francia, motivada por siglos de hostilidad y envidia, y también, naturalmente, por un deseo de venganza tras su derrota reciente. Los gobernantes de Europa, por lo demás, veían la guerra desde un punto de vista poco apocalíptico, como una herramienta necesaria en el arte de gobernar. La historia reciente, en especial las unificaciones de Italia y Alemania, parecían demostrar que gracias a la guerra podían obtenerse resultados a un coste relativamente bajo. Por otra parte, quienes detentaban el poder en Europa hasta 1914 ponderaban las virtudes de la guerra preventiva, la que impedía que un enemigo se hiciese demasiado poderoso. En cada una de las grandes crisis que hubo entre 1905 y 1914, los poderosos de los distintos países veían seriamente la guerra preventiva como una

opción. No solo los pueblos de Europa, sino también sus gobernantes, se estaban preparando psicológicamente para la Gran Guerra.

Los planificadores militares europeos hicieron todo lo posible por explicar de manera convincente los problemas de la ofensiva y su elevado coste en vidas. Las guerras recientes, por ejemplo, no habían sido libradas del modo adecuado, tal como lo harían los ejércitos europeos más avanzados. “Esos choques salvajes no merecen el nombre de guerra –dijo a Bloch un general europeo acerca de la guerra de Secesión estadounidense–, y yo he disuadido a mi oficiales de leer los testimonios publicados sobre ellos”.[30] Los militares británicos consideraban que sus pérdidas en Sudáfrica eran una anomalía debida a aquel terreno particular, y que no constituían una lección útil para Europa. Y, después de todo, los japoneses habían ganado su guerra contra Rusia, según la opinión más aceptada, precisamente porque estaban mejor preparados para atacar y para soportar bajas mucho mayores que los rusos. De modo que la lección no era que el ataque fuese algo inútil, sino que debía ser más denodado y con más hombres.[31] La historia militar, reverenciada por los militares europeos como fuente de toda la sabiduría bélica, se invocaba con frecuencia para respaldar estos argumentos.[32] Las batallas con desenlaces claros, como la de Leipzig en 1813, o la de Sedán en 1870, tendían, no obstante, a atraer más la atención que las batallas inconclusas o defensivas. La batalla de Cannas, de las guerras púnicas, en que Aníbal derrotó a una fuerza romana mucho mayor, envolviéndola con las alas de su ejército, era una de las favoritas de las academias militares, e inspiró al general Alfred von Schlieffen, del estado mayor alemán, sus planes para derrotar a Francia con un gigantesco movimiento de tenazas en torno a sus ejércitos.[33]

La resistencia de los militares europeos a incorporar los nuevos modos de hacer la guerra se debió en parte a la inercia burocrática: modificar cosas como la táctica, los simulacros o los métodos de instrucción puede requerir mucho tiempo y resultar desestabilizador. La misma cohesión que los ejércitos demandaban de sus oficiales propiciaba una mentalidad colectiva en la que, más que la originalidad y la lealtad, se valoraba la capacidad de trabajar en equipo. Además, como hoy en día, a los militares se les adiestraba para resolver problemas y obtener resultados. Desde un punto de vista psicológico, resulta más fácil pensar en términos de acción; y en una guerra esto significa pasar a la

ofensiva y forzar un desenlace. Antes de 1912, cuando Rusia pensaba todavía en términos de una guerra defensiva contra Alemania, o contra el imperio austrohúngaro, o contra ambos, sus mandos regionales se quejaron de la dificultad de elaborar planes claros.[34] Atacar era asimismo más valiente y glamouroso; permanecer en una posición bien defendida o en fortaleza parecía, digamos, poco imaginativo, e incluso cobarde. “La defensa –dijo un comandante general británico en 1914–, no es aceptable para un británico, y por ello se la estudia poco o nada”.[35]

No hemos de suponer, con todo, que hasta 1914 los planificadores militares fueran los únicos en insistir tercamente en la ofensiva; tanto el pasado como el presente ilustran en abundancia la impresionante capacidad de los seres humanos para pasar por alto, minimizar o restar importancia a las pruebas que no se ajusten a las presuposiciones o a las teorías sólidamente establecidas. Lo que algunos historiadores han bautizado como “el culto a la ofensiva” se afianzó aún más, antes de 1914, en la mente de los planificadores militares de Europa (para ser exactos, también en la de los estadounidenses y los japoneses); acaso porque su alternativa –la guerra había evolucionado hasta el punto de que se producían inmensas pérdidas y un mutuo desgaste sin una victoria clara para ninguno de los bandos– resultaba dura de aceptar y difícil de entender.

El futuro comandante en jefe de las fuerzas aliadas en la Gran Guerra, Ferdinand Foch, demostró minuciosamente en 1903, cuando era instructor de la academia de estado mayor francés, que dos batallones de atacantes disparaban diez mil balas más que un batallón de defensores, y con esto conseguían la ventaja.[36] La tecnología y el poder de la defensa podían ser vencidos si se garantizaba que los atacantes superasen ampliamente en número a los defensores. Pero mucho más importante que la cantidad de hombres era el factor psicológico: a los soldados había que motivarlos para atacar y para morir, mediante el entrenamiento y la apelación al patriotismo. Ellos, así como sus generales, debían aceptar grandes pérdidas sin desalentarse. Así, por ejemplo, los ejercicios con bayoneta se consideraban importantes porque insuflaban en los soldados el deseo de atacar.[37] Y lo mismo sucedía con los uniformes vistosos: “Lepantalon rouge, c’est la France!”, exclamó un exministro de la Guerra cuando su sucesor propuso deshacerse de los tradicionales pantalones rojos y vestir de camuflaje a los

soldados franceses.[38]

En general, hasta 1914 se consideraba que el carácter, la motivación y la moral eran claves para el éxito de la ofensiva. Al enfatizar la importancia del factor psicológico, los militares asumían la corriente de pensamiento dominante en la sociedad europea de la época. Las obras de Nietzsche y Bergson, por ejemplo, habían suscitado el interés por el poder de la voluntad humana. En su estudio clásico de 1906 sobre la instrucción de la infantería, el coronel Louis de Grandmai-son, uno de los principales teóricos militares franceses del periodo de preguerra, dijo: “Se nos dice, con razón, que los factores psicológicos son primordiales en el combate. Pero eso no es todo: en rigor, no existen otros factores, pues todos los demás –el armamento, la manio-brabilidad– influyen solo indirectamente, por medio de las reacciones morales que provocan […] el corazón humano es el punto de partida en todas las cuestiones bélicas”.[39]

La ofensiva era también un modo de camuflar las fisuras en las sociedades y en sus ejércitos, alentándolos a velar por el bien común y a luchar por una causa común. Para el ejército francés, que había quedado bastante maltrecho tras el desenlace del caso Dreyfus, y en el que la moral entre los oficiales y los soldados estaba baja, la ofensiva era una promesa de mirar hacia delante. Cuando Joseph Joffre asumió el mando en 1911, declaró que pensar a la defensiva había dejado al ejército sin una idea clara de su razón de ser: “Crear una doctrina coherente, imponérsela a oficiales y soldados por igual; crear un instrumento para implementar lo que considero la doctrina adecuada: he aquí mi deber urgente”.[40] El énfasis en inculcar valores tales como el sacrificio militar en las fuerzas armadas y en las organizaciones para-militares de la sociedad civil, como los movimientos juveniles, no solo era útil por la ventaja ofensiva añadida que otorgaba en la guerra; sino también porque ayudaba a superar las deficiencias de la sociedad moderna y a revertir lo que muchos, en especial en la clase dirigente, veían como una degeneración de la raza y un deterioro de la sociedad. Para los oficiales que provenían de esta clase, un grupo cada vez menos numeroso pero todavía influyente, con ello se propiciaba el retorno a una sociedad que desde su perspectiva era mejor, y en la que sus propios valores eran los fundamentales. El distinguido militar victoriano sir Garnet Wolseley, de la aristocracia anglo-irlandesa, una clase que compartía muchos valores con los junkers alemanes,

abogaba por el servicio obligatorio en Gran Bretaña, argumentando que se trataba de un “antídoto vigorizante” contra los efectos debilitadores de la sociedad moderna: “El entrenamiento nacional mantiene sanos y fuertes a los hombres de un estado y, al salvarlos de la degeneración le presta a la civilización un servicio”.[41] Cuando los civiles alemanes se mofaron de la turbación de los militares ante el caso del fraudulento capitán de Köpenick, Hugo von Freytag-Loringhoven, un destacado teórico e instructor militar escribió indignado que aquella burla era fruto del “puro egoísmo y el dominio del confort y la vida fácil”. La muerte en combate, decía, era “la recompensa suprema de la vida”; en sus muchos escritos sobre la guerra retrató a los soldados alemanes del pasado marchando de buen grado hacia el fuego enemigo.[42]

Al pensar en las guerras del futuro, los militares europeos lo hacían en términos de batallas decisivas que aniquilasen al enemigo, y les resultaba reconfortante evocar las victorias del pasado. “Los cuerpos de oficiales se habían formado estudiando las guerras de Napoleón y Moltke –decía Groener de sus colegas del estado mayor del ejército alemán–: un rápido desplazamiento del ejército sobre territorio enemigo; el desenlace de la guerra en unos pocos golpes contundentes; una paz en la que un enemigo indefenso se ve obligado a aceptar sin reservas las condiciones del vencedor”.[43] En Alemania los recuerdos de la gran victoria en Sedán en 1870 se mantenían frescos y vívidos entre los oficiales alemanes; de igual manera, los de la victoria en el estrecho de Tsushima ofuscaron el pensamiento naval japonés antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Las victorias no debían ser parciales ni terminar en negociación; debían ser tan decisivas que el enemigo quedase aniquilado y aceptase las condiciones de paz que se le ofreciesen. A nivel táctico, los planificadores militares seguían considerando la caballería igual de determinante que cuando Napoleón la lanzaba al ataque en cuanto flaqueaban las líneas de la infantería enemiga. La guerra en Sudáfrica había puesto de relieve otro uso, el de una potencia montada de fuego capaz de maniobrar alrededor de los flancos enemigos; pero en los propios ejércitos europeos la caballería se resistía a ser usada, según decían, como roughriders estadounidenses. “Hay que aceptar como principio –decía el manual de caballería británico de 1907–, que el rifle, aunque efectivo, no puede reemplazar el efecto que produce la velocidad del caballo, el magnetismo de la carga y el terror del acero frío”.[44] Se hablaba incluso de criar caballos más fuertes y veloces que atravesasen más deprisa la zona de fuego.

Los ataques, las batallas, la guerra misma: todo esto debía ser rápido y, ante todo, breve. “La primera gran batalla –dijo un oficial ante el parlamento francés en 1912–, decidirá la guerra entera, y las guerras serán breves. La idea de la ofensiva debe calar en el espíritu de nuestra nación”.[45] Tales comentarios carecían completamente de fundamento; los líderes europeos, tanto civiles como militares, sabían que las guerras futuras podían ser largas. Ahora era posible mantener ejércitos en el campo de batalla durante mucho más tiempo que antes, cuando la imposibilidad de acarrear indefinidamente los suministros necesarios, así como los estragos de las enfermedades entre los grandes contingentes de hombres en los campamentos, habían impuesto límites naturales a la duración de las campañas. Los planificadores europeos de finales del siglo xix temían las largas guerras de desgaste, y dudaban de la capacidad de sus propias sociedades para soportarlas.

Algunos sospechaban también que la guerra se estaba escapando de su control, y que cada vez resultaba más difícil conducirla a un desenlace. Los ejércitos podían conseguir victorias, como habían hecho Prusia y sus aliados en Sedán; pero los pueblos bien pudieran no aceptar el veredicto. Después de Sedán, el pueblo francés se había movilizado para continuar la lucha. En 1883, el gran teórico militar alemán Colmar von der Goltz publicó su influyente obra La nación en armas, en la que analizaba el nuevo fenómeno de la guerra entre pueblos enteros, y advirtió de que esta podía requerir mucho tiempo y unos costes inaceptablemente altos para que un bando pudiese derrotar al otro. “Solo cuando, tras un esfuerzo supremo por ambos bandos, sobreviene una crisis, seguida del inevitable agotamiento de uno de ellos, los acontecimientos empiezan a precipitarse”.[46] Pocos años después, Moltke el Viejo pronunció su famosa sentencia en el Reichstag de que la era de las guerras de gabinete había pasado y que comenzaba la nueva era de las guerras entre pueblos. Los conservadores eran quienes más razones tenían para temer los resultados de la guerra, ya fuese la bancarrota económica, la inestabilidad social o la revolución. Poco después del estallido de la Gran Guerra, un prominente conservador ruso, P. N. Durnovo, advirtió en un famoso memorándum de que la guerra conduciría a Rusia casi con certeza a la derrota, e inevitablemente a la revolución.

Dos años antes, en el imperio austrohúngaro, Blasius Schemua, que fue por poco tiempo jefe del estado mayor general, había esgrimido ante su propio gobierno unos argumentos semejantes: la gente no comprendía cabalmente lo que traería la guerra.[47] Pero Schemua, a diferencia de Durnovo, no llegó a exhortar a su gobierno a evitarla en la medida de lo posible. Al igual que su predecesor (y sucesor) Conrad, abogaba más bien por una política exterior más agresiva, y aceptó, con una mezcla de resignación y esperanza, que una de las consecuencias podía ser la guerra. Quizá la población del imperio austrohúngaro reconociera que el materialismo grosero no satisfacía sus necesidades espirituales, y con el liderazgo adecuado pudiese despuntar una nueva y más heroica era.[48] En Alemania, muchos –tal vez la mayoría– de los mandos militares alemanes dudaban hasta 1914 de que fuese posible una guerra breve y decisiva; pese a lo cual continuaron haciendo planes para una guerra de ese tipo, porque no veían otra alternativa. En una guerra de empate y desgaste Alemania bien podía salir derrotada, y ellos, como grupo, caer de su pedestal en la sociedad alemana.[49] La impresionante ausencia hasta 1914 de una planificación seria para una guerra prolongada, ya fuese en cuanto a acopio de materiales o a medidas para administrar la economía, es una prueba clara de que los líderes civiles y militares europeos simplemente no querían afrontar semejante pesadilla de derrota y agitación social.[50] En el mejor de los casos, esperaban que ni siquiera una guerra de desgaste sin vencedores durara tanto; había algo en que los militares de toda Europa coincidían con Bloch: los recursos se acabarían, y se paralizarían los esfuerzos bélicos. Como jugadores desesperados que no ven otra salida que apostarlo todo a una tirada de dados o a un giro de la ruleta, demasiados planificadores militares europeos, como los alemanes, reprimieron sus propias dudas y pusieron su fe en una guerra breve y decisiva que zanjaría las cosas de un modo u otro. La victoria produciría acaso una sociedad mejor y más unida; y, si perdían, es que ya estaban condenados de antemano.[51] En 1909 un diplomático del imperio austrohúngaro se puso a charlar con un general ruso en el club náutico de San Petersburgo. El ruso anhelaba una buena guerra entre sus dos países. “Necesitamos prestigio –le dijo al austriaco–, para fortalecer el zarismo, que, como todo régimen, merece una gran victoria”. Cuando volvieron a encontrarse, en la década de 1920, lo hicieron en el nuevo estado independiente de Hungría, y el ruso era un refugiado.[52]

Aunque había pocos líderes europeos que, como Conrad, anhelaran la guerra antes de 1914, la gran mayoría la aceptaba como instrumento plausible, y

pensaba que no se saldría de su control. A medida que Europa fue padeciendo una serie de crisis en la década anterior a 1914, y a medida que se iban fortaleciendo las alianzas entre los distintos líderes y sus pueblos fue calando la idea de que la guerra podía estallar. Los miembros de la triple entente –Francia, Rusia y Gran Bretaña–, más Alemania, el imperio austrohúngaro e Italia en la triple alianza, llegaron a pensar que cualquier conflicto entre dos potencias involucraría probablemente a sus aliadas. En los sistemas de alianzas se verbalizaban promesas, se intercambiaban visitas, se trazaban planes que creaban expectativas, difíciles de defraudar en un momento de crisis. Una guerra general, librada en el corazón de Europa, comenzaba a ser imaginable. Tanto como el militarismo o el nacionalismo, el impacto de las crisis contribuyó a preparar psicológicamente a los europeos para la Gran Guerra.

Los países europeos creían en su mayoría estar defendiéndose con toda justicia contra determinadas fuerzas que querían destruirlos: Alemania contra el cerco hostil; el imperio austrohúngaro contra el nacionalismo eslavo; Francia contra Alemania; Rusia contra sus vecinos Alemania y el imperio austrohúngaro; Gran Bretaña contra Alemania. Los sistemas de alianzas, así como las alianzas particulares dentro de cada sistema, solo prometían apoyo en respuesta a un ataque contra el aliado. Y en una época en que importaba mucho la opinión pública, así como la disposición del público a respaldar una guerra, los líderes civiles y militares se preocupaban por garantizar que sus países fuesen vistos como la parte inocente de cualquier conflicto que iniciase las hostilidades.

Pero una vez que sobrevino la guerra, las potencias europeas estaban listas para atacar en defensa propia. Casi todos los planes militares elaborados en Europa hasta 1914 eran ofensivos, y procuraban llevar la guerra a territorio enemigo y lograr una victoria rápida y contundente. Esto, a su vez, ejerció mayor presión aún sobre los dirigentes durante las cada vez más frecuentes crisis internacionales en la dirección que iniciaran la guerra cuanto antes para obtener así ventaja. De acuerdo con su plan de guerra de 1914, Alemania necesitaba situar tropas en Luxemburgo y Bélgica antes de cualquier declaración de guerra, y eso fue lo que sucedió.[53] Y los planes contribuyeron en sí mismos a agravar las tensiones internacionales, movilizando a las fuerzas armadas para el inicio inminente de las hostilidades y alentando una carrera armamentista. Lo que

podría parecer un modo razonable de autodefensa, podía ser visto desde el otro lado de la frontera de un modo muy diferente.

XII

ELABORANDO LOS PLANES

El plan de guerra de Alemania, el más controvertido hasta nuestros días, estaba guardado en una caja fuerte cuya llave custodiaba el jefe del estado mayor, y solo un pequeño círculo conocía sus objetivos estratégicos. Tras la Gran Guerra, al ir dándose a conocer gradualmente su contenido, este plan fue objeto de muchos debates, y no ha dejado de serlo desde entonces. ¿Demuestra este plan que Alemania deseaba la Gran Guerra? ¿O que los líderes alemanes estaban decididos a dominar europa? ¿Constituye la prueba irrefutable que justifica la infamante cláusula del tratado de Versalles de 1919, que obligó a Alemania a responsabilizarse de la guerra? ¿O el plan Schlieffen demuestra simplemente que Alemania, como todas las demás potencias, estaba elaborando planes militares para unas situaciones que podían no haberse producido nunca? ¿O que era un plan nacido de la debilidad y no de la fuerza, de propósitos defensivos contra el agresivo cerco de la triple entente? Estas preguntas no pueden responderse con fundamento sin conocer lo que el estado mayor alemán tenía en mente antes de 1914; pero esto será siempre objeto de debate y de especulaciones, ya que el archivo militar de Potsdam fue, primero, saqueado parcialmente por los rusos (algunos de aquellos registros han sido devueltos al término de la guerra fría), y luego destruido por el bombardeo de los aliados en 1945.

La respuesta a las preguntas acerca del plan Schlieffen probablemente se halle en algún punto entre los dos extremos. Alemania se sentía verdaderamente en desventaja numérica ante sus potenciales enemigos, en una proporción más desfavorable cada año; pese a ello, sus dirigentes pensaban con demasiada frecuencia en una solución militar, en vez de explorar otras opciones. Ya en 1912 los británicos habían ganado la carrera armamentista naval y existía una oportunidad, que fue explorada por ambos bandos, para restablecer en términos más amistosos las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania. Rusia no deseaba una guerra si podía evitarla, y estaba tomando medidas para reducir las tensiones con el imperio austrohúngaro. Hugo Stinnes tenía razón cuando dijo antes de la

Gran Guerra que en pocos años Alemania sería el amo económico de Europa; y que de la mano de tal hegemonía económica vendrían el poder cultural y político de Alemania. Esto ha llegado a ser así en el siglo XXI, pero solo después del terrible rodeo de dos guerras mundiales.


Von grossem Sammelwert!
EUROPEAN REVUE.
KILL THAT EAGLE.
(TÖTE DEN ADLER)
"Ein Dokument der Perfidität Albions"

12. Los miedos recíprocos jugaban un gran papel en los cálculos de las potencias europeas antes 1914. Alemania, pese a su éxito económico, su fuerte ejército, y su posición dominante en el centro de europa, se sentía cercada por enemigos que aguardaban para despedazarla, junto con su aliado el Imperio austrohúngaro. Aquí el oso ruso avanza desde el este, mientras que Francia ataca atravesando Alsacia y Lorena mientras Inglaterra –la pérfda Albión– cruza el canal de la Mancha.

El plan de guerra alemán fue obra de muchas manos a lo largo de muchos años; exponía al detalle la movilización y desplazamientos de las fuerzas alemanas en caso de guerra, y era actualizado y revisado cada año. El plan Schlieffen, como lo llamaremos por comodidad, ha generado polémicas dignas del foro romano y discusiones tan bizantinas que harían las delicias de los escolásticos medievales, unas discusiones que aún no se han extinguido. Entre las dos guerras mundiales, los defensores de Schlieffen sostenían que su plan era una genialidad tan afinada como un reloj suizo, y que hubiera funcionado si Moltke, una versión inferior de su famoso tío, no hubiese toqueteado el mecanismo. De haberlo dejado funcionar según su diseño original, le habría proporcionado a Alemania la victoria en cuestión de meses, y de este modo se habrían evitado la prolongada agonía de la Gran Guerra y la humillante derrota final de Alemania. Sin embargo, como otros han señalado con razón, el plan era una apuesta arriesgada basada en suposiciones poco realistas; entre ellas, la de que las fuerzas alemanas eran suficientes para las tareas asignadas, y la de que la estructura de mando y la logística para unos ejércitos enormes en movimiento eran las adecuadas. Pero su mayor defecto, quizá, era no prever aquello que Clausewitz, el gran teórico de la guerra alemán, llamaba fricción y los estadounidenses llaman la ley de Murphy: ningún plan funciona jamás tal y como se preveía sobre el papel una vez que choca con las circunstancias reales; y todo aquello que pueda salir mal, saldrá mal.

El hombre que intentó erradicar la incertidumbre del panorama de la guerra y que dejó su impronta en el plan y en el estado mayor de Alemania pertenecía, como muchos de los altos oficiales del país, a la clase junker prusiana. Los

padres de Schlieffen provenían de dos de sus más encumbradas familias, con inmensas fincas y una red de relaciones familiares que les daba acceso a los más altos círculos políticos y militares en Alemania. Pese a toda su riqueza y poder, las familias como la de Schlieffen llevaban una vida sorprendentemente sencilla, de acuerdo con unos principios muy claros y honestos. Creían en la jerarquía, en el trabajo, en la frugalidad y en tener un propósito firme en la vida, ya fuese el de madre de varios hijos o el de oficial del ejército. Sus padres y el propio Schlieffen también formaban parte de un resurgimiento del protestantismo luterano de principios del siglo XIX, que unía una profunda fe religiosa a la creencia de que Cristo salvaría a los seres humanos solo si estos se abrían a su mensaje. Los pietistas, como la familia Schlieffen, valoraban el deber, la camaradería y una vida de fe y buenas acciones. Asimismo, eran profundamente conservadores, y rechazaban el escepticismo de la Ilustración y las ideas igualitarias de la revolución francesa.[1]

Tímido y reservado, Schlieffen fue un estudiante apático, y en sus primeros años de carrera militar no destacó en especial, aunque alcanzó una reputación de persona seria y trabajadora. Pese a haber participado en la guerra de 1866 entre Prusia y Austria, y en la guerra contra Francia de 1870-1871, apenas conoció el servicio activo. Uno de sus hermanos menores murió en combate en 1870, y en 1872 Schlieffen sufrió otra pérdida cuando su esposa, que era también prima hermana suya, murió poco después de dar a luz a su segunda hija. En 1875 su carrera profesional mejoró significativamente, cuando se le puso al mando de su propio regimiento. Además, atrajo la atención de Moltke el Viejo, quien lo consideraba un oficial prometedor que algún día podría llegar a sustituirlo al frente del estado mayor. Dado que todos los altos nombramientos eran prerrogativa del káiser, resultó muy efectivo que Schlieffen causara una impresión favorable en el futuro Guillermo II y en los miembros de su séquito.[2] En 1884 Schlieffen fue destinado al estado mayor, y en 1891 Guillermo, ya káiser, lo nombró jefe. Schlieffen siempre tuvo buen cuidado de manejar aquella relación, asegurándose, por ejemplo, de que el bando de Guillermo ganara todos los años en las maniobras militares de otoño y de que sus intervenciones súbitas no lo echaran todo a perder.

Al recibir la noticia de su nombramiento, Schlieffen le escribió a su hermana:

“Me han dado una tarea difícil, pero estoy imbuido de la firme convicción de que el Señor […] no me abandonará en una situación en la que me ha puesto sin mi esfuerzo ni mi deseo”.[3] Al igual que su íntimo amigo Holstein en el ministerio de Asuntos Exteriores, fue muy exigente, tanto consigo mismo como con sus subordinados. Un ayudante recibió de él una vez un problema militar para que lo resolviera en nochebuena y lo entregara al día siguiente.[4] Schlieffen solía estar en su despacho a las seis de la mañana y, tras montar a caballo por el gran parque de Berlín, el Tiergarten, trabajaba todo el día hasta la hora de la cena, a las siete de la noche. Luego seguía trabajando hasta las diez o las once, y terminaba la jornada, en casa, con una hora de lectura de historia militar para sus hijas.[5] Su personal y sus colegas lo hallaban incomprensible y de trato difícil. Acostumbraba a permanecer en silencio durante las presentaciones o los debates, pero de repente lanzaba una pregunta con un punto de vista inesperado. Era parco en elogios, pero a menudo hiriente en sus críticas. A un joven comandante que le había preguntado ansiosamente cómo estaba le respondió que hubiera dormido mejor de no haber leído su informe antes de irse a la cama.[6]

A diferencia de Moltke el Viejo, su predecesor, y Moltke el Joven, su sucesor, Schlieffen tenía pocos intereses al margen de su trabajo. Mientras montaba a caballo con su estado mayor, uno de sus ayudantes le llamó la atención sobre la hermosa vista de un río a lo lejos; Schlieffen se limitó a decir: “Un obstáculo insignificante”.[7] Sus lecturas se centraban principalmente en la historia militar, que utilizaba para descubrir las fórmulas de la victoria y minimizar, en la medida de lo posible, la incertidumbre de la guerra. Su batalla favorita era la de Cannas, cuando Aníbal derrotó a los romanos, seguida muy de cerca por la de Sedán, en que la confederación alemana rodeó a los franceses y forzó su rendición en 1870. A partir de su estudio de la historia, Schlieffen llegó a la conclusión de que las fuerzas más pequeñas pueden derrotar a las mayoes fuerzas si logran maniobrar con más habilidad. “Los ataques por el flanco son la esencia de la historia militar”, sentenciaba como dogma infalible.[8] Asimismo, concluyó que solo los planes ofensivos podían llevar a la victoria. “El armamento de la guerra ha cambiado –escribió en 1893–, pero las leyes fundamentales del combate siguen siendo las mismas, y una de esas leyes es que no se puede derrotar al enemigo sin atacar”.[9]

Lo que le obsesionaba era la posibilidad de que Alemania se viese envuelta en una guerra de desgaste que dejase exhaustos a ambos bandos sin que venciera ninguno. En un artículo que escribió tras su retiro, pintó un panorama sombrío del derrumbe de la economía del país, en que las industrias se paralizaban, los bancos quebraban y la población padecía graves privaciones. Entonces, según Schlieffen, “el fantasma rojo que acecha” destruiría el orden existente en Alemania. Aunque Schlieffen, con el paso de los años, se fue volviendo cada vez más pesimista respecto a las posibilidades de Alemania en la siguiente guerra, se dedicó tenazmente a elaborar un plan que pudiera proporcionar una victoria rápida y decisiva. Desde su punto de vista, no había alternativa. Descartar la guerra no solo era una cobardía; la Alemania que él conocía y quería proteger ya estaba en peligro, y una paz prolongada, en la que sus enemigos, los socialistas y los liberales, se hicieran poderosos, la destruiría tanto como una guerra de desgaste. Schlieffen tomó el camino de la guerra porque no podía atisbar otra alternativa.[10]

El problema al que se enfrentaba era que la alianza entre Francia y Rusia que se fue desarrollando durante la década de 1890 ponía a Alemania ante la posibilidad pavorosa de una guerra en dos frentes. Alemania no podía permitirse dividir sus fuerzas para librar una guerra total en ambas, de modo que tendría que emprender acciones dilatorias en uno mientras atacaba con toda su fuerza al otro en pos de una victoria rápida. “Así que Alemania debe procurar –escribió Schlieffen–, primero, derrotar a uno de estos aliados manteniendo ocupado al otro; pero luego, cuando el primer antagonista sea vencido, deberá transportar, por medio de sus ferrocarriles, una cantidad superior de hombres al otro escenario de la guerra, de modo que pueda destruir así también al otro enemigo”.[11] Aunque inicialmente pensó en atacar primero a Rusia, ya a finales de siglo Schlieffen había cambiado de idea: Rusia estaba preparando sus fortalezas para crear una sólida línea defensiva de norte a sur a través de sus territorios polacos, y estaba construyendo además ferrocarriles, lo que facilitaría el envío de refuerzos. Cualquier ataque alemán corría el riesgo de dilatarse en asedios, y luego, una vez que los rusos se retirasen hacia su vasto interior, en una campaña prolongada. Tenía sentido, por tanto, que Alemania permaneciese a la defensiva en el este y se ocupase primero del aliado de Rusia, Francia.

El plan Schlieffen resultaba complejo en sus detalles, pues involucraba a millones de hombres; pero conceptualmente era simple y atrevido. Inundaría Francia con sus ejércitos y derrotaría a los franceses en menos de dos meses. La tradicional ruta de entrada a Francia (o de salida, en el caso de las tropas francesas) se hallaba en la parte situada entre las fronteras de Bélgica y Luxemburgo por el norte, y la de Suiza por el sur. El que Francia hubiese perdido sus provincias de Alsacia y Lorena no cambiaba esto; es más, le dejaba una frontera ligeramente más corta y recta que defender. Schlieffen descartó aquella ruta. La disposición de los ejércitos franceses y sus maniobras de guerra demostraban que ellos esperarían un ataque por ahí. Francia, que tenía una larga tradición de levantar fortificaciones, también había reforzado su nueva frontera con dos líneas de ciento sesenta y seis fortalezas, y colocado además otro anillo defensivo alrededor de París.[12] En 1905 el parlamento francés concedió otra gran suma para reforzar sus fuertes fronterizos. Esto le dejaba a Alemania, si decidía librar una guerra ofensiva, la opción de atacar a Francia por sus flancos: por el sur a través de Suiza –que tenía la desventaja de ser montañosa y de estar preparada para defender sus pasos–, o por el norte a través de los Países Bajos de Bélgica, Holanda y Luxemburgo, con su terreno llano, sus buenas carreteras y sus excelentes redes ferroviarias. Decantarse por la ruta norteña fue fácil. Schlieffen ordenó una enorme maniobra de flanqueo que metería a los ejércitos franceses en una trampa, lo mismo que en Sedán.

En caso de guerra, cerca de cuatro quintas partes del ejército alemán se desplazarían hacia el oeste, mientras que la quinta restante libraría una acción defensiva contra Rusia en el este. En el frente occidental, los ejércitos atacantes alemanes de la gran ala derecha, que avanzaban hacia el oeste desde Alemania, barrerían los Países Bajos, según la expresión popular, con la manga del último soldado alemán rozando el canal de la Mancha, y bajarían hasta Francia en dirección a París. El ala izquierda, mucho más reducida, al sur de la gran fortaleza de Metz por debajo de Luxemburgo, atacaría por donde esperaban los franceses. A medida que evolucionaba, el plan se fue volviendo más complicado y más rígido; hacia 1914, se esperaba que los ejércitos alemanes estuviesen en París cuarenta días después del inicio de las hostilidades. Si los franceses reaccionaban del modo esperado y atacaban por la frontera común con Alemania, se estarían alejando de los principales campos de batalla. Cuando se dieran cuenta de que el grueso del ataque alemán se acercaba por el oeste, por detrás de sus fuerzas, se esperaba que los franceses, desmoralizados y

confundidos, intentarían reubicar parte de las tropas con las que penetraban en Alemania para hacer frente a la amenaza en el oeste (un movimiento de por sí peligroso, ya que todavía tendrían el ala izquierda alemana hacia el este). Si todo se producía según lo previsto en el plan Schlief-fen, el grueso de los ejércitos franceses se quedaría atrapado entre las dos alas de las fuerzas alemanas y se rendiría. Entretanto, la fuerza alemana del este –mucho más reducida– permanecería a la defensiva, a la espera de la lenta movilización rusa y su ataque hacia el oeste. Para cuando los rusos pudieran equipararse en número a los alemanes, la guerra habría terminado en el oeste y las tropas alemanas podrían ser enviadas hacia el este para hacerles frente.

Schlieffen simplemente pasó por alto, o no valoró, las implicaciones más amplias. De acuerdo con su plan, un conflicto con Rusia desencadenaría automáticamente una ofensiva alemana contra Francia. (Y en la primera década del nuevo siglo la probabilidad de dicho conflicto era cada vez mayor, debido a la escalada de la tensión en los Balcanes entre el imperio austrohúngaro –aliado de Alemania– y Rusia). Schlief-fen no concebía la posibilidad de que Francia decidiese permanecer neutral, al margen de lo estipulado en su tratado con Rusia (y Francia solo estaba obligada a ir en ayuda de Rusia en caso de que esta fuese la parte inocente). Además, las tropas alemanas invadirían tres pequeños países con los que no tenían disputa alguna. En el caso de Bélgica, Alemania estaría rompiendo de paso una promesa internacional, heredada de Prusia, la de respetar la neutralidad de ese país. Siendo uno de los firmantes del tratado original, Gran Bretaña bien podría sentirse en la obligación de sumarse a la guerra contra Alemania, una perspectiva que se tornó más real al deteriorarse sus relaciones con Alemania, y al irse aproximando primero a Francia y luego a Rusia. El plan Schlieffen garantizaba, y en este aspecto se mantuvo invariable hasta 1914, que Alemania combatiría en dos frentes, arriesgándose con ello a una guerra más general.

En 1913 Moltke redujo aún más las opciones de Alemania, al poner fin a la única alternativa al plan Schlieffen con que contaba el estado mayor, el plan de despliegue oriental, el cual preveía únicamente un conflicto con Rusia, en tanto Francia permanecía neutral. E incluso si Francia optase por ir en auxilio de su aliado, los alemanes podían luchar a la defensiva en el oeste. Sin embargo, al

parecer el estado mayor pensó que estaba dedicando demasiado tiempo y esfuerzo a elaborar planes para una guerra que no prometía resultados rápidos. En 1912 una simulación de guerra alemana confirmaba esta opinión: la principal ofensiva de Alemania contra Rusia terminaba de manera poco fructífera cuando el bando que hacía el papel de los rusos se retiraba hacia el interior de Rusia.[13] De modo que, en la crisis de 1914, Alemania tenía un solo plan; hiciese Francia lo que hiciese, Alemania la atacaría si se veía amenazada por una movilización rusa. Una guerra que comenzase en el este se extendería casi inevitablemente hacia el oeste, cualesquiera que fuesen las consecuencias que esto pudiera traer.

Los planes de guerra alemanes implicaban otro riesgo que incrementaba la probabilidad de la guerra. De todos los planes de movilización europeos, el alemán era el único que fluía sin tropiezos desde los primeros llamamientos a filas hasta la guerra como tal. Hacia 1914 el legado de Schlieffen había producido un proceso de movilización sumamente complejo, con ocho etapas bien definidas. En las dos primeras, se advertía confidencialmente a los militares que existía un estado de tensión, para que pudiesen tomar medidas apropiadas con vistas a la movilización, como por ejemplo suspender las licencias. La tercera etapa, la del “peligro inminente de guerra”, debía ser anunciada públicamente, y en ella se convocaba a la tercera y más baja categoría de reservistas, los de la Landsturm, para que los de mayor nivel estuviesen listos para incorporarse a los ejércitos regulares. Las etapas cuatro y cinco consistían en la movilización propiamente dicha de las fuerzas alemanas, en que las tropas se juntaban en sus unidades y eran enviadas en tren a los puestos que les habían asignado en la frontera. En las últimas tres etapas las tropas se trasladaban desde los trenes hasta el otro lado de la frontera, en “marcha de ataque”; y luego hasta la última etapa del ataque al enemigo.[14] Los planes funcionaron excelentemente en el verano de 1914 hasta la última etapa del ataque. Aunque en teoría se podía detener a las tropas en la frontera, los planes venían ejecutándose con tal ímpetu que esto resultó sumamente improbable. De este modo, el gobierno alemán perdió la capacidad de emplear la movilización como elemento disuasorio, o de tener un periodo de calma, antes del primer derramamiento de sangre, cuando aún podía entrarse en negociaciones.

Tal como lo entendía Schlieffen, su deber era diseñar el mejor plan militar para

Alemania; la diplomacia se la dejaba a los civiles y, como casi todos los miembros del estado mayor, la veía solo como una herramienta con la que preparar el terreno para la guerra. Sin embargo, no creía que fuese su responsabilidad informar en detalle a los civiles acerca de sus planes. Tampoco él ni su sucesor Moltke se coordinaron con la marina, ni con el gabinete militar del káiser, ni con los comandantes de los cuerpos de ejército que debían llevar a cabo el plan, ni con el ministerio de la Guerra prusiano, ni con los ministerios de la guerra de los pequeños estados que constituían Alemania, responsables del tamaño del ejército, de su armamento y de parte de su movilización.[15] Y, aunque tanto Schlieffen como Moltke consideraban que no tenían suficientes tropas para ejecutar con éxito el plan, se adhirieron a él de todos modos, sin elevar una sólida propuesta al ministerio de la Guerra para expandir las fuerzas armadas o poner coto a las sumas cada vez más elevadas que se destinaban a la armada de Tirpitz.

La dirección de la estrategia general de Alemania y la coordinación de los elementos clave del gobierno, tanto civiles como militares, hubieran requerido un Bismarck, pero no había ningún hombre de su estatura antes de 1914. El propio Bismarck tenía en parte la culpa, por haber dejado en herencia un sistema en el que las líneas de control no estaban claras, ni había voluntad de clarificarlas. La única institución capaz de proporcionar coordinación y dirección general era la monarquía, pero Guillermo no era el hombre adecuado para ello. Era demasiado perezoso, demasiado errático y demasiado distraído, pese a lo cual custodiaba celosamente su puesto como autoridad suprema. Cuando un almirante del ministerio de la Marina sugirió en 1904 crear un consejo que incluyese a los líderes del ejército y la marina, al canciller y al káiser, para analizar lo que debería hacer Alemania en caso de una guerra simultánea con Gran Bretaña y Francia, su propuesta no llegó a nada.[16]



1. La exposición de París de 1900 celebraba la paz y la prosperidad, así como la hegemonía de Europa en el mundo. Sus muestras, sin embargo, dejaban entrever algunas de las tensiones que al final acabarían con uno de los periodos de calma más largos de la turbulenta historia de Europa.



2. Una boda familiar en Coburgo en 1894 da fe de los muchos vínculos que unían a las familias reales europeas. La mayoría de los presentes estaban emparentados con la reina Victoria, sentada al frente y vestida de negro según su costumbre. Su nieto, Guillermo II, el Káiser de Alemania, está a la izquierda, y detrás de él, su primo Nicolás, a punto de convertirse en zar de Rusia. El hijo de Victoria, el futuro Eduardo VII, está justo detrás de este último; mientras que la futura zarina, Alejandra, aparece entre Guillermo y Victoria.



3. Aunque Guillermo (derecha) adoraba a su abuela la reina Victoria, tenía una relación incómoda con su hijo y sucesor Eduardo VII (izquierda), de quien sospechaba que planeaba crear una coalición contra Alemania. Eduardo le correspondía en esa desconfianza, y encontraba agotador a su sobrino.



4. Otto von Bismarck fue el mayor estadista de su tiempo. No solo creó el nuevo estado de Alemania en 1871, sino que dominó las relaciones internacionales de toda Europa.



5. Francisco José, el emperador austrohúngaro, gobernó un menguante e inestable imperio en el corazón de Europa (1848-1916). Poseía un fuerte sentido del deber, y su vida estuvo marcada por una rutina rígida y un trabajo incesante.



6. Para muchos, Robert Cecil representaba la serena autoconfianza de las clases altas británicas y de la propia Gran Bretaña. Rico, inteligente y bien relacionado, fue tres veces primer ministro por el partido conservador, entre 1885 y 1902.



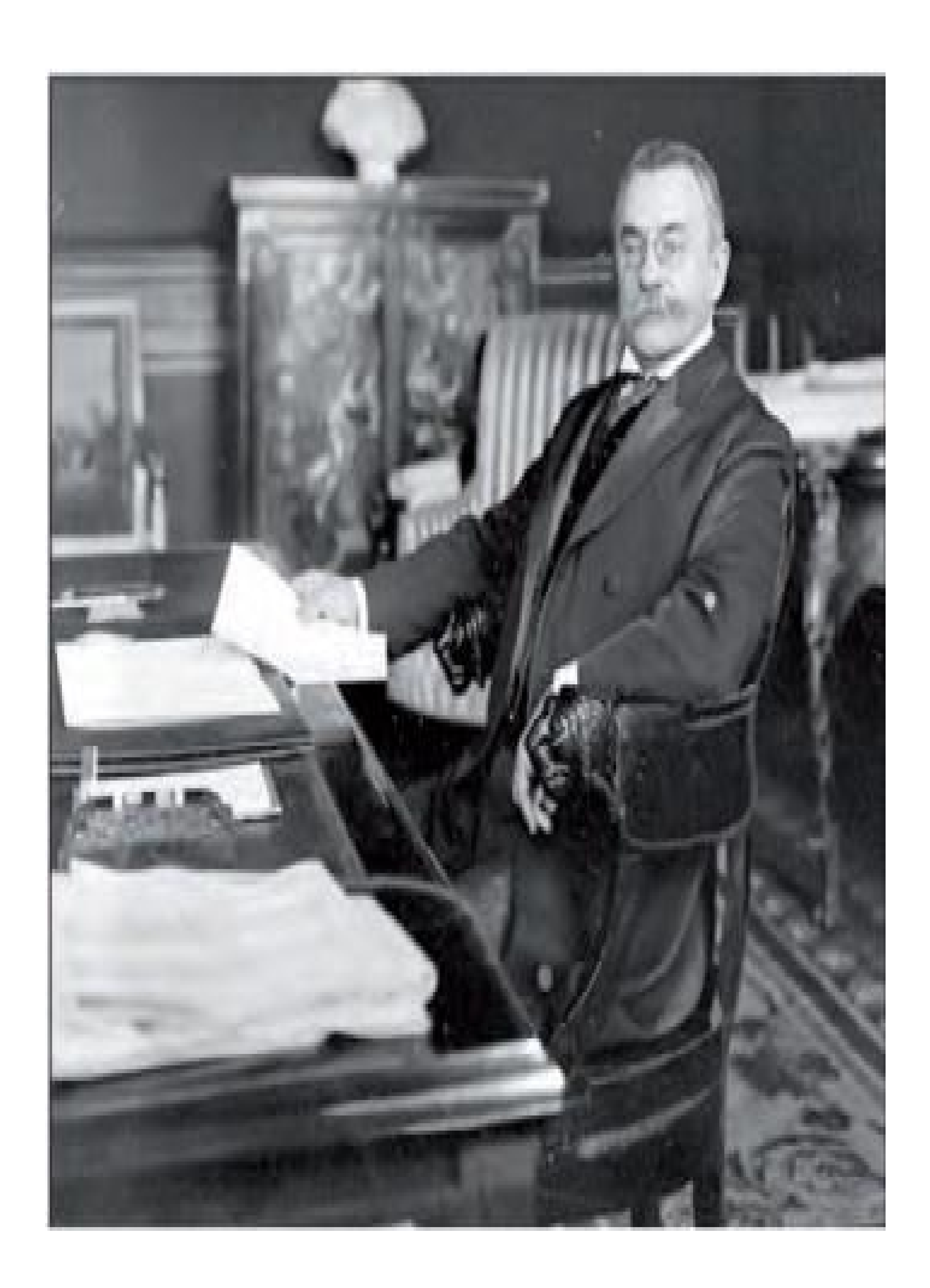
7. Jean (o Iván) de Bloch fue un financiero ruso que comprendió que una nueva guerra general podía terminar en un empate, cuyos costes resultarían intolerables para las sociedades de Europa.



8. Alfred von Tirpitz estaba convencido de que Alemania necesitaba una gran armada para convertirse en una potencia mundial. Guillermo II, que compartía sus aspiraciones, lo nombró ministro de la Marina en 1897, y Tirpitz puso en marcha un colosal programa de construcción naval.



9. Hombre enérgico y empecinado, el almirante John Fisher revitalizó y reorganizó la armada británica para enfrentarse al creciente peligro que representaba Alemania. Trajo de vuelta a aguas británicas a gran parte de la flota, e inició la construcción de los enormes acorazados.



10. Dedicado a restablecer el poderío y el prestigio de Francia tras la humillación sufrida a manos de Bismarck y Alemania, Théophile Delcassé fue uno de los ministros de Asuntos Exteriores más competentes y veteranos con que contó la tercera república.



11. Nicolás II, zar de Rusia, y su esposa alemana Alejandra (centro), vivían recluidos con sus hijos en las afueras de San Petersburgo, y continuaban creyendo, pese a la creciente inestabilidad del país, que el pueblo ruso mantenía su lealtad hacia ellos. De izquierda a derecha, las hijas son María, Olga, Tatiana y Anastasia. El niño es Alexis, el heredero al trono, aquejado de una peligrosa enfermedad: la hemoflia. Todos fueron asesinados por los bolcheviques en 1918.



12. El Domingo Sangriento, como dio en llamarse, tuvo lugar en enero de 1905, durante el periodo de inestabilidad que generó en Rusia la derrota militar contra Japón. Las tropas imperiales dispararon contra una manifestación pacífica, en la que iban muchos trabajadores, que se dirigía al palacio de Invierno de San Petersburgo para presentarle al zar una petición de reformas.



13. Jean Jaurès, destacado so-cialista francés, fue uno de los más vehementes pacifistas de Europa. Esperaba convertir la segunda Internacional de partidos de izquierdas y sindi-catos en una sólida fuerza unificada en contra de la guerra. En la crisis definitiva de 1914, se mantuvo luchando por la paz hasta el último momento. Un nacionalista francés de de-rechas le mató de un disparo poco después de que la guerra estallara.



14. Bertha von Suttner, escri-tora y activista, fue una de las figuras más destacadas del creciente movimiento interna-cional por la paz antes de la Primera Guerra Mundial. Bertha trabajó incansablemente a favor del desarme y de la re-solución de los conflictos por métodos pacíficos, y convenció a Alfred Nobel, el magnate de los explosivos, de que donara una considerable fortuna para el premio de la paz que lleva su nombre.



15. A lo largo y ancho de Europa se exhortaba a los civiles a emular al ejército y a mostrar cualidades como la disciplina, el sacrificio y el patriotismo. Los scouts y cadetes eran una manifestación del militarismo. Estos chicos de los Balcanes también muestran la progresiva preparación para la guerra en aquella turbulenta zona del mundo.


SUC

16. Conmemorar a grandes figuras y aconte-cimientos del pasado contribuía a alimentar el intenso nacionalismo que distinguió a tantas socie-dades europeas de 1914. Aunque a menudo era fomentado por dirigen-tes ansiosos por superar las divisiones internas, el nacionalismo también venía de abajo. Aquí, los habitantes de un pueble-cito de Francia celebran a Juana de Arco, a pesar de que esta combatió contra el nuevo amigo de Fran-cia: Inglaterra.



17. El general Joseph Joffre (izquierda) se convirtió en jefe del estado mayor francés en 1911. Eficiente y flemático, Joffre inspiraba confianza en los políticos. Como muchos otros, estaba imbuido de la idea de la ofensiva. Su compañero civil en estas maniobras militares es el presidente Raymond Poincaré (centro), ardiente nacionalista.



18. Helmuth von Moltke, jefe del estado mayor alemán, era un hombre pesimista y depresivo que no se sentía a la altura de los deberes de su cargo. Durante la crisis de 1914 sufrió un colapso nervioso.



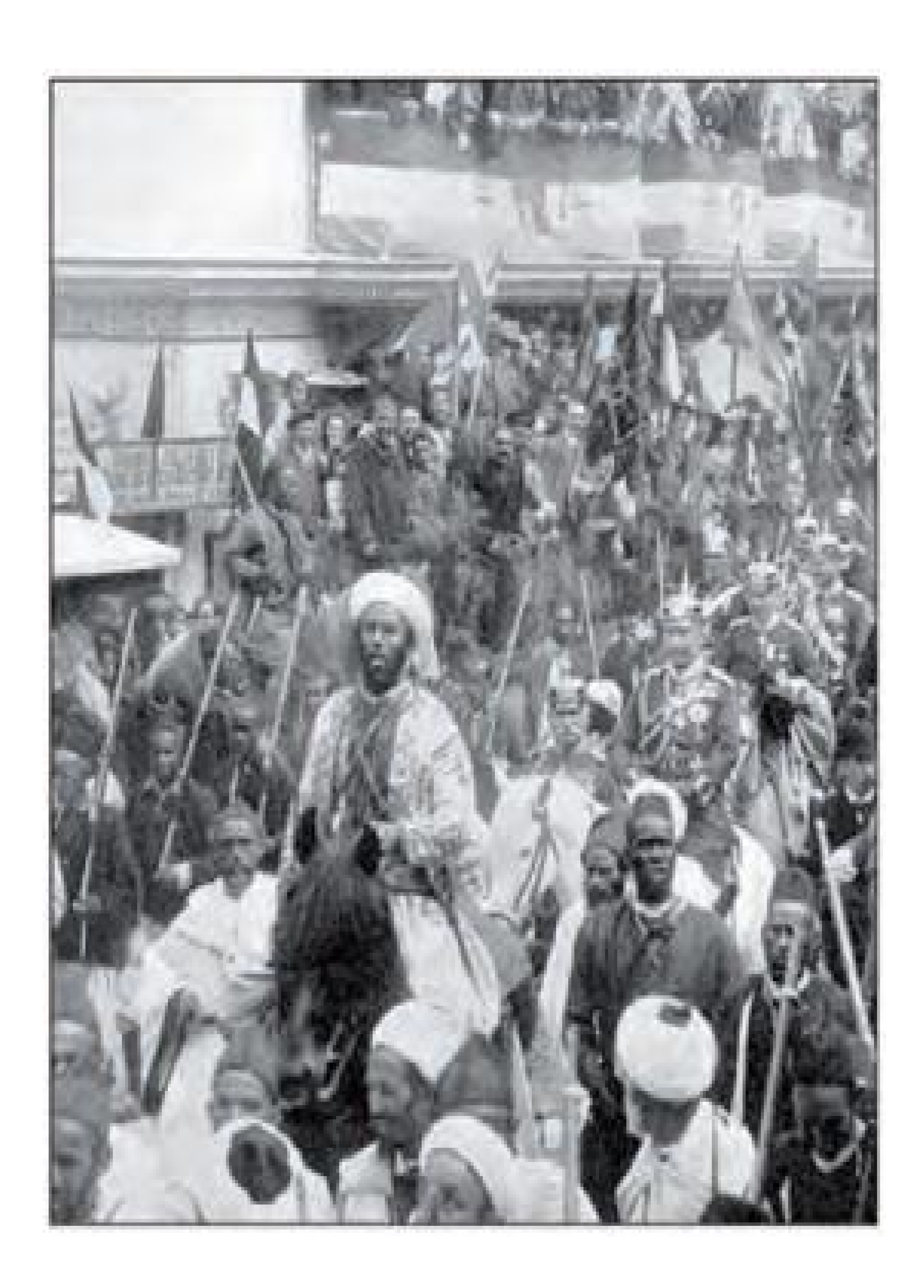
19. Aunque astuto y competente, Vladimir Sujomlínov era también vanidoso y corrupto. Contribuyó a preparar a las fuerzas armadas para la guerra, pero sobreestimó su capacidad para pasar a la ofensiva. En 1916 fue juzgado por abuso de poder y traición.



20. Alfred von Schlieffen dio su nombre al plan Schlieffen, el cual establecía que Alemania debía luchar en una guerra de dos frentes, contra Rusia y contra Francia. Al violar la neutralidad de Bélgica, que Alemania se había comprometido a respetar, este plan incrementaba significativamente las posibilidades de que Gran Bretaña entrara en la guerra.



21. Bernhard von Bülow fue el canciller de Alemania, y el artífice de su política exterior, entre 1900 y 1909. Se las arregló para mantener relativamente controlado a su difícil superior, Guillermo, pero no logró impedir que se emprendiese una carrera armamentista naval contra Gran Bretaña.



22. En 1905 el káiser Guillermo recorrió a caballo las angostas calles de Tánger, aclamado por una multitud que acaso esperaba que salvase a Marruecos de la dominación francesa. El gobierno alemán, que anhelaba deshacer la muy reciente amistad entre Francia y Gran Bretaña, insistió en esta visita, pese a que Guillermo la consideraba un error.



23. Herbert Asquith fue primer ministro por el partido liberal entre 1908 y 1916. Fue un hábil político, que preservó la unión dentro de un partido dividido y que tuvo que lidiar con una Gran Bretaña cada vez más turbulenta y una Irlanda rebelde. Solía dejar los asuntos exteriores en manos de Grey.



24. Al igual que la mayoría de los estadistas del imperio austrohúngaro, Alois Aehrenthal, ministro de Asuntos Exteriores, provenía de la aristocracia. Profundamente conservador, se consagró a servir al emperador y a que su país conservara su carácter de gran potencia.



25. Sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores británico entre 1905 y 1916, era un liberal que creía en el imperio, un estadista al que no le gustaban los países extranjeros, y un moralista que sospechaba que todos los demás tenían intenciones mezquinas.



26. Conocido como “Apis”, o el Toro, por su físico imponente y su carácter, el coronel Dragutin Dimitrijević era el jefe de la inteligencia militar serbia en 1914. Profundamente involucrado en las sociedades secretas nacionalistas serbias, alentó el complot para asesinar al archiduque austriaco Francisco Fernando en Sarajevo.



27. Las tropas búlgaras se dirigen a combatir contra el imperio otomano en la primera guerra balcánica de 1912, sin sospechar lo que les aguardaba. Aunque los otomanos fueron derrotados por una alianza de los estados balcánicos, el ejército búlgaro quedó muy maltrecho.



28. Francisco Fernando, el heredero al trono del imperio austrohúngaro, y su esposa Sofía emprenden su último viaje, una mañana de verano en Sarajevo. La ocasión no podía ser más inoportuna, pues coincidía con el día nacional de Serbia. Pese a las advertencias sobre planes terroristas, se descuidó la seguridad. Su muerte sacó de escena al único hombre cercano al emperador que quizá pudiera haberle aconsejado no ir a la guerra. Gavrilo Princip (re-cuadro), un apasionado nacionalista serbio, disparó contra la pareja real. Por ser menor de edad en aquel momento, no pudo ser ejecutado. Sentenciado a prisión, murió de tuberculosis en 1918, sin arrepentirse de la catástrofe europea que había contribuido a desatar.



29. El 31 de julio de 1914, Alemania dio el primer paso hacia la movilización general, y por ende hacia la guerra contra Francia y Rusia. De pie frente al viejo arsenal de Berlín, un teniente anuncia el estado de “amenaza de guerra inminente”, al modo tradicional.



30. El conde Franz Conrad von Hötzendorf veía a su país rodeado de enemigos, desde Italia y Serbia por el sur hasta Rusia en el este. Su recomendación durante las varias crisis anteriores a 1914 fue invariablemente la guerra.



31. Apuesto, culto e inmensamente rico, el conde Leopold Berchtold fue ministro de Asuntos Exteriores del imperio austrohúngaro entre 1912 y 1915. Aunque prefería la paz, se fue convenciendo de que había que acabar con Serbia.



32. István Tisza, aristócrata húngaro, fue jefe de gobierno en dos ocasiones. Inteligente, orgulloso y obstinado, luchó por mantener el dominio húngaro sobre las grandes minorías nacionales en el seno de Hungría. Reacio en un principio a apoyar una guerra contra Serbia, terminaría cambiando totalmente de opinión.



33. Como muchos otros líderes civiles, Theobald von Bethmann Hollweg, canciller de Alemania entre 1909 y 1917, gustaba de aparecer en uniforme militar. Aunque deseaba mejorar las relaciones con Gran Bretaña, no fue lo bastante fuerte como para imponerse a Guillermo y a Tirpitz y frenar la carrera armamentista naval.


Club

34. En una escena que se repetiría a lo largo y ancho de Europa, unas familias de Berlín dicen adiós a los hombres que han sido llamados de vuelta al servicio militar. Estas tropas de la reserva bien podrían haberse dirigido a las líneas del frente, algo con lo que no habían contado los franceses. En consecuencia, los ejércitos franceses y la diminuta fuerza expedicionaria británica afrontaron un ataque alemán mucho más fuerte de lo que habían previsto.



35. Los nacionalistas franceses nunca aceptaron que las provincias de Alsacia y Lorena hubiesen caído en poder de Alemania en 1871, y en París, la estatua que representaba a Estras-burgo, la capital de Alsacia, había sido cubier-ta en señal de duelo. Al iniciarse la guerra entre Francia y Alemania en agosto de 1914, una multitud corrió hacia la plaza de la Concordia y le arrancó el velo negro.



36. Aunque después vendría mucha más destrucción, el incendio de la gran biblioteca de Lovaina por parte de las tropas alemanas, a su paso por Bélgica, fue un símbolo de lo que le hizo la Primera Guerra Mundial a la civilización europea. Este acto contribuyó también a que la opinión pública de los países neutrales, sobre todo la de Estados Unidos, se volviese contra Alemania.

Los líderes civiles, por su parte, aceptaron la separación artificial impuesta por la cúpula militar de que todos los asuntos militares, desde la planificación de la guerra hasta la dirección de la misma como tal, caían bajo su exclusiva jurisdicción. (Esto no impedía que los militares interviniesen en áreas no estrictamente militares; las actividades de los agregados militares en las capitales de Europa, que informaban directamente a sus superiores de Berlín, era un viejo problema para el servicio diplomático alemán). Aun cuando las decisiones de los militares tenían un impacto político o internacional, los líderes civiles alemanes optaban por mantenerse al margen. En 1900 Holstein, todavía figura clave del ministerio de Asuntos Exteriores, fue informado de que Schlieffen pretendía ignorar en sus planes ciertos acuerdos internacionales como el que garantizaba la neutralidad de Bélgica. Tras reflexionar un poco, respondió: “Si el jefe del estado mayor, y más siendo una eminente autoridad estratégica como Schlieffen, considera indispensable esa medida, entonces la diplomacia tiene el deber de acatarla y facilitarla en todo lo posible”.[17] Los dirigentes políticos no solo abdicaron de su responsabilidad, sino que apenas tenían idea de lo que pensaban o planeaban los militares. Bethmann, el canciller desde 1909 hasta 1917, dijo después de la Gran Guerra: “Durante todo mi mandato no se celebró jamás ningún tipo de consejo de guerra en el que la política pudiera haber ido a contracorriente de los militares”.[18] Los civiles, en cualquier caso, no habrían tenido el apoyo del káiser si hubieran intentado oponerse a estos. En 1919, al contemplar la derrota de Alemania, Bethmann dijo: “Ningún analista razonablemente serio hubiera podido dejar de advertir con claridad meridiana los enormes peligros de una guerra en dos frentes. Para la parte civil, haber intentado frustrar un plan militar concebido al detalle y presentado como absolutamente esencial hubiera supuesto una responsabilidad inasumible”.[19]

En 1905 Schlieffen fue coceado por el caballo de un amigo y se vio obligado a guardar cama durante varios meses. "Tengo casi setenta y cinco años –escribió–, estoy casi ciego, medio sordo, y ahora tengo además una pierna rota. Es hora de que me retire, y tengo buenas razones para creer que mis reiteradas solicitudes de jubilación serán atendidas este año".[20] Puede que estuviese intentando sacar el mayor partido de su situación; el káiser, como tan a menudo solía hacer, estaba perdiendo su fe en él y se preparaba para reemplazarlo.[21] Schlieffen abandonó su cargo el día de año nuevo de 1906. Incluso después de su jubilación, continuó ejerciendo influencia sobre el estado mayor, cuyos miembros lo reverenciaban como uno de los más grandes generales de Alemania. Mientras las tropas de este país marchaban sobre Francia en 1914, el general Groener escribió: "El espíritu del bendito Schlieffen nos acompaña".[22] Puede que, inevitablemente, cualquier sucesor hubiera parecido inferior; y Helmuth von Moltke el Joven fue objeto de esta comparación, tanto en vida como después.

Una mañana de otoño de 1905, el canciller Bülow realizaba su paseo a caballo matinal en Berlín cuando se encontró con su viejo amigo Moltke el Joven. "Me impresionó su expresión de angustia". Los dos hombres cabalgaron juntos y Moltke reveló que la causa de su preocupación era el retiro de Schlieffen: "Su Majestad insiste en nombrarme su sucesor y todo mi ser rechaza la idea". Moltke no creía, según le confesó a Bülow, poseer las cualidades necesarias para un cargo tan exigente: "No tengo capacidad de decisión rápida; soy demasiado reflexivo, demasiado escrupuloso, o, si se quiere, demasiado concienzudo para semejante puesto. Carezco de la capacidad de jugarlo todo a una sola carta".[23] Probablemente tuviera razón, pero también lo movían el sentido del deber y el sentimiento de que debía ponerse a la altura de su gran apellido. Conrad asevera que Moltke le dijo que había aconsejado al káiser no nombrarlo, preguntándole: "¿Realmente piensa Su Majestad que puede ganar dos veces el primer premio en la lotería?".[24] Moltke, no obstante, aceptó el cargo, y se mantuvo en él hasta el otoño de 1914, cuando fue destituido a causa de que el plan alemán, que para entonces ya era tan suyo como de Schlieffen, no había conducido a la victoria. El general Erich von Falkenhayn, ministro de la Guerra y sucesor de Moltke, comentó cruelmente: "Nuestro estado mayor ha perdido completamente la cabeza. Las notas de Schlieffen ya no sirven de nada, y con ellas ha caducado el ingenio de Moltke".[25]

Moltke era un hombre grande y fornido, que parecía el vivo retrato de un valiente general prusiano, pero en realidad, como lo demuestra su conversación con Bülow, tenía un carácter introspectivo e inseguro. En cierto sentido era más amable, y de intereses más amplios, que su predecesor –Moltke, por ejemplo, leía con avidez, tocaba el violonchelo y tenía un estudio en el que pintaba–; pero también era más perezoso y menos enérgico. Comenzó con buen pie, con una medida que le valió la aprobación de sus colegas oficiales: logró impedir que el káiser asistiera a las maniobras de otoño creando el caos habitual. (Guillermo no daba crédito cuando Moltke le dijo que siempre habían dejado ganar a su bando).[26] Pero el propio Schlieffen y muchos de los oficiales de alto rango lo veían como una elección poco afortunada para un cargo considerado clave en Alemania. Moltke jamás dominó el trabajo del estado mayor tan al detalle como Schlieffen, y tendía a dejar que sus distintos departamentos funcionaran por inercia mientras él dedicaba más tiempo a manejar al káiser y su gabinete militar.[27] En opinión de los agregados militares de Rusia y del imperio austrohúngaro en Berlín, Moltke no estaba a la altura de sus respon-sabilidades. “Su carácter militar y su cualificación técnica –informó el austriaco a Viena–, no sobrepasan los de un oficial medio”.[28]

El nuevo jefe del estado mayor tenía además una visión fatalista del mundo, a veces rayana en un franco pesimismo, alimentada por su fascinación hacia una de las nuevas religiones esotéricas que campaban por Europa en aquel tiempo. Su esposa, una mujer de carácter fuerte –según muchos, más que el del propio Moltke–, era seguidora de la teosofía, aquella mezcla de religión oriental y espiritismo fundada por madame Blavatsky. En 1907 los dos Moltke se hicieron discípulos del gurú Rudolph Steiner, que hablaba del advenimiento de una nueva era espiritual en la tierra. (Sus escuelas Waldorf, que hacen énfasis en el desarrollo de la imaginación y la creatividad, siguen teniendo éxito hoy en día). Mientras que su esposa recibía de buen grado la perspectiva de una nueva era, Moltke se mostraba apesadumbrado: “La humanidad deberá sangrar y sufrir mucho antes de avanzar tanto”.[29]

Como jefe del estado mayor, Moltke se limitó a continuar buena parte de la obra de su predecesor. El estado mayor, que era una parte considerable del legado de Schlieffen, continuó funcionando sin tropiezos. Bajo el mando de este, había

crecido significativamente en profesionalismo, cohesión y tamaño; de poco más de trescientos oficiales, pasó a más de ochocientos. Había un número aún mayor de oficiales que entraban y salían del estado mayor en periodos de servicio y en consecuencia compartían la ética de aquella institución, que un chiste de la época llamaba una de las cinco instituciones perfectas de Europa. (Las otras cuatro eran la curia católica, el parlamento británico, el ballet ruso y la ópera francesa). Los oficiales del estado mayor, decía Harry Kessler, eran "reservados, serenos, claros, duros, corteses: como cortados por el mismo patrón". Abnegados, competentes, tenaces, se sabían parte de una maquinaria de élite cuyo objetivo era garantizar que Alemania estuviese preparada para la guerra. El otro elemento clave del legado de Schlieffen era, no un plan definitivo, sino una dirección estratégica general y un método de planificación. Año tras año, durante las dos décadas anteriores a 1914, el estado mayor ponía a prueba sus planes en maniobras de campo –algunas con miles de hombres y sus respectivos equipamientos–, simulacros de guerra o sobre el papel. Todos los planes eran analizados para localizar problemas, lagunas o deficiencias, y los resultados se incorporaban al proceso de planificación. El 1 de abril de cada año, cada unidad del ejército alemán tenía actualizados sus planes y sus órdenes. "Han convertido la guerra –dijo con razón Kessler del estado mayor–, en una gran empresa burocrática".[30] Y, al igual que sucedía con otras grandes empresas, corría el riesgo de que sus procesos se volvieran más importantes que el pensamiento estratégico de mayor alcance; así como el de no examinar ni cuestionar sus presupuestos fundamentales, entre ellos la necesidad de una guerra en dos frentes.

"Si uno escucha a los médicos –comentó una vez Salisbury–, nada es sano; si uno escucha a los teólogos, nada es inocente; si uno escucha a los soldados, nada está seguro".[31] Con la creación de la triple entente, el estado mayor alemán vislumbró un mundo en que Alemania solo podría romper su cerco mediante una guerra ofensiva. Sus líderes militares fueron aceptando cada vez más que la guerra preventiva no solo era posible, sino también deseable. "Considero que todo político y general responsable –escribió Groener sin remordimientos en sus memorias– tiene el deber de, al ver venir una guerra inevitable, desencadenarla en el momento en que las posibilidades sean más ventajosas". En 1905, durante la primera crisis de Marruecos, que se produjo en un momento en que Rusia estaba temporalmente incapacitada, nadie podía prever por cuánto tiempo, a causa de la derrota y la revolución, el alto mando alemán, incluyendo a Groener

y Schlieffen, consideró seriamente la posibilidad de una guerra con Gran Bretaña y Francia.[32] El delegado militar de Sajonia en Berlín informó al volver a Dresde: “Una guerra contra los aliados Francia y Gran Bretaña sigue siendo vista aquí, en las altas esferas, como una posibilidad. Su Majestad el Emperador ha ordenado por tanto al jefe del estado mayor del ejército y al de la marina preparar un plan de campaña conjunto. Su excelencia el conde Schlieffen opina que todas las fuerzas disponibles del ejército terrestre deben ser reunidas contra Francia y dejar la protección de la costa principalmente en manos de la armada […] La guerra habrá de decidirse en Francia, no en el mar”.[33] En las crisis posteriores, como la anexión austriaca de Bosnia-Herzegovina en 1908, la segunda crisis de Marruecos en 1911, y las guerras balcánicas en 1912 y 1913, el alto mando militar alemán contempló la posibilidad de la guerra preventiva, pero el káiser, que al parecer esperaba sinceramente mantener la paz, se negó a aprobarla. Los militares comenzaban a impacientarse con lo que percibían como su debilidad. La guerra estaba en camino, decía Falkenhayn, y ni el “gran emperador de la ‘paz’”, ni los pacifistas podrían detenerla.[34]

Alemania tenía la opción, por supuesto, de luchar a la defensiva; pero sus militares nunca la consideraron seriamente. Una guerra defensiva no cuadraba con su fuerte predisposición hacia la ofensiva, ni con el deseo de Alemania de romper lo que percibía como su cerco. En su último simulacro de guerra, Schlieffen exploró esta posibilidad, pero, como podía esperarse, concluyó que era mejor ceñirse a un plan ofensivo.[35] Moltke simplemente siguió los pasos del maestro. Si bien no alteró la dirección del plan de Schlieffen, sí lo actualizó y modificó según iban cambiando factores tales como la tecnología o la situación internacional. Aunque más tarde fue culpado por haber tratado de ajustar un plan que ya era perfecto, provocando con ello la derrota de Alemania, Moltke se dio cuenta, acertadamente, de que la última versión del plan Schlieffen, en un memorándum redactado en 1905 poco antes de su jubilación, partía de algunos supuestos que ya no eran válidos, por ejemplo, que Rusia, a causa de su derrota y de sus problemas internos, no era una amenaza; o que no era probable que Francia organizase un ataque fuerte contra el sur de Alemania. En los cinco años que siguieron al retiro de Schlieffen, Rusia se recuperó antes de lo esperado y reanudó su rápido programa de construcción de ferrocarriles, y los franceses al parecer pensaban en una ofensiva contra Alsacia y Lorena. En consecuencia, Moltke dejó una fuerza algo mayor en el este e incrementó el tamaño del ala izquierda alemana, de modo que ahora había veintitrés divisiones al sur de Metz,

y cincuenta y cinco al norte en el ala derecha. Aunque sus críticos alegaron posteriormente que había restado fuerzas a esta última, estropeando así el plan Schlieffen, Moltke la dejó tal y como estaba, y encontró fuerzas adicionales colocando a sus reservistas en las líneas del fren-te.[36] Él seguía esperando, como Schlieffen, que Alemania librara un combate dilatorio contra Rusia, y también apostaba por una victoria rápida y contundente en el oeste. En un memorándum de 1911, Molt-ke escribió que, una vez que los ejércitos franceses fuesen derrotados en unas pocas grandes batallas, el país no podría seguir luchando.[37]

Como Schlieffen antes que él, Moltke dio por hecho que el gobierno francés reconocería lo desesperado de su situación y firmaría la paz con el gobierno alemán. Pero ambos hombres habían vivido la guerra franco-prusiana, cuando la nación francesa había seguido peleando tras la derrota en Sedán. Como dijera un escéptico general alemán en tiempos de Schlieffen: “No se puede uno llevar la fuerza armada de una gran potencia como un gato en un saco”.[38] En septiembre de 1914, una vez que sus ejércitos hubieron conseguido una serie de victorias, los generales alemanes descubrieron que, si Francia se negaba a capitular, no tenían planes para una guerra prolongada.[39]

Moltke hizo otros dos cambios en los planes de Schlieffen. Allí donde Schlieffen ordenaba a las fuerzas alemanas cruzar por el pe-dacito de Holanda –el “apéndice”– que sobresalía hacia abajo entre Alemania y Bélgica, Moltke decidió respetar la neutralidad de aquel país. Revelando el pesimismo que coexistía con sus esperanzas en una ofensiva rápida, Moltke escribió en 1911 que, si la guerra resultaba más larga de lo esperado, Holanda le serviría de “tráquea” a Alemania, permitiéndole recibir suministros por barco desde otros países neutrales. Aquella decisión significaba que los ejércitos alemanes que avanzasen sobre Francia tenían ahora que apretarse en un espacio mucho más estrecho. El primer ejército alemán en el extremo oeste del ala derecha, por ejemplo, debía hacer maniobrar a 320.000 hombres con sus animales y equipamiento en un área de unos diez kilómetros de ancho, entre la bien fortificada ciudad belga de Lieja y la frontera holandesa. Y el segundo ejército, con 260.000 hombres, se encontraba en un área de aproximadamente el mismo tamaño justo al sur de Lieja, y de hecho parte de las fuerzas alemanas tenían que cruzar por la ciudad misma. Si los belgas decidían resistir, Lieja tenía potencial

para demorar, quizá durante semanas, el avance alemán. Además, cuatro líneas ferroviarias que los alemanes pretendían usar para moverse hacia el sur se concentraban allí, y resultaba vital capturarlas intactas. Un estudio encargado por el gobierno de Estados Unidos después de la Gran Guerra concluyó que la destrucción de un solo puente, dos túneles y un tramo escarpado de las vías hubiera impedido que ningún tren alemán cruzase el norte de Bélgica hacia Francia hasta el 7 de septiembre, más de un mes después de iniciada la guerra. (Llegado el momento, se colocaron cargas de demolición, pero las órdenes del comandante belga de detonarlas no fueron ejecutadas).[40] Moltke, por tanto, hizo una segunda modificación en el plan de Schlieffen: las fuerzas de avance alemanas, movilizadas antes de cualquier declaración de guerra formal, entrarían súbitamente en acción para capturar Lieja. Esto constituyó una nueva presión para que los líderes alemanes de 1914 pusieran las piezas en movimiento.

Bülow, según sus memorias, consultó la posibilidad de invadir Bélgica con Schlieffen y con Moltke, pero en ningún caso el canciller insistió en ella. Tampoco, hasta donde él sabía, los militares ni el ministerio de Asuntos Exteriores hablaron nunca de dicha invasión.[41] En 1913, Gottlieb von Jagow, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, se enteró de la planificada violación de la neutralidad belga y elevó una tibia protesta; cuando Moltke le dijo en la primavera de 1914 que era imposible cambiar los planes, Jagow no puso al parecer ninguna otra objeción.[42] El káiser, quizá un poco nervioso ante la idea de violar un tratado firmado por sus antepasados, intentó persuadir al rey belga, Leopoldo II, de la necesidad de que su país se mostrara amistoso con Alemania. Desafortunadamente, lo hizo con su habitual falta de tacto, jactándose ante su invitado, que se hallaba de visita de estado en Berlín, del poderío de Alemania. “Quienquiera que, en caso de guerra, no estuviere conmigo –le dijo a su estremecido huésped–, estaría contra mí”. Leopoldo se despidió en tal estado de conmoción que se colocó al revés su yelmo de oficial.[43] En el otoño de 1913 Guillermo lo intentó una vez más, con el sucesor de Leopoldo, su sobrino Alberto I (también pariente de Guillermo por parte de su madre, una princesa Hohenzollern), durante una visita del joven rey a Berlín. Guillermo le aseguró a Alberto que se acercaba una guerra con Francia y que la culpa era de los franceses. En un banquete de estado en Potsdam, Moltke le dijo a Alberto que los alemanes “lo invadirían todo”, y le preguntó al agregado militar belga qué pensaba hacer Bélgica cuando comenzase la guerra. El embajador belga en Berlín no tenía dudas acerca de las intenciones de Guillermo y Moltke: “Era una

invitación a que nuestro país, enfrentado al peligro que amenazaba a Europa occidental, se arrojase en brazos del más fuerte, brazos que ya se abrían para apresar, sí, a Bélgica, y aplastarla".[44] Los belgas informaron enseguida a los franceses y tomaron sus propias medidas de cara a la guerra. Aunque los militares alemanes desdeñaban a sus homólogos belgas –"soldaditos de chocolate"–, ahora las fuerzas alemanas probablemente se enfrentarían a un ejército belga de unos doscientos mil hombres, así como a los obstáculos de la gran red de plazas fuertes de Bélgica, entre ellas Lieja.

Aunque los británicos se negaron firmemente a comprometerse de antemano, la invasión alemana de Bélgica conllevaba un alto riesgo de hacer entrar a Gran Bretaña en el conflicto. Moltke se tomaba tan en serio esta posibilidad que colocó tres divisiones y media en el norte de Alemania para rechazar un posible ataque anfibio.[45] Afirmaba, con todo, que no le preocupaba que una fuerza británica llegara en auxilio de los franceses y los belgas. "Nos ocuparemos de los ciento cincuenta mil británicos", se dice que declaró ante Jagow.[46] De hecho, existía la vieja y arraigada idea de que, si bien la armada alemana no estaba aún lista para vérselas con la armada británica, Alemania podía utilizar a Francia para atraer a Gran Bretaña hacia el continente y derrotarla en tierra.[47] En general, los militares alemanes no se tomaban en serio al ejército británico, sobre todo después de sus derrotas en la guerra de los Bóers. Algunos observadores alemanes advirtieron que los entrenamientos y maniobras de campo del ejército británico, algo que el alemán se tomaba muy en serio, eran descuidados y desorganizados.[48] Después de la Gran Guerra, un oficial recordaba: "Todos nos moríamos no solo por derrotar a los ingleses, sino también por hacerlos prisioneros. Se hablaba mucho de esto en tiempo de paz".[49] Si estallaba la guerra, la marina británica emplearía, sin duda, la vieja táctica británica de bloquear los puertos de Alemania, pero el alto mando de este país había calculado que semejante medida tardaría un tiempo en afectar a las importaciones; si todo marchaba debidamente en tierra firme, la guerra habría acabado antes de que el bloqueo tuviese consecuencias significativas.

La principal preocupación de Alemania, desde su victoria en 1871, era Francia. Gracias a la labor de los espías –uno de los cuales fue descubierto, por supuesto, en el caso Dreyfus–, los informes de sus agregados en París, y una minuciosa

lectura de la prensa francesa y los debates parlamentarios, los militares alemanes tenían antes de 1914 un retrato bastante exacto del poderío militar francés. Asimismo, habían deducido que sus principales ejércitos estarían concentrados en la frontera común de ambos países –entre un punto al sur de la parte occidental de la frontera belga y la frontera suiza–, y esperaban que los franceses probablemente pasaran a la ofensiva en una guerra en la zona norte de Lorena.

Lo que los alemanes nunca supieron con certeza es lo fuertes que eran en realidad los franceses, ni otra cosa igualmente importante: lo bien que lucharían. Es cierto que el poderío militar francés, como no podía ser menos, había salido bastante maltrecho del caso Dreyfus. La interferencia política y las divisiones en el seno de la sociedad francesa habían dañado seriamente tanto la moral del cuerpo de oficiales como la disciplina de las tropas, y los alemanes tomaron nota, con satisfacción, de los frecuentes episodios de indisciplina, e incluso de amotinamiento, en los años anteriores a 1914.[50] Los franceses además, fuesen oficiales o soldados, se tomaban el entrenamiento y los ejercicios militares de una manera superficial y despreocupada. “Produce una curiosa impresión –anotaba en 1906 el agregado militar alemán en París– ver en ocasiones a un escuadrón jugando al fútbol en Vincennes por la tarde, en vez de entrenando”. Durante las batallas simuladas, las tropas que supuestamente debían estar alineadas y disparando se relajaban, y a veces se ponían a leer periódicos comprados a los vendedores que se aventuraban a merodear por el campo de batalla designado.[51] Por otra parte, los franceses pertenecían, sin duda, a la misma nación que el gran Napoleón y sus soldados, y tenían una tradición de luchar bien, con gran coraje. Y quizá hasta su falta de disciplina les daba ventaja sobre los alemanes. El mismo agregado militar alemán que se había sorprendido por el fútbol en Vincennes, informó también a Berlín: “Puede que el francés solo pueda ser tratado así, y lo cierto es que, en su caso, el temperamento, sobre todo en presencia del enemigo, reemplaza en buena parte a aquello que, en pueblos de sangre más lenta, solo puede cultivarse mediante la rutina y la disciplina”.[52]

Con respecto a los rusos, los alemanes se formaron una opinión más coherente, y además compartida en buena parte con el resto de Europa. Rusia era una gran potencia meramente nominal, y sus fuerzas armadas estaban anticuadas, desorganizadas y mal comandadas. El soldado ruso ordinario era rudo y tenaz en

la defensa, pero estas cualidades no eran las más adecuadas para la guerra moderna, en que primaba la ofensiva. Los oficiales, dijo un homólogo alemán que ejerció de observador en la guerra ruso-japonesa, “carecían de moralidad, de todo sentido del deber o de la responsabilidad”. La derrota de Rusia a manos de Japón había demostrado, con claridad meridiana, las deficiencias de Rusia; y era evidente que la recuperación y la reconstrucción de sus fuerzas armadas llevaría años.[53] Aun cuando era patente, pocos años después de la guerra ruso-japonesa, que Rusia se estaba recuperando y reequipando a sus fuerzas armadas, el estado mayor alemán planeaba aún mantener un ejército de unas trece divisiones en sus fronteras orientales con Rusia, y dejar el grueso de la lucha en el este a su aliado el imperio austrohúngaro, hasta que la esperada victoria alemana sobre Francia le permitiera a Alemania trasladar más fuerzas hacia el este. El tamaño de Rusia y su rudimentaria red de ferrocarriles garantizaban que, en cualquier caso, los ejércitos rusos tardarían bastante en llegar hasta sus propias fronteras. Como dijera Moltke a Conrad en 1909: “Nuestra principal intención debe ser conseguir un desenlace rápido. Y eso no sería posible contra Rusia”.[54]

El alto mando alemán no tenía una opinión demasiado buena de la capacidad de combate del imperio austrohúngaro, pero suponía que su aliado sería al menos un rival para Rusia. En 1913 el estado mayor alemán hizo una evaluación crítica de las fuerzas armadas del imperio austrohúngaro: el ejército se hallaba debilitado por sus divisiones étnicas, y no había logrado entrenar y equipar a suficientes soldados debido a la prolongada crisis financiera y política con Hungría. Durante las décadas anteriores, apenas se había hecho nada por modernizar las fuerzas armadas y, aunque se habían emprendido algunas reformas, estas no culminarían hasta 1916. La red ferroviaria resultaba totalmente inadecuada para los necesarios movimientos de tropas. Los oficiales, como señalara otra evaluación alemana en 1914, eran abnegados y leales a la corona, pero el nivel medio del ejército era bajo.[55] Los alemanes, no obstante, contaban con que el imperio austrohúngaro mantuviera ocupada a Rusia durante los aproximadamente cuarenta días que tardaría Francia en ser derrotada y las tropas alemanas en poder trasladarse al este para asestar los golpes finales de la guerra. Como dijera Schlieffen en 1912, poco antes de morir: “¡El destino de Austria no se decidirá a las orillas del Bug, sino a las del Sena!”.[56]

La visión que tenía Alemania del ejército de su otro aliado, Italia, era aún peor. “El orden de sus marchas es inenarrable –dijo el agregado militar alemán en Roma–; cada hombre hace lo que se le antoja, y vi masas de rezagados, tropas que rompían la formación sin permiso para ir a comprarse cosas”.[57] Aún más que el austrohúngaro, el ejército italiano padecía escasez de fondos y de hombres, su equipamiento era obsoleto, y su instrucción inadecuada. Sus oficiales de alto rango eran mediocres, con contadas excepciones, y sus oficiales subalternos se quejaban de sus superiores, de sus condiciones y de sus escasas posibilidades de ascenso. No resulta extraño que la moral fuese baja en todo el ejército.

En cualquier caso, quedaba la duda de si Italia permanecería en la triple alianza. Ya en 1902, sus relaciones con Francia habían mejorado notablemente, e Italia había prometido en secreto no sumarse a ningún ataque alemán contra ese país. Y, siendo ella misma una potencia naval en el Mediterráneo, Italia siempre había preferido estar en buenos términos con Gran Bretaña, la primera potencia naval del mundo. Al mismo tiempo, las relaciones de Italia con el imperio austrohúngaro, que nunca habían sido buenas, estaban empeorando. Ambos países eran rivales en la parte occidental de los Balcanes, y cada uno hablaba y hacía planes de ir a la guerra contra el otro. En tanto Conrad, en el imperio austrohúngaro, pensaba en términos de ataque, el estado mayor italiano, consciente de su propia debilidad, planificó una guerra defensiva. Las promesas de Italia de apoyar militarmente a Alemania no eran compatibles con su creciente preocupación por el imperio austrohúngaro. En 1888, poco después de la creación de la triple alianza, Italia había prometido enviar a través de Austria tropas para apoyar a Alemania a lo largo del Rin contra cualquier ataque francés. Aunque Alberto Pollio, el jefe del estado mayor italiano entre 1908 y 1914, al principio se mostró reacio a cumplir este compromiso, en febrero de 1914 el gobierno italiano confirmó que, de estallar una guerra, enviaría tres cuerpos de ejército y dos divisiones de caballería hasta el alto Rin para unirse al ala izquierda del ejército alemán. En la crisis de julio, el alto mando alemán seguía contando con la llegada de las tropas italianas, aunque con considerables reservas respecto a la fiabilidad o la utilidad de Italia.[58]

Alemania podía arreglárselas sin Italia, y llegado el momento así lo hizo; pero en la década anterior a la Gran Guerra necesitaba desesperadamente el respaldo del

imperio austrohúngaro. A pesar de sus repetidos intentos por captar a Rusia o Gran Bretaña, tenía pocas posibilidades de conseguir otro aliado. El imperio otomano era demasiado débil, y otras potencias pequeñas como Rumanía o Grecia procuraban, comprensiblemente, no involucrarse en conflicto alguno. Con el paso de los años, Alemania se fue enfrentando a una triple entente cada vez más fuerte, y su doble alianza con el imperio austro-húngaro se volvió crucial. Lo cual implicaba, a su vez, que Alemania debía apoyar a este en sus conflictos en los Balcanes, o, peor aún, contra Rusia.

Bismarck siempre había querido que la alianza fuese defensiva, y se había opuesto a todos los intentos –los acuerdos militares vinculantes, por ejemplo de convertirla en algo más que eso. No obstante, había permitido una serie de conversaciones de estado mayor que le habían dado a entender al imperio austrohúngaro que, en caso de un ataque ruso, Alemania enviaría al este un número sustancial de tropas para operar en conjunto contra Rusia. Cuando Guillermo II llegó al trono, proclamó en repetidas ocasiones, al menos retóricamente, su entusiasmo por estrechar relaciones. Sin embargo, después del nombramiento de Schlieffen como jefe del estado mayor alemán en 1891, divergieron los objetivos estratégicos de ambos aliados, puesto que los alemanes veían cada vez más a Francia como su mayor enemiga, mientras que los austriacos seguían teniendo la vista puesta en Rusia. Durante su primera reunión, el general Friedrich von Beck, jefe del estado mayor austriaco, encontró a Schlieffen "taciturno y no muy amable". Schlieffen, por su parte, no confiaba demasiado en los austriacos: "Estos sujetos no harán más que desertar o pasarse al enemigo". En 1895 redujo abruptamente los compromisos de Alemania en el escenario oriental de la guerra, dejando bien claro que tan solo llevaría a cabo un pequeño ataque contra el territorio ruso. Aquello encolerizó a Beck, entre otras cosas porque la decisión alemana anulaba muchos años de trabajo del estado mayor austriaco.[59] A partir de este punto, las relaciones entre ambos estados mayores fueron correctas pero distantes, y no hubo ninguna planificación detallada conjunta.

No fue hasta 1908-1909, en un momento en que parecía que el imperio austrohúngaro iba a declarar la guerra a Serbia por causa de Bosnia, que la doble alianza se apartó del concepto limitado y defensivo de Bismarck para convertirse

en algo más firme, más ofensivo y más peligroso para la estabilidad de Europa. Guillermo II intervino, dirigiéndose así al imperio austrohúngaro: "El emperador Francisco José es un mariscal de campo prusiano; y, por tanto, no tiene más que mandar y todo el ejército prusiano se pondrá a sus órdenes".[60] Y, lo que era más importante, los líderes militares del imperio austrohún-garo y Alemania comenzaron a dialogar una vez más, y desde ese momento hasta el verano de 1914 intercambiaron cartas y visitas que sirvieron para crear la expectativa de que se consultarían y actuarían de forma coordinada para apoyarse mutuamente en momentos de crisis.[61] Schlieffen y Beck ya habían salido de escena para entonces, y sus sucesores, Moltke y Conrad, establecieron una relación más amistosa. Conrad reverenciaba a Moltke el Viejo, y durante la Gran Guerra llevaría al cuello un medallón con la efigie del gran general alemán.[62] El día de año nuevo, Conrad inició un intercambio de cartas con Moltke para clarificar la posición de Alemania si el imperio austrohúngaro declaraba la guerra a Serbia y Rusia intervenía en auxilio del pequeño país balcánico. Alemania accedió a lo que esperaba el imperio austrohúngaro: aquella intervendría en defensa de este, por considerar que en tal caso se activaría la doble alianza. (Y, por supuesto, lo mismo valdría si Rusia atacaba a Alemania). Ambas partes pretendían que la otra se comprometiera a una ofensiva contra Rusia al inicio de una guerra, sin tener que comprometerse a hacer lo mismo. En consecuencia, las cartas están llenas de expresiones de respeto y amistad sin demasiadas promesas concretas. Como Conrad se proponía destruir Serbia primero, aun cuando Rusia entrase en la guerra, necesitaba que Alemania prometiese un apoyo significativo en el norte contra Rusia; en particular, un ataque hacia el sur desde Prusia oriental contra la Polonia rusa mientras el imperio austrohún-garo atacaba hacia el norte desde Galitzia. Moltke, por supuesto, quería mantener un número reducido de tropas en el este, para poder concentrarse en derrotar a Francia. Al final, los dos aliados hicieron promesas que probablemente sabían que no podrían cumplir: el imperio austrohúngaro la de que, cuando estallara la guerra, atacaría a Rusia tan pronto como fuese posible; y Alemania la de que se sumaría desde el norte, incluso antes de haber concluido su guerra contra Francia.[63]

La geografía del imperio austrohúngaro le obligaba a pensar en más posibles escenarios de guerra que Alemania: contra Rusia, Serbia, Montenegro, Italia o, desde 1913, Rumanía. Y siempre estaba la posibilidad de que los enemigos pudiesen combinarse: Serbia y Montenegro, con o sin el apoyo de Rusia; o Serbia e Italia. El propio Conrad tenía en un principio fijación con Italia, pero

poco a poco se fue obsesionando también con Serbia.[64] Hablaba a menudo de destruir “ese nido de víboras” en la guerra, e incorporar su territorio al imperio austrohúngaro. Para lidiar con los desafíos a que se enfrentaba este, Conrad elaboró varios planes de guerra, en los que se contemplaban las posibles combinaciones de enemigos y de frentes; y para asegurarse la mayor flexibilidad posible, colocó una fuerza en cada uno de los Balcanes (Minimalgruppe Balkan), y en Galitzia (A-Staffel) a lo largo de la frontera con Rusia, creando una tercera fuerza (B-Staffel) que podía trasladarse de un lado a otro para apoyar a las demás cuando fuese necesario. Esto era bastante optimista, dado el estado de los ferrocarriles del imperio austrohúngaro. Las líneas ferroviarias a lo largo de su frontera con Serbia eran, en el mejor de los casos, defectuosas. En el norte, la construcción de ferrocarriles en Rusia sobrepasaba hasta tal punto a la del imperio austrohúngaro que en 1912 podía enviar doscientos cincuenta trenes al día hasta la frontera con la Galitzia austriaca, mientras que el imperio austrohúngaro solo lograba mandar ciento cincuenta y dos.[65] Además, los húngaros habían insistido, por razones nacionalistas, en construir un sistema ferroviario independiente dentro de su estado, de manera que muy pocas vías comunicaban las redes ferroviarias húngara y austriaca. Aunque Conrad rogaba por un programa acelerado de construcción de ferrocarriles, las objeciones generadas por los parlamentos húngaro y austriaco a acometer los gastos necesarios, sobre todo si esto beneficiaba a la otra mitad del imperio, provocaron que no se adelantara nada antes de 1914.[66]

Aunque Conrad y su estado mayor continuaron elaborando planes para una guerra contra Italia, y en 1913 hicieron otros para una guerra contra Rumanía, ya en 1914 daban por sentado que la perspectiva más probable era la de una guerra contra Serbia, que bien pudiera luego implicar a Rusia. Al igual que las demás fuerzas armadas europeas, los militares austrohúngaros confiaban en el poder de la ofensiva y no pensaban en términos de una guerra defensiva.[67] Pero el ejército austrohúngaro, una vez movilizado, no llegaba ni a un tercio del de Rusia; su presupuesto era el más bajo de todas las potencias, menor incluso que el de Gran Bretaña, que tenía un ejército mucho más pequeño.[68] Los planes de Conrad eran optimistas, de un optimismo rayano en la ceguera, dado el estado de las fuerzas armadas y la creciente gravedad de la situación internacional para el imperio aus-trohúngaro, teniendo en cuenta que Italia y Rumanía se habían ido apartando de la doble alianza durante los últimos años de paz.

Los militares de Alemania y del imperio austrohúngaro continuaron sus conversaciones, más que nada, quizá, para reafirmarse mutuamente con respecto al esperado éxito de sus ofensivas en el este. Moltke citaba a Schlieffen para asegurarle a Conrad que el ataque alemán contra Francia realmente lo resolvería todo y que el destino de Austria se decidiría allí y no en el este. Sin embargo, proseguía Moltke, la guerra en el este era de suma importancia, por cuanto representaba un enfrentamiento entre las razas teutónicas y las eslavas: "Prepararse para esto es el deber de todos los estados que portan los estandartes de la Kultur germánica". En su respuesta, Conrad señalaba que al imperio austrohúngaro no le sentaría bien semejante cruzada: "No podemos contar con que nuestros eslavos, que conforman el cuarenta y siete por ciento de la población, se entusiasmen con una lucha contra sus aliados".[69] No obstante, apenas se hizo nada por coordinar o compartir información. El 4 de agosto de 1914, el día en que los alemanes invadieron Bélgica, el agregado militar alemán en Viena dijo: "Ya va siendo hora de que los dos estados mayores se consulten ahora con absoluta franqueza acerca de la movilización, el momento de las operaciones, las áreas de reunión y la fuerza exacta de las tropas".[70] Para esto ya era demasiado tarde; pero el acuerdo entre el imperio austrohúngaro y Alemania había servido para que una guerra en los Balcanes se convirtiese en una guerra general europea.

Rusia, el foco de atención en el este del imperio austrohúngaro y de Alemania, tenía una idea bastante precisa de cuáles eran los planes de guerra de la doble alianza. Para 1910, los rusos habían visto ya los suficientes ferrocarriles nuevos, disposiciones militares y maniobras del ejército alemán como para deducir que el principal ataque alemán iría dirigido contra Francia. Los rusos continuaban sobrestimando, en un cien por ciento casi, la cantidad de tropas que Alemania dejaría en el este, pero aun así confiaban en superarlos en número y en que la estrategia alemana favoreciera a Rusia. Si, como se esperaba, los alemanes atacaban desde Prusia oriental, probablemente lo harían tan solo en forma de incursión rápida antes de que Rusia estuviese prevenida. Después, Alemania retiraría probablemente sus fuerzas hacia el oeste, hasta las fortificaciones de los lagos Masurianos, y esperaría al desenlace de la lucha en Francia. Esto daría a los rusos tiempo para completar su lenta movilización.[71]

Los rusos tenían una idea aún más exacta de los planes de guerra del otro miembro de la doble alianza. Cada potencia tenía en las otras espías y agregados militares; pero Rusia disponía del que probablemente fuera el mejor: el coronel Alfred Redl, un oficial del estado mayor del imperio austrohúngaro. Los rusos lo reclutaron en torno a 1901, ofreciéndole dinero, algo que él necesitaba desesperadamente, y amenazándolo además con revelar su homosexualidad, lo que en aquellos tiempos le hubiera deshonrado. Durante los años siguientes, Redl estuvo pasando informaciones secretas a los rusos, tales como los planes de movilización del imperio austrohúngaro y detalles cruciales acerca de sus fortalezas a lo largo de la frontera común entre la monarquía dual y Rusia en Galitzia. También traicionó a los agentes austrohúngaros que había en Rusia, que fueron encarcelados o eje-cutados.[72] Al igual que otros espías, por ejemplo el extravagante Guy Burgess en Gran Bretaña en la década de 1950, sorprendentemente Redl tardó en ser descubierto. Pese a su humilde origen de clase media, y a que ostensiblemente tenía que vivir de su salario del ejército, siempre disponía de un montón de dinero, que derrochaba en autos, apartamentos y ropas de lujo (tras su desenmascaramiento, se descubrió que poseía ciento noventa y cinco camisas de etiqueta), así como en sus jóvenes amantes. En 1913 la contrainteligencia alemana alertó a sus colegas del imperio austrohúngaro sobre la existencia de un traidor, e informó que había dos sobres llenos de billetes esperando a ser recogidos por alguien llamado Nikon Nizetas en la principal oficina de correos de Viena. Redl se presentó disfrazado para reclamarlos, pero incluso entonces casi logra escapar sin ser descubierto, porque los detectives que vigilaban la oficina de correos perdieron su rastro. Solo consiguieron reencontrarlo por casualidad; pero ya por la noche Conrad, el jefe del estado mayor, tenía suficientes pruebas como para enviar un grupo de oficiales a encararse a Redl y forzar su confesión y su posterior suicidio.[73] Aunque el alto mando militar del imperio austrohúngaro procuró alterar sus códigos secretos y sus cronogramas ferroviarios, no pudo cambiar su estrategia general antes de 1914. A consecuencia de la traición de Redl, los rusos tenían una idea exacta de cómo y dónde atacaría el imperio austrohúngaro, así como de sus planes contra Serbia.

En la elaboración de los suyos propios, sin embargo, los rusos se enfrentaban a varios problemas. Para empezar, el tamaño de Rusia implicaba que su

movilización llevaría mucho más tiempo que la de sus vecinos del oeste. En cuanto se produjese el llamamiento, el soldado ruso medio tenía que viajar más del doble que su homólogo alemán o austriaco. El sistema ferroviario ruso estaba creciendo con rapidez, gracias en parte a los préstamos franceses, y se concentraba sobre todo en el oeste, en los territorios polacos y en la zona europea de Rusia; pero aún estaba menos desarrollado que el de Alemania y el del imperio austrohúngaro. La mayoría de las líneas rusas, por ejemplo, eran de una sola vía, lo que significaba que el tránsito de los trenes era más lento. Solo el veintisiete por ciento de sus líneas eran de doble vía, en comparación con el treinta y ocho por ciento de las de Alemania. No obstante, los militares alemanes calculaban que para 1912 la construcción de nuevos ferrocarriles habría reducido a la mitad el tiempo requerido por los rusos para concentrarse en la frontera alemana.[74] (Aunque si los rusos decidían invadir Alemania se enfrentarían a un problema, que también afectaría a las incursiones de Alemania en el este: los ferrocarriles rusos eran más anchos que los del resto de Europa, de manera que con todo, hombres y equipamiento incluidos, se tendría que hacer un transbordo). En 1914, incluso después de la mejora de los ferrocarriles, Rusia seguía tardando veintiséis días en movilizar por completo sus ejércitos en su parte europea, mientras que el imperio austrohúngaro tardaba dieciséis días, y Alemania doce.[75] Esta diferencia supuso una presión más para que el zar se apresurase a dar la orden de movilización aquel verano, una vez iniciada la crisis.

La geografía también le proporcionaba a Rusia una amplia gama de enemigos potenciales. En el este, Japón seguía siendo una amenaza para sus territorios, mientras que en Europa eran especialmente vulnerables sus tierras polacas. Aunque el desmembramiento de Polonia a finales del siglo XVIII fue para Rusia una adquisición valiosa, con buenos recursos naturales, como el carbón, y, ya en el siglo xx, con sólidas industrias y una población de unos dieciséis millones de habitantes, con ello creó también un saliente expuesto de trescientos veinte kilómetros de norte a sur, que se extendía unos trescientos setenta kilómetros hacia el oeste, con territorio alemán al norte y austrohúngaro al sur. “Nuestro punto flaco”, lo llamaba un informe militar ruso.[76] Además, Rusia tenía más enemigos potenciales incluso que el imperio austrohúngaro, y su enorme tamaño provocaba grandes dificultades a la hora de situar o trasladar sus fuerzas. En Europa, Suecia había constituido una amenaza intermitente desde el siglo XVII, y el estado mayor ruso siguió considerándola un enemigo justo hasta 1914.

Rumanía, con su rey alemán y su vivo rencor contra Rusia por haberle esta arrebatado Besarabia en 1878, era potencialmente hostil. Rusia había librado dos guerras con el imperio otomano en el siglo XIX, y ambas potencias seguían siendo rivales en el Cáucaso y en el mar Negro.

Los conferenciantes de la academia rusa de la guerra habían venido recalcando desde 1891 que era imposible evitar un conflicto con la doble alianza del imperio austrohúngaro y Alemania, y los militares rusos se centraban cada vez más en él como su principal desafío en el oeste. En consecuencia, tendían a interpretar los acontecimientos en aquellos países del modo más pesimista. Cuando, en 1912, los militares del imperio austrohúngaro vieron denegado por el parlamento su deseado incremento presupuestario, los rusos dieron por hecho que aquello no era más que un ardid diseñado para ocultar que, en realidad, sí se habían incrementado los gastos militares. Los rusos se equivocaban también al creer que Francisco Fernando era el líder de los partidarios de la guerra en el imperio austrohúngaro. La opinión de los diplomáticos rusos que conocían mejor a los demás países a menudo no llegaba hasta los militares, y el zar no se preocupaba mucho por coordinar las distintas ramas de su gobierno.[77] Lo que sí era aceptado, sin embargo, entre los líderes rusos era que cualquier conflicto en los Balcanes podía convertirse en una guerra general.[78]

El estado mayor ruso, que tendía a adoptar la perspectiva más sombría posible, previó como su peor escenario un ataque de la doble alianza junto con Suecia y Rumanía por el oeste, en tanto Japón e, improbablemente, China atacaban por el este.[79] En tal caso, los militares temían que el imperio otomano se uniera también, y que los polacos aprovecharan la oportunidad para sublevarse. Aun cuando no sucediese lo peor, su propia geografía presentaba a Rusia, tal como había hecho durante siglos, la disyuntiva estratégica de concentrarse en Europa o en el sur y el este. Aunque tanto Izvolski, ministro de Asuntos Exteriores tras la guerra ruso-japonesa, como Stolipin, primer ministro hasta 1911, miraban hacia el oeste, seguía habiendo voces influyentes entre los líderes rusos que afirmaban que Rusia tenía una misión en el este, y que Japón seguía siendo su principal enemigo. En 1909 uno de ellos, Vladímir Sujomlínov, fue nombrado ministro de la Guerra.

Sujomlínov continúa siendo, con razón, una figura sumamente controvertida, pero lo cierto es que llevó a cabo una serie de reformas muy necesarias en las fuerzas armadas de Rusia, y gracias a él este país entró en la Gran Guerra relativamente bien preparado. Mejoró el entrenamiento y el equipamiento, actualizó el armamento y creó unidades especializadas, como la de artillería de campo. En los cinco años anteriores a la Gran Guerra, Rusia incrementó también en un diez por ciento el número de hombres que reclutaba y entrenaba, a fin de poder movilizar, en caso de guerra, a más de tres millones de soldados. Sujomlínov reorganizó la estructura y el sistema de mando del ejército y estableció un sistema nuevo y más eficiente de movilización. Además, retiró tropas de la parte oeste de Polonia hacia el interior de Rusia, donde estarían a salvo de cualquier ataque, y más disponibles para ser enviadas hacia el este si las relaciones entre Rusia y Japón volvían a deteriorarse.[80] Intentó asimismo deshacerse de la línea de fortalezas rusas en el oeste de Polonia, la cual, según él, consumía dinero y recursos que podían destinarse a otro fin mejor. Esto último provocó grandes protestas. El primo del zar, el gran duque Nikolái Nikolaiévich, que odiaba profundamente a Sujomlínov, se opuso a la destrucción de las fortalezas, y tenía muchos partidarios entre los militares. El ministro de la Guerra se vio obligado a echarse atrás.[81]

Sujomlínov contaba ya para entonces con muchos enemigos, y aún iba a contar con más, debido en parte a que interfería con tradiciones arraigadas y con intereses ajenos, y en parte a su propia personalidad. Era un hombre taimado, implacable y encantador. Pese a ser bajito y calvo, muchas mujeres lo encontraban irresistible. Los muchos detractores que tuvo en vida –y los que tendría después– lo acusaban de todo, desde senilidad hasta corrupción y alta traición, y un diplomático ruso lo describió como el genio del mal de su país. Sus propios colegas se quejaban de que era perezoso e incapaz de ocuparse sostenidamente de los muchos desafíos a que se enfrentaba. El general Alekséi Brusílov, uno de los generales más competentes de Rusia, dijo: “Un hombre sin duda inteligente, un hombre que podía evaluar una situación y decidirse con gran rapidez por una línea de acción; pero con una mentalidad superficial y frívola. Su principal defecto era no poder sondear las cosas hasta el fondo y contentarse con que sus órdenes y disposiciones fueran brillantes en apariencia”.[82] Sujomlínov era, sin embargo, un maestro de la política burocrática, como incluso

sus enemigos reconocían. Tejía redes de partidarios por todo el ejército y el ministerio de la Guerra, empleando astutamente sus influencias; y, lo que era igual de importante, adulaba al zar, de quien dependía su permanencia en el cargo.[83]

Sujomlínov, nacido en 1848 en el seno de una familia de pequeños aristócratas, había tenido una prominente carrera de soldado. Se graduó entre los primeros de su clase en la academia de estado mayor, y se forjó una reputación de valiente en la guerra ruso-turca de 1877-1878. En 1904 ya era teniente general y estaba al mando del importante distrito militar de Kiev. Cuando estallaron allí los disturbios tras el desenlace de la guerra ruso-japonesa, Sujomlínov fue nombrado gobernador general de un área más extensa, que incluía buena parte de la actual Ucrania. Restableció la ley y el orden, y puso fin al deshonroso y brutal maltrato de los judíos locales, algo por lo que muchos conservadores nunca lo perdonaron. También se enamoró de una mujer casada, hermosa y mucho más joven, que se convertiría en su tercera esposa. Su romance y subsiguiente divorcio provocaron un escándalo considerable, y la insaciable sed de lujos de la joven dio pie a la aureola de corrupción que siempre rodeó a Sujomlínov. “El general Sujomlínov tiene algo que lo pone a uno nervioso –dijo Maurice Paléologue, el embajador francés en San Petersburgo–. Con sesenta y dos años, esclavo de una bonita esposa treinta y dos años más joven que él, inteligente, astuto y taimado, obsequioso con el zar y amigo de Rasputín, rodeado de una chusma que sirve de intermediaria en sus intrigas y dobleces, es un hombre que ha perdido el hábito de trabajar y reserva toda su fuerza para los placeres conyugales. Con su mirada artera, esos ojos que siempre brillan, vigilantes, bajo los pesados pliegues de sus párpados, conozco pocos hombres que inspiren más desconfianza a primera vista”.[84]

Sujomlínov sobrevivió hasta 1915 en su puesto porque contaba con el apoyo del zar, pero esta ventaja tenía sus inconvenientes. Nicolás no era un amo fácil, y en su ansiedad por defender su propio poder azuzaba a sus ministros unos contra otros. Pese a ser un amateur en asuntos militares, se sentía obligado a intervenir en estos como autoridad suprema. En 1912, concluyó un debate sobre táctica y estrategia diciendo: “La doctrina militar consiste en hacer todo lo que yo ordeno”.[85] Aunque Sujomlínov intentaba coordinar los consejos que el zar

recibía, ni siquiera él logró reformar la naturaleza caótica e incoherente del poder ruso, y los militares continuaron ocultando informaciones cruciales a los líderes civiles. En 1912, por ejemplo, los militares rusos y franceses acordaron no informar al primer ministro ruso acerca de los detalles de sus acuerdos militares.[86]

En los años que precedieron a la Gran Guerra, Sujomlínov estaba reconsiderando su opinión de que Rusia debía ver en Japón a su principal enemigo. Además, la turbulencia en los Balcanes estaba atrayendo la atención de Rusia hacia el oeste; algo que los franceses, como era de esperar, alentaban. Lo que Francia necesitaba, en caso de que estallase una guerra general, era un ataque ruso inicial contra Alemania por el este, lo que facilitaría la labor de las fuerzas francesas en el oeste. A lo largo de los años, Francia había empleado su poder financiero sobre Rusia, surgido de la desesperada necesidad de esta de préstamos extranjeros, para que se comprometiese a dicho ataque. Y también había hecho todo lo posible para que sus préstamos a Rusia para la construcción de ferrocarriles se tradujesen en unas líneas férreas que llevasen velozmente a las fuerzas rusas hasta la frontera alemana. Aunque las exigencias francesas contrariaban a los líderes rusos, el jefe del estado mayor de Rusia había accedido, hacia 1911, a prometerle a Francia que su país atacaría a Alemania en Prusia oriental a los quince días de iniciarse las hostilidades. Esta promesa se fue reiterando justo hasta el estallido de la guerra, aun cuando algunos líderes rusos opinaban que era un error y que lo mejor para Rusia era evitar, hasta donde fuese posible, una guerra con Alemania y, en cualquier caso, concentrarse en su principal enemigo, el imperio austrohúngaro.[87]

Rusia disponía de varias opciones estratégicas en sus fronteras occidentales: librar una guerra defensiva, hasta que estuviera lista para contraatacar; concentrar su ataque principal, o bien contra el imperio austrohúngaro, o bien contra Alemania; o batirse con los dos a la vez. Retrospectivamente, lo más acertado hubiera sido una fuerte defensa y una retirada hacia las vastas extensiones rusas en una primera fase, y después un contraataque masivo y simultáneo contra uno de sus enemigos. Pero hacia 1912 los militares habían descartado por completo la guerra defensiva y se habían sumado al entusiasmo general de Europa por la guerra ofensiva. La guerra rusa más reciente, contra

Japón, parecía demostrar que las fuerzas rusas habían perdido por haberse quedado esperando a que los japoneses atacaran. Ahora la instrucción, el reglamento y las órdenes en el ejército ruso hacían hincapié en el poder del ataque y prestaban poca atención a la defensa.[88] Rusia también estaba planeando en el mar Negro ataques anfibios contra la zona superior del Bósforo para hacerse con el control de los estratégicos estrechos de salida del mar Negro, pese a que la flota rusa de este mar era débil y no poseía barcos adecuados para el transporte de tropas.[89]

Entre 1910 y 1912 hubo un intenso debate estratégico entre los miembros del alto mando ruso. Unos opinaban que tenían, para con Francia, la obligación moral de atacar a Alemania en primer lugar y con todas las fuerzas. El propio Sujomlínov veía cada vez más a Alemania como el principal enemigo de Rusia.[90] Otros, en cambio, querían concentrarse en el imperio austrohúngaro, en parte porque era el principal rival de Rusia en los Balcanes, y en parte porque los militares rusos confiaban en poder derrotar a sus ejércitos, algo que no creían posible en el caso de Alemania. Los militares rusos tenían un saludable, y tal vez obsesivo, respeto por el poderío y la eficiencia de las fuerzas armadas alemanas. Tendían a compararse desfavorablemente con los alemanes en todos los aspectos, algo que las clases gobernantes rusas habían hecho durante siglos.[91] A un oficial francés le impresionó la ausencia de odio hacia Alemania que vio entre sus colegas rusos.[92] Además, pese al espionaje de Redl, los rusos subestimaron la cantidad de fuerzas que el imperio austrohúngaro colocaría en Galitzia y dio por hecho que Rusia tendría una ventaja significativa. Los rusos esperaban también que el problema de las nacionalidades del imperio austrohúngaro estallara finalmente, y que los súbditos eslavos y húngaros del imperio se rebelaran al comenzar la guerra.[93] Por último, y esto era un factor de peso para los rusos, si los austriacos, que supuestamente atacarían a los quince días de iniciada la guerra, obtenían algunas victorias iniciales, los descontentos súbditos polacos de Rusia bien podrían envalentonarse y sublevarse a su vez. Como dijera el jefe del estado mayor ruso a su homólogo francés en 1912: “Rusia no puede exponerse a una derrota a manos de Austria. El efecto moral sería desastroso”.[94]

En una reunión de febrero de 1912, presidida por Sujomlínov, el alto mando

militar recalcó su compromiso de "dirigir el grueso de las fuerzas contra Austria, sin descartar totalmente una ofensiva contra Prusia Oriental".[95] Como dijera más tarde un general ruso, esta fue "la peor decisión de todas".[96] El nuevo plan militar de Rusia, el 19A, contemplaba una movilización y un temprano ataque contra ambos miembros de la doble alianza, y dividía las fuerzas rusas de tal modo que en ningún escenario tenía Rusia una ventaja decisiva. Además, en tanto sus enemigos estarían completamente preparados al decimosexto día desde el inicio de la guerra, Rusia tan solo tendría desplegada la mitad de sus fuerzas. Al atacar por el norte, Rusia se crearía un problema nuevo y más peligroso, puesto que sus dos ejércitos más septentrionales quedarían a ambos lados de las posiciones fortificadas alemanas en los lagos Masurianos, en Prusia oriental.[97] Aunque supuestamente existía una variante, el plan 19G, en el que Rusia permanecía a la defensiva contra Alemania y enviaba el grueso de sus fuerzas a atacar al imperio austrohúngaro, nunca se elaboró en detalle. Tampoco existían planes de movilización contra un solo enemigo. En la crisis de 1914, los líderes de Rusia descubrirían que no tenían otra opción que atacar a Alemania y al imperio austrohúngaro.

Entre los militares rusos existía antes de 1914 una preocupación general acerca del nuevo plan. Aunque Sujomlínov había dicho en público que Rusia estaba lista para la guerra, en privado se mostraba pesimista respecto a sus preparativos.[98] Los oficiales de los distintos distritos militares señalaban problemas de logística y abastecimiento, y elevaban sus preocupaciones en cuanto a las dificultades en las comunicaciones y en el control de lo que llegaría a ser un frente de enorme extensión. En el único simulacro de guerra en que se probó siquiera una parte del plan 19A, realizado en Kiev en abril de 1914, los participantes notaron que el énfasis en la velocidad implicaba que Rusia tendría que atacar al imperio austrohúngaro y a Alemania mucho antes de estar preparada, y que no había planes detallados para la guerra ni para coordinar las acciones de sus distintos ejércitos.[99] Resulta difícil explicar la mezcla de fatalismo y optimismo con que los dirigentes rusos encararon la posibilidad de la guerra. Acaso la única explicación sea que no se atrevieron a permanecer inactivos; los recuerdos de la cuasi revolución de 1905-1906 estaban demasiado cercanos. Si el régimen vacilaba, podía perecer de todas formas. Tal vez la guerra, que tantos creían inevitable, pudiera aportar una salida: la victoria podría ser su salvación. Y tal vez fuese preferible la derrota al deshonor y la traición de las promesas que Rusia le había hecho a su aliado occidental.

A Francia la alianza con Rusia le parecía esencial para su super-vivencia. Sin la amenaza en el este, Alemania podría dirigir toda su fuerza contra ella. No obstante, los franceses nunca salieron de dudas con respecto a Rusia. ¿Reanudaría Rusia su vieja relación con Alemania? Cuando el zar se reunió con el káiser en Potsdam en 1910, por ejemplo, muchos en Francia se preocuparon de que ambos forjaran algún tipo de alianza. Y aun cuando Rusia fuese un aliado seguro, ¿serían capaces las fuerzas rusas de hacer frente al ejército más profesional de Europa? En los años inmediatamente posteriores a la guerra ruso-japonesa, los franceses sabían de sobra que las fuerzas armadas rusas se encontraban deshechas y que no estaban en condiciones de sumarse a una guerra. Los rusos, de manera comprensible, tampoco estaban deseosos de establecer compromisos militares vinculantes con los franceses. Desde la primera convención de 1892, los franceses habían demandado detalles sobre cantidades de tropas y otras disposiciones, ante las evasivas de los rusos. A los franceses les preocupaba la lentitud de la movilización de Rusia, a pesar de sus nuevos ferrocarriles, y veían indolencia e imprecisión en su ejército. Según un informe del estado mayor francés: “Como resultado de sus interminables inviernos y sus inacabables comunicaciones, Rusia no concede ninguna importancia al tiempo”.[100] A los rusos, por su parte, les irritaba la insistencia de los franceses en la precisión y los detalles, así como la para ellos excesiva meticulosidad de los modales franceses.[101]

Lo que los franceses más anhelaban, y finalmente obtuvieron, era una promesa por parte de los rusos de atacar a Alemania enseguida, y justo a la vez que Francia; pero ambas partes se mostraban cautelosas con respecto al número de tropas comprometidas y a su sincronización. Mientras que el estado mayor de cada uno de estos países sostenía conversaciones regulares con el otro y sus líderes militares y civiles intercambiaban visitas con frecuencia, ninguno de ellos confiaba totalmente en el otro. Los rusos solo revelaron a los franceses su plan del guerra, el 19A, en 1913, un año después de haber sido aprobado, y les dieron a entender que las fuerzas rusas comprometidas en el frente contra Alemania eran más numerosas de las que en realidad había.[102] En la última reunión de tiempos de paz, a finales del verano de 1913, entre el jefe del estado mayor francés, Joffre, y el general Yákov Zhilinski, su homólogo ruso, ambos hombres, dijo un observador ruso, eran como jugadores de cartas: “Zhilinski, no teniendo

suficientes triunfos, evitaba jugarlos, y Joffre procuraba sacárselos a su compañero de un modo u otro”.[103]

Mientras que Rusia, como las demás potencias, tenía que pensar por lo menos en dos enemigos potenciales, Francia lo centraba todo, desde 1871, en Alemania. Italia, ciertamente, era hostil en potencia; pero las relaciones habían mejorado, hasta el punto de que los franceses daban por hecho desde 1902 que Italia permanecería neutral en cualquier guerra. Esto significaba que Francia podía trasladar el grueso de sus fuerzas hacia el norte para hacer frente a Alemania. Durante gran parte del periodo anterior a 1914, los militares franceses habían pensado principalmente en una guerra defensiva: dejar que el ataque alemán se desgastase contra las fortificaciones de Francia a lo largo de la frontera con Alsacia y Lorena, hasta que los franceses vieran la oportunidad de lanzar un contraataque. Asimismo, desde 1892 los franceses tenían en cuenta la posibilidad de que Alemania violase la neutralidad de Bélgica y abatiese su ala derecha sobre la parte oeste de este país y del pequeño Luxemburgo. Así pues, Francia se volcó en su gran fortaleza de Verdún, a unos sesenta kilómetros de distancia de las fronteras alemana, luxemburguesa y belga, y en sucesivos planes fue trasladando más efectivos hacia el norte.

En lo tocante a los detalles de la estrategia francesa y la administración y dirección del ejército, las cosas eran mucho más complicadas. Los republicanos tenían una desconfianza muy arraigada hacia los militares, pero al querer implantar un fuerte control civil habían establecido un sistema que resultaba incoherente. El mando del ejército estaba dividido entre el ministerio de la Guerra y el estado mayor, y los mecanismos para coordinarlos a ambos simplemente no funcionaban. Los frecuentes cambios de gobierno de la tercera república tampoco ayudaron: tan solo en 1911 Francia tuvo tres ministros de la Guerra, uno que no duró lo suficiente para llegar a tener funcionarios de alto rango propios, y el tercero, Adolphe Messimy, que sobrevivió poco más de seis meses y que verdaderamente logró poner en marcha algunas reformas que condujeron a un mando militar más unificado. Los radicales, que habían primado en el gobierno desde el caso Dreyfus, habían llevado a cabo sus purgas de oficiales sospechosos de ideas derechistas, haciendo descender aún más la ya menguada moral del ejército.

La política también afectaba a las decisiones sobre temas tales como la duración del servicio y la instrucción. Los izquierdistas, pensando en la guardia nacional revolucionaria, querían un ejército de ciudadanos, donde los hombres recibieran cierto entrenamiento, pero conservando su perfil de civiles. La derecha quería un ejército profesional, en el que los hombres llegaran a ser buenos soldados, leales a sus oficiales y a su unidad. La izquierda quería un mayor uso de reservistas, sobre la base de que esto involucraba a toda la sociedad en las tareas de su propia defensa; la derecha, y esto incluía a la mayoría de los altos oficiales del ejército, despreciaba a los reservistas, ya que, en su opinión, estaban contaminados por su participación en la sociedad civil, hasta el punto de ser inútiles como soldados. Hasta los uniformes se vieron envueltos en las luchas políticas sobre el tipo de ejército que debía tener Francia. Messimy pretendía seguir el ejemplo de los demás ejércitos europeos, y dar a los soldados unos uniformes que los camuflaran en el campo de batalla. La derecha vio en esto una afrenta a las gloriosas tradiciones militares de Francia: esos nuevos uniformes, decía la prensa derechista, eran un escándalo y una contravención del buen gusto francés. Las gorras se parecían a las que usaban los jockeys, y los oficiales tenían que vestirse como mozos de cuadra. El conservador L'Écho de Paris declaró que aquello trataba de destruir la autoridad de los oficiales sobre sus hombres, y que las logias masónicas que lo habían planeado estarían sin duda muy complacidas. (Fue entonces cuando un exministro de la Guerra exclamó que los pantalones rojos eran Francia). En cualquier caso, dijo un miembro del parlamento, el ejército debería usar todos sus viejos uniformes antes de gastar dinero en comprar otros nuevos. Los fondos para estos fueron aprobados poco antes de que comenzara la guerra; demasiado tarde para los soldados franceses, que debieron partir al combate con sus uniformes coloridos.[104]

La debilidad del liderazgo y la interferencia política exacerbaron otros problemas en el ejército. El entrenamiento era anticuado e ineficaz; la calidad de los oficiales del estado mayor era baja; y las tácticas fundamentales, por ejemplo, cómo hacer maniobrar a los hombres en el campo de batalla, no estaban bien establecidas, ni se enseñaban bien.[105] En estas circunstancias, un grupo de jóvenes reformadores comenzó a promover la doctrina de la ofensiva como un modo de dar nuevo ímpetu al ejército. Al igual que en otras partes de Europa, ellos también reflejaban las preocupaciones de su sociedad, de que sus miembros

se estaban volviendo decadentes y que ya no estaban dispuestos a morir por la nación. En el caso de Francia, los recuerdos del pasado también proyectaban sombras, ya fuese la furia francese que tanto había aterrorizado a los italianos en el siglo xv; o las furiosas cargas de los revolucionarios franceses en la batalla de Valmy en 1792, que habían dispersado a las despavoridas fuerzas de la reacción; o las tropas que habían peleado y muerto a las órdenes de Napoleón en la conquista de Europa. En el estado mayor, el jefe de la oficina de planificación, el coronel Louis de Grandmaison, inspiraba a sus jóvenes colegas con sus recetas personales para salvar a Francia. La guerra defensiva era una cobardía; solo la ofensiva era digna de una nación viril. Las batallas eran, en esencia, enfrentamientos morales donde la voluntad y la energía eran los factores decisivos. El patriotismo debía mover a los soldados franceses a seguir el ejemplo de sus antepasados y cruzar en oleadas el campo de batalla hasta aplastar al enemigo. Grandmaison, en el curso de dos famosas conferencias que pronunció en la academia de guerra francesa en 1911, sostuvo que un ataque súbito y rápido paralizaba al enemigo. “Este ya no puede maniobrar y muy pronto se vuelve incapaz de toda acción ofensiva”.[106] En 1913, los autores del nuevo reglamento táctico para el ejército francés aceptaron el criterio de Grandmaison, afirmando decididamente: “Solo la ofensiva genera resultados positivos”. La bayoneta, según el reglamento, seguía siendo el arma clave para la infantería; se tocarían tambores y cornetas; y los oficiales liderarían la carga.[107] “El triunfo será –prometía el reglamento–, no del que haya tenido menos bajas, sino del más impávido y del que tenga mayor temple moral”.[108] Y, al igual que en las otras potencias, los militares franceses daban por sentado que la próxima guerra también sería corta. Ni ellos ni el gobierno tomaron medidas para hacer acopio de suministros, movilizar la industria ni defender los recursos naturales, muchos de los cuales se concentraban en el norte, cerca de la frontera alemana.[109]

En 1911, en medio de una crisis con Alemania, el gobierno otorgó a Messimy la autoridad de reorganizar el ministerio de la Guerra y la estructura de mando del ejército, a fin de incrementar enormemente las facultades del estado mayor, tanto en la paz como en la guerra. Al mismo tiempo, Messimy nombró a un nuevo jefe del estado mayor; entre varias posibilidades, escogió a uno de los más firmemente comprometidos con la doctrina de la ofensiva. El general Joseph Joffre era un burgués –su padre era tonelero– y un sólido republicano. Lo apodaban el “cangrejo”, por su tamaño y porque no caminaba recto. Tenía el don

de gustar a los políticos y de saber cómo manejarlos, serenidad incluso en los momentos de gran crisis y un carácter testarudo y decidido a salirse con la suya. Su carrera fue, al igual que su persona, más sólida que brillante. Se había dado a conocer como un funcionario eficiente y de fiar en un par de guerras coloniales francesas y como jefe de Ingenieros del ejército. Se le daban bien la rutina y el papeleo, y entendía de logística y comunicaciones. Sus partidarios, que eran muchos, lo admiraban por su capacidad para tomar decisiones y por su confianza, incluso en los momentos más negros, en que Francia saldría victoriosa. En 1912 le preguntaron si pensaba en la posibilidad de la guerra. "Sí que pienso en ella –respondió–, pienso en ella todo el tiempo. La tendremos, y yo la libraré, y la ganaré".[110] Sus adversarios consideraban que era poco flexible y poco imaginativo. Como dijera uno de los más distinguidos generales de Francia: "Se somete a los acontecimientos, no los crea […] Joffre no sabe nada de estrategia. Organizar el transporte, reabastecer, dirigir arsenales: eso es lo suyo".[111]

Para cuando Joffre asumió el mando, los franceses ya sabían con bastante certeza que los alemanes planeaban invadir Francia atravesando Luxemburgo y al menos una parte de Bélgica. Tanto el ministerio de Asuntos Exteriores francés, en el Quai d'Orsay, como la policía nacional francesa, habían logrado descifrar los códigos alemanes (aunque la rivalidad entre ambos hacía que muchas veces no compartieran la información).[112] En 1903 un espía que se hacía llamar el Vengador, y que tal vez fuera un oficial del estado mayor alemán, entregó una de las primeras versiones de los planes de Schlieffen. Se presentó completamente disfrazado, con la cabeza vendada de tal modo que solo sobresalían sus bigotes. Esto resultó demasiado teatral para algunos y se temió que aquella información fuese en realidad un ardid para engañar a los franceses.[113] Además, los agentes franceses consiguieron en 1907 copias de un plan posterior; y de los simulacros de guerra alemanes de 1912 y 1913; y también se hicieron con los últimos planes alemanes antes de la Gran Guerra, que fueron puestos en práctica en abril de 1914. Los rusos enviaron a los franceses el aviso, un mes después, de que, según sus fuentes, Alemania intentaría aplastar primero a Francia y después a Rusia.[114] A lo largo de los años hubo muchos otros indicios de las intenciones de Alemania: este país reforzó sus fortalezas de la parte norte de su frontera con Francia; perfeccionó su red ferroviaria de la región de Renania, en las fronteras con Bélgica y Luxemburgo; construyó nuevos apeaderos ferroviarios en los pueblos, a fin de que los militares pudieran utilizarlos para desembarcar con

todos sus hombres, caballos y equipamiento; y mejoró los puentes sobre el Rin en Düsseldorf, para facilitar la entrada al norte de Bélgica.[115]

Los militares franceses se tomaron muy en serio la posibilidad de una invasión a Bélgica. En cada revisión de sus planes militares, incrementaban sus fuerzas al norte y noroeste de Verdún.[116] En los años que precedieron a la guerra, los oficiales del estado mayor francés hacían recorridos regulares por Bélgica, y en 1913, en el examen final de la academia militar de St.-Cyr se preguntó cómo podrían las fuerzas francesas y belgas bloquear una invasión alemana.[117] (La propia Bélgica, en un fallido intento de permanecer al margen de un conflicto generalizado, aceleró sus preparativos para la defensa y dejó bien claro que se defendería contra cualquier potencia que violase su neutralidad). Joffre le preguntó a su propio gobierno si podía introducir tropas en Bélgica antes que Alemania lo hiciese, pero su petición fue rechazada. Solo estaría autorizado a introducir tropas en Bélgica una vez que los alemanes hubieran infringido su neutralidad. El gobierno francés no quería privarse de la ayuda de los británicos, que consideraba esencial en una guerra contra Alemania, sobre todo en el mar; y también era importante asegurarle a la opinión pública francesa que el país terminaría triunfando.[118]

Sin embargo, al analizar los planes alemanes para Bélgica, los franceses incurrieron en una suposición que casi les resultó fatal en 1914. No creyeron que los alemanes pudieran colocar una gran fuerza al oeste de Lieja, entre el mar y la margen oeste del río Mosa, que corría por el norte y por el sur. Aquí los militares franceses fueron víctimas de sus propios prejuicios contra los reservistas; dieron por sentado que los oficiales alemanes, al igual que ellos, consideraban que los reservistas estaban demasiado apegados a la vida civil como para ser soldados eficaces, y que los emplearían en tareas menos importantes, como custodiar líneas de comunicación, asediar fortalezas o hacerse cargo de instalaciones tales como hospitales en la retaguardia, pero no en las líneas del frente.[119] Los franceses conocían con precisión el número de soldados en activo que tenía Alemania, y que tal número bastaba para defenderla contra un ataque francés a lo largo de la frontera con Alsacia y Lorena, así como para llevar a cabo una invasión de Bélgica al este de Lieja y el Mosa; pero no alcanzaba para una incursión a gran escala en la parte occidental de Bélgica. El hecho fue que los

militares alemanes, no sin reticencia, habían aceptado la idea de colocar reservistas en las líneas del frente. Justo antes de 1914, se acumularon las pruebas de que en realidad planeaban avanzar por el oeste del Mosa. Ya en 1910, los franceses notaron que el ejército alemán estaba comprando montones de coches, especialmente útiles para Bélgica occidental, que era llana y tenía buenas carreteras.[120] En 1912 los representantes militares franceses en Bruselas advertían que Alemania parecía ser capaz de marchar directamente contra Lieja o de atacar por el oeste.[121]

Aquí la testarudez de Joffre resultó un obstáculo: simplemente, se negaba a aceptar las pruebas que contradecían lo que él ya había decidido. Y cuando aparecían pruebas que le reafirmaban –por ejemplo, un documento aparentemente escrito por el general alemán Erich Ludendorff diciendo que Alemania no emplearía a sus reservistas en las líneas del frente–, Joffre optaba por creerlas.[122] Y no era el único. Muchos militares franceses, fascinados como estaban por el glamour de la ofensiva, no se movían de la idea de atacar a Alemania, con la esperanza de poder dar un desenlace rápido y eficaz a la guerra antes de que los alemanes pudiesen montar su propia ofensiva. A principios de 1914, cuando varios generales franceses experimentados dieron su opinión de que Alemania atacaría por el oeste del Mosa, Joffre, una vez más, se negó a escucharlos.[123] El inicio de la Gran Guerra lo sorprendió convencido aún de que tendría que enfrentarse a los alemanes en Lorena y más al norte, en el este de Bélgica y Luxemburgo, y que sus fuerzas serían más o menos equivalentes a las de Alemania en los primeros combates. Si las fuerzas británicas llegaban a tiempo, pensaba Joffre, al sumarse con las tropas francesas superarían en número a las alemanas.[124] Dejó desprotegidos cerca de ciento noventa kilómetros, entre el canal de la Mancha y la población francesa de Hirson, justo al sur de la frontera belga. Si los británicos enviaban sus fuerzas –lo que no era seguro–, estas podrían cubrir ese agujero. En agosto de 1914, cuatro divisiones británicas se interpondrían en el camino de dos ejércitos alemanes.[125]

El plan de Joffre, el tristemente célebre XVII, fue aprobado por el gobierno al inicio de mayo de 1913, y los detalles fueron decididos y distribuidos en el ejército un año más tarde. Trasladaba aún más fuerzas francesas al norte, hacia la frontera belga, y las desplegaba de manera que pudiesen contrarrestar un ataque

alemán proveniente de Bélgica oriental, Luxemburgo o el norte de Lorena. Joffre diría firmemente en sus memorias que el plan era colocar a las tropas en sus puntos de concentración, no hacer la guerra. Dio a cada comandante del ejército alternativas para sus operaciones contra los alemanes; pero no dio ninguna otra indicación sobre sus propósitos, más allá de decir que pretendía atacar en algún sitio del nordeste, una vez que todas las fuerzas francesas estuviesen en sus puestos. En agosto de 1913, en una reunión con los rusos, Joffre prometió que Francia iniciaría sus operaciones ofensivas contra Alemania en la mañana del undécimo día desde que comenzara la movilización.[126] Si alguna vez contempló una estrategia defensiva en las fronteras francesas, no compartió esos pensamientos en ningún momento previo a 1914.

Las maniobras militares de 1912 y 1913 revelaron considerables problemas de coordinación y mando. Como dijera Joffre en sus memorias de posguerra: “Muchos de nuestros generales se mostraron incapaces de adaptarse a las condiciones de la guerra moderna”.[127] También la artillería pesada del ejército francés estaba sumamente atrasada con respecto a la de las otras potencias europeas, en particular a la de Alemania. Esto era consecuencia de años de mala planificación, falta de recursos y desacuerdos entre los propios soldados sobre el tamaño de los cañones que debían emplearse en campaña, ya fuese para debilitar al enemigo antes de atacarlo o para apoyar las oleadas de soldados atacantes. Tal vez, sacando partido de una mala circunstancia, el ejército francés se inclinaba por esto último. Los partidarios de la ofensiva aducían también que, en los combates del futuro, los desplazamientos serían tan rápidos que la artillería pesada, que resultaba engorrosa de mover, no podría seguir la marcha; y que, por tanto, para la batalla era mejor la artillería ligera, que Francia poseía en abundancia, y la artillería pesada debía usarse solo donde fuese posible para apoyar a las tropas en su ataque.[128] Joffre no permitió que nada debilitara su convicción de que las fuerzas francesas tenían que atacar.

En los últimos dos años de paz, Francia experimentó un aumento de la confianza; y, al menos en París, un acusado despliegue del nacionalismo. Su ejército, bajo el mando de Joffre, había encontrado un sentido nuevo, una finalidad. Allá en el este, su gran aliado Rusia se estaba modernizando a toda prisa, aparentemente repuesto de sus reveses de la guerra contra Japón y de la

cuasi revolución de después. “En 1914, la fe en el poderío y, sobre todo, en el caudal inagotable del ejército ruso –dijo Messimy–, era firme, a nuestro juicio, tanto en los cuarteles como entre la población”.[129]

Los planes de guerra de todas las grandes potencias continentales reflejaban una muy arraigada fe en la ofensiva, y una voluntad de no contemplar la opción de una estrategia defensiva. El plan de Joffre, pese a su vaguedad, al menos tenía el mérito de que era flexible. En los casos de Alemania y Rusia, sus planes determinaban la apertura de frentes contra dos enemigos a la vez, y sus militares no habían concedido la alternativa de pelear únicamente contra uno de ellos. Tampoco sus políticos vieron la necesidad de informarse acerca del contenido de los planes militares, ni hicieron por determinar sus objetivos. Los planes de guerra de las potencias continentales en 1914 se parecían peligrosamente a gatillos que podían dispararse a la menor perturbación. Aunque ni los militares ni sus planes provocaron por sí solos la Gran Guerra, su obcecación con la ofensiva y su aceptación de la guerra como necesaria e inevitable los llevaron a presionar a quienes debían tomar las decisiones en momentos de crisis. El consejo de los militares conducía, casi invariablemente, a la guerra. Además, la falta de comunicación entre las distintas esferas de poder hizo que los militares elaborasen planes que limitarían, a veces peligrosamente, las opciones de los dirigentes civiles.

La serie de crisis que tuvieron lugar entre 1905 y 1913 no solo exacerbaron la carrera armamentista y la elaboración de planes y preparativos militares; también sirvieron para estrechar los lazos que unían a cada una de las dos flojas alianzas, así como para agrandar la brecha entre una y otra. Para el verano de 1914, eran más las promesas formuladas, y mayores las obligaciones y las expectativas. En la mente de los líderes, y a menudo en las de sus pueblos, los recuerdos y las supuestas lecciones de las crisis también estuvieron presentes en aquel verano fatal, y sus armas estaban listas para ajustar cuentas con quienes los habían agraviado en el pasado.

XIII

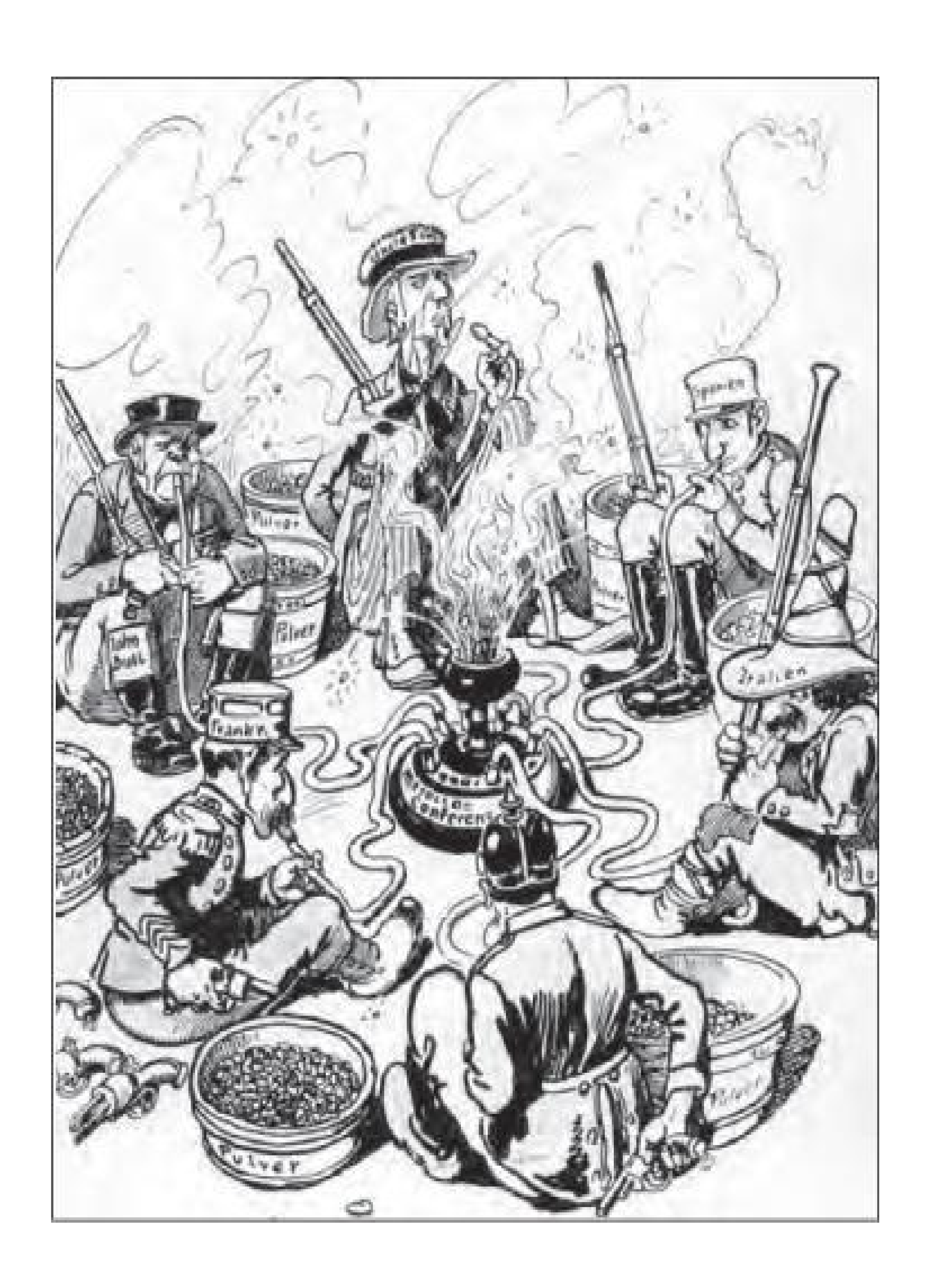
EL COMIENZO DE LAS CRISIS: ALEMANIA, FRANCIA Y MARRUECOS

A comienzos de la primavera de 1905, el káiser Guillermo se hallaba en uno de sus habituales cruceros; esta vez hacia el sur, bordeando la costa atlántica en un vapor alemán, el Hamburg. su idea inicial era visitar el puerto de Tánger, en marruecos, antes de entrar en el mediterráneo por el estrecho de Gibraltar, para que sus invitados pudieran captar el sabor del mundo musulmán; pero luego se lo había pensado mejor. El Hamburg era demasiado grande para entrar en la bahía y, si había mar picada, sería difícil llegar en botes pequeños hasta la orilla. Se decía que Tánger estaba lleno de refugiados anarquistas europeos. Además, en un momento en que el estatus de Marruecos se estaba convirtiendo en un problema internacional, Guillermo no deseaba hacer algo que tuviese connotaciones políticas. Su gobierno, sin embargo, tenía otras ideas. El canciller Bülow y su asesor de confianza en el ministerio de Asuntos Exteriores, Holstein, pensaban que había llegado el momento de que Alemania demostrase que Francia no podía quedarse ella sola con Marruecos. El representante de a bordo del ministerio de Asuntos Exteriores tenía órdenes estrictas de hacer que el káiser desembarcara. Bülow envió un aluvión de telegramas alentadores desde Berlín, y publicó artículos sobre la planeada visita en los periódicos alemanes, para que al káiser le resultara difícil echarse atrás.[1]

Cuando el Hamburg ancló junto a la costa de Tánger en la mañana del 31 de marzo, soplaba un viento pertinaz desde el este. un delegado alemán en la región subió a bordo, vestido con el uniforme completo de caballería, con sus espuelas y todo, acompañado del oficial al mando de los cruceros franceses que estaban anclados cerca. El viento amainó levemente, y el káiser envió al jefe de su escolta a tierra para evaluar la situación. Cuando oyó que el desembarco no era demasiado difícil y que había una enorme y entusiasta multitud esperándolo, Guillermo finalmente accedió a hacer su visita. Al desembarcar fue recibido por el tío del sultán y los representantes de la pequeña colonia alemana en Tánger, y

le entregaron un alazán árabe blanco para que cruzase a caballo las callejuelas que lo separaban de la delegación alemana. El caballo dio un respingo al ver el yelmo de Guillermo, y a este le costó trabajo montarlo sin caerse. Conforme el káiser y su comitiva avanzaban entre filas de soldados marroquíes, cientos de banderas ondeaban al viento, las mujeres aullaban y les echaban flores desde las azoteas, mientras que los hombres, con desenfrenado entusiasmo, disparaban sus armas en todas direcciones.[2]

Más tarde, en la delegación alemana, el reducido cuerpo diplomático y los dignatarios locales, incluyendo a los alemanes, se quedaron consternados al enterarse de que el gran pirata El Raisuni estaba entre quienes aguardaban para recibir al káiser. Aunque Bülow le había aconsejado repetidas veces atenerse a las formalidades de rigor, Guillermo se dejó llevar por la excitación del momento. Al caíd Maclean, un exsoldado británico que era el consejero de confianza del sultán, le dijo: “No reconozco ningún acuerdo que se haya pactado. Vengo aquí como soberano para visitar a otro soberano totalmente independiente. Puede decirle esto al sultán”.[3] Bülow también le había advertido a su señor de que no le dijera nada en absoluto al representante francés en Tánger; pero Guillermo no pudo resistirse y le repitió al francés que Marruecos era un país independiente y que, además, esperaba que Francia reconociera los intereses legítimos de Alemania allí. “Cuando el ministro trató de discutir conmigo –le contó el káiser a Bülow–, yo le dije ‘buenos días’, y lo dejé plantado”. Guillermo no se quedó para el suntuoso banquete que los marroquíes le habían preparado, pero antes de partir, durante la cabalgata de regreso al puerto, encontró tiempo para aconsejarle al tío del sultán que Marruecos debía asegurarse de que sus reformas estuviesen de acuerdo con el Corán. (El káiser, desde su viaje a Oriente medio en 1898, se veía como el protector de todos los musulmanes). El Hamburg zarpó hacia Gibraltar, donde uno de sus buques escolta se las arregló para embestir accidentalmente contra un crucero británico.[4]



John Bull
Pulver
Pulver
Pulver
Frankr.
Conferenz
Italien
Pulver
Pulver

13. Las potencias parecen estar sentadas pacíficamente en torno a un narguilé que representa la conferencia de Algeciras para dirimir la primera crisis marroquí en 1905-06. En realidad, tienen las armas a la mano y cazos llenos de explosivos. Los rivales Francia y Alemania están uno junto al otro mientras que Inglaterra representada por John Bull mira con recelo a Alemania, de la cual sospecha, con razón, que intenta destruir la nueva amistad británica con Francia. España e Italia, quienes quieren sus propias colonias en África del Norte, aguardan y el Tío Sam mira con desaprobación.

De vuelta en Berlín, Holstein no soportó la presión de esperar a ver si la visita había terminado mal. Pocos días después, le escribía a un primo suyo: "Habrá momentos de tensión antes de que la cosa aca-be".[5] Esto resultó un eufemismo. En primer lugar, la visita del káiser a Tánger constituyó un desafío alemán a las ambiciones de Francia en Marruecos. Como mínimo, Alemania aspiraba a una política de puertas abiertas en ese país, o, de no conseguir acceso igualitario para sus negocios, esperaba una compensación en forma de colonias en alguna otra parte, quizá en África. Pero de la visita del káiser dependía mucho más que el destino de Marruecos: Alemania estaba intentando reconquistar la posición de que había gozado en tiempos de Bismarck, como potencia decisiva en los asuntos internacionales de Europa. Bülow y Holstein querían asegurarse de que no pudiera llegarse a ningún acuerdo internacional importante, ya fuese relativo a las colonias o a la propia Europa, sin la participación y aprobación de Alemania. Asimismo, veían una oportunidad para deshacer la entente cordial entre Gran Bretaña y Francia, y puede que incluso la alianza entre Francia y Rusia, rompiendo de este modo lo que percibían como el cerco de Alemania en Europa. La visita a Tánger, por tanto, desencadenó una grave crisis internacional, con rumores de una guerra entre Alemania y Francia, a la que muy posiblemente se sumaría Gran Bretaña. La opinión pública se enardeció en los tres países, lo que a su vez redujo el margen de maniobra de sus gobernantes en la toma de decisiones. Aunque el tema marroquí acabó resolviéndose en 1906, mediante una conferencia internacional en Algeciras, dejó una peligrosa estela de desconfianza mutua y rencor entre el público y los dirigentes de las naciones involucradas. "Una generación atrás –informaba el representante de Gran Bretaña en Múnich en 1907–, el público alemán no se interesaba mucho en los asuntos extranjeros generales […] Las cosas han cambiado desde entonces".[6]

Desde el punto de vista de los alemanes, la primavera de 1905 era el mejor momento para tomar la iniciativa a nivel internacional. El pacto entre Gran Bretaña y Francia era muy reciente –apenas se había firmado en el mes de abril del año anterior–, y aún no se había puesto a prueba. Rusia había estado enfrascada en la guerra contra Japón desde comienzos de 1904, y no se hallaba en disposición de acudir en ayuda de su aliada Francia. Además, el incidente del banco Dogger en octubre del año anterior había demostrado cuán fácilmente podían iniciarse las hostilidades entre Rusia y Gran Bretaña. Estados Unidos podía quizá ser un aliado, y seguramente apoyaría el mismo tipo de política de puertas abiertas en Marruecos que había propuesto en China. El káiser se había olvidado temporalmente del "peligro amarillo", y vislumbraba ahora un mundo dominado por una futura alianza germano-japonesa-estadounidense. Pero Roosevelt dejó meridianamente claro que China era una cosa y Marruecos otra; él no estaba preparado para explicarles a sus ciudadanos por qué una política de puertas abiertas en Marruecos, país del que la mayoría ni siquiera había oído hablar, se contaba entre los intereses de Estados Unidos.[7] Poco después de la visita del káiser a Tánger, Roosevelt le dijo al embajador alemán en Washington: "No me gusta adoptar una posición sobre un asunto como este, a menos que esté totalmente dispuesto a defenderla; y nuestros intereses en Marruecos no justifican la participación de nuestro gobierno".[8] Este no fue el único caso en que el gobierno alemán malinterpretó las cosas durante la primera crisis marroquí.

Holstein, que adoptó una línea más dura que Bülow o que el kái-ser, estaba convencido de que podía utilizar la crisis para resituar las relaciones entre Francia y Alemania en unos términos satisfactorios para su país. Los británicos habían tenido la cortesía de demostrar en Fachoda que la línea a seguir con los franceses era la firmeza; Francia se había retractado, para buscar después la amistad de su antiguo adversario. "Los franceses solo irán aceptando la idea de un nuevo acercamiento a Alemania –escribió Holstein durante las siguientes etapas de la crisis marroquí–, cuando hayan visto que la amistad inglesa […] no basta para que Alemania acate la apropiación francesa de Marruecos, sino que Alemania desea ser amada por su cuenta".[9] Así pues, Francia podía ser obligada a renunciar públicamente a toda esperanza de reconquistar Alsacia y Lorena y a reconocer que el tratado de Fráncfort, que había puesto fin a la guerra franco-prusiana, era para siempre. Llevar a Francia a la obediencia tendría también un

efecto beneficioso con respecto a Italia, que había estado mostrando síntomas preocupantes de amistad con Francia.[10]

Hacía tiempo, además, que venía siendo necesaria una demostración de fuerza con Gran Bretaña. El año anterior, Alemania había alertado a ese país de que deseaba negociar todos los asuntos coloniales importantes, pero los británicos solo accedían a discutir el caso de Egipto, donde Alemania tenía algunos derechos en tanto que era uno de sus muchos acreedores internacionales. Si la entente entre Gran Bretaña y Francia se rompía, Holstein pensaba que una Gran Bretaña aislada resultaría más dócil. Este, además, advirtió en el verano de 1904 de que Alemania no podía permitirse el lujo de mostrar debilidad: “Si nos sometemos a este brusco rechazo de nuestras legítimas demandas por parte de Gran Bretaña, entonces podemos estar seguros de que toda demanda que haga Alemania, o al menos su actual gobierno, no importa dónde ni a quién, será rechazada con similar indiferencia en el futuro. La importancia de las negociaciones anglo-germanas va más allá de este caso concreto”. El mismo argumento fue esgrimido en relación con Marruecos: “No solo por razones materiales, sino sobre todo para preservar su prestigio, Alemania tiene que oponerse a la anexión de Marruecos”.[11]

En sus momentos más optimistas, Holstein soñaba con una reordenación completa de los actores principales de la escena internacional. Aquellos que, dentro de Francia y Gran Bretaña, consideraban que la entente cordial era un error, la atacarían en cuanto hubiese problemas. Holstein esperaba confiado que Francia cediera y abandonara a Gran Bretaña para convertirse en aliado de Alemania. Rusia no tendría entonces más alternativa que seguir su ejemplo; Alemania le había ofrecido infructuosamente firmar un tratado en 1904, pero sin duda habría otra ocasión. Entretanto, el káiser parecía tener buenas relaciones con su primo el zar, a quien enviaba amables cartas sobre cómo llevar la guerra contra Japón. A la larga, tal vez Europa llegaría a ver una triple alianza de Alemania, Francia y Rusia, la cual aislaría a Gran Bretaña del mismo modo que Francia había quedado aislada tras la guerra franco-prusiana.

La situación en el propio Marruecos clamaba por una intervención internacional. El joven sultán no lograba controlar una gran parte del país y los ciudadanos extranjeros, incluidos los alemanes, exigían una y otra vez unas reformas que impusieran ley y orden. En mayo de 1904, El Raisuni había tenido la desfachatez de secuestrar a un rico hombre de negocios estadounidense, Ion Perdicaris, y a su hijastro, de su lujosa residencia en las afueras de Tánger, transportándolos a caballo hacia el interior. Roosevelt envió de inmediato hacia la costa atlántica de Marruecos a una parte de la armada estadounidense, que a la sazón se encontraba atravesando el Atlántico sur, y exigió la liberación de los dos hombres, posición que mantuvo aun después de que aparecieran pruebas de que Perdicaris tal vez no fuera ya ciudadano estadounidense. La convención del partido republicano en Chicago de aquel verano vitoreó a Roosevelt por su mensaje al sultán: "Queremos a Perdicaris vivo o a El Raisuni muerto".[12] Perdicaris y su hijastro aparecieron, flacos y quemados por el sol, una vez se hubo pagado un gran rescate. En diciembre de aquel año, el sultán, preocupado porque los intereses internacionales estaban haciendo peligrar la independencia de su país, ordenó repentinamente que todas las misiones militares extranjeras abandonaran Marruecos. Aunque los franceses lo obligaron a cancelar aquella orden y a recibir a una misión francesa en su capital, Fez, el estado y el futuro de Marruecos eran ahora tema de debates internacionales. En cualquier caso, como se recordó entonces, según el acuerdo firmado en Madrid en 1880 por las principales naciones de Europa y por Estados Unidos, las potencias tenían los mismos derechos en Marruecos, en áreas como el comercio.

Los franceses se habían equivocado al pasar esto por alto con tanta prepotencia, sobre todo estando Alemania de por medio. En junio de 1904, por ejemplo, le habían hecho un préstamo a Marruecos, asegurándose la preferencia sobre otros futuros. En aquel otoño Francia firmó un acuerdo con España para dividir Marruecos en zonas de influencia, sin informar ni consultar a Alemania. A Delcassé, el poderoso ministro francés de Asuntos Exteriores, le preocupaba que uno de los motivos subyacentes a la creación de la armada alemana fuese disputarle a Francia su poder en el Mediterráneo y en África del norte, y optó con firmeza por no negociar con Alemania el asunto de Marruecos. Un consejero, que lo había instado en vano a hablar con los alemanes, deploraba que Delcassé los calificara simplemente de "estafadores": "Pero, en nombre del cielo, ¡no le estoy pidiendo un intercambio de palabras románticas ni de anillos de boda, sino una conversación de negocios!".[13] El embajador francés en Berlín

envió repetidas advertencias a París de que Francia estaba jugando con fuego en Marruecos y Alemania se estaba disgustando seriamente. Cuando la misión francesa llegó a Fez en enero de 1905 para presionar al sultán y obtener concesiones que le otorgaran a Francia un poderío mucho mayor en su país, los alemanes lo alentaron a resistirse.[14]

En aras de lo que consideraba el bien de Alemania, Holstein estaba dispuesto a ir a la guerra, aunque prefería evitarla. (Al margen de todo, al iniciarse las hostilidades Guillermo asumiría el mando del ejército, lo cual, según decía Holstein, "dado que él es absolutamente inepto como militar, conducirá por fuerza a horribles catástrofes").[15] Una vez más, la ocasión era buena para Alemania: el ejército francés seguía muy desmoralizado tras el caso Dreyfus; Rusia tenía guerra en el este; y el ejército británico, que en cualquier caso era pequeño, estaba recuperándose de la guerra de los Bóers. En cuanto a la armada británica, como decía un chiste alemán, carecía de ruedas y por tanto no valía de nada en una guerra terrestre rápida.

Ni el káiser ni Bülow eran tan optimistas. El primero, comprendiendo quizá que su instinto había acertado en lo de que la visita a Tánger traería problemas, se negó firmemente a entrar en una guerra. Culpó a Bülow por obligarlo a ir, y le escribió furioso aquel verano: "¡Desembarqué porque así lo quisiste, por el bien de la Patria, monté en un caballo extraño a pesar del impedimento para cabalgar que me supone el brazo izquierdo tullido, y el caballo estuvo en un tris de costarme la vida, que fue tu apuesta en el juego! ¡Tuve que cabalgar entre anarquistas españoles porque así lo deseaste, y porque aquello beneficiaba a tu política!".[16] El canciller, por su parte, no se arrepentía de haber intentado alejar a Francia de Gran Bretaña; pero tendía a pensar que un método más blando con Francia, ofreciendo reconocer su posición en Marruecos a cambio de una compensación para Alemania en otra parte, quizá pudiera funcionar también como coacción para desbaratar la entente. Y, como le señalara a Holstein cuando la crisis llegaba a su culminación, en febrero de 1905: "Ni la opinión pública, ni el parlamento, ni los príncipes, ni siquiera el ejército querrán saber nada de una guerra por Marruecos".[17] En un discurso a sus generales en enero, en ocasión del retiro de Schlieffen, el káiser volvió sobre este punto: "Yo les digo, no obstante, que jamás libraré un guerra por Marruecos. Al decir esto estoy confiando en

vuestra discreción, y es algo que no debe salir de esta sala”.[18] Para el mundo exterior, las divisiones dentro del alto mando alemán no eran evidentes y las discrepancias entre ellos sobre cuestiones tácticas no hicieron más que acrecentar la desconfianza de los demás países hacia las intenciones de Alemania.

Los británicos no hicieron lo que esperaba Holstein. “El incidente de Tánger –dijo Eduardo VII–, ha sido el suceso más perverso y gratuito en que se ha involucrado nunca el emperador alemán desde su ascenso al trono. Asimismo, ha sido un fiasco político, y si él piensa que el mundo aprueba lo que ha hecho está sumamente equivoca-do”.[19] The Times describió la visita como “una gran demostración política”, y su corresponsal en Viena sugirió que Bülow había subestimado gravemente la determinación británica de respaldar a Francia.[20] La poderosa facción antialemana del ministerio de Asuntos Exteriores no dudaba de que el súbito interés de Alemania por Marruecos era un intento de ese país por destruir la entente, y exhortó a que Gran Bretaña se mantuviese firme. Desde el almirantazgo, Fisher advirtió de que Alemania probablemente anduviera en pos de un puerto en la costa atlántica marroquí, algo que resultaría “vitalmente perjudicial” para Gran Bretaña. “Esta parece –dijo Fisher a Lansdowne, el ministro de Asuntos Exteriores–, una oportunidad de oro para combatir a los alemanes en alianza con los franceses”.[21] No sería el único durante los meses siguientes en hablar de la posibilidad de una guerra.

Lansdowne era más mesurado: contemplaba la opción bélica, pero solo en caso de que peligrasen los intereses vitales para Gran Bretaña.[22] Compartía, no obstante, las sospechas generalizadas en Londres acerca de las motivaciones de Alemania. Aun antes de que empezara la crisis, Lansdowne había recibido la preocupante información de que Alemania buscaba estrechar sus relaciones con Japón, que era aliado de Gran Bretaña, y con Estados Unidos; y, en general, le parecía que la diplomacia alemana deseaba obstaculizar a Gran Bretaña allí donde fuese posible. Al embajador británico en Berlín le escribió: “No dudo de que veremos al emperador aprovechar la menor oportunidad para fastidiar nuestros planes”.[23] La política de Lansdowne, al irse agravando la crisis, fue apoyar a los franceses, pero evitando al mismo tiempo que estos actuasen con imprudencia. El 23 de abril Lansdowne y su primer ministro, Balfour, enviaron

un mensaje muy calro a Delcassé ofreciéndole “todo el respaldo que podamos”.[24] En mayo, firmó con Cambon, el embajador francés en Londres, el acuerdo de que los gobiernos de Gran Bretaña y Francia estarían dispuestos a actuar conjuntamente si la situación empeoraba, añadiendo después que sostendrían “un diálogo amplio y confidencial”.[25] A pesar de la presión francesa por lograr un compromiso más claro o incluso una alianza defensiva, el gobierno conservador nunca pasó de aquí.

Pero otros sí lo hicieron. Desde París, Bertie, el obstinado embajador británico, y antialemán acérrimo, le dijo a un colega del ministerio de Asuntos Exteriores: “Dejemos que Marruecos sea una llaga abierta entre Francia y Alemania, como lo fuera Egipto entre Francia y nosotros”, y llegó a asegurarle a Delcassé que Gran Bretaña brindaría a Francia todo el respaldo posible. Hay también pruebas de que Fisher compartía su opinión de que era un buen momento para lanzarse contra Alemania junto con Delcassé.[26] En aquel mes de abril, Eduardo VII navegó en su yate por el Mediterráneo, proponiéndose visitar solo puertos franceses, y prolongó varios días su estancia en el puerto norteafricano de Argel. De regreso a Gran Bretaña, pasó una semana en París, donde se reunió dos veces con Delcassé.[27] En aquel mismo verano, cuando Eduardo viajó al continente para visitar uno de sus balnearios favoritos, en el imperio austrohúngaro, evitó deliberadamente pasar a ver al káiser. Un periódico berlinés puso en boca del rey de Inglaterra estas palabras: “¿Cómo puedo llegar a Marienbad sin encontrarme con mi querido sobrino? Flesinga, Amberes, Calais, Ruan, Madrid, Lisboa, Niza, Mónaco: ¡sitios todos extremadamente inseguros! ¡Ja! Iré pasando solo por Berlín: ¡seguro que entonces no me lo encuentro!”.[28] En respuesta, el káiser se negó a permitir que su hijo el príncipe heredero aceptara la invitación de visitar Windsor en otoño.[29]

Tras la visita a Tánger, los alemanes continuaron presionando. Enviaron una misión a Fez para discutir un préstamo alemán y para alentar al sultán a que se resistiera a las reformas exigidas por Francia y a que esta tuviese un mayor control sobre su país; presionaron a España para que rompiese su acuerdo con Francia de dividir Marruecos en zonas de influencia; y les dijeron a las demás potencias, incluido Estados Unidos, que deseaban una conferencia internacional sobre el futuro de Marruecos.[30] Mediante contactos secretos con el primer

ministro francés, Maurice Rouvier, los alemanes también dejaron claro que deseaban la dimisión de Delcassé.

Los alemanes siempre habían visto a Delcassé como su principal enemigo en el gobierno francés, y ya en la primavera de 1905 comenzó a preocuparles que, al ofrecerse como mediador en la guerra ruso-japonesa, fuera a fortalecer su posición. El 27 de mayo la flota japonesa había destruido a la rusa en Tsushima, y ambos bandos estaban buscando el modo de firmar la paz. Delcassé, con su experiencia y con la ventaja de pertenecer a un país en buenas relaciones con ambos, era un candidato obvio, y él mismo estaba ansioso por asumir la tarea. Rouvier, ingenuamente, había comentado esa posibilidad ante los alemanes, que se habían quedado consternados. Si Delcassé salía airoso, sería un triunfo para él y para Francia; estrecharía aún más las relaciones de este país con Rusia; y bien podría dar pie a otra triple alianza, entre Francia, Rusia y Gran Bretaña, o tal vez a una cuádruple, con Japón.[31] Como dijera más tarde el propio Delcassé, su posición en el gobierno francés hubiera sido inamovible si él hubiera logrado dirimir el conflicto ruso-japonés.[32] Bülow escribió a su embajador en Washington pidiéndole que convenciera al presidente Roosevelt de ofrecerse como mediador y así prevenir una iniciativa francesa o británica. La cuestión de Marruecos, decía Holstein, era "infinitesimal" en comparación con la posibilidad de un triunfo en la escena internacional para Francia o Gran Bretaña.[33]

A finales de mayo, el gobierno alemán envió una serie de mensajes cada vez más enérgicos al gobierno francés; Delcassé debía irse, o ellos no responderían de las consecuencias.[34] Rouvier estaba muy nervioso y al borde del colapso. Llevaba todo el año preocupado por un posible ataque sorpresa de Alemania, que, en su opinión, acarrearía la derrota y la revolución a Francia, tal y como había sucedido en 1870-1871. Durante el mes de febrero se reunió con los líderes militares del parlamento francés y con los comités de finanzas, y les pidió su opinión acerca del estado de preparación militar del país. "No hay nada –le dijeron–, ni municiones, ni equipamiento, ni reservas de provisiones, y el estado de la moral en el ejército y en el país es aún peor". Rouvier se echó a llorar.[35] A Delcassé le perjudicó el negarse a negociar directamente con los alemanes o a consultar con sus colegas. El 19 de abril su política para con Marruecos fue atacada en el parlamento; uno tras otro, de derechas y de izquierdas, los oradores

lo instaron a negociar. Jaurés señaló que Delcassé había dado pie a la crisis exigiendo concesiones del gobierno de Marruecos mucho antes de la visita del káiser a Tánger: “Debió usted también haber tomado la iniciativa en ofrecer explicaciones e iniciar negociaciones”. Delcas-sé sugirió entonces unas conversaciones directas con los alemanes, pero Bülow, olfateando la victoria, insistió en una conferencia internacional. Delcassé se resistió, enfatizando que Alemania intentaba embaucarlos y que Gran Bretaña estaba dispuesta a ofrecer su apoyo si se declaraba una guerra.[36]

Sus colegas se mostraron en desacuerdo, y ya en la primera semana de junio Rouvier había cedido a la demanda alemana de que Delcassé fuese destituido. En un excusable acto de venganza, este le entregó al primer ministro una carpeta con cables descifrados en el Quai d’Orsay que revelaban los tratos secretos de Rouvier con los alemanes.[37] Al saberse la noticia de la destitución de Delcassé, los rumores de guerra recorrieron el parlamento francés y los salones de París, y una multitud de hombres salió a comprar medias gruesas de lana y botas previendo una movilización.[38] En Londres hubo gran consternación y revuelo. Lansdowne se preguntó si la entente cordial sobreviviría, y le dijo a Bertie que al parecer los franceses habían salido huyendo.[39] En Berlín, en cambio, cundía el regocijo. “Delcassé era el instrumento escogido por nuestros enemigos para destruirnos”, exclamó Bülow, y el káiser le concedió el título de príncipe el día de su destitución; aunque Bülow siempre negó que ambas cosas estuvieran relacionadas.[40] “Nuestro más astuto y peligroso enemigo –dijo Holstein–, ha caído”, y “nuestro amigo” Roosevelt estaba ahora mediando para poner fin a la guerra ruso-japonesa, por lo que ni Francia ni Gran Bretaña podrían ganar ningún prestigio internacional con este asunto.[41]

A los alemanes se les fue la mano tras su triunfo sobre Francia. Rou-vier, que había decidido ser su propio ministro de Asuntos Exteriores, ofreció negociaciones directas y prometió que Alemania recibiría como compensación algunas colonias en otras partes del mundo. Bülow, con Holstein alentándolo entre bastidores, siguió insistiendo en una conferencia internacional para demostrarle a Francia que, en lo tocante a Marruecos, estaba sola entre las potencias, sin el respaldo de Rusia ni de Gran Bretaña. Más tarde, el káiser diría: “Si me hubieran informado de esto, yo me habría involucrado completamente y

esa estúpida conferencia nunca habría tenido lugar”.[42] Aunque los franceses aceptaron a regañadientes aquella conferencia a comienzos de julio, la presión alemana había irritado a Rouvier; en ese mismo año, le dijo a uno de sus colaboradores cercanos: “Si Berlín piensa que puede intimidarme, se equivoca”.[43] La opinión pública francesa también se inclinaba por la firmeza con Alemania y valoraba cada vez más la entente cordial. El futuro embajador en Rusia en 1914, Maurice Paléologue, por entonces en el Quai d’Orsay, escribió a finales de julio: “Nos hemos recuperado: no más miedo, no más cobardía, no más plegarnos a la voluntad alemana; la idea de la guerra es aceptada”.[44]

El nuevo estado de ánimo en Francia tranquilizó a los británicos, y Lansdowne le hizo saber a Paul Cambon, el embajador francés en Londres, que los británicos apoyarían a los franceses en Marruecos “del modo que Francia considere más oportuno”.[45] Mientras Francia y Alemania discutían durante el verano sobre el programa de la conferencia, los británicos se dedicaron a demostrar al mundo su amistad con Francia. Barcos de la armada británica visitaron el puerto atlántico francés de Brest en julio, durante la semana de La Bastilla. Un mes más tarde, barcos franceses recibieron una suntuosa bienvenida en Portsmouth y hubo un enorme banquete en Westminster Hall, en el parlamento.[46] Puede que también aquel verano las marinas británica y francesa iniciaran conversaciones confidenciales sobre cooperación estratégica.[47]

A finales de 1905, el gobierno británico cayó y fue sustituido por un gabinete liberal presidido por Henry Campbell-Bannerman. Holstein, que continuaba impulsando la línea dura contra Francia, lo consideró una buena noticia, porque pensaba que los liberales querrían hacerse amigos de Alemania.[48] Una vez más, se equivocaba. Cam-pbell-Bannerman, que se encontraba ya enfermo, dejó las relaciones internacionales de Gran Bretaña en manos sobre todo de sir Edward Grey, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, que no tenía la intención de apartarse bruscamente de las políticas de Lansdowne. Al igual que este, Grey consideraba que para Gran Bretaña era de crucial importancia preservar la entente; de romperse esta, Francia, Alemania y Rusia podrían llegar a un acuerdo, dejando a Gran Bretaña aislada una vez más. También al igual que su predecesor, Grey quería respaldar a Francia contra Alemania sin alentar con ello a los franceses a actuar de forma irreflexiva. Prometió a Cambon una

“neutralidad indulgente”, pero también destacó que la opinión pública británica, que apoyaba firmemente a Francia, no respaldaría una guerra con Alemania a causa de Marruecos.[49] (A Grey le resultaba cómodo apelar a la opinión pública tanto cuando no quería hacer algo como cuando sí). En cuanto a Alemania, no llegaría a ningún tipo de acuerdo con ella antes de la conferencia, pese a los mensajes conciliatorios que le llegaban de Berlín. Comentó que las bonitas palabras de Bülow “no arreglan las cosas; y si lo hacen, tendrá que ser en la conferencia. Si esta termina en conclusiones no adversas a la entente anglo-francesa, entonces sí que se despejaría el cielo”.[50]

El hombre que ahora estaba al cargo de la política exterior británica, y que lo estaría hasta su dimisión en 1916, era, en opinión del káiser, “un gentilhombre rural de los más capaces”, y por una vez no se equivocaba. Sir Edward Grey provenía de una de aquellas viejas familias terratenientes, bien relacionadas, que durante tanto tiempo habían jugado un papel central en la sociedad británica. De joven heredó, junto con su política liberal, una baronía y una rica finca, Fallodon, en el nordeste de Inglaterra. Tenía instintos conservadores, pero era un reformista moderado, que aceptaba que las nuevas clases y los nuevos líderes estaban destinados a transformar el panorama de la política. Como muchos de sus contemporáneos en toda Europa, Grey temía que una gran guerra trajera aparejada una revolución; pero a lo que él aspiraba era a una evolución pacífica. “Nos esperan años desagradables –comentó en 1911, y añadió–: Trabajaremos en aras de algo mejor, aunque a quienes estamos habituados a más de quinientas libras al año no nos parezca mejor”.[51]

Aunque sus contemporáneos de la famosa y vieja escuela de Winchester lo consideraban dotado de un gran talento, Grey mostraba mucho menos interés en sus estudios que en ir a pescar al cercano río Itchen. Su estancia en Winchester, sin embargo, dejó su impronta: Grey siempre se enorgulleció de provenir de Wykeham, y conservó en su vida adulta algo del escolar honrado e inteligente a quien le escandalizaba la deshonestidad. “La política alemana –comentó una vez–, parece estar deliberadamente basada en que los escrúpulos morales y los motivos altruistas no cuenten en los asuntos internacio-nales”.[52] Al igual que muchos otros altruistas, Grey no lograba darse cuenta cuando él mismo estaba siendo despiadado o artero; quizá diera por sentado que sus motivos eran

limpios. Naturalmente reservado, aprendió además a ocultar sus emociones; su serenidad en medio de las crisis nunca dejó de impresionar a sus colegas. También ayudaba el hecho de que Grey pareciera un senador romano y supiese hablar con firmeza y mesura. Lloyd George, radical galés de orígenes humildes, pensaba que a Grey le favorecía mucho su aspecto: "Su impresionante fisonomía, con los labios finos, la boca firmemente cerrada y los rasgos cincelados, daban impresión de acero repujado".[53]

De Winchester, Grey pasó al Balliol College de Oxford, otra forja de futuros dirigentes; pero una vez más, se esforzó lo mínimo. Sufrió una expulsión temporal como castigo a su pereza, pero ello no le sirvió para enmendarse a la vuelta, y terminó graduándose con la mínima calificación, lo que no dejaba de ser un logro.[54] Encontraba su mayor felicidad en Fallodon, y, más adelante, en su cabaña a orillas del Itchen, donde pasaba los días contemplando los pájaros, pescando, caminando y leyendo. A la relativamente temprana edad de veintitrés años, se casó con una mujer que compartía su amor apasionado por la campiña inglesa. Dorothy hubiera estado encantada de pasar allí el resto de su vida, evitando ir a Londres, que era a sus ojos una moderna Sodoma y Gomorra, rezumando depravación y enfermedades. Ella despreciaba la vida social, no se sabe si por torpeza, timidez o porque se sentía superior a casi todo el mundo. "Creo –escribió con autocomplacencia a sus veintitrés años–, que hemos llegado a un estado en que ya hemos recibido de la gente todo lo bueno posible". Amaba y admiraba a su esposo, pero al regresar de su luna de miel le dejó bien claro que ella aborrecía el sexo. Grey, todo un caballero, accedió a convivir con ella como hermanos.[55]

Pero, bajo la displicente apariencia de Grey, latía en algún punto la ambición; o al menos un fuerte sentido del deber. Sus relaciones familiares le proporcionaron un puesto como secretario privado de un ministro, y luego, en 1885, se postuló para el parlamento, iniciando una carrera política que duró hasta su dimisión en 1916. Grey demostró una inesperada capacidad de trabajo, pero se negaba a participar en actividades sociales, que consideraba una pérdida de tiempo. Él y su esposa escapaban de Londres a su cabaña cada vez que podían, y allí vivían con sencillez, con un solo sirviente y sin apenas visitas. "Era algo especial y sagrado –decía Grey–, fuera de la corriente ordinaria de la vida".[56]

En 1892 fue nombrado subsecretario parlamentario del ministro liberal de Asuntos Exteriores, lord Rosebery. No era, ni por entonces ni después, una elección obvia para ese puesto: a diferencia de su contemporáneo George Curzon, carecía de interés por los viajes, a menos que fuesen para cazar o pescar en Escocia, y jamás lo adquirió. Apenas conocía el continente, y como ministro de Asuntos Exteriores solo lo visitaría una vez, en 1913, como parte de una visita real a París. No obstante, para cuando asumió ese cargo en 1905, ya había desarrollado un puñado de ideas muy firmes acerca del mundo. Dentro del partido liberal contaba como imperialista, y abogaba por una armada grande. Por otra parte, pensaba que el momento de repartirse el mundo había pasado, y que la responsabilidad de Gran Bretaña era ahora gobernar sabiamente lo que ya poseía.[57] Aprobaba la decisión de Lansdowne de alejarse del aislamiento, y antes de las elecciones dejó bien claro que se proponía continuar aquella política, incluyendo la entente con Francia, que para él era la piedra angular de la política británica en Europa. En septiembre de 1906 escribió a su gran amigo Richard Haldane, otro liberal imperialista: "Quiero preservar la entente con Francia, pero no resulta fácil; y si es destruida, tendré que retirarme".[58] Alemania, afirmaba Grey con igual firmeza, era el mayor enemigo de Gran Bretaña y constituía la principal amenaza; en su opinión, no se podía hacer gran cosa para cambiarlo. "No dudo –dijo en 1903–, que haya muchos alemanes con buena voluntad hacia nosotros, pero son una minoría; y a la mayoría le resultamos tan profundamente antipáticos que la amistad de su emperador o su gobierno no puede sernos realmente útil".[59] Tal como él veía las cosas, Gran Bretaña había estrechado excesivamente sus relaciones con Alemania en otras épocas, y en consecuencia se hallaba en malos términos con Francia y Rusia. "A veces hemos estado a punto de ir a la guerra contra uno o contra otro, y Alemania solo se acordaba de nosotros cuando le convenía".[60]

Las instrucciones de Grey para sir Arthur Nicolson, el delegado británico en la conferencia internacional sobre Marruecos, eran muy claras:

La conferencia sobre Marruecos va a ser difícil, si no crítica. Hasta donde yo puedo saber, los alemanes se negarán en redondo a aceptar la posición especial

de Francia en Marruecos, posición que nosotros no solo hemos prometido aceptar, sino también reforzar por medios diplomáticos. Si Francia lograse obtener esta posición con nuestra ayuda, será un gran triunfo para la entente anglo-francesa; si no lo lograse, la entente sufrirá y su vitalidad disminuirá. Nuestro principal objetivo, por tanto, debe ser ayudar a que Francia sea atendida en la confe-rencia.[61]

La conferencia quedó inaugurada el 16 de enero de 1906, en la ciudad española de Algeciras, justo al nordeste de Gibraltar. Poco después, Grey sufrió una tragedia; su esposa se cayó de su carreta de ponis en Fallodon y murió. “El pensamiento se me atrofió –comentaría Grey en sus memorias–, y el trabajo se paralizó”.[62] Grey ofreció su renuncia, pero Campbell-Bannerman lo alentó a continuar.

La conferencia aportó una cierta distracción. Para cuando empezó, los alemanes habían logrado convencer al grueso de la opinión internacional de que Alemania se proponía reñir con Francia.[63] Y riña hubo, y hacia febrero la conferencia había llegado a un punto muerto, aparentemente, tratando de decidir qué potencia extranjera entrenaría y dirigiría a la policía marroquí (los franceses insistían en ser ellos, y los españoles y los alemanes querían un condominio internacional), y quién administraría el banco estatal. La verdadera cuestión era quién, en última instancia, controlaría el país. “Marruecos –decía Bülow–, se ha convertido en una cuestión de honor para nosotros, y especialmente para el káiser”.[64] Alemania, sin embargo, estaba cada vez más aislada. Su único aliado de confianza, el imperio austrohúngaro, la estaba presionando para que cediera en el punto de la policía.[65] Italia se mostraba tibia, y su representante hacía todo lo posible por eludir la controversia. Desde Estados Unidos, Roosevelt también los exhortaba a llegar a un acuerdo.[66] Nicolson siguió sus instrucciones de mantener el respaldo de Gran Bretaña a Francia. El 28 de febrero, una gran flota británica arribó a las costas de la vecina Gibraltar, solo para subrayar lo que algún día podría involucrar ese respaldo. Rusia, a la que aún esperaban captar los alemanes, permaneció firmemente leal a su aliado francés. Los rusos no tenían elección. Sus finanzas zozobraban gracias a la pasada guerra ruso-japonesa, así como a la revolución en marcha. Necesitaban desesperadamente un préstamo extranjero importante para no caer en bancarrota, y Francia era el donante más

probable. Los franceses pusieron como condición de cualquier préstamo a Rusia la cooperación de esta en Algeciras.

Ya a finales de marzo, Bülow estaba dispuesto a cortar por lo sano, pese al consejo de Holstein de mantenerse firme. El 27 de marzo se llegó a un acuerdo que convertía a Francia en el socio mayoritario en la organización de la policía y la voz dominante en el nuevo banco estatal. Los propios marroquíes estaban atónitos; "creyeron que la conferencia sería como un tribunal donde Francia sería reprendida y amablemente asesorada por las potencias en relación con sus refor-mas".[67] Aunque los alemanes pusieron buena cara, sabían que habían sufrido una derrota. Pese a que Alemania tenía sólidos argumentos para insistir en la administración internacional de Marruecos, y pese a que los sucesos internacionales le habían sido favorables en los meses anteriores, la torpe diplomacia alemana había desaprovechado todas esas ventajas. Bülow y Holstein habían tratado de hacer lo que hubiera hecho Bismarck: mantener separados a los potenciales enemigos al tiempo que estrechaba las relaciones con cada uno; pero ellos no tenían su misma habilidad. Holstein amenazó nuevamente con renunciar, y esta vez Bülow maniobró para que su renuncia fuese aceptada. Así concluyeron para Holstein cincuenta años al servicio de Alemania. Durante los que le quedaban, vivió solo, amargado y pobre (había perdido su dinero en una especulación), pero hizo cuanto pudo por mover los hilos por detrás del telón. Azuzó al más famoso periodista de Alemania, Maximilian Harden, para que atacase al favorito del káiser, Eulenburg, de quien Holstein hacía tiempo sospechaba que había mostrado debilidad en Madrid, y tuvo al menos la satisfacción de verlo acusado de homosexualidad, arrastrado a los tribunales y expulsado del círculo de allegados del káiser. La posición del propio Bülow ante el káiser se vio comprometida a causa de Marruecos, y corrieron rumores de que estaba punto de ser destituido. Durante un debate en el Reichstag sobre la conferencia de Algeciras, en abril, el canciller sufrió un colapso y se vio obligado a abandonar Berlín para una larga convalecencia.[68]

El káiser mismo se hallaba deprimido. Siempre había estado en contra de que se fuese a la guerra por Marruecos, en parte porque pensaba que las condiciones en Alemania eran demasiado peligrosas. Los socialistas planeaban grandes manifestaciones en enero de 1906 para protestar contra el sumamente restringido

sufragio para el parlamento prusiano. En la víspera de año nuevo, escribió una precipitada carta a Bülow: “Primero intimidar a los socialistas, decapitarlos y volverlos inofensivos, con un baño de sangre si es necesario; y luego marchar a la guerra en el extranjero. Pero no antes, y no ambas cosas al mismo tiempo”.[69] La situación de Alemania, enfrentada a una coalición hostil de las potencias latinas de Francia, España e Italia bajo la hegemonía de Gran Bretaña, reemplazó temporalmente al “peligro amarillo” en la mente del káiser. En una de las notas que solía escribir al margen de las actas, se lamentaba: “Ya no tenemos amigos, y estas reliquias asexuadas del caos étnico que dejó Roma tras de sí nos odian cordialmente”.[70]

Lo que resulta pavoroso, en retrospectiva, es con cuánta naturalidad los países involucrados en la crisis marroquí veían venir la guerra. Grey, por ejemplo, le dijo a su amigo Haldane que estaba recibiendo muchos informes de que Alemania se proponía atacar Francia en la primavera de 1906, mientras que Bülow esperaba en Berlín lo mismo de Francia y Gran Bretaña.[71] Y algunos en los círculos del gobierno alemán contemplaban seriamente la posibilidad de una guerra preventiva. Después de todo, el reciente éxito de Japón en su guerra contra Rusia parecía demostrar que lo eficaz era atacar primero. Schlieffen, que redactaba sus últimas palabras sobre su plan antes de jubilarse, bien pudo haber abogado por una guerra preventiva contra Francia, que sin duda otros militares de alto rango aprobaban.[72] El jefe de la oficina de prensa del ministerio de Asuntos Exteriores recibió un memorándum de sus superiores, en diciembre de 1905, alertándolo sobre la posibilidad de que la conferencia de Algeciras colocase a Alemania en situación, o bien de perder prestigio a los ojos del mundo, o bien de ir a la guerra: “Muchos aquí están esperando, y deseando, este conflicto en primavera”.[73]

Pese a las esperanzas alemanas, Rusia había permanecido fiel a la alianza con Francia. Tan pronto como hubo terminado la conferencia, Raymond Poincaré, por entonces ministro de Finanzas, le dijo al embajador ruso en París que las conversaciones acerca de un préstamo podían reanudarse. El 16 de abril un representante del gobierno ruso firmó el acuerdo para un enorme préstamo con un consorcio de bancos, liderado por entidades francesas, que aportaron la mitad de los fondos. “Habló de los servicios prestados en Algeciras –dijo Poincaré–, en

un tono que me resultó casi embarazoso. Se quejó de las exigencias de los bancos franceses, que son, lo cual es cierto, bastante avariciosos”.[74] El gobierno alemán cometió la torpeza de prohibir a los bancos alemanes participar en cualquier préstamo a Rusia, en represalia por lo de Algeciras; “¡No tendrán ni un penique de nosotros!”, dijo el káiser.[75]

La nueva amistad entre Gran Bretaña y Francia había pasado su primera prueba, y en consecuencia se había fortalecido considerablemente. En 1908 fue inaugurada en Londres una exposición franco-británica para celebrar la entente cordiale. “Esa hábil y encantadora expresión –decía una guía inglesa–, cuya adopción generalizada entre nosotros es un delicado tributo a la lengua francesa, sugiere más de lo que expresa. Significa mutua estima y buena voluntad, comunidad de objetivos e intereses; abarca los sentimientos, la comprensión y las relaciones materiales”.[76] Delcassé y Paul Cambon pensaban, sin duda, que abarcaba más cosas: que los británicos les habían ofrecido en un momento determinado una alianza defensiva.[77] Los británicos creían haber evitado incurrir en un compromiso firme, pero reconocían que la entente era ahora más fuerte. Grey escribió, en el punto más álgido del impasse en Algeciras:

Si hay guerra entre Francia y Alemania, nos será muy difícil no involucrarnos en ella. La entente, además de las constantes y enfáticas muestras de afecto (oficiales, navales, políticas, comerciales, municipales y periodísticas), ha generado en Francia la idea de que la respaldaremos en una guerra. El último informe de nuestro agregado naval en Tolón decía que todos los oficiales franceses daban esto por sentado, en caso de que la guerra fuese con Alemania por causa de Marruecos. Si defraudamos esta expectativa, los franceses nunca nos lo perdonarán.

E insinuaba que su posición, como partidario de la entente, se volvería insostenible si Gran Bretaña no respaldaba a Francia. “Por otra parte –añadía–, es horrible la perspectiva de una guerra europea, y la de vernos involucrados en ella”.[78] Continuó haciendo equilibrios durante los años previos a 1914; colaborando con Francia, pero negándose a una alianza más formal o a formular

promesas vinculantes.

Su equilibrismo se vio afectado por la aprobación oficial que otorgó a mediados de enero a las conversaciones, que ya habían tenido lugar informalmente, entre el jefe británico de operaciones militares y el agregado militar francés en Londres. Estas consistían, según las describió Grey ante un puñado de colegas, simplemente en tratar de encontrar qué tipo de cooperación mutua podía haber entre ambos países. Grey insistió en que "todo este asunto estaba siendo estudiado académicamente".[79] Sin embargo, este sencillo comienzo condujo a una serie de conversaciones entre el ejército francés y el inglés durante los años siguientes, en las que se intercambió información y se elaboraron planes. Los informes de inteligencia franceses sobre Alemania, los planes de guerra de Francia, el posible número de tropas y caballos británicos que serían enviados a Francia, las instalaciones portuarias, el transporte ferroviario, muchos de los detalles y preparativos que serían necesarios si Gran Bretaña tuviese que enviar tropas para respaldar a Francia contra un ataque alemán: todo ello fue discutido y definido antes de 1914. Las dos marinas también sostenían conversaciones de vez en cuando, pero el consejo de ministros británico no autorizó un diálogo más formal hasta el verano de 1912.

Son las conversaciones militares que más polémicas han generado a lo largo de los años. ¿Acaso Grey, el recto graduado de Wykeham, engañó deliberadamente al consejo de ministros y al pueblo británico manteniendo en secreto las consultas y preparativos que estaban teniendo lugar? Y, lo que es más importante, ¿comprometían estas conversaciones a Gran Bretaña para acudir en ayuda de Francia en caso de que esta fuera atacada por Alemania? El propio Grey respondió varias veces a ambas preguntas, antes y después de 1914, que no; pero la realidad es más ambigua. Al iniciarse las conversaciones en 1906, Grey informó al primer ministro, Campbell-Bannerman, pero no a la totalidad del gabinete; tal vez por temor a la oposición del ala radical del partido liberal. El gabinete no fue informado oficialmente de las conversaciones hasta 1911, durante otra grave crisis a causa de Marruecos. (La cámara de los comunes y el público no supieron nada de ellas hasta que Gran Bretaña estuvo a punto de ir a la guerra en 1914). Según Lloyd George, la mayoría de los miembros del consejo de ministros se escandalizaron: "Hostilidad no alcanza a describir la fuerza del

sentimiento provocado por aquella revelación: fue más bien consternación". Grey tranquilizó a sus colegas afirmando que Gran Bretaña seguía siendo libre de hacer lo que quisiera.[80] Pero esto resulta discutible.

Es cierto que Grey y sus colegas y subordinados hablaban por lo general con los franceses en modo hipotético. Gran Bretaña tal vez, probablemente, pudiera acudir en ayuda de Francia; pero los británicos insistían en que nada en las conversaciones podía interpretarse como una promesa concreta. Gran Bretaña, desde su perspectiva, conservaba la libertad de decidir lo que haría en caso de guerra. En 1911, el gabinete llegó a emitir una resolución formal subrayando que Gran Bretaña no se había comprometido, ni directa ni indirectamente, a ninguna intervención militar o naval.[81] No obstante, el reiterado apoyo diplomático que Gran Bretaña había ofrecido a Francia, por ejemplo en el caso de Marruecos, era un indicador del gran valor que concedía Grey a la entente. Para Grey y aquellos que pensaban como él, muchos de los cuales eran altos funcionarios del ministerio de Asuntos Exteriores, la amistad de Francia era esencial, y la de Rusia lo iba siendo cada vez más, para que Gran Bretaña no volviese a verse aislada como lo estuviera durante la guerra de los Bóers.[82] Y el apoyo diplomático no respaldado por la amenaza de usar la fuerza no funcionaría a la larga, ni con los enemigos de Francia ni con la propia Francia. Si los franceses llegaban a sentir que no podían contar con Gran Bretaña en términos de apoyo militar, quizá optasen por minimizar los riesgos y tratasen de entenderse con Alemania.

El pensamiento estratégico inglés estaba cambiando en una dirección que volvía más probable la intervención a favor de Francia. Hasta 1907, la principal preocupación del ejército británico había sido el imperio. La mejora de las relaciones con Estados Unidos hacia fin de siglo, en parte propiciada por el reconocimiento británico de la supremacía estadounidense en el nuevo mundo, significaba que Gran Bretaña ya no tenía que preocuparse por sus colonias estadounidenses. El acuerdo anglo-ruso de 1907 eliminó gran parte de los temores británicos de que los rusos fuesen una amenaza para la joya de la corona: la India. El ejército había sido reorganizado y reformado tras la guerra de los Bóers, y estaba ahora en situación de evaluar su papel. Su responsabilidad, como siempre, era defender las islas británicas en caso de invasión; pero sus

mandos pensaban cada vez más en términos de una fuerza expedicionaria en el continente.[83] El auge del poderío alemán hizo aflorar en los británicos el viejo temor de que una sola nación dominase las costas de Holanda, Bélgica y hasta tal vez las de Francia, por donde pasaba gran parte del comercio de Gran Bretaña. El control de las costas pondría a Alemania en situación de invadir Gran Bretaña si así lo decidía.[84]

Los militares británicos tendían a suponer que Francia sería inevitablemente derrotada sin el apoyo de Gran Bretaña.[85] En 1912, Maurice Hankey, secretario del comité de defensa imperial, el organismo a cargo de la estrategia británica, expresó una opinión bastante extendida sobre los franceses: “No me parecen un pueblo realmente sano”. Tenían, según Hankey, condiciones higiénicas dudosas, agua de mala calidad y ferrocarriles lentos”. Y añadió: “Sospecho que los alemanes podrían ‘hacerlos polvo’ en cualquier momento”.[86] En el verano de 1911, los militares británicos ya estaban pensando en enviar a Francia seis divisiones de infantería y dos brigadas de caballería, un total de ciento cincuenta mil hombres y sesenta y siete mil caballos. Si las suposiciones de Francia sobre el número de hombres que Alemania emplearía en el frente occidental resultaban correctas, una fuerza expedicionaria británica inclinaría allí la balanza en favor de la entente.[87]

A diferencia del ejército, la armada británica no estaba elaborando ningún plan; o, si lo estaba, Fisher y su sucesor, sir Arthur Wilson, no lo habían compartido con nadie: desde luego, no con el ejército, al que veían como un rival en la consecución de fondos. Se oponían denodadamente, por costosa e inútil, a la idea de una fuerza expedicionaria. La armada era el servicio clave, la responsable, como siempre lo había sido, de defender las islas natales, de proteger el comercio británico en alta mar y de llevar la guerra al enemigo bloqueando sus puertos, y quizá lanzando ataques anfibios. El papel que podría jugar aquí el ejército sería “el de un proyectil que fuese disparado por la armada”, dijo Fisher con palabras que tomó prestadas a Grey.[88] Parece que Fisher estaba pensando en 1909 en una serie de pequeños ataques contra las costas de Alemania; “¡apenas picaduras de pulga! ¡Pero todas estas picaduras juntas harían que Guillermo se rascase como un loco!”.[89] Aunque Fisher estaba abierto a las nuevas tecnologías –se inclinaba cada vez más por los cruceros

rápidos en vez de por los acorazados, y abogaba por el uso de torpedos y submarinos para mantener acorralada a la flota alemana–, no era bueno trazando planes estratégicos. La primera vez que ocupó el cargo, la armada casi no planificó nada; Fisher gustaba de decir que su principal plan de guerra estaba encerrado en su cerebro, y que allí se quedaría para mayor seguridad.[90] “La cosa más vaga y amateur que jamás haya visto”, dijo un joven capitán acerca de los planes de guerra del almirantazgo, durante el primer periodo de mandato de Fisher. Él culpaba al propio Fisher, quien solía hablar de la guerra con generalidades –“hay que golpear al enemigo con fuerza y a menudo, y muchos otros aforismos”–, pero nunca llegaba a concretar en firme los detalles.[91]

Durante buena parte del periodo de preguerra, los dos servicios británicos fueron cada uno por su lado, haciendo sus propios planes y mirándose como perros que se disputaran un hueso. En 1911, sin embargo, la segunda crisis marroquí, que trajo aparejado el temor a lo que ya parecía una guerra inevitable, obligó a una reunión del comité de defensa imperial el 23 de agosto de 1911, para revisar de arriba abajo la estrategia británica. (Esta fue la única vez antes de 1914 en que tuvo lugar una revisión semejante).[92] Estuvo presidida por As-quith, el primer ministro; y entre los demás políticos se hallaban Richard Haldane, ministro de la Guerra; Grey; y dos jóvenes promesas, Lloyd George y Winston Churchill. Henry Wilson, el nuevo jefe de operaciones militares, representaba al ejército; y el sucesor de Fisher, Arthur Wilson, a la marina. El Wilson del ejército describió de manera brillante la situación en el continente, y presentó los objetivos y planes para la fuerza expedicionaria. Su tocayo de la marina tuvo una pésima actuación: puso objeciones a la idea misma de que el ejército enviase una fuerza al continente y, como alternativa, expuso el vago plan de bloquear la costa de Alemania en el mar del Norte y de vez en cuando realizar incursiones anfibias. Además, dejó claro que a la armada no le interesaba transportar a la fuerza expedicionaria hasta Francia, ni proteger sus comunicaciones.[93] Asquith opinó que toda aquella actuación había sido “pueril”.[94] Poco después, este asignó el cargo de primer lord del almirantazgo a Winston Churchill, quien se deshizo inmediatamente de Arthur Wilson, y además configuró un estado mayor naval para la elaboración de planes de guerra. Churchill también respaldó la idea de una fuerza expedicionaria británica, y la armada y el ejército comenzaron a trabajar conjuntamente.[95]

En 1912, Alexandre Millerand, un exsocialista que se había acercado a la derecha lo suficiente como para convertirse en ministro de la Guerra, dijo acerca del ejército británico: “La máquina está lista para echar a andar: ¿la soltaremos? Incertidumbre total”.[96] Los franceses no supieron con certeza si habría o no una intervención británica hasta que estalló la Gran Guerra; aunque algunos de sus líderes, tanto militares como civiles, eran más optimistas que Millerand. Paul Cam-bon, el influyente embajador en Londres, dedujo de las reiteradas declaraciones amistosas de Grey, y del hecho de que este había autorizado las conversaciones militares, que los británicos veían la entente como una alianza (si bien nunca supo con certeza lo que implicaba).[97] En 1919, declararía Joffre: “Personalmente, estaba convencido de que acudirían, pero en última instancia no hicieron ningún compromiso formal. Solo hubo estudios sobre embarques y desembarques, y sobre las posiciones que quedarían reservadas para sus tropas”.[98] Los franceses contemplaban con alivio la creciente hostilidad entre Gran Bretaña y Alemania, y concluían que la tradicional política británica de mantener un equilibrio de poderes en Europa (que había obrado en contra de Francia en las guerras napoleónicas) venía ahora en auxilio de Francia. Los líderes franceses también habían entendido, pues Grey lo había dicho repetidas veces, que la decisión que tomaran los británicos con respecto a la guerra dependería de quién fuera el culpable.[99] Fue en parte por esta razón por la que los franceses pusieron tanto cuidado en su reacción a los sucesos del verano de 1914, y no tomaron medida alguna que pudiera interpretarse como agresiva.

La presencia de Henry Wilson como jefe de operaciones militares desde 1910 animaba a los militares franceses. Wilson era una figura imponente, que medía más de un metro ochenta y poseía un rostro que, según un oficial colega suyo, parecía una gárgola.[100] (Alguien puso una vez una postal en el correo dirigida a “El hombre más feo del ejército británico”, y le llegó sin problema).[101] Wilson era “egoísta y astuto”, según dijera otro colega, diestro en intrigas políticas y en encontrar protectores influyentes. Provenía de una familia anglo-ir-landesa moderadamente acomodada (y la causa de los protestantes en Irlanda fue siempre importante para él), pero se había visto obligado a abrirse camino en el mundo. Como quedó demostrado en su presentación ante el comité de defensa imperial, Wilson era inteligente y persuasivo. Asimismo era enérgico y voluntarioso y tenía ideas estratégicas muy claras. En un comunicado escrito por él en 1911, que fue respaldado por el estado mayor, adoptó esta postura: “debemos unirnos a Francia”. Argumentaba que Rusia no iba a ser de gran ayuda

si Alemania atacaba a Francia; lo que podía salvar Europa de una derrota francesa y de la supremacía alemana era la rápida movilización y el envío de una fuerza expedicionaria británica.[102] Al asumir su cargo, Wilson tomó la determinación de garantizar que así fuera. "Estoy muy insatisfecho con el estado de cosas en todos los aspectos", escribió en su diario. No había planes adecuados para desplegar a la fuerza expedicionaria ni a los reservistas: "Un montón de tiempo desperdiciado redactando sus preciosas actas. Si puedo, desmontaré todo eso".[103]

Wilson estableció rápidamente muy buenas relaciones con los militares franceses, ayudado por el hecho de que amaba Francia y hablaba fluidamente el francés. Entabló una firme amistad con el comandante de la academia de estado mayor francés, el muy católico coronel Ferdinand Foch (futuro mariscal de campo). Una vez, Wilson le preguntó a Foch: "¿Cuál diría que es la fuerza militar británica mínima que resultaría útil para ustedes en caso de un enfrentamiento como el que hemos estado analizando?". Foch ni lo pensó: "Un solo soldado raso –respondió–; y pondríamos buen cuidado en que lo mataran".[104] Los franceses estaban dispuestos a hacer lo que fuese necesario para lograr que Gran Bretaña se comprometiera. En 1909 presentaron un documento, cuidadosamente falsificado, que supuestamente revelaba unos planes alemanes de invadir Gran Bretaña.[105]

Wilson visitaba Francia a menudo para intercambiar información sobre los planes de guerra y pactar acuerdos de cooperación. Recorría en bicicleta muchos kilómetros a lo largo de las fronteras francesas, estudiando fortificaciones y localizaciones de probables combates. En 1910, poco después de su nombramiento, fue a ver uno de los más sangrientos campos de batalla de la guerra franco-prusiana en la parte de Lorena que seguía perteneciendo a Francia: "Visitamos como de costumbre la estatua de 'Francia', que lucía tan hermosa como siempre, y coloqué a sus pies un pequeño trozo del mapa que llevaba, mostrando las zonas de concentración de las fuerzas británicas en su territorio".[106] Al igual que sus anfitriones franceses, Wilson suponía que el ala derecha alemana no sería lo bastante fuerte como para movilizarse más cerca del mar, al oeste del Mosa, en Bélgica; la fuerza expedicionaria británica ocuparía su lugar en el ala izquierda francesa, anticipándose a la que se esperaba sería la

parte más débil del ataque alemán. Se hablaba de que los británicos quizá fueran destinados a Amberes, pero Wilson y sus colegas acordaron que podían permitirse ser flexibles y decidirlo una vez que las fuerzas británicas hubiesen desembarcado.

Puede que los británicos conservaran la flexibilidad en sus planes militares, pero en términos políticos estaban cada vez más constreñidos. La primera crisis marroquí de 1905-1906 generó mucha más cooperación y entendimiento entre Gran Bretaña y Francia, pero también creó obligaciones mucho mayores. Sirvió además para que las potencias de Europa se alinearan aún más. Con la firma del acuerdo anglo-ruso de 1907, quedó establecido un nuevo alineamiento y una nueva madeja de obligaciones y expectativas, esta vez entre dos antiguos enemigos. Asimismo, se volvió más difícil ignorar a la opinión pública. En Francia y Alemania, por ejemplo, importantes intereses comerciales, y personajes clave como el embajador francés en Alemania, Jules Cambon, estaban a favor de una mejora de las relaciones. En 1909, Francia y Alemania llegaron a un acuerdo amistoso acerca de Marruecos. Los nacionalistas de ambos países hicieron imposible que sus gobiernos dieran un paso más y hablaran de mejorar las relaciones económicas.[107] Europa no estaba condenada inexorablemente a dividirse en dos antipáticos bloques de poder, cada uno con sus planes de guerra a punto; pero, como tras la primera crisis marroquí sobrevinieron otras, se volvió más difícil modificar este patrón.

XIV

LA CRISIS BOSNIA: CONFRONTACIÓN ENTRE RUSIA Y EL IMPERIO ASTROHÚNGARO EN LOS BALCANES

En 1898, el káiser Guillermo II navegó en su yate, el Hohenzollern, por los Dardanelos hasta el mar de Mármara para visitar por segunda vez al sultán otomano, Abdul Hamid. Guillermo se complacía en verse como protector y amigo del imperio otomano (y también estaba decidido a obtener tantas concesiones como fuese posible para Alemania, como por ejemplo el derecho a construir ferrocarriles en aquel territorio). Le atraía asimismo el glamour de la capital otomana. Constantinopla, una de las ciudades más espléndidas y antiguas del mundo, había conocido muchos grandes gobernantes, desde Alejandro Magno hasta el emperador Constantino, y mucho más recientemente Solimán el Magnífico. Los restos de columnas y ornamentos griegos, romanos y bizantinos incrustados en sus muros y cimientos, así como sus magníficos palacios, iglesias y mezquitas, daban fe del esplendor y caída de los grandes imperios.

La pareja real alemana fue transportada a remo hasta la costa en un esquife oficial, y mientras el káiser recorría a lomos de un caballo árabe las grandes murallas de la ciudad, la emperatriz hizo una excursión a la costa asiática del mar de Mármara. Aquella noche el sultán ofreció a sus huéspedes un suntuoso banquete, en una nueva ala de su palacio construida expresamente para la ocasión. Luego vino un magnífico espectáculo de fuegos artificiales. Abajo en el puerto, las luces eléctricas resaltaban las siluetas de los barcos de guerra alemanes que habían acompañado al yate del káiser. Para conmemorar su visita, este obsequió a la ciudad con una gran glorieta que contenía siete fuentes, hecha completamente en Alemania. Con columnas de pórfido, arcos de mármol, una cúpula de bronce decorada por dentro con mosaicos de oro y las iniciales de Guillermo y Abdul Hamid labradas en la piedra, esta glorieta se yergue hasta el día de hoy en un extremo del antiguo hipódromo, en el que otrora los romanos celebraban carreras de caballos y carros. Guillermo II había traído para el sultán el rifle alemán más reciente; pero, al ir a regalárselo, Abdul Hamid se echó atrás

espantado, creyendo que el káiser iba a asesinarlo. El heredero de Solimán el Magnífico, el que hiciera temblar a Europa hacía casi cuatro siglos, era un déspota miserable, tan temeroso de los complots que siempre tenía a su lado a un eunuco, cuya única tarea era aspirar la primera bocanada de cada uno de sus cigarrillos.

Le Petit Journal

Le Petit Journal — 5 centimes — SUPPLÉMENT ILLUSTRÉ — 5 centimes — ABONNEMENTS

Le Petit Journal agricole, 5 cent. — La Mode du Petit Journal, 10 cent.

DIMANCHE 18 OCTOBRE 1908

LE REVEIL DE LA QUESTION D'ORIENT

La Bulgarie proclame son indépendance. — L'Autriche prend la Bosnie et l'Herzégovine

14. Aunque África y gran parte del Pacífico se había dividido en 1900, el declive del imperio otomano a las puertas de Europa ofreció aumentar tentaciones. Aquí el débil gobernante otomano Abdul Hamid II, relojes sin poder hacer nada, mientras que Austria-Hungría en la forma de su emperador Francisco Ferdinand se apodera de las provincias otomanas de Bosnia y Herzegovina en 1908 y Fernando I de Bulgaria aprovecha la ocasión para anunciar el independencia de su reino, que todavía era nominalmente parte del imperio Otomano. La crisis resultante acentuó las tensiones en Europa.

el imperio otomano, según la mayoría de los analistas, estaba condenado. Se hallaba prácticamente en bancarrota, endeudado principalmente con intereses extranjeros; sus súbditos se hallaban descontentos; y su administración era incompetente y corrupta. Fue un triste final para un imperio entre los más grandiosos que ha conocido en el mundo. Los turcos otomanos salieron del Asia central en el siglo XIII, y avanzaron implacablemente hacia el oeste a través de Turquía. En 1453 sus ejércitos tomaron Constantinopla. El último emperador bizantino buscó la muerte en combate –y la encontró–, y así, la que fuera el corazón de la cristiandad ortodoxa se convirtió en una ciudad musulmana. Los otomanos continuaron expandiéndose, por el norte hacia los Balcanes, en el confín sudeste de Europa, hacia Oriente medio y a lo largo de la costa sur del Mediterráneo hasta Egipto y más allá. Los gobernantes que intentaban detenerlos eran barridos, y sus pueblos subyugados. Para finales del siglo xv, el imperio otomano controlaba la mayor parte de los Balcanes, y en 1529 sus ejércitos habían llegado hasta Viena, que logró, a duras penas, resistir el asedio. Una década más tarde cayó Budapest, y la mayor parte de Hungría pasó a formar parte del imperio. Hacia la mitad del siglo XVII, habiendo alcanzado su mayor extensión, el imperio otomano en Europa contenía totalmente, o en parte, los actuales territorios de Hungría, Bulgaria, Rumanía, Croacia, Serbia, Montenegro, Albania, Macedonia y Grecia. Los otomanos se adueñaron también de un gran trozo de lo que es hoy Ucrania y el Cáucaso meridional (donde emergerían después las naciones de Georgia, Armenia y Azerbaiyán). Además, el imperio incluía Turquía, el Oriente medio árabe desde la frontera con Persia hasta el extremo sur de la península arábiga, y gran parte del norte de África hasta llegar a Marruecos por el oeste.

Para ser un imperio, el régimen otomano era relativamente blando. Los otomanos, en su mayoría musulmanes suníes, habían permitido a sus súbditos, entre los cuales había muchas variedades de cristianos y judíos, así como musulmanes chiíes, conservar sus propias prácticas religiosas; y, dentro de ciertos límites, sus muchas identidades étnicas, desde kurdos hasta serbios y húngaros, pudieron preservar sus lenguas y sus culturas. Pero, con el paso de los siglos, el imperio había entrado en decadencia. Sus flotas fueron derrotadas en el Mediterráneo; y en tierra, su gran rival, el imperio austriaco, lo iba empujando poco a poco hacia el sur, arrebatándole Hungría en 1699. Durante el siguiente siglo, Austria y Rusia lo despojaron de otros territorios, y en el XIX Francia y Gran Bretaña se sumaron a esta depredación; capturando, los franceses Argelia y Túnez, y los británicos Egipto y Chipre. Lo que estaba destruyendo también al imperio otomano, además del paso del tiempo y el resurgir de sus enemigos, era el auge del nacionalismo en todos sus confines, sobre todo en la parte europea. Grecia obtuvo su independencia en 1832, mientras que Serbia, Ruma-nía y Bulgaria pasaron de la autonomía dentro del imperio a la plena independencia.

Al producirse la largamente esperada desintegración final del imperio otomano, sus restantes territorios, que eran inmensos en Oriente medio y aún considerables en los Balcanes, quedarían disponibles. Si bien las ambiciones rivales de Alemania, Francia, Rusia y Gran Bretaña en Oriente medio y el norte de África volvieron a alimentar las tensiones en Europa, era la rivalidad entre el imperio austrohúngaro y Rusia la que, a fin de cuentas, constituía el mayor peligro para la larga paz de Europa. Ambas potencias tenían en juego intereses vitales e incompatibles. Mientras que al imperio austrohúngaro no le interesaban los territorios asiáticos de los otomanos, no tenía más remedio que preocuparse por lo que sucediera en su patio trasero de los Balcanes. No podía sentarse a contemplar una expansión de Serbia o de Bulgaria, pues ambas probablemente aprovecharían cualquier oportunidad para ampliar su territorio, lo que a su vez bloquearía las rutas comerciales del imperio austrohúngaro por el sur hacia Constantino-pla y los puertos en el Egeo; o, en el caso de Serbia, amenazaría sus posesiones en el Adriático a lo largo de la costa dálmata. Además, el surgimiento de uno o más estados sudeslavos grandes favorecería la disolución del propio imperio austrohúngaro, despertando las expectativas nacionales de sus propios sudeslavos en Croacia, Eslovenia y el sur de Hungría. Y si los estados balcánicos

gravitaban hacia Rusia, como bien podía suceder, el imperio austrohúngaro se enfrentaría a una formidable coalición.

Rusia, por su parte, no podía cruzarse de brazos mientras el control de los estrechos otomanos caía en manos de otra potencia. Pasaba por esas aguas una parte tan importante del comercio de Rusia, cerca del cuarenta por ciento solo en 1912, que cualquier bloqueo debilitaría fatalmente su economía. También había razones históricas y religiosas: Constantinopla fue en su día la capital del imperio bizantino, del que Rusia se consideraba su heredera. La perspectiva de que el imperio austrohúngaro, una potencia católica, la ocupase, era casi tan mala, al menos para los devotos ortodoxos, como que la tuvieran los musulmanes. Tampoco podían los paneslavos rusos, un grupo cada vez más vociferante, tolerar que sus compatriotas eslavos en los Balcanes, la mayoría de los cuales eran ortodoxos como ellos, cayeran bajo la influencia del imperio austrohúngaro.

En el siglo XIX, las grandes potencias, lideradas por Gran Bretaña, habían prestado su apoyo al "enfermo de Europa", entre otras cosas para impedir justamente una peligrosa rapiña por sus territorios. El intento de Rusia, tras su victoria sobre el imperio otomano en 1878, por hacerse con una buena porción de los territorios europeos otomanos y crear una gran Bulgaria que comprendiese los territorios macedonios, fue atajado por las demás potencias, que devolvieron Macedonia a los otomanos, dejando una pequeña Bulgaria, nominal-mente como un protectorado otomano. Macedonia, que tenía una gran población cristiana, se vio rápidamente reducida a una miseria mayor que antes merced a la suma de la incompetencia otomana y las actividades de los distintos cristianos balcánicos fuera del imperio otomano, que no hacían más que reñir entre sí y financiar diferentes grupos terroristas para generar conflictos entre los macedonios.

En el acuerdo de 1878, el imperio austrohúngaro fue compensado en el oeste, permitiéndosele ocupar y administrar Bosnia-Herzegovina, otro protectorado nominal otomano. También se le permitió conservar tropas en un pequeño apéndice, el Sanjak de Novi Pazar, que se extendía hacia el sur desde Bosnia-

Herzegovina. Esto impedía a Serbia unirse con Montenegro por el oeste, y dejaba al imperio austrohúngaro en posesión de un estrecho corredor a través del cual se comunicaba con Macedonia, todavía territorio otomano, y más al sur con el Egeo. Los nuevos territorios resultaron problemáticos desde el principio; el imperio austrohúngaro tuvo que enviar un número considerable de tropas para sofocar un levantamiento de los musulmanes bosnios que no querían someterse al gobierno cristiano.

Para finales de siglo, tanto Rusia como el imperio austrohúngaro habían reconocido la amenaza potencial de un conflicto entre ambos por causa de los restos del imperio austrohúngaro; y, en 1897, llegaron a un acuerdo respecto al statu quo territorial en los Balcanes, comprometiéndose además a no interferir en los asuntos internos de los estados balcánicos ya existentes. Rusia prometió respetar los derechos del imperio austrohúngaro en Bosnia-Herzegovina. Finalmente, las dos potencias se opondrían conjuntamente a toda agitación contra los principios que acababan de pactar. En 1900, Alois von Aehrenthal, un diplomático austriaco, desde San Petersburgo, escribió con optimismo a Goluchowski, el ministro de Asuntos Exteriores, en Viena, que Rusia y el imperio austrohúngaro estaban aprendiendo a confiar el uno en el otro: “Sin confianza, son imposibles los avances diplomáticos en los Balcanes. La cuestión más importante será intensificar el proceso de la confianza”.[1] Él esperaba que tal vez algún día fuese posible llegar a un acuerdo sobre zonas de influencia en los Balcanes, donde el imperio austrohúngaro dominase la parte occidental, y Rusia las aguas entre el mar Negro y el Mediterráneo, así como Constantinopla. Los progresos realizados durante los años siguientes parecían confirmar sus esperanzas. “Ya han pasado los tiempos –decía Lamsdorff, el ministro ruso de Asuntos Exteriores en 1902–, en que Rusia y el imperio austrohúngaro estaban siempre en pugna solo por amor a los pueblos balcánicos”. En 1903, al deteriorarse la situación en Macedonia, las dos potencias firmaron otro acuerdo a fin de presionar conjuntamente a las autoridades otomanas para que llevaran a cabo urgentes reformas allí. Al año siguiente, cuando Rusia se vio envuelta en la guerra contra Japón, firmó un acuerdo de neutralidad con el imperio austrohúngaro que permitió a Rusia trasladar tropas desde la frontera entre ambos hacia el este.[2]

En 1906, sin embargo, presionado por Francisco Fernando, su sobrino y heredero, Francisco José hizo dos nombramientos importantes que inauguraron una política nueva y más activa en el imperio austro-húngaro: Conrad tomó el mando como jefe del estado mayor, y Aeh-renthal pasó a ser ministro de Asuntos Exteriores. Muchos, especialmente en la nueva generación de oficiales y funcionarios, esperaban que ahora la monarquía dual detuviese su lento suicidio y demostrara que aún se encontraba viva y poderosa; que los éxitos en asuntos internos y en política exterior se alimentaran mutuamente para crear un estado más fuerte, ya que dichos logros despertarían la simpatía de los habitantes del imperio por su estado multinacional y por la propia dinastía. Un imperio austrohúngaro revitalizado podría también liberarse de su humillante dependencia de Alemania, y demostrar que era un actor independiente en la escena mundial. Si bien estos dos hombres coincidían en cuanto a los objetivos globales, el ministro de Asuntos Exteriores prefería emplear la diplomacia antes que la guerra. Conrad, que abogaba incesantemente por la guerra, describiría más tarde a Aehrenthal como "un bobo vanidoso y autocomplaciente, que materializaba sus ambiciones tan solo en mezquinas ambigüedades diplomáticas y en triunfos superficiales"; y afirmaba que Aehrenthal veía el ejército como una sombrilla que había que dejar en el armario hasta que lloviese.[3] Esto, como gran parte de lo que decía Conrad sobre sus colegas, era injusto. Aehrenthal estaba dispuesto a emplear la guerra, pero solo si era absolutamente necesario.

El nuevo ministro de Asuntos Exteriores era alto y un poco encorvado; de rasgos finos y regulares, y párpados caídos, a través de los cuales escudriñaba con mirada miope. Aehrenthal siempre parecía cansado; decía Bülow, que lo encontraba "reservado, indolente, casi apático".[4] Pero era de hecho muy trabajador y había dedicado su vida a la política exterior del imperio austrohúngaro, ejerciendo, entre otras cosas, de respetado embajador en Rusia. Al igual que la mayoría de sus colegas, provenía de la aristocracia. "Nuestro cuerpo diplomático –decía un oficial del estado mayor–, es como una muralla china. No hay entrada posible para la gente de fuera, para quienes no pertenece a ese círculo".[5] La familia de Aehrenthal eran aristócratas checos que habían ascendido socialmente por haber prestado servicios al estado. (Sus enemigos gustaban de señalar que tenía antepasados burgueses, tal vez incluso algún judío por alguna rama). Pero distaba de ser checo en sus lealtades; como muchos de su clase, Aeh-renthal era cosmopolita, y su alianza fundamental era con la dinastía y el imperio austrohúngaro. En su trabajo era tenaz, taimado, artero e

implacable. Su debilidad era la tendencia a complicar demasiado las cosas. Tampoco era bueno aceptando consejos. El conde Leopold Berchtold, su colega y más tarde sucesor, deploraba su "terrorífica costumbre de no tomar en cuenta los hechos que no encajasen en su complicado castillo de naipes".[6]

Aunque Aehrenthal era profundamente conservador y compartía la antipatía de buena parte de su clase hacia el liberalismo y el socialismo, creía que el imperio austrohúngaro tendría que implementar reformas para sobrevivir. Al igual que su mentor Francisco Fernando, soñaba con crear un bloque sudeslavo dentro del imperio, que limase de algún modo las interminables tensiones entre las mitades austriaca y húngara. Además, este nuevo componente actuaría como un imán para los sudeslavos de los Balcanes, Serbia, Montenegro o Bulgaria, y los atraería hacia la órbita del imperio austrohúnga-ro, tal vez incluso hasta quedar incorporados a él.[7] En los asuntos exteriores, Aehrenthal compartía la firme convicción de sus predecesores de que la alianza alemana era crucial para la supervivencia del imperio; pero al mismo tiempo soñaba con reducir la creciente bipolarización de Europa y establecer una relación más fuerte con Rusia. Anhelaba ver renacer la liga de los tres emperadores del imperio austrohúngaro, Alemania y Rusia, para promover las causas, que él veía interrelacionadas, del conservadurismo y la estabilidad en Europa.[8] Sus años en San Petersburgo le habían valido reputación de prorruso (a la que contribuyó, según Bülow, el romance que tuvo con una hermosa socialite),[9] y prefería trabajar con los rusos siempre que fuera posible.

Sin embargo, bajo Aehrenthal, el imperio austrohúngaro y Rusia entrarían en un grave y acaso irresoluble conflicto por el destino de Bosnia-Herzegovina, una provincia otomana pequeña y pobre en la parte occidental de los Balcanes. La política de moderación y cooperación en los Balcanes que había existido entre las dos potencias se vino abajo, para ruina de ambas. Lo que desde hacía tiempo venían temiendo, una confrontación armada allí, estuvo a punto de suceder en 1908, y de nuevo en 1912 y 1913, hasta que finalmente estalló en 1914, arrastrando a la guerra a la mayor parte de Europa.

La espiral descendente del imperio otomano convertía en difícil de resistir la tentación de hacerse con sus despojos. También el imperio austrohúngaro, que nunca había sido una potencia colonialista, se había terminado contagiando del imperialismo circundante, y algunos, Conrad entre ellos, empezaban a pensar en adquirir colonias, ya fuese en los mismos Balcanes o más allá, en el Asia otomana. Rusia, por su parte, se había vuelto hacia occidente tras su derrota a manos de Japón en 1905, y Europa, con sus aliados reales y potenciales en los Balcanes había ganado importancia para ella. Gozar de influencia allí equivalía a demostrar que Rusia seguía siendo una gran potencia. Ya en 1907, el acuerdo con el imperio austrohúngaro de mantener el statu quo en los Balcanes comenzaba a resquebrajarse, a raíz del conflicto entre las dos potencias; por ejemplo, sobre las reformas necesarias en el territorio otomano de Macedonia.[10]

También las propias naciones balcánicas, que habían ido emergiendo del imperio otomano a lo largo del siglo xix, desempeñaban ahora un papel en los asuntos internacionales. Tenían que maniobrar entre las dos grandes potencias de Rusia y el imperio austrohúngaro, y simultáneamente vigilarse unas a otras. A través de la obra de poetas e historiadores, con el auge de las comunicaciones modernas, y con el auge de la idea proveniente de Europa occidental de que los seres humanos estaban justamente divididos en razas o naciones, las que fueran identidades religiosas o étnicas bien diferenciadas se estaban solidificando en los nacionalismos búlgaro, griego, serbio, rumano o montenegrino. Por desgracia, para la paz en la zona, los caprichos de la historia y la mezcla de pueblos a lo largo y ancho de los Balcanes implicaban que cualquiera de estas naciones emergentes pudiera aducir algún derecho sobre el territorio de otra; y en el caso de Bulgaria, Montenegro, Grecia y Serbia, sobre lo que quedaba de los territorios europeos del imperio otomano. Las naciones balcánicas venían a incrementar la complejidad e inestabilidad de las relaciones internacionales de la región, pues sus gobiernos, dominados las más de las veces por nacionalistas radicales, apelaban a los nexos étnicos o religiosos, o escudriñaban el pasado buscando argumentos para adquirir más territorios: a expensas de las otras naciones; a expensas del imperio otomano; o, en el caso de Serbia y Rumanía, a expensas del imperio austrohúngaro.

Rumanía, bajo Carlos I, un gobernante fuerte y decidido que provenía de la rama

católica de los Hohenzollern, había logrado liberarse del imperio otomano hacia 1880; mas para los nacionalistas rumanos el estado no se hallaba aún completo. Unos tres millones de personas cuya lengua era el rumano vivían, no siempre felices, bajo el gobierno húngaro en Transilvania. (La población total de la propia Rumanía no llegaba a los siete millones). Por otra parte, Rumanía se hallaba en malos términos con Bulgaria y su gran vecino Rusia, dos países que se habían anexionado territorios sobre los que Rumanía consideraba tener legítimo derecho. Como una vez dijera Aehrenthal, la política del imperio austrohúngaro hacia Rumanía debía "impedir que el odio alimentado artificialmente hacia Hungría se volviese más fuerte que el muy fundamental miedo a Rusia".[11]

En 1883, presionado por Bismarck, el rey Carlos había firmado una alianza defensiva secreta con el imperio austrohúngaro; pero, como solo él y un par de ministros conocían su existencia, Viena nunca pudo estar del todo segura de que Rumanía sería un aliado en una guerra general. Analizando la posición estratégica del imperio aus-trohúngaro, Conrad esperaba que, en el mejor de los casos, Rumanía pudiera desplegar unas dieciséis divisiones contra Rusia; la segunda mejor opción era la neutralidad de Rumanía, la cual por lo menos inmovilizaría a algunas fuerzas rusas; y la peor, que Rumanía cambiase de bando. El káiser alemán, que tenía una fe exagerada en los lazos familiares, creía que, por ser el miembro de mayor rango de la dinastía Hohenzollern, podía garantizar la lealtad de Carlos a la triple alianza.[12] En los años que precedieron a la Gran Guerra, el archiduque Francisco Fernando contempló la posibilidad de entregar Transilvania a Rumanía para así debilitar a los húngaros, a quienes odiaba, y consolidar la amistad con Rumanía.[13] El archiduque, además, simpatizaba con Carlos, que se aseguró de que su duquesa, Sofía, fuera recibida con todos los honores reales en Bucarest, algo que Francisco José le había negado.[14] Tales esperanzas eran ilusorias: los húngaros jamás hubieran aceptado perder la que muchos consideraban cuna de la nación húngara. Desafortunadamente para el futuro de la alianza secreta, los húngaros siguieron negando sus derechos políticos a los rumanos de dentro de sus fronteras. Hasta 1914, los tres millones de rumanos de Hungría tenían cinco diputados en el parlamento húngaro, mientras que los diez millones de habla húngara tenían casi cuatrocientos.[15]

El vecino de Rumanía por el sur, Bulgaria, estuvo más ligado a Rusia en las primeras etapas de su independencia. Los búlgaros, a diferencia de los rumanos, que hablaban una lengua latina y a quienes les gustaba verse como descendientes de colonos romanos, hablaban una lengua eslava cercana al ruso, y habían recabado el apoyo y el aliento de Rusia durante la década de 1870, cuando lucharon por liberarse del yugo otomano. Aunque sus sueños de una Bulgaria grande e independiente quedaron bloqueados en 1878, los búlgaros, para desgracia para la futura estabilidad de los Balcanes, se aferraron a la idea de que las únicas fronteras justas para su país eran aquellas de las que habían disfrutado fugazmente. En la década de 1880, pese a las objeciones de Rusia, que se había erigido en amo y protector de Bulgaria, el gobierno búlgaro tomó la iniciativa de poner bajo su administración la provincia otomana de Rumelia oriental. El zar Alejandro III, el padre de Nicolás, se enfureció. No solo despojó de su rango en el ejército ruso al príncipe Alejandro, al que habían hecho venir de Alemania para gobernar Bulgaria, sino que hizo cuanto pudo por echarlo del trono de Bulgaria. En 1886, el zar logró su objetivo, y al año siguiente Bulgaria eligió a otro príncipe alemán, que llegaría a ser conocido entre sus súbditos y en toda Europa como Fernando el Zorro. Las relaciones entre Bulgaria y Rusia permanecieron frías. Desde el punto de vista de los rusos, su país había desperdiciado recursos y derramado valiosa sangre rusa en la guerra contra los otomanos por liberar a los búlgaros, los cuales habían demostrado una pasmosa ingratitud. Hacia el comienzo del siglo xx, los rusos, pese a toda la retórica de la hermandad paneslava, veían a Bulgaria, con su evidente interés en separar a Macedonia del imperio otomano, como un peligro para la estabilidad de los Balcanes, para el acuerdo sobre su statu quo con el imperio austrohúngaro en 1897, y para la seguridad en los estrechos otomanos.

Con el mayor competidor de Rusia por la influencia en los Balcanes, el imperio austrohúngaro, las relaciones de Bulgaria eran un poco más cálidas: le vendía armas y dominaba su comercio internacional. Desde el punto de vista de la monarquía dual, Bulgaria tenía otro punto a su favor. No era como Serbia; no había búlgaros viviendo en el imperio austrohúngaro que pudieran ser seducidos por los cantos de sirena del nacionalismo de sus compatriotas de fuera de las fronteras del imperio.[16] En 1891, pocos años después de que Fernando se convirtiera en príncipe de Bulgaria, Francisco José lo invitó a Viena. Cuando los rusos protestaron, el ministro de Asuntos Exteriores de la monarquía dual se mostró sorprendido: “el pequeño Fernando” conocía a Francisco José desde

niño. De modo que, en 1904, cuando Bulgaria y Serbia firmaron un acuerdo aduanero, este hizo sonar campanas de alarma en Viena, donde se sospechaba que ambas potencias balcánicas se encaminaban hacia una unión.[17]

Las relaciones entre el imperio austrohúngaro y Serbia, que fue liberándose gradualmente del imperio otomano en el siglo xix para convertirse en un estado independiente en 1878, en un principio fueron buenas. En las décadas de 1880 y 1890 la economía serbia se imbricó estrechamente con la de su gran vecino del norte, y el primer rey serbio, Milán, llegó a sugerirle al imperio austrohúngaro en 1885 que se anexionase su país a cambio de una buena pensión para que él pudiese abdicar y disfrutar de los antros de placer de Europa. Viena rechazó la oferta por miedo a cómo pudiera tomárselo Rusia, y el ministro de Asuntos Exteriores le dijo al infeliz Milán que tenía el deber de permanecer en su país y ser un buen gobernante.[18] En los años siguientes, Milán se ganó la animadversión de los nacionalistas serbios por su servilismo hacia el imperio austrohúngaro y por escandalizar aún a sus partidarios discutiendo con su mujer, nacida en Rusia, en diversos cafés de Belgrado. En 1889, ya divorciado de ella, Milán logró finalmente abdicar en favor de su hijo de trece años, Alejandro. Por desgracia para la familia y para Serbia, el niño creció convirtiéndose en una astilla del palo paterno. En 1900 se casó con una mujer mayor de muy dudosa reputación. En 1903 ambos fueron asesinados, junto con el primer ministro y el ministro de la Guerra, de un modo especialmente brutal, por unos oficiales nacionalistas. Pedro Karad-jordjevic, de una dinastía rival, ascendió al trono y, tras un periodo de turbulencia política, los radicales ultranacionalistas, comandados por el cauto y astuto Nikola Pašić, tomaron el gobierno y lo conservaron hasta el final de la Gran Guerra.

El asesinato no solo colocó a Serbia en una nueva senda de confrontación con el imperio austrohúngaro, sino que también contribuyó a generar la cadena de acontecimientos que condujo al verano de 1914. En 1906, dando una clara muestra de que el nuevo régimen de Belgrado estaba decidido a liberarse del imperio austrohúngaro, el gobierno serbio, que hasta el momento le compraba la mayor parte de su armamento a la monarquía dual, firmó un sustancioso contrato con la firma francesa Schneider.[19] En represalia, el imperio austrohún-garo suspendió su tratado de comercio con Serbia y le cerró las fronteras a sus

exportaciones (principalmente de ganado), con el espurio pretexto de que los animales tenían enfermedades. La “guerra de los cerdos” duró hasta 1911, pero no logró doblegar a Serbia. Aunque su economía se resintió, los serbios consiguieron el apoyo de otros países, como por ejemplo Francia –que tenía dinero para prestar y armas para vender–, pero sobre todo Rusia.

El nuevo régimen de Belgrado no solo fue hostil desde el principio a su gran vecino del norte, sino además intensamente rusófilo. Rusia, mientras tanto, movida en parte por el sentimiento y en parte por el cálculo, llegó a sentirse en la obligación de defender a su hermano menor balcánico. Pero al hermanito no lo movían solo el odio y el miedo al imperio austrohúngaro, sino también unas grandes ambiciones. Los nacionalistas serbios recurrían a la historia para reclamar lo que en el siglo XIII había sido el reino del zar Dušan, y esto incluía las tierras al sur de Serbia, ocupadas principalmente por albaneses, búlgaros y turcos. Montenegro era más indiscutiblemente serbio, pero su familia gobernante estaba con frecuencia en pugna con la dinastía serbia, de modo que aquello tal vez tendría que esperar. Además, el rey montenegrino, el astuto Nicolás I, había casado muy bien a sus numerosas hijas, a dos con archiduques rusos, a otra con el heredero al trono de Italia y a otra con el propio rey Pedro de Serbia. Además de la historia, los nacionalistas serbios empleaban pruebas lingüísticas y étnicas para argumentar que los demás sudeslavos, los en su mayoría católicos croatas, y los musulmanes de Bosnia-Herzegovina, eran en realidad serbios renegados cuya religión debía de ser la ortodoxa; por tanto, Bosnia, Herzegovina, Dalmacia, Istria, Croacia y Eslovenia, todas comprendidas en el imperio austrohúngaro, podrían pasar a formar parte de una Gran Serbia. Hacia el siglo xx, el auge de un movimiento transnacional yugoslavo, que tomó su nombre del término serbocroata para “sudeslavo”, estaba siendo motivo de enorme preocupación para los Habsburgo, pues sus propios sudeslavos iban a Belgrado a celebrar congresos y mítines, y se hablaba con fervor de una eventual unión de serbios, croatas, eslovenos y búlgaros.[20]

Para los nacionalistas serbios, Bosnia-Herzegovina era simultáneamente una herida abierta y una tentación. La población de la provincia era serbia u ortodoxa (términos que eran prácticamente sinónimos) en un cuarenta y cuatro por ciento; musulmana en un treinta y tres por ciento; y croata o católica en alrededor del

veintidós por ciento.[21] Desde el punto de vista de los nacionalistas serbios, los croatas y los católicos podían considerarse parte de la nación serbia, aun cuando ellos mismos no fuesen conscientes. Estas provincias estaban bajo el control del imperio austrohúngaro, al que los nacionalistas serbios veían cada vez más como un enemigo, pero –y esto era importante– seguían perteneciendo nominalmente al imperio otomano. Si ese imperio desaparecía definitivamente, tal vez con un poco de ayuda de sus vecinos en los Balcanes, Bosnia y Herzegovina bien pudieran pasar a formar parte de una Gran Serbia. Esto a su vez le daría a Serbia una frontera con Montenegro y más unidad, así como un acceso al Adriático, cosa que Serbia, por no tener costas, necesitaba desesperadamente para su comercio. Algunos agitadores serbios ya estaban en acción en Macedonia, y a partir de 1900 se fueron trasladando cada vez más hacia Bosnia-Herzegovina. La prensa serbia, tanto en Belgrado como en Sarajevo, denunciaba la tiranía del imperio austrohúngaro y llamaba a los pueblos de las provincias a un levantamiento. En 1907, los serbios de Bosnia-Herzegovina celebraron sus propias elecciones a una asamblea nacional, que se reunió en Sarajevo, para exigir un estado independiente del imperio otomano.[22]

El imperio austrohúngaro, que había administrado las provincias de manera eficiente, aunque autocrática, tenía pocos partidarios en Bosnia-Herzegovina. Como los húngaros habían insistido en no invertir fondos comunes allí, ni construir siquiera ferrocarriles que no beneficiasen de algún modo a Hungría, Bosnia-Herzegovina continuó siendo una zona atrasada y más bien rural. En un infructuoso intento por captar a los terratenientes, que eran principalmente musulmanes, los gobernadores provinciales habían dejado intacto el arcaico sistema de latifundios, ganándose con ello la animadversión de los arrendatarios, serbios en su mayoría. Mientras que los musulmanes tendían a volver la vista hacia Constantinopla, los serbios miraban cada vez más a Belgrado. Solo los croatas mostraban alguna lealtad por el imperio austrohúngaro.[23] “Cuando estuve por primera vez aquí, en 1892 –escribió un prominente liberal desde Viena–, había una atmósfera de pujante progreso, bien meditado y lleno de fervientes esperanzas en el futuro; hoy en día, la tónica es la inactividad, la duda y la aprensión”.[24] Habría que reconocer que la monarquía dual aportó más seguridad que sus predecesores otomanos, y que logró algunos avances en las comunicaciones y en la educación; pero, como ocurrió a menudo en otros imperios coloniales, aquellos avances sirvieron también para crear una clase culta de nacionalistas.

Para cuando Aehrenthal ocupó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores, Serbia se había convertido para los líderes del imperio austrohúngaro en su vecino más peligroso en los Balcanes, y en una amenaza que socavaba el imperio en Bosnia-Herzegovina y despertaba anhelos nacionalistas entre sus propios sudeslavos. En el imperio austrohúngaro muchos sacaban la conclusión de que aquellos conflictos terminarían con la desaparición de Serbia. Conrad y sus colegas militares abogaban por resolver el problema declarando la guerra a Serbia y anexionándola al imperio. Aunque Aehrenthal en un inicio le dijo a Izvolski, su homólogo ruso, que su objetivo era preservar la paz en los Balcanes y mejorar las condiciones de los cristianos bajo el gobierno turco (y, por supuesto, mantenerse en los mejores términos con Rusia), ya en 1907 había perdido la esperanza de ganarse a Serbia por medios pacíficos.[25] En un memorándum del año siguiente, Conrad describía la perspectiva, prometedora para el imperio austrohún-garo, de que el creciente antagonismo entre Serbia y Bulgaria a causa de Macedonia desembocase en guerra. Aehrenthal esperaba que, de ser así, el imperio austrohúngaro podría hacerse con lo que quedase de Serbia. A la larga, podría emerger una Albania independiente, con costas en el Adriático y bajo la protección del imperio austrohúngaro. (De manera oportuna, los albaneses, posiblemente el pueblo más antiguo de los Balcanes, y con una lengua diferente a la de sus vecinos eslavos, estaban empezando a desarrollar un nacionalismo propio e independiente). En cuanto a Bulgaria, en el escenario ideal para Viena, quedaría severamente endeudada después de su guerra contra Serbia, y por tanto obligada a depender del imperio austrohúngaro.[26]

“Es necesario –escribió Aehrenthal en un memorándum en febrero de 1907–, poner fin a nuestra pasividad”. Mientras lidiaba con Serbia, el imperio austrohúngaro debería aprovechar y anexionarse Bosnia-Herzegovina. Esto ayudaría a compensar los territorios que la monarquía dual había perdido en la unificación de Italia. El emperador podía entonces otorgar una constitución a las nuevas provincias y unificarlas con las demás partes sudeslavas del imperio austrohúngaro, añadiendo así un tercer elemento a la monarquía dual.[27] Un imperio fuerte y revitalizado podría volver a desempeñar un papel independiente en los asuntos de Europa, en lugar de ser “serviles ovejas” de Alemania. El káiser había expresado el año anterior en la conferencia de Algeciras que el imperio ocupaba “un brillante segundo lugar”, y Viena estaba aún resentida por

ello. Aehrenthal le dijo a Berchtold, que lo había sucedido como embajador en San Petersburgo: “Considero que un énfasis fuerte en la alianza germano-austrohúngara, en las actuales circunstancias, no es muy inteligente, ni cumple ningún objetivo; al menos desde nuestra perspectiva”.[28]

Aehrenthal pensaba que la escena internacional de aquel momento favorecía que el imperio austrohúngaro consolidase su posición en los Balcanes, económica y políticamente, construyendo ferrocarriles; o que –y este era un elemento clave– regularizase el estatus de Bosnia-Herzegovina, incorporándola formalmente al imperio. A Alemania, que tenía miedo de verse aislada tras su revés en la crisis marroquí de 1905-1906, no le quedaría más opción que apoyar a su aliado. Francia mostraba buena disposición, y en cualquier caso estaba ocupada con su nuevo papel en Marruecos. Gran Bretaña, que tradicionalmente se había mostrado amistosa con el imperio austrohúngaro, representaba ahora un problema. Estaba estrechando relaciones con Rusia, y al demandar una intervención internacional para implementar reformas en Macedonia, estaba tratando de socavar la posición del imperio austrohúngaro en los Balcanes.[29] Eduardo VII había visitado a los reyes de España e Italia; ¿significaba esto un nuevo intento de cercar al imperio austrohúngaro y a Alemania?[30] No obstante, no era probable que Gran Bretaña interviniese en los Balcanes, a menos que los estrechos otomanos estuviese en peligro. Rusia, fuesen cuales fuesen sus sentimientos, quedó debilitada tras la guerra contra Japón, y sus tentativas de acercamiento a los británicos no habían cuajado todavía en una amistad. “Sí, sí –le dijo Aehrenthal a un colega de menor rango que intentó convencerlo de la necesidad de colaborar con Izvolski, el ministro ruso de Asuntos Exteriores–, pero obviamente (!!) si no nos apoya en las buenas y en las malas en los Balcanes, ¡yo seré el que recurra PRIMERO a los ingleses!”.[31]

Aehrenthal se daba cuenta de que remover las cosas en los Balcanes comportaba riesgos. El panorama internacional era en general favorable, según le dijo Aehrenthal al consejo de ministros comunes del imperio austrohúngaro en el otoño de 1907, pero contenía puntos problemáticos, como los propios Balcanes o Marruecos, y había fuerzas turbulentas desatadas por el mundo. “El escenario está preparado, los actores listos, solo falta el vestuario para que comience la función. La segunda década del siglo xx bien podría ser testigo de sucesos muy

graves. Y, en vista de todo el material inflamable que hay, podrían perfectamente desencadenarse incluso antes”.[32] En 1908 Aehrenthal estuvo cerca de inflamar ese material, pero la suerte se puso momentáneamente de parte suya, y del mundo.

A inicios de aquel año, Aehrenthal anunció a los delegados reunidos de Austria y Hungría que pretendía construir un ferrocarril hacia el sur, que atravesara el Sanjak de Novi Pazar, y que, penetrando en Macedonia, se comunicara con el ferrocarril otomano que llegaba hasta los puertos del Egeo, o hasta Constantinopla. Aunque Aehrenthal dijo como de pasada que el ferrocarril propuesto era meramente económico y que, por lo tanto, no contravenía ninguno de los acuerdos existentes sobre los Balcanes, nadie fuera del imperio austrohúngaro le creyó, ni tampoco gran parte de la prensa extranjera. Los serbios, con toda razón, veían el ferrocarril como un instrumento para afianzar el dominio del imperio austrohúngaro sobre el Sanjak, para impedir así una unión entre Serbia y Montenegro, y extender la influencia de la monarquía dual en el imperio otomano. Los británicos estaban convencidos de que el imperio austrohúngaro maniobraba en secreto para bloquear las reformas propuestas junto con los rusos para Macedonia, a cambio de que el sultán diese su aprobación al ferrocarril.[33] Otra cosa que inquietaba a los británicos era el otro miembro de la alianza dual. La carrera armamentista naval seguía su curso, y el Reichstag se aprestaba en marzo a aprobar otra de las mociones navales de Tirpitz. El ferrocarril propuesto venía también a debilitar otro proyecto que tenían los serbios y los rusos: construir un ferrocarril desde el Danubio hasta el Adriático, a través de Macedonia. Los rusos, que no habían sido advertidos debidamente, estaban furiosos con Aehrenthal; un ferrocarril, que en aquella época era un modo seguro de expandir la influencia política, contravenía su acuerdo de 1897 con el imperio austrohúngaro para respetar el statu quo en los Balcanes.[34] Izvolski, el frívolo y engreído ministro ruso de Asuntos Exteriores, tomó el ferrocarril del Sanjak como un insulto personal, y se quejó de Aehrenthal ante el embajador alemán: “Me ha arrojado una bomba entre las piernas”.[35] El ministro austrohúngaro de Asuntos Exteriores no se echó atrás; en cualquier caso, no necesitaba a Izvolski, al que consideraba un liberal peligroso y demasiado influenciado por el nuevo amigo de Rusia, Gran Bretaña.[36]

Pero Izvolski, que era objetivo con respecto a la débil posición de Rusia tras la guerra contra Japón, estaba dispuesto a continuar el diálogo con Aehrenthal acerca del resto de los planes de su homólogo –que el imperio austrohúngaro se anexionase de inmediato Bosnia-Herzegovina–, pues se percataba de que tal vez Rusia pudiera obtener en las negociaciones algo que siempre había deseado: algún tipo de control sobre los estrechos otomanos. Ambos ministros de Asuntos Exteriores habían iniciado sus conversaciones en persona en el otoño de 1907, cuando Izvolski visitó Viena, y estas continuaron por carta, a pesar del gran revuelo en torno al ferrocarril del Sanjak, hasta el verano de 1908. Aunque no marcó ningún calendario, Aehrenthal dejó bien claro que pretendía llevar a cabo la anexión. A cambio, estaba dispuesto a ceder los derechos del imperio en el Sanjak y a retirar sus guarniciones. Izvolski, quien, como él mismo comentara más tarde, no tenía con qué negociar, sugirió que Rusia aceptaría la anexión si el imperio austrohúngaro le brindaba su apoyo para modificar los acuerdos internacionales relativos a los estrechos otomanos, para que se les permitiera a los barcos de guerra rusos, y solo a ellos, moverse libremente entre el mar Negro y el Mediterráneo.

En junio Izvolski también recibió, o eso creía él, la garantía de otro respaldo. Para fortalecer la entente entre sus dos naciones, Eduardo VII y Nicolás II se reunieron aquel mes en sus respectivos yates junto al puerto báltico ruso de Reval (actualmente Tallin, en Estonia). Ambos monarcas y sus consejeros, una formidable selección –que incluía a Charles Hardinge, el jefe del ministerio de Asuntos Exteriores en Londres, el almirante Jacky Fisher, Stolipin e Izvolski–, discutieron asuntos de interés común, tales como los peligros de la carrera armamentista naval entre Gran Bretaña y Alemania, la tormentosa situación de Macedonia y un proyecto para compartir la construcción de un ferrocarril desde la costa sur de Persia hasta la frontera rusa en el norte de este país (que, convenientemente, competiría con el ferrocarril que Alemania tenía previsto construir desde Constantinopla hasta Bagdad).[37] Aunque Hardinge negaría después que los británicos hubiesen hecho ninguna promesa a los rusos en relación con el estrecho del Bósforo, Izvolski regresó a San Petersburgo firmemente convencido de que los británicos apoyarían una revisión favorable a Rusia de los acuerdos internacionales relativos al estrecho.[38]

La reunión de Reval tuvo otra consecuencia de gran alcance: el káiser vio en ella otra evidencia de que su tío y los otros “granujas” estaban conspirando para cercar a Alemania.[39] Esto ponía de relieve, una vez más, la importancia de la alianza con el imperio austrohún-garo. “Nosotros, aliados con Austria –se jactó Guillermo ante uno de sus oficiales navales favoritos con ocasión de la reunión en Reval–, no tememos una alianza de Francia, Rusia e Inglaterra, pues somos bastante fuertes. Nuestro ejército no tiene nada que envidiar a ningún otro, y nuestra armada no está hecha de cartón, aunque de momento no pueda equipararse a la inglesa”.[40] En el lejano sur, en el imperio otomano, los reformistas del comité para la unión y el progreso concluyeron que la reunión de Reval implicaba que Gran Bretaña y Rusia estaban planeando repartirse Macedonia.[41] A finales de julio, los “Jóvenes Turcos” se amotinaron contra el sultán y lo obligaron a aceptar una constitución. Esto a su vez forzó a que Aehrenthal acelerase su calendario para la anexión de Bosnia-Herzegovina. Si los Jóvenes Turcos lograban establecer un gobierno fuerte, serían un adversario mucho más difícil que el viejo sultán. Los diarios europeos informaron de que el viejo régimen de Constantinopla se proponía revertir la desintegración del imperio otomano en los Balcanes y demás regiones. Los Jóvenes Turcos invitaron deliberadamente a los habitantes de las dos provincias a enviar representantes al nuevo parlamento de Constantinopla.

Hacia el final del verano, Aehrenthal obtuvo la aprobación de su gobierno para llevar a cabo la anexión. También envió un memorándum a Izvolski, el 27 de agosto, en el que expresaba la esperanza de que Rusia se mostrara “amistosa y comprensiva” si las circunstancias obligaban al imperio austrohúngaro a anexionarse Bosnia-Herzegovina. En recompensa, repitió, el imperio austrohúngaro retiraría sus tropas del Sanjak. No se comprometió a nada más, alegando que esperaba que Rusia y el imperio austrohúngaro pudiesen trabajar juntos en aras de preservar el statu quo en el resto de los Balcanes. Ante Schoen, el amable e ineficaz ministro alemán de Asuntos Exteriores, Aehrenthal minimizó la posibilidad de que a Rusia le preocupara esta anexión: “El oso gruñirá y bramará, pero no morderá ni golpeará con sus zarpas”. Izvolski no tenía la menor intención de bramar: estaba dispuesto a aceptar la anexión, y lo único que quería era ver si Rusia podía obtener algo a cambio de no oponerse.[42]

El 16 de septiembre, Aehrenthal e Izvolski se reunieron discretamente en el castillo medieval de Buchlau, en Moravia, que pertenecía a Berchtold, el embajador del imperio austrohúngaro en San Petersburgo. Su objetivo era negociar un acuerdo satisfactorio para ambos sobre la anexión, y abrir el debate sobre los estrechos otomanos. A estas alturas, ambos ministros de Asuntos Exteriores se tenían ya una mutua antipatía y desconfianza; cuando Berchtold entró en la sala donde se reunían para decirles que el almuerzo estaba listo, los encontró furiosos. Aehrenthal afirmó más tarde que tuvo que oír a Izvolski quejarse del ferrocarril del Sanjak durante casi toda la mañana. Izvolski, por su parte, dijo sentirse completamente exhausto tras horas de "muy tormentosas negociaciones". Hacia el final del día, sin embargo, los dos hombres habían llegado al parecer a un acuerdo: Rusia se mostraría comprensiva si el imperio austrohúngaro tenía que anexionarse Bosnia-Herzegovina, y el imperio austrohúngaro abandonaría por su parte el Sanjak, apoyando además las propuestas de Rusia para la modificación de los acuerdos sobre los estrechos otomanos; y Montenegro y Serbia se podrían repartir el Sanjak si el imperio otomano se desmoronaba. Finalmente, y esto llegaría a ser muy importante, ambos reconocerían a Bulgaria si esta, en un futuro cercano, como parecía probable, declaraba su plena independencia. Cuando Izvolski le telegrafió las noticias a Nicolás, el zar quedó "extraordinariamente complacido".[43] Berchtold estaba tan encantado con que su castillo hubiese sido testigo de una reunión tan trascendental que de inmediato hizo colocar una placa conmemorativa.[44] Aehrenthal regresó a Viena e Izvolski se pasó la noche jugando al bridge con su anfitrión. Los rusos tenían acaso más suerte con los cartas que con las negociaciones internacionales.[45]

No se conservó ningún registro de la reunión, y cuando todo el asunto de Bosnia-Herzegovina estalló y se convirtió en una grave crisis internacional, ambos hombres dieron sus propias versiones de lo ocurrido; difiriendo, como era de esperar, en algunos detalles clave. ¿Consiguió Izvolski un acuerdo firme de compensación por parte de Aehrenthal, a saber, el apoyo ruso a la anexión y el apoyo austrohún-garo a que Rusia obtuviera lo que deseaba en los estrechos otomanos? Aehrenthal lo negaba. Queriendo exculparse, Izvolski afirmaría luego que Aehrenthal lo había traicionado al llevar a cabo la anexión demasiado pronto; según él, Rusia no había tenido tiempo de preparar a la opinión internacional para discutir el tema de los estrechos otomanos. Esto no es enteramente cierto: cuando Izvolski abandonó Buchlau, él sabía que la anexión

sobrevendría pronto, probablemente justo después de que las delegaciones de los parlamentos austriaco y húngaro celebrasen su reunión anual a comienzos de octubre.[46] Y puede que Izvolski hubiese planeado una traición por su parte, convocando una conferencia internacional de las potencias para autorizar la anexión. Como escribiera Izvolski a San Petersburgo poco después de la reunión en Buchlau: "Austria aparecerá en calidad de acusado, mientras que nosotros haremos el papel de los defensores de los eslavos balcánicos, e incluso de Turquía". (Aehrenthal insistiría más tarde en que lo más que aceptó pactar el imperio austrohúngaro fue una conferencia para ratificar la anexión una vez consumada).[47] Puede decirse, como mucho, que en Buchlau ambos hombres hicieron un trato cínico para obtener cuanto pudieran del imperio otomano, y ninguno de ellos previó el inmenso revuelo internacional que vendría después.

Tras la reunión en Buchlau, Izvolski emprendió una gira, planeada desde hacía tiempo, por las capitales de Europa, mientras que Aeh-renthal informaba a sus aliados, Alemania y Rusia, acerca de sus intenciones para con Bosnia-Herzegovina, sin darles una fecha específica. Pero la anexión no era el único movimiento en los Balcanes que se vio acelerado por el ascenso al poder de los Jóvenes Turcos. Bulgaria, irritada desde hacía tiempo por su estatus como parte del imperio otomano, se preparaba para aprovechar la ocasión y declarar su independencia. Izvolski había hecho su mejor esfuerzo por disuadir a los búlgaros; no quería que aquello pareciera un complot generalizado para destruir al imperio otomano. Además, los otomanos todavía eran lo bastante fuertes como para atacar a Bulgaria.[48] Aehrenthal no tenía esas preocupaciones. Cuando el príncipe Fernando visitó Budapest a finales de septiembre, Aehrenthal le dio a entender, con indirectas claras, que las cosas podrían estar a punto de cambiar en los Balcanes, y sugirió que Bulgaria tuviese cuidado. No le dijo a Fernando que el imperio austrohúngaro planeaba anexionarse Bosnia-Herzegovina el 6 de octubre, y Fernando, cuyo apodo de "el Zorro" no se había ganado por casualidad, no le dijo que Bulgaria iba a anunciar su independencia el día anterior.[49] Bulgaria llevó a cabo su plan y Fernando, que ahora ostentaba el título de zar, apareció vestido a la manera de un emperador bizantino, con ropas confeccionadas para él por un proveedor de trajes de atrezzo.[50] El anuncio austrohúngaro sobre Bosnia-Herzegovina llegó, según lo previsto, al día siguiente, y proclamó que la anexión tenía todo el respaldo de Rusia. Como los rusos nunca obtuvieron lo que esperaban a cambio –la apertura del estrecho para sus barcos de guerra–, se sintieron estafados. Por su parte, el imperio

austrohúngaro no se vio en la necesidad de compensarlos ni a ellos ni a Serbia, que también reclamaba Bosnia-Herzegovina. Juntas, la declaración de independencia búlgara y la anexión generaron una gran inestabilidad en los Balcanes, enemistaron a Rusia con el imperio austrohúngaro y arrastraron a los aliados de cada uno a una gran crisis internacional con conversaciones de guerra que duraron hasta la siguiente primavera.

La noticia de la anexión no fue una sorpresa total para Europa. El embajador del imperio austrohúngaro en París había entregado tres días antes una carta confidencial de Francisco José al presidente francés, pues este estaría ausente durante el fin de semana y los rumores sobre la anexión se habían filtrado inevitablemente. El embajador se mostró impenitente, escribiéndole a Aehrenthal: "Sé demasiado bien que soy impulsivo por naturaleza, pero a mi edad es difícil modificar un rasgo básico".[51] Berchtold, que llevó al zar una carta parecida, tuvo que perseguir el yate imperial por el golfo de Finlandia. Los rusos se molestaron por la rapidez con que tuvo lugar la anexión y por el hecho de no haber sido informados oficialmente hasta el día en que ocurrió. (Berchtold, de hecho, quería renunciar a su cargo de embajador del imperio austrohúngaro por considerar que Aehrenthal no había sido del todo honesto con Izvolski).[52] En la Duma y en la prensa, hubo una tempestad de protestas contra el traspaso de aquellas dos provincias habitadas por compatriotas eslavos a manos del imperio austrohúngaro, e Izvolski fue blanco de ataques cada vez más severos por no haber salvaguardado los intereses de Rusia en los Balcanes. Dentro del gobierno, los demás ministros estaban ya disgustados además por el hecho de que ni Nicolás ni Izvolski se hubieran molestado en informarles sobre las conversaciones con el imperio austrohúngaro hasta después de la reunión en Buchlau. Stolipin, el primer ministro, amenazó con renunciar, y él y Vladimir Kokóvtsov, el ministro de Finanzas, lideraron el ataque contra Izvolski una vez que la noticia de la anexión llegó a Rusia. Nicolás comenzó a evitar a su ministro de Asuntos Exteriores, y este sintió que su posición se iba debilitando con el paso de los meses.[53]

Alemania también se sintió ofendida por el modo en que se hizo el anuncio: el káiser opinaba que Aehrenthal no había jugado limpio con Rusia y se quejó de que se había enterado de la noticia por los periódicos. El veterano embajador del

imperio austrohúngaro, el conde Ladislaus Szögyény, se vio obligado a visitar a Guillermo en su pabellón de caza para suavizar las cosas. Después de un viaje de muchas horas en tren, el desdichado Szögyény fue llevado en lo que él describió como un "espléndido automóvil imperial", que al poco rato volcó.[54] A Guillermo le preocupaba, con razón, que Alemania pudiese perder la influencia en Constantinopla que había ido acumulando laboriosamente a lo largo de los años. También pensaba que Aehrenthal había alejado innecesariamente a Rusia, cuando la alianza dual todavía tenía esperanzas de separarla de la entente.[55] Al final, sin embargo, los alemanes sentían que no tenían más opción que respaldar a su principal aliado. En 1914 volverían a enfrentarse a este dilema.

En el imperio austrohúngaro hubo reacciones contrapuestas. En tanto el gobierno húngaro acogió positivamente el incremento territorial, dejó bien claro que no aceptaría un tercer miembro, Sudeslavia, en la monarquía dual. En consecuencia, el estatus de Bosnia-Herzegovina permanecería, como dijera un político húngaro, "flotando en el aire como el ataúd de Mahoma", bajo la administración del ministro adjunto de Finanzas en Viena.[56] A los sudeslavos del imperio, que empezaron a hacerse cada vez más activos políticamente, no les hizo excesiva gracia la anexión. La emergente coalición serbocroata dentro del parlamento croata se opuso de manera abierta. El gobernador de Croacia arrestó a unos cincuenta diputados y los acusó de traición. El juicio subsiguiente fue una farsa, con jueces parciales y pruebas endebles o falsificadas, y el veredicto de culpables tuvo que ser anulado. "Este juicio fue un fruto temprano de la política anexionista –escribió el principal periódico húngaro–. Todo absolutamente en él fue políti-co".[57] La falsificación también jugó un papel en otro juicio sensaciona-lista de la misma época. El doctor Heinrich Friedjung, un destacado historiador nacionalista, además de una figura política, publicó unos artículos en que alegaba tener pruebas de que algunos líderes importantes de la política sudeslava estaban pagados por Serbia. Resultó que los documentos habían sido convenientemente suministrados (y falsificados) por el ministerio de Asuntos Exteriores de la monarquía dual. Ambos juicios fueron una vergüenza para el gobierno, y para Aehrenthal en particular, y sirvieron para distanciar aún más a los sudeslavos del imperio.

Sin embargo, entre las clases dirigentes del imperio austrohúngaro, la noticia de

la anexión fue acogida con júbilo. “¡Hemos demostrado a Europa una vez más que aún somos una gran potencia! ¡Muy bien!”, escribió Francisco Fernando a Aehrenthal, aconsejándole luego que tratara con puño de hierro a las nuevas provincias y respondiera con balas o con un par de ahorcamientos ejemplares a cualquier intento serbio de infiltrar agitadores. El archiduque confiaba en que sería posible manejar cualquier reacción hostil por parte de las demás potencias. “La ira de Gran Bretaña es costosa, pero el gordo Eddy ya se habrá consolado con unas pocas botellas de champán y la compañía de un puñado de supuestas damas”.[58]

No iba a resultar tan fácil. En este punto, el ministerio de Asuntos Exteriores se hallaba dominado por la desconfianza hacia Alemania y la alianza dual. Los británicos también estaban molestos por el incumplimiento del imperio austrohúngaro de los acuerdos internacionales sobre los Balcanes, así como preocupados por el impacto que tendría esto para el imperio otomano. El gobierno liberal apoyaba a los Jóvenes Turcos, y no quería que se vieran debilitados. Y si el imperio otomano llegaba a colapsar los intereses británicos en el extremo oriental del Mediterráneo, quedarían amenazados. La política británica en esta crisis fue un delicado equilibrio entre apoyar al imperio otomano, contrarrestar la influencia alemana y austrohúngara en la región, y mantenerse en los mejores términos posibles con Rusia, sin llegar a respaldar las modificaciones que esta quería en los acuerdos sobre los estrechos otomanos. (Los británicos sugirieron al final abrirlos a los barcos de guerra de todos los países; naturalmente, esto era lo último que los rusos deseaban).[59]

Desde el punto de vista británico, la crisis llegó en un mal momento. La amenaza naval, con sus temores de una invasión alemana, estaba en su apogeo (un diputado dijo saber con certeza que unos agentes alemanes habían escondido cincuenta mil rifles máuser y siete millones de cartuchos en el corazón de Londres),[60] y el gobierno tenía que afrontar las peticiones de más presupuesto para la armada británica. A finales de octubre, The Daily Telegraph publicó su famosa entrevista con el káiser, en la que Guillermo culpaba al gobierno británico de las malas relaciones entre Gran Bretaña y Alemania, lo que excitó a la opinión pública británica contra Alemania. Como comentara Grey al embajador británico en Berlín: “En estos momentos no es seguro para ninguna

nación incurrir en provocaciones”.[61] Para empeorar las cosas, hubo una grave crisis entre Francia y Alemania, que comenzó a causa de tres desertores alemanes de la legión extranjera francesa en el norte de África. El 25 de septiembre, los franceses habían capturado a los desertores, que estaban siendo ayudados por el cónsul alemán en Casablanca. El gobierno alemán exigió de inmediato una disculpa y, como de costumbre por aquellos años, se empezó a hablar enseguida de guerra. Hacia el mes de noviembre, el gobierno británico estaba considerando seriamente sus opciones en caso de que comenzaran las hostilidades entre Francia y Alemania.[62] Por fortuna, la cuestión quedó zanjada cuando ambas partes acordaron remitirse a un arbitraje.

Además del incidente de Casablanca, los franceses estaban absortos ante todo en sus problemas internos, con un auge de la militancia entre las clases trabajadoras, y con el nuevo y agresivo nacionalismo de la derecha. Lo último que deseaba Francia era verse arrastrada a una disputa en los Balcanes, donde apenas tenía intereses. Al igual que Gran Bretaña, quería estabilidad en el imperio otomano y paz en los Balcanes. El setenta u ochenta por ciento de la deuda del imperio otomano, Serbia y Bulgaria estaba en poder de inversores france-ses.[63] No obstante, aunque al ministro de Asuntos Exteriores de aquel momento, Stephen Pichon, no le gustaban Rusia ni la alianza rusa, reconocía que Francia no tenía otra opción que respaldar a su aliado, de modo que denunció la anexión y apoyó el llamamiento de Rusia a una conferencia internacional. En privado, los franceses informaron a los rusos de que Francia esperaba cooperar con Gran Bretaña en el tema de los estrechos otomanos y, al agravarse la crisis, exhortaron a los rusos a ser razonables y encontrar una solución pacífica.[64]

En Constantinopla, hubo ataques a los negocios austrohúngaros y se acosaba en la calle a ciudadanos de la monarquía dual, mientras que el gobierno otomano apoyaba un boicot comercial contra el imperio austrohúngaro. La reacción más furiosa de todas se produjo, comprensiblemente, en Serbia. Inmensas manifestaciones desfilaron por las calles de Belgrado y una turba trató de destrozar las ventanas de la embajada austrohúngara. El príncipe heredero dijo que él, como todos los serbios, estaba dispuesto a morir por una Gran Serbia. (Nunca tuvo oportunidad de hacerlo: se le retiró de la sucesión al año siguiente por matar a patadas a un sirviente en un ataque de furia, y murió de viejo en la

Yugoslavia de Tito en 1972). Se creó un nuevo grupo paramilitar, Narodna Odbrana [defensa nacional], que jugaría un importante papel en la política de los años siguientes, y algunos voluntarios serbios, con la complicidad del gobierno, se filtraron por las fronteras de Bosnia-Herzegovina para fomentar la oposición al imperio austrohúngaro.[65]

El gobierno serbio envió representantes a toda Europa para conquistar a la opinión pública. Además, exigió una compensación; aunque carecía de bases legales para ello. "¡Dadnos un pasto o un molino! –rogó el embajador serbio en Londres a su homólogo austro-húngaro–, cualquier cosa para aplacar a nuestro país".[66] Pero Serbia pedía mucho más: el Sanjak de Novi Pazar, que le permitiría comunicarse con Montenegro, e incluso revertir la anexión. Montenegro también pidió una compensación: en concreto, el fin de las condiciones impuestas por el acuerdo de 1878 que le impedía, entre otras cosas, tener una armada. Tanto Serbia como Montenegro tomaron medidas para movilizar a sus ejércitos y encargaron nuevas armas en el extranjero.[67] Como presagio ominoso de lo que vendría después, los funcionarios serbios hablaban de ir a la guerra si fuera necesario. A finales de octubre, Nikola Pašić, que sería primer ministro en 1914, exhortó a los líderes rusos, incluido el propio zar, y a sus ministros, así como a otros prominentes paneslavistas, a mantenerse firmes contra el imperio austrohúngaro, pasara lo que pasara. En una conversación con Izvolski, Pašić insinuó que Serbia pudiera verse obligada a actuar por su cuenta, "si se trata de la existencia, el honor y la dignidad del pueblo".[68]

Izvolski, que hacía unas pocas semanas se vanagloriaba del éxito de sus negociaciones con el imperio austrohúngaro, quedó consternado ante la reacción internacional y, según sus propias palabras, furioso con Aehrenthal por la anexión prematura, antes de que Rusia hubiera podido organizar sus propias demandas. Los rusos, dijo cruelmente Berchtold, dejaron de ser un exuberante pavo real para convertirse en un pavo frenético.[69] A Aehrenthal, habiendo conseguido lo que deseaba y contando con el apoyo alemán, no le preocupaba esto en absoluto. Cuando Izvolski denunció a voces la traición de Aehrenthal, este simplemente amenazó con revelar sus anteriores comunicaciones secretas y su propia versión del trato en Buchlau, lo que debilitaría los alegatos de Izvolski de que él no sabía nada. Aehrenthal se negó rotundamente a celebrar la

conferencia internacional en que ahora insistía Izvolski, así como a conceder compensación alguna al imperio otomano, y mucho menos a Serbia o a Montenegro, por mucho que dijesen o hiciesen los dos estados balcánicos.

Conrad, que había apoyado decididamente la anexión, instó a su gobierno a aprovechar la oportunidad para librar una guerra preventiva contra Serbia y Montenegro, y también contra Italia, si daba señales de intervenir: prometió que podía derrotar a los tres fácilmente. El imperio austrohúngaro era capaz de desplegar más de 700.000 hombres a lo largo de sus fronteras meridionales; mientras que Serbia tenía como máximo 160.000; Montenegro solo 43.000; e Italia, que muy probablemente no combatiría, 417.000. Además, el equipamiento y la instrucción del imperio austrohúngaro eran muy superiores a los de sus enemigos.[70] Una vez derrotada, Serbia quedaría incorporada al imperio. Para Aehrenthal, que comprendía las dificultades políticas, esto último era demasiado; lo más que haría con Serbia sería obligarla a integrarse en una unión aduanera. Aunque prefería dirimir el conflicto por el camino diplomático más barato, ciertamente, no descartaba la guerra.[71] Cerca del inicio de la crisis, escribió a Francisco Fernando: "Acaso sea inevitable el conflicto entre nosotros y Serbia en el curso de los próximos meses, y tan pronto esto sea evidente, abogo por demonizar a Serbia con toda la energía posible".[72]

Durante todo aquel invierno de 1908-1909, dijo un funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores en Viena, la guerra pareció a punto de estallar.[73] Conrad logró que el gobierno aprobase acelerar los preparativos de guerra: encargó nuevos armamentos, trasladó fuerzas a Bosnia-Herzegovina y retrasó la desmovilización de los reclutas cuyo servicio había terminado. Asimismo, incrementó sus fuerzas en la frontera del imperio austrohúngaro con Serbia y se preparó para movilizar fuerzas en Galitzia, cerca de la frontera con Rusia.[74] Francisco Fernando, a pesar de su odio hacia los "bellacos balcánicos", procuró frenar el decidido impulso belicista de Conrad. "Por favor, contenga a Conrad –le escribió el archiduque al ayudante de este–, tenemos que detener este belicismo. Sería tentador aplastar a los serbios […] ¿pero de qué nos sirven tan fáciles laureles cuando nos arriesgamos a una guerra imposible en tres frentes? Ahí sí que se acabaría la canción".[75] Desafortunadamente, para cuando estallara otra crisis en los Balcanes en 1914, Francisco Fernando ya no estaría allí para

abogar por la mesura.

Mientras Aehrenthal disfrutaba del éxito de su anexión, Izvolski, que estaba en París al conocerse la noticia, continuó su cada vez más desesperada gira por las capitales europeas, tratando de recabar apoyo al menos para una conferencia internacional. (Bülow comentó maliciosamente que en realidad demoraba su regreso a San Peters-burgo porque la bella y extravagante madame Izvolski quería hacer sus compras de navidad).[76] Los propios aliados de Rusia a lo único a lo que se ofrecieron fue a promover el fin de la crisis. Cuando aquel noviembre los rusos preguntaron a quemarropa a Grey qué haría Gran Bretaña si Rusia declaraba la guerra al imperio austrohúngaro por los Balcanes, este intentó ganar tiempo: “Depende enormemente de cómo empezare la pelea, y quién fuere el agresor”. En privado, sin embargo, Grey dijo a sus colegas más próximos: “Sería muy difícil para Gran Bretaña no implicarse”.[77] En Berlín, Bülow se mostró solidario (no había perdido aún la esperanza de reconquistar Rusia), pero le dijo que Alemania no podía hacer nada. Los alemanes sabían que la situación financiera de Rusia era mala y calculaban, acertadamente, que no estaba en posición de combatir. El káiser escribió alegremente “farol” en los memorandos que llegaban a su despacho con la noticia de que Izvolski amenazaba con ir a la guerra.[78] Cuando este regresó a San Petersburgo a principios de noviembre, Berchtold lo encontró roto. “Yacía desmadejado en su butaca. Tenía los ojos apagados, la voz ronca, y hablaba como un moribundo”.[79] Izvolski tenía buenas razones para estar deprimido; había logrado que Rusia pareciera débil y aislada a ojos del mundo, y su propia posición había quedado gravemente dañada. Sus mismos colegas, liderados por Stolipin, dejaron claro que Izvolski ya no podía tener carta blanca en política internacional, sino que debía consultar con el consejo de ministros. Para empeorar las cosas, resultó que ni él ni nadie en el ministerio de Asuntos Exteriores ruso, como Aehrenthal señaló muy complacido, sabían que Rusia había acordado un par de veces, en las décadas de 1870 y 1880, no oponerse a la anexión de Bosnia-Herzegovina. “Comprenderás –escribió el zar a su madre–, qué sorpresa tan desagradable es esta, y en qué posición tan embarazosa estamos”.[80]

La llegada del invierno a los Balcanes volvió improbable la perspectiva de la guerra hasta marzo del año siguiente; pero las intensas gestiones diplomáticas

continuaron. En tanto Gran Bretaña, Francia y Rusia seguían insistiendo públicamente en una conferencia, la primera de ellas, en realidad, estaba dispuesta a firmar acuerdos bilaterales. Tomó la iniciativa de promover un convenio entre Bulgaria y el imperio otomano, en el cual los otomanos reconocieran la independencia de Bulgaria a cambio de una compensación que cubriese, por ejemplo, los ferrocarriles que habían sido construidos con financiación otomana. Aunque el zar Fernando (como se llamaba ahora) había prometido ser un manso corderito, se negó a pagar la suma exigida por los otomanos y amenazó con declararles la guerra. Los británicos convencieron a los rusos para que aportasen los fondos necesarios. En principio se llegó a un acuerdo en diciembre de 1908, pero el regateo por los flecos se extendió hasta abril del año siguiente.[81]

A comienzos de 1909, el imperio austrohúngaro y el imperio otomano también habían pactado que el primero le pagaría al segundo una indemnización a cambio de que este reconociese la anexión. Aquí Gran Bretaña intervino a favor del imperio otomano, recibiendo por ello un pago importante. Esto sirvió para persuadir a la opinión pública del imperio austrohúngaro de que Gran Bretaña era un enemigo decidido, capaz incluso, según creía Aehrenthal, de utilizar los conflictos balcánicos para desatar una guerra general a fin de vérselas con la armada alemana. “Si Inglaterra espera someternos –le dijo a Friedjung–, encontrará en mí entonces a un firme adversario, que no le hará fácil la victoria”.[82] En ambos países, la prensa pasó al ataque con entusiasmo. La larga amistad entre Gran Bretaña y el imperio austrohúngaro durante todo el siglo xix fue cayendo en el olvido a medida que las líneas divisorias de Europa iban quedando claramente establecidas.

La cuestión más difícil de zanjar a raíz de la anexión era el tema de la compensación a Serbia; complicada por el hecho de que Rusia respaldaba sus demandas, mientras que Alemania apoyaba al imperio austrohúngaro. Lo más que Aehrenthal estaba dispuesto a ofrecer a Serbia eran algunas concesiones económicas, como el acceso a un puerto en el Adriático; pero solo si Serbia reconocía la anexión y accedía a convivir pacíficamente con el imperio austrohúngaro. El gobierno serbio se mantuvo intransigente, y, cuando la primavera derritió las nieves balcánicas, los rumores de guerra volvieron a

recorrer las capitales de Europa. El gobierno alemán, recordando su derrota en la pasada crisis marroquí, respaldaba firmemente a su aliado. “Esta vez –decía Kiderlen, el ministro alemán interino de Asuntos Exteriores–, los otros están a punto de ceder”.[83] Lo que por entonces no se había hecho público era que Alemania le había asegurado al imperio austrohúngaro que, si una guerra de este con Serbia conducía a una intervención rusa, los términos de la alianza dual entrarían en vigor y Alemania se uniría al imperio austrohúngaro en la fuerza. Esa misma promesa la iba a repetir en la crisis de 1914.

En San Petersburgo, Stolipin, que continuaba oponiéndose a la guerra, le dijo a comienzos de marzo al embajador británico que la opinión pública rusa estaba tan firmemente a favor de Serbia que el gobierno no podría resistirse a acudir en su defensa: “Rusia tendría en tal caso que movilizarse, y entonces sería inminente una conflagración general”.[84] En Berlín, donde el incidente de The Daily Telegraph estaba creando su propia crisis, el partido que abogaba por la guerra, que incluía a militares de alto rango, la veía como un medio para que Alemania lograse escapar de sus problemas, tanto internos como internacionales.[85] Al káiser, que todavía estaba recuperándose del colapso provocado por aquel incidente, no le entusiasmaba en exceso la idea de la guerra, pero al parecer tampoco se opuso activamente a ella. Andaba demasiado ocupado, dijo un cortesano, “en asuntos urgentes tales como los nuevos tipos de correas y pasadores para las cadenas de los yelmos, las costuras dobles para los pantalones de los soldados y sus frecuentes inspecciones del guardarropa”.[86] En Viena, Aehrenthal hablaba de la guerra con toda naturalidad: “El pillo serbio quería robar las manzanas de nuestro jardín: lo hemos atrapado, y solo lo dejaremos ir si promete enmendarse para siempre”.[87]

A mediados de marzo el gobierno serbio rechazó el ofrecimiento del imperio austrohúngaro en un tono que los británicos encontraron innecesariamente provocador. Mientras Aehrenthal redactaba una respuesta, el gobierno alemán decidió actuar, enviando una suerte de ultimátum a San Petersburgo con el mensaje de que el gobierno ruso tenía que reconocer la anexión. Si Alemania recibía “cualquier respuesta evasiva, condicional o poco clara”, esta sería tomada como una negativa de parte de Rusia: “Entonces nos retiraremos y dejaremos que los acontecimientos sigan su curso”.[88] El 23 de marzo, el gobierno ruso,

informado por su ministro de la Guerra de que su ejército no podía aspirar a enfrentarse al imperio austrohúngaro, ca-pituló.[89] Serbia cedió una semana más tarde, y envió una nota a Viena en la que prometía dejar de protestar por la anexión, desistir de sus preparativos militares y disolver las milicias voluntarias que habían surgido, así como coexistir con el imperio austrohúngaro "en términos amistosos y de buena vecindad".[90] En San Petersburgo, Berchtold invitó a Izvolski y Nicolson, el embajador británico, y a sus esposas, a una cena de "fin de crisis".[91] El káiser envió al zar un huevo de Pascua en agradecimiento por ayudar a preservar la paz.[92] Un tiempo después dijo públicamente en Viena que él mismo había preservado la paz permaneciendo hombro con hombro con Francisco José, como un caballero de brillante armadura.[93]

Pese a la firme postura de Alemania, lo cierto es que la crisis generó preocupaciones entre sus líderes acerca de la preparación del país para la guerra. Bülow, que inicialmente había sido gran partidario de Tirpitz y su programa naval, tenía ya problemas para que el Reichstag aprobase los fondos necesarios. Y, como le dijera a Holstein poco antes de la anexión: "No podemos debilitar el ejército, pues nuestro destino se decidirá en tierra firme". Durante la misma crisis, Bülow le preguntó a quemarropa a Tirpitz si la armada sería capaz de resistir un ataque británico. El almirante recurrió a su respuesta habitual: "En unos pocos años, nuestra flota será tan fuerte que un ataque, incluso por parte de Gran Bretaña, implicaría una grave riesgo mili-tar".[94] Antes de ser relevado de su cargo en el verano de 1909, Bülow comenzó a explorar la posibilidad de poner fin a la carrera armamentista naval con Gran Bretaña. Su sucesor, Bethmann Hollweg, era básicamente de la misma opinión, y encontró un público receptivo en Gran Bretaña, donde los elementos radicales en el gabinete y en el parlamento, liderados por Lloyd George, el ministro de Hacienda, estaban decididos a recortar el presupuesto y a aligerar las tensiones con Alemania. Las conversaciones comenzaron en el otoño de 1909 y continuaron hasta el verano de 1911, cuando se vieron interrumpidas por una nueva crisis a causa de Marruecos. Sus probabilidades de éxito, entonces o después, resultan debatibles. Tirpitz y el káiser, cuya palabra era en definitiva inapelable, estaban dispuestos a reducir el ritmo de su construcción de navíos, pero solo hasta el punto de tener dos barcos grandes alemanes por cada tres ingleses, lo cual era un margen demasiado estrecho para que los británicos lo aceptasen. Y, a cambio de ralentizar la construcción naval, Alemania esperaba también un convenio político, en el que Gran Bretaña prometiese permanecer neutral si Alemania

entraba en guerra con otra potencia europea. Para Gran Bretaña, donde la desconfianza hacia Alemania estaba ya profundamente arraigada en el ministerio de Asuntos Exteriores y en las mentes de los miembros del consejo de ministros, especialmente en la de propio Grey, semejante promesa, que hubiera debilitado o destruido la triple entente, era sumamente improbable. Lo que en realidad querían los británicos era un acuerdo militar que les permitiera recortar significativamente los gastos navales. Solo entonces estarían dispuestos a hablar de un acuerdo político. Aunque el diálogo entre ambas partes comenzó en el otoño de 1909, el gobierno alemán y el británico permanecieron distanciados, y las conversaciones no habían logrado gran cosa cuando la otra crisis de 1911, a causa de Marruecos, vino a interrumpirlas.

Al igual que en la crisis marroquí pasada y en la que estaba por venir, el caso de Bosnia dejó una estela de recuerdos, a menudo amargos, y a la vez pareció aportar lecciones. Conrad se desesperaba al ver desvanecerse la oportunidad de una guerra preventiva. Escribió a un amigo: “con esta resolución de la crisis de los Balcanes mil esperanzas […] han quedado sepultadas para mí. He perdido también el gusto por mi profesión, y en consecuencia aquello que me ha sostenido en todas las circunstancias desde que tenía once años”.[95] Después escribiría un largo memorándum argumentando que hubiera sido mejor lidiar militarmente con Serbia durante la crisis en lugar de posponer el conflicto inevitable. En el futuro, el imperio austrohúngaro se enfrentaría a la opción de librar una guerra en varios frentes, o hacer “concesiones de vasto alcance” que quizá lo destruyeran también. Sin embargo, Conrad sacaba al menos una conclusión alentadora: la movilización, junto con el ultimátum alemán, habían logrado que Rusia y Serbia se echasen atrás. Aehrenthal estaba de acuerdo: “Un ejemplo de manual de cómo el éxito solo es seguro si uno cuenta con la fuerza necesaria para salirse con la suya”.[96] Imprudentemente, no hizo el menor intento por mostrarse magnánimo con Rusia, diciendo de Izvolski: “Las controversias con este mono apestoso me tienen harto y he decidido no tenderle la mano”.[97] Aunque Aehrenthal murió de leucemia en 1912, sus opiniones antiserbias y antirrusas, así como su idea de que el imperio austrohúngaro debía tener una política exterior activa, consolidando en particular su presencia en los Balcanes, ejercieron un fuerte influjo en la joven generación de diplomáticos, algunos de los cuales desempeñarían un papel clave en los sucesos de 1914.[98]

Los rusos, por su parte, no tenían deseo alguno de mejorar las relaciones con el imperio austrohúngaro ni con Alemania. Izvolski, que sería relevado de su cargo tras un periodo de cortesía, y enviado a París como embajador ruso, culpaba a Aehrenthal de destruir el acuerdo entre sus dos países sobre los Balcanes, y advirtió al embajador alemán de que su rivalidad estaba ahora destinada a desembocar en un conflicto.[99] Después de recibir el ultimátum alemán, el zar le escribió a su madre: "Es muy cierto que la forma y el método de la acción alemana –hacia nosotros– han sido simplemente brutales, y no lo olvidaremos". Alemania, proseguía diciendo, estaba intentando separar a Rusia de sus aliados, Francia y Gran Bretaña: "Tales métodos tienden a producir el resultado opuesto".[100] El desenlace de la crisis bosnia, dijo un diputado de la Duma, fue "un Tsushima diplomático", tan perjudicial en sí como la desastrosa derrota en la guerra ruso-japonesa. La Duma aprobó de inmediato otro incremento presupuestario para la defensa. Entre los militares se hablaba cada vez más de prepararse para el siguiente asalto con el imperio austrohúngaro, que con certeza tendría lugar en unos pocos años.[101] Los rusos de todas las clases sociales, escribió Nicolson a Grey, sentían una gran vergüenza por haber abandonado a sus hermanos eslavos: "Rusia ha sufrido una profunda humillación y ha renunciado al papel que tradicionalmente había jugado en el sudeste de Europa, y en cuyo desempeño había hecho tan grandes sacrificios en el pasado".[102] Tales recuerdos no se habían desvanecido seis años después.[103] En vísperas de la Gran Guerra, Jaurès exclamó ante unos periodistas franceses: "¿Vamos a desatar una guerra mundial porque Izvolski sigue furioso por el engaño de Aehrenthal acerca de la cuestión bosnia?".[104] La respuesta tendría por fuerza que ser sí, en parte; aunque son muchos los eslabones de la cadena de sucesos que condujo a 1914.

La crisis bosnia fortaleció la alianza dual entre Alemania y el imperio austrohúngaro. Aunque empeoró las relaciones entre el imperio austrohúngaro e Italia, el tercer miembro de la triple alianza, que había estado plenamente al tanto de los preparativos de guerra de la monarquía dual en su contra. En el otoño de 1909, el rey italiano, Víctor Manuel III, recibió al zar y a Izvolski en Racconigi, su pabellón real de caza en el extremo nordeste de Italia. La comitiva rusa dio un ostentoso rodeo por Alemania para no pisar el suelo del imperio austrohúngaro. Italia también aumentó su presupuesto para la defensa; iniciando una carrera armamentista de acorazados en el Adriático con el imperio austrohúngaro, y reforzando sus fortificaciones y sus tropas a lo largo de su frontera terrestre común. Por su parte, el imperio austrohúngaro, que, además de Italia, tenía otros

enemigos de los que preocuparse, también incrementó abruptamente su presupuesto –en más del setenta por ciento entre 1907 y 1912–, durante y después de la crisis.[105]

Si bien la crisis generó también tensiones en la triple entente, no logró dañarla de gravedad. De hecho, Francia, Gran Bretaña y Rusia se acostumbraron aún más a consultarse mutuamente sobre cuestiones internacionales. El ministro francés del ramo, Stephen Pichon, dio instrucciones a sus embajadores para que colaborasen en líneas generales con los dos socios de Francia.[106] Aunque Gran Bretaña continuaba insistiendo en su libertad de acción, durante esta crisis había demostrado su lealtad a Rusia, tal como la había demostrado ante Francia, y ante el mundo, cuando la crisis de Marruecos. Solo Italia mantuvo una cierta distancia con respecto a sus socios de la triple alianza, al tiempo que sostenía buenas relaciones con la triple entente. Las otras potencias se sentían cada vez más sin otra opción que mantener la posición que tenían, pues tanto el imperio austrohúngaro y Alemania, como Rusia y Francia, se necesitaban mutuamente. Y así como la crisis anterior por Marruecos había llevado a los británicos a iniciar serias conversaciones militares con los franceses, esta crisis puso en marcha los diálogos Conrad-Moltke.

En los Balcanes, el final de la crisis no trajo estabilidad ni paz. El imperio otomano quedó, si cabe, más resentido aún por la injerencia extranjera en sus asuntos. A Bulgaria, su independencia la aplacó solo temporalmente, pues todavía soñaba con la Gran Bulgaria que se constituyó brevemente en 1878, y miraba con añoranza a los territorios ma-cedonios. Y hacerse con el Sanjak, que Aehrenthal había abandonado en un gesto de buena voluntad hacia el imperio otomano, seguía siendo una tentación para Serbia y Montenegro, en caso de que los otomanos, como era más que probable, continuaran debilitándose. Serbia se había visto obligada a someterse al imperio austrohúngaro, pero no tenía intenciones de cumplir sus promesas. Subrepticiamente, enviaba apoyo a un movimiento en favor de la Gran Serbia, y se dedicaba a mejorar su ejército. Gracias a unos generosos préstamos franceses, fue capaz de construir sus propias fábricas de armamentos, y también de comprar armas a Francia (los británicos se quedaron fuera de este mercado debido sobre todo a su socio de la entente).[107] Las relaciones de Serbia con el imperio austrohúngaro siguieron deteriorándose.

Ambos países estaban peligrosamente obsesionados el uno con el otro.

Rusia, movida en parte por su opinión pública, y con deseos de vengarse del imperio austrohúngaro, continuó interviniendo en los Balcanes. Sus diplomáticos se esforzaban por promover una liga de estados balcánicos bajo la tutela de Rusia, la cual actuaría como barrera contra nuevos avances de la monarquía dual en los territorios balcánicos y del imperio otomano; liga que Rusia, con el tiempo, esperaba convertir en su aliado contra el imperio austrohúngaro. Los lazos de Rusia con Serbia, en particular, se volvieron más fuertes. En 1909 Nicholas Hartwig, un franco defensor de una política rusa activa en los Balcanes, fue nombrado embajador de Rusia en Belgrado. Este "reposado y barbudo moscovita, engañosamente cordial", en palabras de Berchtold, era un ardiente nacionalista ruso y un paneslavista que odiaba con pasión al imperio austrohúngaro (aunque, curiosamente, Viena era su ciudad favorita del mundo, y la visitaba a cada oportunidad). Hartwig, que aún seguía allí en 1914, era voluntarioso y enérgico, y rápidamente se ganó un puesto de considerable influencia en Serbia, desde el que alentó a los nacionalistas serbios en sus aspiraciones de una Gran Serbia.[108]

Un año después de que estallara la crisis bosnia, Hardinge, el jefe del ministerio de Asuntos Exteriores británico, le escribió al embajador británico en Viena: "Comparto plenamente sus ideas acerca de la absoluta necesidad de algún tipo de entendimiento entre Austria y Rusia en cuanto a la política en los Balcanes; de otro modo, es improbable que se logre una paz duradera en esas regiones por muchos años […] Cualquier otra política acabará inevitablemente en una guerra europea".[109] Por desgracia, tal entendimiento nunca volvió a producirse. Europa gozaría de tres breves años de paz antes de la siguiente crisis y de la que vendría después. Y con cada crisis, las dos agrupaciones de potencias de Europa se fueron convirtiendo cada vez unas en genuinas alianzas, cuyos miembros estaban dispuestos a apoyarse mutuamente en las buenas y en las malas.

XV

1911: EL AÑO DE LAS DISCORDIAS. OTRA VEZ MARRUECOS

El 1 de julio de 1911, el Panther, una lanchita bombardera alemana con "dos cañones de juguete", como dijera despectivamente el káiser, atracó junto al puerto de Agadir, en la costa atlántica de Marruecos.[1] Pequeño, polvoriento y silencioso, Agadir, que estaba cerrado al comercio extranjero, había escapado hasta ese momento a los intereses de los imperialistas occidentales. Se rumoreaba que había yacimientos minerales tierra adentro, en el macizo del Atlas; pero solo un puñado de firmas, alguna de ellas alemana, habían emprendido exploraciones. Había algo de pesca –las sardinas de la zona tenían fama de deliciosas– y unos pocos cultivos aquí y allá, en los sitios con suficiente agua. Un representante alemán en la localidad informó de que las ovejas y las cabras parecían flacas y poco saludables. "Ciertamente, no era un área que ofreciese gran cosa a los granjeros alemanes. Para colmo, el clima era insoportable".[2]

El gobierno alemán afirmaba haber enviado el Panther a Agadir, así como el mucho más imponente crucero ligero Berlin, que llegó a los pocos días, para proteger a los ciudadanos alemanes del sur de Marruecos. Con el descuido de los detalles y la proclividad a parecer culpable que caracterizó a todos los implicados en el incidente, el ministro alemán de Asuntos Exteriores solo informó a posteriori a las demás potencias con intereses en Marruecos, lo que tuvo el efecto de disgustarlas más aún. Los alemanes tampoco explicaron satisfactoriamente para qué necesitaban enviar barcos a Agadir. El ministerio de Asuntos Exteriores solo se avino a obtener apoyo para su queja –la de que los intereses y los súbditos alemanes se hallaban en peligro en el sur de Marruecos– un par de semanas antes de que el Panther llegara a las costas de Agadir, pidiéndoles a doce compañías alemanas que firmasen una petición (que la mayoría de ellas ni se molestó en leer) solicitando la intervención alemana. Cuando el canciller alemán, Bethmann, presentó esta historia ante el Reichstag,

fue recibido con risas. Tampoco había ningún ciudadano alemán en el propio Agadir. El representante local de los intereses de Warburg, que se encontraba a unos cien kilómetros al norte, echó a andar hacia el sur el 1 de julio. Tras un duro viaje a caballo por senderos pedregosos, llegó a Agadir el día 4, y agitó inútilmente los brazos para llamar la atención del Panther y el Berlin. El único representante de los alemanes amenazado en el sur de Marruecos fue finalmente detectado y recogido al día siguiente.[3]

En Alemania, sobre todo entre la derecha, la reacción a la noticia de la que dio en llamarse "la primavera del Panther" fue de aprobación, de alivio ante el fin de la "humillación", y de júbilo al ver que Alemania entraba en acción finalmente. Tras sus anteriores reveses en Marruecos y en la consecución de colonias en general, con el temor de verse rodeada en Europa por las potencias de la entente, Alemania estaba haciéndose respetar. "El soñador alemán despierta después de veinte años, como la bella durmiente", decía un periódico.[4] Las demás potencias, Francia en particular, pero también Gran Bretaña, no lo veían así, sino como un nuevo conflicto colonial que perturbaba la paz de Europa y como otra amenaza para la estabilidad internacional. La crisis también llegó en un momento en que los gobiernos de Europa se hallaban ya absortos en problemas internos. En 1911, las economías de todo el continente estaban entrando en recesión. Los precios subían por encima de los salarios, algo que afectaba duramente a las clases más pobres. Las clases trabajadoras aumentaban su militancia: en 1910, por ejemplo, Gran Bretaña tuvo 531 huelgas, con unos 385.000 trabajadores implicados; en 1911 hubo casi el doble de huelgas, con 831.000 trabajadores. En España y Portugal, las huelgas y la violencia estaban llevando a grandes zonas del territorio rural al borde de la guerra civil.[5]

Esta súbita maniobra de Alemania, como todos reconocieron en aquel momento, pretendía mucho más que salvaguardar el destino de un solitario alemán en el sur de Marruecos o los derechos de las prospecciones mineras. Constituía un peligro para la hegemonía de Francia en Marruecos y para la estabilidad de la triple entente. El gobierno francés tenía que decidir cuánto se atrevería a conceder a Alemania y si se hallaba en situación de oponerse, sobre todo militarmente. Británicos y rusos en la triple entente, y austrohúngaros e italianos en la triple alianza, tenían que sopesar, por una parte, sunecesidad de apoyar a sus aliados, y

por la otra, el verse arrastrados a una remota contienda colonial en la que no tenían verdaderos intereses. Y sin embargo, una vez más, tal como ocurrió en la primera crisis marroquí de 1904-1905, y en la crisis bosnia de 1908-1909, se empezó a hablar de guerra en las capitales de Europa. William Taft, el sucesor de Roosevelt en la presidencia, se alarmó tanto que ofreció los servicios de Estados Unidos como mediador.



AU COURS D'UN COMBAT SOUS LES MURS DE TRIPOLI
UN SOLDAT ITALIEN S'EMPARE D'UN ÉTENDARD VERT DU PROPHÈTE

15. Italia, la menor de las grandes potencias, compartía la ambición general por las colonias. Cuando, en 1911, el imperio otomano parecía a punto de desmoronarse, el gobierno italiano decidió hacerse con las provincias otomanas de Trípoli y Cirenaica, en la costa sur del Mediterráneo. Aunque esta viñeta muestra a los soldados otomanos derrotados y a un triunfante oficial italiano capturando un estandarte verde, símbolo del profeta Mahoma, los italianos en realidad tendrían que enfrentarse a una fuerte resistencia durante años. Esta acción de Italia alentó a las naciones balcánicas a atacar al imperio otomano al año siguiente.

De hecho, Alemania tenía sólidos argumentos contra Francia en lo tocante a Marruecos y, de haber manejado mejor las cosas, hubiera ganado una considerable simpatía e incluso el apoyo de las demás potencias firmantes del tratado de Algeciras en 1906, que establecía un régimen internacional para Marruecos. Desde entonces, los sucesivos gobiernos franceses y los funcionarios del Quai d'Orsay habían desacatado abiertamente el espíritu de aquel tratado y sus disposiciones, al intentar establecer su hegemonía política y económica sobre el país y su irresponsable sultán. Alemania había estado dispuesta en principio a aceptar que Francia tenía algo equivalente a un protectorado sobre la mayor parte de Marruecos, siempre que las compañías alemanas gozasen de los mismos derechos a explotar económicamente el país que las francesas. En febrero de 1909, en el apogeo de la crisis de Bosnia, Alemania y Francia habían firmado, de hecho, un acuerdo a tales efectos. En Berlín, Jules, hermano menor del embajador francés Paul Cambon, trabajaba sin descanso por mejorar las relaciones económicas y políticas entre ambos países: algo que, según aducía de manera profética –aunque a la larga en vano–, era lo mejor tanto para los dos como para Europa.

Aquella efímera promesa, por desgracia para el futuro, no se cumpliría en aquella ocasión. Francia y Alemania intentaron, infructuosamente, lograr un acuerdo sobre las fronteras entre el Congo francés, al norte del río Congo, y la colonia alemana de Camerún, en África occidental, y las propuestas de crear empresas conjuntas en el imperio otomano nunca prosperaron. En Marruecos,

los funcionarios franceses actuaban con creciente prepotencia. En 1908, cuando el débil sultán Abdelaziz fue depuesto por su hermano Abdelhafid, los franceses se apresuraron a maniatar al nuevo gobernante con préstamos y acuerdos. Por más que alguien experimentado como Jules Cambon advirtiera de que aquello solo podía generar conflictos con Alemania, el Quai d'Orsay persistió despreocupadamente en su línea de acción. Allí predominaban cada vez más los jóvenes inteligentes y seguros de sí mismos; muchos, de hecho, formados en la nueva escuela de ciencias políticas, intensamente antialemanes y con la ambición de que Francia jugase un papel más importante en Europa y levantase un imperio más grande que el del pasado. El imperio otomano, según ellos, iba camino de desaparecer, así como el imperio austrohúngaro, y Francia debía estar presta a recoger su parte de los despojos. Con una nueva colonia francesa en Marruecos, además de la ya existente en Argelia, Francia tendría su equivalente a la India británica, su propia joya de la corona. Los nuevos hombres del Quai d'Orsay contaban con el apoyo de la prensa nacionalista francesa, a la que a menudo filtraban información confidencial, y con el de fuertes grupos de presión, en particular el lobby colonial. Una serie de ministros débiles y mal preparados propició el que los funcionarios del Quai d'Orsay pudieran trazar su propio camino sin demasiadas interferencias.[6]

En marzo de 1911, en uno de los frecuentes cambios de gabinete de la tercera república, Jean Cruppi, otro que no sabía casi nada sobre sus nuevas responsabilidades, ocupó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores durante cuatro meses y en ese breve periodo, siguiendo los consejos de sus funcionarios, logró estropear bastante las relaciones franco-alemanas. Uno de sus primeros actos fue romper un acuerdo con Alemania y construir ferrocarriles en Marruecos. Luego pasó a bloquear la cooperación económica en otras áreas, y además obligó a Abdelhafid a renunciar a sus derechos de gobernante independiente poniéndose bajo la protección de Francia (por usar esta ambigua expresión imperialista). Con el pretexto de desórdenes en el país, Cruppi ordenó a las tropas francesas ocupar la capital, Fez. (Los franceses convencieron al sultán para que solicitara su ayuda tres semanas después de haber llegado). Los españoles, cada vez más preocupados, con razón, porque Francia parecía abocada a controlar el país entero, se apresuraron a enviar tropas hacia su propia zona de influencia, a lo largo de la costa mediterránea de Marruecos. Los marroquíes protestaron todo lo que pudieron, igual que las otras potencias. Los franceses prometieron retirarse de Fez y del campo circundante, pero fueron

encontrando sucesivas razones para no hacerlo.

En Alemania, la opinión pública, que diez años antes no se preocupaba gran cosa por las colonias, se hallaba ahora convencida de su importancia.[7] El gobierno alemán, que ya estaba considerablemente presionado por su propio lobby colonial y por las compañías alemanas con intereses en Marruecos, pensaba que tenía mucho que ganar manteniéndose firme. La posición internacional de Alemania se había deteriorado con el surgimiento de la triple entente, y sus dos vecinos, Francia y Rusia, estaban reforzando sus ejércitos. Aunque las conversaciones navales con Gran Bretaña continuaban, se hallaban tan lejos de producir acuerdos concretos como cuando empezaron en 1908, tras la crisis en Bosnia. Dentro de Alemania era cada vez mayor la oposición, desde los dos extremos del espectro político, al presupuesto para la armada del káiser, y a los gobiernos les era cada vez más difícil financiarse. Las divisiones políticas entre la derecha y la izquierda se habían agravado, y la propia monarquía, como demostró a las claras el incidente de The Daily Telegraph, estaba perdiendo popularidad. Para el nuevo canciller alemán, Bethmann Hollweg, y sus colegas, era grande la tentación de una buena crisis internacional que uniese a todos los alemanes en apoyo de su gobierno.[8] Según Bülow, su sucesor anhelaba un triunfo espectacular como el que disfrutaron Alemania y el imperio austrohúngaro con la anexión de Bosnia. Bülow, que llegó a odiar y despreciar a Bethmann por su debilidad, afirmaba también que este, al asumir su cargo, dijo patéticamente: “Pronto le cogeré el tranquillo a la política exterior”.[9]

Toda la carrera de Bethmann había sido como funcionario público en Prusia y luego en Alemania, sin apenas experiencia directa en asuntos exteriores. Había ascendido rápidamente, ayudado por sus recursos propios y su inteligencia, y gracias a sus fuertes conexiones familiares que llegaban hasta el mismo káiser. Cuando Guillermo era más que un tímido niño de ocho años, mató su primer ciervo en la finca de Bethmann Hollweg en Hohenfinow, al este de Berlín, y a partir de entonces visitaría a menudo este sitio. Ya en 1905, Bethmann era un ministro prusiano del Interior sorprendentemente joven; en 1907 fue nombrado para ese mismo cargo, pero en toda Alemania; y en 1909, canciller. Albert Ballin, un destacado empresario de Hamburgo y amigo del anterior canciller, lo llamaba “la venganza de Bülow”, y decía que Bethmann poseía “todas esas

cualidades que honran a un hombre pero destruyen a un estadista”.[10] No era un comentario amable, pero tampoco enteramente falso.

En apariencia, Bethmann, que era alto e imponente, daba muy bien la imagen de fuerte estadista prusiano. Su abuela había exclamado, cuando era niño: “¿Qué será de Theobald? ¡Es tan feo!”. Pero llegó a ser un adulto distinguido, con su rostro alargado, con barba y bigotes grises.[11] Pero, tras aquella fachada se ocultaba un ser frágil, que había sufrido de niño terribles cefaleas y que siempre estaba preocupado por su salud. Era profundamente pesimista por naturaleza, y le atormentaban las dudas acerca de sí mismo y del futuro de su clase y su país. Se cuenta que no plantó árboles en Hohenfinow cuando la heredó porque esperaba que Rusia la arrasara antes de que pudiesen crecer. En cada una de sus promociones, se preguntaba si los dioses lo castigarían por tratar de llegar más lejos de lo que era capaz. Al ser nombrado ministro prusiano del Interior, afirmó que “cada día experimentaba dolorosa-mente la disparidad entre mi capacidad y mi deber”.[12] Su tendencia, agravada desde la adolescencia, a la melancolía, la introspección y la misantropía, nunca lo abandonó del todo. Aunque era un hombre inteligente y culto, y con sólidos principios morales, también le costaba trabajo tomar decisiones. “Tengo buenos propósitos –le escribió a un amigo íntimo cuando era aún estudiante–, y me propongo ponerlos en práctica”.[13] Pero con buenos propósitos no bastaba, y amigos y enemigos comentaban su tendencia a dejarlo todo para más tarde. La esposa de Bülow informó de que madame Bethmann le había confesado que deseaba que Theobald no hubiese aceptado el puesto de canciller. “Siempre está tan indeciso, tan vacilante, tan propenso a preocuparse por bagatelas, que, verdaderamente, por momentos no sabe lo que está haciendo. Nos reímos en familia de todo esto”.[14]

Hasta un hombre más decidido que Bethmann hubiera encontrado conflictivo el puesto de canciller. Los problemas inherentes en el sistema gubernamental alemán estaban, en todo caso, peor que antes. El káiser, sus diversos séquitos y sus ministros favoritos actuaban por su lado, y con frecuencia en pos de objetivos contrarios a los del canciller. El Reichstag estaba cada vez más polarizado, y los socialdemó-cratas iban ganando más escaños casi con cada elección. El sistema tributario necesitaba desesperadamente una reforma que produjera las rentas destinadas a las fuerzas armadas y a los programas sociales

del gobierno. En el contexto general de la sociedad alemana, las viejas clases conservadoras cubrían denodadamente su retirada, salvaguardando sus poderes y su posición, mientras que la clase media y la trabajadora luchaban por ganar peso. Bethmann intentó hacer frente a las demandas que le llegaban de todas direcciones: del káiser, de sus propios colegas y del Reichstag. En su contra, obraban el auge del partido socialdemócrata, sobre todo a partir de de 1913, gracias al cual tuvo más problemas que Bülow con el Reichstag, así como el no gozar de una relación estrecha con su difícil señor. Le resultaba más difícil que a su predecesor manejar al impetuoso káiser, lo cual condujo a repetidas dificultades y tensiones.[15]

Bülow decía maliciosamente que Bethmann cumplía sus funciones, “no como un purasangre ni un caballo de saltos, sino como un buen caballo de tiro, avanzando lento y seguro, porque no hay obstáculos a la vista”.[16] Este comentario contenía una pulla contra los orígenes de Bethmann, no tan nobles como los de los anteriores cancilleres de Alemania, aunque había hecho un buen matrimonio, con la hija de una vieja y aristocrática familia vecina. Los Bethmann Hollweg habían comenzado siendo prósperos banqueros en Fráncfort en el siglo XVIII y, generación a generación, habían llegado a terratenientes de clase alta. El abuelo de Bethmann era un distinguido jurista y académico, a quien Guillermo I había concedido un título nobiliario; su propio padre había utilizado su considerable fortuna para comprar Hohenfinow y de este modo convertirse, por estilo, ya que no por cuna, en un junker prusiano. Bajo la administración del viejo Beth-mann, Hohenfinow llegó a ser una finca próspera, con unos mil quinientos habitantes. El futuro canciller creció en una gran mansión del siglo XVII y fue educado por preceptores privados hasta que entró en un internado cuya misión era preparar a los hijos de la nobleza para servir al gobierno como soldados o funcionarios. Bethmann absorbió muchos de los prejuicios de su clase; por ejemplo, su antipatía por el comercio o por los judíos. “Sabes que no soy de sangre noble –le explicó a un condiscípulo–, pero cuando todas las funciones vitales externas se mueven en un círculo privilegiado es imprudente y falso dar siquiera un paso fuera de la raya”.[17]

Aunque Bethmann, como su padre, a menudo encontraba ridículos a los intransigentes prusianos de su propio mundo, sus ideas siguieron siendo

firmemente conservadoras. Le desagradaban muchas cosas del mundo moderno, entre ellas su materialismo; pero trataba de tender puentes entre los valores tradicionales y los nuevos. Fue durante su adolescencia cuando tuvo lugar la unificación de Alemania, y desde entonces y para siempre fue ferviente nacionalista. En 1877, cuando un fanático intentó asesinar al káiser Guillermo I, Bethmann expresó en una carta a un amigo íntimo su consternación: “No puedo creer que nuestro amado pueblo alemán sea incapaz de constituir un único Volk y un único estado”. Deploraba las divisiones en la política alemana y a los “despreciables socialistas y liberales, con doctrinas poco claras”.[18] Como funcionario y estadista trabajó por la unidad y la paz social, esperando ganarse la lealtad al estado de las clases más pobres mediante tímidas sus reformas y la mejora de condiciones de vida.

En política exterior, Bethmann se apoyaba en unos principios básicos muy simples: la paz era preferible a la guerra, pero, si la diplomacia fracasaba, Alemania debía estar preparada para luchar para defender sus intereses y su honor. Alemania, dijo Bethmann al káiser en el verano de 1911 ante el agravamiento de la segunda crisis marroquí, no podía permitirse el lujo de echarse atrás, porque “nuestro crédito en el mundo sufrirá intolerablemente, no solo para esta, sino para todas las futuras acciones diplomáticas”.[19] En aquel invierno, antes de que el Panther zarpase rumbo a Agadir, Harry Kessler tuvo una larga conversación con Bethmann durante una cena en Berlín. El canciller se mostró moderadamente optimista respecto al panorama internacional: le parecía que las relaciones de Alemania con Rusia estaban mejorando. De hecho, había algunas pruebas: Nicolás había visitado a Guillermo en Potsdam el año anterior y ambos países habían llegado a un acuerdo acerca de los ferrocarriles en el imperio otomano, eliminando así una fuente de tensiones; los alemanes habían prometido también que no se sumarían a nuevas maniobras agresivas por parte del imperio austrohúngaro en los Balcanes.[20] Y bien pudiera ser, le dijo Bethmann a Kessler, que Gran Bretaña se decidiese a adoptar un talante más razonable con respecto Alemania. Rusia seguía siendo un peligro para los británicos, en la India y en otras zonas, y esto a la larga solo podía beneficiar a Alemania: “Seguramente han de sentirse incómodos, y entonces acudirán a nosotros. Con eso cuento”.[21] Bethmann, a diferencia de muchos de sus compatriotas, no odiaba a Gran Bretaña (de hecho, envió a su hijo a Oxford), pero veía su entente con Francia y Rusia como una amenaza para Alemania y esperaba poder deshacerla. Durante la crisis marroquí, Rathenau, un distinguido

y serio empresario alemán, cenó con Bethmann en su finca de Hohenfinow. El canciller estaba seguro de que Alemania había actuado acertadamente al enfrentarse a Francia: “La cuestión de Marruecos sirve para unir más a Gran Bretaña con Francia, y debe por tanto ser ‘liquidada’”. Mas se sentía deprimido y preocupado por la perspectiva de una guerra. “Se lo digo confidencialmente –le dijo a Rathenau mientras lo acompañaba a su coche–, es un poco para darnos tono. No podemos ceder demasiado”.[22]

Bethmann, de hecho, había dudado si enviar el Panther en su misión, pero se había dejado convencer por el ministerio de Asuntos Exteriores y su voluntarioso ministro, Alfred von Kiderlen-Wächter.[23] Bethmann dejaba habitualmente en sus manos la política exterior y Kiderlen se hallaba en la mejor disposición para hacerse cargo. Grande, rubio y brutalmente franco, con la cara marcada por cicatrices de duelos, Kiderlen no le tenía miedo a nadie, ni siquiera al káiser, ni a nada, y tampoco a la guerra. Era asimismo conocido por su ingenio, su sarcasmo, sus indiscreciones y su mala educación. Cuando corrió el rumor de que sería destinado a Londres como embajador, se dice que Grey exclamó: “¡Más acorazados y los malos modales de Kiderlen: eso sería demasiado!”.[24] Inicialmente Kiderlen había sido uno de los favoritos del káiser, quien gustaba de sus chistes y anécdotas atrevidas; pero, cosa típica en él, había ido demasiado lejos, y sus comentarios descorteses sobre su señor le habían traído consecuencias. Como castigo, lo había mandado a que languideciera en Rumanía como embajador de Alemania. La emperatriz, entre sus otros enemigos, también desaprobaba su estilo de vida; Kiderlen vivió declaradamente durante años con una viuda que le atendía la casa. Cuando Bülow quiso hablarle del tema, le replicó sin el menor tacto: “Excelencia, si yo sometiera a su inspección el corpus delicti creo que le sería difícil suponer alguna relación ilícita entre yo y semejante vieja gorda”.[25]

El káiser al principio se opuso al deseo de Bethmann de traer de vuelta a Kiderlen a Berlín como ministro de Asuntos Exteriores, pero terminó por ceder, diciendo tan solo que su canciller descubriría que tenía un piojo en el abrigo. Kiderlen no mostraba gratitud ni respeto alguno por Bethmann, a quien llamaba “la lombriz” (Regenwurm), y Bethmann por su parte vio que tenía que lidiar con un hombre testarudo y hermético, a quien apodó “el mulo” (Dickkopf).[26] Uno de

los motivos por los que la política exterior alemana parecía a menudo tan errática e incoherente mientras estuvo en manos de Kiderlen fue porque este se negaba a comunicarse con sus embajadores en el extranjero, y con sus subordinados o sus colegas. Bethmann contaba a sus amigos que cierta vez tuvo que emborrachar al ministro para averiguar lo que se traía entre manos.[27] Puede que ni el propio Kiderlen lo supiera. Como deplorara un veterano general del ministerio de la Guerra, durante el apogeo de la crisis marroquí, el envío del Panther era totalmente ilustrativo de las incoherencias en la política exterior alemana.

No se analizó en lo más mínimo lo que podría suceder después, ni cómo enfrentarse a todas estas posibilidades; se dice que la orden tomó forma en pocas horas, en una sola tarde, sin un conocimiento preciso de las condiciones locales, ni del fondeadero ni de nada. No en balde, ahora estamos más o menos sin saber qué hacer ante las dificultades políticas resultantes.[28]

Al crear esta crisis, parece que Kiderlen pretendió obligar a los franceses a negociar en serio en relación con Marruecos y, al igual que Bethmann, esperaba poder separar a Gran Bretaña de la triple entente. Kiderlen no dejó claro desde el principio, ni para sus colegas ni para los franceses, qué compensación tenía en mente para su país, ya fuese en Marruecos o en otro lugar, lo cual tal vez fuera una táctica deliberada.[29] Como suponía, no sin cierta razón, que los franceses no estaban dispuestos a combatir, optó por adoptar una postura agresiva y farolera.[30]

A Jules Cambon, que tantos esfuerzos había hecho por un mejor entendimiento entre su país y Alemania, le resultó extremadamente difícil negociar con Kiderlen. Los dos hombres se hallaban en Berlín hablando sobre Marruecos en junio, cuando Kiderlen de repente se tomó seis semanas de vacaciones para irse a un balneario. Cambon lo visitó allí a finales de mes para sugerirle que Francia tal vez estuviera dispuesta a ofrecer algún tipo de compensación. Kiderlen, que ya había enviado el Panther, solo dijo: “Tráiganos algo de París”.[31] Sus conversaciones con Cambon se reanudaron el 8 de julio, después de hacerse público la llegada del Panther, con una discusión sobre la posición de Alemania

en Marruecos y la posibilidad de una compensación en algún lugar de África. Una semana más tarde, Cambon le preguntó a quemarropa qué quería exactamente Alemania; Kiderlen pidió un mapa de África y señaló la totalidad del Congo francés. Cambon, según contó más tarde Kiderlen, "casi se cae de espaldas". Esta exigencia trascendió, generando en Francia y Gran Bretaña la preocupación de que Alemania pretendiese forjar un vasto imperio en toda África, para terminar absorbiendo el inmenso Congo belga y las colonias portuguesas de Angola y Mozambique.[32] En realidad, ni Kiderlen ni Bethmann tenían interés alguno en África; lo que querían era demostrar que a Alemania no se la podía ignorar.[33]

A la que tampoco se podía ignorar, y esto haría más difícil a la larga el final de la crisis, era a la opinión pública de la propia Alemania. Kiderlen, que alentó al lobby colonial y a la liga pangermánica a adoptar una línea dura con el objeto de amedrentar a los franceses, se encontró con que había despertado algo difícil de contener. Jules Cambon comentó, una vez pasada la crisis: "Es falso que Alemania sea una nación pacífica con un gobierno belicoso: es exactamente lo contrario".[34] Bebel, el líder de los socialdemócratas, se hallaba tan preocupado por el estado de crispación de la opinión pública alemana que le pidió al cónsul británico en Zúrich que previniese a Londres: "Parece inevitable un desenlace horrible".[35] Por toda Europa, en aquellos últimos años de paz, desde Rusia –donde la Duma participaba cada vez más en los asuntos exteriores y militares– hasta Gran Bretaña –donde había una larga tradición de mantener informada a la opinión pública–, los gobiernos iban descubriendo que su capacidad de maniobra se veía cada vez más restringida por las emociones y las expectativas de sus pueblos.

En Francia, donde la reacción a las acciones de Alemania era de ira y consternación, la crisis llegaba en un mal momento. A finales de mayo, un accidente durante un espectáculo aéreo le costó la vida al ministro de la Guerra e hirió gravemente al primer ministro. Pese a todos sus esfuerzos por continuar, el gobierno cayó un mes más tarde y el nuevo prestó juramento el 27 de junio, cuatro días antes de que el Panther llegara a Agadir. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores no tenía absolutamente ninguna experiencia en la materia. El primer ministro, Joseph Caillaux, un hombre rico con una reputación turbia y

casado escandalosamente con una mujer divorciada, trató de ocuparse de ellos en persona. Caillaux tenía una gran virtud: era un hombre realista. Al estallar la crisis, consultó a Joffre, que acababa de ser nombrado jefe del estado mayor, sobre las posibilidades de Francia en una guerra y este le dijo que no eran buenas; así, Caillaux decidió que Francia no tenía otra opción que negociar, y le dio instrucciones a Jules Cambon, que llevaba meses deseando zanjar la cuestión de Marruecos, para que cooperara con Kiderlen.[36] Al igual que los alemanes, los franceses iban a encontrarse con que su propia prensa y su opinión pública ponían trabas a sus negociaciones.[37] Los funcionarios del ministerio de Asuntos Exteriores en el Quai d’Orsay también se opusieron furiosamente, e hicieron todo lo posible por obstaculizar a Cambon. “No saben lo que quieren –dijo Cambon a un colega de confianza–, se dedican a fastidiar mis planes, excitando a la prensa y jugando con fuego”.[38] Cambon se vio obligado en aquel verano a utilizar al agregado militar francés en Berlín para enviar sus informes a Caillaux por medio del ministerio de la Guerra.[39] Como consecuencia de estas dificultades, el propio Caillaux inició negociaciones secretas a través de la embajada alemana en París, algo que más tarde le valdría ser acusado de traidor.[40]

Para complicar la postura de Francia frente a Alemania, su aliada, Rusia, dejó bien claro que no le interesaba verse arrastrada a una guerra a causa de Marruecos. Izvolski, que había sido designado embajador de Rusia en París, les recordó a los franceses la tibieza que habían mostrado a la hora de respaldar a su país durante la crisis bosnia tres años atrás. “Rusia, naturalmente –dijo Izvolski–, permanece fiel a su alianza, pero le sería difícil lograr que su opinión pública aceptase una guerra por culpa de Marruecos”. Y los rusos no dejaron demasiado claro si acudirían en ayuda de Francia en caso de que esta fuese atacada. El ejército de Rusia, afirmaba Izvolski, necesitaría prepararse por lo menos durante dos años antes de combatir. El zar entregó al embajador francés en San Petersburgo un mensaje contradictorio: él cumpliría su palabra con Francia si fuera necesario, pero sería sensato por parte de los franceses llegar a un acuerdo con Alemania.[41]

Gran Bretaña, el otro aliado clave de Francia, adoptó inicialmente la postura de que Francia y Alemania debían dirimir solas sus asuntos, sin intervención

externa. Además del descontento sindical, el gobierno tenía otras preocupaciones internas: la coronación de Jorge V en aquel mes de junio; nuevos conflictos a causa de la autonomía irlandesa; manifestaciones cada vez mayores, y a veces violentas, de sufragistas en favor del voto femenino; y la culminación de la pugna entre la cámara de los comunes y la cámara de los lores a causa de las reformas parlamentarias. En el escenario internacional, Gran Bretaña se enfrentaba a problemas con los otros dos miembros de la entente. "Qué difícil resulta colaborar con los franceses –dijo un miembro del ministerio de Asuntos Exteriores–; al parecer nunca actúan de forma directa".[42] Y las relaciones de Gran Bretaña con Rusia estaban otra vez en declive, sobre todo en Persia, donde ambos países seguían compitiendo por ganar influencia.[43]

Las relaciones con Alemania, en cambio, habían ido mejorando un poco, pese al punto muerto en cuanto a la carrera armamentista naval. En aquel mes de mayo, antes de que empezara la crisis, el káiser visitó Londres para la inauguración de un monumento dedicado a su abuela, y la visita al parecer resultó positiva (aunque en el último momento se quejó en voz alta de Gran Bretaña ante Louis Battenberg, un príncipe alemán que era también veterano almirante británico).[44] En el imperio otomano había empresas financieras alemanas y británicas que cooperaban en ferrocarriles y otros proyectos.[45] Miembros radicales y moderados del gabinete, y sus partidarios en el parlamento, se quejaban del alto presupuesto de la armada y presionaban a Grey para que mejorase las relaciones con Alemania, exigiendo entre otras cosas que se crease un comité del gabinete para supervisar la política exterior, sobre todo en lo relativo a Alemania.[46]

Al propio Grey le gustaba la idea de que Gran Bretaña sirviese de árbitro entre las potencias, como en el pasado, y no le preocupaba el que Alemania expandiese sus colonias en África. Exhortaba a los franceses a que fueran moderados, al tiempo que insinuaba a los alemanes que Gran Bretaña pudiera verse obligada a respaldar a Francia. Lo importante, les decía Grey a ambos países, era que los intereses británicos fuesen respetados en cualquier acuerdo nuevo sobre Marruecos. El ministerio de Asuntos Exteriores, ahora bajo la dirección de sir Arthur Nicolson, profundamente antialemán, y el francófilo embajador en París, tuvieron una visión más sombría desde el inicio: la crisis era una repetición del primer conflicto en Marruecos, y Grey debía apoyar decidida

y visiblemente a los franceses o la entente estaría acabada. Grey y su primer ministro Asquith resistieron la presión, hasta que llegó a Londres a mediados de julio la noticia de que Alemania exigía la totalidad del Congo francés.[47] “Comenzamos a ver la luz”, escribió Eyre Crowe, célebre por su profunda desconfianza hacia la política exterior alemana, en un memorándum del ministerio de Asuntos Exteriores:

Alemania está jugándose el todo por el todo. Si se accede a sus demandas, en el Congo o en Marruecos, o en ambos –que es lo que, en mi opinión, intentará–, el resultado será definitivamente el sometimiento de Francia. Las condiciones exigidas son tales, que un país con una política exterior independiente jamás podría aceptarlas. Se trata, ante todo, de una demostración de fuerza. Ceder no implica una pérdida de interés o de prestigio. Implica una derrota, con todas sus consecuencias inevitables.

Nicolson se mostró de acuerdo: “Si Alemania ve la menor debilidad por nuestra parte, su presión sobre Francia se volvería intolerable para ese país, el cual tendrá entonces que luchar o rendirse. De ocurrir lo segundo, la hegemonía alemana quedaría sólidamente establecida, con todas sus consecuencias inmediatas y posteriores”.[48] El consejo de ministros aprobó un mensaje de Grey a los alemanes que decía que, por culpa del Panther, los británicos estaban ahora más preocupados por la crisis y se veían obligados a ponerse del lado de Francia. Los alemanes, y esto pudiera ser una pauta de la torpeza con que manejaron todo este asunto, no se molestaron en responder en más de dos semanas, lo que hizo que aumentaran las suspicacias de los británicos.

Fue un verano incómodo para Grey. Había sufrido otra tragedia personal hacía unos meses, cuando a su querido hermano George lo mató un león en África, y la crisis marroquí lo obligaba a permanecer en Londres, lejos de su remanso de Fallodon. El gabinete estaba dividido respecto a cuán firmes había que ser con Alemania y cuánto apoyo había que brindar a Francia. En el país, la oleada de huelgas proseguía y la ola de calor batía récords. (Por las noches, Churchill solía recoger a Grey y lo llevaba a bañarse en su club). El 21 de julio, tras un

profundo debate, el consejo de ministros tomó la decisión de comunicarle a Alemania que Gran Bretaña no aceptaría ningún acuerdo relativo a Marruecos en el que no participase. Esa noche, Lloyd George habló durante una cena formal en la residencia oficial del alcalde de Londres. Afirmó que Gran Bretaña tradicionalmente había usado su influencia a favor de la libertad y la paz, pero:

Si se nos impusiese una situación en la que la paz solo pudiera ser preservada renunciando a la posición magna e indulgente que Gran Bretaña ha conquistado tras siglos de heroísmo y de hazañas, una situación que permita que Gran Bretaña sea tratada, allí donde sus intereses se ven vitalmente afectados, como si no contara para nada en el conjunto de las naciones, entonces yo declaro de manera enérgica que la paz a tal precio sería una humillación intolerable para un país tan grandioso como el nuestro. El honor nacional no es una cuestión de partidos.[49]

El discurso en la mansión del alcalde causó sensación, en parte por provenir de un hombre conocido por su postura moderada sobre Alemania. El embajador alemán protestó porque el tono le había parecido beligerante.

En Alemania, el endurecimiento de la posición de Gran Bretaña estremeció a Kiderlen, que ya empezaba a encontrarse con dificultades: su aliado el imperio austrohúngaro desaprobaba gentilmente la postura alemana. “Nos mantenemos fieles a Alemania en el este –dijo Aehrenthal a un confidente–, y siempre seremos leales a los deberes de nuestra alianza, pero no puedo seguir a Kiderlen hasta Agadir […] No podemos adoptar ninguna política de prestigio”.[50] El káiser, quien, pese a toda la ferocidad de sus comentarios y sus notas al margen, invariablemente se echaba atrás ante la perspectiva de una guerra, amenazaba con regresar de su crucero veraniego por Noruega. “Pues no puedo dejar que mi gobierno actúe de esta forma sin estar yo allí para supervisar las consecuencias y echar una mano. ¡Otra cosa sería inexcusable y haría que se me viera como a un simple gobernante parlamentario! Le roi s’amuse! [El rey se divierte] ¡Y mientras tanto, vamos camino de la movilización! ¡Esto no puede suceder mientras yo no esté allí!”.[51] El 17 de julio, el káiser hizo saber desde su yate que

no deseaba una guerra, y a finales de mes ya se encontraba en Alemania.

A la luz de lo que vendría después, resulta desconcertante cuán desasosegada se hallaba Europa y cuán pronta a aceptar la posibilidad de una guerra por una mera disputa colonial, susceptible de zanjarse con relativa facilidad mediante algún acuerdo internacional. Ya a comienzos de agosto, el ejército británico estaba considerando si podría desplegar rápidamente una fuerza expedicionaria en el continente, y hubo consternación cuando el almirantazgo perdió la pista de la armada alemana durante veinticuatro horas.[52] Las autoridades militares británicas tomaron algunas medidas defensivas, como la de enviar soldados a custodiar los depósitos de armas.[53] Días después, en respuesta a la crisis, el comité de defensa imperial se reunió para examinar la posición estratégica de Gran Bretaña y sus planes de guerra, y Grey reveló a sus colegas del consejo de ministros las conversaciones del estado mayor del ejército británico con el del ejército francés. Circulaban rumores de que los alemanes pensaban enviar tropas de desembarco a Agadir, e incluso de que Guillermo había dado las órdenes preliminares para una movilización.[54] El 4 de septiembre, Henry Wilson, jefe de operaciones militares, se asustó tanto con los informes de los agregados militares británicos en Alemania y con la historia de que Alemania, estaba comprando reservas de trigo, que telefoneó al Café Royal, en Piccadilly, para advertir a Churchill y a Grey, que se encontraban cenando allí. Los tres hombres estuvieron discutiendo la situación en casa de Wilson hasta altas horas de la noche.[55] En Alemania, había serios debates acerca de una guerra preventiva, e incluso Bethmann pensaba al parecer que podía convenirle al pueblo alemán.[56] “La condenada historia de Marruecos empieza a ponerme de los nervios”, escribió Moltke a su esposa, añadiendo:

Si de este asunto salimos otra vez con el rabo entre las piernas, si no logramos presentar enérgicamente unas demandas que estemos dispuestos a imponer con la espada, entonces perderé toda esperanza en el futuro del Reich alemán. Y, en tal caso, me retiraré. Pero antes elevaré la moción de que nos deshagamos del ejército, colocándolos bajo un protectorado japonés; entonces podremos hacer dinero sin ser molestados, y volvernos completamente simples.[57]

El 1 de agosto, tras una reunión con el káiser en el puerto báltico de Swinemünde (que sufriría grandes daños bajo el bombardeo aliado en 1945), Kiderlen indicó que estaba dispuesto a anular su demanda de la totalidad del Congo francés y a llegar a un acuerdo con los franceses. La prensa nacionalista alemana gimió, calificando aquello de “humillación”, “vergüenza” e “ignominia”.[58] “Deberían habernos ahorrado este momento de indecible vergüenza, de deshonor nacional –decía uno de los principales diarios conservadores–. ¿Se ha desvanecido el viejo espíritu prusiano, nos hemos convertido en una raza de mujeres, gobernados por los intereses de un puñado de mercaderes de raza extranjera?”. Los extranjeros, afirmaba el diario, estaban llamando al emperador “Guillaume le timide, le valeureux poltron!” [Guillermo el tímido, el valeroso cobarde].[59] Por otro lado, eminentes empresarios liderados por Ballin abogaban por un acuerdo antes de que la situación económica de Alemania empeorase. A principios de septiembre, los temores a una guerra hicieron caer la bolsa de Berlín.

Kiderlen y Jules Cambon llegaron rápidamente a un acuerdo de principio: parte del África francesa para Alemania a cambio de que esta reconociese el dominio francés sobre Marruecos. Como tan a menudo ocurre con las negociaciones, luego se pasaron tres meses regateando en detalle, como las orillas de los ríos o unas diminutas aldeas en el interior de África de las que nadie sabía nada salvo los nativos, cuyos deseos, naturalmente, nadie les preguntó. Una pequeña franja de territorio conocida como Pico de Pato, en el norte de Camerún, resultó especialmente problemática. Kiderlen también causó cierto revuelo cuando decidió pasar unas vacaciones breves en el balneario francés de Chamonix con su amante, de quien se rumoreaba que era agente francesa. Aunque se proponía viajar de incógnito, fue recibido en la estación por el prefecto de la localidad y una guardia de honor. La prensa nacionalista francesa estaba furiosa; no por la amante, sino porque veían en la elección del lugar una falta de tacto. Kiderlen dejó allí a la mujer durante unas semanas, y en sus cartas a ella, que sin duda suponía que leerían los franceses, advertía de que Alemania podía verse obligada a luchar si no quedaba satisfecha en las negociaciones.[60]

El tratado, que finalmente se firmó el 4 de noviembre, otorgaba a Francia el derecho a establecer un protectorado sobre Marruecos, con el compromiso de

respetar los intereses económicos alemanes. A cambio, Alemania obtuvo doscientos sesenta mil kilómetros cuadrados en África central. Kiderlen y Cambon intercambiaron fotografías. “A mi terrible adversario y encantador amigo”, decía la dedicatoria de Kiderlen; mientras que Cambon puso: “A mi encantador adversario y terrible amigo”.[61] En la estación ferroviaria de Lyon, un portero reconoció a Cambon. “¿No es usted el embajador en Berlín?”. Cambon respondió que sí. “Usted y su hermano de Londres nos han hecho un gran servicio. Sin ustedes estaríamos en un buen lío”.[62]

Pero, como más tarde diría Grey: “Las consecuencias de una crisis extranjera como esta no terminan con ella. Parece que sí, pero se mantienen latentes, para reaparecer más adelante”.[63] Las potencias tenían nuevas razones para desconfiar unas de otras, y tanto los personajes clave como la opinión pública estaban más cerca de aceptar la probabilidad de la guerra. Izvolski, ahora embajador de Rusia en Francia, escribió a su sucesor en San Petersburgo que el orden internacional se había debilitado gravemente en Europa: “No hay duda de que cada enfrentamiento local entre las potencias conducirá de seguro a una guerra general europea, en la que Rusia y todas y cada una de las potencias tendrá que participar. Con la ayuda de Dios, el inicio del conflicto puede retrasarse, pero debemos tener presente sin descanso que podría comenzar en cualquier momento, y sin descanso debemos prepararnos para ello”.[64]

La entente cordial entre Gran Bretaña y Francia había sobrevivido, aun cuando todos pensaban que el otro se había comportado mal. Los franceses consideraban que los británicos podían haberlos apoyado más firmemente desde el principio; mientras que los británicos se hallaban molestos con Francia por su intransigencia en lo tocante al Congo y por haber tratado de apoderarse de la parte española de Marruecos.[65] El consejo de ministros británico seguía sintiéndose incómodo a causa de las conversaciones militares anglo-francesas. En noviembre tuvo dos reuniones tormentosas, en las que algunos moderados que se oponían a los compromisos militares con Francia amenazaron con dimitir. El propio Asquith estaba echándose atrás: como él mismo le escribió a Grey en septiembre, aquellas conversaciones eran “muy peligrosas” y “no hay que alentar a los franceses en las actuales circunstancias a hacer planes o suposiciones de esta índo-le”.[66] Aunque Grey abogaba enérgicamente por recibir

carta blanca en los asuntos exteriores, se vio obligado por primera vez a aceptar cierto grado de control por parte del gabinete. Se acordó que no habría intercambio alguno entre el estado mayor británico y el francés que implicara un compromiso por parte de Gran Bretaña de intervenir militar o navalmente en una guerra, y si tales comunicaciones tuvieran lugar sería solo con la aprobación previa del gabinete. Sin embargo, las conversaciones militares continuaron y Henry Wilson siguió viajando a Francia y asegurando a sus homólogos franceses que Gran Bretaña los respaldaría. Y se iniciaron conversaciones navales, que en febrero de 1913 llevarían a un acuerdo de cooperación en el Mediterráneo y en las aguas que separan Gran Bretaña de Francia, concentrándose los franceses en el primero y los británicos en las segundas. Por más que los británicos se dijeran que no habían firmado ninguna alianza militar con los franceses, los lazos que unían a ambos países eran ahora más fuertes y numerosos.

En Francia, la firma del tratado con Alemania se vio como una victoria, tan grande, dijeron algunos, como la conquista de Argelia en 1830.[67] El gobierno de Caillaux, sin embargo, cayó, por culpa entre otras cosas de las revelaciones de sus contactos secretos con los alemanes; y quedó constituido otro dirigido por el nacionalista antialemán Raymond Poincaré. La crisis, que fue tomada como prueba de que Alemania estaba dispuesta a emplear la guerra para conseguir sus objetivos, tuvo también un profundo impacto en la opinión pública francesa y estimuló los preparativos de Francia para la guerra.[68] El agregado militar francés en Berlín alertaría luego de que el pueblo alemán albergaba sentimientos belicistas y un rencor intenso por lo que percibían como una derrota en Marruecos, y que no estaría dispuesto a transigir ni a aceptar compensación alguna en una futura crisis. En su opinión, la confrontación militar entre Francia y Alemania era inevitable. Tales informes influyeron enormemente en Stephen Pichon, quien fuera ministro de Asuntos Exteriores entre 1906 y 1911, y que volvió a ocupar el puesto en 1913; en Joffre; y en varios de sus generales más destacados.[69]

En Alemania, el tratado fue visto como otra derrota, comparable a la de la primera crisis marroquí. Cuando Bethmann tuvo que defender el acuerdo en el Reichstag, recibió comentarios airados de la derecha: “una derrota, lo admitamos o no”. Se vio al príncipe heredero aplaudiendo esta reacción desde la tribuna.[70]

La emperatriz, que normalmente no interfería en la política, le reprochó a Kiderlen: “¿Siempre hemos de retirarnos ante los franceses y soportar su insolencia?”.[71] El propio káiser cargó con buena parte de la culpa. Un diario de derechas preguntaba: “¿Qué ha pasado con los Hohenzollern, de los que una vez emergieron un Gran Elector, un Federico Guillermo I, un Federico el Grande, un káiser Guillermo I?”.[72] Un político estadounidense que viajaba por Alemania escuchó a unos oficiales del ejército decir que el káiser les había dejado en ridículo en 1905 y en 1911, y que no lo iban a permitir más.[73]

La perspectiva muy concreta de una guerra en el verano de 1911 había hecho ver a los alemanes que la posición estratégica de su país no era buena. La crisis sirvió también para confirmar la opinión de muchos de ellos de que estaban rodeados de enemigos.[74] Bien podía ser que tuvieran que librar una guerra en tres frentes, contra Francia y contra Rusia por tierra, y contra Gran Bretaña por mar; y no estaba nada claro que dispusiesen de los recursos necesarios para ello.[75] Cada vez había más dudas acerca de si la armada llegaría a ser finalmente capaz de enfrentarse a los británicos. Y la ampliación del canal de Kiel, que permitiría a los grandes acorazados entrar y salir sin peligro, para que Alemania tuviera presencia en el Báltico y en el mar del Norte, no estaría terminada hasta 1914. (El canal fue inaugurado el 24 de junio de 1914, cuatro días antes del asesinato en Sarajevo). Tirpitz, como en ocasiones anteriores, aprovechó la oportunidad de la crisis para exigir un nuevo decreto naval. Quería otros seis buques grandes en unos pocos años para añadir un tercer escuadrón en activo a la armada. Argumentaba que esto alinearía a la derecha y a la clase media en contra de la izquierda y “debilitaría a los partidos socialde-mócratas y liberales de izquierda”.[76] Encontró resistencia por parte de muchos de sus propios almirantes, que argumentaban que anunciar que Alemania estaba construyendo más acorazados en un momento de tensión internacional podría llevar a una guerra con Gran Bretaña. Bethmann también se opuso a Tirpitz, aduciendo tanto el coste como los peligros. A la larga, no logró prevalecer frente al káiser, que lo llamó cobarde y le dijo que él sí que no tenía intenciones de dejarse intimidar por Gran Bretaña. “Le dije al canciller del Reich –se jactó Guillermo ante el jefe de su gabinete naval–, que recordase que yo soy sucesor del Gran Elector y de Federico el Grande, que jamás vacilaron en actuar cuando les pareció llegado el momento. También dije al canciller que debía contar con la providencia política, que se ocupará de que un pueblo con tantos cargos sobre su conciencia como el inglés se vea algún día humillado”.[77]

El ejército, que a lo largo de los años había contemplado en silencio cómo se destinaban cada vez más recursos a la armada, formuló ahora sus propias demandas de crecimiento. Era una cuestión de “autoconservación”, dijo Moltke.[78] El káiser accedió a un trato, en virtud del cual tanto el ejército como la armada tendrían sus nuevos decretos, aunque con algunos recortes. La opinión pública alemana y el Reichstag, que se habían resistido a incrementar estos presupuestos, estaban ahora dispuestos a aprobarlos. La nueva ley naval de 1912 prescribía tres nuevos acorazados y dos cruceros ligeros, mientras que, bajo la ley militar, el ejército en tiempo de paz se incrementaría durante los siguientes cinco años en unos treinta mil hombres, con cambios organizativos tales como el reforzamiento del sistema de transporte militar.[79] Como concesión a Bethmann, se le permitió reiniciar conversaciones con Gran Bretaña. Los británicos, comprensiblemente, las encararon con escepticismo.

La crisis marroquí dejó otra peligrosa secuela en la mente de los líderes europeos. También condujo directamente a una guerra entre Italia y el imperio otomano en el otoño de 1911, que a su vez preparó el camino para las guerras balcánicas de 1912 y 1913. Italia, que había contemplado con envidia el reparto mundial de las colonias, decidió que había llegado el momento de aumentar su pequeña colección de territorios de ultramar. El imperio otomano estaba débil, desgarrado por divisiones internas y rebeliones en Albania y Yemen, y las demás potencias se hallaban entretenidas con Marruecos. A lo largo de los años, Italia había logrado que Gran Bretaña, Francia, el imperio austrohúngaro y Rusia se comprometiesen a reconocer que ella tenía intereses especiales en dos provincias otomanas en el norte de África: Cirenaica y Trípoli. (Hoy las conocemos como Libia). Si el estatus en el norte de África cambiaba, como claramente estaba a punto de suceder en Marruecos en 1911, entonces Italia tendría un buen pretexto para consolidar su influencia, de una forma o de otra, sobre Libia. Adquirir colonias también parecía mucho más fácil que cumplir el otro sueño de los nacionalistas italianos: arrebatar al imperio austro-húngaro unas áreas italoparlantes como el gran puerto de Trieste y el Trentino; sueño que, por la debilidad de Italia, parecía todavía lejano, si no imposible.[80] El propio imperio austrohúngaro estaba encantado de ver que Italia dirigía su atención hacia la costa sur del Mediterráneo y lejos de los Alpes y del Adriático.[81]

Pero los anteriores intentos de Italia por construir un imperio habían fracasado espectacularmente. Los nacionalistas italianos guardaban rencor a Francia por haberse hecho con Túnez en 1881. La historia (tras derrotar a Cartago, Roma había convertido aquella región en un granero), la geografía (la costa de Túnez apuntaba directamente hacia la de Sicilia), y la emigración (había unos ciento treinta mil italianos viviendo en Túnez hacia el comienzo de la Gran Guerra), hacían allí un territorio italiano y no francés. Cierto que Italia había logrado establecer dos colonias pequeñas y atrasadas en Eritrea y So-malilandia, en el cuerno de África; pero sus intentos de tomar Etiopía habían acabado con una aplastante derrota a manos de los etíopes en Adua, en 1896. Fue una profunda humillación para Italia, que deseaba fervientemente desempeñar un papel en el escenario europeo y mundial.

Italia era una gran potencia más por cortesía que por su situación real. Se hallaba en todo, salvo en pobreza, por detrás de las otras. Su población era de solo treinta y cinco millones de habitantes; la de su vecino y rival, el imperio austrohúngaro, alcanzaba los cincuenta millones. Y estaba disminuyendo aceleradamente a causa de la emigración (bajó en 873.000 habitantes solo en 1913).[82] Su red ferroviaria estaba subdesarrollada; era menos industrial y más agrícola que las demás potencias occidentales; y su presupuesto militar era menor que el de todas las demás, incluida Rusia.[83] Era un país nuevo, en el que las distintas regiones y ciudades a menudo inspiraban, al igual que hoy, lealtades más fuertes que la de la propia nación. Había divisiones profundas: entre las nuevas clases trabajadoras y los empresarios; entre el norte y el sur; y entre la iglesia católica y el estado. La figura dominante en la política de los años previos a 1914 fue Giovanni Giolitti, un reformista liberal que intentaba modernizar la economía, la sociedad y la política italianas; pero entre las clases políticas primaba la sensación de que todo aquello era un poco improvisado y no demasiado efectivo. En las más altas esferas del gobierno, algunos funcionarios clave como los dirigentes militares y civiles simplemente no se comunicaban entre sí. Los jefes del estado mayor italiano, por ejemplo, no conocían los términos de la triple alianza, que quizá ellos mismos tendrían que defender con las armas alguna vez. En teoría, el rey estaba a cargo de los asuntos exteriores y del ejército; pero, en la práctica, Víctor Manuel III, que sucedió en 1900 a su padre asesinado, por lo general dejaba estar a sus ministros. Era un hombre

pequeño y nervioso, que dedicaba toda su atención a su amada familia, comprendiendo en esta a esposa montenegrina, que era mucho mayor en tamaño que él, y su colección de sellos.

Los extranjeros iban a Italia por su clima y sus muchas bellezas, pero también se reían de ella. consideraban a sus ciudadanos encantadores, caóticos, infantiles; pero no un pueblo digno de ser tomado en serio. En asuntos internacionales, las demás potencias, y hasta sus propios aliados de la triple alianza, tendían a tratar a Italia con desdén. Durante la crisis por la anexión de Bosnia, por ejemplo, las sugerencias de Italia de buscar un acuerdo fueron desoídas, y nadie pensó en ofrecerle compensación alguna en los Balcanes. (El espantoso terremoto de Messina hizo que 1908 fuese un año especialmente sombrío para Italia). Los diplomáticos italianos, que cada vez con mayor frecuencia provenían de familias aristocráticas del sur, daban la impresión a sus colegas extranjeros de ser hombres de la cultura –no siempre capaces de entablar negociaciones complicadas, sobre todo en temas relacionados con el comercio o a la economía–, y de impronta conservadora; como el embajador italiano que odiaba los automóviles y llegaba siempre en un carro de cuatro caballos a las reuniones en Viena con sus homólogos austrohúngaros. Aunque Italia ciertamente contaba con diplomáticos competentes, la pobreza del país obstruía su labor; a menudo, las embajadas carecían de equipamiento moderno básico, como unas máquinas de escribir.[84]

Las relaciones exteriores de Italia estaban determinadas en parte por su propia debilidad y su posición estratégica. Tenía enemigos potenciales a ambos lados, tanto por tierra como por mar; su largo litoral era imposible de defender eficazmente, y la armada admitía no poder proteger todos los puertos importantes. Sus ejércitos estaban concentrados en el norte para interceptar ataques de Francia o del imperio austrohúngaro, lo que le hizo comentar a un diputado que la cabeza de Italia estaba protegida por un casco de acero, mientras que su cuerpo se hallaba desnudo.[85] Los líderes italianos tendían, lógicamente, a ponerse nerviosos, a ver malas intenciones en todas partes y a suponer, menos razonablemente, que los enemigos de Italia eran irracionales y podían atacar súbitamente sin motivo alguno. A partir de 1900, los preparativos de Austria a lo largo de la frontera común exacerbaron los temores de Italia; 1911 trajo algún

alivio, cuando Conrad fue retirado de su cargo; aunque resultó que por poco tiempo.[86] Mientras Europa se dividía en dos bloques de potencias, los sucesivos ministros italianos de Asuntos Exteriores intentaban desesperadamente maniobrar entre ambos. Como comentó un diputado ante el parlamento en 1907: "La lealtad inquebrantable a la triple alianza, la amistad sincera hacia Gran Bretaña y Francia y las relaciones cordiales con las demás potencias serán siempre las bases de nuestra política exterior".[87]

La política exterior y militar de Italia era cautelosa y defensiva por necesidad; lo cual no impedía que los nacionalistas italianos soñasen que podría ser diferente y que tal vez los extranjeros se estuvieran equivocando con Italia. Encontraban consuelo en el darwinismo social: los soldados italianos, debido a la vida dura que llevaban, tenían que ser más rudos que los decadentes franceses o los blandos austro-húngaros.[88] Más importante aún, los nacionalistas estaban decididos a demostrar que la unificación había creado un país que funcionaba y con el que tenía que contar el mundo. Los gobiernos italianos insistían en que Italia estuviese representada en todos los acontecimientos mundiales importantes; hasta enviaron a un puñado de soldados italianos a China para participar en la fuerza internacional que sofocó el levantamiento de los bóxers en 1900.[89] Y como las potencias mundiales en 1900 tenían imperios, Italia debía seguir levantando el suyo. La opinión pública italiana, que al igual que en otros países se iba haciendo más y más importante, con la difusión de los diarios y el auge de los grupos de presión, en general apoyaba el imperialismo. Ni siquiera los socialistas, cuya retórica era antiimperialista, estaban totalmente en contra.

Durante el verano de 1911, mientras la crisis marroquí se intensificaba, creció también la agitación nacionalista en Italia. La prensa, las sociedades colonialistas y nacionalistas, hablaban sin parar de Libia. Como también era el cincuenta aniversario de la última etapa –hasta ese momento– de la unificación de Italia, parecía un buen momento para hacer algo todavía más espectacular que construir el gigantesco monumento a Víctor Manuel en Roma. El ministro de Asuntos Exteriores, Antonino di San Giuliano, se hospedó casualmente en el mismo hotel que el segundo jefe del estado mayor de la marina y ambos discutieron la logística de la invasión. (El sutil y cínico San Giuliano, que al igual que muchos de sus colegas provenía de la aristocracia siciliana, estaba allí por motivos de

salud; culpaba de sus muchas dolencias a su madre, por llevar una vida demasiado hones-ta).[90] De regreso en Roma, San Giuliano le dijo a Giolitti que el mejor momento para enfrentarse a los otomanos en Libia era el otoño o la primavera. Los dos hombres decidieron que sería en septiembre, y no se tomaron la molestia de comunicárselo al ejército hasta el último momento.[91]

En lo que se llamó la “política del estilete”, Italia le mandó un imposible ultimátum al imperio otomano el 28 de septiembre de 1911; y anunció que en cualquier caso procedería a ocupar las dos provincias de Libia, fuese cual fuese la respuesta. Los barcos italianos ya se preparaban para zarpar. Italia utilizó el pretexto de proteger sus intereses y a sus ciudadanos, con argumentos que solo pueden ser calificados de endebles. San Giuliano le dijo al embajador británico en Roma, por ejemplo, que los molinos de harina italianos de Trípoli estaban teniendo problemas para recibir grano por culpa de las maquinaciones de las autoridades otomanas.[92] La izquierda italiana convocó varias huelgas en protesta, pero, como informó a Londres el embajador británico: “incluso dentro del partido socialista las opiniones están divididas y la agitación es indecisa”.[93]

La invasión italiana fue calificada en el Reichstag de “acto de piratería”, y la opinión mundial se mostró mayoritariamente de acuerdo; sobre todo cuando la guerra se prolongó y los italianos recurrieron a métodos cada vez más brutales para aplastar la generalizada resistencia local.[94] La segunda internacional condenó a Italia, pero no mostró simpatía alguna por el imperio otomano, que consideraba retrógrado e incivilizado.[95] Las demás grandes potencias no deseaban intervenir, por miedo a enemistarse con Italia y a que esta se acercara a sus adversarios. Grey, que tenía esperanzas de separar a Italia de la triple alianza, le dijo al embajador italiano que esperaba que “Italia manejase las cosas de modo que las consecuencias fuesen lo menos trascendentes y embarazosas posible”. Cuando el embajador italiano preguntó qué se proponía hacer Gran Bretaña, Grey dijo estar hablando “desde el punto de vista de la no intervención”.[96] Aun cuando los italianos se apoderaron de Rodas y de las islas del Dodecaneso, cerca de la costa de Asia Menor, durante la primavera siguiente, las potencias no reaccionaron con firmeza. San Giuliano prometió entregar las islas cuando el último soldado otomano hubiese abandonado Libia; pero ese día no iba a llegar antes de 1914.

Los italianos pagaron muy cara su conquista, con un enorme déficit presupuestario y unos ocho mil soldados muertos o heridos en el primer año. Para los habitantes de Libia resultaría igualmente duro, entonces y después. Su resistencia siguió hasta la década de 1920, cuando el nuevo gobernante de Italia, Benito Mussolini, le puso fin del modo más brutal, al coste de por lo menos cincuenta mil libios muertos. El gobierno otomano había sido relativamente blando e ilustrado, pero bajo el dominio italiano, Libia, que también llegó a abarcar territorios en el interior, experimentó un retroceso. Las diferentes partes de la colonia, cada una con su propia historia y su cultura, jamás se fundieron en un solo país; cosa que Libia sigue pagando hoy en día, con rivalidades regionales y tribales. Europa también pagaría muy cara la agresión italiana. El acuerdo tácito entre las grandes potencias de preservar el imperio otomano quedó en entredicho. Como le dijo el primer ministro rumano al embajador del imperio austro-húngaro aquel otoño: “Dos inician la danza, pero al final se les unen muchos”.[97] El káiser Guillermo, que se hallaba en su pabellón de caza favorito en Rominten cuando los italianos entraron en acción, predijo que más países se aprovecharían entonces de la debilidad del imperio otomano para retomar el asunto del control de los estrechos otomanos, o para buscar territorios en los Balcanes. El káiser temía que aquello significara “el comienzo de una guerra mundial, con todos sus terrores”.[98] La primera señal de que estaba en lo cierto llegó al año siguiente, cuando las naciones balcánicas unieron sus fuerzas contra el imperio otomano.

Poco después de la navidad de 1911, sir Edward Goschen, el embajador británico en Berlín, informó a Londres de que había cenado con Bethmann. Los dos hombres hablaron amistosamente sobre los sucesos del año. El embajador le preguntó a Bethmann si había encontrado tiempo para tocar sus habituales sonatas de Beethoven antes de irse a la cama, como era su costumbre. “Mi querido amigo –le contestó Bethmann–, a usted y a mí nos gusta la música clásica, con sus armonías claras y simples; ¿cómo puedo tocar mi vieja y amada música con el aire lleno de disonancias modernas?”. Goschen replicó: “Pero incluso los viejos compositores empleaban las disonancias antes de las armonías, para que estas sonasen aún mejor”. Bethmann asintió, añadiendo que “tanto en la música moderna como en la actual atmósfera política predominan las disonancias”.[99] El año nuevo traería nuevas disonancias que crisparían los

nervios europeos; esta vez en el interior de la propia Europa, en la primera de una serie de guerras balcánicas.

XVI

LAS PRIMERAS GUERRAS BALCÁNICAS

El día de año nuevo de 1912 Paul Cambon, el embajador de Francia en Londres, escribió a su hermano, en Berlín: “¿Qué nos reservará este año? Ojalá el conflicto grande pueda ser evitado”.[1] Jules también temía los meses venideros:

La precaria salud del emperador de Austria, los ambiciosos planes atribuidos al heredero, la guerra en Trípoli, el deseo del gobierno italiano de salir de las dificultades en que él mismo se había metido al mezclar las disputas de los otros con las propias, las ambiciones búlgaras, la amenaza de conflictos en Macedonia, las dificultades en Persia, el descalabro del crédito de China, todo esto apuntaba a severos desórdenes en el futuro próximo y la única esperanza era que la gravedad misma del peligro condujese a evitarlo.[2]

Tal vez pudo haber mencionado además la rivalidad entre Gran Bretaña y Alemania, o el temor y hostilidad mutuos entre Rusia y el imperio austrohúngaro. Sin embargo, fue en los Balcanes donde surgiría el mayor de todos los peligros: dos guerras entre sus países, una primera en 1912 y la segunda en 1913, estuvieron a punto de involucrar a las grandes potencias. La diplomacia, las amenazas en falso y la temeridad política preservaron al final la paz; pero, aunque los europeos no podían saberlo, aquello fue un ensayo general para el verano de 1914. Como dicen en el teatro: si el último ensayo sale bien, el estreno será un desastre.

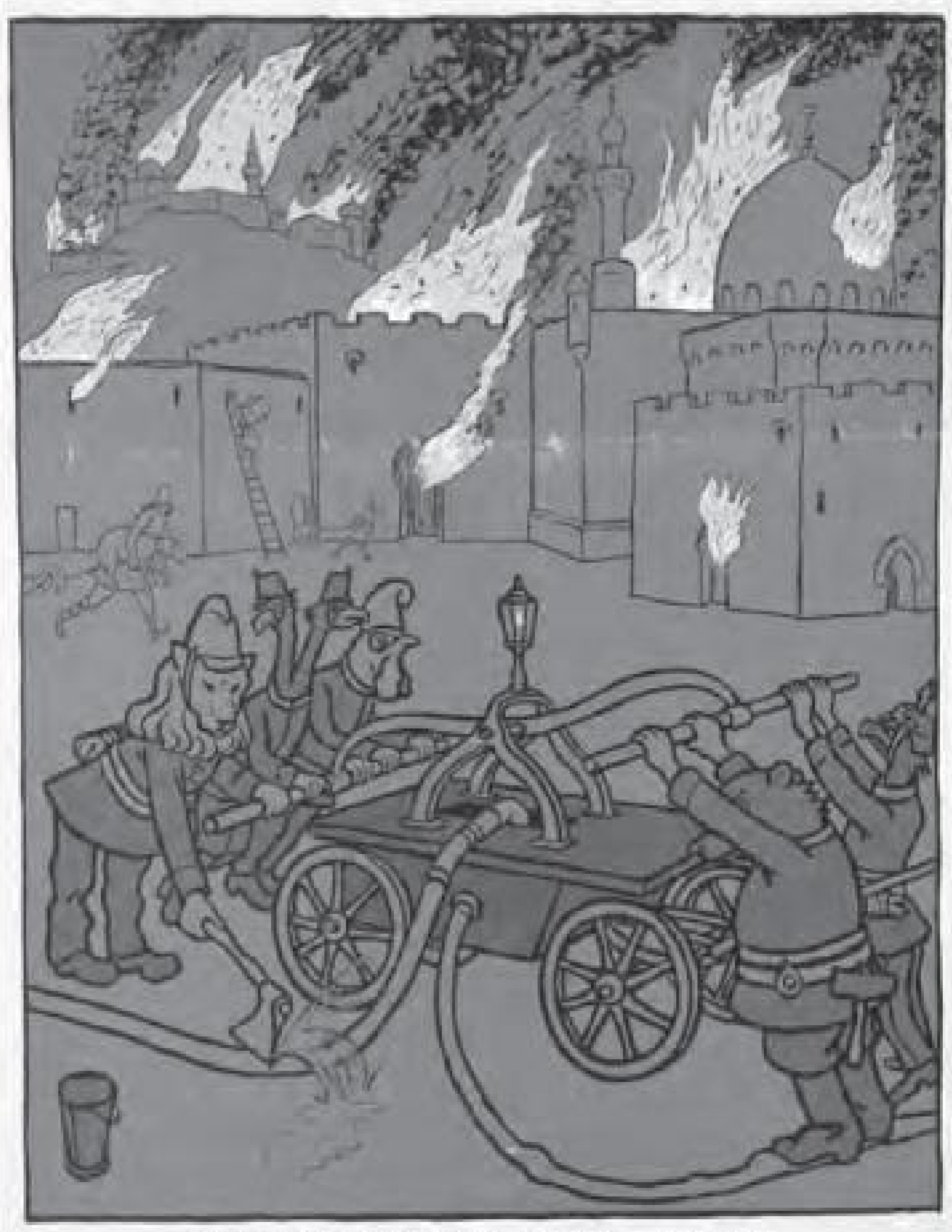
Los estados balcánicos, desde Grecia en el sur hasta Serbia, Bulgaria y Rumanía en el norte, eran los parientes pobres de Europa, con pocos recursos naturales, unas infraestructuras subdesarrolladas y apenas en los albores de la

industrialización y el comercio modernos. En 1912, la capital de Serbia, Belgrado, era una pequeña ciudad provinciana, que comenzaba a pavimentar con tablones de madera sus calles principales y que contaba con un solo hotel decente. En Rumanía, que tenía como mito nacional el que sus habitantes eran un pueblo latino, descendientes de las legiones romanas, Bucarest aspiraba a ser el París de los Balcanes. Las clases altas, que hablaban francés y se vestían a la última moda de allá, admiraban sobre todo, según un agudo periodista ruso, "el París nocturno". León Trotski, desterrado de Rusia por sus actividades revolucionarias, vivía en Bucarest con nombre falso, como corresponsal de un importante diario de Kiev. Mujeres elegantes y oficiales magníficamente vestidos paseaban por los bulevares, proseguía el periodista, y en las intersecciones había pissoirs [urinarios] como los de París. Pero las diferencias eran mucho mayores que las semejanzas; desde los taxistas eunucos (de una secta en la que se castraba a los hombres después de haber engendrado dos hijos) hasta los gitanos que tocaban el violín en los clubes nocturnos, o los niños descalzos que mendigaban por las calles.[3] En Montenegro, la capital no era más que una aldea grande, y el nuevo palacio real tenía aspecto de internado alemán. (El viejo, el Biljarda, tomaba su nombre de la mesa de billar que había sido transportada hasta las montañas desde la costa). El rey, Nicolás II, solía sentarse bajo uno de los escasos árboles de su montañoso país para dispensar a sus súbditos su versión particular de la justicia. Estaba ligado a Italia y Rusia por lazos familiares –una hija se había casado con el rey de Italia y otras dos eran esposas de archiduques rusos–, pero su política exterior reflejaba por lo general qué potencia europea acababa de pagarle una subvención. "Su Majestad el rey Nicolás –dijo Conrad a Francisco José en 1912– me recuerda a un candelabro". Al emperador le hizo gracia la explicación de Conrad: "Vea, siempre está quieto, con los brazos extendidos, siempre a la espera de que alguien le dé algo".[4]

Rumanía, por entonces un país mucho menor que el actual, tenía una población que rozaba siete millones en 1910; Bulgaria unos cuatro millones; y Serbia alrededor de tres millones. En Montenegro apenas había doscientos cincuenta mil habitantes. ("Esta aislada arruga del mundo", lo calificó un diplomático austrohúngaro que prestó muy a regañadientes sus servicios en la capital, Cetinje, antes de la Gran Guerra).[5] Los años del dominio otomano habían dejado unas sociedades mayormente agrícolas y profundamente conservadoras, aunque las clases altas y la diminuta burguesía aspiraban cada vez más a ser occidentales y modernas. Habían surgido partidos políticos que se ponían a sí mismos el

nombre de conservador, liberal o radical, e incluso socialista; pero detrás había algo más anticuado: una red de relaciones familiares y regionales, una autocracia sin más. En Montenegro, el único de los estados balcánicos cuyas montañas lo habían salvado de convertirse en parte del imperio otomano, Nicolás jugaba con una constitución de la que simplemente prescindía cada vez que se hartaba de la política; toda oposición, y a veces hasta sus leales partidarios, iban a la cárcel o eran ejecutados, según tuviese el día. En Serbia, los radicales, y especialmente su líder Nikola Pašić, tenían la suerte de lidiar con un rey débil, Pedro; pero tanto en Bulgaria como en Rumanía la política estaba dominada por reyes más fuertes, importados ambos de Alemania.

Der Brand am Balkan



16. Los Balcanes eran la zona conflictiva de Europa, en la que las ambiciones de las grandes potencias se mezclaban con las rivalidades entre las propias naciones balcánicas. En 1912 estas naciones se unieron brevemente para apoderarse de gran parte de los territorios que quedaban en manos del imperio otomano, pero enseguida se pelearon a causa de ellos. Las grandes potencias intentaron casi por última vez imponer la paz, pero, como dice el texto de esta caricatura: “Por desgracia, la brigada de bomberos de la Europa unificada no logró extinguir las llamas”.

Para el resto de Europa los estados balcánicos eran una especie de broma, un escenario de novelas de aventuras, como El prisionero de Zenda, o de operetas (Montenegro sirvió de inspiración para La viuda alegre); pero su política era mortalmente seria, y a menudo mortífera, con complots terroristas, violencia y asesinatos. En 1903, al impopular predecesor del rey Pedro en el trono de Serbia y a su esposa, igualmente impopular, los habían tirado por las ventanas del palacio y descuartizado luego sus cadáveres. Nicolás de Montenegro odiaba a Pašić y a los otros radicales, pues sospechaba, con buenas razones, que ellos le habían enviado asesinos armados con bombas. El auge de los movimientos nacionalistas había cohesionado a los pueblos, pero también había separado a los ortodoxos de los católicos o los musulmanes, y a los albaneses de los eslavos, creando además divisiones entre croatas, serbios, eslovenos, búlgaros y macedonios. Los pueblos de los Balcanes habían logrado coexistir y mezclarse, a menudo durante prolongados periodos de paz a lo largo de los siglos, pero la creación de estados nacionales en el siglo XIX también había traído consigo quemas de poblados, masacres, expulsión de las minorías e interminables actos de venganza.

Los políticos que habían llegado al poder apelando al nacionalismo y con promesas de gloria nacional se vieron atrapados por unas fuerzas que no siempre podían controlar. Las sociedades secretas, creadas a partir de una mezcla ecléctica que incluía la francmasonería, los carbonarios clandestinos –que habían trabajado por la unidad italiana–, los terroristas que más recientemente habían espantado a gran parte de Europa, y el bandidismo a la vieja usanza, proliferaban

a lo largo y ancho de los Balcanes, infiltrándose en las instituciones civiles y militares de los estados. La Organización Revolucionaria Interna Macedonia (ORIM) hablaba de una Macedonia para los macedonios, pero muchos sospechaban que colaboraba con los nacionalistas búlgaros a favor de una Gran Bulgaria que incluiría a Macedonia. En Serbia, el gobierno y el ejército estaban plagados de partidarios de la Narodna Obrana [defensa nacional], que se fundó durante la crisis bosnia, y de su rama más extremista, la Mano Negra. En la primera guerra balcánica, algunos oficiales desobedecieron en varias ocasiones a sus gobiernos, capturando, por ejemplo, la ciudad de Monastir (que Serbia había prometido a Bulgaria en un acuerdo secreto), con la esperanza de que después fuera imposible entregarla.[6] Aunque las autoridades otomanas y austrohúngaras hacían lo posible por suprimir toda actividad revolucionaria, y casi toda actividad política de hecho, entre sus súbditos sudeslavos o albaneses, su empeño resultaba muy difícil, sobre todo porque gran parte de las conspiraciones y del terrorismo internos obtenían apoyo del exterior. Estudiantes bosnios de la universidad de Viena, por ejemplo, formaron una sociedad secreta como reacción a la anexión de su patria. "Si el imperio austro-húngaro quiere engullirnos –declararon–, le roeremos el estómago"; muchos de estos estudiantes se colaban en Serbia por la frontera para recibir entrenamiento militar.[7]

La generación joven que atraían estas sociedades secretas era con frecuencia más radical que sus mayores y se enfrentaba a menudo con ellos. "Nuestros padres, nuestros tiranos –decía un nacionalista radical bosnio– han creado este mundo de acuerdo con su modelo y ahora nos obligan a vivir en él".[8] Los miembros jóvenes estaban enamorados de la violencia y dispuestos a destruir hasta sus propios valores e instituciones tradicionales en aras de construir la Gran Serbia, Bulgaria o Grecia. (Aun cuando no hubiesen leído a Nietzsche, y muchos sí lo habían leído, también habían oído decir que Dios había muerto y que la civilización europea debía ser destruida a fin de liberar a la humanidad). En los años inmediatamente anteriores a 1914, las autoridades de los estados balcánicos toleraban, o no lograban controlar, las actividades de sus jóvenes radicales, que perpetraban asesinatos y ataques terroristas contra funcionarios otomanos o austrohúngaros en cuanto opresores de los eslavos, contra sus propios líderes por considerarlos poco dedicados a la causa nacionalista, o simplemente contra ciudadanos corrientes de la religión o la etnia equivocadas en el lugar equivocado. Cuando Francisco José visitó Bosnia en 1910, hubo un complot para asesinarlo; en Croacia se produjeron repetidos atentados, algunos de ellos

logrados, contra los funcionarios al servicio de los Habsburgo.

En las primeras etapas de su independencia, los estados balcánicos se habían contentado con prestar atención a las grandes potencias europeas, o al menos se habían visto obligados a ello. Y las potencias, especialmente Rusia y el imperio austrohúngaro –antes de enemistarse a causa de la anexión de Bosnia–, deseaban mantener el statu quo en los Balcanes y que el imperio otomano continuase gobernando los territorios europeos que aún poseía. Pero durante las últimas décadas del siglo XIX, la obvia decadencia de los otomanos había envalentonado a los líderes en toda la región balcánica, que decidieron tomar cartas en el asunto. So pretexto de proteger a los cristianos que permanecían bajo el yugo otomano en Macedonia y en otras partes, Serbia, Bulgaria y Grecia enviaron dinero, armas y agentes para fomentar la resistencia. El ascenso de los Jóvenes Turcos y su política de recuperar el control de las tierras otomanas (y volverlas más turcas), como era de esperar, disparó las alarmas en todos los estados balcánicos, e incluso entre los súbditos cristianos del imperio otomano. Ya en 1910, albaneses, cristianos y musulmanes por igual, que tradicionalmente habían sido leales a sus gobernantes otomanos, se hallaban en franca rebeldía. Al año siguiente, los revolucionarios albaneses unieron fuerzas con sus homólogos macedonios. Las autoridades otomanas respondieron con medidas brutales, que solo sirvieron para fomentar aún más la agitación y la violencia. En el otoño de 1911, la guerra de Italia contra el imperio otomano desencadenó nuevos levantamientos por parte de los cristianos. Durante aquel mes de diciembre una serie de explosiones destruyeron en Macedonia puestos de policía y mezquitas. En represalia, grupos de musulmanes atacaron a ciudadanos búlgaros. A lo largo y ancho de los estados balcánicos independientes hubo mítines de protesta y manifestaciones contra los otomanos.[9]

Los líderes balcánicos se quejaban abiertamente de que ya no podían confiar en que las grandes potencias protegieran a los cristianos que vivían bajo dominio otomano, e insinuaban que tal vez ellos mismos tendrían que hacer algo al respecto. ¿Para qué mantener el statu quo en los Balcanes?, preguntó a Trotski un importante político serbio. “¿Dónde estaba el statu quo cuando Austria se anexionó Bosnia y Herzegovina? ¿Por qué las potencias no defendieron el statu quo cuando Italia se apoderó de Trípoli?”. ¿Y por qué los estados balcánicos han

de ser tratados como si no fuesen europeos, sino más bien como Marruecos?[10] El ministro de Asuntos Exteriores serbio reconoció ante el embajador británico en Belgrado que existía la posibilidad de que el imperio austrohúngaro interviniese si alguna de las naciones balcánicas intentaba hacerse con territorios otomanos, pero que en lo que a él, Milovan Milovanović, concernía, para Serbia era mejor morir luchando. Pues si el imperio austrohúngaro se extendía más al sur hacia los Balcanes, los días de Serbia como reino independiente estarían contados.[11]

El orgullo, las ambiciones nacionalistas, las tentaciones de un imperio en decadencia tan cerca de ellos, el ejemplo de agresión manifiesta impuesto por Italia, así como la pura temeridad, llevaron a los países balcánicos a unirse –brevemente– para expulsar al imperio otomano de las posesiones que le quedaban en Europa. A partir del otoño de 1911, emisarios de las distintas capitales balcánicas viajaban en secreto o se reunían como por casualidad en una u otra ciudad europea. Rusia, en especial el embajador ruso en Constantinopla, había promovido desde hacía tiempo la idea de una liga balcánica que incluyese el imperio otomano, lo cual era de esperar que proporcionase estabilidad a la región y obstruyese la expansión de la influencia alemana y austrohúngara hacia el sur y hacia el este. Los estados balcánicos no querían ni oír hablar de la idea, pues sus sueños de saquear el imperio otomano estaban cada vez más cerca de cumplirse. Sazónov, que sustituyó a Izvolski en 1910 como ministro ruso de Asuntos Exteriores, intentó entonces forjar una alianza entre Bulgaria, Serbia, Montenegro y Grecia, a modo de barrera contra los avances del imperio austrohúngaro hacia el sur si el imperio otomano se derrumbaba.[12]

En el otoño de 1911, aquel derrumbe parecía inminente. Serbia y Bulgaria llevaban dialogando intermitentemente desde 1904 sobre una posible colaboración, pero los búlgaros, liderados por el zar Fernando, habían preferido mantener las manos libres. Ahora estas conversaciones se hacían apremiantes. También contribuyó el hecho de que el nuevo gobierno en Sofía, la capital búlgara, fuera prorruso, y no le preocupara tanto ofender al imperio austrohúngaro. Gran Bretaña y Francia, a las que Rusia avisó de que algo se estaba cociendo en el ambiente, no se oponían a una relación más amistosa entre las dos potencias balcánicas. Sus socios de la triple entente compartían las esperanzas de Rusia de encontrar una solución local y barata para contener la

expansión alemana y austrohúngara hacia el imperio otomano.[13] En Sofía y Belgrado, Anatoli Nejliúdov y Hartwig, los embajadores rusos, se emplearon a fondo para unificar a búlgaros y serbios. Nejliúdov al menos preveía potenciales peligros: “La unión de Bulgaria y Serbia contiene un elemento de peligro: la tentación de emplearla con fines ofensivos”.[14]

Hartwig no tenía estas preocupaciones. Desde el momento de su llegada a Belgrado en 1909, se había convertido en un ferviente partidario de la causa serbia y rápidamente se volvió parte indispensable de la escena política; todo el mundo, del rey para abajo, lo consultaba, y cada mañana su estudio se llenaba de miembros prominentes de la sociedad serbia. Él y Pašić eran especialmente íntimos, y Hartwig, con muchas indirectas, dio a entender al líder serbio que no debía tomar demasiado en serio las amenazas de Rusia. Cuando Sazónov envió un mensaje instando al gobierno serbio a moderar su política exterior, Hartwig lo leyó solemnemente en voz alta. “¿Ha terminado usted, mon cher ami? –preguntó Pašić–. ¡Qué bueno! C’est bien. Nous pouvons maintenant causer sérieusement!” [Ahora podemos hablar en serio].[15] A Sazónov le preocupaba Hartwig, pero no tenía poder sufciente para traerlo de vuelta, posiblemente porque la esposa de Hartwig tenía buenas conexiones en la corte y entre los círculos paneslavistas de Rusia.

Al concluir septiembre de 1911 los búlgaros informaron a los rusos de que estaban dispuestos a negociar tratados, primero con Serbia, y luego con Montenegro y Grecia. Un miembro importante del gobierno búlgaro le dijo a Nejliúdov que Bulgaria y Serbia necesitaban unirse, no solo para proteger a los cristianos en el imperio otomano, sino también para mantener su independencia respecto de las potencias centrales.[16] Sazónov, que se hallaba convaleciente en Davos de una grave enfermedad, se alegró sobremanera cuando Nejliúdov le dio la noticia. “Bueno –exclamó Sazónov–, ¡pero esto es perfecto! ¡Si llegara a concretarse! Bulgaria aliada estrechamente con Serbia en lo político y en lo económico; quinientas mil bayonetas custodiando los Balcanes: ¡esto cerraría por siempre el camino a la penetración alemana, a la invasión austriaca!”.[17] La discusión de los detalles del acuerdo tardó varios meses. Como presagiando los problemas que surgirían entre los nuevos aliados, la principal dificultad fue la división de las tierras macedonias, incluso de las más pequeñas aldeas, donde las

reclamaciones de ambos países coincidían en parte.[18] El tratado, finalmente firmado en marzo de 1912, contenía cláusulas secretas dirigidas contra el imperio otomano y designaba a Rusia como árbitro de cualquier futura disputa sobre la división de Macedonia. Bulgaria prometió también respaldar a Serbia si esta se veía involucrada en una guerra con el imperio austrohúngaro.

Ya en este punto los diplomáticos extranjeros habían oído rumores sobre la nueva alianza y empezaban a aparecer artículos en la prensa. Sazónov aseguró con displicencia a los otros dos miembros de la entente que aquel tratado era puramente defensivo y que Rusia emplearía su influencia para garantizar que siguiera siendo así. Alemania y el imperio austrohúngaro, en un principio, no mostraron ninguna preocupación.[19] Sin embargo, en aquella primavera de 1912, a medida que se iban filtrando los detalles de las cláusulas secretas, las grandes potencias comenzaron a sospechar que aquello era más que un acuerdo defensivo. "Resulta evidente –le escribió Nicolson, ahora subsecretario permanente del ministerio de Asuntos Exteriores, a un diplomático británico en San Petersburgo– que el reparto del botín en Macedonia ya está decidido". Nicolson se quejaba de que Sazónov estaba siendo más atrevido de la cuenta, pero de nada serviría decirlo, ya que Gran Bretaña necesitaba mantenerse en los mejores términos con Rusia.[20]

La preocupación internacional aumentó cuando se hizo evidente que Bulgaria y Grecia, divididas desde hacía tiempo por la rivalidad en cuanto a sus ambiciones en Macedonia, iban estrechando lazos. El nuevo primer ministro griego, Eleftherios Venizelos, estaba decidido a liberar su isla natal, Creta, del dominio otomano, y, dispuesto a sacrificar los intereses de Grecia en Macedonia, por lo menos de momento, a fin de ganar aliados. En mayo, un tratado entre Bulgaria y Grecia –calificado, una vez más, de meramente defensivo– significó un paso más hacia la creación de una liga de estados balcánicos contra el imperio otomano. Búlgaros y montenegrinos tuvieron ocasión de hablar al mes siguiente, irónicamente en el gran palacio de los Habsburgo, el Hofburg, mientras ambos reyes, Fernando y Nicolás, visitaban a Francisco José. El acuerdo pactado más adelante, en el verano, prescindía del pretexto de la defensa y simplemente daba por segura una guerra contra el imperio otomano. A finales de septiembre Serbia y Montenegro firmaron una alianza. La liga balcánica estaba ya completa, con

Bulgaria en el centro.

El imperio otomano parecía dar sus últimos estertores. En Constan-tinopla, los Jóvenes Turcos fueron derrocados a comienzos del verano por oficiales derechistas del ejército que luego no fueron capaces de restablecer el orden. La rebelión en Albania continuaba ganando fuerza, y también proseguía el ciclo de agitación y violencia en Macedonia. En agosto una bomba explotó en un mercado, matando a varios transeúntes inocentes. La policía otomana entró en pánico y disparó contra la multitud: murieron más de cien personas, en su mayoría búlgaras. En Bulgaria, el pueblo exigía que su gobierno liberase a Macedonia. Los otomanos movilizaron sus fuerzas en la frontera sur de Macedonia y, unos días más tarde, los miembros de la liga balcánica los imitaron. Rusia intentó entonces, infructuosamente, contener a sus protegidos. Las otras grandes potencias también habían despertado de su autocom-placencia y, tras una ronda de apresurados debates, se acordó que Rusia y el imperio austrohúngaro actuasen en nombre de lo que quedaba del concierto de Europa para prevenir a los estados balcánicos contra la guerra. Las potencias afirmaron terminantemente que no aceptarían ningún cambio territorial en los Balcanes por un posible enfrentamien-to bélico. Un diplomático francés en San Petersburgo fue más realista: "Por primera vez en la historia del problema oriental, los estados pequeños han adquirido una posición tan independiente de las grandes potencias que se sienten capaces de actuar sin su concurso, e incluso de arrastrarlas consigo".[21]

El 8 de octubre, día en que la advertencia del concierto llegó a las capitales balcánicas, Nicolás de Montenegro, jugador empedernido como era, declaró la guerra al imperio otomano. Aunque había procurado asiduamente crear conflictos en los territorios otomanos a lo largo de sus fronteras, afirmó ante el embajador británico en Cetinje que no había tenido otra opción: "Las continuas masacres de hermanos cristianos en la frontera le habían desgarrado especialmente el corazón".[22] (Más tarde, los rumores decían que su principal motivo había sido dar un gran golpe de mano financiero en París, gracias a su conocimiento previo del momento en que se iniciarían las hos-tilidades).[23] El 18 de octubre, tras un intento poco convincente por presentarse como inocentes, los demás miembros de la liga balcánica se incorporaron al conflicto. Trotski estaba

en Belgrado mientras los campesinos serbios marchaban a la guerra, mal equipados, pero alegres y uniformados:

Junto con este grito nos entra en el corazón un peculiar y espontáneo sentimiento de tragedia, imposible de transmitir a distancia; un sentimiento, también, de desvalimiento frente al destino histórico que tan cerca se cierne sobre los pueblos encerrados en el triángulo de los Balcanes, así como de angustia por esas hordas de hombres que están siendo conducidos a la destrucción.[24]

A lo largo y ancho de los Balcanes cundía una intensa excitación, con enormes multitudes manifestándose y cantando himnos patrióticos. Las viejas rivalidades quedaron olvidadas a toda prisa, mientras los periódicos hablaban de "Los Balcanes, para los pueblos balcánicos". A las puertas de la embajada búlgara en Belgrado, los serbios gritaban: "¡Que viva el rey Fernando!".[25]

Las fuerzas balcánicas combinadas sobrepasaban a las otomanas en más del doble y estas últimas estaban desmoralizadas y mal preparadas. Obligadas a combatir en varios frentes a la vez, sufrieron una serie de rápidas derrotas. (Los franceses atribuyeron el éxito de los ejércitos balcánicos al uso de artillería de la firma francesa Creusot, mientras que los otomanos empleaban cañones de la firma alemana Krupp).[26] Hacia finales de octubre los otomanos habían perdido casi todos los territorios que les quedaban en Europa. Embriagado por el sueño de ceñirse la corona de la vieja Bizancio y celebrar una misa de la victoria en la gran iglesia de Santa Sofía, Fernando exhortó a sus tropas búlgaras a atacar Constantinopla, pero estas hubieron de detenerse en un cerro al nordeste de la ciudad. Los búlgaros habían dejado atrás sus líneas de aprovisionamiento, entre los soldados escaseaban la munición, la ropa y la comida, y crecía el número de enfermos. Además, las tensiones dentro de la liga balcánica, hasta entonces latentes, se estaban haciendo notar. Para consternación de Bulgaria, Grecia se había hecho con el puerto macedonio de Salónica (actualmente Tesalónica), mientras que los serbios y los montenegri-nos se apresuraron a ocupar el Sanjak de Novi Pazar –el trozo de tierra al sur de Bosnia que los separaba–, así como todo el territorio de Albania que pudieron. A ninguno de los aliados le agradaba

el hecho de que Bulgaria se hubiera adueñado de la mayor parte de los territorios otomanos. El 3 de diciembre, presionados por las grandes potencias, conmocionadas y angustiadas por los dramáticos cambios en los Balcanes, los miembros de la liga balcánica y el imperio otomano acordaron firmar un armisticio e iniciar conversaciones de paz en Londres en aquel mismo mes.

El enorme peligro de la crisis en los Balcanes era que, a la situación sumamente volátil sobre el terreno, se sumaban los intereses y ambiciones de las grandes potencias. Gran Bretaña y Francia, las que menos tenían que perder allí, no querían volver a ver en peligro la estabilidad de Europa, tan recientemente amenazada por la segunda crisis marroquí. Por otra parte, ninguna potencia quería que el imperio otomano desapareciese, con la consiguiente rapiña por sus territorios en el extremo oriental del Mediterráneo y en las tierras mayoritariamente árabes de todo el Oriente medio. Si el sultán otomano –y a la vez califa, el principal líder religioso para los musulmanes suníes del mundo–era depuesto, eso podría generar agitación entre la enorme población musulmana, en su mayoría suní, de la India británica, que hasta ese momento había sido leal partidaria del rajá británico, o entre los millones de musulmanes de las colonias francesas del norte de África.[27] A los franceses también les preocupaba qué pasaría con las grandes sumas de dinero que habían prestado al imperio otomano (Francia era su mayor acreedor extranjero). Y ambas potencias temían las consecuencias de una confrontación entre Rusia y el imperio austrohúngaro en los Balcanes. Poincaré, ahora presidente, les dejó bien claro a los rusos, ya desde agosto de 1912, que Francia no tenía ningún interés en verse arrastrada a un conflicto entre Rusia y el imperio austrohúngaro a causa de los Balcanes. El mensaje de París fue, sin embargo, poco claro: Poincaré prometió también que Francia cumpliría con sus obligaciones como aliada de Rusia si Alemania participaba de parte del imperio austrohúngaro.[28] En diciembre de 1912, cuando las relaciones entre Rusia y el imperio austrohúngaro se estaban deteriorando rápidamente, Francia indicó al parecer que respaldaría a Rusia en caso de que estallara una guerra.[29] Y Poincaré, ya fuese porque así lo creía de verdad, o porque fuese víctima de una ilusión, les aseguró a los rusos que Gran Bretaña le había prometido verbalmente enviar una fuerza expedicionaria en apoyo de Francia si esta era atacada por Alemania.[30]

Como siempre, Grey recalcó que Gran Bretaña era libre de decidir qué hacer ante una crisis, pero en la práctica le prestó a Rusia un apoyo considerable. Por una parte se ofreció a contribuir a la firma de un acuerdo de paz, y por la otra aseguró a los rusos que Gran Bretaña se solidarizaba con su necesidad de mantener los estrechos otomanos en manos amigas.[31] Mientras parecía incrementarse el peligro de una guerra general, Grey recordó una vez más a los franceses que Gran Bretaña no estaba en la obligación de apoyar a Francia si Alemania decidía alinearse con el imperio austrohúngaro atacando al aliado de Rusia en el oeste. No obstante, mientras se desencadenaba la primera guerra balcánica, hubo debates en Londres sobre cómo llevar una fuerza expedicionaria a Francia, y Grey afirmó ante el embajador alemán que era una “necesidad vital” para Gran Bretaña impedir que Francia fuese aplastada por Alemania, y que su país no tendría más remedio que acudir en ayuda de Francia.[32] Si Gran Bretaña y Francia consideraban que sus opciones eran cada vez más limitadas, menos opciones aún tenían Rusia y el imperio austrohúngaro, las dos potencias vecinas con más interés en los Balcanes.

Aunque Rusia no tenía directamente nada que perder allí en términos económicos –el comercio y la inversión rusos eran insignificantes en comparación con otras potencias como Francia– su postura ante los problemas balcánicos estaba dictada por poderosas ambiciones y temores.[33] Si el imperio otomano se desmoronaba, lo cual parecía cada vez más probable, la cuestión del control de los estrechos se volvería de inmediato crítica. La prosperidad económica de Rusia y su futuro desarrollo estaban ligados al comercio exterior. La mayoría de sus vitales exportaciones de grano pasaban por aquel estrecho, igual que las maquinarias modernas que Rusia necesitaba para sus fábricas y minas. Los rusos constataron cuán vulnerable era aquel comercio a causa de la geografía, cuando el estrecho quedó cerrado temporalmente en 1911, y otra vez en 1912, debido a la guerra italiana contra los otomanos. En tanto el grano se amontonaba en los puertos rusos del mar Negro, su precio descendía, y, con la dramática caída del valor de las exportaciones rusas, los tipos de interés ascendían.[34] La velocidad del avance búlgaro en la guerra que estalló en el otoño de 1912 provocó verdadera alarma en San Petersburgo. En cierto momento, el gobierno consideró seriamente la posibilidad de enviar una fuerza para proteger Constantinopla, e incluso de tomar una franja de terreno a lo largo de las costas del Bósforo; hasta que comprendió que Rusia no contaba con el transporte ni con las fuerzas anfibias necesarias.[35]

Rusia tenía otras razones para temer los conflictos en el imperio otomano. Hasta este momento, el atraso de su vecino del sur le había resultado conveniente. La subdesarrollada meseta de Anatolia, con su muy rudimentario sistema de ferrocarriles, había sido una barrera oportuna entre las otras potencias continentales y el imperio ruso en Asia central, y dejaba a Rusia relativamente libre para expandir aún más su dominio, en particular hacia Persia. (Aunque esto provocó repetidas fricciones con los británicos, Grey y sus colegas estaban dispuestos a aguantar mucho con tal de conservar la amistad de Rusia). Desde 1900, sin embargo, la creciente penetración alemana en territorios otomanos y el aireado proyecto alemán de tender una red ferroviaria entre Berlín y Bagdad habían presentado un nuevo e incómodo obstáculo a las ambiciones imperiales de Rusia.[36]

Finalmente, en lo relativo a los Balcanes, los líderes rusos estaban dominados por la determinación de no volver a verse embaucados ni humillados por el imperio austrohúngaro, como en aquel asunto de Bosnia-Herzegovina en 1908. Desde San Petersburgo, cada maniobra del imperio austrohúngaro parecía sospechosa: sus intentos de ganarse el apoyo de Montenegro y Bulgaria ofreciéndoles préstamos, por ejemplo; o las actividades de los sacerdotes católicos de la iglesia austriaca a lo largo y ancho de los Balcanes. La perspectiva rusa sobre esta zona estaba influida también por el paneslavismo y el deseo de proteger a sus compatriotas sudeslavos, muchos de los cuales eran cristianos ortodoxos como los rusos. El paneslavismo, que constituía un conjunto de emociones y actitudes, más que un movimiento o ideología política coherentes, generó mucha retórica enardecida en Rusia y en otras partes de Europa central antes de la Gran Guerra. Para los rusos paneslavistas se trataba de su “misión histórica”, de “nuestros hermanos eslavos”, o de reconvertir la gran mezquita de Hagia Sophia en la catedral de Santa Sofía. Se hablaba también mucho de reconquistar “las llaves y las puertas de la casa rusa” –el estrecho entre el Mediterráneo y el mar Negro– para que el comercio y el poderío naval ruso pudieran expandirse por el mundo. (Los rusos, al parecer, no siempre tuvieron en cuenta que el Mediterráneo era una versión más extensa del mar Negro, cuyos accesos clave en Suez y Gibraltar estaban en manos de otra potencia, en este caso Gran Bretaña). Si bien esta retórica no determinó de manera directa la política rusa en los Balcanes, sirvió para limitar las opciones

de Rusia. Sazónov se vio impulsado a apoyar a las naciones balcánicas y a no cooperar con el imperio austrohúngaro, pese a que hubiera sido prudente por parte de Rusia intentar reconstruir el viejo acuerdo de mantener el statu quo en los Balcanes.[37] Ciertamente, el paneslavismo encontró en él una víctima dócil.

Fue desafortunado para Rusia, para la estabilidad de los Balcanes, y a la larga para la paz de Europa, que el hombre a cargo de la política exterior se dejase llevar tan fácilmente por la emoción y los prejuicios. La misión histórica de Rusia, creía Sazónov, era liberar a los sudesla-vos de la opresión otomana. Aunque este gran deber se consideraba ya casi cumplido a comienzos del siglo xx, Rusia aún necesitaba mantenerse en guardia contra los peligros que amenazaban a las naciones balcánicas, ya proviniesen de un renacido imperio otomano, o del imperio austrohúngaro y su aliado alemán. Desconfaba profundamente de Fernando de Bulgaria, a quien veía como un cuclillo alemán en el nido balcánico, y temía a los Jóvenes Turcos que, en su opinión, estaban liderados por francmasones judíos.[38] También fue desafortunado que Sazónov tuviera tan poco de la inteligencia, experiencia y fuerza de carácter de su predecesor. Sus principales aptitudes para el cargo eran, al parecer, no ser Izvolski –que había quedado desacreditado tras la crisis bosnia–, y sí cuñado del primer ministro Stolipin.

Como tantos altos funcionarios rusos, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores provenía de una familia antigua y noble. A diferencia de algunos de sus colegas, era recto y honesto, y hasta sus enemigos lo reconocían como un caballero de pies a cabeza y un leal servidor del zar y de Rusia. Sazónov era también profundamente religioso y, en opinión del barón Taube, que trabajaba con él, le habría ido bien en la jerarquía de la Iglesia ortodoxa rusa. No tenía, según Taube, madera de primer ministro: “De natural enfermizo, hipersensible y un poco sentimental, nervioso e incluso neurótico, Sazónov encarnaba el tipo de eslavo femenino por excelencia, de trato fácil y generoso pero blando y distraído, constantemente a merced de sus impresiones e intuiciones, refractario al esfuerzo sostenido de pensar e incapaz de llevar sus razonamientos a su conclusión lógica”.[39]

En 1911 y 1912, cuando los estados balcánicos se cernieron sobre el cadáver del imperio otomano, Sazónov los alentó. “No haber hecho nada –escribió en sus memorias– por la consecución de los objetivos de Serbia y Bulgaria hubiera significado para Rusia no solo renunciar a su misión histórica, sino también la claudicación sin resistencia, ante los enemigos de las nacionalidades eslavas, de una plaza política defendida con seculares esfuerzos”.[40] Promovió la creación de la liga balcánica y al parecer, como el desdichado aprendiz de brujo, albergó la ilusión de que podría controlarla. Cuando les dijo a los líderes serbios y búlgaros que Rusia no quería una guerra en los Balcanes, estos dieron por supuesto que no lo decía realmente en serio. Como escribiera el encargado de negocios británico en Sofía en la víspera de la primera guerra balcánica:

El peligro de la situación radica en el hecho de que ni Bulgaria ni Serbia pueden creer que Rusia vaya a abandonar su política de siglos en los Balcanes sin el menor asomo de resistencia. Los estados balcánicos han sido unidos por Rusia, cierto que con un propósito defensivo, pero, bajo determinadas circunstancias, defensivo y ofensivo son términos casi equivalentes. Ahora actúan conjuntamente y, cuando estén listos y sea el momento oportuno, no será la cancelación de los préstamos de Francia, ni las admoniciones de Rusia ni de Europa entera lo que los detendrá. Poco les importa si hacen estallar o no una guerra europea.[41]

Cuando Hartwig apoyó calurosamente las ambiciones serbias de llegar a ser una Gran Serbia, Sazónov se quejó, pero no hizo nada por detenerlo. Tampoco estaba dispuesto a enfrentarse a su propia opinión pública, intensamente proserbia, aun cuando sentía, según reconoció en sus memorias, “un cierto temor a que el gobierno se vea incapaz de controlar el curso de los acontecimientos”.[42] Como frecuentemente les sucede a las grandes potencias,[43] Rusia descubriría que su mucho más pequeño y débil estado cliente era exigente, y a menudo irreductible, en sus demandas. En noviembre de 1912, por ejemplo, durante la primera guerra balcánica, el líder serbio Pašić, sin consultar con Rusia, publicó en The Times de Londres una dramática carta sobre los objetivos de Serbia. Pašić declaraba que su país debía tener un litoral de unos cincuenta kilómetros a lo largo del Adriático. “Solo por esto Serbia está dispuesta a hacer cualquier sacrificio, puesto que, en caso contrario, estaría faltando a su deber como nación”. Pašić

sabía bien que la más mínima presencia serbia en el Adriático era anatema para el imperio austrohúngaro. Su carta fue un intento por poner a Rusia en una posición en la que no tuviera más remedio que apoyar a Serbia.[44] En esta ocasión los rusos finalmente se negaron a dejarse arrastrar, pero Sazónov y sus colegas se enfrentarían a un dilema similar con Serbia dos años después. Si abandonaba a esta frente a una agresión austrohúngara, Rusia aparecería como débil; en cambio, si garantizaba su apoyo inquebrantable, podría alentar la imprudencia de Belgrado.

El imperio austrohúngaro, la otra gran potencia altamente interesada en lo que acontecía en los Balcanes, temía, al igual que Rusia, aparentar debilidad; pero mientras que Rusia quería ver fortalecidos a los estados balcánicos, el imperio austrohúngaro contemplaba con horror esta perspectiva, especialmente en el caso de Serbia. La mera existencia de esta era un peligro para la vieja monarquía multinacional, pues actuaba como imán, modelo e inspiración para los sudeslavos del propio imperio. Las élites gobernantes del imperio austrohúngaro, que recordaban demasiado bien cómo el reino del Piamonte había liderado la unificación de Italia y cómo Prusia había hecho lo mismo con Alemania, a expensas en ambos casos del imperio austrohúngaro, veían a Serbia en el mismo papel peligroso. (No ayudaba precisamente el que los nacionalistas serbios pensaran de modo parecido, y que le hubiesen puesto el nombre de Piejmont a uno de sus diarios más extremistas). Las actividades de los líderes nacionalistas serbios tras el golpe de 1903 para fomentar los sentimientos nacionalistas en toda la península y dentro del propio imperio habían contribuido mucho a exacerbar los temores austrohúngaros.

En una de esas inoportunas coincidencias que juegan su papel en los asuntos humanos, el imperio austrohúngaro también tuvo un nuevo ministro de Asuntos Exteriores en 1912, y este, como en Rusia, resultaba más débil e indeciso que su predecesor. Leopold von Berch-told era uno de los hombres más ricos de la monarquía dual y estaba casado con una heredera húngara. Venía de una familia antigua y distinguida, emparentada con prácticamente todos los personajes importantes de la alta sociedad. Aunque al menos uno de sus ancestros había roto con las convenciones, casándose con la hermana de Mozart, proveniente de la clase media, Berchtold era un tremendo snob y un mojigato, para quien

Eduardo VII apenas parecía presentable en sociedad. “Une royauté en décadence [Una realeza en decadencia] –escribió Berchtold en su diario cuando el rey británico llevó a una examante al elegante balneario de Marienbad–. Regresa a la abominable e indigna tradición georgiana tras la grandeza moral de la época victoriana”.[45] Elegante y encantador, de impecables modales, Berchtold se movía a sus anchas en la alta sociedad. “El bello cani-che”, según uno de sus muchos críticos, estaba más interesado en sus pasatiempos y en coleccionar objetos exquisitos que en cuestiones de alta política. El mal gusto lo exasperaba; cuando visitó la nueva ala que Francisco Fernando había construido en uno de sus castillos, dijo que el mármol parecía “un fiambre y recuerda una carnicería”.[46] Después de su familia, por la que sentía adoración, el gran entusiasmo de Berchtold eran las carreras de caballos. Decía que siempre había querido ser ministro y ganar una gran carrera de caballos. Logró lo primero captando la atención de Aehrenthal, convirtiéndose en un joven y prometedor diplomático y luego en su probable sucesor; y lo segundo derrochando a manos llenas. Berchtold se construyó su propia pista de carreras, importaba a los mejores entrenadores ingleses y compraba los mejores caballos.

Al morir Aehrenthal, Francisco José no tuvo muchas opciones a la hora de escoger sucesor. Debía ser alguien de elevada jerarquía social, que también resultase aceptable para el heredero al trono, y la oposición de Francisco Fernando ya había eliminado a dos candidatos. Berchtold, que gozaba del favor del tío y del sobrino, y que tenía un buen historial como embajador del imperio austrohúngaro en Rusia, parecía el candidato más adecuado, y el moribundo Aehrenthal le había suplicado que asumiese el cargo.[47] El propio Berchtold tenía dudas sobre su capacidad para desempeñarlo. (También las tenían sus colegas, uno de los cuales dijo que Berchtold hubiera estado perfecto como funcionario a cargo de las complicadas ceremonias de la corte, pero que era un desastre como ministro de Asuntos Exteriores.)[48] En su entrevista con el emperador, Berchtold enumeró sus propias deficiencias. No estaba familiarizado con los mecanismos internos del ministerio de Asuntos Exteriores, y jamás había tenido que ver con el parlamento austriaco. Además, siendo alguien que se consideraba tan austriaco como húngaro, probablemente sería despreciado por ambas nacionalidades. Por último, era posible que no estuviera a la altura de las exigencias físicas del cargo. Lo aceptó, no obstante, movido por el sentido del deber hacia su emperador.[49]

Berchtold era un hombre inteligente y un diplomático experimentado, pero sus objeciones eran reales. Carecía de seguridad y de determinación. Tardaba lo indecible en tomar decisiones, consultando interminablemente a sus funcionarios, y hasta les preguntaba a veces qué opinaban a sus niños.[50] Aunque era partidario de la paz, le resultaba difícil enfrentarse a los halcones, especialmente a Conrad, que lo bombardeaba con memorándums a favor de la guerra, contra Italia, o en 1912, 1913 y 1914 contra Serbia.[51] Berchtold tampoco tenía todos los conocimientos que necesitaba. Sabía poco de las cuestiones sudeslavas y de los Balcanes, o de asuntos tales como los detalles de la alianza entre el imperio austrohúngaro e Italia.[52] En consecuencia, se sentía intimidado por sus funcionarios mejor informados, y tendía a postergar en exceso sus juicios. Su propia política exterior era simple y pesimista: el imperio austrohúngaro estaba amenazado por vecinos hostiles y tenía un solo amigo, Alemania. Si alguna vez tuvo esperanzas de un entendimiento con Rusia, la crisis por culpa de Bosnia lo convenció de que no iba a ser fácil lograrlo. Para Ber-chtold, el imperio austrohúngaro debía considerar ahora a Rusia como “un enemigo, que ciertamente podía esperar, pero al que no convenía olvidar”.[53]

A medida que se extendían las tensiones y los rumores de guerra en los Balcanes, a finales del verano de 1912, Berchtold procuraba mantener el statu quo en la región, exhortando a las grandes potencias a actuar conjuntamente, como en el viejo concierto de Europa. Si lograban presionar al imperio otomano para que cambiase su trato a los cristianos que estaban bajo su dominio, los estados balcánicos ya no tendrían ninguna excusa para ir a la guerra. El hecho de que la reacción inicial de Rusia y Francia en la triple entente fuera de suspicacia, acompañada por la determinación de no permitir que la triple alianza tomara la iniciativa da fe de hasta qué punto Europa se estaba partiendo en bandos hostiles.[54] Sazónov le dijo al embajador británico en San Petersburgo que el prestigio de Rusia en los Balcanes quedaría seriamente dañado si el imperio austrohúngaro le arrebataba su papel de protectora de los cristianos.[55]

Cuando la guerra estalló finalmente en los Balcanes a últimos de septiembre, tomó al parecer por sorpresa a los líderes austrohúnga-ros, cuyos agregados

militares en Belgrado y Constantinopla se encontraban de vacaciones.[56] La sucesión de rápidas victorias de la liga balcánica causó intensa preocupación y debates angustiosos en Viena. El consejo de ministros comunes, que confería unidad al imperio aus-trohúngaro, se había demorado en proponer nuevos gastos militares; ahora votó a favor de una gran suma para fortificaciones y artillería nuevas. Al volverse evidente que el imperio otomano perdería todos, o casi todos, sus territorios europeos, y que el viejo orden en los Balcanes estaba acabado, la cuestión más apremiante para el imperio aus-trohúngaro era qué características tendría el nuevo orden. Una Gran Bulgaria sería aceptable, y deseable un estado albanés independiente, ya que bloquearía el acceso de Serbia al Adriático y sería también, con toda probabilidad, un estado cliente del imperio austrohúngaro. Sin embargo, una Serbia o un Montenegro mucho mayores, con el consecuente auge de la influencia de Rusia en los Balcanes, no eran ciertamente lo que Viena deseaba ver en sus fronteras meridionales. Las exigencias de Serbia incluían el Sanjak, que le proporcionaría una frontera común con Montenegro, una parte de Kosovo y un acceso al Adriático. Ya era bastante malo que Montenegro tuviese una diminuta costa en el Adriático, pero si Serbia se expandía hacia el oeste hasta el mar, la hegemonía del imperio austrohúngaro en el Adriático, ya amenazada por Italia, se enfrentaría a un nuevo peligro. Su base naval en Pula, que había absorbido buena parte de los recursos del imperio austrohúngaro, podría volverse inútil, y el muy importante puerto de Trieste, en la parte alta del Adriático, podría quedar estrangulado. La opinión pública, de antemano hostil a Serbia, se enardecería aún más ante la noticia de que los serbios habían capturado a un diplomático austrohúngaro mientras avanzaban por territorio otomano y que estaban maltratándolo, y que incluso lo habían castrado. (El diplomático resultó estar ileso).[57]

El general Blasius Schemua, que sustituyó brevemente a Conrad como jefe del estado mayor, advirtió de que si su gobierno no intervenía para poner coto a Serbia y Montenegro, el imperio austrohúngaro podía despedirse de su estatus de gran potencia.[58] Conrad, que estaba muy deprimido con los triunfos de Serbia (un amigo suyo dijo que los músculos de la cara le temblaban incesantemente),[59] envió sus acostumbrados memorándums largos, esta vez con mayor vehemencia que nunca, exhortando a la destrucción de Serbia. Berchtold se opuso, apoyado por el emperador e, inicialmente, por Francisco Fernando; pero anunció a las demás potencias los objetivos mínimos del imperio austrohúngaro: establecer una gran Albania independiente e impedir que Serbia adquiriese un trozo de

costa en el Adriático. Esto último, por desgracia para la paz de Europa, era una demanda serbia que Rusia había apoyado al principio para mostrar su firme respaldo hacia su estado cliente.

Rusia se encontraba en una posición incómoda. Sus líderes militares consideraban que el país no estaría listo para ninguna guerra grande hasta un par de años después, pero no podía cruzarse de brazos viendo cómo el imperio austrohúngaro mangoneaba en los estados balcánicos.[60] En un intento por disuadir al imperio austrohúngaro y a su aliado Alemania, Rusia empleó una táctica que volvería a utilizar en el verano de 1914. A finales de septiembre de 1912, justo en el momento en que los estados balcánicos preparaban los suyos, el ejército ruso llevó a cabo una movilización, considerada de prueba, en su distrito militar más occidental en Varsovia, que colindaba con Alemania y con el imperio austrohúngaro. Los rusos ampliaron también el servicio de los reclutas a punto de licenciarse, lo cual tuvo el efecto de incrementar en doscientos setenta mil el número de soldados en activo.[61]

Las acciones rusas provocaron una reacción en el imperio austro-húngaro, en el que cundía un creciente pesimismo por la quiebra del statu quo en los Balcanes y el auge del poderío de Serbia, Montenegro y, en menor medida, Bulgaria. A finales de octubre Berchtold tuvo una reunión larga y difícil con sus colegas –los tres ministros a cargo de los asuntos exteriores, el ejército y las finanzas de la monarquía dual– en el consejo de ministros comunes; allí se consideró seriamente la posibilidad de una guerra con la liga balcánica y se acordó pedir al emperador que enviase refuerzos considerables a las tropas que ya estaban en Bosnia.[62] Poco después, Berchtold visitó Italia, a la que quiso convencer que apoyara al imperio austrohúngaro. (También visitó, para animarse un poco, tiendas de antigüedades y galerías de arte).[63] En noviembre, mientras la liga balcánica consolidaba sus victorias sobre los turcos, el imperio austrohúngaro respondió a Rusia poniendo en pie de guerra sus tropas en Bosnia y Dalmacia. Asimismo incrementó en Galitzia las guarniciones próximas a la frontera con Rusia, lo que causó pánico entre sus ciudadanos, que creyeron que la guerra estaba a punto de estallar.[64]

Europa, ciertamente, se hallaba ahora más cerca de una guerra general. Sazónov escribiría en sus memorias después que, en las esferas del gobierno ruso, había la firme convicción de que había llegado el momento de ajustar cuentas con el imperio austrohúngaro y de vengarse del fiasco de Bosnia.[65] El 22 de noviembre, dos días después de las medidas tomadas por el imperio austrohúngaro, el zar presidió una reunión con el alto mando militar de las regiones estratégicas occidentales de Rusia, que había estado exhortando al gobierno a fortalecer sus tropas y abogando por un enfrentamiento militar con el imperio austrohúngaro.[66] En cuanto a Nicolás, en opinión del embajador británico, era más paneslavista que su gobierno y, según informes, había dicho que no soportaría una segunda humillación como la que había sufrido Rusia a causa de Bosnia.[67] En la reunión se decidió movilizar todo el distrito militar de Kiev, que cubría el oeste de Ucrania, así como gran parte del distrito de Varsovia en la Polonia rusa. Y también se hicieron preparativos para movilizar el distrito de Odesa, junto a la costa del mar Negro. Sujomlínov, como ministro de la Guerra, no se molestó en informar a sus colegas civiles de esta dramática y arriesgada decisión. Les dijo que sería mejor que se enteraran por boca del propio zar. Al día siguiente, cuando los civiles, entre ellos Sazónov y Kokóvtsov, ahora primer ministro, fueron convocados al despacho del zar en su palacio de las afueras de San Petersburgo, quedaron consternados por lo que allí oyeron. Nicolás les dijo que había tomado ya una decisión y que los telegramas para la movilización estaban a punto de ser enviados. Señaló que, por el momento, Rusia solo se movilizaba contra el imperio austrohúngaro, y que tenía esperanzas de que Guillermo lo apoyara obligando al imperio austro-húngaro a comportarse con sensatez. Kokóvtsov denunció la movilización planeada; esta implicaba un riesgo de ir a la guerra contra el imperio austrohúngaro y su aliado Alemania, y Rusia simplemente no estaba lista para eso. También a Sazónov, pese a todo su fervor por la causa eslava, le entró miedo y se echó atrás, volviéndose notablemente más mesurado en su respaldo a Serbia, al decir a los austriacos e italianos, por ejemplo, que Rusia ya no estaba a favor de que Serbia obtuviese un puerto en el Adriático. El embajador británico comentó con desdén que “Sazónov cambia tanto de postura que resulta difícil seguir las sucesivas fases de pesimismo y optimismo por las que atra-viesa”.[68] En esta ocasión, los civiles resistieron la presión de los militares, y la movilización planeada quedó en suspenso; aunque el número de tropas en activo volvió a incrementarse mediante la extensión del servicio militar.[69] Sujomlínov, quien en virtud de su cargo conocía demasiado bien las debilidades militares de Rusia, seguía aduciendo, no obstante, que la guerra con Alemania y el imperio austrohúngaro era inevitable y que tal vez sería mejor salir de ella de una vez. A los agregados militares franceses en San

Petersburgo les dijo: “Decid a París que puede estar seguro de que aquí todo está listo, sin aspavientos; ya lo veréis”.[70]

Mientras los rusos jugaban con fuego, en Berlín se celebraban otra serie de reuniones igualmente importantes. Francisco Fernando y Schemua, el entonces jefe del estado mayor austriaco, habían llegado para pedir garantías del apoyo alemán en caso de un ataque ruso. El canciller alemán, Bethmann, y Kiderlen, el ministro de Asuntos Exteriores, inicialmente esperaban lograr un equilibrio entre cooperar con Gran Bretaña para calmar las tensiones internacionales debidas a los Balcanes, sin dejar de mostrar su respaldo al imperio austrohúngaro. A la vez, procuraban impedir que su aliado fuese demasiado lejos, anexionándose por ejemplo el Sanjak, al que el imperio austrohúngaro había renunciado en 1908. Tampoco los dirigentes alemanes querían que cayera el imperio otomano, donde Alemania tenía intereses importantes, como el recién comenzado ferrocarril Berlín-Bagdad.[71] El káiser, impredecible como siempre, se había mostrado al principio hostil hacia los otomanos, sobre la base de que su líder actual se había rebelado contra “mi amigo el sultán”, y había mostrado simpatía por la liga balcánica, llegando a referirse por un tiempo al hombre al que él llamaba “el ladrón de ovejas de los Montes Negros” como “Su Majestad el rey de Montenegro”.[72] Sin embargo, en el momento de la visita de Francisco Fernando y Sche-mua en noviembre, Guillermo se había convertido en un decidido defensor del imperio austrohúngaro. De hecho, en las conversaciones que tuvieron lugar, primero en Berlín y luego en su pabellón de caza del este, fue más lejos de lo que su propio gobierno hubiera deseado, prometiéndoles a sus visitantes el apoyo de Alemania en caso de que estallara una guerra entre el imperio austrohúngaro y Rusia a causa de los Balcanes. Una semana después, Bethmann le dijo al Reichstag que Alemania guardaría lealtad a su aliado, aunque eludió cuidadosamente entrar en más detalles.[73] En Silesia, cerca de la frontera rusa, las familias alemanas planeaban trasladarse al oeste, lejos de la esperada invasión; en Berlín, mientras tanto, se comentaba que los altos funcionarios estaban poniendo su dinero a buen recaudo en bancos suizos. Tirpitz preguntó a sus altos oficiales qué medidas preliminares se podía tomar antes de una movilización naval completa; y, como presagiando su futuro desplome psicológico de 1914, Moltke, el jefe del estado mayor alemán, se mostraba ostensiblemente nervioso y letárgico a la vez.[74]

Por toda Europa las bolsas de valores se tambalearon, y la prensa se llenó de noticias sobre movimientos de tropas y otros preparativos militares. “El aire está atestado de rumores –informó el corresponsal de The Times en Viena–, no todos dignos de crédito. Pero que, en su conjunto, muestran que el conflicto en el Oriente próximo se acerca a la etapa en que los gobiernos europeos necesitarán perspicacia y prudencia para impedir que este se convierta en un conflicto europeo”.[75] El imperio austrohúngaro ordenó a sus diplomáticos en Belgrado, Cetinje y San Petersburgo que empaquetasen sus documentos más importantes y estuviesen listos para partir en caso de guerra. (Tendrían ocasión de dar las mismas órdenes dos años después).[76] El 7 de diciembre, poco después del armisticio de los Balcanes, Conrad volvió a ser nombrado jefe del estado mayor del imperio austrohún-garo y salió corriendo para compartir la noticia con su amada Gina, pero cuando intentó hablar se llevó las manos a la cabeza y no logró articular palabra. El imperio austrohúngaro se enfrentaba ahora en los Balcanes a problemas mucho mayores que los de antes, le dijo; los estados balcánicos era mucho más fuertes.[77] No obstante, continuó presionando a Berchtold para que emprendiese acciones militares contra Serbia y Montenegro y, de momento, contaba con el apoyo de Francisco Fernando, que por lo general encarnaba, como Berchtold, la voz de la moderación.[78]

A comienzos de diciembre, mientras se firmaba el armisticio con que concluiría la primera guerra balcánica, Grey intentó calmar las tensiones internacionales convocando dos conferencias independientes: una entre los embajadores de las grandes potencias, y otra entre representantes de los países balcánicos; ambas, a celebrarse en Londres para la firma de la paz. Hablando en nombre del gobierno, Hal-dane, el ministro de la Guerra, advirtió también al embajador alemán en Londres, el príncipe Karl Lichnowsky, de que era improbable que Gran Bretaña se cruzara de brazos si el imperio austrohúngaro atacaba Serbia y que, de estallar una guerra general, era casi seguro que intervendría para impedir que Francia fuese aplastada. Aunque el káiser estaba furioso con los británicos –“cobardes”, “nación de tenderos”, “son como el perro del hortelano”–, su gobierno estaba dispuesto a cooperar con Gran Bretaña para poner fin a la crisis. Tanto Kiderlen como Bethmann esperaban que Gran Bretaña se mantuviese neutral en una futura guerra europea, si bien habían renunciado a ganarse su amistad.[79] El imperio austrohúngaro, por su parte, se molestó por lo que consideró un respaldo tibio por parte de su aliado.[80]

Las demás potencias también aceptaron la invitación de Grey. Francia no deseaba ir a la guerra a causa de los Balcanes, e Italia nunca dejaba pasar una ocasión de ser tratada como una gran potencia. Tanto el imperio austrohúngaro como Rusia acusaban la presión financiera de sus preparativos militares, y en ambos países se alzaron voces, sobre todo en los círculos conservadores, llamando a un mejor entendimiento entre las dos grandes monarquías. El gobierno ruso ya había tomado en noviembre la decisión de alejarse del precipicio. Sazónov, sin embargo, hubo de hacer frente a críticas feroces por parte del público por su disposición a contemporizar: un diputado de la Duma dijo que aquello "fue un Mukden diplomático"; o sea, el equivalente a una de las grandes derrotas terrestres de Rusia en su guerra contra Japón. El 11 de diciembre, los principales líderes del imperio austro-húngaro se reunieron con Francisco José para decidir entre la paz y la guerra. Conrad defendió vehementemente la causa de la guerra, con el apoyo de Francisco Fernando. (El archiduque volvería poco después a una posición más moderada). Berchtold y la mayoría de los ministros civiles se opusieron a Conrad. El emperador, "inusualmente serio, compuesto y resuelto", se pronunció a favor de la paz. En julio de 1914, optaría por el otro camino.[81]

La conferencia de embajadores en Londres se celebró en el ministerio de Asuntos Exteriores, bajo la presidencia de Grey, desde finales de diciembre de 1912 hasta agosto de 1913. Sus sesiones, dijo Grey más tarde, eran "dilatadas y a veces intolerablemente tediosas". Paul Cambon, que representaba a Francia, bromeó diciendo que la conferencia continuaría hasta que hubiera seis esqueletos sentados en torno a la mesa.[82] (Un rasgo característico de la vieja Europa, con su aristocracia emparentada, era que el conde Albert Mensdorff, embajador del imperio austrohúngaro, Lichnowsky de Alemania, y el conde Alexander Benckendorff, embajador ruso, eran primos). Mensdorff se quejaba de que el embajador italiano hablaba más que el resto de ellos juntos.[83] Aunque las potencias estaban ahora de acuerdo en evitar la guerra en lo posible, descubrieron que no sería fácil lograr que las naciones balcánicas llegasen a un acuerdo. La liga balcánica se estaba desbaratando debido a las rivalidades nacionales, y el imperio otomano se hallaba revuelto una vez más. En enero, Enver Pachá, de los Jóvenes Turcos, que había sido brevemente derrocado, apareció al frente de un grupo de hombres armados en una reunión del gabinete

en Constantinopla, para acusar al gobierno de ceder a las demandas de las demás potencias y exigir su renuncia. Para subrayarlo, los Jóvenes Turcos acabaron a tiros con el ministro de la Guerra.

El principal desacuerdo entre las potencias tenía que ver con la naturaleza y la forma de Albania. El imperio austrohúngaro alegaba que el nuevo estado debía ser una monarquía. Cambon pensaba cínicamente que un gobernante incapaz en Albania resultaría muy conveniente para el imperio austrohúngaro, haciéndose matar y proporcionándole una excusa para intervenir y convertir a Albania en un protectorado.[84] También las fronteras de Albania creaban un sinfín de dificultades. Parte del problema era que los albaneses, pese a que bien podían ser descendientes de los habitantes originales de los Balcanes, se hallaban entremezclados con sudeslavos de diversas nacionalidades y credos. Los albaneses estaban asimismo divididos por clanes y religiones –principalmente musulmanes los del sur, mayoritariamente cristianos los del norte–, lo que alentaba todavía más la injerencia de las potencias extranjeras. Además, el imperio austrohúngaro deseaba una gran Albania que contrarrestase a los estados serbios y cortase a Serbia el acceso al mar, mientras que Rusia esperaba entregar todo el territorio otomano posible a sus protegidos eslavos.[85] En consecuencia, hubo discusiones interminables a causa de unos pueblecitos que la mayoría jamás había oído nombrar. Grey se lamentaba de que era "irracional e intolerable que la mayor parte de Europa se viese involucrada en una guerra por una disputa acerca de un par de aldeas fronterizas albanesas".[86] (Neville Chamberlain hizo un comentario similar cuando exclamó en la transmisión de un programa sobre la crisis de Checoslovaquia en 1938: "Cuán horrible, fantástico e increíble resulta que estemos cavando trincheras y poniéndonos máscaras antigás aquí a causa de una querella en un país lejano entre pueblos de los que nada sabemos").

El destino del pueblo de Scutari (hoy Shkodër) generó tensiones específicas y renovó los temores de una guerra. El imperio austrohúngaro quería incorporando a Albania, por ser un centro de influencia católica y por tanto austrohúngara. Integrarlo en Montenegro o Serbia sería, en opinión de Berchtold y de otros, lesivo para el prestigio y los intereses del imperio austrohúngaro.[87] Francisco Fernando, que para entonces se había retractado de su anterior beligerancia, escribió a Berchtold con angustia –y clarividencia– a mediados de febrero de

1913:

¡Sin renunciar a todo, deberíamos hacer algo para mantener la paz! Si nos involucramos en una gran guerra con Rusia, sería una catástrofe, y quién sabe si tus flancos derecho e izquierdo funcionarán; Alemania tiene que habérselas con Francia, y Ru-manía busca pretextos debido a la amenaza búlgara. Por lo tanto, ahora es muy mal momento. Si libramos una guerra especial contra Serbia, rápidamente salvaremos el obstáculo, pero ¿y luego qué? ¿Y qué conseguiríamos? Primero, toda Europa se nos echaría encima y nos miraría como perturbadores de la paz, y Dios nos libre de anexionarnos Serbia.[88]

Cuando se recrudecieron las tensiones entre Rusia y el imperio aus-trohúngaro, Francisco José envió a San Petersburgo a un emisario de confianza, el príncipe Gottfried von Hohenlohe-Schillingfürst, para asegurarle al zar que en el imperio austrohúngaro los civiles seguían teniendo el control de los generales. En otra escalofriante muestra de la naturalidad con que los principales dirigentes de Europa daban ya por sentada la posibilidad de una guerra a gran escala, Hohenlohe advirtió que la guerra era probable en las siguientes seis u ocho semanas si los asuntos albaneses no quedaban zanjados.[89] Ambas potencias volvieron a echarse atrás, y ya en marzo esta última crisis europea comenzó a remitir, una vez que Rusia y el imperio austrohúngaro redujeron sus tropas a lo largo de sus fronteras comunes y acordaron que Scutari se incorporase a Albania a cambio de entregar un puñado de poblados a Serbia.

Sin embargo, sobre el terreno la situación estaba lejos de resolverse, pues los estados balcánicos continuaban jugando su propio juego. Montenegro y Serbia, que temporalmente eran amigos, habían intentado adelantarse a cualquier acuerdo de paz, apoderándose de Scutari durante la propia guerra; pero la guarnición otomana había logrado resistir con extraordinaria tenacidad. Los montenegrinos y los serbios permanecieron sordos a las demandas cada vez más enérgicas de las grandes potencias de que pusieran fin al asedio. Al concluir marzo, el imperio austrohúngaro envió su flota del Adriático para bloquear los puertos de Montenegro. Sazónov advirtió del monstruoso peligro que este acto

aislado representaba para la paz de Europa, y el gobierno ruso pensó en incrementar una vez más sus fuerzas armadas.[90] Gran Bretaña e Italia se apresuraron a proponer una demostración común de poderío naval y enviaron sus propios barcos, a los que los rusos y los franceses añadirían luego los suyos. (Como Scutari estaba a unos veinte kilómetros tierra adentro, no queda del todo claro qué esperaban ganar con esto las potencias). Los rusos accedieron de mala gana a presionar a Serbia, lo que puso fin a su participación en el asedio a comienzos de abril. Pero Nicolás de Montenegro no se dejó dominar tan fácilmente. Había sobornado a uno de los defensores, un oficial albanés del ejército otomano, para que le entregase la ciudad. Essad Toptani Pachá, casi tan pícaro como el propio Nicolás, primero hizo asesinar al comandante de la guarnición y luego fijó su precio en ochenta mil libras esterlinas, por medio de un mensaje que decía que había perdido una maleta con esa cantidad y quería que le fuese devuelta.[91]

El 23 de abril, Essad entregó puntualmente Scutari a los montene-grinos. En la capital de Montenegro, Cetinje, hubo frenéticas celebraciones con juerguistas borrachos disparando sus armas en todas direcciones. Algunos ingeniosos enviaron a la embajada austrohúngara un burro vestido de negro, con un gran cartel de mensajes groseros. A lo largo y ancho de los Balcanes y en San Petersburgo se congregaron multitudes para demostrar su entusiasmo por la victoria de sus hermanos sudeslavos.[92] En Viena y Berlín los ánimos estaban sombríos. Conrad ordenó a su estado mayor elaborar planes para una campaña contra Montenegro si este se negaba a entregar Scutari, y al finalizar abril Gottlieb von Jagow, que tras la súbita muerte de Kiderlen lo había sustituido como ministro de Asuntos Exteriores, prometió el apoyo de Alemania al imperio austrohúngaro. A comienzos de mayo, este decidió dar un ultimátum a Montenegro, e inició los preparativos militares, declarando entre otras medidas un gobierno emergente en Bosnia. Rusia, a su vez, aceleró sus medidas, encargando entre otras cosas caballos para sus fuerzas armadas.[93] Ya el 3 de mayo, Nicolás de Montenegro se había percatado de que el imperio austrohúngaro iba en serio, y el 4 de mayo anunció que sus tropas abandonarían Scutari, dejándola en manos de las grandes potencias. El imperio austrohún-garo y Rusia una vez más detuvieron sus preparativos de guerra. La paz de Europa había sido preservada, de momento, pero no todo el mundo quedó contento. En Viena, Conrad deploró que el imperio austrohúngaro no hubiese entrado en acción: una victoria sobre Montenegro le hubiera hecho al menos recuperar su

prestigio. Durante una cena, un amigo notó que Conrad parecía muy deprimido. Además, ahora el imperio austrohúngaro tenía que vérselas con una Serbia dos veces mayor.[94]

Por el tratado de Londres, que fue firmado a fines de mayo, Albania se convirtió en un estado independiente, sujeto a una comisión de control internacional, que jamás funcionó con eficacia por la obstrucción del imperio austrohúngaro. Aquel pequeño estado, pobre y dividido, tuvo su correspondiente rey: un inútil y afable príncipe alemán. Guillermo de Wied aguantó en su nuevo reino seis meses, hasta que Essad Pachá, que tenía sus propios designios para el trono, ayudó a expulsarlo. El tratado también ratificaba las conquistas de la liga balcánica, pero esto no condujo a la paz. La liga pronto se desbarató. Serbia y Grecia se encolerizaron, debido a que Bulgaria resultó, con mucho, el mayor beneficiario, incorporando territorios que ellos consideraban suyos por legítimo derecho, e inmediatamente exigieron una revisión del tratado. Rumanía, que no había intervenido en la primera guerra, veía ahora la oportunidad de apoderarse de parte de Bulgaria, mientras que el imperio otomano esperaba ganar terreno a Bulgaria por el sur. El 29 de junio de 1913, un mes después de la firma del tratado, Bulgaria, donde la opinión pública estaba decididamente a favor de la guerra, lanzó un ataque preventivo contra Serbia y Grecia. Rumanía y el imperio otomano intervinieron en contra de Bulgaria, que sufrió entonces una serie de derrotas. El 10 de agosto de 1913 las potencias balcánicas firmaron la paz de Bucarest, bajo cuyos términos Rumanía, Grecia y Serbia obtuvieron territorios a expensas de Bulgaria. Berchtold escribió en sus memorias: “Las campanas de la paz de Bucarest sonaban huecas”.[95] Para el imperio austrohúngaro, las dos guerras balcánicas habían asestado grandes golpes a su honor y su prestigio.

En los Balcanes proseguía la agitación social. Serbia, que ahora controlaba la provincia otomana de Kosovo y una parte de Macedonia, tuvo que hacer frente enseguida a una rebelión entre su nueva y numerosa población de musulmanes albaneses. Aunque el gobierno serbio aplastó brutalmente toda resistencia, generó para Serbia un legado de odio y resentimiento entre los albaneses que todavía a finales del siglo xx continuaría creando problemas. Grecia por el sur y Serbia por el norte le disputaban a Albania sus fronteras, y los serbios en particular estaban decididos a no ceder ante las grandes potencias.

Vencedores en las dos guerras balcánicas, los serbios, Tanto el pueblo como sus dirigentes, se volvieron excesivamente seguros de sí mismos. “No hacían caso de nada y eran capaces de toda clase de locuras”, contaba el corresponsal de The Times en Belgrado.[96] El ejército y la ultranacionalista Mano Negra protestaban enérgicamente cuando el gobierno daba muestras de ceder en cualquier punto, pero los funcionarios civiles por lo general eran igual de intransigentes. Pašić había exclamado a principios de 1913 ante su embajador en San Petersburgo: “Si Serbia es derrotada en el campo de batalla, al menos no será entonces despreciada por el mundo, pues el mundo tendrá en alta estima a un pueblo que no está dispuesto a vivir como esclavo de Austria”. Los apetitos de Serbia también habían crecido a la par de sus triunfos en los campos de batalla. A principios de 1914 Pašić se reunió en San Petersburgo con el zar. Las esperanzas de Serbia de unificar a todos los serbios (entre los que Pašić incluía generosamente a los croatas) parecían ahora más próximas a hacerse realidad. Había unos seis millones de “serbocroatas” descontentos en el imperio austrohúngaro, le dijo Pašić a Nicolás, sin contar a los eslovenos, que comenzaban a cobrar conciencia de pertenecer a la raza sudeslava.[97]

El imperio austrohúngaro seguía siendo el principal obstáculo de aquel sueño. En el otoño de 1913, exigió que Serbia retirase sus tropas de las partes del norte de Albania que habían ocupado. El gobierno serbio no solo se negó, sino que envió más tropas, a fin de proteger, según dijo, a los compatriotas serbios de los albaneses. A comienzos de octubre, Pašić, con su larga barba blanca que le confería el aspecto de un benévolo sabio balcánico, visitó Viena para dialogar con el gobierno. Berchtold escribió en su diario: “En persona es humilde, nervioso. Con su afabilidad nos hizo olvidar las diferencias fundamentales que nos dividen, y también nos hizo pasar por alto su naturaleza taimada”. Pašić estaba lleno de buena voluntad, pero se negó a formular ningún acuerdo concreto.[98] Aunque él no lo sabía, el consejo de ministros comunes se estaba reuniendo simultáneamente para discutir qué medidas tomar contra su país. Conrad, que, inusualmente, asistió a esta reunión civil, instó a que el imperio austrohún-garo simplemente procediera a anexionarse su problemático vecino. Los civiles no estaban listos aún para ir tan lejos, pero a todas luces habían llegado a aceptar que la guerra era probable en algún punto del futuro, y para algunos era incluso deseable. Hasta Berchtold, que solía respaldar la

moderación, se mostraba dispuesto a apoyar un mayor presupuesto para armamentos.[99]

Entre los ministros asistentes estaba el primer ministro de Hungría, István Tisza, que abogaba por una línea dura y que, en la crisis de 1914, desempeñaría un papel crucial en la decisión del imperio austrohúngaro de ir a la guerra contra Serbia. Sus compatriotas, aun aquellos que eran sus enemigos políticos, contemplaban a Tisza con asombro por su coraje, su determinación y su astucia. "Es el hombre más inteligente de Hungría –dijo un destacado adversario político–, incluso más inteligente que todos nosotros juntos. Es como una cómoda estilo María Teresa, con muchos cajones y todos llenos hasta el tope de conocimientos. Pero lo que no esté en esos cajones no existe para Tisza. Este hombre inteligente, obstinado y orgulloso es una amenaza para nuestro país. Recordad mis palabras: este Tisza es tan peligroso como una navaja desenfundada".[100] A Francisco José le agradaba Tisza porque era capaz de lidiar con firmeza y eficacia con los extremistas húngaros que solo pensaban en la independencia de Hungría y que habían estado obstaculizando todos los intentos en el parlamento húngaro por aprobar incrementos del presupuesto militar.

Tisza, que ya había sido primer ministro una vez, era simultáneamente un gran patriota húngaro y un defensor de la monarquía de los Habsburgo. Hungría tenía una posición ventajosa, en su opinión, dentro del imperio austrohúngaro que la protegía de enemigos como Rumanía y permitía la supervivencia del viejo reino húngaro, con sus grandes territorios. Hombre profundamente conservador, Tisza estaba decidido a preservar la posición rectora de su propia clase terrateniente y el dominio de los húngaros sobre sus súbditos no húngaros, incluyendo a croatas, eslovacos y rumanos. El sufragio universal, que daría participación a las minorías en la política de Hungría, equivaldría, según él, a "castrar a la nación".[101]

En política exterior, Tisza apoyaba la alianza con Alemania y contemplaba con desconfianza a los estados balcánicos. Hubiera preferido estar en paz con ellos, pero estaba dispuesto a la guerra, sobre todo si alguno se volvía demasiado

fuerte.[102] En el consejo de ministros comunes apoyó darle un ultimátum a Serbia para que retirase sus fuerzas de Albania. En privado, le escribió a Berchtold: “Los sucesos en la frontera serbo-albanesa nos enfrentan al dilema de si podremos mantenernos como potencia o si renunciaremos y nos hundiremos en una decadencia lamentable. Con cada día de indecisión perdemos estima, y la oportunidad de una solución pacífica ventajosa se ve más y más comprometida”. Si el imperio austrohúngaro dejaba pasar esta ocasión de autoafirmarse, proseguía diciendo Tisza, merecía perder su lugar entre las grandes potencias.[103]

El 18 de octubre el imperio austrohúngaro le dio su ultimátum a Serbia, concediéndole diez días para cumplirlo. Entre las grandes potencias, solo Italia y Alemania habían sido informadas con antelación; otro indicio de que el concierto de Europa estaba dejando de existir, y en los meses siguientes la triple entente y la triple alianza actuaron de manera cada vez más independiente en los asuntos balcánicos.[104] Ninguno de sus aliados se opuso a la maniobra del imperio austro-húngaro y Alemania llegó incluso a extenderle su firme respaldo. El káiser fue de lo más vehemente: “¡Ahora o nunca! –escribió en una carta de agradecimiento que recibió de Berchtold– ¡En algún momento habrá que establecer la paz y el orden allá abajo!”.[105] El 25 de octubre, Serbia capituló y sacó sus tropas de Albania. Al día siguiente el káiser, que se encontraba de visita en Viena, tomó el té con Berchtold y le dijo que el imperio austrohúngaro debía mantenerse firme: “Cuando Su Majestad el emperador Francisco José exige algo, el gobierno serbio tiene que ceder, y si no lo hace Belgrado será bombardeada y ocupada hasta que la voluntad de Su Majestad se haya cumplido”. Y señalando su sable, Guillermo prometió que Alemania siempre estaría dispuesta a respaldar a su aliado.[106]

El año de las crisis en los Balcanes terminó en paz, pero dejó tras de sí una nueva cosecha de resentimientos y de lecciones peligrosas. Serbia había salido ganando a todas luces, y el 7 de noviembre conquistó un nuevo territorio, cuando firmó un acuerdo con Montenegro para dividir el Sanjak de Novi Pazar. Pero el proyecto nacional serbio seguía incompleto. Ahora se hablaba de una unión con Montenegro o de la formación de una nueva liga balcánica.[107] El gobierno serbio no lograba, y en gran medida tampoco deseaba, poner freno a las diversas organizaciones nacionalistas que, desde Serbia, estaban haciendo campaña entre

los sudeslavos del imperio austrohúngaro. En la primavera de 1914, durante la celebración de la semana santa, una festividad invariablemente importante para la iglesia ortodoxa, en la prensa serbia abundaban las alusiones a la resurrección de su país. Uno de los principales diarios dijo que sus compatriotas serbios languidecían en el imperio austrohúngaro, anhelando la libertad que solo las bayonetas patrias podrían traerles. “Juntémonos, pues, y acudamos en auxilio de aquellos que no pueden sentir con nosotros el júbilo de la fiesta de resurrección de este año”.[108] Los líderes de Rusia estaban preocupados por su pequeño y voluntarioso aliado, pero no mostraron disposición alguna a ponerle coto.

En el imperio austrohúngaro, la opinión pública se alegraba de que el gobierno finalmente hubiera emprendido acciones contra Serbia. Como escribiera Berchtold a Francisco Fernando poco después de que Serbia se plegase al ultimátum: “Europa reconoce ahora nuestra capacidad de actuar, incluso sin tutela, de manera independiente, cuando nuestros intereses se ven amenazados, así como la firmeza del apoyo de nuestros aliados”.[109] Sin embargo, el embajador alemán en Viena había notado “el sentimiento de deshonra, de ira reprimida, la sensación de ser el hazmerreír de Rusia y de sus amigos”.[110] La opinión pública se sentía aliviada porque Alemania se había mantenido al final fiel a la alianza; pero a la vez molesta por la creciente dependencia del imperio austrohúngaro. Conrad se lamentaba: “Ahora no somos más que un satélite de Alemania”.[111] En el sur, la mera presencia de una Serbia independiente, y más poderosa que antes, era un constante recordatorio de los fracasos del imperio austrohúngaro en los Balcanes. Berchtold fue muy criticado por su debilidad en la prensa y por los representantes políticos de Austria y de Hungría. Cuando ofreció su renuncia a finales de 1913, Francisco José no fue nada comprensivo: “No hay razón, ni tampoco es permisible capitular ante un grupo de unos pocos delegados y un periódico. Además, usted no tiene sucesor”.[112]

Como muchos otros colegas suyos, Berchtold seguía obsesionado con la amenaza serbia y con el estatus de gran potencia del imperio austrohúngaro, cosas que para él estaban entrelazadas. Revela-doramente, en sus memorias habla de cómo el imperio había sido “emasculado” en las guerras balcánicas.[113] Al parecer, de manera cada vez más ineluctable, el imperio austrohúngaro se hallaba en la dura disyuntiva de pelear por su existencia o desaparecer del mapa.

Aunque Tisza había propuesto inicialmente unos improbables planes de cooperación con Rusia para convencer a Serbia de que renunciara a algunas de sus conquistas, para entonces la mayoría de los dirigentes austrohúngaros habían abandonado ya toda esperanza de ganarse a Serbia por medios pacíficos; esta solo entendería el lenguaje de la fuerza. Conrad, el nuevo ministro de la Guerra Alexander Krobatin, y el general Oskar Potiorek, gobernador militar de Bosnia, eran decididos partidarios de la línea dura. El ministro común de Finanzas, Leon von Bilinski, que había procurado mantener estable la economía del imperio austrohúngaro, apoyaba ahora un aumento sustancial del presupuesto militar. "Una guerra tal vez sea más barata –decía– que el presente estado de cosas. Era inútil decir que no teníamos dinero. Teníamos que pagar hasta que se produjese un cambio y ya no tuviésemos a casi toda Europa en contra de nosotros".[114] Asimismo, ahora se aceptaba en las altas esferas que no podría posponerse por mucho tiempo un enfrentamiento con Serbia, y posiblemente con Rusia; aunque Conrad siguió creyendo hasta la víspera de la Gran Guerra que Rusia quizá tolerase un ataque austrohúngaro limitado contra Serbia y Montenegro.[115] El único hombre que todavía esperaba evitar la guerra era Francisco Fernando.

En el año que pasó desde el estallido de la primera guerra balcánica hasta el otoño de 1913, Rusia y el imperio austrohúngaro se habían visto en varias ocasiones al borde de una guerra, y la sombra de un conflicto más general había rondado sobre la totalidad de Europa mientras sus aliados aguardaban, listos para entrar en acción. Aunque las potencias habían logrado finalmente controlar las crisis, sus pueblos, sus líderes y su opinión pública se habían acostumbrado a la idea de la guerra, y a que esta podía llegar más pronto que tarde. Cuando Conrad amenazó con su renuncia por sentirse desdeñado por Francisco Fernando, Moltke le suplicó que lo reconsiderara: "Ahora que nos estamos aproximando a un conflicto, usted debe permanecer".[116] Rusia y el imperio austrohúngaro habían empleado los preparativos de guerra, especialmente la movilización, como elementos disuasorios, pero también para presionarse mutuamente, y, en el caso del imperio austrohúngaro, para presionar a Serbia. Las amenazas habían funcionado esta vez porque ninguno de los tres países estaba en disposición de ver los faroles de los otros; y porque, en último extremo, las voces que abogaban por la paz se oyeron más que las que abogaban por la guerra. Lo peligroso de cara al futuro fue que tanto el imperio austro-húngaro como Rusia se quedaron con la idea de que unas amenazas así podrían volver a funcionar. O bien con la de que –y esta resultaba igualmente peligrosa– la próxima vez no se echarían

atrás.

Las grandes potencias se consolaban más o menos con el hecho de que una vez más habían logrado salir con bien. Durante los últimos ocho años, la primera y la segunda crisis marroquíes, la crisis bosnia y ahora las guerras balcánicas habían amenazado con provocar una guerra general, pero la diplomacia siempre había logrado evitarla. En la tensión de los meses más recientes, el concierto de Europa había sobrevivido más o menos, y Gran Bretaña y Alemania habían sabido cooperar, tanto en busca de acuerdos como en la contención de los otros miembros de sus respectivas alianzas. Cuando sobrevino la siguiente crisis balcánica, en el verano de 1914, Grey al menos esperaba que volviera a ocurrir lo mismo.[117]

El movimiento por la paz, que había seguido con angustia estos sucesos, también suspiró aliviado. El congreso extraordinario de la segunda Internacional en Basilea, a finales del otoño de 1912, pareció haber alcanzado un nuevo hito de cooperación en la causa de la paz allende las fronteras nacionales. En febrero de 1913, los socialistas franceses y alemanes emitieron un manifiesto conjunto condenando la carrera armamentista y exhortando a trabajar juntos. Ciertamente, pensaban los pacifistas, las fuerzas antibelicistas estaban creciendo incluso en el seno del capitalismo, y ya se avizoraba una mejora de las relaciones entre las potencias.[118] Para poner de relieve los horrores de la guerra, un cineasta alemán documentó algunos pasajes de la segunda guerra balcánica. Sus imágenes empezaron a exhibirse en sociedades pacifistas de distintas partes de Europa justo en el verano de 1914.[119] El fondo Carnegie para la paz internacional, que había sido donado generosamente por el millonario estadounidense Andrew Carnegie, envió una misión compuesta por representantes austriacos, franceses, alemanes, británicos, rusos y estadounidenses a investigar las guerras balcánicas. El informe de la comisión señaló con desconsuelo la tendencia de los pueblos beligerantes a retratar a sus enemigos como subhumanos, así como las atrocidades que con tanta frecuencia se cometían contra soldados y civiles del bando enemigo. “En las civilizaciones más antiguas –decía el informe– hay una síntesis de las fuerzas morales y sociales encarnada en leyes e instituciones que confieren un carácter estable, conforman el sentir de la población y garantizan la seguridad”.[120] Este informe fue entregado a principios del verano de 1914, justo

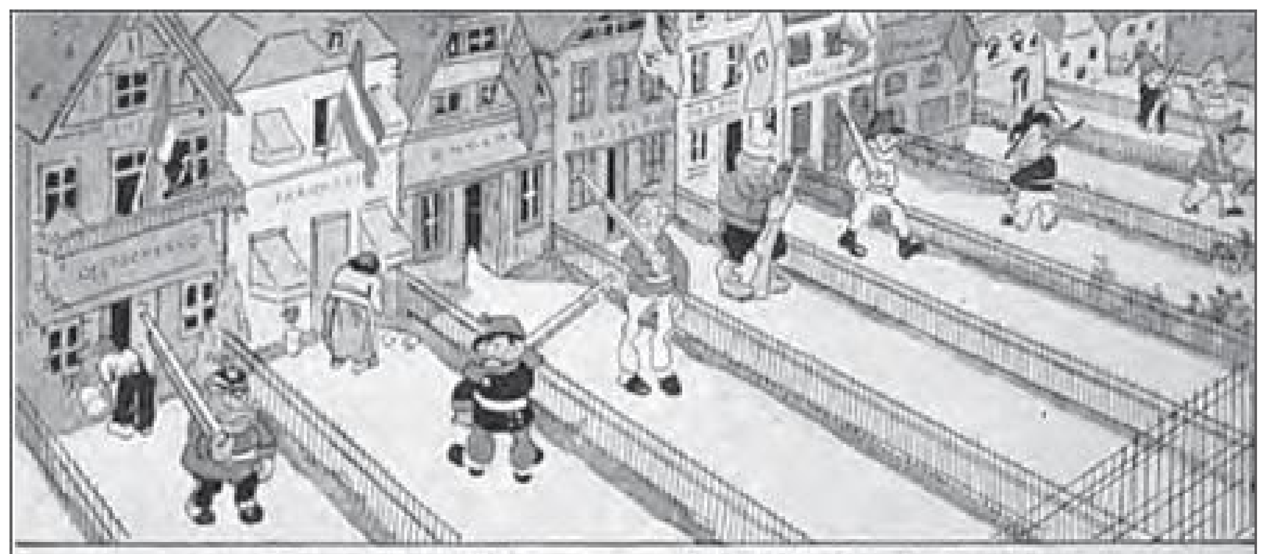
cuando el resto de Europa se aprestaba a descubrir cuán frágil era su civilización.

XVII

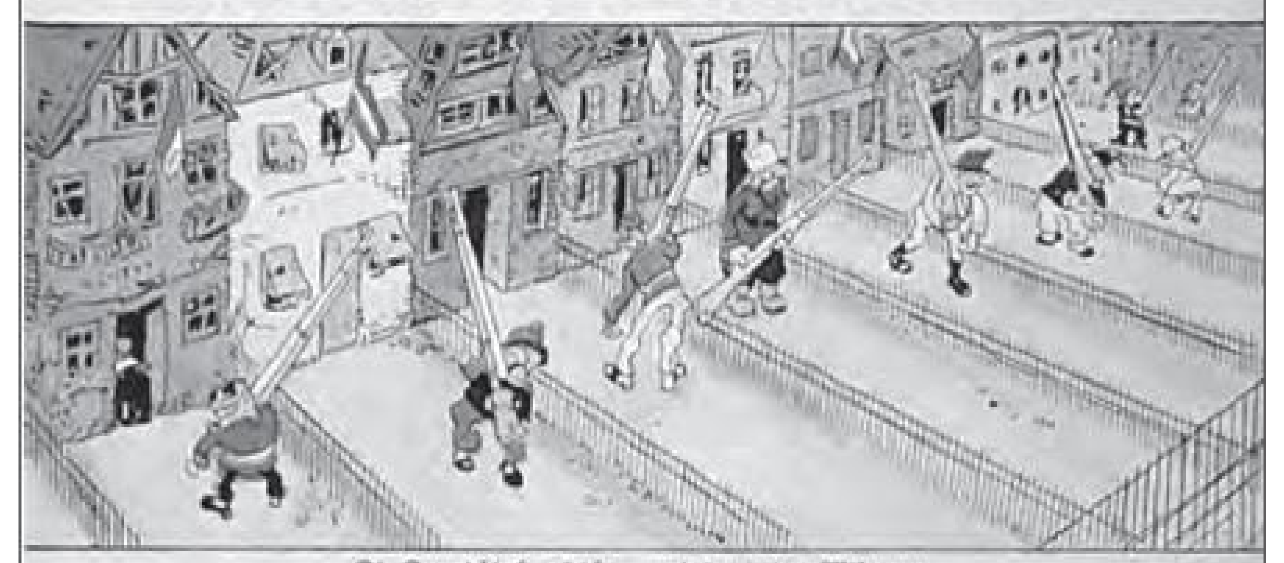
PREPARATIVOS PARA LA GUERRA O LA PAZ: LOS ÚLTIMOS MESES DE PAZ EN EUROPA

En mayo de 1913, en el breve interludio entre las dos primeras guerras balcánicas, los primos Jorge V de Inglaterra, Nicolás II de Rusia y Guillermo II de Alemania se reunieron en Berlín para la boda de la única hija del káiser con el duque de Brunswick (que también estaba emparentado con todos ellos). Aunque se dijo que la madre de la novia se había pasado toda la noche llorando por tener que separarse de su hija, la ocasión fue, según dijo a Grey el embajador británico, sir Edward Goschen, "todo un éxito". Los alemanes habían sido extremadamente hospitalarios, y el rey y la reina habían disfrutado inmensamente. "Su Majestad me dijo que jamás había visto una visita real en la que se hablara con tanta libertad y profundidad de política, y tuvo el placer de informarme de que él, el rey y el emperador de Rusia habían llegado a un completo acuerdo en todos los puntos que habían repasado". Los primos coincidían especialmente en que había que poner coto a Fernando el Zorro de Bulgaria, "a quien Su Majestad dedicó un sonoro epíteto". "Mi impresión –concluyó Goschen– es que la visita ha resultado verdaderamente beneficiosa, y que sus efectos serán tal vez más duraderos de lo que suelen serlo las visitas de estado de soberanos extranjeros".[1]

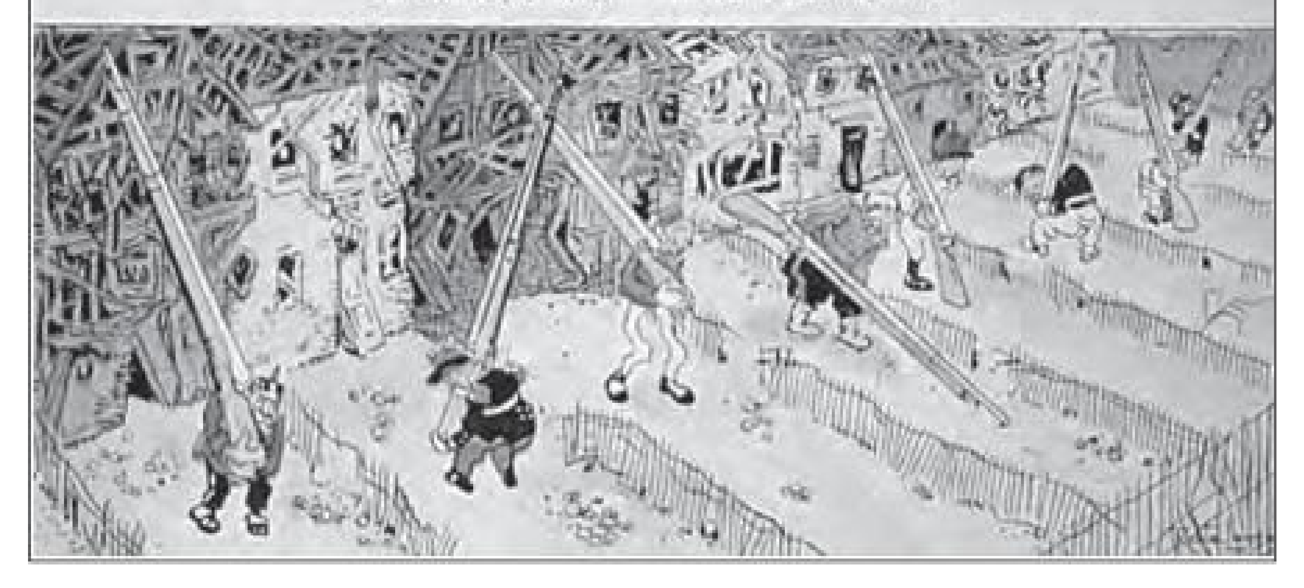
En privado, su rey no compartía su entusiasmo. Jorge se quejó de que cuando intentó hablar a solas con Nicolás, Guillermo tenía la oreja "pegada a la cerradura". Además, el káiser había arengado a Jorge sobre el apoyo que Gran Bretaña brindaba a Francia: "Estás formando alianzas con una nación decadente como Francia y otra semibárbara como Rusia, y enemistándote con nosotros, los verdaderos abanderados del progreso y la libertad".[2] Al parecer Guillermo creyó haber causado una profunda impresión y haber debilitado la entente entre Gran Bretaña y Francia.[3] Esa fue la última vez en que ambos primos se vieron. En poco más de un año, sus países estarían en guerra uno contra el otro.



Zum Schutze des eigenen Heims muß man auch seine besten Freunde überwachen.



Die Freundschaft wächst — und damit das Mißtrauen.



17. Los últimos años previos a la Gran Guerra fueron testigos de una carrera armamentista cada vez más intensa. Aunque los moderados y los partidarios del movimiento por la paz señalaban los peligros de los cada vez mayores preparativos para la guerra, las naciones europeas desconfiaban ya tanto unas de otras que no se atrevían a retroceder. Esta caricatura muestra una próspera hilera de casas, con las distintas enseñas nacionales, deteriorándose cada vez más; con el texto: "Cuanto más procuran las naciones aventajar a sus vecinos en la carrera armamentista, más sufren sus propios pueblos".

A Europa aún le quedaban opciones en aquel último periodo de paz. Cierto que sus países tenían muchas preocupaciones en 1913: miedo a perder territorios, miedo a la inestabilidad o a la revolución interna, o miedo a las consecuencias de la guerra misma. Tales temores podían actuar en una dirección o en la contraria: haciendo que las potencias fuesen más cautelosas o decidiéndolas a arriesgarlo todo en una guerra. Aunque los dirigentes no estaban obligados a optar por la guerra, cada vez parecía más probable que eso sería lo que harían. La carrera armamentista naval entre Gran Bretaña y Alemania, el distanciamiento entre el imperio austrohúngaro y Rusia a causa de los Balcanes, la ruptura entre Rusia y Alemania, y los temores de Francia en relación con Alemania habían separado naciones que tenían mucho que ganar trabajando juntas. Y a lo largo de los últimos doce años habían acumulado sospechas y recuerdos que pesaban mucho en la mente de sus pueblos y de quienes debían tomar las decisiones. Ya fuese la derrota y el aislamiento a manos de Alemania para Francia, la guerra de los Bóers para Gran Bretaña, las crisis marroquíes para Alemania, la guerra ruso-japonesa y Bosnia para Rusia, o las guerras balcánicas para el imperio austrohúngaro, cada potencia tenía su cuota de experiencias amargas, que no deseaba repetir. Demostrar que eres una gran potencia y evitar la humillación son motivaciones poderosas en las relaciones internacionales, ya sea para Estados Unidos, Rusia o China en la actualidad, o para las potencias europeas un siglo antes. Si Alemania e Italia anhelaban un sitio bajo el sol, Gran Bretaña esperaba evitar la decadencia y conservar su inmenso imperio. Rusia y Francia querían recobrar una importancia que consideraban legítima; mientras que el imperio austrohúngaro luchaba por su supervivencia. La fuerza militar era una opción con la que todos contaban, pero, de algún modo, pese a todas las tensiones, Europa siempre había logrado retroceder a tiempo. En 1905, 1908,

1911, 1912 y 1913 el concierto de Europa, aunque muy debilitado, había resistido. Pero los momentos peligrosos se presentaban cada vez más seguidos, y en 1914, en un mundo que se había habituado peligrosamente a las crisis, los líderes de Europa volverían a verse ante la opción de la guerra o la paz.

Y una vez más tuvieron que enfrentarse a los azotes del miedo y al nacionalismo exacerbado de sus propios pueblos, y los grupos de presión se fueron volviendo más y más hábiles a la hora de manipular a la opinión pública. En Alemania, por ejemplo, el comandante general August Keim, que había pertenecido a la liga naval alemana, fundó una organización similar a comienzos de 1912 para hacer campaña por un ejército más grande. La Wehrverein llegó a tener cuarenta mil miembros en mayo y trescientos mil en el verano siguiente, y a contar con la financiación de grandes industriales como Alfred Krupp. Keim apoyaba cada proyecto de ley militar que llegaba al Reichstag, pero invariablemente decía que era del todo insuficiente.[4] En Gran Bretaña, los diarios de gran difusión seguían publicando artículos sobre los planes de invasión alemanes y sobre camareros de este país que en realidad eran oficiales en activo. Estallaron súbitas guerras periodísticas entre las naciones. En 1913 la prensa alemana armó un gran revuelo cuando unos actores franceses aparecieron con uniforme alemán en una obra titulada Fritz le Uhlan [Fritz el ulano], mientras que en Berlín, durante el verano siguiente, un teatro con el conveniente nombre de Valhalla planeaba montar un melodrama titulado El terror de la legión extranjera, o el infierno de Sidi Bel Abbes.[5] A principios de 1914 un periódico alemán publicó un artículo de su corresponsal en San Petersburgo que hablaba de la creciente hostilidad contra Alemania en los círculos oficiales rusos. La prensa rusa respondió acusando a los alemanes de preparar una guerra preventiva contra Rusia. Sujomlínov, el ministro de la Guerra, ofreció una beligerante entrevista a un importante diario declarando que Rusia estaba preparada.[6]

A principios del verano de 1914, el general Alekséi Brusílov, que dirigiría uno de los pocos ataques exitosos de Rusia durante la Gran Guerra, se encontraba tomando las aguas en Bad Kissingen, un balneario en el sur de Alemania, cuando él y su esposa se quedaron atónitos ante lo que presenciaron en un festival local. “En la plaza central, rodeada por montones de flores, se elevaba una espléndida maqueta del Kremlin de Moscú, con su iglesia, murallas y torres,

y en primer plano la catedral de San Basilio”. Se dispararon salvas, un magnífico espectáculo de fuegos artificiales iluminó la noche, y mientras una banda tocaba los himnos nacionales de Rusia y Alemania, seguidos por la Obertura 1812 de Chaikovski, la maqueta del Kremlin fue arrasada por el fuego. La multitud alemana vitoreaba alegremente, mientras Brusílov, su esposa y un puñado de compatriotas rusos contemplaban la escena en silencio, con disgusto y rencor.[7]

Aunque las clases gobernantes de toda Europa solían compartir el nacionalismo de sus pueblos, también les preocupaba su fiabilidad. Los partidos políticos de izquierda estaban al alza, y en algunos países sus líderes eran ahora abiertamente revolucionarios. En Italia el entusiasmo inicial por la guerra en el norte de África se había desgastado rápidamente entre los socialistas y sus partidarios; el joven radical Benito Mussolini organizó manifestaciones de protesta mientras las tropas partían para la guerra, y los líderes moderados del partido socialista fueron expulsados y sustituidos por otros más radicales. En las elecciones alemanas de 1912, los socialdemócratas consiguieron sesenta y siete escaños nuevos, lo que estuvo a punto de provocar el pánico entre la derecha. El líder de la conservadora y nacionalista liga agraria publicó Si yo fuera el káiser, donde abogaba en favor de una buena guerra que proporcionase al gobierno una excusa para librarse del sufragio universal.[8] Y los trabajadores eran más militantes y estaban mejor organizados. En las ciudades, los pueblos y la campiña del norte de Italia, había que llamar al ejército para reprimir las huelgas y manifestaciones. En Gran Bretaña el número de trabajadores en huelga había crecido abruptamente, de 138.000 a 1.200.000 en 1912. Aunque en 1913 estas cifras ya habían descendido, durante los primeros siete meses de 1914 se produjeron casi mil huelgas, a menudo por cuestiones aparentemente triviales. Además, las clases trabajadoras británicas, al igual que las del continente, parecían cada vez más abiertas a las ideas revolucionarias y dispuestas a emprender acciones directas como huelgas y sabotajes con objetivos políticos. A principios de 1914, tres de los sindicatos más activos, en representación de los mineros y los trabajadores ferroviarios y del transporte, unieron fuerzas para formar su propia triple alianza. Como esta podía, a voluntad, cerrar las minas de carbón, detener los trenes y paralizar los muelles, representó una amenaza para la industria británica y en última instancia para el poderío del país, lo que generó mucha inquietud entre las clases gobernantes.

En el otro extremo de Europa, Rusia continuaba con sus intermitentes avances hacia el resto del mundo moderno europeo. Sin embargo, el asesinato de Stolipin, en el otoño de 1911, había sacado del juego al único hombre que pudiera haber obligado al régimen zarista, en contra de las objeciones de Nicolás y su corte, a implementar reformas antes de que fuese demasiado tarde. El zar, cada vez más influido por los elementos reaccionarios de su corte, hizo cuanto pudo por obstruir el establecimiento de un gobierno constitucional. Designó ministros dóciles y de derechas, e ignoró todo lo posible a la Duma. A comienzos de 1914 provocó consternación en la opinión pública moderada al destituir súbitamente a su primer ministro, Kokóvtsov –"como a un criado", dijo uno de los grandes duques–, deshaciéndose así de uno de los pocos ministros competentes y abiertos a las refor-mas.[9] El sucesor de Kokóvtsov fue un veterano favorito del zar. Ivan Goremykin era encantador, reaccionario y absolutamente incapaz de sacar a Rusia de los problemas que la aquejaban, y mucho menos de los que estaban por llegar. Sazónov, el ministro de Asuntos Exteriores, decía de él: "Un anciano que había perdido desde hacía mucho, no solo la capacidad de interesarse por algo que no fuese su paz y bienestar personales, sino también la facultad de percatarse de lo que sucede a su alrededor".[10] El propio Goremykin no se hacía ilusiones respecto a su capacidad para el nuevo cargo. "No comprendo en absoluto para qué se me necesita –dijo a un prominente político liberal–. Parezco un abrigo de piel de mapache, guardado desde hace tiempo en el baúl y rociado con alcanfor".[11]

Para empeorar las cosas, el escándalo en torno a Rasputín se estaba haciendo cada vez más público. Circulaban rumores entre la alta sociedad rusa de que el clérigo tenía una influencia malsana sobre la familia imperial, y una excesiva intimidad con la zarina y sus hijas. La madre del zar le dijo llorando a Kokóvtsov: "Mi pobre nuera no se da cuenta de que está llevando a la ruina a la dinastía y a sí misma. Ella cree sinceramente en la santidad de un aventurero, y nos vemos incapaces de evitar la desgracia que con certeza sobrevendrá".[12] El tercer centenario del reinado de los Románov cayó en 1913, y esa primavera Nicolás y Alejandra hicieron una rara excursión por toda Rusia para mostrarse ante el pueblo. Aunque la pareja imperial y sus cortesanos aún creían que los rusos de a pie, especialmente los campesinos, amaban y reverenciaban a los Románov, Kokóvtsov, que acompañaba a su señor, se quedó impresionado por la poca participación de las masas y su notable falta de entusiasmo. Los vientos de marzo fueron fríos y el zar no siempre se molestaba en salir en las diferentes

paradas. En Moscú la participación popular fue también escasa, y hubo murmullos sobre el lamentable espectáculo del enfermizo heredero al trono siendo transportado en brazos por su guardaespaldas cosaco.[13]

En la Duma las divisiones entre conservadores y radicales se habían agudizado, generando interminables debates y recriminaciones, mientras que los partidos democráticos de centro se veían cada vez más asfixiados por los ultraizquierdistas y los ultraderechistas. El consejo de estado, que debía funcionar supuestamente como una cámara alta, estaba dominado por viejos reaccionarios que consideraban su deber obstaculizar toda medida liberal proveniente de la Duma.[14] En la derecha se hablaba de un golpe de estado para restaurar el gobierno absolutista, mientras que para la izquierda la revolución parecía el único camino de cambio. En las ciudades, los trabajadores estaban cayendo bajo la influencia de la extrema izquierda, incluidos los bolcheviques. En los últimos dos años antes de la guerra, el número de huelgas y su violencia se incrementaron abruptamente. En el campo, el ánimo de los campesinos era cada vez más sombrío; en 1905 y 1906 en muchas partes de Rusia habían intentado apoderarse de las fincas de los terratenientes. Habían fracasado en aquella ocasión; mas no lo habían olvidado. Las nacionalidades sometidas a Rusia, ya fuese en el Báltico, en Ucrania o en el Cáucaso, estaban movilizándose y organizándose; en parte por reacción contra las políticas gubernamentales de rusificación, que daban pie a situaciones absurdas como la de los estudiantes polacos obligados a leer su propia literatura traducida al ruso, y que generaban un profundo y creciente resentimiento.

La respuesta de las autoridades a la agitación social en Rusia fue culpar a los activistas, ya fuesen revolucionarios, francmasones o judíos, metiéndolos a todos en el mismo saco. En 1913 los reaccionarios ministros del Interior y de Justicia obtuvieron la aprobación del zar para hacerle el juego al antisemitismo ruso, permitiendo el juicio de un judío de Kiev, Mendel Beilis, por el supuesto asesinato ritual de un niño cristiano. Las pruebas incriminatorias no solo eran poco sólidas, sino directamente fraudulentas. Incluso el zar y sus ministros sabían por entonces que Beilis era inocente, pero decidieron seguir adelante con el proceso, sobre la base de que era bien conocido que los judíos perpetraban asesinatos rituales, por más que no fuese así en aquel caso. El juicio despertó

indignación entre los círculos liberales, tanto de Rusia como del extranjero, y los torpes esfuerzos del gobierno por lograr una condena –que incluyeron el arresto de los testigos de la defensa– socavaron aún más su credibilidad. Beilis fue absuelto y emigró a Estados Unidos, donde fue testigo del derrumbe del viejo régimen en 1917 desde una posición segura.[15]

Ya en 1914, rusos y extranjeros por igual decían que el país se hallaba como en la cima de un volcán que había entrado en erupción en 1905 y 1906, al término de la guerra con Japón, y que ahora nuevamente acumulaba fuerzas violentas bajo la superficie. "Una mano inexperta –dijo el conde Otto von Czernin, de la embajada austrohúngara en San Petersburgo– puede avivar las llamas e iniciar una conflagración si los nacionalistas exaltados, junto con la extrema derecha, logran la unión de las nacionalidades oprimidas y el proletariado socialista".[16] Los intelectuales rusos se quejaban del desvalimiento y desesperación que sentían al ver derrumbarse la vieja sociedad, en tanto que la nueva no estaba aún lista para nacer.[17] La guerra llegó a ser contemplada como una solución para el dilema de Rusia, como un modo de unir a la sociedad rusa. La clase alta y la burguesía coincidían entre sí y con el gobierno tan solo en una cosa: la gloria del pasado de Rusia y la necesidad de ratificar su papel de gran potencia. La derrota a manos de Japón había supuesto una humillación terrible, y la evidente debilidad de Rusia en la crisis bosnia de 1908, y más recientemente en las guerras balcánicas, había logrado unir a la oposición liberal con los más vehementes reaccionarios en favor de la recuperación del ejército y de una política exterior enérgica.[18] Se hablaba mucho en la prensa y en la Duma de la misión histórica de Rusia en los Balcanes y de sus derechos sobre los estrechos otomanos, aunque esto significara una guerra con Alemania y el imperio austrohúngaro, o, como decían los más fervientes nacionalistas, la lucha inevitable entre los eslavos y las razas teutónicas.[19] Aunque sus diputados se pasaban la mayor parte del tiempo atacando al gobierno, la Duma siempre apoyó los presupuestos militares. "Hay que aprovechar el entusiasmo general –le dijo al zar el presidente de la Duma en la primavera de 1913–. Los estrechos otomanos tienen que ser nuestros. La guerra será aceptada con júbilo y servirá para incrementar el poderío imperial".[20]

Las condiciones en el imperio austrohúngaro, el rival de Rusia en los Balcanes,

no eran mucho mejores. Su economía, duramente golpeada por la incertidumbre y los gastos ocasionados por las guerras balcánicas, comenzaba a reanimarse a comienzos de 1914, pero la industrialización trajo consigo una clase obrera cada vez más militante. En la mitad húngara de la monarquía dual las exigencias de los socialdemócratas por un sufragio universal se toparon con la oposición de las clases altas, poco dispuestas a compartir su poder. En la primavera de 1912, unas multitudinarias manifestaciones obreras en Budapest provocaron enconados enfrentamientos con las fuerzas del gobierno. En ambas mitades de la monarquía dual, también, ardían conflictos étnicos como incendios forestales, estallando aquí y allá en llamaradas visibles. En la parte austriaca, los rutenos, que hablaban una lengua emparentada con el ucraniano y que tenían sus propias iglesias, exigían derechos políticos y lingüísticos a sus caciques polacos; los checos y los alemanes, por su parte, estaban enzarzados en una aparentemente interminable pugna por el poder. El parlamento de Viena se volvió tan difícil de controlar que el gobierno austriaco lo suspendió en la primavera de 1914; no volvió a reunirse hasta 1916. En Hungría, el partido nacional rumano exigía entre otras concesiones una mayor autonomía de las zonas con mayoría rumana; pero el parlamento, dominado como estaba por los nacionalistas húngaros, se resistía. Bajo la influencia de Tisza, los húngaros al menos estaban satisfechos de pertenecer a la monarquía dual; algo que podría cambiar cuando Francisco Fernando, que era notoriamente antihúngaro, sucediera a su tío. En la primavera de 1914, cuando el viejo emperador cayó gravemente enfermo, el futuro de la monarquía se atisbaba sombrío. El embajador alemán Heinrich von Tschirschky, que tendía a esta visión melancólica, dijo que la monarquía dual se estaba "deshaciendo por las costuras".[21] Y, dado el auge del poderío de Serbia, el imperio austrohúngaro iba a tener que desviar todavía más recursos militares hacia el sur, cosa que perturbaba a los planificadores militares de Alemania, que contaban con la ayuda de su aliado contra Rusia.

Aunque a Alemania le iban bien las cosas, según muchos indicadores –la industria y el comercio, por ejemplo, así como su población, continuaban creciendo–, sus dirigentes y buena parte del pueblo sentían una extraña inquietud en los últimos años de la paz. El miedo a verse cercada, el auge del poderío ruso, la revitalización de Francia, la negativa de Gran Bretaña a cejar en la carrera armamentista naval, la escasa fiabilidad de sus propios aliados, el marcado crecimiento electoral del partido socialdemócrata, todo junto generaba un gran pesimismo en torno al futuro de Alemania. La guerra se aceptaba cada vez más

como algo posible, cuando no inevitable. Francia parecía el enemigo más probable, pero sus socios de la entente seguramente acudirían en su defensa (aunque Bethmann todavía esperaba mejorar las relaciones con Gran Bretaña y Rusia).[22] "El rencor contra Alemania –dijo el excanciller Bülow a principios de 1914– bien pudiera considerarse la piedra angular de la política francesa". Cuando en Francia apareció una postal con la leyenda "merdepour le roi de Prusse", escrito al revés, los diplomáticos alemanes vieron confirmadas sus sospechas. El agregado militar francés en Berlín informó acerca de un estado de ánimo cada vez más belicoso entre el pueblo, capaz de "provocar una explosión de ira y orgullo nacional que algún día obligase al káiser a conducir a las masas a la guerra".[23] Hasta el delicado compositor Richard Strauss se dejó llevar por el sentimiento antifrancés, y le dijo a Kessler en el verano de 1912 que se alistaría en cuanto estallase la guerra. Su esposa le preguntó qué creía él que podría hacer. Tal vez, dijo Strauss dubitativo, podría ser enfermero. "¡Tú, Richard! –replied su esposa–. ¡Pero si no puedes ni ver la sangre!". Strauss se mostró avergonzado, pero insistió: "Yo lo haría lo mejor que pudiera. Pero si los franceses reciben una tunda, quiero estar ahi".[24]

Entre la cúpula de los líderes civiles de Alemania, Bethmann y por lo general el káiser aún anhelaban evitar una guerra. (El káiser acababa de apasionarse por la arqueología y pasaba las primaveras excavando en Corfú, lo que le simplificaba un tanto la vida a Bethmann). El ministro de Asuntos Exteriores, Kiderlen, pese a su afición por la beligerancia retórica, también se inclinaba hacia la moderactión; pero murió súbitamente, de un infarto, a finales de 1912. Su sucesor, Gottlieb von Jagow era demasiado débil para enfrentarse a los generales. "Ese mequetrefe", como lo describía el káiser, era un hombre bajito y gris, proveniente de una familia de aristócratas prusianos. Su principal objetivo, al parecer, fue defender los intereses de Alemania por todos los medios a su alcance.[25] Lo peligroso era la creciente aceptación de la guerra como algo inevitable, e incluso deseable, entre los militares. Muchos de ellos no le habían perdonado a Guillermo que se echase para atrás en la crisis marroquí de 1911, ni más recientemente durante la primera guerra balcánica. La bien relacionada baronesa Spitzemberg afirmaba: "Le reprochan un 'excesivo amor a la paz' y creen que Alemania había dejado pasar la oportunidad de derrotar a Francia mientras Rusia estaba ocupada en los Balcanes".[26]

El estado mayor daba por sentado que en el futuro tendría que librar una guerra terrestre en dos frentes. Schlieffen murió en enero de 1913, y al parecer sus últimas palabras fueron: “Basta con que mantengáis el ala derecha”, pero sus ideas estratégicas siguieron conformando la planificación militar de Alemania. Su sucesor al frente del estado mayor, Moltke, fiel a su naturaleza pesimista, continuó dudando de que Alemania pudiese imponerse en una guerra contra sus enemigos, especialmente si tenía que luchar sin aliados. A pesar de su anterior reticencia a reclutar a miembros de las clases trabajadoras, ahora Moltke abogaba por incrementar el tamaño del ejército, y en esto coincidía con él una generación emergente de oficiales, entre ellos Erich von Ludendorff, uno de los burgueses ambiciosos e inteligentes que estaban logrando acceder al estado mayor. Aunque el Reichstag aprobó un proyecto de ley para el ejército en el verano de 1912, la crisis de la primera guerra balcánica en el otoño demostró la debilidad del imperio austrohúngaro, así como la disposición de Rusia a movilizarse, y en consecuencia generó nuevas demandas, redactadas por Ludendorff para Moltke, de que el gobierno incrementara rápidamente el número de hombres y la cantidad de materiales necesarios para la formación de unidades especiales, como las provistas de ametralladoras. El lenguaje era alarmista y hablaba con total naturalidad de la “inminente guerra mundial”.[27]

El 8 de diciembre de 1912, en tanto la situación en los Balcanes seguía tensa, se produjo lo que desde entonces se conoce como uno de los incidentes más controvertidos de los prolegómenos de la Gran Guerra: el consejo de guerra del káiser en el palacio de Potsdam. Aquella mañana, Guillermo leyó un despacho de su embajador en Londres informando de que Grey y el ministro de la Guerra, Haldane, habían advertido que, si estallaba una guerra general en el continente, Gran Bretaña intervendría casi con toda seguridad para impedir que Francia fuese destruida por Alemania. Aunque tal probabilidad no podía ser ninguna sorpresa para el káiser, este se encolerizó ante la impertinencia de Gran Bretaña, y también se sintió traicionado: en la inminente lucha final entre teutones y eslavos, los británicos estarían en el bando equivocado, junto con los galos. Entonces hizo llamar a toda prisa a algunos de sus consejeros de confianza, todos ellos militares, entre ellos Moltke, Tirpitz y su ayudante naval, el almirante George von Müller. Según el diario de Müller, que constituye el mejor registro, el káiser soltó una perorata considerable. Dijo que era bueno tener clara la posición de Gran Bretaña; desde ese momento Alemania tendría que combatir contra Gran Bretaña y contra Francia. “La flota, naturalmente, deberá prepararse

para un conflicto con Gran Bretaña". El imperio austrohúngaro, prosiguió, tendrá que vérselas con los serbios, lo que casi seguro hará que Rusia se sume al conflicto, y Alemania tampoco podrá evitar una guerra en ese frente. Este país, por tanto, debía reunir cuantos aliados pudiera; el káiser confiaba en que Rumanía y Bulgaria, y posiblemente el imperio otomano. Moltke coincidió en que la guerra era inevitable (algo en lo que no discrepó ninguno de los otros), pero dijo que se debería utilizar a la prensa alemana para inculcarle al pueblo la mentalidad adecuada. Tirpitz, que al parecer no quería que su preciosa armada entrara en combate, dijo que él preferiría posponer la guerra hasta un año y medio más tarde. Moltke replicó sardónicamente: "Ni aun entonces la armada estará lista". Y advirtió de que la posición del ejército se debilitaría con el tiempo, en tanto sus enemigos se fortalecerían; sentenciando: "La guerra, cuanto antes mejor". Aunque es posible que se haya dado demasiada importancia a este precipitado consejo convocado en un momento de crisis, resulta escalofriante con cuánta naturalidad aceptaban los presentes que la guerra estaba en camino.[28]

En un memorándum que le mandó a Bethmann poco después de aquel consejo, Moltke advertía también que era importante que la opinión pública alemana se convenciera de que era justo y necesario ir a la guerra:

Si la guerra se produce, no puede haber duda de que el peso principal de la responsabilidad recaerá sobre Alemania, y de ello sacarán partido sus oponentes. No obstante, en las presentes circunstancias, podemos seguir afrontando con confianza hasta las tareas más difíciles, si logramos formular el casus belli de tal modo que la nación se levante en armas de manera unida y entusiasta.[29]

En la crisis de 1914 todos los gobiernos harían lo posible por garantizar que sus naciones aparecieran como el bando inocente.

Lleno de entusiasmo a raíz de su consejo de guerra, el káiser ordenó la preparación de nuevos proyectos de ley para el ejército y la armada. Bethmann se quedó horrorizado, en parte porque no sabía cómo iba a pagarlos. "El káiser

ha celebrado un consejo de guerra con sus paladines del ejército y la armada, naturalmente a mis espaldas y a espaldas de Kiderlen, y ha ordenado la preparación de un nuevo presupuesto para el ejército y la armada”. logró convencer a Guillermo de rechazar la petición de Tirpitz para que le construyeran tres cruceros de combate al año. En su alocución de año nuevo de 1913 a los comandantes de los cuerpos de ejército, el káiser dijo con orgullo: “La armada cederá al ejército el grueso de los fondos disponibles”.[30] El ejército consiguió incorporar a sus filas a otros 136.000 hombres, proporcionándole a Alemania un ejército regular de 890.000 soldados en 1914. (Al este, sin embargo, se extendía Rusia, que ya tenía un ejército de 1.300.000 hombres, y con una población tres veces mayor que la de Alemania, es decir, con una cantera muy superior de soldados potenciales). Según el káiser, ahora Bethmann aceptaba la idea de una guerra, y como informó Jules Cambon a París en el otoño de 1913: “El káiser ha llegado al punto de creer que la guerra contra Francia es inevitable e incluso necesaria más tarde o más temprano”.[31]

Por supuesto, el crecimiento del ejército alemán preocupaba a sus enemigos. Rusia ya estaba reforzando el suyo, mediante la retención de sus reclutas durante varios meses; al tiempo, llevaba a cabo simulacros de movilizaciones a lo largo de su creciente red de ferrocarriles. En 1913, en respuesta a las maniobras alemanas y con el aliento y la promesa de un préstamo por parte de Francia, el zar aprobó un nuevo “gran programa” de diez años, que elevaría inmediatamente en doscientos mil el número de soldados en tiempo de paz, con nuevos incrementos y más formaciones en el futuro. El programa definitivo fue aprobado el 7 de julio de 1914.[32]

Los franceses habían tomado sus medidas para hacer frente a la amenaza alemana. Los planes de Joffre contaban con tener tropas suficientes al iniciarse las hostilidades como para contrarrestar cualquier ataque alemán y lanzar el suyo propio. Como Alemania iba a desplegar un ejército mayor en 1914, Francia tendría que, o bien cambiar sus planes y luchar más a la defensiva, lo cual iba contra la doctrina estratégica del ejército, o bien incrementar su número de soldados.[33] Para el ejército y sus partidarios, esta segunda opción era la más atractiva, pero tropezaba con el problema demográfico de Francia. El ejército podía convocar a más reclutas cada año –y así lo estaba haciendo hasta el

momento–, pero, con una población de treinta y nueve millones de habitantes, Francia tenía muchos menos reclutas potenciales que Alemania, con sus sesenta y ocho millones. El ministerio de la Guerra propuso, en consecuencia, incrementar el tamaño del ejército alargando el periodo de servicio de los reclutas, de dos a tres años. La “ley de los tres años” reavivó las divisiones en la república sobre la naturaleza y el papel del ejército. Mientras que la derecha y los militares tendían a apoyar un ejército mayor, los socialistas y gran parte de los radicales se pronunciaron en contra, tachando la ley de ser un intento de crear una fuerza profesional con valores reaccionarios y antirrepublicanos. Jaurès pronunció apasionados discursos a favor de una milicia ciudadana. Los militares y la derecha sacaron a relucir el peligro alemán y señalaron que las filas del ejército francés ya estaban peligrosamente mermadas en Europa por haberse visto obligado a enviar fuerzas para pacificar Marruecos, cuyos habitantes se resistían a la dominación francesa.[34] Según Joffre, la ley haría que el número de soldados franceses disponibles fuese de 700.000. Alemania seguía teniendo 870.000 soldados, pero habría un número suficiente de ellos en el frente oriental como para que, en el occidental, la balanza se inclinase en favor de Francia.[35] El servicio militar más largo también le daba al ejército la oportunidad de mejorar el entrenamiento, lo cual constituía una vieja preocupación.[36] Aunque la ley fue aprobada en julio, el debate continuó hasta 1914 en el parlamento francés y en la prensa.

Francia estaba atravesando además por uno de aquellos complicados escándalos tan típicos de la tercera república. Lo que comenzara en 1911 como una sórdida trama de corrupción financiera que involucraba a unos ministros del gobierno, se había ido convirtiendo en una campaña orquestada contra Joseph Caillaux, de quien los nacionalistas siempre habían sospechado que estaba demasiado dispuesto a transigir con Alemania, y que tal vez hasta fuera un espía alemán. Se rumoreaba que el director del diario conservador Le Figaro tenía en su poder unos documentos inculpatorios sobre la complicada vida personal de Caillaux, así como ciertas pruebas de que este había utilizado su cargo de ministro de Justicia para obstruir las investigaciones contra él por corrupción.

No obstante, en aquellos dos últimos años de paz reinaban en Francia una calma y estabilidad relativas, cosa inusual en su historia reciente. Tanto los extranjeros

como los franceses pensaban que el país estaba experimentando un renacer del sentimiento nacionalista y de la confianza en sí mismo. La crisis marroquí de 1911 había convencido a gran parte de la opinión pública francesa, de izquierdas y de derechas, de que Alemania era un enemigo implacable que jamás dejaría de acosar a Francia. (El que Francia hubiese hecho mucho por provocar esta crisis se pasaba simplemente por alto; los analistas franceses asumían, sin más, que su país era inocente). En los meses de verano de 1911, cuando la crisis estaba en su apogeo, el ministerio de la Guerra recibió cientos de peticiones de soldados que solicitaban ser reincorporados al servicio activo. “Me dicen que estoy demasiado viejo para un puesto de mando –escribió un general–. Simplemente solicito que se me envíe a la frontera como soldado de caballería, para mostrar a los jóvenes soldados de Francia que un viejo comandante de división, grand’-croix de la Legion d’Honneur, sabe cómo morir”.[37] Los estudiantes que solo diez años atrás se mostraban cínicos y hastiados del mundo, descreídos del orgullo nacional y del pasado de Francia, decían ahora estar dispuestos a sacrificar su vida por ella. En el barrio latino se manifestaron tres mil, cantando “Vive l’Alsace! Vive la Lorraine!”, y en los teatros parisienses volvieron a ser populares las obras patrióticas. En el campo se apreciaba una nueva beligerancia entre la población rural.[38] Juana de Arco, que había sido beatificada en 1909, gozaba de una reciente popularidad. Pero los enemigos esta vez no eran los británicos. “Wilma dice que en su círculo todos están locos por la guerra –contó Harry Kessler en 1912 de su hermana, que vivía en París–. Todos están convencidos de que nos derrotarán”.[39] En la primavera de 1913, un zepelín alemán tuvo que hacer un aterrizaje forzoso en una aldea francesa y los vecinos apedrearon a la tripulación. El gobierno francés se disculpó por aquel “deplorable” comportamiento. Guillermo escribió una nota colérica: “¡Vaya amabilidad! ¡Esto es sencillamente plebeyo e incivilizado, propio de una tierra de bárbaros! ¡Esto viene de las campañas antialemanas!”.[40] Pocos meses después, el incidente de Zabern, en que unos habitantes de Alsacia fueron tratados despectivamente por oficiales alemanes, recibió amplia cobertura en la prensa francesa, que lo presentó como otro ejemplo del militarismo prusiano.[41] (Moltke utilizó la beligerancia de esa prensa como un pretexto más para reforzar el ejército alemán).[42]

Un hombre en concreto personalizaba la nueva atmósfera francesa: Raymond Poincaré, el prominente político conservador que se convirtió en primer ministro en enero de 1912, tras la caída de Caillaux por la segunda crisis marroquí. A comienzos de 1913, Poincaré fue elegido presidente, cargo que mantendría hasta

1920. Tal vez por ser de Lorena, en manos de Alemania desde 1871, Poincaré era un ferviente nacionalista francés, decidido a reparar las divisiones que padecía la sociedad francesa y a devolver Francia a su legítimo lugar en el mundo. Aunque perdió la apasionada fe católica de sus primeros años, aceptaba la iglesia como una institución importante para la mayoría de sus compatriotas. Desde su cargo de primer ministro hizo mucho por suavizar los viejos conflictos entre católicos y anticlericales en torno a la educación, tomando partido por la enseñanza laica pero insistiendo en que se tolerasen las escuelas religiosas.[43] El mundo, pensaba Poincaré, podía beneficiarse enormemente de la influencia francesa. En un discurso de 1912 dijo que "sabiduría, sangre fría y dignidad" eran los rasgos distintivos de la política de Francia. "Esforcémonos, por tanto, en preservar y acrecentar la energía vital de nuestro país, y no me refiero únicamente a su poderío militar y naval, sino sobre todo a la solidez de su política, y a esta unidad del sentimiento nacional que inviste de grandeza, gloria e inmortalidad a un pueblo".[44] Aunque, como hombre que valoraba la razón, se oponía a la guerra, creía también en la necesidad de potenciar las fuerzas armadas. Llegó a ser una especie de héroe para los nacionalistas franceses, y el nombre de Raymond se puso de moda para bautizar a los bebés.

Poincaré no era precisamente un Napoleón, ni tampoco un Charles de Gaulle como el de los años posteriores; aunque siempre fue muy consciente de que debía proyectar una buena imagen ante la opinión pública. No era un hombre ampuloso, sino bajito, pulcro, quisquilloso y preciso. También era inteligente, y un trabajador infatigable. En él se continuaba, al parecer, una tradición familiar, pues descendía por ambas ramas de familias burguesas que produjeron jueces, funcionarios públicos, profesores e ingenieros, como su propio padre. Henri Poincaré, uno de los más prominentes matemáticos de Francia, era primo hermano suyo. Raymond, por su parte, se distinguió en su liceo de París, y llegó a ser, a sus veinte años, el abogado más joven de Francia en 1880. Aunque siguió los pasos de otros jóvenes ambiciosos e hizo incursiones en el periodismo y la política, su formación legal le inculcó un respeto por las formas y los procedimientos. En público Poincaré era frío e impasible. El feroz radical Georges Clemenceau, que no lo soportaba, se refirió a él como "una bestezuela inquieta, seca, desagradable y nada valiente".[45] Este comentario, como muchos otros de Clemenceau, resultaba injusto. Tanto en su política anterior a 1914 como en los oscuros días de la Gran Guerra, Poincaré demostró coraje y fortaleza. Y ni siquiera Clemenceau pudo jamás acusarlo de ser corrupto, como

sí lo fueron muchos otros políticos de la tercera república.

Poincaré, inusualmente para su época y su clase, era feminista y gran defensor de los derechos de los animales; se negaba, por ejemplo, a participar en las habituales partidas de caza en la finca presidencial. Amaba las artes, el teatro y especialmente los conciertos, y en 1909 pasó a ser miembro de la Academia francesa.[46] Sus extensos diarios revelan también que era un hombre emotivo y sensible (lloró al ser elegido presidente), al que le herían los desaires y los ataques de sus enemigos. Cuando Poincaré anunció justo después de las navidades de 1912 que se había presentado como candidato a la presidencia, fue atacado con saña por radicales e izquierdistas. De su esposa, que estaba divorciada, se dijo que tenía un pasado complicado, e incluso, según los chismes, que había actuado en un cabaret o un circo.[47] Clemenceau afirmó que la mujer había estado casada con un cartero al que Poincaré había enviado a Estados Unidos. "¿Desea acostarse con madame Poincaré? –decía en voz alta Clemenceau–. Muy bien, amigo, eso está hecho".[48] Los ataques enfurecieron tanto a Poincaré que una vez retó a duelo a Clemenceau. (El combate nunca tuvo lugar; por fortuna para Poincaré, pues Clemenceau tenía gran experiencia en estos lances).

Cuando llegó a la presidencia, Poincaré decidió utilizar al máximo las facultades de su cargo y ocuparse en persona de la política internacional. Iba al ministerio de Asuntos Exteriores todos los días, recibía a embajadores, a menudo sin ayuda, escribía despachos y elegía a amigos de confianza para puestos clave en el extranjero. Como ministros de Asuntos Exteriores escogió a hombres que se contentaban con desempeñar un papel secundario. El 12 de julio de 1914, poco después de que estallara la última crisis en Europa, René Viviani, un socialista moderado, asumió el cargo, pese a no tener ninguna aptitud patente para ello, aparte del patriotismo y la elocuencia. Sabía muy poco de relaciones internacionales, tendía a culpar a sus funcionarios cada vez que él mismo cometía errores, y Poincaré sencillamente lo intimidaba. A este, por su parte, le irritaba sobremanera la ignorancia de Viviani en cuestiones diplomáticas, incluso en detalles tan básicos como el nombre del departamento de Asuntos Exteriores austrohún-garo. "Cuando lee telegramas de Viena –se lamentaba Poincaré– no logra decir la Ballplatz sino siempre la Bol-platz o la Baliplatz".[49]

Sin embargo, la determinación de Poincaré por controlar la política exterior de Francia no siempre se traducía en medidas prácticas, ni en un buen liderazgo. Desde Londres, Paul Cambon, quien a la larga llegó a tenerle un reticente respeto, le achacaba una "oratoria clara al servicio de una mente confusa".[50] Poincaré no deseaba la guerra, pero su objetivo era una Francia más fuerte y más enérgica, en Europa naturalmente, pero también en Oriente medio, donde tenía ya fuertes intereses en los territorios otomanos de Siria y el Líbano. En su discurso inaugural ante el parlamento francés en febrero de 1913, dijo que la paz solo era posible si el país estaba preparado para la guerra. "Una Francia disminuida, una Francia expuesta por sus propios errores a amenazas, a humillaciones, ya no sería Francia".[51]

Poincaré estaba dispuesto, no obstante, a trabajar en favor de una distensión limitada con Alemania. Aunque deploraba la pérdida de las provincias de Alsacia y Lorena, no deseaba utilizar la guerra para recuperarlas.[52] Francia cooperó con Alemania en 1912 y 1913 durante las crisis de los Balcanes, y en enero de 1914 Poincaré cenó en la embajada alemana de París; fue el primer jefe de estado francés en hacerlo desde la guerra de 1870. Poincaré, al parecer, tenía incluso esperanzas de que el sistema de alianzas que dividía a Europa en dos bandos pudiera traer una especie de estabilidad y permitir a las potencias europeas llegar a acuerdos sobre cuestiones mundiales, como por ejemplo el reparto del imperio otomano.[53] Al mismo tiempo pensaba, como muchos de sus compatriotas, que los alemanes eran unos bravucones a los que había que enfrentarse con firmeza. En una de sus frecuentes instrucciones a Viviani, le dijo: "Con Alemania es necesario siempre ser impávidos y seguros; su diplomacia es muy propensa a los 'faroles' y siempre nos pone a prueba para ver si estamos decididos a resistir o si nos aprestamos a ceder".[54] Para 1914, Poincaré se había vuelto más pesimista con respecto a las posibilidades de cooperación con Alemania. En su diario privado escribió: "Alemania se cree cada vez más que está predestinada a dominar el mundo, que la supuesta superioridad de la raza germana, el siempre creciente número de habitantes del Reich y la continua presión de las necesidades económicas le confieren derechos excepcionales con respecto a las demás naciones". Asimismo llegó a dudar de que, en cualquier crisis futura, Alemania volviera a echarse atrás.[55]

Así, las amistades eran para Francia la clave que le permitiría mantener su grandeza y su posición en el mundo. La alianza militar con Rusia necesitaba ser cultivada y consolidada. Con la aprobación de Poincaré, los préstamos de Francia para el ferrocarril ruso aumentaron en unos quinientos millones de francos en los dos años previos a la guerra.[56] Poincaré le aseguró a Izvolski, todavía embajador ruso en París, que utilizaría su influencia sobre la política exterior de Francia para garantizar "los más estrechos vínculos con Rusia".[57] Cumplió su palabra, nombrando como embajador en San Petersburgo a Delcassé, el acérrimo nacionalista francés al que Alemania había hecho perder el cargo en la primera crisis marroquí. Poincaré también se propuso visitar Rusia personalmente, la primera vez cuando todavía era primer ministro. "El emperador Nicolás –dijo Sazónov–, que tanto valoraba en los demás aquellas cualidades de las que él mismo carecía, se quedó impresionado ante todo por la determinación y la fuerza de voluntad del primer ministro francés".[58]

Poincaré también compartía la muy extendida opinión de que había que fortalecer aún más la triple entente, haciendo que Gran Bretaña forjase alianzas militares con Francia y Rusia. El problema era que Gran Bretaña, con Grey a cargo de su política exterior, no mostraba interés alguno en otros compromisos que los de apoyo y buena voluntad. Más preocupante era aún la política interna de Gran Bretaña, que empezaba a parecerse a la de Francia en sus peores momentos. Hubo incluso un complicado escándalo financiero, en el que Lloyd George y varios otros liberales prominentes fueron enfáticamente acusados por los conservadores de aprovechar información interna para comprar acciones de la compañía Marconi, la cual estaba a punto de recibir un contrato para construir emisoras de radio públicas a lo largo y ancho del imperio británico. Aunque una investigación parlamentaria reveló que los acusados eran inocentes, en parte porque solo habían comprado acciones de la rama estadounidense de la compañía, que no se beneficiaba del contrato, el asunto proyectó muy mala imagen y dañó la reputación de Lloyd George y otros, así como la del gobierno en su conjunto. En 1913 y en la primera mitad de 1914, para mayor preocupación de los británicos y sus aliados, Gran Bretaña estaba padeciendo enconados conflictos sociales y políticos, con manifestaciones violentas, bombas, barricadas y hasta milicias armadas. Y la cuestión irlandesa había vuelto a agudizarse, hasta el punto de que Gran Bretaña se enfrentaba, por

primera vez desde el siglo XVII, a la posibilidad de una guerra civil.

El monarca que presidía esta Gran Bretaña súbitamente turbulenta era Jorge V, que había sucedido a Eduardo VII en 1910. En muchos sentidos, Jorge era el polo opuesto de su padre. Tenía gustos sencillos, le desagradaban los países extranjeros y le aburría la sociedad moderna. Su corte, como él mismo dijera con orgullo, era monótona pero respetable. Con este rey, no habría escándalos por amantes ni por amigos inconvenientes. Por su aspecto se parecía mucho a su primo el zar de Rusia (a los dos los confundían a veces con el otro) y en cierto modo seguía siendo el oficial naval de antes. Gobernaba su corte casi como quien capitanea un barco, velando escrupulosamente por los uniformes, la rutina y la puntualidad. Era fiel a su esposa, pero esperaba que esta le obedeciese; como a él le gustaba la moda que ella seguía cuando se conocieron en la década de 1890, tuvo que usar vestidos largos hasta su muerte en 1953. “La turba de París se volvió loca por ella –contó un miembro de la corte tras una visita de la pareja real a principios de 1914–, y se rumoreó que sus sombreros anticuados y sus vestidos victorianos ¡serían la moda del próximo año!”.[59] Aunque le resultaban cargantes sus funciones y aguardaba con zozobra el día de su discurso anual desde el trono, Jorge V desempeñaba su papel a conciencia. Asimismo comprendía y aceptaba su rol de monarca constitucional, obligado a escuchar el consejo de sus ministros. Su visión política era la de un hacendado rural tory con una instintiva aversión hacia todo lo que oliese a socialismo, y sospechaba que muchos destacados políticos liberales no eran realmente caballeros, entre ellos su primer ministro; aunque con el tiempo llegó a sentir simpatía y respeto por Asquith.[60]

Herbert Asquith, quien ocupaba el cargo cuando Gran Bretaña pasó de la paz a la guerra, era un hombre inteligente y ambicioso que provenía de una próspera familia de industriales del norte de Inglaterra. La que fuera una infancia segura se vio súbitamente destrozada cuando su padre murió, dejando a su prole a expensas de la caridad de los hermanos de su esposa. Herbert y uno de sus hermanos fueron acogidos por un tío, y luego encomendados a distintas familias mientras iban a la escuela en Londres. A diferencia de su enfermizo hermano, Herbert creció fuerte y sano, y ganó una beca prestigiosa en Balliol, el más intelectual de los colleges de la universidad de Oxford, célebre por formar a

destacadas figuras de la vida pública.[61] Allí Asquith destacó como estudiante inteligente y aplicado, y también como un polemista formidable, cualidades que le serían útiles al iniciar su brillante carrera como abogado. Se había casado joven, por amor, y según se cuenta fue un padre y esposo abnegado. Sin embargo, para cuando su esposa murió de tifus en 1891, Asquith ya se había enamorado de Margot Tennant, la vivaz y voluntariosa hija de un acaudalado hombre de negocios. Margot, que era una esnob en lo intelectual y en lo social, tenía fama de ser muy franca, muchas veces hasta el punto de resultar maleducada; y era valiente físicamente –le encantaba cazar con jauría– e impredecible. As-quith se sentó a su lado en una cena en la cámara de los comunes pocos meses antes de la fatal enfermedad de su esposa. "La pasión –diría más tarde a un amigo–, que supongo acude a todos una vez en la vida, me visitó y me derrotó". (Volvería a ser derrotado en este sentido en 1914). Margot descubrió que Asquith le recordaba a Oliver Cromwell (quien condujera las fuerzas parlamentarias contra el rey en la guerra civil), y sintió que "este era el hombre que podía ayudarme y que lo entendería todo".[62] En realidad ella vaciló durante más de dos años después de que Asquith le declarara su amor, pocas semanas después de enterrar a su esposa. En 1894, tras valorar a sus otros pretendientes, Margot decidió, abruptamente como era su costumbre, casarse con él. Se dio a la tarea de hacerse cargo de sus hijastros (quienes no siempre recibieron con agrado su estilo dominante) y de apoyar la prometedora carrera política de Asquith.

En 1886 Asquith había sido elegido por el partido liberal para el parlamento y durante los años siguientes ascendió sin cesar en la jerarquía de su formación y de la sociedad inglesa, adquiriendo nuevas e influyentes amistades, como la propia Margot, entre la clase alta. Cuando los liberales regresaron al poder a fines de 1905, Asquith fue nombrado ministro de Hacienda y luego, en 1908, primer ministro. Fue un líder hábil, que consiguió mantener unido a un grupo dispar de liberales, en el que había desde pacifistas y reformistas radicales como Lloyd George, por una parte, a imperialistas como Grey por otra. Cuando en los últimos años de paz estalló una prolongada batalla entre Churchill y Lloyd George a causa de los presupuestos navales para 1914-1915, Asquith logró contenerla. Churchill, que fue nombrado primer lord del almirantazgo en 1911, había cambiado radicalmente de posición y ahora exigía más presupuesto para la armada, mientras que su viejo aliado Lloyd George, que era ministro de Hacienda, se oponía decididamente a ello. Su disputa no quedó definitivamente

zanjada hasta enero de 1914, cuando, con el respaldo de Asquith, Churchill obtuvo el incremento que deseaba.

Asquith también se mostró capaz de una valentía política considerable, con ocasión de la prolongada disputa entre los comunes y los lores por causa del presupuesto de Lloyd George para 1909, o durante las severas crisis que vendrían después. Sin embargo, ya en 1914, Asquith estaba menos interesado que antes en los detalles mundanos pero esenciales de la política. Sus enemigos políticos lo apodaron "Wait and See" [espera y verás], pues su tendencia a retrasar las decisiones para lograr un consenso las convertía en dilaciones gratuitas. Su gran amigo y correligionario, Richard Haldane, que fue ministro de la Guerra entre 1905 y 1912, comentó: "La sociedad londinense, sin embargo, llegó a sentir gran cariño por él, y él se fue distanciando gradualmente de esa severa actitud ante la vida que durante tanto tiempo ambos habíamos compartido".[63] Otro viejo amigo lo encontraba "colorado y abotargado, bien distinto de cómo era antes".[64]

Por desgracia, a la par que las energías de Asquith mermaban, su gobierno tuvo que enfrentarse a problemas internos cada vez más inextricables. Mientras la lucha entre los obreros británicos y sus patrones continuaba, un nuevo conflicto había estallado entre las mujeres de todas las clases y tendencias políticas que demandaban el derecho a votar y quienes se oponían a ello, entre los que se encontraba el propio Asquith. Hasta su propio gabinete estaba dividido acerca de este tema. Si bien la mayoría de las sufragistas eran pacíficas y relativamente respetuosas de la ley, un sector radical vociferante lidera-do por la formidable mistress Pankhurst y su igualmente intransigente hija Christabel se lanzaron a la pelea empleando todo tipo de armas ingeniosas. Sus partidarias saboteaban reuniones, escupían a los contrarios al voto femenino, se encadenaban a los ferrocarriles, acosaban a los ministros, acuchillaban cuadros en las galerías de arte y destrozaban ventanas, incluso de la mismísima Downing Street. "Casi vomito de terror", se quejó en cierta ocasión Margot Asquith.[65] En 1913 una bomba destruyó la casa nueva que Lloyd George se estaba construyendo en las afueras de Londres, aun cuando él apoyaba el voto femenino. Entre enero y julio de 1914, las sufragistas militantes incendiaron más de cien edificios, incluyendo iglesias y escuelas. Cuando las mujeres eran apresadas y sentenciadas a prisión,

respondían con una huelga de hambre. El movimiento tuvo su primera mártir en 1913, cuando una sufragista se arrojó ante el caballo del rey Jorge V en el derby de Epsom; y las autoridades, por un tiempo, parecieron decididas a crear otras más, permitiendo que la policía maltratase a las manifestantes y alimentase por la fuerza a las que se declararan en huelga de hambre. En el verano de 1914, Asquith ya estaba dispuesto a renunciar a su oposición y presentar al parlamento un proyecto de ley para el sufragio femenino, pero la Gran Guerra se interpuso y el voto de las mujeres tuvo que esperar.

Lo más peligroso de todo para Gran Bretaña en aquellos años fue la cuestión irlandesa. Las demandas de un autogobierno para Irlanda habían ido ganando fuerza, sobre todo en el sur católico. Un ala de los liberales, siguiendo el ejemplo de su gran líder Gladstone, simpatizaba con esta causa, pero las exigencias políticas también desempeñaron su papel. Tras las elecciones de 1910, el gobierno liberal ya no contaba con mayoría, y por tanto dependía de los votos de los nacionalistas irlandeses. A comienzos de 1912, el gobierno presentó un proyecto de ley de autonomía que hubiera concedido a Irlanda un parlamento propio en el marco de una Gran Bretaña federal. Por desgracia, una minoría significativa de Irlanda, principalmente aquellos protestantes que eran mayoría en el Ulster, en el norte de la isla, no deseaban un autogobierno que, desde su perspectiva, los dejaría bajo el dominio de los católicos, y su resistencia encontró apoyo en un gran sector del partido conservador en Gran Bretaña, incluyendo a su líder Bonar Law, que era del Ulster y de extracción protestante.

La cuestión de la autonomía irlandesa dividió a la sociedad británica; viejos amigos rompieron relaciones y algunos se negaban a sentarse junto a otros en las cenas de sociedad por este motivo. Pero aquello no era más que la espuma que flotaba sobre unas corrientes mucho más siniestras. En Irlanda, los unionistas del Ulster, como gustaban de llamarse a sí mismos, lanzaron en 1911 un programa en el que declaraban estar listos para implantar su propio gobierno si se aprobaba la autonomía. A comienzos de 1912, las primeras fuerzas paramilitares, los Voluntarios, comenzaron a entrenarse y a conseguir armas, ejemplo que pronto habrían de seguir los autonomistas irlandeses en el sur. A finales de septiembre, casi trescientos mil hombres del Ulster firmaron un pacto, algunos al parecer con su propia sangre, jurando derrotar la autonomía. Desde Inglaterra, Bonar Law y

otros conservadores destacados los alentaban abiertamente, empleando un lenguaje emotivo y provocador. En julio de 1912, Law y muchos de sus colegas de la cámara de los comunes, junto con un grupo de conservadores, participaron en una gran concentración en el palacio de Blenheim, del duque de Marlborough. En un largo y apasionado discurso, Law declaró que el gobierno estaba actuando anticonstitucionalmente al proponer la autonomía para Irlanda, y lo acusó –una amenaza que pronunciaría repetidamente– de haber creado la posibilidad de una guerra civil. “No imagino –concluyó– qué medidas podría llegar a tomar la resistencia del Ulster que yo no estuviera dispuesto a apoyar, y que no fueran apoyadas por la abrumadora mayoría del pueblo británico”.[66] En tanto Law echaba leña a las mismas llamas que afirmaba temer, otro hombre del Ulster, sir Henry Wilson, jefe de operaciones militares del ministerio de la Guerra, que abominaba de Asquith (“Squiff”), y a decir verdad de casi todos los liberales, estaba alentando a los más exaltados partidarios del Ulster en sus planes de hacerse con el poder por la fuerza en caso de aprobarse la autonomía.[67] (Bien pudo haber sido destituido, lo cual, cabe suponer, habría tenido un efecto perjudicial en el despliegue militar de Gran Bretaña al inicio de la Gran Guerra). Además, Wilson estaba facilitando a los conservadores diversas informaciones confidenciales sobre el ejército y sus reacciones ante la crisis. Como muchos de los oficiales y reclutas provenían del Ulster o de los protestantes del sur, la crisis en torno al autogobierno les ocasionaba una angustia considerable, pues existía la posibilidad de que se viesen obligados a combatir contra sus compatriotas rebeldes.

En marzo de 1914, la crisis dio un giro todavía más grave. La cámara de los comunes había elevado dos veces el proyecto de ley de autonomía, y la cámara de los lores, dominada como estaba por pares unionistas, la rechazó otras tantas. Asquith sugirió un acuerdo intermedio –dejar a los seis condados del Ulster temporalmente fuera del área del autogobierno–, pero sus adversarios se negaron a considerar tal propuesta. De hecho, la cámara de los lores intentó presionar al gobierno, rechazando el decreto que autorizaba la existencia del ejército, que solía ser aprobado sin debate cada año desde 1688, y Law ciertamente valoró la posibilidad de respaldar a los “pares intransigentes”, como se les llamaba. (Hay un paralelismo en la política estadounidense reciente, con la negativa de los republicanos a permitir el habitual incremento de la deuda interna para que el gobierno pueda seguir pidiendo prestados los fondos necesarios para sus operaciones). En ese mismo mes se produjo el incidente más preocupante de

todos, el llamado motín de Curragh, entre oficiales del ejército británico destinados en el sur de Irlanda. Por culpa de la estupidez, la confusión y tal vez la malevolencia del ministro de la Guerra, el incompetente sir John Seely, y el comandante en jefe en Irlanda, sir Arthur Paget, se advirtió a los oficiales de la base de Curragh de que quizá recibieran órdenes de emprender acciones militares contra los Voluntarios del Ulster y que, si no querían hacerlo, podían ausentarse o renunciar. Varias docenas de oficiales dejaron claro que renunciarían, y en este punto Seely se dejó convencer y les garantizó que no se les pediría imponer por la fuerza el autogobierno en el Ulster. Asquith prefirió no ahondar en este incidente, pero relevó a Seely de su cargo, colocándose él mismo al frente del ministerio de la Guerra.

Cuando la primavera dio paso al verano de 1914, liberales y conservadores permanecían tan distanciados como siempre, y sobre el terreno, en Irlanda, seguían llegando armas a ambos bandos y continuaban los entrenamientos. En julio, en un último intento por lograr un acuerdo, el rey convocó una conferencia en el palacio de Buckingham entre los principales líderes de ambos bandos. Las clases gobernantes, la opinión pública y la prensa estaban casi por completo absortas en la cuestión irlandesa, y apenas prestaban atención a lo que estaba sucediendo en el continente, aun cuando Francisco Fernando, el heredero al trono de Austria, fue asesinado en Sarajevo el 28 de junio. Asquith, que se había enamorado ahora de una mujer mucho más joven que él, Venetia Stanley, no mencionó la creciente crisis continental en sus cartas diarias a Venetia hasta el 24 de julio, día en que la conferencia del palacio de Buckingham concluyó con un nuevo fracaso. Aunque los británicos no prestaran atención a sus vecinos, las potencias europeas, por su parte, contemplaban estupefactas el espectáculo de la sociedad británica, aparentemente al borde de una guerra civil. El zar le dijo al embajador británico que la situación en Gran Bretaña le resultaba difícil de entender, y que esperaba no afectase a la posición internacional de ese país.[68] Alemania y el imperio austrohúngaro tenían una visión diferente; con un poco de suerte, Gran Bretaña estaría demasiado dividida internamente como para combatir en caso de guerra.[69]

A comienzos de 1914, a la mayoría de los europeos esto no les parecía ni más ni menos probable que durante los diez años anteriores. Por supuesto, estaban las

tensiones familiares: Gran Bretaña y Alemania continuaban enzarzadas en su carrera armamentista naval, Francia y Alemania permanecían igualmente hostiles, y Rusia y el imperio austrohúngaro seguían pugnando en los Balcanes. Ya en 1914 los nacionalistas rusos andaban soliviantando a los rutenos en la austriaca Galitzia, cosa que irritaba y preocupaba a Viena.[70] (Lo mismo sucedía a la inversa: la monarquía dual también estaba alentando a los curas católicos a cruzar la frontera y hacer proselitismo entre los rutenos de Rusia). Y existían también tensiones dentro de las alianzas. Tras las guerras balcánicas, las relaciones entre Alemania y el imperio austrohúngaro empeoraron; los alemanes pensaban que sus aliados se habían arriesgado imprudentemente a una guerra con Rusia, mientras que el imperio austrohúngaro le guardaba rencor a Alemania por no haberlo apoyado. La monarquía estaba profundamente resentida ante el incremento de las inversiones y la influencia alemana en los Balcanes y en el imperio otomano. A pesar de la triple alianza, Italia y el imperio austrohúngaro seguían disputándose la influencia en Albania, y la opinión pública italiana se preocupaba aún por los derechos de los italoparlantes de dentro de la monarquía dual. Las relaciones entre ambas potencias habían llegado a un punto tan bajo, en el verano de 1914, que ni el rey italiano ni ningún representante oficial asistieron al funeral de Francisco Fernando.[71] En 1912, Alemania y el imperio austrohúngaro acordaron renovar a tiempo la triple alianza, tal vez para reafirmarse mutuamente su confianza, pero también para tratar de mantener vinculada a Italia.

“En la triple entente –dijo el embajador ruso en Alemania– siempre existe un consenso, mientras que en la triple alianza suele suceder todo lo contrario. Si al imperio austrohúngaro se le ocurre una idea, enseguida la pone en práctica; Italia a veces se le enfrenta, y Alemania, que anuncia sus intenciones en el último momento, por lo general se ve obligada a apoyar a sus aliados para bien o para mal”.[72] Dentro de la triple entente, sin embargo, la rivalidad entre Gran Bretaña y Rusia por Asia central y Persia nunca había desaparecido realmente, y el acuerdo de que Rusia tuviese una zona de influencia en el norte de Persia y Gran Bretaña otra en el sur estaba a punto de romperse.

La esperada desintegración del imperio otomano constituía una tentación que llevaba a las potencias exteriores a disputarse los estrechos otomanos y

Constantinopla, así como Asia menor, mayormente turcoparlante, y sus vastos territorios árabes, que incluían los actuales países de Siria, Irak, Líbano, Jordania, Israel y la mayor parte de la península arábiga. Aunque el gobierno ruso reconocía cuán limitada era su capacidad para adueñarse de los estrechos otomanos, los nacionalistas rusos continuaban haciendo campaña en aras de que su país reclamase lo que consideraban su patrimonio legítimo. El imperio austrohúngaro, que se había mantenido bastante al margen del reparto colonial, se mostraba ahora interesado en establecer una presencia en Asia menor, entre otras cosas para compensar su reciente retahíla de desastres en los Balcanes. Esto provocó conflictos con sus dos aliados, pues Alemania e Italia tenían sus propios sueños de crear colonias en Oriente medio cuando el imperio otomano desapareciese.[73] Y el mismo enfermo estaba dando inesperadas muestras de vitalidad. Los Jóvenes Turcos, ahora firmemente entronizados, intentaban centralizar y revigorizar el gobierno. Estaban fortaleciendo el ejército y comprando tres acorazados a Gran Bretaña, los cuales, una vez entregados, alterarían decisivamente el equilibrio de poder en contra de la armada de Rusia. Este país respondió comenzando a construir sus propios acorazados, pero el imperio otomano tendría ventaja entre 1913 y 1915.[74]

A finales de 1913 cundió la alarma entre las potencias de la entente, al filtrarse la noticia de que los alemanes estaban reforzando su misión militar en el imperio otomano y que habían enviado como comandante a un veterano general, Otto Liman von Sanders. Dado que Liman tendría amplias facultades sobre el entrenamiento y promoción de las fuerzas otomanas, así como el mando directo de un cuerpo de ejército con base en Constantinopla, esto incrementaría drásticamente la influencia alemana en el imperio otomano. Guillermo, que había elaborado planes secretos con sus más cercanos asesores militares, le dijo con mucho drama a Liman: “O el pabellón alemán ondea pronto sobre las fortificaciones del Bósforo, o yo compartiré el triste destino del gran exiliado de Santa Elena”.[75] Una vez más, los dirigentes civiles alemanes tuvieron que lidiar con las secuelas indeseables de las acciones de un emperador irresponsable y que actuaba por su cuenta.

Hasta este momento, Rusia y Alemania habían estado, de hecho, cooperando con buenos resultados en el imperio otomano. En noviembre de 1910, el zar Nicolás

había visitado a Guillermo en Potsdam y ambos habían firmado un acuerdo sobre el imperio otomano que eliminaba la última fuente de tensión: Rusia prometió no socavar el nuevo gobierno de los Jóvenes Turcos, y Alemania se comprometió a reconocer la zona de influencia rusa en el norte de Persia y alivió los temores rusos trasladando más hacia el sur el proyectado ferrocarril Berlín-Bagdad. Bethmann se mostró muy contento: "La visita rusa salió mejor de lo que esperábamos. Los dos soberanos se trataron de manera franca y relajada, y con el mejor talante, casi alegre".[76] Ambos gobernantes volvieron a reunirse en sus yates en el verano de 1912 en Puerto Báltico de Rusia (hoy Paldiski, en Estonia), justo antes de que estallara la crisis de los Balcanes. Alejandro, según Sazónov, "no mostró más que cansancio, como solía hacer en tales ocasiones", pero las reuniones tuvieron "un tono pacífico y tranquilo". Kokóvtsov y Bethmann, que también se hallaban presentes, se quejaron entre sí con discreción de lo difícil que era resistir las presiones de la opinión pública a favor de subir el presupuesto para la defensa. Guillermo contó chistes escandalosos sin parar. "Debo confesar –dijo sazónov– que no todos fueron de mi agrado". El káiser asimismo aconsejó al zar que volviese la vista al este y se fortificara contra Japón. Nicolás lo escuchó con su habitual reserva. "¡Gracias al cielo! –le dijo a Kokóvtsov una vez concluida la reunión–. Ahora no tiene uno que vigilar cada palabra para que no vaya a ser interpretada del modo más imprevisto". Nicolás se quedó, no obstante, aliviado, pues Guillermo declaró repetidas veces que no permitiría que la situación en los Balcanes condujese a una guerra mundial.[77]

El caso Liman von Sanders, como enseguida comenzó a llamarse, destruyó la cooperación entre Alemania y Rusia en el imperio otomano, y las reacciones que provocó demostraron cuán nerviosas estaban las capitales de Europa en aquel momento. Los rusos, que se encolerizaron ante aquel nombramiento, instaron a sus aliados franceses y británicos a presionar a los Jóvenes Turcos para que limitasen los poderes de Liman. Sazónov habló de incautar varios puertos otomanos para ejercer presión en este sentido, y una vez más volvió a mencionarse la guerra general. El primer ministro ruso, Kokóvtsov, llamó a la moderación, y lo mismo hicieron el francés y el británico, que no deseaban verse arrastrados a una guerra a causa del imperio otomano. (El gobierno británico se quedó avergonzado al descubrir que el almirante que encabezaba una misión naval británica en Cons-tantinopla tenía los mismos poderes que Liman). Pero, como antes, reconocieron –especialmente los franceses– la necesidad de respaldar a Rusia. Izvolski informó a San Petersburgo de que Poincaré mostraba

“una serena determinación de no eludir los deberes que le impone su alianza con nosotros, y Delcassé, el embajador francés allí, garantizó el apoyo incondicional al gobierno ruso”.[78]

En esta ocasión, por fortuna, Europa escapó del conflicto: los rusos y los alemanes no estaban dispuestos a llegar a un enfrentamiento, y los Jóvenes Turcos, alarmados por aquel furor, también deseaban un acuerdo. En enero, en una maniobra para salvar su prestigio, Liman fue ascendido de tal modo que ahora su rango era demasiado alto como para comandar un cuerpo de ejército. (Permanecería en el imperio otomano hasta su derrota en 1918; uno de sus legados a largo plazo fue el de promover la carrera de un talentoso oficial turco, Mustafá Kemal Ataturk). Este incidente sirvió para agrandar la desconfianza de la entente hacia Alemania, y para distanciar aún más a este país y Rusia. Dentro del gobierno ruso, especialmente tras la caída de Kokóvtsov en enero de 1914, llegó a ser un hecho aceptado que Alemania planeaba una guerra. En ese mismo mes, durante una audiencia con Delcassé, Nicolás habló serenamente con el embajador francés sobre el conflicto venidero. “No dejaremos que nos pongan el pie encima; esta vez no será como la guerra en extremo Oriente: el sentimiento nacional estará de nuestro lado”.[79] En febrero de 1914, el estado mayor ruso le entregó al gobierno dos memorándums secretos, conseguidos por sus espías, en los que los alemanes hablaban de una guerra en dos frentes, y de cómo había que preparar con mucha antelación a la opinión pública alemana. En ese mismo mes el zar aprobó los preparativos para un ataque contra el imperio otomano en caso de producirse una guerra general.[80]

Sin embargo, la feliz conclusión del caso Liman von Sanders y la gestión internacional de las crisis de los Balcanes de 1912 y 1913 parecieron demostrar que Europa aún podía preservar su paz, que todavía quedaba algo del viejo concierto de Europa, donde las grandes potencias se juntaban para promover e imponer acuerdos. De hecho, muchos observadores consideraban que la atmósfera en Europa hacia 1914 era la mejor que se había visto desde hacía tiempo. Churchill, en su historia de la Gran Guerra, hablaba de la “tranquilidad excepcional” de aquellos últimos meses de paz, y Grey escribió, también en retrospectiva: “En los primeros meses de 1914 el cielo internacional lucía más despejado que nunca. Las nubes balcánicas se habían desvanecido. Tras los

amenazadores periodos de 1911, 1912 y 1913, un poco de calma parecía lo más probable, e incluso lo más necesario”.[81] En junio de 1914, la universidad de Oxford otorgó diplomas honorarios al príncipe Lichnowsky, al embajador alemán y al compositor Richard Strauss.

Cierto que Europa estaba dividida en dos sistemas de alianzas, lo que tras la Gran Guerra sería considerado una de las principales causas de la misma, puesto que un conflicto entre dos potencias cualesquiera corría el riesgo de involucrar a sus aliadas. Podría argumentarse, con todo, como se hizo entonces y se ha seguido haciendo después, que las alianzas defensivas como aquellas constituyen un elemento disuasorio contra la agresión y pueden ser un factor de estabilidad. En Europa, durante la guerra fría, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia crearon después de todo un equilibrio, que a la larga resultaría pacífico. Como dijera Grey con aprobación en la cámara de los comunes en 1912, las potencias estaban divididas en “grupos independientes, no opuestos”, y muchos europeos, Poincaré entre ellos, estaban de acuerdo con él. En sus memorias, escritas después de la Gran Guerra, Grey seguía insistiendo en el valor de las alianzas: “Queríamos que la entente y la triple alianza de Alemania coexistiesen de manera amistosa. Aquello era lo mejor que se podía llevar a efecto”.[82] Y mientras que Francia y Rusia en la primera, y Alemania, el imperio austrohúngaro e Italia en la segunda, habían firmado alianzas militares, Gran Bretaña aún se resistía a hacerlo, para mantener, como insistía Grey, las manos libres. De hecho, en 1911 Arthur Nicolson, entonces subsecretario permanente del ministerio de Asuntos Exteriores, deploraba que Gran Bretaña no se hubiese comprometido lo bastante con la triple entente: “No creo que la gente se percate de que, si hemos de contribuir a preservar la paz y el statu quo, es necesario que asumamos nuestras responsabilidades y estemos preparados para brindar a nuestros amigos o nuestros aliados, en caso de necesidad, una asistencia más material y eficaz de la que de momento estamos en posición de ofrecerles”.[83]

En realidad, por defensivas que fueran las alianzas y por mucho que Gran Bretaña se sintiese libre para trazar su propio camino, con los años la división de Europa se había convertido en un hecho aceptado. Esto se reflejaba hasta en el lenguaje de aquellos estadistas que siempre ponían cuidado en no identificarse

demasiado abiertamente con uno u otro bando. Hacia 1913 Sazónov, que tan solo un año antes le había dicho al embajador alemán en San Petersburgo que él se resistía a emplear el término, ya hablaba de la triple entente. Grey, que antes compartiera aquella reticencia de Sazónov, admitió al año siguiente que no había absolutamente ninguna esperanza de evitar su uso. En cualquier caso, argumentaba, la entente era buena para Gran Bretaña: “Las alternativas son: o bien una política de completo aislamiento en Europa, o una política de alianza definitiva con uno u otro grupo de potencias europeas”.[84]

Inevitablemente, las expectativas y los convenios de apoyo mutuo se acumularon en el marco de ambas alianzas a medida que los diplomáticos y los militares se fueron acostumbrando a trabajar juntos. Los miembros de las alianzas descubrieron también que necesitaban reafirmar su confianza mutua, o corrían el riesgo de perder algún aliado. Aun cuando Alemania no tuviera intereses vitales en los Balcanes, le resultaba cada vez más difícil no apoyar los del imperio austrohúnga-ro en esa región. Para Francia, la alianza con Rusia era crucial para su estatus de gran potencia, pero los franceses temían que, una vez que Rusia hubiese recuperado su fuerza, ya no necesitaría a Francia y tal vez la abandonara por una asociación más antigua, la alianza con Alemania.[85] Esto condujo a los franceses a apoyar los objetivos rusos a pesar de que les parecieran peligrosos; Poincaré al parecer dio a Rusia la impresión de que Francia llegaría a involucrarse incluso en una guerra de Rusia contra el imperio austrohúngaro a causa de Serbia. “En resumidas cuentas –dijo Izvolski en París en 1912–, lo que esto significa es que si Rusia entra en una guerra, Francia entrará también, igual que sabemos que Alemania respaldará a Austria”.[86] Aunque el tratado de Francia con Rusia era defensivo, y solo debía activarse si una de las partes era atacada, Poincaré fue más allá de lo estipulado, al indicar que Francia se vería obligada a ir a la guerra solo con que Alemania se movilizara. Hacia 1914 las alianzas, más que servir de freno a sus miembros, con demasiada frecuencia servían para pisar el acelerador.

La triple entente, pese a la cautela de Gran Bretaña, ganó más en cohesión y profundidad que la triple alianza, a medida que se hacían más fuertes y numerosos los lazos que la unían, ya fuesen financieros, como en el caso de Francia y Rusia, militares, diplomáticos, o incluso los debidos a la mejora de las

comunicaciones inalámbricas y telegráficas. Los franceses no solo alentaron a Gran Bretaña y Rusia a entablar conversaciones militares, sino que ellos mismos presionaron a Gran Bretaña para que formulase un compromiso más claro que el que había hecho hasta entonces. Aunque el gabinete británico seguía dividido sobre este punto y el propio Grey prefería adoptar la confusa postura de dar garantías de su apoyo a Francia y negarse a especificar en qué podría consistir, Francia tenía un colaborador dispuesto y activo en Henry Wilson, que solo en 1913 había visitado el país siete veces para debatir con sus homólogos franceses.[87] Asimismo, en 1912, las armadas británica y francesa se estaban acercando a una cooperación más estrecha en el Mediterráneo, el Atlántico y extremo Oriente.

Esto no fue solo consecuencia de la presión francesa, sino del dilema a que se enfrentaban los británicos: su armada ya no bastaba para afrontar todas las amenazas; en concreto, no para defender los intereses británicos en el Mediterráneo –donde Italia, el imperio aus-trohúngaro y el imperio otomano estaban construyendo acorazados– y a la vez superar a la armada alemana en alta mar. Si Gran Bretaña no lograba controlar la carrera armamentista naval con Alemania –y a finales de 1912, con el fracaso de las nuevas conversaciones, parecía sumamente improbable–, tendría que gastar bastante más en su armada, o bien colaborar con las de otras potencias amigas para compartir responsabilidades en zonas estratégicas. Esto le planteaba a Asquith un problema político. Aunque los conservadores apoyaban por lo general el incremento del presupuesto naval, los radicales de su propio partido estaban en contra, y muchos liberales recelaban también de seguir creando compromisos internacionales que podían llevar al país a la guerra.

El nuevo primer lord del almirantazgo era un joven ambicioso, enérgico y voluntarioso: Winston Churchill, por aquellos tiempos miembro del partido liberal. “Winston no habla más que del mar y de la armada, y de las cosas maravillosas que hará”, anotó su secretario naval.[88] Churchill asumió su nuevo cargo con un entusiasmo y una autoconfianza ilimitados, dominando al dedillo los detalles de los barcos, los astilleros, los muelles y el equipamiento, así como evaluando en profundidad las necesidades estratégicas de Gran Bretaña. “Fueron días grandiosos –escribió en su relato de la Gran Guerra–. Desde el amanecer

hasta la medianoche, día tras día, nuestra mente estaba completamente absorta en la fascinación y novedad de los problemas que se acumulaban".[89] En los tres años anteriores a la guerra pasó ocho meses a bordo del Enchantress, un yate del almirantazgo, visitando todos los barcos e instalaciones navales claves en aguas del Mediterráneo y de Gran Bretaña. ("Vacaciones a expensas del gobierno", comentó Wilson acerca de uno de esos viajes).[90] "Al final –afirmó con cierta exageración– podía señalar todo lo que faltaba, y conocía cabalmente el estado de nuestros asuntos navales".[91] Aunque encolerizaba a muchos altos oficiales navales con su serena convicción de que podía hacer su trabajo mejor que ellos mismos, Churchill llevó a cabo reformas muy oportunas. Creó por primera vez un estado mayor en toda regla; mejoró las condiciones laborales de los marineros; y adaptó los barcos de la armada al uso del petróleo, un combustible más eficiente y menos fatigoso que el carbón.[92] Aunque esto último tuvo a la larga implicaciones estratégicas, pues hizo que los yacimientos petrolíferos de Oriente medio resultasen de crucial importancia para Gran Bretaña, fue la decisión de Churchill de reorganizar y resituar la flota del Mediterráneo lo que añadió un elemento más a la mezcla que posibilitó la Gran Guerra.

Si bien el Mediterráneo seguía siendo de gran importancia para los británicos, por cuanto proporcionaba un acceso al vital canal de Suez, el Atlántico, especialmente alrededor de las islas británicas, era cuestión de vida o muerte, y ahora Alemania podía desplegar un número igual de acorazados en sus aguas. Churchill y sus consejeros navales, por tanto, decidieron a principios de 1912 mejorar la correlación de fuerzas, trasladando los acorazados de sus bases en el Mediterráneo hasta Gibraltar, en su entrada desde el Atlántico, y dejar tan solo una escuadra de cruceros rápidos estacionada en Malta. Lo que significaba, aunque estas implicaciones no fueron captadas de inmediato, que Francia sería entonces la principal responsable de la seguridad del Mediterráneo frente a las amenazas de las flotas italiana y Austríaca, y posiblemente, si las cosas salían mal, también la del imperio otomano. Para ello, los franceses estarían obligados a llevar más barcos al Mediterráneo desde sus puertos atlánticos, lo cual hicieron enseguida, y que, en consecuencia, podían esperar razonablemente que Gran Bretaña garantizara la seguridad de la costa atlántica francesa y protegiera las rutas vitales de transporte del canal de la Mancha. Como señalara Churchill en su memorándum a Grey en agosto de 1912, los franceses tendrían que concentrarse en el Mediterráneo a causa de sus colonias en el norte de África, aun cuando la armada británica no existiese; pero el hecho de que los británicos

hubiesen retirado sus acorazados dejó a los franceses en una posición moral fuerte en caso de que sobreviniera la guerra. Instó a Grey a considerar “qué arma tan tremenda poseería Francia para forzar nuestra intervención, si pudiera decir: ‘Siguiendo el consejo y la disposición de vuestras autoridades navales, hemos dejado indefensas nuestras costas septentrionales’”. Y concluía, con toda la razón: “Todo el que conozca los hechos se dará cuenta de que tenemos las obligaciones de una alianza sin contar con sus ventajas, y sobre todo sin unas definiciones precisas”.[93]

Una alianza y unas definiciones precisas era, naturalmente, lo que quería Paul Cambon, el embajador francés en Londres, así como su gobierno; y justamente lo que Grey y el gobierno británico preferían evitar. Las conversaciones entre los ejércitos de Francia y Gran Bretaña ya habían alentado a los franceses a pensar que podían contar con apoyo militar terrestre por parte de Gran Bretaña, por mucho que Grey insistiera en que tenía las manos libres. Las conversaciones navales también se habían prolongado de manera poco entusiasta y poco fructífera durante algunos años, pero en julio de 1912 el gabinete británico las dotó de más significado, al autorizar formalmente su continuación. Hacia el final de 1913, la armada británica y la francesa habían llegado a varios acuerdos de cooperación en caso de guerra. La primera guardaría el punto más angosto del canal de la Mancha, el estrecho de Dover; y el resto de las misiones las compartirían. En el Mediterráneo, los franceses patrullarían la mitad occidental, mientras que los británicos, con su flota en Malta, guardarían el extremo oriental. Las dos armadas también colaborarían contra Alemania en extremo Oriente. Se elaboraron minuciosos planes operativos, sobre todo para el canal de la Mancha.[94]

Cambon presionó asimismo a Grey para que este se pronunciase por escrito acerca de la cooperación entre Gran Bretaña y Francia si una de las dos temiese ser atacada. Aseguró a Grey que no estaba pidiendo una alianza ni un acuerdo que estipulara que ambos países iban a actuar conjuntamente en la práctica, sino solo una confirmación de que se consultarían. Grey, que hubiera preferido con mucho dejar las cosas como estaban, reconoció que tenía que hacer algo para transmitir confianza a los franceses o se arriesgaba a romper la entente. En noviembre de 1912, con la aprobación de su consejo de ministros, intercambió

cartas con Cambon. En la suya, Grey se refirió a las conversaciones entre los expertos militares y navales británicos y franceses, y recalcó que estas no constituían una promesa de tomar medidas. Pero concedió que en una crisis podía ser esencial que cada potencia supiese si podía contar con que las fuerzas armadas de la otra acudirían en su ayuda, y que tendría sentido, en tales circunstancias, tomar en cuenta los planes ya trazados. “Estoy de acuerdo –escribió– con que, si cualquiera de los dos gobiernos tuviese motivos graves para esperar un ataque gratuito de una tercera potencia, o algo pusiese en peligro la paz general, debe consultar de inmediato al otro acerca de una posible acción conjunta para prevenir la agresión y preservar la paz, y de ser así, qué medidas estarían dispuestos a adoptar en común”.[95]

Grey y su primer ministro Asquith siguieron insistiendo, justo hasta el inicio de la guerra, en que Gran Bretaña estaba por completo libre de obligaciones con respecto a Francia. Esto era técnicamente cierto, pero no era toda la verdad. Las conversaciones militares y navales habían llevado a las fuerzas británicas y francesas a hacer preparativos que presuponían la participación del otro si estallaba la guerra. Como lord Esher, cortesano, experto en defensa y excelente operativo encubierto, escribiera a un amigo en 1913: “Claro que no existe ningún tratado o convención, pero no me explico cómo vamos a salir con honor de los compromisos del estado mayor. Todo esto me parece de lo más sospechoso”.[96] La década de conversaciones navales y militares, la cooperación diplomática y la aceptación de la entente cordiale por parte del público en ambos países, crearon una red de lazos que serían difíciles de ignorar cuando llegara la próxima crisis. Como recordara Cambon a Grey cuando este dijo que no existía ningún acuerdo formal entre Francia y Gran Bretaña: “No había más que una entente moral, que, sin embargo, podía transformarse en una entente formal si los dos gobiernos lo deseaban, cuando se presentara la ocasión”.[97]

El propio Grey siguió, como siempre, enviando señales contradictorias a los franceses. En abril de 1914 decidió demostrar la importancia que concedía a la relación con Francia emprendiendo su primer viaje oficial al extranjero (tras haber sido ministro de Asuntos Exteriores durante nueve años), para acompañar a Jorge V a París. Ni el ministro ni el rey gustaban de viajar al extranjero. Grey además estaba deprimido porque se acababa de enterar de que estaba perdiendo

la vista. Planeaba ir ese mismo verano a ver a un especialista en Alemania.[98] Los británicos, sin embargo, quedaron complacidos con el clima, que fue agradable y templado, y con la calurosa bienvenida francesa. Grey incluso logó sostener una conversación con Poincaré, que no hablaba inglés. "El Espíritu Santo ha descendido sobre sir Edward Grey –dijo Paul Cambon– ¡y ahora habla francés!".[99] Aunque Grey aseguró a los embajadores de Austria y Alemania que había pasado la mayor parte del tiempo visitando lugares turísticos y que no había habido "nada agresivo" en sus intercambios con los franceses,[100] en realidad cedió a la presión de estos y accedió a iniciar conversaciones navales con los rusos. Al aparecer comentarios y preguntas en la prensa, Grey aprovechó la oportunidad para posponer los diálogos hasta agosto. Aunque ni entonces ni después se llegó a un acuerdo naval con los rusos, los alemanes se alarmaron ante la posibilidad de unos ataques coordinados desde el Báltico y el Atlántico, y se convencieron más que nunca de que Alemania estaba cercada.[101]

Lo que hacía aún más peligrosa la división de Europa era la creciente intensidad de la carrera armamentista. Aunque ninguna potencia excepto Italia libró guerra alguna entre 1908 y 1914, sus presupuestos de defensa en conjunto se incrementaron en un cincuenta por ciento. (Estados Unidos también estaba aumentando sus gastos militares, pero a una escala mucho menor).[102] Entre 1912 y 1914 las guerras balcánicas contribuyeron a disparar otra ronda de subidas presupuestarias, pues los propios países balcánicos y las potencias reforzaron sus fuerzas armadas e invirtieron en armas sumamente perfeccionadas, así como en las otras nuevas –los submarinos, las ametralladoras, los aviones– que las maravillas de la ciencia y la tecnología europeas estaban produciendo. Entre las grandes potencias, sobresalían Alemania y Rusia: el presupuesto de defensa de Alemania se disparó desde ochenta y ocho millones de libras esterlinas en 1911 a casi ciento dieciocho en 1913; mientras que el de Rusia pasó de setenta y cuatro a casi ciento once en el mismo periodo.[103] A los ministros de finanzas y a otros funcionarios les preocupaba que el presupuesto fuese demasiado alto, que se acelerase demasiado rápido y que resultara insostenible, generando al final inestabilidad en la población. Pero los estadistas y los generales cada vez los fueron dejando más al margen, presas de una angustia mayor: la de quedarse atrás en un mundo de enemigos que no cesaban de acrecentar sus fuerzas. Los servicios de inteligencia del ejército en Viena informaron a principios de 1914: "Grecia se está triplicando, Serbia se está duplicando, Rumanía y finalmente hasta Bulgaria y Montenegro están reforzando significativamente sus ejér-

citos”.[104] El imperio austrohúngaro respondió con un nuevo decreto que aumentaba el tamaño de sus fuerzas armadas (aunque a mucha menor escala que Alemania o Rusia). Los decretos militares y navales alemanes, la ley francesa de los tres años, el gran programa ruso y los incrementos del presupuesto naval británico fueron también reacciones a las amenazas que se veían venir, pero los otros países no lo percibieron así. Y por lo general los grupos de presión y la prensa, a veces respaldados por los fabricantes de armas, enarbolaban el fantasma de la nación en peligro. Tirpitz, siempre creativo a la hora de recabar más recursos para su armada, ideó un motivo más para la nueva ley naval de 1912: el de que Alemania no debía desperdiciar sus anteriores inversiones. “Si no contamos con una defensa adecuada contra un ataque inglés, nuestra política tendrá siempre que mostrar consideración hacia Gran Bretaña y nuestros sacrificios habrán sido en vano”.[105]

Los liberales y la izquierda, así como el movimiento pacifista, atacaron por entonces la carrera armamentista y a sus “mercaderes de la muerte”; carrera que después de la Gran Guerra sería señalada como uno de los principales factores, tal vez el decisivo, desencadenantes de la catástrofe. Fue una opinión que tuvo particular resonancia en las décadas de 1920 y 1930 en Estados Unidos, donde había crecido el desencanto hacia la participación estadounidense en la guerra. En 1934, el senador Gerald Nye, de Dakota del Norte, presidió un comité especial del senado para investigar el papel de los fabricantes de armamento en la gestación de la Gran Guerra, y prometió demostrar “que la guerra y la preparación para ella no tienen relación con el honor nacional ni con la defensa nacional, sino con el enriquecimiento de unos pocos”. El comité entrevistó a docenas de testigos, pero, como cabía esperarse, no logró presentar pruebas. La Gran Guerra no tuvo una única causa, sino que fue provocada por una combinación de factores y, en última instancia, de decisiones humanas. Lo que hizo la carrera armamentista fue elevar el nivel de las tensiones en Europa y presionar a los líderes para que apretaran el gatillo antes que el enemigo.

En retrospectiva, resulta irónico que aquellos que tenían en sus manos las decisiones tendieran a considerar la preparación militar como un sano elemento disuasorio. En 1913, el embajador británico en París tuvo una audiencia con Jorge V: “Sugiero al rey que la mejor garantía de paz entre las grandes potencias

es que todas se teman entre sí”.[106] Y el honor, como lo llamaban por entonces las naciones (hoy en día diríamos prestigio), formaba parte de tales cálculos. Las grandes potencias eran tan conscientes de su estatus como de sus intereses, y estos podían verse perjudicados por una excesiva disposición a hacer concesiones o por dar una imagen tímida. Los acontecimientos de la década que antecedió a 1914 parecían demostrar que la disuasión funcionaba, ya fuesen Gran Bretaña y Francia obligando a Alemania a echarse atrás en Marruecos, o la movilización de Rusia presionando al imperio austrohúngaro a dejar en paz a Serbia durante las guerras balcánicas. Una expresión inglesa muy utilizada por aquellos días entró en la lengua alemana como der Bluff [bluf, farol]. Pero, ¿qué se hace cuando alguien descubre que uno va de farol?

La carrera armamentista anterior a la guerra puso de relieve la importancia de la oportunidad: si la guerra venía, era mejor combatir mientras se tuviese ventaja. Con unas pocas excepciones –Italia, Rumanía o tal vez el imperio otomano–, los países europeos sabían contra quién lucharían en caso de una guerra, y, gracias a sus espías, usualmente tenían una idea bastante precisa de la cantidad de fuerzas enemigas y sus planes. Los alemanes, por ejemplo, estaban muy al tanto del crecimiento y la modernización de las fuerzas armadas rusas y de su construcción de ferrocarriles. El estado mayor alemán calculaba que para 1917 ya no serían capaces de luchar contra Rusia y ganar: la movilización del muy incrementado ejército ruso tardaba solo tres días más que la del de Alemania (a menos que Alemania acometiese importantes y costosas obras ferroviarias en el este).[107] En una sombría conversación con el banquero Max Warburg, el káiser estimó que la guerra con Rusia llegaría enseguida, en 1916. “Presa de sus angustias, el káiser consideraba incluso si no sería mejor atacar primero en lugar de esperar”.[108] Mirando hacia el oeste, los alemanes conocieron también las actuales deficiencias de Francia, tales como su carencia de artillería pesada, aun antes de las críticas públicas que pronunciara un senador francés en julio de 1914. Finalmente, los alemanes temían que el imperio austrohúngaro no pudiera sobrevivir por mucho tiempo. Todas estas consideraciones alentaron a los líderes alemanes a pensar que, si habían de luchar, 1914 era un buen momento. (Los militares japoneses hicieron un cálculo similar cuando contemplaron la posibilidad de ir a la guerra contra Estados Unidos en 1941). Mientras los alemanes sentían que el tiempo se les escapaba entre las manos, tanto los rusos como los franceses pensaban que las cosas marchaban a su favor, y los franceses en particular sentían que podían darse el lujo de esperar.[109] El imperio

austrohúngaro no era tan optimista. En marzo de 1914, Conrad, el jefe del estado mayor de la monarquía dual, le preguntó a un colega si “deberíamos esperar a que Francia y Rusia estén listas para invadirnos conjuntamente, o si sería más deseable zanjar el conflicto inevitable antes”.[110]

Demasiados europeos, especialmente aquellos que, como Conrad, ocupaban puestos cruciales en las altas esferas de los ejércitos y los gobiernos, estaban ya aguardando el advenimiento de la guerra. El general ruso Brusílov se apresuró a ir con su esposa a su balneario alemán en el verano de 1914: “Yo estaba absolutamente seguro de que estallaría una guerra mundial en 1915. Decidimos por tanto no posponer nuestra cura y descansar, regresando así a casa para las maniobras”.[111] Aunque la confianza en el poder de la ofensiva seguía haciendo que muchos confiaran en que cualquier guerra sería breve, hombres como Bethmann y Moltke contemplaban esta perspectiva con profundo pesimismo. En abril de 1913, en tanto Rusia y el imperio austrohúngaro se enfrentaban mutuamente tras la primera guerra balcánica, Bethmann le advirtió al Reichstag: “Nadie puede imaginar las dimensiones de una conflagración mundial, de la miseria y destrucción que traería a las naciones”.[112] Sin embargo, tanto él como Moltke se sentían cada vez más impotentes para impedirla. Grey, por otra parte, seguía creyendo en la víspera de la Gran Guerra que el conocimiento de que una guerra general sería una catástrofe para todos los implicados debería volver más cautelosos a los estadistas europeos. “¿No fue acaso esto lo que hizo, en estos difíciles años desde 1905 hasta ahora, que las grandes potencias evitaran forzar cualquier postura hasta el punto de una guerra?”.[113]

Ahora que la probabilidad de la guerra parecía mayor, se volvió más acuciante que nunca encontrar nuevos aliados. Las fuerzas terrestres de los dos sistemas de alianzas estaban tan equilibradas que incluso un país pequeño como Grecia a Bélgica podría inclinar la balanza. Aunque los griegos tuvieron el buen tino de no comprometerse, el káiser confiaba en que su rey, que pertenecía a la familia Hohenzollern, haría lo correcto cuando llegara la ocasión. Bélgica era otra historia. Todas las bravatas con que Guillermo había intentado ganarse a su rey no habían tenido más efecto que fortalecer la decisión de los belgas de defender como mejor pudieran su neutralidad. En 1913 Bélgica implantó el servicio militar obligatorio e incrementó el tamaño de su ejército, reorganizándolo

además para potenciar su gran fortaleza de Lieja, próxima a la frontera alemana, lo que demostraba a las claras cuál de los países que garantizaban la neutralidad de Bélgica era el que más probablemente la violaría. Pero los estrategas militares alemanes siguieron sin tomar en cuenta la posible resistencia de los “soldados de chocolate”.

Las otras piezas clave por capturar se hallaban en los Balcanes. El imperio otomano parecía inclinarse por Alemania. Guillermo también puso sus esperanzas en Rumanía, otro país con un gobernante Hohenzollern. El rey Carlos tenía además un acuerdo secreto con Alemania y el imperio austrohúngaro. Tal vez la alianza dual debió haber desconfiado más del hecho de que nunca hubiera querido reconocerlo públicamente. Carlos, a quien Berchtold describió como un “funcionario público perspicaz y prudente”, no estaba dispuesto a ir en contra de su propia opinión pública, la cual era cada vez más hostil a la monarquía dual, por el modo en que los húngaros trataban a los rumanos bajo su dominio. Tisza, el primer ministro húngaro, se dio cuenta del problema e intentó apaciguar a los nacionalistas rumanos, que estaban concentrados principalmente en Transilvania, ofreciéndoles autonomía en campos como la religión y la educación; pero esto no era suficiente para los rumanos de dentro de Hungría, y las negociaciones cesaron en febrero de 1914. Rusia, mientras tanto, se dispuso a mostrarse amistosa. El zar visitó Rumanía en junio de 1914 y se habló de un compromiso entre una de sus hijas y el heredero al trono rumano. Sazónov, que acompañaba a la comitiva imperial, viajó hasta la frontera entre Rumanía y el imperio austrohúngaro, y en un acto de provocación se adentró unos kilómetros en Transilvania.

Aunque dijo que tenía que andar con pies de plomo entre Bulgaria y Rumanía, ya que estos países se odiaban encarnizadamente a raíz de la segunda guerra balcánica, Berchtold intentó atraer también a Bulgaria a la triple alianza.[114] Pese a que encontró una fuerte oposición en Guillermo, que detestaba a Fernando el Zorro, rey de Bulgaria, Berchtold finalmente convenció al gobierno alemán de que ofreciera a Bulgaria un préstamo sustancial en junio de 1914. Los esfuerzos de Berchtold también sirvieron para empujar a Rumanía a los brazos de la entente; pero, a pesar de las muchas señales de advertencia, continuó confiando en Carlos hasta la víspera de la Gran Guerra. Conrad, sin embargo, ordenó a su

estado mayor a finales de 1913 que preparase planes contra Rumanía. Asimismo, pidió a Moltke más tropas para compensar la probable enemistad de este país. Moltke, como siempre, evitó cautamente prometer nada, pero era probable que Alemania llegase a tener trece o catorce divisiones en el este. El peor de los casos, estimaba Conrad, sería que las fuerzas combinadas de Alemania y el imperio austrohúngaro (que podían desplegar unas cuarenta y ocho divisiones) tuviesen que enfrentarse a las noventa divisiones rusas, junto a las dieciséis y media de Rumanía y Serbia, y las cinco de Montenegro; un balance total de ciento veintiocho a favor de la triple entente y unas sesenta y dos para la alianza dual. Este pronóstico sería el que habría de cumplirse.[115]

En aquel último periodo de la paz, las distintas partes continuaban intentando superar sus diferencias. En Rusia, Alemania y el imperio austrohúngaro había quienes abogaban por una alianza entre las tres monarquías conservadoras. En febrero de 1914, el conservador e ministro ruso del Interior, Piotr Durnovo, presentó al zar un largo memorándum en el que urgía a Rusia a mantenerse al margen de las disputas entre Francia y Alemania o esta y Gran Bretaña. Rusia tenía mucho que ganar manteniéndose en buenos términos con Alemania, y podía perderlo todo. Una guerra europea estremecería a la sociedad rusa aún más que una contra Japón. Si Rusia perdía, predijo Durnovo, sufriría "una revolución social en su manifestación más extrema".[116] En el imperio austrohúngaro, el barón Stephen von Burián, un viejo amigo de Tisza al que el primer ministro húngaro había asignado la misión de vigilar cómo iban las cosas en Viena, propuso la posibilidad de un entendimiento en Europa y sobre los estrechos otomanos con Rusia. No había hecho ningún progreso en junio de 1914, pero se mantenía optimista.[117]

El más significativo de todos los intentos en aras de la distensión, y el que tuvo más posibilidades de alejar a Europa de la guerra, tuvo lugar entre Alemania y Gran Bretaña. En el verano de 1913, con una pasmosa desconsideración hacia su más antiguo aliado, los británicos ofrecieron a Alemania las colonias africanas de Portugal, queriendo con ello satisfacer los anhelos imperiales alemanes. Los términos de la liquidación del imperio portugués estaban ya formulados, pero aún sin firmar, en el verano de 1914. Gran Bretaña y Alemania también llegaron a un acuerdo respecto al ferrocarril Berlín-Bagdad: la primera ya no se opondría

a su construcción, y los alemanes acordaron respetar el control británico del área sur de Bagdad, incluyendo el litoral. Estos avances eran alentadores, pero la clave para una mejora de las relaciones era, como siempre, la carrera armamentista naval.

A comienzos de 1912, en tanto los alemanes preparaban un nuevo decreto naval, los británicos sugirieron entablar un diálogo. Para estos, el crecimiento naval de Alemania representaba una amenaza inaceptable para sus aguas territoriales; y para el gobierno de Asquith, la perspectiva de intentar obtener la aprobación del parlamento a la subida del presupuesto naval resultaba poco halagüeña. Sir Ernest Cassel, un destacado financiero británico con buenos contactos en Alemania, visitó Berlín a finales de enero de 1912, con la aprobación del consejo de ministros, para sondear a los alemanes con vistas a algún posible acuerdo. Cassel fue a ver a su buen amigo, el magnate naviero Albert Ballin, quien también quería terminar con la carrera armamentista naval, y sostuvo reuniones con Bethmann y el káiser, a quien le presentó un breve memorándum con tres puntos clave. El primero y más importante era que Alemania debía aceptar que la superioridad naval de Gran Bretaña resultaba esencial para el imperio insular, y que el programa alemán debía por tanto ser detenido o recortado. El segundo, que a cambio de ello Gran Bretaña haría lo posible por ayudar a Alemania a conseguir colonias. Y el tercero, que ambos países debían prometer no tomar parte en planes o alianzas mutuamente agresivos. Bethmann, informó Cassel, quedó complacido, y Guillermo encantado “de un modo casi infantil”.[118] Los alemanes sugirieron que los británicos enviasen a uno de sus ministros a Berlín para iniciar conversaciones.

El 5 de febrero de 1912 el gabinete británico eligió a Richard Haldane, el ministro de la Guerra, como emisario. Haldane, un abogado regordete y autosuficiente, se había enamorado de Alemania y de la filosofía alemana en su juventud, y hablaba el idioma con una fluidez impresionante. (Esto sería un punto en su contra durante la Gran Guerra). Pertenecía a la línea dura del gabinete y era íntimo de Grey, con quien compartía una casa. Oficialmente se divulgó que Haldane estaba estudiando la educación alemana, pero el verdadero propósito de su viaje era sondear a los alemanes y proponer que ambas partes llegaran a un acuerdo. Churchill o el propio Grey estarían dispuestos a ir a Berlín

para concretarlo. Haldane sostuvo dos días de conversaciones con Bethmann, el káiser y Tirpitz. Tirpitz le pareció difícil, el káiser amistoso –Guillermo le regaló un busto de bronce de sí mismo– y Bethmann sincero en sus deseos de paz.[119]

Pronto se hizo evidente que ambas partes estaban, en verdad, muy distanciadas. Los británicos querían poner fin a la carrera armamentista naval; los alemanes esperaban garantías de que Gran Bretaña permanecería neutral en cualquier guerra en el continente. Esto, naturalmente, hubiera dejado a Alemania en libertad para vérselas con Rusia y Francia. Lo más que estaba dispuesta a hacer Alemania era ralentizar su ritmo de construcción de barcos si contaba con esa garantía; mientras que lo más que Gran Bretaña accedía a prometer era que permanecería neutral si algún país atacaba a Alemania y esta era por tanto la parte inocente. Guillermo se encolerizó ante lo que interpretó como una insolencia británica: “Como káiser en nombre del imperio alemán, y como comandante en jefe en nombre de mis fuerzas armadas, debo rechazar semejante criterio por ser incompatible con nuestro honor”.[120] Aunque las negociaciones continuaron tras el regreso de Haldane a Londres, era evidente que no iban a llegar a ninguna parte.[121] El 12 de marzo el káiser aprobó la nueva ley naval, después de que la emperatriz, que odiaba profundamente a los británicos, le dijera que dejase de ser tan servil con Gran Bretaña. Tirpitz, que se había opuesto decididamente a las negociaciones desde el principio, besó la mano de la emperatriz y le dio las gracias en nombre del pueblo alemán.[122] Bethmann, que no había sido consultado, intentó presentar su renuncia, pero Guillermo lo acusó airadamente de ser un cobarde y se negó a aceptarla. Bethmann permaneció lealmente en su puesto. Más tarde diría con tristeza que él podría haber logrado un trato con Gran Bretaña, solo con que Guillermo no hubiese interferido.[123]

Cuando Churchill presentó sus estimaciones navales para 1912-1913 al parlamento, poco después del fracaso de la misión de Haldane, dijo abiertamente que solo Alemania rivalizaba en construcción de barcos con Gran Bretaña, y que esta debía mantener una ventaja decisiva. Como gesto de buena voluntad, e intentando mantener el presupuesto bajo control, Churchill propuso también un periodo de tregua naval, en el que ambos bandos se tomaran un respiro en la construcción de buques de guerra. Fue una oferta que se repetiría en los dos años siguientes. Al parecer, lo motivaba el deseo de apaciguar a aquellos miembros de

su partido que se oponían al gran incremento del presupuesto de defensa, así como la comprensión de que una tregua naval en aquel momento detendría el equilibrio de poder a favor de Gran Bretaña. La propuesta fue rechazada categóricamente por los líderes de Alemania y atacada por los conservadores en Gran Bretaña. El único país donde tuvo una acogida calurosa fue en Estados Unidos: el nuevo presidente, Woodrow Wilson, se entusiasmó con ella, y la cámara de representantes convocó una conferencia internacional para discutir un alto en la construcción naval. En 1914, Wilson envió a su colaborador más cercano, el pequeño y enigmático coronel Edward House, a las capitales de Europa para ver si Estados Unidos podía hacer campaña a favor de un acuerdo de desarme naval. House informó en mayo desde Berlín: “La situación es extraordinaria. De un militarismo completamente enloquecido. A menos que alguien, actuando en tu nombre, consiga promover un entendimiento diferente, algún día sobrevendrá un cataclismo espantoso”.[124]

El secretario de Estado de Wilson, William Jennings Bryan, envió también una carta a otros gobiernos proponiendo que la tercera de las conferencias internacionales de La Haya a favor de la paz, iniciadas en 1899, tuviera lugar en otoño de 1915, y ya en 1914 varios países habían comenzado a prepararse para ella.[125] El movimiento internacional por la paz también permanecía activo. El 2 de agosto una conferencia de paz internacional, respaldada por el filántropo estadounidense Andrew Carnegie, debía tener lugar en la ciudad alemana de Constanza, y la unión interparlamentaria planeaba reunirse durante ese mismo mes en Estocolmo. En tanto muchos pacifistas seguían confiando en que la guerra era cada vez más imposible, una veterana se sentía llena de pesimismo. Bertha von Suttner escribió en su diario: “Nada más que suspicacias mutuas, acusaciones y campañas desestabilizadoras. Bueno, le sienta bien ese coro al crescendo de los cañones, los aeroplanos realizando bombardeos de prueba y los ministerios de la Guerra siempre pidiendo más”.[126] Suttner murió una semana antes de que Francisco Fernando fuera asesinado en Sarajevo.

A medida que se aproximaba aquel fatal acontecimiento, Europa era una extraña combinación de intranquilidad y complacencia. Jaurès, el gran socialista francés, lo señaló con claridad: “Europa ha padecido tantas crisis durante tantos años, se ha visto peligrosamente puesta a prueba tantas veces sin que estalle una guerra,

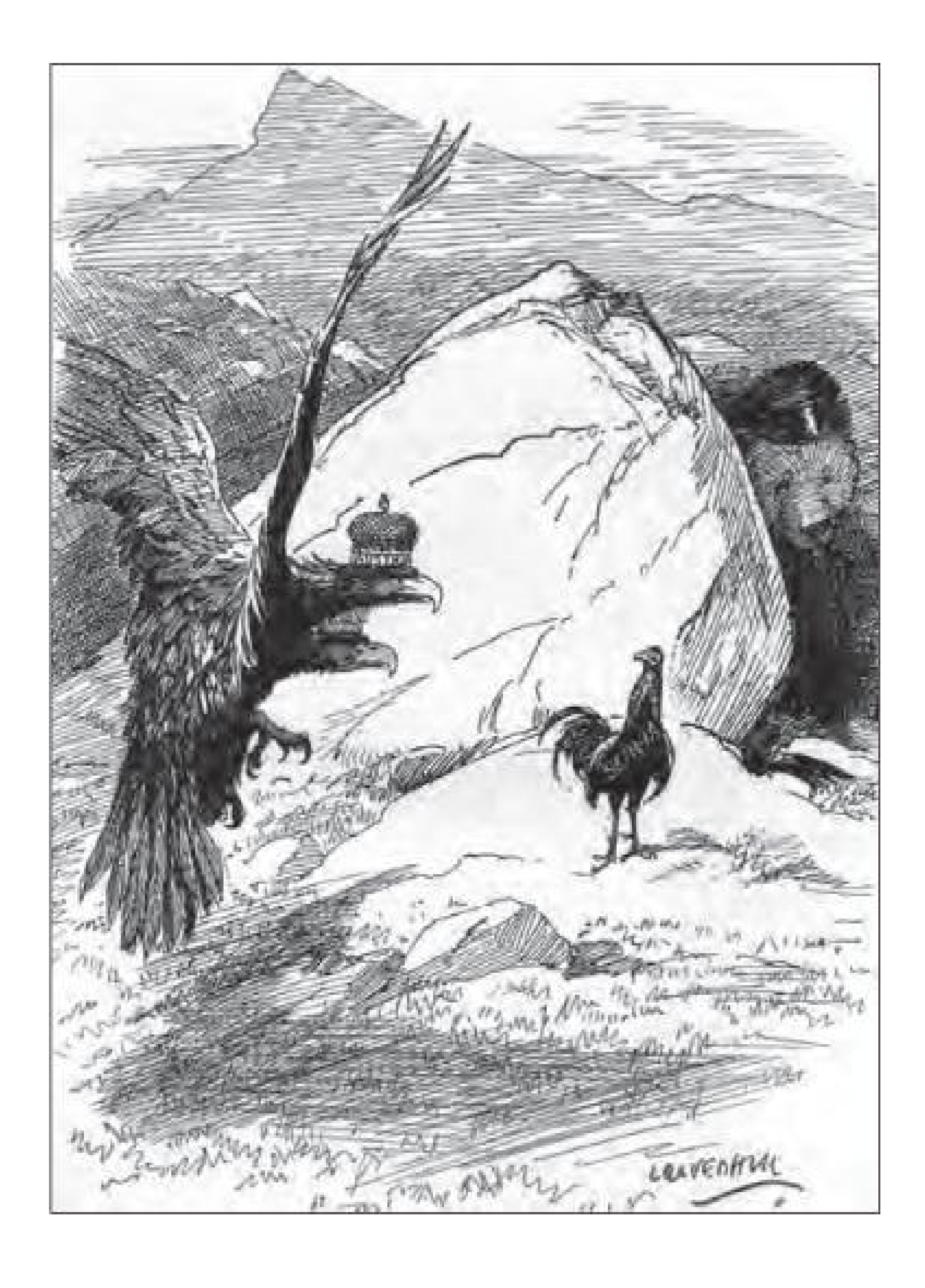
que ha dejado de creer en el peligro y contempla el desarrollo del interminable conflicto en los Balcanes con atención reducida y moderada inquietud”.[127] Los estadistas habían logrado arreglárselas otras veces. Habían resistido las exhortaciones de sus propios generales a que atacasen en primer lugar. ¿Por qué no iban a volver a hacerlo?

XVIII

ASESINATO EN SARAJEVO

El 28 de junio de 1914 era domingo, y hacía un tiempo cálido y soleado. Los veraneantes abarrotaban los lugares de diversión de Europa, sus parques y sus playas. Poincaré, el presidente francés, estaba con su esposa en las carreras de Longchamp, en las afueras de París. La multitud, escribiría luego en su diario, se mostraba contenta y despreocupada. La pista del hipódromo, con su explanada de césped verde, estaba preciosa, y había muchas mujeres elegantes que admirar. Para muchos europeos ya habían comenzado las vacaciones de verano. Los gabinetes de Europa, sus ministros de Asuntos Exteriores y los cuarteles generales militares estaban semivacíos, y sus miembros dispersos. Berchtold, el canciller del imperio austrohúngaro, andaba cazando patos en Moravia; el káiser Guillermo se hallaba compitiendo en su yate Meteor en la regata veraniega anual del Báltico; y Molt-ke, el jefe de su estado mayor, descansaba en un balneario. La crisis que se cernía se vería agravada por el hecho de que muchas de las figuras clave fueron difíciles de localizar, o simplemente no creyeron que se tratara de algo lo bastante serio, hasta que resultó demasiado tarde.

Mientras Poincaré disfrutaba del día con sus invitados del cuerpo diplomático en el palco presidencial, le entregaron un telegrama de la agencia francesa de noticias Havas. El archiduque Francisco Fernando y su esposa morganática Sofía acababan de ser asesinados en Sarajevo, la capital de Bosnia, una provincia incorporada recientemente al imperio austrohúngaro. Poincaré se lo contó de inmediato al embajador austriaco, quien se puso pálido y partió al instante hacia su embajada. Mientras abajo se desarrollaban las carreras, la noticia se propagó entre los invitados de Poincaré. La mayoría pensó que aquello no tendría mayor trascendencia para Europa, pero el embajador rumano se mostró profundamente pesimista. Pensaba que el imperio austrohúngaro tendría ahora el pretexto que deseaba para declararle la guerra a Serbia.[1]



18. El enfrentamiento entre el imperio austrohúngaro y serbia tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero al trono de austria, corría el riesgo de extenderse a las demás potencias. serbia, cuyo gobierno quizá sabía de los planes de asesinato, se sentía con fuerzas para enfrentarse al imperio austrohúngaro, ya que contaba con el apoyo de rusia. Mientras el águila imperial austrohúngara se dispone a atacar a la gallina serbia, el oso ruso acecha tras una roca, listo para defender a su amiguita balcánica.

En las cinco semanas siguientes, Europa pasó de la paz a una guerra a gran escala, que implicó a todas las grandes potencias excepto, al principio, Italia y el imperio otomano. El público, que había jugado su papel a lo largo de las décadas empujando a sus líderes hacia la guerra o la paz, ahora aguardaba pasivamente, mientras un puñado de hombres en cada una de las principales capitales de Europa se disponía a tomar las decisiones fatales. Formados por su circunstancia social y por su época, con convicciones muy arraigadas sobre el prestigio y el honor (esos términos serían empleados con frecuencia en aquellos días frenéticos), estos hombres basaban sus decisiones en axiomas no siempre articulados, ni siquiera para ellos mismos. Además, se hallaban a merced de su propia memoria de los triunfos y derrotas del pasado, así como de sus esperanzas y temores con respecto al futuro.

Al extenderse rápidamente por toda Europa, la noticia de los asesinatos fue recibida con la misma mezcla de indiferencia y preocupación que provocara en el palco de Poincaré. En Viena, donde el archiduque no era muy querido, las atracciones del popular parque del Prater siguieron abiertas. Entre las clases altas, sin embargo, cundió la desesperación hacia el futuro de una monarquía que no dejaba de perder herederos, así como una renovada animosidad contra los serbios, a quienes en general se tenía por los responsables. En la ciudad universitaria alemana de Friburgo casi todos los ciudadanos, según sus diarios, estaban absortos en sus preocupaciones particulares, ya fuesen sus vacaciones o en el estado de la cosecha de verano. Tal vez por ser historiador, el eminente académico Friedrich Meinecke tuvo una reacción distinta: “Inmediatamente se me nubló la vista. Esto significa la guerra, me dije”.[2] Cuando la noticia llegó a

Kiel, las autoridades enviaron una lancha en busca del yate del káiser. Guillermo, que contaba a Francisco Fernando entre sus amigos, quedó consternado. “¿Sería mejor abandonar la carrera?”, preguntó. Decidió regresar a Berlín enseguida para hacerse cargo de la situación e informar de que pretendía trabajar en favor de la paz; aunque durante los días siguientes aún encontró tiempo para discutir acaloradamente sobre la decoración interior de su nuevo yate.[3] En la propia Kiel las banderas se pusieron de inmediato a media asta, y los restantes eventos sociales quedaron cancelados. Una flota británica que había estado haciendo una visita de cortesía levó anclas el 30 de junio. Los alemanes enviaron la señal “Feliz viaje”, y los británicos respondieron con un “Amigos en el pasado y amigos para siempre”.[4] Poco más de un mes más tarde estarían en guerra.

El acto que colocó a Europa en la etapa final de su viaje hacia la Gran Guerra fue obra de la Joven Bosnia, un grupo formado por fanáticos nacionalistas eslavos, y sus oscuros patrocinadores en Serbia. Estos asesinos y su círculo inmediato eran principalmente jóvenes campesinos serbios y croatas que habían abandonado el campo para estudiar y trabajar en los pueblos y ciudades de la monarquía dual y de Serbia. Pese a que habían trocado sus vestimentas tradicionales por trajes modernos y condenaban el conservadurismo de sus mayores, muchas cosas del mundo moderno les resultaban desconcertantes y perturbadoras. Resulta difícil no compararlos, un siglo después, con grupos extremistas del fundamentalismo islámico tales como Al Qaeda. Al igual que estos fanáticos, los miembros de la Joven Bosnia solían ser de un puritanismo feroz, y despreciaban cosas como el alcohol y las relaciones sexuales. Odiaban al imperio austrohúngaro en parte porque lo culpaban de corromper a sus súbditos sudesla-vos. Pocos de ellos tenían un empleo regular. Más bien dependían de la generosidad de sus familias, con las que generalmente estaban peleados. Compartían entre sí sus escasas pertenencias, dormían en pisos de sus correligionarios y pasaban horas ante una única taza de café, discutiendo sobre la vida y la política en cafetines baratos.[5] Eran idealistas y luchaban apasionadamente por liberar a Bosnia del dominio extranjero y construir un mundo nuevo y más justo. Fuertemente influenciada por los grandes revolucionarios y anarquistas rusos, la Joven Bosnia creía que solo podría alcanzar sus objetivos mediante la violencia y, si fuera necesario, el sacrificio de la propia vida.[6]

El líder del complot del asesinato era un serbobosnio llamado Ga-vrilo Princip, flaco, introvertido, sensible e hijo de un laborioso granjero. Princip, que anhelaba ser poeta, había ido de una escuela a otra sin demasiado éxito. "Dondequiera que iba, la gente me tomaba por un debilucho –dijo a la policía tras ser arrestado el 28 de junio–, y yo me fingía débil, aun cuando no lo era".[7] En 1911 se vio arrastrado al mundo clandestino de la política revolucionaria. Él y los amigos que se convertirían en sus cómplices se dedicaron a perpetrar actos terroristas contra objetivos importantes, tales como el viejo emperador en persona, o quienes le rodeaban. En las guerras balcánicas de 1912 y 1913, las victorias de Serbia y el gran incremento de sus territorios los imbuyeron de una nueva fe en que el triunfo definitivo de los sudes-lavos estaba próximo.[8]

Dentro de la propia Serbia, la Joven Bosnia y sus actividades contaban con un apoyo considerable. Durante una década o más, diversos sectores del gobierno serbio habían alentado las actividades de organizaciones paramilitares y conspiradoras en el suelo de los enemigos de Serbia, ya fuese el imperio otomano o el austrohúngaro. El ejército proporcionaba dinero y armamento para las bandas paramilitares serbias en Macedonia, e introducía armas de contrabando en Bosnia, de modo muy similar a lo que hace actualmente Irán con Hezbolá en el Líbano. Los serbios también tenían sus propias sociedades secretas. En 1903, un grupo compuesto principalmente por oficiales asesinaron al impopular rey Alejandro Obrenović y a su esposa, y pusieron en el trono al rey Pedro. Durante los años que siguieron, el nuevo rey consideró oportuno tolerar las actividades de los conspiradores, que continuaban siendo sumamente influyentes dentro de Serbia y promovían el nacionalismo serbio en el extranjero. La figura clave entre ellos era el encantador, implacable, siniestro e inmensamente fuerte Dragutin Dimitrijević, apodado "Apis" por el dios egipcio al que siempre se representa como un toro. Apis estaba dispuesto a sacrificar su vida y la de su familia y amigos por la causa de la Gran Serbia. En 1911, él y algunos de sus colegas conspiradores fundaron la Mano Negra, consagrada a lograr la unidad de todos los serbios por las buenas o por las malas.[9] El primer ministro, Pašić, que esperaba evitar un conflicto con los vecinos de Serbia, conocía de su existencia e intentó controlarla; por ejemplo, ofreciendo una jubilación a algunos de los oficiales nacionalistas más peligrosos del ejército. A comienzos del verano de 1914 su confrontación con Apis alcanzó su fase más

aguda. El 2 de junio Pašić renunció, pero regresó al cargo el 11 de junio, y el 24 de junio, mientras el archiduque se preparaba para viajar a Bosnia, el primer ministro anunció que el parlamento quedaba disuelto y que se celebrarían nuevas elecciones aquel mismo verano. El rey Pedro también abdicó y nombró regente a su hijo Alejandro. Mientras los conspiradores bosnios daban los toques finales a sus planes de asesinar al archiduque el 28 de junio, Pašić, que no tenía la intención de provocar al imperio austrohúngaro, bregaba por su supervivencia política y no había conseguido aún extirpar la Mano Negra ni destruir a Apis.

La noticia del viaje de Francisco Fernando había sido muy publici-tada durante la primavera, y los conspiradores, varios de los cuales se encontraban en aquel momento en Belgrado, decidieron asesinarlo. Un comandante serbio afecto a la causa les proporcionó seis bombas y cuatro revólveres del arsenal del ejército y, a finales de mayo, Princip y otros dos, con sus armas y unas cápsulas de cianuro con las que se suicidarían una vez consumado el hecho, fueron introducidos secretamente en Bosnia por la frontera serbia con la connivencia de oficiales serbios simpatizantes. Pašić se enteró de lo que estaba ocurriendo, pero o bien no pudo, o bien no quiso hacer nada. En cualquier caso, seguramente era demasiado tarde; los conspiradores habían llegado sin contratiempos a Sarajevo y contactado con los terroristas locales. Durante las semanas siguientes, algunos de ellos cambiarían de opinión y propondrían posponer el atentado; pero al parecer Princip no: “No estuve de acuerdo con posponer el asesinato –le dijo al juez durante su proceso–, pues cierto anhelo morboso por consumarlo se había despertado en mí”.[10]

Su misión resultaría más fácil gracias a la incompetencia y arrogancia de los austrohúngaros. Durante años había habido rumores de complots de los nacionalistas sudeslavos contra el imperio, así como atentados reales contra algunos altos funcionarios y contra el propio emperador. Las autoridades de Viena y de las zonas conflictivas de Bosnia y Croacia mantenían una férrea vigilancia sobre los estudiantes, las sociedades y los periódicos nacionalistas. Sin embargo, una visita del heredero Habsburgo a Bosnia, cuando el recuerdo de su anexión, hacía tan solo seis años, resultaba todavía doloroso para los serbios, no podía menos que exacerbar los sentimientos nacionalistas. Y más cuando venía a presenciar las maniobras de las fuerzas armadas de la monarquía dual, que bien

podrían utilizarse algún día contra Serbia y Montenegro. El momento elegido para la visita vino a empeorar las cosas, pues coincidía con la mayor festividad nacional serbia, la fiesta anual dedicada a su patrón San Vito, fecha en que también conmemoraban su gran derrota nacional a manos de los otomanos el 28 de junio de 1389, en la batalla de Kosovo. A pesar de las tensiones en torno a este evento, la seguridad de cara a la visita era, como poco, descuidada. El general Potiorek, el reaccionario y testarudo gobernador de Bosnia, ignoró las advertencias que le llegaban por distintas fuentes de que el archiduque se estaba poniendo en peligro, y se negó a utilizar al ejército para custodiar las calles de Sarajevo. Confiaba en mostrar que había logrado pacificar y gobernar Bosnia, y también planeaba anotarse algunos puntos con Francisco Fernando recibiendo a Sofía con todos los honores imperiales que siempre le habían negado en el resto de la monarquía dual. El comité especial reunido para velar por los preparativos de la visita empleó la mayor parte de su tiempo y energías en preocuparse por qué tipo de vino bebería el archiduque o si le gustaría escuchar música durante las comidas.[11]

La noche del 23 de junio, Francisco Fernando y Sofía tomaron un tren en Viena rumbo a Trieste. Al parecer, antes de partir, el archiduque le dijo a la esposa de uno de sus ayudantes: “¡Este asunto no es demasiado secreto y no me sorprendería que hubiesen algunas balas serbias aguardándome!”. Las luces de su vagón estaban rotas; las velas que tuvieron que usar, pensaron algunos, le daban el aspecto de una cripta. El miércoles por la mañana la comitiva imperial embarcó en el acorazado Viribus Unitis [Con unión de fuerzas] y navegó a lo largo de la costa dálmata hacia Bosnia. Desembarcaron al día siguiente y fueron hasta el pueblecito turístico de Ilidza, cerca de Sarajevo, donde se quedarían. Aquella noche el archiduque y su duquesa hicieron una rápida visita espontánea para explorar las famosas artesanías de Sarajevo. Princip, al parecer, se hallaba entre el gentío mientras la pareja imperial entraba en una tienda de alfombras.

El viernes y el sábado, el archiduque participó en las maniobras del ejército en las montañas al sur de Sarajevo mientras la duquesa visitaba los sitios de interés de la ciudad. En la noche del sábado, los dignatarios locales asistieron a un banquete en Ilidza. El doctor Josip Sunarić, un destacado político croata, que era uno de los que habían enviado advertencias de complots contra la pareja

imperial, le fue presentado a la duquesa. “Ya ve usted –le dijo ella alegremente–, os habéis equivocado. En realidad, no es siempre como usted dice. Recorrimos el campo y, sin excepción alguna, fuimos recibidos de una manera tan amistosa por la población serbia, con tanta sinceridad y con una calidez tan espontánea, que estamos realmente complacidos”. “Su alteza –respondió el hombre–, pido a Dios que, si mañana por la noche tengo el honor de volver a veros, podáis repetirme esas mismas palabras. Entonces me habréis quitado un gran peso, una gran losa, de encima”.[12] Aquella noche la comitiva imperial discutió sobre la posibilidad de cancelar la visita a Sarajevo planeada para el día siguiente, pero al final decidieron hacerla.

En la mañana de aquel domingo 28 de junio hacía buen tiempo en Sarajevo y la pareja imperial descendió de su tren y ocupó sus asientos en un coche de paseo descapotable, uno de los pocos de su tipo en Europa. El archiduque aparecía resplandeciente, con la túnica azul y el sombrero emplumado del uniforme de general de caballería austriaco; la duquesa iba toda de blanco, salvo por una faja roja. Los conspiradores, siete en total, ya estaban en sus puestos, desperdigados entre la multitud que se extendía a lo largo del trayecto de la visita. Mientras la procesión de coches avanzaba por el muelle Appel, junto al río que atraviesa el corazón de Sarajevo, el joven Nedeljko Čabrinović arrojó una bomba contra el coche del archiduque. Como los terroristas suicidas de nuestra época, Čabrinović se había despedido de su familia y sus amigos, y había repartido sus escasas posesiones. El conductor vio venir la bomba y aceleró, con lo que esta explotó bajo el siguiente coche, resultando heridos varios pasajeros y espectadores. El archiduque envió a un ayudante a averiguar qué había sucedido, y luego ordenó continuar con el programa. La comitiva, ahora conmocionada y furiosa, avanzó hacia el ayuntamiento, donde el alcalde los esperaba para pronunciar un discurso de bienvenida. El alcalde lo leyó tartamudeando y el archiduque sacó sus notas para responderle. Los papeles estaban empapados con la sangre de un miembro de su equipo. Hubo una consulta rápida y se decidió llevar la comitiva hasta el hospital militar para atender a los heridos. Mientras los coches corrían de regreso por el muelle Appel, los dos primeros, donde iban el detective a cargo de la seguridad y el alcalde de Sarajevo, giraron súbitamente a la derecha, entrando a una calle mucho más angosta. El chófer del archiduque se disponía a seguirlos, cuando Potiorek, el gobernador de Sarajevo, gritó: “¡Alto! ¡No es por ahí!”. Cuando el chófer pisó los frenos, Princip, que había estado aguardando, se subió al estribo del coche y disparó a quemarropa contra el archiduque y la duquesa.

Esta cayó sobre las piernas de su esposo, mientras él gritaba: “¡Sofía, Sofía, no te mueras! ¡Vive por mis hijos!”. Luego también él cayó inconsciente. La pareja fue llevada hasta el palacio del gobernador, donde se certificó su defun-ción.[13] Princip, que intentó pegarse un tiro, fue apresado por los espectadores, y a los demás conspiradores los capturó la policía, cuando por fin, tardíamente, entró en acción.

Un cortesano llevó la noticia al emperador, hasta su residencia campestre favorita en el pequeño y hermoso balneario de Ischl. Francisco José cerró los ojos y permaneció en silencio unos momentos. Sus primeras palabras, pronunciadas con profunda emoción, demostraron cuán hondo era su distanciamiento de su heredero, quien, al casarse con Sofía, no solo se había enfrentado a él, sino que, en opinión del emperador, había perjudicado el honor de los Habsburgo: “¡Horrible! No se desafía impunemente al Todopoderoso […]. Un poder superior ha restaurado el viejo orden que yo por desgracia no logré preservar”.[14] No dijo nada más, pero dio órdenes de preparar su regreso a Viena. No se sabe si tal vez pensaba en cómo podría su imperio tomar venganza contra Serbia. En el pasado había optado por la paz y Francisco Fernando lo había respaldado. Ahora el asesinato había eliminado a la única persona cercana al emperador que pudiera haberle aconsejado mesura en aquellas últimas semanas de la larga paz de Europa. El emperador, de ochenta y tres años, cuya salud ya declinaba –había pasado gravemente enfermo aquella primavera–, se quedó solo frente a los halcones de su gobierno y del alto mando militar.

El funeral del archiduque y su esposa, el 3 de julio en Viena, tuvo perfil bajo. El káiser informó de que un ataque de lumbago le había impedido viajar, pero la verdad es que al parecer él y su gobierno habían escuchado rumores de planes de asesinarlo también a él. En cualquier caso, la monarquía dual pidió que ningún jefe de estado asistiese, sino solo sus embajadores en Viena. Aun en la muerte, la infortunada pareja hubo de cumplir la rígida etiqueta de la corte: el ataúd del archiduque era mayor y estaba en un estrado más alto que el de su esposa. El servicio, en la capilla de los Habsburgo, duró apenas quince minutos, y los ataúdes fueron colocados en coches fúnebres, que los llevaron hasta la estación de trenes. Como el archiduque sabía desde hacía tiempo que a su esposa nunca le permitirían yacer a su lado en la cripta de los Habsburgo, había dispuesto que,

cuando llegara el momento, ambos fuesen enterrados en uno de sus castillos favoritos, el de Artstetten, en el sur de Austria, donde descansan todavía. En una espontánea muestra de desaprobación por el modo en que se condujeron las exequias, algunos miembros de las grandes familias del imperio caminaron detrás de los ataúdes hasta la estación. El embajador ruso contó que los ciudadanos de Viena miraban pasar el cortejo con más curiosidad que tristeza, y los tiovivos del parque del Prater seguían girando alegremente. Los ataúdes fueron subidos a los trenes y después llevados en barca hasta el otro lado del Danubio, en medio de una tempestad tan violenta que a punto estuvo de tirarlos al río.[15]

Antes de llevarse a cabo el funeral ya habían comenzado las discusiones sobre qué debía hacer el imperio austrohúngaro ante lo que todos consideraban una provocación indignante de Serbia. Así como la tragedia del 11 de septiembre de 2001 dio a los partidarios de la línea dura la oportunidad de lograr que el presidente Bush y el primer ministro Blair hicieran aquello por lo que siempre habían abogado –invadir Afganistán e Irak–, el asesinato de Sarajevo les despejó el camino a aquellos que, en el imperio austrohúngaro, deseaban zanjar de una vez por todas el problema sudeslavo. Esto significaba destruir Serbia –el país que, según todos suponían, estaba detrás del atentado– como primer paso para reafirmar el dominio austrohúngaro en los Balcanes y poner coto a los sudeslavos de dentro del imperio. La prensa nacionalista describía a Serbia y a los sudeslavos como los eternos enemigos del imperio austrohúngaro, en unos términos con ecos de darwinismo social. El destacado político e intelectual conservador Josef Redlich escribió en su diario el 28 de junio: “Ahora debería estar claro para todo el mundo que es imposible lograr una coexistencia pacífica entre esta monarquía semialemana, y hermanada con Alemania, y el nacionalismo balcánico, con su fanática sed de sangre”.[16] Aun aquellos que en los círculos del gobierno se dolían de la muerte de Francisco Fernando hablaban de venganza, en tanto que sus enemigos lo culpaban sin piedad por haber impedido en otros momentos la guerra contra Serbia.[17]

Conrad, que como jefe del estado mayor venía alzando su voz en favor de la guerra desde la crisis bosnia de 1908, se enteró de la noticia mientras hacía un transbordo de tren en Zagreb y le escribió de inmediato a su amada Gina.

Evidentemente, Serbia estaba detrás de aquel asesinato y el imperio austrohúngaro tenía que haber ajustado cuentas con ella hacía mucho tiempo. El futuro de la monarquía dual era ahora sombrío, decía Conrad: Rusia probablemente apoyaría a Serbia y habría que contar también a Rumanía entre los enemigos. No obstante, seguía diciéndole, habrá guerra: "Será una lucha desesperada, pero habrá que darla, porque una monarquía tan antigua y un ejército tan glorioso no pueden caer con ignominia". Su mensaje del día siguiente, para su propio estado mayor y para el canciller, fue simplemente: "Guerra. Guerra. Guerra".[18] Para Conrad, estaba descartada la posibilidad de tomar medidas menos drásticas, como una movilización del ejército para forzar una solución diplomática. Conrad le dijo a Berchtold que, cuando eso sucedió durante las guerras balcánicas, la moral del ejército quedó seriamente dañada. "Un caballo al que se lleva hasta la valla y se le frena antes de saltar –acostumbraba decir el general–, no volverá a acercarse a la valla".[19] Cuando la crisis alcanzó su punto más crítico a finales de julio, Conrad siguió oponiéndose firmemente a una movilización parcial contra Serbia o Rusia con fines diplomáticos. Tampoco contemplaría la variante de una guerra contra Serbia con un alto en Belgrado, como le propondrían Grey y otros.[20] La beligerancia de Conrad contaba con un amplio respaldo entre sus oficiales, entre ellos el general Alexander Krobatin, el ministro de la Guerra, y Potiorek en Bosnia, firmemente decidido a vengarse de Serbia, entre otras cosas por vergüenza de no haber logrado proteger al archiduque.

En el ministerio de Asuntos Exteriores, especialmente entre los funcionarios jóvenes, muchos de los cuales habían admirado a Aeh-renthal y su política exterior activa, la opinión más extendida era la de dar una repuesta fuerte ante el asesinato. Se alegaba que el imperio austrohúngaro no iba a volverse poco a poco insignificante como su vecino del sur, el imperio otomano. Según le dijo a Redlich el conde Alexander Hoyos, que desempeñaría un papel decisivo durante las siguientes semanas: "¡Todavía somos capaces de tomar la decisión! Ni queremos ni debemos actuar como un enfermo. Mejor ser destruidos rápidamente".[21] Durante las semanas que siguieron, Berchtold fue exhortado por sus subalternos a actuar con rapidez y determinación contra Serbia. Cierto que Rusia podía sentirse obligada a intervenir, pero sería mejor enfrentarse a ella en ese momento, antes de que se hiciera más fuerte. O quizá la vieja solidaridad entre las dos monarquías conservadoras bastase para que se mantuviera al margen. El argumento de que el tiempo se agotaba se empleó también con

respecto a la situación interna de la monarquía dual: por más que sus propios sudeslavos todavía apoyaran a su gobierno, era peligroso esperar, porque la propaganda serbia ya había empezado a afectarles.[22] Con infundado optimismo, el ministerio de Asuntos Exteriores también confiaba en que fuera posible mantener la lealtad de Rumanía mediante la amenaza de que el imperio austrohúngaro estrechara la amistad con Bulgaria.[23]

El embajador alemán Heinrich von Tschirschky, un hombre testarudo, arrogante y beligerante, sumó su voz: el imperio austrohúngaro debía hacerse respetar y demostrar a Serbia quién mandaba. Aun antes de que sus superiores en Berlín hubiesen decidido su política, Tschirschky andaba diciendo a todo funcionario con quien se encontraba en Viena que Alemania respaldaría a la monarquía dual hiciera esta lo que hiciera. Si el imperio austrohúngaro volvía a mostrar debilidad, advertía Tschirschky, Alemania tendría tal vez que buscarse otros aliados.[24] Berchtold no necesitaba convencerse mucho en realidad; aunque se había opuesto a la guerra en las crisis anteriores, a partir de 1913, con la segunda guerra balcánica, estaba seguro de que algún día el imperio austrohúngaro tendría que ir a la guerra contra Serbia. Y ese día había llegado.[25] El 1 de julio Berchtold tuvo una reunión con un muy consternado Francisco José, que estuvo de acuerdo en que el imperio austrohúngaro necesitaba reafirmarse como una gran potencia. “Nosotros –dijo el emperador–, la potencia más conservadora de Europa, nos hemos visto arrastrados a esta situación por las políticas expansionistas de Italia y los estados balcánicos”.[26]

La única oposición seria a quienes abogaban por la guerra provino de los húngaros, en particular del primer ministro Tisza. Este escribió al emperador el 1 de julio que el imperio austrohúngaro no tenía suficientes pruebas contra Serbia como para convencer al mundo de que aquel pequeño estado era culpable. Además, la posición internacional de la monarquía dual ya era débil: resultaba improbable que Rumanía la apoyase, pese a su tratado secreto, y el posible apoyo de Bulgaria no era suficiente compensación. El consejo de Tisza era que el imperio austrohúngaro siguiese intentando llegar a un acuerdo pacífico con Serbia.[27] En las siguientes semanas, Tisza se vería muy presionado para unirse a los partidarios de la guerra. Sin el apoyo de Hungría, el gobierno de Viena no podría hacer nada.

El otro asunto que había que aclarar era cuánto estaba dispuesto a hacer Alemania, la aliada del imperio austrohúngaro. Las señales que enviaba Tschirschky eran alentadoras, y el 1 de julio Victor Naumann, un influyente periodista alemán, conocido por su amistad con Jagow, el ministro de Asuntos Exteriores, visitó a Hoyos para decirle que el káiser Guillermo, si se le sabía manejar, respaldaría firmemente al imperio austrohúngaro, igual que la opinión pública alemana. "El imperio austrohúngaro –prosiguió Naumann– estaría acabado como monarquía y como gran potencia si no aprovechaba este momento".[28] Berchtold decidió tratar con Berlín directamente la delicada cuestión de cuál sería la política oficial alemana. Su emisario, tal vez no por casualidad, fue Hoyos, significado partidario de la línea dura, que poseía además buenos contactos en Alemania (su hermana estaba casada con un hijo de Bismarck). Cuando Conrad se enteró de esta misión, preguntó a Francisco José: "Si la respuesta fuere, a los efectos, que Alemania está de nuestro lado, ¿declararemos entonces la guerra a Serbia?". El viejo emperador respondió: "En ese caso, sí".[29]

Hoyos partió en la noche del 4 de julio, llevando consigo un largo memorándum sobre la situación en los Balcanes y una carta personal de Francisco José para Guillermo. Aunque ninguno de estos documentos contenía una decisión en favor de la guerra, su tono era belicoso, hablando, por ejemplo, del abismo insalvable entre el imperio austrohúngaro y Serbia y la necesidad de que la monarquía dual cortase los hilos de la red que sus enemigos le echaban encima. La carta del emperador para Guillermo concluía: "Usted también debe de haber quedado convencido, tras los terribles acontecimientos recientes en Bosnia, de que la superación del antagonismo que nos separa de Serbia ya no puede ser contemplada, y de que la política de paz duradera de los monarcas europeos está en peligro mientras este crisol de agitación criminal continúe ardiendo impunemente".[30] Hoyos también portaba un mensaje verbal de Berchtold para su veterano embajador en Berlín, el conde Ladislaus Szögyény-Marich, en el que decía que para el imperio austrohúngaro había llegado el momento de ajustar cuentas con Serbia. En Berlín, Hoyos se extralimitó en el cumplimiento de sus instrucciones y les dijo a los alemanes que el imperio austrohúngaro se proponía ocupar y dividir Serbia.[31]

El 5 de julio, mientras el ministerio de Asuntos Exteriores ponderaba estos mensajes de Viena, Szögyény almorzó con el káiser. Guillermo leyó primero los documentos, y al principio intentó ganar tiempo. Todo aquello era muy grave y debía consultar con su canciller, Beth-mann. Pero cuando el embajador lo presionó, Guillermo abandonó la cautela. Prometió que Francisco José podía contar con el pleno respaldo de Alemania; aun si esto significaba una guerra contra Serbia y contra Rusia, Alemania permanecería fiel a su aliado. Aquella tarde, el káiser consultó tardíamente a sus funcionarios: Bethmann dio su aprobación a la promesa hecha al imperio austrohúngaro, y Falkenhayn, el ministro de la Guerra, afirmó lacónicamente que el ejército estaba listo para combatir. Al día siguiente, Bethmann les reiteró la garantía del apoyo alemán a Szögyény y a Hoyos. Este regresó a Viena muy contento con el éxito de su misión. Después de la guerra comentaría: "Nadie puede hoy en día imaginar cuán fuerte era en aquel momento nuestra fe en el poderío alemán, en la invencibilidad del ejército alemán". Su gobierno se dispuso a dar los siguientes pasos para someter a Serbia.[32]

Fue así que, una semana después del asesinato, Alemania emitió lo que luego se llamó su "cheque en blanco", y Europa dio un paso gigantesco hacia la guerra general. Esto no significa, como algunos han sostenido, que Alemania estuviese decidida a provocar semejante guerra para sus propios fines. Más bien sus líderes estaba dispuestos a aceptar esa posibilidad, entre otras cosas porque, si la guerra tenía que llegar, aquel era un momento favorable para Alemania; y también porque había que preservar la alianza con el imperio austrohún-garo. Y además estaban aquellos individuos, especialmente el propio Guillermo y Bethmann, que tenían el poder de decidir entre la guerra y la paz, y que al final se dejaron convencer de que la guerra era la mejor opción para Alemania; o simplemente no tuvieron el valor de oponerse a las presiones y a los argumentos de quienes querían la guerra. Y quizá simplemente se cansaron, como muchos europeos, de las tensiones y las crisis y deseaban una solución. El salto al vacío, le dijo Bethmann a su secretario privado Kurt Riezler, tenía sus atractivos.[33]

Las acciones de Alemania, al igual que las de sus amigos y enemigos en este

último periodo de paz, deben entenderse en el contexto de las décadas previas y de los presupuestos en que se apoyaba el pensamiento de sus líderes. Al final, solo un puñado de hombres –en particular Bethmann, Moltke y el káiser– decidían la política de Alemania. Lo que predominaba en ellos, y en los subordinados que los instigaban, era la tendencia a ver amenazas en lugar de oportunidades. Tenían miedo de la izquierda dentro de sus fronteras, y cuando miraban al exterior se exacerbaban más que nunca sus viejos temores a verse cercados. Para 1914, los militares alemanes daban ya por sentado que tendrían que librar una guerra terrestre en dos frentes. En aquel mes de mayo, Georg von Waldersee, el intendente general del ejército alemán, escribió un memorándum afirmando que Alemania se enfrentaba a determinados enemigos que probablemente atacarían al mismo tiempo, y que se estaban armando a un ritmo cada vez más rápido. Los dirigentes alemanes no debían optar por la paz a toda costa, sino aumentar antes sus fuerzas armadas, mediante el reclutamiento de todos los jóvenes disponibles si fuese necesario, y estar preparada para combatir en cualquier momento.[34] También resultaba amenazador que la entente pareciese más fuerte y la triple alianza más débil. La alianza militar entre Francia y Rusia se había consolidado, y ahora Gran Bretaña y Rusia parecían avanzar hacia una cooperación militar reforzada. Aunque las conversaciones navales anglo-rusas de aquel verano nunca llegaron a nada, sirvieron para elevar el nivel de inquietud de Alemania. El día después del asesinato, Bethmann le dijo a su embajador en Londres, el príncipe Max von Lichnowsky, que tenía informes fidedignos según los cuales se estaba fraguando un acuerdo por el que cargueros británicos transportarían tropas rusas hasta la costa báltica de Alemania.[35] Una semana más tarde, mientras el imperio austrohúngaro demandaba y obtenía su cheque en blanco, Bethmann le dijo a un destacado político nacionalista: “Si hay guerra con Francia, Gran Bretaña marchará contra nosotros hasta el último hombre”.[36] Y para agravar las cosas, Alemania y el imperio austrohúngaro no podían contar con sus otros aliados: Rumanía probablemente desertaría, e Italia era poco de fiar. Cierto que Pollio, el jefe de su estado mayor, parecía a la vez competente y dispuesto a cooperar con Alemania y el imperio austrohúngaro, pero, como Waldersee preguntara aquel mes de mayo: “¿Cuánto durará su influencia?”. Resultó una pregunta profética: Pollio murió justo el día del atentado de Sarajevo, y el gobierno italiano no se ocupó de nombrar a un sucesor hasta casi el final de julio. La disposición italiana a combatir junto a sus aliados seguía siendo, como siempre, dudosa.[37]

Sería su gran vecino del este el que causaría mayores pesadillas a los líderes de Alemania. Como reflejo del darwinismo social de su tiempo, muchos alemanes veían a los eslavos, y especialmente a Rusia, como el adversario natural de las razas teutónicas. Guillermo no era en modo alguno el único que temía que las hordas eslavas se expandieran hacia occidente. A menudo sonaba como los políticos de derechas británicos actuales, cuando se preocupan de que los europeos del este se precipiten hacia sus puertos; o como los republicanos conservadores de Estados Unidos, con preocupaciones similares con respecto a los mexicanos. "Odio a los eslavos –dijo al agregado militar del imperio austrohúngaro con una impresionante falta de tacto, y más teniendo en cuenta el gran número de súbditos eslavos de la monarquía dual–. Sé que es un pecado, pero no puedo contenerme". Serbia, gustaba de decir, era "la monarquía de los cerdos". Sus veteranos generales como Waldersee y Moltke hablaban en términos apocalípticos sobre la inminente necesidad de que los alemanes luchasen por su supervivencia como pueblo y como cultura. Tales argumentos también resultaron convenientes a la hora de pedirle al gobierno, en la primavera y principios del verano de 1914, grandes incrementos en el ejército.[38]

Resulta curioso, en retrospectiva, cuán poca atención prestó el gobierno alemán a las alternativas a la guerra para romper el círculo. Cierto que Bethmann había puesto esperanzas en una nueva aproximación a Gran Bretaña; pero después del fracaso de la misión de Haldane dos años atrás, esto parecía cada vez más improbable. El káiser expresaba de vez en cuando el deseo de que la vieja alianza entre las dos monarquías conservadoras de Alemania y Rusia pudiera resucitar, pero es dudoso que en realidad lo creyera posible. En 1914 un destacado banquero, Max Warburg, registró una conversación con el káiser: "Los armamentos de Rusia, la construcción de los grandes ferrocarriles rusos, eran en su opinión preparativos para una guerra que podía estallar en el año 1916 […]. Asediado por sus angustias, el káiser consideró incluso si no sería mejor atacar primero en vez de esperar".[39] Y el káiser, al igual que otros líderes alemanes, pensaba que el conflicto con Rusia era inevitable y contemplaba seriamente la posibilidad de una guerra preventiva. En el ministerio de Asuntos Exteriores muchos, entre ellos Jagow y su lugarteniente Zimmermann, estaban de acuerdo y sostenían que la situación diplomática y militar en 1914 era particularmente favorable para Alemania.[40] Debieron haber recordado la famosa frase de Bismarck: "La guerra preventiva es como suicidarse por miedo a la muerte".

El alto mando militar estaba, si cabe, aún mejor preparado psicológicamente para la guerra que los civiles. Las obras del canal de Kiel se hallaban casi terminadas, y para el 25 de julio los acorazados alemanes podrían cruzar sin peligro del mar del Norte al Báltico. Es verdad que el ejército no había logrado aún sus incrementos, pero el nuevo programa de Rusia acababa de empezar. En una misa dedicada a Francisco Fernando en Berlín el 3 de julio, el representante militar de Sajonia entabló conversación con Waldersee. Este informó a su propio gobierno de que el general sentía que la guerra podía llegar en cualquier momento. El estado mayor alemán estaba listo: "Tuve la impresión de que les parecería muy conveniente que la guerra comenzara ahora mismo. Las condiciones y perspectivas nunca nos serán más favorables".[41] Lo que contribuía a transmitir seguridad al alto mando alemán era el tener ya trazada toda su estrategia. "Armados como estábamos con el plan Schlieffen – escribiría más tarde Groener, refiriéndose al estado mayor–, creíamos poder esperar en calma el inevitable conflicto marcial con nuestros vecinos".[42]

Unas pocas semanas antes de Sarajevo, Moltke le comentó a Jagow que lo lógico sería que Alemania atacase a Rusia mientras aún tenía posibilidades de ganar. Jagow, sugirió el jefe del estado mayor, debería conducir su política exterior "con el objetivo de provocar una guerra en el futuro cercano". Más o menos por esa fecha, Moltke le dijo a un diplomático alemán de la embajada en Londres: "Si las cosas terminan por desbordarse, estaremos listos; cuanto antes, mejor".[43] Y cuanto antes mejor también para él. Como dijera a una sobrina en 1912, durante la primera guerra balcánica: "Si la guerra ha de llegar, espero que llegue antes de que me haga demasiado viejo, para poder tener una actuación satisfactoria".[44] Hacia 1914 su salud parecía estar quebrantándose. Tuvo que pasar cuatro semanas en un balneario en Carlsbad entre abril y mayo bajo tratamiento por lo que se dijo era una bronquitis, y luego regresó para otra estancia prolongada el 28 de junio.[45] Tampoco estaba tan seguro como parecía del triunfo de Alemania. Era muy consciente de los peligros de una guerra de larga duración. Cuando Conrad von Hötzendorf lo interrogó en mayo de 1914 sobre sus planes si Alemania no conseguía una rápida victoria sobre los franceses, Moltke se mostró evasivo: "Bueno, haré lo que pueda. No somos superiores a los franceses". Y en tanto Bethmann siguió esperando hasta el final que los británicos optaran por la neutralidad, Moltke también daba por sentado

que Gran Bretaña entraría en la guerra del lado de Francia. No obstante, él y sus colegas transmitían a los civiles la confianza de que Alemania podría derrotar fácilmente a Francia, Rusia y Gran Bretaña en una guerra breve.[46]

Hacia 1914 su asociación con el imperio austrohúngaro adquirió más importancia que nunca para Alemania. Jagow se lo expresó a Lichnowsky con brutal franqueza el 18 de junio: "También resulta discutible que nuestra alianza con esa decadente constelación de estados del Danubio sea una buena inversión para nosotros; pero yo digo con el poeta –creo que fue Busch–: 'Si ya no te agrada tu compañero, intenta buscar otro, si es que lo hubiere'".[47] Esto le otorgaba poder al imperio austrohúngaro sobre su aliado más fuerte, como sucede con sorprendente frecuencia en las relaciones internacionales. En 1914 los líderes de Alemania sentían que no tenían otra opción que respaldar a su aliado, aun cuando la política de este tomara derroteros peligrosos; de modo similar, Estados Unidos continúa apoyando en la actualidad a Israel o a Pakistán. Bethmann, quien durante las crisis anteriores aconsejó que el imperio austrohúngaro buscara un acuerdo pacífico, había llegado a aceptar ahora, fatalmente, que Alemania tendría que apoyar a su aliado en cualquier caso. "Nos enfrentamos a nuestro antiguo dilema respecto a cualquier acción austriaca en los Balcanes –le dijo a Riezler, con quien se desahogaba frecuentemente–. Si les aconsejamos entrar en acción, ellos dirán que los empujamos a ello; si les aconsejamos no hacerlo, dirán que los hemos abandonado. Entonces recurrirán a las potencias occidentales, que los acogerán con los brazos abiertos, y perderemos a nuestro último aliado poderoso".[48]

En aquellas semanas críticas de julio de 1914, Bethmann estaba particularmente melancólico, pues su amada esposa Martha había muerto el 11 de mayo tras una dolorosa enfermedad. "Lo que fue pasado y debió ser futuro –le escribió a su predecesor Bülow–, todo lo que estaba vinculado a nuestra vida en común está ahora destruido por la muerte".[49] Riezler llevaba un diario de sus conversaciones con Bethmann en las semanas de la crisis. El 7 de julio, el día después de que el canciller sumara su apoyo al cheque en blanco, ambos hombres se sentaron hasta tarde bajo el cielo veraniego nocturno en el viejo castillo de Bethmann en Hohenfinow, al este de Berlín. Riezler quedó consternado ante el pesimismo con que el más viejo deploraba el estado del mundo y de Alemania. La sociedad

alemana, pensaba Bethmann, se hallaba en una decadencia moral e intelectual, y el orden político y social parecía incapaz de renovarse. “Todo se ha vuelto tan viejo”, dijo con tristeza. El futuro también se presentaba descorazonador: Rusia, “una pesadilla cada vez más intolerable”, se fortalecería, mientras que el imperio austrohúngaro declinaría hasta el punto de ya no ser capaz de combatir como aliado de Alemania. (Recordemos a aquel Bethmann que tiempo atrás había decidido no plantar árboles en su finca, pues suponía que los rusos iban a invadir Alemania oriental en pocos años).[50]

Puede que los líderes clave de Alemania como Bethmann no iniciaran deliberadamente la Gran Guerra, cosa de la que a menudo han sido acusados, entre otros por algunos historiadores alemanes como Fritz Fischer. Pero al dar por sentado su advenimiento, y considerarlo incluso deseable, al entregar el cheque en blanco al imperio austro-húngaro, y al atenerse a un plan de guerra que hacía inevitable que Alemania combatiese en dos frentes, los dirigentes alemanes permitieron que estallase la guerra. En ocasiones, durante aquellas semanas cada vez más tensas, parecieron darse cuenta de la enormidad de lo que arriesgaban, y pusieron esperanzas en escenarios bastante improbables. Si el imperio austrohúngaro actuaba deprisa contra Serbia, le dijo Bethmann a Riezler, tal vez la entente llegara a aceptarlo. O Alemania y Gran Bretaña podrían colaborar –después de todo, ya lo habían hecho antes en los Balcanes– para impedir que una guerra que involucrase al imperio austrohúngaro arrastrase también a las otras potencias. Esto último lo situó Jagow en “la categoría de los deseos piadosos”.[51] Pero incluso el ministro de Asuntos Exteriores albergaba esperanzas vanas; el 18 de julio le escribió a Lichnowsky: “Una vez puestas todas las cartas sobre la mesa, Rusia no está lista para la guerra de momento”. En cuanto a los aliados de Rusia –Gran Bretaña y Francia–, ¿realmente querrían ir a pelear a su lado? Grey siempre quiso preservar el equilibrio de poder en Europa; pero si Rusia acababa con el imperio austrohúngaro y derrotaba a Alemania, habría una hegemonía nueva en Europa. Acaso tampoco Francia estuviera lista para pelear: la enconada división a causa del servicio militar de tres años podría resurgir en otoño, y era bien sabido que el ejército francés tenía serias carencias de equipamiento y entrenamiento. El 13 de julio, unas revelaciones del senado francés añadieron nuevos detalles, como la falta de artillería pesada de Francia, lo que alentó a los alemanes a pensar que probablemente este país no combatiría en el futuro cercano y que los rusos deducirían que no podrían contar con su aliado. Con un poco de suerte, la

entente se desmantelaría.[52]

Si llegaba la guerra, los líderes de Alemania esperaban, en sus momentos más optimistas, que quedara confinada en los Balcanes. O que la simple amenaza de la fuerza militar pudiera, quizá, traer la victoria. Ir de farol, después de todo, había dado buenos resultados en las crisis bosnias contra Rusia, cuando esta se echó atrás en vista de los acelerados preparativos militares del imperio austrohúngaro y del ultimátum de Alemania. Ir de farol rindió frutos también durante las guerras balcánicas, cuando el imperio austrohúngaro obligó a Serbia y a Montenegro a salir de Scutari mientras que Rusia optó por mantenerse al margen. Tal vez una postura firme por parte de la alianza dual podría hacer que Serbia y Rusia volvieran a echarse atrás esta vez. "Esperábamos humillar a Rusia sin guerra –dijo el jefe de prensa de Bethmann, Otto Hammann, en octubre de 1914–; eso hubiera sido un triunfo agradable".[53]

Lo que hacía improbable que los líderes de Alemania buscaran resueltamente la paz era el miedo a parecer débiles y cobardes, por no defender su honor y el de su país. "Yo no deseo una guerra preventiva –dijo Jagow–, pero si somos llamados a la lucha, no debemos rehuirla por miedo".[54] El káiser, que tenía la última palabra sobre si Alemania iba o no a la guerra, oscilaba como otras tantas veces entre la esperanza de preservar la paz y las declaraciones más belicosas: "¡Los serbios deben ser eliminados, y pronto!", garabateó por ejemplo el 20 de junio en una de sus notas al margen.[55] Al igual que George Bush hijo casi un siglo después, que le reprochó a su padre no haber acabado con Sadam Husein cuando tuvo la oportunidad, Guillermo siempre había querido distinguirse de un padre al que consideraba débil e indeciso. Aunque se enorgullecía de ser el supremo caudillo de Alemania, sabía que muchos de sus súbditos, entre ellos algunos oficiales del ejército, le responsabilizaban del triste papel del país en las crisis anteriores. Él insistía en que había trabajado por la paz durante todo su reinado, pero el calificativo de "Emperador de la Paz" le causaba escozor. En una conversación con su amigo el industrial Gustav Krupp von Boh-len und Halbach el 6 de julio, justo después del cheque en blanco, el káiser dijo que había hecho esa promesa sabiendo que el imperio austrohúngaro se proponía atacar Serbia. "Esta vez no he de echarme atrás", dijo tres veces. Como Krupp anotó en una carta a un colega: "La repetida afirmación imperial de que esta vez

nadie podrá acusarlo de indecisión ha tenido un efecto casi cómico”.[56] Bethmann empleó acaso la frase más reveladora de todas, cuando dijo que para Alemania retractarse ante sus enemigos sería un acto de autocastración.[57] Tales actitudes provenían en parte de la clase social de los dirigentes alemanes y de su época; pero Bismarck, que perteneció a ese mismo mundo, había sido lo bastante fuerte como para desafiar sus códigos cada vez que quiso. Nunca permitió que nadie le impusiera una guerra. La tragedia de Alemania consistió en que sus sucesores no estuvieron a su altura.

Una vez que el gobierno alemán se decidió a respaldar al imperio austrohúngaro, esperó de su aliado que actuase con rapidez, mientras la opinión pública europea se mostraba aún consternada y solidaria. También era importante por razones internas, como frecuentemente le recordaban a Viena los alemanes, asegurarse de que Serbia quedara mal. (Justo hasta el inicio de las hostilidades, los dirigentes alemanes temieron que las clases trabajadoras y los líderes sindicales y los del partido socialdemócrata cumplieran su promesa, tantas veces repetida, de oponerse a la guerra). Un ultimátum de Viena a Belgrado, seguido de una rápida guerra victoriosa si Serbia no capitulaba, dejaría a las otras grandes potencias impotentes para intervenir, hasta que fuese demasiado tarde.

A los alemanes les fue imposible meter prisa a sus homólogos aus-trohúngaros. Como una gran medusa con indigestión, la monarquía dual se movía a su propio ritmo majestuoso y complicado. El ejército había dejado ir a muchos soldados de “permiso de cosecha”, y no volverían a vestir el uniforme hasta el 25 de julio. Conrad, que había sido el autor de esta medida, le dijo al agregado militar alemán: “Somos ante todo un estado agrario, y debemos vivir todo un año del resultado de la cosecha”. Y si intentaba traer de vuelta a sus soldados antes de tiempo, podría provocar un caos en los ferrocarriles o, peor aún, alertar al resto de Europa de que algo se tramaba. Otro argumento a favor de esperar era que el presidente francés Poincaré y su primer ministro Viviani, que estaba también al cargo de las relaciones exteriores, se hallarían en Rusia en visita de estado hasta el 23 de julio. Una vez que embarcaran para volver a Francia, las comunicaciones serían malas y durante varios días les resultaría difícil coordinar con Rusia una respuesta al ultimátum. Esta demora le iba a salir cara al imperio austrohúngaro: en las cuatro semanas transcurridas entre el asesinato y el

ultimátum, se disipó buena parte de la simpatía que habían sentido los europeos, y lo que hubiera parecido una reacción natural apareció más bien como una jugada de poder calculada.[58]

La razón más importante de la tardanza del imperio austrohúnga-ro era Tisza, que todavía no estaba convencido de que adoptar una línea dura contra Serbia fuese lo mejor. Como le dijera al emperador en una carta el 1 de julio, temía que la guerra fuese perjudicial independientemente de su resultado: una derrota acarrearía grandes pérdidas territoriales o el fin de Hungría; mientras que la victoria podría tener como consecuencia la anexión de Serbia, lo que crearía un componente sudeslavo demasiado fuerte en la monarquía dual.[59] El 7 de julio el consejo de ministros comunes, el único órgano responsable del imperio austrohúngaro en su conjunto, se reunió en Viena. Tisza se vio aislado, en tanto los demás ministros discutían la mejor manera de aplastar a Serbia y lo que deberían hacer una vez terminara la guerra. Berchtold y Krobatin, el ministro de la Guerra, descartaron el argumento del húngaro de intentar conseguir primero una victoria diplomática sobre Serbia. Ya se habían alcanzado tales triunfos en otros tiempos, dijo el canciller, pero Serbia no se había enmendado y continuaba haciendo campaña por una Gran Serbia. El único modo de lidiar con ella era por la fuerza. Stürgkh, el primer ministro austriaco, habló de “una solución a punta de espada”. Aunque la decisión estaba únicamente en manos del imperio austrohúngaro, dijo Stürgkh, era un gran consuelo saber que Alemania permanecía lealmente a su lado. Conrad participó en la reunión, pese a no ser ministro, para discutir lo que sucedería si Rusia acudía en defensa de Serbia, cosa que él creía probable. Todo el mundo, menos Tisza, coincidió en que las demandas contenidas en el ultimátum debían presentarse de tal modo que Serbia tuviese que rechazarlas, dándole así al imperio austrohúngaro motivos para declararle la guerra. Tisza aceptó que el ultimátum tenía que ser firme, pero pidió ver las condiciones antes de que lo enviaran.[60]

En la semana siguiente Tisza se vio muy presionado por sus colegas e, indirectamente, por Alemania. Para él la alianza con este país, “la piedra angular de toda nuestra política”, era esencial de cara a mantener el estatus de gran potencia del imperio austrohúngaro y, lo que le parecía más importante, el de la propia Hungría. No es que él fuera menos hostil a Serbia que sus colegas, sino

que más bien disentía de ellos en el plano táctico. Al parecer hasta él se había convencido de que Rumanía permanecería neutral (el rey Carlos había enviado a Francisco José una anodina carta de reafirmación) y de que sería posible atraer a Bulgaria a la triple alianza, ahora que Alemania le había prometido un préstamo. El 14 de julio, en una reunión con Berchtold, Tisza se dio por vencido y accedió a enviar a Serbia un severo ultimátum con un plazo de respuesta de cuarenta y ocho horas. La única concesión que logró fue que el imperio austrohúngaro dejara bien claro que no pretendía adueñarse del territorio de Serbia una vez terminada la guerra.[61]

En esa misma tarde sostuvo una conversación con el embajador alemán, sobre la que informó Tschirschky a Berlín. Tisza afirmó que, aunque había defendido la prudencia hasta entonces, día a día se había ido fortaleciendo su convicción de que ahora la monarquía dual tenía que tomar medidas para demostrar su vitalidad y (las cursivas son de Tschirschky) “poner fin a las condiciones intolerables en el sudeste”. El imperio austrohúngaro no podía seguir consintiendo el tono insolente proveniente de Serbia. Tisza sentía que ahora había llegado el momento de la acción. “La nota ha sido compuesta de manera que la posibilidad de su aceptación queda prácticamente descartada”. La movilización del imperio austrohúngaro contra Serbia sobrevendría una vez cumplido el plazo de respuesta. Al marcharse, Tisza estrechó la mano de Tschirschky y dijo: “Ahora miraremos de frente juntos al futuro, serenos y firmes”. Guillermo anotó con admiración al margen de este informe: “¡Bueno, al fin un hombre de verdad!”.[62]

Desde la segunda semana de julio ya estaban definidas las líneas generales del ultimátum. Este exigiría que los oficiales nacionalistas fuesen destituidos del ejército serbio y las organizaciones nacionalistas quedasen disueltas. El rey serbio tendría que declarar públicamente que su país dejaría de promover la Gran Serbia. Para garantizar que Serbia cumpliese estas y cualesquiera otras demandas, el imperio austrohúngaro establecería un organismo especial en Belgrado. Estas condiciones ya eran excesivamente duras como para que una nación independiente las aceptase; y se endurecerían aún más después de que trabajaran en él funcionarios austrohúngaros, además de en un dossier dirigido a demostrar que Serbia llevaba años conspirando contra el imperio austrohúngaro.

Para fortalecer su argumentación, el ministerio de Asuntos Exteriores envió a su asesor legal a Sarajevo para investigar el asesinato; desafortunadamente, este no logró encontrar pruebas de que el gobierno serbio estuviera involucrado. El dossier al final resultó estar lleno de errores y no fue terminado a tiempo para ser entregado a las potencias junto con una copia del ultimátum. En consecuencia, Rusia siguió creyendo al gobierno serbio cuando este afirmaba que era completamente inocente, mientras que Francia y Gran Bretaña consideraron que el imperio austrohúngaro no había logrado probar nada.[63]

Aunque en Viena la actividad entre bastidores era intensa, el gobierno hacía lo posible por dar impresión de normalidad. Se pidió a los periódicos de Viena y Budapest que moderaran sus comentarios sobre Serbia. Tschirschky informó a Berlín de que Berchtold había enviado a Conrad y al ministro de la Guerra de vacaciones para calmar cualquier inquietud. (“¡Vaya niñería!”, comentó el káiser de regreso en su yate, sin sospechar que su propio gobierno lo quería lejos, en parte por la misma razón).[64] No obstante, comenzaron a circular rumores de que el imperio austrohúngaro planeaba algo desagradable contra Serbia. El embajador alemán en Roma le contó al ministro de Asuntos Exteriores italiano, entre otras cosas, lo del cheque en blanco, y San Giuliano alertó a sus embajadores en San Petersbur-go y Belgrado, sin saber que los rusos habían descifrado los códigos diplomáticos italianos.[65] En Viena el embajador ruso preguntó al imperio austrohúngaro qué se proponía hacer, y le respondieron que habría que esperar a completar la investigación; con esto, se quedó tan tranquilo que se fue de vacaciones dos días antes de que a Serbia le fuera presentado el ultimátum.[66] El 17 de julio el embajador británico informó a Londres: “En la prensa vienesa hay un único tema, que ha desplazado hasta a Albania y sus estertores: el de cuándo se emitirá la protesta contra Serbia, y cuál será su contenido. Nadie duda de que habrá una protesta, y probablemente vendrá aparejada con demandas dirigidas a humillar a Serbia”. El ministerio de Asuntos Exteriores guardaba un “silencio ominoso”, pero él sabía de buena tinta que, si Serbia no claudicaba de inmediato, el imperio austrohún-garo emplearía la fuerza; y además estaba seguro de contar con el apoyo de Alemania. Entonces añadió una posdata: “Acabo de tener una charla con Berchtold. Estuvo encantador, nos anunció su visita a nuestra casa de campo el próximo domingo, nos invitó a quedarnos con él en Buchlau, el sitio de la famosa entrevista entre Aehrenthal e Izvolski y me dijo que unos caballos suyos iban a participar en unas carreras dentro de poco, pero en ningún momento habló de política general

ni de los serbios”.[67]

El gobierno alemán también presentó un panorama de calma veraniega, posiblemente dirigido, como han afirmado posteriormente los historiadores, a disipar cualquier sospecha de que se contemplaba la posibilidad de una guerra. Jagow regresó a Berlín de su luna de miel en la primera semana de julio, pero el káiser se hallaba recorriendo el mar del Norte en su habitual crucero, y la mayor parte de los altos funcionarios y oficiales seguía de vacaciones. El estado mayor continuaba con su rutina habitual de tiempo de paz. Waldersee, que se hallaba en la finca de su suegro, le escribió a Jagow el 17 de julio: “Me quedaré aquí, listo para saltar; todos estamos listos en el estado mayor; mientras tanto no hay nada que hacer”. No obstante, los principales líderes estaban en permanente contacto con Berlín. Bethmann, de hecho, tenía una línea de telégrafo especial que llegaba hasta Hohenfinow.[68] El gobierno alemán también vigilaba atentamente lo que sucedía en Viena. Arthur Zimmermann, el rudo ministro de Asuntos Exteriores, que sentía que había llegado el momento de que el imperio austrohúngaro se vengase de Serbia, se quedó en su puesto en Berlín y exhortó repetidas veces a que Viena acelerase el paso. Tenía una idea bastante precisa de las condiciones que el imperio austrohúngaro se proponía exigir a Serbia el 13 de julio, aunque el gobierno alemán afirmó por entonces, como haría posteriormente, no saber nada sobre el contenido de ningún ultimátum.[69]

En Serbia, donde, según el encargado de negocios británico, la noticia del atentado se había recibido inicialmente con “una sensación de estupefacción más que de remordimiento”, la prensa nacionalista más acérrima se apresuró a justificar los asesinatos. Pašić, que se hallaba en medio de una difícil campaña electoral, dijo al parecer cuando se enteró: “Esto es muy malo. Significará la guerra”. Ordenó que todos los hoteles y cafés cerraran a las diez de la noche en señal de duelo, y envió sus condolencias a Viena. A pesar de la presión del imperio austrohúngaro, se negó, sin embargo, a abrir una investigación y, en una desafiante entrevista a un periódico alemán, negó que su gobierno hubiese tenido algo que ver con el asesinato.[70]

La preocupación respecto a las intenciones del imperio austrohún-garo aumentó, sin embargo, en Serbia, y el 10 de julio un curioso incidente vino a exacerbarla. Hartwig, el muy influyente embajador ruso que tanto había hecho a lo largo de los años por avivar las ambiciones serbias, visitó por la noche a su homólogo del imperio austrohúngaro, el barón Wladimir Giesl von Gieslingen. El ruso, un hombre tremendamente obeso, resollaba a causa del esfuerzo. Rehusó el café, pero sacó sus cigarrillos rusos favoritos. Deseaba aclarar, dijo, el desafortunado rumor de que había celebrado una partida de bridge la noche del asesinato y que se había negado a dejar a media asta las banderas de su legación. Giesl dijo que consideraba zanjado aquel asunto. Hartwig pasó entonces al objetivo principal de su visita. "Le pido –dijo–, en nombre de nuestra honrada amistad, que me responda con tantos detalles como pueda: ¿qué va a hacer el imperio austrohúngaro con Serbia, y qué se ha decidido en Viena?". Giesl respondió según la línea de su gobierno: "Le puedo asegurar definitivamente que la soberanía de Serbia no será infringida y que, con la buena voluntad del gobierno serbio, esta crisis tendrá una solución que satisfará a ambas partes". Hartwig le dio las gracias profusamente, y se encontraba batallando por ponerse de pie cuando, sin más, se derrumbó y cayó muerto. Su familia inmediatamente acusó a Giesl de haberlo envenenado, y otros rumores todavía más fantásticos recorrieron Belgrado acerca de una silla eléctrica especial que los austriacos habían traído desde Viena, que podía matar sin dejar huellas. Este asunto no hizo nada por mejorar las relaciones entre el imperio austrohúngaro y Rusia, que ya estaban deteriorándose. Más grave aún fue que la muerte de Hartwig eliminaba al único hombre que tal vez hubiera logrado que el gobierno serbio aceptase hasta las más indignantes demandas del ultimátum.[71]

Aunque ya en este punto le preocupaba mucho lo que probablemente sobrevendría, Pašić envió un mensaje el 18 de julio a las embajadas serbias diciendo que Serbia se opondría a todas las exigencias del imperio austrohúngaro que infringiesen su soberanía.[72]

Sus preocupaciones hubieran sido todavía mayores si hubiese sabido de una reunión secreta que tuvo lugar en Viena al día siguiente. En coches camuflados llegaron hasta la casa de Berchtold los hombres más poderosos del imperio austrohúngaro, para tomar la decisión que, como ellos sabían, podía

desencadenar una guerra general europea. Berchtold distribuyó una copia del ultimátum que habían redactado él y sus funcionarios del ministerio de Asuntos Exteriores. En ese mismo año, cuando la mayor parte de Europa estaba en guerra, la esposa de Berchtold le dijo a un amigo: “El pobre Leopold no pudo dormir el día en que escribió su ultimátum para los serbios, por la preocupación de que fueran a aceptarlo. Varias veces a lo largo de la noche se levantaba y cambiaba o añadía alguna cláusula, para reducir el riesgo”.[73] Los presentes daban por hecho que Serbia rechazaría las condiciones, y el grueso del debate giró en torno a la movilización del imperio austrohúngaro y a otras medidas militares necesarias. Conrad dijo que, cuanto antes entraran en acción, mejor; y no mostró preocupación alguna ante la perspectiva de que Rusia interviniese. Tisza insistió, como siempre, en que no debía haber anexión alguna de territorio serbio. La reunión acordó que así sería; pero al salir, Conrad le dijo cínicamente a Krobatin, el ministro de la Guerra: “Ya veremos”.[74] Tisza le escribió poco tiempo después a su sobrina, diciéndole que aún esperaba que fuese posible evitar la guerra, pero que ahora ponía su confianza en Dios. Le contaba que su ánimo era “grave, pero no angustiado ni inquieto, porque soy como el hombre de la esquina que podría ser golpeado en la cabeza en cualquier momento, pero que siempre está preparado para emprender el gran viaje”.[75]

El 20 de julio, el día después de la reunión, Berchtold envió copias del ultimátum, y una nota adjunta a sus embajadas de toda Europa. El embajador en Belgrado debía entregar su copia al gobierno serbio en la noche del jueves 23 de julio, mientras que el resto esperaría hasta la mañana del 24. Para disgusto de los alemanes, su aliado no entregó su copia hasta el 22 de julio.[76] No obstante, estaban dispuestos a cumplir su promesa de respaldo. El 19 de julio, el Norddeutsche Allge-meine Zeitung, que por lo general era considerado un portavoz de las ideas del gobierno, publicó una breve nota según la cual el imperio austrohúngaro estaba justificado en su deseo de poner orden en sus relaciones con Serbia. Esta, proseguía, debía claudicar, y las demás potencias mantenerse al margen para que el conflicto no traspasara las fronteras. El 21 de julio Bethmann envió un telegrama a sus embajadores en Londres, París y San Petersburgo pidiéndoles que esgrimiesen esos mismos puntos ante sus gobiernos anfitriones. Al día siguiente, Jules Cambon, el embajador francés en Berlín, le pidió a Jagow detalles del ultimátum. Este respondió que no tenía idea. “Me quedé aún más atónito al oír eso –informó mordazmente Cambon a París–, ya que Alemania está a punto de cerrar filas con Austria de un modo

particularmente enérgico”.[77]

Berchtold aún necesitaba la aprobación formal del viejo emperador; así pues, en la mañana del 20 de julio, acompañado por Hoyos, viajó hasta Ischl. Francisco José leyó de punta a cabo el documento, y comentó que algunas de las condiciones que contenía eran muy duras. Tenía razón. El ultimátum acusaba al gobierno serbio de tolerar actividades criminales en su suelo, y le exigía que tomara de inmediato medidas para erradicarlas, entre ellas destituir a cualesquiera funcionarios u oficiales que el imperio austrohúngaro designase, cerrar los periódicos nacionalistas y reformar el currículum de la enseñanza para limpiarlo de cualquier indicio de propaganda dirigida contra el imperio austrohúngaro. Además, el ultimátum violaba la soberanía de Serbia. En dos cláusulas, que a la larga serían el gran escollo para Serbia, se le ordenaba aceptar que la monarquía dual participara en la supresión de la sedición dentro de sus fronteras, así como en la investigación y juicio de todo conspirador serbio responsable de los asesinatos. Se daban cuarenta y ocho horas para que el gobierno serbio respondiera. El emperador, no obstante, aprobó tal cual el ultimátum. Berchtold y Hoyos se quedaron a almorzar y regresaron a Viena por la noche.[78]

El 23 de julio Giesl, el embajador del imperio austrohúngaro en Belgrado, pidió una cita en el ministerio de Asuntos Exteriores para esa misma tarde. Pašić se hallaba ausente haciendo campaña, de modo que Giesl fue recibido por Laza Paču, el ministro de Finanzas, que no paraba de fumar. Giesl comenzó a leer el ultimátum, pero el serbio lo interrumpió tras la primera frase, aduciendo que él no tenía autoridad para recibir semejante documento en ausencia de Pašić. Giesl se mostró inflexible; Serbia tenía hasta las seis de la tarde del 25 de julio para responder. Dejó el ultimátum sobre la mesa y se fue. Se hizo un silencio de muerte mientras los funcionarios serbios asimilaban su contenido. Finalmente, el ministro del Interior habló: “No tenemos más opción que pelear por esto”. Paču se apresuró a ir a ver al encargado de negocios ruso y suplicar el apoyo de su país. El príncipe regente Alejandro dijo que, si el imperio austrohúngaro atacaba a Serbia, se encontraría con “un puño de hierro”, y el ministro de Defensa serbio tomó las medidas preliminares para preparar la defensa del país. Pese a toda su retórica desafiante, Serbia no estaba en condiciones de pelear. Seguía

recuperándose de las guerras balcánicas, y gran parte de su ejército se hallaba en el sur intentando controlar los territorios rebeldes que acababa de adquirir. Durante los dos días siguientes, su gobierno trató desesperadamente de evitar la desgracia que se cernía sobre Serbia. Ya se había enfrentado antes a la ira del imperio austrohúngaro, pero siempre había logrado sobrevivir gracias a una serie de claudicaciones y a la presión del concierto de Europa sobre aquel.[79]

Pašić llegó a Belgrado el día siguiente a las cinco de la mañana, “muy angustiado y abatido”, según el encargado de negocios británico. Se estaba planeando que el gobierno abandonase la capital, así como minar los puentes sobre el río Sava, que delimitaba la frontera con el imperio austrohúngaro. El embajador ruso informó de que se estaban trasladando los fondos del banco nacional y de que el ejército serbio había empezado a movilizarse. El consejo de ministros serbio se reunió durante horas el 24 de julio, intentando redactar una respuesta al ultimátum; terminaron aceptando todas las demandas menos las dos que daban al imperio austrohúngaro el derecho a interferir en los asuntos internos de Serbia. Este país intentó ganar tiempo solicitando a Viena una prórroga del plazo de respuesta; pero Berch-told le dijo de manera cortante a su embajador que esperaban una respuesta satisfactoria, o ya verían. Pašić asimismo cursó peticiones urgentes a las capitales de Europa para recabar su apoyo. Al parecer esperaba que las otras grandes potencias, Francia, Gran Bretaña, Italia y Rusia, pero posiblemente también Alemania, se unieran como lo habían hecho antes en las crisis de los Balcanes para imponer un acuerdo. Las respuestas, cuando las hubo, fueron desalentadoras. En la inmediata vecindad de Serbia, Grecia y Rumanía dejaron claro que era improbable que acudiesen en su ayuda en una guerra contra el imperio austrohúngaro, mientras que Montenegro, fiel a las formalidades, hizo vagas promesas en las que no era posible confiar. Gran Bretaña, Italia y Francia aconsejaron a Serbia que hiciese todo lo posible por transigir, y en esos primeros días no mostraron interés por mediar en el asunto.

La única potencia que ofreció algo más sólido fue Rusia, pero aun así su mensaje fue algo contradictorio. El 24 de julio Sazónov le dijo al embajador serbio en San Petersburgo que el ultimátum le resultaba repugnante y prometió la ayuda de Rusia, pero añadió que tendría que consultar con el zar y con los franceses antes

de poder ofrecer algo concreto. Si Serbia decidía pelear, añadió servicialmente el ministro de Defensa ruso, sería prudente mantenerse a la defensiva y retirarse hacia el sur. El 25 de julio, a punto de cumplirse el plazo de respuesta, Sazónov tenía un mensaje más contundente para el embajador. Se informaba a Belgrado de que los principales ministros de Rusia ya se habían reunido con el zar y habían decidido “ir hasta el límite en la defensa de Serbia”. Aunque esto aún no constituía una promesa firme de apoyo militar, debió de servir para dar aliento al gobierno serbio a la hora de preparar su respuesta definitiva al imperio austrohúngaro. Hacía mucho calor en Belgrado aquel día y la ciudad vibraba con el redoble de los tambores llamando a los reclutas.[80]

Entre los países de la entente, cuyos líderes hasta ese momento no se habían concentrado verdaderamente en la evolución de la crisis de los Balcanes, la reacción al ultimátum fue de sorpresa y consternación, y a duras penas lograron decidir cuáles serían sus posiciones. Poincaré y su primer ministro Viviani se hallaban por entonces a bordo de un barco en el Báltico y tenían dificultades para comunicarse con París y con sus aliados. Grey desde Londres y Sazónov desde Rusia le pidieron al imperio austrohúngaro, cada uno por su cuenta, que extendiese el plazo de respuesta al ultimátum. Berchtold se negó a ceder ni un ápice.

Las reacciones fueron diferentes en Alemania y el imperio austro-húngaro, donde los círculos nacionalistas y militares acogieron la noticia con entusiasmo. El agregado militar alemán en Viena informó: “Hoy reina una atmósfera exultante en el ministerio de la Guerra. Al fin la monarquía da una muestra de vitalidad, si bien por ahora solo sobre el papel”. El principal temor era que, una vez más, Serbia lograse eludir el castigo. Desde Sarajevo, el día en que expiraba el plazo de respuesta, el jefe militar le escribió a un amigo: “Con qué placer y qué dicha sacrificaría yo mis viejos huesos y mi vida, si con eso lograra humillar a ese estado asesino y acabar con ese refugio de hijos criminales; ¡Dios nos conceda únicamente mantenernos firmes, que hoy a las seis de la tarde en Belgrado la suerte nos acompañe!”.[81]

La respuesta serbia que Pašić entregó a Giesl poco antes de que expirara el plazo satisfaría su deseo. Aunque su tono era conciliatorio, el gobierno serbio se negaba a conceder los puntos cruciales de la intervención del imperio austrohúngaro en los asuntos internos de Serbia. Diciendo: “ponemos nuestras esperanzas en su lealtad y caballerosidad como general austriaco”, Pašić estrechó la mano de Giesl y se marchó. El embajador, que ya presuponía que la respuesta sería insatisfactoria, echó un vistazo superficial al documento. Las instrucciones que le había dado Berchtold eran claras: si Serbia no aceptaba todas las condiciones, él debía poner fin a las relaciones diplomáticas. De hecho, ya tenía preparada una nota al efecto. Mientras un mensajero se la llevaba a Pašić, Giesl quemó todos los libros de códigos de la embajada en su jardín. Él, su esposa y su personal, cada uno con un pequeño equipaje de mano, se trasladaron en coche hasta la estación de trenes por unas calles abarrotadas. Gran parte del cuerpo diplomático había acudido a despedirlos. Tropas serbias custodiaban el tren, y cuando este salió resoplando de la estación, uno de los soldados le gritó al agregado militar: “Au revoir à Budapest”. En la primera parada en territorio del imperio austrohúngaro, Giesl fue llamado al andén para atender una llamada telefónica de Tisza: “¿Realmente tiene que ser así?”, preguntó el húngaro. “Sí”, respondió Giesl. Lejos hacia el norte, en Ischl, Francisco José y Berchtold esperaban ansiosamente las noticias. Pasadas las seis de la tarde el ministerio de la Guerra en Viena telefoneó para informar de que ya habían roto relaciones con Serbia. La primera reacción del emperador fue decir: “¡Así que después de todo!”; pero tras un silencio comentó que romper relaciones no necesariamente conduciría a la guerra. Berchtold también se aferró un momento a esta esperanza, pero ya había puesto en marcha unas fuerzas a las que él mismo no tenía el poder moral necesario para oponerse.[82]

Conrad, que había estado al frente de la línea dura, de pronto exigió una demora en la declaración formal de guerra del imperio austrohúngaro, hasta la segunda semana de agosto, aduciendo que sus ejércitos no estarían listos hasta entonces. Berchtold se negó, por temor a que cualquier retraso diese tiempo a que las demás potencias insistiesen en entablar negociaciones, y también por la presión alemana para que actuase con rapidez. Así, el 28 de julio el imperio austrohúngaro declaró la guerra a Serbia, aunque los verdaderos combates no empezarían hasta la segunda semana de agosto. El imperio austrohúngaro y Alemania, con la ayuda de Serbia, habían llevado a Europa a esta peligrosa coyuntura. Ahora casi todo dependía de lo que hicieran las demás potencias.

Durante la semana siguiente, Europa se debatiría entre la guerra y la paz.

XIX

EL FIN DEL CONCIERTO DE EUROPA: EL IMPERIO AUSTROHÚNGARO LE DECLARA LA GUERRA A SERBIA

Amediados de julio, la infatigable pareja compuesta por Beatrice y Sidney Webb se encontraba en un campamento fabiano veraniego, hablando sobre el control de las industrias y los seguros, y quejándose de un díscolo grupo de estudiantes de Oxford que cantaba canciones revolucionarias y bebía demasiada cerveza. Los problemas en el continente atraían de vez en cuando su atención, pero, como dijera Sidney, una guerra entre las potencias “sería algo demasiado loco”.[1] De hecho, lo que más venía preocupando a los ministerios de asuntos exteriores y a la prensa en toda Europa durante la mayor parte de aquel mes no era Serbia, sino el deterioro de la situación en Albania, donde su nuevo gobernante, un desventurado príncipe alemán llamado Guillermo de Wied, se enfrentaba a una rebelión general y a una guerra civil. El ultimátum austriaco a Serbia el 23 de julio fue la primera señal para la mayoría de los europeos de que un conflicto mucho más grave estaba tomando forma en los Balcanes, y cuando la respuesta de Serbia fue rechazada por Viena el 25 de julio, la preocupación empezó a trocarse en alarma. Harry Kessler, que había pasado unas placenteras semanas visitando amigos en Londres y París, entre ellos Asquith, lady Randolph Churchill, Diáguilev y Rodin, comenzó a pensar seriamente en regresar a Alemania.[2]

Sin embargo, muchas personas cercanas a los círculos de poder pensaban que la guerra aún podía evitarse, como se había evitado en otras crisis similares. El 27 de junio, Theodor Wolff, el editor del Berliner Tageblatt, uno de los principales diarios de Alemania, llevó a su familia a veranear en la costa holandesa, aunque luego él solo regresó a Berlín. Jagow, el ministro de Asuntos Exteriores, le dijo que la situación no era crítica, que ninguna de las potencias deseaba la guerra, y que Wolff podía dejar tranquilamente a su familia en Holanda. Aun a aquellos cuyo trabajo era la guerra les resultaba difícil creer que esta vez la crisis era grave; un miembro del estado mayor alemán escribió en su diario tras la

declaración: “Si alguien me hubiera dicho entonces que el mundo estaría en llamas un mes después, lo hubiera mirado con conmiseración. Pues, tras los distintos acontecimientos de los últimos años, la crisis de Marruecos-Algeciras, la crisis de la anexión de Bosnia-Herzegovina, habíamos ido, de un modo lento pero firme, dejando de creer en la guerra”.[3]

Incluso en Rusia, donde los conflictos en los Balcanes tendían a crear alarma, la reacción ante la noticia del asesinato estuvo marcada al principio más por la indiferencia que por la inquietud. La Duma estaba de descanso veraniego y no parecía necesario volver a convocarla. El embajador ruso en Viena le aseguró a su gobierno: “Hay motivos para suponer que, al menos en el futuro inmediato, el curso de la política austrohúngara será más comedido y sereno”.[4] No obstante, al igual que su aliada Francia y sus rivales Alemania y el imperio austrohúngaro, la Rusia de 1914 miraba con preocupación el futuro. Gran Bretaña no parecía apurada por cerrar un acuerdo naval, y Persia seguía siendo una fuente de tensión. Rusia estaba asimismo rivalizando con el imperio austrohúngaro por ganar influencia sobre Bulgaria –pugna que al parecer iba perdiendo–, y tanto su propia aliada Francia como Alemania estaban haciendo peligrar su posición en el imperio otomano. Un influyente diario de San Petersburgo había advertido a finales de 1913: “Un anillo teutónico amenaza a Rusia y a todo el mundo eslavo con consecuencias fatales.”[5] En mayo, el jefe de las fuerzas policiales rusas había trasladado una advertencia al estado mayor ruso de que, según sus espías, Alemania estaba dispuesta a encontrar un pretexto para atacar mientras todavía tuviera posibilidades de vencer.[6] Para el gobierno ruso la situación interna era aún más preocupante que la internacional; en mayo y junio, el valor del rublo caía, y se temía una depresión inminente. Se habían producido huelgas y manifestaciones en distintas partes de Rusia durante todo el año, y en julio habría más que en cualquier otro mes anterior.[7]

Para entonces, el zar y su familia, que habían pasado casi toda la primavera en Crimea, en parte a causa de los nervios de Alejandra, ya estaban de vuelta en su aislada residencia de las afueras de San Petersburgo. El estado de la emperatriz se vio agravado cuando su hijo hemofílico sufrió una caída estando a bordo de uno de los yates imperiales a principios de julio y sangró abundantemente. Para empeorar las cosas, Rasputín se hallaba a miles de kilómetros de distancia.

Había sido apuñalado en el estómago por una loca el mismo día en que asesinaban al archiduque en Sarajevo. Aunque el zar le envió al cirujano imperial para que lo atendiera, Rasputín estaba demasiado delicado y no pudo viajar hasta más avanzado el verano. Tal vez fue desafortunado que él se encontrase lejos del centro de los acontecimientos que estaban a punto de desencadenarse, pues Rasputín era un decidido pacifista y durante las primeras guerras balcánicas había aconsejado al zar mantenerse al margen. Desde su lecho de dolor, Rasputín envió un telegrama en el que advertía: “Una terrible tempestad se cierne sobre Rusia. Desastre, pesar, tenebrosa oscuridad y ninguna luz. Todo un océano de lágrimas […]. ¿Qué puedo decir? No encuentro palabras para describir este horror”.[8]

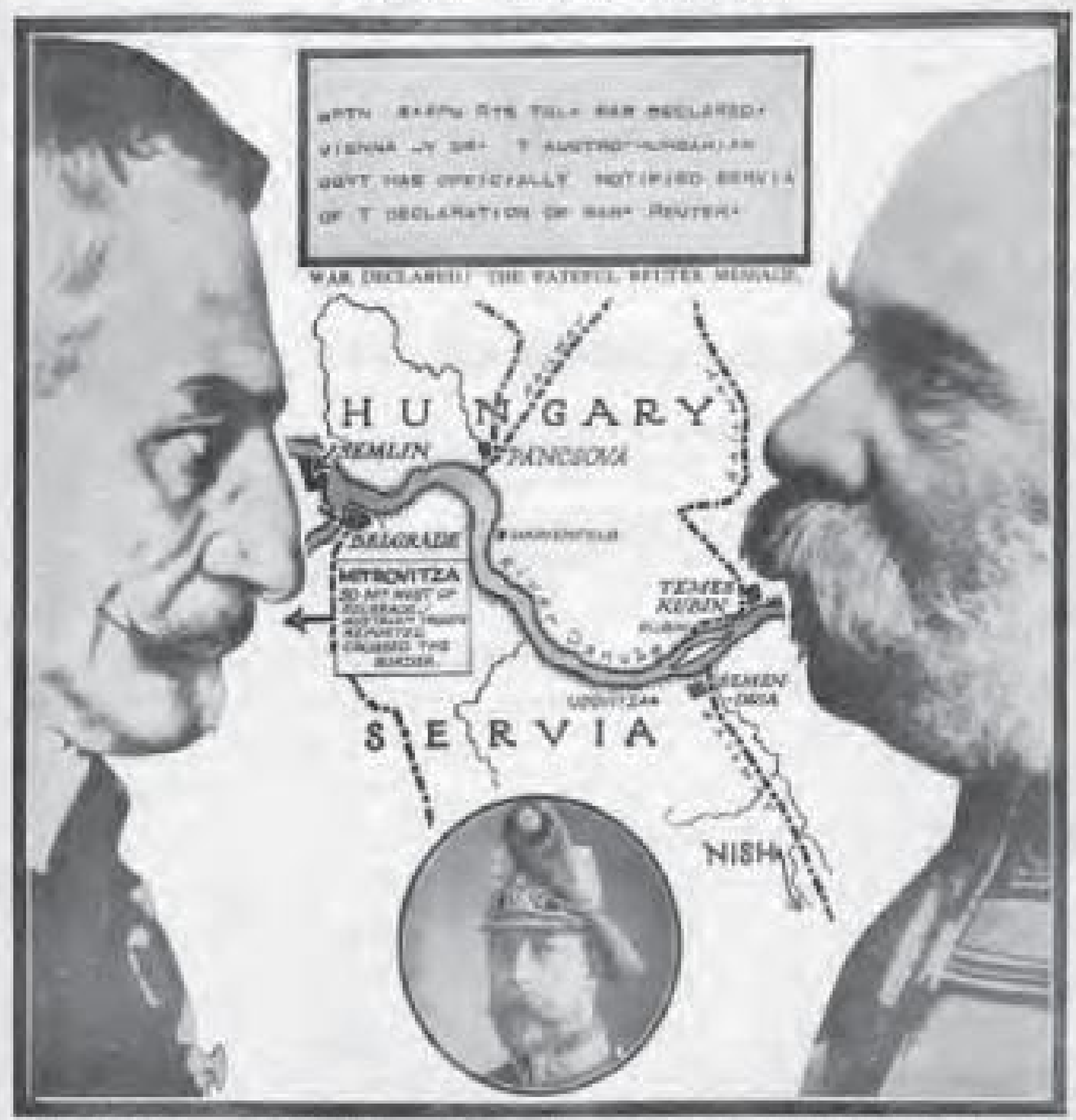
AUSTRIA DECLARES WAR ON SERVIA.

The Daily Mirror

LATEST CERTIFIED CIRCULATION MORE THAN 1,000,000 COPIES PER DAY

WEDNESDAY, JULY [illegible] One Halfpenny

AUSTRIA-HUNGARY DECLARES WAR ON SERVIA: ARE WE ON THE EVE OF A TERRIBLE EUROPEAN CONFLICT?



[illegible]

19. Como apunta el titular –“¿Estamos en vísperas de un terrible conflicto europeo?”–, la evolución de la crisis de los Balcanes en julio de 1914 tomó por sorpresa a la mayoría de los europeos. Con la muerte del archiduque, el imperio austrohúngaro presentó un ultimátum a Serbia, diseñado para que fuese inaceptable. El gobierno serbio hizo un esfuerzo considerable por aceptar sus condiciones, pero el 28 de julio el imperio austrohúngaro le declaró la guerra. Aquí el rey Pedro I de Serbia aparece frente al emperador Francisco José, mientras que, en el pequeño encarte, el rey británico Jorge V viste un uniforme de coronel austriaco, símbolo de viejas amistades ya desvanecidas.

Desde el otro extremo de Europa, Gran Bretaña, el ministerio de Asuntos Exteriores se mostró en un principio igualmente imperturbable ante el asesinato del embajador ruso en Viena. Nicolson, el subsecretario permanente, dudaba de que el imperio austrohúngaro emprendiese acción alguna contra Serbia. La opinión pública británica fue inicialmente solidaria con la monarquía dual. El rey Jorge V visitó sin previo aviso su embajada a la mañana siguiente del asesinato para expresar sus condolencias, y el conde Mensdorff, su embajador, tuvo el gusto de recibir docenas de cartas de sus muchos amigos de la clase alta británica. Grey y Asquith pronunciaron discursos de condolencia en el parlamento; pero sería otra muerte, la de Joseph Chamberlain el 2 de julio, la que provocaría mayor sensación de pérdida.[9] El 10 de julio, en un debate sobre asuntos exteriores en la cámara de los comunes, Grey solo mencionó de pasada los Balcanes, dedicando la mayor parte de su tiempo a asuntos no europeos. Asquith, que por entonces se hallaba inmerso en su pasión por Venetia Stanley y le escribía cartas de amor todos los días, mencionó fugazmente los asesinatos el 30 de junio y no volvió a referirse a ellos hasta el 24 de julio. Sus cartas hablaban sobre todo de la cuestión irlandesa, de sus mascotas, entre las que había un pingüino, y de su anhelo por verla a ella.[10]

Para el público británico y sus dirigentes, la prolongada crisis en torno al autogobierno de Irlanda y la guerra civil que venía aparejada eran preocupaciones más inmediatas y acuciantes que los sucesos de una remota región de Europa. En un último intento por llegar a un acuerdo sobre qué partes

de la protestante provincia del Ulster debían quedar exentas de la ley de autonomía, que aún seguía su lento curso parlamentario, el rey pospuso sus vacaciones de verano y convocó una conferencia en el palacio de Buckingham el 21 de julio. Durante cuatro días de calor sofocante, Asquith y John Redmond, el líder de los nacionalistas irlandeses, se enfrentaron al líder conservador Bonar Law y Carson, el portavoz de los protestantes del Ulster, en un vano intento por lograr un consenso. El 24 de julio, al disolverse la conferencia, llegó la noticia del ultimátum del imperio austrohúngaro a Serbia. Jorge V decidió prolongar su estancia en Londres y canceló su visita habitual a las carreras con su amigo el duque de Richmond. "La crisis política –escribió al duque– es tan aguda, con la cuestión irlandesa y ahora con la posibilidad de una guerra general europea, que requiere que yo permanezca en Londres por el momento […]. Le deseo que haga buen tiempo y que las carreras sean buenas".[11] Asquith, al menos al principio, adoptó una perspectiva más optimista sobre la creciente crisis europea: "Esto reducirá la atención sobre el Ulster, lo cual es bueno", le dijo a una anfitriona importante de Londres.[12]

Los franceses también fueron lentos en captar la evolución del peligro. Es solo un minúsculo conflicto en los Balcanes, pensaba Adolphe Messimy, que acababa de regresar al puesto de ministro de la Guerra. "Se resolverá solo, como lo han hecho los otros".[13] En el Quai d'Orsay, el ministerio de Asuntos Exteriores estaba ocupado planeando la próxima visita del presidente Poincaré y su primer ministro Viviani a San Petersburgo. La mayoría de los cables entre París y el embajador francés en Rusia, Maurice Paléologue, trataban menos de los Balcanes que de asuntos tales como la formulación exacta de los brindis que se pronunciarían.

Los políticos franceses y el público general estaban absortos sobre todo en un escándalo sensacionalista en torno a la esposa del destacado político radical Joseph Caillaux. Sus enemigos lo acusaban de corrupto, lo que probablemente era verdad, y de amigo de Alemania, lo que con toda certeza era verdad. Después de todo, Caillaux era un realista que creía que Alemania y Francia tenían mucho que ganar trabajando juntas. Como primer ministro durante la segunda crisis marroquí, había hecho lo posible por encontrar una solución pacífica. Los nacionalistas franceses lo odiaban por esto y por oponerse a la

introducción del servicio militar obligatorio de tres años, concebida para aumentar el ejército francés. (Algo casi igualmente malo era que había abogado por la introducción de un impuesto sobre la renta). En los primeros meses de 1914, Gaston Calmette, director del importante diario parisiense Le Figaro, montó una salvaje campaña contra él, con artículos titulados "El financiero turbio" o "El hombre de Alemania". Además, Calmette había logrado hacerse con algunas cartas de amor indiscretas que Caillaux le había escrito a su segunda esposa Henriet-te, estando ella todavía casada con otro, y amenazó con publicarlas. El 16 de marzo Henriette, tan elegantemente vestida como siempre, fue hasta las oficinas de Le Figaro. Cuando estuvo ante el director, sacó una pistola Browning de su manguito de piel y vació el cargador contra Calmette. Le dijo al aterrorizado personal: "En Francia ya no hay justicia. Era lo único que se podía hacer". Y esperó tranquilamente a ser arrestada por el asesinato. Su juicio comenzó el 20 de julio. Ocho días después, cuando el imperio austrohúngaro declaraba la guerra a Serbia, el jurado absolvió a Henriette, considerando que había cometido un crimen pasional. Una desafortunada consecuencia de su acción fue que su marido, que podía haber sido una voz en favor de la moderación en Francia, mientras Europa tendía hacia la guerra, se vio obligado a dimitir.[14]

Hacia finales de julio, el nuevo conflicto que se fraguaba en los Balcanes comenzó a aparecer en las primeras planas de la prensa europea. Las bolsas de valores se volvieron inestables, al extenderse los rumores de que el imperio austrohúngaro buscaba forzar un en-frentamiento con Serbia y que Rusia estaba decidida a respaldar esta vez a su pequeño aliado. La gente pensaba que de seguro esta crisis acabaría por resolverse como las anteriores. Habría algún trasiego de notas diplomáticas, tal vez incluso preparativos militares por parte del imperio austrohúngaro y de Rusia a fin de ejercer presión, pero a la larga las demás potencias intervendrían, promoverían un acuerdo, y los ejércitos se desmovilizarían. El concierto de Europa preservaría la paz, tal como había hecho durante tanto tiempo. "Un farol, no es más que un farol –había escrito Kiderlen, el ministro de Asuntos Exteriores alemán en 1912 durante la primera guerra balcánica–. Viviré para verlo ahora por tercera vez: Algeciras, Marruecos y ahora esto. Solo que ahora uno siempre intenta acabar con el otro yendo de farol. La guerra solo podría estallar si uno resultara tan inmensamente tonto y llevase el farol tan lejos que no pudiese echarse atrás y tuviese que disparar. Realmente, no considero que haya entre los actuales estadistas acémilas así".[15] Kiderlen no

vivió lo suficiente para ver hasta qué punto se equivocaba. Su muerte es otro ejemplo, como el asesinato del archiduque, el apuñalamiento de Rasputín o la renuncia forzosa de Caillaux, del papel del azar en la historia. Si Kiderlen hubiera estado en su cargo en el verano de 1914, acaso hubiera sido lo bastante fuerte como para encararse con los militares y convencer a Bethmann y al káiser de que tomaran el camino de la paz.

La crisis de julio de 1914 fue creada inicialmente por la imprudencia de Serbia, la sed de venganza del imperio austrohúngaro y el cheque en blanco de Alemania. Ahora correspondía cada vez más a las potencias de la entente hacer lo posible por evitar la guerra o, si esta llegaba, librarla en las condiciones más favorables. En tanto que muchos de los debates históricos se han centrado en la cuestión de la culpabilidad de Alemania, del imperio austrohúngaro o incluso de Serbia por la guerra, otros han culpabilizado a la triple entente: a Francia por respaldar a Serbia, a Gran Bretaña por no reconocer la legitimidad de las demandas alemanas de tener un lugar bajo el sol y más participación en el reparto colonialista mundial, o por no dejar claro desde el principio que sí intervendría del lado de Francia y Rusia. Si bien estos temas han fascinado y continúan fascinando a los historiadores y a los analistas políticos, puede que tengamos que aceptar que nunca tendremos una respuesta definitiva, porque para cada argumento hay una refutación sólida. ¿Estaba Francia realmente decidida a vengarse de Alemania? Hasta los nacionalistas como Poincaré se habían resignado a la pérdida de Alsacia y Lorena, y no estaban dispuestos a arriesgarse a una guerra para reconquistar esas provincias. Cierto que el tratado de Francia con Rusia llevó a Alemania a sentirse cercada, pero desde el punto de vista de Francia y de Rusia este era un tratado defensivo, que solo se activaría si Alemania atacaba. (Pero como tantas veces sucede en las relaciones internacionales, lo que desde una perspectiva es defensivo desde otra puede parecer una amenaza, y ciertamente así veía Alemania aquel tratado). ¿Cuánta responsabilidad tuvo Rusia por alentar el nacionalismo serbio? Sazónov debió haber hecho más por controlar a su embajador Hartwig; pero, pese a toda la retórica en los círculos nacionalistas, no todos los líderes rusos deseaban acudir en defensa de Serbia, si esto significaba correr el riesgo de entrar en otro gran conflicto, cuando aún estaba tan fresca la catastrófica derrota en la guerra ruso-japonesa. Los militares alemanes consideraban insignificante la fuerza expedicionaria británica, y confiaban en vencer en Francia mucho antes de que el poderío naval entrase en juego. En cualquier caso, Gran Bretaña no podría

haber hecho semejante declaración antes de que el consejo de ministros la aprobase; y este, en las semanas inmediatamente anteriores a la guerra, se hallaba profundamente dividido acerca de qué hacer.

De las tres potencias de la entente, Francia tenía la política más clara: garantizar que, si llegaba la guerra, Francia entraría en ella unida, como el bando inocente, y con Rusia de su lado. Los franceses también confiaban en impedir que su aliado actuase de un modo provocador, para que Alemania y el imperio austrohúngaro no pudieran afirmar que no hacían sino defenderse de la agresión rusa. Como se subrayó en una reunión de urgencia del consejo de ministros el 30 de julio: "Por el bien de la opinión pública, dejemos que sea Alemania quien aparezca como la mala".[16] Esto era importante, tanto de cara al interior como al exterior. Los líderes franceses estaban obsesionados con los recuerdos de las derrotas de la guerra de 1870-1871 y el largo aislamiento posterior, por las divisiones internas de Francia, por el conocimiento de su debilidad demográfica en comparación con Alemania, y por los temores de que sus aliados no los respaldasen. Los franceses ponían sus esperanzas en la intervención de Gran Bretaña, pero nunca contaron del todo con ella, aun cuando Alemania, como todo el mundo sospechaba, se proponía violar la neutralidad de Bélgica. Sin embargo, para Francia era esencial que Rusia se moviera rápidamente para atacar a las fuerzas alemanas en el este cuando estallara la guerra. En los años que precedieron a 1914, los franceses habían hecho todo lo posible por arrancarle a Rusia un compromiso firme de que atacaría pronto a Alemania y así aliviar la presión de la esperada invasión alemana contra Francia. Con enormes préstamos para la construcción de ferrocarriles y el desarrollo de la industria rusa, los franceses lograron obtener promesas del alto mando militar ruso, pero nunca estuvieron del todo seguros de que se cumplirían. El auge del poderío ruso era incluso una espada de doble filo, pues ponía a Francia en peligro de ser el aliado más débil. O aún peor, Rusia podría llegar a ser tan fuerte que no necesitara su alianza con Francia.[17]

Además siempre estaba el peligro –lo que también atormentaba a los franceses– de que aumentara la influencia en Rusia de los conservadores, que seguían abogando por un nuevo acercamiento a Alemania. Paléologue, que había enviado informes alarmistas a París, le dijo al embajador británico en mayo de

1914: “El emperador es voluble y el ministerio no tiene estabilidad. Siempre ha habido un sector en la corte a favor de un entendimiento con Alemania”.[18] Así como Alemania apoyaba al imperio austrohúngaro por miedo a perderlo, Francia se mostró reticente durante el verano de 1914 a poner freno a Rusia mientras esta se aproximaba a una confrontación en los Balcanes. Jaurés, el gran líder socialista, cuya comprensión de los asuntos exteriores era profunda, dijo en el parlamento francés el 7 de julio, mientras se discutía el viaje de Poincaré y Viviani a San Peters-burgo: “Nos parece inadmisible […] que Francia se vea involucrada en descabelladas aventuras balcánicas a causa de unos tratados de los cuales ella no conoce ni el texto, ni el sentido, ni los límites, ni las consecuencias”.[19]

A pesar de la oposición de los socialistas, Poincaré y Viviani partieron como estaba previsto el 15 de julio hacia Rusia, viajando a bordo del crucero France para no atravesar el territorio alemán. Aunque ellos no podían saberlo, el día anterior Tisza había retirado finalmente su oposición al ultimátum del imperio austrohúngaro a Serbia, y este se estaba terminando en Viena. Mientras el buque de guerra francés avanzaba por el mar del Norte y se adentraba en el Báltico, el tiempo era, como en toda Europa, espléndido, y Poincaré se sentaba en cubierta a leer a Ibsen y a charlar con Viviani. Aun cuando estaba también a cargo de los asuntos exteriores, el primer ministro francés no entendía mucho de ellos; era en cambio una enciclopedia ambulante de literatura, y le recitaba largos pasajes en poesía y prosa a su compañero. Los pensamientos de Poincaré giraban ocasionalmente en torno al proceso de Caillaux allá en Francia, mas no estaba preocupado por la situación internacional, o al menos eso dijo en la versión de su diario que publicaría más tarde. Se sentía seguro de navegar hacia la paz, escribió, dispuesto a establecer buenas relaciones con otros países, y a reafirmar la alianza de Francia con Rusia.[20] Estaba en realidad más preocupado por la alianza de lo que admitía; existía una gran posibilidad de que el parlamento francés revocase en el otoño la polémica ley de los tres años de servicio militar, cosa que bien podría hacer aumentar las dudas de Rusia acerca del valor de Francia como aliada.[21]

Cuando la delegación francesa desembarcó en Rusia el 20 de julio, el zar en persona estaba allí para recibirlos y fueron alojados en su gran palacio de

Peterhof, al oeste de San Petersburgo. (En la propia ciudad los trabajadores había convocado una huelga general y había combates en las calles; Poincaré escandalizó a sus anfitriones preguntando cuáles eran las causas).[22] Los días siguientes estuvieron cuajados de banquetes, recepciones y revistas militares. Viviani, que añoraba estar de vuelta en París, donde el juicio de Caillaux había llegado a su clímax y donde su caprichosa amante se divertía, se quejaba incesantemente de aburrimiento y de cansancio. Viviani enfermó del hígado y hubo que llamar con urgencia a un médico francés residente en la ciudad. A Poincaré le resultaba imposible solidarizarse con su compañero de viaje: "Es violento, huraño y vulgar, y se envuelve en un silencio lúgubre".[23]

La parte crucial del viaje ocurrió tras las bambalinas, en las conversaciones privadas entre los franceses y los rusos, pero desgraciadamente sabemos muy poco de lo que allí se habló. Los documentos son vagos, en el mejor de los casos, y bien puede ser que algunos fueran destruidos. Se sabe que ambas partes analizaron las tensiones entre Rusia y Gran Bretaña a causa de Persia, y los franceses instaron a los rusos a emprender una carrera armamentista naval contra los británicos.[24] El embajador británico dijo que el propio Sazónov y el embajador francés le habían informado en confianza de que las conversaciones habían tratado también sobre el imperio austrohúngaro y Serbia, y que Francia y Rusia se proponían acercarse conjuntamente a Viena para advertirle de que no pusiese en peligro la independencia de Serbia.[25] Ciertamente, los líderes franceses y rusos tenían muy presente la situación en los Balcanes. En una recepción para el cuerpo diplomático en San Petersburgo la noche del 21 de junio, Poincaré le dijo al embajador del imperio austrohúngaro que no se podía responsabilizar a ningún país de los complots perpetrados en su territorio. Serbia tenía "amigos", entre ellos Rusia, que se quedarían "atónitos" si el imperio austrohúngaro tomaba alguna medida fuerte. El embajador envió una advertencia a Berchtold en Viena, pero este optó por ignorarla.[26] Aunque no hay pruebas de que conspiraran para provocar una guerra con Alemania, ya el 22 de julio los franceses y los rusos estaban hablando abiertamente de la posibilidad de un conflicto; algo, según un agregado francés en San Petersburgo, "que nadie hubiera podido ni soñar hace solo unos días".[27]

Los rusos, que cada vez estaban más convencidos, por los rumores procedentes

de Viena, habían enviado sus propias advertencias aún antes de que llegaran los franceses. El 8 de julio, Sazónov le dijo al encargado de negocios del imperio austrohúngaro que cualquier intento por parte de Viena de interferir en los asuntos internos de Serbia sería una medida peligrosa que causaría "muy mala impresión" en Rusia.[28] Una semana después, durante una fiesta de verano, un alto funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores ruso le pidió al embajador italiano que transmitiese al imperio austrohúngaro el mensaje de que Rusia no toleraría ninguna amenaza a la independencia de Serbia. Dos días después, Sazónov se propuso hablar con el barón Friedrich Szápáry, el embajador del imperio austrohúngaro, acerca de las preocupaciones de Rusia. Szápáry fue sumamente tranquilizador –"manso como un cordero", dijo Sazónov–, diciendo que su gobierno sentía un profundo amor por la paz y que no quería hacer más difíciles sus relaciones con Serbia de lo que ya eran.[29] De modo que, de momento, el gobierno ruso esperó a ver qué pasaba.

Fue una desgracia para Rusia, y para el mundo, que sus dirigentes no estuviesen a la altura de las circunstancias en un momento en que se avecinaba una tormenta internacional de grandes dimensiones. Tanto Sazónov como el zar deseaban la paz, pero ambos eran débiles y fácilmente influenciables; ambos tenían además un fuerte sentido del honor y de la dignidad de Rusia, y recordaban con rencor cómo esta se había visto obligada a echarse atrás en las anteriores crisis en los Balcanes. Goremykin, el primer ministro, era una persona insignificante: quienes dominaban el consejo de ministros eran Alexander Krivoshein, el ministro de Agricultura, partidario de la línea dura en lo tocante al prestigio de Rusia; y Sujomlínov, imprudente y con una soberbia que lo llevaba a insistir en que las fuerzas armadas de Rusia estaban listas para cualquier eventualidad.[30] El general Nikolái Yanushkevich, el jefe del estado mayor, solo llevaba cinco meses en el cargo y no mostraba demasiadas aptitudes, excepto la de tener el favor del zar. El agregado militar británico dijo que este nombramiento "provocó la sorpresa general. Yanushkevich daba la impresión ser más un cortesano que un soldado".[31] Entre los demás líderes militares, el gran duque Nikolái Nikolaiévich poseía experiencia y sentido común, pero abogaba por la movilización inmediata, pese al riesgo de guerra al intensificarse la crisis. Su esposa, una de las muchas hijas del rey de Montenegro que se habían casado bien, era una apasionada y acrítica defensora de Serbia. "Habrá guerra –le manifestó a Paléo-logue el 21 de julio, durante la visita de Poincaré–. No quedará nada de Austria […]. Nuestros ejércitos se encontrarán en Berlín,

Alemania será destruida”.[32]

Otra voz influyente a favor de la guerra era la del embajador francés en San Petersburgo. Paléologue odiaba a Alemania, y desde hacía tiempo estaba convencido de que un conflicto de grandes proporciones con ella era inevitable. Inteligente, taimado, emotivo y vanidoso, había ido ascendiendo en el escalafón del servicio diplomático francés gracias a su relación con hombres poderosos, como Delcassé y Poincaré, a quienes había conocido cuando eran estudiantes. Paléolo-gue aspiraba a ser escritor, además de estadista, y afirmaba descender de una familia bizantina antigua y noble; pero sus muchos enemigos alegaban que sus padres –un exiliado griego de Rumanía y una músico belga– eran de extracción humilde, por no decir dudosa. Cuando fue destinado a San Petersburgo en enero de 1914 para sustituir a Del-cassé, el primer ministro francés, por entonces Gaston Doumergue, le dijo que la guerra podía estallar en cualquier momento y que la seguridad de Francia dependía de cuán pronto sus aliados entraran en combate. Paléologue, que se veía como un actor independiente más que como un sirviente de su gobierno, asumió el deber de fomentar la triple entente y, cuando comenzara la guerra, atraer a Rusia al bando de Francia.[33] El 24 de julio, al darse a conocer la noticia del ultimátum austriaco, y cuando Poincaré y Viviani ya habían zarpado rumbo a Francia, Paléologue invitó a almorzar al embajador británico, sir George Buchanan, y a Sazónov. El ministro de Asuntos Exteriores ruso estaba furioso por la maniobra del imperio austrohúngaro, que tachó de “inmoral y provocadora”. Buchanan informó a Londres de que Sazónov esperaba que Gran Bretaña proclamase de inmediato su solidaridad con Francia y Rusia. Paléologue fue todavía más vehemente: “A juzgar por el lenguaje del embajador francés, era casi como si Francia y Rusia estuvieran decididas a adoptar una postura firme aun cuando nosotros declináramos sumarnos. El lenguaje del ministro de Asuntos Exteriores, sin embargo, no fue tan decidido sobre este tema”.[34] En los días siguientes, Paléologue reiteró las garantías del apoyo de Francia a Rusia ante el propio Sazónov, pero también al embajador italiano, que bien pudo transmitir la noticia de esta posición francesa al imperio austrohúngaro y a Alemania.[35]

Puede que Paléologue se excediera en el cumplimiento de sus instrucciones, pero no estaba lejos de Poincaré, que personalmente había dado seguridades a los

rusos del apoyo francés en caso de crisis. En su reunión de despedida con el zar, Poincaré le dijo que sus dos países tenían que colaborar muy estrechamente si el imperio austro-húngaro y Alemania atacaban a Serbia: “Cuanto más difícil se torne la situación, más unidos y cercanos tendremos que estar”. Ambos hombres al parecer también hablaron largo y tendido sobre cómo podrían cooperar militarmente Rusia y Francia.[36] Esta no era, por supuesto, la primera vez que conversaban sobre este tema; durante más de una década, los militares rusos y los franceses habían hecho planes conjuntos para una guerra contra Alemania, y sus vínculos, incluyendo las comunicaciones telegráficas directas, se habían estrechado con el tiempo.[37] En julio de 1914, movidos por su ira contra el imperio austrohúngaro, los rusos estaban resueltos a declarar la guerra, pero los franceses tampoco querían detenerlos. De hecho, al igual que sus homólogos alemanes, muchos líderes franceses pensaban que, si la guerra había de llegar, el presente era el mejor momento. En junio de 1914, un informe del estado mayor señalaba que Rumanía era ahora un enemigo potencial para el imperio austrohúngaro y que Rusia constituía una amenaza de primer orden para Alemania.[38]

La primera reacción de Sazónov en la mañana del 24 de julio, al enterarse del ultimátum, fue: “Esto significa la guerra europea”. El zar, que asistía a las maniobras de verano en la aldea de Krásnoie Seló, al sur de San Petersburgo, dijo tan solo: “Esto es perturbador”. Inicialmente, él al menos creyó en las aseveraciones de Guillermo de que Alemania no sabía nada del ultimátum, y se consoló con el recordatorio del káiser de que Alemania y Rusia siempre habían logrado llegar a un acuerdo en las crisis anteriores. El consejo de ministros se reunió de emergencia en Krásnoie Seló aquella tarde. Aunque Sazónov todavía confiaba en que sería posible evitar la guerra, adoptó la posición de que Rusia no podía permitir que el imperio austrohúngaro destruyera su influencia en los Balcanes aplastando a Serbia. En privado, como comentó más tarde, sorprendentemente al embajador del imperio austrohúngaro le disgustaban las demandas que Serbia le hacía a Rusia y el modo en que la involucraba en conflictos, pero no veía otra alternativa en ese momento que ofrecerle apoyo. El prestigio de Rusia y la opinión pública rusa no tolerarían otra cosa.[39] Krivoshein, en un discurso que resultó significativo por su influencia en otros, dijo que Rusia debía adoptar una postura firme, aun si esto comportaba el riesgo de una guerra. Su colega Peter Bark, que solía ser la voz de la prudencia, coincidía con él: “Cuando se trata del honor y la dignidad de Rusia, así como de su supervivencia

como gran potencia, el ministro de Finanzas debe sumarse a la mayoría del consejo de ministros”. Este decidió colaborar con las demás potencias, incluida Alemania, en convencer al imperio austrohúngaro de que ampliara el plazo de respuesta al ultimátum impuesto a Serbia, a fin de que hubiese tiempo para encontrar una solución diplomática. Pero para presionar todavía más, el consejo también había autorizado una movilización parcial del ejército de Rusia en cuatro distritos militares. Aunque esta movilización constituía una amenaza más para el imperio austrohúngaro que para Alemania, de todos modos era una maniobra sumamente arriesgada, pues desafiaba a la monarquía dual a responder. Además resultó poco práctica desde el punto de vista militar, pues el ejército no había trazado planes para una movilización únicamente contra el imperio austrohúngaro. Goremykin resumió la política de Rusia hacia el final de la reunión: “No queremos la guerra, pero no la tememos” Aquella noche Sazónov informó a un visiblemente alterado embajador alemán de que Rusia estaba extremadamente disgustada con el ultimátum.[40]

Al día siguiente, al acortarse el plazo previsto para que Serbia respondiese al ultimátum, la postura rusa comenzó a endurecerse. “Rusia –le dijo Sazónov a Buchanan, que enseguida cablegrafió a Londres– no puede permitir que Austria aplaste a Serbia y se convierta en la potencia hegemónica de los Balcanes, y, segura del apoyo de Francia, afrontará todos los riesgos de una guerra”. Paléologue, que también estaba presente cuando ambos hombres se reunieron, declaró que Francia estaba lista para combatir al lado de Rusia, y exigió saber si Gran Bretaña cerraría filas con sus amigos. Los británicos tendrían que elegir, añadió Sazónov, entre brindar a Rusia un apoyo activo o perder su amistad.[41] El consejo de ministros ruso, que había vuelto a reunirse aquella mañana, había aprobado ya nuevas medidas bélicas. Todas las fortalezas debían ser puestas en pie de guerra, las postas fronterizas guarnecidas en su totalidad, y debían efectuarse los pasos preliminares para la movilización en el resto de los distritos militares. Los principales generales rusos al parecer vieron esto en su momento como un paso hacia la movilización general y la guerra.[42] Aunque los rusos continuaron negando durante varios días que estuvieran haciendo algo fuera de lo común –Sujomlínov dio su palabra de honor al agregado militar alemán el 26 de julio–, los observadores que cruzaron la frontera oeste de Rusia vieron señales redobladas de actividad militar por doquier.[43]

Aquella noche un diplomático ruso retirado se encontraba cenando con un amigo en su casa de campo, en la carretera entre Peterhof y Krásnoie Seló, cuando oyeron a un regimiento pasar marchando hacia San Petersburgo: “Todos nos precipitamos hacia la puerta del jardín y nos paramos a mirar las gigantescas siluetas de los guardias avanzando pesada y silenciosamente por el camino polvoriento, bajo la luz del crepúsculo. Nunca olvidaré la siniestra impresión de fatalidad inminente que me produjo aquella visión”.[44] El advenimiento o no de esta fatalidad dependía de un solo hombre, lo mismo que en Alemania y en el imperio austrohúngaro. A pesar de la nueva constitución de 1906, el zar todavía controlaba la política exterior y el ejército. Como Jules Cambon, el embajador francés en Berlín, le dijera a un colega justo después del ultimátum del imperio austrohúngaro a Serbia: “Hoy el destino de Francia y la conservación de la paz en Europa dependen de una voluntad extranjera, la del zar. ¿Qué decidirá hacer, y quiénes habrán de aconsejarlo?”.[45]

Mientras el gobierno ruso se preparaba para la guerra, Poincaré y Viviani, tal como esperaba el gobierno del imperio austrohúngaro, se hallaban en el mar, y desde el 24 de julio en adelante solo pudieron comunicarse intermitentemente con París y con las embajadas francesas en el extranjero. La noticia del ultimátum le llegó al France camino de Estocolmo, y Viviani se apresuró a enviar un cable, probablemente redactado por Poincaré, a San Petersburgo, solicitando que fuese reenviado a París y a Londres: en él recomendaba que Serbia aceptase todas las condiciones del ultimátum compatibles con su honor e independencia. El cable sugería también que la triple entente internacionalizara el asunto, solicitando una investigación internacional sobre la complicidad de serbia, en vez de dejar que el imperio austrohúngaro llevara a cabo una por su cuenta.[46] Durante los días siguientes, los franceses, los italianos y en particular los británicos se aferrarían a la esperanza de que el moribundo concierto de europa podría resucitar de algún modo y resolver aquella nueva crisis.

Poincaré y Viviani discutieron también la posibilidad de abandonar sus visitas programadas a los países escandinavos y poner rumbo de inmediato a Francia; pero decidieron que esto tal vez ofendiera a sus anfitriones y alarmara innecesariamente a su propio país. De modo que continuaron rodeando el Báltico, cada vez más preocupados, conforme iban empeorando las noticias que

llegaban desde los Balcanes. Como ahora los alemanes estaban interfiriendo todas las transmisiones de radio entre el France y París (y también entre Francia y Rusia), era difícil enviar y recibir mensajes. En París sus colegas decidieron por iniciativa propia tomar medidas de precaución. Los oficiales del estado mayor fueron llamados de vuelta al servicio y se enviaron tropas para la custodia de los ferrocarriles y de otros puntos estratégicos. El general Joffre, el jefe del estado mayor, afirmaría más tarde que él no se hacía ilusiones sobre la gravedad de la situación: "Estábamos abocados a una guerra, y Rusia iba a verse arrastrada a ella al mismo tiempo que nosotros". Joffre y el ministro de la Guerra le aseguraron al agregado militar ruso que Francia estaba lista para honrar su alianza. Hacia finales del mes, este país había adelantado considerablemente en su preparación para la guerra, y en las tiendas de los pueblos y las ciudades que vendían ropa masculina, comenzaron a ofertar botas pesadas y medias gruesas.[47]

En tanto que el gobierno francés había estado desempeñando un papel bastante pasivo en el periodo que mediaba entre el ultimátum del imperio austrohúngaro a Serbia y su declaración de guerra del 28 de julio, Gran Bretaña había desviado finalmente su atención de Irlanda hacia el continente y comenzado a emprender acciones. Grey había sido lento –demasiado lento– en darse cuenta de la magnitud del peligro que se gestaba en los Balcanes y en reconocer que Gran Bretaña estaba constreñida de algún modo, por ser miembro de la triple entente. El 9 de julio, el embajador alemán, el príncipe Karl von Lichnowsky, se lo encontró animado y optimista con respecto a una posible resolución del conflicto. Grey insistió en que Gran Bretaña, por supuesto, ejercería su habitual libertad de acción, pero añadió que su país estaba estrechamente unido a Francia y a Rusia. Sí admitió haber tenido "conversaciones" con los franceses sobre temas militares, pero quitándoles trascendencia. En una reunión que sostuvieron una semana después, Grey advirtió a Lichnowsky de que, si la opinión pública rusa se exaltaba en relación con Serbia, Gran Bretaña tendría que "seguirle la corriente a esa sensibilidad".[48] Optó por no explicarle al alemán lo preocupados que estaban él y el ministerio de Asuntos Exteriores a causa de las relaciones con Rusia. Una nueva fuente de tensión había surgido en torno al control del petróleo en Mesopotamia (hoy parte de Irak), continuaba la pugna por la influencia en Persia, y el gobierno de la India estaba dando muestras de inquietud por las intrigas rusas en Afganistán. Nicolson y sus colegas en el ministerio de Asuntos Exteriores no confiaban del todo en que el acuerdo anglo-ruso de 1907 pudiera ser renovado cuando expirase en 1915. "Me asaltan los mismos temores que a ti

–le había escrito Nicolson a Buchanan en San Petersburgo aquella misma primavera– de que Rusia se canse de nosotros y llegue a un acuerdo con Alemania”.[49] Ante el agravamiento de la crisis en 1914, Grey y sus funcionarios dudaban sobre presionar en exceso a Rusia para que se retractase de su confrontación con el imperio austrohúngaro, por miedo a que esto empujara a Rusia hacia Alemania. (Este país, por supuesto, tenía un temor parecido: si no apoyaba al imperio austro-húngaro, se arriesgaba a perder a su único aliado importante). El 28 de julio, el día en que el imperio austrohúngaro le declaró la guerra a Serbia, Nicolson le escribió en privado a Buchanan: “Yo preví al igual que tú que Rusia podría usar esta crisis para poner a prueba nuestra amistad, y si la defraudáramos desaparecería toda esperanza de un entendimiento amistoso y permanente”.[50]

La esperanza de Grey, al agravarse la crisis, era que Gran Bretaña no tuviese que tomar decisiones difíciles. Si las potencias actuaban una vez más como el concierto de Europa, deberían poder zanjar aquel conflicto de algún modo, ya fuese mediante una conferencia de embajadores en Londres, como se había hecho con buenos resultados durante la primera y la segunda guerras balcánicas, o presionando a las potencias más directamente involucradas para que negociaran un acuerdo. ¿Tal vez, sugirió Grey, Rusia podría presionar a Serbia, y Alemania al imperio austrohúngaro? Cuando quedó claro que Rusia estaba de parte de Serbia, Grey se aferró a la posibilidad de que Francia, Gran Bretaña, Alemania e Italia pudiesen persuadir a Rusia y al imperio austrohúngaro de que hablaran directamente entre sí. Cuando finalmente se produjo la declaración de guerra del imperio austrohúngaro a Serbia, Grey propuso la idea de un alto en Belgrado para las fuerzas austrohúngaras a fin de dar tiempo a las negociaciones. (A Guillermo, que rehuía la guerra cuando tenía que enfrentarse a su realidad concreta, se le ocurrió al mismo tiempo una propuesta parecida). Sin embargo, mientras presentaba propuesta tras propuesta, Grey iba diciéndoles a los franceses y a sus propios colegas que, pese a todas las conversaciones militares y navales a lo largo de los años, Gran Bretaña no estaba ligada a Francia por ninguna obligación ni ningún tratado secreto, y que actuaría según su propio criterio. Nunca fue completamente franco con sus colegas, ni con el público británico, ni tal vez siquiera consigo mismo, respecto a hasta qué punto él y los militares habían comprometido la colaboración de Gran Bretaña con Francia. Por otra parte, como había hecho muchas veces antes, advirtió a Alemania de que Gran Bretaña no podía cruzarse de brazos mientras Francia era aplastada, y

de que vería con intenso disgusto cualquier violación de la neutralidad de Bélgica.

El 23 de julio, Mensdorff, el embajador del imperio austrohúngaro en Londres, le dio a Grey una idea de la naturaleza del ultimátum que estaba a punto de ser presentado a Serbia dejándolo, al parecer, consternado. Aquella noche él y Haldane, el ministro de la Guerra, cenaron con el industrial alemán Albert Ballin, que había sido enviado a Londres por el gobierno alemán, en misión extraoficial, para que sondeara las posibles reacciones de Gran Bretaña si estallaba la guerra en el continente. Como con tantos otros momentos de aquellos últimos días frenéticos, los recuerdos de este suceso divergen. Haldane recordaba que él y Grey habían advertido a Ballin de que no contara con la neutralidad de Gran Bretaña si Alemania atacaba a Francia; Ballin, por su parte, llevó a Berlín un mensaje diferente: en su opinión, Gran Bretaña se preocupaba ante todo por el equilibrio de poder en el continente, y que en tanto Alemania prometiera no tragarse a Francia después de cualquier guerra (limitándose tal vez a tomar unas pocas colonias francesas), Gran Bretaña no inter-vendría.[51]

Al día siguiente, Grey leyó el texto íntegro del ultimátum. “Aquella nota me pareció –dijo a Mensdorff– el documento más tremendo jamás dirigido por un estado independiente a otro”. Siguiendo instrucciones de Berchtold, Mensdorff hizo un tímido intento por minimizar su trascendencia; en realidad no era tanto un ultimátum como un trámite con un límite de tiempo, y si bien el imperio austrohúngaro se proponía iniciar preparativos militares al cumplirse su plazo, estos no equivalían a una acción de guerra.[52] Durante una reunión del consejo de ministros de ese mismo día, convocada para discutir el fracaso de la conferencia irlandesa en el palacio de Buckingham, Grey sacó el tema de la crisis de los Balcanes por primera vez, y dijo estar seguro de que, si Rusia atacaba al imperio austrohúngaro, Alemania defendería a su aliado. Aunque una mayoría de sus colegas se oponía firmemente a que Gran Bretaña se involucrase en una guerra, esto fue cambiando durante el transcurso de la semana siguiente, en gran medida por culpa de las acciones de Alemania. Grey dijo sombríamente que, a causa de aquel ultimátum, estaban más cerca del Armagedón que en ningún otro momento desde las primeras guerras balcánicas. Su solución era considerablemente menos dramática: sugeriría que Alemania, Francia, Italia y Gran Bretaña unieran

fuerzas para instar al imperio austrohúngaro y a Rusia a no combatir. Sin embargo, en ese mismo día Gran Bretaña también inició sus preparativos preliminares para la guerra. La totalidad de la flota británica en aguas nacionales había estado realizando maniobras navales de verano la semana anterior, y el gobierno le ordenó permanecer en activo. Al igual que las medidas preparatorias rusas y francesas, y las que estaban por iniciarse en Alemania, puede que tales maniobras fuesen de naturaleza defensiva; pero no necesariamente lo parecían desde el exterior, y por lo tanto constituyeron otro factor que elevó los ya altos niveles de tensión en Europa.

En la noche del 24 de julio, Grey hizo llamar a Lichnowsky y le pidió al embajador que comunicara a su gobierno que Gran Bretaña estaría dispuesta a hacer una petición conjunta con Alemania para que el imperio austrohúngaro ampliase el plazo de respuesta. Entonces las demás potencias tendrían tiempo para distender el enconado conflicto entre el imperio austrohúngaro y Rusia. "Inútil –escribió Guillermo al leer el informe de Lichnowsky al día siguiente–. No participaré, a menos que Austria me lo pida expresamente, lo cual no es probable. En cuestiones vitales y en cuestiones de honor, uno no consulta con otros".[53]

El sábado 25 de julio, Grey vio nuevamente a Lichnowsky para discutir la situación general. Al embajador alemán le costaba cada vez más trabajo defender la posición de su propio gobierno. Siendo un gran admirador de Gran Bretaña y de sus instituciones, abogaba desde hacía tiempo por un mejor entendimiento entre Londres y Berlín. El káiser lo había sacado de su retiro en 1912 para asignarle el cargo de embajador, encomendándole ganarse la simpatía de los ingleses. A Bethmann y al ministerio de Asuntos Exteriores no les gustó este nombramiento, pues sentían que le faltaba experiencia y que era demasiado ingenuo en relación con los británicos.[54] En realidad, Lichnowsky no hizo otra cosa durante la crisis que dar buenos consejos: que Alemania había tomado un rumbo peligroso al dar alas al imperio austrohúngaro, y que, si estallaba una guerra general, Gran Bretaña se vería involucrada. Sus superiores, les informaba, estaban soñando si creían realmente que cualquier conflicto se quedaría confinado en los Balcanes.[55] (Y, como escribiera mordazmente Nicolson a Buchanan: "Creo que todo eso de regionalizar la guerra significa sin más que

todas las potencias formarán un corro mientras Austria estrangula tranquilamente a Serbia”).[56]

Aquella tarde, mientras seguían volando de un lado a otro de Europa los telegramas urgentes, Grey decidió ir como de costumbre a pasar el fin de semana en su retiro campestre cerca de Winchester.[57] Aunque era posible enviarle un telegrama, resulta una decisión curiosa en medio de unos acontecimientos que se sucedían con tanta rapidez. De regreso en Londres, Grey se enteró el lunes 27 de julio de que Alemania había rechazado tajantemente la propuesta de la mediación de las cuatro potencias, aduciendo, según afirmó Jagow, que ello equivaldría a una corte internacional de arbitraje, cosa que solo podría suceder si Rusia y el imperio austrohúngaro, las dos partes directamente implicadas, lo solicitaban.[58] Gran Bretaña estaba por entonces cada vez más presionada por Rusia y Francia para que dejara claro cuál sería su respaldo. Buchanan, que se había reunido con Sazónov el domingo para instarlo a colaborar con el imperio austrohúngaro para resolver la situación y a retrasar la movilización de Rusia en aras de la paz, cablegrafió a Londres el lunes que la posición de los rusos se había endurecido: “Ministro de Asuntos Exteriores respondió que no que logremos captar a Alemania para causa de paz a menos que proclamemos públicamente nuestra solidaridad con Francia y Rusia”.[59] En París, Izvolski le dijo a un diplomático francés durante una cena que la guerra era en verdad inminente y que era culpa de Gran Bretaña. Solo con que los británicos hubiesen dejado bien claro, al comienzo de la crisis, que pelearían junto a los rusos y los franceses, el imperio austrohúngaro y Alemania hubieran vacilado. No sería igual que cuando la crisis bosnia, añadió amenazadoramente, en la que una Rusia débil se había visto obligada a echarse atrás. Esta vez Rusia estaba en posición de combatir.[60] El martes 28 de julio, Paul Cambon, que regresó a toda prisa desde París, donde había estado asesorando al gobierno en ausencia de Poincaré y Viviani, advirtió a Grey de que “si llegara a suponerse que Gran Bretaña se mantendría con certeza al margen de una guerra europea, la posibilidad de preservar la paz estaría en extremo peligro”.[61] Cambon, que había dedicado su estancia en Londres a convertir la entente cordial en algo más sólido que una tibia amistad, había temido desde el comienzo de la crisis que Grey “temblaría y vacilaría”, y que Alemania por tanto se envalentonaría y entraría en acción. “Gran Bretaña se nos unirá sin duda al final –le aseveró no obstante a un colega en París–, pero será demasiado tarde”.[62] Cambon sufriría agónicamente durante la semana siguiente, tratando de extraer de Grey un compromiso firme.

A lo largo y ancho del continente se advertían actividades inusuales. Durante el fin de semana del 25 y el 26 de julio, unos espías alemanes informaron acerca de un incremento del tráfico radiofónico entre la torre Eiffel de París y una importante base militar del oeste de Rusia. Se decía que los guardias de frontera rusos estaban en alerta máxima, y que el material rodante de los ferrocarriles estaba siendo trasladado hacia las ciudades rusas cercanas a la frontera con Prusia oriental.[63] El 26 de julio, Guillermo, cuyo gobierno había abrigado la esperanza de mantenerlo prudentemente alejado en el mar del Norte, ordenó de repente a la flota alemana que escoltara su yate de regreso a Alemania. Al parecer, temía que Rusia estuviese planeando torpedearlo por sorpresa. También pensaba que Bethmann no tenía una adecuada comprensión de las cuestiones militares.[64] Al día siguiente, Poincaré y Viviani cancelaron abruptamente su visita programada a Copenhague y regresaron a todo vapor a Francia. Oleadas de sentimientos nacionalistas comenzaban a perturbar la calma veraniega. En San Peters-burgo, multitudes, al principio pequeñas pero que fueron creciendo a lo largo de la semana, desfilaron portando retratos del zar Nicolás y la enseña nacional, y cantando “Salva a Tu pueblo, Señor”.[65] Cuando el propio Nicolás asistió a un teatro local en Krásnoie Seló, el público le dedicó en pie varias ovaciones espontáneas, y unos oficiales del ejército que también estaban presentes rompieron a cantar. En París la gente se manifestaba frente a la embajada del imperio austrohúngaro, y en Viena “reina el más frenético entusiasmo”, comunicó el embajador británico, cuando los ciudadanos intentaron manifestarse frente a la embajada rusa mientras que unos oficiales uniformados recibían clamorosos vítores. En Berlín, cuando llegó la noticia de la reacción serbia al ultimátum austriaco, grandes multitudes se reunieron para cantar canciones patrióticas y el himno nacional austriaco. Estudiantes universitarios subían y bajaban por el bulevar Unter den Linden coreando consignas patrióticas.[66]

En Italia, sin embargo, las calles estaba tranquilas, y el embajador británico contó que la opinión pública condenaba tanto el papel de Serbia en el asesinato como la reacción del imperio austrohúngaro, por considerarla severa en exceso. El público italiano aguardaba, señaló, con “una expectación un tanto angustiada”. El gobierno, en su opinión, estaba buscando una razón plausible para eludir las obligaciones como miembro de la triple alianza.[67] El dilema del

gobierno italiano era que no deseaba ver al imperio austrohúngaro destruir Serbia y lograr con ello la hegemonía en los Balcanes, pero, por otra parte, tampoco quería enemistarse con los otros miembros de la alianza, en particular con Alemania. (Los italianos, como muchos otros europeos, tenían un respeto saludable, incluso exagerado, por el poderío militar alemán). Una verdadera guerra europea presentaba otro problema aún: si Alemania y el imperio austrohúngaro ganaban, Italia quedaría todavía más a su merced, convirtiéndose en una suerte de estado vasallo. Asimismo, combatir del lado de la alianza dual podría resultar impopular de cara al interior, pues la opinión pública nacional seguía tendiendo a ver al imperio austrohúngaro como el enemigo tradicional que había avasallado y oprimido a los italianos, como ahora estaba haciendo con los serbios. Una última consideración era la propia debilidad de Italia. Su armada sería diezmada si tenía que luchar contra la británica y la francesa, y su ejército necesitaba desesperadamente un periodo de recuperación tras la guerra contra el imperio otomano a causa de Libia. De hecho, las fuerzas italianas seguían enfrentándose a una resistencia tenaz en sus nuevos territorios norteafricanos.[68]

San Giuliani, el prudente y experimentado ministro de Asuntos Exteriores italiano, se hallaba durante aquel mes de julio en Fiuggi Fonte, en las colinas al sur de Roma, en un vano intento por curar su debilitante gota. (Las aguas del lugar tenían fama de curar los cálculos de riñón y contaban con el testimonio de Miguel Ángel, que decía que le habían librado de “el único tipo de piedra que no podía amar”). El embajador alemán ante Italia lo visitó allí el 24 de julio para comunicarle los detalles del ultimátum. A pesar de la considerable presión de Alemania y el imperio austrohúngaro, San Giuliani adoptó entonces, como en las semanas siguientes, la posición de que Italia no estaba obligada a entrar en una guerra que a todas luces no era defensiva, pero que tal vez decidiera hacerlo bajo ciertas circunstancias; en concreto, la de que el imperio astrohúngaro le ofreciera unos territorios habitados por italoparlantes. Y si este lograba conquistas en los Balcanes, Italia también había de ser compensada. El 2 de agosto, el gobierno del imperio austrohúngaro, que se refirió irrespetuosamente a los italianos como “conejos poco fiables”, cedió de mal grado a las presiones de Alemania y formuló una vaga oferta de compensación territorial, sin incluir ninguna parte del propio imperio austrohúngaro, y solo si Italia participaba en la guerra. Al día siguiente, Italia declaró que permanecería neutral.[69]

En Gran Bretaña, durante la última semana de julio la opinión pública se hallaba profundamente dividida, y tanto la fuerte ala radical del partido liberal como el partido laborista se oponían a la guerra. Cuando el gabinete se reunió en la tarde del lunes 27 de julio, los criterios contrapuestos tenían el mismo número de partidarios. Grey, entre ambigüedades, no propuso una línea de acción clara. Por una parte, dijo que si Gran Bretaña no se unía a Francia y a Rusia,

hubiera perdido naturalmente el derecho a su confianza para siempre, y Alemania casi con seguridad atacaría a Francia mientras Rusia se movilizaba. Si, por otra parte, decíamos que estábamos dispuestos a echar nuestra suerte con la entente, Rusia atacaría de inmediato a Austria. En consecuencia, nuestra influencia a favor de la paz dependía de nuestra aparente indecisión. Italia, deshonesta como de costumbre, estaba rehuyendo sus obligaciones para con la tríplice, sobre la base de que Austria no le consultó previamente el ultimátum.[70]

Después de la reunión, Lloyd George, el influyente ministro de Economía, que permanecía en el bando de los que querían la paz, le dijo a un amigo que "nuestra participación en esta guerra estaba fuera de toda discusión. Él no sabía de ningún ministro que estuviese a favor de ella".[71]

Al otro lado del canal de la Mancha, algunos líderes clave, que hasta entonces se habían mostrado belicosos, titubearon ahora brevemente. De vuelta en Berlín, el 27 de julio el káiser consideró aceptable la respuesta serbia al ultimátum. Falkenhayn, el ministro de la Guerra, escribió en su diario: "Pronuncia discursos confusos. Lo único que aflora con claridad es que él ya no desea la guerra, aun a costa de defraudar a Austria. Me doy cuenta de que ya no tiene el control de la situación".[72] El zar le envió a Sazónov una nota proponiendo que Rusia uniera fuerzas con Francia y Gran Bretaña, y tal vez con Alemania e Italia, en un esfuerzo por preservar la paz, convenciendo al imperio austrohúngaro y a Serbia de que llevaran su disputa ante el tribunal internacional de justicia de La Haya: "Tal vez quede algo de tiempo aún, antes de los fatales acontecimientos".[73] Sazónov también se empeñó en sostener conversaciones directas con el imperio austrohúngaro, y, desde Berlín, Bethmann le aconsejó al aliado de Alemania que

participase, al parecer más para tener la oportunidad de hacer quedar mal a Rusia ante la opinión pública de la alianza dual que pensando en la paz.

Aunque el káiser y acaso Bethmann seguían aferrándose a las últimas esperanzas que se vislumbraban entre el aluvión de los acontecimientos, a estas alturas primaba ya en la cúpula alemana la impresión de que la guerra era inevitable. Asimismo, intentaban autoconvencer-se de que Alemania era parte inocente. Moltke escribió en un sombrío memorándum del 28 de julio que Rusia estaría obligada a movilizarse cuando el imperio austrohúngaro atacase Serbia, y que Alemania se vería obligada a acudir en ayuda de su aliado movilizándose a su vez. Rusia respondería atacando a Alemania, y entonces intervendría Francia. “De este modo, la alianza franco-rusa, tan a menudo alabada como un pacto meramente defensivo, creado solo para contrarrestar los planes agresivos de Alemania, entrará en acción, y comenzará la carnicería mutua entre las naciones civilizadas de Europa”.[74] Las conversaciones entre Rusia y el imperio austrohúngaro comenzaron puntualmente el 27 de julio, solo para verse interrumpidas al día siguiente, cuando el imperio austrohúngaro, presionado por Alemania para que actuara con rapidez, le declaró la guerra a Serbia.[75]

La declaración de guerra del imperio austrohúngaro hubiera resultado cómica de no haber tenido consecuencias tan trágicas. Habiendo cerrado melodramáticamente su embajada en Belgrado, Berchtold se encontró con que no tenía forma de comunicarle la noticia a Serbia. Alemania se negó a servir de emisaria, ya que seguía tratando de dar la impresión de que desconocía los planes del imperio austrohúngaro; así pues, Berchtold recurrió a enviar un telegrama no cifrado a Pašić, método nunca antes empleado para una declaración de guerra. El primer ministro serbio, sospechando que alguien en Viena podía estar intentando engañar a Serbia para incitarla a atacar primero, no quiso creerlo, hasta que recibió la confirmación de las embajadas serbias en San Petersburgo, Londres y París.[76] En Budapest, Tisza pronunció un apasionado discurso en el parlamento húngaro en favor de la declaración, y el líder de la oposición exclamó: “¡Al fin!”.[77] Cuando Sujomlínov oyó la noticia, durante una cena en San Petersburgo, le dijo al comensal que tenía al lado: “Esta vez sí invadiremos”.[78] En la noche del 28 de julio, los cañones austriacos de la ribera norte del Sava disparaban contra Belgrado. A Europa le quedaba tan solo una

semana de paz.

XX

LAS LUCES SE APAGAN: LA ÚLTIMA SEMANA DE PAZ EN EUROPA

La declaración de guerra del imperio austrohúngaro contra Serbia el 28 de julio convirtió el firme avance de Europa hacia la guerra en una carrera despeñada cuesta abajo. La reacción de Rusia, que no ocultaba su apoyo a Serbia, probablemente sería amenazar a su vez al imperio austrohúngaro. De suceder esto, Alemania podría acudir en auxilio de su aliado y verse por tanto en guerra con Rusia. Entonces, dada la naturaleza de los sistemas de alianzas, Francia pudiera verse obligada a intervenir del lado de Rusia. En cualquier caso, aunque los planes de guerra alemanes eran secretos, los franceses ya tenían una idea bastante clara de que Alemania no tenía intenciones de librar una guerra contra Rusia únicamente, sino que atacaría también hacia el oeste. Quedaba como interrogante lo que harían Gran Bretaña e Italia, así como las potencias más pequeñas como Rumanía y Bulgaria, aunque todas ellas tenían lazos de amistad y otros vínculos con las potencias virtualmente en conflicto.

El escritor austriaco Stefan Zweig se encontraba de vacaciones cerca del puerto belga de Ostende, donde el ambiente, según recordaba, era tan despreocupado como el de cualquier otro verano. “Los turistas se tumbaban en la playa junto a sus casetas de colores brillantes o se bañaban en el mar, los niños hacían volar cometas, los jóvenes bailaban frente a los cafés o en el paseo junto al muro del puerto. Todos los países imaginables se hallaban allí reunidos amistosamente”. De vez en cuando, los ánimos se ensombrecían cuando los vendedores de periódicos voceaban sus titulares sobre la amenazas de movilización hacia al este, o cuando los turistas advertían más trasiego de soldados belgas; aunque no tardaba en volver a reinar el espíritu veraniego. Pero de la noche a la mañana se hizo imposible ignorar los nubarrones que se cernían sobre Europa. “De repente –recordaba Zweig– una fría ráfaga de terror sopló sobre la playa, despoblándola por completo”. Zweig hizo el equipaje apresuradamente y regresó a su casa en tren. Para cuando llegó a Viena, la Gran Guerra había empezado. Como a otros

miles y miles de europeos, le costaba trabajo creer que la paz de Europa se hubiese acabado de un modo tan abrupto y definitivo.[1]



BRAVO, BELGIUM!

20. El plan alemán, conocido como el plan Schlieffen, determinaba que Alemania debía librar una guerra en dos frentes, contra Francia y contra Rusia. Para derrotar rápidamente a su enemigo en el oeste, el alto mando militar alemán planeó una rápida invasión de Bélgica y el norte de Francia. Aunque Alemania solicitó a Bélgica que dejase pasar pacíficamente a los ejércitos alemanes, el gobierno belga decidió resistir. Esto ralentizó el avance alemán y, algo todavía más importante, convenció a Gran Bretaña de intervenir en la guerra para defender a la pequeña y valiente Bélgica.

El súbito deterioro de las relaciones internacionales en Europa disparó una ronda de frenéticas maniobras de último minuto en las capitales. Los gabinetes eran convocados día y noche en reuniones de emergencia; las luces permanecían encendidas toda la noche en los ministerios de asuntos exteriores; hasta los gobernantes y los estadistas más eminentes eran sacados de sus camas en cuanto llegaban y se descifraban nuevos telegramas; y los funcionarios de menor rango dormían en sacos de campaña junto a su escritorio. No todos los que ocupaban posiciones de autoridad querían evitar la guerra –piénsese en Conrad en Austria, o en Moltke en Alemania–, pero conforme el agotamiento iba calando en los líderes clave, también de ellos se iba apoderando una peligrosa sensación de desvalimiento ante la catástrofe. Y cada uno estaba empeñado en demostrar que su propio país era inocente: eso resultaba necesario tanto de cara al interior, para que la nación entrase unida en el conflicto, como de cara al exterior, para contar con el apoyo de las potencias no comprometidas, como Rumanía, Bulgaria, Grecia o el imperio otomano en Europa, y, más lejos, el premio gordo de Estados Unidos, con sus recursos humanos, naturales e industriales.

A la mañana siguiente de la declaración de guerra austriaca, el 29 de julio, Poincaré y Viviani desembarcaron en Dunkerque, y enseguida partieron hacia París, donde fueron recibidos por una multitud entusiasta que gritaba: “Vive la France! Vive la République! Vive le Prési-dent!”. Y también a veces: “¡A Berlín!”. Poincaré estaba emocionado. “Nunca me he sentido tan abrumado –escribió en su diario–. Ahí había una Francia unida”.[2] Inmediatamente se hizo cargo del gobierno y relegó a Viviani, al que consideraba ignorante y poco

fiable, a un rol menor.[3] Corrían rumores –que resultaron ser ciertos– de que el gobierno ruso había ordenado una movilización parcial. Paléologue, tal vez esperando presentarle a su gobierno un hecho consumado, o por miedo a que este intentara disuadir a Rusia, no se había molestado en advertir con antelación a París o al France de que Rusia se estaba movilizando. Asimismo, le garantizó repetidas veces a Sazónov la “completa disposición de Francia a cumplir sus obligaciones como aliada en caso de necesidad”.[4] Ese mismo día, el embajador alemán visitó a Viviani para advertirle de que Alemania daría los primeros pasos hacia su propia movilización a menos que Francia detuviera sus preparativos militares. Aquella noche llegó desde San Petersburgo la noticia de que Rusia había rechazado las demandas alemanas de detener su movilización. El consejo de ministros francés, sereno y grave, según un observador, se reunió al día siguiente y decidió no hacer ningún intento de convencer a Rusia de acatar la voluntad de Alemania. Messimy, el ministro de la Guerra, tomó medidas para trasladar fuerzas francesas hasta la frontera, pero estas debían detenerse a diez kilómetros de la misma a fin de no provocar ningún incidente con los alemanes. En la mente de los líderes franceses seguía ocupando un lugar preponderante la necesidad de demostrar al pueblo francés, y a Gran Bretaña en especial, que Francia no era el agresor.[5]

Lejos hacia el este, se avanzaba cada vez más rápido hacia la guerra. Los planes militares, con su decantación estructural por la ofensiva, se convirtieron en un argumento a favor de la movilización; es decir, a favor de llevar las tropas hasta sus posiciones y tenerlas listas para lanzar un ataque contra el territorio del enemigo antes de que este estuviese preparado. Al margen de las reservas que pudiesen albergar, los comandantes y los miembros del estado mayor les hablaban con gran seguridad de la victoria a los civiles, para quienes resultaba cada vez más difícil resistir la presión. En Rusia, con sus grandes distancias, Sujomlínov y los militares argumentaban que se imponía una movilización general contra ambos miembros de la alianza dual: el imperio austrohúngaro ya estaba iniciando su movilización y Alemania había adoptado medidas preliminares, tales como hacer retornar a los soldados que se hallaban de permiso. Y el 29 de julio sus colegas habían convencido a Sazónov de que era peligroso seguir demorándose. El ministro de Asuntos Exteriores accedió a hablar con Nicolás, pero este no lograba decidirse.

El zar temía que la guerra, una vez iniciada, fuese difícil de detener y condujera al desastre; y aún tenía fe en las intenciones pacíficas de Guillermo.[6] Firmó dos decretos, a insistencia de sus ministros: uno para una movilización parcial, principalmente a lo largo de las fronteras de Rusia con el imperio austrohúngaro; y otro para una movilización general contra Alemania. Pero seguía sin decidir de cuál de los dos echar mano. El 29 de julio Nicolás le envió a Guillermo un cable (en inglés, como eran por lo general sus comunicaciones). “Me alegro de que estés de regreso”, escribió, y le rogó a su primo alemán que lo ayudase a preservar la paz. No obstante, le advirtió de que él y su pueblo estaban furiosos por el ataque contra Serbia: “Preveo que muy pronto la presión ejercida sobre mí será abrumadora, y me veré forzado a tomar medidas extremas que llevarán a la guerra”.[7] Guillermo se mantuvo imperturbable, y escribió una nota al margen: “Una confesión de su propia debilidad, y un intento de hacer recaer la responsabilidad sobre mis hombros”. Por su parte, Guillermo, en un telegrama que había enviado a sugerencia de Bethmann y que se había cruzado con el de Nicolás, defendía las acciones del imperio austrohúngaro, pero afirmaba que él, como amigo, estaba haciendo todo lo posible por promover un entendimiento entre este y Rusia.[8] Ambos gobernantes intercambiarían diez telegramas antes del 1 de agosto, y el abismo entre las dos naciones se volvió insalvable.

En la noche del 29 de julio, Sazónov, que era, junto con Sujomlínov y Yanushkevich, jefe del estado mayor, telefoneó a Nicolás para decirle que sus ministros recomendaban una movilización general. Hubo entusiasmo del otro lado del teléfono cuando el zar aceptó.[9] Pero esa misma noche, estando un oficial en la oficina central de telégrafos de San Petersburgo para enviar las órdenes pertinentes, Yanushkevich telefoneó para decir que Nicolás había cambiado de opinión, tal vez tras leer el mensaje de Guillermo, y que permitiría únicamente una movilización parcial contra el imperio austrohúngaro, diciendo: “No seré yo el responsable de una carnicería monstruosa”.[10] Al parecer, Nicolás seguía pensando en la movilización como un arma diplomática y no como el preludio de la guerra. En un telegrama para Guillermo al día siguiente, explicaba que las maniobras rusas eran medidas meramente defensivas contra su vecino del sur, y que él seguía contando con que el káiser presionara al imperio austrohúngaro para que hablase con Rusia. “De modo que nos llevan casi una semana de ventaja –garabateó furiosamente Guillermo–. No puedo acceder a ninguna otra mediación, puesto que el zar que la solicita al mismo tiempo se ha movilizado en secreto a mis espaldas. ¡Es solo una maniobra, para que nos demoremos y así

aumentar la ventaja que ya tienen!”.[11]

El gobierno de Nicolás recibió consternado la noticia de su decisión. El imperio austrohúngaro no daba señales de querer retractarse respecto a Serbia, y Alemania parecía abocada a una movilización general. Una parcial dejaría a Rusia peligrosamente expuesta. De hecho, como argumentara convincentemente el general Yuri Danílov, intendente general, esta introduciría “gérmenes de vacilación y desorden en un terreno en el que todo debía estar basado en cálculos previos de una precisión máxima”.[12] En la mañana del 30 de julio, Sujomlínov y Yanushkevich le suplicaron por teléfono al zar que ordenara mejor una movilización general. Nicolás respondió categóricamente que no cambiaría de opinión. Entonces Sazónov se puso al teléfono y le solicitó al zar verlo en persona aquella tarde. Nicolás respondió que su agenda estaba llena, pero que podía intentar atender al ministro de Asuntos Exteriores a las tres. Llegado el momento, los dos hombres hablaron durante casi una hora. Nicolás, que tenía un aspecto demacrado, estaba irritable y nervioso, y en un determinado momento dijo bruscamente: “La decisión es solo mía”. Sazónov, según se comentó en la alta sociedad de San Petersburgo, venció finalmente la resistencia de su gobernante diciéndole que, dado el estado de la opinión pública rusa, la guerra contra Alemania era el único modo de que Nicolás salvase su propia vida y preservase su trono para legárselo a su hijo. El zar accedió a que al día siguiente se pusiese en marcha una movilización general. Sazónov llamó a Yanushkevich para darle la noticia y luego le dijo: “Rompe tu teléfono”.[13]

Desde Berlín, el gobierno alemán había estado vigilando de cerca los acontecimientos de Rusia. El káiser se enfureció con la noticia de los preparativos militares rusos, considerándolos un acto de traición, aun cuando todavía iban dirigidos solo contra el imperio austrohún-garo. Culpaba a Francia y a Gran Bretaña, y a su tío muerto Eduardo VII, de haber seducido al zar y haberlo alejado de su alianza legítima. Guillermo declaró que destruiría el imperio británico y convocaría a sus amigos del mundo musulmán para que librasen contra él una yihad. (En esto último, al menos cumpliría su palabra). “Pues si hemos de desangrarnos hasta la muerte, Gran Bretaña por lo menos perderá la India”.[14] Mientras algunos en el alto mando, Falkenhayn por ejemplo, pedían la movilización –que en el caso de Alemania llevaría inexorablemente a

combatir–, otros se oponían a ella. Molt-ke en un principio no creía que la situación fuese lo bastante seria y Bethmann estaba a favor de dilatar el proceso, a fin de que Alemania pareciera la víctima de la agresión. Bethmann le dijo al embajador británico el 28 de julio que eran las medidas militares de Rusia lo que se estaba convirtiendo en un obstáculo insalvable para un posible acuerdo pacífico entre el imperio austrohúngaro en los Balcanes, y que además constituían una amenaza contra la propia Alemania. El 29 de julio, mientras el gobierno ruso se debatía entre llevar o no a cabo una movilización general, Bethmann envió un telegrama a su embajador en San Petersburgo: “Tenga la bondad de explicarle muy seriamente a Sazónov que, de seguir adelante con la movilización rusa, nos obligará a nosotros a movilizarnos también, y que entonces será muy difícil evitar una guerra europea”.[15]

El consejo de ministros británico se reunió a las once y media de la mañana del 29 de julio para discutir la declaración de guerra del imperio austrohúngaro contra Serbia, y también dedicó un tiempo considerable a las obligaciones de Gran Bretaña para con Bélgica, a raíz del tratado de Londres de 1839 que garantizaba la neutralidad e independencia de este pequeño país. (Los otros firmantes fueron Francia, Austria, Rusia y Prusia, habiendo asumido Alemania las obligaciones de esta última a partir de 1871). John Burns, el presidente de la cámara de industria y comercio y uno de los liberales radicales que se oponían firmemente a la guerra, anotó en su diario: “Situación revisada seriamente desde todo punto de vista. Se decidió no decidir nada”. Se le pidió a Grey que les dijese a Cambon y a Lichnowsky que “en esta fase no nos era posible comprometernos por adelantado, ni mantenernos al margen a toda costa, ni involucrarnos en cualquier circunstancia”.[16] El gabinete tomó, sin embargo, dos decisiones importantes. La primera: Churchill fue autorizado a enviar cables para una movilización preliminar de la armada. Aquella noche la flota zarpó hacia el norte con las luces apagadas, cruzando el canal de la Mancha hacia sus posiciones de combate en el mar del Norte. Y la segunda: el gobierno decretó una “fase preventiva” para las fuerzas armadas en Gran Bretaña, tal como estipulaba su nueva guía de guerra. Era obvio que nadie sabía con exactitud cómo iniciar el proceso, y se produjo un momento de confusión que degeneró en consternación cuando se supo que el ejército territorial había sido activado, cosa sumamente inusual en tiempo de paz. El gobierno se apresuró a anunciar en los periódicos que Gran Bretaña no se estaba movilizando: “Las únicas órdenes que se han dado son puramente preventivas y de carácter defensivo”.[17]

Grey se reunió con Paul Cambon y con Lichnowsky inmediatamente después de la reunión del gabinete. Con Cambon hizo hincapié en la libertad de acción; pero con Lichnowsky fue más lejos de lo que había aprobado el gabinete, al advertirle de que el gobierno británico seguía confiando en una mediación del conflicto entre el imperio aus-trohúngaro y Serbia, pero que si Rusia y Alemania se involucraban, el gobierno británico tendría que tomar una decisión rápida. “En tal caso –prosiguió Grey–, no sería factible mantenernos al margen ni aguardar ni un minuto más”. De la pluma de Guillermo manó un aluvión de notas tras leer el despacho del embajador ese misma noche: “¡Vulgar tramposo!”, “¡Vulgar bellaco!”, “Sinvergüenzas”, “Menudo hatajo de tenderos miserables”.[18]

En esta última fase de la crisis, tanto el káiser como Bethmann, que habían mediado en favor de la paz en las crisis anteriores, mostraron síntomas de la presión nerviosa a la que estaban sometidos de cara a la guerra. Francia había iniciado sus preparativos; Bélgica estaba llamando a sus reservistas y fortaleciendo sus defensas, especialmente alrededor de la fortaleza estratégica de Lieja; y la armada británica había partido hacia sus posiciones de combate. Lo más peligroso de todo era que Rusia avanzaba velozmente hacia la movilización total. El 29 de julio, Bethmann dio instrucciones a su primo, Pourtalès, embajador alemán en San Petersburgo, para que advirtiera a Sazónov de que, si Rusia seguía movilizándose, Alemania no tendría más remedio que hacer lo mismo. Pourtalès, hombre rico y afable que era un gran favorito del káiser, había estado enviando informes tranquilizadores a Berlín en el sentido de que Rusia solo estaba marcándose un farol. Ahora se hallaba él mismo en la incómoda posición de descubrir el suyo. Cuando Sazónov oyó esta amenaza, que Pourtalès prefirió calificar simplemente de “opinión amistosa”, exclamó colérico: “Ahora no tengo ninguna duda sobre los verdaderos motivos de la intransigencia de Austria”. Pourtalès protestó con vehemencia contra tan hiriente comentario. Sazónov respondió mordazmente que Alemania aún tendría la oportunidad de demostrarle que estaba equivocado.[19]

Ese mismo día Bethmann, que hasta ese momento había rechazado las solicitudes británicas o rusas de que presionase al imperio aus-trohúngaro para

que transigiese, cambió completamente de postura y lo instó a aceptar una mediación. Hasta qué punto fue un intento sincero por preservar la paz sigue siendo objeto de debate; Bethmann también estaba atento a la opinión pública alemana, así como a la de los otros países. Gran parte de la derecha nacionalista se inclinaba abiertamente a favor de la guerra, incluso de una guerra preventiva, mientras que muchos moderados se mostraban dispuestos a apoyar una guerra defensiva. La prensa de derechas y la liberal empleaban cada vez más el lenguaje del honor y el sacrificio, y pintaban los horrores del despotismo ruso y su salvajismo "asiático" cayendo sobre Alemania, con las mujeres y los niños a merced de los cosacos bes-tiales.[20] Con todo, el sentimiento antibélico seguía siendo poderoso entre las clases trabajadoras. En aquella semana hubo grandes manifestaciones a favor de la paz en todo el país, en las que participaron unas setecientas cincuenta mil personas; solo en Berlín, tomaron las calles unas cien mil, más de las que habían acudido a las marchas patrióticas.[21] No obstante, Bethmann confiaba –como finalmente ocurrió– en que los trabajadores y sus líderes del partido socialdemócrata defenderían su patria si esta era atacada por Rusia. En consecuencia, se opuso firmemente a las propuestas del káiser y de los derechistas de aprovechar la crisis y utilizar el ejército para tomar medidas enérgicas contra el partido socialdemócrata.[22]

Bethmann, sin embargo, le pidió a Tschirschky, su embajador en Viena, que recomendase enérgicamente al gobierno austrohúngaro que aceptase la mediación. Para entonces, Bethmann ya había visto la advertencia enviada por Lichnowsky de que Gran Bretaña podría intervenir, y su ánimo era lúgubre. No obstante, tenía pocas esperanzas de convencer al gobierno del imperio austrohúngaro. En la mañana del 30 de julio, Berchtold dijo simplemente que las operaciones militares contra Serbia ya estaban demasiado avanzadas y que cualquier intento por detenerlas de golpe, con un alto en Belgrado, estaba fuera de toda discusión, dado el estado de la opinión pública y el sentimiento entre los militares.[23] Tampoco causó el menor impacto una apelación directa de Guillermo a Francisco José, en la que se hacía eco de la propuesta de Bethmann para un alto en Belgrado y una mediación. Lo que tal vez no supieran el káiser y Bethmann era que los militares alemanes estaban enviando en aquel momento un mensaje muy diferente, exhortando a sus homólogos del imperio austrohúngaro a que su movilización fuese general y a que trasladasen fuerzas hasta la frontera rusa. Posteriormente, esa misma noche del 30 de julio Moltke envió un telegrama emotivo a Conrad que decía entre otras cosas: "El imperio

austrohúngaro debe ser preservado, movilizaos enseguida contra Rusia. Alemania se movilizará”.[24]

Los mensajes contradictorios que llegaban desde Berlín hacían temblar al gobierno austrohúngaro, que se hallaba bajo intensas presiones internacionales para que aceptase una mediación, y que temía que Alemania le retirase su apoyo tal como había hecho en la crisis bosnia y, más recientemente, en las dos guerras balcánicas. “¿Quién manda en Berlín? ¿Moltke o Bethmann?”, preguntaba Berchtold tembloroso a sus colegas. Optó por creer que era Moltke, y dijo: “Tuve la impresión de que Alemania se batía en retirada; pero ahora cuento con un pronunciamiento muy tranquilizador del alto mando militar responsable”.[25] En su reunión de la mañana del 31 de julio, el consejo de ministros comunes descartó categóricamente las propuestas provenientes de Gran Bretaña de un alto en Belgrado y una mediación internacional. Rusia, dijo Berchtold, solo emergería como la salvadora de Serbia; el ejército de Serbia permanecería intacto, y el imperio austrohúngaro quedaría en una posición más débil para lidiar con Serbia en el futuro. El conde Joseph Stürgkh, primer ministro austriaco, y Bilinski, ministro común de Finanzas, se refirieron con rencor a la otra mediación que había tenido lugar durante la primera y la segunda guerras balcánicas, cuando el imperio austrohúngaro se vio obligado a echarse atrás. “El pueblo entero –dijo Bilinski– se rebelaría si llegara a repetirse aquella farsa política”.[26] No estando ya Francisco Fernando para oponerse a las voces que llamaban a la guerra, y con Conrad diciéndole “la monarquía está en juego”, ese mismo día el viejo emperador firmó la orden para una movilización general de las fuerzas del imperio austrohúngaro.[27] Berchtold las calificó, ante el mundo, de “contramedidas militares defensivas en Galitzia a las que nos ha obligado la movilización rusa”; y dijo que el imperio austro-húngaro se detendría tan pronto lo hiciera Rusia.[28] Acababa de darse otro paso gigantesco hacia una guerra europea.

Puede que Bethmann, durante aquellos dos últimos días de julio, no pretendiera realmente que el imperio austrohúngaro negociase, pero abrigaba aún la esperanza de convencer a Gran Bretaña de que permaneciera neutral; como él mismo le dijera a Falkenhayn, que lo anotó en su diario: “Esto último era deseable porque, en opinión del canciller, Gran Bretaña no podría tomar partido

por Rusia si esta última desataba una guerra general atacando a Austria”.[29] Los alemanes llegaron a creer que esto tal vez fuese posible, porque el hermano del káiser, el príncipe Enrique, había desayunado con Jorge V a principios de semana y el rey, según se informó a Berlín, había dicho: “Haremos cuanto podamos por mantenernos al margen y permanecer neutrales”.[30] El 29 de julio Bethmann también le hizo a Gran Bretaña una propuesta de neutralidad que pudiera ser vista además como un genuino esfuerzo por evitar una guerra general, o simplemente como un intento más de presentar a Alemania como la parte inocente. Esa misma noche, más tarde, Bethmann se reunió con el embajador británico en Berlín, sir Edward Goschen, quien informó de inmediato a Londres acerca de aquella conversación. Tal vez la guerra fuese inevitable entre Rusia, de una parte, y Alemania y el imperio austro-húngaro, de la otra, dijo el canciller, pero él esperaba que Gran Bretaña permaneciese neutral. Después de todo, su principal interés en el continente era no ver aplastada a Francia. A cambio de una garantía de neutralidad por parte de Gran Bretaña, Alemania estaba dispuesta a prometer que no le quitaría a Francia ningún territorio, aunque tal vez se hiciese con algunas de sus colonias. Ni tampoco invadiría Holanda. “En cuanto a Bélgica –informaba Goschen a Londres–, su excelencia no sabría decir a qué operaciones podría verse obligada Alemania por la acción de Francia; pero sí cabe afirmar que, siempre que Bélgica no tomare partido contra Alemania, su integridad sería respetada al término de la guerra”. Bethmann concluía diciendo que él esperaba que este acuerdo entre Gran Bretaña y Alemania llevara a la mejora de las relaciones, como siempre había sido su objetivo.

Su oferta fue recibida con desdén en Londres, tras la lectura del telegrama de Goschen a la mañana siguiente. Reflejando la tendencia fuertemente antialemana del ministerio de Asuntos Exteriores, Crowe anotó: “El único comentario que merecen estas insólitas propuestas es que desacreditan al estadista que las formula […]. Es evidente que Alemania está prácticamente decidida a ir a la guerra, y que la única influencia que la ha contenido hasta ahora es el miedo a que Gran Bretaña se involucre en defensa de Francia y Bélgica”.[31] Grey se puso lívido de cólera al enterarse del intento de Bethmann, y el lenguaje de la respuesta que le envió al embajador británico en Berlín esa misma tarde fue el más fuerte que jamás se permitió emplear. La propuesta de que Gran Bretaña acatase la violación de la neutralidad belga por parte de Alemania y que permaneciese neutral mientras esta derrotaba a Francia era “inaceptable”. Y,

proseguía Grey, “para nosotros, hacer este trato con Alemania a expensas de Francia sería un deshonor del que jamás se recuperaría el buen nombre de este país”.[32]

Crecían las presiones sobre los británicos para que declarasen cuál era su posición. En París, Poincaré le dijo a Bertie, el embajador británico, que, de estallar una guerra en el continente, Gran Bretaña casi con certeza intervendría para proteger sus intereses; y si así lo declarase ahora, Alemania casi con certeza se abstendría de atacar a sus vecinos. Paul Cambon, cada vez más desesperado, asediaba a sus amigos en el ministerio de Asuntos Exteriores y visitaba a Grey para recordarle que habían intercambiado cartas en noviembre de 1912 prometiendo que, en medio de una crisis grave, sus países se consultarían las medidas que pudieran tomar conjuntamente. El gabinete británico, sin embargo, no lograba decidirse sobre qué política adoptar si estallase una guerra en el continente. El comité de asuntos exteriores del partido liberal, que desde hacía tiempo criticaba a Grey y desconfiaba de su secretismo respecto a los compromisos para con Francia, amenazó a Asquith con retirarle su apoyo si se tomaba la decisión de que Gran Bretaña interviniese. Uno de sus miembros le escribió a Asquith alegando que hasta nueve de cada diez diputados liberales se volverían contra el gobierno. Por otra parte, Grey y sus colegas liberales imperialistas se negarían probablemente a pertenecer a un gobierno que no respaldase a Francia. Los líderes liberales temían, con razones sólidas, que el gobierno pudiera caer, dejando el camino libre para que tomasen el poder los conservadores.[33]

El 31 de julio, viernes, el consejo de ministros volvió a reunirse, para decidir tan solo que no podía prometerle nada a Cambon. Rusia ya se estaba movilizando y, aunque ellos no podían saberlo, el imperio austrohúngaro estaba a punto de decretar su movilización general, en tanto que Alemania daba los primeros pasos para la suya. Grey continuó insistiendo en que Gran Bretaña seguía siendo completamente libre de decidir lo que haría.[34] Eyre Crowe disentía. En un enérgico memorándum de ese mismo día, argumentaba:

La teoría de que Gran Bretaña no puede implicarse en una gran guerra supone su abdicación como estado independiente. Puede ser doblegada y forzada a obedecer la voluntad de cualquier potencia o grupo de potencias que sí pueden ir a la guerra, y de estas hay varias […]. La política de la entente no tiene ningún sentido si no implica que en una querella justa Gran Bretaña apoyará a sus amigos. Esta honrosa expectativa ha surgido. No podemos repudiarla sin exponer nuestro buen nombre a graves críticas.[35]

Fuera del pequeño círculo de quienes controlaban el destino de Gran Bretaña, la opinión pública también estaba dividida; pero parecía ir inclinándose por la intervención. The Times, por ejemplo, alegaba ahora que Gran Bretaña tenía una obligación moral con Francia y Rusia, y que, además, no podía cruzarse de brazos mientras el equilibrio de poder en el continente se alteraba a favor de Alemania.[36]

Mientras Gran Bretaña se debatía entre estos dilemas, Alemania tomaba su decisión fatal de empezar a movilizarse. Esto era especialmente peligroso para la paz de Europa, porque la movilización alemana era diferente de todas las demás. Sus perfectas y bellamente coordinadas etapas –desde declarar el estado de sitio o "amenaza de guerra inminente", hasta ordenar una movilización completa y organizar a los hombres en sus unidades y con sus suministros, para finalmente lanzar sus ejércitos contra las fronteras– eran prácticamente imposibles de detener una vez iniciadas. Y el ejército siempre estaba listo, incluso en tiempo de paz, para entrar en acción de un momento a otro; la oficina de comunicaciones del estado mayor funcionaba día y noche, tenía su propia central telefónica y estaba conectada directamente con la central de correos y la oficina de telégrafos.[37] Para Alemania la movilización no era una herramienta diplomática: era la guerra misma. Aunque Bethmann y el káiser se habían resistido a las presiones del ejército por poner en marcha este proceso, el 31 de julio los militares ya estaban tomando la iniciativa. Bethmann aceptó esta transferencia de poderes con resignación; según informó el representante de Sajonia en Berlín, el canciller dijo: "El control ha escapado de las manos de los monarcas y los estadistas responsables, para que esta loca guerra europea pueda llevarse a cabo sin que ni los gobernantes ni sus pueblos la deseen".[38]

Un factor decisivo fue que Moltke, que hasta entonces había estado de acuerdo con que la movilización podía esperar, había cambiado de repente su postura la noche anterior. Falkenhayn escribió en su diario: “Sus cambio de humor son difíciles, o imposibles, de explicar”.[39] Pero en realidad Moltke tenía buenas razones: Alemania necesitaba estar lista para tomar Lieja antes de declarar la guerra, y él había recibido informes de que los belgas estaban reforzándola a toda prisa. (Moltke nunca había informado a los civiles de esta parte de los planes de guerra alemanes).[40] Puede ser también que simplemente ya no aguantara el estrés de la indecisión. El 30 de julio, tras “interminables negociaciones” entre Bethmann y Falkenhayn, se tomó la decisión de anunciar el “estado de amenaza de guerra inminente”, la necesaria fase preliminar de la movilización, al mediodía siguiente, se hubiese movilizado Rusia o no. A medianoche, uno de sus coadjutores encontró a Moltke visiblemente agitado, redactando una proclama para el káiser. Tenía miedo, dijo el jefe del estado mayor, de que Gran Bretaña interviniese y el conflicto se hiciese internacional. “Pocos podrán hacerse una idea de la magnitud, la duración y el desenlace de esta guerra”.[41]

Cuando llegó la confirmación de la movilización rusa, poco antes del mediodía del 31 de julio, Bethmann telefoneó a Guillermo y obtuvo su permiso para proclamar el “estado de amenaza de guerra inminente”. En el ministerio de la Guerra, en Berlín, el agregado militar de Baviera escribió en su diario: “Por todas partes rostros radiantes, apretones de manos en los pasillos; uno se felicita por haber dado ese difícil paso”. El embajador bávaro cablegrafió a Múnich diciendo: “Estado mayor contempla guerra contra Francia con gran seguridad, espera derrotar Francia en cuatro semanas”.[42] El público alemán se enteró de la decisión alrededor de las cuatro de la tarde, a la vieja usanza prusiana: un destacamento de soldados salió marchando del palacio en Berlín y se detuvo en el Unter den Linden, el gran bulevar. Los tamborileros batieron sus instrumentos en dirección a los cuatro puntos cardinales, y un oficial leyó en voz alta la proclama. El gobierno alemán también envió un ultimátum a Rusia –que se sabía sería rechazado casi con certeza–, exigiéndole que detuviese cualquier preparativo de guerra contra Alemania y el imperio austrohúngaro en menos de doce horas. Cuando Bethmann se reunió con los representantes de todos los estados alemanes a la mañana siguiente para pedirles que aprobasen una guerra

si Rusia se negaba a echarse atrás, les aseguró que hasta el último momento había buscado la paz: “Pero no podemos tolerar la provocación de Rusia, si no queremos abdicar de nuestra condición de gran potencia en Europa”.[43] Un segundo ultimátum fue enviado a Francia, dándole dieciocho horas para que prometiese permanecer neutral ante cualquier conflicto. Como prueba de su disposición a cumplir tal promesa, Francia debería entregar sus fortalezas fronterizas estratégicas de Toul y Verdún. (Alemania prometía devolverlas en buenas condiciones al finalizar su guerra contra Rusia). Alemania envió también telegramas a Grecia, Rumanía y el imperio otomano, preguntándoles qué deseaban para unirse a la triple alianza en la guerra que se avecinaba.

Mientras Alemania se preparaba para una guerra en dos frentes, las acciones de su aliado más importante le generaban preocupaciones, pues el imperio austrohúngaro trasladó la parte ya movilizada de su ejército, unos dos quintos del total, hacia Serbia, a pesar de los informes que comenzaron a llegar a partir del 27 de julio de un incremento de la actividad militar rusa.[44] Aun después de la orden de movilización general del 31 de julio, un número sustancial de tropas austrohúngaras continuaba avanzando hacia el sur e internándose en los Balcanes. Al parecer, Conrad, con el espíritu quimérico que caracterizó tantas de sus decisiones, esperaba que Rusia llevara sus fuerzas hasta las fronteras austrohúngaras y se limitase a esperar allí mientras él derrotaba rápidamente a Serbia.[45] Esto no era lo que Alemania tenía en mente ni lo que Alemania necesitaba.

Como a menudo ocurre en las alianzas, la guerra había puesto de relieve los intereses divergentes de las partes. El imperio austrohúnga-ro, aunque había prometido en tiempo de paz atacar a Rusia lo antes posible, estaba obsesionado con destruir Serbia. Alemania, por su lado, no tenía intenciones de desviar fuerzas del oeste para proteger al imperio austrohúngaro hasta que Francia estuviese derrotada. Era esencial desde el punto de vista alemán que el imperio austrohúngaro enviase cuantas fuerzas pudiese hacia el norte, contra Rusia. Moltke estaba ya pidiendo con insistencia a Conrad, su homólogo austriaco, que desplazase sus fuerzas hacia el norte y hacia el este, y el 31 de julio el káiser le envió un enérgico telegrama a Francisco José, diciéndole: “En esta gran lucha es de primera importancia que Austria movilice sus fuerzas principales contra

Rusia y no se fragmente en ninguna ofensiva simultánea contra Serbia". Y después: "En esta lucha gigantesca en la que estamos hombro con hombro, Serbia juega un papel muy secundario, que únicamente exige un mínimo indispensable de medidas defensivas".[46] Conrad, sin embargo, no desplazó sus tropas del sur hacia el norte hasta el 4 de agosto; esta decisión conduciría al imperio austrohúngaro al desastre militar.

Hacia la tarde del 1 de agosto, sábado, Rusia aún no había dado respuesta al ultimátum alemán. Las manifestaciones patrióticas de comienzos de semana habían ido amainando, y el público alemán aguardaba ansioso, e incluso deprimido, el desarrollo de los acontecimientos. Un periodista informó de que, en Fráncfort, "se cierne cubriéndolo todo una enorme seriedad, una calma aterradora". Las amas de casa comenzaron a acaparar provisiones y se desató el pánico bancario cuando el público empezó a sacar sus ahorros. El káiser estaba ahora muy presionado para que declarase una movilización total por parte de sus generales, que veían que el tiempo se escapaba mientras crecían los ejércitos de Rusia; y también por parte de su mujer, que lo instaba a portarse como un hombre. Firmó la orden a las cinco de la tarde.[47] Poco después, pronunció un discurso desde el balcón de su palacio berlinés: "Desde lo hondo de mi corazón agradezco vuestras expresiones de amor, de fidelidad. En la batalla que hoy tenemos por delante, ya no veo partidos en mi Volk. Entre nosotros, no hay más que alemanes". Fue vitoreado, mucho más de lo usual; ahora los alemanes de todas las tendencias políticas estaban dispuestos a defender su patria contra los rusos, que fueron señalados entonces como el enemigo principal. A pesar del posterior mito nacionalista de que el entusiasmo patriótico experimentó un enorme auge cuando la guerra se hizo realidad, parece que el ánimo popular fue más de resignación que de otra cosa.[48]

Poco después de que el káiser firmara la orden de movilización general, llegó un telegrama de Lichnowsky. Según el embajador, Gran Bretaña había prometido permanecer neutral si Alemania no atacaba a Francia. La noticia, dijo un observador, cayó "como una bomba". El káiser y acaso Bethmann se sintieron aliviados. Volviéndose a Molt-ke, Guillermo dijo alegremente: "¡Entonces simplemente desplegamos todo el ejército en el este!". La atmósfera en la sala se caldeó rápidamente. Moltke se negó a contemplar la posibilidad de desplegarse

solo contra Rusia. El despliegue en el oeste no podía detenerse sin trastocar los planes y anular toda posibilidad de éxito en la inminente guerra contra Francia. “Además –añadió–, nuestras patrullas ya han entrado en Luxemburgo, y la división de Trier debe seguirlas inmediatamente”. Y le dijo sin rodeos al káiser: “Si Su Majestad insiste en conducir a todo el ejército hacia el este, entonces no tendrá un ejército listo para atacar, sino un montón desordenado de hombres armados sin suministros”. Guillermo respondió: “Vuestro tío me habría dado otra respuesta”.[49]

Hasta hoy se sigue debatiendo si Moltke tenía o no razón en que era demasiado tarde para que Alemania emprendiera una guerra de un solo frente. El general Groener, por entonces jefe del departamento ferroviario del estado mayor, sostuvo posteriormente que esto hubiera sido factible.[50] Llegado el momento, se optó por un término medio: continuaría el despliegue en dos frentes según lo planeado, pero los ejércitos alemanes en el oeste se detendrían justo antes de trasponer la frontera francesa hasta que la posición de Francia se aclarase. Moltke nunca logró reponerse de la paliza psicológica que recibió aquel día. Al regresar a su casa, recordaría su esposa, tras la petición del káiser de una movilización parcial, “me di cuenta enseguida de que había pasado algo terrible. Tenía el rostro violáceo, el pulso casi imperceptible. Vi ante mí a un hombre desesperado”.[51]

Aquella misma noche llegó un segundo telegrama de Lichnowsky diciendo que su primer mensaje había sido un error; los británicos insistían en que no hubiese ninguna invasión alemana de Bélgica ni ningún ataque contra Francia, y que, además, las tropas designadas para atacar a Francia en el oeste no debían ser trasladadas hacia el este para ser empleadas contra Rusia. Cuando Moltke regresó al palacio real de Berlín pidiendo permiso para reanudar el movimiento contra Bélgica y Francia, el káiser, que ya se había acostado, le dijo secamente: “Ahora haga lo que le plazca; una cosa o la otra, no me importa”, y se volvió a dormir.[52] Pero no hubo sueño posible aquel día fatídico para los ministros del káiser, que estuvieron debatiendo hasta el amanecer si hacía falta una declaración formal para iniciar la guerra contra Rusia. Moltke y Tirpitz no veían la necesidad, pero Bethmann, argumentando que “de otro modo no puedo contar con los socialistas”, ganó la que sería una de sus últimas victorias sobre los

militares.[53] Se redactó una declaración de guerra, que le fue enviada por cable a Pourtalès, en San Petersburgo. Con la decisión de Alemania de movilizarse, tres de las seis grandes potencias europeas habían iniciado sus movilizaciones generales y estaban, o bien formalmente en guerra, como el imperio austrohúngaro, o a punto de entrar en ella, como Rusia y Alemania. De las tres restantes, Italia había optado por la neutralidad, Francia había decidido ignorar el ultimátum alemán e iniciar su propia movilización general el 2 de agosto, y Gran Bretaña aún no había decidido qué hacer.

El 1 de agosto fue el comienzo de un fin de semana festivo para los británicos. Muchas familias se habían ido a la costa, y en Londres el museo de Madame Tussaud anunciaba nuevas exposiciones de figuras de cera para los visitantes: "La crisis europea. Modelos realistas de Su Majestad el emperador de Austria, el rey Pedro de Serbia y otros soberanos de Europa. La crisis del autogobierno. Sir Edward Carson, Mr. John Redmond y otras celebridades. Retablos navales y militares. Música muy agradable. Refrigerios a precios populares".[54] Los ánimos no estaban excesivamente festivos en las altas esferas de poder en Whitehall, y en esta ocasión Grey, a quien se veía cada vez más taciturno, no pudo escaparse a su cabaña campestre.

Las malas noticias se sucedían. La City de Londres entró en pánico. Los tipos de interés se había duplicado de la noche a la mañana y cientos de personas hacían cola en el patio del Banco de Inglaterra para cambiar sus billetes por oro. La bolsa había decidido cerrar hasta nuevo aviso (permanecería cerrada hasta enero del año siguiente). Lloyd George, como ministro de Hacienda, y Asquith se habían reunido con importantes hombres de negocios asegurándoles que el gobierno intervendría para estabilizar la economía en caso de que fuese necesario. Desde el continente llegaban informes de ejércitos en movimiento, e historias –que resultaron falsas– de que las tropas alemanas ya estaban cruzando la frontera francesa. En una carta privada a Nicolson, en el ministerio de Asuntos Exteriores, Goschen, el embajador británico en Berlín, escribió quejumbrosamente: "¡Esto es muy terrible! Todos mis sirvientes tendrán que marcharse y supongo que me quedaré solo con mi valet inglés y mi aide-cuisinier suizo. Espero que no estés tan cansado como yo".[55]

El gabinete se reunió en las últimas horas de la mañana del sábado 1 de agosto. “Puedo decir con toda franqueza que nunca me he sentido más decepcionado”, le escribió luego Asquith a Venetia Stanley; pero se refería a que no podría verse con ella durante la semana. La crisis internacional, proseguía diciendo, no se hallaba más próxima a una solución y el gabinete seguía sin decidir qué hacer. Aquella mañana un grupo seguía aferrado a lo que Asquith describía en su carta como “la táctica del Manchester Guardian” –que Gran Bretaña declarase que no intervendría en una guerra continental bajo ninguna circunstancia–, mientras que en el otro bando Grey y sus partidarios, como Churchill y el propio Asquith, se negaban a descartar la guerra. Grey había vuelto a insinuar que dimitiría si el gabinete adoptaba una política no intervencionista firme. En el medio, e indeciso hasta el momento, estaba la figura capital de Lloyd George, cuyo temperamento lo inclinaba a la paz, pero que poseía una aguda conciencia de la necesidad de que Gran Bretaña conservase su posición como gran potencia. La reunión logró acordar únicamente que no pediría la aprobación del parlamento para enviar la fuerza expedicionaria británica a Francia.[56]

Tras la reunión del gabinete, Grey se entrevistó con Cambon, quien había estado esperando ansiosamente en el ministerio de Asuntos Exteriores la noticia de las intenciones de Gran Bretaña. El embajador francés señaló el grave peligro a que ahora se enfrentaba su país, con los ejércitos alemanes por tierra y la armada alemana amenazando las costas atlánticas, que Francia había dejado desprotegidas –lo cual resultaba algo exagerado de su parte– por culpa del acuerdo con Gran Bretaña en el que esta se había comprometido a protegerlas. Grey no le ofreció mucho consuelo, aduciendo una vez más la libertad de acción de Gran Bretaña. Sin embargo, la neutralidad de Bélgica era importante para los británicos, y el ministro de Asuntos Exteriores se proponía preguntar el lunes a la cámara de los comunes si el gabinete había tomado una decisión, para afirmar que Gran Bretaña no permitiría una violación de esa neutralidad. Cambon señaló que la opinión pública francesa iba a quedar muy defraudada por la tardanza de Gran Bretaña en responder, y, según el testimonio de Grey de esa entrevista, pronunció una advertencia: “Si no ayudáramos a Francia, la entente desaparecería; y, ya fuese Alemania, o Francia y Rusia, quienes se hiciesen con la victoria, nuestra situación al terminar la guerra resultaría muy incómoda”.[57] Cambon llegó después tambaleándose y con el rostro lívido hasta la oficina de

Nicolson, y solo atinó a decir: “Van a abandonarnos, van a abandonarnos” (Ils vont nous lâcher, ils vont nous lâcher).[58] A un amistoso periodista británico que lo visitó en la embajada francesa, le dijo: “Me pregunto si la palabra ‘honor’ debería ser borrada del vocabulario inglés”. Nicolson corrió escaleras arriba para preguntarle a Grey si era cierto lo que Cambon decía respecto a la reunión entre ambos. Cuando Grey le dijo que sí lo era, Nicolson le respondió amargamente: “Seremos […] la comidilla entre las naciones”, y objetó que el ministro de Asuntos Exteriores siempre le había dado a Cambon la impresión de que, si Alemania fuese el agresor, Gran Bretaña tomaría partido por Francia. “Sí –respondió Grey–, pero no hay nada por escrito”.[59] Aquella noche, Crowe, que era un firme defensor de la intervención en el ministerio de Asuntos Exteriores, le escribió a su esposa: “El gobierno ha decidido finalmente salir corriendo y abandonar a Francia cuando más nos necesita. La indignación en el ministerio es tal que prácticamente todo el mundo quiere renunciar antes que servir a tan deshonroso gobierno de co-bardes”.[60]

Ese mismo día, en el otro extremo de Europa, Rusia y Alemania rompían relaciones. (El imperio austrohúngaro, soñando aún con aplastar a Serbia, no emitiría su propia declaración de guerra contra Rusia hasta el 6 de agosto). A las seis de la tarde, el embajador alemán Pourtalès, conmocionado, le preguntó tres veces a Sazónov si Rusia accedería a la demanda de Alemania de detener su movilización. Sazónov le contestó las tres veces que Rusia seguía dispuesta a negociar, pero que las órdenes no podían ser revocadas. “No tengo –le dijo– otra respuesta que darle”. Entonces Pourtalès respiró hondo y dijo trabajosamente: “En ese caso, señor, mi gobierno me ha dado instrucciones de entregarle esta nota”. Con manos temblorosas, le pasó la declaración de guerra, y luego se acercó a la ventana y lloró. “Nunca hubiera creído –dijo a Sazónov– que abandonaría San Petersburgo bajo estas circunstancias”. Los dos hombres se abrazaron. A la mañana siguiente, el personal de la embajada alemana, junto con los representantes de los distintos estados alemanes, partieron en un tren especial desde la misma estación de Finlandia a la que llegaría Lenin tres años después para iniciar su revolución.[61] Sazónov telefoneó al zar para comunicarle que la ruptura era un hecho. Nicolás dijo tan solo: “Mi conciencia está limpia. Hice todo lo que estaba en mi mano por evitar la guerra”.[62] Su familia lo esperaba angustiada para cenar. Nicolás llegó, muy pálido, y les dijo que Rusia y Alemania estaban ahora en guerra. “Al escuchar la noticia –recordaría uno de los preceptores de sus hijos–, la emperatriz empezó a llorar, y las grandes duquesas,

viendo la desesperación de su madre, también prorrumpieron en llanto".[63] Hubo muchas más lágrimas en Europa aquel día; aunque sin punto de comparación con las que estaban por venir, cuando empezara a percibirse la inminencia de la guerra y los reclutas marcharan para unirse a sus regimientos.

El movimiento internacional por la paz había seguido con horror el rápido declive hacia la guerra y se habían organizado manifestaciones a favor de la paz en varias capitales europeas, sin efecto alguno. Jean Jaurès, el gran socialista francés, había venido trabajando sin descanso, conforme la crisis se agravaba, para mantener a las clases trabajadoras unidas en la lucha contra la guerra. "¡Sus corazones han de latir al unísono para impedir este horrible desastre!", dijo el 25 de julio en su último discurso en Francia.[64] El 29 de julio, Jaurès se unió a los representantes de los partidos socialistas de Europa en Bruselas, en un último intento por celebrar juntos la segunda Internacional. Seguían llamándose camaradas, y el líder del partido socialdemócrata alemán abrazó a Jaurès; pero se estaba haciendo evidente que el nacionalismo, que siempre había amenazado la unidad de la segunda Internacional, estaba a punto de romperla, ahora que las clases trabajadoras se volvían hacia la defensa de sus respectivos países y sus partidos se disponían a votar junto con el gobierno a favor de los créditos de guerra. Después de muchos debates, lo único que se decidió fue adelantar el congreso plenario que iba a haber más avanzado el verano al 9 de agosto, y celebrarlo en París en lugar de en Viena como estaba previsto. Los delegados británicos se quejaron de que entonces no habría tiempo para que los australianos pudiesen asistir. Jaurès estaba preocupado y triste, y sufría un tremendo dolor de cabeza. No obstante, pronunció un discurso aquella noche, ante una enorme asamblea en el Cirque Royale, la mayor sala de conciertos de Bruselas. Allí, una vez más, advirtió del espantoso destino de muerte, destrucción y enfermedades que aguardaba a Europa, a menos que todos trabajasen por evitar la guerra. A la mañana siguiente, se sentía más animado y le dijo a un amigo socialista belga: "Habrá sus altibajos. Pero es imposible que las cosas no terminen bien. Tengo dos horas antes de tomar el tren. Vayamos al museo a ver a vuestros primitivos flamencos".[65]

De regreso en París el 30 de julio, Jaurès continuó luchando como siempre, escribiendo sus columnas para el periódico de izquierdas L'Humanité,

organizando mítines e intentando entrevistarse con ministros. Mientras Jaurès tomaba un trago con unos amigos aquella misma noche en su café favorito, nadie notó al joven con barba que rondaba por la acera de enfrente. Raoul Villain, un nacionalista ferviente y fanático, había decidido que Jaurès era un traidor por su internacionalismo y su pacifismo. Llevaba un revólver, pero no lo utilizó aquella noche. Al día siguiente, Jaurès consiguió una reunión con Abel Ferry, el viceministro de Asuntos Exteriores, que le dijo sin rodeos que no había nada que hacer para evitar la guerra. Jaurès reaccionó como si le hubieran dado un mazazo, pero dijo que continuaría la lucha por la paz. “Usted será asesinado en la primera esquina”, le advirtió Ferry. Aquella noche Jaurès y un puñado de amigos pararon de nuevo en un café para cenar antes de continuar su labor. Se sentaron junto a una ventana abierta para tomar un poco el aire, pues la noche era tórrida. Villain apareció súbitamente junto al café y disparó dos veces; Jaurès murió casi al instante. Una placa señala todavía el sitio en el Café du Croissant, en la calle Montmartre.[66]

La noticia de la muerte de Jaurès llegó a oídos del consejo de ministros francés en la noche del 31 de julio durante una nueva sesión de emergencia. Todos los ministros sentían la tensión. Las movilizaciones generales de Alemania y del imperio austrohúngaro estaban ya confirmadas, y Joffre, el jefe del estado mayor, los bombardeaba con sus demandas de que Francia iniciase su propia movilización general, advirtiéndoles de que cada día de retraso ponía a Francia en una posición más peligrosa. Poincaré escribió en su diario que, aunque trataba de mantener una fachada fuerte ante los otros, se sentía profundamente perturbado. Su único respiro de las interminables reuniones llegaba cuando salía a pasear por los terrenos del Elíseo con su esposa. Mientras sus dos perros correteaban en torno a ellos, escribió Poincaré, “me preguntaba angustiado si realmente Europa sería víctima de una guerra general solo porque a Austria se le hubiera antojado buscar camorra con la espada de Guillermo II”.[67] El embajador alemán acababa de preguntarle al primer ministro francés si Francia permanecería neutral en una guerra entre Rusia y Alemania. Viviani dijo que daría una respuesta definitiva por la mañana. El embajador también preguntó si era cierto que Rusia había ordenado una movilización general, y Viviani respondió que no había sido informado de ello. La polémica continúa en torno a la cuestión de cuánta información tenían en ese momento los dirigentes franceses. Un telegrama de Paléologue con la noticia de la decisión de Rusia enviado esa mañana tardó unas doce horas en ser transmitido (un síntoma de

cómo empezaban a deteriorarse las comunicaciones en toda Europa), de modo que puede que no llegase a tiempo para la reunión del consejo de ministros. En cualquier caso, la política del gobierno francés había sido la misma desde el comienzo de la crisis: garantizar que tanto Rusia como Francia aparecieran como el bando inocente frente a la agresión alemana. En los días anteriores, Poincaré y Viviani habían urgido reiteradamente a Rusia a que actuara con cautela y evitara todo acto de provocación.[68] Aunque no existen registros de las discusiones del gabinete aquella noche, cuando estas cesaron a eso de la medianoche se había tomado la decisión de iniciar al día siguiente la movilización. También se acordó prometerle a Gran Bretaña, en respuesta a una petición de Londres, que Francia respetaría la neutralidad belga. Messimy, el ministro de la Guerra, también fue a ver a Izvolski, el embajador ruso, para asegurarle que Francia combatiría junto a Rusia.[69]

Cuando el gabinete volvió a reunirse en la mañana del 1 de agosto, Poincaré dijo que no podían seguir demorando una movilización general de las tropas francesas, y sus colegas, algunos de mala gana, estuvieron de acuerdo. Los telegramas, que ya habían sido redactados, se enviaron esa tarde, y en las ciudades y los pueblos de toda Francia la gente se aglomeraba para leer los pequeños anuncios azules que aparecieron pegados a los escaparates de las tiendas. En París, una inmensa multitud llenó la plaza de la Concordia. Algunos se abalanzaron sobre la estatua que representaba a Estrasburgo, la capital de la provincia perdida de Alsacia, y le arrancaron el velo negro que la cubría desde 1871. En un comunicado al pueblo francés que llamaba a la unidad nacional, Poincaré aseguró que su gobierno continuaba esforzándose al máximo por mantener la paz. Prometió que aquella movilización no era sinónimo de guerra. "A decir verdad –dijo un perspicaz observador–, nadie le creyó. Si no era la guerra, se trataba sin duda de algo terriblemente parecido a ella".[70] Durante los días siguientes hubo trenes recogiendo jóvenes por toda Francia y llevándolos a las fronteras. El estado mayor había temido que quizá un diez por ciento de los reservistas se negaría a acatar las órdenes de movilización; pero solo dejó de presentarse menos del uno y medio por ciento.[71]

El domingo 2 de agosto, Rusia, Alemania, el imperio austrohúngaro y Francia ya se habían movilizado; Rusia y Alemania estaban oficialmente en guerra; y el

imperio austrohúngaro estaba en guerra con Serbia. Aquel día, tropas rusas de caballería traspusieron la frontera de Alemania, y tropas alemanas penetraron en Luxemburgo, justo al sur de Bélgica, pese a que las grandes potencias, Alemania entre ellas, habían garantizado que respetarían la neutralidad de este pequeño ducado. Italia, a todas luces, pretendía proclamarse neutral. Desde el otro lado del Atlántico, los estadounidenses lo observaban todo con una mezcla de asombro y espanto, y el presidente Wilson, que pasaba mucho tiempo junto al lecho de su esposa moribunda, envió a través de sus embajadores ofertas de mediación; pero era demasiado tarde y los europeos no estaban dispuestos a escucharlas. Solo faltaba un último gran paso en el camino de Europa hacia la guerra: la entrada de Gran Bretaña.

En aquella mañana de domingo, Lichnowsky, con los ojos anegados en lágrimas y con sus esperanzas de reconciliar a Alemania y Gran Bretaña destruidas, fue a ver a Asquith, mientras este desayunaba, para suplicarle que Gran Bretaña no cerrase filas con Francia; pero ya parecía demasiado tarde. La opinión pública británica se estaba endureciendo contra Alemania. Como escribiera ese día a un amigo lord Morley, ministro de la India y uno de los miembros del gabinete que más se oponía a la guerra: “las prepotentes acciones de Alemania estaban debilitando los esfuerzos pacifistas dentro del gabinete”.[72] Un factor más importante era que el creciente peligro de Bélgica estaba influyendo sobre el estado de opinión del gabinete como no lo habían hecho los preparativos de guerra alemanes contra Francia o Rusia. La geografía dictaba, desde hacía siglos, que Gran Bretaña no podía cruzarse de brazos mientras otra potencia se adueñaba de los Países Bajos, con sus estratégicos canales por los que trasegaban mercancías (y a menudo ejércitos) entre el continente y Gran Bretaña. El partido conservador se sumó a las presiones que recaían sobre Asquith mediante una carta del líder conservador Bonar Law, en la que este argumentaba que sería “fatal para el honor y la seguridad del Reino Unido titubear en apoyar a Francia y Rusia”, y prometía al gobierno el pleno respaldo de su partido.[73]

A las once de la mañana, el gabinete rompió todos los precedentes, al reunirse un domingo. Fue una sesión difícil y demostró cuán profundamente divididos seguían estando los ministros. Sin embargo, comenzaban a ser mayoría aquellos para quienes una violación de la neutralidad belga constituía un motivo para ir a

la guerra. Todo lo que se acordó aquella mañana, no obstante, fue que Grey podía decirle a Cambon que Gran Bretaña no permitiría que la flota alemana atacase la costa septentrional de Francia. El consejo de ministros también ratificó la decisión de Churchill, tomada la noche anterior, de movilizar a la reserva naval, y se acordó celebrar otra reunión a las seis y media de la tarde. Varios pacifistas, y también Lloyd George, quien seguía sin tomar partido, almorzaron juntos. Grey se fue al zoológico de Londres durante una hora para mirar los pájaros, mientras Asquith robó unos instantes para escribirle a Venetia Stanley. "No recibí carta tuya esta mañana –se quejaba–, lo cual constituye el vacío más triste de mi jornada".[74] El gabinete británico volvió a reunirse a las seis y media de la tarde, como se había acordado. Aunque Morley y John Burns, del departamento de industria y comercio, quienes a continuación dimitirían, seguían oponiéndose categóricamente a la guerra, Lloyd George estaba ahora más inclinado a apoyar a Bélgica. También era muy consciente del interés estratégico británico en mantener al continente libre de la dominación alemana. Ahora existía una mayoría provisional a favor de la intervención, en caso de producirse una violación "sustancial" de la neutralidad belga. Lo que podría consolidar un consenso era que Bélgica optase por ofrecer resistencia a Alemania y pedir ayuda.[75]

A las siete de la tarde, hora británica, mientras Gran Bretaña debatía qué hacer en relación con la crisis europea, el embajador alemán en Bruselas visitó al ministro belga de Asuntos Exteriores, con un ultimátum que llevaba en su despacho desde el 29 de julio. El texto había sido redactado por Moltke, no por Bethmann, lo que suponía otro síntoma de que los militares estaban dirigiendo la política alemana, y afirmaba que su país poseía "información fidedigna" de que los franceses planeaban avanzar sobre Bélgica para atacar a Alemania. (En realidad, el gobierno francés le había dicho expresamente a Joffre que no podía entrar en Bélgica antes de que los alemanes lo hiciesen). El gobierno alemán no podía por menos que preocuparse de que Bélgica no fuera capaz de defenderse, dejando a Alemania a merced de los franceses. En aras de su propia seguridad, Alemania podría verse obligada a tomar medidas contra esta agresión francesa. "Por lo tanto, el gobierno alemán lamentaría profundamente que Bélgica considerara un acto de hostilidad hacia ella la entrada de Alemania en suelo belga, si llegara a verse obligada a ello por razones defensivas ante las acciones de sus adversarios". Alemania exigía de Bélgica una "neutralidad comprensiva", así como libertad de tránsito para las tropas alemanas a través de su territorio. A

cambio, Alemania garantizaría la integridad e independencia de Bélgica al término de la guerra. El gobierno belga tenía doce horas para responder.[76]

Bélgica siempre había preservado decididamente su neutralidad, rehusando contemplar alianzas militares con sus vecinos, pero preparándose para pelear con cualquiera de ellos si fuese necesario. Incluso en 1914, mientras las tropas alemanas avanzaban sobre el país, todavía había tropas belgas estacionadas en el sur y a lo largo de la costa para demostrar que Bélgica intentaba defender su neutralidad contra todo enemigo, incluido un improbable ataque de Francia o Gran Bretaña. La opinión pública belga, al menos hasta 1914, no había concentrado su atención en un único enemigo, ni amigo. Existía un viejo rencor contra Gran Bretaña por haber liderado la campaña internacional de finales de siglo contra los abominables abusos del avaricioso rey belga, Leopoldo II, en el Congo. El ministerio de Asuntos Exteriores belga y los círculos conservadores y católicos tendían a ser proalemanes, pero la principal influencia cultural la ejercía Francia.[77] Los belgas estaban orgullosos de su independencia y cuidaban su libertad como un tesoro. Las reformas militares y el aumento del presupuesto militar en 1913 estaban encaminados a proteger ambas. Como la probabilidad de una guerra entre Francia y Alemania era cada vez mayor, el gobierno belga alistó a más reclutas el 29 de julio y dio instrucciones al comandante de Lieja de redoblar las defensas de la gran fortaleza y sabotear los accesos por el lado este, en dirección a Alemania. El 31 de julio, el gobierno ordenó la movilización total del ejército belga.

Una vez traducido el ultimátum del alemán al francés, el gobierno belga tardó muy poco en tomar una decisión. El primer ministro, el barón Charles de Broqueville, y el rey, Alberto I, decidieron de inmediato que las demandas alemanas debían ser rechazadas. Los ministros del gobierno, reunidos apresuradamente en plena noche, estuvieron de acuerdo por unanimidad. Tal vez para sorpresa de ellos mismos, los belgas decidieron también sin vacilación ofrecer al avance alemán tanta resistencia como fuera posible. “¡Oh, pobres tontos!” –dijo un diplomático alemán al enterarse–. ¿Por qué no se apartan del camino de la apisonadora?”. Cuando la noticia del rechazo del ultimátum, que se filtró gracias a un diplomático francés, apareció en los periódicos la mañana del 3 de agosto, el público belga dio muestras de aprobación. La bandera nacional

ondeaba por doquier y se hablaba mucho del orgullo nacional belga. Como dijera el propio rey en su discurso a la nación: “Nos negamos a renunciar a nuestro honor”.[78] También ayudó el hecho de que Alberto fuera una figura muy respetada. Era distinto en todo a su tío, el difunto –y no llorado–Leopoldo: el nuevo rey era honrado, vivía modestamente y rodeado de dicha conyugal con su esposa alemana y sus tres hijos; y, en lugar de tener amantes adolescentes, gustaba de la lectura y el alpinismo. Cuando el rey y la reina abandonaron el palacio al día siguiente, para una sesión extraordinaria del parlamento, una enorme multitud los vitoreó y, al llegar a la cámara, los presentes se pusieron en pie para aplaudir. Todas las medidas propuestas por el gobierno, incluyendo los créditos de guerra, fueron aprobadas por unanimidad. El partido socialista emitió una declaración diciendo que sus miembros se estaban defendiendo contra la “barbarie militarista”, y luchando por la libertad y la democracia.[79]

En la mañana del lunes 3 de agosto, el consejo de ministros británico se reunió para analizar lo que Grey debía decir ante el parlamento aquella tarde, y también se decidió movilizar al ejército. Aunque los detalles no estaban todavía disponibles, la noticia del ultimátum alemán a Bélgica había llegado ya, así como un telegrama de Alberto a Jorge V solicitando ayuda británica. Desde el punto de vista británico, como escribiera más tarde Asquith a Venetia Stanley, la agresión de Alemania contra Bélgica “simplifica las cosas”.[80] Lloyd George, cuyo apoyo era esencial para mantener del lado del gobierno al ala izquierda del partido liberal, estaba ahora decididamente en el bando que abogaba por intervenir en respaldo de la neutralidad belga y del lado de Francia. Grey regresó al ministerio de Asuntos Exteriores alrededor de las dos de la tarde, esperando tomar un almuerzo rápido y trabajar en su discurso. Allí se encontró al embajador alemán, que lo esperaba para preguntarle cuál había sido la decisión del consejo de ministros. “¿Era una declaración de guerra?”. Grey dijo que era más bien un “pliego de condiciones”. Él no podía decirle a Lichnowsky cuáles eran estas antes de haber informado al parlamento. Lichnows-ky le suplicó a Grey que la neutralidad belga no fuese una de tales condiciones. Grey se limitó a repetirle que no podía decir nada.[81]

A las cuatro de la tarde Grey se puso en pie, pálido y cansado, ante la cámara de los comunes. “Su voz era clara –dijo un observador–, sin tonos emotivos; su

lenguaje totalmente desnudo, preciso, simple, exacto, con una dignidad austera”.[82] Los bancos y pasillos estaban abarrotados y las galerías llenas de espectadores, entre ellos el arzobispo de Canterbury y el embajador ruso. Grey resaltó, como siempre, la absoluta libertad de acción de Gran Bretaña. Sin embargo, su amistad con Francia (“y con Alemania”, gritó un diputado) y su promesa de respetar la neutralidad de Bélgica habían creado “obligaciones de honor y de interés”. Francia, dijo Grey, había confiado en Gran Bretaña hasta el punto de dejar indefensas sus costas atlánticas. “Que cada hombre consulte a su propio corazón y a sus propios sentimientos –prosiguió– e interprete por sí mismo la magnitud de esta obligación. Yo mismo la interpreto tal como la siento, pero no deseo imponer a nadie sino lo que le dicten sus sentimientos ante esta obligación”. Grey conocía el terreno que pisaba. Gran Bretaña estaba ahora ante la disyuntiva, dijo, de aceptar sus obligaciones de honor e interés o de volverles la espalda. E incluso si Gran Bretaña se desentendía de la guerra, saldría de ella perdiendo, pues las arterias fundamentales de su comercio estaban en el continente, y sus costas quedarían amenazadas por el auge de la potencia que dominase Europa. “Estoy copletamente seguro –concluyó– de que nuestra posición moral sería tal que habríamos perdido el respeto de todos”. El clamor de los vítores ahogó sus últimas palabras. Bonar Law por los conservadores y John Redmond por los nacionalistas irlandeses ofrecieron su apoyo. Ramsay MacDonald, en nombre del pequeño partido laborista, dijo que Gran Bretaña debía haber permanecido neutral. No hubo votación alguna ese día, ni después, para decidir si Gran Bretaña declararía o no la guerra a Alemania, pero era evidente que el gobierno tenía ahora un respaldo abrumador para intervenir.

Cuando Nicolson entró después al despacho de Grey para felicitarlo por el éxito de su discurso, este, abatido, no le respondió, sino que golpeaba una mesa con los puños, diciendo: “Odio la guerra… Odio la guerra”. Aquella misma noche, algo más tarde, Grey haría el comentario que para tantos europeos llegaría a resumir lo que implicaba la guerra. Mirando por la ventana hacia el parque de St. James, donde los faroleros estaban encendiendo las luces de gas, dijo: “Las luces se apagan en toda Europa; ya no volveremos a verlas encendidas en nuestros días”.[83] Aunque Grey dijo luego modestamente que él había sido “tan solo el portavoz de Gran Bretaña”, había hecho mucho por provocar la intervención británica en la guerra.[84] Lloyd George, que había jugado un papel tan decisivo a la hora de inclinar la postura del gabinete a favor de la guerra, escribió a su esposa, en Gales del Norte: “Me muevo por estos días en un mundo de pesadilla.

He luchado por la paz y hasta ahora he logrado mantener al margen al gabinete, pero he llegado a la conclusión de que, si la pequeña nación de Bélgica es atacada por Alemania, todas mis tradiciones, e incluso mis prejuicios, se inclinarán hacia la guerra. Esta perspectiva me llena de horror”. Asquith fue más prosaico; durante su habitual partida de bridge, dijo que “el único aspecto positivo de la odiosa guerra en la que estábamos a punto de entrar era el cese del conflicto irlandés y la unión cordial de las fuerzas en Irlanda, en apoyo del gobierno, para preservar nuestros supremos intereses nacionales”.[85] Es posible, al menos eso pensaban muchos por entonces, que la Gran Guerra salvara a Gran Bretaña de una guerra civil.

En París, ese mismo lunes por la noche, Wilhelm Schoen, el embajador alemán, se esforzaba por descifrar un telegrama de Bethmann sumamente entrecortado. Entendió lo suficiente como para ir a ver enseguida al primer ministro francés con la declaración de guerra de Alemania. El gobierno alemán alegaba que se había visto forzado a tomar esa medida a raíz de las incursiones francesas en Alsacia a través de la frontera, así como por los violentos ataques de los aviadores franceses. Decía que uno había llegado incluso a arrojar una bomba sobre un ferrocarril alemán. (Hitler emplearía un pretexto similar, e igualmente falaz, cuando atacó Polonia en 1939). Schoen tenía una última petición: que los alemanes que quedaban en París fuesen puestos bajo la protección del embajador de Estados Unidos. Y una queja: que un hombre se le había metido en el coche y le había increpado cuando se dirigía a la reunión con Poincaré. Ambos hombres se despidieron cortésmente y con el ánimo sombrío.[86] Poincaré escribiría luego en su diario:

Es cien veces mejor que no hayamos tenido que declarar la guerra nosotros, así fuera por las repetidas violaciones de nuestra frontera. Era imperativo que Alemania, la plena responsable de la agresión, se viera obligada a admitir sus intereses públicamente. Si Francia hubiera declarado la guerra, la alianza con Rusia habría sido cuestionada, y la unidad y el espíritu francés se habrían visto quebrantados, e Italia tal vez se habría visto obligada por la triple alianza a intervenir contra Francia.[87]

Al día siguiente, martes 4 de agosto, en medio de repetidas ovaciones, fue leído ante el parlamento francés un mensaje de Poincaré. Alemania era la única culpable de la guerra, afirmaba, y tendría que defenderse ante el juicio de la historia. Todos los franceses habrían de converger en una unión sagrada, y esta union sacrée jamás sería destruida. No hubo disensión alguna; el partido socialista ya había decidido apoyar la guerra. Un destacado adversario de la izquierda rindió homenaje a Jaurès, que estaba siendo enterrado ese mismo día, diciendo: “Ya no hay opositores; hay tan solo franceses”. La cámara prorrumpió en prolongados gritos de “Vive la France!”.[88]

Ese mismo día, el gobierno británico envió un ultimátum a Alemania a los efectos de que esta garantizara que respetaría la neutralidad de Bélgica. El plazo de respuesta expiraría a las once de esa noche, hora de Gran Bretaña. Como nadie esperaba que Alemania accediera, se preparó una declaración de guerra para entregársela a Lichnowsky. En los archivos del ministerio de Asuntos Exteriores ya había desde hacía años telegramas impresos para advertir a las embajadas y consulados británicos en todo el mundo de que Gran Bretaña estaba a punto de entrar en guerra; solo tenían un espacio en blanco, donde iba el nombre del enemigo. Los empleados se pasaron el día escribiendo “Alemania”.

En Berlín entretanto, ese mismo día, Bethmann se dirigió al parlamento alemán para explicar que Alemania solo se estaba defendiendo. Cierto que estaba invadiendo los territorios neutrales de Bélgica y Luxemburgo, pero eso se debía únicamente a la amenaza francesa. Cuando terminara la guerra, Alemania compensaría cualquier daño. El partido socialista, que durante tanto tiempo había prometido llevar a sus millones de miembros a oponerse a una guerra capitalista, se unió al voto de los demás partidos a favor de los créditos de guerra. Bethmann se había empleado a fondo para tenerlos de su lado, pero también ellos habían estado avanzando en su dirección. El 3 de agosto, en una larga y difícil reunión de los diputados socialistas, una mayoría decidió votar a favor de los créditos de guerra, en parte con el argumento de que no podían traicionar a las bases del partido que se disponían a partir a la guerra, y en parte porque veían a Alemania como la víctima de la agresión rusa. En aras de la unidad del partido, el resto accedió a hacer lo mismo.[89]

En la noche del 4 de agosto, antes incluso de que expirara el plazo de Gran Bretaña para la respuesta de Alemania, Goschen, el embajador británico, visitó a Bethmann para solicitar su pasaporte. "¡Oh, esto es demasiado espantoso!", exclamó Goschen preguntando en vano si Alemania no podría respetar la neutralidad de Bélgica. Bethmann le soltó una filípica al embajador: Gran Bretaña estaba dando un paso terrible, y todo por una simple palabra, "neutralidad". El tratado con Bélgica, según Bethmann en palabras que le costaron caras a Alemania ante la opinión mundial, era solo un "trozo de papel". Gran Bretaña, añadió, pudo haber refrenado la sed de venganza de Francia y el paneslavismo ruso, pero por el contrario los había alentado: la guerra era culpa de Gran Bretaña. Goschen se echó a llorar y se marchó.[90] Bethmann no veía que Alemania tuviese ninguna responsabilidad. Más tarde le escribiría a un amigo: "Resulta sumamente dudoso que con acciones razonables hubiésemos logrado impedir que los naturales antagonismos de franceses, rusos y británicos se unieran contra nosotros".[91] El káiser se puso a desbarrar contra la traición de Gran Bretaña y acusó a Nicolás de "inescrupulosa gratuidad" al ignorar todos los intentos de Alemania y de Guillermo por preservar la paz. Moltke pensaba que los británicos habían planeado aquella guerra desde el principio, y se preguntaba si Alemania podría convencer a Estados Unidos de intervenir como su aliado si prometían entregarles Canadá.[92]

En Londres, los británicos esperaban el vencimiento del plazo a las once en punto de la noche. Hubo un breve pánico en el ministerio de Asuntos Exteriores cuando alguien se dio cuenta de que habían cometido un error en la declaración de guerra a Alemania, y que se la habían enviado prematuramente a Lichnowsky. Redactaron a toda prisa una declaración enmendada, y se designó a un funcionario menor para que recuperase el documento erróneo. Los miembros del gabinete se reunieron en Downing Street, la mayoría visiblemente angustiados excepto Churchill, que se mostraba alerta y confiado, con un gran puro en la boca. Los demás ministros esperaron a las puertas del gabinete. "En cualquier caso, la guerra no puede durar mucho", dijo alguien. Unos minutos antes de las once, un funcionario telefoneó al ministerio de Asuntos Exteriores para preguntar si había alguna noticia. Las campanas del Big Ben comenzaron a doblar, y Gran Bretaña ya estaba en guerra. En la calle, en Whitehall y en el Mall, las multitudes cantaban canciones patrióticas y se abrazaban. Churchill

envió un telegrama a la flota: “INICIAR HOSTILIDADES CONTRA ALEMANIA”.[93]

Los lazos que habían unido a una Europa pacífica y próspera durante el siglo xix se desataron rápidamente. Las líneas de ferrocarril y de telégrafo quedaron cortadas; el transporte se ralentizó; los fondos bancarios fueron congelados y el cambio internacional de divisas cesó; el comercio fue mermando hasta desaparecer. Los ciudadanos corrientes luchaban desesperados por regresar a sus hogares en un mundo que había cambiado súbitamente. En la embajada alemana en París reinaba el caos: había madres aferradas a sus bebés sollozantes y cientos de maletas en el suelo. Hasta cien mil estadounidenses se vieron atrapados en el continente, a menudo sin dinero, porque los bancos estaban cerrados. Muchos lograron llegar hasta Gran Bretaña, donde Walter Page, el embajador de Estados Unidos, y su equipo hacían cuanto podían para afrontar la situación. “¡Dios nos ayude!”, le escribió Page al presidente Woodrow Wilson:

¡Qué semana hemos tenido! […]. En aquellos primeros dos días, naturalmente, hubo mucha confusión. Hombres enloquecidos y mujeres llorando que imploraban y maldecían y exigían… Dios sabe que la cosa fue de locos. Un hombre me ha dicho que soy un genio en situaciones de emergencia, otros que soy un condenado idiota, y otros me han endilgado todos los epítetos posibles entre ambos extremos.

El gobierno estadounidense envió el Tennessee con oro para respaldar económicamente a sus ciudadanos; este barco de guerra también transportó a estadounidenses desde Francia hasta el otro lado del canal de la Mancha.[94] Los embajadores de los países combatientes fueron tratados con mayor gentileza, y partieron en trenes especiales, protegidos por las tropas de su enemigo. Jules Cambon y el embajador ruso ya habían abandonado Berlín durante el fin de semana, y ahora el 5 de agosto un destrozado Lichnowsky se preparaba para abandonar Londres. “Temí que se volviese literalmente loco –le escribió Page a Wilson tras hablar con él–. Es del partido antiguerra y ha fracasado por completo. Esa entrevista ha sido una de las experiencias más lastimosas de mi

vida”.[95]

En 1914 los líderes de Europa fallaron en su misión, o bien al optar deliberadamente por la guerra, o bien al no encontrar las fuerzas necesarias para oponerse a ella. Más de medio siglo después, un joven e inexperto presidente de Estados Unidos se enfrentaría a su propia crisis y a sus propias opciones. En 1962, cuando la Unión Soviética colocó fuerzas militares en Cuba, entre ellas unos misiles capaces de alcanzar la costa este de Estados Unidos con ojivas nucleares, John F. Kennedy se vio intensamente presionado por sus militares para que emprendiera acciones, aun a riesgo de una guerra total con la Unión Soviética. Se resistió, en parte porque del fiasco de Bahía Cochinos el año anterior había aprendido que los militares no siempre tienen razón; pero también porque acababa de leer Los cañones de agosto, el extraordinario relato de Barbara Tuchman de cómo Europa cometió los errores garrafales que condujeron a la Gran Guerra. Kennedy decidió abrir negociaciones con la Unión Soviética, y el mundo se alejó del precipicio.

Conmoción, exaltación, abatimiento, resignación: los europeos acogieron el advenimiento de la guerra de muchas maneras. Algunos encontraron consuelo, o incluso inspiración, en la manera en que sus países parecieron unificarse. Friedrich Meinecke, el gran historiador alemán, lo describió como “uno de los grandes momentos de mi vida, que de pronto llenó mi alma con la más honda confianza en nuestro pueblo y la más profunda alegría”.[96] Henry James, en cambio, le escribió angustiado a un amigo:

La intensa inverosimilitud de una cosa tan estéril y tan infame, en una época que hemos estado viviendo y haciendo nuestra como si fuese un gran refinamiento de la civilización, a pesar de todas sus incongruencias conscientes; descubrir que después de todo llevaba esta abominación en la sangre, descubrir que de esto se trataba todo el tiempo, es como tener que reconocer de pronto en nuestra familia o en el círculo de nuestros mejores amigos a una banda de asesinos, estafadores y villanos: es exactamente una conmoción así.[97]

Los pasos de Europa pudieron haber ido en otras direcciones, pero en agosto de 1914 la condujeron hasta el final del camino. Y ahora tenía ante sí su destrucción.

EPÍLOGO:

LA GUERRA

El 4 de agosto se abatió sobre Europa lo que Theodore Roosevelt llamó “el gran tornado negro”.[1] Como una súbita tormenta de verano, la guerra tomó a muchos por sorpresa; aunque al principio pocos intentaron escapar de ella. Para algunos europeos constituyó un alivio que la espera hubiese terminado, e incluso un consuelo el ver a sus sociedades unificadas. El movimiento europeo por la paz se deshizo por las costuras nacionales que siempre habían estado ahí; y, a lo largo y ancho del continente, los socialistas unieron fuerzas con los partidos de las clases media y alta para votar abrumadoramente a favor de los créditos de guerra. Un socialista alemán sentía que “la terrible tensión se había resuelto […] uno podía, por primera vez en casi un cuarto de siglo, sumarse de todo corazón, con la conciencia limpia y sin sentirse traidor, al coro arrasador y tempestuoso que cantaba: ‘Deutschland, Deutschland, über alles’”.[2] Winston Churchill no era en modo alguno el único que se sintió eufórico ante aquel drama. “Mi amor –le escribió a su esposa–: Todo tiende a la catástrofe y al derrumbe. Yo me siento curioso, dispuesto y feliz. ¿No es horrible estar hecho de esta madera?”.[3] La mayoría de los europeos, hasta donde se sabe, quedaron simplemente estupefactos ante la rapidez e irrevocabilidad con que se había acabado la larga paz de Europa. Aceptaron la llegada de la guerra con resignación y sentido del deber, convencidos de que sus países constituían el bando inocente, atacado por amenazadoras fuerzas extranjeras.

Aunque hay muchos mitos acerca de la Gran Guerra, es cierto que en agosto de 1914 los soldados les dijeron a sus familias que estarían de vuelta para la Navidad. En la academia de estado mayor británica de Camberley, donde los soldados aguardaban órdenes en medio de sus habituales recepciones al aire libre, partidos de cricket y picnics, llegó la noticia de que debían ir a ocupar sus puestos, la mayoría con la fuerza expedicionaria británica que partiría hacia el continente. La propia academia cerró hasta nuevo aviso, y a sus instructores también les asignaron puestos en el estado mayor; las autoridades pensaban que

no había necesidad de entrenar a más oficiales para una guerra breve.[4] Las advertencias de expertos como Ivan Bloch y el propio Moltke, o de pacifistas como Bertha von Suttner y Jean Jaurès, de que las ofensivas llevarían a otros tantos impasses en los que ningún bando sería lo bastante fuerte como para derrotar al otro, en tanto las sociedades agotaban sus recursos, tanto de hombres como de municiones, quedaron olvidadas, al menos de momento, cuando las potencias europeas marcharon a la guerra. La mayoría de la población, desde los dirigentes hasta los ciudadanos comunes, supusieron que sería corta; como la guerra franco-prusiana, por ejemplo, en la que en menos de dos meses los ejércitos de la alianza alemana lograron la rendición de Francia. (El que los combates se prolongaran debido a que el pueblo francés se sumó a la lucha era otra cuestión). Los expertos en finanzas, tanto los banqueros como los ministros del ramo, daban por sentado que la guerra tendría que ser breve: la interrupción del comercio y la incapacidad de los gobiernos para pedir préstamos, por la desaparición del mercado internacional de capitales, acarrearían una bancarrota inminente que imposibilitaría a las partes beligerantes continuar combatiendo. Como había advertido Norman Angell en su libro La gran ilusión, incluso si Europa fuese tan necia como para ir a la guerra, el caos económico y la miseria resultante obligarían rápidamente a las naciones combatientes a negociar la paz. Lo que pocos comprendían –aunque sí el propio Bloch– era que los gobiernos de Europa tenían una capacidad nunca antes probada, pero considerable, para extraer recursos de sus sociedades, mediante los impuestos, la administración de sus economías o la liberación de hombres para el frente utilizando a las mujeres como mano de obra; y los propios europeos poseían un estoicismo y una obstinación que los mantendrían luchando durante los largos años siguientes, pese a las pérdidas terribles y cuantiosas. Lo sorprendente de la Gran Guerra no es que las sociedades y los individuos terminaran por ceder bajo la presión –y no todos lo hicieron, o no del todo–, sino que Rusia, Alemania y el imperio austrohúngaro resistieran tanto tiempo antes de sucumbir a la revolución, el amotinamiento o la desesperación.

En aquellas primeras semanas de la guerra, parecía que tal vez Europa pudiera escapar de la catástrofe. Si Alemania derrotaba rápidamente a Francia, Rusia quizá decidiera firmar la paz en el este, y acaso Gran Bretaña reconsiderase su compromiso de luchar. Incluso si el pueblo francés decidía combatir como había hecho en 1870-1871, a la larga se vería obligado a capitular. Mientras las fuerzas alemanas invadían Bélgica y Luxemburgo de camino hacia el norte de Francia,

los planes de guerra alemanes parecían desarrollarse según lo previsto. Sin embargo, no era así. La decisión de Bélgica de resistir ralentizó el avance. La fortaleza principal de Lieja cayó el 7 de agosto, pero otras doce debían ser tomadas una a una. La resistencia belga obligaba a Alemania a dejar tropas por el camino a medida que avanzaba. El ejército del gran ala derecha que se abatiría cruzando el Mosa hacia el canal de la Mancha, y luego giraría hacia el sur rumbo a París para obtener una contundente victoria, era más débil y lento de lo planeado. El 25 de agosto, August Moltke, alarmado por la celeridad del avance de Rusia en el este –las tropas rusas habían invadido las fincas de la aristocracia prusiana y quemado el pabellón de caza favorito del káiser en Rominten–, ordenó a dos cuerpos de ejército, que sumaban unos ochenta y ocho mil hombres, que se desplazaran del oeste hacia Prusia oriental.[5] Y la fuerza expedicionaria británica había llegado antes de lo previsto para reforzar a los franceses.

El avance alemán se ralentizó y luego se detuvo ante la resistencia de los aliados. A principios de septiembre, la balanza comenzaba a inclinarse en contra de Alemania, y los aliados distaban de haber sido vencidos. El 9 de septiembre, Moltke ordenó a los ejércitos alemanes situados en Francia que se retirasen hacia el norte y se reagrupasen, y dos días después dio una orden general de retirada a lo largo del frente. Esto, aunque él no podía saberlo en aquel momento, significó el fin del plan Schlieffen y de la posibilidad de derrotar rápidamente a Francia. El 14 de septiembre, el káiser lo relevó de sus deberes por motivos de salud.

Tanto los alemanes como los aliados hicieron intentos desesperados por superar las maniobras de su adversario en aquel otoño. Las pérdidas se multiplicaron, pero la victoria permaneció inalcanzable. Hacia finales de 1914 habían muerto 265.000 soldados franceses, y los británicos habían perdido a 90.000. En algunos regimientos alemanes las bajas ascendían al sesenta por ciento; el ejército alemán había perdido 80.000 hombres en los combates en las inmediaciones de la ciudad flamenca de Ypres solo en el mes de octubre.[6] Al aproximarse el invierno, los ejércitos de cada bando se atrincheraron para reanudar sus ataques en la primavera. No sospechaban que las trincheras temporales que había excavado desde la frontera suiza, cruzando las fronteras este y norte de Francia, y hasta Bélgica, se irían volviendo más hondas, más sólidas y más complicadas,

y se mantendrían hasta el verano de 1918.

En el frente oriental, como las distancias eran mucho mayores, la red de trincheras nunca llegó a desarrollarse tanto ni a ser tan impermeable; pero la capacidad de defensa para repeler ataques se hizo más que evidente desde los primeros meses de la guerra. El imperio austrohúngaro sufrió grandes reveses, pero Rusia no fue capaz de obtener ninguna victoria decisiva. Durante los primeros cuatro meses de la guerra, el imperio austrohúngaro había sufrido un total de casi un millón de bajas. Aunque Alemania, al contrario de lo que esperaban Schlieffen y sus sucesores, había pasado a la ofensiva para derrotar a dos ejércitos rusos en la batalla de Tannenberg, la victoria en el campo de batalla no significaba el fin de la guerra. Tanto Rusia como sus enemigos tenían los recursos y la determinación necesarios para seguir combatiendo.

Hay una anécdota que incluso podría ser cierta. Ernest Shackleton, el gran explorador polar, partió hacia la Antártida en el otoño de 1914. Cuando finalmente logró regresar hasta la estación ballenera de la isla de Georgia del Sur, en la primavera de 1916, se cuenta que preguntó quién había ganado la guerra europea, y se asombró enormemente cuando le dijeron que aún no había terminado. Las industrias, la riqueza nacional, la mano de obra, la ciencia, la tecnología e incluso las artes, se hallaban supeditadas al esfuerzo bélico. El progreso de Europa, tan orgullosamente celebrado en la exposición de París de 1900, había permitido perfeccionar los medios para movilizar sus grandes recursos en aras de su propia destrucción.

Las primeras etapas definieron el terrible patrón de los años siguientes: los ataques eran repelidos una y otra vez por el fuego letal de las armas de los defensores. Los generales intentaron repetidas veces romper el impasse con ofensivas a gran escala, que condujeron a un número equivalente de bajas; los frentes, especialmente el occidental, donde el terreno había quedado destrozado por los explosivos, estaban llenos de los cráteres de la metralla y cubiertos de alambre de espino; las líneas apenas se movían. La guerra, al prolongarse, consumió un número de vidas que resulta difícil imaginar. En 1916, solo la

ofensiva de verano rusa produjo 1.400.000 bajas; 400.000 italianos fueron hechos prisioneros durante la ofensiva de Conrad en los Dolomitas contra Italia; y hubo 57.000 bajas británicas el 2 de julio, el primer día del Somme. Hacia el final de esta batalla, en noviembre, sumaban 650.000 los aliados muertos, heridos o desaparecidos junto con 400.000 alemanes. En Verdún, la lucha entre Francia y Alemania por el control de la fortaleza les costó a los defensores franceses más de 500.000 bajas, y a los atacantes alemanes más de 400.000. Para cuando terminó la guerra, el 11 de noviembre de 1918, sesenta y cinco millones de hombres habían combatido, y ocho millones y medio habían muerto. Ocho millones cayeron prisioneros o simplemente desaparecieron. Veintiún millones resultaron heridos, y esta cifra incluyó solo las heridas medibles: nadie sabrá nunca cuántos quedaron dañados o destruidos psicológicamente. Por comparar, en Vietnam cayeron 47.000 soldados estadounidenses; y durante la invasión y ocupación de Irak murieron 4.800 soldados de la coalición.

La guerra, en un principio europea, pronto se volvería mundial. Desde el primer momento, los imperios se habían involucrado automáticamente. Nadie se paró a preguntarles a los canadienses o a los australianos, a los vietnamitas o a los argelinos si deseaban combatir por las potencias imperiales. En honor a la verdad, muchos sí lo deseaban. En los dominios “blancos”, donde muchos tenían aún vínculos familiares con Gran Bretaña, se asumió sin más que había que defender a la madre patria. Más sorprendente fue el hecho de que muchos nacionalistas indios apoyaran a Gran Bretaña. El joven abogado radical Mahatma Gandhi ayudó a las autoridades británicas a reclutar indios para la causa de la guerra. Otras potencias fueron tomando partido poco a poco. Japón le declaró la guerra a Alemania a finales de agosto de 1914, y aprovechó la oportunidad para hacerse con las posesiones alemanas de China y el Pacífico. El imperio otomano echó su suerte con Alemania, el imperio austrohúngaro dos meses más tarde, y Bulgaria se les unió en 1915. Este sería el último aliado que tendrían las potencias centrales. Rumanía, Grecia, Italia, varios países latinoamericanos y China se unieron al final a los aliados.

En Estados Unidos, ninguno de los dos bandos contó inicialmente con un fuerte apoyo, pues aquel conflicto no parecía tener mucho que ver con los intereses estadounidenses. “Una y mil veces doy gracias a Dios por el océano Atlántico”,

escribió Walter Page, el embajador de Estados Unidos en Londres. Las élites, los liberales, los habitantes de la costa este o aquellos que tenían vínculos familiares con Gran Bretaña se decantaban por los aliados; pero una minoría significativa, tal vez hasta una cuarta parte de la población estadounidense, era de origen alemán. Y la gran minoría católica irlandesa tenía poderosos motivos para odiar a Gran Bretaña. Al comenzar la guerra, Wilson abandonó el lecho de muerte de su esposa para dar una conferencia de prensa, en la que proclamó que Estados Unidos debía permanecer neutral. “Deseo tener el orgullo –declaró– de decir que al menos Estados Unidos es aún dueño de sí mismo y que, sereno en sus ideas y firme en sus objetivos, permanece dispuesto a ayudar al resto del mundo”. Solo las políticas alemanas, o más específicamente las del alto mando alemán, conseguirían sacar a los estadounidenses de su neutralidad. En 1917, Estados Unidos, enfurecido por los ataques de los submarinos alemanes contra sus transportes, así como por la noticia, que los británicos comunicaron amablemente a Washington, de que Alemania intentaba convencer a México y Japón de que atacasen a Estados Unidos, entró en la guerra en el bando de los aliados.

Para 1918, las fuerzas combinadas de sus enemigos fueron demasiado para las potencias centrales, y una por una empezaron a pedir la paz, hasta que finalmente Alemania solicitó un armisticio. Cuando los cañones enmudecieron el 11 de noviembre, el mundo era muy diferente al de 1914. En toda Europa las viejas fisuras de la sociedad, tapadas provisionalmente al comienzo del conflicto, fueron resurgiendo conforme se prolongaba la guerra e imponía cargas cada vez más pesadas. Al extenderse la agitación política y social, los viejos regímenes se tambalearon, incapaces de conservar la confianza de sus pueblos o de cumplir sus expectativas. En febrero de 1917, el régimen zarista se derrumbó al fin, y el débil gobierno provisional que lo sucedió fue a su vez derrocado, diez meses después, por un nuevo tipo de fuerza revolucionaria, la de los bolcheviques de Vladímir Lenin. Para salvar su régimen, que sufría el ataque de sus rivales políticos y de los vestigios del viejo orden, Lenin firmó la paz con las potencias centrales a comienzos de 1918, cediéndoles unas inmensas franjas de territorio ruso en el oeste. Mientras los rusos se batían entre sí en una enconada guerra civil, los pueblos sometidos por su imperio aprovecharon la oportunidad para escapar. Polacos, ucranianos, georgianos, azerbaiyanos, armenios, fineses, estonios y letones gozaron, algunos solo por poco tiempo, de su independencia.

El imperio austrohúngaro se hizo pedazos en el verano de 1918, sucumbiendo a los problemas de sus nacionalidades. Sus polacos se unieron a los que se habían liberado súbitamente de Rusia y Alemania para crear, por primera vez en más de un siglo, un estado polaco. Los checos y eslovacos se unificaron en un inestable matrimonio para formar Checoslovaquia; mientras que los sudeslavos de Croacia, Eslovenia y Bosnia se unieron con Serbia para formar un nuevo estado que sería llamado Yugoslavia. Hungría, muy reducida por la pérdida de Croacia y por los acuerdos de paz tras la guerra, se convirtió en un estado independiente; mientras que lo que quedó de los territorios de los Habsburgo pasó a integrar el pequeño estado de Austria. De las potencias centrales, también Bulgaria tuvo su revolución, y Fernando, zorro hasta el final, abdicó en favor de su hijo. El imperio otomano se derrumbó también; los aliados victoriosos lo despojaron de sus territorios árabes y de casi todo lo que le quedaba en Europa, dejándole tan solo el centro de Turquía. El último de los sultanes otomanos pasó discretamente al exilio en 1922, y un nuevo gobernante seglar, Kemal Ataturk, se dedicó a crear el moderno estado de Turquía.

Cuando los ejércitos alemanes fueron derrotados en el verano de 1918, el pueblo alemán, al que Hindenburg y Ludendorff había ocultado el desarrollo de la guerra, reaccionó violentamente contra el propio régimen. Por un tiempo, mientras los marineros y soldados se amotinaban y los consejos de trabajadores se hacían con el control de los gobiernos locales, parecía que Alemania iba a seguir los pasos de Rusia. El káiser se vio obligado a abdicar a principios de noviembre de 1918, y los socialistas proclamaron una nueva república y finalmente lograron evitar la revolución.

Aunque las potencias victoriosas tuvieron su cuota de levantamientos –hubo huelgas y manifestaciones violentas en Francia, Italia y Gran Bretaña en 1918–, en ellas el viejo orden resistió, por el momento. Pero Europa en su conjunto no era ya el centro del mundo. Había agotado su gran riqueza y su poderío estaba exhausto. Los pueblos de sus imperios, que generalmente habían consentido ser gobernados desde el exterior, estaban sublevados, pues los cuatro años de salvajismo en los campos de batalla de Europa habían destruido

irremediablemente su confianza en el buen juicio de sus amos extranjeros. Unos nuevos líderes nacionalistas, muchos de ellos soldados que habían sido testigos de lo que la civilización europea podía producir, demandaban el autogobierno ahora y no en un futuro lejano. Los dominios “blancos” de Gran Bretaña aceptaban seguir formando parte del imperio, pero solo a condición de que se les diera más autonomía. Los nuevos actores no europeos del escenario mundial desempeñaban un papel cada vez mayor en los asuntos internacionales. En el lejano Oriente, Japón había ganado poderío y seguridad en sí mismo, y dominaba su entorno. Al otro lado del Atlántico, Estados Unidos era ahora una gran potencia mundial; la guerra había estimulado aún más sus industrias y su agricultura, y Nueva York era cada vez más el centro de las finanzas globales. Los estadounidenses veían a Europa vieja, decadente y acabada; muchos europeos coincidían con ellos.

La guerra no solo había acabado con gran parte del patrimonio de Europa y con millones de sus habitantes, sino que había insensibilizado a muchos de los supervivientes. Las pasiones nacionalistas que sostuvieron a los europeos durante la guerra condujeron también a la gratuita matanza de civiles, ya fuesen alemanes en Bélgica, rusos en Galitzia, o austriacos en Bosnia. Los ejércitos de ocupación habían sometido a los civiles a trabajos forzados y habían expulsado a los de la etnia “equivocada”. Después de la guerra, en gran parte de Europa la política estuvo marcada por la violencia, con frecuentes asesinatos y combates encarnizados entre los partidos rivales. Y las nuevas ideologías intolerantes y totalitarias del fascismo y del comunismo a la rusa adoptaron la organización y la disciplina de los militares; en el caso de los fascistas, la propia guerra sirvió de fuente de inspiración.

La Gran Guerra marcó un giro en la historia de Europa. Hasta 1914, Europa, pese a todos sus problemas, confiaba en que el mundo se estaba convirtiendo en un lugar mejor y en que la civilización humana estaba avanzando. A partir de 1918, ya no era posible para los europeos semejante fe. Mirando al pasado, hacia su mundo perdido de antes de la guerra, solo podían tener una sensación de pérdida e inutilidad. A finales del verano de 1918, cuando se hizo patente la magnitud de la derrota de Alemania, el conde Harry Kessler regresó a su vieja casa en Weimar, que no pisaba desde hacía años. Aunque Kessler había

participado del fervor nacionalista en 1914, hacía ya tiempo que lamentaba que la guerra hubiese comenzado. Su viejo cochero y su perro lo esperaban en la estación de trenes, y lo recibieron como si apenas hubiera estado ausente unos días. Su casa, recordaba Kessler, lo aguardaba inmutable, como la Bella Durmiente:

Los cuadros impresionistas y neoimpresionistas, las hileras de libros en francés, inglés, italiano, griego y alemán, las figuras de Maillol, sus mujeres un poco demasiado corpulentas, lujuriosas, su bella joven desnuda tras el pequeño Colin, como si fuese todavía 1913, y las muchas personas que estaban aquí y están ahora muertas, desaparecidas, desperdigadas, así como los enemigos, pudieran regresar y reanudar la vida europea. Me parecía un pequeño palacio sacado de Las mil y una noches, lleno de toda clase de tesoros y símbolos y recuerdos medio desvaídos que alguien llegado aquí desde otra época solo pudiera beber a pequeños sorbos. Encontré una dedicatoria de D’Annunzio; cigarrillos persas de Isfahán traídos por Claude Anet; la bombonera del bautizo del hijo menor de Maurice Denis; un programa del ballet ruso de 1911, con fotos de Nijins-ki; el libro secreto de lord Lovelace, nieto de Byron, acerca de su incesto, que me enviara Julia Ward; libros de Oscar Wilde y Alfred Douglas con una carta de Ross; y –todavía sin abrir– la obra maestra tragicómica de Robert de Montesquiou de los años anteriores a la guerra sobre la bella condesa de Castiglione, a la que él fingía amar póstumamente; el camisón de la condesa yacía en un joyero o cofrecillo de cristal en una de las habitaciones de él. Cuán monstruosamente se encabritó el destino contra esta vida europea –justo contra ella–, tal y como la segunda tragedia más sangrienta de la historia había emergido de los juegos pastoriles y el espíritu de la levedad de Boucher y Voltaire. Todos sabíamos que la época no se encaminaba hacia una paz más sólida, sino hacia la guerra; pero a la vez no lo sabíamos. Era una especie de sensación flotante que, como una pompa de jabón, reventó y desapareció de súbito sin dejar rastro, en cuanto estuvieron a punto las fuerzas infernales que borboteaban en su seno.[7]

Algunos de quienes contribuyeron a llevar a Europa hasta la Gran Guerra no vivieron para ver su conclusión. Moltke no regresó ya de su licencia por motivos de salud para retomar sus funciones como jefe del estado mayor de Alemania.

Murió de un infarto en 1916, mientras su sucesor, Falkenhayn, lanzaba una y otra vez al ejército alemán a costosos e inútiles ataques en Verdún. Princip, que había puesto en marcha la cadena fatal de acontecimientos con su asesinato de Francisco Fernando en Sarajevo, fue hallado culpable por un tribunal austrohúngaro, pero no pudo ser ejecutado porque era menor de edad. Murió de tuberculosis en una cárcel austriaca en la primavera de 1918, sin haberse arrepentido de lo que había desatado su acto.[8] El emperador, Francisco José, murió en 1916, legando su tambaleante trono a su joven e inexperto sobrino nieto Carlos, que solo conservó el poder hasta 1918. István Tisza, que finalmente le había dado su aprobación a la decisión del imperio austrohúngaro de forzar una guerra contra Serbia, fue asesinado delante de su esposa por unos soldados revolucionarios húngaros en 1918. A Rasputín lo mataron en San Petersburgo en 1916 unos aristócratas conspiradores, que esperaban en vano poder salvar el régimen quitándolo del medio. Nicolás abdicó al año siguiente. Él, Alejandra y sus hijos fueron asesinados en Ekaterimburgo por los bolcheviques en la primavera de 1918. Los cadáveres fueron enterrados en una tumba anónima, y allí los descubrieron tras la caída de la Unión Soviética. Los restos se identificaron mediante una prueba de ADN, que incluyó una muestra del duque de Edimburgo, sobrino nieto de Alejandra, y la iglesia ortodoxa rusa ha santificado a los padres y a los hijos.

Algunos ministros de Nicolás fueron más afortunados. Izvolski nunca regresó de París a Rusia, y siguió viviendo en Francia con una reducida pensión del gobierno francés. Sazónov, el ministro de Asuntos Exteriores, fue destituido a principios de 1917. Se unió a las fuerzas antibolcheviques del almirante Kolchak en la guerra civil, y terminó exiliado en Francia, muriendo en Niza en 1927. Sujomlínov fue culpado por los fracasos de Rusia en la guerra, y en 1916 el zar abandonó a su ministro de la Guerra y permitió que fuera juzgado con los cargos de corrupción, negligencia para con los ejércitos de Rusia y espionaje para Alemania y el imperio austrohúngaro. La corrupción era real, sin duda; pero, de los demás cargos, el gobierno solo pudo presentar pruebas poco convincentes. El nuevo gobierno provisional que asumió el poder a principios de 1917 lo metió en la cárcel junto con su bella esposa Ekaterina, y reanudó el juicio a finales del verano. Ekaterina resultó absuelta, pero Sujomlínov fue sentenciado a cadena perpetua; aunque en mayo de 1918 los bolcheviques, entonces en el poder, lo liberaron dentro de una amnistía general. Escapó de Rusia hacia Finlandia en aquel otoño y llegó a Berlín, donde escribió las casi inevitables memorias y trató

de sobrevivir en una pobreza extrema. Ekaterina, que para entonces ya había encontrado un nuevo protector rico, permaneció en Rusia; al parecer los bolcheviques la mataron en 1921. Una mañana de febrero de 1926, la policía de Berlín encontró el cadáver de un anciano en el banco de un parque: Sujomlínov, que había sido uno de los hombres más ricos y poderosos de Rusia, había muerto congelado durante la noche.[9]

Al concluir la guerra, Hoyos, el halcón que había ayudado a conseguir el cheque en blanco de Alemania para el imperio austrohún-garo, contempló brevemente la posibilidad del suicidio, sintiéndose responsable de la guerra y del fin de la monarquía dual; pero se lo pensó mejor y murió apaciblemente en 1937. Berchtold, el canciller, renunció durante las primeras etapas de la guerra, en protesta contra la torpe negativa del emperador y sus colegas de conceder a Italia las partes del territorio austriaco que deseaba en aras de asegurar su neutralidad. Vivió hasta 1942, en una de sus fincas de Hungría, y está enterrado en su castillo de Buchlau, escenario de la fatal entrevista entre su predecesor Aehrenthal e Izvolski, que desencadenó la crisis bosnia de 1908. Conrad, el jefe del estado mayor del imperio austro-húngaro, que finalmente había obtenido el permiso de Francisco José para casarse con Gina von Reininghaus en 1915, fue destituido por el nuevo emperador en 1917. Tras la guerra, Conrad y Gina vivieron modestamente en las montañas austriacas, y él dedicaba su tiempo a estudiar inglés –su novena lengua–, a dar caminatas con el exrey Fernando de Bulgaria, y a escribir unas voluminosas memorias en cinco tomos, en las que intentaba justificarse. (En la década de 1920 saldrían a la luz un torrente de memorias similares, pues los personajes clave intentaban exculparse a ellos mismos de la guerra y culpar a los otros). Conrad murió en 1925, y el gobierno de la nueva república de Austria le concedió un funeral de estado. Gina vivió para ver a Austria absorbida por el Tercer Reich alemán, y los nazis la trataron siempre con gran deferencia. Murió en 1961.

Asquith fue cada vez más criticado por su displicente manejo del esfuerzo bélico, y se vio obligado a renunciar a finales de 1916. Su sucesor fue Lloyd George, que, a pesar de su antipatía por la guerra, demostró ser un líder fuerte para tal circunstancia. La rivalidad entre estos dos hombres dividió al partido liberal, que nunca ha vuelto a recuperar su antigua fuerza. Grey, que estaba casi

ciego, pasó también a la oposición, pero accedió a ser embajador británico ante Estados Unidos al terminar la guerra. En sus memorias, siguió negando haber hecho jamás compromiso alguno con Francia. Poco antes de morir publicó un libro sobre el encanto de las aves. Sir Henry Wilson, que tanto hiciera por estrechar las relaciones entre Gran Bretaña y Francia, terminó la guerra como mariscal de campo. En 1922 fue nombrado asesor de seguridad del gobierno de Irlanda del Norte, que continuó siendo parte del Reino Unido cuando el sur se independizó. Fue asesinado poco después por dos nacionalistas irlandeses en las escaleras de su casa de Londres.

Poincaré continuó en su cargo durante toda la guerra y llegó a presidir la victoria de Francia y la recuperación de Alsacia y Lorena. Su mandato como presidente expiró en 1920, pero regresó dos veces como primer ministro en la década de 1920. Se retiró a causa de su mala salud en el verano de 1929, pero vivió para ver a Hitler y a los nazis tomar el poder en 1933, muriendo al año siguiente. Dreyfus peleó como voluntario durante toda la guerra en el ejército que lo había deshonrado; murió en 1935, y su cortejo fúnebre atravesó la plaza de la Concordia por entre las tropas en formación.

En Alemania, Bethmann fue forzado a dimitir en el verano de 1917 por el dúo Hindenburg y Ludendorff, cuando intentó oponerse a que estos prosiguieran con los ilimitados ataques submarinos contra transportes mercantes y con sus planes expansionistas. Bethmann se retiró a su amada finca de Hohenfinow y pasó allí los pocos años que le quedaban de vida, intentando justificar sus políticas y negando que Alemania hubiese tenido responsabilidad alguna en la guerra. Murió en 1920 a los sesenta y cuatro años. Su rival por la atención del káiser, Tirpitz, participó como político de la derecha tras la guerra, y mantuvo hasta su muerte en 1930 que su política naval había sido acertada, culpando a todos los demás, desde el káiser hasta el ejército, de la derrota de Alemania.

Guillermo sobrevivió durante años, grandilocuente, mandón y farisaico hasta el final. Durante la guerra se había convertido en “la sombra del káiser”; sus generales lo hacían todo en su nombre, pero en realidad no le prestaban ninguna

atención. Guillermo se estableció en la pequeña ciudad belga de Spa, tras las líneas del frente occidental, y se pasaba los días en una rutina de paseos mañaneros en coche, un par de horas de trabajo (que consistían principalmente en otorgar condecoraciones y enviar telegramas de felicitación a sus oficiales), visitas a hospitales, excursiones a lugares de interés y caminatas por las tardes; luego cenaba con sus generales y se acostaba a las once. Le gustaba acercarse al frente para oír los disparos, y decir con orgullo en Spa que había estado en la guerra. Al igual que Hitler en una guerra posterior, gustaba de soñar con lo que haría una vez terminado el conflicto. Guillermo estaba lleno de planes para alentar las carreras de automóviles y reformar la sociedad de Berlín. Ya no habría más fiestas en los hoteles; toda la aristocracia tendría que construirse sus propios palacios.[10] A medida que avanzaba la guerra, su personal notó que Guillermo parecía envejecido y se deprimía con facilidad. Optaron por evitar darle las noticias, que eran cada vez peores.[11]

Cuando la derrota de Alemania se hizo evidente en el otoño de 1918, los militares planearon que su káiser muriera heroicamente en una última carga en el campo de batalla. Guillermo no quiso saber nada de esto y siguió esperando, en vano, poder conservar su trono. Ante el deterioro de la situación en Alemania, lo convencieron finalmente el 9 de noviembre de que se fuera a Holanda en un tren especial, y ese mismo día Alemania se convirtió en una república. Al llegar a la finca del aristócrata holandés que había accedido a acogerlo, la primera petición de Guillermo fue “una buena taza de auténtico té inglés”.[12] Pese a las presiones de los aliados, los holandeses se negaron a extraditarlo, y vivió hasta el fin de sus días en un palacete de Doorn. Se mantuvo activo cortando árboles –veinte mil hacia el final de la década de 1920–; escribiendo sus memorias, que, como era de esperar, no mostraron remordimiento alguno por la guerra ni por las políticas que condujeron a ella; leyendo largos fragmentos de P. G. Wodehouse a su personal; despotricando contra la república de Weimar, los socialistas y los judíos; y culpando al pueblo alemán por haberlo decepcionado aun cuando seguía esperando que algún día le pidiese que regresara. Tomó nota del ascenso de Hitler con sentimientos encontrados; le parecía vulgar y plebeyo, pero estaba de acuerdo con muchas de sus ideas, sobre todo con las que implicaban restaurar la grandeza de Alemania. Pero advirtió: “Eso acabará con él, como acabó conmigo”.[13] Guillermo recibió encantado las noticias del comienzo de la Segunda Guerra Mundial y la sucesión inicial de victorias alemanas. Murió el 4 de junio de 1941, a menos de tres semanas de que Hitler invadiera Rusia, y está

enterrado en Doorn.[14]

¿Fue Guillermo el culpable de la Gran Guerra? ¿Fue Tirpitz? ¿Grey? ¿Moltke? ¿Berchtold? ¿Poincaré? ¿O no hubo un culpable? ¿Hemos de volvernos más bien hacia las instituciones y las ideas? ¿Estados mayores demasiado poderosos, gobiernos absolutistas, darwinismo social, culto a la ofensiva, nacionalismo? Una vez más, las preguntas son tantas como las respuestas. Acaso a lo más que podamos aspirar sea a entender lo mejor posible a aquellos individuos que debieron decidir entre la guerra y la paz, así como sus fuerzas y sus debilidades, sus amores, sus odios, sus prejuicios. Para ello tenemos también que entender su mundo, los supuestos de la época. Hemos de recordar, como lo hicieron estos líderes, lo que había sucedido antes de la última crisis de 1914 y las lecciones que se sacaron de las crisis marroquíes, de la de Bosnia, o de los sucesos de las primeras guerras balcánicas. El propio éxito de Europa al haber sobrevivido a esas crisis anteriores condujo paradójicamente a la peligrosa seguridad, en el verano de 1914, de que una vez más surgirían soluciones en el último momento y se lograría preservar la paz. Y si quisiéramos señalar culpas desde nuestra perspectiva del siglo xxi, podríamos acusar de dos cosas a quienes llevaron a Europa a la guerra. Primero, de falta de imaginación para ver cuán destructivo sería un conflicto semejante; y segundo, de falta de valor para enfrentarse a quienes decían que no quedaba otra opción que ir a la guerra. Siempre hay otras opciones.

AGRADECIMIENTOS

Una vez más, he sido extremadamente afortunada por la ayuda que muchas personas me han prestado al escribir este libro. Ellas merecen el mérito por cuanto haya de bueno en él, y yo me responsabilizaré de sus desaciertos.

Comenzaré, como es justo, por mis maravillosos asistentes de investigación, que han sido infatigables, sumamente organizados y útiles, hasta el punto de que considero que su colaboración ha sido esencial. Dawn Berry, Yulia Naumova, Rebecca Snow, Katharina Uhl y Troy Vettese desenterraron y analizaron materiales maravillosos en varias lenguas y demostraron un instinto infalible para lo importante e interesante. En las últimas etapas, Dawn leyó a fondo el manuscrito, ordenó las notas finales y dio forma a la bibliografía. En Toronto, Mischa Kaplan también desempeñó una labor muy útil.

Durante los últimos años he tenido el gran placer y el privilegio de ser parte de Oxford y del St. Antony’s College. Aunque a veces me he sentido como el personaje del sketch de Monty Python que se quejaba a viva voz de que le dolía el cerebro, nunca he dejado de asombrarme ni de sentirme agradecida por la extraordinaria vida intelectual y social de este lugar. He aprendido mucho y continúo aprendiendo de mis colegas y alumnos. Me he beneficiado enormemente de poder utilizar los recursos de la Bodleian Library y de la biblioteca del college.

El consejo escolar del St. Antony’s College tuvo la generosidad de permitir que me ausentara durante el curso académico 2012-2013, y debo dar las gracias en particular a la profesora Rosemary Foot, que desinteresadamente asumió el cargo de rectora suplente, que desempeñó, como todos esperaban, con su acostumbrada integridad y eficiencia. Asimismo, doy las gracias a mis colegas

que velaron en mi ausencia por el considerable flujo de trabajo que implica la administración del college. Entre ellos están el vicerrector, Alex Pravda, los administradores, Alan Taylor y su sucesora Kirsten Gillingham, el administrador interno, Peter Robinson, el director de desarrollo, Ranjit Majumdar, la secretaria de admisiones, Margaret Couling, mi asistente personal, Penny Cooke, y sus colegas.

Aunque he permanecido en Oxford, he seguido formando parte de otra gran institución, la universidad de Toronto, y no he dejado de beneficiarme del contacto con mis colegas y estudiantes de allá, ni de la posibilidad de utilizar su excelente biblioteca. Estoy especialmente agradecida al Munk Centre of Global Affairs, a su fundador Peter Munk y a su directora Janice Stein, por concederme una beca durante el año en que estuve en Toronto escribiendo este libro, y por hacerme parte de su activa y estimulante comunidad académica.

Hace cinco años yo no tenía intenciones de escribir un libro sobre el estallido de la Gran Guerra; este asunto estaba demasiado trillado y yo tenía otros proyectos en marcha. Cuando Andrew Franklin, de Profile Books, me dio la idea, me resistí; y luego me encontré pensando en ella durante todo un verano. De modo que tal vez le guardo algo de inquina, pero un agradecimiento mil veces mayor por haberme involucrado en un tema tan cautivante. Sin él y sin su maravilloso equipo de Profile –entre ellos Penny Daniel, Daniel Crewe y el difunto y muy añorado Peter Carson–, este libro no hubiera podido materializarse. Y le debo idéntica gratitud a mis editores en Estados Unidos, de Random House, y en Canadá, de Penguin. Kate Medina en Nueva York y Diane Turbide en Toronto son editoras ejemplares, y sus comentarios constructivos y sus sugerencias han mejorado inmensamente este libro. Cecilia Mackay es una sobresaliente editora gráfica, y Trevor Horwood su par en la corrección de estilo. Tengo también la suerte de haber contado en este viaje –que algunas veces se me hizo largo– con animadoras como Caroline Dawnay, agente y amiga, y, en Canadá, el infinitamente entusiasta Michael Levine.

Me gustaría dar las gracias a los conservadores de la Bodleian Library y a sir

Brian Crowe, por permitirme citar los papeles de Eyre Crowe. Gracias también al profesor Laird Easton y al grupo editorial Knopf Doubleday por el permiso para utilizar sus traducciones al inglés de los diarios del conde Harry Kessler. Los pasajes de los diarios de la reina Victoria fueron utilizados con la gentil autorización de Su Majestad la reina Isabel II.

Henry Kissinger, Alistair Horne, Norman Davies, Michael Howard, Eugene Rogan, Avi Shlaim, Paul Betts, Alan Alexandroff, Hartmut Pogge von Strandmann y Liaquat Ahamed emplearon amablemente su propio tiempo de trabajo para discutir ideas conmigo y aconsejarme. Muchos amigos y familiares también me han brindado aliento, así como comidas calientes durante todo el proceso, entre ellos Thomas Barcsay, David Blewett, Robert Bothwell, Gwyneth Daniel, Arthur Sheps y Andrew Watson. Siempre doy gracias por tener una familia extensa y cordial que veló por mí y me impidió convertirme en una completa ermitaña, viviendo tan solo en compañía de fantasmas de archiduques austriacos, condes rusos, generales alemanes o ministros del gabinete británico. Ann MacMillan y Peter Snow, Thomas y Catharina MacMillan, Margot Finley y Daniel Snow también leyeron partes del manuscrito y, como siempre, hicieron inapreciables comentarios y críticas. Mi mejor y más abnegada lectora es mi madre, Eluned MacMillan, que, una vez más, leyó cada palabra. Aunque le duele criticar a sus hijos, ha sido honesta y de gran utilidad. Mi más profundo agradecimiento para todos.

LISTA DE IMÁGENES

VIÑETAS

7. “El oso ruso, herido en su lucha con Japón, se vuelve contra su amo, el zar”, caricatura de Roubille, Le Rire, 4 de febrero de 1905. Foto: Mary Evans, p. 161.

8. Ilustración de Carl Otto Czeschka, Die Nibelungen, 1909. Foto: Mary Evans, p. 198.

9. “El incidente de Zabern”, caricatura de Olaf Gulbransson, de Sim-plicissimus, noviembre de 1913. Foto: IAM/akg-images. © DACS, 2013, p. 229.

10. “Siempre es hora del almuerzo en el club de los acorazados”, caricatura de Udo Keppler, Puck, 31 de mayo de 1911. Foto: Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, DC, p. 268.

11. “¡Esos tíos quieren el desarme, pero ninguno se atreve a ser el primero!”, caricatura de 1906, por John Scott Club. Foto: Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, DC, p. 297.

12. “La perfidia de Albión”, mapa satírico de Europa, 1914. Colección del museo Europäischer Kulturen, Berlín. Foto: © 2013 Scala, Florencia/BPK, Berlín, p. 315.

13. “En la conferencia marroquí”, caricatura de J. H. W. Dietz en Der Wahre Jacob, 6 de febrero de 1906. Foto: akg-images, p. 355.

14. Bulgaria y Austria birlan partes del imperio otomano de debajo de los pies de

Abdul Hamid II de Turquía, Le Petit Journal, 18 de octubre de 1908. Foto: Mary Evans, p. 379.

15. Un soldado italiano agarra el estandarte verde del Profeta durante la anexión de Trípoli, Le Petit Journal, 12 de noviembre de 1911. Foto: akg-images, p. 413.

16. “Fuego en los Balcanes”, caricatura de Thomas Theodor Heine, de Simplicissimus, 28 de octubre de 1912. Foto: akg-images. © DACS, 2013, p. 438.

17. “Cuanto más procuran las naciones aventajar a sus vecinos en la carrera armamentista, más sufren sus propios pueblos”, caricatura de Rata Langa, Der Wahre Jacob, 1909. Foto: Mary Evans, p. 470.

18. “La potencia que hay detrás”, caricatura de L. Raven Hill, Punch, 29 de Julio de 1914. Foto: Mary Evans, p. 512.

19. Austria declara la guerra a Serbia, primera plana del Daily Mirror, 29 de julio de 1914. Foto: John Frost Newspapers/Mary Evans, p. 542.

20. “¡Bravo, Bélgica!”, caricatura de F. H. Townsend, Punch, 12 de agosto de 1914. Foto: Mary Evans, p. 564.

FOTOGRAFÍAS DEL CUADERNILLO CENTRAL

1. Vista del puente Alejandro III y del Grand y Petit Palais (respectivamente a la izquierda y a la derecha de la imagen) durante la exposición de París de 1900. Foto: Brown University Library, Providence, RI.

2. Conjunto real en el Palais Edinburgh, Coburgo, 1894. Colección privada. Foto: Bernard Platman Antiquarian Collection/The Bridgeman Art Library.

3. El káiser Guillermo II con Eduardo VII. Foto: Mary Evans/sz Foto.

4. Otto von Bismarck, 1890. Foto: akg-images.

5. Francisco José I. Foto: Illustrated London News Ltd/Mary Evans.

6. Robert Gascoyne-Cecil, tercer marqués de Salisbury, c. 1900. Foto: IAM/akg-images.

7. Jean de Bloch. Foto: New York Public Library/The Bridgeman Art Library.

8. El almirante Alfred von Tirpitz, c. 1910. Foto: akg-images.

9. El vicealmirante sir John Arbuthnot Fisher, c. 1896. Foto: Robert Hunt Library/Mary Evans.

10. Théophile Delcassé. Foto: Roger-Viollet/Topfoto.

11. El zar Nicolás II y su familia. Foto: Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, DC.

12. El Domingo Sangriento en la Perspectiva Nevski, San Petersburgo, 9 de enero de 1905. Foto: ullstein bild/Topfoto.

13. Jean Jaurès, pronunciando un discurso, 1914. Foto: akg-images.

14. Bertha von Suttner, 1908. Foto: Imagno/akg-images.

15. Boy scouts griegos entrenándose en primeros auxilios, 1912. Foto: Roger Viollet/Topfoto.

16. La fiesta de Juana de Arco, Orleans, mayo de 1909. Foto: Roger-Viollet/Topfoto.

17. El presidente Raymond Poincaré y el general Joseph Joffre observan las maniobras del ejército francés, Toulouse, 1913. Foto: Roger Viollet/Topfoto.

18. Helmuth von Moltke, 1908. Foto: Roger Viollet/Topfoto.

19. Vladimir Sujomlínov, 1909. Foto: © RIA Novosti/TopFoto.

20. Alfred von Schlieffen. Foto: Mary Evans/sz Photo/Scherl.

21. Bernhard von Bulow con uniforme italiano, 1908. Foto: Bundesarchiv, Coblenza.

22. El káiser Guillermo II cabalgando por Tánger, 31 de marzo de 1905. Foto: The Granger Collection/Topfoto.

23. Herbert Asquith, 1915. Foto: Illustrated London News Ltd/Mary Evans.

24. Alois Aehrenthal, c. 1907. Foto: akg-images/ullstein bild.

25. Sir Edward Grey. Foto: Mary Evans.

26. El coronel Dragutin Dimitrijević (Apis), 1900.

27. Tropas búlgaras llevadas en tren hasta la frontera turca durante las guerras balcánicas de 1912-1913. Foto: Mary Evans/sz Photo/Scherl.

28. El archiduque Francisco Fernando y su esposa Sophie, la mañana del asesinato, Sarajevo, 28 de junio de 1914. Foto: Robert Hunt Library/Mary

Evans.

28a (Recuadro) Gavrilo Princip. Foto: Topfoto.

29. Un teniente lee el anuncio para la multitud frente al Zeughaus, Berlín, 31 De julio de 1914. Foto: akg-images.

30. El conde Franz Conrad von Hötzendorf, c. 1900. Foto: Mary Evans/sz Photo/Scherl.

31. El conde Leopold Berchtold, 1915. Foto: Illustrated London News Ltd/Mary Evans.

32. István Tisza. Foto: Mary Evans/sz Photo/Knorr & Hirth.

33. Theobald von Bethmann-Hollweg, c. 1914. Foto: Mary Evans/Sued-deutsche Zeitung Photo.

34. Partida de reclutas desde Berlín al frente, c. agosto de 1914. Foto: ullstein bild/Topfoto.

35. Retirada del velo que cubría la estatua de Estrasburgo en París durante una manifestación patriótica para celebrar la llegada de las tropas francesas a Alsacia, 10 de agosto de 1914. Foto: Roger Viollet/Topfoto.

36. Ruinas de la biblioteca universitaria, Lovaina (Leuven), 1914. Foto: Colección privada.

NOTAS

Abreviaturas. BD: Gooch, G. P. y Temperley, H., eds., British Documents on The Origins of the War; DDF: Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, Documents diplomatiques français, 1871-1914, tercera serie; RA: Royal Archives, Castillo de Windsor, disponible en http://www.royal.gov.uk/

La referencia completa de estas fuentes y las demás se pueden hallar en la Bibliografía.

INTRODUCCIÓN

¿GUERRA O PAZ?

1. Kramer, Dynamic of Destruction, pp. 8-9.

2. New York Times, 29 de septiembre de 1914.

3. Kramer, Dynamic of Destruction, p. 30.

4. Lloyd George, War Memoirs, vol. I, p. 52.

I

EUROPA EN 1900

1. Todas las referencias pertenecen a: Paris Exposition, 1900: Guide pratique du visiteur de Paris et de l'exposition. Hachette, París, 1900. Tomadas de la versión online en http://archive.org/details/parisexpositionoopari

2. The Times, 24 de mayo de 1900.

3. New York Observer and Chronicle, 25 de octubre de 1900.

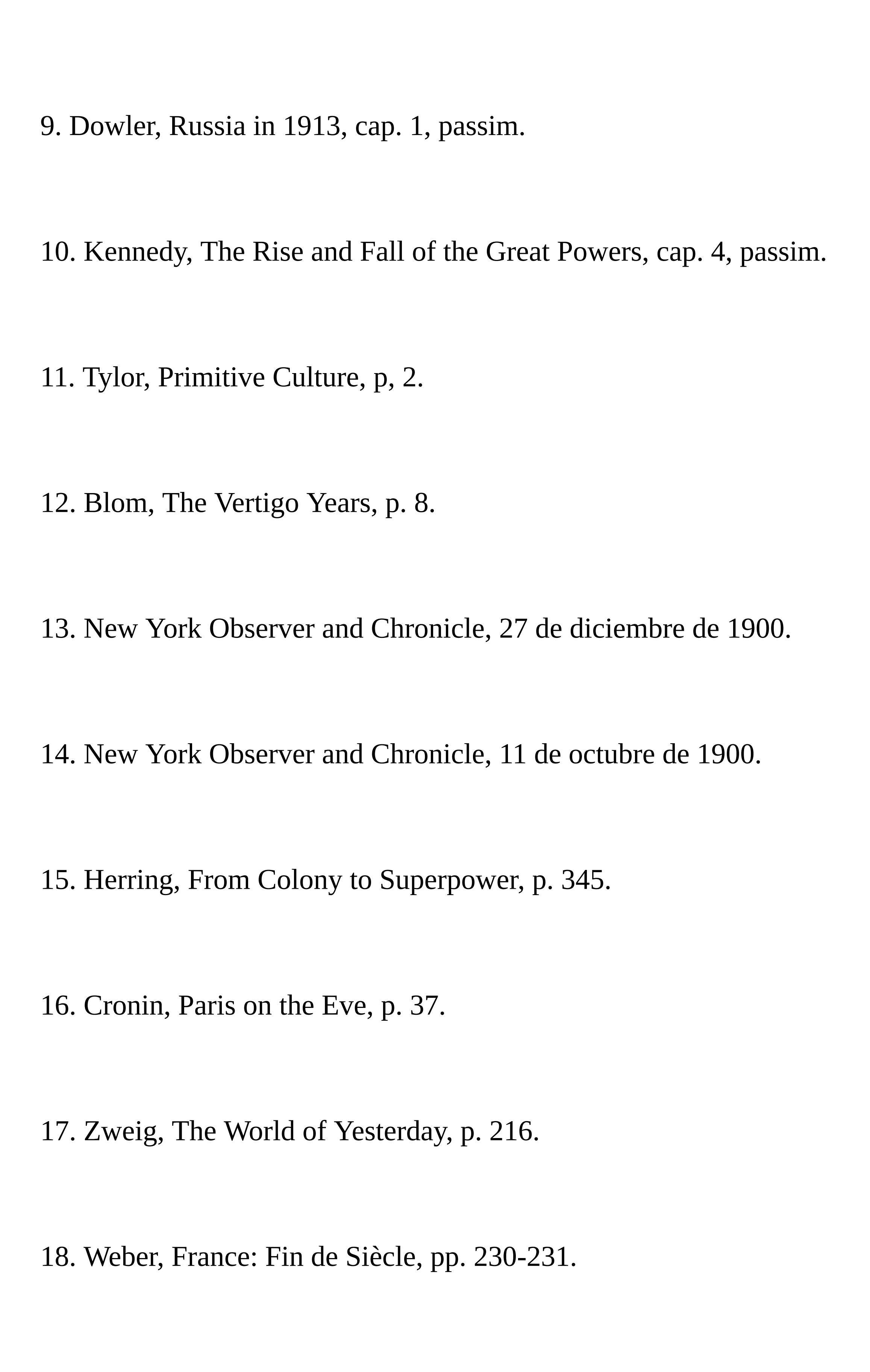
4. The Times, 18 de abril de 1900.

5. Lieven, The Aristocracy in Europe, 1815-1914, p. 7.

6. Zweig, The World of Yesterday, p. 215.

7. Addison y O'Grady, Diary of a European Tour, 1900, p. 30.

8. Zweig, The World of Yesterday, p. 26.



9. Dowler, Russia in 1913, cap. 1, passim.

10. Kennedy, The Rise and Fall of the Great Powers, cap. 4, passim.

11. Tylor, Primitive Culture, p, 2.

12. Blom, The Vertigo Years, p. 8.

13. New York Observer and Chronicle, 27 de diciembre de 1900.

14. New York Observer and Chronicle, 11 de octubre de 1900.

15. Herring, From Colony to Superpower, p. 345.

16. Cronin, Paris on the Eve, p. 37.

17. Zweig, The World of Yesterday, p. 216.

18. Weber, France: Fin de Siècle, pp. 230-231.

19. Blom, The Vertigo Years, pp. 265-268.

20. New York Observer and Chronicle, 18 de octubre de 1900.

21. Kessler, Journey to the Abyss, p. 81.

22. Hewitson, “Germany and France”, p. 580.

23. Weber, France: Fin de Siècle, pp. 243-244.

24. Cronin, Paris on the Eve, p. 36.

25. Weber, France: Fin de Siècle, p. 243.

26. Andrew, Théophile Delcassé, p. 136; New York Observer and Chronicle, 1 de noviembre de 1900.

27. Ridley, Bertie, p. 338.

II

GRAN BRETAÑA Y SU ESPLÉNDIDO AISLAMIENTO

1. New York Times, 24 de junio 1897; Spectator, 26 de junio de 1897.

2. RA VIC/MAIN/QVJ (W), 22 de junio de 1897 (copias de la princesa Beatriz).

3. Massie, Dreadnought, p. xviii.

4. Rüger, The Great Naval Game, pp. 200 y 74.

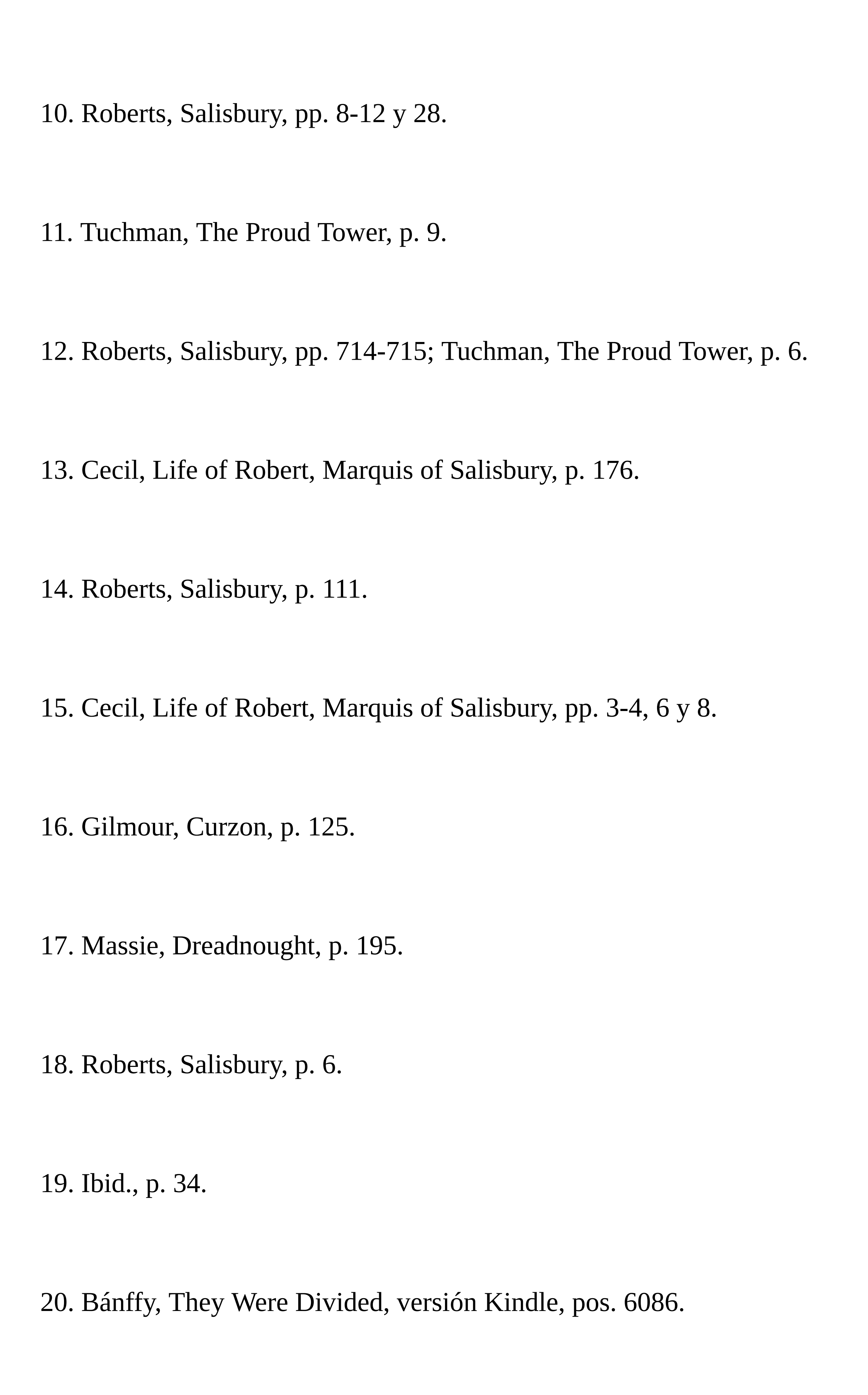
5. Massie, Dreadnought, p. xx.

6. Roberts, Salisbury, pp. 664-665; Rüger, The Great Naval Game, pp. 184-185; Massie, Dreadnought, pp. viii-xx.

7. Kipling y Pinney, The Letters of Rudyard Kipling, vol. II, p. 303.

8. Massie, Dreadnought, p. xxx; Rüger, The Great Naval Game, pp. 191-192; Roberts, Salisbury, p. 661.

9. Cannadine, The Decline and Fall of the British Aristocracy, pp. 9-11; Lieven, The Aristocracy in Europe, 1815-1914, p. 205; Cecil, Life of Robert, Marquis of Salisbury, p. 159.



10. Roberts, Salisbury, pp. 8-12 y 28.

11. Tuchman, The Proud Tower, p. 9.

12. Roberts, Salisbury, pp. 714-715; Tuchman, The Proud Tower, p. 6.

13. Cecil, Life of Robert, Marquis of Salisbury, p. 176.

14. Roberts, Salisbury, p. 111.

15. Cecil, Life of Robert, Marquis of Salisbury, pp. 3-4, 6 y 8.

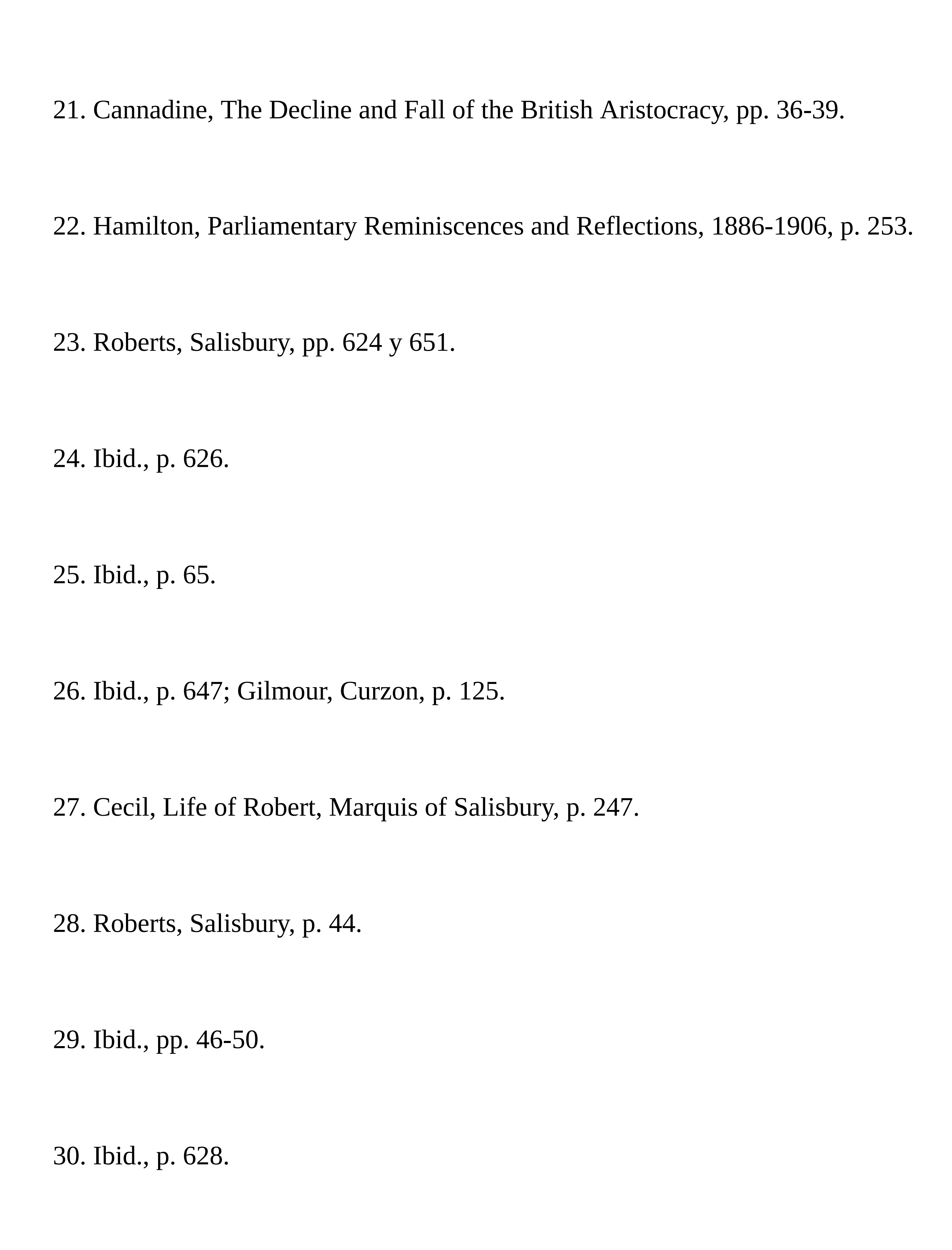
16. Gilmour, Curzon, p. 125.

17. Massie, Dreadnought, p. 195.

18. Roberts, Salisbury, p. 6.

19. Ibid., p. 34.

20. Bánffy, They Were Divided, versión Kindle, pos. 6086.



21. Cannadine, The Decline and Fall of the British Aristocracy, pp. 36-39.

22. Hamilton, Parliamentary Reminiscences and Reflections, 1886-1906, p. 253.

23. Roberts, Salisbury, pp. 624 y 651.

24. Ibid., p. 626.

25. Ibid., p. 65.

26. Ibid., p. 647; Gilmour, Curzon, p. 125.

27. Cecil, Life of Robert, Marquis of Salisbury, p. 247.

28. Roberts, Salisbury, p. 44.

29. Ibid., pp. 46-50.

30. Ibid., p. 628.

31. Howard, “The Policy of Isolation”, p. 82.

32. Cecil, Life of Robert, Marquis of Salisbury, p. 90.

33. Ibid.

34. Howard, “The Policy of Isolation”, p. 81.

35. Ibid., pp. 79-80.

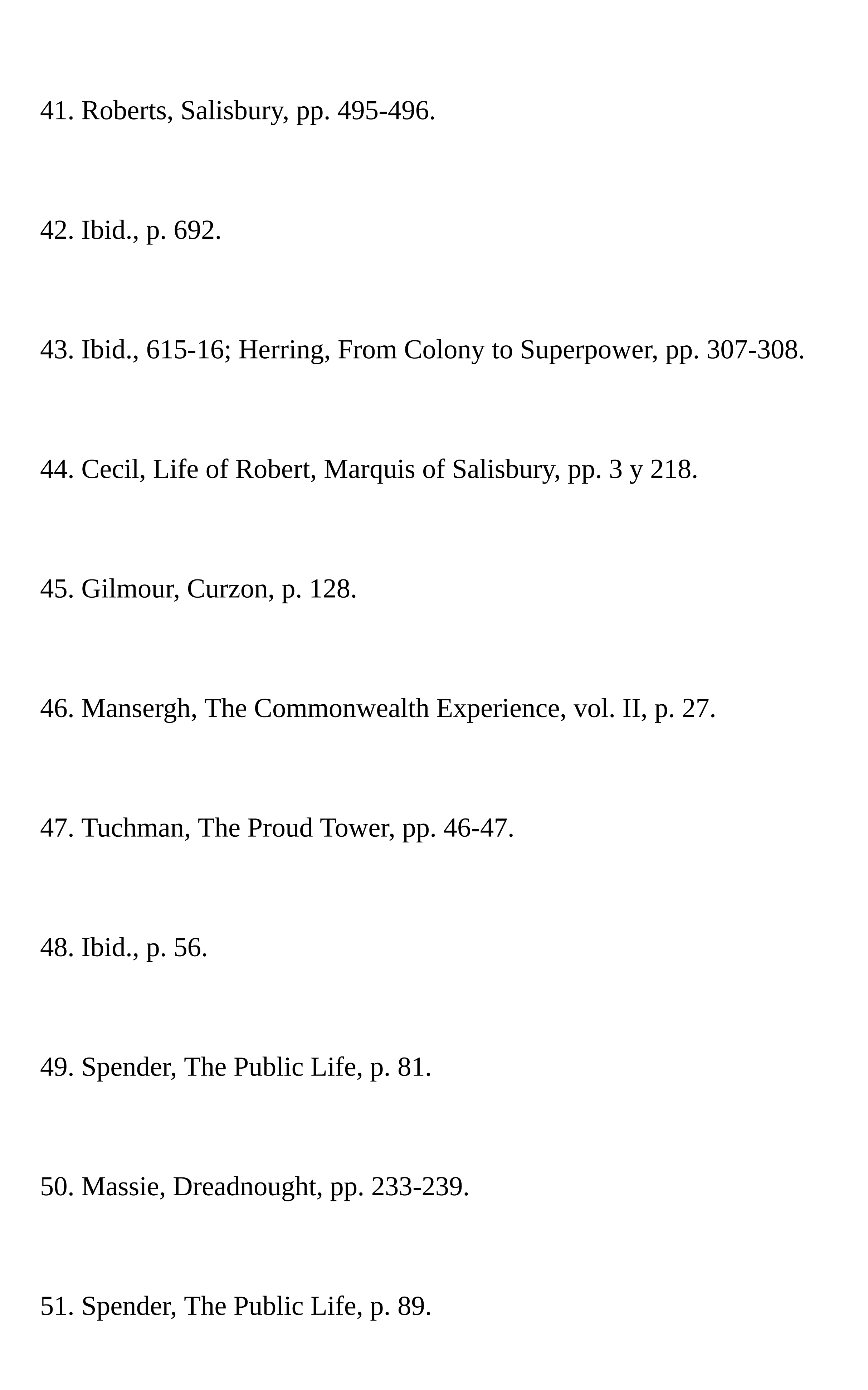
36. Beesly, Queen Elizabeth, p. 107.

37. Burrows, The History of the Foreign Policy of Great Britain, p. 34; Otte, “Almost a Law of Nature?”, pp. 75-76.

38. Rüger, The Great Naval Game, p. 179.

39. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, p. 19.

40. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 229.



41. Roberts, Salisbury, pp. 495-496.

42. Ibid., p. 692.

43. Ibid., 615-16; Herring, From Colony to Superpower, pp. 307-308.

44. Cecil, Life of Robert, Marquis of Salisbury, pp. 3 y 218.

45. Gilmour, Curzon, p. 128.

46. Mansergh, The Commonwealth Experience, vol. II, p. 27.

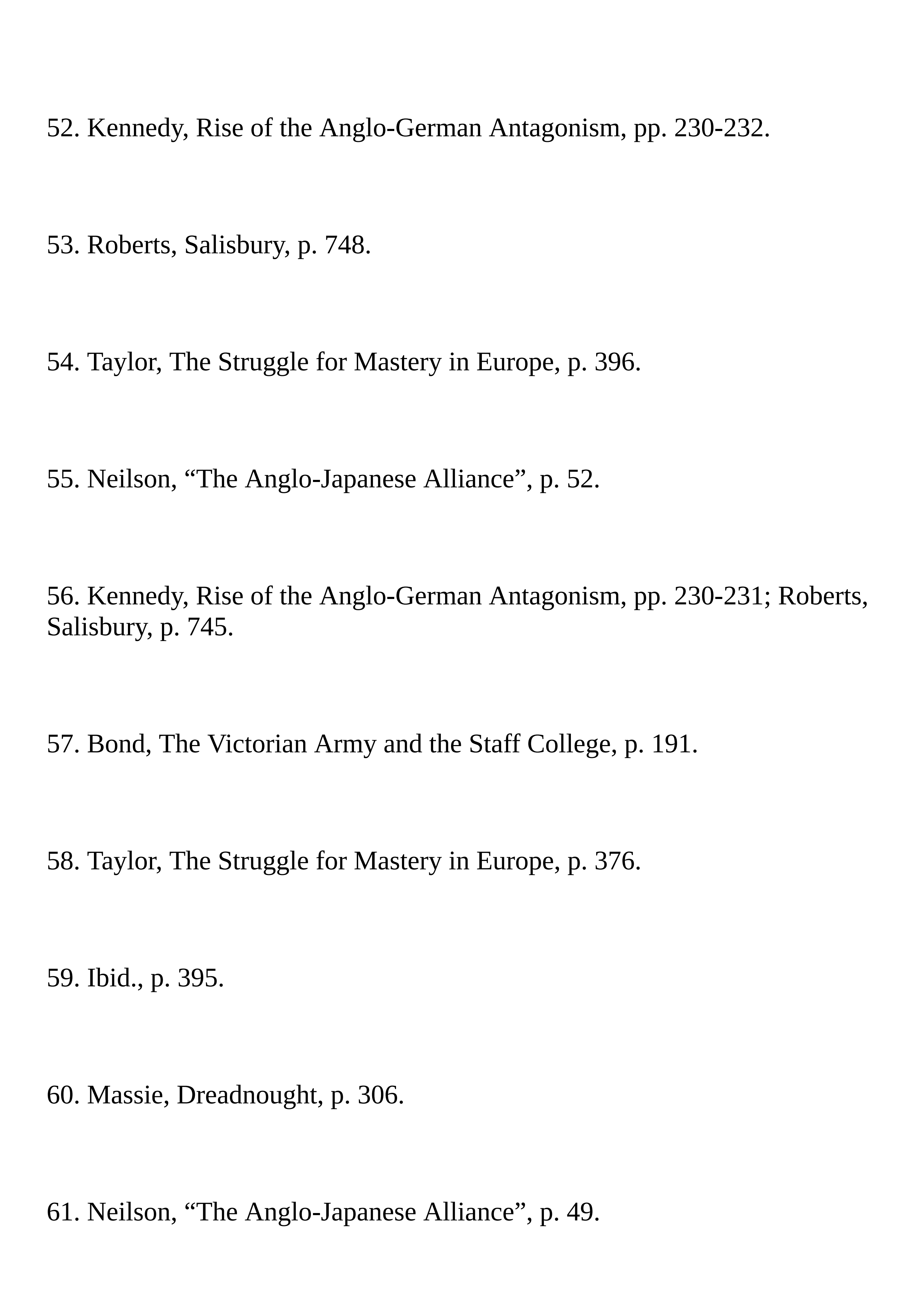
47. Tuchman, The Proud Tower, pp. 46-47.

48. Ibid., p. 56.

49. Spender, The Public Life, p. 81.

50. Massie, Dreadnought, pp. 233-239.

51. Spender, The Public Life, p. 89.



52. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, pp. 230-232.

53. Roberts, Salisbury, p. 748.

54. Taylor, The Struggle for Mastery in Europe, p. 396.

55. Neilson, “The Anglo-Japanese Alliance”, p. 52.

56. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, pp. 230-231; Roberts, Salisbury, p. 745.

57. Bond, The Victorian Army and the Staff College, p. 191.

58. Taylor, The Struggle for Mastery in Europe, p. 376.

59. Ibid., p. 395.

60. Massie, Dreadnought, p. 306.

61. Neilson, “The Anglo-Japanese Alliance”, p. 49.

62. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, p. 29.

63. Massie, Dreadnought, p. 308; Balfour, The Kaiser and His Times, p. 235-236; Eckardstein y Young, Ten Years at the Court of St. James, p. 227.

64. Nish, “Origins of the Anglo-Japanese Alliance”, p. 12.

65. Ibid., p. 13.

66. The Times, 4 de enero de 1902.

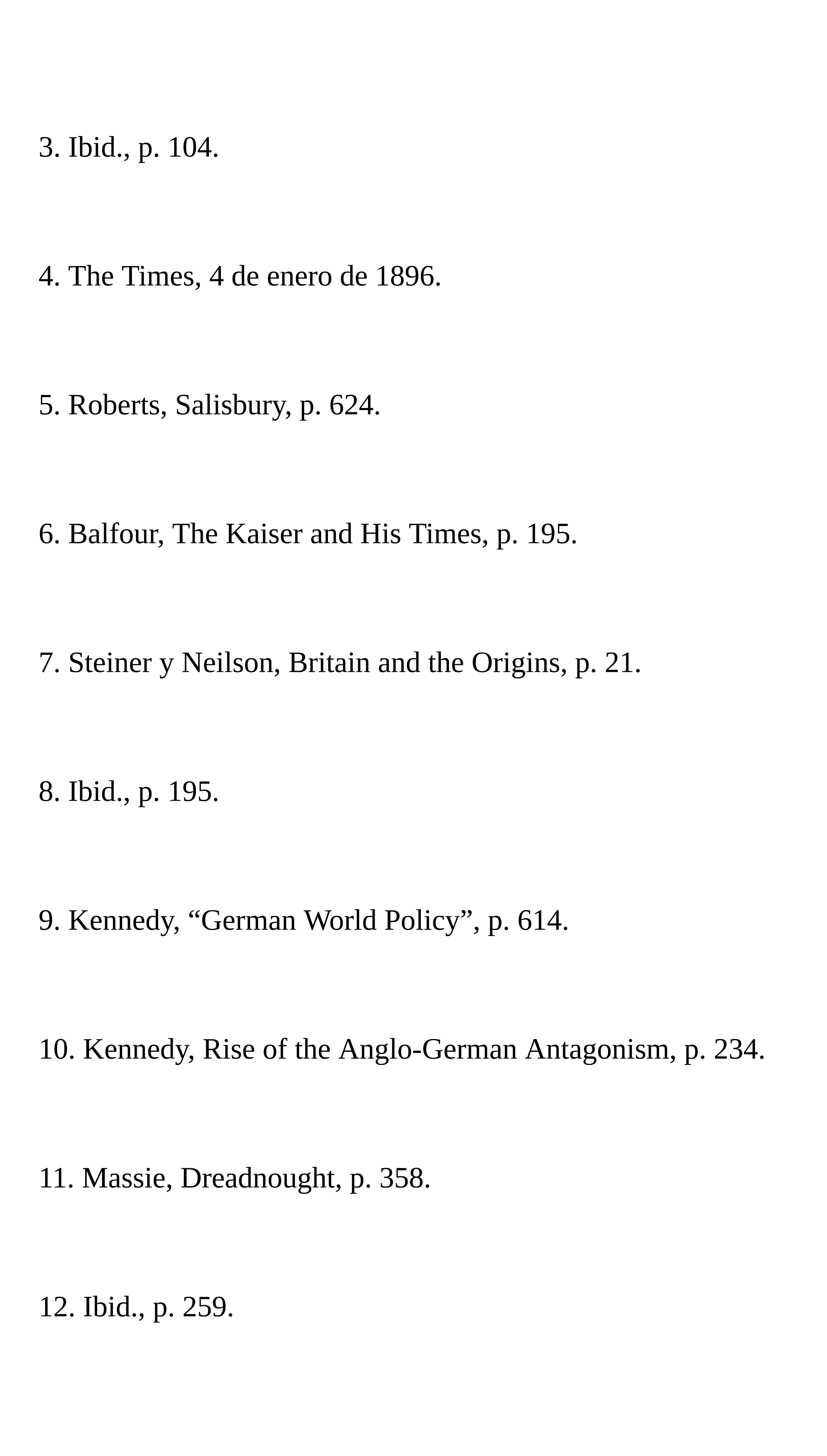
67. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 240.

III

GUILLERMO II Y ALEMANIA

1. Benson y Esher, Letters: A Selection from Her Majesty’s Correspondence, vol. III, p. 414.

2. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 119.



3. Ibid., p. 104.

4. The Times, 4 de enero de 1896.

5. Roberts, Salisbury, p. 624.

6. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 195.

7. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, p. 21.

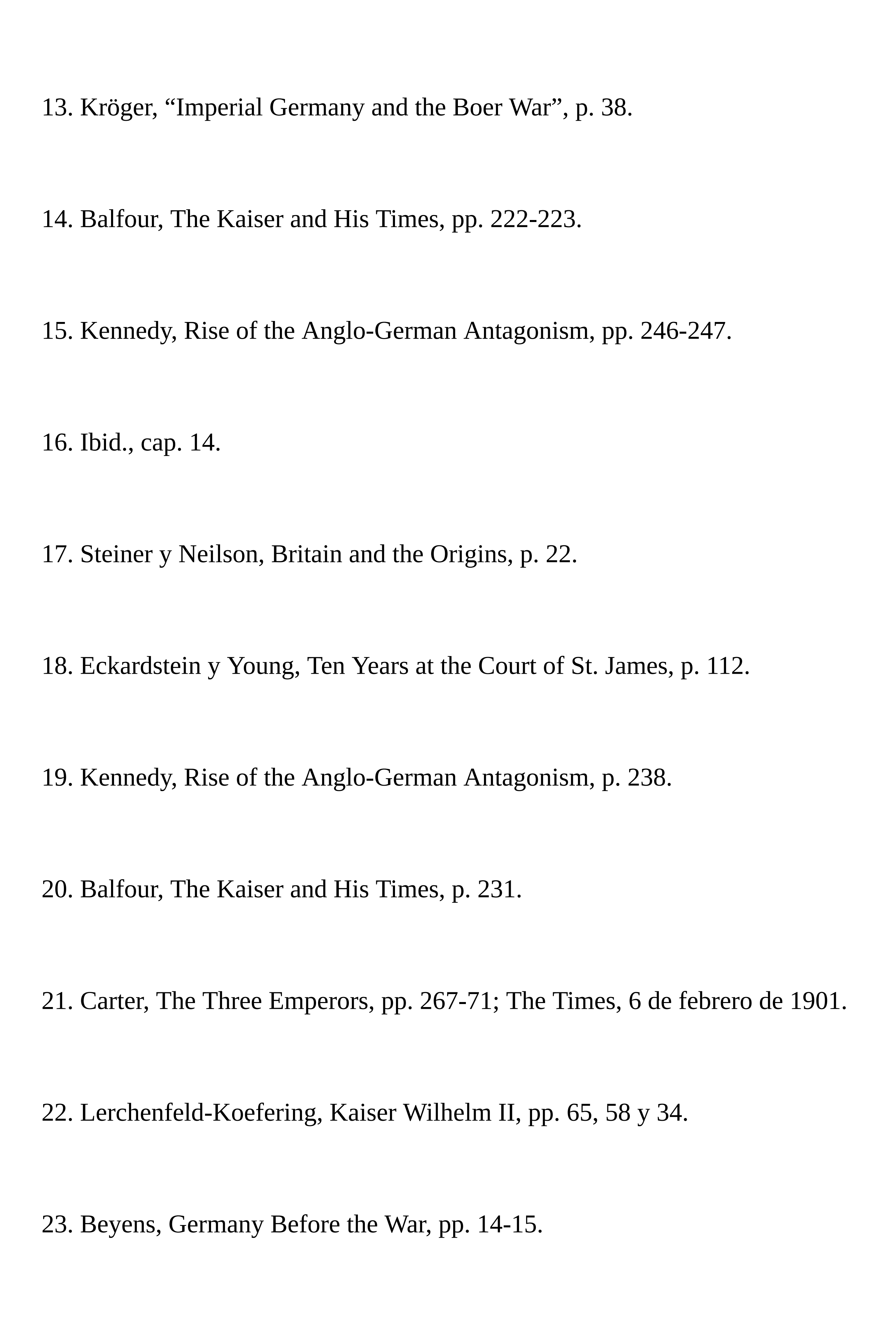
8. Ibid., p. 195.

9. Kennedy, “German World Policy”, p. 614.

10. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 234.

11. Massie, Dreadnought, p. 358.

12. Ibid., p. 259.



13. Kröger, “Imperial Germany and the Boer War”, p. 38.

14. Balfour, The Kaiser and His Times, pp. 222-223.

15. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, pp. 246-247.

16. Ibid., cap. 14.

17. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, p. 22.

18. Eckardstein y Young, Ten Years at the Court of St. James, p. 112.

19. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 238.

20. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 231.

21. Carter, The Three Emperors, pp. 267-71; The Times, 6 de febrero de 1901.

22. Lerchenfeld-Koefering, Kaiser Wilhelm II, pp. 65, 58 y 34.

23. Beyens, Germany Before the War, pp. 14-15.

24. Ibid., p. 14.

25. Balfour, The Kaiser and His Times, pp. 82 y 138-139.

26. Hopman, Das ereignisreiche Leben, p. 125.

27. Hull, The Entourage of Kaiser Wilhelm II, p. 17.

28. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 162.

29. Lerchenfeld-Koefering, Kaiser Wilhelm II, p. 11.

30. Zedlitz-Trützschler, Twelve Years at the Imperial German Court, pp. 58-59.

31. Hopman, Das ereignisreiche Leben, p. 140.

32. Epkenhans, “Wilhelm II and ‘His’ Navy”, p. 12.

33. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 143 y 142.

34. Cecil, German Diplomatic Service, p. 212.

35. Zedlitz-Trützschler, Twelve Years at the Imperial German Court, p. 36.

36. Lerchenfeld-Koefering, Kaiser Wilhelm II, p. 33.

37. Balfour, The Kaiser and His Times, pp. 82, 139 y 148; Röhl, The Kaiser and His Court, pp. 15-16.

38. Zedlitz-Trützschler, Twelve Years at the Imperial German Court, p. 69.

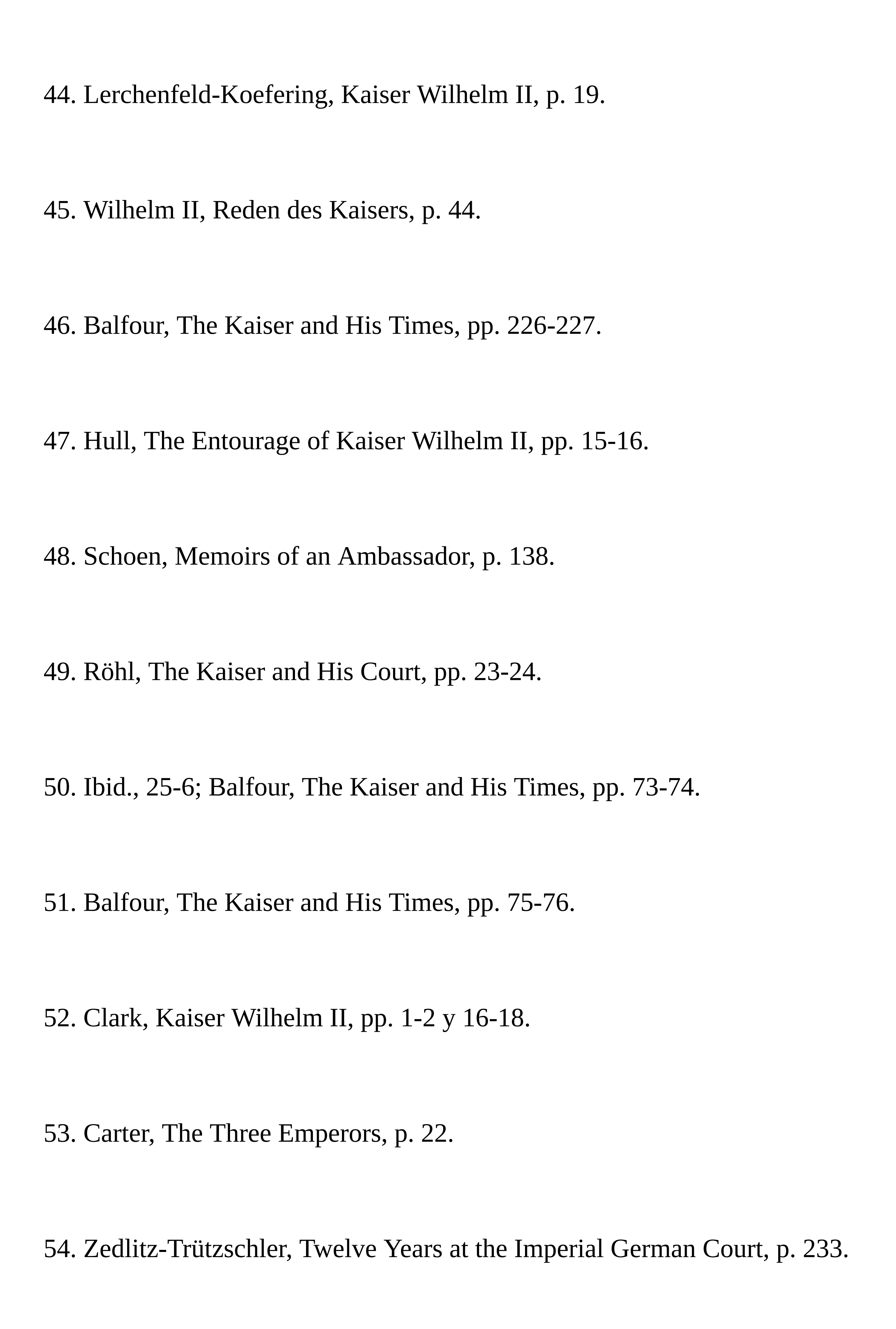
39. Röhl, The Kaiser and His Court, pp. 15-16; Balfour, The Kaiser and His Times, p. 148.

40. Beyens, Germany Before the War, pp. 58-59.

41. Kessler, Journey to the Abyss, p. 199.

42. Röhl, The Kaiser and His Court, p. 13.

43. Wilhelm II, Reden des Kaisers, pp. 32-33.



44. Lerchenfeld-Koefering, Kaiser Wilhelm II, p. 19.

45. Wilhelm II, Reden des Kaisers, p. 44.

46. Balfour, The Kaiser and His Times, pp. 226-227.

47. Hull, The Entourage of Kaiser Wilhelm II, pp. 15-16.

48. Schoen, Memoirs of an Ambassador, p. 138.

49. Röhl, The Kaiser and His Court, pp. 23-24.

50. Ibid., 25-6; Balfour, The Kaiser and His Times, pp. 73-74.

51. Balfour, The Kaiser and His Times, pp. 75-76.

52. Clark, Kaiser Wilhelm II, pp. 1-2 y 16-18.

53. Carter, The Three Emperors, p. 22.

54. Zedlitz-Trützschler, Twelve Years at the Imperial German Court, p. 233.

55. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, p. 22.

56. Véase, por ejemplo, Zedlitz-Trützschler, Twelve Years at the Imperial German Court, pp. 184, 235 y 272.

57. Craig, Germany, 1866-1945, cap. 2; Clark, Iron Kingdom, pp. 558-562.

58. Wilhelm II, Reden des Kaisers, p. 51.

59. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 126.

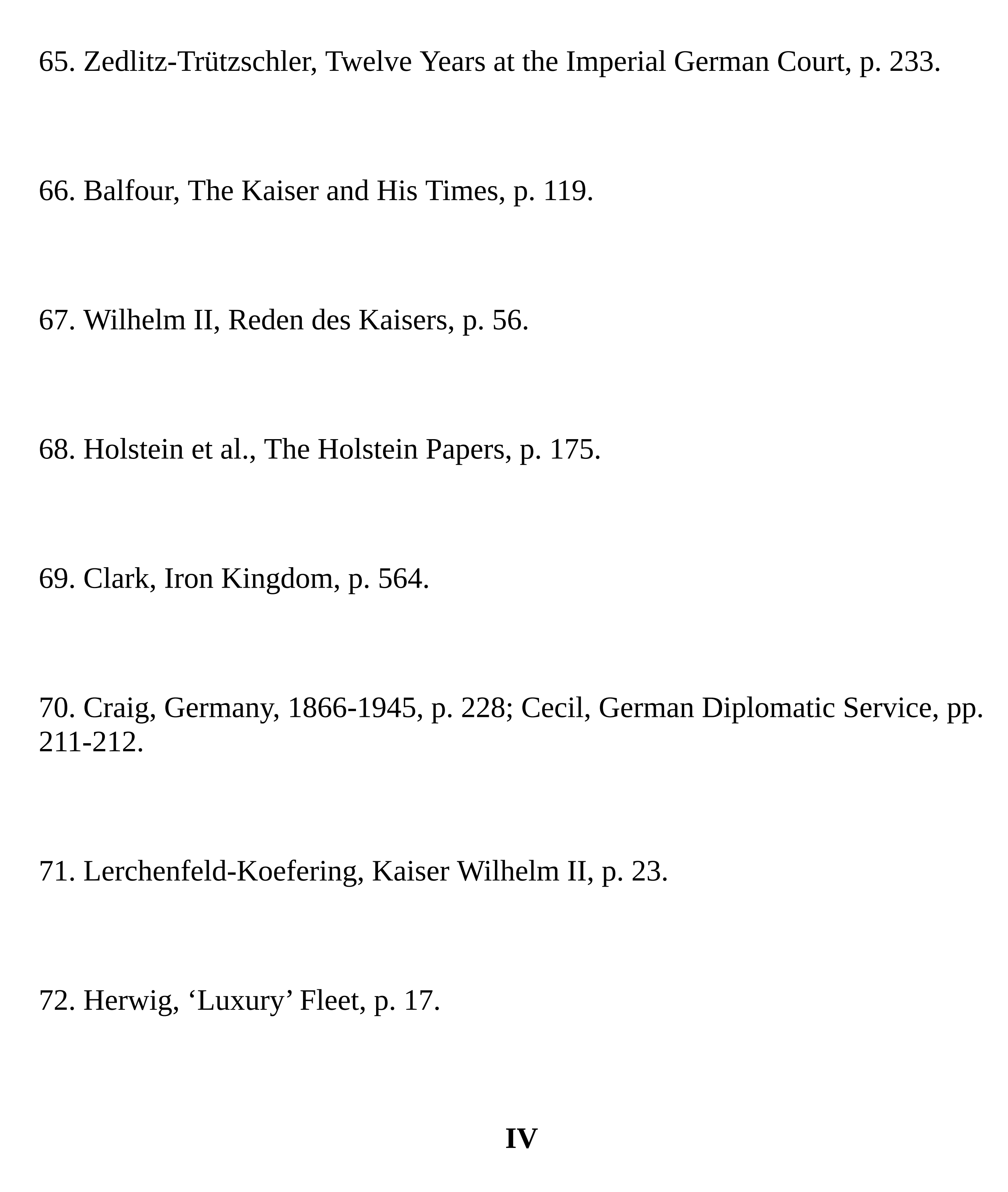
60. Hull, The Entourage of Kaiser Wilhelm II, pp. 31-33.

61. Herwig, 'Luxury' Fleet, p. 23.

62. Zedlitz-Trützschler, Twelve Years at the Imperial German Court, pp. 37-38 y 67; Clark, Kaiser Wilhelm II, p. 120.

63. Fesser, Reichskanzler Fürst von Bülow, pp. 46-47.

64. Rüger, The Great Naval Game, p. 93.



65. Zedlitz-Trützschler, Twelve Years at the Imperial German Court, p. 233.

66. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 119.

67. Wilhelm II, Reden des Kaisers, p. 56.

68. Holstein et al., The Holstein Papers, p. 175.

69. Clark, Iron Kingdom, p. 564.

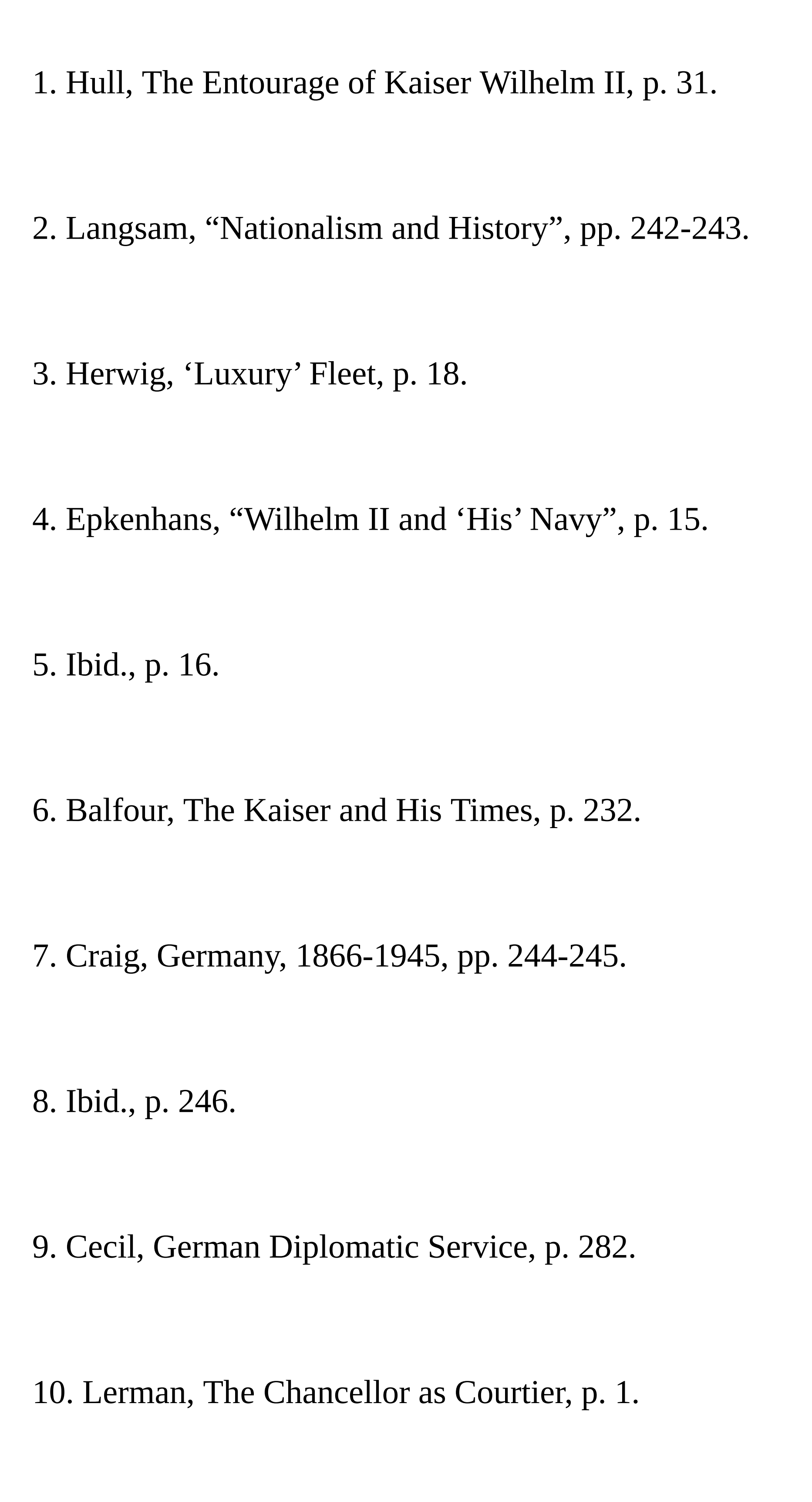
70. Craig, Germany, 1866-1945, p. 228; Cecil, German Diplomatic Service, pp. 211-212.

71. Lerchenfeld-Koefering, Kaiser Wilhelm II, p. 23.

72. Herwig, ‘Luxury’ Fleet, p. 17.

IV

‘WELTPOLITIK’: EL LUGAR DE ALEMANIA EN LA ESCENA MUNDIAL



1. Hull, The Entourage of Kaiser Wilhelm II, p. 31.

2. Langsam, “Nationalism and History”, pp. 242-243.

3. Herwig, ‘Luxury’ Fleet, p. 18.

4. Epkenhans, “Wilhelm II and ‘His’ Navy”, p. 15.

5. Ibid., p. 16.

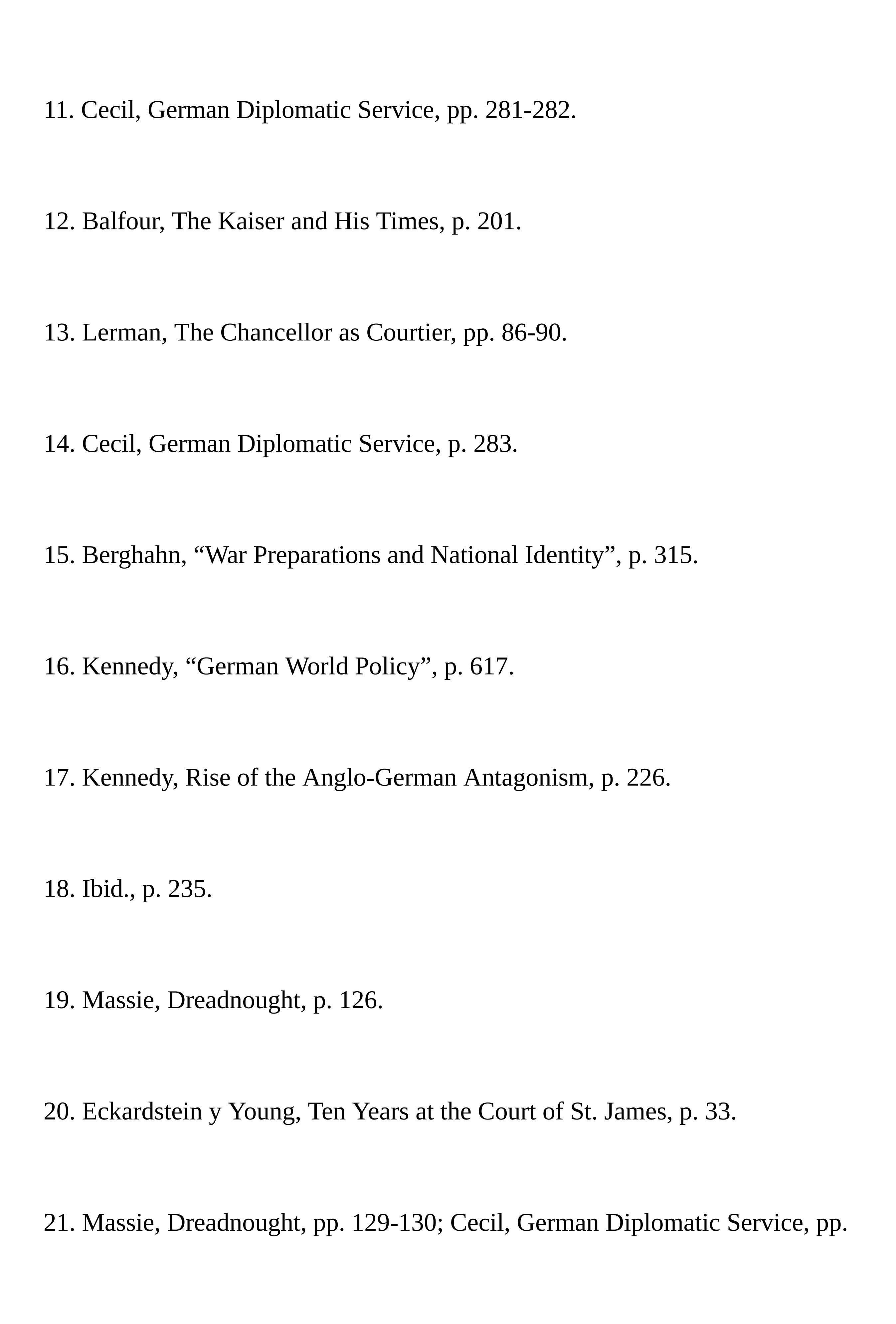
6. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 232.

7. Craig, Germany, 1866-1945, pp. 244-245.

8. Ibid., p. 246.

9. Cecil, German Diplomatic Service, p. 282.

10. Lerman, The Chancellor as Courtier, p. 1.



11. Cecil, German Diplomatic Service, pp. 281-282.

12. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 201.

13. Lerman, The Chancellor as Courtier, pp. 86-90.

14. Cecil, German Diplomatic Service, p. 283.

15. Berghahn, “War Preparations and National Identity”, p. 315.

16. Kennedy, “German World Policy”, p. 617.

17. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 226.

18. Ibid., p. 235.

19. Massie, Dreadnought, p. 126.

20. Eckardstein y Young, Ten Years at the Court of St. James, p. 33.

21. Massie, Dreadnought, pp. 129-130; Cecil, German Diplomatic Service, pp.

294-295.

22. Massie, Dreadnought, p. 124; Craig, Germany, 1866-1945, p. 127.

23. Hewitson, Germany and the Causes, pp. 146-147.

24. Ibid., p. 147.

25. Craig, Germany, 1866-1945, p. 249.

26. Winzen, “Prince Bulow’s Weltmachtpolitik”, pp. 227-228.

27. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. III, p. 100.

28. Winzen, “Treitschke’s Influence”, p. 155.

29. Cecil, Wilhelm II, p. 51.

30. Epkenhans, “Wilhelm II and ‘His’ Navy”, p. 17.

31. Winzen, “Treitschke’s Influence”, pp. 160-161.

32. Wilson, The Policy of the Entente, p. 4.

33. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 209.

34. Epkenhans, “Wilhelm II and ‘His’ Navy”, p. 13.

35. Ritter, The Sword and the Sceptre, p. 110.

36. Kennedy, “German World Policy”, p. 622.

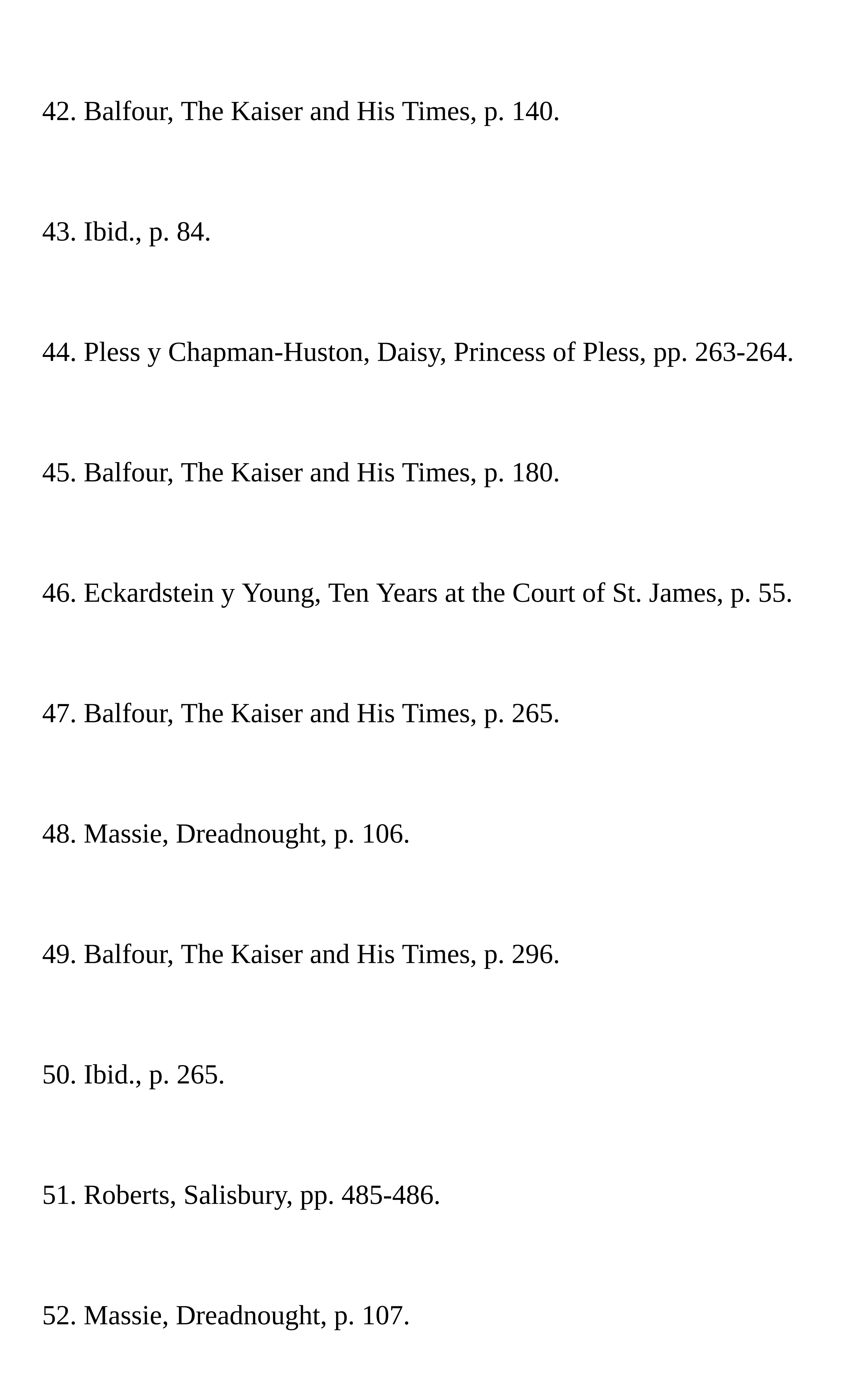
37. McMeekin, The Berlin-Baghdad Express, p. 14.

38. Cecil, Albert Ballin, pp. 152-153.

39. Winzen, “Treitschke’s Influence”, p. 159.

40. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 241.

41. Carter, The Three Emperors, p. 105.



42. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 140.

43. Ibid., p. 84.

44. Pless y Chapman-Huston, Daisy, Princess of Pless, pp. 263-264.

45. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 180.

46. Eckardstein y Young, Ten Years at the Court of St. James, p. 55.

47. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 265.

48. Massie, Dreadnought, p. 106.

49. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 296.

50. Ibid., p. 265.

51. Roberts, Salisbury, pp. 485-486.

52. Massie, Dreadnought, p. 107.

53. Clark, Kaiser Wilhelm II, p. 184.

54. Tuchman, The Proud Tower, pp. 131-134.

55. Ibid., p. 132.

56. Mahan, The Influence of Sea Power upon History, p. 28.

57. Rüger, The Great Naval Game, pp. 205-206.

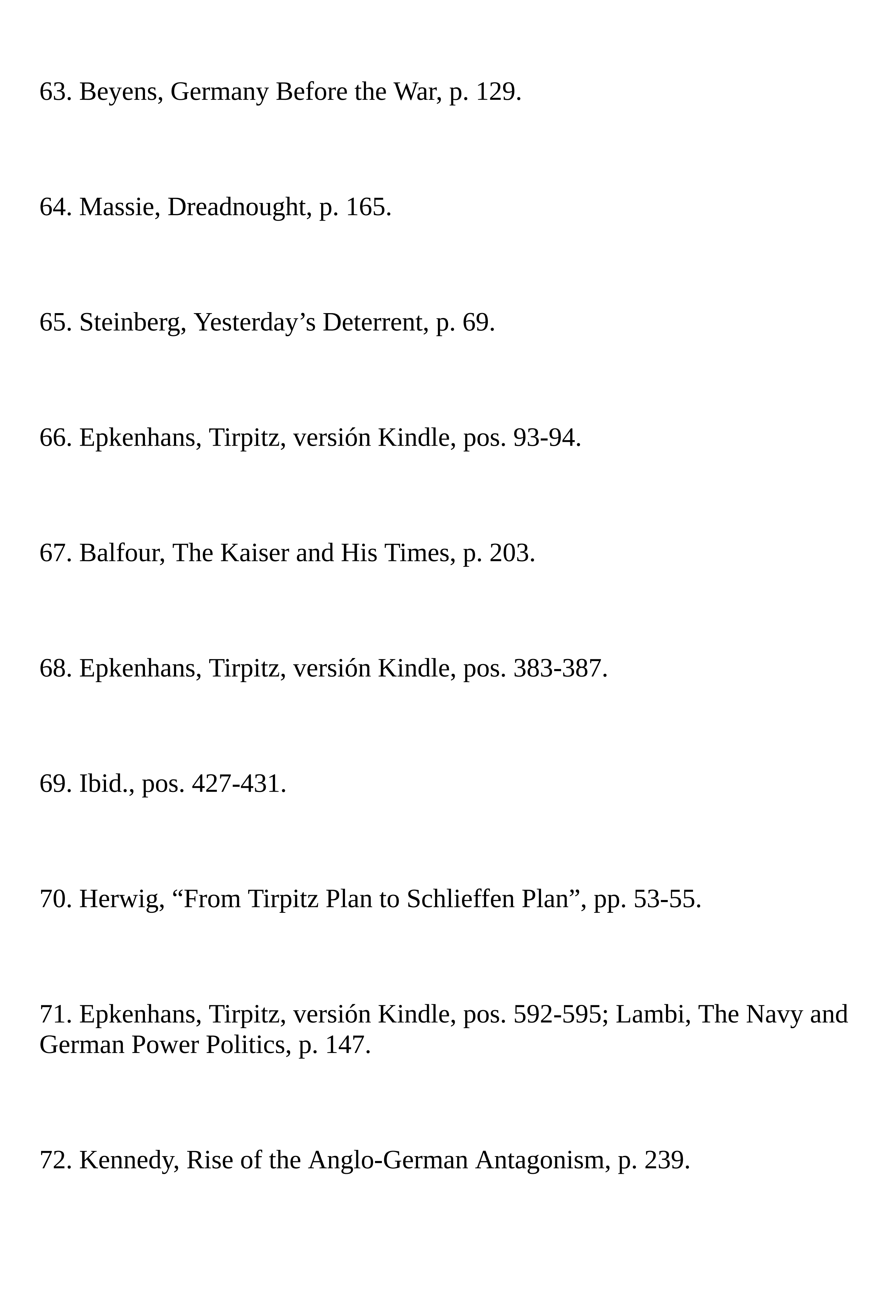
58. Clark, Kaiser Wilhelm II, p. 184.

59. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, pp. 36-37.

60. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 345.

61. Ibid., pos. 375-376.

62. Ibid., pos. 391-395.



63. Beyens, Germany Before the War, p. 129.

64. Massie, Dreadnought, p. 165.

65. Steinberg, Yesterday’s Deterrent, p. 69.

66. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 93-94.

67. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 203.

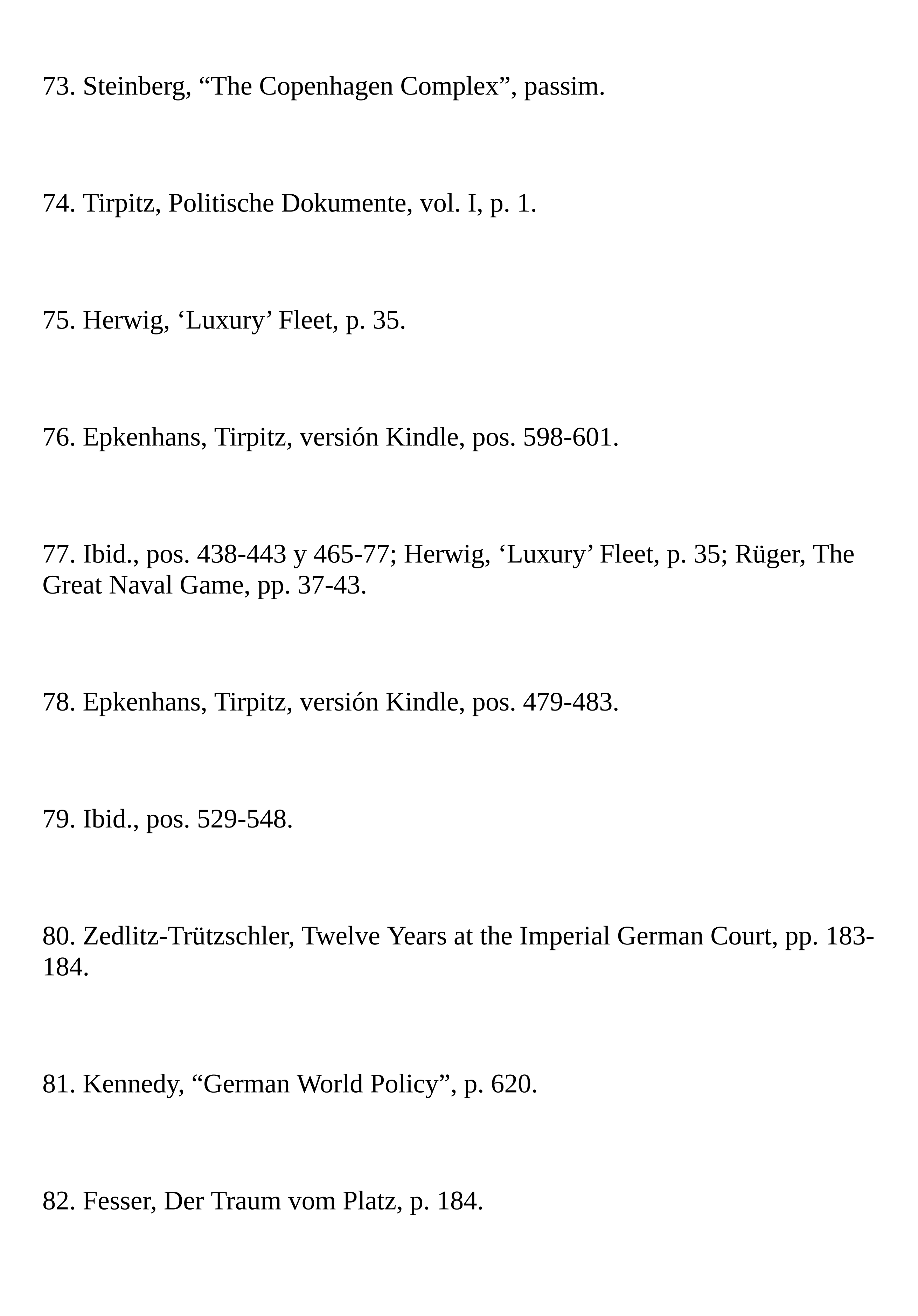
68. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 383-387.

69. Ibid., pos. 427-431.

70. Herwig, “From Tirpitz Plan to Schlieffen Plan”, pp. 53-55.

71. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 592-595; Lambi, The Navy and German Power Politics, p. 147.

72. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 239.



73. Steinberg, “The Copenhagen Complex”, passim.

74. Tirpitz, Politische Dokumente, vol. I, p. 1.

75. Herwig, ‘Luxury’ Fleet, p. 35.

76. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 598-601.

77. Ibid., pos. 438-443 y 465-77; Herwig, ‘Luxury’ Fleet, p. 35; Rüger, The Great Naval Game, pp. 37-43.

78. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 479-483.

79. Ibid., pos. 529-548.

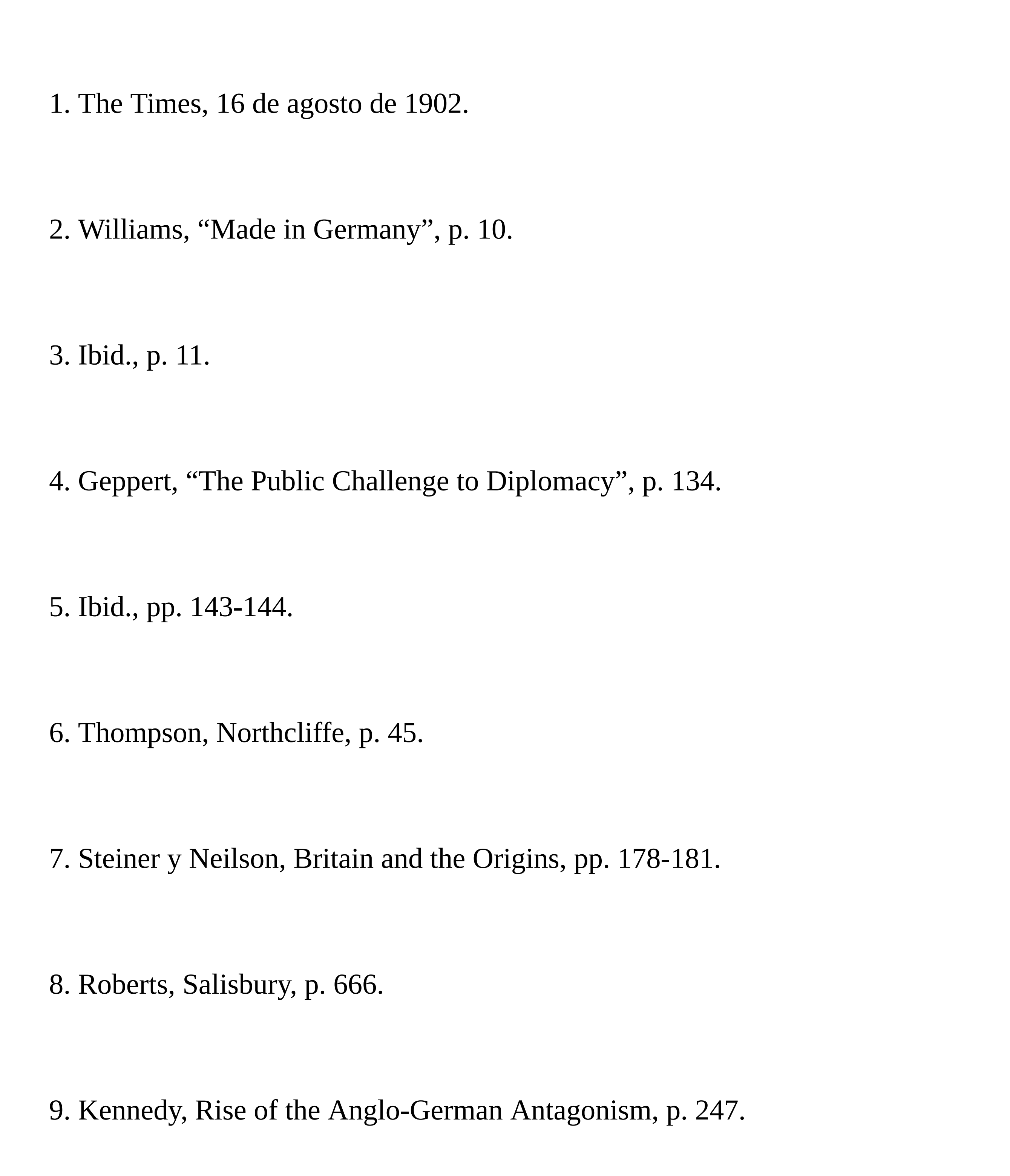
80. Zedlitz-Trützschler, Twelve Years at the Imperial German Court, pp. 183-184.

81. Kennedy, “German World Policy”, p. 620.

82. Fesser, Der Traum vom Platz, p. 184.

V

ACORAZADOS: LA RIVALIDAD NAVAL ANGLO-ALEMANA



1. The Times, 16 de agosto de 1902.

2. Williams, “Made in Germany”, p. 10.

3. Ibid., p. 11.

4. Geppert, “The Public Challenge to Diplomacy”, p. 134.

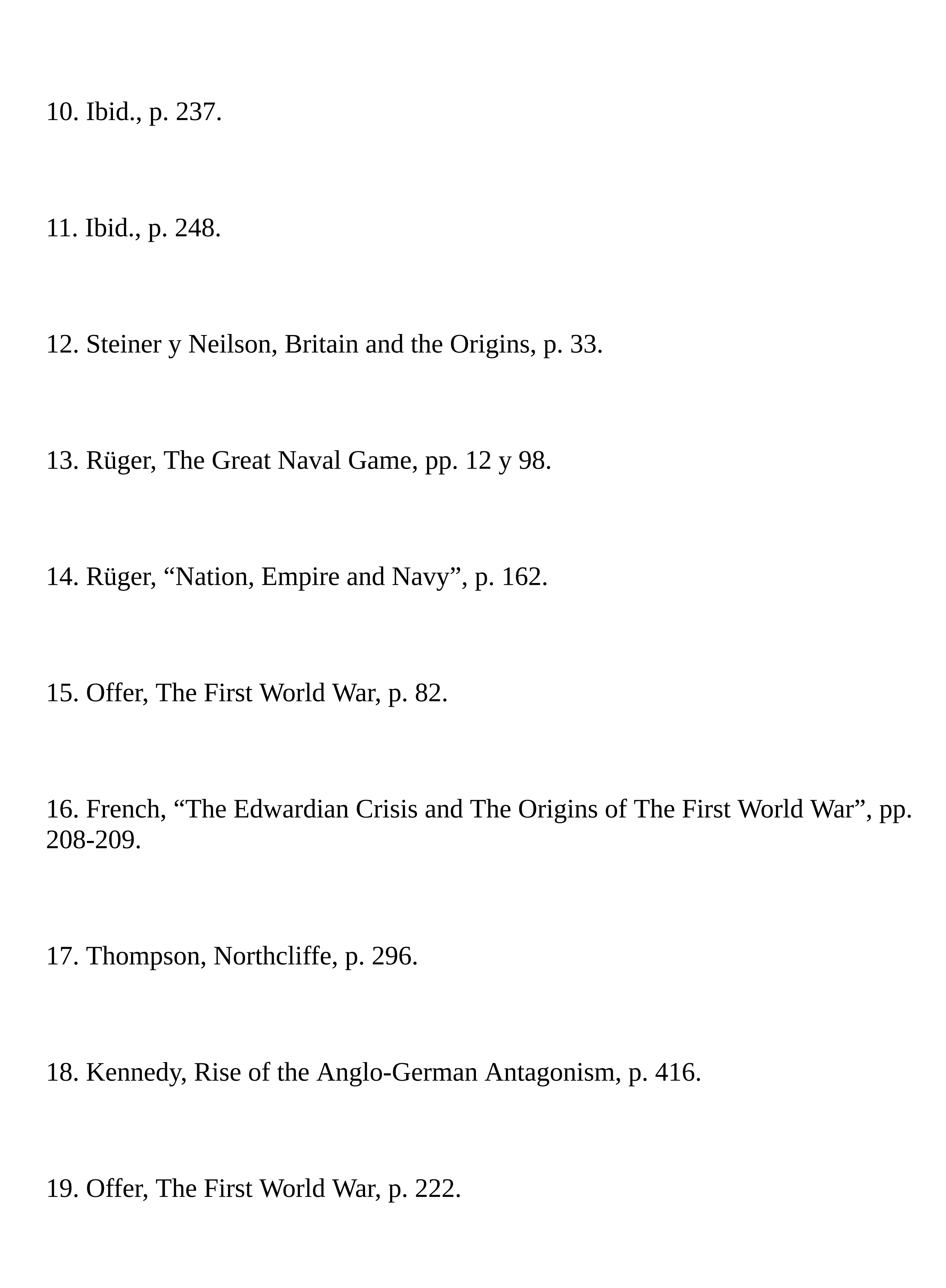
5. Ibid., pp. 143-144.

6. Thompson, Northcliffe, p. 45.

7. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, pp. 178-181.

8. Roberts, Salisbury, p. 666.

9. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 247.



10. Ibid., p. 237.

11. Ibid., p. 248.

12. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, p. 33.

13. Rüger, The Great Naval Game, pp. 12 y 98.

14. Rüger, “Nation, Empire and Navy”, p. 162.

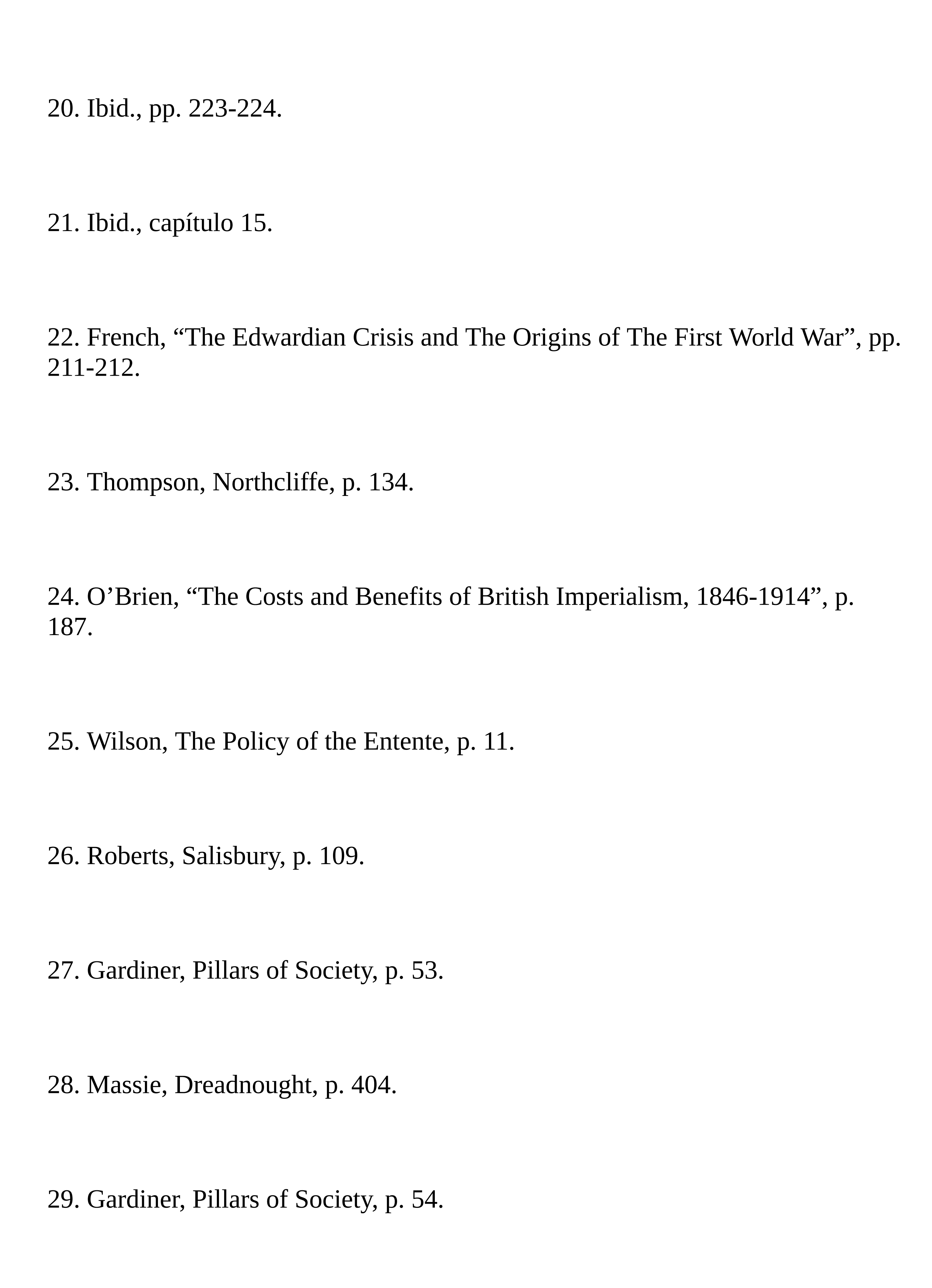
15. Offer, The First World War, p. 82.

16. French, “The Edwardian Crisis and The Origins of The First World War”, pp. 208-209.

17. Thompson, Northcliffe, p. 296.

18. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 416.

19. Offer, The First World War, p. 222.



20. Ibid., pp. 223-224.

21. Ibid., capítulo 15.

22. French, “The Edwardian Crisis and The Origins of The First World War”, pp. 211-212.

23. Thompson, Northcliffe, p. 134.

24. O’Brien, “The Costs and Benefits of British Imperialism, 1846-1914”, p. 187.

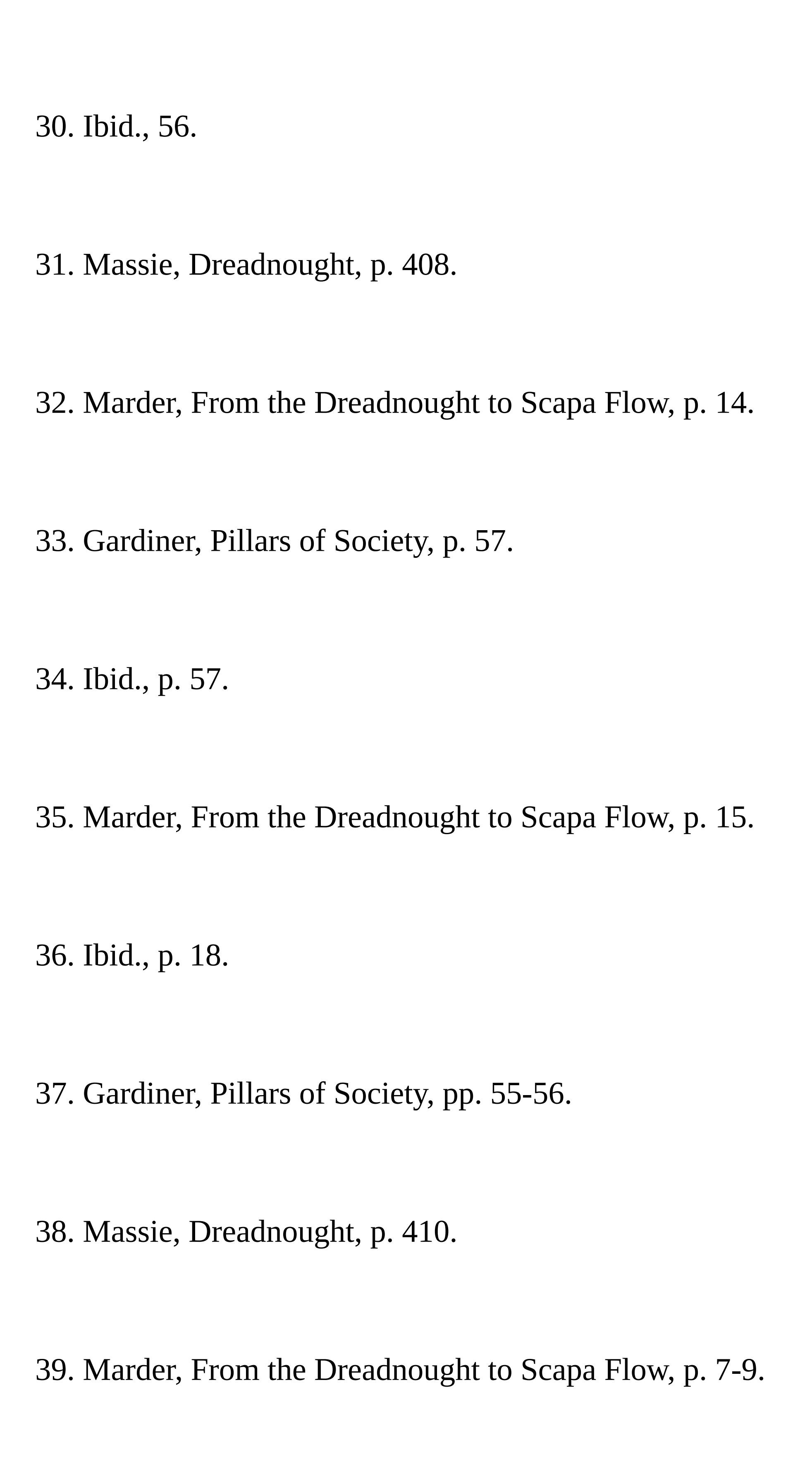
25. Wilson, The Policy of the Entente, p. 11.

26. Roberts, Salisbury, p. 109.

27. Gardiner, Pillars of Society, p. 53.

28. Massie, Dreadnought, p. 404.

29. Gardiner, Pillars of Society, p. 54.



30. Ibid., 56.

31. Massie, Dreadnought, p. 408.

32. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, p. 14.

33. Gardiner, Pillars of Society, p. 57.

34. Ibid., p. 57.

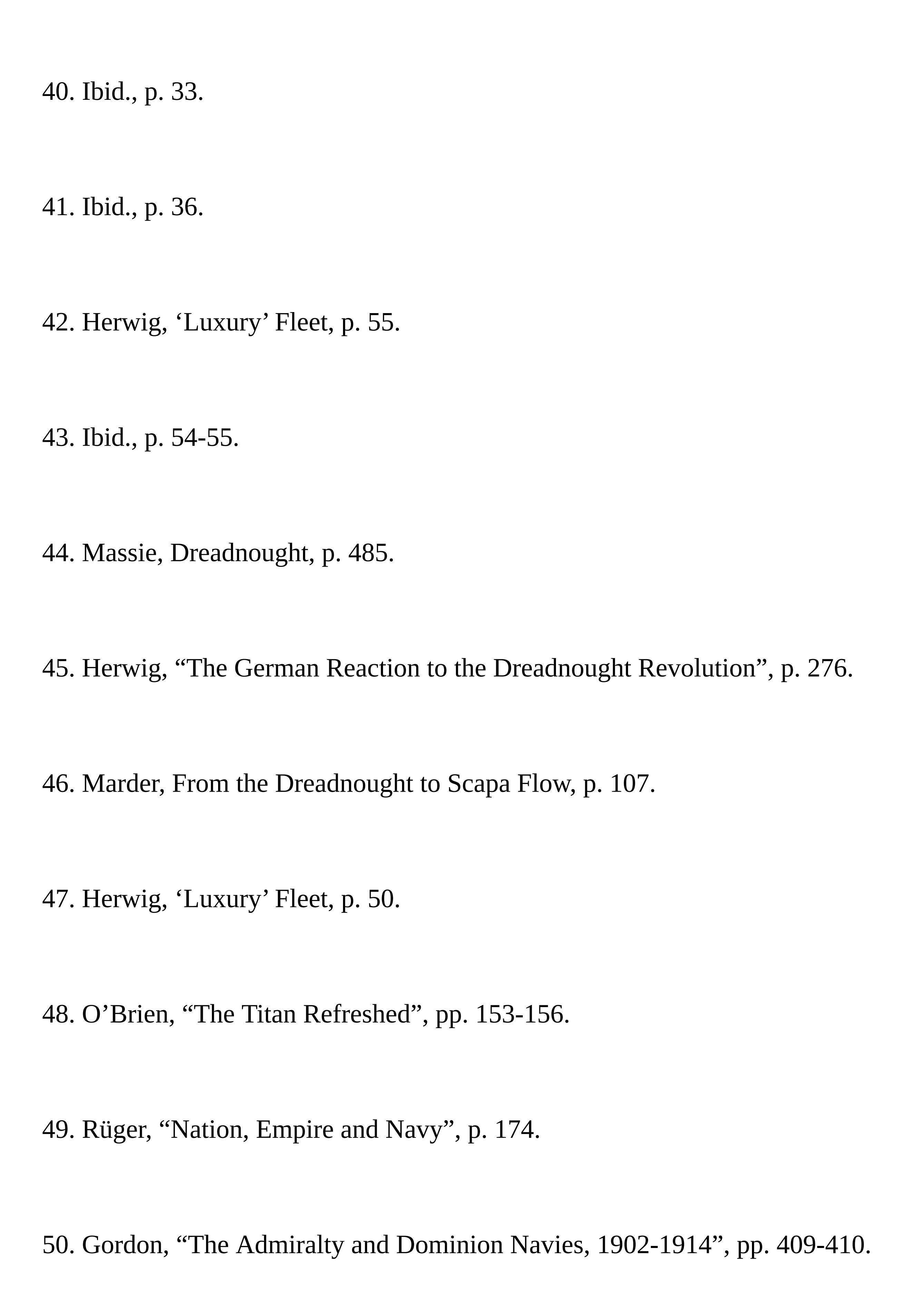
35. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, p. 15.

36. Ibid., p. 18.

37. Gardiner, Pillars of Society, pp. 55-56.

38. Massie, Dreadnought, p. 410.

39. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, p. 7-9.


40. Ibid., p. 33.

41. Ibid., p. 36.

42. Herwig, ‘Luxury’ Fleet, p. 55.

43. Ibid., p. 54-55.

44. Massie, Dreadnought, p. 485.

45. Herwig, “The German Reaction to the Dreadnought Revolution”, p. 276.

46. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, p. 107.

47. Herwig, ‘Luxury’ Fleet, p. 50.

48. O’Brien, “The Titan Refreshed”, pp. 153-156.

49. Rüger, “Nation, Empire and Navy”, p. 174.

50. Gordon, “The Admiralty and Dominion Navies, 1902-1914”, pp. 409-410.

51. O’Brien, “The Titan Refreshed”, p. 150.

52. Ibid., p. 159.

53. Steiner, “The Last Years”, p. 77.

54. Ibid., pp. 76 y 85.

55. Otte, “Eyre Crowe and British Foreign Policy”, p. 27.

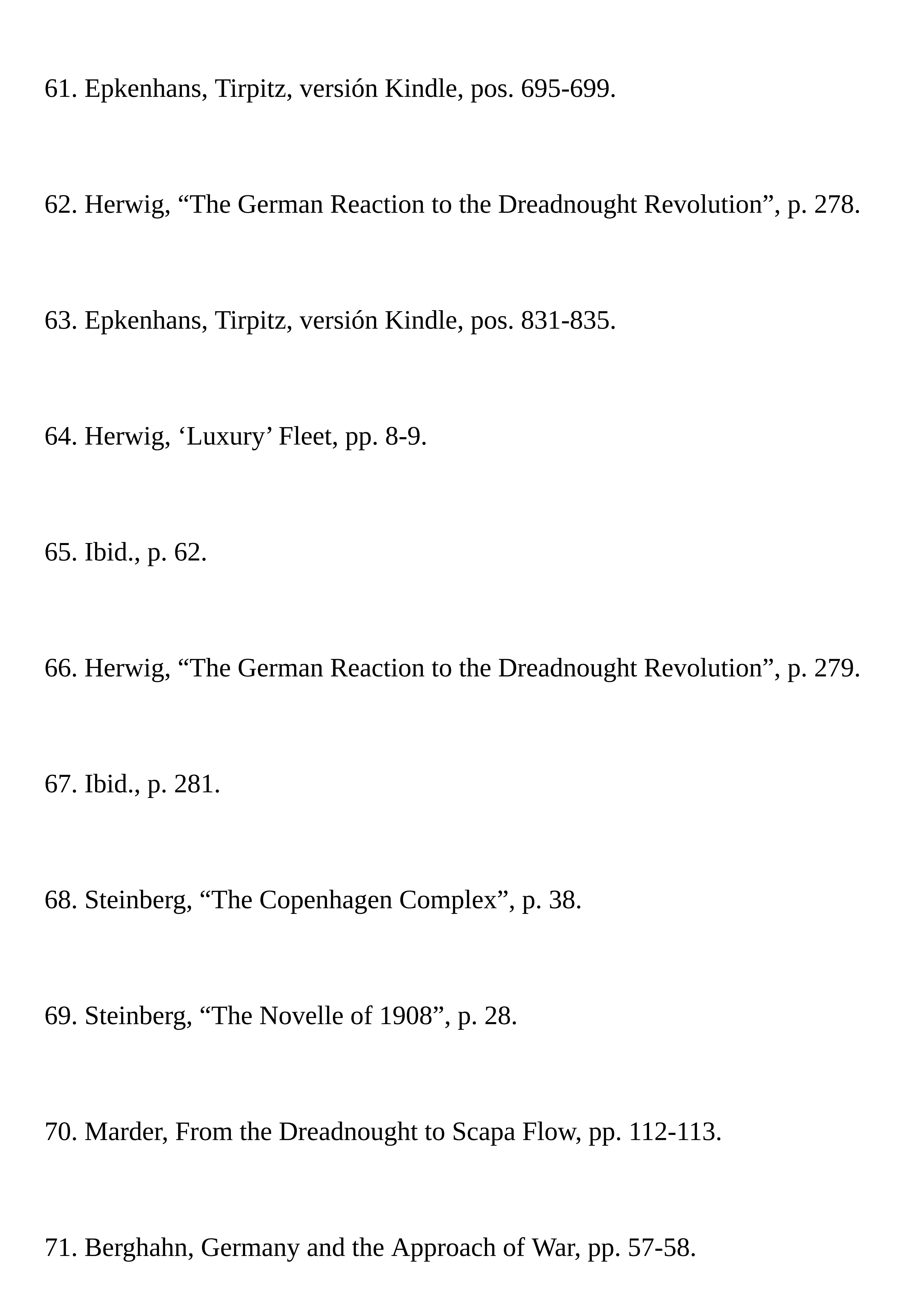
56. BD, vol. III, apéndice, pp. 397-420 y p. 417.

57. Ibid., pp. 403-404.

58. Ibid., pp. 415-416.

59. Ibid., p. 419.

60. Stevenson, Armaments, p. 101.



61. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 695-699.

62. Herwig, “The German Reaction to the Dreadnought Revolution”, p. 278.

63. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 831-835.

64. Herwig, ‘Luxury’ Fleet, pp. 8-9.

65. Ibid., p. 62.

66. Herwig, “The German Reaction to the Dreadnought Revolution”, p. 279.

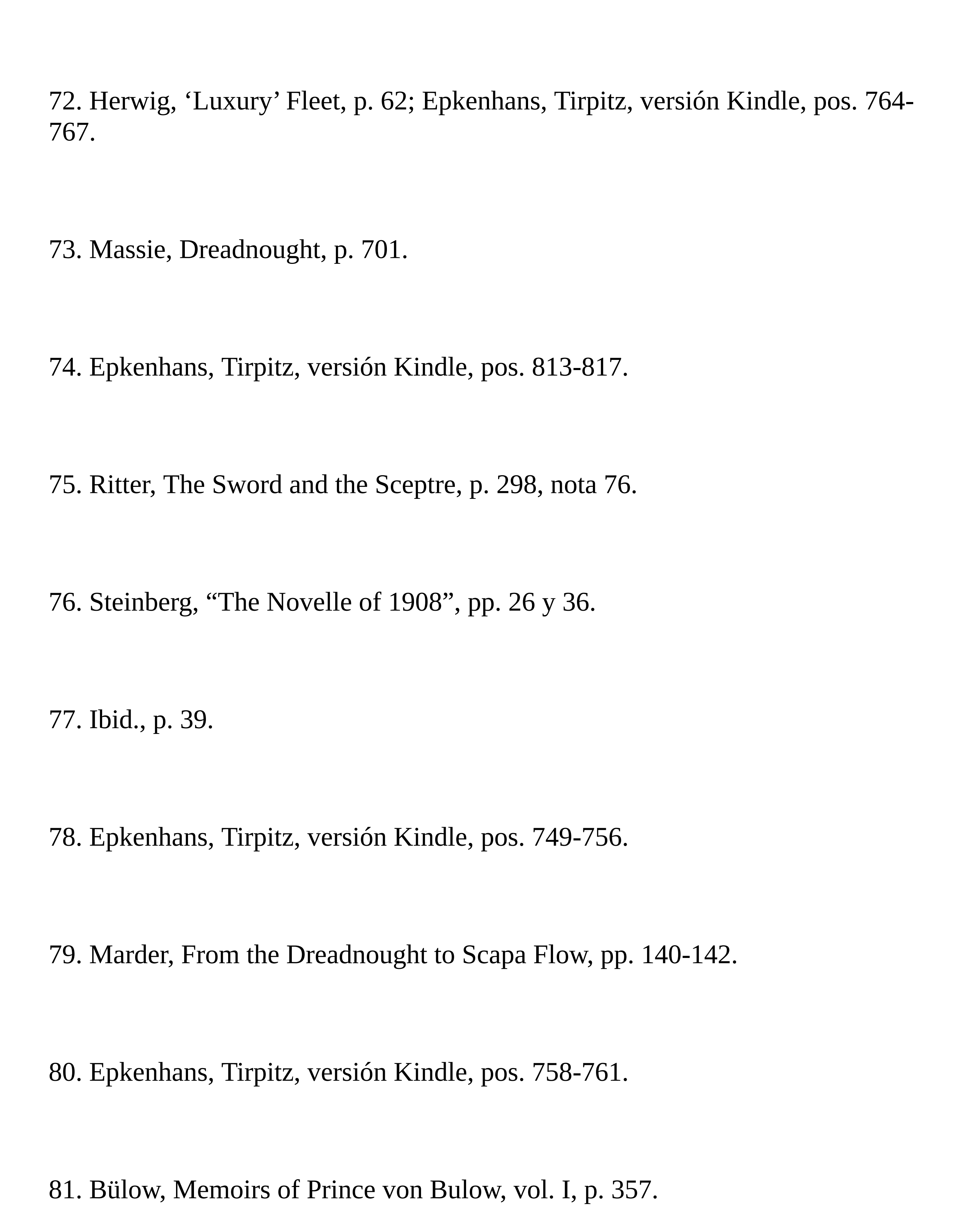
67. Ibid., p. 281.

68. Steinberg, “The Copenhagen Complex”, p. 38.

69. Steinberg, “The Novelle of 1908”, p. 28.

70. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, pp. 112-113.

71. Berghahn, Germany and the Approach of War, pp. 57-58.



72. Herwig, ‘Luxury’ Fleet, p. 62; Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 764-767.

73. Massie, Dreadnought, p. 701.

74. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 813-817.

75. Ritter, The Sword and the Sceptre, p. 298, nota 76.

76. Steinberg, “The Novelle of 1908”, pp. 26 y 36.

77. Ibid., p. 39.

78. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 749-756.

79. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, pp. 140-142.

80. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 758-761.

81. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. I, p. 357.

82. Thompson, Northcliffe, p. 153.

83. BD, vol. VI, 117, pp. 184-190; Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. I, pp. 358-60.

84. Steinberg, “The Novelle of 1908”, pp. 41-42.

85. Hopman, Das ereignisreiche Leben, p. 152.

86. Otte, “An Altogether Unfortunate Affair”, pp. 297-301.

87. Ibid., pp. 301-302.

88. Ibid., pp. 305-307 y 314.

89. Clark, Kaiser Wilhelm II, pp. 239-240.

90. Otte, “An Altogether Unfortunate Affair”, p. 329.

91. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 291.

92. Einem, Erinnerungen eines Soldaten, p. 122.

93. Wilson, The Policy of the Entente, p. 7.

94. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, p. 156.

95. Cannadine, The Decline and Fall of the British Aristocracy, p. 48-49; Grigg, Lloyd George, pp. 203-208 y 223.

96. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 423.

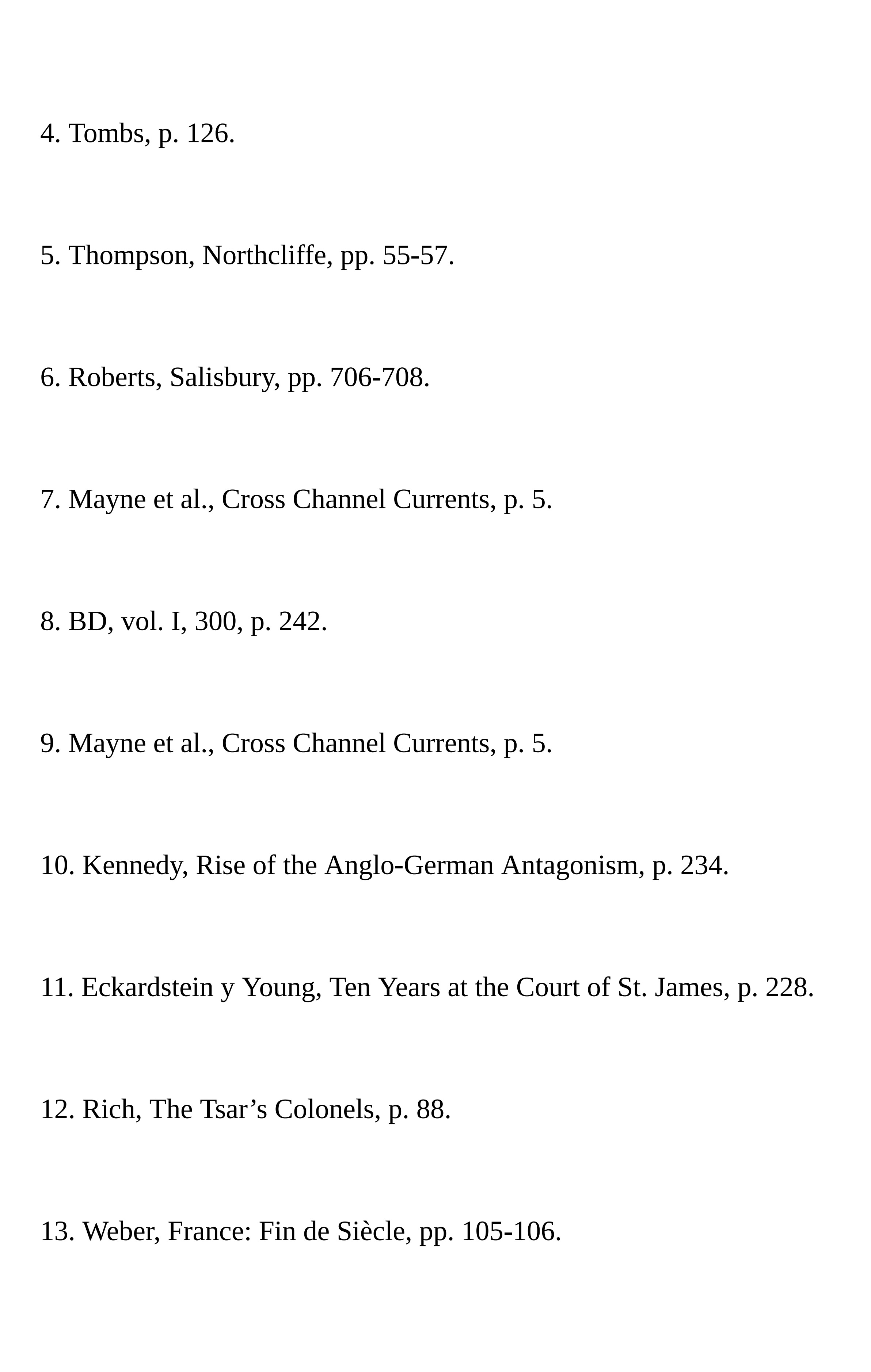
VI

AMIGOS IMPROBABLES: LA ENTENTE CORDIAL ENTRE FRANCIA Y GRAN BRETAÑA

1. Eubank, 'The Fashoda Crisis Re-examined', pp. 145-148.

2. Andrew, Théophile Delcassé, p. 45.

3. Tombs y Tombs, That Sweet Enemy, pp. 428-429; Roberts, Salisbury, p. 702; Eubank, 'The Fashoda Crisis Re-examined', pp. 146-147.



4. Tombs, p. 126.

5. Thompson, Northcliffe, pp. 55-57.

6. Roberts, Salisbury, pp. 706-708.

7. Mayne et al., Cross Channel Currents, p. 5.

8. BD, vol. I, 300, p. 242.

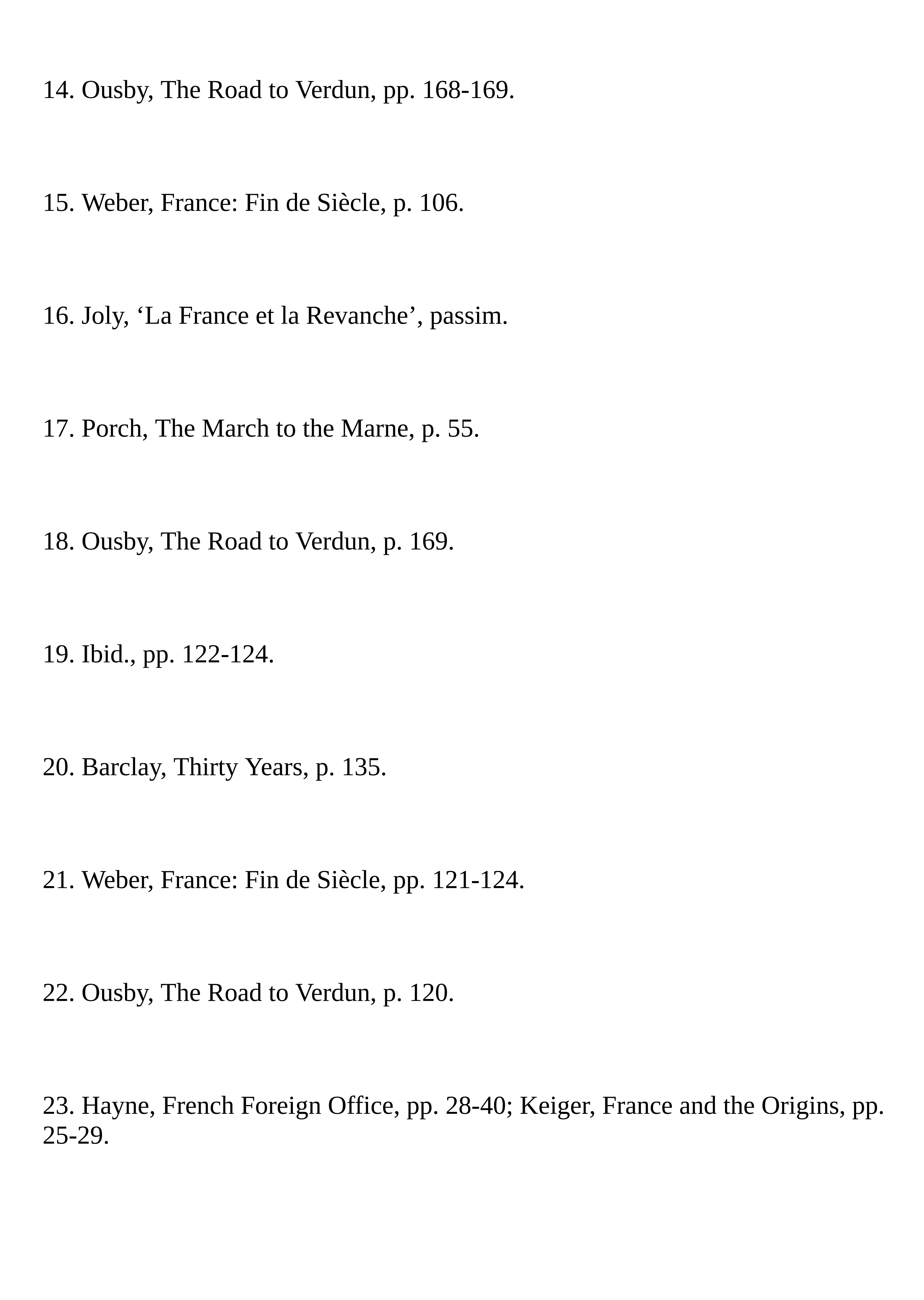
9. Mayne et al., Cross Channel Currents, p. 5.

10. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 234.

11. Eckardstein y Young, Ten Years at the Court of St. James, p. 228.

12. Rich, The Tsar’s Colonels, p. 88.

13. Weber, France: Fin de Siècle, pp. 105-106.



14. Ousby, The Road to Verdun, pp. 168-169.

15. Weber, France: Fin de Siècle, p. 106.

16. Joly, ‘La France et la Revanche’, passim.

17. Porch, The March to the Marne, p. 55.

18. Ousby, The Road to Verdun, p. 169.

19. Ibid., pp. 122-124.

20. Barclay, Thirty Years, p. 135.

21. Weber, France: Fin de Siècle, pp. 121-124.

22. Ousby, The Road to Verdun, p. 120.

23. Hayne, French Foreign Office, pp. 28-40; Keiger, France and the Origins, pp. 25-29.

24. Hayne, French Foreign Office, pp. 38-39.

25. Porch, The March to the Marne, pp. 83, 218-221, 250-252 y passim.

26. Tombs y Tombs, That Sweet Enemy, p. 426.

27. Ibid., pp. 426-427.

28. Barclay, Thirty Years, pp. 140-141.

29. Lincoln, In War's Dark Shadow, p. 17.

30. Keiger, France and the Origins, pp. 11-12; Fuller, Strategy and Power in Russia, pp. 353-354.

31. Sanborn, "Education for War and Peace", pp. 213-214.

32. BD, vol. II, 35, pp. 285-288.

33. Andrew, Théophile Delcassé, pp. 1-10.

34. Hayne, “The Quai d’Orsay”, p. 430.

35. Andrew, Théophile Delcassé, p. 67.

36. Ibid., p. 90.

37. Ibid., pp. 18-19.

38. Ibid., p. 54.

39. Ibid., p. 24 y 91.

40. Ibid., p. 191.

41. Monger, The End of Isolation, pp. 104-105.

42. Andrew, Théophile Delcassé, 190, pp. 196-197.

43. Ibid., p. 181.

44. Hayne, French Foreign Office, p. 109.



45. Eubank, Paul Cambon, p. 65.

46. Hayne, French Foreign Office, p. 103.

47. Eubank, Paul Cambon, p. 95.

48. Ibid., p. 209.

49. Ibid., pp. 65 y 68; Hayne, French Foreign Office, p. 103.

50. Andrew, Théophile Delcassé, pp. 186-187.

51. Nicolson, Portrait of a Diplomatist, p. 86.

52. Ibid., p. 84.

53. Andrew, Théophile Delcassé, p. 186.

54. Monger, The End of Isolation, p. 772.

55. Andrew, Théophile Delcassé, pp. 207-208.

56. Cronin, Paris on the Eve, p. 63; Tombs y Tombs, That Sweet Enemy, pp. 439-441; Mayne et al., Cross Channel Currents, pp. 14-16.

57. Andrew, Théophile Delcassé, p. 209.

58. Hayne, French Foreign Office, p. 94.

59. Andrew, Théophile Delcassé, pp. 212-214; Williamson, Politics of Grand Strategy, pp. 10-13.

60. Eubank, Paul Cambon, p. 87.

61. Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 27; Weinroth, ‘The British Radicals’, pp. 657-658.

62. Clark, Kaiser Wilhelm II, p. 192.

63. Fischer, War of Illusions, pp. 52-54.

64. Sharp, Anglo-French Relations, p. 18.

65. Lloyd George, War Memoirs, vol. I, p. 3.

VII

EL OSO Y LA BALLENA: RUSIA Y GRAN BRETAÑA

1. Scarborough Evening News, 24 de octubre de 1904.

2. Neilson, Britain and the Last Tsar, pp. 255-258.

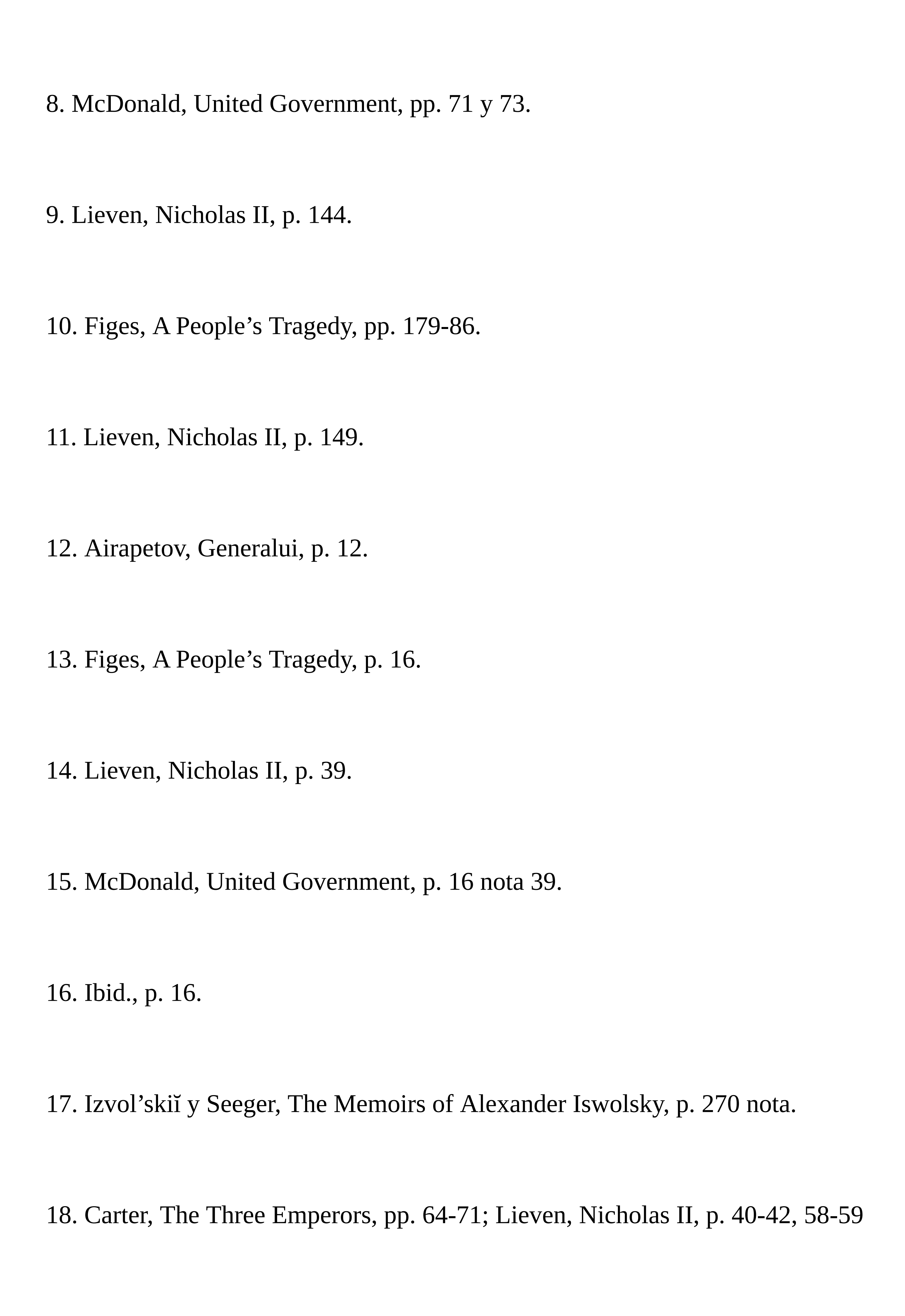
3. Herring, From Colony to Superpower, pp. 360-361.

4. McDonald, United Government, pp. 70-71.

5. Kleînmikhel', Memories of a Shipwrecked World, p. 176.

6. Lincoln, In War's Dark Shadow, p. 224.

7. McDonald, United Government, p. 71; Lincoln, In War's Dark Shadow, p. 225.



8. McDonald, United Government, pp. 71 y 73.

9. Lieven, Nicholas II, p. 144.

10. Figes, A People’s Tragedy, pp. 179-86.

11. Lieven, Nicholas II, p. 149.

12. Airapetov, Generalui, p. 12.

13. Figes, A People’s Tragedy, p. 16.

14. Lieven, Nicholas II, p. 39.

15. McDonald, United Government, p. 16 nota 39.

16. Ibid., p. 16.

17. Izvol’skiĭ y Seeger, The Memoirs of Alexander Iswolsky, p. 270 nota.

18. Carter, The Three Emperors, pp. 64-71; Lieven, Nicholas II, p. 40-42, 58-59

y 166-167.

19. Carter, The Three Emperors, p. 69.

20. Steinberg, All the Tsar’s Men, pp. 29-31.

21. Ibid., 30.

22. Lincoln, In War’s Dark Shadow, p. 33.

23. Lieven, Nicholas II, p. 42.

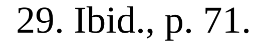
24. Neklyudov, Diplomatic Reminiscences, p. 4.

25. McDonald, United Government, pp. 65-66.

26. Neilson, Britain and the Last Tsar, p. 70.

27. Carter, The Three Emperors, p. 225.

28. Lieven, Nicholas II, p. 64.


29. Ibid., p. 71.

30. Ibid., p. 141.

31. Neilson, Britain and the Last Tsar, p. 62.

32. Lieven, Nicholas II, p. 102.

33. McDonald, United Government, p. 70.

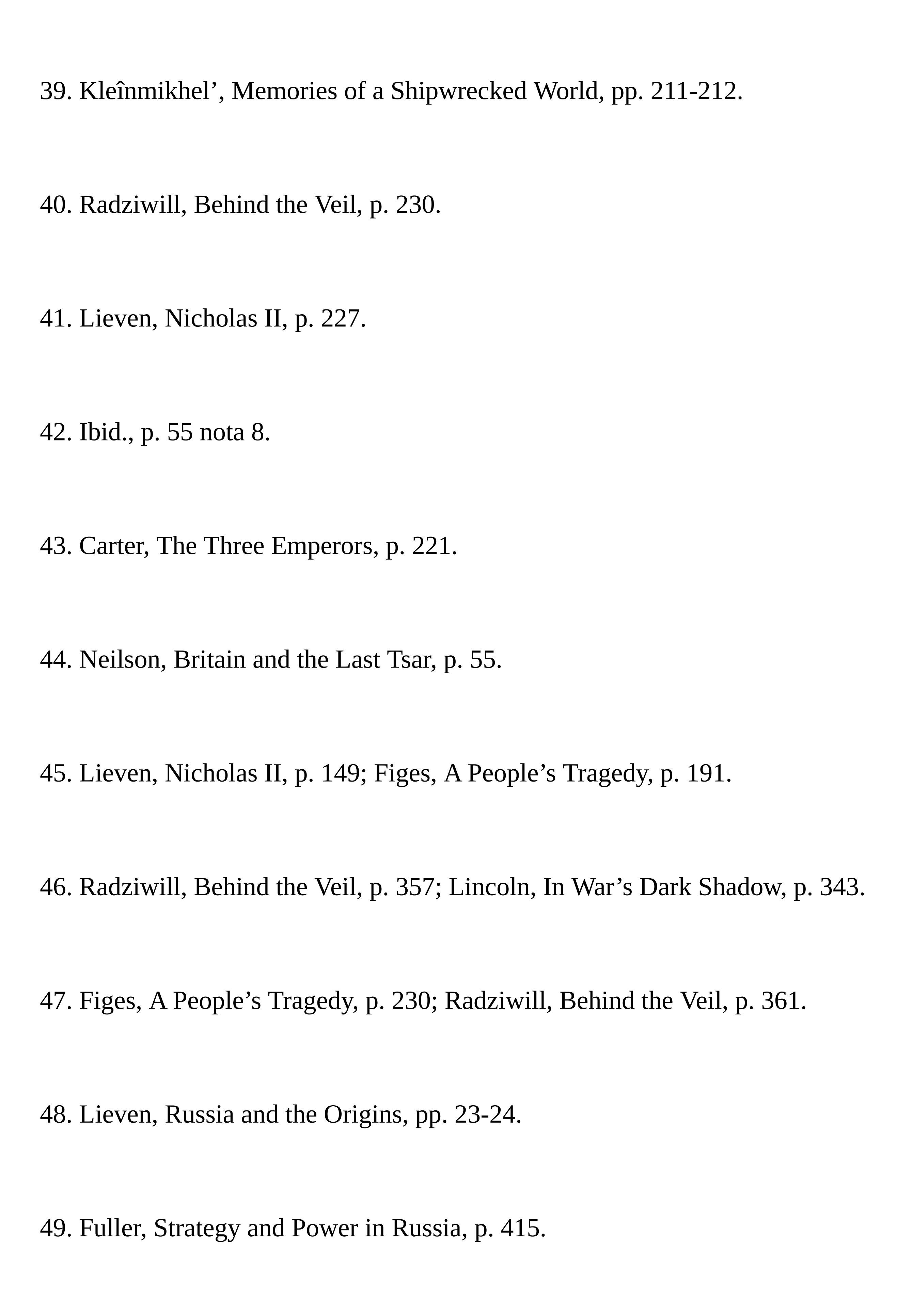
34. Ibid., p. 70.

35. Ibid., p. 73 y caps. 2 y 3.

36. Ibid., pp. 40-41.

37. Radziwill, Behind the Veil, p. 226.

38. Lieven, Nicholas II, pp. 65-66.


39. Kleînmikhel’, Memories of a Shipwrecked World, pp. 211-212.

40. Radziwill, Behind the Veil, p. 230.

41. Lieven, Nicholas II, p. 227.

42. Ibid., p. 55 nota 8.

43. Carter, The Three Emperors, p. 221.

44. Neilson, Britain and the Last Tsar, p. 55.

45. Lieven, Nicholas II, p. 149; Figes, A People’s Tragedy, p. 191.

46. Radziwill, Behind the Veil, p. 357; Lincoln, In War’s Dark Shadow, p. 343.

47. Figes, A People’s Tragedy, p. 230; Radziwill, Behind the Veil, p. 361.

48. Lieven, Russia and the Origins, pp. 23-24.

49. Fuller, Strategy and Power in Russia, p. 415.

50. Szamuely, The Russian Tradition, p. 19.

51. Citado en Robert Chandler, “Searching for a Saviour”, Spectator, Londres, p. 31, marzo de 2012.

52. Kennan, Siberia and the Exile System, p. 55.

53. Dowler, Russia in 1913, p. 198.

54. Vinogradov, “1914 God: Byt’ Ili ne Byt’ Vojne?”, p. 162.

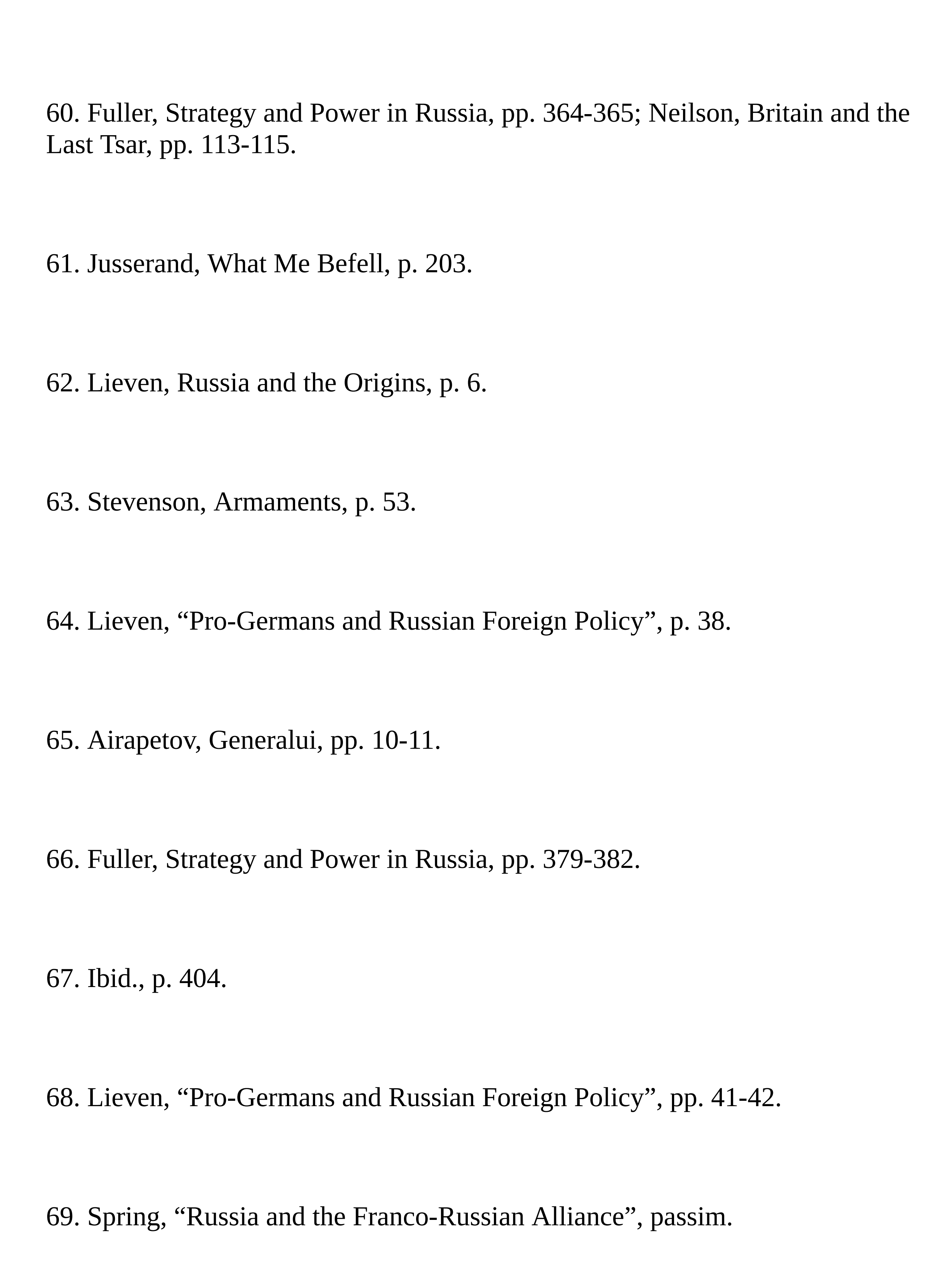
55. Fuller, Strategy and Power in Russia, p. 378.

56. Neilson, Britain and the Last Tsar, p. 86 y cap. 3.

57. Weinroth, “The British Radicals”, pp. 665-670.

58. Gilmour, Curzon, p. 201.

59. Hinsley, British Foreign Policy under Sir Edward Grey, pp. 135-136.



60. Fuller, Strategy and Power in Russia, pp. 364-365; Neilson, Britain and the Last Tsar, pp. 113-115.

61. Jusserand, What Me Befell, p. 203.

62. Lieven, Russia and the Origins, p. 6.

63. Stevenson, Armaments, p. 53.

64. Lieven, “Pro-Germans and Russian Foreign Policy”, p. 38.

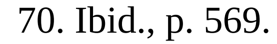
65. Airapetov, Generalui, pp. 10-11.

66. Fuller, Strategy and Power in Russia, pp. 379-382.

67. Ibid., p. 404.

68. Lieven, “Pro-Germans and Russian Foreign Policy”, pp. 41-42.

69. Spring, “Russia and the Franco-Russian Alliance”, passim.



70. Ibid., p. 569.

71. Soroka, “Debating Russia’s Choice”, p. 14.

72. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 33.

73. Taube, La Politique russe d’avant-guerre, p. 15.

74. Ibid., p. 43.

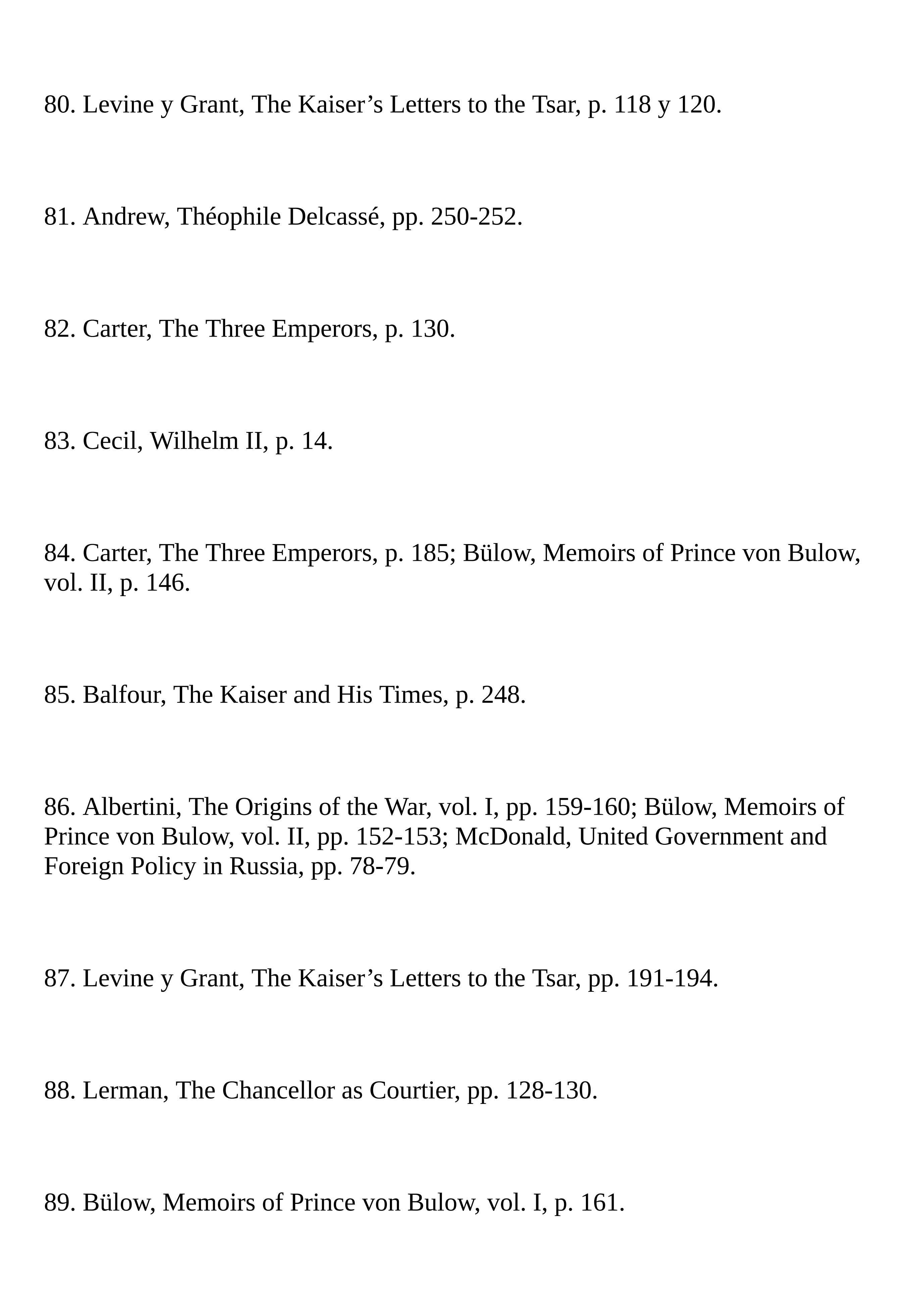
75. Soroka, “Debating Russia’s Choice”, p. 11.

76. Ibid., p. 4.

77. Carter, The Three Emperors, p. 138.

78. Albertini, The Origins of the War, vol. I, p. 159.

79. Lieven, “Pro-Germans and Russian Foreign Policy”, pp. 43-45.


80. Levine y Grant, The Kaiser’s Letters to the Tsar, p. 118 y 120.

81. Andrew, Théophile Delcassé, pp. 250-252.

82. Carter, The Three Emperors, p. 130.

83. Cecil, Wilhelm II, p. 14.

84. Carter, The Three Emperors, p. 185; Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, p. 146.

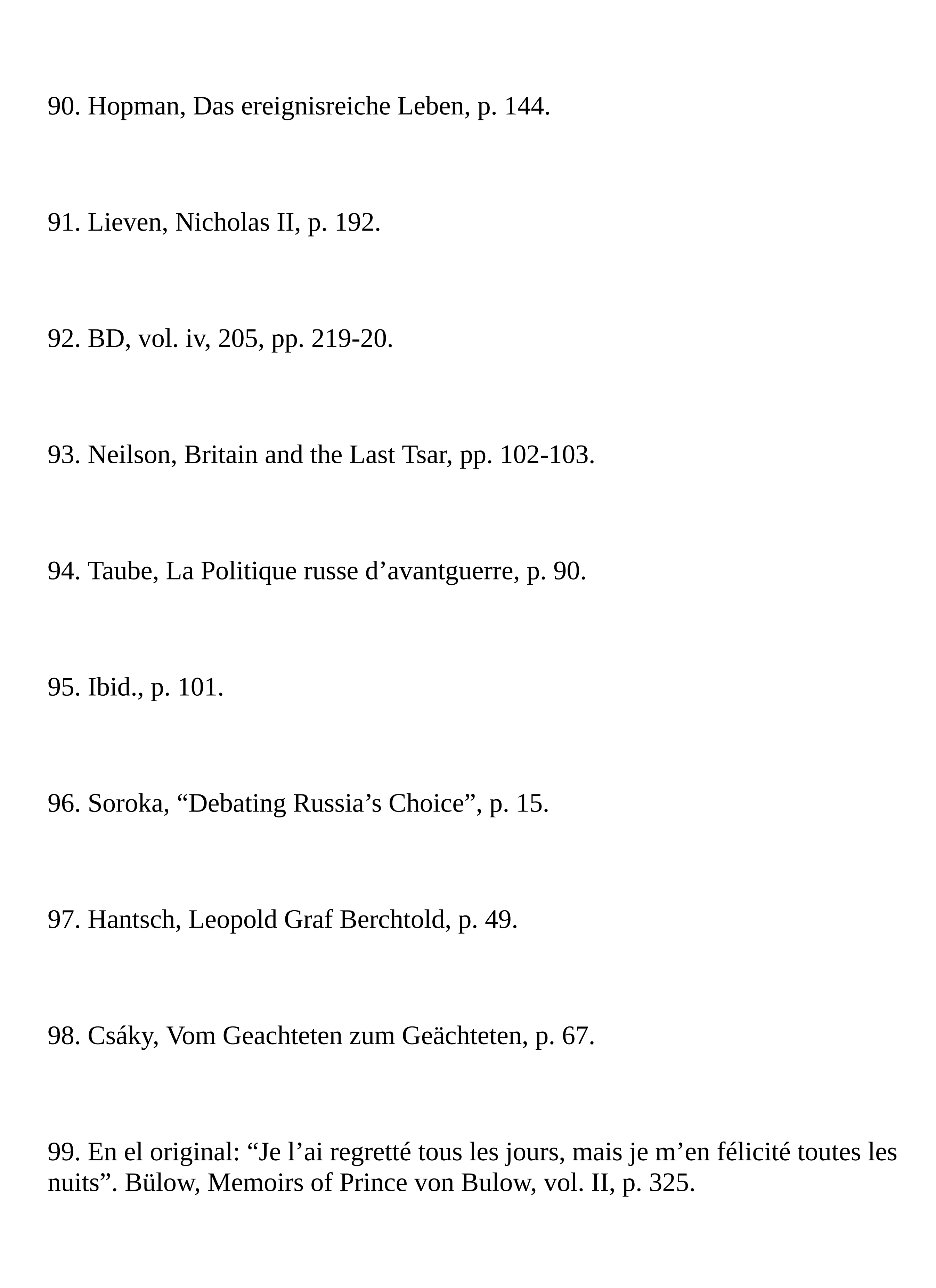
85. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 248.

86. Albertini, The Origins of the War, vol. I, pp. 159-160; Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, pp. 152-153; McDonald, United Government and Foreign Policy in Russia, pp. 78-79.

87. Levine y Grant, The Kaiser’s Letters to the Tsar, pp. 191-194.

88. Lerman, The Chancellor as Courtier, pp. 128-130.

89. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. I, p. 161.



90. Hopman, Das ereignisreiche Leben, p. 144.

91. Lieven, Nicholas II, p. 192.

92. BD, vol. iv, 205, pp. 219-20.

93. Neilson, Britain and the Last Tsar, pp. 102-103.

94. Taube, La Politique russe d'avantguerre, p. 90.

95. Ibid., p. 101.

96. Soroka, "Debating Russia's Choice", p. 15.

97. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 49.

98. Csáky, Vom Geachteten zum Geächteten, p. 67.

99. En el original: "Je l'ai regretté tous les jours, mais je m'en félicité toutes les nuits". Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, p. 325.

100. Radziwill, Behind the Veil, p. 380.

101. Taube, La Politique russe d’avant-guerre, p. 105.

102. BD, vol. iv, 219, pp. 235-236.

103. Fuller, Strategy and Power in Russia, p. 416.

104. Soroka, “Debating Russia’s Choice”, p. 3.

105. Taube, La Politique russe d’avant-guerre, p. 103.

106. Nicolson, Portrait of a Diplomatist, pp. 183-185.

107. Hinsley, British Foreign Policy under Sir Edward Grey, p. 158.

108. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, p. 352.

109. Menning y Menning, ‘“Baseless Allegations”’, p. 373.

110. Grey, Twenty-five Years, vol. I, p. 154.

111. Spring, “Russia and the Franco-Russian Alliance”, p. 584.

112. Albertini, The Origins of the War, vol. I, p. 189.

VIII

LA LEALTAD DE LOS NIBELUNGOS: LA DOBLE ALIANZA

1. Geiss, “Deutschland und Österreich-Ungarn”, p. 386.

2. Angelow, “Der Zweibund zwischen Politischer”, p. 58; Snyder, The Ideology of the Offensive, p. 107.

3. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, p. 367.

4. Ibid., p. 362.

5. Stevenson, Armaments, p. 4.

6. Stone, Europe Transformed, p. 315.


7. Redlich, The Emperor Francis Joseph, p. 40.

8. Palmer, Twilight of the Habsburgs, p. 23.

9. Margutti, The Emperor Francis Joseph, pp. 26-27.

10. Ibid., p. 50.

11. Palmer, Twilight of the Habsburgs, pp. 230-231.

12. Margutti, The Emperor Francis Joseph, pp. 35-50; Redlich, Emperor Francis Joseph, pp. 17-18 y 188.

13. Palmer, Twilight of the Habsburgs, p. 172.

14. Margutti, The Emperor Francis Joseph, pp. 45-46.

15. Ibid., p. 52.

16. Palmer, Twilight of the Habsburgs, p. 265.

17. Ibid.

18. RA vic/main/qvj (w), 4 de agosto de 1874 (copias de la princesa Beatriz). Beatrice's copies).

19. Margutti, The Emperor Francis Joseph, p. 48.

20. Leslie, "The Antecedents", pp. 309-310; Williamson, "Influence, Power, and the Policy Process", p. 419.

21. Lukacs, Budapest 1900, pp. 49-50 y 108-112.

22. Deák, Beyond Nationalism, p. 69.

23. Vermes, Istv'an Tisza, p. 102.

24. Freud, Civilization and Its Discontents, p. 61.

25. Steed, Through Thirty Years, vol. I, p. 196.

26. Wank, "Pessimism in the Austrian Establishment", p. 299.

27. Ibid.; Johnston, The Austrian Mind, p. 47.

28. Boyer, “The End of an Old Regime”, pp. 177-179; Stone, Europe Transformed, p. 304; Johnston, The Austrian Mind, p. 48; Urbas, Schicksale und Schatten, p. 77; Bridge, From Sadowa to Sarajevo, p. 254.

29. Boyer, “The End of an Old Regime”, pp. 174-177; Palmer, Twilight of the Habsburgs, p. 291; Stone, Europe Transformed, p. 316; Stevenson, Armaments, p. 4; Williamson, Austria-Hungary, pp. 44-46.

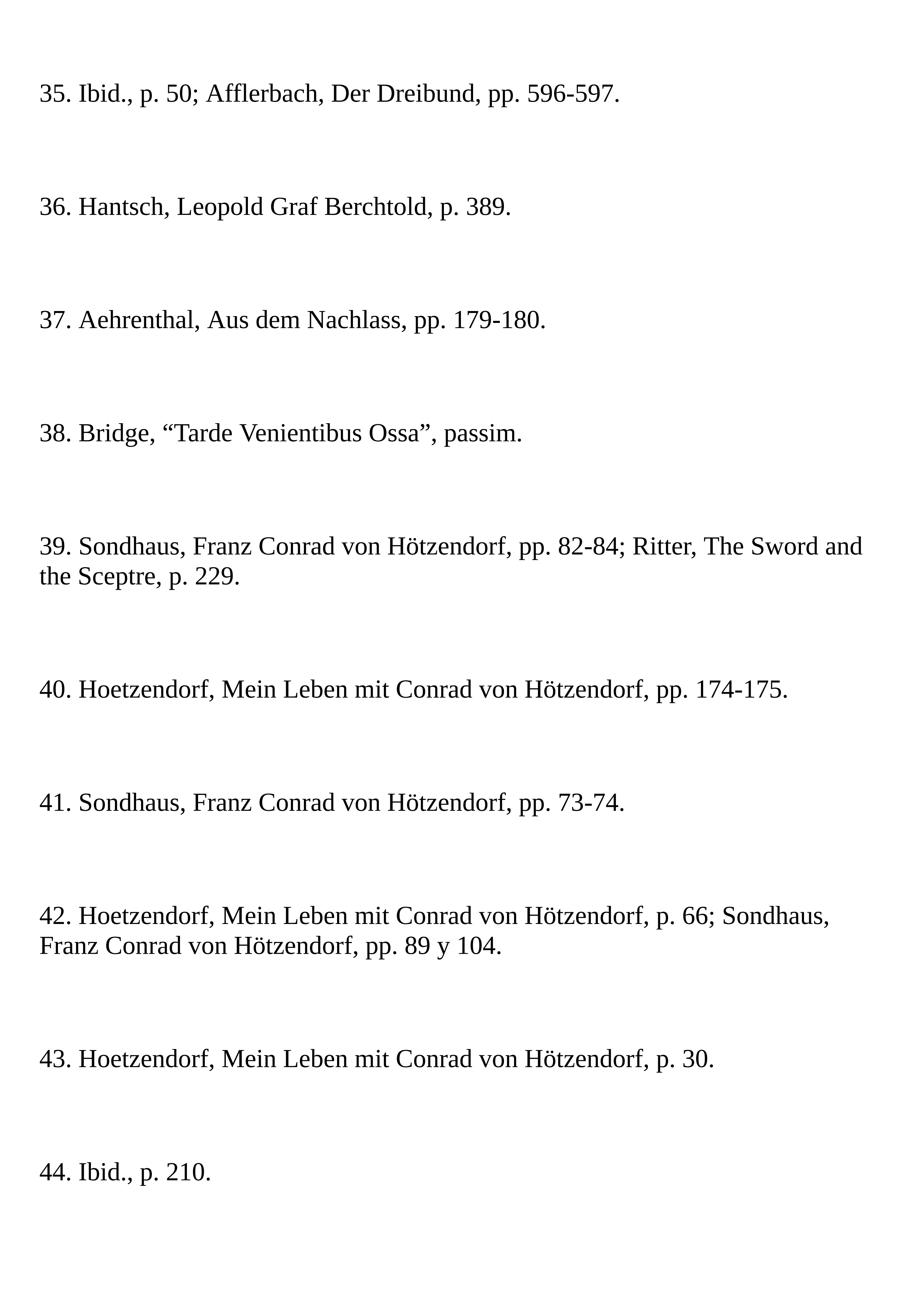
30. Palmer, Twilight of the Habsburgs, p. 293.

31. Czernin, In the World War, p. 46; Macartney, The Habsburg Empire, p. 746; Steed, Through Thirty Years, p. 367; Wank, “The Archduke and Aehrenthal”, p. 86.

32. Ibid.

33. Steed, Through Thirty Years, vol. I, p. 367; Bridge, The Habsburg Monarchy, p. 7.

34. Czernin, In the World War, p. 48.



35. Ibid., p. 50; Afflerbach, Der Dreibund, pp. 596-597.

36. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 389.

37. Aehrenthal, Aus dem Nachlass, pp. 179-180.

38. Bridge, “Tarde Venientibus Ossa”, passim.

39. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, pp. 82-84; Ritter, The Sword and the Sceptre, p. 229.

40. Hoetzendorf, Mein Leben mit Conrad von Hötzendorf, pp. 174-175.

41. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, pp. 73-74.

42. Hoetzendorf, Mein Leben mit Conrad von Hötzendorf, p. 66; Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, pp. 89 y 104.

43. Hoetzendorf, Mein Leben mit Conrad von Hötzendorf, p. 30.

44. Ibid., p. 210.

45. Ibid., p. 31; Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, p. 111; Williamson, Austria-Hungary, pp. 49-50.

46. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, p. 440.

47. Ibid., p. 267.

48. Bosworth, Italy and the Approach, pp. 55-57.

49. Herwig, “Disjointed Allies”, p. 271; Angelow, “Der Zweibund zwischen Politischer”, p. 34; Margutti, The Emperor Francis Joseph, pp. 220-228; Williamson, Austria-Hungary, p. 36.

50. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, pp. 254-255 y 427-428; Margutti, The Emperor Francis Joseph, pp. 127 y 228.

51. Musulin, Das Haus am Ballplatz, p. 80; Stevenson, Armaments, pp. 38-39; Williamson, Austria-Hungary, p. 114.

52. Bridge, “Austria-Hungary and the Boer War”, p. 79.

53. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, 260; Steiner, The Foreign Office and Foreign Policy, pp. 182-183; Williamson, Austria-Hungary, p. 112.

54. Wank, “Foreign Policy and the Nationality Problem in Austria-Hungary”, p. 45.

55. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, pp. 232-234; Jelavich, Russia’s Balkan Entanglements, pp. 212-13.

IX

¿EN QUÉ PENSABAN? ESPERANZAS, MIEDOS, IDEAS Y PRESUPOSICIONES

1. Kessler, Journey to the Abyss, p. xxi.

2. Schorske, Fin-de-siècle Vienna, pp. 213-219.

3. Ibid., pp. 346-348.

4. Kessler, Journey to the Abyss, p. 230.

5. Lukacs, Budapest 1900, pp. 129-132.

6. Offer, The First World War, pp. 121-127.

7. Ibid., p. 128.

8. Wank, “The Archduke and Aehrenthal”, p. 83 nota 33.

9. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, pp. 84-85.

10. Förster, “Der deutschen Generalstab”, p. 95.

11. Offer, The First World War, p. 129.

12. Deák, Beyond Nationalism, pp. 128-129 y 134-136.

13. Lukacs, Budapest 1900, p. 184 nota.

14. Weber, France: Fin de Siècle, pp. 218-220.

15. Offer, “Going to War in 1914”, p. 217.

16. Kronenbitter, Krieg im Frieden, p. 33.

17. Lieven, Russia and the Origins, p. 22.

18. Neklyudov, Diplomatic Reminiscences, p. 5.

19. Bernhardi, Germany and the Next War, p. 28.

20. Offer, “Going to War in 1914”, p. 216.

21. Rathenau, Briefe, p. 147.

22. Rathenau y Von Strandmann, Walther Rathenau, pp. 142-143.

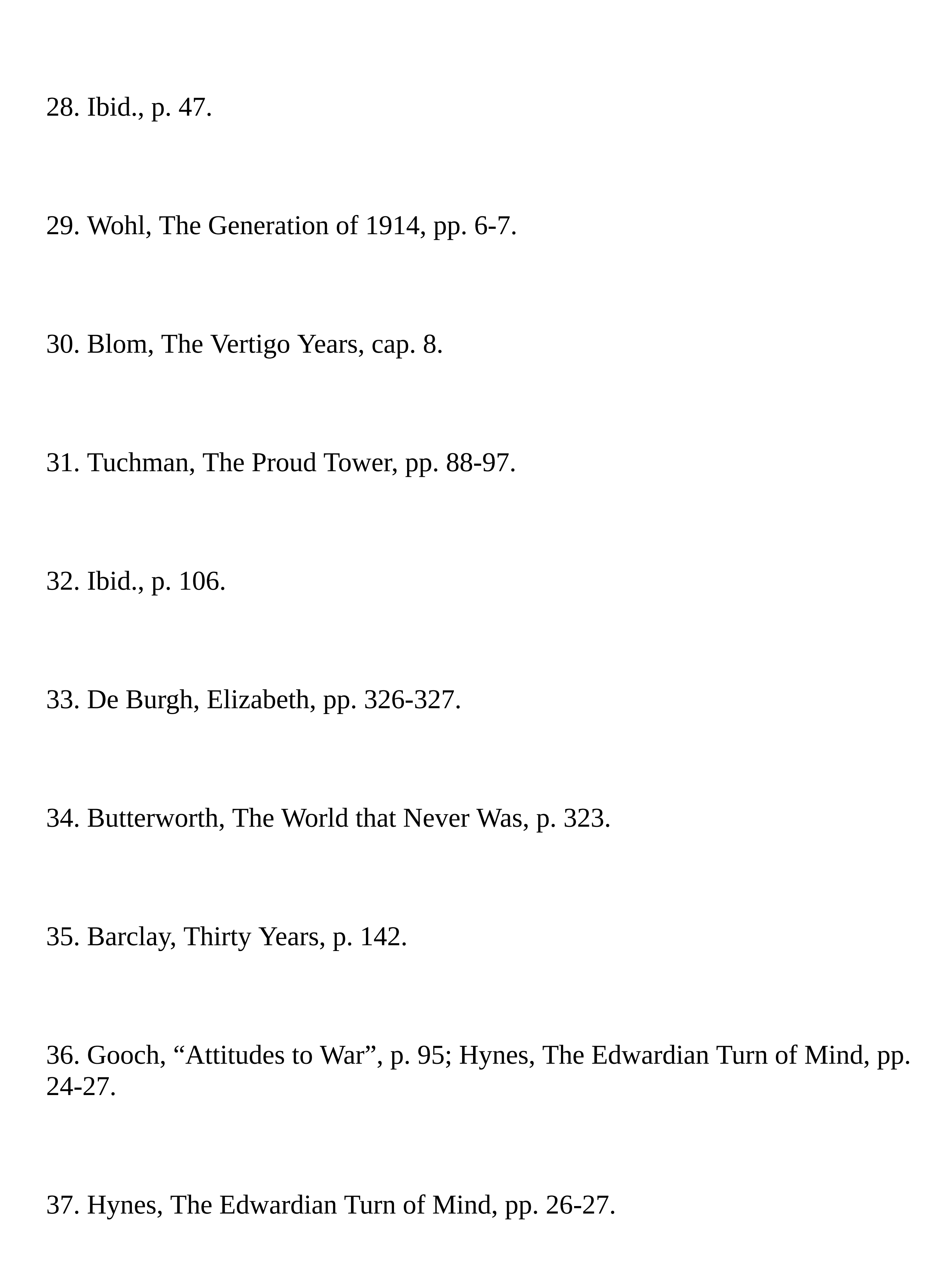
23. Stromberg, “The Intellectuals”, p. 115 y 119.

24. Tanner, Nietzsche, p. 4 y passim.

25. Blom, The Vertigo Years, p. 354.

26. Kessler, Journey to the Abyss, p. 128.

27. Cronin, Paris on the Eve, pp. 43-46.



28. Ibid., p. 47.

29. Wohl, The Generation of 1914, pp. 6-7.

30. Blom, The Vertigo Years, cap. 8.

31. Tuchman, The Proud Tower, pp. 88-97.

32. Ibid., p. 106.

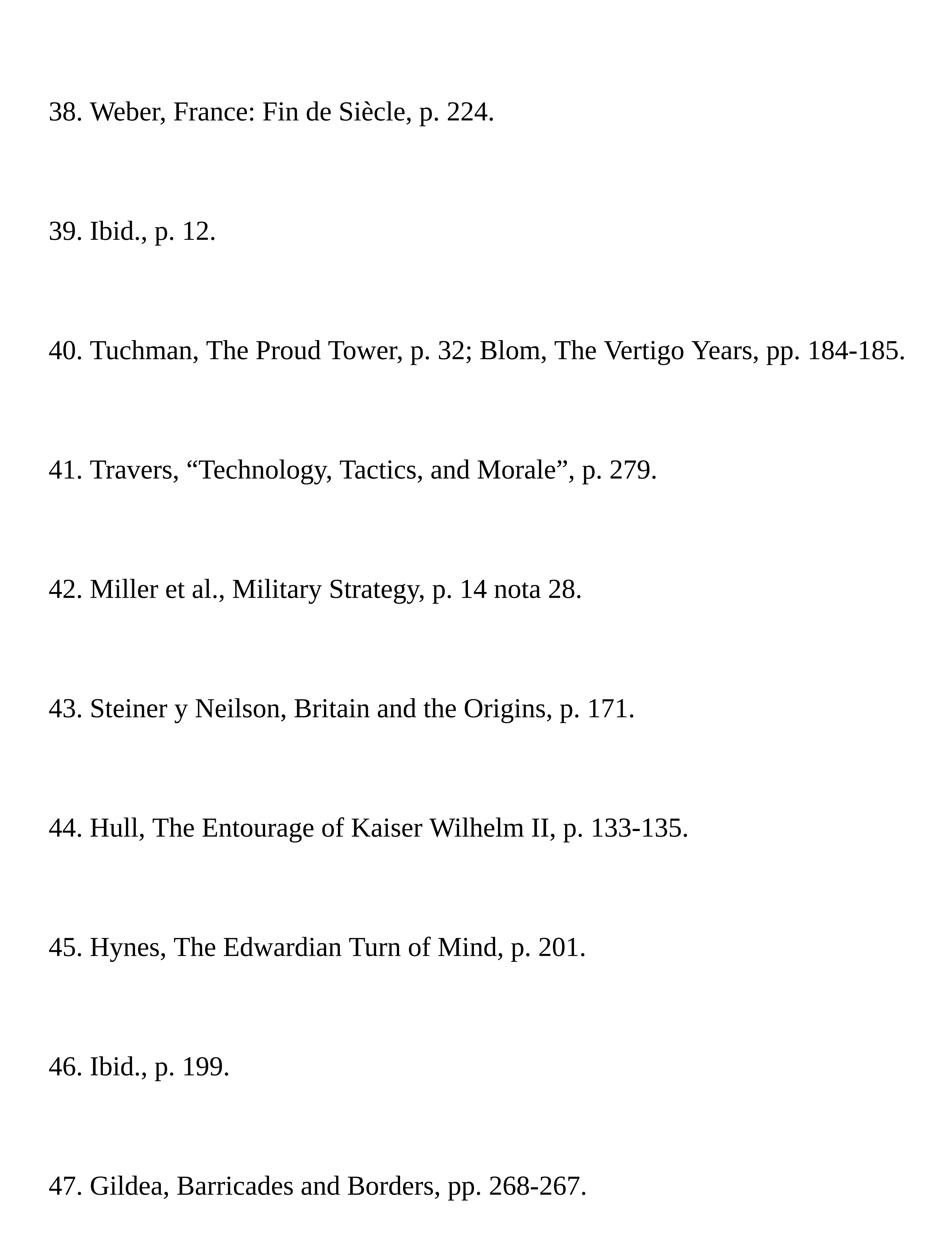
33. De Burgh, Elizabeth, pp. 326-327.

34. Butterworth, The World that Never Was, p. 323.

35. Barclay, Thirty Years, p. 142.

36. Gooch, “Attitudes to War”, p. 95; Hynes, The Edwardian Turn of Mind, pp. 24-27.

37. Hynes, The Edwardian Turn of Mind, pp. 26-27.


38. Weber, France: Fin de Siècle, p. 224.

39. Ibid., p. 12.

40. Tuchman, The Proud Tower, p. 32; Blom, The Vertigo Years, pp. 184-185.

41. Travers, “Technology, Tactics, and Morale”, p. 279.

42. Miller et al., Military Strategy, p. 14 nota 28.

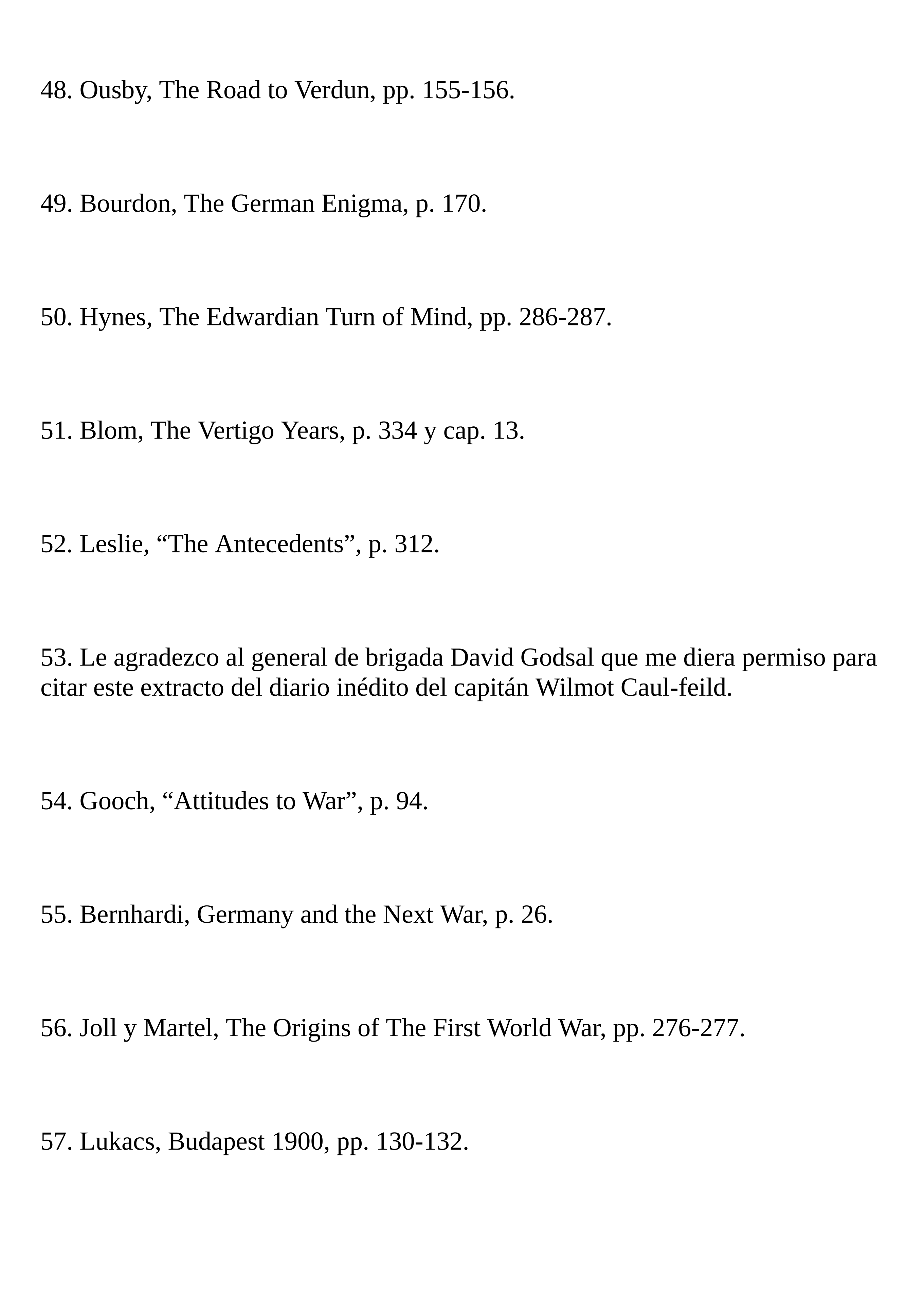
43. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, p. 171.

44. Hull, The Entourage of Kaiser Wilhelm II, p. 133-135.

45. Hynes, The Edwardian Turn of Mind, p. 201.

46. Ibid., p. 199.

47. Gildea, Barricades and Borders, pp. 268-267.



48. Ousby, The Road to Verdun, pp. 155-156.

49. Bourdon, The German Enigma, p. 170.

50. Hynes, The Edwardian Turn of Mind, pp. 286-287.

51. Blom, The Vertigo Years, p. 334 y cap. 13.

52. Leslie, “The Antecedents”, p. 312.

53. Le agradezco al general de brigada David Godsal que me diera permiso para citar este extracto del diario inédito del capitán Wilmot Caul-feild.

54. Gooch, “Attitudes to War”, p. 94.

55. Bernhardi, Germany and the Next War, p. 26.

56. Joll y Martel, The Origins of The First World War, pp. 276-277.

57. Lukacs, Budapest 1900, pp. 130-132.

58. Schorske, Fin-de-siècle Vienna, pp. 133-146.

59. Bernhardi, Germany and the Next War, pp. 57-58.

60. Berghahn, “War Preparations and National Identity”, pp. 311 y ss.

61. Nolan, The Inverted Mirror, p. 25.

62. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, p. 165.

63. Hewitson, Germany and the Causes, p. 92.

64. Eby, The Road to Armageddon, p. 6.

65. Martel, The Origins of The First World War, pp. 280-281.

66. Cannadine et al., The Right Kind of History, pp. 19-20 y 23-24.

67. Langsam, “Nationalism and History”, pp. 250-251.

68. Joll y Martel, The Origins of The First World War, pp. 274-275.



69. Bernhardi, Germany and the Next War, p. 57.

70. Ibid., p. 20.

71. Berghahn, “War Preparations and National Identity”, p. 316.

72. Cannadine et al., The Right Kind of History, p. 53.

73. Roberts, Salisbury, p. 799.

74. Kennedy, “German World Policy”, pp. 616-618.

75. Fischer, “The Foreign Policy of Imperial Germany”, p. 26.

76. Joll, 1914, p. 18.

77. Hewitson, Germany and the Causes, p. 95.

78. Thompson, Northcliffe, pp. 155-156.

79. Steiner, “The Last Years”, p. 76.

80. Ousby, The Road to Verdun, pp. 154-156.

81. Hewitson, “Germany and France”, pp. 574-575 y 580-581.

82. Nolan, The Inverted Mirror, p. 56.

83. Herwig, The Marne, pp. 32-33.

84. Nolan, The Inverted Mirror, p. 30.

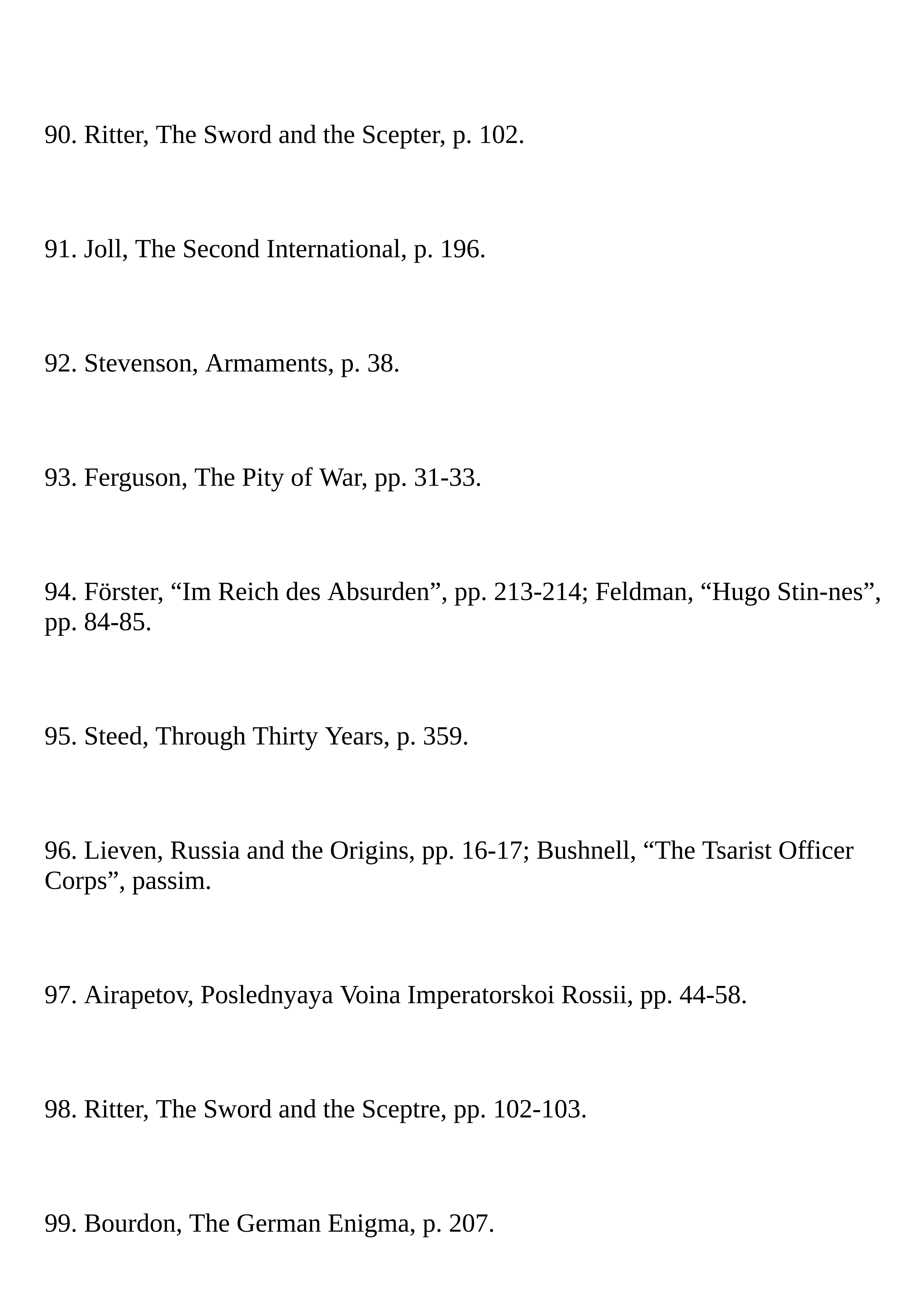
85. Bourdon, The German Enigma, p. 163-164.

86. Nolan, The Inverted Mirror, p. 58.

87. Ibid., p. 61.

88. Gooch, “Attitudes to War”, p. 96.

89. Förster, “Facing “People’s War”, pp. 223-224.



90. Ritter, The Sword and the Scepter, p. 102.

91. Joll, The Second International, p. 196.

92. Stevenson, Armaments, p. 38.

93. Ferguson, The Pity of War, pp. 31-33.

94. Förster, “Im Reich des Absurden”, pp. 213-214; Feldman, “Hugo Stin-nes”, pp. 84-85.

95. Steed, Through Thirty Years, p. 359.

96. Lieven, Russia and the Origins, pp. 16-17; Bushnell, “The Tsarist Officer Corps”, passim.

97. Airapetov, Poslednyaya Voina Imperatorskoi Rossii, pp. 44-58.

98. Ritter, The Sword and the Sceptre, pp. 102-103.

99. Bourdon, The German Enigma, p. 207.

100. Eby, The Road to Armageddon, p. 4.

101. Howard, “Men Against Fire”, p. 17.

102. Rohkrämer, “Heroes and Would-be Heroes”, pp. 192-193.

103. Steiner and Neilson, Britain and the Origins, p. 169.

104. Hynes, The Edwardian Turn of Mind, pp. 28-29.

105. Linton, “Preparing German Youth for War”, pp. 177-178.

106. Ibid., p. 167.

107. Ibid., pp. 180-183.

108. Weber, France: Fin de Siècle, pp. 215-217; Porch, The March to the Marne, pp. 207-210.

109. Porch, The March to the Marne, pp. 92-93.

110. Ibid., cap. 5, pp. 106-107; Harris, The Man on Devil's Island, pp. 365-366.

111. Porch, The March to the Marne, cap. 7.

112. Ibid., p. 189.

113. Clark, Iron Kingdom, pp. 596-599.

114. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 333.

115. Berghahn, Germany and the Approach of War, pp. 174-178.

116. Gooch, "Attitudes to War", p. 97.

117. Rohkrämer, "Heroes and Would-be Heroes", pp. 199-203.

118. Stromberg, "The Intellectuals", p. 109.

119. Urbas, Schicksale und Schatten, pp. 67-68.

120. Kessler, Journey to the Abyss, p. 581.

121. Stromberg, “The Intellectuals”, p. 117-118 nota 37.

122. Ibid., p. 120; Weber, The Nationalist Revival in France, pp. 108-109.

X

SUEÑOS DE PAZ

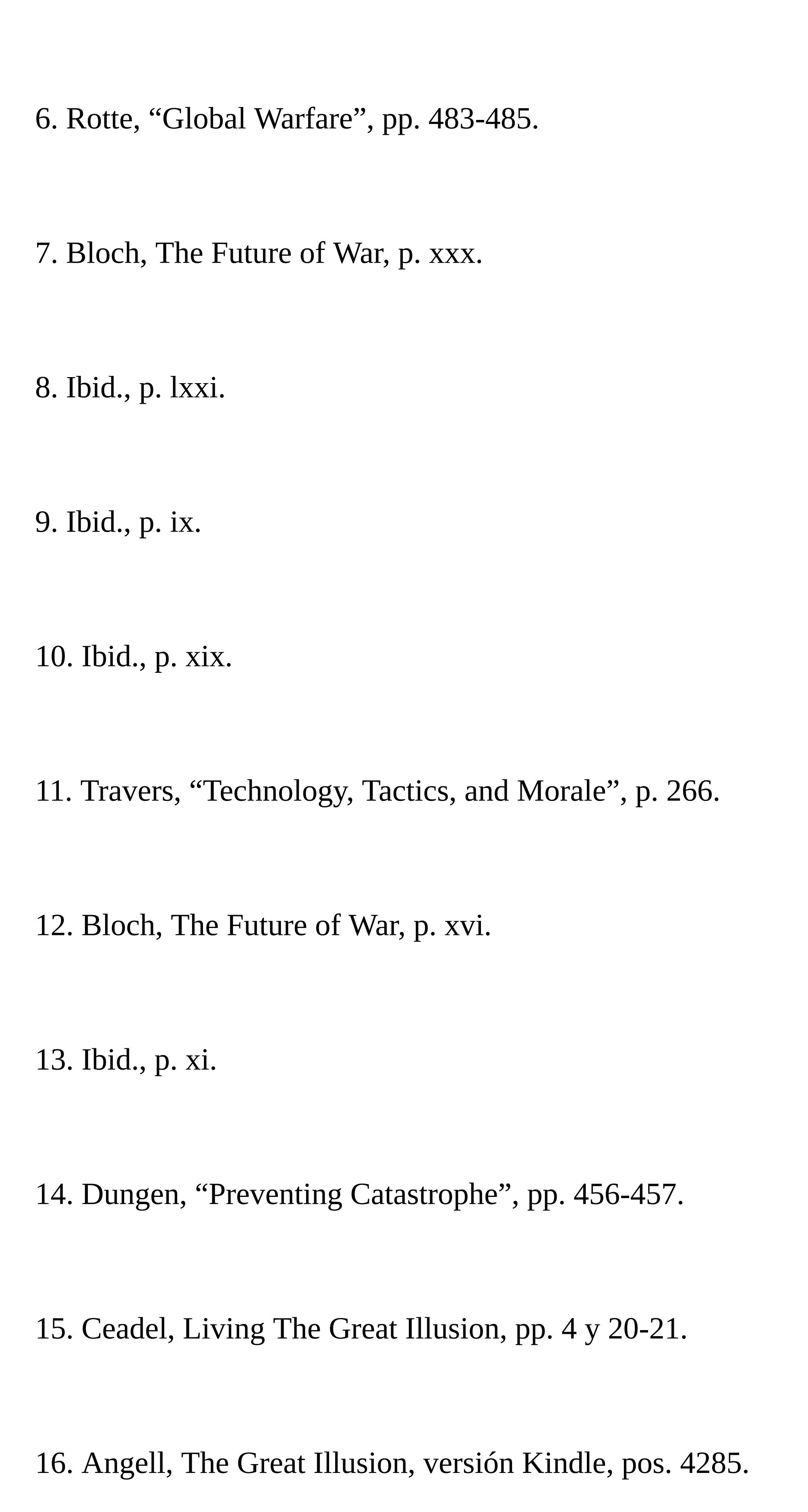
1. Laurence, “Bertha von Suttner”, pp. 184-185.

2. Ibid., p. 196.

3. Blom, The Vertigo Years, p. 192.

4. Laurence, “Bertha von Suttner”, pp. 186-187; Joll y Martel, The Origins of The First World War, pp. 260-261; LaFeber, The Cambridge History of American Foreign Relations, p. 43.

5. Kennedy, Rise of the Anglo-German Antagonism, p. 293.



6. Rotte, “Global Warfare”, pp. 483-485.

7. Bloch, The Future of War, p. xxx.

8. Ibid., p. lxxi.

9. Ibid., p. ix.

10. Ibid., p. xix.

11. Travers, “Technology, Tactics, and Morale”, p. 266.

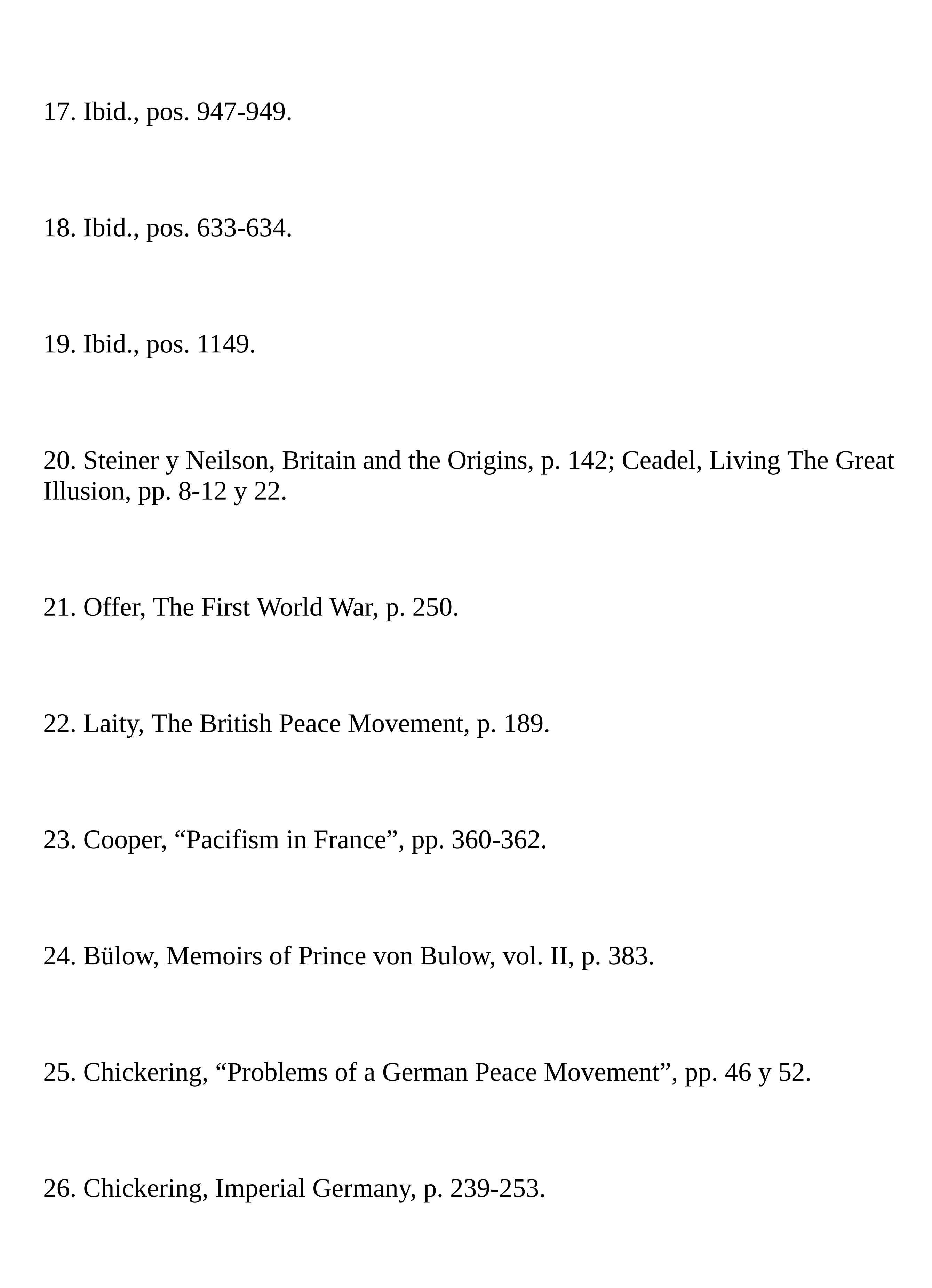
12. Bloch, The Future of War, p. xvi.

13. Ibid., p. xi.

14. Dungen, “Preventing Catastrophe”, pp. 456-457.

15. Ceadel, Living The Great Illusion, pp. 4 y 20-21.

16. Angell, The Great Illusion, versión Kindle, pos. 4285.



17. Ibid., pos. 947-949.

18. Ibid., pos. 633-634.

19. Ibid., pos. 1149.

20. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, p. 142; Ceadel, Living The Great Illusion, pp. 8-12 y 22.

21. Offer, The First World War, p. 250.

22. Laity, The British Peace Movement, p. 189.

23. Cooper, “Pacifism in France”, pp. 360-362.

24. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, p. 383.

25. Chickering, “Problems of a German Peace Movement”, pp. 46 y 52.

26. Chickering, Imperial Germany, p. 239-253.

27. Wank, “The Austrian Peace Movement”, pp. 42-43; Dülffer, “Efforts to Reform the International System”, p. 28.

28. Herring, From Colony to Superpower, pp. 358-360.

29. Patterson, “Citizen Peace Initiatives”, pp. 187-192.

30. Herring, From Colony to Superpower, pp. 357-358.

31. Chickering, Imperial Germany, p. 345.

32. Cooper, “Pacifism in France”, pp. 366-367.

33. Morris, “The English Radicals’ Campaign”, passim.

34. Weinroth, “The British Radicals”, pp. 661-662.

35. Kessler, Journey to the Abyss, p. 336 y 368-369.

36. Zweig, The World of Yesterday, p. 226.

37. Cooper, “Pacifism in France”, p. 363.

38. Anderson, The Rise of Modern Diplomacy, pp. 253-255.

39. Ibid., p. 255.

40. Morrill, “Nicholas II and the Call”, pp. 296-313.

41. Dülffer, “Chances and Limits of Arms Control”, p. 98.

42. Dülffer, “Citizens and Diplomats”, pp. 30-31.

43. Joll y Martel, The Origins of The First World War, p. 258.

44. Massie, Dreadnought, p. 429.

45. Chickering, Imperial Germany, p. 225.

46. Dülffer, “Citizens and Diplomats”, p. 25.

47. Laurence, “The Peace Movement in Austria”, p. 55.

48. Andrew, Théophile Delcassé, p. 121.

49. BD, vol. I, 274, pp. 224-225, 276 y 226.

50. White, The First Hague Conference, p. 114.

51. Tuchman, The Proud Tower, p. 252.

52. BD, vol. I, 282, pp. 229-231.

53. White, The First Hague Conference, p. 8.

54. Ibid., pp. 18-19.

55. Dülffer, “Citizens and Diplomats”, p. 24.

56. Dülffer, “Chances and Limits of Arms Control”, p. 102.

57. Chickering, Imperial Germany, p. 227.

58. Ibid., p. 228.

59. Aehrenthal, Aus dem Nachlass, p. 388.

60. Stevenson, Armaments, p. 109.

61. Laity, The British Peace Movement, pp. 171-172.

62. Laurence, “The Peace Movement in Austria”, p. 29.

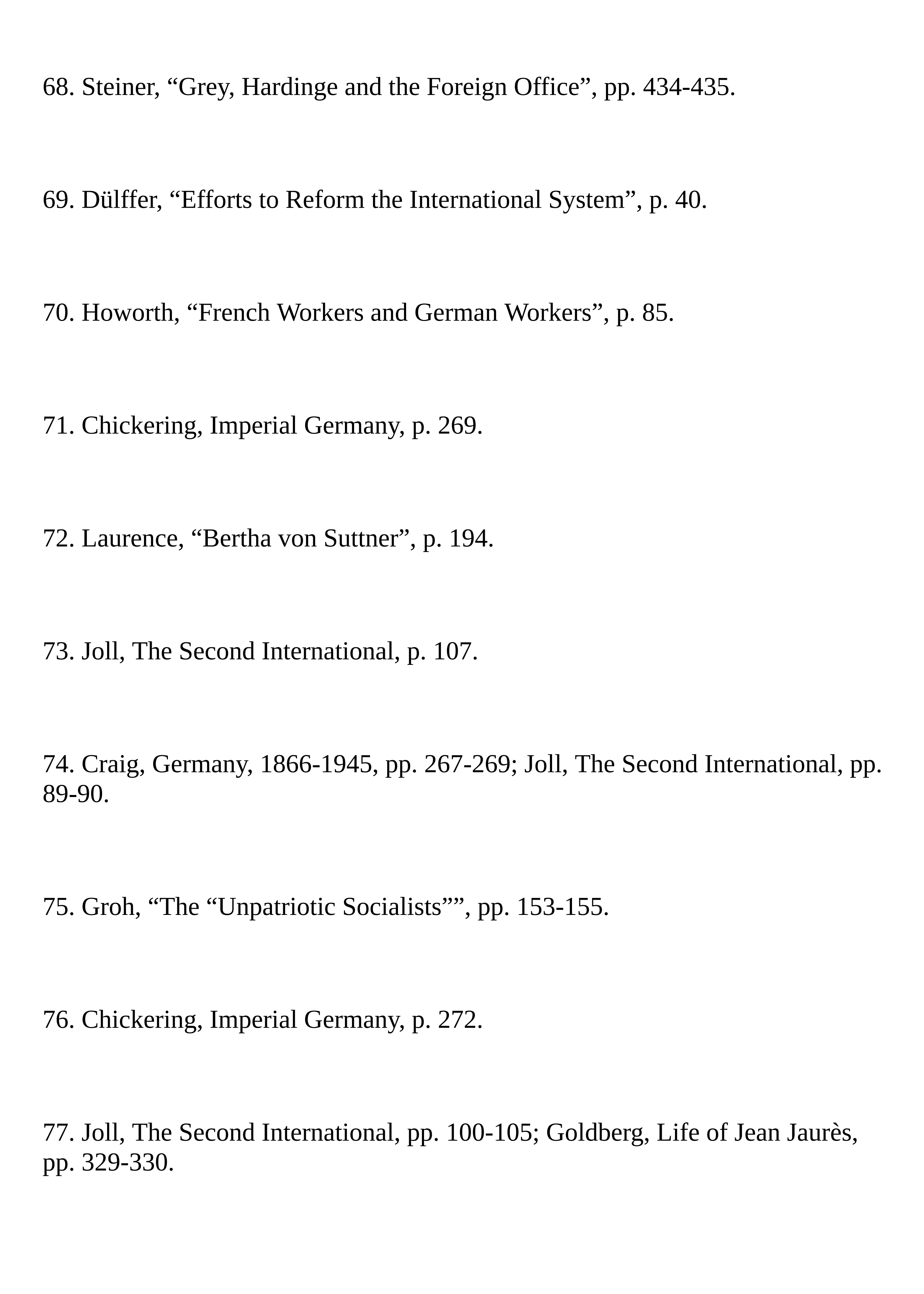
63. Stevenson, Armaments, pp. 109-110.

64. Ceadel, Semi-Detached Idealists, p. 166.

65. Charykov, Glimpses of High Politics, p. 261.

66. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, p. 133.

67. Chickering, Imperial Germany, pp. 229-230.



68. Steiner, “Grey, Hardinge and the Foreign Office”, pp. 434-435.

69. Dülffer, “Efforts to Reform the International System”, p. 40.

70. Howorth, “French Workers and German Workers”, p. 85.

71. Chickering, Imperial Germany, p. 269.

72. Laurence, “Bertha von Suttner”, p. 194.

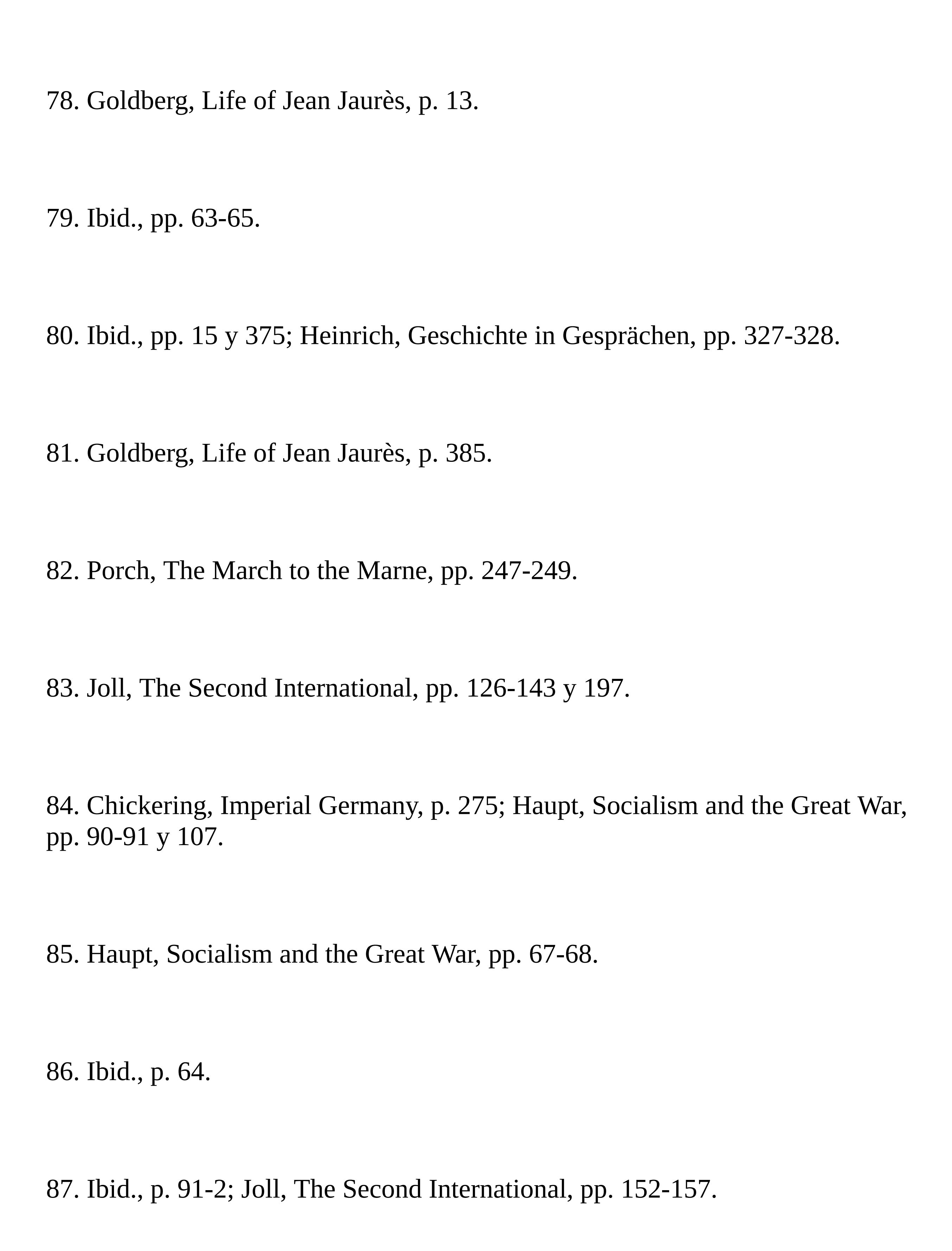
73. Joll, The Second International, p. 107.

74. Craig, Germany, 1866-1945, pp. 267-269; Joll, The Second International, pp. 89-90.

75. Groh, “The “Unpatriotic Socialists””, pp. 153-155.

76. Chickering, Imperial Germany, p. 272.

77. Joll, The Second International, pp. 100-105; Goldberg, Life of Jean Jaurès, pp. 329-330.



78. Goldberg, Life of Jean Jaurès, p. 13.

79. Ibid., pp. 63-65.

80. Ibid., pp. 15 y 375; Heinrich, Geschichte in Gesprächen, pp. 327-328.

81. Goldberg, Life of Jean Jaurès, p. 385.

82. Porch, The March to the Marne, pp. 247-249.

83. Joll, The Second International, pp. 126-143 y 197.

84. Chickering, Imperial Germany, p. 275; Haupt, Socialism and the Great War, pp. 90-91 y 107.

85. Haupt, Socialism and the Great War, pp. 67-68.

86. Ibid., p. 64.

87. Ibid., p. 91-2; Joll, The Second International, pp. 152-157.

88. Haupt, Socialism and the Great War, pp. 102-103.

89. Joll, The Second International, p. 70.

90. Howorth, “French Workers and German Workers”, p. 75; Chickering, “War, Peace, and Social Mobilization”, pp. 16-17.

91. Joll, The Second International, pp. 49-54; Howorth, “French Workers and German Workers”, pp. 78-81.

92. Haupt, Socialism and the Great War, pp. 68-69.

93. Ibid., pp. 69-70.

94. Joll, The Second International, pp. 123-124.

95. Haupt, Socialism and the Great War, pp. 64-66.

96. Ibid., p. 77.

97. Ibid., 114; Goldberg, Life of Jean Jaurès, pp. 435-438.

98. Cooper, Patriotic Pacifism, p. 171.

99. Ibid., pp. 165-167.

100. Chickering, Imperial Germany, p. 317.

101. Weinroth, “The British Radicals”, p. 676; Chickering, Imperial Germany, p. 118.

102. Cooper, “Pacifism in France”, p. 365.

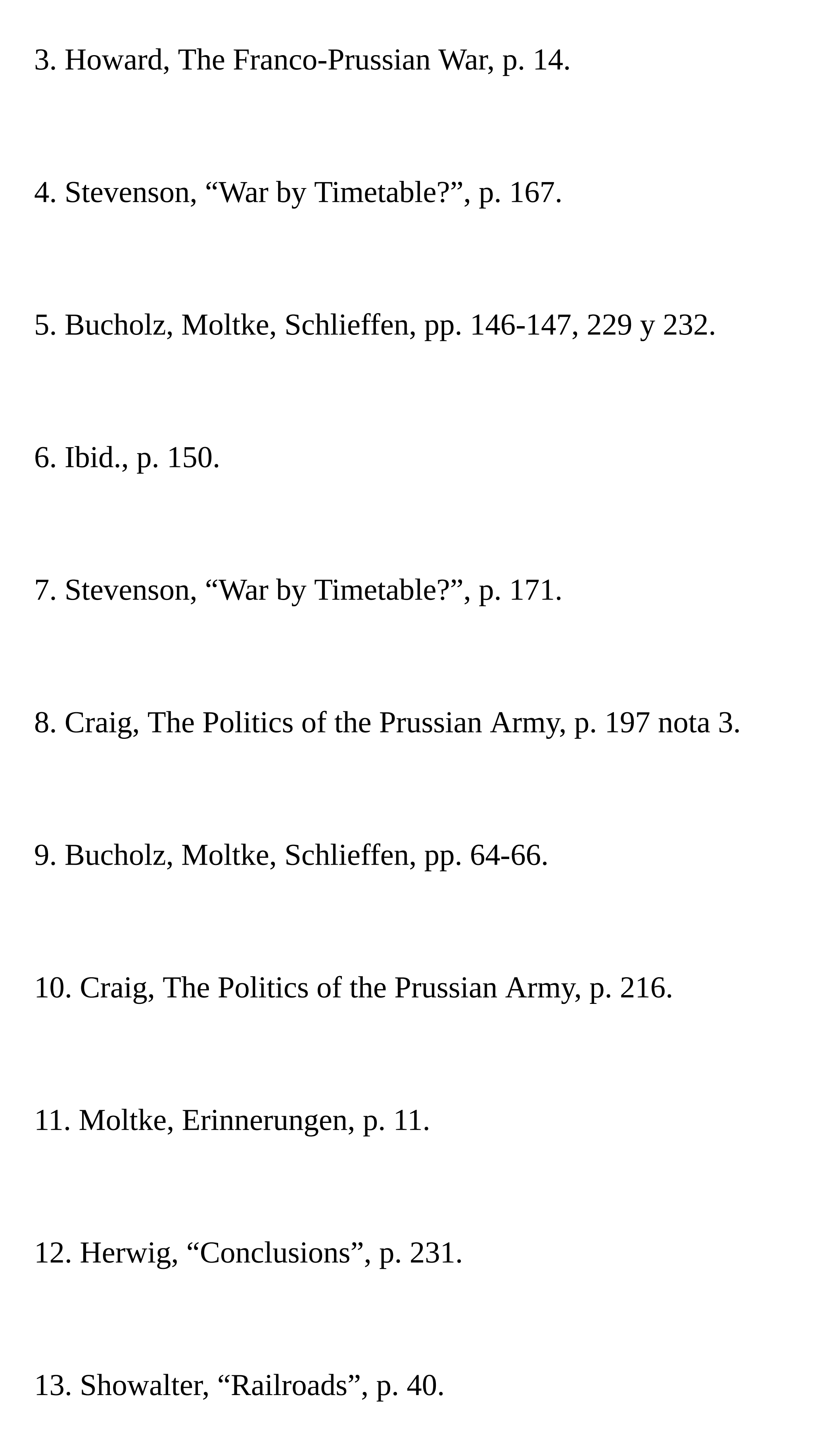
103. Angell, The Great Illusion, versión Kindle, pos. 2928-2930.

XI

PENSAMIENTOS DE GUERRA

1. Howard, “The Armed Forces”, p. 217.

2. Stevenson, “War by Timetable?”, pp. 167-168; Herwig, “Conclusions”, p. 232.



3. Howard, The Franco-Prussian War, p. 14.

4. Stevenson, “War by Timetable?”, p. 167.

5. Bucholz, Moltke, Schlieffen, pp. 146-147, 229 y 232.

6. Ibid., p. 150.

7. Stevenson, “War by Timetable?”, p. 171.

8. Craig, The Politics of the Prussian Army, p. 197 nota 3.

9. Bucholz, Moltke, Schlieffen, pp. 64-66.

10. Craig, The Politics of the Prussian Army, p. 216.

11. Moltke, Erinnerungen, p. 11.

12. Herwig, “Conclusions”, p. 231.

13. Showalter, “Railroads”, p. 40.

14. Stevenson, “War by Timetable?”, pp. 192-193.

15. Evera, “The Cult of the Offensive”, pp. 73-76.

16. Hamilton, “War Planning”, p. 13.

17. Herwig, “Imperial Germany”, p. 90.

18. Herwig, “From Tirpitz Plan to Schlieffen Plan”, p. 57.

19. Tirpitz, My Memoirs, vol. II, p. 290.

20. Bond, The Victorian Army and the Staff College, p. 133.

21. Kronenbitter, Krieg im Frieden, p. 88.

22. Echevarria, “Heroic History”, pp. 573-590.

23. Echevarria, “On the Brink of the Abyss”, pp. 31-33.

24. Howard, “The Armed Forces”, pp. 206-209.

25. Travers, “Technology, Tactics, and Morale”, p. 268.

26. Welch, “The Centenary”, pp. 273-294.

27. Bloch, “The Wars of the Future”, p. 307.

28. Ibid., pp. 314-315.

29. Cairns, “International Politics”, pp. 280-281.

30. Bloch, “The Wars of the Future”, p. 314.

31. Travers, “Technology, Tactics, and Morale”, pp. 273-274.

32. Burkhardt, “Kriegsgrund Geschichte?”, pp. 72-74.

33. Mombauer, “German War Plans”, p. 52 nota 10.

34. Snyder, The Ideology of the Offensive, pp. 26-30; Evera, “The Cult of the

Offensive”, passim.

35. Travers, “Technology, Tactics, and Morale”, p. 271 nota 22.

36. Doughty, Pyrrhic Victory, p. 25.

37. Howard, “Men Against Fire”, pp. 10-11.

38. Messimy, Mes Souvenirs, p. 119.

39. Porch, “The French Army”, p. 120.

40. Ibid., p. 118.

41. Gooch, “Attitudes to War”, p. 95.

42. Echevarria, “On the Brink of the Abyss”, pp. 27-28 y 30-31.

43. Foley, German Strategy, p. 41.

44. Howard, “Men Against Fire”, pp. 8-10.

45. Cairns, “International Politics”, p. 282.

46. Foley, German Strategy, pp. 28-29.

47. Kiessling, Gegen den “Groβen Krieg”?, pp. 43-50 y 139; McDonald, United Government, pp. 199-201; Kronenbitter, Krieg im Frieden, p. 139.

48. Kronenbitter, Krieg im Frieden, pp. 126-131.

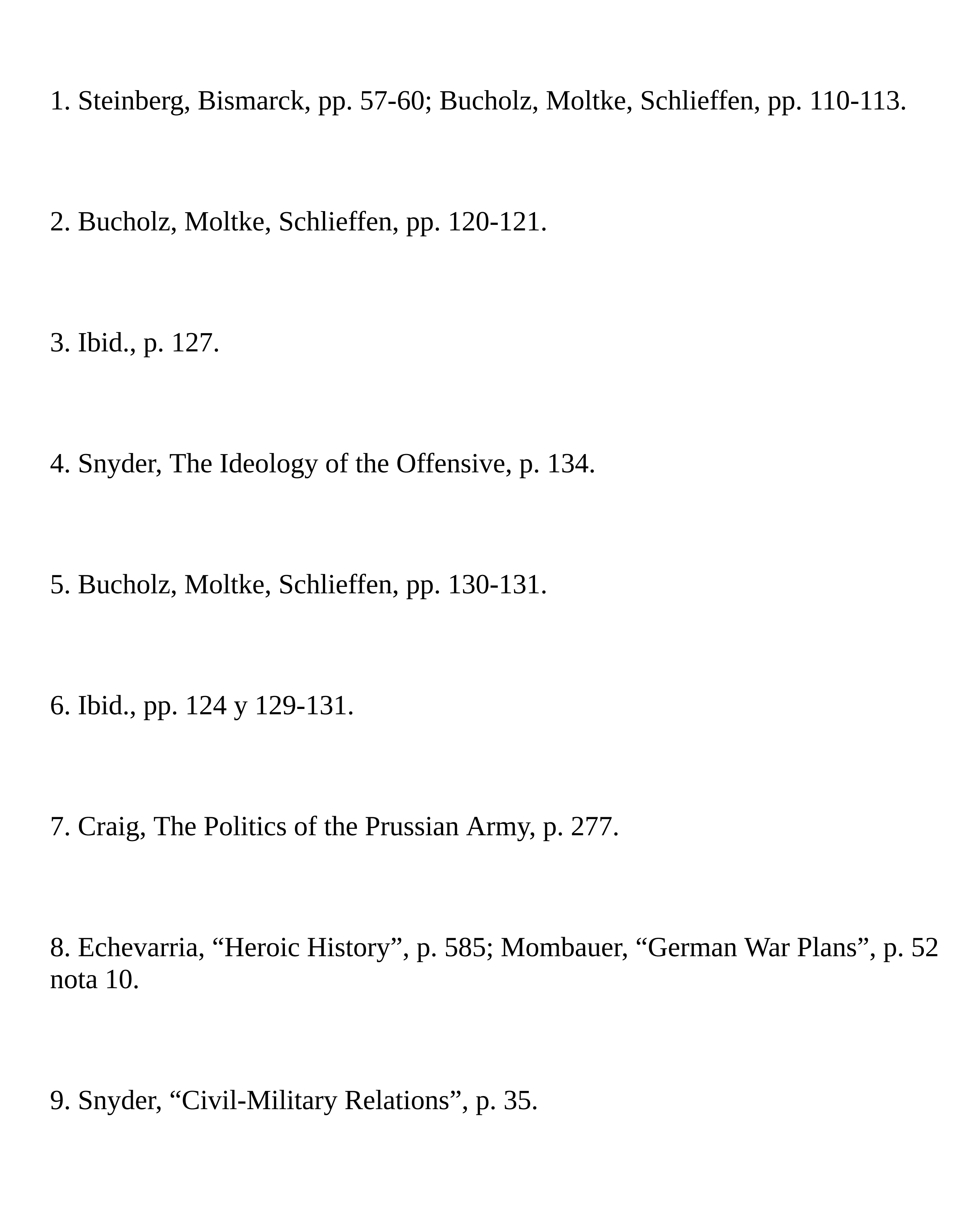
49. Förster, “Dreams and Nightmares”, pp. 345 y 360.

50. Maurer, The Outbreak of The First World War; véase, por ejemplo, cap. 1.

51. Förster, “Der deutschen Generalstab”, pp. 61-95.

52. Csáky, Vom Geachteten zum Geächteten, p. 137.

53. Mombauer, “German War Plans”, p. 59.



ELABORANDO LOS PLANES

1. Steinberg, Bismarck, pp. 57-60; Bucholz, Moltke, Schlieffen, pp. 110-113.

2. Bucholz, Moltke, Schlieffen, pp. 120-121.

3. Ibid., p. 127.

4. Snyder, The Ideology of the Offensive, p. 134.

5. Bucholz, Moltke, Schlieffen, pp. 130-131.

6. Ibid., pp. 124 y 129-131.

7. Craig, The Politics of the Prussian Army, p. 277.

8. Echevarria, “Heroic History”, p. 585; Mombauer, “German War Plans”, p. 52 nota 10.

9. Snyder, “Civil-Military Relations”, p. 35.

10. Förster, “Dreams and Nightmares”, pp. 359-360.

11. Craig, The Politics of the Prussian Army, p. 277.

12. Herwig, The Marne, p. 33.

13. Mombauer, Helmuth von Moltke, pp. 100-105; Snyder, The Ideology of the Offensive, p. 117.

14. Bucholz, Moltke, Schlieffen, pp. 301-302.

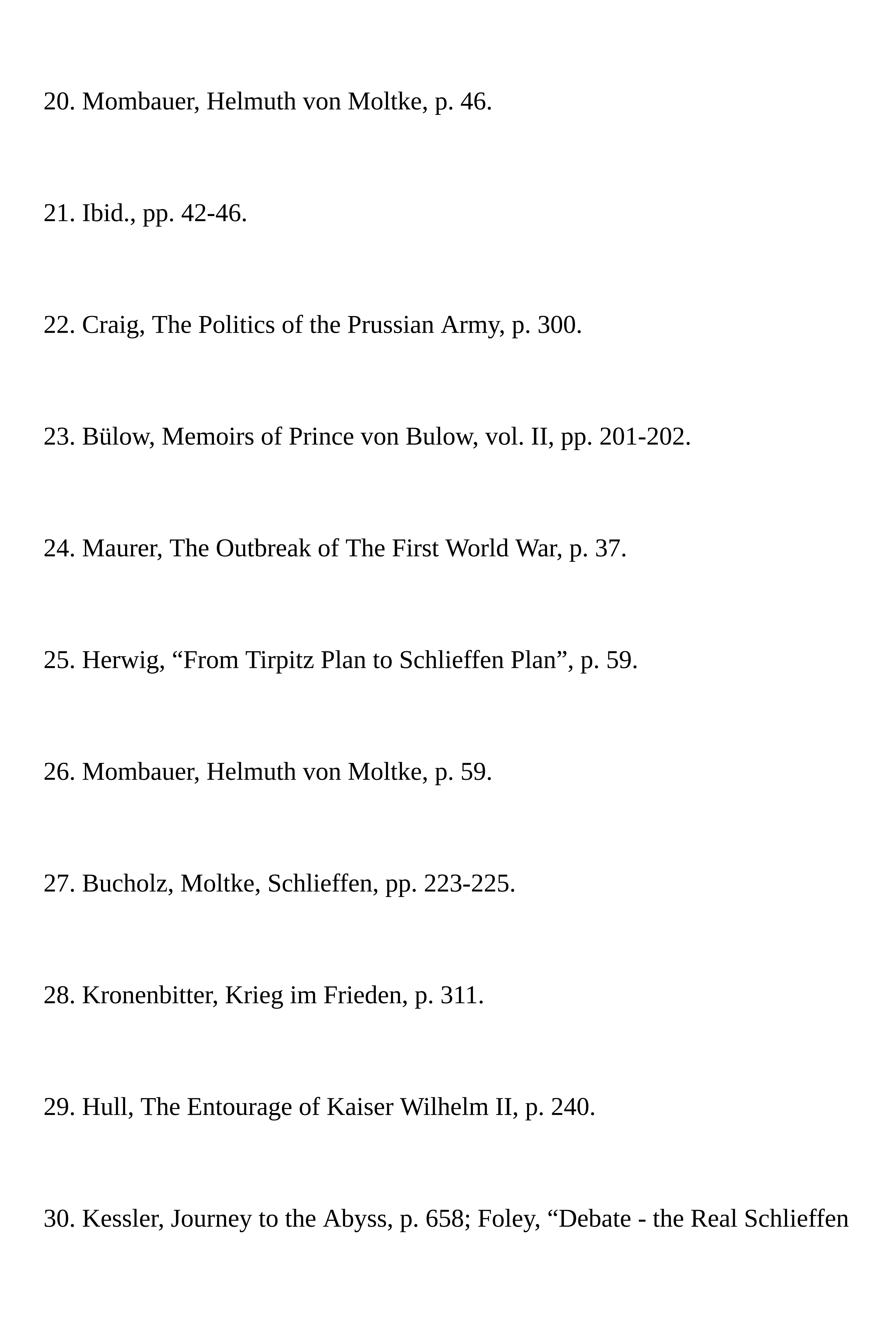
15. Foley, German Strategy, pp. 6-7.

16. Herwig, “From Tirpitz Plan to Schlieffen Plan”, p. 55.

17. Craig, Germany, 1866-1945, p. 317.

18. Ritter, The Sword and the Sceptre, p. 206.

19. Ibid.



20. Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 46.

21. Ibid., pp. 42-46.

22. Craig, The Politics of the Prussian Army, p. 300.

23. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, pp. 201-202.

24. Maurer, The Outbreak of The First World War, p. 37.

25. Herwig, “From Tirpitz Plan to Schlieffen Plan”, p. 59.

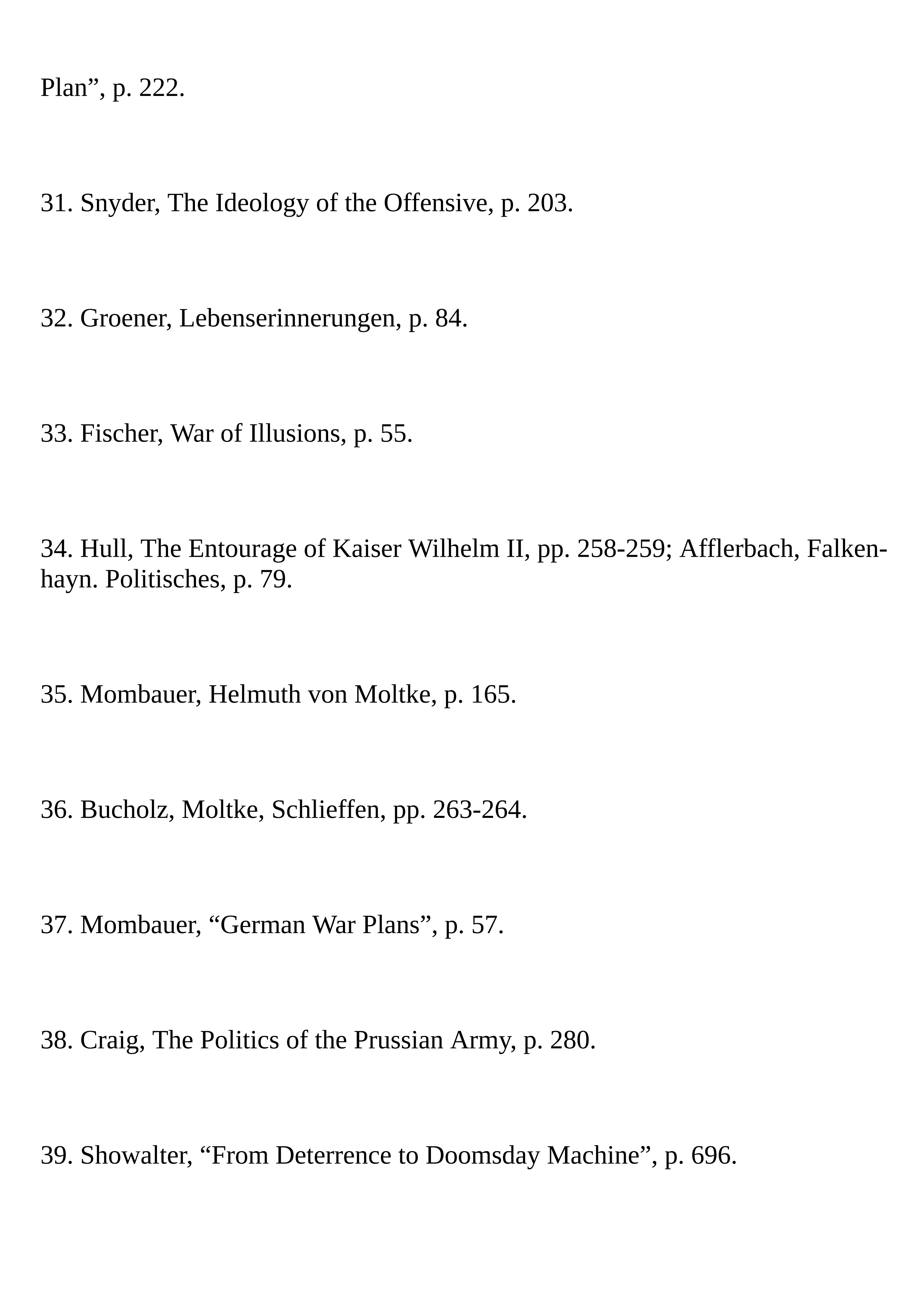
26. Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 59.

27. Bucholz, Moltke, Schlieffen, pp. 223-225.

28. Kronenbitter, Krieg im Frieden, p. 311.

29. Hull, The Entourage of Kaiser Wilhelm II, p. 240.

30. Kessler, Journey to the Abyss, p. 658; Foley, “Debate - the Real Schlieffen



Plan”, p. 222.

31. Snyder, The Ideology of the Offensive, p. 203.

32. Groener, Lebenserinnerungen, p. 84.

33. Fischer, War of Illusions, p. 55.

34. Hull, The Entourage of Kaiser Wilhelm II, pp. 258-259; Afflerbach, Falken-hayn. Politisches, p. 79.

35. Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 165.

36. Bucholz, Moltke, Schlieffen, pp. 263-264.

37. Mombauer, “German War Plans”, p. 57.

38. Craig, The Politics of the Prussian Army, p. 280.

39. Showalter, “From Deterrence to Doomsday Machine”, p. 696.

40. Snyder, The Ideology of the Offensive, p. 152.

41. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, pp. 88-9.

42. Fischer, War of Illusions, p. 390.

43. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, pp. 84-85.

44. Fischer, War of Illusions, pp. 225-229; Beyens, Germany Before the War, pp. 36-38.

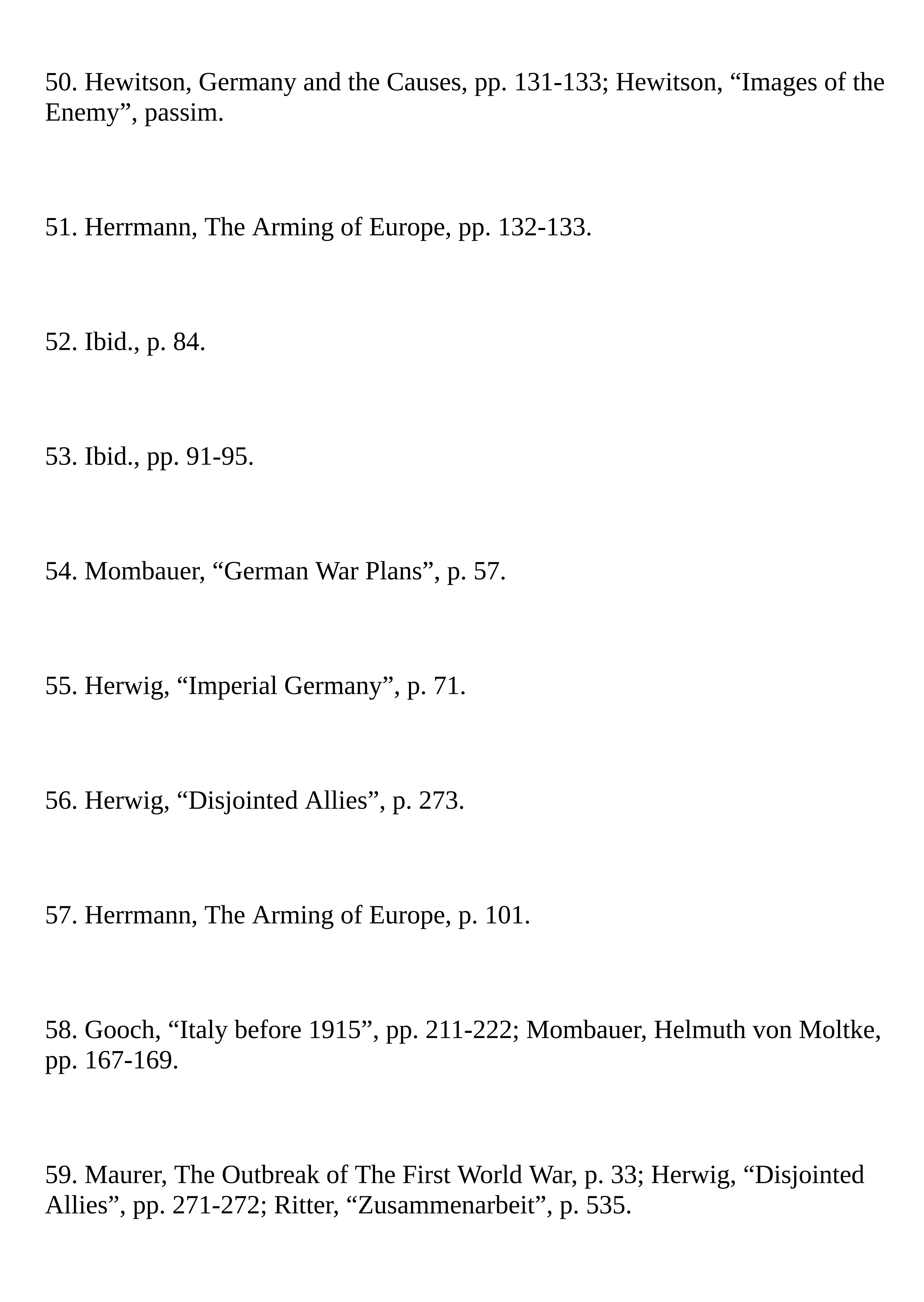
45. Mombauer, “German War Plans”, pp. 48-79.

46. Fischer, War of Illusions, p. 390.

47. Hewitson, Germany and the Causes, p. 118.

48. Herrmann, The Arming of Europe, pp. 96-97.

49. Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 210.


50. Hewitson, Germany and the Causes, pp. 131-133; Hewitson, “Images of the Enemy”, passim.

51. Herrmann, The Arming of Europe, pp. 132-133.

52. Ibid., p. 84.

53. Ibid., pp. 91-95.

54. Mombauer, “German War Plans”, p. 57.

55. Herwig, “Imperial Germany”, p. 71.

56. Herwig, “Disjointed Allies”, p. 273.

57. Herrmann, The Arming of Europe, p. 101.

58. Gooch, “Italy before 1915”, pp. 211-222; Mombauer, Helmuth von Moltke, pp. 167-169.

59. Maurer, The Outbreak of The First World War, p. 33; Herwig, “Disjointed Allies”, pp. 271-272; Ritter, “Zusammenarbeit”, p. 535.

60. Herwig, “Disjointed Allies”, p. 271 nota 9.

61. Williamson, Austria-Hungary, pp. 87-88.

62. Kronenbitter, Krieg im Frieden, p. 282.

63. Stone, “V. Moltke-Conrad”, pp. 201-202 y passim.

64. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, p. 85.

65. Stevenson, “War by Timetable?”, pp. 181-182.

66. Stone, “V. Moltke-Conrad”, p. 204 nota 7.

67. Kronenbitter, ‘“Nur los lassen”’, p. 39.

68. Herrmann, The Arming of Europe, pp. 234 y 237.

69. Stone, “V. Moltke-Conrad”, pp. 213-214.

70. Herwig, “Disjointed Allies”, p. 278.

71. Menning, “The Offensive Revisited”, p. 226.

72. Armour, “Colonel Redl: Fact and Fantasy”, pp. 175-176.

73. Ibid., pp. 179-180; Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, pp. 124-127.

74. Stevenson, “War by Timetable?”, pp. 177-178; Heywood, “The Most Catastrophic Question”, pp. 46 y 54.

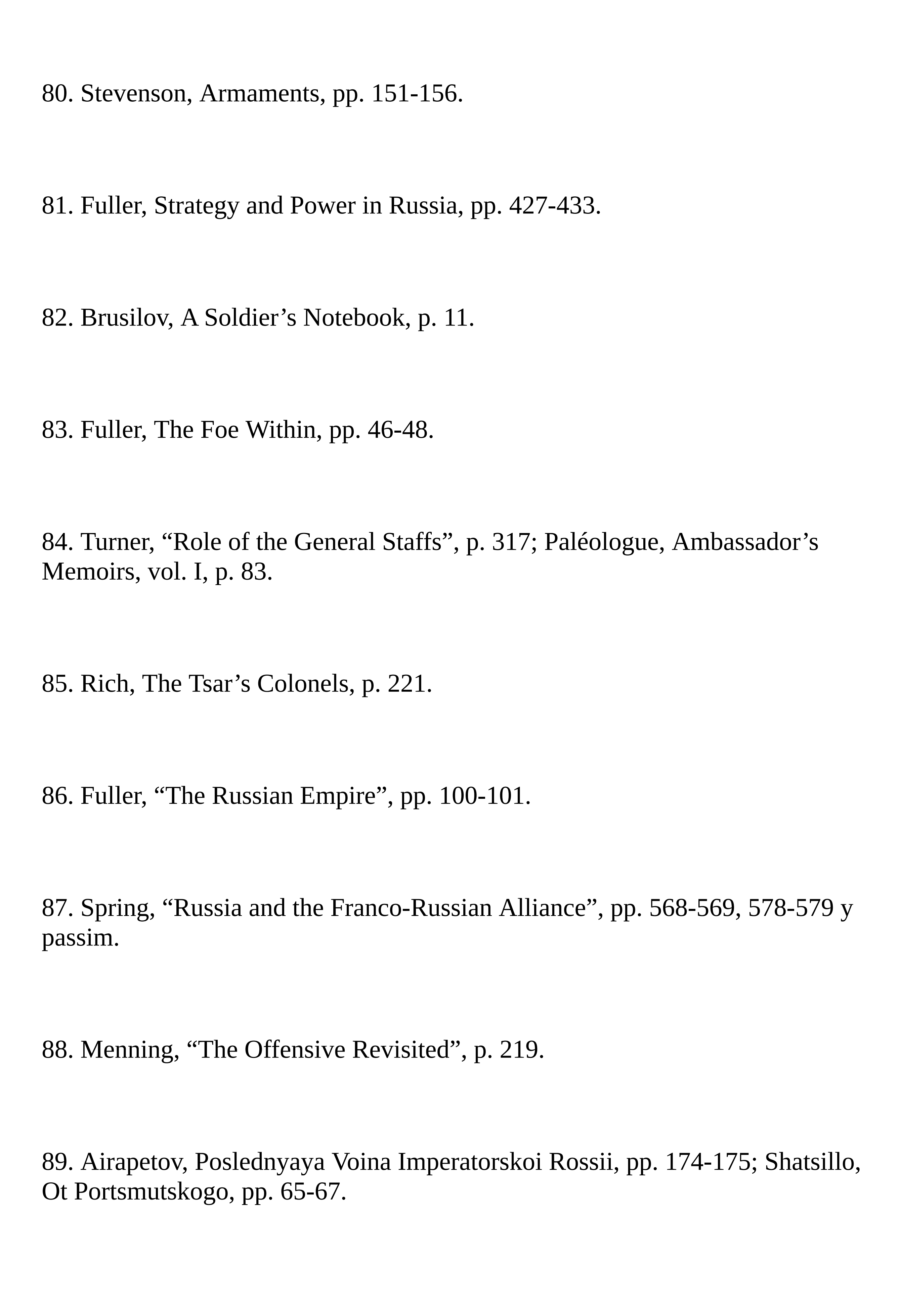
75. Menning, “The Offensive Revisited”, p. 224.

76. Menning, “Pieces of the Puzzle”, p. 782.

77. Fuller, “The Russian Empire”, pp. 109 y 122-124.

78. Shatsillo, Ot Portsmutskogo, p. 199.

79. Fuller, “The Russian Empire”, p. 110.



80. Stevenson, Armaments, pp. 151-156.

81. Fuller, Strategy and Power in Russia, pp. 427-433.

82. Brusilov, A Soldier’s Notebook, p. 11.

83. Fuller, The Foe Within, pp. 46-48.

84. Turner, “Role of the General Staffs”, p. 317; Paléologue, Ambassador’s Memoirs, vol. I, p. 83.

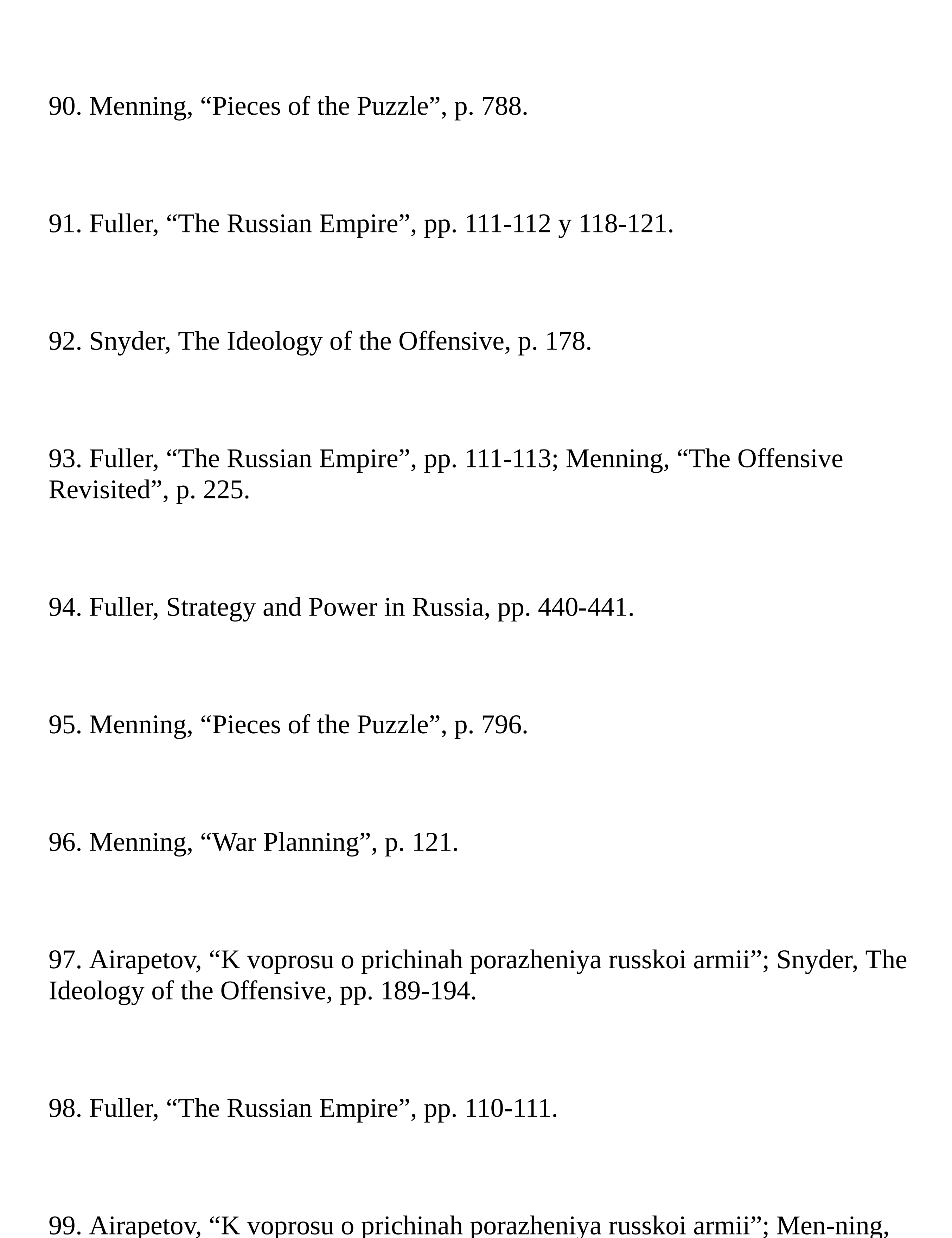
85. Rich, The Tsar’s Colonels, p. 221.

86. Fuller, “The Russian Empire”, pp. 100-101.

87. Spring, “Russia and the Franco-Russian Alliance”, pp. 568-569, 578-579 y passim.

88. Menning, “The Offensive Revisited”, p. 219.

89. Airapetov, Poslednyaya Voina Imperatorskoi Rossii, pp. 174-175; Shatsillo, Ot Portsmutskogo, pp. 65-67.



90. Menning, “Pieces of the Puzzle”, p. 788.

91. Fuller, “The Russian Empire”, pp. 111-112 y 118-121.

92. Snyder, The Ideology of the Offensive, p. 178.

93. Fuller, “The Russian Empire”, pp. 111-113; Menning, “The Offensive Revisited”, p. 225.

94. Fuller, Strategy and Power in Russia, pp. 440-441.

95. Menning, “Pieces of the Puzzle”, p. 796.

96. Menning, “War Planning”, p. 121.

97. Airapetov, “K voprosu o prichinah porazheniya russkoi armii”; Snyder, The Ideology of the Offensive, pp. 189-194.

98. Fuller, “The Russian Empire”, pp. 110-111.

99. Airapetov, “K voprosu o prichinah porazheniya russkoi armii”; Men-ning,

“War Planning”, pp. 122-125.

100. Andrew, “France and the German Menace”, p. 147.

101. Ignat’ev, 50 Let v Stroyu, pp. 390-391.

102. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 182-183.

103. Ignat’ev, 50 Let v Stroyu, p. 392.

104. Messimy, Mes Souvenirs, p. 118 nota 1; Porch, The March to the Marne, pp. 184-185.

105. Porch, The March to the Marne, pp. 216-223.

106. Tanenbaum, “French Estimates”, p. 163.

107. Doughty, “France”, p. 160.

108. Doughty, Pyrrhic Victory, p. 26.

109. Doughty, “France”, p. 159.

110. Becker, 1914, Comment les Français, p. 43 nota 174.

111. Tanenbaum, “French Estimates”, p. 164.

112. Porch, The March to the Marne, pp. 129-132.

113. Tanenbaum, “French Estimates”, p. 137.

114. Doughty, “France”, p. 154.

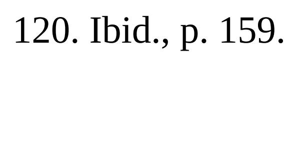
115. Ibid., 154; Tanenbaum, “French Estimates”, p. 156.

116. Doughty, “France”, p. 153.

117. Herwig, “Imperial Germany”, p. 70.

118. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 165-167.

119. Tanenbaum, “French Estimates”, p. 163.



120. Ibid., p. 159.

121. Ibid., p. 166.

122. Snyder, The Ideology of the Offensive, pp. 102-103.

123. Tanenbaum, “French Estimates”, pp. 170-171.

124. Doughty, “France”, p. 163.

125. Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 226.

126. Doughty, “France”, pp. 165-168; Doughty, “French Strategy in 1914”, p. 434.

127. Doughty, “France”, p. 165.

128. Porch, The March to the Marne, pp. 232-233.

129. Messimy, Mes Souvenirs, p. 179.

XIII

EL COMIENZO DE LAS CRISIS: ALEMANIA, FRANCIA Y MARRUECOS

1. Schoen, Memoirs of an Ambassador, p. 20; Rich, Friedrich von Holstein, vol. II, p. 694.

2. Schoen, Memoirs of an Ambassador, pp. 22-23.

3. BD, vol. II, p. 71, p. 62.

4. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 255.

5. Rich, Friedrich von Holstein, vol. II, p. 695.

6. Hewitson, “Germany and France”, p. 579.

7. Rich, Friedrich von Holstein, vol. II, pp. 691-693.

8. Ibid., p. 702, nota 1.

9. Hewitson, “Germany and France”, pp. 585-586.

10. Rich, Friedrich von Holstein, vol. II, pp. 680-681.

11. Ibid., pp. 683, 684.

12. Morris, Theodore Rex, pp. 334-335.

13. Andrew, Théophile Delcassé, pp. 269-270.

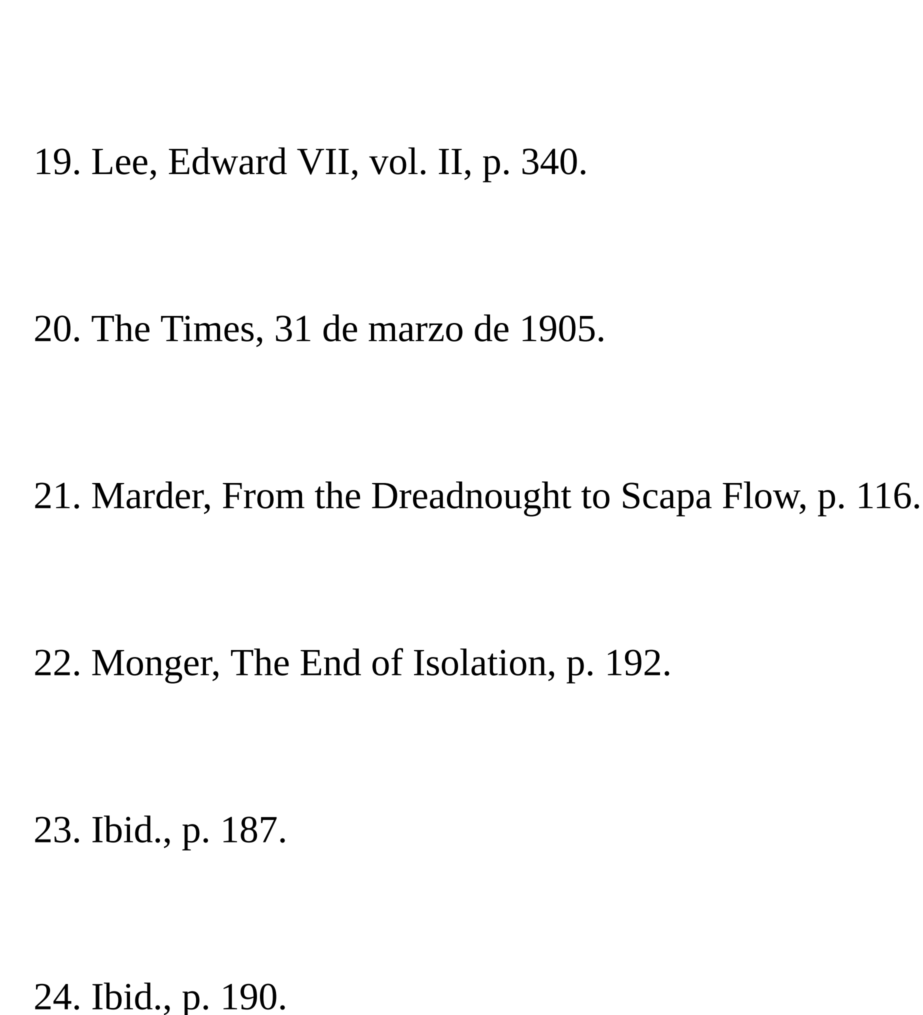
14. Ibid., p. 272.

15. Kaiser, “Germany and the Origins”, p. 453.

16. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, p. 162.

17. Kaiser, “Germany and the Origins”, p. 453.

18. Craig, The Politics of the Prussian Army, p. 285.



19. Lee, Edward VII, vol. II, p. 340.

20. The Times, 31 de marzo de 1905.

21. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, p. 116.

22. Monger, The End of Isolation, p. 192.

23. Ibid., p. 187.

24. Ibid., p. 190.

25. Andrew, Théophile Delcassé, pp. 287-288.

26. Ibid., pp. 281, 283, 285.

27. Ibid., p. 286.

28. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 265.

29. Monger, The End of Isolation, p. 224 y nota 2.



30. Nicolson, Portrait of a Diplomatist, p. 119.

31. Andrew, Théophile Delcassé, pp. 291-292.

32. Ibid., p. 299.

33. Ibid., pp. 292-293.

34. Ibid., pp. 296-297.

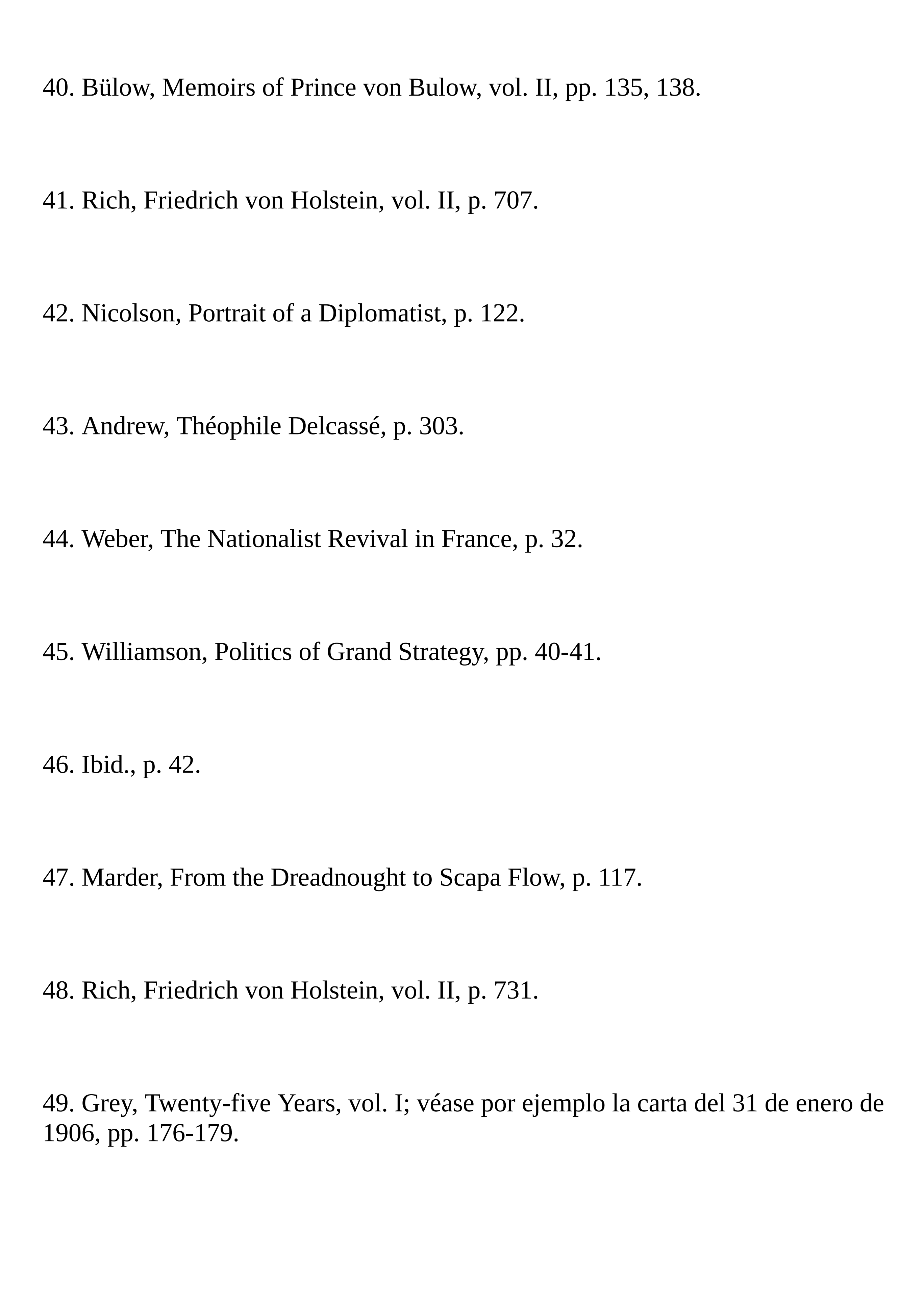
35. Ibid., p. 289.

36. Ibid., pp. 276-278, 278-279.

37. Ibid., pp. 296-301.

38. Weber, The Nationalist Revival in France, p. 31.

39. Monger, The End of Isolation, p. 202.



40. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, pp. 135, 138.

41. Rich, Friedrich von Holstein, vol. II, p. 707.

42. Nicolson, Portrait of a Diplomatist, p. 122.

43. Andrew, Théophile Delcassé, p. 303.

44. Weber, The Nationalist Revival in France, p. 32.

45. Williamson, Politics of Grand Strategy, pp. 40-41.

46. Ibid., p. 42.

47. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, p. 117.

48. Rich, Friedrich von Holstein, vol. II, p. 731.

49. Grey, Twenty-five Years, vol. I; véase por ejemplo la carta del 31 de enero de 1906, pp. 176-179.

50. Otte, “Almost a Law of Nature?”, pp. 82-83.

51. Wilson, The Policy of the Entente, p. 13.

52. Grey, Twenty-five Years, vol. I, p. 128.

53. Lloyd George, War Memoirs, vol. I, p. 91.

54. Gilmour, Curzon, p. 26, nota.

55. Robbins, Sir Edward Grey, pp. 23-24, 29.

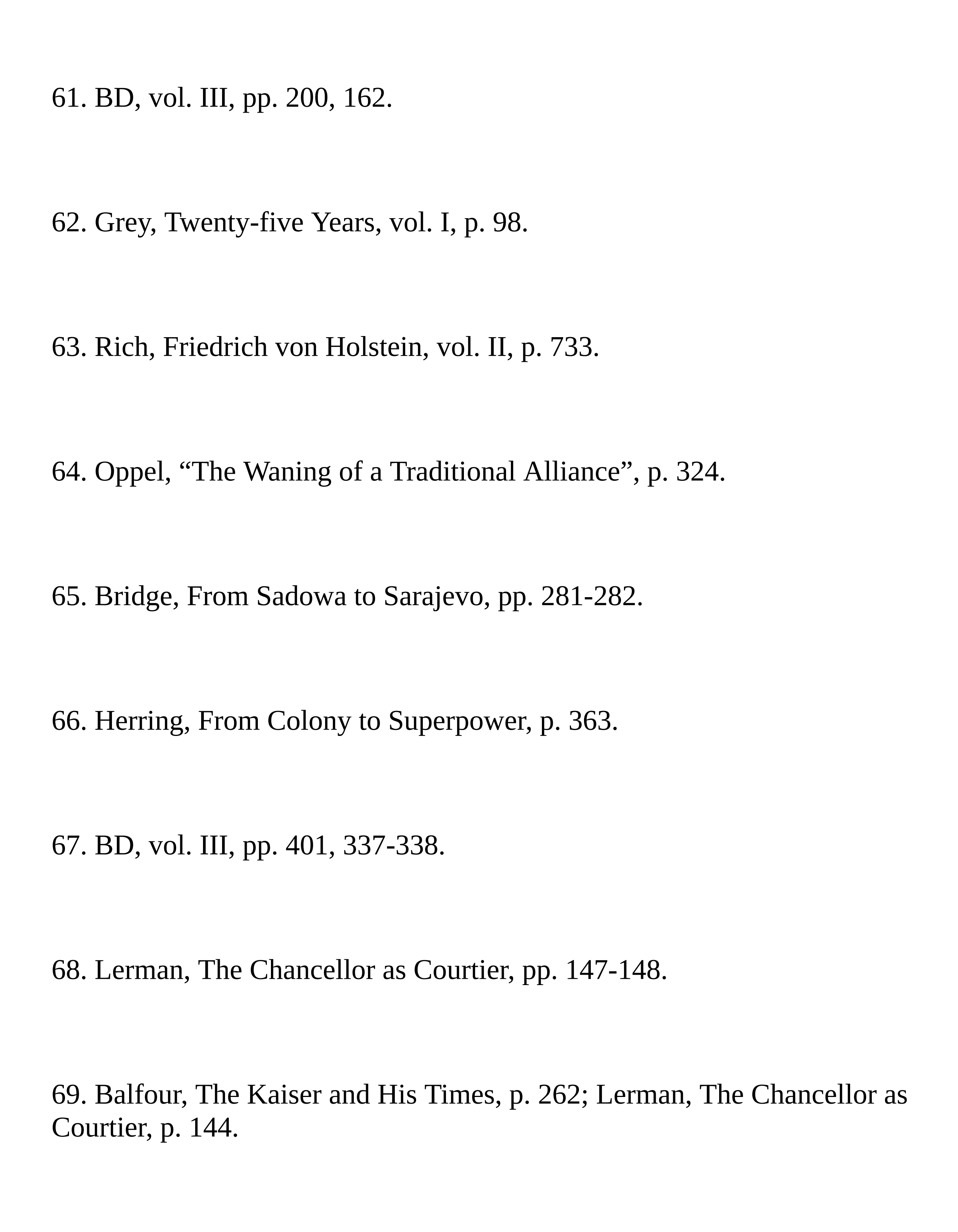
56. Massie, Dreadnought, p. 585.

57. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, pp. 41-42.

58. Wilson, The Policy of the Entente, p. 35.

59. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, pp. 42-43.

60. Otte, “Almost a Law of Nature?”, p. 79.


61. BD, vol. III, pp. 200, 162.

62. Grey, Twenty-five Years, vol. I, p. 98.

63. Rich, Friedrich von Holstein, vol. II, p. 733.

64. Oppel, “The Waning of a Traditional Alliance”, p. 324.

65. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, pp. 281-282.

66. Herring, From Colony to Superpower, p. 363.

67. BD, vol. III, pp. 401, 337-338.

68. Lerman, The Chancellor as Courtier, pp. 147-148.

69. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 262; Lerman, The Chancellor as Courtier, p. 144.

70. Balfour, The Kaiser and His Times, p. 264.

71. Otte, “Almost a Law of Nature?”, p. 83.

72. Foley, “Debate - the Real Schlieffen Plan”, pp. 44-45.

73. Craig, The Politics of the Prussian Army, pp. 284-285.

74. Joll y Martel, The Origins of The First World War, p. 197.

75. Oppel, “The Waning of a Traditional Alliance”, pp. 325-326.

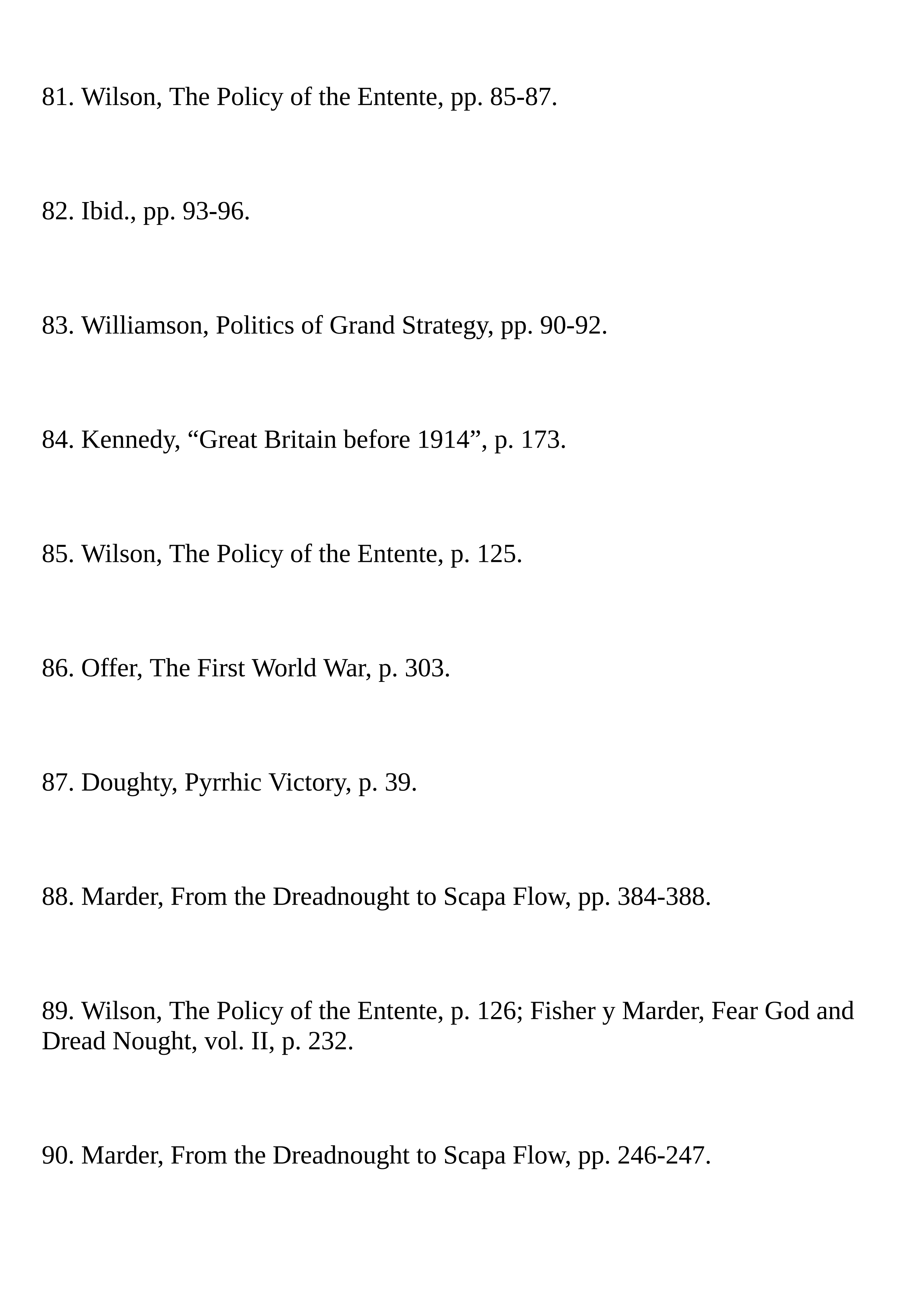
76. Dumas, The Franco-British Exhibition, p. 4.

77. Williamson, Politics of Grand Strategy, pp. 38-40.

78. BD, vol. III, pp. 299, 266-268.

79. Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 76.

80. Lloyd George, War Memoirs, vol. i, pp. 49-50.


81. Wilson, The Policy of the Entente, pp. 85-87.

82. Ibid., pp. 93-96.

83. Williamson, Politics of Grand Strategy, pp. 90-92.

84. Kennedy, “Great Britain before 1914”, p. 173.

85. Wilson, The Policy of the Entente, p. 125.

86. Offer, The First World War, p. 303.

87. Doughty, Pyrrhic Victory, p. 39.

88. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, pp. 384-388.

89. Wilson, The Policy of the Entente, p. 126; Fisher y Marder, Fear God and Dread Nought, vol. II, p. 232.

90. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, pp. 246-247.

91. Williamson, Politics of Grand Strategy, pp. 106-107.

92. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, p. 213.

93. Neilson, “Great Britain”, pp. 183-185; Williamson, Politics of Grand Strategy, pp. 187-193.

94. Jeffery, Field Marshal Sir Henry Wilson, pp. 96-97.

95. Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 196.

96. Porch, The March to the Marne, p. 228.

97. Eubank, Paul Cambon, pp. 114, 123, 155 y passim.

98. Doughty, “French Strategy in 1914”, p. 435.

99. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 138-141.

100. Jeffery, Field Marshal Sir Henry Wilson, p. 37.

101. Williamson, “General Henry Wilson”, p. 91.

102. Ibid., pp. 94-96.

103. Callwell, Field-Marshal Sir Henry Wilson, vol. I, p. 89.

104. Ibid., pp. 78-79.

105. Andrew, “France and the German Menace”, p. 137.

106. Callwell, Field-Marshal Sir Henry Wilson, vol. I, p. 105.

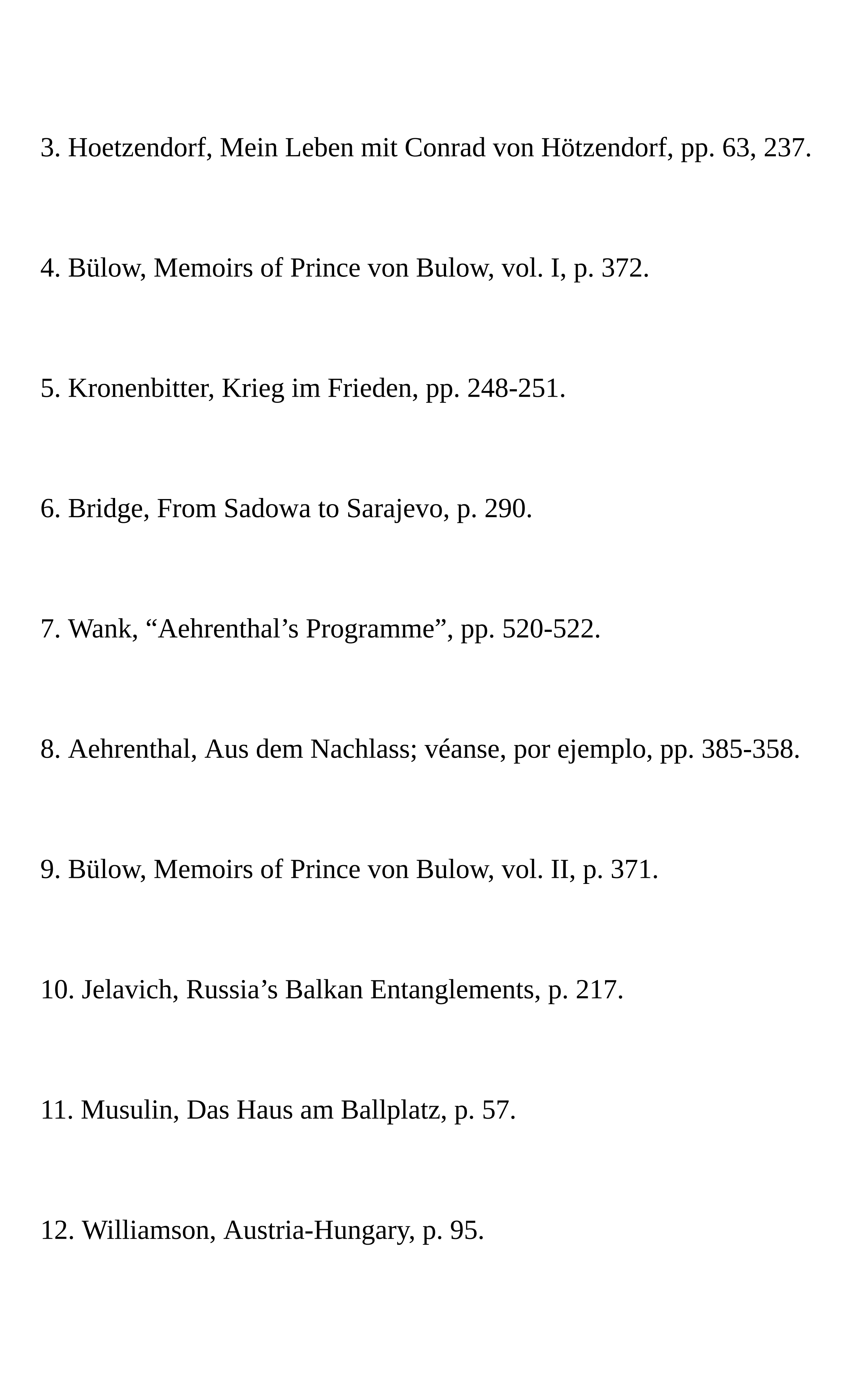
107. Keiger, “Jules Cambon”, p. 642.

XIV

LA CRISIS BOSNIA: CONFRONTACIÓN ENTRE RUSIA Y EL IMPERIO AUSTROHÚNGARO EN LOS BALCANES

1. Aehrenthal, Aus dem Nachlass, p. 196.

2. Diószegi, Hungarians in the Ballhausplatz, pp. 197-200.



3. Hoetzendorf, Mein Leben mit Conrad von Hötzendorf, pp. 63, 237.

4. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. I, p. 372.

5. Kronenbitter, Krieg im Frieden, pp. 248-251.

6. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, p. 290.

7. Wank, “Aehrenthal’s Programme”, pp. 520-522.

8. Aehrenthal, Aus dem Nachlass; véanse, por ejemplo, pp. 385-358.

9. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, p. 371.

10. Jelavich, Russia’s Balkan Entanglements, p. 217.

11. Musulin, Das Haus am Ballplatz, p. 57.

12. Williamson, Austria-Hungary, p. 95.

13. Czernin, In the World War, p. 50.

14. Williamson, “Influence, Power, and the Policy Process”, p. 431.

15. Williamson, Austria-Hungary, p. 97.

16. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, p. 279; Bridge, The Habsburg Monarchy, pp. 189-190.

17. Diószegi, Hungarians in the Ballhausplatz, p. 200.

18. Macartney, The Habsburg Empire, pp. 597-598; Bridge, From Sadowa to Sarajevo, pp. 149-150.

19. Stevenson, Armaments, p. 82.

20. Jelavich, Russia’s Balkan Entanglements, p. 240; Jelavich y Jelavich, The Establishment, pp. 255-256.

21. Jelavich, Russia’s Balkan Entanglements, p. 239, nota 53.

22. Macartney, The Habsburg Empire, p. 774.

23. Williamson, Austria-Hungary, p. 65.

24. Baernreither y Redlich, Fragments, pp. 21-22.

25. Ibid., pp. 35, 44.

26. Ibid., pp. 43-44.

27. Aehrenthal, Aus dem Nachlass, pp. 449-452.

28. Ibid., p. 599.

29. Bridge, “Isvolsky, Aehrenthal”, p. 326.

30. Bridge, “The Entente Cordiale”, p. 341.

31. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, p. 433.

32. Baernreither y Redlich, Fragments, p. 37.

33. Bridge, “Isvolsky, Aehrenthal”, p. 326.

34. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, pp. 298-299.

35. Lee, Europe’s Crucial Years, p. 326.

36. McDonald, United Government, p. 127.

37. Cooper, “British Policy in the Balkans”, p. 262.

38. Taube, La Politique russe d’avant-guerre, pp. 185-187; Nicolson, Portrait of a Diplomatist, p. 200; Lee, Europe’s Crucial Years, pp. 184-185.

39. Margutti, The Emperor Francis Joseph, p. 225.

40. Hopman, Das ereignisreiche Leben, pp. 147-148.

41. Reynolds, Shattering Empires, p. 22.

42. Schoen, Memoirs of an Ambassador, p. 77; Bridge, “Isvolsky, Aehrenthal”, pp. 332-333.

43. Fuller, Strategy and Power in Russia, p. 419.

44. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. I, p. 373.

45. Bridge, “Isvolsky, Aehrenthal”, p. 334; Hantsch, Leopold Graf Berchtold, pp. 121-122.

46. Bridge, “Isvolsky, Aehrenthal”, p. 335.

47. Fuller, Strategy and Power in Russia, p. 419.

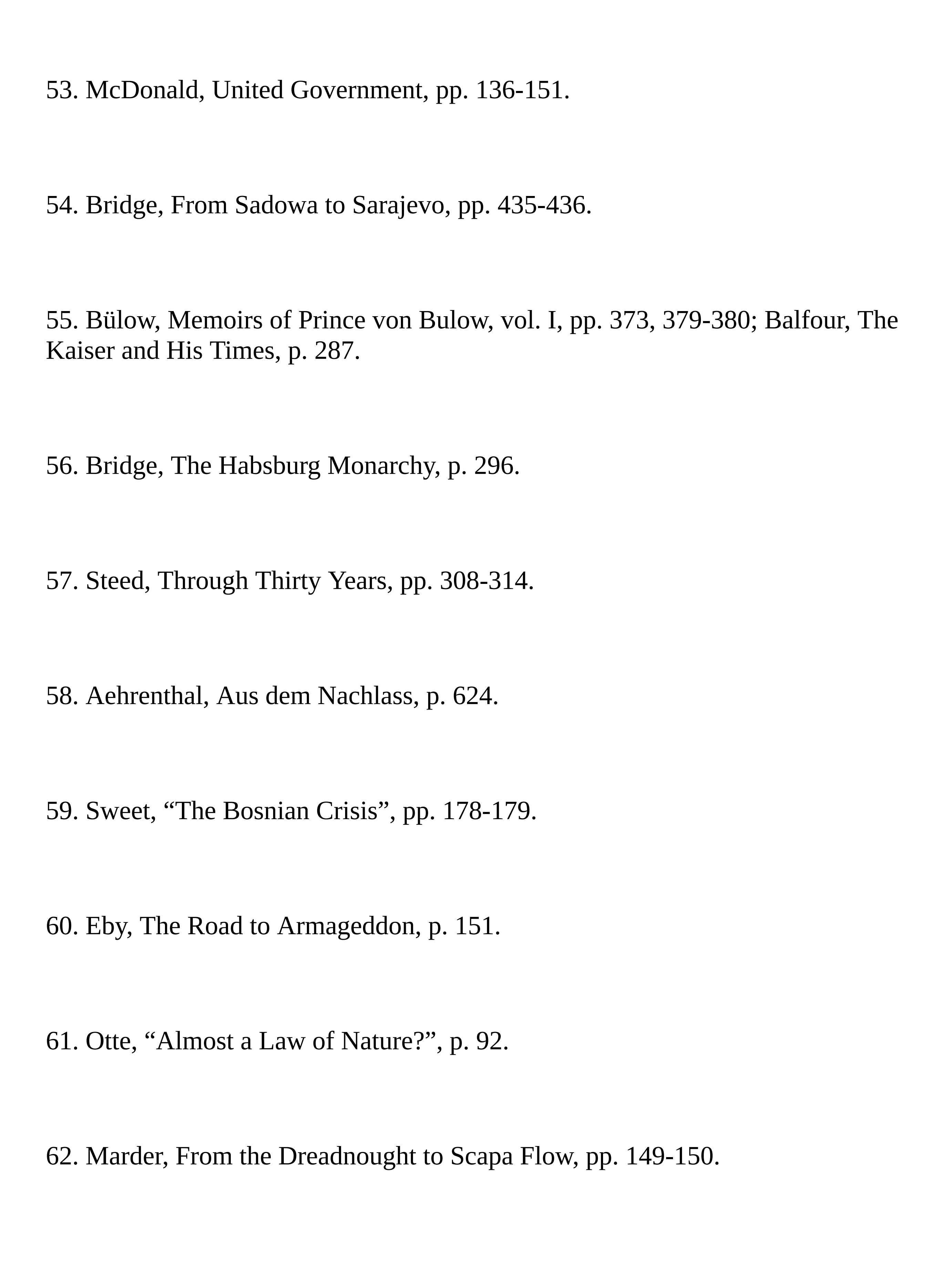
48. Bridge, “Isvolsky, Aehrenthal”, p. 334.

49. Ibid., p. 339.

50. McMeekin, The Russian Origins, p. 225.

51. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, p. 437.

52. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 144.



53. McDonald, United Government, pp. 136-151.

54. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, pp. 435-436.

55. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. I, pp. 373, 379-380; Balfour, The Kaiser and His Times, p. 287.

56. Bridge, The Habsburg Monarchy, p. 296.

57. Steed, Through Thirty Years, pp. 308-314.

58. Aehrenthal, Aus dem Nachlass, p. 624.

59. Sweet, “The Bosnian Crisis”, pp. 178-179.

60. Eby, The Road to Armageddon, p. 151.

61. Otte, “Almost a Law of Nature?”, p. 92.

62. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, pp. 149-150.

63. Menning, “Dress Rehearsal for 1914?”, p. 8.

64. Ibid., pp. 11-15.

65. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. I, p. 374.

66. Boghitschewitsch, Die auswärtige Politik Serbiens, vol. III, p. 78.

67. Stevenson, Armaments, pp. 115-116.

68. Boghitschewitsch, Die auswärtige Politik Serbiens, vol. iii, p. 93; Jelavich, Russia’s Balkan Entanglements, pp. 241-242.

69. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 137.

70. Herrmann, The Arming of Europe, pp. 123-125; Stevenson, Armaments, p. 116.

71. Heinrich, Geschichte in Gesprächen, pp. 124-125, 221-222.

72. Aehrenthal, Aus dem Nachlass, p. 628.

73. Musulin, Das Haus am Ballplatz, p. 168.

74. Stevenson, Armaments, pp. 117-118, pp. 125-126.

75. Turner, “Role of the General Staffs”, p. 306; Aehrenthal, Aus dem Nach-lass, p. 629.

76. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, p. 439.

77. Wilson, The Policy of the Entente, p. 91.

78. Herrmann, The Arming of Europe, pp. 118-119.

79. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 142.

80. McDonald, United Government, pp. 141-144; Lee, Europe’s Crucial Years, pp. 193-194.

81. Sweet, “The Bosnian Crisis”, pp. 183-184; Nicolson, Portrait of a Diplomatist, p. 215.

82. Sweet, “The Bosnian Crisis”, pp. 182-183; Heinrich, Geschichte in Gesprä-chen, p. 169.

83. Menning, “Dress Rehearsal for 1914?”, p. 7.

84. BD, vol. v, pp. 576, 603.

85. Berghahn, Germany and the Approach of War, p. 81.

86. Zedlitz-Trützschler, Twelve Years at the Imperial German Court, p. 263.

87. Afflerbach, Der Dreibund, p. 655.

88. Jelavich, Russia’s Balkan Entanglements, p. 224.

89. Fuller, “The Russian Empire”, p. 99.

90. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, p. 438.

91. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 174.

92. Carter, The Three Emperors, p. 371.

93. Palmer, Twilight of the Habsburgs, p. 305.

94. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 755-764.

95. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, p. 96.

96. Stevenson, Armaments, p. 122; Bridge, The Habsburg Monarchy, p. 295.

97. Aehrenthal, Aus dem Nachlass, p. 726.

98. Fellner, “Die ‘Mission Hoyos’”, p. 115.

99. Herrmann, The Arming of Europe, p. 131.

100. Lieven, Nicholas II, pp. 193-194.

101. Herrmann, The Arming of Europe, p. 131.

102. Grey, Twenty-five Years, vol. I, p. 182.

103. Lieven, Russia and the Origins, p. 37.

104. Goldberg, Life of Jean Jaurès, p. 470.

105. Stevenson, Armaments, p. 136.

106. Cooper, “British Policy in the Balkans”, p. 261.

107. Stevenson, Armaments, pp. 131-133; Boghitschewitsch, Die auswärtige Politik Serbiens, vol. III, p. 77.

108. Jelavich, Russia’s Balkan Entanglements, p. 244; Hantsch, Leopold Graf Ber-chtold, p. 33; Neklyudov, Diplomatic Reminiscences, pp. 46-50; Gieslingen, Zwei Jahrzehnte im Nahen Orient, p. 253.

109. Cooper, “British Policy in the Balkans”, p. 279.

XV

1911: EL AÑO DE LAS DISCORDIAS. OTRA VEZ MARRUECOS

1. Barraclough, From Agadir to Armageddon, pp. 1-2.

2. Mortimer, “Commercial Interests and German Diplomacy”, p. 454.

3. Barraclough, From Agadir to Armageddon, p. 2; Cecil, Albert Ballin, p. 178; Massie, Dreadnought, pp. 725-727.

4. Fesser, Der Traum vom Platz, p. 141; Fischer, War of Illusions, pp. 74-75.

5. Barraclough, From Agadir to Armageddon, pp. 31-32.

6. Keiger, “Jules Cambon”, pp. 642-643; Keiger, France and the Origins, pp. 31-33.

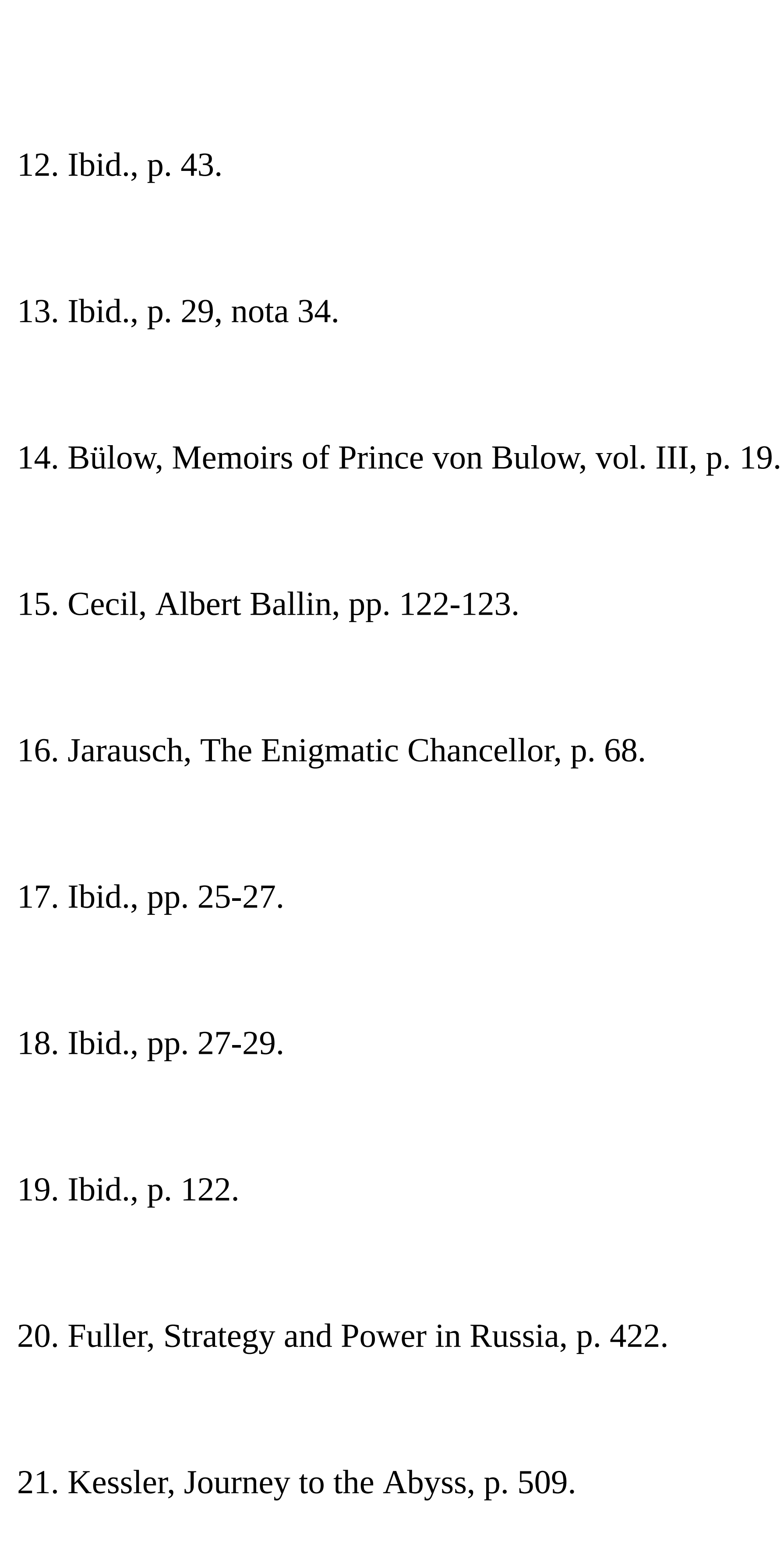
7. Hewitson, “Germany and France”, p. 591.

8. Berghahn, Germany and the Approach of War, p. 94.

9. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. III, p. 12.

10. Cecil, Albert Ballin, pp. 122-123.

11. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 16.



12. Ibid., p. 43.

13. Ibid., p. 29, nota 34.

14. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. III, p. 19.

15. Cecil, Albert Ballin, pp. 122-123.

16. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 68.

17. Ibid., pp. 25-27.

18. Ibid., pp. 27-29.

19. Ibid., p. 122.

20. Fuller, Strategy and Power in Russia, p. 422.

21. Kessler, Journey to the Abyss, p. 509.

22. Rathenau y Von Strandmann, Walther Rathenau, p. 134.

23. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 121.

24. Spitzemberg, Das Tagebuch, p. 545.

25. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. II, p. 464.

26. Cecil, German Diplomatic Service, pp. 310-312.

27. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 123.

28. Herrmann, The Arming of Europe, p. 160.

29. Allain, Joseph Caillaux, pp. 371-377.

30. Hewitson, “Germany and France”, pp. 592-594.

31. Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 143.

32. Barraclough, From Agadir to Armageddon, pp. 127-128.

33. Stevenson, Armaments, p. 183.

34. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 124; Mommsen, “Domestic Factors”, p. 23.

35. Crampton, “August Bebel and the British”, pp. 221-222.

36. Keiger, France and the Origins, p. 35.

37. Messimy, Mes Souvenirs, pp. 64-65.

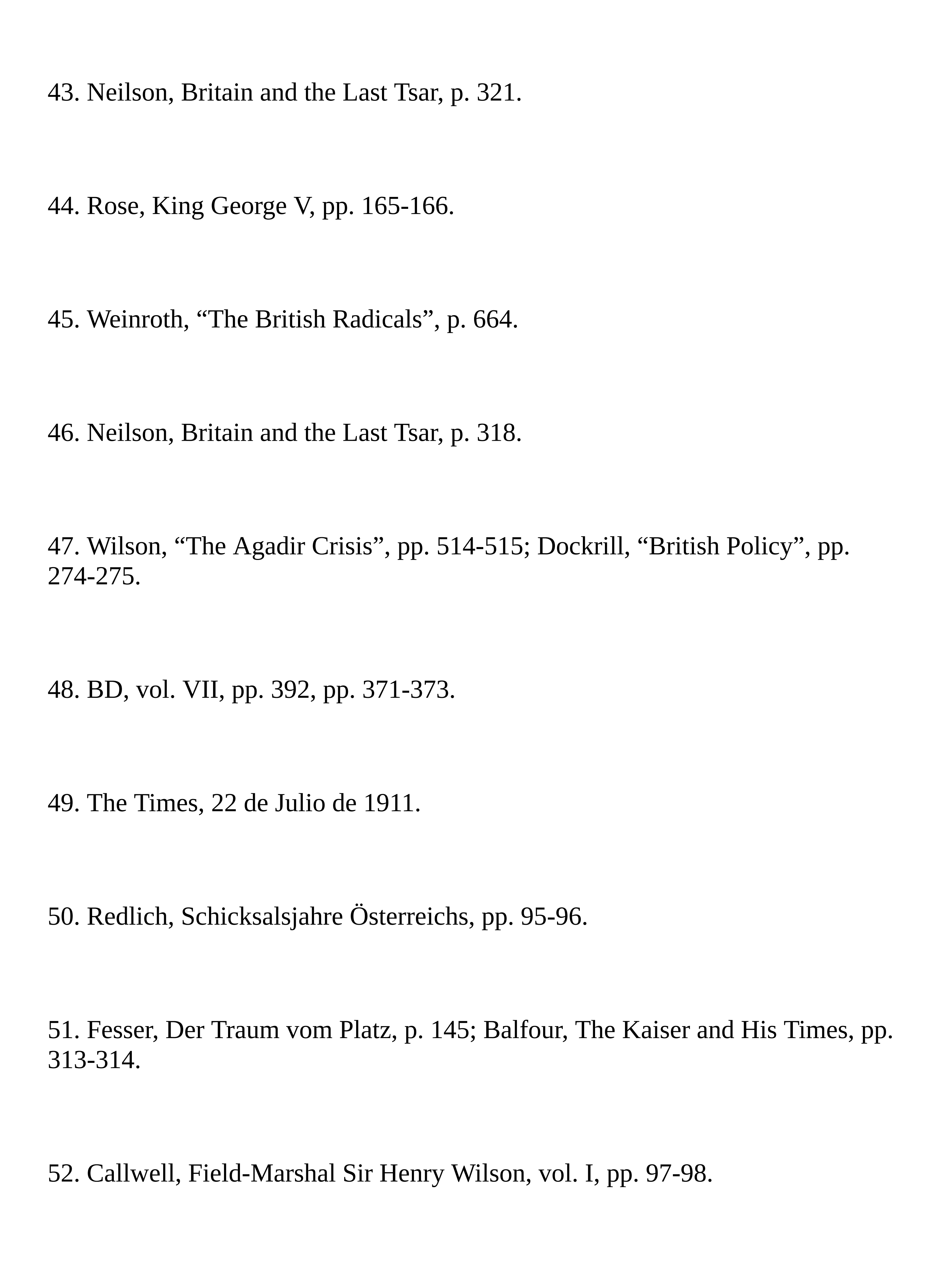
38. Ibid., p. 60.

39. Ibid.

40. Keiger, “Jules Cambon”, p. 646; Keiger, France and the Origins, p. 35.

41. Herrmann, The Arming of Europe, p. 153.

42. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, p. 75.



43. Neilson, Britain and the Last Tsar, p. 321.

44. Rose, King George V, pp. 165-166.

45. Weinroth, “The British Radicals”, p. 664.

46. Neilson, Britain and the Last Tsar, p. 318.

47. Wilson, “The Agadir Crisis”, pp. 514-515; Dockrill, “British Policy”, pp. 274-275.

48. BD, vol. VII, pp. 392, pp. 371-373.

49. The Times, 22 de Julio de 1911.

50. Redlich, Schicksalsjahre Österreichs, pp. 95-96.

51. Fesser, Der Traum vom Platz, p. 145; Balfour, The Kaiser and His Times, pp. 313-314.

52. Callwell, Field-Marshal Sir Henry Wilson, vol. I, pp. 97-98.

53. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, pp. 244-246.

54. Eubank, Paul Cambon, p. 139; Messimy, Mes Souvenirs, p. 61.

55. Jeffery, Field Marshal Sir Henry Wilson, pp. 99-100.

56. Riezler, Tagebücher, Aufsätze, Dokumente, p. 180.

57. Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 124.

58. Barraclough, From Agadir to Armageddon, p. 135.

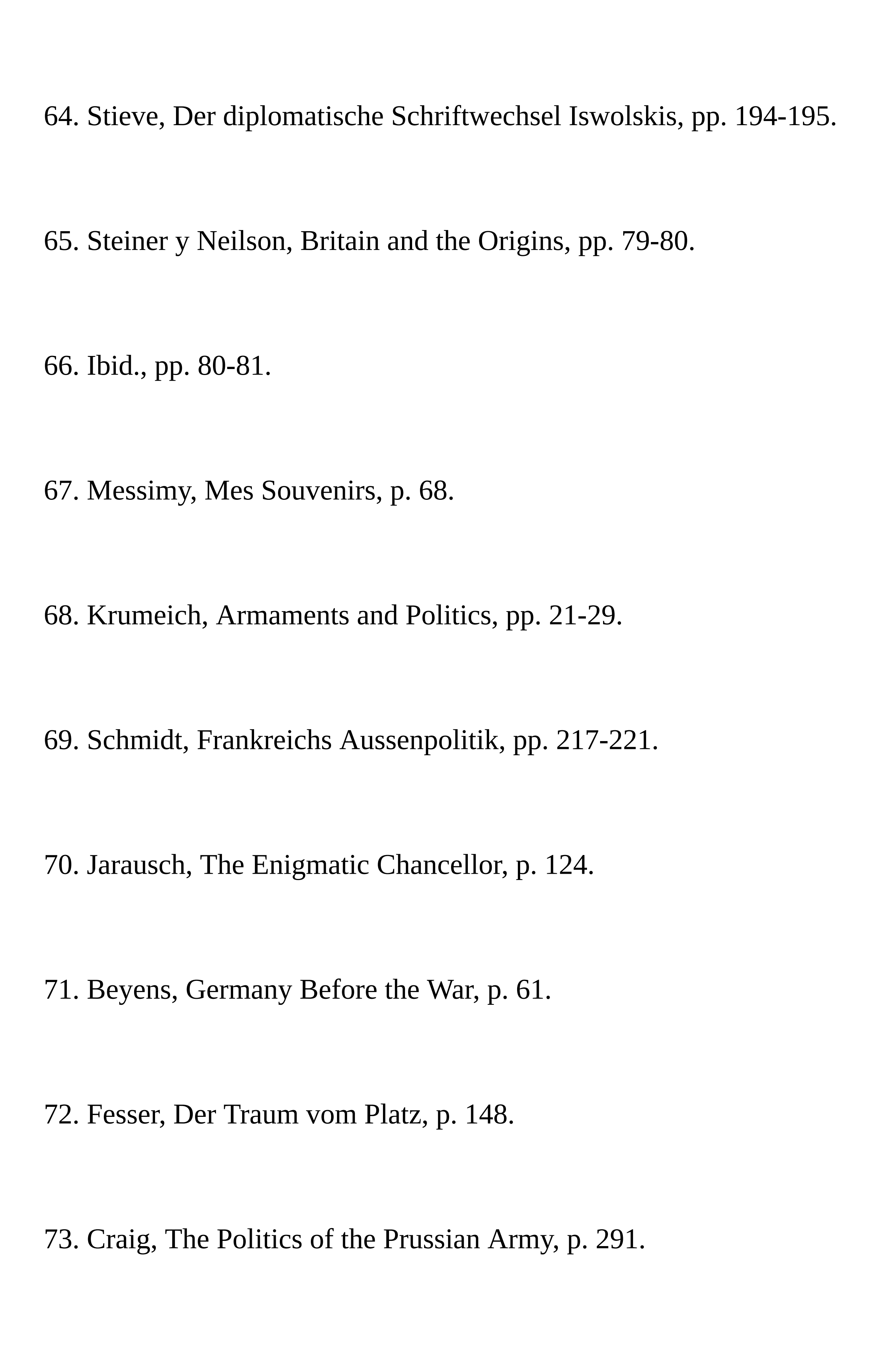
59. Fischer, War of Illusions, p. 83.

60. Andrew, Théophile Delcassé, p. 70, nota 1.

61. Rathenau y Von Strandmann, Walther Rathenau, p. 157.

62. Eubank, Paul Cambon, p. 141.

63. Grey, Twenty-five Years, vol. I, p. 233.



64. Stieve, Der diplomatische Schriftwechsel Iswolskis, pp. 194-195.

65. Steiner y Neilson, Britain and the Origins, pp. 79-80.

66. Ibid., pp. 80-81.

67. Messimy, Mes Souvenirs, p. 68.

68. Krumeich, Armaments and Politics, pp. 21-29.

69. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 217-221.

70. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 124.

71. Beyens, Germany Before the War, p. 61.

72. Fesser, Der Traum vom Platz, p. 148.

73. Craig, The Politics of the Prussian Army, p. 291.

74. Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 125.

75. Ritter, The Sword and the Sceptre, p. 172.

76. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 852-859.

77. Röhl, “Admiral von Müller”, p. 656.

78. Herwig, “Imperial Germany”, pp. 81-82; Mombauer, Helmuth von Mol-tke, p. 131.

79. Herrmann, The Arming of Europe, pp. 161-166.

80. Bosworth, Italy and the Approach, p. 57.

81. Albertini, The Origins of the War, vol. i, p. 342.

82. Bosworth, “Britain and Italy’s Acquisition”, p. 683.

83. Bosworth, Italy and the Approach, p. 10.

84. Ibid., pp. 38-39.

85. Gooch, “Italy before 1915”, p. 222.

86. Ibid., pp. 225-258.

87. Ibid., p. 206.

88. Bosworth, Italy and the Approach, pp. 6-8; Gooch, “Italy before 1915”, pp. 216-217.

89. Bosworth, Italy and the Approach, p. 34.

90. Ibid., p. 36.

91. Gooch, “Italy before 1915”, p. 209.

92. BD, vol. IX, parte 1, pp. 257, 289-291.

93. BD, vol. IX, parte 1, pp. 241, 278-279.

94. Barraclough, From Agadir to Armageddon, pp. 143-144.

95. Haupt, Socialism and the Great War, pp. 58-62.

96. BD, vol. IX, parte 1, pp. 250, 284.

97. Rossos, Russia and the Balkans, p. 35.

98. Albertini, The Origins of the War, vol. i, p. 346; Barraclough, From Agadir to Armageddon,

99. BD, vol. VII, pp. 763, 788-789.

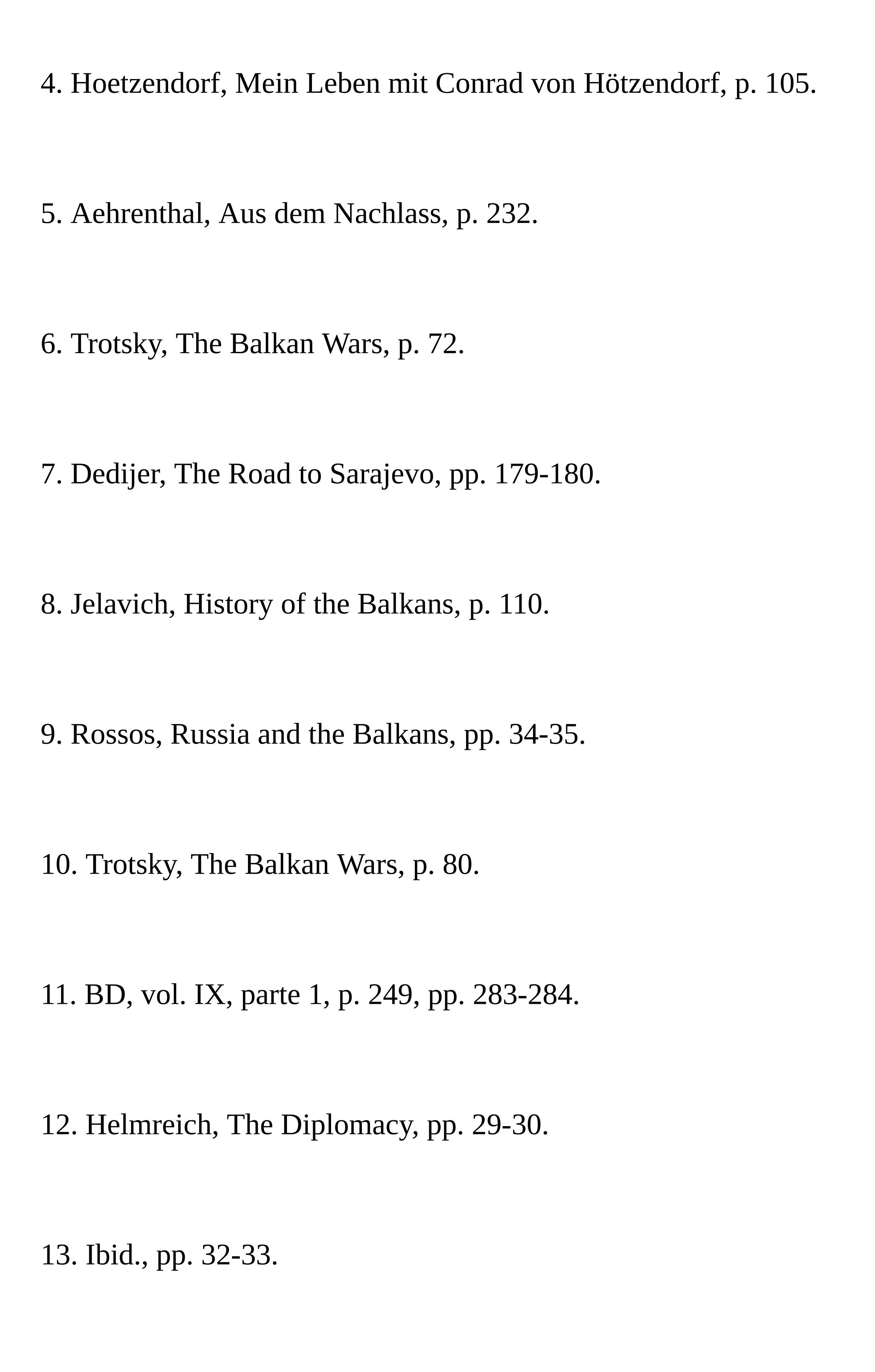
XVI

LAS PRIMERAS GUERRAS BALCÁNICAS

1. Cambon, Correspondance, vol. iii, p. 7.

2. Albertini, The Origins of the War, vol. i, p. 357.

3. Trotsky, The Balkan Wars, pp. 360-361.



4. Hoetzendorf, Mein Leben mit Conrad von Hötzendorf, p. 105.

5. Aehrenthal, Aus dem Nachlass, p. 232.

6. Trotsky, The Balkan Wars, p. 72.

7. Dedijer, The Road to Sarajevo, pp. 179-180.

8. Jelavich, History of the Balkans, p. 110.

9. Rossos, Russia and the Balkans, pp. 34-35.

10. Trotsky, The Balkan Wars, p. 80.

11. BD, vol. IX, parte 1, p. 249, pp. 283-284.

12. Helmreich, The Diplomacy, pp. 29-30.

13. Ibid., pp. 32-33.

14. Ibid., p. 33.

15. Thaden, Russia and the Balkan Alliance, p. 27-28.

16. Neklyudov, Diplomatic Reminiscences, pp. 38-39.

17. Ibid., p. 45.

18. Ibid., pp. 80-81.

19. Helmreich, The Diplomacy, pp. 62-64, 67.

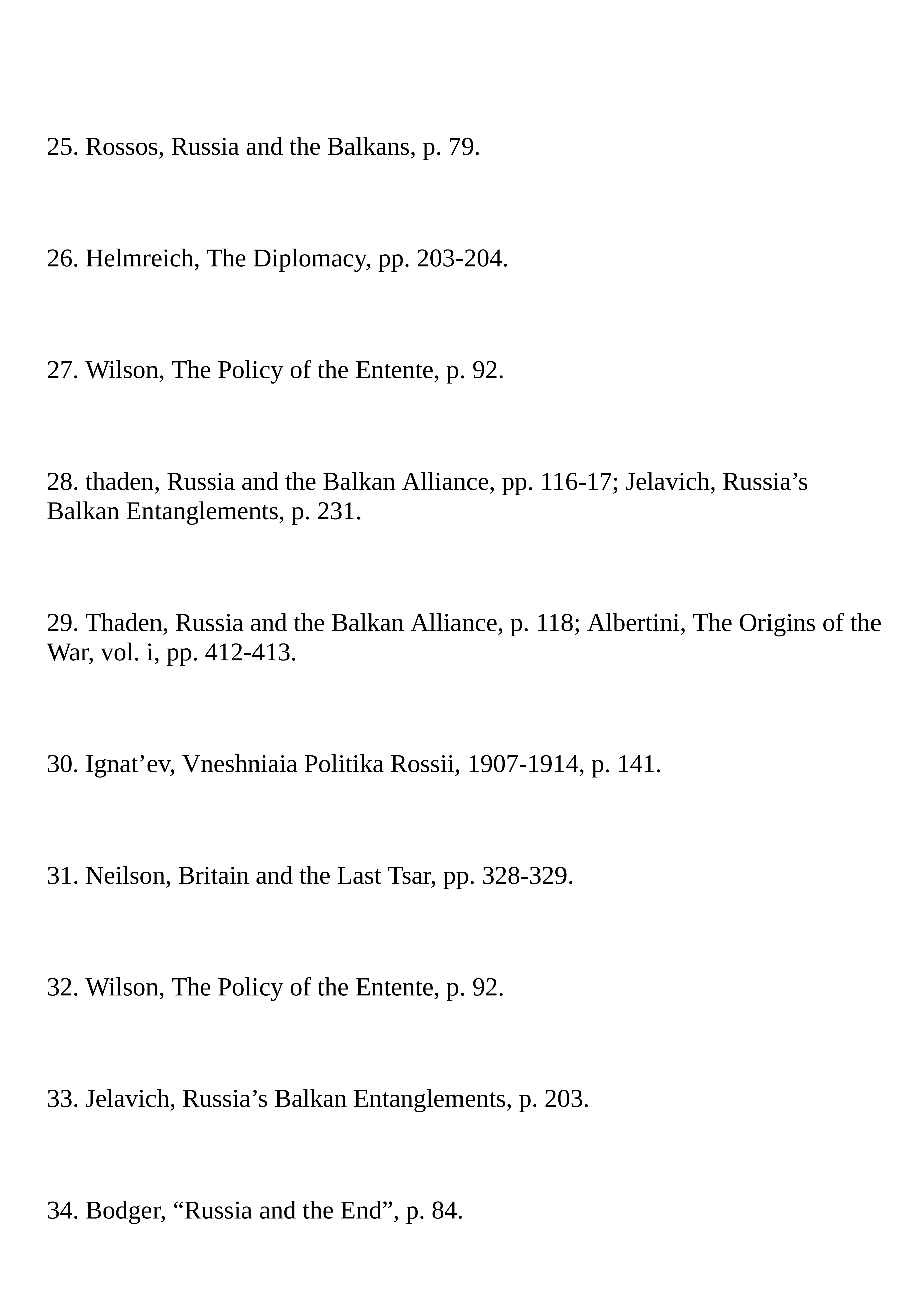
20. BD, vol. IX, parte 1, p. 570, p. 568.

21. Fischer, War of Illusions, p. 150.

22. BD, vol. IX, parte 2, p. 5, pp. 3-4.

23. Helmreich, The Diplomacy, pp. 141-145.

24. Trotsky, The Balkan Wars, pp. 65-66.



25. Rossos, Russia and the Balkans, p. 79.

26. Helmreich, The Diplomacy, pp. 203-204.

27. Wilson, The Policy of the Entente, p. 92.

28. thaden, Russia and the Balkan Alliance, pp. 116-17; Jelavich, Russia's Balkan Entanglements, p. 231.

29. Thaden, Russia and the Balkan Alliance, p. 118; Albertini, The Origins of the War, vol. i, pp. 412-413.

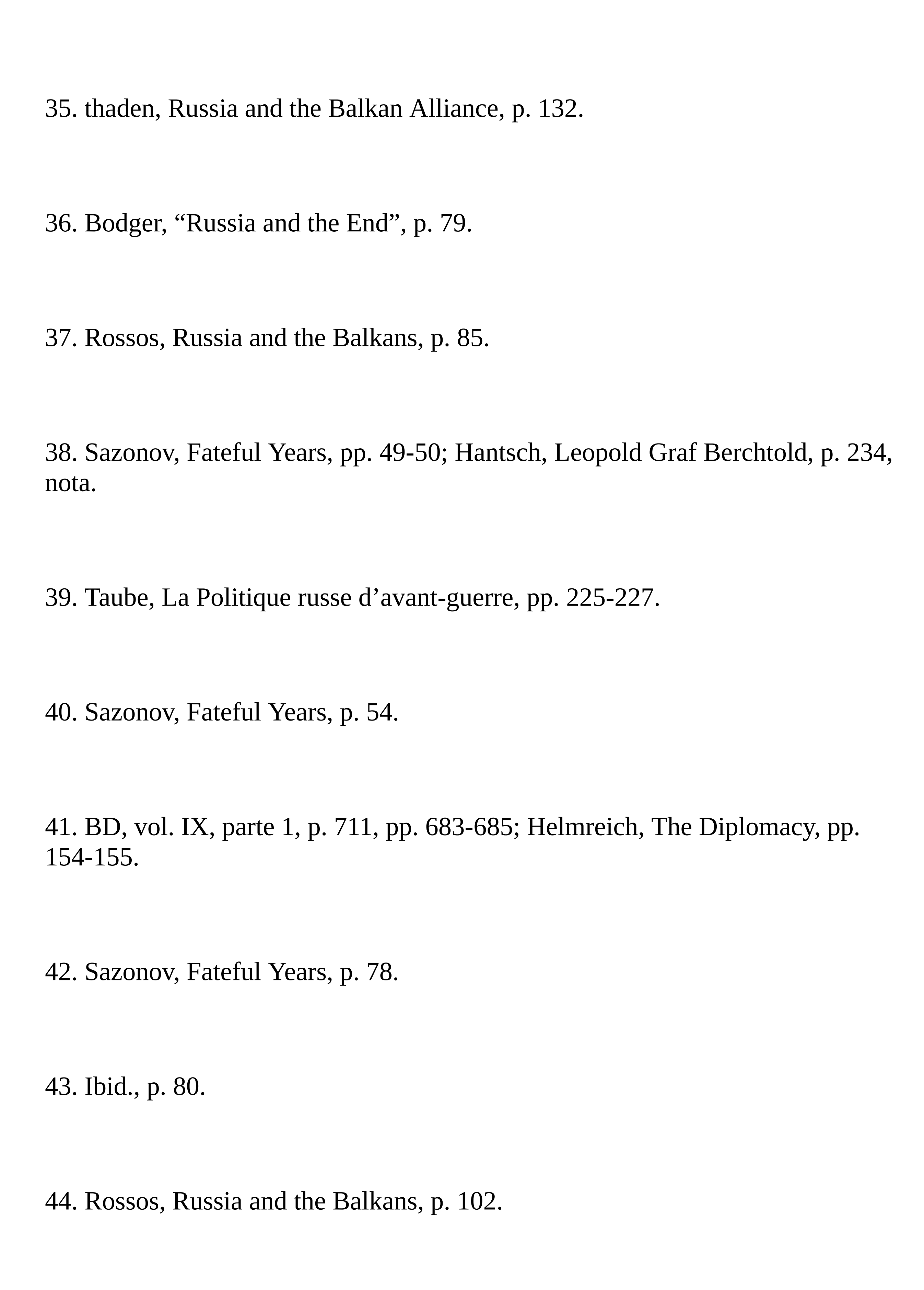
30. Ignat'ev, Vneshniaia Politika Rossii, 1907-1914, p. 141.

31. Neilson, Britain and the Last Tsar, pp. 328-329.

32. Wilson, The Policy of the Entente, p. 92.

33. Jelavich, Russia's Balkan Entanglements, p. 203.

34. Bodger, "Russia and the End", p. 84.



35. thaden, Russia and the Balkan Alliance, p. 132.

36. Bodger, “Russia and the End”, p. 79.

37. Rossos, Russia and the Balkans, p. 85.

38. Sazonov, Fateful Years, pp. 49-50; Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 234, nota.

39. Taube, La Politique russe d’avant-guerre, pp. 225-227.

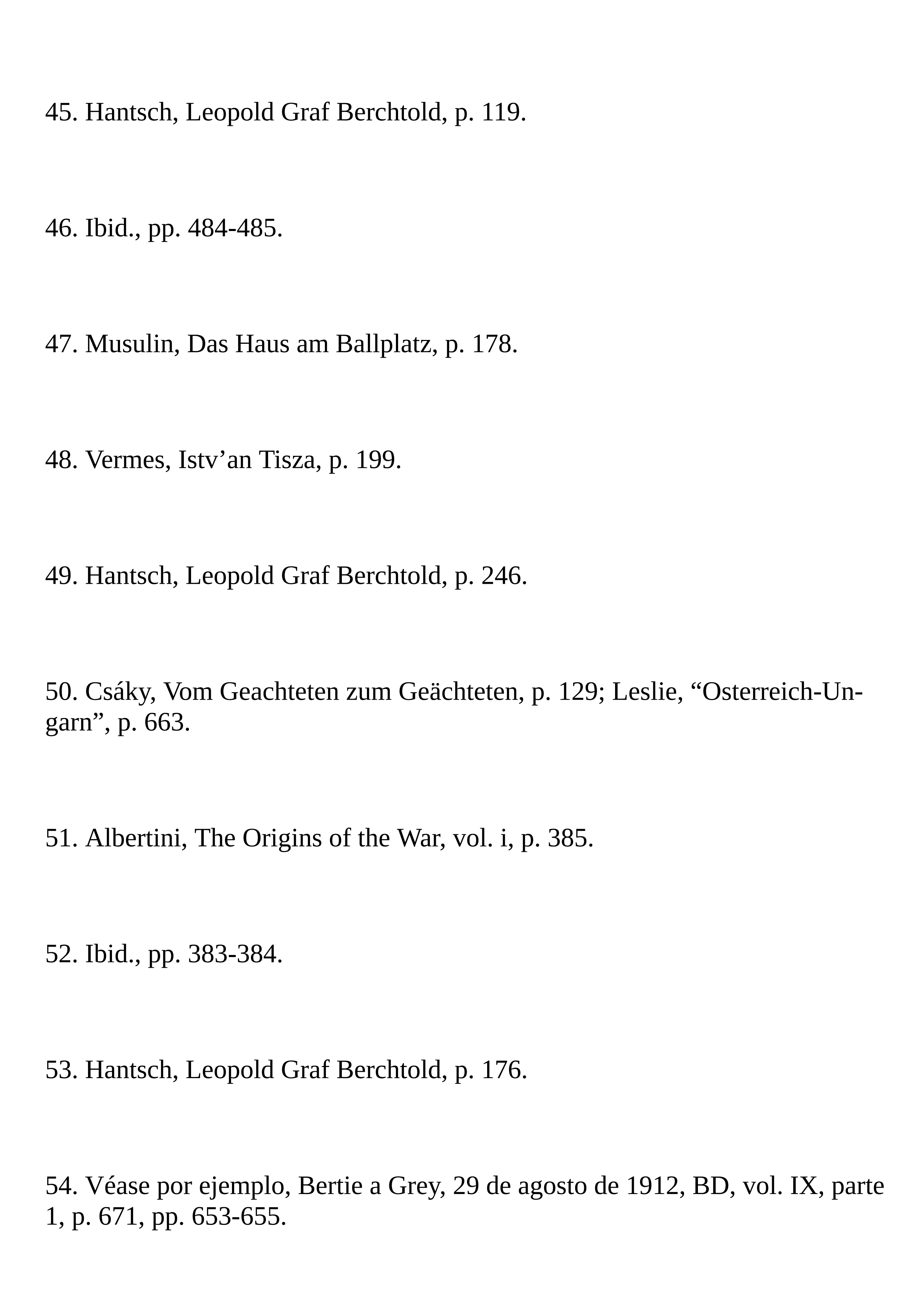
40. Sazonov, Fateful Years, p. 54.

41. BD, vol. IX, parte 1, p. 711, pp. 683-685; Helmreich, The Diplomacy, pp. 154-155.

42. Sazonov, Fateful Years, p. 78.

43. Ibid., p. 80.

44. Rossos, Russia and the Balkans, p. 102.



45. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 119.

46. Ibid., pp. 484-485.

47. Musulin, Das Haus am Ballplatz, p. 178.

48. Vermes, Istv’an Tisza, p. 199.

49. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 246.

50. Csáky, Vom Geachteten zum Geächteten, p. 129; Leslie, “Osterreich-Ungarn”, p. 663.

51. Albertini, The Origins of the War, vol. i, p. 385.

52. Ibid., pp. 383-384.

53. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 176.

54. Véase por ejemplo, Bertie a Grey, 29 de agosto de 1912, BD, vol. IX, parte 1, p. 671, pp. 653-655.

55. BD, vol. IX, parte 1, p. 695, pp. 671-673.

56. Heinrich, Geschichte in Gesprächen, p. 380.

57. Helmreich, The Diplomacy, pp. 214-215.

58. Boghitschewitsch, Die auswärtige Politik Serbiens, vol. III, p. 159.

59. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, p. 124.

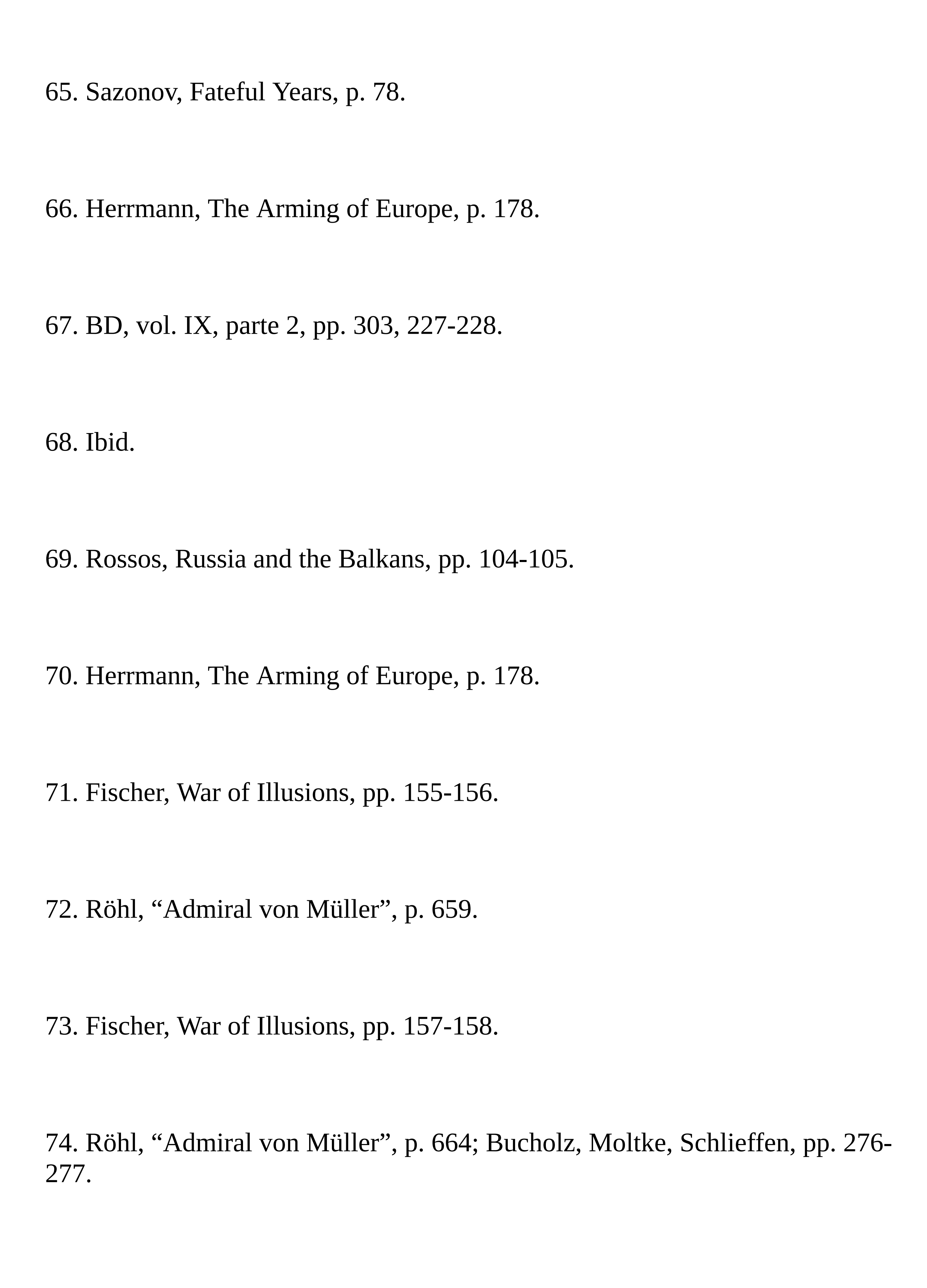
60. Helmreich, The Diplomacy, p. 153.

61. Williamson, Austria-Hungary, p. 132; Bucholz, Moltke, Schlieffen, p. 276.

62. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 323; Afflerbach, Der Dreibund, pp. 731-733; Williamson, Austria-Hungary, p. 127.

63. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 328.

64. Williamson, Austria-Hungary, p.132.



65. Sazonov, Fateful Years, p. 78.

66. Herrmann, The Arming of Europe, p. 178.

67. BD, vol. IX, parte 2, pp. 303, 227-228.

68. Ibid.

69. Rossos, Russia and the Balkans, pp. 104-105.

70. Herrmann, The Arming of Europe, p. 178.

71. Fischer, War of Illusions, pp. 155-156.

72. Röhl, “Admiral von Müller”, p. 659.

73. Fischer, War of Illusions, pp. 157-158.

74. Röhl, “Admiral von Müller”, p. 664; Bucholz, Moltke, Schlieffen, pp. 276-277.

75. The Times, 22 de noviembre de 1912.

76. Helmreich, The Diplomacy, p. 216.

77. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, pp. 120-121.

78. Williamson, Austria-Hungary, pp. 130-131.

79. Fischer, War of Illusions, pp. 158-161.

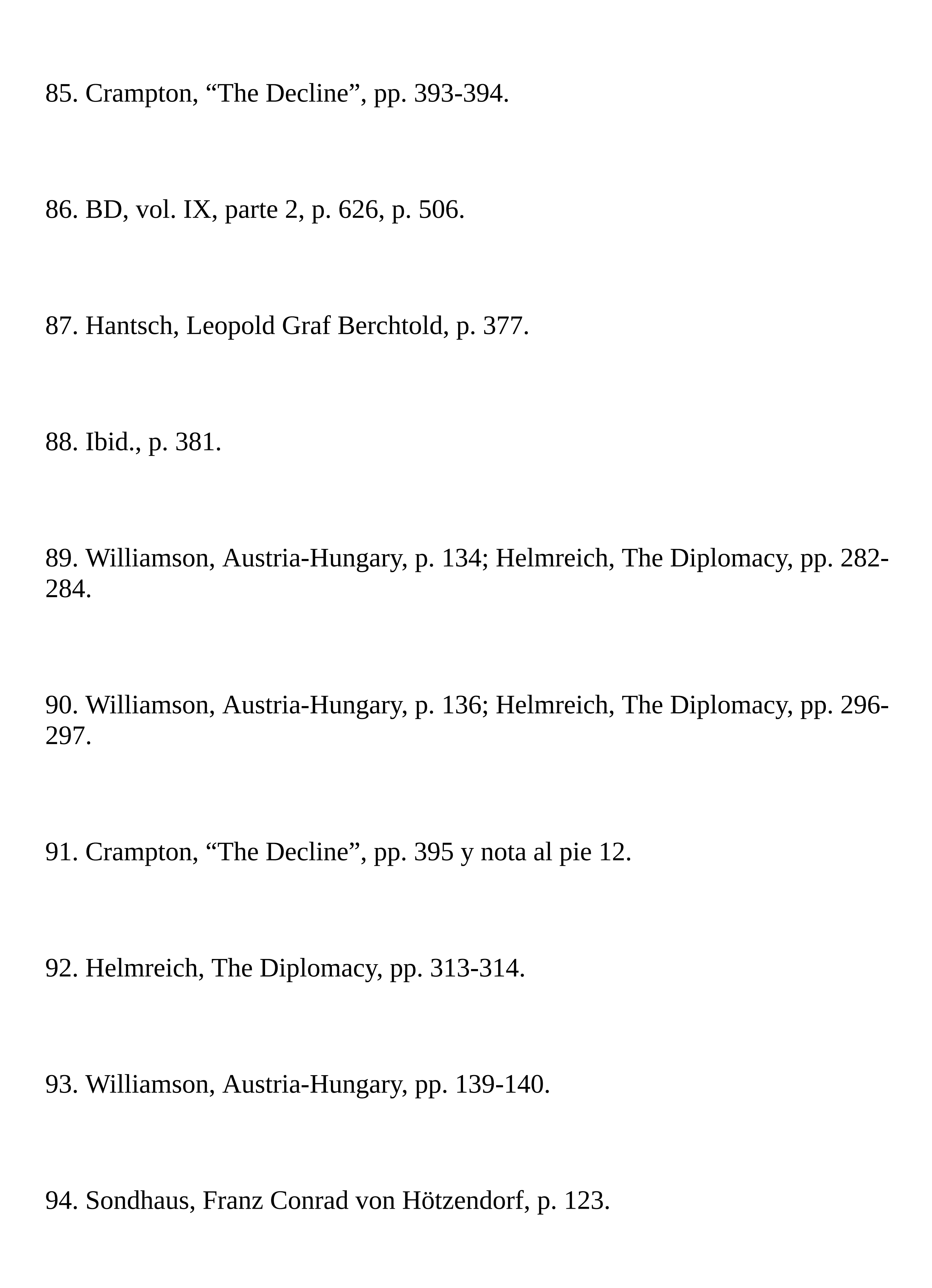
80. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 388.

81. Williamson, Austria-Hungary, pp. 130-131.

82. Grey, Twenty-five Years, vol. I, p. 256.

83. Helmreich, The Diplomacy, p. 250.

84. Eubank, Paul Cambon, p. 161.



85. Crampton, “The Decline”, pp. 393-394.

86. BD, vol. IX, parte 2, p. 626, p. 506.

87. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 377.

88. Ibid., p. 381.

89. Williamson, Austria-Hungary, p. 134; Helmreich, The Diplomacy, pp. 282-284.

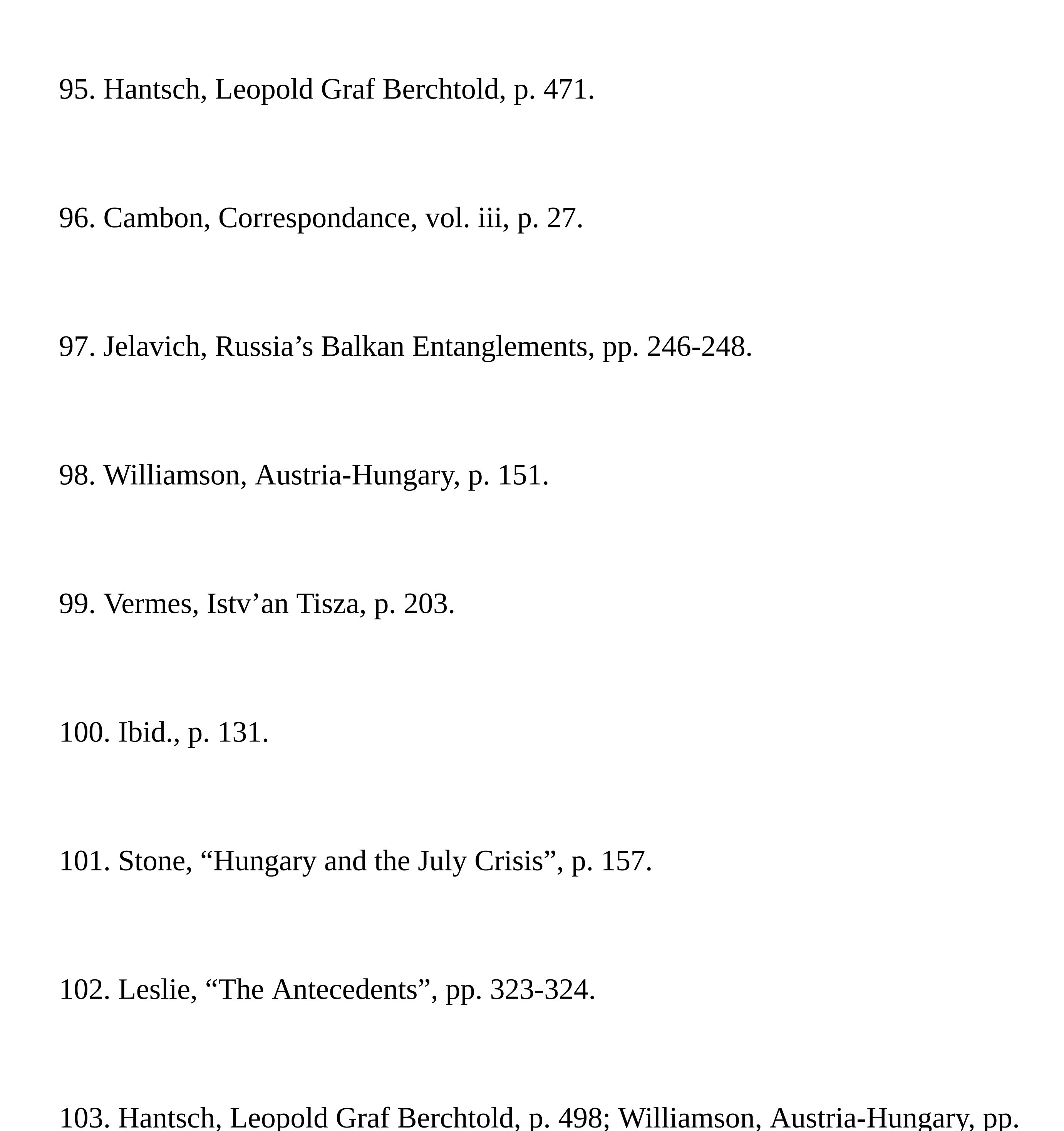
90. Williamson, Austria-Hungary, p. 136; Helmreich, The Diplomacy, pp. 296-297.

91. Crampton, “The Decline”, pp. 395 y nota al pie 12.

92. Helmreich, The Diplomacy, pp. 313-314.

93. Williamson, Austria-Hungary, pp. 139-140.

94. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, p. 123.



95. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 471.

96. Cambon, Correspondance, vol. iii, p. 27.

97. Jelavich, Russia’s Balkan Entanglements, pp. 246-248.

98. Williamson, Austria-Hungary, p. 151.

99. Vermes, Istv’an Tisza, p. 203.

100. Ibid., p. 131.

101. Stone, “Hungary and the July Crisis”, p. 157.

102. Leslie, “The Antecedents”, pp. 323-324.

103. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 498; Williamson, Austria-Hungary, pp. 133-134.

104. Crampton, “The Decline”, pp. 417-419.

105. Albertini, The Origins of the War, vol. I, pp. 483-484.

106. Helmreich, The Diplomacy, p. 428.

107. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, pp. 366-367.

108. Ibid., p. 442.

109. Williamson, Austria-Hungary, pp. 154-155.

110. Afflerbach, Der Dreibund, p. 748.

111. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, p. 129.

112. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 513.

113. Ibid., p. 312.

114. Herrmann, The Arming of Europe, p. 179.

115. Williamson, Austria-Hungary, p. 135; Leslie, “The Antecedents”, pp. 352-

353.

116. Albertini, The Origins of the War, vol. i, pp. 483-484.

117. Crampton, The Hollow Detente, p. 172.

118. Haupt, Socialism and the Great War, p. 107.

119. Cooper, Patriotic Pacifism, pp. 159-160.

120. Kennan, The Other Balkan Wars, p. 271.

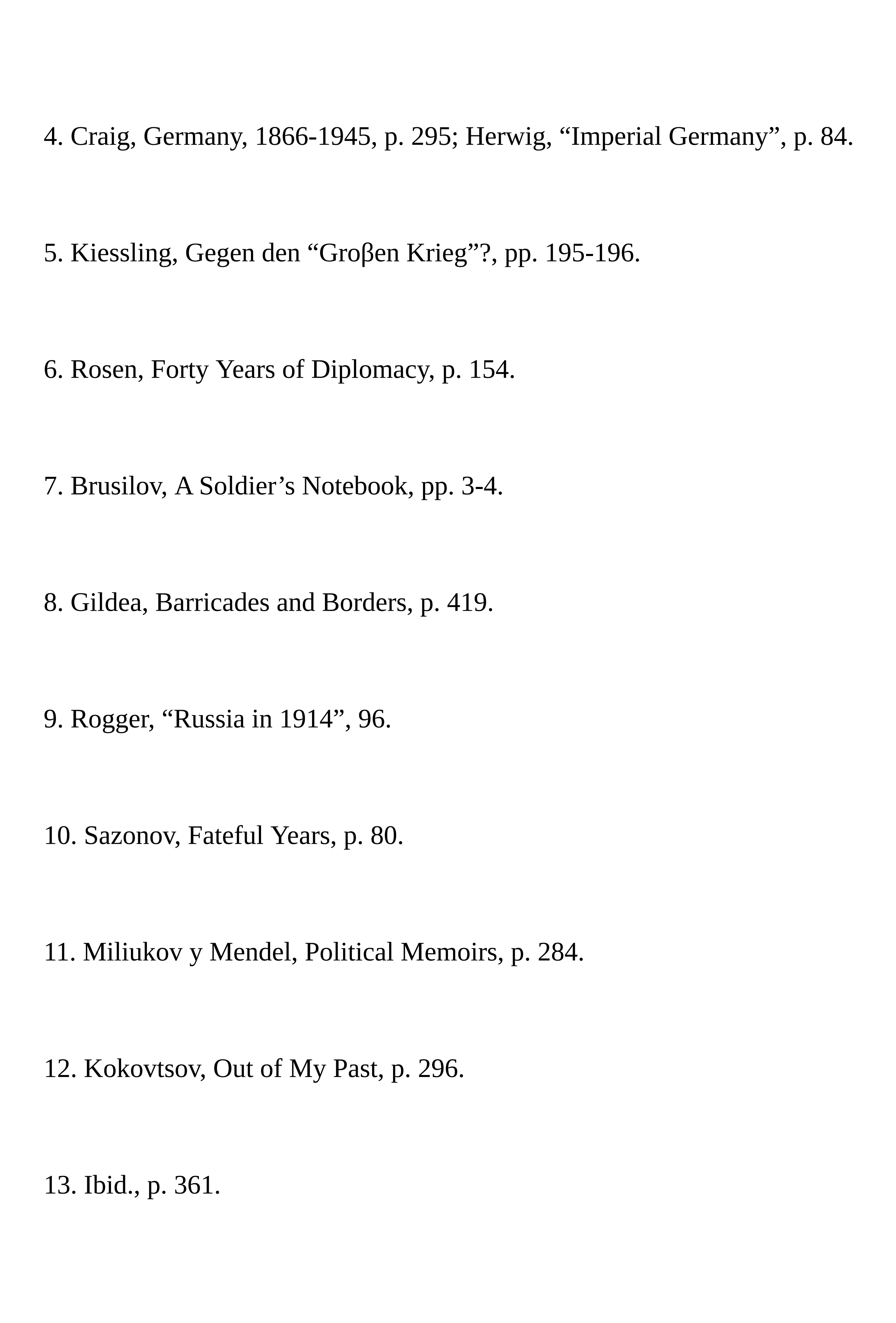
XVII

PREPARATIVOS PARA LA GUERRA O LA PAZ: LOS ÚLTIMOS MESES DE PAZ EN EUROPA

1. BD, vol. X, parte 2, p. 476, pp. 702-703.

2. Rose, King George V, pp. 166-167.

3. McLean, Royalty and Diplomacy, p. 197.



4. Craig, Germany, 1866-1945, p. 295; Herwig, “Imperial Germany”, p. 84.

5. Kiessling, Gegen den “Groβen Krieg”?, pp. 195-196.

6. Rosen, Forty Years of Diplomacy, p. 154.

7. Brusilov, A Soldier’s Notebook, pp. 3-4.

8. Gildea, Barricades and Borders, p. 419.

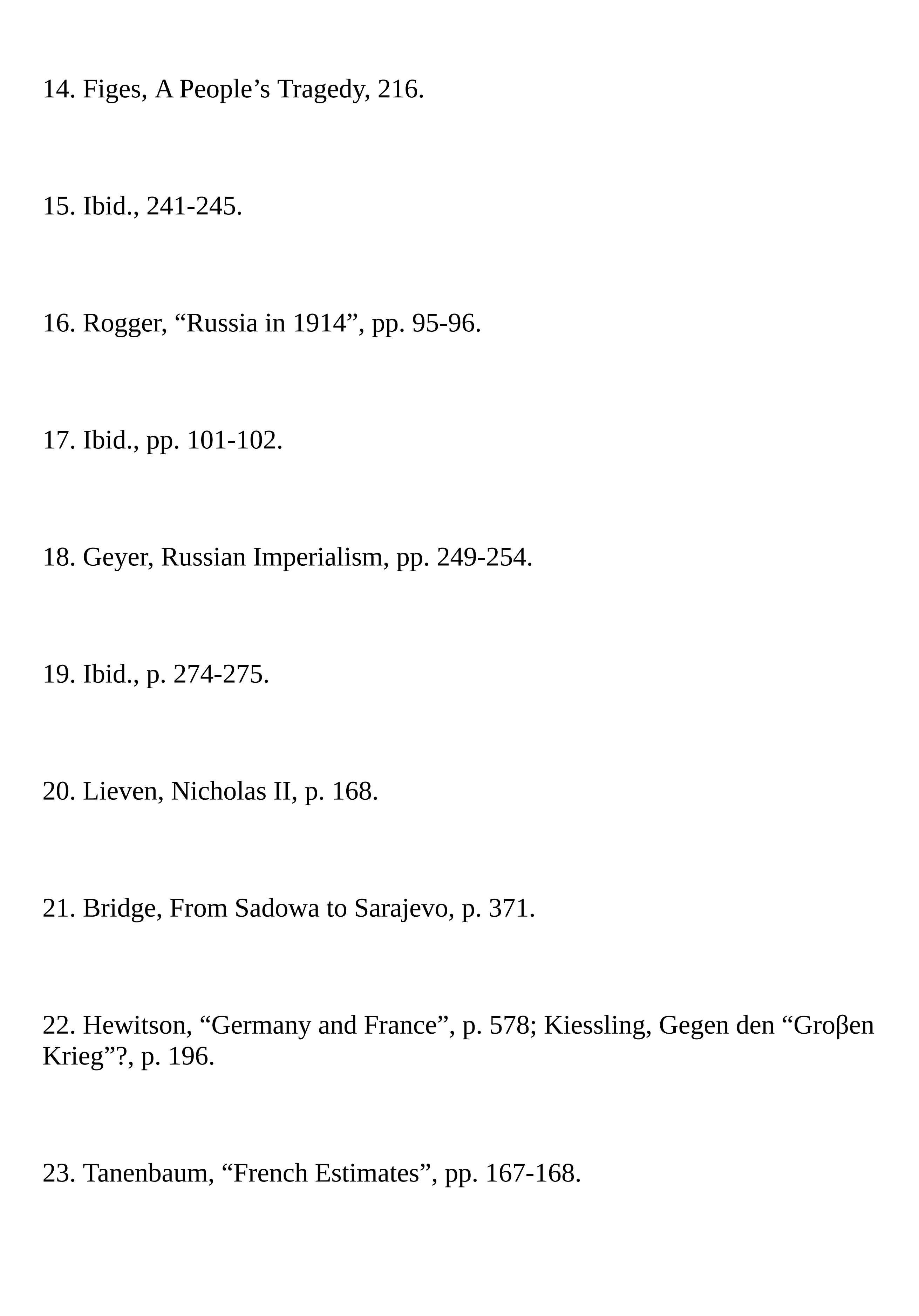
9. Rogger, “Russia in 1914”, 96.

10. Sazonov, Fateful Years, p. 80.

11. Miliukov y Mendel, Political Memoirs, p. 284.

12. Kokovtsov, Out of My Past, p. 296.

13. Ibid., p. 361.



14. Figes, A People’s Tragedy, 216.

15. Ibid., 241-245.

16. Rogger, “Russia in 1914”, pp. 95-96.

17. Ibid., pp. 101-102.

18. Geyer, Russian Imperialism, pp. 249-254.

19. Ibid., p. 274-275.

20. Lieven, Nicholas II, p. 168.

21. Bridge, From Sadowa to Sarajevo, p. 371.

22. Hewitson, “Germany and France”, p. 578; Kiessling, Gegen den “Groβen Krieg”?, p. 196.

23. Tanenbaum, “French Estimates”, pp. 167-168.

24. Kessler, Journey to the Abyss, p. 609.

25. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. III, p. 33; Cecil, German Diplomatic Service, p. 317.

26. Spitzemberg, Das Tagebuch, p. 563.

27. Stevenson, Armaments, pp. 286-289.

28. Röhl, The Kaiser and His Court, pp. 173-4; Röhl, “Admiral von Müller”, p. 661; Stevenson, Armaments, pp. 252-253.

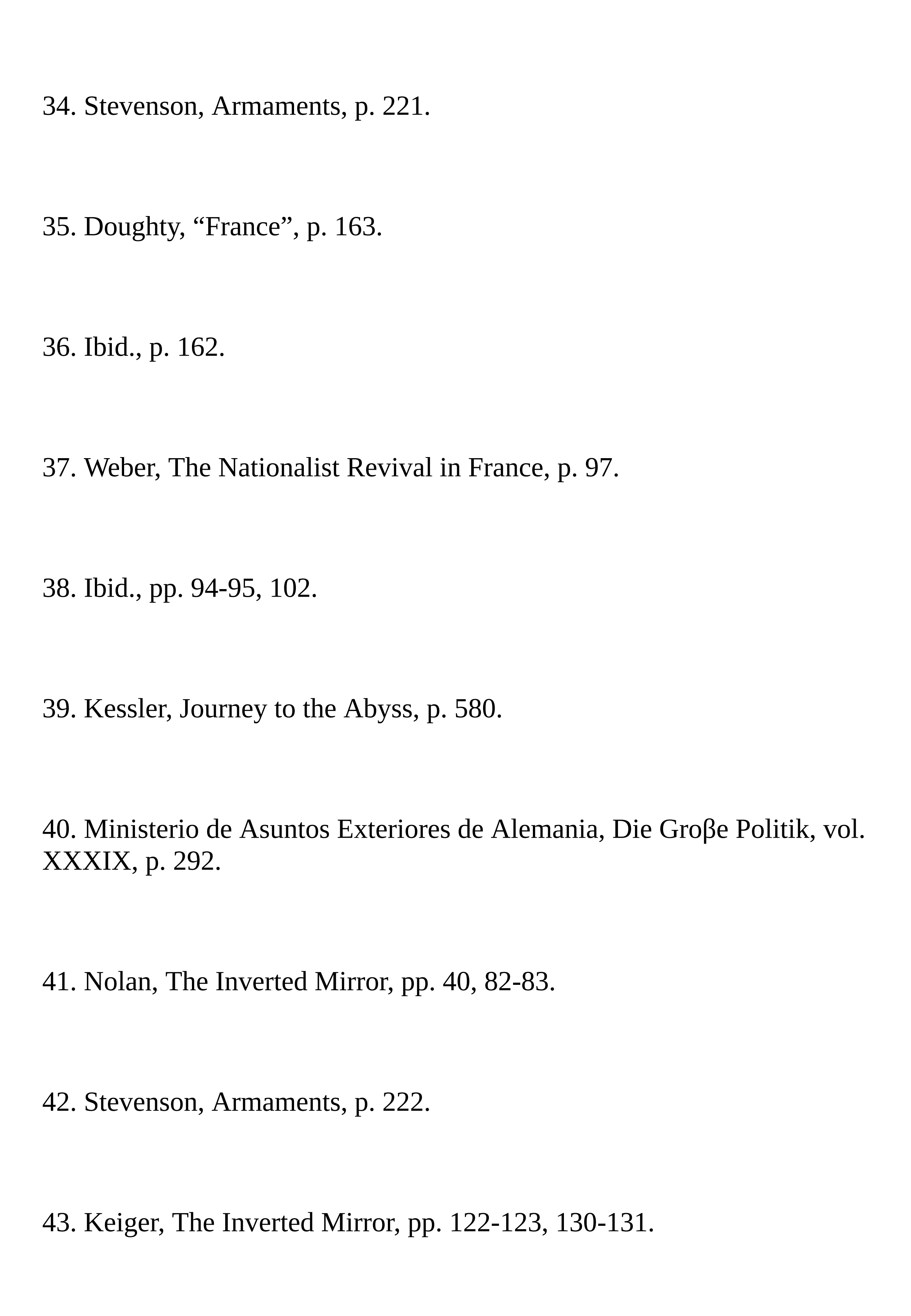
29. Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 145.

30. Herwig, “Imperial Germany”, p. 84.

31. Röhl, “Admiral von Müller”, p. 665; Balfour, The Kaiser and His Times, pp. 339-340; Tanenbaum, “French Estimates”, p. 169.

32. Stevenson, Armaments, pp. 316-320.

33. Krumeich, Armaments and Politics, capítulo 2.


34. Stevenson, Armaments, p. 221.

35. Doughty, “France”, p. 163.

36. Ibid., p. 162.

37. Weber, The Nationalist Revival in France, p. 97.

38. Ibid., pp. 94-95, 102.

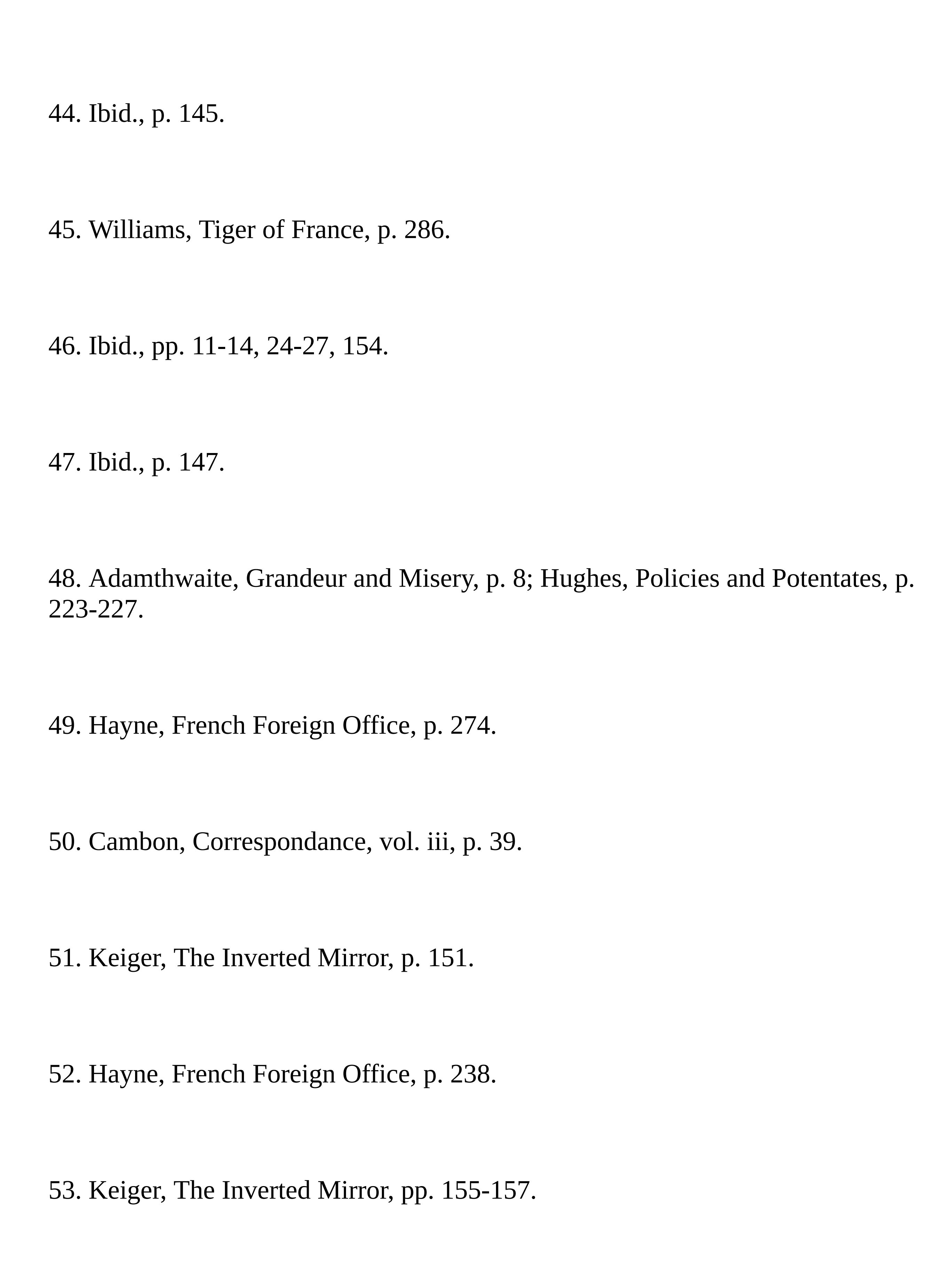
39. Kessler, Journey to the Abyss, p. 580.

40. Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania, Die Groβe Politik, vol. XXXIX, p. 292.

41. Nolan, The Inverted Mirror, pp. 40, 82-83.

42. Stevenson, Armaments, p. 222.

43. Keiger, The Inverted Mirror, pp. 122-123, 130-131.



44. Ibid., p. 145.

45. Williams, Tiger of France, p. 286.

46. Ibid., pp. 11-14, 24-27, 154.

47. Ibid., p. 147.

48. Adamthwaite, Grandeur and Misery, p. 8; Hughes, Policies and Potentates, p. 223-227.

49. Hayne, French Foreign Office, p. 274.

50. Cambon, Correspondance, vol. iii, p. 39.

51. Keiger, The Inverted Mirror, p. 151.

52. Hayne, French Foreign Office, p. 238.

53. Keiger, The Inverted Mirror, pp. 155-157.


54. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 236-237.

55. Ibid., pp. 238-240.

56. Williamson, “German Perceptions”, p. 206.

57. Goldberg, Life of Jean Jaurès, p. 439.

58. Sazonov, Fateful Years, p. 56.

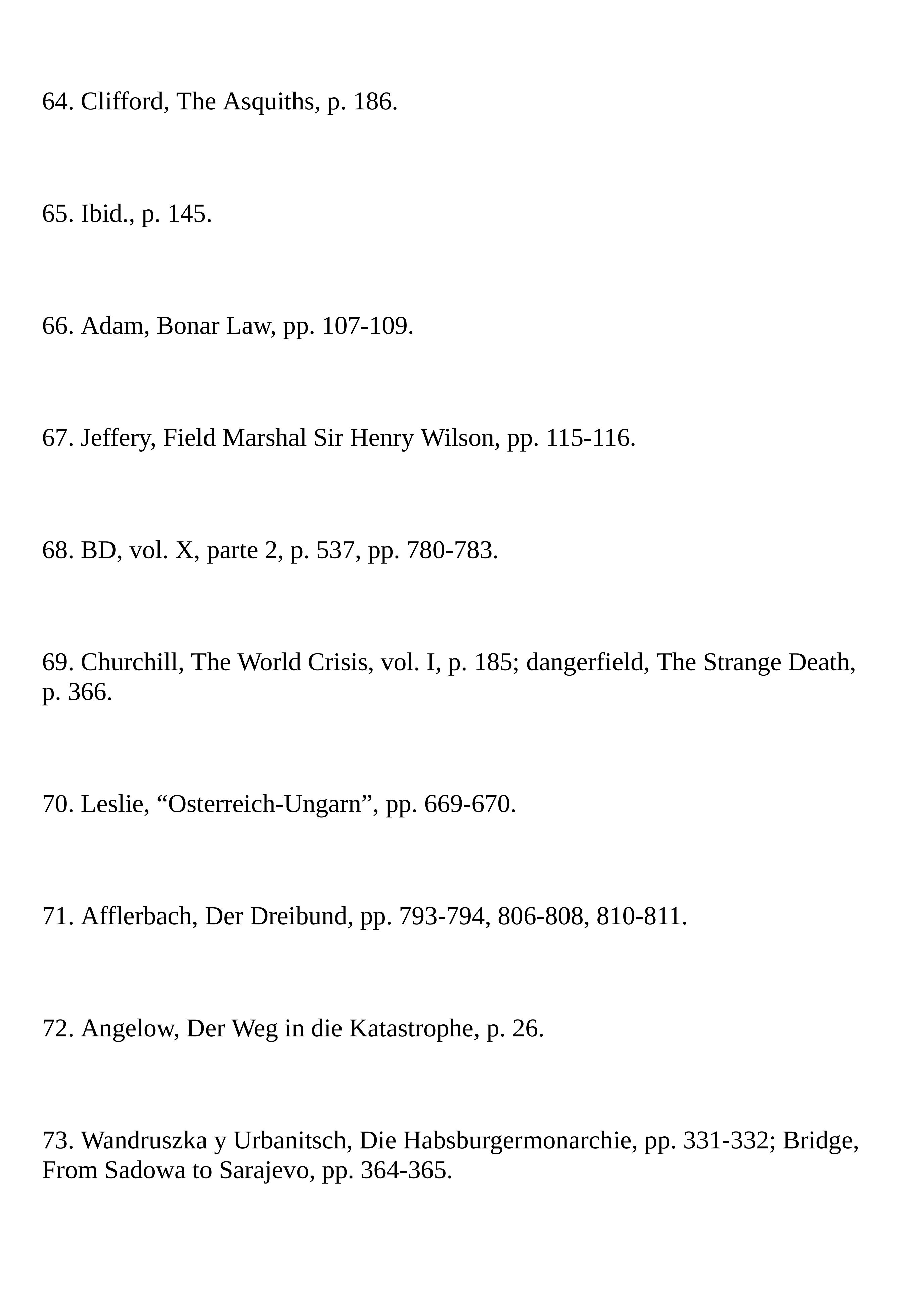
59. Rose, King George V, p. 80.

60. Ibid., p. 71.

61. Clifford, The Asquiths, pp. 2-3.

62. Ibid., pp. 13-14.

63. Haldane, An Autobiography, p. 111.



64. Clifford, The Asquiths, p. 186.

65. Ibid., p. 145.

66. Adam, Bonar Law, pp. 107-109.

67. Jeffery, Field Marshal Sir Henry Wilson, pp. 115-116.

68. BD, vol. X, parte 2, p. 537, pp. 780-783.

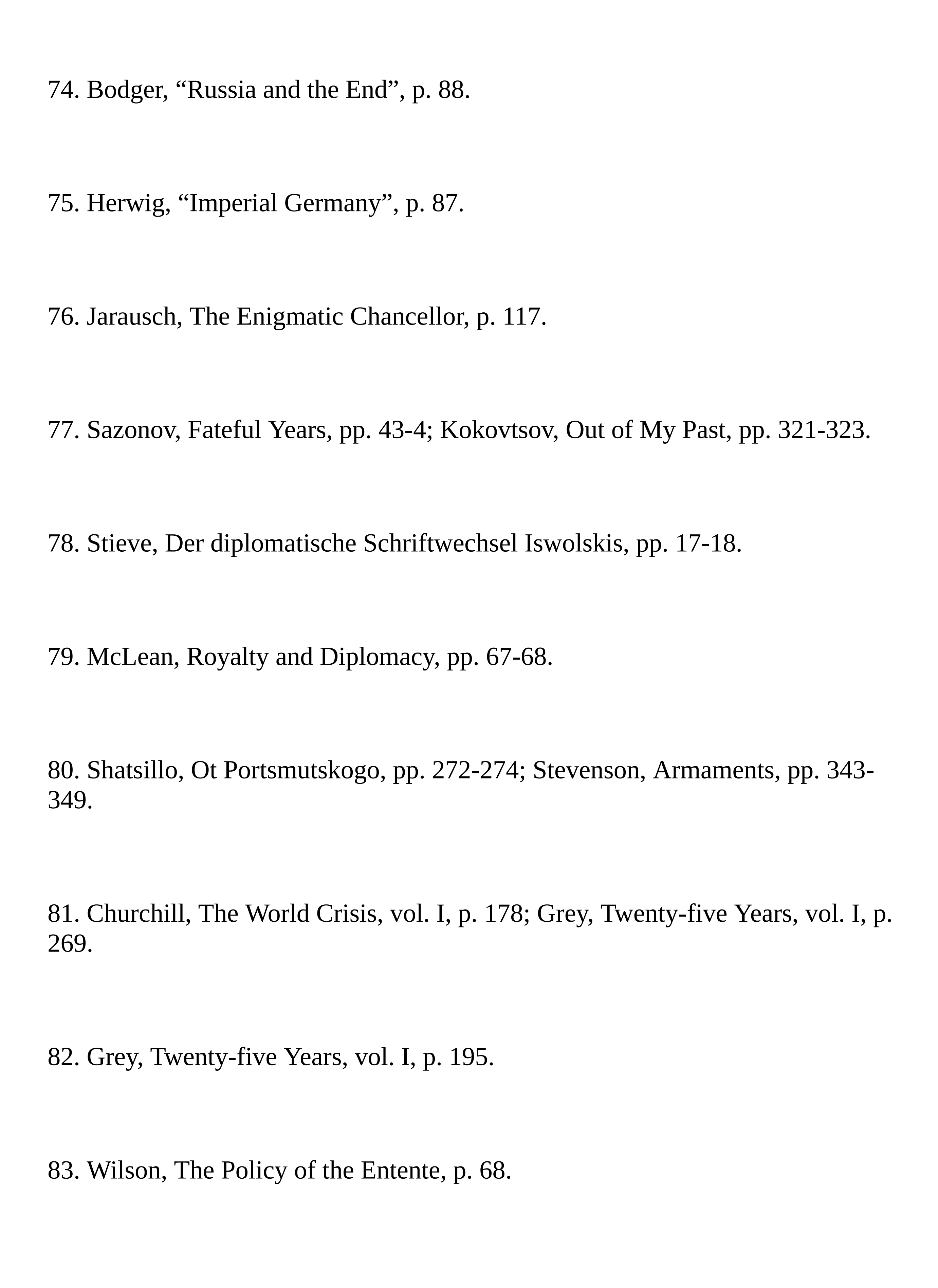
69. Churchill, The World Crisis, vol. I, p. 185; dangerfield, The Strange Death, p. 366.

70. Leslie, “Osterreich-Ungarn”, pp. 669-670.

71. Afflerbach, Der Dreibund, pp. 793-794, 806-808, 810-811.

72. Angelow, Der Weg in die Katastrophe, p. 26.

73. Wandruszka y Urbanitsch, Die Habsburgermonarchie, pp. 331-332; Bridge, From Sadowa to Sarajevo, pp. 364-365.



74. Bodger, “Russia and the End”, p. 88.

75. Herwig, “Imperial Germany”, p. 87.

76. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 117.

77. Sazonov, Fateful Years, pp. 43-4; Kokovtsov, Out of My Past, pp. 321-323.

78. Stieve, Der diplomatische Schriftwechsel Iswolskis, pp. 17-18.

79. McLean, Royalty and Diplomacy, pp. 67-68.

80. Shatsillo, Ot Portsmutskogo, pp. 272-274; Stevenson, Armaments, pp. 343-349.

81. Churchill, The World Crisis, vol. I, p. 178; Grey, Twenty-five Years, vol. I, p. 269.

82. Grey, Twenty-five Years, vol. I, p. 195.

83. Wilson, The Policy of the Entente, p. 68.

84. Spring, “Russia and the Franco-Russian Alliance”, p. 584; Robbins, Sir Edward Grey, p. 271.

85. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 266-276.

86. Ibid., pp. 252-253, 258-259.

87. Jeffery, Field Marshal Sir Henry Wilson, p. 103.

88. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, p. 253.

89. Churchill, The World Crisis, vol. I, p. 118.

90. Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 274.

91. Churchill, The World Crisis, vol. i, p. 119.

92. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, pp. 254-256, 265-266.

93. Churchill, The World Crisis, vol. i, p. 113.

94. Williamson, Politics of Grand Strategy, pp. 320-325.

95. BD, vol. X, parte 2, p. 416, pp. 614-615.

96. Esher, Journals and Letters, vol. III, p. 331.

97. BD, vol. X, parte 2, p. 400, pp. 601-602.

98. Robbins, Sir Edward Grey, p. 285.

99. Rose, King George V, p. 164.

100. Bridge, “The entente cordiale”, p. 350.

101. Angelow, Der Weg in die Katastrophe, pp. 60-61.

102. Stevenson, Armaments, pp. 2-9.

103. Ibid., p. 4.

104. Herrmann, The Arming of Europe, p. 207.

105. Epkenhans, Tirpitz, versión Kindle, pos. 862.

106. Kiessling, Gegen den “Groβen Krieg”?, pp. 67-68.

107. Heywood, “The Most Catastrophic Question”, p. 56.

108. Förster, “Im Reich des Absurden”, p. 233.

109. Stevenson, Armaments, pp. 358-9; Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 208-211, 242-244.

110. Herwig, “Imperial Germany”, p. 88.

111. Brusilov, A Soldier’s Notebook, p. 1.

112. Kiessling, Gegen den “Groβen Krieg”?, pp. 43-44.

113. Grey, Twenty-five Years, vol. I, p. 292.

114. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 458.

115. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, p. 134; Hantsch, Leopold Graf Berchtold, pp. 252-253; Kronenbitter, "'Nur los lassen'", p. 39.

116. McDonald, United Government, pp. 199-201.

117. Leslie, "The Antecedents", pp. 334-336, 338-339.

118. Churchill, The World Crisis, vol. i, p. 95.

119. Haldane, Before the War, pp. 33-36.

120. Cecil, Wilhelm II, p. 172.

121. Cecil, Albert Ballin, pp. 182-196.

122. Hopman, Das ereignisreiche Leben, pp. 209-210.

123. Cecil, Wilhelm II, pp. 172-173.

124. House y Seymour, The Intimate Papers, vol. i, p. 249.

125. Marder, From the Dreadnought to Scapa Flow, pp. 283-4; Maurer, “Churchill’s Naval Holiday”, pp. 109-110.

126. Brinker-Gabler, Kämpferin für den Frieden, p. 167.

127. Haupt, Socialism and the Great War, p. 108.

XVIII

ASESINATO EN SARAJEVO

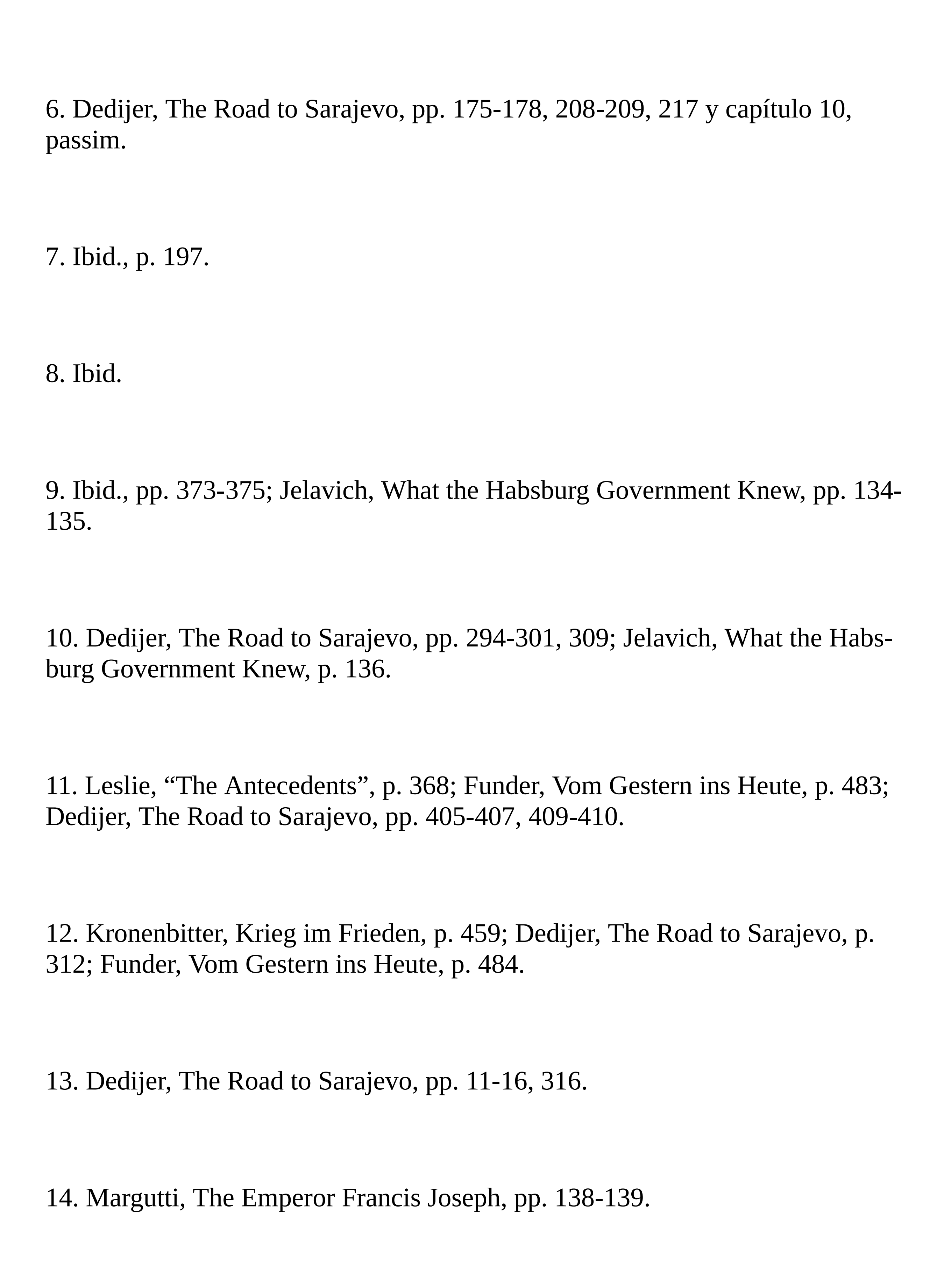
1. Poincaré, Au Service de la France, vol. iv, pp. 173-174.

2. Geinitz, Kriegsfurcht und Kampfbereitschaft, pp. 50-53.

3. Cecil, Wilhelm II, p. 198.

4. Massie, Dreadnought, pp. 852-3; Cecil, Wilhelm II, p. 198; Geiss, July 1914, p. 69.

5. Smith, One Morning in Sarajevo, p. 40.



6. Dedijer, The Road to Sarajevo, pp. 175-178, 208-209, 217 y capítulo 10, passim.

7. Ibid., p. 197.

8. Ibid.

9. Ibid., pp. 373-375; Jelavich, What the Habsburg Government Knew, pp. 134-135.

10. Dedijer, The Road to Sarajevo, pp. 294-301, 309; Jelavich, What the Habsburg Government Knew, p. 136.

11. Leslie, “The Antecedents”, p. 368; Funder, Vom Gestern ins Heute, p. 483; Dedijer, The Road to Sarajevo, pp. 405-407, 409-410.

12. Kronenbitter, Krieg im Frieden, p. 459; Dedijer, The Road to Sarajevo, p. 312; Funder, Vom Gestern ins Heute, p. 484.

13. Dedijer, The Road to Sarajevo, pp. 11-16, 316.

14. Margutti, The Emperor Francis Joseph, pp. 138-139.

15. Smith, One Morning in Sarajevo, p. 214; Hopman, Das ereignisreiche Leben, p. 381; Albertini, The Origins of the War, vol. ii, pp. 117-119; Hoetzsch, Die internationalen Beziehungen, pp. 106-107.

16. Stone, “Hungary and the July Crisis”, pp. 159-160.

17. Kronenbitter, Krieg im Frieden, pp. 460-462.

18. Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, p. 140; Hantsch, Leopold Graf Berchtold, pp. 558-559.

19. Musulin, Das Haus am Ballplatz, p. 226.

20. Leslie, “The Antecedents”, p. 320.

21. Wank, “Desperate Counsel”, p. 295; Leslie, “Osterreich-Ungarn”, p. 664.

22. Leslie, “Osterreich-Ungarn”, p. 665.

23. Stone, “Hungary and the July Crisis”, p. 161.

24. Albertini, The Origins of the War, vol. ii, pp. 150-155.

25. Leslie, “The Antecedents”, pp. 375-380.

26. Hantsch, Leopold Graf Berchtold, p. 559.

27. Bittner y Ubersberger, Österreich-Ungarns Aussenpolitik, p. 248.

28. Fellner, “Die ‘Mission Hoyos’”, p. 122; Albertini, The Origins of the War, vol. ii, pp. 129-130.

29. Turner, “Role of the General Staffs”, p. 308.

30. Bittner y Ubersberger, Österreich-Ungarns Aussenpolitik, p. 252; Albertini, The Origins of the War, vol. ii, pp. 133-135.

31. Fellner, “Die ‘Mission Hoyos’”, pp. 125-126, 137.

32. Véase por ejemplo: Albertini, The Origins of the War, vol. II, pp. 137-148; Geiss, July 1914, pp. 70-80; Kronenbitter, “‘Nur los lassen’”, p. 182.

33. Sösemann, “Die Tagebücher Kurt Riezlers”, p. 185.

34. Mombauer, Helmuth von Moltke, pp. 168-169, 177.

35. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, pp. 153-155.

36. Mommsen, “The Debate on German War Aims”, p. 60, nota 16.

37. Mombauer, Helmuth von Moltke, pp. 168-169.

38. Cecil, Wilhelm II, p. 172; Dülffer, “Kriegserwartung und Kriegsbild”, p. 785; Joll y Martel, The Origins of The First World War, p. 274; Förster, “Im Reich des Absurden”, pp. 251-252; Mombauer, Helmuth von Moltke, pp. 177, 181.

39. Förster, “Im Reich des Absurden”, p. 233.

40. Wolff, Tagebücher 1914-1919, pp. 63-65.

41. Bach, Deutsche Gesandtschaftsberichte, p. 63.

42. Groener, Lebenserinnerungen, p. 140.

43. Stevenson, Armaments, 363-364; Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 182.

44. Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 135.

45. Ibid., p. 173.

46. Herwig, “From Tirpitz Plan to Schlieffen Plan”, p. 58; Mombauer, Helmuth von Moltke, pp. 159-160, 212-213.

47. Lichnowsky y Delmer, Heading for the Abyss, pp. 379-380, nota.

48. Sösemann, “Die Tagebücher Kurt Riezlers”, p. 183.

49. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 105.

50. Herwig, “Imperial Germany”, p. 80; Sösemann, “Die Tagebücher Kurt Riezlers”, pp. 183-184.

51. Sösemann, “Die Tagebücher Kurt Riezlers”, pp. 184-185; Lichnowsky y Delmer, Heading for the Abyss, p. 392.

52. Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 195, nota 44; Lichnowsky y Delmer, Heading for the Abyss, p. 381; Sösemann, “Die Tagebücher Kurt Riezlers”, p. 184.

53. Fesser, Der Traum vom Platz, p. 181.

54. Lichnowsky y Delmer, Heading for the Abyss, p. 381.

55. Turner, “Role of the General Staffs”, 312; Geiss, July 1914, p. 65.

56. Fischer, War of Illusions, 478; Cecil, Wilhelm II, pp. 193-196.

57. Joll, 1914, p. 8.

58. Kronenbitter, “Die Macht der Illusionen”, p. 531; Williamson, Austria-Hungary, pp. 199-200.

59. Bittner y Ubersberger, Österreich-Ungarns Aussenpolitik, p. 248.

60. Geiss, July 1914, pp. 80-87; Sondhaus, Franz Conrad von Hötzendorf, p. 141; Williamson, Austria-Hungary, pp. 197-199.

61. Stone, “Hungary and the July Crisis”, pp. 166-168; Vermes, Istv’an Tisza, p. 226; Leslie, “The Antecedents”, p. 343.

62. Geiss, July 1914, pp. 114-115.

63. Jelavich, What the Habsburg Government Knew, p. 133.

64. Williamson, Austria-Hungary, 200-201; Geiss, July 1914, pp. 90-92.

65. Williamson, Austria-Hungary, p. 201.

66. Jelavich, Russia’s Balkan Entanglements, p. 256.

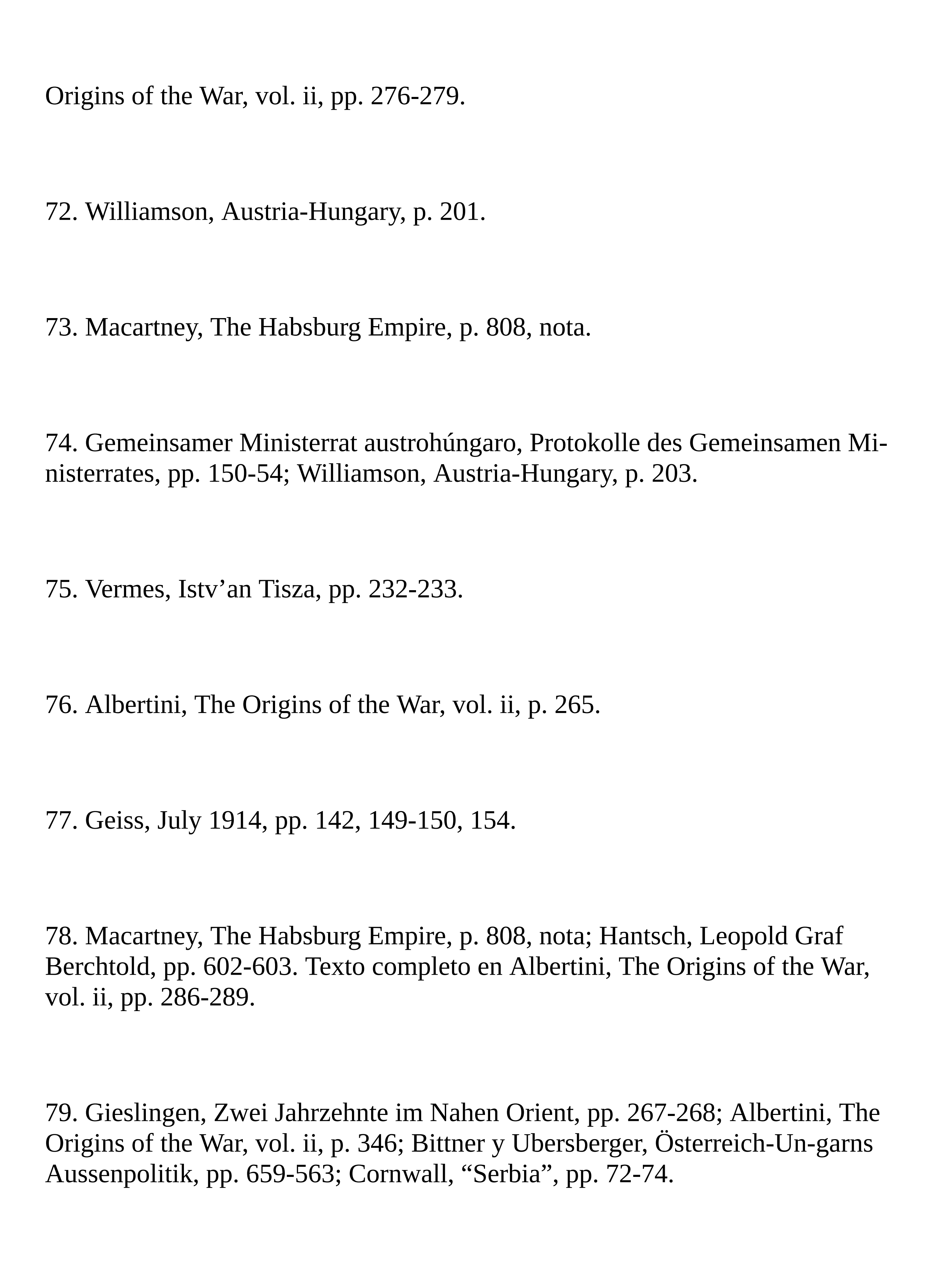
67. BD, vol. XI, 56, pp. 44-45.

68. Turner, “Role of the General Staffs”, p. 312; Fischer, War of Illusions, pp. 478-479; Geiss, July 1914, pp. 89-90.

69. Hoetzsch, Die internationalen Beziehungen, vol. iv, pp. 301-302; Jarausch, The Enigmatic Chancellor, pp. 161-162; Hertling y Lerchenfeld-Köfering, Briefwechsel Hertling-Lerchenfeld, p. 307.

70. BD, vol. IX, pp. 27, 19-20, 45, 37; Albertini, The Origins of the War, vol. II, pp. 272-275.

71. Gieslingen, Zwei Jahrzehnte im Nahen Orient, pp. 257-261; Albertini, The



Origins of the War, vol. ii, pp. 276-279.

72. Williamson, Austria-Hungary, p. 201.

73. Macartney, The Habsburg Empire, p. 808, nota.

74. Gemeinsamer Ministerrat austrohúngaro, Protokolle des Gemeinsamen Ministerrates, pp. 150-54; Williamson, Austria-Hungary, p. 203.

75. Vermes, Istv’an Tisza, pp. 232-233.

76. Albertini, The Origins of the War, vol. ii, p. 265.

77. Geiss, July 1914, pp. 142, 149-150, 154.

78. Macartney, The Habsburg Empire, p. 808, nota; Hantsch, Leopold Graf Berchtold, pp. 602-603. Texto completo en Albertini, The Origins of the War, vol. ii, pp. 286-289.

79. Gieslingen, Zwei Jahrzehnte im Nahen Orient, pp. 267-268; Albertini, The Origins of the War, vol. ii, p. 346; Bittner y Ubersberger, Österreich-Un-garns Aussenpolitik, pp. 659-563; Cornwall, “Serbia”, pp. 72-74.

80. BD, vol. XI, p. 92, p. 74; p. 107, p. 85; Stokes, “Serbian Documents from 1914”, pp. 71-74; Cornwall, “Serbia”, pp. 75-79, 82.

81. Kronenbitter, “Die Macht der Illusionen”, p. 536; Kronenbitter, “‘Nur los lassen’”, p. 159.

82. Albertini, The Origins of the War, vol. ii, pp. 373-375; Gieslingen, Zwei Jahrzehnte im Nahen Orient, pp. 268-272.

XIX

EL FIN DEL CONCIERTO DE EUROPA: EL IMPERIO AUSTROHÚNGARO LE DECLARA LA GUERRA A SERBIA

1. MacKenzie y MacKenzie, The Diary of Beatrice Webb, vol. III, pp. 203-205.

2. Kessler, Journey to the Abyss, pp. 631-640.

3. Mombauer, “A Reluctant Military Leader?”, p. 422.

4. Lieven, Nicholas II, p. 198.

5. Bestuzhev, “Russian Foreign Policy February-June 1914”, pp. 100-101.

6. Lieven, Russia and the Origins, p. 49.

7. Rogger, “Russia in 1914”, pp. 98-99.

8. Shukman, Rasputin, p. 58.

9. Bridge, “The British Declaration of War”, pp. 403-404.

10. Brock y Brock, H. H. Asquith, pp. 93, 122-123.

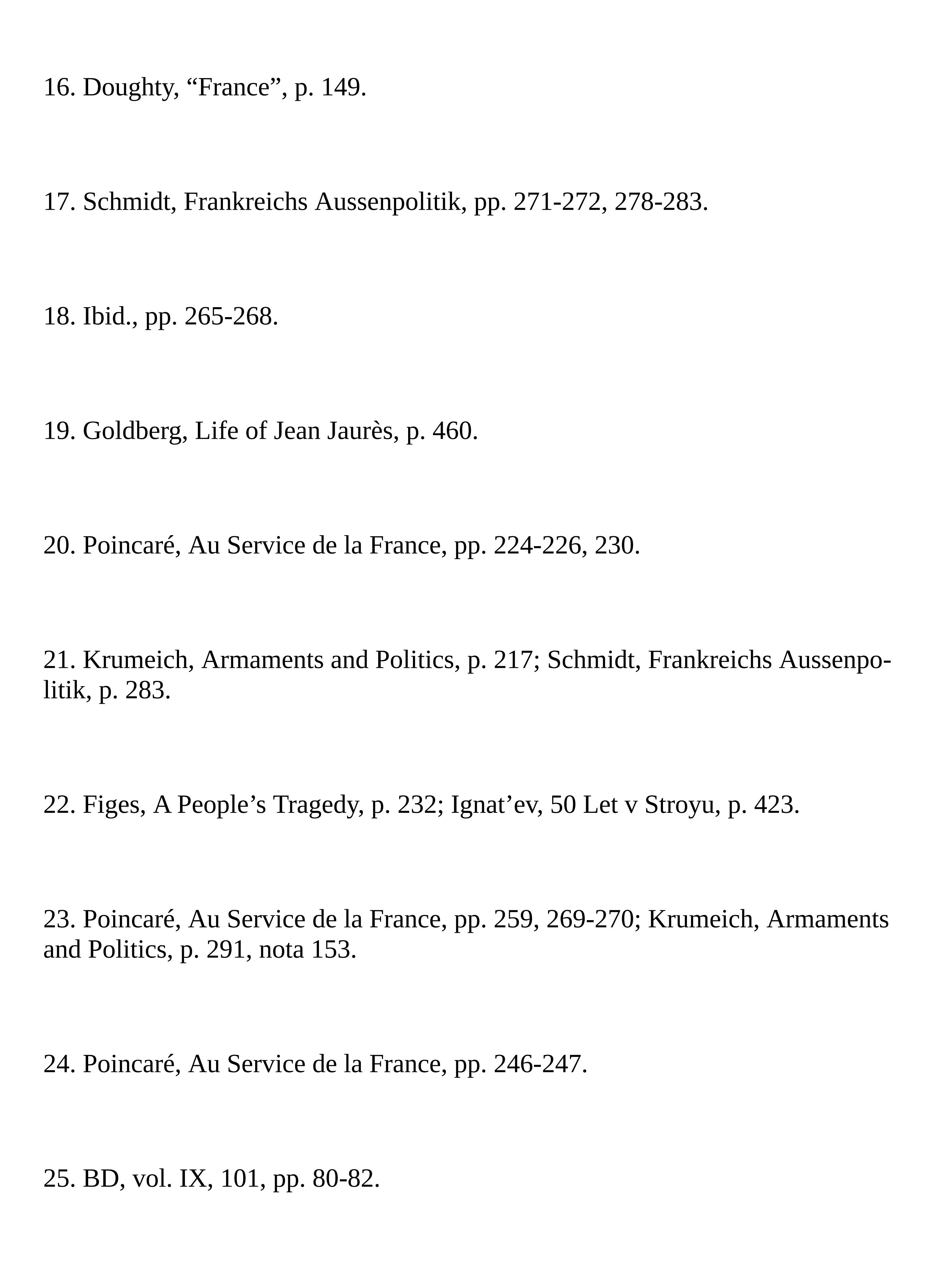
11. Rose, King George V, pp. 157-158.

12. Hazlehurst, Politicians at War, p. 31.

13. Messimy, Mes Souvenirs, pp. 126-127.

14. Cronin, Paris on the Eve, pp. 427-429.

15. Afflerbach, “The Topos of Improbable War”, p. 179.



16. Doughty, “France”, p. 149.

17. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 271-272, 278-283.

18. Ibid., pp. 265-268.

19. Goldberg, Life of Jean Jaurès, p. 460.

20. Poincaré, Au Service de la France, pp. 224-226, 230.

21. Krumeich, Armaments and Politics, p. 217; Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, p. 283.

22. Figes, A People’s Tragedy, p. 232; Ignat’ev, 50 Let v Stroyu, p. 423.

23. Poincaré, Au Service de la France, pp. 259, 269-270; Krumeich, Armaments and Politics, p. 291, nota 153.

24. Poincaré, Au Service de la France, pp. 246-247.

25. BD, vol. IX, 101, pp. 80-82.


26. Ibid., pp. 253-255; Williamson, Austria-Hungary, p. 203.

27. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, p. 78.

28. Hoetzsch, Die internationalen Beziehungen, vol. IV, p. 128.

29. Bridge, How the War Began, p. 27.

30. Lieven, Nicholas II, p. 201; Lieven, Russia and the Origins, pp. 108-109.

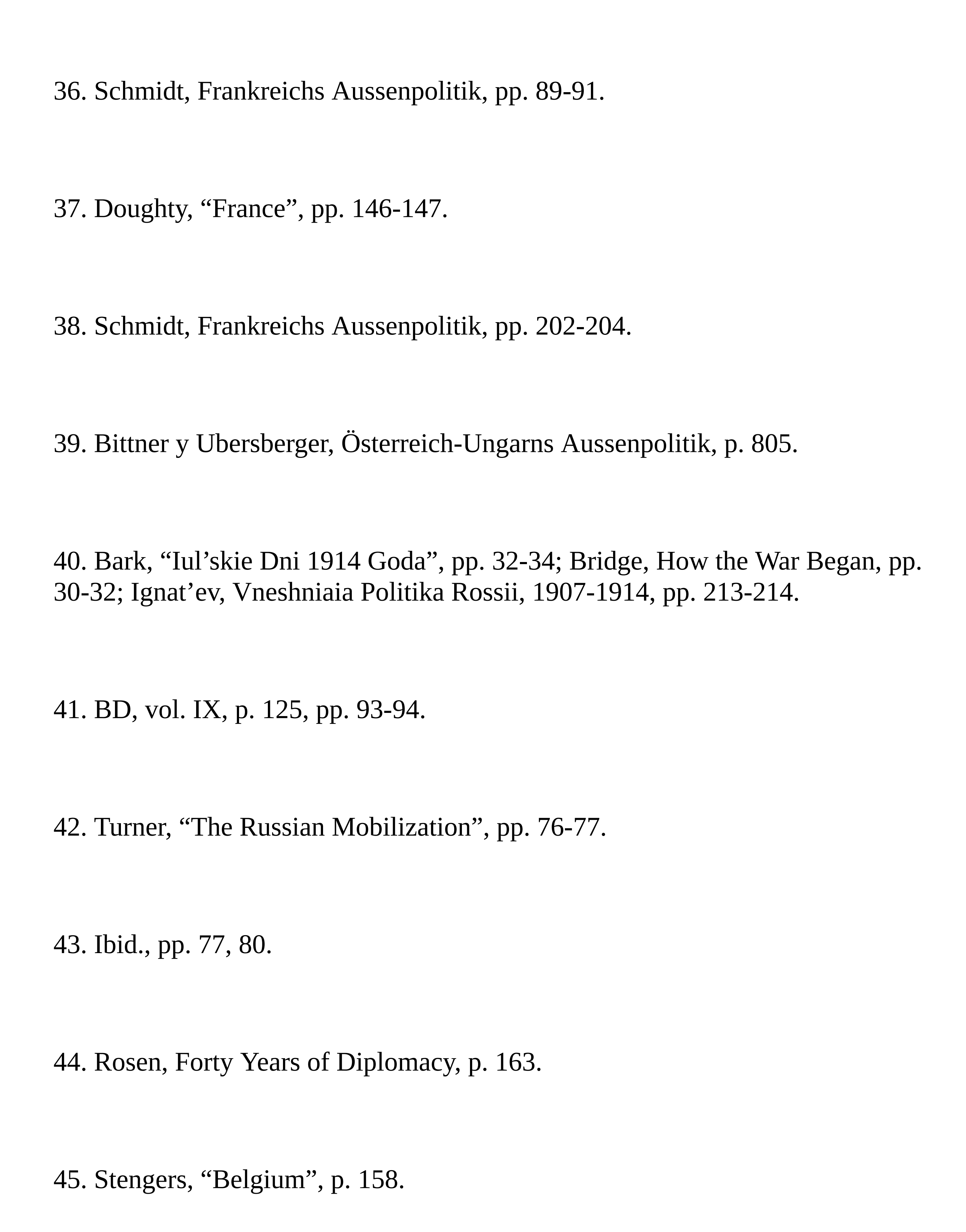
31. Turner, “The Russian Mobilization”, p. 74.

32. Ibid., p. 78.

33. Hayne, French Foreign Office, pp. 116-121; Schmidt, Frankreichs Aussenpoli-tik, pp. 227-228; Cairns, “International Politics”, p. 285.

34. BD, vol. IX, p. 101, pp. 80-82.

35. Turner, “The Russian Mobilization”, pp. 81, 83.



36. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 89-91.

37. Doughty, “France”, pp. 146-147.

38. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 202-204.

39. Bittner y Ubersberger, Österreich-Ungarns Aussenpolitik, p. 805.

40. Bark, “Iul’skie Dni 1914 Goda”, pp. 32-34; Bridge, How the War Began, pp. 30-32; Ignat’ev, Vneshniaia Politika Rossii, 1907-1914, pp. 213-214.

41. BD, vol. IX, p. 125, pp. 93-94.

42. Turner, “The Russian Mobilization”, pp. 76-77.

43. Ibid., pp. 77, 80.

44. Rosen, Forty Years of Diplomacy, p. 163.

45. Stengers, “Belgium”, p. 158.

46. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 335-42; Poincaré, Au Service de la France, p. 288; Krumeich, Armaments and Politics, pp. 219-220.

47. Turner, “The Russian Mobilization”, pp. 82-83; Poincaré, Au Service de la France, p. 302; Doughty, “French Strategy in 1914”, p. 443.

48. Lichnowsky y Delmer, Heading for the Abyss, p. 375.

49. Nicolson, Portrait of a Diplomatist, p. 295.

50. Ibid., p. 301.

51. Bridge, “The British Declaration of War”, p. 407; Haldane, An Autobiography, pp. 288-289; Cecil, Albert Ballin, pp. 205-209.

52. Bridge, “The British Declaration of War”, p. 408; Wilson, The Policy of the Entente, pp. 135-6; BD, vol. XI, 91, pp. 73-74, 104, 83-84.

53. Geiss, July 1914, pp. 183-184.

54. Bülow, Memoirs of Prince von Bulow, vol. III, pp. 122-123.

55. Lichnowsky y Delmer, Heading for the Abyss, pp. 368-469.

56. Nicolson, Portrait of a Diplomatist, p. 301.

57. Hobhouse, Inside Asquith’s Cabinet, pp. 176-177; Robbins, Sir Edward Grey, pp. 289-290.

58. BD, vol. IX, p. 185, p. 128.

59. BD, vol. IX, p. 170, pp. 120-121.

60. BD, vol. IX, p. 216, p. 148.

61. Eubank, Paul Cambon, p. 171.

62. Ibid., p. 169.

63. Trumpener, “War Premeditated?”, pp. 66-67; Bittner y Ubersberger, Österreich-Ungarns Aussenpolitik, pp. 739, 741.

64. Cecil, Wilhelm II, pp. 202-203.

65. Bridge, Russia, p. 52.

66. BD, vol. IX, p. 135, p. 99; p. 147, p. 103; The Times, 27 de julio de 1914; Bark, “Iul’skie Dni 1914 Goda”, p. 26; Bittner y Ubersberger, Österreich-Ungarns Aussenpolitik, p. 759; Verhey, Spirit of 1914, pp. 28-31.

67. BD, vol. XI, p. 162, p. 116; p. 245, pp. 160-161.

68. Renzi, “Italy’s Neutrality”, pp. 1419-1420.

69. Ibid., pp. 1421-1422.

70. Hobhouse, Inside Asquith’s Cabinet, p. 177.

71. Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 345.

72. Afflerbach, “Wilhelm II as Supreme Warlord”, p. 432.

73. Ignat’ev, Vneshniaia Politika Rossii, 1907-1914, pp. 218-219.

74. Geiss, July 1914, p. 283.

75. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 171.

76. Albertini, The Origins of the War, vol. II, pp. 460-461.

77. Vermes, Istv’an Tisza, p. 234.

78. Rosen, Forty Years of Diplomacy, p. 163.

XX

LAS LUCES SE APAGAN: LA ÚLTIMA SEMANA DE PAZ EN EUROPA

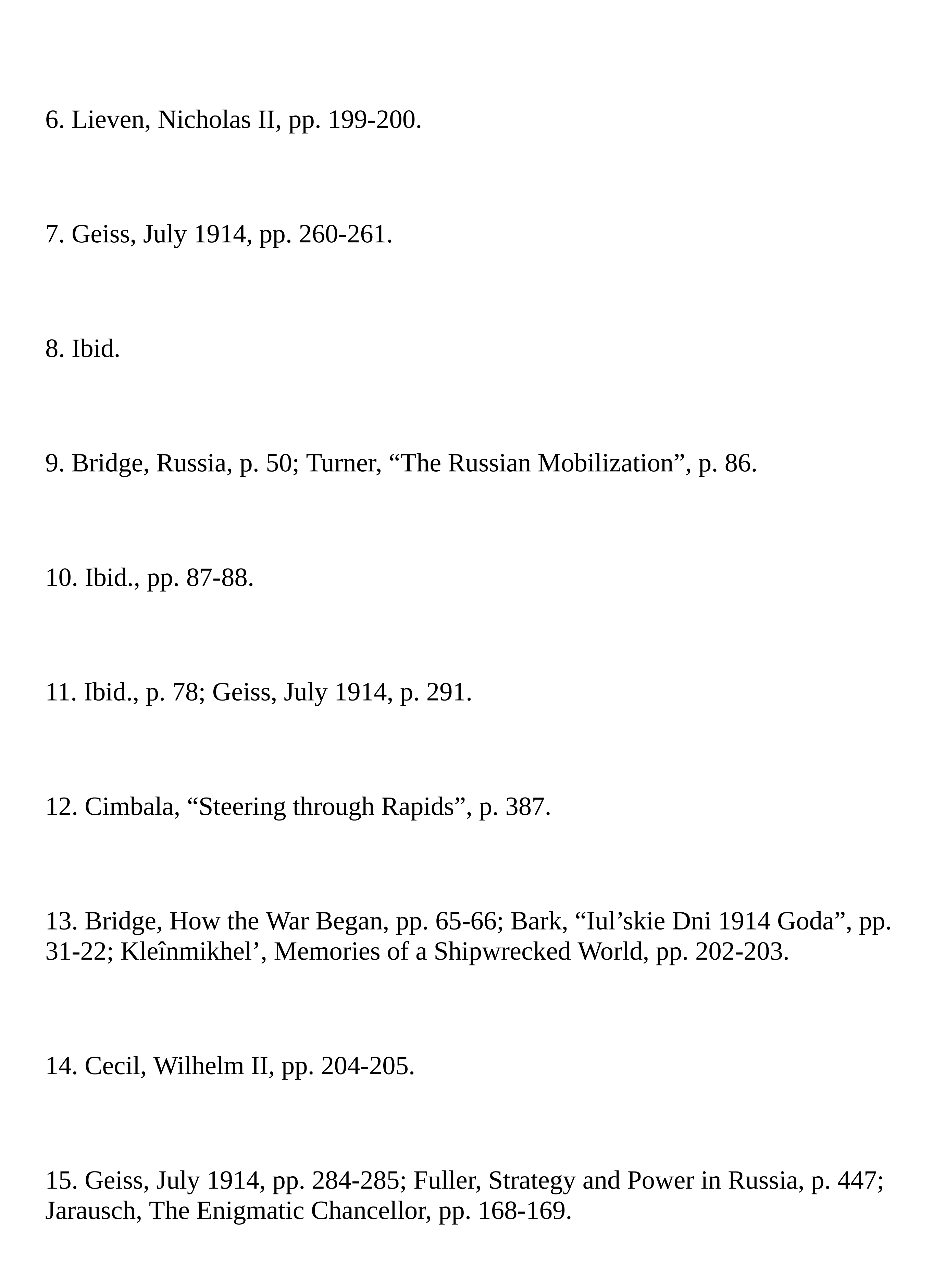
1. Zweig, The World of Yesterday, pp. 243-245.

2. BD, vol. XI, p. 270, p. 174; Poincaré, Au Service de la France, p. 368.

3. Keiger, The Inverted Mirror, p. 171.

4. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 335-342; Turner, “The Russian Mobilization”, p. 83.

5. Schmidt, Frankreichs Aussenpolitik, pp. 345-347; Herwig, The Marne, p. 17.


6. Lieven, Nicholas II, pp. 199-200.

7. Geiss, July 1914, pp. 260-261.

8. Ibid.

9. Bridge, Russia, p. 50; Turner, “The Russian Mobilization”, p. 86.

10. Ibid., pp. 87-88.

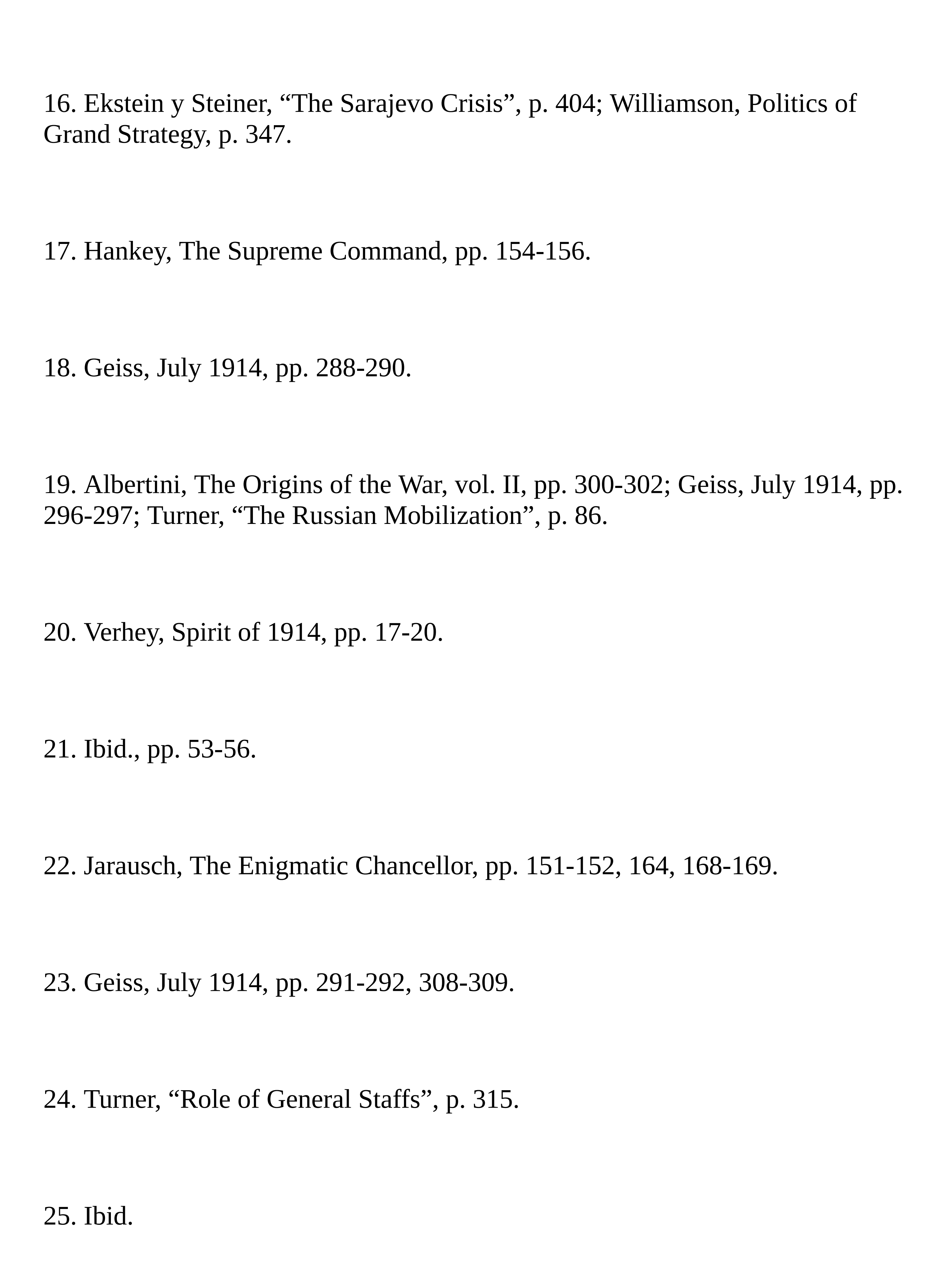
11. Ibid., p. 78; Geiss, July 1914, p. 291.

12. Cimbala, “Steering through Rapids”, p. 387.

13. Bridge, How the War Began, pp. 65-66; Bark, “Iul’skie Dni 1914 Goda”, pp. 31-22; Kleînmikhel’, Memories of a Shipwrecked World, pp. 202-203.

14. Cecil, Wilhelm II, pp. 204-205.

15. Geiss, July 1914, pp. 284-285; Fuller, Strategy and Power in Russia, p. 447; Jarausch, The Enigmatic Chancellor, pp. 168-169.



16. Ekstein y Steiner, “The Sarajevo Crisis”, p. 404; Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 347.

17. Hankey, The Supreme Command, pp. 154-156.

18. Geiss, July 1914, pp. 288-290.

19. Albertini, The Origins of the War, vol. II, pp. 300-302; Geiss, July 1914, pp. 296-297; Turner, “The Russian Mobilization”, p. 86.

20. Verhey, Spirit of 1914, pp. 17-20.

21. Ibid., pp. 53-56.

22. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, pp. 151-152, 164, 168-169.

23. Geiss, July 1914, pp. 291-292, 308-309.

24. Turner, “Role of General Staffs”, p. 315.

25. Ibid.

26. Gemeinsamer Ministerrat austrohúngaro, Protokolle des Gemeinsamen Ministerrates, pp. 156-157.

27. Albertini, The Origins of the War, vol. II, pp. 669-670.

28. Geiss, July 1914, p. 323.

29. Mombauer, Helmuth von Moltke, pp. 199-200; Hewitson, Germany and the Causes, p. 197; Turner, “Role of General Staffs”, pp. 314-315.

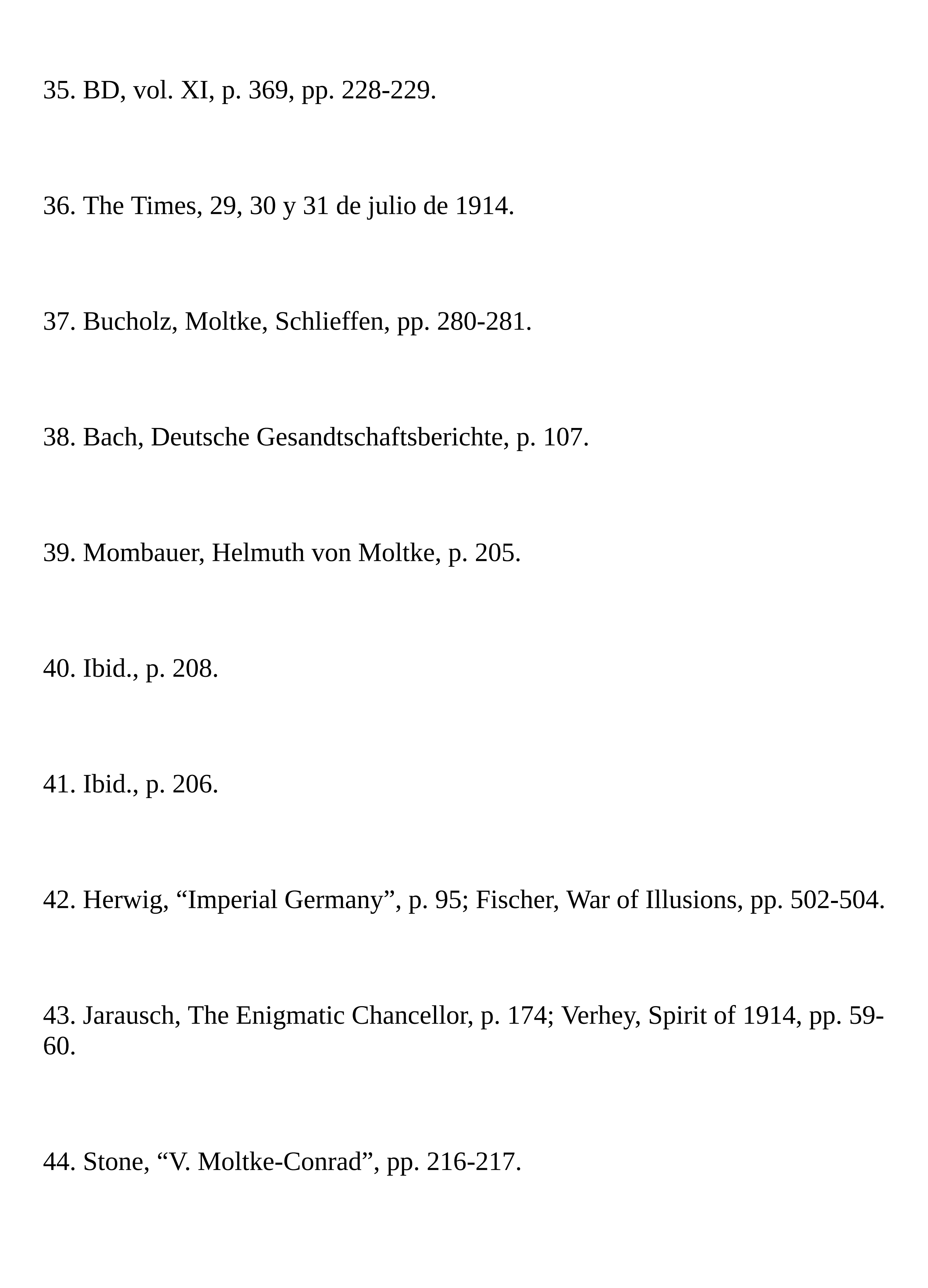
30. Cecil, Wilhelm II, p. 204.

31. BD, vol. XI, p. 293, pp. 185-186.

32. BD, vol. XI, p. 303, p. 193; Robbins, Sir Edward Grey, pp. 293-294.

33. Wilson, The Policy of the Entente, pp. 140-3; Hazlehurst, Politicians at War, pp. 84-87.

34. Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 349.


35. BD, vol. XI, p. 369, pp. 228-229.

36. The Times, 29, 30 y 31 de julio de 1914.

37. Bucholz, Moltke, Schlieffen, pp. 280-281.

38. Bach, Deutsche Gesandtschaftsberichte, p. 107.

39. Mombauer, Helmuth von Moltke, p. 205.

40. Ibid., p. 208.

41. Ibid., p. 206.

42. Herwig, “Imperial Germany”, p. 95; Fischer, War of Illusions, pp. 502-504.

43. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 174; Verhey, Spirit of 1914, pp. 59-60.

44. Stone, “V. Moltke-Conrad”, pp. 216-217.

45. Albertini, The Origins of the War, pp. 670-671; Williamson, Austria-Hungary, pp. 206-208.

46. Stone, “V. Moltke-Conrad”, p. 217.

47 Afflerbach, “Wilhelm II as Supreme Warlord”, p. 433, nota 22.

48. Verhey, Spirit of 1914, pp. 46-50, 62-64, 68, 71; Stargardt, The German Idea of Militarism, pp. 145-149.

49. Mombauer, Helmuth von Moltke, pp. 216-220.

50. Groener, Lebenserinnerungen, pp. 141-142, 145-146.

51. Mombauer, Helmuth von Moltke, pp. 219-224.

52. Ibid., pp. 223-224.

53. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, pp. 174-175.

54. The Times, 1 de agosto de 1914.

55. BD, vol. XI, p. 510, pp. 283-285.

56. Robbins, Sir Edward Grey, p. 295; Wilson, The Policy of the Entente, pp. 136-137; Brock y Brock, H. H. Asquith, p. 38.

57. DDF, tercera serie, p. 532, pp. 424-425; BD, vol. IX, p. 447, p. 260.

58. Nicolson, Portrait of a Diplomatist, p. 304.

59. Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 353, nota 34; Nicolson, Portrait of a Diplomatist, pp. 304-305; Hazlehurst, Politicians at War, p. 88.

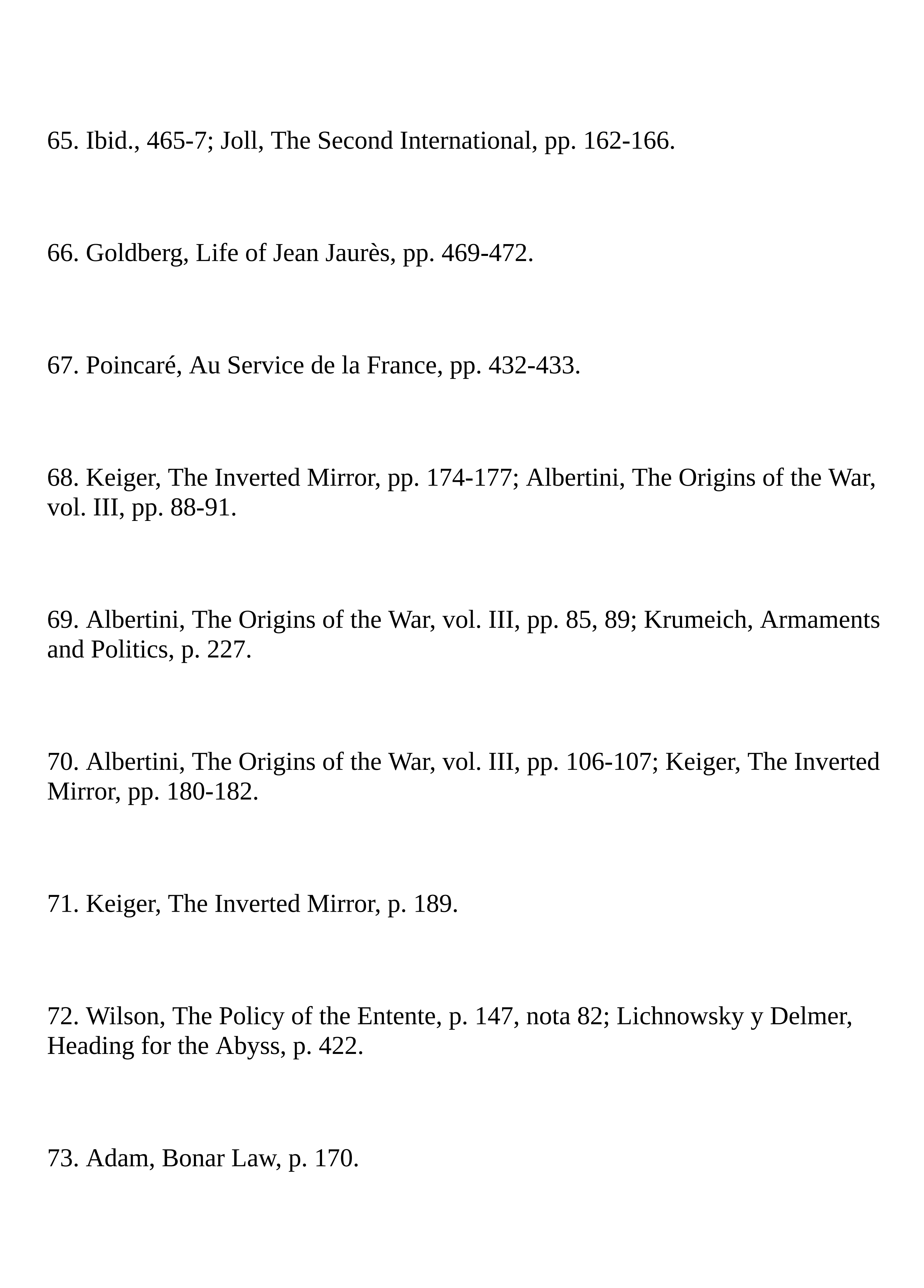
60. Bodleian Libraries, Oxford, Papers of Sir Eyre Alexander Barby Wichart Crowe, MS ENG. E. 3020, pp. 1-2.

61. Bridge, Russia, pp. 76-79.

62. Voeikov, Tsarem I Bez Tsarya, p. 110.

63. Lieven, Nicholas II, p. 203.

64. Goldberg, Life of Jean Jaurès, pp. 463-464.



65. Ibid., 465-7; Joll, The Second International, pp. 162-166.

66. Goldberg, Life of Jean Jaurès, pp. 469-472.

67. Poincaré, Au Service de la France, pp. 432-433.

68. Keiger, The Inverted Mirror, pp. 174-177; Albertini, The Origins of the War, vol. III, pp. 88-91.

69. Albertini, The Origins of the War, vol. III, pp. 85, 89; Krumeich, Armaments and Politics, p. 227.

70. Albertini, The Origins of the War, vol. III, pp. 106-107; Keiger, The Inverted Mirror, pp. 180-182.

71. Keiger, The Inverted Mirror, p. 189.

72. Wilson, The Policy of the Entente, p. 147, nota 82; Lichnowsky y Delmer, Heading for the Abyss, p. 422.

73. Adam, Bonar Law, p. 170.

74. Hazlehurst, Politicians at War, pp. 96-97; Brock y Brock, H. H. Asquith, p. 145; Wilson, The Policy of the Entente, pp. 136 y ss.

75. Hankey, The Supreme Command, pp. 161-162; Hazlehurst, Politicians at War, pp. 97-100.

76. Geiss, July 1914, p. 231.

77. Stengers, “Belgium”, pp. 152-155.

78. Ibid., pp. 161-163.

79. BD, vol. XI, p. 670, pp. 349-350; Tuchman, The Guns of August, pp. 107-108; The Times, 4 de agosto de 1914.

80. Brock y Brock, H. H. Asquith, p. 150.

81. Grey, Twenty-five Years, vol. II, pp. 12-13.

82. Robbins, Sir Edward Grey, p. 296.

83. Grey, Twenty-five Years, vol. II, p. 20; Nicolson, Portrait of a Diplomatist, pp. 305-306.

84. Grey, Twenty-five Years, vol. II, pp. 321-322; Wilson, The Policy of the Entente, pp. 145-146; Gran Bretaña, debates parlamentarios, Cámara de los comunes, quinta serie, vol. LXV, 1914, cols. 1809-1834; The Times, 4 de agosto de 1914.

85. Hazlehurst, Politicians at War, p. 32; Grigg, Lloyd George, p. 154.

86. BD, vol. IX, p. 147, pp. 240-241; Schoen, Memoirs of an Ambassador, pp. 200-201, 204.

87. Krumeich, Armaments and Politics, p. 229.

88. The Times, 5 de agosto de 1914.

89. Joll, The Second International, pp. 171-176.

90. Hollweg, Reflections on the World War, p. 158, nota; Jarausch, The Enigmatic Chancellor, pp. 176-177; BD, vol. XI, p. 671, pp. 350-354.

91. Jarausch, The Enigmatic Chancellor, p. 181.

92. Cecil, Wilhelm II, pp. 208-209.

93. Williamson, Politics of Grand Strategy, p. 361.

94. Gregory, Walter Hines Page, pp. 51-52.

95. Ibid., p. 151.

96. Joll, 1914, p. 15.

97. Lubbock, Letters of Henry James, p. 389.

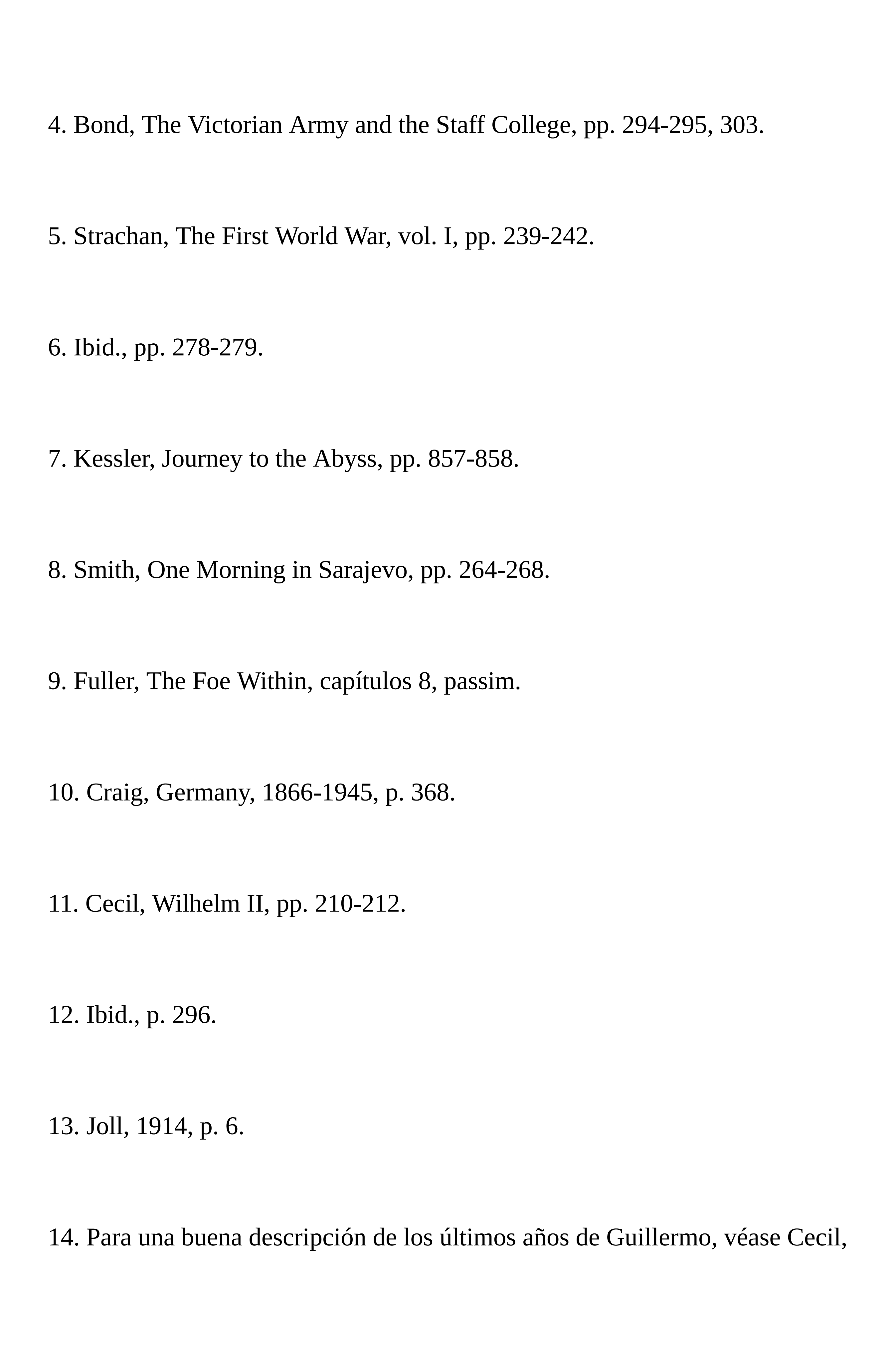
EPÍLOGO

LA GUERRA

1. Morison, Letters of Theodore Roosevelt, p. 790.

2. Bosworth, Italy and the Approach, p. 78.

3. Brock y Brock, H. H. Asquith, p. 130, nota 2.



4. Bond, The Victorian Army and the Staff College, pp. 294-295, 303.

5. Strachan, The First World War, vol. I, pp. 239-242.

6. Ibid., pp. 278-279.

7. Kessler, Journey to the Abyss, pp. 857-858.

8. Smith, One Morning in Sarajevo, pp. 264-268.

9. Fuller, The Foe Within, capítulos 8, passim.

10. Craig, Germany, 1866-1945, p. 368.

11. Cecil, Wilhelm II, pp. 210-212.

12. Ibid., p. 296.

13. Joll, 1914, p. 6.

14. Para una buena descripción de los últimos años de Guillermo, véase Cecil,

Wilhelm II, capítulos 14-16.

BIBLIOGRAFÍA

ADAM, R. J. Q., Bonar Law, londres, 1999.

ADAMTHWAITE, A., Grandeur and Misery: France's Bid for Power in Europe 1914-1940, Nueva York, 1995.

ADDISON, M. y O'Grady, J., Diary of a European Tour, 1900, Montreal, 1999.

AEHRENTHAL, A. L. v., Aus dem Nachlass Aehrenthal. Briefe und Dokumente zur Österreichisch-Ungarischen Innenund Aussenpolitik 1885-1912, Graz, 1994.

AFFLERBACH, H., Der Dreibund. Europäische Großmachtund Allianzpolitik vor dem Ersten Weltkrieg, Viena, 2002.

—, Falkenhayn. Politisches Denken und Handeln im Kaiserreich, Múnich, 1994.

—, "The Topos of Improbable War in Europe before 1914", en H. Afflerbach y D. Stevenson, eds., An Improbable War? The Outbreak of World War I and European Political Culture before 1914, Nueva York, 2007, pp. 161-182.

—, “Wilhelm II as Supreme Warlord in the First World War”, War in History, vol. 5, n° 4, 1998, pp. 427-429.

AIRAPETOV, O. R., ed., Generalui, Liberalui i Predprinimateli: Rabota Na Front i Na Revolyutsiyu 1907-1917, Moscú, 2003.

—, Poslednyaya Voina Imperatorskoi Rossii: Sbornik Statei, Moscú, 2002.

—, “K voprosu o prichinah porazheniya russkoi armii v vostochno-prusskoi operatsii”, zapadrus.su/rusmir/istf/327-2011-04-26-13-04-00.html

ALBERTINI, L., The Origins of the War of 1914, Londres, 1957.

ALLAIN, J., Joseph Caillaux: Le Défi victorieux, 1863-1914, París, 1978.

ANDERSON, M. S., The Rise of Modern Diplomacy, 1450-1919, Londres, 1993.

ANDREW, C., “France and the German Menace”, en E. R. May, ed., Knowing One’s Enemies: Intelligence Assessments before the Two World Wars, Princeton, 1986, pp. 127-149.

—, Théophile Delcassé and the Making of the Entente Cordiale: A Reappraisal of French Foreign Policy 1898-1905, Londres, 1968.

ANGELL, N., The Great Illusion, Toronto, 1911.

ANGELOW, J., Der Weg in die Katastrophe: Der Zerfall des alten Europa, 1900-1914, Berlín, 2010.

—, “Der Zweibund zwischen Politischer aufund militärischer Abwertung”, Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs, vol. 44, 1996, pp. 25-74.

ARMOUR, I. D., “Colonel Redl: Fact and Fantasy”, Intelligence and National Security, vol. 2, n° 1, 1987, pp. 170-183.

BACH, A., ed., Deutsche Gesandtschaftsberichte zum Kriegsausbruch 1914. Berich-te und Telegramme der Badischen, Sächsischen und Württembergischen Ge-sandtschaften in Berlin aus dem Juli und August 1914, Berlín, 1937.

BAERNREITHER, J. M. y REDLICH, J., Fragments of a Political Diary, Londres, 1930.

BALFOUR, M. L. G., The Kaiser and His Times, Nueva York, 1972 [ed. esp.: El kaiser Guillermo II, F. Ximénez de Sandoval, tr., Cid, Madrid, 1968].

BáNFFY, M., They Were Divided: The Writing on the Wall, versión Kindle, 2010 [ed. esp.: El reino dividido, E. Cserháti y A. M. Fuentes Gaviño, trs., Libros del Asteroide, Barcelona, 2010].

BARCLAY, T., Thirty Years: Anglo-French Reminiscences, 1876-1906, Londres, 1914.

BARK, P. L., “Iul’skie Dni 1914 Goda: Nachalo Velikoy Voinui. Iz Vospominany P. L. Barka, Poslednego Ministra Finansov Rossiiskogo Impera-torskogo Pravitel’Stva”, Vozrozhdenie, n° 91, 1959, pp. 17-45.

BARRACLOUGH, G., From Agadir to Armageddon: Anatomy of a Crisis, Londres, 1982.

BECKER, J. J., 1914, Comment les Français sont entrés dans la Guerre: Contribution a l’étude de l’opinion publique printemps-été 1914, París, 1977.

BEESLY, E. S., Queen Elizabeth, Londres, 1906.

BERGHAHN, V., Germany and the Approach of War in 1914, Londres, 1973.

–, “War Preparations and National Identity in Imperial Germany”, en M. F. Boemeke, R. Chickering, y S. Förster, eds., Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914, Cambridge, 1999, pp. 307-326.

BERNHARDI, F. v., Germany and the Next War, Londres, 1914.

BESTUZHEV, I. V., “Russian Foreign Policy February-June 1914”, Journal of Contemporary History, vol. 1, n° 3, 1966, pp. 93-112.

BETHMANN HOLLWEG, T. V., Reflections on the World War, Londres, 1920.

BEYENS, H., Germany before the War, Londres, 1916.

BITTNER, L. y UBERSBERGER, H., eds., Österreich-Ungarns Aussenpolitik von der Bosnischen Krise 1908 bis zum Kriegsausbruch 1914. Diplomatische Aktenstücke des Österreichisch-Ungarischen Ministeriums desÄussern, Viena, 1930.

BLOCH, I. S., The Future of War in its Technical Economic and Political Relations: Is War Now Impossible?, Toronto, 1900.

–, “The Wars of the Future”, Contemporary Review, vol. 80, 1901, pp. 305-332.

BLOM, P., The Vertigo Years: Change and Culture in the West, 1900-1914, Londres, 2008 [ed. esp.: Años de vértigo: cultura y cambio en Occidente, 1900-1914, D. Najmías Bentolilla, tr., Anagrama, Barcelona, 2010].

BODGER, A., “Russia and the End of the Ottoman Empire”, en M. Kent, ed., The Great Powers and the End of the Ottoman Empire, Londres, 1996, pp. 76-110.

BOEMEKE, M. F., CHICKERING, R., y FORSTER, S., eds., Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914, Cambridge, 1999.

BOGHITSCHEWITSCH, M., ed., Die auswärtige Politik Serbiens 1903-1914, Berlín, 1931.

BOND, B., The Victorian Army and the Staff College 1854-1914, Londres, 1972.

BOSWORTH, R., "Britain and Italy's Acquisition of the Dodecanese, 1912-1915", Historical Journal, vol. 13, n° 4, 1970, pp. 683-705.

—, Italy and the Approach of the First World War, Londres, 1983.

BOURDON, G., The German Enigma, París, 1914.

BOYER, J. W., "The End of an Old Regime: Visions of Political Reform in Late Imperial Austria", Journal of Modern History, vol. 58, n° 1, 1986, pp. 159-193.

BRIDGE, F. R., "Austria-Hungary and the Boer War", en K. M. Wilson, ed., The International Impact of the Boer War, Chesham, 2001, pp. 79-96.

–, "The British Declaration of War on Austria-Hungary in 1914", Slavonic and East European Review, vol. 47, n° 109, 1969, pp. 401-422.

–, “The Entente Cordiale, 1904-1914: An Austro-Hungarian Perspective”, Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs, vol. 53, 2009, pp. 335-351.

–, The Habsburg Monarchy among the Great Powers, 1815-1918, Nueva York, 1990.

–, “Isvolsky, Aehrenthal, and the End of the Austro-Russian Entente, 1906-1908.”, Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs, vol. 20, 1976, pp. 315-362.

–, From Sadowa to Sarajevo: The Foreign Policy of Austria-Hungary, 1866-1914, Londres, 1972.

–, “Tarde Venientibus Ossa: Austro-Hungarian Colonial Aspirations in Asia Minor 1913-1914”, Middle Eastern Studies, vol. 6, n° 3, 1970, pp. 319-330.

BRIDGE, W. C., How the War Began in 1914, Londres, 1925

BRINKER-GABLER, G., ed., Kämpferin für den Frieden: Bertha von Suttner. Le-benserinnerungen, Reden und Schriften: Eine Auswahl, Fráncfort del Meno, 1982.

BROCK, M. y BROCK, E., eds., H. H. Asquith: Letters to Venetia Stanley, Oxford, 1982.

BRUSILOV, A. A., A Soldier’s Notebook 1914-1918, Londres, 1930.

BÜLOW, B., Memoirs of Prince von Bulow, Boston, 1931.

BURKHARDT, J., “Kriegsgrund Geschichte? 1870, 1813, 1756 - historische Argumente und Orientierungen bei Ausbruch des Ersten Weltkriegs”, en J. Burkhardt, J. Becker, S. Förster, y G. Kronenbitter, eds., Lange und kurze Wege in den Ersten Weltkrieg: Vier Augsburger Beitraeger zur Kriesursa-chenforschung, Múnich, 1996, pp. 9-86.

BURKHARDT, J., BECKER, J., FÖRSTER, S., y KRONENBITTER, G., eds., Lange und kurze Wege in den Ersten Weltkrieg: Vier Augsburger Beitraeger zur Kriesursa-chenforschung, Múnich, 1996.

BURROWS, M., The History of the Foreign Policy of Great Britain, Londres, 1895.

BUSHNELL, J., “The Tsarist Officer Corps, 1881-1914: Customs, Duties, Inefficiency”, American Historical Review, vol. 86, n° 4, 1981, pp. 753-780.

BUTTERWORTH, A., The World that Never Was: A True Story of Dreamers, Schemers, Anarchists and Secret Agents, Londres, 2010.

CAIRNS, J. C., “International Politics and the Military Mind: The Case of the French Republic, 1911-1914”, Journal of Modern History, vol. 25, n° 3, 1953,

pp. 273-285.

CALLWELL, C. E., Field-Marshal Sir Henry Wilson: His Life and Diaries, Londres, 1927.

CAMBON, P., Correspondance, 1870-1924, vol. III: 1912-1924, París, 1940-1946.

CANNADINE, D., The Decline and Fall of the British Aristocracy, New Haven, CT, 1990.

CANNADINE, D., KEATING, J., y SHELDON, N., The Right Kind of History: Teaching the Past in Twentieth-Century England, Nueva York, 2012.

CARTER, M., The Three Emperors: Three Cousins, Three Empires and the Road to World War One, Londres, 2009.

CEADEL, M., Living the Great Illusion: Sir Norman Angell, 1872-1967, Oxford, 2009.

–, Semi-Detached Idealists: The British Peace Movement and International Relations, 1854-1945, Oxford, 2000.

CECIL, G., Life of Robert Marquis of Salisbury, 4 vols., Londres, 1921-1932.

CECIL, L., Albert Ballin: Business and Politics in Imperial Germany, 1888-1918, Princeton, 1967.

–, The German Diplomatic Service, 1871-1914, Princeton, 1976.

–, Wilhelm II, vol. ii: Emperor and Exile, 1900-1941, Chapel Hill, 1989.

CHANDLER, R., “Searching for a Saviour”, Spectator, 31 de marzo de 2012.

CHARYKOV, N. V., Glimpses of High Politics: Through War & Peace, 1855-1929, Londres, 1931.

CHICKERING, R., Imperial Germany and a World without War: The Peace Movement and German Society, 1892-1914, Princeton, 1975.

–, “Problems of a German Peace Movement, 1890-1914”, en S. Wank, ed., Doves and Diplomats: Foreign Offices and Peace Movements in Europe and America in the Twentieth Century, Londres, 1978, pp. 42-54.

–, “War, Peace, and Social Mobilization in Imperial Germany”, en C. Chatfield y P. Van den Dungen, eds., Peace Movements and Political Cultures, Knoxville, 1988, pp. 3-22.

CHURCHILL, W. S., The World Crisis, 1911-1918, vol. I: 1911-1914, Londres, 1923.

CIMBALA, S. J., “Steering through Rapids: Russian Mobilization and World War I”, Journal of Slavic Military Studies, vol. 9, n° 2, 1996, pp. 376-398.

CLARK, C., Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947, Londres, 2007.

–, Kaiser Wilhelm II, Harlow, 2000.

–, The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914, Londres, 2012.

CLIFFORD, C., The Asquiths, Londres, 2002.

COOPER, M. B., “British Policy in the Balkans, 1908-1909”, Historical Journal, vol. 7, n° 2, 1964, pp. 258-279.

COOPER, S. E., “Pacifism in France, 1889-1914: International Peace as a Human Right”, French Historical Studies, vol. 17, n° 2, 1991, pp. 359-386.

–, Patriotic Pacifism: Waging War on War in Europe, 1815-1914, Oxford, 1991.

CORNWALL, M., “serbia”, en K. M. Wilson, ed., Decisions for War, 1914, Londres, 1995.

CRAIG, G. A., Germany, 1866-1945, Oxford, 1978.

–, The Politics of the Prussian Army, 1640-1945, Oxford, 1964.

CRAMPTON, R. J., “August Bebel and the British Foreign Office”, History, vol. 58, n° 193, 1973, pp. 218-232.

–, “The Balkans as a Factor in German Foreign Policy, 1912-1914”, Slavonic and East European Review, vol. 55, n° 3, 1977, pp. 370-390.

–, “The Decline of the Concert of Europe in the Balkans, 1913-1914, Slavonic and East European Review, vol. 52, n° 128, 1974, pp. 393-419.

–, The Hollow Detente: Anglo-German Relations in the Balkans, 1911-1914, Londres, 1979.

CRONIN, V., Paris on the Eve, 1900-1914, Londres, 1989.

CSÀKY, I., Vom Geachteten zum Geächteten: Erinnerungen des k. und k. Diplomaten und k. Ungarischen Aussenministers Emerich Csaky, 1882-1961, Weimar, 1994.

CZERNIN, C. O., In the World War, Londres, 1919.

DANGERFIELD, G., The Strange Death of Liberal England, 1910-1914, Nueva York, 1961.

DE BURGH, E., Elizabeth, Empress of Austria: A Memoir, Londres, 1899.

DEÀK, I., Beyond Nationalism: A Social and Political History of the Habsburg Officer Corps, 1848-1918, Oxford, 1992.

DEDIJER, V., The Road to Sarajevo, Londres, 1967.

DIÓSZEGI, I., Hungarians in the Ballhausplatz: Studies on the Austro-Hungarian Common Foreign Policy, Budapest, 1983.

DOCKRILL, M. L., “British Policy during the Agadir Crisis of 1911”, en F. H. Hinsley, ed., British Foreign Policy under Sir Edward Grey, Cambridge, 1977, pp. 271-287.

DOUGHTY, R., “France”, en R. F. Hamilton y H. H. Herwig, eds., War Planning, 1914, Cambridge, 2010, pp. 143-174.

–, “French Strategy in 1914: Joffre’s Own”, Journal of Military History, vol. 67,

2003, pp. 427-454.

–, Pyrrhic Victory: French Strategy and Operations in the Great War, Londres, 2005.

DOWLER, W., Russia in 1913, DeKalb, 2010.

DÜLFFER, J., “Chances and Limits of Arms Control 1898-1914”, en H. Afflerbach y D. Stevenson, eds., An Improbable War: The Outbreak of World War I and European Political Culture before 1914, Oxford, 2007, pp. 95-112.

–, “Citizens and Diplomats: The Debate on the First Hague Conference, 1899 in Germany”, en C. Chatfield y P. Van den Dungen, eds., Peace Movements and Political Cultures, Knoxville, 1988, pp. 23-39.

–, “Efforts to Reform the International System and Peace Movements before 1914”, Peace & Change, vol. 14, n° 1, 1989, pp. 24-45.

–, “Kriegserwartung und Kriegsbild in Deutschland vor 1914”, en W. Mi-chalka, ed., Der Erste Weltkrieg: Wirkung, Wahrnehmung, Analyse, Múnich, 1994, pp. 778-798.

DUMAS, F. G., ed., The Franco-British Exhibition: Illustrated Review, 1908, Londres, 1908.

DUNGEN, P. v. D., “Preventing Catastrophe: The World’s First Peace Museum”, Ritsumeikan Journal of International Studies, vol. 18, n° 3, 2006, pp. 449-462.

EBY, C., The Road to Armageddon: The Martial Spirit in English Popular Literature, 1870-1914, Durham, NC, 1987.

ECHEVARRIA, A. J., “Heroic History and Vicarious War: Nineteenth-Century German Military History Writing”, The Historian, vol. 59, n° 3, 1997, pp. 573-590.

–, “On the Brink of the Abyss: The Warrior Identity and German Military Thought before the Great War”, War & Society, vol. 13, n° 2, 1995, pp. 23-40.

ECKARDSTEIN, H. F. v. y YOUNG, G., Ten Years at the Court of St. James’, 1895-1905, Londres, 1921.

EINEM, K. v., Erinnerungen eines Soldaten, cuarta edición, Leipzig, 1933.

EKSTEIN, M. y STEINER, Z., “The Sarajevo Crisis”, en F. H. Hinsley, ed., British Foreign Policy under Sir Edward Grey, Cambridge, 1977, pp. 397-410.

EPKENHANS, M., Tirpitz: Architect of the German High Seas Fleet, Washington, DC, 2008.

–, “Wilhelm II and ‘His’ Navy, 1888-1918”, en A. Mombauer y W. Deist, eds.,

The Kaiser: New Research on Wilhelm II's Role in Imperial Germany, Cambridge, 2003, pp. 12-36.

ESHER, R., Journals and Letters of Reginald, Viscount Esher, Londres, 1934-1938.

EUBANK, K., Paul Cambon: Master Diplomatist, Norman, OK, 1960.

–, "The Fashoda Crisis Re-Examined", The Historian, vol. 22, n° 2, 1960, pp. 145-162.

EVERA, S. V., "The Cult of the Offensive and the Origins of the First World War", en S. E. Miller, S. M. Lynn-Jones, y S. Van Evera, eds., Military Strategy and the Origins of the First World War, Princeton, 1991, pp. 59-108.

Exposición Universal Internacional de 1900, Paris Exposition, 1900: Guide pratique de visiteur de Paris et de l'Exposition…, París, 1900.

FELDMAN, G. D., "Hugo Stinnes and the Prospect of War before 1914", en M. F. Boemeke, R. Chickering, y S. Förster, eds., Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914, Cambridge, 1999, pp. 77-95.

FELLNER, F., "Die 'Mission Hoyos'", en H. Maschl y B. Mazohl-Wallnig, eds., Vom Dreibund zum Völkerbund. Studien zur Geschichte der internationalen Beziehungen, 1882-1919, Viena, 1994, pp. 112-141.

FERGUSON, N., The Pity of War, Nueva York, 1999.

FESSER, G., Reichskanzler Fürst von Bülow. Architekt der Deutschen Weltpolitik, Leipzig, 2003.

–, Der Traum vom Platz an der Sonne. Deutsche “Weltpolitik” 1897-19141, Bremen, 1996.

FIGES, O., A People’s Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924, Londres, 1996 [ed. esp.: La revolución rusa: la tragedia de un pueblo, C. Vidal, tr., Edhasa, Barcelona, 2001].

FISCHER, F., “The Foreign Policy of Imperial Germany and the Outbreak of the First World War”, en G. Schöllgen, ed., Escape into War? The Foreign Policy of Imperial Germany, Nueva York, 1990, pp. 19-40.

–, Germany’s Aims in the First World War, Londres, 1967.

–, War of Illusions: German Policies from 1911 to 1914, Nueva York, 1975.

FISHER, J. A. F. y MARDER, A. J., Fear God and Dread Nought: The Correspondence of Admiral of the Fleet Lord Fisher of Kilverstone, Londres, 1952.

FOLEY, R. T., “Debate - the Real Schlieffen Plan”, War in History, vol. 13, n° 1,

2006, pp. 91-115.

–, German Strategy and the Path to Verdun: Erich von Falkenhayn and the Development of Attrition, 1870-1916, Cambridge, 2005.

FÖRSTER, S., “Der Deutschen Generalstab und die Illusion des kurzen Krieges, 1871-1914”, Militärgeschichtliche Mitteilungen, vol. 54, 1995, pp. 61-95.

–, Der doppette Militarismus. Die deutsche Heeresrüstungpolitik zwischen Statusquo-Sicherung und Aggression. 1890-1913, Stuttgart, 1985.

–, “Dreams and Nightmares: German Military Leadership and Images of Future Warfare, 1871-1914”, en M. F. Boemeke, R. Chickering, y S. Förster, eds., Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914, Cambridge, 1999, pp. 343-376.

–, “Facing ‘People’s War’: Moltke the Elder and Germany’s Military Options after 1871”, Journal of Strategic Studies, vol. 10, n° 2, 1987, pp. 209-230.

–, “Im Reich des Absurden. Die Ursachen des Ersten Weltkriegs”, en B. Wegner ed., Wie Kriege entstehen. Zum historischen Hintergrund von Staats-konflikten, Múnich, 2000, pp. 211-252.

FRENCH, D., “The Edwardian Crisis and the Origins of the First World War”, International History Review, vol. 4, n° 2, 1982, pp. 207-221.

FREUD, S., Civilization and its Discontents, Nueva York, 1962 [ed. esp.: El malestar en la cultura, L. López-Ballesteros, tr., Alianza, Madrid, 2010].

FULLER, W. C., The Foe Within: Fantasies of Treason and the End of Imperial Russia, Ithaca, 2006.

–, “The Russian Empire”, en E. R. May, ed., Knowing One’s Enemies: Intelligence Assessment before the Two World Wars, Princeton, 1986, pp. 98-126.

–, Strategy and Power in Russia, 1600-1914, Nueva York, 1992.

FUNDER, F., Vom Gestern ins Heute. Aus dem Kaiserreich in die Republik, Viena, 1953.

GARDINER, A. G., Pillars of Society, Londres, 1916.

GEINITZ, C., Kriegsfurcht und Kampfbereitschaft. Das Augusterlebnis in Freiburg. Eine Studie zum Kriegsbeginn 1914, Essen, 1998.

GEISS, I., “Deutschland und Österreich-Ungarn beim Kriegsausbruch 1914. Eine machthistorische Analyse”, en M. Gehler, ed., Ungleiche Partner? Österreich und Deutschland in ihrer gegenseitigen Wahrnehmung. Historische Analysen und Vergleiche aus dem 19. und 20. Jahrhundert, Stuttgart, 1996, pp. 375-395.

GEISS, I., ed., July 1914: The Outbreak of the First World War: Selected Documents, Londres, 1967.

GEPPERT, D., “The Public Challenge to Diplomacy: German and British Ways of Dealing with the Press, 1890-1914”, en M. Mösslang y T. Riotte, eds., The Diplomats’ World: A Cultural History of Diplomacy, 1815-1914, Oxford, 2008, p. 133-164.

Gemeinsamer Ministerrat austrohúngaro, Protokolle des Gemeinsamen Ministe-rrates der Österreichisch-Ungarischen Monarchie, 1914-1918, Budapest, 1966.

GEYER, D., Russian Imperialism: The Interaction of Domestic and Foreign Policy, 1860-1914, Leamington Spa, 1987.

GIESLINGEN, W. G. V., Zwei Jahrzehnte im Nahen Orient: Aufzeichnungen des Generals der Kavallerie Baron Wladimir Giesl, Berlín, 1927.

GILDEA, R., Barricades and Borders: Europe, 1800-1914, Oxford, 1996.

GILMOUR, D., Curzon, Londres, 1994.

GOLDBERG, H., The Life of Jean Jaurès, Madison, 1968.

GOOCH, G. P. y TEMPERLEY, H. W., eds., British Documents on the Origins of the War, 1898-1914, vols. I-XI, Londres, 1926-1938.

GOOCH, J., “Attitudes to War in Late Victorian and Edwardian England”, en B. Bond y I. Roy, eds., War and Society: A Yearbook of Military History, Nueva York, 1975, pp. 88-102.

–, “Italy before 1915”, en E. R. May, ed., Knowing One’s Enemies: Intelligence Assessments before the Two World Wars, Princeton, 1986, pp. 205-233.

GORDON, D. C., “The Admiralty and Dominion Navies, 1902-1914”, Journal of Modern History, vol. 33, n° 4, 1961, pp. 407-422.

GREGORY, R., Walter Hines Page: Ambassador to the Court of St. James’s, Lexington, 1970.

GREY, E., Twenty-Five Years, 1892-1916, Londres, 1925.

GRIGG, J., Lloyd George: The People’s Champion, 1902-1911, Berkeley, 1978.

–, Lloyd George: From Peace to War, 1912-1916, Londres, 1985.

GROENER, W., Lebenserinnerungen. Jugend, Generalstab, Weltkrieg, Gotinga, 1957.

GROH, D., “The ‘Unpatriotic Socialists’ and the State”, Journal of

Contemporary History, vol. 1, n° 4, 1966, pp. 151-177.

GUILLERMO II, Reden des Kaisers. Ansprachen, Predigten und Trinksprüche Wilhelms II, Múnich, 1966.

HALDANE, R. B. H., An Autobiography, Londres, 1929.

—, Before the War, Londres, 1920.

HAMILTON, G. F., Parliamentary Reminiscences and Reflections, 1886-1906, Londres, 1922.

HAMILTON, R. F., “War Planning: Obvious Needs, Not so Obvious Solutions”, en R. F. Hamilton y H. H. Herwig, eds., War Planning: 1914, Cambridge, 2009.

HAMILTON, R. F. y HERWIG, H., Decisions for War, 1914-1917, Cambridge, 2005.

–, The Origins of World War I, Cambridge, 2003.

–, War Planning 1914, Cambridge, 2010.

HANKEY, M. P. A. H., The Supreme Command, 1914-1918, Londres, 1961.

HANTSCH, H., Leopold Graf Berchtold: Grandseigneur und Staatsmann, Graz, 1963.

HARRIS, R., The Man on Devil’s Island: Alfred Dreyfus and the Affair that Divided France, Londres, 2010.

HAUPT, G., Socialism and the Great War: The Collapse of the Second International, Oxford, 1972.

HAYNE, M. B., The French Foreign Office and the Origins of the First World War, 1898-1914, Oxford, 1993.

–, “The Quai d’Orsay and Influences on the Formulation of French Foreign Policy, 1898-1914”, French History, vol. 2, n° 4, 1988, pp. 427-452.

HAZLEHURST, C., Politicians at War, July 1914 to May 1915: A Prologue to the Triumph of Lloyd George, Londres, 1971.

HEINRICH, F., Geschichte in Gesprächen. Aufzeichnungen, 1898-1919, Viena, 1997.

HELMREICH, E., The Diplomacy of the Balkan Wars, 1912-1913, Londres, 1938.

HERRING, G., From Colony to Superpower: us Foreign Relations since 1776, Oxford, 2008.

HERRMANN, D. G., The Arming of Europe and the Making of the First World War, Princeton, 1997.

HERTLING, G., Graf v., y LERCHENFELD-KOFERING, H., Graf, Briefwechsel Hertling-Lerchenfeld 1912-1917. Dienstliche Privatkorrespondenz Zwischen dem Bayerischen Ministerpräsidenten Georg Graf von Hertling und dem Bayerischen Gesandten in Berlin Hugo Graf von und zu Lerchenfeld, Boppard am Rhein, 1973.

HERWIG, H., "Conclusions", en R. F. Hamilton y H. Herwig, eds., War Planning, 1914, Cambridge, 2010, pp. 226-256.

–, "Disjointed Allies: Coalition Warfare in Berlin and Vienna, 1914", Journal of Military History, vol. 54, n° 3, 1990, pp. 265-280.

–, "The German Reaction to the Dreadnought Revolution", International History Review, vol. 13, n° 2, 1991, pp. 273-283.

–, "Imperial Germany", en E. R. May, ed., Knowing One's Enemies: Intelligence Assessment before the Two World Wars, Princeton, 1986, pp. 62-97.

–, 'Luxury' Fleet: The Imperial German Navy, 1888-1918, Londres, 1987.

–, The Marne, 1914: The Opening of World War I and the Battle that Changed the World, Nueva York, 2009.

–, “From Tirpitz Plan to Schlieffen Plan: Some Observations on German Military Planning”, Journal of Strategic Studies, vol. 9, n° 1, 1986, pp. 53-63.

HEWITSON, M., Germany and the Causes of the First World War, Nueva York, 2004.

–, “Germany and France before the First World War: A Reassessment of Wilhelmine Foreign Policy”, English Historical Review, vol. 115, n° 462, 2000, pp. 570-606.

–, “Images of the Enemy: German Depictions of the French Military, 1890-1914”, War in History, vol. 11, n° 4, 2004, pp. 4-33.

HEYWOOD, A., “‘The Most Catastrophic Question’: Railway Development and Military Strategy in Late Imperial Russia”, en T. G. Otte y K. Neil-son, eds., Railways and International Politics: Paths of Empire, 1848-1945, Nueva York, 2006, pp. 45-67.

HINSLEY, F. H., ed., British Foreign Policy under Sir Edward Grey, Cambridge, 1977.

HOBHOUSE, C., Inside Asquith’s Cabinet: From the Diaries of Charles Hobhouse, Londres, 1977.

HOETZENDORF, Gina Agujari-Kárász Conrad v., Mein Leben mit Conrad von Hötzendorf: Sein geistiges Vermächtnis, Leipzig, 1935.

HOETZSCH, O., ed., Die Internationalen Beziehungen im Zeitalter des Imperialismus. Dokumente aus den Archiven der Zarischen und der provisorischen Regierung, vol. iv: 28. Juni Bis 22. Juli 1914, Berlín, 1932.

HOLSTEIN, F. v., The Holstein Papers, ed. N. Rich et al., Cambridge, 1955.

HOPMAN, A., Das Ereignisreiche Leben eines "Wilhelminers". Tagebücher, Briefe, Auf zeichnungen 1901 bis 1920, Múnich, 2004.

HOUSE, E. M. y SEYMOUR, C., The Intimate Papers of Colonel House, Nueva York, 1926.

HOWARD, C., "The Policy of Isolation", Historical Journal, vol. 10, n° 1, 1967, pp. 77-88.

HOWARD, M., "Men against Fire: Expectations of War in 1914", en S. E. Miller, S. M. Lynn-Jones, y S. van Evera, eds., Military Strategy and the Origins of the First World War, Princeton, 1991, pp. 3-19.

–, The Franco-Prussian War: The German Invasion of France, 1870-1871, Londres, 1961.

HOWORTH, J., “French Workers and German Workers: The Impossibility of Internationalism, 1900-1914”, European History Quarterly, vol. 85, n° 1, 1985, pp. 71-97.

HUGHES, W. M., Policies and Potentates, Sydney, 1950.

HULL, I., The Entourage of Kaiser Wilhelm II, 1888-1918, Cambridge, 2004.

HYNES, S. L., The Edwardian Turn of Mind, Princeton, 1968.

IGNAT’EV, A. A., 50 Let v Stroyu, Moscú, 1986.

IGNAT’EV, A. V., Vneshniaia Politika Rossii 1907-1914: Tendentsii, Liudi, Sobytiia, Moscú, 2000.

IZVOL’SKIIĬ, A. P. y Seeger, C., The Memoirs of Alexander Iswolsky, Formerly Russian Minister of Foreign Affairs and Ambassador to France, Londres, 1920.

JARAUSCH, K., The Enigmatic Chancellor: Bethmann Hollweg and the Hubris of Imperial Germany, New Haven, CT, 1973.

JEFFERY, K., Field Marshal Sir Henry Wilson: A Political Soldier, Oxford, 2006.

JELAVICH, B., History of the Balkans, vol. I: Eighteenth and Nineteenth Centuries, Cambridge, 1983.

–, Russia’s Balkan Entanglements 1806-1914, Cambridge, 1991.

–, “What the Habsburg Government Knew about the Black Hand”, Austrian History Yearbook, vol. XXII, Houston, 1991, pp. 131-150.

JELAVICH, C. y JELAVICH, B., The Establishment of the Balkan National States, 1804-1920, Seattle, 1977.

JOHNSTON, W. M., The Austrian Mind: An Intellectual and Social History, 1848-1938, Berkeley, 1972.

JOLL, J., 1914: The Unspoken Assumptions: An Inaugural Lecture Delivered 25 April 1968 at the London School of Economics, Londres, 1968.

—, The Second International, 1889-1914, Nueva York, 1966 [ed. esp.: La Segunda Internacional (1889-1914), J. J. Faci Lacasta, tr., Icaria, Barcelona, 1976].

JOLL, J. Y MARTEL, G., The Origins of the First World War, Harlow, 2007.

JOLY, B., “La France et la Revanche, 1871-1914”, Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine, vol. 46, n° 2, 2002, pp. 325-347.

JUSSERAND, J. J., What Me Befell: The Reminiscences of J. J. Jusserand, Londres, 1933.

KAISER, D. E., “Germany and the Origins of the First World War”, Journal of Modern History, vol. 55, n° 3, 1983, pp. 442-474.

KEIGER, J., France and the Origins of the First World War, Basingstoke, 1983.

–, “Jules Cambon and Franco-German Detente, 1907-1914”, Historical Journal, vol. 26, n° 3, 1983, pp. 641-659.

–, Raymond Poincaré, Cambridge, 1997.

KENNAN, G., Siberia and the Exile System, Nueva York, 1891.

KENNAN, G. F., The Other Balkan Wars: A 1913 Carnegie Endowment Inquiry in Retrospect, Washington, DC, 1993.

KENNEDY, P. M., “German World Policy and the Alliance Negotiations with England, 1897-1900”, Journal of Modern History, vol. 45, n° 4, 1973, pp. 605-625.

–, “Great Britain before 1914”, en E. R. May, ed., Knowing One’s Enemies: Intelligence Assessment before the Two World Wars, Princeton, 1986, pp. 172-204.

–, The Rise of the Anglo-German Antagonism, 1860-1914, Londres, 1982.

–, The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000, Nueva York, 1987 [ed. esp.: Auge y caída de las grandes potencias, J. Ferrer Aleu, tr., Debolsillo, Barcelona, 2003].

–, The War Plans of the Great Powers, 1860-1914, Londres, 1979.

KENNEDY, P. M. y NICHOLLS, A.J., Nationalist and Racialist Movements in Britain and Germany before 1914, Londres, 1981.

KESSLER, H., Journey to the Abyss: The Diaries of Count Harry Kessler, 1880-1918, Nueva York, 2011.

KIESSLING, F., Gegen den “Grossen Krieg”?: Entspannung in den internationalen Beziehungen 1911-1914, Múnich, 2002.

KIPLING, R. y Pinney, T., The Letters of Rudyard Kipling, Houndmills, 1990.

KISSINGER, Henry, Diplomacy, Nueva York, 1994 [ed. esp.: Diplomacia, M. Utrilla de Neira, tr., Ediciones B, Barcelona, 2010].

–, “The White Revolutionary: Reflections on Bismarck”, Daedalus, vol. 97, n° 3, 1968, pp. 888-924.

–, A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace, 1812-1822, Boston, 1957.

KLEIĬNMIKHEL’, M., Memories of a Shipwrecked World: Being the Memoirs of Countess Kleinmichel, Londres, 1923.

KOKÓVTSOV, V. N., Out of My Past: The Memoirs of Count Kokovtsov, Russian Minister of Finance, 1904-1914, Chairman of the Council of Ministers, 1911-1914, ed. H. H. Fisher, Londres, 1935.

KRAMER, A., Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War, Oxford, 2008.

KRÖGER, M., “Imperial Germany and the Boer War”, en K. M. Wilson, ed., The International Impact of the Boer War, Londres, 2001, pp. 25-42.

KRONENBITTER, G., “Die Macht der Illusionen. Julikrise und Kriegsausbruch 1914 aus der Sicht des Militärattachés in Wien”, Militärgeschichtliche Mitteilungen, vol. 57, 1998, pp. 519-550.

–, "'Nur los lassen'. Österreich-Ungarn und der Wille zum Krieg", en J. Burkhardt, J. Becker, S. Förster, y G. Kronenbitter, eds., Lange und kurze Wege in den Ersten Weltkrieg. Vier Augsburger Beitraeger zur Kriesursachenforschung, Múnich, 1996, pp. 159-187.

KRUMEICH, G., Armaments and Politics in France on the Eve of the First World War: The Introduction of Three-Year Conscription, 1913-1914, Leamington Spa, 1984.

LAFEBER, W., The Cambridge History of American Foreign Relations, vol. II: The American Search for Opportunity, 1865-1913, Cambridge, 1993.

LAITY, P., The British Peace Movement, 1870-1914, Oxford, 2001.

LAMBI, I. N., The Navy and German Power Politics, 1862-1914, Boston, 1984.

LANGSAM, W. C., "Nationalism and History in the Prussian Elementary Schools under William II", en E. M. Earle y C. J. H. Hayes, eds., Nationalism and Internationalism: Essays Inscribed to Carlton J. H. Hayes, Nueva York, 1950.

LAURENCE, R., "Bertha von Suttner and the Peace Movement in Austria to World War I", Austrian History Yearbook, vol. 23, 1992, pp. 181-201.

–, "The Peace Movement in Austria, 1867-1914", en S. Wank, ed., Doves and Diplomats: Foreign Offices and Peace Movements in Europe and America in the

Twentieth Century, Westport, 1978, pp. 21-41.

LEE, D. E., Europe’s Crucial Years: The Diplomatic Background of World War One, 1902-1914, Hanóver, 1974.

LEE, S., King Edward VII: A Biography, Londres, 1925.

LERCHENFELD-KOEFERING, Hugo Graf von und zu, Kaiser Wilhelm II. Als Persönlichkeit und Herrscher, Regensburg, 1985.

LERMAN, K., The Chancellor as Courtier: Bernhard von Bülow and the Governance of Germany, 1900-1909, Cambridge, 1990.

LESLIE, J., “The Antecedents of Austria-Hungary’s War Aims: Policies and Policy-Makers in Vienna and Budapest before and during 1914”, Wiener Beiträge zur Geschichte der Neuzeit, vol. 20, 1993, 307-394.

—, “Osterreich-Ungarn vor dem Kriegsausbruch”, en R. Melville, ed., Deutschland und Europa in der Neuzeit: Festschrift für Karl Otmar Freiherr von Aretin zum 65. Geburtstag, Stuttgart, 1988, pp. 661-684.

LEVINE, I. D. Y GRANT, N. F., The Kaiser’s Letters to the Tsar, Copied from the Government Archives in Petrograd, and Brought from Russia by Isaac Don Levine, Londres, 1920.

LICHNOWSKY, K. y DELMER, F. S., Heading for the Abyss: Reminiscences, Londres, 1928.

LIEVEN, D. C. B., Nicholas II: Twilight of the Empire, Nueva York, 1993.

–, “Pro-Germans and Russian Foreign Policy 1890-1914”, International History Review, vol. 2, n° 1, 1980, pp. 34-54.

–, Russia and the Origins of the First World War, Basingstoke, 1987.

LINCOLN, W. B., In War’s Dark Shadow: The Russians before the Great War, Oxford, 1994.

LINTON, D. S., “Preparing German Youth for War”, en M. F. Boemeke, R. Chickering, y S. Förster, eds., Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914, Cambridge, 1999, pp. 167-188.

LLOYD GEORGE, D., War Memoirs of David Lloyd George, Londres, 1933.

LUBBOCK, P. y JAMES, H., The Letters of Henry James, Londres, 1920.

LUKACS, J., Budapest 1900: A Historical Portrait of a City and its Culture, Nueva York, 1990.

MACARTNEY, C. A., The Habsburg Empire, 1790-1918, Londres, 1968.

MACKENZIE, N. y MACKENZIE, J., eds., The Diary of Beatrice Webb, vol. III: 1905-1924, Cambridge, MA, 1984.

MAHAN, A. T., The Influence of Sea Power upon History, 1660-1805, Boston, 1890.

MANSERGH, N., The Commonwealth Experience: From British to Multiracial Commonwealth, Toronto, 1983.

MARDER, A., From the Dreadnought to Scapa Flow: The Royal Navy in the Fisher Era, 1904-1919, Oxford, 1961.

MARGUTTI, A., The Emperor Francis Joseph and His Times, Londres, 1921.

MARTEL, G., The Origins of the First World War, tercera edición, Harlow, 2003.

MASSIE, R. K., Dreadnought: Britain, Germany, and the Coming of the Great War, Nueva York, 1992.

MAURER, J., “Churchill’s Naval Holiday: Arms Control and the Anglo-German Naval Race, 1912-1914”, Journal of Strategic Studies, vol. 15, n° 1, 1992, pp. 102-127.

–, The Outbreak of the First World War: Strategic Planning, Crisis Decision Making and Deterrence Failure, Westport, 1995.

MAY, E. R., ed., Knowing One’s Enemies: Intelligence Assessment before the Two World Wars, Princeton, 1986.

MAYNE, R., JOHNSON, D., y R. TOMBS, eds., Cross Channel Currents: 100 Years of the Entente Cordiale, Londres, 2004.

MCDONALD, D. M., United Government and Foreign Policy in Russia, 1900-1914, Cambridge, 1992.

MCLEAN, R. R., Royalty and Diplomacy in Europe, 1890-1914, Cambridge, 2001.

MCMEEKIN, S., The Berlin-Baghdad Express: The Ottoman Empire and Germany’s Bid for World Power, 1898-1918, Londres, 2010.

–, The Russian Origins of the First World War, Cambridge, MA, 2011.

MENNING, B., “The Offensive Revisited: Russian Preparation for Future War, 1906-1914”, en David Schimmelpenninck v. D. Oye, y B. Menning, eds., Reforming the Tsar’s Army: Military Innovation in Imperial Russia from Peter the Great to the Revolution, Cambridge, 2004, pp. 215-231.

–, “Pieces of the Puzzle: The Role of Lu. N. Danilov and M. V. Alekseev in Russian War Planning before 1914”, International History Review, vol. 25, n° 4, 2003, pp. 775-798.

–, Bayonets before Bullets: the Imperial Russian Army, 1861-1914, Bloomington, Ind., 1992.

–, “War Planning and Initial Operations in the Russian Context”, en R. F. Hamilton y H. H. Herwig, eds., War Planning 1914, Cambridge, 2010, pp. 80-142

MENNING, R., “Dress Rehearsal for 1914? Germany, the Franco-Russian Alliance, and the Bosnian Crisis of 1909”, Journal of the Historical Society, vol. 12, n° 1, 2012, pp. 1-25.

MENNING, R. y MENNING, C. B., “‘Baseless Allegations’: Wilhelm II and the Hale Interview of 1908”, Central European History, vol. 16, n° 4, 1983, pp. 368-397.

MESSIMY, A., Mes Souvenirs: Jeunesse et Entrée au Parlement. Ministre des Colonies et de la Guerre en 1911 et 1912: Agadir. Ministre de la Guerre du 16 Juin au 16 Août 1914: La Guerre. Avec un Frontispice et une Introduction, París, 1937.

MILIUKOV, P. N. y MENDEL, A. P., Political Memoirs, 1905-1917, Ann Arbor, 1967.

MILLER, S. E., LYNN-JONES, S. M., y VAN EVERA, S., eds., Military Strategy and the Origins of the First World War, Princeton, 1991.

Ministerio de asuntos exteriores de alemania, Die grosse Politik der Europäischen Kabinette 1871-1914. Sammlung der diplomatischen Akten des auswärtigen Amtes, vol. xxxix: Das Nahen des Weltkrieges, 1912-1914, Berlín, 1926.

Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, Documents diplomatiques français, 1871-1914, tercera serie.

MOLTKE, H. v., Erinnerungen, Briefe, Dokumente 1877-1916. Ein Bild vom Kriegs-ausbruch und Persönlichkeit des ersten militärischen Führers des Krieges, segun-da edición, stuttgart, 1922.

MOMBAUER, A., “German War Plans”, en R. F. Hamilton y H. H. Herwig, eds., War Planning: 1914, Cambridge, 2009, pp. 48-79.

–, Helmuth von Moltke and the Origins of the First World War, Cambridge, 2001.

–, “A Reluctant Military Leader? Helmuth von Moltke and the July Crisis of 1914”, War in History, vol. 6, n° 1, 1999, pp. 417-446.

–, “Of War Plans and War Guilt: the Debacle Surrounding the Schlieffen Plan”,

Journal of Strategic Studies, vol. 28, n° 5, 2008, pp. 857-885.

MOMMSEN, W., “The Debate on German War Aims”, Journal of Contemporary History, vol. 1, n° 3, 1966, pp. 47-72.

–, “Domestic Factors in German Foreign Policy before 1914”, Central European History, vol. 6, n° 1, 1973, pp. 3-43.

MONGER, G., The End of Isolation: British Foreign Policy, 1900-1907, Londres, 1963.

MORISON, E. E., ed., The Letters of Theodore Roosevelt, 7 vols., Cambridge, 1954.

MORRILL, D. L., “Nicholas II and the Call for the First Hague Conference”, Journal of Modern History, vol. 46, n° 2, 1974, pp. 296-313.

MORRIS, A. J. A., “The English Radicals’ Campaign for Disarmament and the Hague Conference of 1907”, Journal of Modern History, vol. 43, n° 3, 1971, pp. 367-393.

MORRIS, E., Theodore Rex, Nueva York, 2001.

MORTIMER, J. S., “Commercial Interests and German Diplomacy in the Agadir Crisis”, Historical Journal, vol. 10, n° 3, 1967, pp. 440-456.

MUSULIN, A. v., DasHaus am Ballplatz. Erinnerungen eines Österreich-Ungarischen Diplomaten, Múnich, 1924.

NEILSON, K., “The Anglo-Japanese Alliance and British Strategic Foreign Policy, 1902-1914”, en P. P. O’Brien, ed., The Anglo-Japanese Alliance, Nueva York, 2004, pp. 48-63.

–, Britain and the Last Tsar: British Policy and Russia, 1894-1917, Oxford, 1995.

–, “Great Britain”, en R. F. Hamilton y H. H. Herwig, eds., War Planning, 1914, Cambridge, 2009, pp. 175-197.

NEKLYUDOV, A. V., Diplomatic Reminiscences before and during the World War, 1911-1917, Londres, 1920.

NICOLSON, H. G., Portrait of a Diplomatist: Being the Life of Sir Arthur Nicolson, Bart., First Lord Carnock: A Study in the Old Diplomacy, Londres, 1930.

NISH, I., “Origins of the Anglo-Japanese Alliance: In the Shadow of the Dreibund”, en P. P. O’Brien, ed., The Anglo-Japanese Alliance, Nueva York, 2004, pp. 8-25.

NOLAN, M., The Inverted Mirror: Mythologizing the Enemy in France and Germany, 1898-1914, Nueva York, 2005.

O’BRIEN, P. P., “The Costs and Benefits of British Imperialism 1846-1914”, Past and Present, n° 120, 1988, pp. 163-200.

–, “The Titan Refreshed: Imperial Overstretch and the British Navy before the First World War”, Past and Present, vol. 172, n° 1, 2001, pp. 146-169.

O’BRIEN, P. P., ed., The Anglo-Japanese Alliance, Nueva York, 2004.

OFFER, A., The First World War: An Agrarian Interpretation, Oxford, 1991.

–, “Going to War in 1914: A Matter of Honor?”, Politics & Society, vol. 23, n° 2, 1995, pp. 213-241.

OPPEL, B., “The Waning of a Traditional Alliance: Russia and Germany after the Portsmouth Peace Conference”, Central European History, vol. 5, n° 4, 1972, pp. 318-329.

OTTE, T. G., “‘Almost a Law of Nature?’: Sir Edward Grey, the Foreign Office, and the Balance of Power in Europe, 1905-12”, en E. Goldstein y B. J. C. McKercher, eds., Power and Stability: British Foreign Policy, 1865-1965, Londres, 2003, pp. 75-116.

–, “‘An Altogether Unfortunate Affair’: Great Britain and the Daily Telegraph Affair”, Diplomacy and Statecraft, vol. 5, n° 2, 1994, pp. 296-333.

–, “Eyre Crowe and British Foreign Policy: A Cognitive Map”, en T. G. Otte y C. A. Pagedas, eds., Personalities, War and Diplomacy: Essays in International History, Londres, 1997, pp. 14-37.

OUSBY, I., The Road to Verdun: France, Nationalism and the First World War, Londres, 2003.

PALÉOLOGUE, M. y HOLT, F. A., An Ambassador’s Memoirs, 1914-1917, Londres, 1973.

PALMER, A. W., Twilight of the Habsburgs: The Life and Times of Emperor Francis Joseph, Londres, 1994.

PATTERSON, D. F., “Citizen Peace Initiatives and American Political Culture, 1865-1920”, en C. Chatfield y P. van den Dungen, eds., Peace Movements and Political Culture, Knoxville, 1988, pp. 187-203.

PLESS, D. F. von. y CHAPMAN-HUSTON, D., Daisy, Princess of Pless, Nueva York, 1929.

POINCARÉ, R., Au Service de la France: Neuf Années de Souvenirs, 11 vols., París, 1926-1974.

PORCH, D., “The French Army and the Spirit of the Offensive, 1900-1914”, en B. Bond e I. Roy, eds., War and Society: A Yearbook of Military History, Nueva

York, 1975, p. 117.

–, The March to the Marne: The French Army, 1871-1914, Cambridge, 1981.

RADZIWILL, C., Behind the Veil at the Russian Court, by Count Paul Vassili, Londres, 1913.

RATHENAU, W. y POGGE VON STRANDMANN, H., Walther Rathenau, Industrialist, Banker, Intellectual, and Politician: Notes and Diaries, 1907-1922, Oxford, 1985.

RATHENAU, W., ed., Briefe, Dresde, 1926.

REDLICH, J., Emperor Francis Joseph of Austria: A Biography, Nueva York, 1929.

–, Schicksalsjahre Österreichs, 1908-1919: Das politische Tagebuch Josef Redlichs, Graz, 1953.

RENZI, W. A., In the Shadow of the Sword: Italy's Neutrality and Entrance into the Great War, 1914-1915, Nueva York, 1987.

REYNOLDS, M. A., Shattering Empires: The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires, 1908-1918, Cambridge, 2011.

RICH, D. A., The Tsar's Colonels: Professionalism, Strategy, and Subversion in Late Imperial Russia, Cambridge, 1998.

RICH, N., Friedrich von Holstein, Politics and Diplomacy in the Era of Bismarck and Wilhelm II, Cambridge, 1965.

RIDLEY, J., Bertie: A Life of Edward VII, Londres, 2012.

RIEZLER, K., Tagebücher, Aufsätze, Dokumente, Gotinga, 1972.

RITTER, G., The Sword and the Scepter: The Problem of Militarism in Germany, vol. ii: The European Powers and the Wilhelminian Empire, 1890-1914, Coral Gables, 1970.

–, "Zusammenarbeit der Generalstäbe Deutschlands und Österreichs", en C. Hinrichs, ed., Zur Geschichte und Problematik der Demokratie. Festgabe für Hans Herzfeld, Professor der Neueren Geschichte an der Freien Universität Berlin, Anlässlich seines fünfundsechzigsten Geburtstages Am 22. Juni 1957, Berlín, 1958, pp. 523-550.

ROBBINS, K., Sir Edward Grey: A Biography of Lord Grey of Fallodon, Londres, 1971.

ROBERTS, A., Salisbury: Victorian Titan, Londres, 1999.

ROGGER, H., “Russia in 1914”, Journal of Contemporary History, vol. 1, n° 4, 1966, 95-119.

ROHKRÄMER, T., “Heroes and Would-be Heroes: Veterans’ and Reservists’ Associations in Imperial Germany”, en M. F. Boemeke, R. Chickering, y S. Förster, eds., Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914, Cambridge, 1999, pp. 189-215.

RÖHL, J. C. G., “Admiral von Müller and the Approach of War, 1911-1914”, Historical Journal, vol. 12, n° 4, 1969, pp. 651-673.

–, The Kaiser and His Court: Wilhelm II and the Government of Germany, Cambridge, 1996.

ROSE, K., King George V, Londres, 1983.

ROSEN, R. R., Forty Years of Diplomacy, Londres, 1922.

ROSSOS, A., Russia and the Balkans: Inter-Balkan Rivalries and Russian Foreign Policy, 1908-1914, Toronto, 1981.

ROTTE, R., “Global Warfare, Economic Loss and the Outbreak of the Great War”, War in History, vol. 5, n° 4, 1998, pp. 481-493.

RÜGER, J., The Great Naval Game: Britain and Germany in the Age of Empire, Cambridge, 2007.

–, “Nation, Empire and Navy: Identity Politics in the United Kingdom, 1887-1914”, Past and Present, vol. 185, n° 1, 2004, pp. 159-187.

SANBORN, J., “Education for War, Peace, and Patriotism in Russia on the Eve of World War I”, en H. Afflerbach y D. Stevenson, eds., An Improbable War? The Outbreak of World War I and European Political Culture before 1914, Nueva York, 2007, pp. 213-229.

SAZONOV, S. D., Fateful Years, 1909-1916: The Reminiscences of Serge Sazonov, Londres, 1928.

SCHMIDT, S., Frankreichs Aussenpolitik in der Julikrise 1914. Ein Beitrag zur Ges-chichte des Ausbruchs des Ersten Weltkrieges, Múnich, 2009.

SCHOEN, W., The Memoirs of an Ambassador: A Contribution to the Political History of Modern Times, Londres, 1922.

SCHORSKE, C., Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture, Nueva York, 1981 [ed. esp.: Fin de siglo, Gustavo Gili, Barcelona, 1981].

SHARP, A., Anglo-French Relations in the Twentieth Century: Rivalry and Cooperation, Londres, 2000.

SHATSILLO, K. F., Ot Portsmutskogo Mira k Pervoi Mirovoi Voine, Moscú, 2000.

SHOWALTER, D., “From Deterrence to Doomsday Machine: The German Way of War, 1890-1914”, Journal of Military History, vol. 64, n° 3, 2000, pp. 679-710.

–, “Railroads, the Prussian Army, and the German Way of War in the Nineteenth Century”, en T. G. Otte and K. Neilson, eds., Railways and International Politics: Paths of Empire, 1848-1945, Nueva York, 2006, pp. 21-244.

SHUKMAN, H., Rasputin, Stroud, 1997.

SMITH, D., One Morning in Sarajevo: 28 June 1914, Londres, 2008.

SNYDER, J., “Civil-Military Relations and the Cult of the Offensive, 1914 and 1984”, en S. E. Miller, S. M. Lynn-Jones, y S. van Evera, eds., Military Strategy and the Origins of the First World War, Princeton, 1991, pp. 20-58.

–, The Ideology of the Offensive: Military Decision Making and the Disasters of 1914, Ithaca, 1984.

SONDHAUS, L., Franz Conrad von Hötzendorf: Architect of the Apocalypse, Boston, 2000.

SOROKA, M., “Debating Russia’s Choice between Great Britain and Germany: Count Benckendorff versus Count Lamsdorff, 1902-1906”, International History Review, vol. 32, n° 1, 2010, pp. 1-24.

SÖSEMANN, B., “Die Tagebücher Kurt Riezlers. Untersuchungen zu Ihrer Echtheit und Edition”, Historische Zeitschrift, vol. 236, 1983, pp. 327-369.

SPENDER, J. A., The Public Life, Londres, 1925.

SPITZEMBERG, H. v., Das Tagebuch der Baronin Spitzemberg. Aufzeichnungen aus der Hofgesellschaft des Hohenzollernreiches, Gotinga, 1960.

SPRING, D. W., “Russia and the Franco-Russian Alliance, 1905-14: Dependence or Interdependence?”, Slavonic and East European Review, vol. 66, n° 4, 1988, pp. 564-592.

STARGARDT, N., The German Idea of Militarism: Radical and Socialist Critics, 1866-1914, Cambridge, 1994.

STEED, H. W., Through Thirty Years, 1892-1922: A Personal Narrative, Londres, 1924.

STEINBERG, J., Bismarck: A Life, Oxford, 2011.

–, “The Copenhagen Complex”, Journal of Contemporary History, vol. 1, n° 3, 1966, pp. 23-46.

–, “The Novelle of 1908: Necessities and Choices in the Anglo-German Naval Arms Race”, Transactions of the Royal Historical Society, vol. 21, 1971, pp. 25-43.

–, Yesterday’s Deterrent: Tirpitz and the Birth of the German Battle Fleet, Nueva York, 1965.

STEINBERG, J. W., All the Tsar’s Men: Russia’s General Staff and the Fate of the Empire, 1898-1914, Baltimore, 2010.

STEINER, Z., The Foreign Office and Foreign Policy, 1898-1914, Cambridge, 1969.

–, “Grey, Hardinge and the Foreign Office, 1906-1910”, Historical Journal, vol. 10, n° 3, 1967, pp. 415-439.

–, “The Last Years of the Old Foreign Office, 1898-1905”, Historical Journal, vol. 6, n° 1, 1963, pp. 59-90.

STEINER, Z. y NEILSON, K., Britain and the Origins of the First World War, Londres, 2003.

STENGERS, J., “Belgium”, en K. M. Wilson, ed., Decisions for War, 1914, Londres, 1995, pp. 151-174.

STEVENSON, D., Armaments and the Coming of War: Europe, 1904-1914, Oxford, 1996.

–, “Militarization and Diplomacy in Europe before 1914”, International Security, vol. 22, n° 1, 1997, pp. 125-161.

–, “War by Timetable? The Railway Race before 1914”, Past and Present, vol. 162, n° 2, 1999, pp. 163-194.

STIEVE, F., ed., Der diplomatische Schriftwechsel Iswolskis, 1911-1914, Berlín, 1924.

STONE, N., Europe Transformed, 1878-1919, Glasgow, 1983.

–, “Hungary and the Crisis of July 1914”, Journal of Contemporary History, vol. 1, n° 3, 1966, pp. 153-170.

–, “V. Moltke-Conrad: Relations between the Austro-Hungarian and German General Staffs, 1909-1914”, Historical Journal, vol. 9, n° 2, 1966, pp. 201-228.

STRACHAN, H., The First World War, vol. I: To Arms, Oxford, 2001 [ed. esp.: La Primera Guerra Mundial, S. Furió, Crítica, Barcelona, 2004].

STROMBERG, R. N., “The Intellectuals and the Coming of War in 1914”, Journal of European Studies, vol. 3, n° 2, 1973, pp. 109-122.

SWEET, D. W., “The Bosnian Crisis”, en F. H. Hinsley, ed., British Foreign Policy under Sir Edward Grey, Cambridge, 1977, pp. 178-192.

SZAMUELY, T., The Russian Tradition, Londres, 1988.

TANENBAUM, J. K., “French Estimates of Germany’s Operational War Plans”, en E. R. May, ed., Knowing One’s Enemies: Intelligence Assessment before the Two World Wars, Princeton, 1986, pp. 150-171.

TANNER, M., Nietzsche: A Very Short Introduction, Oxford, 2000.

TAUBE, M. D., La Politique russe d’avant-guerre et la fin de l’empire des tsars, 1904-1917: Mémoires du Baron M. De Taube…, París, 1928.

TAYLOR, A. J. P., The Struggle for Mastery in Europe, Londres, 1998.

THADEN, E. C., Russia and the Balkan Alliance of 1912, University Park, PA, 1965.

THOMPSON, J. L., Northcliffe: Press Baron in Politics, 1865-1922, Londres,

2000.

TIRPITZ, A. v., My Memoirs, Londres, 1919.

–, Politische Dokumente, vol. i: Der Aufbau der deutschen Weltmacht, Stuttgart, 1924.

TOMBS, R. y TOMBS, I., That Sweet Enemy: The French and the British from the Sun King to the Present, Nueva York, 2008.

TRAVERS, T. H. E., “Technology, Tactics, and Morale: Jean de Bloch, the Boer War, and British Military Theory, 1900-1914”, Journal of Modern History, vol. 51, n° 2, 1979, pp. 264-286.

TROTSKY, L., The Balkan Wars, 1912-1913: The War Correspondence of Leon Trotsky, ed. G. Weissman y D. Williams, Nueva York, 1991.

TRUMPENER, U., “War Premeditated? German Intelligence Operations in July 1914”, Central European History, vol. 9, n° 1, 1976, pp. 58-85.

TUCHMAN, B., The Guns of August, Nueva York, 1963 [ed. esp.: Los cañones de agosto: treinta y un días de 1914 que cambiaron la faz del mundo, Península, Barcelona, 2007].

–, The Proud Tower: A Portrait of the World before the War, 1890-1914,

Londres, 1967 [ed. esp.: La torre del orgullo: una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial, Península, F. Corripio Pérez, tr., Barcelona, 2007].

TURNER, L. C. F., “The Role of the General Staffs in July 1914”, Australian Journal of Politics and History, vol. 11, n° 3, 1965, pp. 305-323.

–, “The Russian Mobilization in 1914”, Journal of Contemporary History, vol. 3, n° 1, 1968, pp. 65-88.

TYLOR, E. B., Primitive Culture: Researches into the Development of Mythology, Philosophy, Religion, Art, and Custom, Londres, 1873.

URBAS, Emanuel [Ernest U. Cormons], Schicksale und Schatten, Salzburg, 1951.

VERHEY, J., The Spirit of 1914: Militarism, Myth, and Mobilization in Germany, Cambridge, 2000.

VERMES, G., Istv’an Tisza: The Liberal Vision and Conservative Statecraft of a Magyar Nationalist, Nueva York, 1985.

VICTORIA, reina de Inglaterra, The Letters of Queen Victoria: A Selection from Her Majesty’s Correspondence between the Years 1837 and 1861, vol. III: 1854-1861, Londres, 1908.

–, Queen Victoria’s Journals, www.queenvictoriasjournals.org

VINOGRADOV, V. N., “1914 God: Byt’ Ili Ne Byt’ Vojne?”, en anón., ed., Posled-njaja Vojna Rossijskoj Imperii: Rossija, Mir Nakanune, v Hode i Posle Pervoj Mirovoj Vojny Po Dokumentam Rossijskih i Zarubezhnyh Arhivov, Moscú, 2004, pp. 161-164.

VOEIKOV, V. N., S Tsarem I Bez Tsarya: Vospominaniya Poslednego Dvortsovogo Komendanta Gosudarya Imperatora Nikolaya II, Moscú, 1995.

WANDRUSZKA, A. y URBANITSCH, P., eds., Die Habsburgermonarchie 1848-1918, Viena, 1989

WANK, S., “Aehrenthal’s Programme for the Constitutional Transformation of the Habsburg Monarchy: Three Secret ‘Mémoires’”, Slavonic and East European Review, vol. 41, n° 97, 1963, pp. 513-536.

–, “The Archduke and Aehrenthal: The Origins of a Hatred”, Austrian History Yearbook, vol. 38, 2002, pp 77-104.

–, “The Austrian Peace Movement and the Habsburg Ruling Elite”, en C. Chatfield y P. van den Dungen, eds., Peace Movements and Political Cultures, Knoxville, 1988, pp. 40-63.

–, “Desperate Counsel in Vienna in July 1914: Berthold Molden’s Unpublished Memorandum”, Central European History, vol. 26, n° 3, 1993, pp. 281-310

–, “Foreign Policy and the Nationality Problem in Austria-Hungary, 1867-1914”, Austrian History Yearbook, vol. 3, n° 3, 1967, pp. 37-56.

–, “Pessimism in the Austrian Establishment at the Turn of the Century”, en S. Wank, H. Maschl, B. Mazohl-Wallnig y R. Wagnleitner, The Mirror of History: Essays in Honor of Fritz Fellner, Santa Bárbara, 1988.

WEBER, E., France: Fin de Siècle, Londres, 1986 [ed. esp.: Francia, fin de siglo, J. M. Ibeas, tr., Debate, Barcelona, 1989].

–, The Nationalist Revival in France, 1905-1914, Berkeley, 1968.

WEINROTH, H. S., “The British Radicals and the Balance of Power, 1902-1914”, Historical Journal, vol. 13, n° 4, 1970, pp. 653-682.

WELCH, M., “The Centenary of the British Publication of Jean de Bloch’s Is War Now Impossible?, 1899-1999”, War in History, vol. 7, 2000, pp. 273-294.

WHITE, A. D., The First Hague Conference, Boston, 1912.

WILLIAMS, E. E., “Made in Germany”, Londres, 1896.

WILLIAMS, W., The Tiger of France: Conversations with Clemenceau,

Berkeley, 1949.

WILLIAMSON, S. R. J., Austria-Hungary and the Origins of the First World War, Basingstoke, 1991.

–, “General Henry Wilson, Ireland, and the Great War”, en W. R. Louis, ed., Resurgent Adventures with Britannia: Personalities, Politics and Culture in Britain, Londres, 2011, pp. 91-105.

–, “German Perceptions of the Triple Entente After 1911: Their Mounting Apprehensions Reconsidered”, Foreign Policy Analysis, vol. 7, 2011, pp. 205-214.

–, “Influence, Power, and the Policy Process: The Case of Franz Ferdinand, 1906-1914”, Historical Journal, vol. 17, n° 2, 1974, pp. 417-434.

–, The Politics of Grand Strategy: Britain and France Prepare for War, 1904-1914, Londres, 1990.

WILLIAMSON, S. y MAY, E., “An Identity of Opinion: Historians and 1914”, The Journal of Modern History, vol. 79, n° 2, 2007, pp. 335-387.

WILSON, K. M., “The Agadir Crisis, the Mansion House Speech, and the Double-Edgedness of Agreements”, Historical Journal, vol. 15, n° 3, 1972, pp. 513-532.

–, The Policy of the Entente: Essays on the Determinants of British Foreign Policy, 1904-1914, Cambridge, 1985.

WINZEN, P., “Prince Bulow’s Weltmachtpolitik”, Australian Journal of Politics and History, vol. 22, n° 2, 1976, pp. 227-242.

–, “Treitschke’s Influence on the Rise of Imperialism and Anti-British Nationalism in Germany”, en P. M. Kennedy y A. J. Nicholls, eds., Nationalist and Racialist Movements in Britain and Germany before 1914, Londres, 1981, pp. 154-171.

wOHL, R., The Generation of 1914, Cambridge, MA, 1979.

WOLFF, T., Tagebücher 1914-1919. Der Erste Weltkrieg und die Entstehung der Weimarer Republik in Tagebüchern, Leitartikeln und Briefen des Chefredakteurs am “Berliner Tagblatt” und Mitbegründer der “Deutschen Demokratischen Partei”. Erster Teil, Boppard am Rhein, 1984.

ZEDLITZ-TRÜTZSCHLER, R. v., Twelve Years at the Imperial German Court, Nueva York, 1924.

ZUBER, T., Inventing the Schlieffen Plan: German War Planning, 1871-1914, Oxford, 2002.

ZWEIG, S., The World of Yesterday, Londres, 2009 [ed. esp.: El mundo de ayer: memorias de un europeo, J. Fontcuberta, tr., Acantilado, Barcelona, 2002].